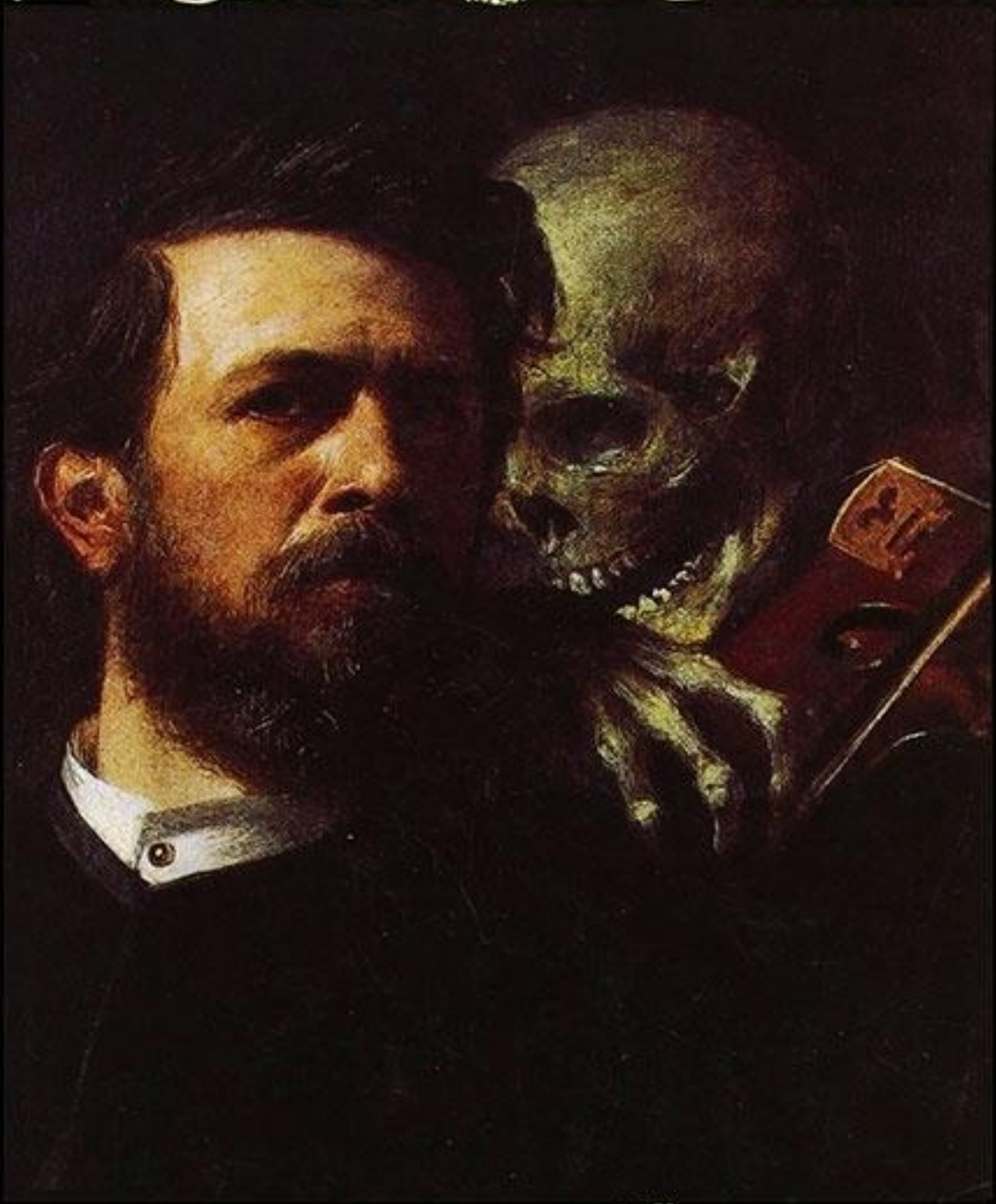

Cuentos completos de terror, locura y muerte

[edición de Mauro Armiño]

GUY DE MAUPASSA

Lectulandia

Guy de Maupassant (1850-1893) nació en una familia de la alta burguesía francesa. A los dieciocho años fue expulsado del seminario en el que estudiaba por pertenecer a una sociedad libertina de alumnos. Estudia derecho en París e ingresa como funcionario en el ministerio de Marina, puesto que abandonará para dedicarse a la literatura en 1880. En los diez años siguientes, Maupassant publica entre uno y dos relatos semanales en las revistas «Gil Blas» y «Le Gaulois». En 1892 es internado en la clínica mental del doctor Blanche, donde muere al año siguiente tras sufrir delirios progresivos y parálisis general debido a la sífilis de su juventud.

«Cuentos completos de terror, locura y muerte» se propone recoger todos aquellos relatos de Maupassant, más de un centenar, que podrían definirse temáticamente como de misterio, terror, locura o mundo imaginario. Así, el volumen reúne relatos sobre la locura (Madame Hermet, La mano disecada, ¿Un loco?), sobre el doble (El Horla, Él, Sobre el agua), sobre la muerte (El ahogado, Aparición, La muerta), sobre el asesinato (El borracho, El diablo, Tombuctú), así como cuentos crueles (La loca, Una vendetta, El tío Judas) o sobre el suicidio (La noche, Suicidios, Sobre el agua).

La mayoría de los relatos de Maupassant comienzan con un preámbulo en un marco cotidiano, como una reunión de amigos. Uno de los contertulios narra una anécdota que le ha sucedido o de la que ha sido testigo. Este narrador, que sustituye al novelista, garantiza que lo que va a contar está sacado de la vida real, logrando impresionar la imaginación del lector con la descripción de su propio terror interior y provocando que «por su espalda corra más de un escalofrío».

Lectulandia

Guy de Maupassant

Cuentos completos de terror, locura y muerte

Valdemar: Gótica - 83

ePub r1.0
orhi 05.07.2019

Título original: *Cuentos completos de terror, locura y muerte*
Guy de Maupassant, 2011
Traducción: Mauro Armiño
Ilustración de cubierta: Arnold Böcklin: *Autorretrato con La muerte tocando el violín, (1872)*

Editor digital: orhi
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Guy de Maupassant nunca seleccionó sus cuentos, sus relatos y sus novelas cortas ni por tema ni por género; los volúmenes en que los recogía eran fruto de una selección personal que espigaba entre los ya aparecidos en prensa cuando el editor le pedía un volumen y el número de páginas era suficiente para formar un libro; autor de dos relatos por semana, Maupassant los editaba en su mayoría en dos publicaciones periódicas: en *Gil Blas*, revista parisiense, sobre todo, a cuyos mundanos lectores de clase alta podía dirigirse con más libertad, y en *Le Gaulois*, órgano de la burguesía, más conservador y simpatizante de la monarquía constitucional. Al cabo de varios meses tenía páginas suficientes e incluso sobrantes para formar un volumen; en los diez años que transcurren desde la publicación de su primer relato, "Bola de sebo", en 1880, hasta la aparición de su última recopilación, *La inútil belleza*, en 1890, son veintisiete los títulos que Maupassant publicó —quince de ellos de *nouvelles*—, que alcanzarán el número de diecisiete cuando salgan a la luz dos más con carácter póstumo; en total, entre cuatro y cinco mil páginas escritas en diez años.

En la selección no lo guiaba ningún criterio concreto que se pueda intuir; por otra parte, muchos no fueron recogidos en un libro, pero no es su calidad como relato lo que motiva esa exclusión. Maupassant tampoco hacía distinciones, ni por asunto ni por trama, ni por el periódico en que aparecían: sumaba así, uno tras otro, cuentos que la posteridad ha calificado de fantásticos y crueles con otros que responden a la etiqueta de humorísticos, irónicos, morales, libertinos, bélicos, exóticos, etc. El resultado en los volúmenes era un producto heterogéneo que llevaba al lector sin solución de continuidad de un ambiente en el que se impone la imaginación a otro rotundamente distinto, de crónica real capaz de competir con los artículos periodísticos a los que en ocasiones acompañaba casi como «suceso».

En cambio, las antologías que en la actualidad buscan conexiones en un mundo de ficción tan gigantesco como el de Maupassant obedecen a criterios temáticos, y tienen en lo «fantástico», en lo «imaginario», su justificación

más alta: situar la obra de un escritor que se quería y se declaraba realista en el ámbito de lo imaginario puede sorprender, pero es lo que nos guía hasta el meollo más original de este autor que se había criado literariamente bajo la férula —y nunca mejor dicho— de Flaubert; el creador de *Madame Bovary y La educación sentimental* mantuvo inédito a su discípulo hasta que le pareció bueno un relato, "Bola de sebo", y le permitió publicarlo, con el calificativo entusiasta, eso sí, de «obra maestra». Desde ese momento, Maupassant puede caminar solo por el realismo, la tendencia que en el último tercio del siglo XIX dominaba la literatura francesa, con un amplio abanico de grandes escritores, de Théophile Gautier a Émile Zola; este último dio un paso hacia delante para convertirse en padre del Naturalismo, que se pretendía método científico de analizar la realidad.

La realidad como fuente de lo imaginario

Maupassant está de parte de Flaubert y no cree en ese método científico de análisis propalado por Zola: no admite que el narrador se convierta, como quería el autor de *Naná*, en un sabio, en un científico que examina la carne por dentro y emplea una especie de probeta para, a través de la sangre, llegar al alma. Para Maupassant, «el realista, si es artista, tratará, no de mostrarnos la fotografía trivial de la vida, sino de darnos de ella una visión más completa, más penetrante, más convincente que la realidad misma. (…) cada uno de nosotros se hace una ilusión del mundo. Y el escritor no tiene otra misión que reproducir fielmente esa ilusión con todos los procedimientos artísticos que ha aprendido y de los que puede disponer»[1]. De ahí esa descripción detallada de los ambientes, de los espacios, en que se envuelven o se desenvuelven unos personajes que quieren ser reflejo del hombre común en su cotidianidad más, digámoslo, vulgar; la minucia con que describe esos ámbitos termina imponiendo al lector su presencia, igual de obsesiva para él como para el actor o protagonista del relato. Desde el punto de vista psicológico, Maupassant no parece preocuparse mucho por el alma de sus personajes, quiere meterlos cuanto antes en la acción: no debe olvidarse que los relatos aparecen, en su primera publicación, en un periódico, y al lector de ese tipo de publicaciones, según regla consagrada en periodismo, hay que «engancharlo» en el primer párrafo, no emplear barroquismos, sino el estilo llano, y, por último, mantener un tono cercano, familiar. Las cosas, la realidad, ya se encargarán de mostrar al personaje y su carácter en marcha, en acción. Para

que esa sensación de realismo, de cosa vivaz, sea más penetrante, la mayoría de los relatos de Maupassant llevan una especie de introducción: en un marco cotidiano o, cuando menos, conocido —la velada tras una partida de caza, por ejemplo—, uno de los contertulios narra una anécdota, un episodio en el que ha participado como protagonista o del que ha sido testigo, o ha oído de fuente muy fidedigna, por ejemplo: “Sobre el agua”, “Cuento de Navidad”, “Aparición”, “La cabellera”, aunque habría que citar en este punto prácticamente a toda la selección hecha en este volumen.

En “Sobre el agua”, el narrador cede la palabra a un viejo remero; en “Magnetismo”, en una cena de hombres, un joven cuenta dos historias en las que interviene o le ocurren; en “El miedo”, 1884[2], tras una cena, un capitán de barco cuenta un sucedido para terminar con la réplica de un pasajero que explica a todos qué es el miedo con un ejemplo sacado de su experiencia personal; o un médico recuerda, en una reunión, un hecho que se empeña en afirmar como vivido por él:

> Les extrañará oírme hablar así, a mí, que no creo en casi nada. ¡Y sin embargo vi un milagro! Lo vi, digo, vi, con mis propios ojos lo vi, lo que se dice verlo.

De este modo, este narrador que sustituye al novelista garantiza que lo que va a contar está sacado de la vida real, que es «verdad», tanto como cualquier otro suceso que el lector pueda encontrar al lado o en otras páginas del periódico.

Sin dejar, además, de abrir la ventana a temas que hasta la llegada del realismo y del naturalismo la literatura había dejado de lado, aunque seguían perviviendo en la sociedad: la narración si no libertina, sí al menos narración del entorno libertino y sus consecuencias en la sociedad; por ejemplo, en la primera colección de relatos publicada, *La Maison Tellier*, Maupassant, famoso ya por su cuento “Bola de sebo”, insiste en desgarrar de un plumazo los velos con que la pudibunda burguesía ocultaba las convenciones hipócritas que sustentaban el orden moral —sobre todo en un momento de la vida francesa en que el Orden y la Moral que trataba de imponer el general Mac-Mahon, el represor sangriento de la Comuna y en ese momento presidente de la República, acababan de ser barridos de la superficie, digamos, legal, pero seguían latentes en las costumbres cotidianas—. En ese primer libro, Maupassant abre de par en par las puertas de las *maisons closes*, de los burdeles, para convertir a sus pupilas y clientes en personajes.

Era el realismo, en sus distintas variantes, de Balzac a Zola, lo que había dominado la literatura francesa durante todo el siglo: el incidente romántico, por más pujanza que tuviera y más influencia que ejerciese en toda Europa, afectó en especial a la poesía, pero poco a la ficción. No eran muchos los escritores franceses que habían frecuentado los senderos de la imaginación o la fantasía; había, por supuesto, antecedentes, empezando por Cazotte (1719-1792), que vivió la etapa ilustrada enfrentándose a la Ilustración y dejó en *El diablo enamorado* (1772) la primera narración fantástica de la literatura francesa. Los románticos se acercaron al género tímidamente, pese a la traducción de los *Cuentos* de Hoffmann en 1829 por Loève-Veimars y a la difusión que Baudelaire había dado a Edgar Allan Poe al traducir lo que el autor de *Les Fleurs du mal* tituló *Narrations extraordinaires*. Aquí y allá, y estirando el concepto de fantástico o imaginario, podemos encontrar ocasionalmente alguna incursión en Nodier (1780-1844), Gautier (1811-1872), Merimée (1803-1870), Barbey d'Aurevilly (1808-1889) y Villiers de l'Isle-Adam (1838-1889) para terminar en Maupassant (1850-1893). En menor medida hay atisbos en Alexandre Dumas padre o en Balzac, que lo toca en algunas *nouvelles*[3] y escribe una novela que pertenece a lo que podríamos llamar lo fantástico social, *La peau de chagrin*; todo ello, por supuesto, muy alejado del concepto de lo fantástico que tienen las *short stories* de la literatura en lengua inglesa.

Nuestro escritor supone el límite de ese impulso en el siglo XIX. Hasta el punto de que no dudará en anunciar la muerte de lo fantástico en una crónica de 1883, homenaje al novelista ruso Turguéniev que acababa de morir: «Dentro de veinte años el miedo a lo irreal no existirá, ni siquiera entre la gente de los campos. Parece como si la Creación hubiera tomado otro aspecto, otra figura, otra significación que antaño. De ahí, desde luego, va a resultar el fin de la literatura fantástica». Maupassant interpretaba mal, desde luego, como el siglo XX ha confirmado, los augurios que hacían de la ciencia, del desarrollo científico y del progreso los verdugos de la imaginación; pero también dejaba una brecha abierta: «Cada día [filósofos, sabios] estrechan más sus líneas, amplían las fronteras de la ciencia; y esa frontera de la ciencia es el límite de los dos campos. Más acá, lo conocido que ayer era lo desconocido; más allá, lo desconocido que será lo conocido mañana. Ese resto de bosque es el único espacio dejado todavía a los poetas, a los soñadores. Pues siempre hemos tenido una invencible necesidad de sueño; nuestra vieja

raza, acostumbrada a no comprender, a no buscar, a no saber, hecha de los misterios circundantes, se niega a la simple y neta verdad[4]».

Maupassant no identifica lo imaginario y lo fantástico como tal en su propia obra: siempre creyó describir hechos reales; ésa es la diferencia radical que lo separa de lo fantástico escrito durante la segunda mitad de siglo; en sus relatos, lo imaginario nace de la realidad, es ésta la que oculta entre sus pliegues, tan delicados para quien sepa meterse por ellos, un mundo por el que pasamos sin fijarnos. Basta que algo desencadene la maquinaria de la mente humana y cualquier cosa, la más nimia, se convierte en amenaza e imprime en los personajes un terror inhumano: la arena del desierto que mueve el aire y origina el «tambor de las dunas», o el aullido de un perro pueden desencadenar el miedo que cuesta definir como algo tangible: «El miedo (y los hombres más audaces pueden tener miedo) es algo espantoso, una sensación atroz, una especie de descomposición del alma, un horroroso espasmo del pensamiento y del corazón, cuyo solo recuerdo provoca escalofríos de angustia. Pero eso no ocurre cuando uno es valiente, ni ante un ataque, ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas comunes del peligro: eso ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas, frente a riesgos vagos. El verdadero miedo es algo así como una reminiscencia de los terrores fantásticos de otros tiempos. Un hombre que cree en los aparecidos, y que imagina ver un espectro en la noche, debe de sentir el miedo en todo su espantoso horror» (“El miedo”).

Origen y esencia del miedo

Buena parte del prestigio de que Maupassant goza como autor de relatos arranca de una primera lectura superficial: su mundo parece teñido de humor y de alegría de vivir; son los suyos unos personajes cotidianos, casi de patio de vecindario, joviales remeros del Sena, médicos, cazadores, figuras de alta estirpe aristocrática que no tienen motivos especiales para la angustia; con sus nimios problemas sirven de piedra de toque para una sociedad que, cuando menos, es vitalista; esos cazadores que mientras descansan de la fatiga de sus incursiones por los rastrojos cuentan sucedidos, esos remeros que pasean por el río amores de un día o de una noche, agüistas, maestros de pueblo, tranquilos aldeanos que viven entre montañas, finas damiselas que coquetean con el amor, son protagonistas o portan en sus repliegues más íntimos una

historia que se sale de lo ordinario aunque en principio puedan parecer cualquier cosa menos criaturas problemáticas.

Y en principio no tienen por qué serlo unos meros transeúntes de la vida cotidiana a los que nada estigmatiza con tara alguna; sin embargo, cuando pasan bajo la mirada del novelista, esa misma vulgaridad los vuelve trágicos a partir de los elementos más simples de la vida. Es el contacto con la realidad, o con uno mismo, lo que convierte cualquier hecho en un camino hacia la angustia o la locura. En estos personajes cotidianos la sensación de miedo se produce por nada, por un efecto que, una vez disparado, la conciencia se ve incapacitada para frenar: al viejo remero que se encarga de la narración de "Sobre el agua" no le pasa otra cosa que lo de todos los días: «Ustedes, los habitantes de las calles, no saben lo que es el río. Pero escuche a un pescador cuando pronuncia esa palabra. Para él es lo misterioso, lo profundo, lo desconocido, el país de los espejismos y las fantasmagorías, donde de noche se ven cosas que no existen, donde se oyen ruidos que no se conocen, donde se tiembla sin saber por qué, como al cruzar un cementerio: y en efecto, es el más siniestro de los cementerios, ese donde no se tiene tumba».

Nada que se aleje de la experiencia de todos los días: el atardecer sobre el río, las primeras sombras del anochecer, los ruidos en el agua, la niebla… y una vaga sensación de misterio que sume al viejo remero, y con él al lector, en un miedo necio:

> Traté de razonar. Sentía mi voluntad muy decidida. Me pregunté qué podía temer; mi yo valeroso se burló de mi yo cobarde, y nunca tan bien como ese día comprendí la oposición de los dos seres que hay en nosotros, uno que quiere, otro que se resiste, y cada uno de ellos ganando alternativamente.
>
> Aquel espanto necio e inexplicable seguía creciendo y se convertía en terror. Permanecía inmóvil, con los ojos abiertos, tenso el oído y esperando. ¿Qué? No lo sabía, pero debía de ser algo terrible. Creo que si a un pez se le hubiera ocurrido saltar fuera del agua, como ocurre a menudo, no se habría necesitado más para hacerme caer de bruces, sin conocimiento.

Ese miedo puede ser necio e irracional, pero es fruto de algo misterioso que adivina la presencia de la muerte.

A la locura —o a la visión frenética del mundo y de uno mismo— pueden verse arrastrados los personajes por situaciones de lo más simple: por un

bloqueo de la conciencia, como esa madre a la que el miedo atenaza ante la posibilidad de contagio si se acerca a su hijo enfermo, y que no supera siquiera en su agonía y pese a las llamadas del niño moribundo (“Madame Hermet”); por una elucubración disparatada que, sin embargo el protagonista cree sustentar en datos científicos (“El hombre de Marte”) o en la posesión de unos poderes especiales (“¿Un loco?”). En otros relatos la locura llega sin necesidad de agente externos: es la propia conciencia, por ejemplo, la que produce en el autor del diario de “El Horla” alucinaciones autoscópicas durante las que se le aparece su doble: «Duermo mucho tiempo, dos o tres horas, y luego un sueño —no, una pesadilla— se apodera de mí. Noto perfectamente que estoy acostado y que duermo… lo siento y lo *sé… y sé* también que alguien se me acerca, me mira, me palpa, se sube a la cama, se arrodilla sobre mi pecho, me agarra del cuello con las dos manos y aprieta… aprieta… con todas sus fuerzas para estrangularme».

Hay otro doble obsesivo, más interesante porque explica de forma pormenorizada cómo brota el miedo en su interior: el protagonista de “¿Él?” va más lejos incluso que el Horla en ese autoanálisis de lo que le ocurre: ha visto a alguien sentado en su sillón, que sin embargo está vacío; se ha visto a sí mismo:

> ¡Entonces!…, sí. ¡Entonces!… ¡Pues bien! ¡Tengo miedo de mí! Tengo miedo al miedo; miedo a los espasmos de mi mente que enloquece, miedo a esa horrible sensación del terror incomprensible.
>
> Ríete si quieres. Es algo espantoso, incurable. Tengo miedo a las paredes, a los muebles, a los objetos familiares que se animan, para mí, con una especie de vida animal. Tengo miedo sobre todo de la perturbación horrible de mi pensamiento, de mi razón que escapa trastornada, dispersada por una misteriosa e invisible angustia.
>
> Al principio siento una vaga inquietud que me pasa por el alma y me hace sentir un escalofrío en la piel. Miro a mi alrededor. ¡Nada! ¡Y querría algo! ¿Qué? Algo comprensible. Pues únicamente tengo miedo porque no comprendo mi miedo.
>
> ¡Hablo! Tengo miedo de mi voz. ¡Camino! Tengo miedo a lo desconocido de detrás de la puerta, de detrás de la cortina, de dentro del armario, de debajo de la cama. Y sin embargo sé que no hay nada en ninguna parte.
>
> Me vuelvo bruscamente porque tengo miedo de lo que hay detrás de mí, aunque no haya nada y yo lo sepa.

> Me agito, siento crecer mi espanto; y me encierro en mi cuarto; y me sumerjo en mi cama, y me escondo debajo de las sábanas; y acurrucado, enrollado como una bola, cierro los ojos desesperadamente, y permanezco así durante un tiempo infinito con la idea de que mi vela sigue encendida en mi mesilla de noche y de que, sin embargo, habría que apagarla. Y no me atrevo.

Los monstruos del alma y la conciencia

En este relato, el tema del doble se mezcla con el de la soledad, motivo que también lleva a la locura en otros relatos: la produce esa sombra que se sienta en el sillón del protagonista:

> Sí, pero por más que razone, por más que resista, ya no puedo quedarme solo en casa, porque está él. No volveré a verlo, lo sé, no se me aparecerá más, eso se acabó. Pero está de todos modos en mi pensamiento. Permanece invisible, pero eso no impide que esté. Está detrás de las puertas, en el armario cerrado, debajo de la cama, en todos los rincones oscuros, en todas las sombras. Si vuelvo la puerta, si abro el armario, si llevo la vela debajo de la cama, si ilumino los rincones, las sombras, no está; pero entonces lo siento detrás de mí. Me vuelvo, seguro sin embargo de que no lo veré, de que no volveré a verlo. No por eso deja de estar detrás de mí.

La soledad engendra monstruos también en “El albergue”, “¿Él?”, “Soledad”, “Paseo” y no necesita de agentes externos para que el sujeto alcance la locura: lo lleva hasta ella su propia conciencia, como al personaje que ingresa voluntario en una casa de salud y nos cuenta cómo los muebles de su casa salían por su propio pie con paradero desconocido, y cómo también vuelven a ella sin que pueda saberse cómo se ha producido el regreso.

Todos estos monstruos del alma y de la conciencia se presentan en la escritura de Maupassant desde sus inicios. Los análisis que mezclaban vida y obra hicieron ver en los relatos una consecuencia del estado mental del escritor, tan deteriorado al final de sus días que acabó recluido en una casa de salud mental. El propio Maupassant preveía que su mundo de fantasías extravagantes y seres demenciados sería explicado por y desde la locura familiar, por y desde la propia locura final que le afectó: él mismo había

llevado, con engaños, a su hermano Hervé a una casa de salud de Lyon, en 1889, para dejarlo allí encerrado; mientras los enfermeros lo atenazaban con todas sus fuerzas, Hervé lanzaba su maldición: «¡Miserable! ¡Tú haces que me encierren! ¡Tú eres el que está loco, ya me entiendes! ¡Tú eres el loco de la familia!» A esa maldición que persiguió a Maupassant desde entonces vendría a unirse la propia locura, en la que zozobra y a la que se sentía predestinado: cuando termina “El Horla”, en una carta a su criado Tassart le advierte: «Antes de ocho días verá usted que todos los periódicos publicarán que estoy loco. Que hagan lo que quieran, porque estoy sano de espíritu y sabía de sobra, al escribir este relato, lo que hacía. Es una obra de imaginación que impresionará al lector y hará que por su espalda pase más de un escalofrío».

Nada tiene que ver, por lo tanto, esa locura con la elección de los temas de terror, de fantasías alucinatorias, con el problema del doble y la enajenación; es al término de su «gran década», 1880-1890, cuando en Maupassant empieza a dejarse ver una degradación física y mental que su médico justifica por exceso de trabajo. Pero antes de iniciarse ese periodo, en el primer relato escrito, “La mano disecada”, ya aparecen esos materiales literarios: el protagonista que ha comprado la mano de un criminal ajusticiado despierta enloquecido por creer que siempre tiene a sus talones un espectro: muere, y será enterrado junto a otro cuerpo al que le han cortado la mano; un relato de 1875 ya mostraba la presencia del tema del doble y de la amnesia (“Héraclius Gloss”) en la pluma de Maupassant, que inscribe desde el principio de su carrera literaria, como temas constantes, y en medio de la realidad más pedestre y cotidiana, lo fantástico, las obsesiones, el desdoblamiento, el narcisismo que no es sino la primera etapa de la megalomanía, los trastornos psíquicos, la desesperación, la soledad, la locura y la presencia de la muerte. Y precisamente a medida que su enfermedad avanza, a partir de su cuento más angustioso, “El Horla”, va a disminuir esa presencia de lo fantástico en sus relatos.

El aire del tiempo

Maupassant no inventa nada, sino que escribe en «el aire del tiempo»: esas alteraciones sombrías de la personalidad de que están plagados sus relatos empezaban a ser analizadas en pacientes por la ciencia médica y psicológica, y poco más tarde verían el nacimiento de una disciplina nueva: el

psicoanálisis. Un nombre une a varios escritores: en 1884, Maupassant, ya novelista célebre, asiste a las clases del insigne doctor Charcot (que no sólo tendrá como oyente a Marcel Proust, sino también a un joven Sigmund Freud), que al año siguiente publicaba *Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso*. Darwin y Flammarion, por su parte, descubrían relaciones hasta entonces insospechadas: del hombre y su especie en el primero, de lo infinito y el espacio el segundo.

No puede olvidarse que en ese último tercio del siglo XIX proliferaron las investigaciones de la personalidad en múltiples frentes, tanto en el psicológico como en el filosófico. Por el pensador más influyente del momento —a quien Théodule Ribot dedica, también en 1885, el ensayo *La filosofía de Schopenhauer. Las enfermedades de la personalidad*— había sentido pasión desde su juventud Laure Le Poittevin, madre de Maupassant, que se la transmitió a su hijo: el filósofo convencerá al novelista de la maldad intrínseca de la condición humana que brota en sus personajes. En Flaubert había aprendido a «ver justo», pero Schopenhauer abrió a Maupassant la vía hacia las fuerzas oscuras de la introspección, demostrándole que la realidad sólo es una apariencia que debe analizarse con la propia percepción personal del mundo. Empapado de esas ideas, saldará cuentas con el filósofo alemán en un relato —quizá fuera mejor tildarlo de crónica— en el que dos alumnos cuentan la vela del cadáver de Schopenhauer:

> Gozador desengañado, ha derruido las creencias, las esperanzas, las poesías, las quimeras, destruido las aspiraciones, asolado la confianza de las almas, matado el amor, abatido el culto ideal de la mujer, destrozado las ilusiones del corazón, realizado la tarea más gigantesca de escépticos que nunca se haya hecho. Ha atravesado todo con su burla y vaciado todo. Y hoy mismo, quienes abominan de él parecen llevar, a pesar suyo, en su mente, parcelas de su pensamiento («Junto a un muerto»).

Abismarse en la vida abre camino a terrores más profundos todavía que los derivados de acontecimientos fantásticos; unos son ajenos, están fuera de la personalidad; otros, como el miedo, «ese espasmo horrible del pensamiento y del corazón», operan desde el interior la «descomposición del alma»; para alguien afectado de demencia —personajes por lo demás normales—, lo real carece de fundamento, porque desde el centro de operaciones del cerebro algo, alguien, envía una dosis de horror: «Para sentir horror, más que la emoción del alma y más que el espectáculo de un muerto horrible, se necesita

bien un estremecimiento de misterio, bien una sensación de espanto anormal, al margen de la naturaleza»; el desenlace de esas operaciones se convierten en «ese terror confuso de lo sobrenatural que acosa al hombre desde el origen del mundo».

El individuo trata de eliminar el gran escollo de este «subterráneo sombrío» que es la existencia: la soledad, contra la que no hay emplastos posibles, ni siquiera el amor, cuyos resultados suelen ser decepcionantes, ni el viaje, que ayuda a escapar de la realidad ("El hombre de Marte"). Ese profundo pesimismo, que echó raíces en la juventud de Maupassant con la lectura de Schopenhauer hasta el final, deja pocas salidas a criaturas tan sencillas como los modestos empleados y oficinistas —Maupassant trabajó en su juventud como tal en dependencias gubernamentales—; su vida gris, mediocre, puede acabar como había acabado la de los personajes románticos más auténticos ("Paseo"). Cualquier cosa puede desencadenar lo fantástico: los objetos más familiares, las acciones más habituales, desde un paseo a un beso, un mueble o una cabellera; un personaje ("Paseo") puede desesperarse ante lo poco, ante la nada que ofrece una existencia presidida por la rutina.

En Maupassant no hay nada sobrenatural, pues lo que su personaje siente es fruto de su imaginación enloquecida ("¿Quién sabe?"), que hace, por ejemplo, caminar a muebles por sí solos. Los objetos cobran vida propia en la mente, todo se interioriza, hasta el hecho más leve; se produce así la angustia, primer paso en el disparadero de la locura. El oficinista, el remero, cualquiera, en fin, sabe que lo desconocido no puede existir: pero duda, algo ha escapado a su voluntad de racionalización dando origen al «miedo vago a lo invisible, al miedo a lo desconocido que está detrás del muro, detrás de la puerta, de la vida aparente» ("El miedo"). Esa sensación se asienta en la conciencia, se desarrolla en la imaginación hasta alcanzar la catástrofe; los pasos de su progreso, desde el trivial hecho que engendra el miedo, hasta la locura, serán descritos a la perfección por un Maupassant para quien el estado de demencia no es más que un estado más, una situación que puede provocar repulsión o admiración: «Me atraen los locos. Esas gentes viven en un país misterioso de sueños extraños, en esa nube impenetrable de la demencia donde todo lo que han visto en la tierra, todo lo que han amado, todo lo que han hecho, empieza de nuevo para ellos en una existencia imaginada al margen de todas las leyes que gobiernan las cosas y rigen el pensamiento humano» ("Mme. Hermet").

Ese sentimiento del miedo, con alucinaciones de desdoblamiento, estaba también en el aire de la época, como demuestran dos novelas capitales de lengua inglesa: *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1885), de Stevenson, y *El retrato de*

Dorian Gray (1891) de Oscar Wilde. Además, el último tercio del siglo pone de moda la hipnosis y el ocultismo: si la mejor sociedad parisiense asistía a las conferencias de Charcot en La Salpêtrière y en los salones franceses se discutía sobre las enfermedades de la personalidad, la histeria, etc., en Inglaterra esa penetración social, pasada por la ironía burlona de su autor, puede verse también en *El crimen de lord Arthur Savile* (1887 en revista; 1891 dando título a un volumen formado por cuatro relatos) de Oscar Wilde. Lo que Maupassant hace, *malgré lui*, es reflejar un mundo que le es propio: en estado de permanente hiperestesia, con una sensibilidad que él mismo califica de «enfermiza», contempla el espectáculo de la mediocridad, de lo trivial, de lo fácil para describirlo desde una objetividad imposible.

Esta selección de Maupassant quiere recoger en su totalidad aquellos relatos que pueden definirse, temáticamente, con términos como crimen, misterio, terror, locura, mundo imaginario y, el doble; términos que amparan una visión de la realidad que, por más a ras de suelo que esté, genera ansia y angustia, y crea en el lector un malestar desde distintos focos: desde la crueldad estúpida de “El burro” hasta una trama, corroída de humor negro, “Las tumbales”, que transcurre entre las tumbas de un cementerio pero tiene un trasfondo libertino. Hay en estos cuentos una realidad cruel, hasta cierto punto valleinclanesca, como en “El ciego”, con el cuerpo del pobre invidente abandonado a los pájaros; tenemos personajes que son víctimas de las exigencias sociales, como en “Un parricida”; o reflexiones angustiadas y melancólicas sobre la condición humana de “Un hijo”. Otro de los temas preferidos de Maupassant, la venganza de los humildes, de los impotentes frente a los poderosos y la injusticia; mejor dicho, la venganza de las humildes, pues son protagonistas femeninas las que manejan esa arma para contrarrestar la impotencia en que se ven: en “Confesiones de una mujer” es la esposa la que se promete ajustar cuentas con la insensibilidad criminal de un esposo; en “La loca” una mujer sabe vengarse de la muerte de su hijo, igual que la protagonista de “La tía Sauvage” y de “Una vendetta”, donde Maupassant lleva la crueldad al extremo. Esas venganzas suelen tener por protagonistas a los hijos abandonados, los bastardos, que protagonizan varias historias: en “El pequeño”, donde la conciencia de haber sido burlado lleva a tal enajenación que sólo una decisión terminante puede acabar con ella. Cada uno de estos relatos se resuelve de forma distinta, porque Maupassant hace un análisis psicológico de personajes reales, en ocasiones vivos y sacados, con su crimen, de las crónicas de sucesos de los periódicos. En “Confesión”, los personajes ocultan una conciencia torturada; en “¡Camarero, una jarra!” —

que, al parecer, tiene un componente autobiográfico: el clima de violencia y agresión de su niñez—, el sufrimiento se ahoga en la nada de una jarra de cerveza. En “El campo de olivos”, con su resonancia evangélica, es el hijo que un cura tuvo, sin saberlo, antes de seguir la carrera eclesiástica, el que siembra los motivos para un desenlace trágico.

La muerte se impone también en los desenlaces de “El borracho”, de “El crimen del tío Boniface” y de “Lo horrible”: tres historias capaces de hacer dudar al lector de que en la conciencia de los personajes exista el menor sentido de lo humano, pero reales, tanto que tienen su fuente en la historia o en los sucesos periodísticos. “El ahogado” narra la historia de una obsesión mental, la de una mujer maltratada desde el día de la boda por el marido, que vuelve en espíritu para atormentarla en forma de loro. Frente a esa angustia de lo fantástico, Maupassant impone la nota realista, miserable y terrible de “El Diablo”, donde un viejo ceremonial sirve para que muera una mujer que tarda en hacerlo para los intereses tanto de su cuidadora como de su hijo. En “Minué” será un volatín lírico lo que Maupassant escriba, un canto al amor que se instala como una herida en el pecho de quien ha visto su pervivencia en dos viejos bailarines de las fiestas galantes del Antiguo Régimen.

Y al lado de estos cuentos de la «realidad», los de la locura: la mente de algunos protagonistas se ve invadida por otros seres que terminan perturbando el sentido y llevándolos hacia la muerte: “El Horla”, en sus dos versiones, sigue siendo uno de los grandes relatos de todos los tiempos. Como Maupassant preveía, su mundo de fantasías extravagantes, de terrores y seres demenciados, sería explicado por y desde esa locura final; pero nada tiene que ver esa demencia con la elección de los temas de terror, de fantasías alucinatorias, con el problema del doble y la enajenación; baste recordar que, en su primer relato, “La mano disecada”, ya aparece ese componente: el protagonista que ha comprado la mano de un criminal ajusticiado se despierta enloquecido creyéndose perseguido por un espectro, y muere, siendo enterrado junto a otro cuerpo al que le han cortado la mano. Y, acompañando incluso a los cuentos en que Maupassant azota la hipocresía de la realidad, desde el principio aparecen seres cuya «realidad» está más allá de la inmediata que ven los ojos de los otros.

Poco a poco, tras el auge de los primeros años del decenio, el prestigio de Maupassant entre sus compañeros de letras va menguando; ya no se habla de sus orgías ni de los libros que siguen apareciendo, aunque no con la misma intensidad que en la primera mitad de la década, sino de su arrogancia, de sus aires de grandeza; el suyo no era el «desarreglo de los sentidos» que pretendía

Rimbaud; ni tampoco le acompañaba ya la sombra de Flaubert, que siempre estuvo a su lado; cuando al día siguiente de hacer testamento, en diciembre de 1891, vuelve a casa después de un paseo con los ojos extraviados y la tez lívida, asegura haberse encontrado con un fantasma: «Ese fantasma era yo mismo… Ha venido a mi lado… No me ha dicho nada… Simplemente se ha encogido de hombros con desprecio… Me detesta… François, no olvide cerrar todas las puertas con doble vuelta de llave». A partir de ese momento se suceden los episodios de locura, como un doble intento de suicidio, con una pistola a la que Tassart le ha quitado unos días antes las balas, y con un estilete con el que quiere cortarse la carótida pero que se clava en la carne por haberse deslizado la hoja. Las obsesiones místicas del último año, el acoso de la sombra de su hermano Hervé, sus gritos asegurando ser Jesucristo, etc., no ritman otra cosa que los patéticos estadios de la demencia, mientras, ajenos ya a Maupassant, los que fueron sus compañeros de la escuela naturalista lo lamentan, si es que no aprovechan la situación para lanzar alguna pulla burlona contra el demenciado.

Pero Maupassant no necesitaba terminar en la locura para escribir sus cuentos más imaginativos, que aparecen con su misterio, sus horrores y sus crímenes desde el primer momento de su carrera literaria; es más, proporcionalmente corresponden más a la primera etapa que a la última aquellos en que la angustia y los temas fantásticos resultan dominantes.

— Mauro Armiño —

NOTA DE EDICIÓN

Sigo para la traducción la edición Louis Forestier de *Œuvres complètes*, que fija los textos a partir de la última edición vista por Maupassant o de los manuscritos en caso de que no se haya publicado en volumen el relato. Los ordeno cronológicamente, dando a pie de página la fecha exacta de su publicación en periódico o revista y libro. He tenido también en cuenta las ediciones de Marie-Claire Blancquart (Le Livre de Poche, 2004) y de Brigitte Monglond (Robert Laffont, 1988), que aportan algunos datos suplementarios y que figuran en la Bibliografía.

CLASIFICACIÓN TEMÁTICA

A lo largo de los 303 relatos y novelas cortas de Maupassant, los temas relacionados con el terror, el misterio y el crimen aparecen de forma insistente en mayor o menor grado: en algunos casos, un cuento puede participar de más de una de esas características. La siguiente clasificación temática de los relatos puede ser indicativa del eje sobre el que se articula cada una de las tramas.

Ahogamiento

El ahogado - Carta encontrada en un ahogado - Châli La dormilona — Historia de un perro — Madame Baptiste - Mademoiselle Cocotte - El ordenanza - La poza - La sillera - Sobre el agua

Asesinato / Crimen

Amor - El asesino - El barrilito - El bautismo - El borracho - El burro - El campo de olivos - El ciego - Confesión - Confesiones de una mujer - El crimen del tío Boniface - Châli - El diablo - El niño - El guarda - El huérfano - ¿Loco? — Lo horrible - Mademoiselle Fifí - La mano - La mano disecada - Mohammed el Golfo - Morion - El ordenanza - La poza - Los Reyes - San Antonio - La tía Sauvage - El tío Milon - Tombuctú - Un bandido corso - Un drama verdadero - Un loco - Un parricida - Una vendetta

Bastardía

El asesino - El campo de olivos - El niño - El ermitaño - La espera - Hautot padre e hijo - Mademoiselle Perla - El huérfano - La confesión - La madre de los monstruos - Noche de Navidad - El pequeño - Rosalie Prudent - Se acabó - El señor Parent - Un hijo - Un parricida

Cadáver

El cuarto 11 - Junto a un muerto - La roca de los araos - San Antonio - Sobre el agua - El tic - La tumba - Un ardid - Una Nochebuena.

Cementerio

La muerta - El ordenanza - El tic - La tumba - Las tumbales

Diablo

El diablo - La leyenda del Monte Saint-Michel

Doble

¿Él? — Hautot padre e hijo - El Horla - Imprudencia - Se acabó - El señor Parent - Sobre el agua

Estrangulamiento / Degollación

El campo de olivos - El huérfano - La mano - La mano disecada - Una vendetta

Fantástico

El ahogado - El albergue - Aparición - El borracho - Cabellera - Carta de un loco - Cuento de Navidad - La desconocida - La dormilona - ¿Él? — En venta - El hombre de Marte - Junto a un muerto — La leyenda del Monte Saint-Michel - El lobo - Madame Hermet - La madre de los monstruos - Magnetismo - La mano disecada - La máscara - El miedo - Minué - Misti - La muerta - La noche - ¿Quién sabe? — Sobre el agua - Sobre los gatos - Sueños - El tic - El tío Judas - Un caso de divorcio - ¿Un loco?

Fuego

El guarda - Horla - La tía Sauvage

Infanticidio

El bautismo - Confesión - El niño - Rosalie Prudent

Locura

El albergue - Berthe - La cabellera - Carta de un loco - Cuento de Navidad - La dormilona - ¿Él? — Horla — La loca - ¿Loco? — Madame Hermet - Mademoiselle Cocotte - Magnetismo - La

mano disecada - La máscara - Misti - Morion - La noche - La pequeña Roque — ¿Quién sabe? — El señor Parent - Sobre el agua - Sobre los gatos - Suicidios - Un caso de divorcio

Muerte

El ahogado - El albergue - Aparición - El barrilito - El burro - El ciego - «¡Coco, coco, coco fresco!» — Hautot padre e hijo - Junto a un muerto - El lobo - La loca - Madame Baptiste - Mademoiselle Cocotte - Morion - La muerta - Paseo - La poza - El regreso - La reina Hortensia - Los Reyes - La roca de los araos - La sillera - Sobre el agua - Suicidas - La tía Sauvage - El tic - El tío Judas - La tumba - Las tumbales - Un ardid

Sadismo / Violencia

El ahogado - Amor - El barrilito - El bautismo - El borracho - El burro - El campo de olivos - El ciego - Coco - Denis - El guarda - La loca - La madre de los monstruos - Mohammed el Golfo - Morion - El niño - La poza - San Antonio - Sobre los gatos - La tía Sauvage - El tío Judas - El tío Milon - Un bandido corso - Un loco - Una vendetta

Suicidio

La dormilona - Horla - Madame Baptiste - La noche - El ordenanza - La pequeña Roque - El pequeño - Sobre el agua - Suicidios

Violación

Madame Baptiste - El ordenanza - La pequeña Roque

Bibliografía seleccionada

1. Obras

Choses et autres. Choix de chroniques littéraires et mondaines, Le Livre de Poche Classique, 1993.

Chroniques et récits de voyage, Complexe, Bruselas, 5 vols., 1993.

Chroniques, études, correspondance, edición de René Dumesnil, con la colaboración de Jean Loize, Gründ, 1938.

Contes cruels et fantastiques — Contes normandes — Contes parisiens, ed. de Marie-Claire Bancquart, 3 vols., Le Livre de Poche, «La Pochotèque», 2004.

Contes et nouvelles. Une vie. Bel Ami, edición de Brigitte Monglond, Robert Laffont, 2 vols., 1988.

Correspondance Flaubert-Maupassant, prólogo de Y. Leclerc, Flammarion, 1993.

Correspondance, edición de Jacques Suffel, Le Cercle du Bibliophile, Évreux, 1973.

Obras completas, traducción de Luis Ruiz Contreras, Aguilar, 2 vols., 1965 (4.ª edición).

Œuvres, Club de l'Honnête homme, 4 vols., 1988.

Œuvres complètes, edición de Louis Forestier, Gallimard, «La Pleiade», 3 vols., 1974-1987.

Distintas colecciones francesas de bolsillo ofrecen gran parte de los cuentos de Maupassant, bien respetando la unidad que les dio el autor, bien reorganizándolos bajo distintos epígrafes temáticos. Deben tenerse en cuenta sobre todo las editadas por Le Livre de Poche, GF.-Flammarion y Folio; y, entre los estudiosos encargados de las ediciones más recientes, los nombres de Louis Forestier, Marie-Claire Bancquart, Antonia Fonyi, Pierre Coigny, Mariane Bury y Patrick Wald Lasowski.

2. Biografías y testimonios

—, *Nouveaux souvenirs intimes sur Guy de Maupassant*, edición de Pierre Cogny, Nizet, 1962.

BOREL, Pierre, y FONTAINE, Léon: *Le destin tragique de Guy de Maupassant, d'après des documents originaux*, Éditions de France, 1927.

DELAISEMENT, Gérard: *Maupassant, le témoin, l'homme, le critique*, C.R.D.P. de l'Académie d'Orléans-Tours, 1984.

DOUCHIN, Jacques-Louis: *La vie érotique de Maupassant*, Suger, 1986.

GABEL, Joseph: *Génie et folie chez Guy de Maupassant*, Jouve, 1940.

GONCOURT, Edmond, y Jules de: *Journal*, edición de Robert Ricatte, Flammarion-Fasquelle, 4 vols., 1959.

TASSART, Francis: Souvenirs sur Guy de Maupassant, *Plon, 1911*.

TROYAT, Henri: *Maupassant*, Flammarion, 1989.

3. Estudios críticos

BANQUART, Marie-Claire: *Maupassant conteur fantastique*, Lettres Modernes, Minard, 1976.

BAYARD, P.: *Maupassant juste avant Freud*, Minuit, 1994.

BESNARD-COURSODON, Micheline: *Étude thématique et structural'e de l'œuvre de Maupassant: le piège*, Nizet, 1973.

BURY, Mariane: *La poétique de Maupassant*, SEDES, 1994.

CASTELLA, Charles: *Structures romanesques et vision sociale chez Maupassant*, L'Age d'homme, Lausana, 1972.

CASTEX, Pierre-Georges: *Le conte fantastique en France de Nodier à Maupassant*, José Corti, 1957.

COGNY, Pierre: *Maupassant, l'homme sans Dieu*, Renaissance du Livre, Bruselas, 1968.

DANGER, Pierre: *Pulsion et désir dans les romans et nouvelles de Guy de Maupassant*, Nizet, 1993.

GAADAR, S.: *Figures et poétique de la folie dans les contes cruels et fantastiques de Maupassant*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrión, 1997.

GENETTE, Gérard: *Figures I*, Le Seuil, 1966; *Figures III*, Le Seuil, 1972.

GREIMAS, *Algirdas Julien: Maupassant, la sémiotique du texte. Exercices pratiques*, Le Seuil, 1976.

POYET, T: *L'Héritage Flaubert-Maupassant*, Kimé, 2000.

RAIMOND, Michel: *La crise du roman. Des lendemains du naturalisme aux années vingt*, José Corti, 1985 (nueva edición).

SARTRE, Jean-Paul: *Situations I*, Gallimard, 1947.

SAVINIO, Alberto: *Maupassant e «l'altro»*, Adelphi Edizioni, Milán, 1975. [Hay edición española, *Maupassant y «el otro»*, traducción de Gabriela Sánchez Ferlosio, Bruguera, 1983.]

TODOROV, Tzvetan: *Introduction à la littérature fantastique*, Le Seuil, 1970.

VIAL, André: *Maupassant et l'art du roman*, Nizet, 1954.

WILLI, Kurt: *Déterminisme et liberté chez Guy de Maupassant*, Juris, Zurich, 1972.

CUENTOS COMPLETOS DE TERROR, LOCURA Y MUERTE

La mano disecada[5]

Hará cosa de ocho meses, un amigo mío, Louis R., había reunido cierta noche a varios compañeros de colegio, bebíamos ponche y fumábamos hablando de literatura, de pintura, y contando de vez en cuando algunas aventuras picantes, como suele ocurrir en las reuniones de gente joven. De pronto se abre de par en par la puerta y entra como un huracán uno de mis buenos amigos de la infancia. «Adivinen de dónde vengo», exclama al punto. «Apostaría que de Mabille[6]», responde uno: «No, estás demasiado contento, acabas de conseguir un préstamo, de enterrar a tu tío o de llevar el reloj de péndulo a casa de mi tía[7]», añade otro; «vienes de emborracharte, responde un tercero, y como has olido a ponche en casa de Louis has subido para volver a empezar». «Os equivocáis, vengo de P…, en Normandía, adonde fui a pasar ocho días y de donde traigo a un gran criminal amigo mío que quiero presentaros». Tras estas palabras, sacó del bolsillo una mano disecada; los músculos, extremadamente potentes, de aquella mano horrible, negra, seca, muy larga y como crispada, estaban sujetos por dentro y por fuera por una tira de piel apergaminada; las uñas, amarillas y estrechas, seguían en la punta de los dedos; todo aquello olía a crimen a una legua. «Figúrense, dijo mi amigo, el otro día vendían los trastos de un viejo brujo muy conocido en toda la comarca; iba al *sabbat* todos los sábados en un palo de escoba, practicaba magia blanca y negra, daba a las vacas leche azul y les hacía llevar la cola como la del compañero de san Antonio[8]. Lo cierto es que ese granuja sentía gran aprecio por esta mano, que, según él, era la de un célebre criminal ajusticiado en 1736 por haber tirado de cabeza a un pozo a su esposa legítima, cosa que no me parece ningún error, y por haber colgado luego del campanario de la iglesia al cura que los había casado. Después de la doble hazaña, se había ido a correr mundo, y en su carrera, tan breve como bien aprovechada, había desvalijado a doce viajeros, ahumado a una veintena de monjes en su convento y convertido en serrallo un monasterio de monjas». — «Pero ¿qué vas a hacer con ese horror?», exclamamos nosotros. — «Ya lo

veréis, haré un tirador de campanilla para espantar a mis acreedores». — «Amigo mío, le dijo Henri Smith, un inglés muy alto y muy flemático, creo que esa mano es simplemente carne india conservada mediante un procedimiento nuevo, te aconsejo que hagas con ella un caldo». — «Nada de burlas, caballeros, dijo con la mayor sangre fría un estudiante de medicina al que le faltaba muy poco para estar borracho, y tú, Pierre, si me permites un consejo, haz enterrar cristianamente ese despojo humano, no vaya a ser que su propietario venga a reclamártelo; además, vete a saber si esa mano no tiene malos hábitos, porque ya conoces el refrán: “El que ha matado, matará”». — «Y el que ha bebido, beberá», añadió el anfitrión, escanciando acto seguido un gran vaso de ponche al estudiante, que se lo bebió de un trago para caer desvanecido bajo la mesa. La ocurrencia fue acogida con risas formidables, y Pierre, alzando su vaso y saludando con la mano, dijo: «Bebo por la próxima visita de tu amo».

Al día siguiente, como pasaba delante de su puerta, entré en su casa; eran las dos de la tarde, y lo encontré leyendo y fumando. «¿Cómo estás?», le dije. — «Muy bien», me respondió. — «¿Y tu mano?» — «Has debido de verla en mi campanilla, donde la puse ayer noche cuando volví. Pero, a propósito, figúrate que algún imbécil, sin duda para jugarme una mala pasada, ha estado tirando de la campanilla a medianoche; he preguntado quién andaba allí, pero como nadie me respondía, he vuelto a acostarme y a dormirme». — En ese momento llamaron, era el propietario de la casa, personaje grosero y muy impertinente que entró sin saludar. «Señor, le dijo a mi amigo, le ruego que quite inmediatamente la carroña que ha colgado del cordón de la campanilla, porque en otro caso me veré obligado a echarle». — «Caballero, replicó Pierre muy serio, está usted insultando a una mano que no lo merece; ha de saber que perteneció a un hombre muy bien educado». El propietario dio media vuelta y salió como había entrado. Pierre fue tras sus pasos, descolgó la mano y la ató a la campanilla que colgaba en su alcoba. «Así está mejor, dijo; esta mano, como el “morir habernos” de los trapenses, me hará pensar en cosas serias todas las noches al acostarme». Al cabo de una hora le dejé y volví a mi domicilio.

Dormí mal la noche siguiente, estaba agitado y nervioso; varias veces me desperté sobresaltado, y hubo un momento incluso en que imaginé que un hombre se había introducido en mi casa y me levanté para mirar en los armarios y debajo de la cama; por fin, hacia las seis de la mañana, cuando empezaba a dormirme, un violento golpe propinado en mi puerta me hizo saltar del lecho; era el criado de mi amigo, que venía a medio vestir, pálido y

tembloroso. «¡Ay, señor!, exclamó sollozando, han asesinado a mi pobre amo». La casa estaba llena de gente; todos discutían, se agitaban, era un movimiento incesante, todos peroraban, contaban y comentaban el suceso de mil maneras. A duras penas conseguí llegar hasta el dormitorio; la puerta estaba custodiada, dije mi nombre y me dejaron entrar. Había cuatro agentes de policía de pie en el centro, con un cuaderno en la mano; analizaban todo, hablaban en voz baja de vez en cuando y tomaban notas; dos doctores charlaban junto a la cama sobre la que Pierre se hallaba tendido sin conocimiento. No estaba muerto, pero tenía un aspecto horrible. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, sus pupilas dilatadas parecían estar clavadas con un espanto indecible en algo terrorífico y desconocido, sus dedos estaban crispados, a partir de la barbilla su cuerpo estaba cubierto con una sábana que yo levanté. Llevaba en el cuello las marcas de cinco dedos que se habían hundido profundamente en la carne, y algunas gotas de sangre manchaban su camisa. En ese momento me sorprendió una cosa: miré por azar la campanilla de su alcoba, y la mano disecada ya no estaba. Los médicos se la habían llevado, sin duda para no impresionar a las personas que entrasen en el cuarto del herido, porque la mano era realmente horrible. No pregunté qué se había hecho de ella.

Recorto ahora de un periódico del día siguiente el relato del crimen con todos los detalles que la policía pudo conseguir. Esto era lo que podía leerse:

«Ayer se cometió un atentado horrible en la persona de un joven, el señor Pierre B…, estudiante de derecho que pertenece a una de las mejores familias de Normandía. El joven había vuelto a casa hacia las diez de la noche; se despidió de su criado, el señor Bouvin, diciéndole que se sentía cansado y que iba a acostarse. Hacia medianoche, este hombre fue despertado de pronto por la campanilla de su amo que alguien agitaba con furia. Sintió miedo, encendió una vela y esperó; la campanilla estuvo callada cerca de un minuto, luego empezó de nuevo con tal fuerza que el criado, loco de terror, echó a correr y fue a despertar al portero; este último corrió para avisar a la policía, y al cabo de un cuarto de hora poco más o menos dos agentes echaban la puerta abajo. Un espectáculo horrible se ofreció a sus ojos, los muebles estaban derribados, todo indicaba que entre la víctima y el malhechor se había producido una lucha terrible. En el centro de la habitación, de espaldas, con los miembros rígidos, la cara lívida y los ojos espantosamente dilatados, yacía sin movimiento el joven Pierre B…, que llevaba en el cuello las huellas profundas de cinco dedos. El informe del doctor Bourdeau, llamado inmediatamente, dice que el agresor debía de estar dotado de una fuerza

prodigiosa y tener una mano extraordinariamente flaca y nervuda, porque los dedos que dejaron en el cuello como cinco agujeros de bala casi se habían juntado a través de las carnes. Nada puede hacer sospechar el móvil del crimen, ni quién pueda ser su autor. La justicia informa».

Al día siguiente, en el mismo periódico, se leía:

«El señor Pierre B…, víctima del espantoso atentado que ayer contábamos, ha recuperado el conocimiento tras dos horas de asiduos cuidados por parte del doctor Bourdeau. Su vida no corre peligro, pero se teme por su razón; sigue sin haber pistas del culpable».

En efecto, mi pobre amigo estaba loco; durante siete meses fui a verlo todos los días al hospicio donde lo habíamos internado, pero no recuperó ni una luz de razón. En su delirio se le escapaban palabras extrañas y, como todos los locos, tenía una idea fija, se creía perseguido constantemente por un espectro. Un día vinieron a buscarme a toda prisa diciéndome que estaba peor, lo encontré en la agonía. Permaneció muy tranquilo durante dos horas, luego, incorporándose de pronto en la cama a pesar de nuestros esfuerzos, exclamó agitando los brazos y presa de un terror espantoso; «¡Agárrala, agárrala! ¡Socorro, me estrangula, socorro!» Dio dos vueltas a la habitación aullando y luego cayó muerto de bruces contra el suelo.

Como él era huérfano, me encargué de llevar su cuerpo a la pequeña aldea de P…, en Normandía, donde estaban enterrados sus padres. De ese mismo pueblo venía yo la noche en que él nos había encontrado bebiendo ponche en casa de Louis R. y nos había presentado su mano disecada. Su cuerpo fue encerrado en un ataúd de plomo, y cuatro días después me paseaba tristemente con el viejo cura que le había dado sus primeras clases por el pequeño cementerio donde cavaban su tumba. Hacía un tiempo magnífico, el cielo completamente azul derramaba luz; los pájaros cantaban en las zarzas del talud adonde muchas veces, niños los dos, habíamos ido a comer moras. Creía estar viéndole escapar a lo largo de la tapia y colarse por el pequeño agujero que yo conocía de sobra, allá lejos, en el extremo del terreno donde se entierra a los pobres; luego volvíamos a casa, con las mejillas y los labios negros del jugo de las moras que habíamos comido; y miré las zarzas, estaban cubiertas de moras, cogí una de forma maquinal y me la llevé a la boca; el cura había abierto su breviario y murmuraba en voz baja sus *oremus*, y yo oía al final de la avenida la azada de los enterradores cavando la tumba. Repentinamente nos llamaron, el cura cerró su libro y fuimos a ver qué querían de nosotros. Habían encontrado un ataúd, saltaron la tapa de un golpe de azada, y entonces vimos un esqueleto desmesuradamente largo, tumbado

sobre la espalda, que con su ojo hueco aún parecía mirarnos y desafiarnos; sentí malestar, no sé por qué, casi tuve miedo. «Vaya, exclamó uno de los hombres, fíjense, este granuja tiene una muñeca cortada, ahí está la mano». Y recogió junto al cuerpo una gran mano disecada que nos presentó. «Cuidado, dijo el otro riendo, parece que te mira y que va a saltarte al cuello para que le devuelvas su mano». — «Vamos, amigos míos, dijo el cura, dejen a los muertos en paz y cierren otra vez el ataúd, cavaremos en otra parte la tumba del pobre señor Pierre».

Al día siguiente todo había terminado y tomé el camino de París después de haberle dejado cincuenta francos al viejo cura para misas por el descanso del alma de aquel cuya sepultura habíamos turbado de aquella manera.

Sobre el agua[9]

Tuve alquilada, el pasado verano, una casita de campo a orillas del Sena, a varias leguas de París, e iba a dormir allí todas las noches. Al cabo de unos días trabé conocimiento con uno de mis vecinos, un hombre de treinta a cuarenta años que era desde luego el tipo más curioso que había visto nunca. Era un viejo remero, pero un remero empedernido, siempre junto al agua, siempre sobre el agua, siempre en el agua. Debía de haber nacido en un bote, y con toda seguridad morirá en la botadura final.

Una tarde que paseábamos a orillas del Sena, le pedí que me contase algunas anécdotas de su vida náutica. Inmediatamente mi buen hombre se anima, se transfigura, se vuelve elocuente, casi poeta. Albergaba en el pecho una gran pasión, una pasión devoradora, irresistible: el río.

*

¡Ah!, me dijo, ¡cuántos recuerdos tengo de este río que usted ve deslizarse ahí, cerca de nosotros! Ustedes, los habitantes de las calles, no saben lo que es el río. Pero escuche a un pescador cuando pronuncia esa palabra. Para él es lo misterioso, lo profundo, lo desconocido, el país de los espejismos y las fantasmagorías, donde de noche se ven cosas que no existen, donde se oyen ruidos que no se conocen, donde se tiembla sin saber por qué, como al cruzar un cementerio: y en efecto, es el más siniestro de los cementerios, ese donde no se tiene tumba.

Para el pescador, la tierra tiene límites, pero en la sombra, cuando no hay luna, el río es ilimitado. Un marinero no siente lo mismo por el mar. El mar es a menudo duro y perverso, cierto, pero grita, brama, es leal; mientras que el río es silencioso y pérfido. No brama, se desliza siempre sin ruido, y ese movimiento eterno del agua que fluye es para mí más espantoso que las altas olas del océano.

Algunos soñadores pretenden que el mar oculta en su seno inmensas regiones azuladas, donde los ahogados ruedan entre los grandes peces, en medio de extraños bosques y grutas de cristal. El río no tiene más que profundidades negras donde uno se pudre en el limo. Sin embargo, es hermoso cuando brilla al sol naciente y cuando chapotea dulcemente entre sus riberas cubiertas de cañas murmuradoras.

Hablando del océano, dijo el poeta:

O flots, que vous savez de lugubres histoires!
Flots profonds, redoutés des mères à genoux,
Vous vous les racontez en montant les marées
Et c'est ce qui vous fait ces voix désespérées
Que vous avez le soir, quand vous venez vers nous[10].

Pues bien, creo que las historias susurradas por las delgadas cañas con sus vocecitas tan dulces deben de ser más siniestras todavía que los dramas contados por los bramidos de las olas.

Pero, ya que me pide algunos de mis recuerdos, voy a contarle una singular aventura que me ocurrió aquí, hace una decena de años.

Vivía yo, como hoy, en la casa de la vieja Lafon, y uno de mis mejores camaradas, Louis Bernet, que ahora ha renunciado al remo, a sus pompas y a su desaliño para entrar en el Consejo de Estado, se hallaba instalado en el pueblo de C…, dos leguas más abajo. Cenábamos juntos todos los días, unas veces en mi casa, otras en la suya.

Uno noche, cuando regresaba solo y bastante cansado, arrastrando pesadamente mi gran barca, un *océan*[11] de doce pies que siempre utilizaba de noche, me paré unos segundos para recobrar el aliento cerca de la punta de las cañas, allá abajo, unos doscientos metros antes del puente del ferrocarril. Hacía un tiempo magnífico; la luna resplandecía, el río brillaba, el aire estaba calmo y era suave. Aquella tranquilidad me tentó; me dije que sería muy agradable fumar una pipa en aquel sitio. Pensado y hecho: cogí el ancla y la arrojé al río.

El bote, que volvía a descender con la corriente, tiró de la cadena hasta el final, luego se detuvo; y me senté a popa sobre mi piel de carnero, lo más cómodamente posible. No se oía nada, nada; sólo a veces creía distinguir un pequeño chapoteo casi insensible del agua contra la orilla, y veía grupos de cañas más altas que adoptaban figuras sorprendentes y parecían agitarse por momentos.

El río estaba completamente tranquilo, pero me sentí emocionado por el extraordinario silencio que me rodeaba. Todos los animales, ranas y sapos, esos cantores nocturnos de las ciénagas, callaban. De pronto, a mi derecha, a mi lado, croó una rana. Me estremecí: se calló; no volví a oír nada, y decidí fumar un poco para distraerme. Sin embargo, aunque era un famoso quemador de pipas, no pude; a la segunda calada, me mareé y lo dejé. Me puse a canturrear: el sonido de mi voz me resultaba penoso; entonces me tumbé en el fondo del bote y miré al cielo. Durante un rato permanecí tranquilo, pero pronto los ligeros movimientos de la barca me inquietaron. Me pareció que daba gigantescas guiñadas, tocando sucesivamente las dos riberas del río; después creí que un ser o una fuerza invisible la atraía suavemente hacia el fondo del agua y la levantaba luego para dejarla caer. Me sentía zarandeado como en medio de una tempestad; oí ruidos a mi alrededor; me incorporé de un salto; el agua brillaba: todo estaba en calma.

Comprendí que tenía los nervios un poco desquiciados y decidí marcharme. Tiré de mi cadena; el bote se puso en movimiento, luego sentí una resistencia, tiré con más fuerza, el ancla no vino; se había enganchado con algo en el fondo del agua y no podía levantarla; me puse a tirar de nuevo, pero fue inútil. Entonces hice girar la barca con mis remos y la llevé río arriba para cambiar la posición del ancla. Fue en vano, seguía resistiéndose; tuve un acceso de cólera y sacudí la cadena con rabia. Nada se movió. Me senté desanimado y me puse a reflexionar sobre mi situación. No podía pensar en romper aquella cadena ni en soltarla de la embarcación, ya que era enorme y estaba clavada en la proa sobre un trozo de madera más grueso que mi brazo; pero como el tiempo seguía siendo muy bueno, pensé que, sin duda, no tardaría en encontrar algún pescador que viniera en mi ayuda. El percance me había calmado; me senté y pude por fin fumar mi pipa. Tenía una botella de ron, bebí dos o tres tragos, y mi situación me hizo reír. Hacía mucho calor, de suerte que, en última instancia, podía pasar la noche al raso sin demasiados problemas.

De pronto, contra mi borda sonó un golpecito. Me sobresalté, y un sudor frío me heló de pies a cabeza. Aquel ruido procedía sin duda de algún trozo de madera arrastrado por la corriente, pero eso había bastado para que, de nuevo, me sintiera invadido por una extraña agitación nerviosa. Agarré la cadena y tiré en un desesperado esfuerzo. El ancla resistió. Volví a sentarme agotado.

Mientras tanto, el río había ido cubriéndose poco a poco de una niebla blanca muy espesa que reptaba a muy baja altura sobre el agua, de modo que,

poniéndome de pie, ya no veía el río, ni mis pies, ni mi barca, sólo distinguía las puntas de las cañas y luego, más lejos, la llanura empalidecida por la luz de la luna, con grandes manchas negras que subían hacia el cielo, formadas por grupos de álamos de Italia. Estaba como sepultado hasta la cintura en una sábana de algodón de singular blancura, y se me ocurrían representaciones fantásticas. Me figuraba que trataban de subir a mi barca, que yo ya no podía distinguir, y que el río, ocultado por aquella niebla opaca, debía de estar lleno de seres extraños que nadaban a mi alrededor. Experimentaba un malestar horrible, tenía las sienes oprimidas, las palpitaciones de mi corazón me ahogaban, y, perdiendo la cabeza, pensé en escapar a nado; inmediatamente después, la idea hizo que me estremeciera de espanto. Me vi perdido, yendo a la aventura entre aquella bruma espesa, debatiéndome en medio de las hierbas y las cañas que no podría evitar, jadeando de miedo, sin ver la ribera, sin encontrar ya mi barca, y con la impresión de que me sentiría arrastrado por los pies hasta el fondo mismo de aquella agua negra.

En efecto, como habría necesitado remontar la corriente por lo menos quinientos metros antes de encontrar un punto libre de hierbas y de juncos donde poder hacer pie, tenía nueve probabilidades entre diez de no lograr orientarme en aquella niebla y de ahogarme, por buen nadador que fuese.

Traté de razonar. Sentía mi voluntad muy decidida a no tener miedo, pero en mí había otra cosa que mi voluntad, y esa otra cosa tenía miedo. Me pregunté qué podía temer; mi *yo* valeroso se burló de mi *yo* cobarde, y nunca tan bien como ese día comprendí la oposición de los dos seres que hay en nosotros, uno que quiere, otro que se resiste, y cada uno de ellos ganando alternativamente.

Aquel espanto necio e inexplicable seguía creciendo y se convertía en terror. Yo permanecía inmóvil, con los ojos abiertos, tenso el oído y esperando. ¿Qué? No lo sabía, pero debía de ser algo terrible. Creo que si a un pez se le hubiera ocurrido saltar fuera del agua, como ocurre a menudo, no se habría necesitado más para hacerme caer de bruces, sin conocimiento.

Sin embargo, gracias a un violento esfuerzo, terminé por recobrar poco más o menos mi razón, que se me escapaba. Volví a coger mi botella de ron y bebí a grandes tragos. Entonces se me ocurrió una idea y me puse a gritar con todas mis fuerzas volviéndome sucesivamente hacia los cuatro puntos del horizonte. Cuando mi garganta quedó absolutamente paralizada, escuché. Un perro aullaba, muy lejos.

Bebí otra vez y me eché cuan largo era en el fondo de mi barca. Permanecí así una hora tal vez, acaso dos, sin dormir, con los ojos abiertos,

con pesadillas a mi alrededor. No me atrevía a levantarme y, sin embargo, lo deseaba violentamente; lo aplazaba de un minuto a otro. Me decía: «Vamos, ¡de pie!», pero tenía miedo a hacer un movimiento. Al final, me levanté con precauciones infinitas, como si mi vida dependiese del menor ruido que hiciera, y miré por encima de la borda.

Quedé deslumbrado por el más maravilloso, por el más sorprendente espectáculo que sea posible ver. Era una de esas fantasmagorías del país de las hadas, una de esas visiones contadas por los viajeros que vuelven de muy lejos y a los que escuchamos incrédulos.

La niebla, que dos horas antes flotaba sobre el agua, se había retirado poco a poco y concentrado en las orillas. Dejando el río absolutamente despejado, había formado en cada ribera una colina ininterrumpida, de una altura de seis o siete metros, que brillaba bajo la luna con el resplandor soberbio de las nieves. De suerte que únicamente veía aquel río laminado de fuego entre aquellas dos montañas blancas; y allá arriba, sobre mi cabeza, se desplegaba, plena y ancha, una gran luna iluminada en medio de un cielo azulado y lechoso.

Todos los animales del agua se habían despertado; las ranas croaban con furia mientras a cada instante oía, tan pronto a mi derecha como a mi izquierda, esa nota breve, monótona y triste que lanza a las estrellas la voz cobriza de los sapos. Y, cosa extraña, ya no tenía miedo; me hallaba en medio de un paisaje tan extraordinario que las singularidades más fuertes no hubieran podido extrañarme.

¿Cuánto tiempo duró aquello? No lo sé, porque había terminado por adormecerme. Cuando abrí los ojos, la luna había desaparecido, el cielo estaba cubierto de nubes. El agua chapoteaba de una manera lúgubre, el viento soplaba, hacía frío, la oscuridad era profunda.

Bebí lo que me quedaba de ron, luego escuché, tiritando, el rumor lastimero de los juncos y el ruido siniestro del río. Traté de ver, pero no pude distinguir mi barca, ni siquiera mis manos, que acercaba a mis ojos.

Poco a poco, sin embargo, disminuyó el espesor de aquella negrura. De pronto creí sentir que una sombra se deslizaba muy cerca de mí; lancé un grito, una voz me respondió; era un pescador. Lo llamé, él se acercó y le conté mi percance. Arrimó entonces su barca a un costado de la mía y los dos tiramos de la cadena. El ancla no se movió. Llegaba el día, sombrío, gris, lluvioso, glacial, una de esas jornadas que os traen tristezas y desdichas. Divisé otra barca, la llamamos a gritos. El hombre que iba en ella unió sus esfuerzos a los nuestros; entonces el ancla fue cediendo poco a poco. Subía,

pero despacio, muy despacio, y cargada con un peso considerable. Por fin vislumbramos una masa negra, y la subimos a bordo:

Era el cadáver de una anciana con una enorme piedra al cuello.

El repartidor de agua bendita[12]

Tiempo atrás vivía en una casita, cerca de una carretera principal, a la entrada de un pueblo. Se había hecho carretero después de haberse casado con la hija de un campesino de la región, y, como los dos trabajaron mucho, amasaron una pequeña fortuna. Sólo que no tenían hijos, cosa que los apenaba enormemente. Por fin les llegó uno; lo llamaron Jean, lo mimaban ambos apasionadamente, envolviéndolo con su amor, queriéndolo tanto que no podían estar una hora sin contemplarlo.

Cuando tenía cinco años, unos saltimbanquis pasaron por el pueblo y montaron una barraca en la plaza del Ayuntamiento.

Jean, que los había visto, se escapó de la casa, y su padre, tras haberlo buscado largo rato, lo encontró en medio de cabras sabias y perros volatineros, lanzando grandes carcajadas sobre las rodillas de un viejo payaso.

Tres días después, a la hora de la comida, en el momento de sentarse a la mesa, el carretero y su mujer se dieron cuenta de que su hijo ya no estaba en casa. Lo buscaron en el jardín, y, como no lo encontraban, el padre gritó con todas sus fuerzas a la orilla de la carretera: «¡Jean!» — Se acercaba la noche; el horizonte se llenaba de un vapor oscuro que hacía retroceder los objetos a una lejanía sombría y pavorosa. Muy cerca de allí, tres grandes abetos parecían llorar. No respondió ninguna voz, pero en el aire había algo así como unos gemidos indistintos. El padre escuchó largo rato, creyendo siempre oír algo, tan pronto a derecha como a izquierda, y enloquecido se adentraba en la oscuridad llamando sin cesar: «¿Jean? ¿Jean?»

Corrió así hasta el alba, llenando las tinieblas con sus gritos y asustando a los animales que merodeaban, destrozado por una terrible angustia y creyendo enloquecer por momentos. Su mujer, sentada en la piedra de su puerta, sollozó hasta por la mañana.

No se encontró a su hijo.

Entonces envejecieron rápidamente en medio de una tristeza inconsolable.

Por último, vendieron su casa y partieron para buscarlo ellos mismos.

Interrogaron a los pastores en las colinas, a los comerciantes que pasaban, a los campesinos en los pueblos y a las autoridades de las ciudades. Pero hacía mucho tiempo que su hijo se había perdido; nadie sabía nada; sin duda, hasta él mismo había olvidado ahora su nombre y el de su tierra; y ellos lloraban, ya sin esperanza.

Muy pronto se quedaron sin dinero; entonces se contrataron a jornal en granjas y posadas, haciendo las tareas más humildes, viviendo de las sobras de los demás, durmiendo en el suelo y soportando el frío. Pero como se debilitaban mucho debido a las fatigas, ya no los quisieron para trabajar, y se vieron obligados a mendigar por los caminos. Abordaban a los viajeros con cara triste y voz suplicante; imploraban un trozo de pan de los segadores que comen alrededor de un árbol, a mediodía, en el llano; y comían en silencio, sentados al borde de las cunetas.

Un posadero al que le contaban un día su desgracia les dijo:

«También conocí a uno que había perdido a su hija; fue en París donde la encontró.»

Inmediatamente se pusieron en marcha hacia París.

Cuando entraron en la gran villa quedaron espantados por su enormidad y por las muchedumbres que pasaban. Comprendieron, sin embargo, que su hijo debía de estar en medio de todos aquellos hombres, pero no sabían cómo ingeniárselas para buscarlo. Temían además no reconocerlo, porque entonces hacía ya quince años que no lo habían visto.

Inspeccionaron todas las plazas, todas las calles, se detuvieron en todas las aglomeraciones que veían, esperando un encuentro providencial, algún azar prodigioso, compasión del destino.

Los domingos pasaban su jornada a la puerta de las iglesias, mirando entrar y salir a la multitud y buscando en los rostros algún parecido lejano. Varias veces creyeron reconocerlo, pero siempre se equivocaban.

A la puerta de una de las iglesias a la que iban con más frecuencia había un viejo donante de agua bendita[13] que se había hecho amigo suyo. Su historia también era muy triste, y la conmiseración que sentían por él hizo nacer entre ellos una gran amistad. Terminaron viviendo los tres juntos en un tugurio miserable, en lo alto de una gran casa, situada muy lejos, junto al campo; y a veces el carretero sustituía en la iglesia a su nuevo amigo cuando éste se encontraba enfermo. Llegó un invierno que fue durísimo. El pobre portador de hisopo murió, y el cura de la parroquia designó para reemplazarlo al carretero, cuyas desgracias había sabido.

Entonces fue a sentarse todas las mañanas en el mismo lugar, en la misma silla, desgastando continuamente con el roce de su espalda la vieja columna de piedra contra la que se apoyaba. Miraba fijamente a todos los hombres que veía entrar, y esperaba los domingos con tanta impaciencia como un colegial, porque ese día la iglesia estaba en todo momento llena de gente.

Se hizo muy viejo, perdiendo cada vez más sus fuerzas bajo la humedad de las bóvedas; y su esperanza se desmigajaba día a día.

Ahora conocía a todos los que acudían a los oficios; sabía sus horas, sus costumbres, distinguía sus pasos sobre las losas.

Su existencia se había contraído tanto que la entrada de un forastero en la iglesia suponía un gran acontecimiento para él. Un día llegaron dos señoras. Una era vieja, la otra joven. Eran probablemente madre e hija. Tras ellas se presentó un hombre que las siguió. Él las saludó a la salida, y, tras haberles ofrecido el agua bendita, cogió del brazo a la más vieja.

«Ése debe de ser el prometido de la joven», pensó el carretero.

Y hasta la noche buscó en sus recuerdos dónde había podido ver en el pasado un hombre que se parecía a aquél. Pero aquel del que se acordaba debía de ser ahora viejo, porque le parecía haberlo conocido en su juventud.

Aquel mismo hombre volvió a menudo acompañando a las dos señoras, y aquel parecido vago, lejano y familiar que no podía recuperar, importunaba tanto al viejo encargado de dar agua bendita que se hizo acompañar de su mujer para que ayudase a su debilitada memoria.

Una tarde, cuando la luz del día bajaba, entraron los tres forasteros. Luego, después de que hubieran pasado, dijo el marido:

«¿Y qué? ¿Lo conoces?»

La mujer, inquieta, también trataba de recordar. De pronto dijo en voz baja:

«Sí… sí… pero él es más moreno, más alto, más fuerte y va vestido como un señor; sin embargo, papá, fíjate, es tu misma cara cuando eras joven.»

El viejo se sobresaltó.

Era verdad; se le parecía, y también se parecía a su hermano que estaba muerto, y a su padre, al que había conocido todavía joven. Estaban tan emocionados que no encontraban nada que decir. Las tres personas bajaban, iban a salir. El hombre tocaba el hisopo con el dedo. Entonces, el viejo, cuya mano temblaba tanto que provocaba una lluvia de agua bendita en el suelo, exclamó:

«¿Jean?»

El hombre se detuvo, mirándolo.

Él repitió más bajo:

«¿Jean?»

El hombre se inclinó cerca, muy cerca de su cara, e iluminado por un recuerdo de infancia respondió:

«¡Papá Pierre, mamá Jeanne!»

Había olvidado todo, el apellido de su padre y el nombre de su tierra; pero seguía recordando esas dos palabras que tanto había repetido: ¡Papá Pierre, mamá Jeanne!

Cayó con el rostro en las rodillas del viejo, y lloraba, y abrazaba uno tras otro a su padre y a su madre, a los que ahogaba una alegría desmesurada.

Las dos damas también lloraban, comprendiendo que había ocurrido una gran dicha.

Entonces todos se fueron a casa del joven y él les contó su historia.

Los saltimbanquis lo habían raptado. Durante tres años recorrió con ellos muchas regiones. Luego la compañía se había dispersado, y un día, una anciana dama, en un castillo, había dado dinero para quedarse con él porque le había parecido simpático. Como era inteligente, lo mandaron a la escuela, luego al colegio, y la anciana dama, que no tenía hijos, le había dejado su fortuna. También él había buscado a sus padres; pero como sólo se acordaba de aquellos dos nombres: «papá Pierre, mamá Jeanne», no había podido encontrarlos. Ahora iba a casarse, y presentó a su prometida, que era muy buena y muy hermosa.

Después de que los dos ancianos hubieron contado a su vez sus penas y sus fatigas, volvieron a abrazarlo una vez más; y esa noche velaron hasta muy tarde, sin atreverse a dormir por miedo a que la felicidad que los esquivaba desde hacía tanto tiempo los abandonara de nuevo durante su sueño.

Pero ya habían gastado toda la tenacidad de la desgracia, porque fueron felices hasta su muerte.

«¡Coco, coco, coco fresco!»[14]

Yo había oído contar cómo murió mi tío Ollivier.

Sabía que, en el momento en que iba a expirar dulce y tranquilamente en la sombra de su enorme habitación, cuyos postigos se habían cerrado debido al terrible sol de julio, en medio del silencio asfixiante de aquella ardiente tarde de verano, se oyó en la calle una argentina campanillita. Luego una voz clara atravesó el agobiante calor: «Coco fresco, refrésquense — señoras, coco, coco, ¿quién quiere coco?[15]»

Mi tío hizo un movimiento, algo como el roce de una sonrisa movió sus labios, una alegría última brilló en sus ojos que, inmediatamente después, se apagaron para siempre.

Asistí a la apertura del testamento. Mi primo Jacques heredaba naturalmente los bienes de su padre; al mío se le legaban, como recuerdo, algunos muebles. La última cláusula me concernía a mí: «A mi sobrino Pierre le dejo un manuscrito de unas cuantas hojas que encontrará en el cajón izquierdo de mi escritorio; además, 500 francos para que se compre una escopeta de caza, ¡y 100 francos que tendrá a bien entregar de mi parte al primer vendedor de coco que encuentre!»…

Esta cláusula provocó la estupefacción general. El manuscrito que me fue entregado explicó el sorprendente legado.

Lo copio textualmente:

«El hombre siempre ha vivido bajo el yugo de las supersticiones. Antiguamente se creía que una estrella se encendía al mismo tiempo que nacía un niño; que seguía las vicisitudes de su vida, señalando los momentos de felicidad con su brillo, los de miserias con su oscurecimiento. Se cree en la influencia de los cometas, de los años bisiestos, de los viernes, del número trece. Se imagina que ciertas personas lanzan maleficios, el mal de ojo. Se dice: “Su encuentro siempre me ha traído desgracias”. Todo eso es cierto. Creo en ello. — Me explico: no creo en la influencia oculta de las cosas o los seres, pero sí creo en el azar bien ordenado. Es cierto que el azar ha hecho que tengan lugar acontecimientos importantes mientras unos cometas visitaban

nuestro cielo; que otros ocurrían en los años bisiestos; que ciertas desgracias notables han ocurrido en viernes, o bien han coincidido con el número trece; que la vista de ciertas personas ha coincidido con la repetición de ciertos hechos, etc. De ahí nacen las supersticiones. Se forman de una observación incompleta, superficial, que ve la causa en la coincidencia y no buscan nada más.

»Y mi estrella propia, mi cometa, mi viernes, mi número trece, mi echador de maleficios es sin género de duda un vendedor de coco.

»El día de mi nacimiento hubo uno, según me dijeron, que se pasó dando gritos todo el día bajo nuestras ventanas.

»A los ocho años, cuando iba de paseo con mi niñera a los Campos Elíseos y atravesábamos la gran avenida, uno de esos industriales agitó de pronto su campanilla a mi espalda. Mi niñera miraba a lo lejos un regimiento que pasaba, me volví para ver al vendedor de coco. Ella me tiraba hacia adelante; yo resistía, preocupado por la campanilla. Un coche de dos caballos, reluciente y rápido como un relámpago, se nos echaba encima. El cochero gritó. Mi criada no lo oyó; yo tampoco. Me sentí derribado, revolcado, magullado… y me encontré, no sé cómo, en los brazos del vendedor de coco que, para reconfortarme, me puso la boca bajo uno de sus grifos, lo abrió y me roció… y me repuse del todo.

»Mi niñera tenía rota la nariz. Y aunque siguió mirando a los regimientos, los regimientos ya no la miraban.

»A los dieciséis años acababa de comprar mi primera escopeta, y, la víspera de la apertura de la caza, me dirigía hacia el despacho de la diligencia, dando el brazo a mi anciana madre que caminaba muy despacio debido a sus reumatismos. De pronto, a nuestra espalda oí gritar: “¡Coco, coco, coco fresco!” La voz se acercó, nos siguió, ¡nos persiguió! Me parecía que se dirigía a mí, que aquello era una personalidad, un insulto. Creí que me miraban riendo; y el hombre seguía gritando: “¡Coco fresco!” como si no se hubiese burlado de mi brillante escopeta, de mi morral nuevo, de mi traje de cazador recién hecho de terciopelo marrón.

»En el coche seguía oyéndole.

»Al día siguiente no abatí ninguna pieza de caza; pero maté a un perro que corría, al que tomé por una libre; a una gallina, que me pareció una perdiz. Un pajarillo se posó en un seto; disparé, echó a volar; pero un mugido terrible me clavó en el sitio. Allí permanecí hasta la noche… ¡Ay!, mi padre tuvo que pagar la vaca de un pobre granjero.

»A los veinticinco años, una mañana vi a un viejo vendedor de coco, muy arrugado, muy encorvado, que caminaba a duras penas, apoyado en su bastón y como aplastado por su fuente. Me pareció que era una especie de divinidad, como el patriarca, el antepasado, el gran jefe de todos los vendedores de coco del mundo. Bebí un vaso de coco y le pagué veinte sous. Una voz profunda, que parecía salir más bien de la caja de metal que del hombre que la llevaba, gimió: “Le traerá suerte, mi querido señor.”

»Ese día conocí a mi mujer, que siempre me hizo feliz.

»Finalmente contaré cómo un vendedor de coco me impidió ser prefecto.

»Acababa de tener lugar una revolución. Sentí la necesidad de convertirme en hombre público. Era rico, estimado, conocía a un ministro; pedí audiencia, indicándole el objeto de mi visita. Me fue concedida de la forma más amable.

»El día señalado (era en verano, hacía un calor terrible), me puse un pantalón claro, guantes claros, botinas de lona clara con puntas de charol. Las calles estaban ardiendo. Uno se hundía en las aceras, que se derretían; y grandes cubas de riego convertían las calzadas en cloacas. De trecho en trecho los barrenderos amontonaban aquel barro caliente y por así decir ficticio, y lo empujaban a las alcantarillas. Yo sólo pensaba en mi audiencia, e iba deprisa. Cuando encontré uno de esos barrizales, tomé impulso, una… dos… Un grito agudo, terrible, me traspasó las orejas: “Coco, coco, coco, ¿quién quiere coco?” Hice un movimiento involuntario de alguien sorprendido; resbalé… Fue algo lamentable, atroz, estaba sentado en aquel fango… mi pantalón se había vuelto de color oscuro, mi camisa blanca estaba salpicada de barro; mi sombrero nadaba a mi lado. La voz furiosa, ronca de tanto gritar, seguía chillando: “¡Coco, coco!” Y delante de mí veinte personas, sacudidas por una formidable risa, hacían muecas horribles mirándome.

»Volví a casa corriendo. Me cambié. La hora de la audiencia había pasado.»

El manuscrito terminaba así:

«Hazte amigo de un vendedor de coco, mi querido Pierre. En cuanto a mí, me marcharé satisfecho de este mundo si oigo gritar a uno en el momento de morirme.»

Al día siguiente encontré en los Campos Elíseos a un viejo, a uno viejísimo que iba con su depósito y parecía muy miserable. Le di los trescientos francos de mi tío. Se estremecía asombrado, luego me dijo: «Muchas gracias, jovencito, esto le traerá suerte».

Suicidas[16]

A Georges Legrand[17]

No pasa día sin que se lea en algún periódico el suceso siguiente:

«En la noche del miércoles al jueves, los habitantes de la casa que lleva el nº 40 de la calle de… fueron despertados por dos detonaciones seguidas. El ruido partía de un cuarto habitado por el señor X… Abierta la puerta, se encontró a ese inquilino bañado en sangre, sosteniendo todavía en la mano el revólver con que se había dado la muerte.

El señor X… tenía cincuenta y siete años de edad, gozaba de una posición honorable y tenía cuanto es preciso para ser feliz. Se ignora por completo la causa de su funesta determinación».

¿Qué dolores profundos, qué lesiones del corazón, desesperaciones ocultas y heridas ardientes empujan al suicidio a esas personas que son felices? Se buscan y se imaginan dramas de amor, se sospechan desastres financieros y, como nunca se descubre nada concreto, sobre esos muertos se pone la palabra «misterio».

En nuestras manos ha caído una carta hallada sobre la mesa de uno de esos «suicidas sin razón», y escrita la noche anterior, junto a la pistola cargada. La creemos interesante. No revela ninguna de las grandes catástrofes que siempre se buscan tras esos actos de desesperación; pero muestra la lenta sucesión de las pequeñas miserias de la vida, la desorganización fatal de una existencia solitaria de la que han desaparecido los sueños; ofrece el motivo de esos finales trágicos que sólo comprenderán las personas sensibles y sensitivas.

Ésta es la carta:

Es medianoche. Cuando termine esta carta me mataré. ¿Por qué? Trataré de decirlo no para quienes lean estas líneas, sino para mí mismo, para reforzar mi ánimo decaído, para convencerme del todo de la necesidad ahora fatal de este acto que sólo puede ser diferido.

Fui criado por unos padres sencillos que creían en todo. Y yo creí como ellos.

Mi sueño duró mucho tiempo. Los últimos jirones han acabado por desgarrarse hace poco.

Desde hace unos años viene produciéndose en mí un fenómeno. Todos los acontecimientos de la existencia que, en otro tiempo, relucían a mis ojos como auroras, parecen perder su color. La significación de las cosas se me ha aparecido en su brutal realidad; y la verdadera razón del amor me ha asqueado incluso de las ternuras poéticas.

Somos eternos juguetes de ilusiones estúpidas y seductoras siempre renovadas.

A medida que envejecía, fui forjando mi decisión sobre la horrible miseria de las cosas, la inutilidad de los esfuerzos y la vanidad de las expectativas; de pronto una luz nueva sobre la nada de todo se me apareció esta noche, después de cenar.

En otro tiempo fui feliz. ¡Todo me encantaba! Las mujeres que pasan, el aspecto de las calles, los lugares donde vivo; y me interesaba incluso por la forma de mi ropa. Pero la repetición de las mismas visiones ha terminado por llenar mi corazón de fatiga y hastío, como le ocurriría a un espectador que entrase cada tarde en el mismo teatro.

Me levanto todos los días a la misma hora desde hace treinta años; y desde hace treinta años como en el mismo restaurante a las mismas horas los mismos platos que traen camareros diferentes.

Intenté viajar. El aislamiento que se experimenta en lugares desconocidos me da miedo. Me sentí tan solo en esas tierras, y tan pequeño, que pronto tomé el camino de casa.

Pero entonces, la fisionomía inmutable de mis muebles colocados desde hace treinta años en el mismo sitio, el desgaste de mis sillones que había conocido nuevos y el olor de mi piso (porque cada alojamiento adquiere, con el tiempo, un olor particular) me produjeron, cada noche, la náusea de los hábitos y la negra melancolía de vivir de aquel modo.

Todo se repite sin cesar y lamentablemente. La forma misma en que, al volver, meto la llave en la cerradura, el sitio donde siempre encuentro mis cerillas, la primera ojeada lanzada sobre mi cuarto cuando el fósforo se enciende, me dan ganas de saltar por la ventana y terminar con esos acontecimientos monótonos a los que nunca escapamos.

Al afeitarme, siento cada día un deseo inmoderado de cortarme el cuello; y mi cara, siempre la misma, que vuelvo a ver en el pequeño espejo, con las

mejillas enjabonadas, me ha hecho llorar de tristeza muchas veces.

Ni siquiera puedo tropezarme con personas a las que antes encontraba con agrado; las conozco tanto que sé lo que van a decirme y lo que voy a responderles; he visto de sobra el molde de sus pensamientos inmutables, el pliegue de sus razonamientos. Cada cerebro es como un circo en el que gira eternamente un pobre caballo encerrado. Sean cuales fueren nuestros esfuerzos, nuestros rodeos y nuestros asideros, el límite está cerca y redondeado de forma continua, sin salientes imprevistos y sin puerta a lo desconocido. Hay que girar, seguir girando siempre, con las mismas ideas, las mismas alegrías, las mismas bromas, los mismos hábitos, las mismas creencias y los mismos desalientos.

Aquella noche la niebla era horrible. Envolvía el bulevar, donde los mecheros de gas, oscurecidos, parecían candelas humeantes. Un peso mayor que de costumbre cargaba sobre mis hombros. Probablemente tenía una mala digestión.

Porque una buena digestión lo es todo en la vida. Es ella la que da inspiración al artista, deseos amorosos a los jóvenes, ideas claras a los pensadores, alegría de vivir a todo el mundo, y permite comer mucho (cosa que sigue siendo la mayor de las dichas). Un estómago enfermo empuja al escepticismo, a la incredulidad, hace germinar los sueños negros y los deseos de muerte. Lo he observado muy a menudo. Tal vez no me mataría si hubiera digerido bien esta noche.

Cuando estaba sentado en el sillón donde me siento cada día desde hace treinta años, he alzado los ojos a mi alrededor y me he sentido embargado por una angustia tan horrible que me he creído a punto de enloquecer.

¿He intentado saber qué podía hacer para escapar de mí mismo? Cualquier ocupación me ha asustado por parecerme más espantosa todavía que la inacción. Entonces he pensado poner orden en mis papeles.

Hace mucho tiempo que pensaba en esa tarea de limpiar mis cajones; porque, desde hace treinta años, meto sin orden ni concierto en el mismo mueble mis cartas y facturas, y el desorden de esa mezcolanza me ha causado a menudo muchos engorros. Pero siento tal fatiga moral y física ante la sola idea de ordenar algo que nunca he tenido valor para ponerme a esa odiosa tarea.

Me he sentado, pues, ante mi escritorio y lo he abierto con la pretensión de hacer una selección en mis papeles antiguos para destruir la gran mayoría de ellos.

Al principio he quedado anonadado ante el montón de hojas amarillas; luego he cogido una.

¡Oh, no toquéis nunca ese mueble, ese cementerio de las correspondencias de antaño, si tenéis apego a la vida! Y si por azar lo abrís, ¡coged a manos llenas las cartas que contiene, cerrad los ojos para no leer una palabra, para que ni una sola caligrafía olvidada y reconocida os arroje de un solo golpe al océano de los recuerdos! Llevad hasta el fuego esos papeles mortales; y cuando sean ceniza, aplastadlos en polvo invisible… en caso contrario estaréis perdidos… ¡como lo estoy yo desde hace una hora!…

Las primeras cartas que he releído no me han interesado. Eran además recientes, y me venían de hombres vivos con quienes todavía me encuentro bastante a menudo y cuya presencia apenas me afecta. Pero de pronto un sobre me ha hecho estremecerme. Una caligrafía amplia trazaba mi nombre; y súbitamente las lágrimas han subido a mis ojos. Era de mi amigo más querido, del compañero de mi juventud, del confidente de mis esperanzas; y apareció ante mí con tanta nitidez, con su sonrisa bondadosa y la mano tendida, que un estremecimiento sacudió mis huesos. ¡Sí, sí, los muertos vuelven, porque yo lo he visto! Nuestra memoria es un mundo más perfecto que el universo: ¡devuelve la vida a lo que ya no existe!

Temblorosa la mano y empañados los ojos, he releído cuanto él me decía, y en mi pobre corazón sollozante he sentido una herida tan dolorosa que me he puesto a lanzar gemidos como un hombre al que le rompen los miembros.

Entonces he remontado toda mi vida como se remonta un río. He vuelto a encontrar a personas olvidadas hace tanto tiempo que no sabía ya ni su nombre. Sólo su rostro vivía en mí. En las cartas de mi madre he vuelto a encontrar a los viejos criados y la forma de nuestra casa y los pequeños detalles insignificantes donde queda prendida el alma de los niños.

Sí, de pronto he vuelto a ver todos los viejos vestidos de mi madre con sus diferentes formas según las modas que llevaba y los tocados que sucesivamente había adoptado. Me obsesionaba sobre todo con un vestido de seda de rameado antiguo; y recordaba una frase que un día, llevando ese vestido, me había dicho: «Robert, hijo mío, si no te mantienes erguido, serás jorobado toda tu vida.»

Luego, al abrir otro cajón, me he encontrado de pronto frente a mis recuerdos de amor: una botina de baile, un pañuelo desgarrado, incluso una liga, cabellos y flores secas. Entonces las dos novelas de mi vida, cuyas heroínas, todavía vivas, tienen hoy el pelo completamente blanco, me han sumido en la amarga melancolía de las cosas acabadas para siempre. ¡Oh, las

frentes juveniles que rozan los cabellos dorados, la caricia de las manos, los ojos que hablan, los corazones que laten, esa sonrisa que promete los labios, esos labios que prometen el beso!… Y el primer beso… ese beso infinito que hace cerrarse los ojos, que aniquila cualquier otro pensamiento en la inconmensurable dicha de la posesión cercana.

Cogiendo a manos llenas aquellas viejas prendas de ternuras lejanas, las cubrí de caricias furiosas, y en mi alma asolada por los recuerdos volví a ver cada una en la hora del abandono, y sufrí un suplicio más cruel que todas las torturas imaginadas por todas las fábulas del infierno.

Quedaba una última carta. Era mía, y dictada cincuenta años antes por mi profesor de escritura. Decía así:

«Mamaíta querida:

Hoy tengo siete años. Es la edad en que ya se piensa, y aprovecho para agradecerte el haberme dado la vida.

Tu niñito que te añora,
Robert»

Todo había acabado. Llegaba a la fuente, y bruscamente me volví para contemplar el resto de mis días. Vi la vejez horrible y solitaria, y los achaques próximos y todo acabado, acabado, acabado. ¡Y nadie a mi alrededor!

Mi revólver está ahí, encima de la mesa… Tengo el arma… No releáis nunca vuestras viejas cartas».

Y así es como se matan muchos hombres en cuya existencia se hurga en vano para descubrir grandes penas.

Historia de un perro[18]

Toda la prensa ha respondido últimamente al llamamiento de la Sociedad Protectora de Animales, que quiere fundar un Asilo para ellos[19]. Sería una especie de hospicio y un refugio donde los pobres perros sin dueño encontrarían alimento y abrigo, en lugar del nudo corredizo que les reserva la Administración.

A este propósito, los periódicos han recordado la fidelidad de los animales, su inteligencia, su abnegación. Han citado rasgos de sagacidad asombrosa. También yo quiero contar la historia de un perro perdido, un perro del montón, feo, de aspecto vulgar. Esta historia, muy simple, es cierta en todos sus pormenores.

*

En los suburbios de París, a orillas del Sena, vive una familia de burgueses ricos. Tienen un palacete elegante, gran jardín, caballos y carruajes, y numerosos criados. El cochero se llama François. Es un mozo del campo, sólo desbastado a medias, bastante pesado, macizo, obtuso, y buen muchacho.

Una noche, cuando volvía a casa de sus amos, un perro empezó a seguirle. Al principio no se preocupó; pero la obstinación del animal en caminar tras sus talones pronto lo hizo volverse. Miró a ver si conocía al perro; pero no, no lo había visto nunca.

Era una perra de una delgadez horrible, con grandes tetas colgantes. Trotaba detrás del hombre con un aire lamentable y famélico, con la cola apretada entre las patas, las orejas pegadas a la cabeza; y cuando él se paraba, ella se paraba, reanudando la marcha cuando él la reanudaba.

Quiso espantar a aquel esqueleto de animal y gritó: «¡Largo! ¡Lárgate! ¡Fuera!» Ella se alejó dos o tres pasos y se plantó sobre su parte trasera, esperando; luego, cuando el cochero reanudó su marcha, también la reanudó tras él.

Él hizo ademán de coger unas piedras. El animal huyó algo más lejos, con gran bamboleo de sus tetas flácidas; pero no tardó en volver cuando el hombre le dio la espalda. Entonces el cochero François la llamó. La perra se acercó tímidamente, con el espinazo plegado como un círculo y todas las costillas marcándole la piel. Acarició aquellos huesos salientes; y, compadecido por aquella ruina de animal, dijo: «¡Venga, vamos!» Enseguida movió ella la cola, sintiéndose acogida, adoptada, y en lugar de permanecer detrás de las pantorrillas del amo que había elegido se puso a correr delante.

La instaló en la paja de la cuadra, luego corrió a la cocina a buscar pan. Cuando la perra hubo comido hasta saciarse, se durmió, haciéndose una rosca.

Al día siguiente, los amos, informados por el cochero, permitieron que se quedase con el animal. Sin embargo, su presencia en la casa se convirtió pronto en causa de constantes molestias. Era, con seguridad, la más desvergonzada de las perras; y de principio a fin del año los pretendientes de cuatro patas asediaron su mansión. Merodeaban por la carretera, delante de la puerta, se colaban por todos los huecos del seto vivo que cerraba el jardín, devastaban los arriates arrancando las flores, haciendo agujeros en las cestas, irritando al jardinero. Día y noche había un concierto de aullidos y de peleas sin fin. Los amos encontraban, hasta en la escalera, unas veces gozquecillos de empenachada cola, perros amarillos, callejeros que vivían de la basura; otras, enormes terranovas de pelo rizado, caniches bigotudos, todos los ejemplares de la raza ladradora.

La perra, a la que sin malicia François había puesto el nombre de *Cocote* (y merecía su nombre[20]), recibía todos aquellos homenajes; y producía, con fecundidad realmente fenomenal, multitudes de cachorros de todas las especies conocidas. Cada cuatro meses el cochero iba al río a ahogar media docena de seres bulliciosos, que ya lloriqueaban y parecían sapos.

Ahora *Cocote* se había vuelto enorme. Así como antes había sido flaca, así era ahora obesa, con un enorme vientre hinchado bajo el que seguían arrastrándose sus largas tetas bamboleantes. Había engordado de golpe, en sólo unos pocos días; y caminaba con esfuerzo, con las patas separadas, igual que las personas demasiado gordas, con las fauces abiertas para resoplar y extenuada en cuanto había paseado diez minutos.

El cochero François decía de ella: «Es un buen animal, eso seguro, pero palabra que es muy desordenada».

El jardinero se quejaba todos los días. La cocinera hizo otro tanto. Encontraba perros bajo su horno, bajo las sillas, en el sobrado del carbón, y en todas partes le robaban cualquier cosa que anduviera rodando.

El amo ordenó a François que se deshiciera de *Cocote*. El criado, desesperado, lloró, pero tuvo que obedecer. Ofreció la perra a todo el mundo. Nadie la quiso. Trató de hacer que se perdiese, ella volvía. Un viajante de comercio la metió en el baúl de su coche para soltarla en una ciudad lejana. La perra volvió a encontrar su camino y, a pesar de su barriga colgante, probablemente sin comer, en un día estuvo de vuelta; y se puso a dormir tranquilamente en su cuadra.

Esta vez el amo se enfadó y, tras llamar a François, le dijo furioso: «¡Si no me tira ese animal al agua antes de mañana, lo pongo en la calle, ¿me ha entendido?!»

El hombre se quedó aterrado; adoraba a *Cocote*. Subió a su cuarto, se sentó en su cama, luego hizo la maleta para irse. Pero reflexionó que sería imposible encontrar una colocación nueva, porque nadie lo contrataría mientras llevara a sus talones aquella perra, seguida siempre por un regimiento de perros. Tenía, pues, que deshacerse de ella. No podía colocarla; no podía hacer que se extraviase; el río era el único recurso. Entonces pensó en dar veinte sous a alguien para que se encargase de la ejecución. Pero, nada más pensarlo, sintió un dolor agudo; reflexionó que cualquier otro la haría sufrir, la golpearía en el camino, le haría duros los últimos momentos, le daría a entender que querían matarla, ¡porque aquel animal lo comprendía todo! Y se decidió a hacerlo él mismo.

No durmió. Nada más amanecer se levantó y, cogiendo una gruesa cuerda, fue en busca de *Cocote*. Ella se levantó despacio, se sacudió, estiró sus miembros y se puso a hacerle fiestas a su amo.

Entonces él se sentó y, poniéndola sobre sus rodillas, la acarició largo rato, la besó en el hocico; luego, levantándose, dijo: «Ven». Y ella movió la cola al comprender que iban a salir.

Llegaron a la orilla, y él eligió un sitio donde el agua parecía profunda.

Entonces anudó un extremo de la cuerda al cuello del animal, y, cogiendo una pesada piedra, lo ató al otro. Hecho esto, cogió a su perra en brazos y la besó furiosamente, como a una persona a la que se va a abandonar. La tenía apretada contra el pecho, la acunaba; y ella se dejaba hacer, gruñendo de satisfacción.

Diez veces intentó tirarla; y cada vez le faltaron las fuerzas. Pero de pronto se decidió y, con toda su energía, la lanzó lo más lejos posible. Flotó un segundo, debatiéndose, tratando de nadar como cuando se bañaba; pero la piedra la arrastraba al fondo; puso una mirada de angustia y su cabeza fue lo primero que desapareció, mientras sus patas traseras, saliendo del agua,

todavía se agitaban. Luego, en la superficie aparecieron algunas burbujas. François creía ver a su perra retorciéndose en el fango del río.

Estuvo a punto de idiotizarse, y enfermó durante un mes, torturado por el recuerdo de *Cocote*, a la que oía ladrar continuamente.

La había ahogado hacia finales de abril. No recuperó la tranquilidad sino mucho después. Finalmente ya no pensaba casi en ella cuando, hacia mediados de junio, sus amos se marcharon y lo llevaron a los alrededores de Ruán, adonde iban a pasar el verano.

Una mañana que hacía mucho calor, François salió para bañarse en el Sena. En el momento de entrar en el agua, un olor nauseabundo lo hizo mirar a su alrededor, y entre los juncos vio una carroña, un cuerpo de perro en putrefacción. Se acercó, sorprendido por el color del pelo. Una cuerda podrida seguía apretándole el cuello. Era su perra, *Cocote*, llevada por el agua a sesenta leguas de París.

Permanecía de pie con el agua hasta las rodillas, asustado, trastornado como ante un milagro, frente a una aparición vengadora. Se vistió de nuevo enseguida y, presa de un miedo loco, se puso a caminar sin rumbo, al azar, con la cabeza extraviada. Vagó así todo el día y, al llegar la noche, tuvo que preguntar por su camino, que ya no conseguía encontrar. Nunca desde entonces se atrevió a tocar a un perro.

*

Esta historia sólo tiene un mérito: es verdadera, totalmente verdadera. De no ser por el extraño tropiezo con la perra muerta al cabo de seis semanas y sesenta leguas más lejos, sin duda no me habría fijado en ella; porque ¡cuántos de estos pobres animales vemos todos los días sin refugio!

Si el proyecto de la Sociedad Protectora de Animales tiene éxito, quizá encontremos menos cadáveres de cuatro patas varados en las orillas del río.

Una Nochebuena[21]

No recuerdo exactamente el año. Llevaba todo un mes cazando de manera frenética, con una alegría salvaje, con ese ardor que se siente por las pasiones nuevas.

Me hallaba en Normandía, en casa de un pariente soltero, Jules de Banneville, solamente con él, su criada, un ayuda de cámara y un guarda, en su castillo señorial. Este castillo, antigua construcción grisácea rodeada de abetos gimientes en el centro de largas avenidas de robles por donde galopaba el viento, parecía abandonado desde hacía siglos. Sólo un mobiliario antiguo habitaba los salones siempre cerrados, donde en el pasado aquellos personajes cuyos retratos se veían colgados en una galería tan tempestuosa como las avenidas recibían ceremoniosamente a los vecinos nobles.

En cuanto a nosotros, nos habíamos refugiado simplemente en la cocina, único rincón habitable de la solariega mansión, una cocina inmensa cuyas sombras lejanas se aclaraban cuando se echaba una chamarasca nueva en la espaciosa chimenea. Luego, cada noche, tras una dulce somnolencia delante del fuego, después de que nuestras empapadas botas hubieran humeado y de que nuestros perros de muestra, acurrucados entre nuestras piernas, hubieran cazado en sueños ladrando como sonámbulos, subíamos a nuestro cuarto.

Era la única habitación cuyo techo estaba totalmente escayolado debido a los ratones. Pero había quedado desnuda, sólo blanqueada a la cal, con fusiles, látigos de perro y cuernos de caza colgados de las paredes; y tiritando de frío nos metíamos en nuestras camas, en los dos rincones de aquella choza siberiana.

A una legua, frente por frente del castillo, caían a pico en el mar los acantilados; y los potentes soplos del Océano hacían suspirar noche y día a los altos árboles curvados, llorar al tejado y las veletas, crujir toda la venerable construcción que se llenaba de viento por sus tejas desunidas, sus chimeneas espaciosas como abismos, sus ventanas, que ya no cerraban.

Aquel día había helado de una manera horrible. Había llegado la noche. Íbamos a sentarnos a la mesa delante del gran fuego de la alta chimenea donde se asaba una rabadilla de liebre flanqueada por dos perdices que despedían un buen olor.

Mi primo alzó la cabeza: «No tendremos calor cuando nos acostemos», dijo.

Indiferente, respondí: «No, por la mañana tendremos patos en los estanques.»

La criada, que ponía nuestros cubiertos en un extremo de la mesa y el de los criados en el otro, preguntó: «¿Se acuerdan los señores de que hoy es Nochebuena?»

Por supuesto, no nos acordábamos porque apenas si mirábamos el calendario. Mi compañero añadió: «¿Entonces esta noche hay misa de gallo? ¡Por eso han estado tocando las campanas todo el día!»

La sirvienta replicó: «Sí y no, señor; también han doblado porque el tío Fournel ha muerto.»

El tío Fournel, antiguo pastor, era una celebridad en la comarca. Con noventa y seis años, nunca había estado enfermo hasta el momento en que, un mes antes, cogió frío tras haberse caído en una charca una noche oscura. Había guardado cama desde el día siguiente, y desde entonces agonizaba.

Mi primo se volvió hacia mí: «Si quieres, dijo, podemos ir dentro de un rato a ver a esa pobre gente.» Se refería a la familia del viejo, su nieto, de cincuenta y ocho años, y su nieta política, un año más joven. La generación intermedia había dejado de existir hacía mucho. Vivían en una miserable casucha, situada a la entrada de la aldea, a la derecha.

Pero no sé por qué esa idea de Navidad, en el fondo de aquella soledad, nos dio ganas de hablar. Solos frente a frente, ambos nos contamos historias de antiguas nochebuenas, episodios de esa noche loca, aventuras galantes del pasado y el despertar del día siguiente, despertar acompañado por sus inciertas sorpresas y la sorpresa de los descubrimientos.

Así fue pasando nuestra larga cena. Le siguieron numerosas pipas; e, invadidos por esas alegrías de solitarios, esas alegrías comunicativas que nacen de repente entre dos amigos íntimos, hablábamos sin parar, rebuscando en nuestra memoria para contarnos esos recuerdos confidenciales del corazón que escapan en esas efusivas horas.

La criada, que se había marchado hacía mucho, reapareció: «Me voy a la misa, señor.

—¿Tan pronto?

—Faltan tres cuartos de hora para la medianoche.

—¿Y si fuéramos también hasta la iglesia?, preguntó Jules; la misa de nochebuena es muy curiosa en el campo.»

Acepté, y partimos, envueltos en nuestras pieles de caza.

Un frío vivo punzaba la cara y hacía llorar los ojos. El aire crudo invadía los pulmones, resecaba la garganta. El cielo profundo, nítido y duro, estaba tachonado de estrellas que se hubieran dicho empalidecidas por la helada; centelleaban no como fuegos, sino como astros de hielo, como brillantes cristalizaciones. A lo lejos, en la tierra de bronce, seca y sonora, resonaban los zuecos de los aldeanos, y en el horizonte que nos rodeaba tintineaban las pequeñas campanas de las aldeas, lanzando sus notas agudas, como frioleras también, a la inmensa noche glacial.

El campo no dormía. Los gallos, engañados por aquellos ruidos, cantaban; y al pasar por delante de los establos se oía moverse a los animales, alterados por aquellos rumores de vida.

Al acercarnos a la aldea, Jules volvió a acordarse de Fournel: «Ahí está su barraca, dijo; ¡entremos!»

Llamó en vano largo rato. Entonces una vecina que salía de su casa para ir a la iglesia, nos dijo al vernos: «Están en misa, señores; han ido a rezar por su padre.

«Los veremos al salir», dijo mi primo.

La luna, que ya menguaba, perfilaba en el borde del horizonte su silueta de hoz en medio de aquella siembra infinita de brillantes semillas lanzadas a puñados al espacio. Y por toda la negra campiña unas lucecitas temblorosas acudían de todas partes hacia el puntiagudo campanario que sonaba sin tregua. Entre los corrales de las granjas plantados de árboles, en medio de las llanuras sombrías, esas lucecitas brincaban rozando el suelo. Eran linternas de cuerno que llevaban los aldeanos delante de sus mujeres, tocadas con gorros blancos, envueltas en largos mantos negros y seguidas por unos chiquillos medio despiertos, que se cogían de la mano en la oscuridad.

Por la puerta abierta de la iglesia se vislumbraba el coro iluminado. Una guirnalda de candelas de un *sou* daba la vuelta a la nave; y en el suelo, en una capilla de la izquierda, un gordo Niño Jesús exhibía sobre auténtica paja, en medio de ramas de abeto, su desnudez rosa y amanerada.

Empezaba la misa. Los aldeanos con la cabeza inclinada, las mujeres de rodillas, rezaban. Aquella gente sencilla, que se había levantado esa fría noche, miraba, profundamente conmovida, la imagen toscamente pintada, y

juntaba las manos, ingenuamente convencida tanto como intimidada por el humilde esplendor de aquella representación pueril.

El aire helado hacía palpitar las llamas. Jules me dijo: «¡Salgamos! Fuera se está mejor.»

Y en la carretera desierta, mientras todos los campesinos prosternados tiritaban devotamente, volvimos a charlar de nuestros recuerdos tanto tiempo que el oficio había terminado cuando volvimos a la aldea.

Por debajo de la puerta de los Fournel pasaba un hilo de luz. «Velan a su muerto, dijo mi primo. Entremos de una vez en casa de esta pobre gente, lo agradecerán.»

En la chimenea agonizaban unos cuantos tizones. La habitación oscura, barnizada de suciedad, con sus carcomidas vigas bruñidas por el tiempo, estaba impregnada de un sofocante olor a morcilla asada. En medio de la amplia mesa, bajo la cual, y en toda su longitud, sobresalía la artesa del pan, una vela, en un candelero de hierro torcido, despedía hasta el techo la acre humareda de su mecha en forma de champiñón. — Y los dos Fournel, el hombre y la mujer, cenaban frente a frente.

Taciturnos, con expresión afligida y la cara embrutecida de los campesinos, comían muy serios sin decir palabra. En un solo plato colocado entre ambos, un gran trozo de morcilla desprendía su vapor apestoso. De vez en cuando arrancaban un trozo con la punta del cuchillo, lo aplastaban sobre el pan, que luego mordían a bocados, y lo masticaban despacio.

Cuando el vaso del hombre estaba vacío, la mujer cogía el cántaro de sidra y volvía a llenarlo.

Cuando entramos, se levantaron, nos hicieron sentarnos, nos ofrecieron «hacer como ellos», y, tras nuestra negativa, se pusieron de nuevo a comer.

Al cabo de unos minutos de silencio, mi primo preguntó: «Y bien, Anthime, ¿ha muerto su abuelo?

—Sí, mi buen señor, murió hace poco.»

De nuevo el silencio. Por cortesía, la mujer despabiló la vela. Entonces, por decir algo, añadí: «Era muy viejo.»

Su nieta política de cincuenta y siete años replicó: «Sí, su tiempo había terminado, ya no tenía nada que hacer aquí.»

De repente me entró el deseo de ver el cadáver de aquel centenario, y rogué que me lo enseñaran.

Los dos aldeanos, hasta entonces tranquilos, se alteraron bruscamente. Sus ojos inquietos se interrogaron, y no respondieron.

Viendo su turbación, mi primo insistió.

Entonces el hombre, con aire suspicaz y socarrón, preguntó: «¿De qué les serviría?

—De nada, dijo Jules, pero suele hacerse siempre, ¿por qué no quieren enseñarlo?»

El aldeano se encogió de hombros. «A mí no me importa, sólo que a esta hora resulta difícil.»

Mil suposiciones pasaban por nuestra cabeza. Como los nietos del muerto seguían sin moverse y permanecían frente a frente, con los ojos bajos, con aquella cabeza de madera de gente descontenta que parece decir: «Márchense», mi primo utilizó un tono autoritario: «Vamos, Anthime, levántese y llévenos a su cuarto.» Pero el hombre había tomado ya su decisión y respondió con aire enfurruñado: «No merece la pena, ya no está allí, señor.

—Pero entonces, ¿dónde está?»

La mujer le cortó la palabra al marido:

«Yo se lo diré: Lo hemos metido hasta mañana en la artesa, porque no teníamos otro sitio.»

Y, retirando el plato de la morcilla, levantó la tapa de su mesa, se inclinó con la candela para alumbrar el interior del gran cofre abierto, en cuyo fondo percibimos una cosa gris, una especie de largo paquete del que, por un extremo asomaba una raquítica cabeza de blancos cabellos enmarañados, y por el otro extremo unos pies descalzos.

Era el viejo, apergaminado, con los ojos cerrados, envuelto en su capa de pastor, que dormía allí su último sueño, entre viejos y negros mendrugos de pan tan centenarios como él.

¡Sus hijos habían hecho la cena de Nochebuena encima!

Indignado, temblando de ira, Jules gritó: «¿Por qué no le habéis dejado en su cama, malditos villanos?»

Entonces la mujer se puso a lloriquear, y contestó enseguida: «Yo se lo diré, mi buen señor, en casa no hay más que una cama. Antes nos acostábamos con él porque sólo éramos tres. Desde que se puso tan enfermo, nosotros dormíamos en el suelo; es duro, mi buen señor, sobre todo en este tiempo. Y cuando hace poco murió, nos dijimos: Si este hombre ya no sufre, ¿de qué sirve dejarlo en la cama? Bien podemos meterlo hasta mañana en la artesa, y nosotros recuperaríamos la cama esta noche que está tan fría. ¡Porque no podíamos acostarnos con este muerto, mis buenos señores!…»

Mi primo, irritado, salió bruscamente dando un portazo, mientras yo lo seguía partiéndome de risa.

Mademoiselle Fifí[22]

El mayor, comandante prusiano, conde de Farlsberg[23], acababa de leer su correo arrellanado en un gran sillón de tapicería y con los pies calzados con botas sobre el elegante mármol de la chimenea, donde sus espuelas, durante los tres meses que ocupaba el castillo de Uville, habían trazado dos hondos surcos, un poco más profundos cada día.

Una taza de café humeaba sobre un velador de marquetería manchado por los licores, quemado por los cigarros puros, rayado por el cortaplumas del oficial conquistador que, a veces, cuando terminaba de sacar punta a un lápiz, trazaba sobre el gracioso mueble cifras o dibujos al antojo de sus indolentes cavilaciones.

Cuando hubo acabado sus cartas y hojeado los periódicos alemanes que acababa de traerle el cartero militar, se levantó y, después de echar al fuego tres o cuatro enormes maderos de leña verde, pues aquellos señores talaban poco a poco el parque para calentarse, se acercó a la ventana.

La lluvia caía a raudales, una lluvia normanda que se hubiera dicho desatada por una mano furiosa, una lluvia sesgada, densa como una cortina, que formaba una especie de muro de rayas oblicuas, una lluvia que azotaba, salpicaba y lo anegaba todo, una verdadera lluvia de los alrededores de Ruán, ese orinal de Francia.

El oficial contempló largo rato los macizos de césped inundados, y, al fondo el Andelle[24], tan crecido que se desbordaba; y tamborileaba con los dedos en el cristal un vals del Rhin cuando un ruido lo hizo volverse: era su segundo, el barón de Kelweingstein, con una graduación equivalente a la de capitán.

El mayor era un gigante, ancho de espaldas, con una larga barba en abanico que formaba un mantel sobre su pecho; y toda su enorme y solemne persona sugería la idea de un pavo real militar, un pavo real que llevara su cola desplegada en su mentón. Sus ojos eran azules, fríos y dulces, tenía una

mejilla tajada por un sablazo en la guerra de Austria[25]; y se le consideraba tan buena persona como valiente oficial.

El capitán, bajito, colorado, de abultado vientre ceñido por el cinturón a la fuerza, llevaba casi cortado al rape su barba llameante, cuyos hilos de fuego habrían hecho creer, cuando se hallaban bajo ciertos reflejos, que se había frotado la cara con fósforo. Dos dientes perdidos en una noche de juerga, sin que recordase exactamente cómo, le hacían escupir palabras pastosas que no siempre se entendían; y era calvo sólo en la coronilla, tonsurado como un fraile, con un vellón de corto pelo rizado, dorado y brillante alrededor de ese círculo de carne desnuda.

El comandante le estrechó la mano y engulló de un trago su taza de café (la sexta desde por la mañana), escuchando el informe de su subordinado sobre los incidentes ocurridos en el servicio; después, ambos se acercaron a la ventana declarando que aquello no era divertido. El mayor, hombre tranquilo, casado en su tierra, se acomodaba a todo; pero el barón capitán, tenaz vividor, frecuentador de tugurios, empedernido aficionado a las putas, rabiaba por verse encerrado desde hacía tres meses en la obligatoria castidad de aquel puesto perdido.

Cuando dieron unos suaves golpes en la puerta, el comandante gritó que entraran, y un hombre, uno de sus soldados autómatas, apareció en el umbral diciendo con su sola presencia que el almuerzo estaba servido.

En la sala encontraron a los tres oficiales de menor graduación: un teniente, Otto de Grossling; dos subtenientes, Fritz Scheunaubourg y el marqués Wilhem de Eyrik, un rubito orgulloso, brutal con los hombres, duro con los vencidos y violento como un arma de fuego.

Desde su entrada en Francia, sus camaradas sólo lo llamaban Mademoiselle Fifí. Le habían ganado ese apodo su aire presumido, su fino talle que se habría dicho ceñido por un corsé, una cara pálida donde su naciente bigote apenas se esbozaba, y también su costumbre de emplear en todo momento, para expresar su soberano desprecio por los seres y las cosas, la locución francesa *fi, fi donc*, que pronunciaba con un ligero silbido.

El comedor del castillo de Uville era una larga y regia estancia cuyos espejos de cristal antiguo, estrellados por las balas, y cuyos antiguos tapices de Flandes, rajados a sablazos y con colgajos en algunas partes, decían bien a las claras las ocupaciones de Mademoiselle Fifí en sus horas de ocio.

En las paredes, tres retratos de familia, un guerrero con armadura, un cardenal y un presidente, fumaban largas pipas de porcelana, mientras que, en

su marco desdorado por los años, una noble dama de pecho muy ceñido mostraba con aire arrogante un enorme bigote dibujado con carbón.

Y el almuerzo de los oficiales transcurrió casi en silencio en aquella estancia mutilada, ensombrecida por el aguacero, entristecida por su aspecto derrotado, y cuyo viejo parqué de roble se había vuelto tan inmundo como un suelo de taberna.

A la hora de fumar, cuando después de la comida empezaron a beber, se pusieron, igual que cada día, a hablar de su aburrimiento. Las botellas de coñac y licores pasaban de mano en mano; y todos, arrellanados en sus sillas, absorbían pequeños y constantes sorbos, conservando en la comisura de la boca el largo tubo curvo que remataba el huevo de porcelana, siempre pintarrajeado como para seducir a hotentotes.

Cuando sus copas se vaciaban, volvían a llenarlas con un gesto de resignado tedio. Pero Mademoiselle Fifí rompía siempre la suya, e inmediatamente un soldado le presentaba otra.

Una niebla de humo acre los envolvía, y ellos parecían sumirse en una ebriedad soñolienta y triste, en esa taciturna embriaguez de quienes no tienen nada que hacer.

Pero de pronto el barón se puso de pie. Movido por un arrebato de rebeldía, blasfemó: «Vive Dios, esto no puede durar, al final tendremos que inventar algo.»

El teniente Otto y el subteniente Fritz, dos alemanes dotados en alto grado de fisionomías alemanas pesadas y graves, respondieron al unísono: «¿Qué, mi capitán?»

Reflexionó unos segundos y añadió: «¿Qué? Pues bien, hay que organizar una fiesta, si el comandante lo permite»

El mayor dejó su pipa: «¿Qué fiesta, capitán?»

El barón se acercó: «Yo me encargo de todo, mi comandante. Enviaré a Ruán a *Deber*, que nos traerá algunas damas; sé dónde encontrarlas. Aquí se preparará una cena; no nos falta de nada y, por lo menos, pasaremos una buena velada.»

El conde de Farlsberg se encogió de hombros con una sonrisa: «Está usted loco, amigo mío.»

Pero todos los oficiales se habían levantado, rodeaban a su jefe, le suplicaban: «Deje hacer al capitán, mi comandante, es tan triste esto.»

El mayor terminó cediendo: «Sea», dijo; y al punto el barón mandó llamar a *Deber*. Era un viejo suboficial al que nunca se había visto reír, pero que cumplía fanáticamente todas las órdenes de sus jefes, fueran las que fuesen.

De pie, con su rostro impasible, recibió las instrucciones del barón; luego salió; y cinco minutos más tarde un gran carruaje del convoy militar, cubierto con un toldo de molinero en forma de cúpula, partía a escape bajo la inclemente lluvia, al galope de cuatro caballos.

Al punto, un estremecimiento de despertar pareció recorrer sus mentes; las posturas lánguidas se enderezaron, los rostros se animaron, y todos se pusieron a hablar.

Aunque el aguacero continuaba con la misma furia, el mayor afirmó que estaba menos oscuro, y el teniente Otto anunciaba convencido que el cielo iba a escampar. Hasta la misma Mademoiselle Fifí parecía incapaz de estarse quieto. Se levantaba, volvía a sentarse. Sus ojos claros y duros buscaban algo que romper. De pronto, mirando fijamente a la dama de los bigotes, el rubito sacó su revólver.

«Esto tú no lo verás», dijo; y, sin levantarse de su asiento, apuntó. Una tras otra, dos balas reventaron los ojos del retrato.

Luego exclamó: «¡Hagamos la mina!» Y bruscamente las conversaciones se interrumpieron, como si un interés poderoso y nuevo se hubiera apoderado de todos.

La mina era una invención suya, su manera de destruir, su diversión favorita.

Al abandonar el castillo, su legítimo propietario, el conde Fernand d'Aymons d'Uville, no había tenido tiempo de llevarse nada ni de esconder nada, salvo la vajilla de plata, oculta en un agujero de una pared. Ahora bien, como era muy rico y espléndido, su gran salón, cuya puerta daba al comedor, presentaba, antes de la precipitada fuga del dueño, el aspecto de una galería de museo.

De las paredes colgaban lienzos, dibujos y acuarelas de valor, mientras sobre los muebles y los estantes, y en las elegantes vitrinas, mil objetos antiguos, porcelanas, estatuillas, figuritas de Sajonia y monigotes de China, antiguos marfiles y vidrios de Venecia, poblaban el espacioso piso con su abundancia valiosa y rara.

De ella, ahora ya no quedaba nada. No porque las hubieran saqueado, el mayor conde de Farlsberg no lo habría permitido; pero de vez en cuando Mademoiselle Fifí *hacía la mina*; y ese día todos los oficiales se divertían de veras durante cinco minutos.

El marquesito fue a buscar en el salón lo que necesitaba. Regresó con una bonísima tetera de China familia Rosa[26] que llenó con pólvora de cañón, y

por el pico introdujo delicadamente un largo trozo de yesca, lo encendió y corrió a llevar aquel ingenio infernal a la sala contigua.

Luego volvió rápidamente, cerrando la puerta. Todos los alemanes aguardaban de pie, con rostros sonrientes de infantil curiosidad; y cuando la explosión hubo sacudido el castillo, todos se precipitaron hacia la sala.

Mademoiselle Fifí, el primero en entrar, aplaudía con delirio ante una Venus de terracota cuya cabeza había terminado por saltar; y cada cual recogió trozos de porcelana, sorprendiéndose ante las extrañas dentelladas de la explosión, y examinaba los nuevos estragos, poniendo en duda otros que adjudicaban a la explosión anterior; y el mayor contemplaba con aire paternal el espacioso salón arrasado por aquella metralla a lo Nerón y sembrado de restos de objetos de arte. Fue el primero en salir, declarando con bonachonería: «Esta vez ha salido bien.»

Pero en el comedor había entrado tal tromba de humo que, mezclándose con el tabaco, impedía respirar. El comandante abrió la ventana, y todos los oficiales, que habían vuelto para beber una última copa de coñac, se acercaron.

El aire húmedo penetró en la estancia, trayendo una especie de polvo de agua que empolvaba las barbas y un olor a inundación. Miraban los grandes árboles agobiados bajo el aguacero, el amplio valle cubierto de bruma por aquel desagüe de las nubes sombrías y bajas, y a lo lejos el campanario de la iglesia, alzado como una punta gris en medio del aguacero.

Desde su llegada no había vuelto a sonar. Era, por otra parte, la única resistencia que los invasores habían encontrado en la comarca: la del campanario. El párroco no se había negado en absoluto a recibir y alimentar a los soldados prusianos; incluso había aceptado varias veces tomar una botella de cerveza o de burdeos con el comandante enemigo, que a menudo lo utilizaba como intermediario benévolo; pero no había que pedirle un solo tañido de su campana; antes se habría dejado fusilar. Era su forma de protestar contra la invasión, protesta pacífica, protesta de silencio, la única, decía él, propia de un sacerdote, hombre de dulzura y no de sangre; y todo el mundo, en diez leguas a la redonda, alababa la firmeza, el heroísmo del padre Chantavoine, que se atrevía a expresar el duelo público, a proclamarlo, mediante el obstinado mutismo de su iglesia.

El pueblo entero, entusiasmado por esa resistencia, estaba dispuesto a ayudar hasta el fin a su pastor, a afrontarlo todo, considerando aquella protesta tácita como la salvaguarda del honor nacional. A los aldeanos les parecía que de aquel modo habían hecho más méritos por la patria que Belfort

y Estrasburgo[27], que habían dado un ejemplo equivalente, que el nombre del villorrio llegaría a ser inmortal; y, eso aparte, no negaban nada a los prusianos vencedores.

Comandante y oficiales se reían de aquel valor inofensivo; y como toda la comarca se mostraba complaciente y dócil con ellos, toleraban gustosos su mudo patriotismo.

Sólo el marquesito Wilhem habría deseado hacer tocar por la fuerza las campanas. Se moría de rabia ante la condescendencia política de su superior con el sacerdote, y todos los días suplicaba al comandante que le dejara hacer «Din-don-don», una vez, una sola vez, sólo para reírse un poco. Y lo pedía con zalamerías de gata, melindres de mujer y dulces tonos de amante enloquecida por un deseo; pero el comandante no cedía, y Mademoiselle Fifí, para consolarse, *hacía la mina* en el castillo de Uville.

Los cinco hombres permanecieron allí, agrupados, unos minutos, aspirando la humedad. El teniente Fritz terminó por soltar una risa pastosa: «Tecititamente, ezas zeñoritas no tentrán puen tiempo para zu pazeo.»

Tras esto se separaron, yéndose cada cual a su servicio, y el capitán a ocuparse de lo mucho que tenía que hacer para los preparativos de la cena.

Cuando de nuevo se reunieron al anochecer, se echaron a reír al verse tan acicalados y relucientes como en los días de revista general, engominados, perfumados y frescos. El pelo del comandante parecía menos gris que por la mañana; y el capitán se había afeitado, conservando sólo el bigote, que hacía el efecto de una especie de llama bajo la nariz.

A pesar de la lluvia habían dejado abierta la ventana; y de vez en cuando uno de ellos se acercaba a escuchar. A las seis y diez el barón advirtió de un lejano rodar. Todos corrieron hacia la ventana; y no tardó en aparecer el gran carruaje, con sus cuatro caballos siempre al galope, embarrados hasta la grupa, resoplando y humeantes de vaho.

Y cinco mujeres se apearon en la escalinata, cinco hermosas chicas cuidadosamente elegidas por un camarada del capitán a quien *Deber* había ido a llevar una carta de su oficial.

No se habían hecho rogar demasiado, seguras de ser bien pagadas, conociendo además a los prusianos desde hacía tres meses que llevaban tanteándolos y sacando partido tanto de los hombres como de las circunstancias. «Son gajes del oficio», se decían durante el camino, para responder sin duda a algún secreto escozor de un resto de conciencia.

Enseguida entraron todos en el comedor. Iluminado, parecía más lúgubre aún en su lastimosa ruina; y la mesa llena de viandas, de rica vajilla y

cubertería de plata encontrada en la pared donde la había escondido el propietario, daba al lugar el aspecto de una taberna de bandidos que cenan tras un pillaje. El capitán, radiante, se apoderó de las mujeres como de algo familiar, sopesándolas, abrazándolas, oliéndolas, tasándolas en su valor como mujeres de placer; y cuando los tres jóvenes quisieron quedarse con una cada uno, se opuso con autoridad, reservándose el derecho de hacer el reparto con toda justicia, según la graduación, para no agraviar en nada a la jerarquía.

Entonces, a fin de evitar toda discusión, toda protesta y toda sospecha de parcialidad, las alineó por estatura y, dirigiéndose a la más alta, preguntó con tono de mando: «¿Cómo te llamas?»

Ella respondió ahuecando la voz: «Paméla».

Entonces él proclamó: «Número uno, la llamada Paméla, adjudicada al comandante.»

Tras haber abrazado a Blondine, la segunda, en señal de propiedad, ofreció al teniente Otto la gorda Amanda, Eva *la Tomate* al subteniente Fritz, y la más pequeña de todas, Rachel, una morena muy joven, de ojos negros como mancha de tinta, una judía cuya nariz respingona confirmaba la regla que atribuye picos curvos a toda su raza, al más joven de los oficiales, al endeble marqués Wilhem de Eyrik.

Todas, por lo demás, eran guapas y estaban rellenitas, sin grandes diferencias en la fisionomía, vueltas casi iguales de aspecto y de piel por las cotidianas prácticas amorosas y la vida común de las casas públicas.

Los tres jóvenes pretendían llevarse inmediatamente a sus mujeres, so pretexto de ofrecerles cepillos y jabón para limpiarse; pero el capitán se opuso prudentemente, afirmando que estaban bastante limpias para sentarse a la mesa y que los que subieran querrían cambiar al bajar y perturbarían a las otras parejas. Su experiencia se impuso. No hubo más que muchos besos, besos de espera.

De repente Rachel se ahogó, tosiendo hasta llorar y echando humo por las narices. Con el pretexto de besarla, el marqués acababa de soplarle una bocanada de humo en la boca. No se enfadó, no dijo una palabra, pero miró fijamente a su poseedor con la rabia despierta en el fondo de sus ojos negros.

Se sentaron. Hasta el comandante parecía encantado; colocó a su derecha a Paméla, a Blondina a su izquierda y declaró, desplegando su servilleta: «Ha tenido usted una idea estupenda, capitán.»

Los tenientes Otto y Fritz, corteses como ante damas de la buena sociedad, intimidaban algo a sus vecinas; pero el barón de Kelweingstein, acostumbrado al vicio, estaba radiante, soltaba palabras soeces, parecía arder

con su corona de cabellos rojos. Decía galanterías en francés del Rhin; y sus piropos tabernarios, expectorados por el agujero de los dos dientes rotos, llegaban a las chicas en medio de una metralla de saliva.

Por lo demás, ellas no entendían nada; y su inteligencia sólo pareció despertarse cuando él escupió palabras obscenas, expresiones crudas, deformadas por su acento. Entonces todas se echaron a reír al mismo tiempo como locas, cayendo sobre el vientre de sus vecinos, repitiendo los términos que el barón desfiguraba ya a capricho para hacerles decir indecencias. Las vomitaban a discreción, borrachas con las primeras botellas de vino; y, volviendo a ser ellas mismas, abriendo la puerta a sus hábitos, besaban los bigotes a derecha e izquierda, pellizcaban brazos, lanzaban gritos furiosos, bebían de todos los vasos, cantaban tonadas francesas y trozos de canciones alemanas aprendidas en sus cotidianas relaciones con el enemigo.

También los hombres, embriagados por aquella carne de mujer exhibida ante sus narices y bajo sus manos, no tardaron en enloquecer, poniéndose a chillar, a romper la vajilla, mientras, a su espalda, unos soldados impasibles los servían.

Sólo el comandante mantenía la compostura.

Mademoiselle Fifí había sentado a Rachel en sus rodillas, y, excitándose en frío, unas veces besaba frenético los rizos de ébano de su cuello, olisqueando por el escaso espacio entre el vestido y la piel el dulce calor de su cuerpo y todo el aroma de su persona; otras, la pellizcaba con furia a través de la tela, haciéndole dar vueltas, poseído por una ferocidad rabiosa, excitado por su necesidad de destrucción. También con frecuencia, sujetándola con ambos brazos, estrechándola como para fundirla en él, apoyaba largamente sus labios sobre la boca fresca de la judía, la besaba hasta quedarse sin aliento; pero de pronto la mordió tan profundamente que un reguero de sangre corrió por la barbilla de la joven y resbaló hasta su corpiño.

Una vez más, ella lo miró directamente a la cara y, lavándose la herida, murmuró: «Esto se paga.» Él se echó a reír, con una risa dura. «Pagaré», dijo.

Llegaban a los postres; se servía champán. El comandante se levantó, y, con el mismo tono que habría utilizado para brindar por la salud de la emperatriz Augusta[28], bebió:

«¡Por nuestras damas!» Y empezó una serie de brindis, brindis de una galantería de soldadesca y de borrachos, mezclados con bromas obscenas que volvía más brutales aún el desconocimiento de la lengua.

Se levantaban uno tras otro, tratando de ser ingeniosos, esforzándose por parecer divertidos: y las mujeres, borrachas perdidas, con la mirada

extraviada y los labios pastosos, aplaudían cada vez a rabiar.

El capitán, queriendo sin duda dar a la orgía un tono galante, levantó una vez más su copa y exclamó: «¡Por nuestras victorias sobre los corazones!»

Entonces el teniente Otto, especie de oso de la Selva Negra, se puso en pie, encendido, saturado de bebida. E invadido repentinamente de patriotismo alcohólico, lanzó: «¡Por nuestras victorias sobre Francia!».

Por más borrachas que estuvieran, las mujeres enmudecieron, y Rachel, temblorosa, se volvió: «¿Sabes?, conozco franceses ante los que no dirías eso.»

Pero el marquesito, que seguía teniéndola en sus rodillas y al que había puesto muy alegre el vino, se echó a reír: «¡Ja, ja, ja!, nunca he conocido a ninguno. En cuanto aparecemos, ¡se largan pitando!»

La joven, furiosa, le gritó a la cara: «¡Mientes, cerdo!»

Durante un segundo, él clavó en ella sus ojos claros, como los clavaba en los cuadros cuya tela destrozaba a tiros de revólver, y luego se echó a reír: «Ah, sí, hablemos de eso, guapa. ¡Aquí estaríamos nosotros si ellos fueran valientes!» Y se animaba: «Nosotros somos sus amos, ¡Francia es nuestra!»

Ella abandonó sus rodillas de una sacudida y volvió a caer en su silla. Él se levantó, tendió su copa hacia el centro de la mesa y repitió: «¡Francia es nuestra, y los franceses, los bosques, los campos y las casas de Francia!»

Los otros, totalmente borrachos, sacudidos de pronto por un entusiasmo militar, un entusiasmo de brutos, levantaron sus copas vociferando: «¡Viva Prusia!», y las vaciaron de un trago.

Las mujeres no protestaban, reducidas al silencio y presas del miedo. Hasta la propia Rachel callaba, impotente para responder.

Entonces el marquesito apoyó en la cabeza de la judía la copa de champán de nuevo llena: «¡Y nuestras son también todas las mujeres de Francia!», gritó.

Ella se levantó con tal rapidez que la copa, volcada, derramó, como en un bautismo, el vino amarillo sobre su pelo negro, y se cayó estrellándose en el suelo. Con labios temblorosos, desafiaba la mirada del oficial, que seguía riendo, y balbució con una voz estrangulada por la rabia: «Eso, eso, eso no es verdad, no tendréis a las mujeres de Francia.»

Él se sentó para reírse a gusto y, tratando de emplear el acento parisino: «Ezta zí que ez puena, muy puena, entoncez ¿qué hacez tú aquí, pequeña?»

Cortada, se calló al principio, sin comprender del todo en medio de su turbación; luego, cuando hubo entendido bien lo que él decía, le soltó,

indignada y vehemente: «¡Yo! ¡Yo! Yo no soy una mujer, soy una puta; es todo lo que se necesita para unos prusianos.»

Aún no había terminado la frase cuando él ya le daba una tunda de bofetones; pero, cuando levantaba una vez más la mano, ella, enloquecida de rabia, cogió de la mesa un cuchillo de postre con hoja de plata, y, con tal rapidez que al principio no se vio nada, se lo hundió en el gaznate, justo en el hueco donde nace el cuello.

Una palabra que pronunciaba se le cortó en la garganta; y se quedó con la boca abierta y una mirada espantosa.

Todos lanzaron un rugido y se levantaron tumultuosamente; pero, tras lanzar su silla a las piernas del teniente Otto, que se derrumbó cuan largo era, ella corrió a la ventana, la abrió antes de que hubieran podido alcanzarla y se lanzó a la oscuridad bajo la lluvia que seguía cayendo.

En dos minutos, Mademoiselle Fifí estuvo muerto. Entonces, Fritz y Otto desenvainaron y quisieron matar a las mujeres, que se arrastraban a sus pies. No sin esfuerzo, el mayor impidió aquella carnicería, mandó encerrar en un cuarto, custodiadas por dos soldados, a las cuatro jóvenes trastornadas; luego, como si hubiera dispuesto sus soldados para un combate, organizó la persecución de la fugitiva, totalmente seguro de cogerla.

Cincuenta hombres, espoleados por amenazas, fueron mandados al parque. Otros doscientos registraron los bosques y todas las casas del valle.

La mesa, retirada en un instante, servía ahora de lecho mortuorio, y los cuatro oficiales, rígidos, ya serenos, con el rostro duro de los hombres de guerra en funciones, permanecían de pie junto a las ventanas, escudriñando la oscuridad.

El aguacero torrencial continuaba. Un chapoteo constante llenaba las tinieblas, un flotante murmullo de agua que cae y de agua que corre, de agua que gotea y de agua que rebota.

De repente sonó un disparo, luego otro muy lejos; y, durante cuatro horas, se oyeron así de cuando en cuando detonaciones próximas o lejanas y gritos de reunión, palabras extrañas lanzadas como una llamada por voces guturales.

Por la mañana regresaron todos. Dos soldados habían resultado muertos y otros tres heridos por sus camaradas en la excitación de la caza y la confusión de aquella persecución nocturna.

No se había encontrado a Rachel.

Entonces los vecinos fueron aterrorizados, las casas desbaratadas, toda la comarca recorrida, batida y registrada. La judía no parecía haber dejado un solo rastro de su paso.

El general, puesto al corriente, ordenó echar tierra al asunto para no dar mal ejemplo al ejército, e impuso una pena disciplinaria al comandante, que castigó a sus inferiores. El general había dicho: «No se hace la guerra para divertirse y perseguir mujeres públicas.» Y el conde de Farlsberg, exasperado, decidió vengarse de la región.

Como necesitaba un pretexto para castigar sin freno, mandó venir al párroco y le ordenó tocar la campana en el entierro del marqués de Eyrik.

En contra de lo esperado, el cura se mostró dócil, humilde, considerado. Y cuando el cuerpo de Mademoiselle Fifí, llevado por unos soldados, precedido, rodeado y seguido de soldados que desfilaban con el fusil cargado, dejó el castillo de Uville camino del cementerio, por primera vez la campana dobló a muerto con un ritmo alegre, como si una mano amiga la hubiese acariciado.

Volvió a sonar por la noche, y también al día siguiente, y todos los días; repicó cuanto quisieron. A veces, incluso, por la noche se ponía en movimiento sola y lanzaba dulcemente dos o tres tañidos en la sombra, presa de una alegría singular, despertada no se sabe por qué. Todos los campesinos del lugar dijeron entonces que estaba embrujada; y nadie, salvo el párroco y el sacristán, se acercaba ya al campanario.

Y es que una pobre muchacha vivía allí arriba, en medio de la angustia y la soledad, alimentada a escondidas por esos dos hombres.

Permaneció allí hasta la marcha de las tropas alemanas. Luego, una noche, el cura pidió prestado el carro de bancos del panadero, y él mismo condujo a su prisionera hasta las puertas de Ruán. Llegado allí, el sacerdote le dio un abrazo; ella se apeó y a paso vivo se dirigió al prostíbulo, cuya patrona la creía muerta.

Algún tiempo después la sacó de allí un patriota sin prejuicios que se enamoró de ella por su bella acción; luego, tras amarla por sí misma, se casó con ella y la convirtió en una señora que valió tanto como muchas otras.

El ciego[29]

¿Y qué es esta alegría del primer sol? ¿Por qué esta luz caída sobre la tierra nos llena de este modo de la dicha de vivir? El cielo está todo azul, la campiña toda verde, las casas todas blancas; y nuestros ojos embelesados beben estos colores vivos que se vuelven gozo para nuestras almas. Y nos entran ganas de bailar, ganas de correr, ganas de cantar, una feliz ligereza de pensamiento, una especie de ternura que lo abarca todo; querríamos abrazar el sol.

Los ciegos de las puertas, impasibles en su eterna oscuridad, permanecen tranquilos como siempre en medio de esa alegría nueva y, sin comprender, calman a cada instante a su perro que quisiera dar brincos.

Cuando vuelven, acabado el día, del brazo de un joven hermano o de una hermana pequeña, si el niño dice: «¡Qué bueno ha hecho esta tarde!», el otro responde: «Ya me he dado cuenta de que hacía bueno, *Lulú* no se estaba quieto».

Conocí a uno de estos hombres, cuya vida fue uno de los más crueles martirios que se pueda imaginar.

Era un campesino; el hijo de un granjero normando. Mientras vivieron su padre y su madre, cuidaron poco más o menos de él; apenas sufrió por su horrible invalidez; pero en cuanto los viejos murieron, empezó la atroz existencia. Recogido por una hermana, todo el mundo en la granja lo trataba como a un pordiosero que se come el pan de los otros. En cada comida le echaban en cara el alimento; lo llamaban vago, palurdo; y aunque su cuñado se hubiera apoderado de su parte de la herencia, le daban de mala gana la sopa, lo justo para que no muriese.

Tenía una cara muy pálida, y dos grandes ojos blancos como obleas; y permanecía impasible bajo las injurias, tan encerrado en sí mismo que se ignoraba si las sentía. Nunca, por lo demás, había conocido ternura alguna; su madre siempre lo había maltratado un poco, pues apenas lo amaba; porque, en el campo, los inútiles son nocivos, y los aldeanos de buena gana harían como con las gallinas, que matan a las inválidas.

En cuanto había engullido la sopa, iba a sentarse delante de la puerta en verano, pegado a la chimenea en invierno, y ya no se movía hasta la noche. No hacía ni un gesto, ni un movimiento; sólo sus párpados, que agitaba una especie de dolencia nerviosa, caían a veces sobre la mancha blanca de sus ojos. ¿Tenía un espíritu, un pensamiento, una conciencia clara de su vida? Nadie se lo preguntaba.

Durante algunos años, las cosas siguieron así. Pero su impotencia para hacer nada, así como su impasibilidad, terminaron por exasperar a sus parientes, y se convirtió en un hazmerreír, en una especie de bufón-mártir, de presa ofrecida a la ferocidad congénita y a la alegría salvaje de los brutos que lo rodeaban.

Se maquinaron todas las bromas crueles que su ceguera pudo inspirar. Y, para cobrarse lo que comía, de sus comidas se hicieron horas de diversión para los vecinos y de suplicio para el impotente.

Los aldeanos de las casas cercanas acudían a esa diversión; se lo comunicaban de puerta en puerta; y la cocina de la granja se llenaba todos los días. Unas veces colocaban sobre la mesa, delante de su plato, donde él empezaba a tomar el caldo, algún gato o algún perro. El animal, con su instinto, olfateaba la invalidez del hombre y se acercaba muy despacio, comía sin ruido, lamiendo con delicadeza; y cuando un chapoteo de la lengua algo ruidoso había despertado la atención del pobre diablo, aquél se alejaba prudentemente para evitar el golpe de cuchara que él lanzaba al azar delante de sí.

Entonces todo eran risas, empujones, pateos de los espectadores apretujados a lo largo de las paredes. Y él, sin decir nunca una palabra, se ponía a comer de nuevo con la mano derecha mientras con la izquierda, adelantada, protegía y defendía su plato.

Otras veces le hacían mascar tapones de corcho, maderas, hojas o incluso desperdicios que no podía distinguir.

Luego se cansaron hasta de las burlas; y el cuñado, siempre furioso por tener que alimentarlo, le pegó, lo abofeteó constantemente, riéndose de los inútiles esfuerzos del otro por parar los golpes o devolverlos. Entonces hubo un juego nuevo, el juego de las bofetadas. Y los mozos de labranza, el patán, las sirvientas, le lanzaban en todo momento la mano a la cara, lo cual imprimía a sus párpados un movimiento precipitado. No sabía dónde esconderse, y permanecía sin cesar con los brazos extendidos para evitar que se le acercaran.

Finalmente, lo obligaron a mendigar. Lo apostaban en las carreteras los días de mercado, y, en cuanto oía un ruido de pasos o el rodar de un carruaje, tendía el sombrero balbuciendo: «Una caridad, por favor».

Pero el campesino no es pródigo, y durante semanas enteras no conseguía ni un céntimo.

Entonces, contra él, y de manera despiadada, se desencadenó el odio. Y murió de la forma siguiente:

Un invierno, la tierra estaba cubierta de nieve, y helaba horriblemente. Y su cufiado, una mañana, lo llevó muy lejos, a una carretera principal para obligarlo a pedir limosna. Lo dejó allí todo el día, y, cuando hubo venido la noche, afirmó ante sus criados que no lo había encontrado. Luego añadió: «¡Bah!, no hay que preocuparse; alguien se lo habrá llevado porque tenía frío. ¡Pardiez!, no se ha perdido. Seguro que vuelve mañana a comerse su sopa».

Al día siguiente, no volvió.

Tras largas horas de espera, asaltado por el frío, sintiéndose morir, el ciego había echado a andar. Como no podía reconocer la ruta sepultada bajo aquella espuma de hielo, había vagado al azar, cayendo en las cunetas, levantándose, siempre sin decir una palabra, buscando una casa.

Pero el entumecimiento de las nieves lo había ido invadiendo poco a poco y, al no poder seguir llevándole sus débiles piernas, se había sentado en medio de una llanura. No volvió a levantarse.

Los blancos copos que seguían cayendo lo sepultaron. Su cuerpo rígido desapareció bajo la incesante acumulación de su multitud infinita; y nada indicaba ya el lugar donde el cadáver estaba tendido.

Sus parientes fingieron hacer averiguaciones y buscarlo durante ocho días. Lloraron incluso.

El invierno era duro y el deshielo tardaba en llegar. Y un domingo, camino de misa, los granjeros observaron un gran revuelo de cuervos que daban vueltas sin fin sobre la llanura para luego dejarse caer como una lluvia negra, en montón, sobre el mismo sitio, alzar el vuelo y volver de nuevo.

A la semana siguiente, los sombríos pájaros aún seguían allí. El cielo traía una nube de ellos, como si se hubieran reunido desde todos los rincones del horizonte; y se dejaban caer con roncos graznidos en la nieve resplandeciente, que manchaban de forma extraña, y hurgaban con encarnizamiento.

Un chiquillo fue a ver lo que hacían, y descubrió el cuerpo del ciego, semidevorado ya, desgarrado. Sus ojos pálidos habían desaparecido, picoteados por los largos picos voraces.

Y nunca puedo sentir el vivo gozo de los días de sol sin un recuerdo triste y un pensamiento melancólico hacia el mendigo, tan desheredado en la vida que su muerte fue un alivio para cuantos lo habían conocido.

Magnetismo[30]

Ocurría al final de una cena de hombres solos, a la hora de los interminables puros y las incesantes copitas, entre el humo y el cálido embotamiento de las digestiones, en la ligera confusión de las cabezas después de tantas viandas y de tantos licores bebidos y mezclados.

Se vino a hablar del magnetismo, de los trucos de Donato[31] y de las experiencias del doctor Charcot[32]. De pronto, aquellos hombres escépticos, amables, indiferentes a toda religión, se pusieron a contar hechos extraños, historias increíbles pero ocurridas, según afirmaban, cayendo bruscamente en creencias supersticiosas, aferrándose a ese último resto de lo maravilloso, convertidos en devotos de ese misterio del magnetismo, defendiéndolo en nombre de la ciencia.

Solo uno sonreía, un vigoroso joven, gran mujeriego y cazador de mujeres, en quien una incredulidad hacia todo estaba tan fuertemente arraigada que ni siquiera admitía discusión.

Repetía, riéndose burlón: «¡Pamplinas! ¡Pamplinas! ¡Pamplinas! De Donato, que simplemente es un autor de trucos muy hábil, no vamos a discutir. En cuanto al señor Charcot, de quien se dice que es un sabio notable, me causa la misma impresión que esos cuentistas del tipo de Edgar Poe[33], que terminan volviéndose locos a fuerza de reflexionar sobre extraños casos de locura. Ha comprobado fenómenos nerviosos inexplicados y todavía inexplicables, avanza por lo desconocido que se explora a diario, y, como no siempre puede comprender lo que ve, quizá se acuerda demasiado de las explicaciones eclesiásticas de los misterios. Y además me gustaría oírle hablar: sería algo muy distinto de lo que ustedes repiten».

Hubo alrededor del incrédulo una especie de movimiento de piedad, como si hubiera blasfemado en una asamblea de monjes.

Uno de aquellos señores exclamó:

«Sin embargo, en otro tiempo hubo milagros».

Pero el otro respondió:

«Lo niego. ¿Por qué no iba a seguir habiéndolos?»

Entonces cada cual aportó un hecho, presentimientos fantásticos, comunicaciones de almas a través de amplios espacios, influencias secretas de un ser sobre otro. Y se afirmaban, se declaraban hechos indiscutibles, mientras el encarnizado negador repetía: «¡Pamplinas! ¡Pamplinas! ¡Pamplinas!»

*

Al final se levantó, tiró su puro y, con las manos en los bolsillos: «Pues bien, también yo voy a contarles dos historias, y luego se las explicaré. Ahí van»:

En el pueblecito de Étretat[34], los hombres, todos ellos marineros, van cada año al banco de Terranova a la pesca del bacalao. Y una noche, el hijo de uno de esos marineros se despertó sobresaltado gritando que su «pa había mueto en el ma». Calmaron al crío, que volvió a despertarse chillando que su «pa taba ahogao». Un mes después se conocía, en efecto, la muerte del padre arrebatado del puente por un golpe de mar. La viuda se acordó de aquellos despertares del niño. Se habló de milagro, todo el mundo se conmovió; se compararon las fechas, y se llegó a la conclusión de que accidente y sueño habían coincidido más o menos, de donde se dedujo que habían ocurrido la misma noche a la misma hora. Ahí tienen un misterio del magnetismo.

*

El narrador se interrumpió. Entonces, uno de los oyentes, muy emocionado, preguntó: «¿Y cómo lo explica usted?»

—Perfectamente, caballero, porque di con el secreto. El hecho me había sorprendido e incluso me había confundido; pero, verán, yo no creo por principio. Igual que otros empiezan por creer, yo empiezo por dudar; y cuando no comprendo nada, sigo negando toda comunicación telepática[35] de las almas, convencido de que mi sola capacidad de penetración es suficiente. Pues bien, busqué y busqué, y, a fuerza de interrogar a todas las mujeres de los marineros ausentes, terminé por convencerme de que no pasaban ocho días sin que una de ellas o uno de los hijos soñase anunciando al despertarse que el «pa taba mueto en el ma». El temor constante y terrible a ese accidente hace que siempre hablen de él, que piensen en él continuamente. Ahora bien,

si una de esas frecuentes predicciones coincide, por un azar muy simple, con una muerte, enseguida hablan de milagro, porque de repente olvidan todos los demás sueños, todos los demás presagios, todas las demás profecías de desgracia que han quedado sin confirmarse. Por lo que a mí se refiere, he examinado más de cincuenta cuyos autores ni siquiera las recordaban ocho días más tarde. Pero, si el hombre hubiera muerto, la memoria se habría despertado de inmediato, y habrían celebrado la intervención divina, según unos, del magnetismo, según otros.

Uno de los fumadores declaró:

«Es bastante justo lo que está usted diciendo, pero veamos su segunda historia.

—¡Oh!, mi segunda historia es muy delicada de contar. Me ocurrió a mí mismo, así que desconfío algo de mi propia apreciación. No se puede ser juez y parte equitativamente. Pero, en fin, aquí está»:

*

Entre mis amistades mundanas figuraba una señora en la que no pensaba en absoluto, a la que ni siquiera había mirado atentamente, en la que nunca había reparado, como suele decirse.

La tenía clasificada entre las insignificantes, aunque no fuese fea: en última instancia, me parecía que sus ojos, su nariz, su boca, sus cabellos eran como los de cualquier otra, toda una fisionomía apagada; era una de esas criaturas en las que el pensamiento sólo parece posarse por azar, sin poder detenerse, sobre las que el deseo no se lanza en modo alguno.

Pero una noche, cuando escribía unas cartas al amor de la lumbre antes de meterme en la cama, sentí en medio de ese desenfreno de ideas, de esa procesión de imágenes que rozan nuestro cerebro cuando nos quedamos unos minutos soñando despiertos, con la pluma levantada, una especie de leve soplo que pasaba por mi mente, un ligerísimo estremecimiento del corazón, e inmediatamente, sin motivo, sin ningún encadenamiento lógico de ideas, vi con toda claridad, vi como si la tocara, vi de los pies a la cabeza, y sin velo alguno, a esa mujer en la que nunca había pensado más de tres segundos seguidos, el tiempo justo para que su nombre cruzase por mi cabeza. Y de repente descubrí en ella un montón de cualidades que nunca había observado, un dulce encanto, un lánguido atractivo; despertó en mí esa especie de inquietud amorosa que nos incita a perseguir a una mujer. Pero no pensé mucho tiempo en ello. Me acosté, me dormí. Y soñé.

Todos ustedes han tenido esos sueños singulares, ¿no es cierto?, que les hacen dueños de lo imposible, que les abren puertas infranqueables, alegrías inesperadas, brazos impenetrables.

¿Quién de nosotros, en esos sueños turbados, nerviosos, jadeantes, no ha tenido, estrechada, acariciada, poseída con extraordinaria agudeza de sensación, a la que ocupaba nuestra mente? ¿Y no se han fijado en las sobrehumanas delicias que aportan estos éxitos galantes del sueño? ¡En qué embriagadores goces nos arrojan, con qué fogosos espasmos nos sacuden, y qué ternura infinita, acariciadora, penetrante infunden en nuestro corazón hacia la mujer que poseemos, desfallecida y cálida, en esa ilusión adorable y brutal que parece una realidad!

Todo esto lo sentí yo con una violencia inolvidable. Aquella mujer fue mía, tan mía que la tibia dulzura de su piel perduraba en mis dedos, el olor de su piel perduraba en mi cerebro, el gusto de sus besos perduraba en mis labios, el sonido de su voz perduraba en mis oídos, el círculo de su abrazo alrededor de mi cintura, y el ardiente encanto de su ternura en toda mi persona, mucho tiempo después de mi exquisito y decepcionante despertar.

Y tres veces se renovó el sueño esa misma noche.

Y ya de día, me obsesionaba, me poseía, me atormentaba la cabeza y los sentidos, hasta el punto de que no podía permanecer un segundo sin pensar en ella.

Al final, sin saber qué hacer, me vestí y fui a verla. En su escalera estaba tan emocionado que temblaba, mi corazón palpitaba: un deseo vehemente me invadía de la cabeza a los pies.

Entré. Ella se levantó de un salto al oír pronunciar mi nombre; y de repente nuestros ojos se cruzaron con sorprendente fijeza. Me senté.

Balbucí algunas trivialidades que ella no parecía escuchar en absoluto. Yo no sabía qué decir ni qué hacer; entonces, bruscamente, me arrojé sobre ella estrechándola en mis brazos con todas mis fuerzas, y todo mi sueño se cumplió tan rápida, tan fácil, tan locamente que de pronto dudé de si estaba despierto… Durante dos años fue mi amante…

«¿Qué concluye usted de eso?», dijo una voz.

El narrador parecía vacilar.

«Concluyo… concluyo que fue una coincidencia, ¡por supuesto! Además, ¿quién sabe? ¡Quizá fue una mirada suya que yo no había notado y que esa noche me vino por una de esas misteriosas e inconscientes evocaciones de la memoria que a menudo nos representan cosas que nuestra conciencia ha descuidado, que pasaron desapercibidas ante nuestra inteligencia!

—Todo lo que usted quiera, concluyó un comensal, pero si después de eso no cree en el magnetismo, ¡es usted un ingrato, mi querido señor!»

Un hijo[36]

A René Maizeroy[37]

Paseaban los dos viejos amigos por el jardín florido donde la alegre primavera removía la vida.

Uno era senador, y el otro de la Academia Francesa, serios ambos, llenos de razonamientos muy lógicos, aunque solemnes, gente notable y reputada.

Primero charlaron de política, intercambiando pensamientos, no sobre las Ideas, sino sobre los hombres: en esta materia, las personalidades priman siempre sobre la Razón. Luego evocaron algunos recuerdos, muy aplacados por la tibieza del aire.

Un gran macizo de alhelíes exhalaba aromas dulces y delicados; un montón de flores de todas clases y matices lanzaban sus aromas a la brisa, mientras un cítiso, vestido de racimos amarillos, desparramaba al viento su fino polvo, un humo de oro que olía a piel y que llevaba, como los polvos acariciadores de los perfumistas, su semilla embalsamada a través del espacio.

El senador se detuvo, aspiró la nube fecundante que flotaba, contempló el árbol amoroso que resplandecía como un sol y cuyos gérmenes volaban. Y dijo: «Y pensar que estos imperceptibles átomos que huelen tan bien van a crear existencias a cientos de leguas de aquí, van a hacer estremecerse las fibras y las savias de los árboles hembras y a producir seres con raíces, que nacen de un germen como nosotros, mortales como nosotros, y que serán reemplazados por otros seres de la misma esencia, ¡siempre como nosotros!»

Luego, plantado ante el radiante cítiso cuyos vivificantes perfumes se desprendían con el mínimo temblor del aire, el señor senador añadió: «¡Ah!, amigo mío, si tuvieras que llevar la cuenta de tus hijos, en buen apuro te verías. Ahí tienes uno que los hace fácilmente, que los abandona sin remordimientos, y que apenas se preocupa de ellos».

El académico añadió: «Nosotros hacemos otro tanto, amigo mío».

El senador continuó: «Sí, no lo niego, a veces los abandonamos, pero al menos lo sabemos, y en eso radica nuestra superioridad».

Pero el otro meneó la cabeza: «No, no me refiero a eso; como ve, querido amigo, casi no hay hombre que no tenga hijos ignorados, esos hijos llamados de padre desconocido[38], que hizo, igual que se reproduce ese árbol, casi inconscientemente.

»Si hubiera que hacer la cuenta de las mujeres que hemos tenido, ¿no es verdad que nos veríamos en el mismo aprieto en que se vería este cítiso, al que usted interpelaba, para enumerar a sus descendientes?

»En fin, de los dieciocho a los cuarenta, si contamos los encuentros pasajeros, los contactos de una hora, bien podemos admitir que hemos tenido… relaciones íntimas con doscientas o trescientas mujeres.

»En ese número, amigo mío, ¿está usted seguro de que no fecundó a una por lo menos, y de que no tiene en el arroyo, o en presidio, a un bribón de hijo que roba y asesina a la gente honrada, es decir, a nosotros; o bien a una hija en algún lugar de mala nota; o quizá, si ha tenido la suerte de ser abandonada por su madre, de cocinera en alguna familia?

»Piense usted, además, que casi todas las mujeres que llamamos públicas poseen uno o dos hijos cuyo padre ellas desconocen, hijos atrapados en el azar de sus polvos a diez o veinte francos. En todo oficio se distinguen pérdidas y ganancias. Y esos retoños constituyen las “pérdidas” de su profesión. ¿Quiénes los engendraron? — Usted, — yo, — todos los hombres, los hombres llamados de bien. Ésos son los resultados de nuestras divertidas cenas de amigos, de nuestras noches de alegría, de esas horas en que nuestra carne contenta nos empuja a relaciones de ocasión.

»Los ladrones, los merodeadores, todos los miserables, en fin, son hijos nuestros. Y para nosotros es preferible eso a que fuéramos hijos suyos, ¡porque esos pillos también se reproducen!

»Mire, por lo que a mí se refiere, tengo sobre la conciencia una historia absolutamente despreciable que quiero contarle. Para mí supone un remordimiento incesante, más que eso, es una duda continua, una desapacible incertidumbre que, a veces, me tortura horriblemente».

*

A la edad de veinticinco años emprendí con uno de mis amigos, en la actualidad consejero de Estado, un viaje por Bretaña, a pie[39].

Después de quince o veinte enloquecidos días de marcha, después de haber visitado Cotes-du-Nord y una parte del Finistère, llegamos a Douarnenez; desde ahí, en una etapa se llega a la salvaje punta del Raz por la bahía de los Trépassés[40], y se duerme en un pueblo cualquiera cuyo nombre terminaba en of; pero, al llegar la mañana, una extraña fatiga retuvo en el lecho a mi compañero. Digo lecho por costumbre, porque nuestra yacija estaba formada simplemente por dos haces de paja.

Imposible estar enfermo en aquel lugar. Le obligué pues a levantarse y llegamos a Audierne a eso de las cuatro o las cinco de la tarde.

Al día siguiente, ya se encontraba algo mejor; volvimos a ponernos en marcha, pero en el camino fue presa de malestares intolerables, y a duras penas pudimos llegar a Pont-Labbé[41].

Allí por lo menos teníamos una posada. Mi amigo se acostó, y el médico, al que se hizo venir de Quimper, confirmó una alta fiebre, sin especificar su naturaleza.

¿Conoce usted Pont-Labbé? — No. — Pues bien, es la ciudad más bretona de toda esa Bretaña bretonante que va de la punta del Raz al Morbihan, de esa comarca que contiene la esencia de las costumbres, de las leyendas, de las costumbres bretonas. Todavía hoy, ese rincón del país casi no ha cambiado. Digo: todavía hoy, porque por desgracia ahora vuelvo allí todos los años.

Un viejo castillo baña el pie de sus torres en un gran estanque triste, triste, con vuelos de aves salvajes. De él sale un río que los barcos de cabotaje pueden remontar hasta la ciudad. Y en las estrechas calles de casas antiguas los hombres siguen llevando el gran sombrero, el chaleco bordado y las cuatro chaquetas superpuestas; la primera, del tamaño de la mano, cubre a lo sumo los omóplatos, y la última se detiene justo encima del fondillo de los pantalones.

A las jóvenes, altas, bellas, lozanas, les aplasta el pecho un chaleco de paño que forma coraza, las oprime, no dejando siquiera adivinar sus pechos poderosos y martirizados; y van tocadas de manera extraña: en las sienes, dos placas bordadas de color enmarcan el rostro, sujetan el pelo que cae en capas por detrás de la cabeza, luego sube para amontonarse en lo alto del cráneo bajo un singular gorro, tejido muchas veces con oro o plata.

La criada de nuestra posada tenía a lo sumo dieciocho años, unos ojos muy azules, de un azul pálido que agujereaban los dos puntitos negros de la pupila; y sus dientes pequeños, apretados, que mostraba continuamente al reír, parecían hechos para triturar granito.

No sabía una palabra de francés, porque sólo hablaba el bretón, como la mayoría de sus compatriotas.

Y como mi amigo no mejoraba, y aunque no se declarase ninguna enfermedad, el médico le prohibió marcharse todavía, prescribiéndole un reposo completo. Así pues, me pasaba los días a su lado, y la criadita entraba constantemente trayendo o mi cena o tisanas.

Yo le gastaba algunas bromas, cosa que parecía divertirle, pero no hablábamos, como es lógico, ya que no nos entendíamos.

Pero una noche, como me había quedado hasta muy tarde junto al enfermo, me crucé, al volver a mi cuarto, con la chiquilla que entraba en el suyo. Era justo delante de mi puerta abierta; entonces, bruscamente, sin pensar lo que hacía, más por broma que por otra cosa, la cogí por la cintura y, antes de que ella se hubiera recuperado de su estupor, la había lanzado a mi cuarto, que cerré. Me miraba asustada, enloquecida, espantada, sin atreverse a gritar por miedo a un escándalo, a ser despedida, sin duda, primero por sus amos, y luego a ser echada quizá de casa por su padre.

Yo lo había hecho por broma; pero, en cuanto estuvo en mi cuarto, me dominó el deseo de poseerla. Fue una lucha larga y silenciosa, una lucha cuerpo a cuerpo, a la manera de los atletas, con los brazos tensos, retorcidos, la respiración jadeante, la piel mojada de sudor. ¡Oh!, ella se debatió con mucha valentía; y a veces chocábamos contra un mueble, un tabique, una silla; entonces, permaneciendo enlazados, nos quedábamos inmóviles varios segundos por temor a que el ruido hubiera despertado a alguien; después volvíamos a empezar nuestra encarnizada batalla, yo atacándola, ella resistiéndose.

Agotada al fin, cayó; y la tomé brutalmente, en el suelo, sobre el pavimento.

En cuanto se levantó, corrió a la puerta, descorrió los cerrojos y huyó.

Apenas tropecé con ella los días siguientes. No me dejaba acercarme. Luego, como mi compañero estaba curado y debíamos proseguir nuestro viaje, la víspera de mi marcha la vi entrar a medianoche, descalza y en camisón, en mi cuarto, adonde yo acababa de retirarme.

Se arrojó en mis brazos, me estrechó apasionadamente; luego, hasta el amanecer, me abrazó, me acarició, llorando, sollozando, dándome en fin todas las seguridades de ternura y desesperación que una mujer puede darnos cuando no sabe una palabra de nuestra lengua.

Ocho días más tarde, yo había olvidado esa aventura, común y frecuente cuando se viaja, pues las criadas de posada están destinadas por lo general a

entretener así a los viajeros.

Y durante treinta años no pensé ni volví a Pont-Labbé.

Pero en 1876 volví allí por casualidad durante una excursión por Bretaña, emprendida para documentar un libro y para impregnarme bien de los paisajes.

Nada me pareció cambiado. El castillo seguía mojando sus muros grisáceos en el estanque, a la entrada de la pequeña villa; y la posada era la misma, aunque reparada, renovada, con un aire más moderno. Al entrar fui recibido por dos jóvenes bretonas de dieciocho años, lozanas y amables, acorazadas en su estrecho chaleco de trapo, con cascos de plata con las grandes placas bordadas en las orejas.

Eran poco más o menos las seis de la tarde. Me puse a la mesa para cenar y, como el patrón se empeñaba en servirme en persona, sin duda la fatalidad me hizo decir: «¿Conoció usted a los antiguos dueños de esta casa? Pasé aquí una decena de días hace ahora treinta años. Le hablo de hace mucho».

Él respondió: «Eran mis padres, señor».

Entonces le conté en qué ocasión lo había hecho, cómo me había visto retenido por la indisposición de un compañero. No me dejó acabar.

«¡Oh!, me acuerdo perfectamente. Yo tenía quince o dieciséis años. Usted se acostaba en el cuarto del fondo y su amigo en la habitación que he convertido en la mía, que da a la calle».

Sólo entonces volvió a mí el recuerdo vivísimo de la criadita. Pregunté: «¿Se acuerda de una amable sirvienta que tenía entonces su padre, y que tenía, si mi memoria no me falla, unos preciosos ojos azules y unos dientes frescos?»

Él replicó: «Sí, señor, murió de parto algún tiempo después».

Y extendiendo la mano hacia el patio donde un hombre delgado y cojo removía el estiércol, añadió: «Ése es su hijo».

Me eché a reír. «No es nada guapo y apenas se parece a su madre. Habrá salido al padre sin duda».

El posadero contestó: «Podría ser; pero nunca se ha sabido quién era. Murió sin decirlo y aquí nadie le conocía novio. Todos se asombraron mucho cuando se supo que estaba encinta. Nadie quería creerlo».

Sentí una especie de escalofrío desagradable, uno de esos roces penosos que nos conmueven el corazón, como ante la proximidad de un gran dolor. Y miré al hombre del patio. En ese momento acababa de sacar el agua para los caballos y llevaba sus dos cubos cojeando, con un doloroso esfuerzo de la

pierna más corta. Iba en harapos, horriblemente sucio, con unos largos cabellos amarillos tan revueltos que le caían como cuerdas sobre las mejillas.

El posadero añadió: «No vale gran cosa, lo conservamos en la casa por caridad. Quizá habría salido mejor si le hubieran educado como todo el mundo. Pero ¿qué quiere, señor? ¡Sin padre, sin madre, sin dinero! Mis padres tuvieron lástima del niño, pero no era cosa suya, como comprenderá».

Yo no dije nada.

Y me acosté en mi antiguo cuarto; y toda la noche pensé en aquel horrendo mozo de cuadra repitiendo: «¿Y si fuera mi hijo? ¿Habré podido yo matar a aquella chica y procrear este ser?» En fin, ¡era imposible!

Decidí hablar con aquel hombre y conocer exactamente su fecha de nacimiento. Una diferencia de dos meses debía eliminar mis dudas.

Mandé llamarlo al día siguiente. Pero tampoco hablaba francés. Parecía, además, no comprender nada, ignorando absolutamente su edad, que una de las criadas le preguntó de mi parte. Y permanecía delante de mí con aire idiota, dando vueltas al sombrero entre sus manazas nudosas y repugnantes, riendo de manera estúpida, con algo de la risa antigua de la madre en la comisura de los labios y en el rabillo de los ojos.

Pero el patrón, que llegó, fue a buscar el acta de nacimiento del miserable. Había entrado en la vida ocho meses y veintiséis días después de mi paso por Pont-Labbé, porque recordaba perfectamente haber llegado a Lorient el 15 de agosto. El acta llevaba la mención: «Padre desconocido». La madre se había llamado Jeanne Kerradec.

Entonces mi corazón se puso a latir de manera apresurada. No podía hablar de lo sofocado que me sentía; y miraba a aquel bruto cuyos largos cabellos amarillos parecían un estiércol más sórdido que el de los animales; y el bribón, molesto por mi mirada, dejaba de reír, volvía la cabeza, trataba de irse.

Todo el día vagué por las orillas del riachuelo, reflexionando dolorosamente. Pero ¿para qué reflexionar? Nada me permitía saber a qué atenerme. Durante horas y horas sopesé todas las razones buenas y malas en pro o en contra de mis posibilidades de paternidad, exasperándome con suposiciones inextricables, para volver continuamente a la misma incertidumbre horrible, luego a la convicción más atroz todavía de que aquel hombre era hijo mío.

No pude cenar y me retiré a mi cuarto. Estuve mucho tiempo sin conseguir dormirme; luego llegó el sueño, un sueño atormentado por visiones insoportables. Veía a aquel patán que se me reía en las narices, me llamaba

«papá»; luego se convertía en perro y me mordía las pantorrillas, y, por más que huyera, él me seguía siempre, y en lugar de ladrar hablaba, me injuriaba; luego comparecía ante mis colegas de la Academia reunidos para decidir si yo era su padre; y uno de ellos exclamaba: «¡Es indubitable! Mirad cómo se le parece». Y en efecto, me daba cuenta de que aquel monstruo se parecía a mí. Y me despertaba con esa idea plantada en el cráneo y con el deseo loco de ver de nuevo al hombre para decidir si teníamos rasgos comunes o no los teníamos.

Lo alcancé cuando él iba a misa (era domingo) y le di cien *sous* mientras lo escrutaba ansiosamente. Él volvió a reírse de una forma innoble, cogió el dinero, luego, otra vez molesto por mi mirada, escapó después de haber farfullado una palabra casi inarticulada, que sin duda quería decir «gracias».

La jornada transcurrió para mí en medio de las mismas angustias que la víspera. Al atardecer mandé llamar al posadero, y con muchas precauciones, habilidades y sutilezas, le dije que me interesaba por aquella pobre criatura tan abandonada por todos y privada de todo, y que quería hacer algo por él.

Pero aquel hombre replicó: «¡Oh!, ni se le ocurra, señor, no vale nada, sólo tendría disgustos. Yo lo empleo para vaciar la cuadra, y es cuanto puede hacer. A cambio le doy de comer y se acuesta con los caballos. No necesita más. Si usted tiene unos pantalones viejos, déselos, pero estarán hechos pedazos dentro de ocho días».

No insistí, reservándome tomar una decisión.

El granuja volvió por la noche horriblemente borracho, estuvo a punto de pegar fuego a la casa, mató un caballo a golpes de azadón y, por último, se durmió en el barro bajo la lluvia gracias a mi generosidad.

Al día siguiente se me rogó que no volviera a darle dinero. El aguardiente lo ponía furioso y, en cuanto tenía dos *sous* en el bolsillo, se los bebía. El posadero añadió: «Darle dinero es querer su muerte». Aquel hombre no lo había tenido nunca, absolutamente nunca, salvo algunos céntimos que le arrojaban los viajeros, y no conocía más destino para ese metal que la taberna.

Entonces pasé horas en mi cuarto, con un libro abierto que fingía leer, pero sin hacer otra cosa que contemplar a aquel bruto, ¡mi hijo!, ¡mi hijo!, tratando de descubrir si tenía algo mío. A fuerza de buscar creí reconocer unas líneas semejantes en la frente y en el nacimiento de la nariz, y no tardé en convencerme de un parecido que disimulaban la diferente indumentaria y la horrenda pelambrera del hombre.

Pero como no podía quedarme más tiempo sin resultar sospechoso, me marché, con el corazón destrozado, después de haber dejado al posadero

algún dinero para dulcificar la existencia de su criado.

Y desde hace seis años vivo con ese pensamiento, con esa horrible incertidumbre, con esa duda abominable. Y cada año una fuerza invencible me lleva a Pont-Labbé. Cada año me condeno al suplicio de ver a ese bruto chapoteando en su estiércol, de imaginarme que se me parece, de tratar, siempre inútilmente, de ser caritativo con él. Y cada año regreso aquí, más indeciso, más torturado, más ansioso.

He tratado de hacer que lo instruyan. Es idiota sin remedio.

He tratado de hacerle menos penosa la vida. Es irremediablemente borracho y emplea en bebida todo el dinero que le dan; y sabe vender muy bien sus ropas nuevas para conseguir aguardiente.

He tratado de apiadar a su patrón para que lo trate mejor, siempre ofreciéndole dinero. El posadero, que ha terminado sorprendiéndose, me respondió muy prudentemente: «Cuanto haga por él, señor, sólo servirá para perderle. Hay que tenerlo como a un prisionero. En cuanto dispone de tiempo o de bienestar, se vuelve malvado. Si usted quiere hacer el bien, no faltan niños abandonados, pero elija uno que responda a su pena».

¿Qué decir a esto?

Y si dejara traslucir una sospecha de las dudas que me torturan, ese cretino se volvería malo para explotarme, para comprometerme, para perderme. Me gritaría «papá» como en mi sueño.

Y me digo que maté a la madre y perdí a ese ser atrofiado, larva de cuadra, brotado y crecido en el estiércol, a ese hombre que, criado como otros, se habría parecido a los otros.

Y no se figura usted la sensación extraña, confusa e intolerable que siento frente a él, pensando que eso ha salido de mí, que está unido a mí por ese lazo íntimo que ata el hijo al padre, que gracias a las terribles leyes de la herencia es otro yo por mil cosas, por su sangre y por su carne, y que tiene hasta los mismos gérmenes de enfermedades, hasta los mismos fermentos de pasiones.

Y sin cesar siento una desapacible y dolorosa necesidad de verlo; y su vista me hace sufrir horriblemente; y desde mi ventana, allá lejos, lo contemplo horas y horas removiendo y acarreando los excrementos de los animales, repitiéndome: «Es mi hijo».

Y a veces siento unas ganas intolerables de abrazarlo. Nunca he tocado siquiera su sórdida mano.

*

El académico se calló, Y su compañero, el político, murmuró: «Sí, realmente deberíamos ocuparnos algo más de los niños que no tienen padre»[42].

Y una ráfaga de viento que atravesó el gran árbol amarillo sacudió sus racimos, envolvió en una nube olorosa y fina a los dos viejos que la respiraron a bocanadas.

Y el senador añadió: «Es realmente magnífico tener veinticinco años, e incluso hacer hijos así».

Un bandido corso[43]

El camino ascendía suavemente en medio del bosque de Aïtone[44]. Los desmesurados abetos desplegaban sobre nuestras cabezas una bóveda quejumbrosa y lanzaban una especie de lamento continuo y triste, mientras que, tanto a derecha como a izquierda, sus troncos delgados y rectos semejaban un ejército de tubos de órgano de donde parecía salir aquella música monótona del viento en las cimas.

Al cabo de tres horas de marcha, la infinidad de aquellos largos fustes enredados se aclaró; de trecho en trecho, un gigantesco pino piñonero separado del resto, abierto como una sombrilla enorme, desplegaba su copa de un verde sombrío; luego, de pronto, alcanzamos el límite del bosque unos cien metros por debajo del desfiladero que lleva al salvaje valle del Niolo[45].

En las dos esbeltas cumbres que dominan este paso, algunos viejos árboles disformes parecen haber subido penosamente, como exploradores enviados por delante de la multitud apiñada detrás. Al volvernos, vimos todo el bosque, extendido a nuestros pies, semejante a una inmensa cubeta de verdor cuyos bordes, que parecían tocar el cielo, estaban hechos de rocas desnudas que lo cerraban por todas partes.

Volvimos a ponernos en marcha, y diez minutos más tarde alcanzamos el desfiladero.

Entonces divisé una región sorprendente. Más allá de otro bosque, un valle, pero un valle como yo no lo había visto nunca, una soledad de piedra de dos leguas de larga, excavada entre montañas de dos mil metros de altura y sin un campo ni un árbol a la vista. Es el Niolo, la patria de la libertad corsa, la ciudadela inaccesible de donde nunca los invasores pudieron expulsar a los montañeses.

Mi compañero me dijo: «También es ahí donde se han refugiado todos nuestros bandidos.»

Ni una hierba, ni una planta: granito, nada más que granito; hasta donde alcanzaba la vista, delante de nosotros, un desierto de granito resplandeciente, calentado como un horno por un sol furioso que parece suspendido

expresamente encima de aquella garganta de piedra. Cuando se alzan los ojos hacia las crestas, uno se detiene deslumbrado y estupefacto. Parecen rojas y dentadas como festones de coral, porque todas las cimas son de pórfiro; y por encima el cielo parece violeta, lila, descolorido por la vecindad de aquellas extrañas montañas. Más abajo el granito es de un gris centelleante, y bajo nuestros pies parece raspado, molido; caminamos sobre polvo reluciente. A nuestra derecha, en una larga y tortuosa rodada, brama y corre un tumultuoso torrente. Y uno se tambalea bajo ese calor, en esa luz, en ese valle ardiente, árido, salvaje, cortado por ese barranco de agua turbulenta que parece apresurarse a huir, impotente para fecundar aquellas rocas, perdido en ese horno que la bebe con avidez sin ser penetrado y refrescado nunca por ella.

Pero de pronto apareció a nuestra derecha una pequeña cruz de madera hundida en un montoncito de piedras. Un hombre había sido muerto allí, y le dije a mi compañero:

«Hábleme, pues, de sus bandidos.»

Él me contestó:

«Conocí al más célebre, el terrible Sainte-Lucie, le contaré su historia.

*

Su padre había muerto en una reyerta a manos de un joven de la misma región, según decían; y Sainte-Lucie se había quedado solo con su hermana. Era un muchacho débil y tímido, pequeño, enfermizo, sin ninguna energía. No declaró la *vendetta* al asesino de su padre. Todos sus parientes fueron a verlo, le suplicaron que se vengase; él permanecía sordo a sus amenazas y a sus súplicas.

Entonces, siguiendo la vieja costumbre corsa, su hermana, indignada, lo despojó de su ropa negra para que no llevase luto por un muerto que había quedado sin venganza. Él permaneció insensible incluso a ese ultraje, y, en vez de descolgar la escopeta todavía cargada de su padre, se encerró en casa, no volvió a salir, sin atreverse a desafiar las miradas desdeñosas de los muchachos de la región.

Pasaron los meses. Parecía haber olvidado incluso el crimen y vivía con su hermana en el fondo de su casa.

Y un buen día, aquel de quien se sospechaba que era el asesino se casó. Sainte-Lucie no pareció afectado por la noticia; pero, sin duda para desafiarlo, el novio pasó, camino de la iglesia, por delante de la casa de los dos huérfanos.

El hermano y la hermana, asomados a la ventana, comían unos pastelillos fritos cuando el joven vio la boda que desfilaba delante de su casa. De pronto se echó a temblar, se levantó sin decir una palabra, se santiguó, cogió la escopeta colgada en el hogar, y salió.

Cuando más tarde hablaba de esto, decía: «No sé qué me pasó; fue una especie de calor en la sangre; sentí que tenía que hacerlo; que, pese a todo, no podría resistir, y fui a esconder la escopeta en el monte bajo del camino de Corte.»

Una hora después regresaba con las manos vacías, con su aspecto habitual, triste y fatigado. Su hermana creyó que ya no pensaba en nada.

Pero al caer la noche desapareció.

Esa misma noche su enemigo debía dirigirse a pie a Corte con sus dos testigos de boda.

Avanzaban por el camino cantando cuando Sainte-Lucie se plantó delante de ellos y, mirando de frente al asesino, gritó: «¡Ha llegado tu hora!»; luego, a quemarropa, le reventó el pecho.

Uno de los padrinos huyó, el otro miraba al joven repitiendo: «¿Qué has hecho, Sainte-Lucie?»

Después quiso correr a Corte para buscar ayuda. Pero Sainte-Lucie le gritó: «Si das un paso más, te rompo la pierna.» El otro, sabiéndole tan tímido hasta entonces, le dijo: «¡No te atreverías!», y echó a correr. Pero cayó enseguida, con el muslo destrozado por una bala.

Y Sainte-Lucie, acercándose a él, dijo: «Te miraré la herida; si no es grave, te dejaré ahí; si es mortal, te remataré.»

Examinó la herida, la juzgó mortal, recargó lentamente su escopeta, invitó al herido a decir una oración, luego le voló los sesos.

Al día siguiente estaba en la montaña.

¿Y sabe usted lo que hizo luego este Sainte-Lucie?

Toda su familia fue detenida por los gendarmes. Hasta su tío párroco, sospechoso de haberlo incitado a la venganza, fue encarcelado y acusado por los parientes del muerto. Pero escapó, cogió a su vez una escopeta y se unió a su sobrino en el monte.

Entonces Sainte-Lucie mató, uno tras otro, a los que habían acusado a su tío, y les arrancó los ojos para enseñar a los otros a no afirmar nunca lo que no habían visto con sus ojos.

Mató a todos los parientes, a todos los aliados de la familia enemiga. A lo largo de su vida dio muerte a catorce gendarmes, incendió las casas de sus

adversarios y fue, hasta su muerte, el más terrible de los bandidos de que se tiene memoria.

*

El sol desaparecía detrás del monte Cinto y la gran sombra de la montaña de granito se recostaba sobre el granito del valle. Apretamos el paso para llegar antes de la noche a la pequeña aldea de Albertacce, especie de montón de piedras pegadas a los costados de piedra de la garganta salvaje. Y pensando en el bandido, dije: «¡Qué terrible costumbre la de vuestra *vendetta*!»

Mi compañero respondió con resignación: «¿Qué quiere usted? ¡Cada cual ha de cumplir con su deber!»

Sueños[46]

Sucedía tras una comida de amigos, de viejos amigos. Eran cinco: un escritor, un médico y tres solteros ricos sin profesión.

Habían hablado ya de todo y llegaba el hastío, ese hastío que precede y decide las despedidas después de las fiestas. Uno de los comensales, que desde hacía cinco minutos contemplaba en silencio el bulevar invadido por el gentío, punteado por mecheros de gas y ruidoso, dijo de pronto:

«¡Qué largos son los días cuando no se hace nada de la mañana a la noche!

—Y las noches también —añadió su vecino—. Apenas duermo, los placeres me cansan, las conversaciones siempre son las mismas; nunca encuentro una idea nueva, y antes de hablar con quien sea experimento un furioso deseo de no decir nada ni oír nada. No sé qué hacer con mis veladas.»

Y el tercer desocupado proclamó:

«Pagaría a cualquier precio una manera de pasar aunque sólo sea dos horas agradables cada día.»

En ese momento se acercó el escritor, que acababa de ponerse el gabán sobre el brazo.

«El hombre que descubriera un vicio nuevo —dijo—, y lo ofreciese a sus semejantes, aunque acortara la mitad de la vida, rendiría a la humanidad un servicio mayor que quien encontrase el medio de asegurar la eterna salud y la eterna juventud.»

El médico se echó a reír y, mientras masticaba un puro, repuso:

«Estoy de acuerdo, pero eso no se descubre así como así. Y cuidado que se ha buscado y trabajado con afán el asunto desde que el mundo existe. Los primeros hombres llegaron de un golpe a la perfección en ese género. Nosotros apenas conseguimos igualarlos.»

Uno de los tres desocupados murmuró:

«¡Qué lástima!»

Y al cabo de un minuto añadió:

«Si al menos uno pudiera dormir, dormir bien sin tener calor ni frío, dormir con ese anonadamiento de las noches de gran fatiga, dormir sin sueños…

—¿Por qué sin sueños?», preguntó el vecino.

El otro respondió:

«Porque los sueños no siempre son agradables, y porque siempre son extraños, inverosímiles y deslavazados; y porque, al dormir, ni siquiera podemos saborear los mejores a nuestro gusto. Hay que soñar despierto.

—¿Quién se lo impide?», preguntó el escritor.

El médico tiró el puro.

«Querido amigo, para soñar despierto se necesita un gran poder y un gran esfuerzo de voluntad, y de ello resulta por tanto una fatiga enorme. El verdadero sueño, ese paseo de nuestro pensamiento por visiones encantadoras, es probablemente lo más delicioso que hay en el mundo; pero ha de venir de forma natural; no puede ser provocado mediante esfuerzos penosos, y ha de llegar acompañado de un bienestar absoluto del cuerpo. Yo puedo ofrecerles a ustedes ese sueño, a condición de que me prometan no abusar.»

El escritor se encogió de hombros:

«¡Ay, sí, ya sé, el hachís, el opio, la confitura verde, los paraísos artificiales! He leído a Baudelaire[47], e incluso he probado la famosa droga, que me puso muy enfermo.»

Pero el médico se había sentado:

«No, el éter, nada más que el éter, y añado que ustedes los literatos deberían utilizarlo a veces.»

Los tres ricos se aproximaron. Uno pidió:

«Explíquenos pues los efectos.»

Y el médico prosiguió:

*

Dejemos a un lado las grandes palabras, ¿de acuerdo? No hablo de medicina ni de moral, hablo de placer. Ustedes se entregan todos los días a excesos que devoran su vida. Quiero indicarles una sensación nueva, sólo posible para hombres inteligentes, incluso sólo para muy inteligentes, peligrosa como todo lo que sobreexcita nuestros órganos, pero exquisita. He de añadir que necesitarán ustedes cierta preparación, es decir, cierto hábito, para sentir en toda su plenitud los singulares efectos del éter.

Son diferentes de los efectos del hachís, de los efectos del opio y de la morfina; y cesan en el instante en que se interrumpe la absorción del medicamento, mientras que los demás productores de ensoñaciones prosiguen con su efecto durante horas.

Voy a tratar de analizar del modo más nítido posible lo que se siente. Pero no es cosa fácil, porque esas sensaciones son delicadas, casi imperceptibles.

Yo he utilizado ese remedio, del que tal vez haya abusado algo después, para contrarrestar unas neuralgias violentas.

Sufría vivos dolores en la cabeza y el cuello, y un insoportable calor en la piel, una inquietud febril. Cogí un gran frasco de éter y, tras tumbarme, empecé a aspirarlo lentamente.

Al cabo de unos minutos creí oír un vago murmullo que pronto se convirtió en una especie de zumbido, y me parecía que todo el interior de mi cuerpo se tornaba ligero, ligero como el aire, que se vaporizaba.

Luego sobrevino una especie de torpor del alma, de bienestar somnoliento, a pesar de la persistencia de los dolores, que, sin embargo, dejaban de ser penosos. Era uno de esos sufrimientos que uno consiente soportar, y no esos desgarramientos horribles contra los que protesta nuestro cuerpo torturado.

La extraña y deliciosa sensación de vacío que tenía en el pecho no tardó mucho en extenderse y alcanzar los miembros, que a su vez se volvieron ligeros, ligeros como si la carne y los huesos se hubieran fundido y sólo quedase la piel, la piel necesaria para hacerme sentir el dolor de vivir, de estar tumbado en aquel bienestar. Entonces me di cuenta de que ya no sufría. El dolor se había ido, también se había fundido, se había evaporado. Y oí voces, cuatro voces, dos diálogos, sin comprender nada de las palabras. Unas veces sólo eran sonidos indistintos, otras me llegaba una frase suelta. Pero reconocí que simplemente eran los zumbidos acentuados de mis oídos. No dormía, estaba en vela; comprendía, sentía, razonaba con una nitidez, una profundidad y una potencia extraordinarias, y de esa multiplicación de mis facultades mentales nacía una alegría de espíritu y una embriaguez extraña.

Aquél no era el sueño del hachís, ni las visiones algo enfermizas del opio; era una agudeza prodigiosa de raciocinio, una nueva manera de ver, de juzgar y de apreciar las cosas de la vida, y con la certeza y la conciencia absoluta de que aquella manera era la auténtica.

Y la vieja imagen de la Escritura me vino de súbito al pensamiento. Me parecía que había comido del árbol de la ciencia, que todos los misterios apartaban su velo; así me encontraba dominado por una lógica nueva, extraña

e irrefutable. Y en tropel acudían a mi mente argumentos, razonamientos y pruebas que inmediatamente eran destrozados por una prueba, un razonamiento y un argumento más fuerte. Mi cabeza se había convertido en campo de batalla de ideas. Yo era un ser superior, armado de una inteligencia invencible, y saboreaba un goce prodigioso al constatar mi poder…

Esto duró mucho tiempo, mucho. Seguía respirando por el orificio de mi frasco de éter. De pronto me di cuenta de que estaba vacío. Y sentí por ello una pena espantosa.

*

Los cuatro hombres preguntaron al mismo tiempo:
«Doctor, deprisa, una receta para un litro de éter.»
Pero el médico se puso el sombrero y respondió:
«Eso sí que no. ¡Para que los envenenen, búsquense a otros!»
Y se fue.
Señoras y caballeros, si el corazón se lo dice…

Confesiones de una mujer[48]

Me ha pedido usted, amigo mío, que le cuente los recuerdos más vivos de mi existencia. Soy muy vieja, no tengo parientes ni hijos; soy por tanto libre de confesarme a usted. Prométame sólo que nunca revelará mi nombre.

Fui muy querida, ya lo sabe usted; también yo quise a menudo. Era muy hermosa; puedo decirlo hoy que ya no queda nada. El amor era para mí la vida del alma como el aire es la vida del cuerpo. Hubiera preferido la muerte a una vida sin ternura, sin un pensamiento siempre unido a mí. Con frecuencia las mujeres pretenden no amar más que una sola vez con todo el poder de su corazón; a mí muchas veces me ocurrió querer con tanta violencia que me parecía imposible el final de aquellos arrebatos. Y sin embargo, siempre terminaban extinguiéndose de una forma natural, como una lumbre falta de leña.

Hoy le contaré la primera de mis aventuras, en la que fui muy inocente, pero que determinó las demás.

La horrible venganza de ese espantoso boticario de Pecq[49] me ha recordado el horrendo drama al que asistí muy a mi pesar.

Estaba casada desde hacía un año con un hombre rico, el conde Hervé de Ker…, un bretón de vieja cepa, al que no amaba en absoluto, por supuesto. El amor, el verdadero, necesita, eso creo al menos, libertad y obstáculos al mismo tiempo. El amor impuesto, sancionado por la ley, bendecido por el sacerdote, ¿es amor? Un beso legal no vale nunca lo que un beso robado.

Mi marido era de elevada estatura, elegante y un perfecto caballero en cuanto a modales. Pero carecía de inteligencia. Hablaba con toda nitidez, emitía opiniones que cortaban como cuchillos. Se notaba que su mente estaba llena de ideas preconcebidas que le habían metido sus padres, quienes a su vez las habían recibido de sus antepasados. Nunca tenía ninguna duda, sobre cualquier cosa daba una opinión inmediata y limitada, sin apuro de ningún género y sin comprender que pudieran existir otros modos de ver. Se notaba que aquella cabeza estaba cerrada, que por ella no circulaba ninguna idea,

esas ideas que renuevan y sanean una mente como el viento que pasa por una casa cuyas puertas y ventanas se abren.

El castillo donde vivíamos se hallaba en plena región despoblada. Era un gran edificio triste, enmarcado por árboles enormes y cuyos musgos hacían pensar en las barbas blancas de los viejos. El parque, un verdadero bosque, estaba rodeado por un foso profundo que se llama salto de lobo; y en su extremo, por la parte de la landa, teníamos dos grandes estanques llenos de cañas y de hierbas flotantes. Entre los dos, a la orilla de un arroyo que los unía, mi marido había hecho construir una pequeña choza para tirar sobre los patos salvajes.

Además de nuestros criados ordinarios teníamos un guarda, especie de bruto fiel hasta la muerte a mi marido, y una doncella, casi una amiga, vinculada a mí hasta la locura. La había traído de España cinco años antes. Era una niña abandonada. Se la habría tomado por una gitana debido a su tez morena, a sus ojos oscuros, a sus cabellos profundos como un bosque y siempre erizados alrededor de la frente. Tenía entonces dieciséis años, pero aparentaba veinte.

Empezaba el otoño. Teníamos partidas de caza a menudo, unas veces en propiedades de vecinos, otras en las nuestras; y me fijé en un joven, el barón de C…, cuyas visitas al castillo se volvían singularmente frecuentes. Luego dejó de venir y no volví a pensar en él; pero me di cuenta de que mi marido cambiaba de actitud conmigo.

Parecía taciturno, preocupado, ya no me tocaba; y aunque casi no entraba en mi dormitorio, que yo había exigido separado del suyo a fin de vivir un poco sola, a menudo oía, de noche, un paso furtivo que llegaba hasta mi puerta y se alejaba después de unos minutos.

Como mi ventana estaba en la planta baja, con frecuencia también creí ver que alguien merodeaba en la sombra, alrededor del castillo. Se lo dije a mi marido, que me miró fijamente unos segundos, luego respondió: «No es nada, es el guarda».

Pero una noche, cuando acabábamos de cenar, Hervé, que contra su costumbre parecía muy alegre, con una alegría socarrona me preguntó: «¿Le gustaría pasar tres horas al acecho para matar a un zorro que viene cada noche a comerse mis gallinas?» Quedé sorprendida; dudaba; pero como él me contemplaba con singular obstinación, acabé respondiendo: «Pues claro, querido».

Debo decirle que yo cazaba como un hombre lobos y jabalíes. Por lo tanto, era muy natural que me propusiera aquel acecho.

Pero, de pronto, mi marido adoptó un aire extrañamente nervioso; y durante toda la velada estuvo agitado, levantándose y volviendo a sentarse de manera febril.

Hacia las diez, me dijo de pronto: «¿Está usted preparada?» Me levanté. Y cuando él en persona me traía la escopeta, pregunté: «¿Hay que cargar con balas o con postas?» Se quedó sorprendido, luego contestó: «¡Oh!, con postas sólo, eso bastará, puede estar segura». Unos segundos después añadió en un tono singular: «¡Puede jactarse usted de tener mucha sangre fría!» Me eché a reír. «¿Yo? ¿Por qué? ¿Sangre fría para ir a matar un zorro? ¡Qué cosas se le ocurren, querido!»

Y nos pusimos en marcha, sin ruido, a través del parque. Toda la casa dormía. La luna llena parecía teñir de amarillo el viejo edificio oscuro cuyo techo de pizarra relucía. Las dos torrecillas que lo flanqueaban tenían en su cima dos placas de luz, y ningún ruido turbaba el silencio de aquella noche clara y triste, dulce y pesada, que parecía muerta. Ni un soplo de aire, ni un grito de sapo, ni un gemido de lechuza; un lúgubre torpor se había abatido sobre todo.

Cuando estuvimos bajo los árboles del parque se apoderó de mí su frescor, y un olor de hojas caídas. Mi marido no decía nada, pero escuchaba, espiaba, parecía olfatear en la sombra, poseído de pies a cabeza por la pasión de la caza.

No tardamos en llegar al borde de los estanques.

Su cabellera de juncos permanecía inmóvil, ningún soplo la acariciaba; pero por el agua corrían unos movimientos apenas sensibles. A veces un punto se removía en la superficie, y de ahí partían círculos ligeros, semejantes a arrugas luminosas, que se agrandaban sin fin.

Cuando alcanzamos la choza en que debíamos emboscarnos, mi marido me hizo pasar delante, luego armó lentamente su escopeta y el chasquido seco de las piezas me produjo un efecto extraño. Me sintió temblar y preguntó: «¿Acaso le basta a usted con esta prueba? Entonces váyase». Yo repliqué muy sorprendida; «Ni hablar, no he venido para volverme. ¡Qué raro está usted esta noche!» Él murmuró: «Como usted quiera». Y nos quedamos inmóviles.

Al cabo de media hora poco más o menos, como nada turbaba la pesada y clara tranquilidad de aquella noche de otoño, dije muy bajo; «¿Está seguro de que pasa por aquí?»

Hervé tuvo una sacudida como si le hubiera mordido, y, con la boca en mi oreja: «Estoy seguro, no lo dude usted».

Y de nuevo se hizo el silencio.

Creo que empezaba a adormilarme cuando mi marido me apretó el brazo; y su voz, silbante, cambiada, dijo: «¿No lo ve allí, bajo los árboles?» Por más que miré, no distinguí nada. Y lentamente Hervé se echó la escopeta a la cara, mientras me miraba fijamente a los ojos. También yo estaba preparada para disparar, y de pronto, a treinta pasos delante de nosotros, en plena luz apareció un hombre que avanzaba con paso rápido, con el cuerpo inclinado, como si huyera.

Me quedé tan estupefacta que lancé un grito violento; pero antes de que pudiera volverme, una llama pasó delante de mis ojos, una detonación me aturdió, y vi al hombre rodar por tierra como un lobo que recibe una bala.

Yo lanzaba unos chillidos agudos, espantada, enloquecida; entonces una mano furiosa, la de Hervé, me agarró por la garganta. Fui derribada, luego levantada en sus robustos brazos. Corrió, llevándome en vilo, hacia el cuerpo tendido en la hierba, y me arrojó encima de él, violentamente, como si hubiera querido romperme la cabeza.

Me sentí perdida; iba a matarme; y ya alzaba sobre mi frente su talón cuando a su vez fue sujetado y derribado, sin que yo lograse comprender lo que estaba ocurriendo.

Me levanté bruscamente y vi, de rodillas encima de él, a Paquita, mi criada, que, aferrada como un gato furioso, crispada, enloquecida, le arrancaba la barba, el bigote y la piel de la cara.

Luego, como si de pronto la hubiera asaltado otra idea, se levantó y, arrojándose sobre el cadáver, lo estrechó entre sus brazos besándolo en los ojos, en la boca, abriendo con sus labios los labios muertos, buscando un hálito y la profunda caricia de los amantes.

Mi marido, ya de pie, miraba. Comprendió, y, cayendo a mis pies: «¡Oh!, perdón, querida mía, he sospechado de ti y he matado al amante de esta chica; mi guarda me ha engañado».

Yo, por mi parte, contemplaba los extraños besos de aquel muerto y de aquella viviente; y los sollozos de ella, y sus sobresaltos de amor desesperado.

Y en ese momento comprendí que sería infiel a mi marido.

El hijo[50]

Después de haber jurado durante mucho tiempo que nunca se casaría, Jacques Bourdillère había cambiado de opinión de repente. Le había ocurrido de improviso, un verano, en los baños de mar.

Estando una mañana tumbado en la arena, concentrado en mirar a las mujeres salir del agua, un pequeño pie lo había impresionado por su delicadeza y su gracia. Cuando levantó la vista, toda la persona lo sedujo. De toda aquella persona sólo veía los tobillos y la cabeza que surgía de una bata de franela blanca, cuidadosamente cerrada. Se le tenía por sensual y vividor. Y sólo fue la gracia de la forma lo que al principio captó su atención; luego le atrajo el encanto de un alma inocente de muchacha, sencilla y buena, fresca como las mejillas y los labios.

Presentado a la familia, fue bien recibido, y pronto se enamoró como un loco. Cuando veía a Berthe Lannis de lejos, en la larga playa de arena amarilla, se estremecía de pies a cabeza. A su lado enmudecía, incapaz de hacer nada e incluso de pensar, con una especie de borboteo en el corazón, de zumbido en los oídos, de miedo en el alma. Entonces, ¿aquello era el amor?

No lo sabía, no comprendía nada, pero en todo caso seguía estando decidido a hacer de aquella niña su esposa.

Los parientes dudaron mucho tiempo, preocupados por la mala reputación del joven. Se decía que tenía una amante, una *vieja amante*[51], una relación antigua y sólida, una de esas cadenas que se creen rotas y que perviven siempre.

Además, durante periodos más o menos largos, amaba a todas las mujeres que pasaban al alcance de sus labios.

A partir de entonces se volvió formal, sin consentir siquiera en ver de nuevo ni una sola vez a aquella con la que había vivido mucho tiempo. Un amigo arregló la pensión de esta mujer, aseguró su existencia. Jacques pagó, pero no quiso oír hablar de ella, pretendiendo incluso ignorar en adelante hasta su nombre. Ella le escribió cartas sin que él las abriese. Todas las semanas reconocía la letra torpe de la abandonada; y cada semana sentía una

mayor furia contra ella, y desgarraba con brusquedad el sobre y el papel, sin abrirlo, sin leer una línea, ni una sola línea, sabiendo de antemano los reproches y las quejas contenidas dentro.

Como no se creía demasiado en su perseverancia, hicieron durar la prueba todo el invierno, y sólo en primavera se aceptó su petición.

La boda se celebró en París en los primeros días de mayo.

Había decidido que no harían el clásico viaje de novios. Tras un breve baile, una fiesta con primos jóvenes que no se prolongaría más allá de las once para no eternizar las fatigas de aquella larga jornada de ceremonia, los recién casados debían pasar su primera noche juntos en la casa familiar, para irse, a la mañana siguiente, a la playa cara a sus corazones donde se habían conocido y amado.

Había caído la noche, en el gran salón se bailaba. Ellos dos se habían retirado a un pequeño gabinete japonés, tapizado con sedas brillantes, apenas iluminado esa noche por los rayos lánguidos de un gran farol de color, colgado del techo como un enorme huevo. La ventana entornada dejaba entrar a veces soplos frescos de fuera, caricias de aire que pasaban por los rostros, pues la noche era tibia y serena, llena de olores primaverales.

No decían nada; se habían cogido las manos apretándoselas a veces con todas sus fuerzas. Ella, con los ojos algo turbados, estaba un poco desconcertada por aquel gran cambio en su vida, pero sonriente, emocionada, a punto de llorar, también a menudo a punto de desmayarse de alegría, creyendo al mundo entero cambiado por lo que le pasaba a ella, inquieta sin saber de qué, y sintiendo todo su cuerpo, toda su alma, invadidos por una indefinible y deliciosa lasitud.

Él la miraba obstinadamente, sonriendo de un modo fijo. Quería hablar, no se le ocurría nada, y permanecía allí, poniendo todo su ardor en presiones de manos. De vez en cuando murmuraba: «¡Berthe!», y entonces, cada vez, ella alzaba los ojos hacia él con una mirada dulce y tierna; se contemplaban un segundo, luego, penetrados y fascinados por la mirada de él, los ojos de ella se concentraban en el suelo.

No encontraban ninguna idea que intercambiar. Los dejaron solos; pero a veces una pareja de bailarines lanzaba sobre ellos al pasar una mirada furtiva, como si hubieran sido testigos discretos y confidentes de un misterio.

A su lado se abrió una puerta, entró un criado llevando en una bandeja una carta urgente que un recadero acababa de traer. Jacques cogió temblando aquel papel, embargado por un miedo vago y repentino, el miedo misterioso a las desgracias imprevistas.

Miró un buen rato el sobre cuya escritura no conocía, sin atreverse a abrirlo, deseando locamente no leer, no saber, meterse aquello en el bolsillo y decirse: «Mañana. Mañana estaré lejos, ¡poco me importa!» Pero en una esquina, dos grandes palabras subrayadas: «Muy URGENTE», lo frenaban y le asustaban. Preguntó: «¿Me permite, querida?», desgarró la hoja pegada y leyó. Leyó el papel palideciendo de una manera horrible, lo recorrió de un vistazo y, lentamente, pareció deletrearlo.

Cuando alzó la cabeza todo su rostro estaba demudado. Balbució: «Querida, es… es mi mejor amigo al que le acaba de ocurrir una gran, una grandísima desgracia. Me necesita ahora mismo… ahora mismo… para un asunto de vida o muerte. ¿Me permite ausentarme veinte minutos? Vuelvo enseguida».

Ella farfulló, temblando, asustada: «¡Vaya usted, querido!», por no ser todavía suficientemente su mujer para atreverse a preguntarle, para exigir saber. Y él desapareció. Se quedó sola, oyendo cómo bailaban en el salón vecino.

Él había cogido un sombrero, el primero que encontró, un abrigo cualquiera, y bajó corriendo la escalera. En el momento de saltar a la calle, todavía se detuvo bajo el mechero de gas del vestíbulo y releyó la carta.

Esto es lo que decía:

«Señor,

La señorita Ravet, su antigua amante al parecer, acaba de dar a luz un niño que según pretende es suyo. La madre va a morir e implora su visita. Me tomo la libertad de escribirle y de pedirle que conceda esta última entrevista a una mujer que parece muy desgraciada y digna de lástima.

»Suyo afectísimo

Dr. Bonnard»

Cuando entró en la alcoba de la moribunda, ya estaba agonizando. Al principio no la reconoció. El médico y dos enfermeras la cuidaban, y por todas partes, en el suelo, había baldes llenos de hielo y vendas llenas de sangre.

El agua derramada inundaba el parqué; sobre un mueble ardían dos velas; detrás de la cama, en una pequeña cuna de mimbre, lloraba la criatura y, a cada uno de sus vagidos, la madre, torturada, intentaba un movimiento, tiritando bajo las compresas heladas.

Se desangraba; se desangraba herida de muerte, matada por aquel nacimiento. Toda su vida se iba; y, a pesar del hielo, a pesar de los cuidados,

la invencible hemorragia continuaba, precipitaba su hora última.

Reconoció a Jacques y quiso alzar los brazos; no pudo de lo débiles que estaban, pero las lágrimas empezaron a correr sobre sus mejillas lívidas.

Él se postró de rodillas junto a la cama, cogió una mano colgante y la besó con frenesí; luego, poco a poco fue acercándose al flaco rostro que se estremecía con aquel contacto. Una de las enfermeras, de pie, con una vela en la mano, los alumbraba, y el médico, que había retrocedido unos pasos, miraba desde el fondo de la alcoba.

Entonces, con una voz lejana, jadeante, ella dijo: «Voy a morir, querido mío; prométeme que te quedarás hasta el final. ¡Oh!, no me dejes ahora, ¡no me dejes en el último momento!»

Él la besó en la frente, en el pelo, sollozando. Murmuró: «Tranquilízate, voy a quedarme».

Ella tardó unos minutos en poder hablar de nuevo, de lo muy oprimida y débil que se encontraba. Continuó: «El niño es tuyo. Te lo juro ante Dios, te lo juro por mi alma, te lo juro en el momento de morir. No he amado a más hombre que a ti… Prométeme que no lo abandonarás». Él aún intentaba coger en sus brazos aquel miserable cuerpo desgarrado, vaciado de sangre. Enloquecido por los remordimientos y la pena balbució: «Te lo juro, lo criaré y le querré. No se apartará de mi lado». Entonces ella intentó besar a Jacques. Incapaz de levantar su cabeza agotada, tendía los blancos labios pidiendo un beso. Él acercó la boca para recoger aquella lamentable y suplicante caricia.

Algo calmada, murmuró en voz baja: «Tráelo, que vea yo si le quieres».

Y él fue a buscar al niño.

Lo depositó suavemente sobre la cama, entre ellos, y la pequeña criatura dejó de llorar. Ella murmuró: «¡No te muevas!» Y dejó de moverse. Él permaneció allí, sosteniendo en su mano ardiente aquella mano que agitaban unos estremecimientos de agonía, igual que hacía un rato había sostenido otra mano crispada por estremecimientos de amor. De vez en cuando miraba la hora, con una ojeada furtiva, acechando la aguja que pasaba de medianoche, luego de la una, luego de las dos.

El médico se había retirado: las dos enfermeras, después de ir y venir un rato con paso ligero por la alcoba, dormitaban ahora en unas sillas. El niño dormía, y la madre, con los ojos cerrados, también parecía descansar.

De repente, cuando la luz macilenta se filtraba entre las cortinas cerradas, ella tendió sus brazos con un movimiento tan brusco y tan violento que estuvo a punto de tirar al suelo a su hijo. Una especie de estertor se deslizó por su garganta; luego permaneció boca arriba, inmóvil, muerta.

Cuando las enfermeras llegaron, dijeron: «¡Ha muerto!»

Miró una última vez a aquella mujer a la que había amado, luego al péndulo, que marcaba las cuatro, y se marchó olvidando su abrigo, con su frac negro, con el niño en sus brazos.

Después de haberla dejado sola, su joven esposa había esperado, bastante tranquila al principio, en el pequeño gabinete japonés. Luego, al no verlo reaparecer, había pasado al salón, con aire indiferente y tranquilo, pero horriblemente inquieta. Su madre, al verla sola, le había preguntado: «¿Pero dónde está tu marido?» Ella había contestado: «En su cuarto; ahora vuelve».

Al cabo de una hora, como todos la interrogaban, habló de la carta y de la cara demudada de Jacques, y su temor a una desgracia.

Siguieron esperando. Los invitados se fueron; sólo se quedaban los parientes más allegados. A medianoche acostaron a la novia, agitada por los sollozos. Su madre y dos tías, sentadas junto a la cama, la escuchaban llorar, mudas y desoladas… El padre se había ido a la comisaría de policía para conseguir alguna información.

A las cinco, un ruido ligero se deslizó por el pasillo; una puerta se abrió y se cerró suavemente; luego, de pronto, un gritito parecido a un maullido de gato corrió por la casa silenciosa.

Todas las mujeres se pusieron en pie de un salto, y Berthe, la primera, se precipitó, a pesar de su madre y de sus tías, envuelta en su bata de noche.

De pie en medio de la sala, lívido, jadeante, Jacques sostenía un niño entre sus brazos.

Las cuatro mujeres lo miraron aterradas; pero Berthe, temeraria de pronto, con el corazón crispado de angustia, corrió hacia él: «¿Qué pasa?, dígame qué pasa».

Él parecía haber enloquecido; respondió con voz convulsa: «Pasa… pasa… que tengo un hijo y que la madre acaba de morir…» Y presentaba en sus torpes manos la criatura que berreaba.

Sin decir una palabra, Berthe cogió al niño, lo besó estrechándolo contra su pecho; luego, alzando hacia su marido unos ojos llenos de lágrimas: «¿Y dice usted que la madre ha muerto?» Él respondió: «Sí, hace un rato… en mis brazos… Había roto con ella desde el verano… Yo no sabía nada… ha sido el médico el que me ha hecho ir…»

Entonces Berthe murmuró: «Bueno, nosotros criaremos a este pequeño».

Un drama verdadero[52]

Le vrai peut quelquefois n'être pas vraisemblable[53]

Decía yo el otro día, en este lugar, que la escuela literaria de ayer se servía, para sus novelas, de las aventuras o verdades excepcionales encontradas en la existencia, mientras que la escuela actual, por preocuparse únicamente de la verosimilitud, establece una especie de media de los acontecimientos habituales[54].

Y he aquí que me comunican toda una historia, parece que ocurrida, y que se diría inventada por algún novelista popular o algún dramaturgo delirante.

En cualquier caso es sobrecogedora, está bien urdida y resulta de sumo interés por su misma extrañeza.

*

En una propiedad rural, a medias granja y a medias castillo, vivía cierta familia que tenía una hija cortejada por dos jóvenes, hermanos ambos.

Pertenecían a una antigua y excelente familia, y vivían juntos en una propiedad cercana.

Fue preferido el mayor. Y el menor, a quien un amor tumultuoso trastornaba el corazón, se volvió sombrío, soñador, errabundo. Pasaba fuera de casa días enteros o se encerraba en su cuarto, y leía o meditaba.

Cuanto más se aproximaba la fecha de la boda, más resentido parecía volverse.

Una semana antes, poco más o menos, de la fecha fijada, el novio, que volvía de noche de su diaria visita a la joven, recibió un disparo a quemarropa, en un rincón del bosque. Unos campesinos, que lo encontraron al alba, transportaron el cadáver a su hogar. Su hermano se hundió en una

rabiosa desesperación que duró dos años. Llegaron a creer que se haría sacerdote o que se mataría.

Al cabo de dos años de desesperación, se casó con la novia de su hermano.

Durante ese tiempo no se había podido dar con el asesino. No existía la menor pista segura; y el único objeto revelador era un trozo de papel casi quemado, negro de pólvora, que había servido de taco a la escopeta del asesino. En aquel pedazo de papel estaban impresos algunos versos, el final de una canción, sin duda, pero no pudo descubrirse el libro del que había sido arrancada aquella hoja.

Se sospechó de un cazador furtivo de mala fama como autor del asesinato. Fue perseguido, encarcelado, interrogado, acosado; pero no confesó, y lo dejaron en libertad por falta de pruebas.

Tal es la exposición de este drama. Uno creería estar leyendo una horrible novela de aventuras. No falta nada: el amor de dos hermanos, los celos de uno, la muerte del preferido, el crimen en el rincón del bosque, la justicia sin pistas, el prevenido puesto en libertad, y un ligero hilo entre las manos de los jueces, aquel trozo de papel negro por la pólvora.

Y pasan veinte años. El hermano menor, casado, es feliz, rico y considerado; tiene tres hijas. A su vez, una de ellas va a casarse. Se desposa con el hijo de un antiguo magistrado, uno de los que formaron parte del tribunal por el asesinato del hermano mayor. Y he aquí que se celebra el matrimonio, una gran boda rural, una boda de campanillas. Los dos padres se estrechan las manos, los novios son felices. Se cena en la larga sala del castillo; beben, bromean, ríen; y, a los postres, alguien propone cantar canciones, como se hacía en los viejos tiempos.

La idea agrada, y todos cantan.

Cuando le llega el turno, el padre de la novia busca en su cabeza viejas coplas que tarareaba en el pasado, y poco a poco las encuentra.

Hacen reír, le aplauden; él sigue, entona la última; luego, una vez que ha terminado, su vecino el magistrado le pregunta: «¿De dónde diablos ha sacado esa canción? Conozco los últimos versos. Hasta me parece que están relacionadas con alguna grave circunstancia de mi vida, pero no caigo; voy perdiendo la memoria».

Y, al día siguiente, los recién casados salen de viaje de bodas.

Entretanto, la obsesión por los recuerdos indecisos, ese prurito constante de recordar una cosa que sin cesar se escapa, atormentaba al padre del joven. Tarareaba sin descanso el estribillo que había cantado su amigo, y no

conseguía descubrir de dónde le venían aquellos versos que, sin embargo, sentía grabados desde hacía mucho tiempo en su cabeza, como si hubiera tenido un fuerte interés en no olvidarlos.

Pasan dos años más. Y un día, ojeando viejos papeles, encuentra, copiadas por él mismo, aquellas rimas que tanto ha buscado.

Eran los versos que habían quedado legibles en el taco de la escopeta que tiempo atrás había servido para el crimen.

Vuelve entonces a iniciar por su cuenta y solo la investigación. Interroga con astucia, registra los muebles de su amigo, tanto y tan bien que encuentra el libro del que la hoja había sido arrancada.

Y entonces sobreviene el drama en el corazón de ese padre. Su hijo es yerno del hombre de quien tiene violentas sospechas; pero, si aquel de quien sospecha es culpable, ¡mató a su hermano para robarle la novia! ¿Hay crimen más monstruoso?

El magistrado prevalece sobre el padre. El proceso vuelve a abrirse. El verdadero asesino es, en efecto, el hermano. Lo condenan.

*

Tales son los hechos que me indican. Me aseguran que son verdaderos. ¿Podríamos emplearlos en un libro sin dar la impresión de imitar servilmente a los señores de Montépin y du Boisgobey[55]?

Así pues, en la literatura como en la vida, el axioma: «No todas las verdades pueden decirse» me parece perfectamente aplicable.

Insisto en este ejemplo, que me parece sorprendente. Una novela hecha con un dato semejante dejaría a todos los lectores incrédulos y provocaría la indignación de todos los verdaderos artistas.

¿Loco?[56]

¿Estoy loco? ¿O sólo celoso? No lo sé, pero sufro de un modo horrible. He cometido un acto de locura, de locura furiosa, cierto; pero los celos anhelantes, el amor exaltado, traicionado y condenado, el dolor abominable que soporto, ¿no basta todo eso para hacernos cometer crímenes y locuras sin ser realmente criminales de corazón o de cerebro?

¡Cuánto he sufrido, sufrido y sufrido de forma continuada, aguda y espantosa! Quise a esa mujer con un arrebato frenético… Y, sin embargo, ¿es cierto? ¿La quise? No, no, no. Ella me poseyó en alma y cuerpo, me invadió, me encadenó. Fui y sigo siendo su cosa, su juguete. Pertenezco a su sonrisa, a su boca, a su mirada, a las líneas de su cuerpo, a la forma de su rostro: jadeo dominado por su apariencia externa; pero a Ella, a la mujer de todo esto, al ser de ese cuerpo, la odio, la desprecio, la execro, siempre la he odiado, despreciado y execrado; porque es pérfida, bestial, inmunda, impura: es *la mujer de perdición*, el animal sensual y falso que carece de alma, en quien el pensamiento jamás circula como un aire libre y vivificador; es la bestia humana; menos que eso, no es más que un flanco, una maravilla de carne suave y redonda que habita la Infamia.

Los comienzos de nuestra relación fueron extraños y deliciosos. Entre sus brazos siempre abiertos, yo me agotaba en una furia de insaciable deseo. Como si me diesen sed, sus ojos me hacían abrir la boca. Eran grises al mediodía, se teñían de verde a la caída de la luz, y eran azules con el sol levante. No estoy loco: juro que tenían esos tres colores.

En los momentos del amor eran azules, como acardenalados, con pupilas enormes y nerviosas. Sus labios, agitados por un temblor, dejaban brotar a veces la punta rosa y mojada de su lengua, que palpitaba como la de un reptil; y sus párpados cargados se alzaban lentamente, descubriendo aquella mirada ardiente y aniquilada que me enloquecía.

Al estrecharla entre mis brazos, miraba sus ojos y me estremecía, sacudido tanto por la necesidad de matar aquella bestia como por la necesidad de poseerla continuamente.

Cuando ella caminaba por mi cuarto, el rumor de cada uno de sus pasos provocaba un vuelco en mi corazón; y cuando empezaba a desnudarse y dejaba caer su vestido, al salir, infame y radiante, de las prendas interiores que se amontonaban a su alrededor, sentía a lo largo de mis miembros, a lo largo de los brazos, a lo largo de las piernas y en mi pecho jadeante, un desmayo infinito y cobarde.

Cierto día me di cuenta de que estaba harta de mí. Lo vi en su mirada al despertar. Inclinado sobre ella, esperaba todas las mañanas esa primera mirada. La esperaba lleno de rabia, de odio, de desprecio hacia aquella bestia dormida de la que era esclavo. Pero cuando el azul pálido de su pupila, aquel azul líquido como el agua quedaba al descubierto, todavía lánguido, todavía fatigado, todavía enfermo por las caricias recientes, era como una llama rápida que me quemase, exasperando mis ardores, cuando ese día su párpado se abrió, vi una mirada indiferente y sombría que ya no deseaba nada.

Lo vi, lo supe, lo sentí, lo comprendí inmediatamente. Todo estaba acabado, acabado para siempre. Y tuve la prueba a cada hora, a cada segundo.

Cuando la llamaba con mis brazos y mis labios, ella se volvía hacia otra parte, hastiada y murmurando: «¡Déjame!», o bien: «¡Qué odioso eres!», o bien: «¡Por qué nunca podré estar tranquila!»

Entonces fui celoso, pero celoso como un perro, y taimado, desconfiado, simulador. Sabía que ella no tardaría en volver a empezar, que llegaría otro para reavivar sus sentidos.

Fui celoso con frenesí; pero no estoy loco; no, desde luego que no.

Esperé. Sí, la espiaba; ella no me habría engañado, pero continuaba fría, adormecida. A veces decía: «¡Me asquean los hombres!» Y era cierto.

Entonces tuve celos de ella misma; celos de su indiferencia, celos de la soledad de sus noches, celos de sus gestos, de su pensamiento, que yo siempre sentía infame; celos de todo lo que yo adivinaba. Y cuando algunas veces, al despertar, tenía aquella mirada blanda que seguía en tiempos pasados a nuestras noches ardientes, como si alguna lascivia acosase su alma y removiese sus deseos, yo sentía sofocos de cólera, temblores de indignación, la comezón de estrangularla, de poner mi rodilla sobre su cuerpo y hacerla confesar, mientras le apretaba la garganta, todos los secretos vergonzosos de su corazón.

¿Estoy loco? — No.

Pero una tarde la sentí feliz. Sentí que en ella vibraba una pasión nueva. Estaba seguro, seguro sin duda posible. Palpitaba igual que después de mis

abrazos: sus ojos llameaban, sus manos estaban calientes, toda su persona vibrante desprendía aquel vapor de amor que había hecho nacer mi locura.

Simulé no darme cuenta de nada, pero mi vigilancia la envolvía como una red.

Sin embargo, nada descubrí.

Esperé una semana, un mes, una estación. Ella se esponjaba en medio de la eclosión de un ardor incomprensible; se aplacaba en la dicha de una caricia imperceptible.

Y, de golpe, lo adiviné. No estoy loco. Juro que no estoy loco.

¿Cómo decirlo? ¿Cómo darlo a entender? ¿Cómo expresar esa cosa abominable e incomprensible?

Me enteré de la manera siguiente:

Una tarde, ya lo he dicho, una tarde, cuando volvía de un largo paseo a caballo, se derrumbó frente a mí con los pómulos encendidos, el pecho palpitante, las piernas flojas y los ojos amoratados, en una silla baja. ¡Yo ya la había visto así! ¡Amaba a alguien! No podía equivocarme.

Entonces, perdiendo la cabeza, para no seguir mirándola me volví hacia la ventana, y vi a un lacayo que llevaba de la brida hacia la cuadra a su gran caballo, que se encabritaba.

También ella seguía con la vista al animal enardecido que daba saltos. Luego, cuando desapareció de nuestra vista, ella se durmió de forma repentina.

Estuve pensando toda la noche; y me pareció que descifraba misterios que nunca había sospechado. ¿Quién sondeará nunca las perversiones de la sensualidad de las mujeres? ¿Quién comprenderá sus inverosímiles caprichos y la satisfacción extraña de las más extrañas fantasías?

Todas las mañanas, nada más apuntar la aurora, ella salía al galope por las llanuras y los bosques; y siempre volvía con las fuerzas agotadas, como tras los frenesíes del amor.

¡Yo había comprendido! Ahora estaba celoso del caballo nervioso y galopador; celoso del viento que acariciaba su rostro cuando ella daba una carrera enloquecida; celoso de las hojas que, al pasar, besaban sus orejas; de las gotas de sol que caían sobre su frente a través de las ramas; celoso de la silla que la llevaba y que ella apretaba entre sus muslos.

Era todo aquello lo que la hacía feliz, lo que la exaltaba, lo que la saciaba, la agotaba y me la devolvía luego insensible y casi desfallecida.

Decidí vengarme. Fui cariñoso y atento con ella. Le ofrecía mi mano cuando iba a desmontar tras sus desenfrenadas carreras. El animal furioso se

lanzaba contra mí; ella le acariciaba su cuello curvo, lo besaba en los trémulos ollares sin limpiarse luego los labios; y el perfume de su cuerpo sudoroso, como después de la tibieza del lecho, se mezclaba a mi olfato con el aroma acre y salvaje del animal.

Aguardé mi día y mi hora. Ella pasaba todas las mañanas por el mismo sendero, por un bosquecillo de abedules que se adentraba hacia la selva.

Salí antes de amanecer, con una cuerda en la mano y mis pistolas escondidas sobre el pecho, como si fuera a batirme en duelo.

Corrí hacia el camino que tanto le gustaba; tendí la cuerda entre dos árboles; luego me escondí entre las altas hierbas.

Había pegado la oreja contra el suelo; oí su galope lejano; luego lo percibí más cerca, bajo las hojas, como al final de una bóveda, llegando al galope. ¡Ay, no me había equivocado, era aquello! Parecía transportada de alegría, con las mejillas encendidas y locura en la mirada; y el movimiento precipitado de la carrera hacía vibrar sus nervios con un goce solitario y furioso.

El animal tropezó con las dos patas delanteras en mi trampa, y rodó por el suelo con los huesos rotos. A ella la recogí en mis brazos. Soy tan fuerte que puedo cargar con un buey. Luego, cuando la deposité en tierra, me acerqué a Él, que nos miraba; entonces, cuando todavía trataba de morderme, le puse una pistola en la oreja… y lo maté… como a un hombre.

Pero también yo caí, con el rostro cruzado por dos golpes de fusta; y cuando ella volvía a lanzarse sobre mí, disparé mi otra bala contra su vientre.

Díganme: ¿estoy loco?

La sillera[57]

A Léon Hennique[58]

Era al final de la cena de apertura de la temporada de caza en casa del marqués de Bertrans. Once cazadores, ocho jóvenes señoras y el médico del pueblo estaban sentados alrededor de la gran mesa iluminada, llena de frutas y de flores.

Se llegó a hablar del amor, y se produjo una gran discusión, la eterna discusión para saber si se podía amar de verdad una vez o varias veces. Se citaron ejemplos de gente que nunca había tenido más que un amor serio; se citaron también otros ejemplos de gente que había amado a menudo, con violencia. En general, los hombres pretendían que la pasión, como las enfermedades, puede atacar varias veces a la misma persona, y herirlo hasta matarlo si algún obstáculo se cruza en su camino. Aunque esta manera de verlo no fuera discutible, las mujeres, cuya opinión se basaba más en la poesía que en la observación, afirmaban que el amor, el verdadero amor, el gran amor, sólo podía caer una vez sobre un mortal, que ese amor era semejante al rayo, y que un corazón tocado por él quedaba después tan vacío, asolado, incendiado, que ningún otro sentimiento poderoso, ningún sueño incluso, podía germinar en él de nuevo.

El marqués, que había amado mucho, combatía vivamente esta creencia:

«Yo les digo que se puede amar varias veces con todas sus fuerzas y con toda el alma. Me citan ustedes a gente que se ha matado por amor, como prueba de la imposibilidad de una segunda pasión. Les responderé que, si no hubieran cometido esa tontería de suicidarse, acto que les privaba de toda posibilidad de recaída, se habrían curado; y habrían vuelto a empezar, y siempre, hasta su muerte natural. Hay enamorados como borrachos. Quien ha bebido beberá, quien ha amado amará. Es simplemente una cuestión de temperamento.»

Tomaron por árbitro al doctor, viejo médico parisiense retirado al campo, y se le rogó que diera su opinión.

Precisamente no tenía ninguna:

«Como ha dicho el marqués, es una cuestión de temperamento; por lo que a mí se refiere, he sabido de una pasión que duró cincuenta años sin un día de tregua, y que sólo terminó con la muerte.»

La marquesa aplaudió.

«¡Qué hermoso! ¡Y qué sueño ser amado así! ¡Qué felicidad vivir cincuenta y cinco años completamente rodeada por ese cariño tenaz y penetrante! ¡Cuán feliz debió de ser y cómo bendeciría la vida aquel que fue adorado de esa manera!»

El médico sonrió:

«En efecto, señora, no se equivoca usted en ese punto, que el ser amado fue un hombre. Ustedes lo conocen, es el señor Chouquet, el farmacéutico del pueblo. En cuanto a ella, a la mujer, también la conocieron ustedes, es la vieja sillera que venía todos los años al castillo. Pero me explicaré mejor.»

El entusiasmo de las mujeres había decaído; y su rostro asqueado decía: «¡Puaf!», como si el amor sólo debiera atacar a seres finos y distinguidos, los únicos dignos del interés de la gente como es debido.

El médico prosiguió:

*

Me llamaron, hace tres meses, para asistir a esa anciana en su lecho de muerte. Había llegado la víspera en el carruaje que le servía de casa, arrastrado por el penco que ustedes han visto, y acompañada por sus dos grandes perros negros, sus amigos y guardianes. El cura ya estaba allí. Nos nombró sus albaceas y, para desvelarnos el sentido de sus últimas voluntades, nos contó toda su vida. No conozco nada más singular ni más conmovedor.

Su padre era sillero y su madre sillera. Nunca tuvo un hogar plantado en el suelo.

De pequeña, vagaba harapienta, llena de piojos, sórdida. Se detenían en la entrada de los pueblos, a lo largo de las cunetas; desenganchaban el carromato; el caballo pacía; el perro dormía con el hocico entre las patas; y la pequeña se revolcaba en la hierba mientras el padre y la madre reparaban, a la sombra de los olmos del camino, todas las viejas sillas de la comuna. Apenas se hablaba en aquella morada ambulante. Tras las pocas palabras necesarias para decidir quién iría por las casas lanzando el conocido grito: «¡El sillero!»,

se ponían a retorcer la paja, frente a frente o uno al lado del otro. Cuando la niña se alejaba demasiado o intentaba relacionarse con algún chico del pueblo, la voz colérica del padre la llamaba: «¡Quieres volver aquí, crápula!» Eran las únicas palabras de ternura que oía.

Cuando se hizo mayor, la enviaron a recoger los asientos de las sillas estropeadas. Entonces inició algunas amistades, de pueblo en pueblo, con los críos; pero entonces eran los padres de sus nuevos amigos los que llamaban brutalmente a sus hijos: «¿Quieres venir aquí, granuja? ¡Que no vuelva a verte hablar con desharrapados!…»

A menudo los chavales le tiraban piedras.

Algunas señoras le dieron algunas monedas, las guardó cuidadosamente.

Un día —tenía entonces once años—, cuando pasaba por este pueblo, encontró detrás del cementerio al pequeño Chouquet llorando porque un compañero le había robado dos ochavos. Aquellas lágrimas de un chiquillo burgués, de uno de aquellos críos a los que se imaginaba, en su débil cabecita de desheredada, siempre contentos y alegres, la alteraron. Se acercó, y cuando supo el motivo de su pena, le puso entre las manos todos sus ahorros, siete *sous*, que él cogió con naturalidad, enjugándose las lágrimas. Entonces, loca de alegría, tuvo la audacia de darle un beso. Como él estaba mirando atentamente las monedas, se dejó hacer. Al no verse ni rechazada, ni golpeada, volvió a empezar; lo abrazó con todas sus fuerzas, con todo su corazón. Luego echó a correr.

¿Qué pasó en aquella pobre cabeza? ¿Nació su amor por aquel chiquillo porque ella le había sacrificado su fortuna de vagabunda, o porque le había dado su primer tierno beso? El misterio sigue siendo el mismo para los pequeños que para los mayores.

Durante meses soñó con aquel rincón del cementerio y con aquel muchacho. Con la esperanza de volver a verlo robó a sus padres, sisándoles un *sou* por aquí, otro *sou* por allá, en una compostura o en las provisiones que iba a comprar.

Cuando regresó, tenía dos francos en su bolsillo, pero sólo pudo ver al pequeño farmacéutico, muy limpio, detrás de los cristales de la tienda paterna, entre un tarro rojo y una tenia.

No por ello lo quiso menos, seducida, emocionada, extasiada ante aquella gloria del agua coloreada, ante aquella apoteosis de cristales relucientes.

Conservó en su interior su recuerdo imborrable, y, cuando volvió a verlo, al año siguiente, detrás de la escuela, jugando a las canicas con sus compañeros, se lanzó sobre él, lo estrechó entre sus brazos y lo besó con tanta

violencia que él se puso a chillar de miedo. Entonces, para calmarlo, le dio su dinero: tres francos veinte, un verdadero tesoro, que él miraba con ojos desorbitados.

Lo cogió y se dejó acariciar todo lo que ella quiso.

Durante cuatro años más, puso entre sus manos todas sus reservas, que él se embolsaba con plena conciencia a cambio de besos consentidos. Una vez fueron treinta *sous*, otra dos francos, otra doce *sous* (lloró de pena y de humillación, pero el año había sido malo) y la última vez, cinco francos, una gran moneda redonda, que le hizo reír de satisfacción.

Ya sólo pensaba en él; y él esperaba su regreso con cierta impaciencia, corría a su encuentro al verla, lo cual hacía palpitar el corazón de la chiquilla.

Luego él desapareció. Lo habían metido en el colegio. Ella lo supo haciendo hábiles interrogatorios. Entonces utilizó una diplomacia infinita para cambiar el itinerario de sus padres y hacerlos pasar por aquí durante las vacaciones. Lo consiguió, pero tras un año de argucias. Había estado dos años sin volver a verlo; y apenas lo reconoció, tanto había cambiado, crecido, embellecido, imponente con su guerrera de botones dorados. Él fingió no verla y pasó orgullosamente a su lado.

Lloró durante dos días; y desde entonces sufrió infinitamente.

Volvía todos los años, pasaba delante de él sin atreverse a saludarlo y sin que él se dignase siquiera volver los ojos hacia ella. Lo amaba locamente. Me dijo: «Es el único hombre que he visto en la tierra, señor médico; ni siquiera sé si los otros existían.»

Murieron sus padres. Ella continuó el oficio, pero cogió dos perros en lugar de uno, dos terribles perros a los que nadie se habría atrevido a desafiar.

Un día, al volver a este pueblo donde su corazón se había quedado, vio a una joven que salía de la tienda Chouquet del brazo de su amado. Era su mujer. Se había casado.

Esa misma noche, se tiró a la charca que hay en la plaza del Ayuntamiento. Un borracho rezagado la repescó, y la llevó a la farmacia. Chouquet hijo bajó en bata, para cuidarla, y, sin parecer reconocerla, la desnudó, le dio fricciones, luego le dijo con voz severa; «¡Está usted loca! ¡No hay que ser tan idiota!»

Esto bastó para curarla. ¡Él le había hablado! Era feliz para mucho tiempo.

Él no quiso aceptar ninguna remuneración por sus cuidados, aunque ella insistiese vivamente para pagarle.

Y toda su vida transcurrió así. Arreglaba sillas pensando en Chouquet. Todos los años lo veía detrás de sus cristales. Tomó la costumbre de comprar en su tienda provisiones de pequeños medicamentos. De modo que lo veía de cerca, y él le hablaba, y seguía dándole dinero.

Como ya les he dicho al principio, murió esta primavera. Después de haberme contado toda esta triste historia, me rogó que entregara a aquel a quien tan pacientemente había amado todas las economías de su existencia, porque sólo había trabajado para él, decía, ayunando incluso para ahorrar, y estar segura de que él pensaría en ella, por lo menos una vez, cuando estuviera muerta.

Así pues, me dio dos mil trescientos veintisiete francos. Dejé al señor cura los veintisiete francos para el entierro y me llevé el resto una vez que exhaló su último suspiro.

Al día siguiente me dirigí a casa de los Chouquet. Acababan de almorzar, uno frente a otro, gordos y colorados, oliendo a productos farmacéuticos, importantes y satisfechos.

Me hicieron sentarme; me ofrecieron un kirsch, que acepté; y empecé mi discurso con voz emocionada, persuadido de que iban a llorar.

En cuanto hubo comprendido que había sido amado por aquella vagabunda, por aquella sillera, por aquella trashumante, Chouquet dio un brinco de indignación, como si ella le hubiera robado su reputación, la estima de la gente honrada, su felicidad íntima, algo delicado que para él era más querido que la vida.

Su mujer, tan exasperada como Chouquet, repetía: «¡Esa mendiga! ¡Esa mendiga! ¡Esa mendiga!…» sin poder encontrar nada más.

Él se había levantado; caminaba a zancadas detrás de la mesa, con el gorro griego ladeado sobre una oreja. Balbucía: «¿Se puede comprender, doctor? ¡Qué cosas tan horribles para un hombre! ¿Qué hacer? ¡Oh!, de haberlo sabido cuando vivía, la habría hecho detener por los gendarmes y meter en prisión. ¡Y no habría salido, se lo aseguro!»

Yo estaba estupefacto ante el resultado de mi compasiva gestión. No sabía qué decir ni qué hacer. Pero debía completar mi misión. Proseguí: «Me encargó que le diese sus ahorros, que ascienden a dos mil trescientos francos. Como lo que acabo de comunicarle parece ser muy desagradable para usted, quizá lo mejor sería dar este dinero a los pobres.»

Me miraban, marido y mujer, petrificados de pasmo.

Saqué el dinero de mi bolsillo, el miserable dinero de todos los pueblos y de todos los tipos, oro y cobres mezclados. Luego pregunté: «¿Qué deciden?»

La señora Chouquet fue la primera en hablar: «Pues, dado que era su última voluntad, de esa mujer… me parece que nos resulta muy difícil rechazarlo.»

El marido, vagamente confuso, continuó: «Siempre podríamos comprar con esto alguna cosa para nuestros hijos.»

Dije con aire seco: «Como ustedes quieran.»

Él prosiguió: «Dénoslo, ya que ella se lo encargó; ya encontraremos la manera de emplearlo en alguna buena obra.»

Entregué el dinero, saludé y me marché.

Al día siguiente Chouquet vino a buscarme y, bruscamente:

«Pero dejó aquí su carro, esa… esa mujer. ¿Qué va a hacer usted con ese carro?

—Nada, quédeselo si quiere.

—Estupendo; me viene bien; haré con él una cabaña para mi huerto.»

Se marchaba. Lo llamé: «También dejó su viejo caballo y sus dos perros. ¿Los quiere?» Él se detuvo, sorprendido: «¡Ah, no, eso sí que no! ¿qué quiere que haga con ellos? Disponga usted como quiera.» Y reía. Luego me tendió la mano, que estreché. ¿Qué quieren ustedes? No estaría bien que, en un pueblo, el médico y el farmacéutico fueran enemigos.

Guardé los perros en mi casa. El cura, que tiene un gran corral, se quedó con el caballo. El carromato le sirve de cabaña a Chouquet, y con el dinero compró cinco obligaciones de ferrocarriles.

Ahí tienen el único amor profundo que he encontrado en mi vida.

El médico se calló.

Entonces la marquesa, que tenía lágrimas en los ojos, suspiró: «Decididamente, ¡sólo las mujeres saben amar!»

Un parricida[59]

El abogado había alegado locura. ¿Cómo explicar de otro modo aquel extraño crimen?

Una mañana habían encontrado en un cañaveral, cerca de Chatou, dos cadáveres abrazados, una mujer y un hombre, gente de mundo famosa, ricos, todavía jóvenes, y sólo casados desde el año anterior, siendo ella viuda desde hacía tres años.

No se les conocían enemigos, no habían sido robados. Parecía que los hubieran arrojado a la ribera del río después de haberlos atravesado, uno tras otro, con un largo punzón de hierro.

La investigación no conseguía descubrir nada. Los marineros interrogados no sabían nada; iban a abandonar el caso cuando un joven ebanista de un pueblo vecino, llamado Georges-Louis, llamado «el Burgués», se presentó para que lo apresaran.

A todas las preguntas respondió esto únicamente:

«Conocía al hombre desde hace dos años, a la mujer desde hace seis meses. Venían con frecuencia a que les reparara muebles antiguos, porque soy hábil en mi oficio».

Y cuando le preguntaban: «¿Por qué los mató?», respondía obstinadamente: «Los maté porque quise matarlos».

No hubo manera de sacarle nada más.

Aquel hombre era un hijo natural sin duda, enviado a casa de una nodriza de la región y luego abandonado. No tenía más nombre que Georges Louis, pero como al crecer resultó singularmente inteligente, con gustos y delicadezas instintivas que no tenían sus compañeros, lo apodaron: «el Burgués»; y no se le llamaba de otro modo. Tenía fama de notablemente hábil en el oficio de ebanista que había adoptado. Hasta hacía un poco de escultura en madera. También se decía que era partidario muy exaltado de las doctrinas comunistas y hasta nihilistas, gran lector de novelas de aventuras, de novelas con dramas sangrientos, elector influyente y orador hábil en las reuniones públicas de obreros o campesinos[60].

El abogado había alegado locura.

¿Cómo podía admitirse, en efecto, que aquel obrero hubiera matado a sus mejores clientes, unos clientes ricos y generosos (él mismo lo reconocía), que le habían hecho encargos, desde hacía dos años, por valor de tres mil francos (sus libros de cuentas lo atestiguaban)? Sólo había una explicación: la locura, la idea fija del desclasado que se venga en dos burgueses de todos los burgueses, y el abogado hizo una hábil alusión a ese apodo de *EL BURGUÉS* que daban por la región a aquel abandonado; exclamaba:

«¿No es una ironía, y una ironía capaz de exaltar todavía a este desgraciado muchacho que no tiene padre ni madre? Es un republicano ardiente. ¿Qué digo? Hasta pertenece al partido político que la República fusilaba y deportaba no hace mucho y al que ahora recibe con los brazos abiertos, a ese partido para el que el incendio es un principio y el asesinato un recurso natural[61].

«Estas tristes doctrinas, aclamadas hoy día en las reuniones públicas, han causado la perdición de este hombre. Ha oído a republicanos, incluso a mujeres, ¡sí, a mujeres!, pedir la sangre del señor Gambetta, la sangre del señor Grévy[62]; su espíritu enfermo ha zozobrado: ha querido sangre, ¡sangre de burgués!

»¡No es a él a quien hay que condenar, señores, es a la Comuna!»

Corrieron murmullos de aprobación. Se notaba que el abogado había ganado la causa. El ministerio fiscal no replicó.

Entonces el presidente le hizo al acusado la pregunta de rigor:

«Acusado, ¿tiene algo que añadir en su defensa?»

El hombre se levantó.

Era de pequeña estatura, de un rubio de lino, de ojos grises, fijos y claros. Una voz fuerte, franca y sonora salía de aquel frágil muchacho y cambiaba de manera repentina, con las primeras palabras, la opinión que se habían hecho de él.

Habló en voz alta, en un tono declamatorio, pero tan nítido que sus menores palabras se dejaban oír hasta el fondo de la gran sala.

«Señor presidente, como no quiero ir a una casa de locos, y antes prefiero la guillotina, voy a decirle todo.

»Maté a ese hombre y a esa mujer porque eran mis padres.

»Ahora, escúcheme y júzgueme».

Una mujer que había dado a luz a un hijo, lo envió a alguna parte con una nodriza. Sólo supo a qué pueblo había llevado su cómplice a la pequeña

criatura inocente, pero condenada a la miseria eterna, a la vergüenza de un nacimiento ilegítimo; más que eso, a la muerte, puesto que lo abandonaron, puesto que la nodriza, al dejar de recibir la pensión mensual, ¡podía, como hacen a menudo, dejarlo perecer, sufrir de hambre, morir de desamparo!

La mujer que me dio de mamar fue honrada, más mujer, más honrada, más grande, más madre que mi madre. Me crió. Se equivocó al cumplir con su deber. Más vale dejar perecer a esos miserables lanzados a los pueblos de los suburbios como se arroja la basura en las afueras.

Crecí con la vaga impresión de que llevaba en mí un deshonor. Los otros niños me llamaron un día «bastardo». No sabían lo que significaba esa palabra, oída por ellos a sus padres. También yo lo ignoraba, pero la sentí.

Yo era, puedo decirlo, uno de los más inteligentes de la escuela. Habría sido un hombre honrado, señor presidente, quizá un hombre superior, si mis padres no hubieran cometido el crimen de abandonarme.

Y ese crimen lo cometieron contra mí. Yo fui la víctima, ellos los culpables. Yo estaba indefenso, ellos fueron despiadados. Debían amarme: me rechazaron.

Yo les debía la vida — pero ¿es un regalo la vida? En cualquier caso, la mía no era más que una desgracia. Después de su vergonzoso abandono, yo sólo les debía la venganza. Cometieron contra mí el acto más inhumano, más infame, más monstruoso que se pueda cometer contra un ser.

Un hombre injuriado, golpea; un hombre robado recupera sus bienes por la fuerza, un hombre deshonrado mata. Yo he sido más robado, engañado, martirizado, moralmente abofeteado, deshonrado, que todos esos cuya cólera usted absuelve.

Me he vengado, he matado. Estaba en mi legítimo derecho. Les quité su vida a cambio de la vida horrible que me habían impuesto.

¡Y usted va a hablarme de parricidio! ¿Eran mis padres esa gente para la que fui un bulto abominable, un terror, una mancha infamante, para la que mi nacimiento fue una calamidad y mi vida una amenaza de vergüenza? Buscaban un placer egoísta; tuvieron un hijo imprevisto. Eliminaron al hijo. Ahora me corresponde a mí hacer lo mismo con ellos.

Y sin embargo, hasta hace poco tiempo todavía estaba dispuesto a amarlos.

Hace dos años, como le he dicho, el hombre, mi padre, entró en mi taller por primera vez. Yo no sospechaba nada. Me encargó dos muebles. Se había informado, como más tarde supe, por el cura, bajo secreto, por supuesto.

Volvió a menudo; me daba trabajo y pagaba bien. A veces incluso hablaba conmigo de todo un poco. Sentía afecto por él.

A principios de este año trajo a su mujer, mi madre. Cuando entró, temblaba tanto que me pareció víctima de una enfermedad nerviosa. Luego pidió una silla y un vaso de agua. No dijo nada; miró mis muebles con aire enloquecido, y sólo contestaba con monosílabos, a tontas y a locas, a todas las preguntas que él le hacía. Cuando se marchó, me pareció algo loca.

Volvió al mes siguiente. Estaba tranquila, dueña de sí. Ese día se quedaron bastante tiempo charlando, y me hicieron un encargo importante. Volví a verla tres veces más, sin adivinar nada; pero un día resulta que se pone a hablarme de mi vida, de mi infancia, de mis padres. Le respondí: «Mis padres, señora, eran unos miserables que me abandonaron». Entonces se llevó la mano al corazón y cayó desmayada. Enseguida pensé: «¡Es mi madre!», pero me cuidé mucho de darlo a entender. Quería verla venir.

También yo, por mi parte, me informé. Supe que se habían casado el mes de julio anterior, y que mi madre sólo era viuda desde hacía tres años. Se había rumoreado que se habían querido en vida del primer marido, pero no había ninguna prueba. La prueba era yo, la prueba que habían ocultado primero y esperado destruir después.

Aguardé. Reapareció una tarde, acompañada siempre por mi padre. Ese día parecía muy emocionada, no sé por qué. Luego, en el momento de irse, me dijo: «Le aprecio mucho porque parece usted un muchacho honrado y trabajador; sin duda pensará en casarse algún día; quiero ayudarle a escoger libremente a la mujer que le convenga. Yo estuve casada una vez contra mi voluntad, y sé cómo se sufre. Ahora soy rica, no tengo hijos, soy libre, dueña de mi fortuna. Aquí tiene su dote».

Me tendió un gran sobre lacrado.

La miré fijamente, luego le dije: «¿Es usted mi madre?»

Retrocedió tres pasos y se tapó los ojos con la mano para no verme. Él, el hombre, mi padre, la sostuvo en sus brazos y me gritó: «¡Pero está usted loco!»

Respondí: «En absoluto. Sé que son ustedes mis padres. No pueden seguir engañándome. Confiésenlo y les guardaré el secreto; no les pediré cuentas; seguiré siendo lo que soy, un ebanista».

Él retrocedía hacia la salida sosteniendo siempre a su mujer, que empezaba a sollozar. Corrí a cerrar la puerta, me guardé la mano en el bolsillo, y continué: «Mírela y siga negando que es mi madre».

Entonces él montó en cólera, se puso muy pálido, asustado ante la idea de que el escándalo hasta entonces evitado podía estallar de repente; que su situación, su fama, su honor se perderían de golpe; balbucía: «¡Es usted un canalla que quiere sacarnos dinero! ¡Haga usted bien al pueblo, a estos palurdos, ayúdelos, socórralos!»

Mi madre, desesperada, repetía una y otra vez: «¡Vámonos, vámonos!»

Entonces, como la puerta estaba cerrada, él gritó: «¡Si no me abre ahora mismo, le haré encarcelar por chantaje y violencia!»

Yo estaba sereno; abrí la puerta y los vi perderse en la sombra.

Entonces, de pronto, me pareció que acababan de hacerme huérfano, que acababa de ser abandonado, arrojado al arroyo. Una tristeza espantosa, mezcla de cólera, odio y repugnancia, me invadió: sentía una especie de rebelión de todo mi ser, una rebelión de la justicia, de la rectitud, del honor, del amor rechazado. Eché a correr para alcanzarlos bordeando el Sena, que ellos debían seguir para llegar a la estación de Chatou.

Los alcancé enseguida. La noche estaba muy oscura. Yo iba a paso de lobo por la hierba para que no me oyeran. Mi madre seguía llorando. Mi padre decía: «Usted tiene la culpa. ¿Por qué se empeñó en verle? En nuestra posición era una locura. Habríamos podido hacerle el bien de lejos, sin dejarnos ver. Ya que no podemos reconocerle, ¿de qué servían estas peligrosas visitas?»

Salí entonces a su encuentro, suplicándoles. Balbucí: «Confiesen ustedes que son mis padres. Ya me rechazaron una vez, ¿volverán a rechazarme?»

Entonces, señor presidente, él me levantó la mano, se lo juro por mi honor, por la ley, por la República. Me pegó y, cuando yo le agarraba de la solapa, sacó de su bolsillo un revólver.

Lo vi todo rojo, es lo único que sé, en el bolsillo llevaba mi compás; lo golpeé con él, lo golpeé todo lo que pude.

Entonces ella se puso a gritar: «¡Socorro! ¡Al asesino!», tirándome de la barba. Parece que también la maté. ¿Sé yo, acaso, sé lo que hice en ese momento?

Luego, cuando los vi a los dos en el suelo, los tiré al Sena, sin reflexionar.

Eso es todo. — Ahora, júzgueme.

El acusado volvió a sentarse. Ante aquella revelación, el caso fue remitido a la sesión siguiente. Pronto se conocerá la sentencia. Si fuéramos jurados, ¿qué haríamos de este parricida?

Un ardid[63]

Charlaban al amor de la lumbre el viejo médico y la joven enferma. Ella sólo estaba indispuesta de esas enfermedades femeninas que a menudo tienen las mujeres bonitas: un poco de anemia, nervios y una sombra de cansancio, de ese cansancio que sienten a veces los recién casados al final del primer mes de su unión, cuando se han casado por amor.

Estaba tumbada en su *chaise longue* y hablaba: «No, doctor, nunca entenderé que una mujer engañe a su marido. ¡Admito incluso que no lo quiera, que llegue a olvidar sus promesas, sus juramentos! Pero ¿cómo atreverse a entregarse a otro hombre? ¿Cómo ocultarlo a ojos de todos? ¿Cómo poder amar en la mentira y la traición?»

El médico sonreía.

«Es cosa fácil. Le aseguro que, cuando entran las ganas de caer, apenas se piensa en todas esas sutilezas. Estoy convencido incluso de que una mujer no está madura para el amor verdadero hasta después de haber pasado por todas las promiscuidades y todos los hastíos del matrimonio, que, según un hombre ilustre, no es otra cosa que un intercambio de mal humor durante el día y de malos olores durante la noche. Nada es más cierto. Una mujer no puede amar apasionadamente sino después de haber estado casada. Si pudiera compararla con una casa, diría que sólo es habitable después de que un marido la ha estrenado.

»En cuanto al disimulo, todas las mujeres lo tienen para dar y tomar en tales ocasiones. Las más simples son maravillosas, y encuentran salidas de genio en los casos más difíciles».

Pero la joven parecía incrédula…

«No, doctor, sólo pasado el peligro se nos ocurre lo que habríamos debido hacer en las ocasiones peligrosas, y es más fácil desde luego que pierdan la cabeza las mujeres que los hombres».

El médico alzó los brazos.

«¿Pasado el peligro, dice usted? A nosotros sí, a nosotros nos viene la inspiración pasado el peligro. ¡Pero a ustedes!… Mire, voy a contarle una

pequeña historia ocurrida a una de mis clientes, una señora a la que, como suele decirse, yo le habría dado de comulgar sin confesión».

*

El hecho ocurrió en una ciudad de provincias.

Una noche, cuando yo dormía profundamente con ese pesado primer sueño tan difícil de turbar, me pareció, en confusa pesadilla, que las campanas de la ciudad tocaban a fuego.

Me desperté de repente; era mi campanilla, la de la calle, que tintineaba desesperadamente. Como mi criado no parecía contestar, agité a mi vez el cordón colgado sobre mi cama, y pronto batieron unas puertas y unos pasos turbaron el silencio de la casa dormida; luego apareció Jean, trayendo una carta que decía: «La señora Lelièvre ruega encarecidamente al señor doctor Siméon que pase por su casa de inmediato».

Reflexioné unos segundos; pensaba: Crisis de nervios, vapores, tontadas, estoy demasiado cansado. Y respondí: «El doctor Siméon, muy indispuesto, ruega a la señora Lelièvre tenga a bien recurrir a su colega el señor Bonnet».

Luego entregué la nota bajo sobre y volví a dormirme.

Alrededor de media hora más tarde, la campanilla de la calle sonó de nuevo, y Jean vino a decir: «Es alguien, un hombre o una mujer (no sé a punto fijo, de lo tapado que va), que querría hablar ahora mismo con el señor. Dice que va en ello la vida de dos personas».

Me incorporé: «Que pase».

Esperé sentado en mi cama.

Apareció una especie de fantasma negro y, cuando Jean hubo salido, se descubrió. Era la señora Berthe Lelièvre, una mujer muy joven, casada desde hacía tres años con un rico comerciante de la ciudad que pasaba por haber desposado a la mujer más bonita de la provincia.

Estaba horriblemente pálida, con esas crispaciones del rostro de una persona que ha perdido la cabeza, y sus manos temblaban; dos veces intentó hablar sin que de su boca pudiera salir sonido alguno. Por fin balbució: «Pronto, pronto… pronto… Doctor… Venga… Mi… mi amante se ha muerto en mi cuarto…»

Se detuvo, sofocada, luego continuó: «Mi marido va a… va a volver del casino».

Salté de la cama, sin pensar siquiera que estaba en camisón, y me vestí en unos segundos. Luego pregunté: «¿Fue usted la que vino hace un rato?» Ella,

de pie como una estatua, petrificada por la angustia, murmuró: «No… ha sido mi criada… ella sabe…» Luego, tras un silencio: «Yo me había quedado… a su lado». Y una especie de grito de dolor horrible salió de sus labios y, tras un ahogo que le provocó estertores, se echó a llorar, lloró desesperadamente con llantos y espasmos durante uno o dos minutos; luego, de improviso, sus lágrimas se detuvieron, se agotaron, como si por dentro las hubiera secado el fuego, y trágicamente calma dijo: «¡Vamos, deprisa!»

Yo estaba preparado, pero exclamé: «Diablos, no he mandado enganchar mi cupé». Ella respondió: «Yo tengo uno, tengo el de él, que lo esperaba». Se embozó hasta los cabellos. Partimos.

Cuando estuvo a mi lado, en la oscuridad del coche, me cogió bruscamente la mano y, estrujándola entre sus dedos finos, balbució con sacudidas en la voz, sacudidas procedentes del corazón desgarrado: «¡Oh, si usted supiera, si supiera cómo sufro! ¡Lo amaba, lo amaba locamente, como una insensata, desde hace seis meses!»

Pregunté: «¿Están despiertos en su casa?» Ella respondió: «No, nadie, salvo Rose, que está al tanto de todo».

Nos detuvimos delante de su puerta; todos dormían, en efecto, en la casa; entramos sin ruido con una llave maestra y subimos de puntillas. La criada, asustada, se había sentado en el suelo en lo alto de la escalera, con una vela encendida a su lado, porque no se había atrevido a quedarse junto al muerto.

Y penetré en la habitación. Estaba toda revuelta como después de una pelea. La cama arrugada, en desorden, deshecha, seguía estando abierta, parecía esperar; una sábana arrastraba hasta la alfombra; unas toallas mojadas, con las que habían frotado las sienes del joven, yacían en el suelo al lado de una palangana y de un vaso. Y un singular olor a vinagre de cocina mezclado con aromas de Lubin[64] revolvía el estómago ya desde la puerta.

Tendido cuan largo era, de espaldas, en medio de la habitación, estaba el cadáver.

Me acerqué; lo examiné; lo tenté; le abrí los ojos; le palpé las manos, luego, volviéndome hacia las dos mujeres que tiritaban como si hubieran estado heladas, les dije: «Ayúdenme a llevarlo a la cama». Y lo acostamos despacio. Entonces le ausculté el corazón y puse un espejo delante de la boca; luego murmuré: «Se acabó; vistámoslo enseguida». Era una escena horrible de ver.

Yo cogía uno a uno los miembros, como los de una enorme muñeca, y los tendía hacia las prendas de vestir que traían las mujeres. Se le pusieron los

calcetines, los calzones, el pantalón, el chaleco, luego la levita, en la que nos costó mucho trabajo hacer pasar los brazos.

Cuando hubo que abotonar las botinas, las dos mujeres se pusieron de rodillas mientras yo les alumbraba; pero como los pies estaban un poco hinchados, fue espantosamente difícil. Como no habían encontrado el abotonador, utilizaban sus horquillas.

Tan pronto como estuvo terminada la horrible tarea de vestirlo, contemplé nuestra obra y dije: «Convendría peinarlo un poco». La criada fue a buscar el cepillo y el peine de su ama; pero como temblaba, arrancaba con movimientos involuntarios los cabellos largos y enredados, la señora Lelièvre se apoderó violentamente del peine y le arregló la cabellera con suavidad, como si estuviese acariciándola. Rehízo la raya, cepilló la barba, luego enrolló lentamente el bigote en su dedo, como estaba acostumbrada a hacer, sin duda, en sus familiaridades amorosas.

Y de repente, soltando lo que tenía en las manos, cogió la cabeza inerte de su amante y miró larga, desesperadamente, aquella cara muerta que ya no le sonreía; luego, abalanzándose sobre él, lo estrechaba entre sus brazos besándolo con furia. Sus besos caían como golpes sobre la boca cerrada, sobre los ojos apagados, sobre las sienes, sobre la frente. Después, acercándose a la oreja, como si él hubiera podido oírla todavía, como para balbucir la palabra que hace más ardientes los abrazos, repitió, diez veces seguidas, con voz desgarradora. «Adiós, querido».

Pero el péndulo dio las doce.

Me sobresalté: «Diablos, las doce, es la hora a la que se cierra el casino. ¡Vamos, señora, un poco de valor!»

Ella se incorporó. Ordené: «Llevémoslo al salón». Lo cogimos entre los tres y, una vez transportado, lo hice sentar en un sofá y luego encendí los candelabros.

La puerta de la calle se abrió y se cerró pesadamente. Era él ya. Grité: «Rose, deprisa, tráigame las toallas y la palangana, y arregle el cuarto, dese prisa, ¡por Dios! Ya vuelve el señor Lelièvre».

Oí sus pisadas subiendo, acercándose. Unas manos palpaban las paredes en la sombra. Entonces llamé: «Por aquí, querido, hemos tenido un accidente».

Y el estupefacto marido apareció en el umbral, con un puro en la boca. Preguntó: «¿Cómo? ¿Qué ocurre? ¿Qué es esto?»

Fui hacia él: «Amigo mío, nos encuentra usted en un buen aprieto. Me había quedado hasta tarde hablando con su mujer y nuestro amigo que me

había traído en su coche. De repente ha caído desplomado, y desde hace dos horas, a pesar de nuestros cuidados, está sin conocimiento. No he querido llamar a nadie de fuera de la casa. Ayúdeme a bajarlo; le cuidarán mejor en su domicilio».

El esposo, sorprendido, pero sin desconfianza, se quitó el sombrero; luego agarró por debajo de los brazos a su rival ya inofensivo. Yo me coloqué entre sus piernas, como un caballo entre las dos varas, y así bajamos la escalera, alumbrados ahora por la esposa.

Cuando estuvimos delante de la puerta, incorporé el cadáver y le hablé, animándolo para engañar a su cochero: «Vamos, mi buen amigo, no será nada; ya se siente mejor, ¿verdad? Vamos, anímese, un poco de valor, haga un pequeño esfuerzo, y ya está».

Como notaba que iba a derrumbarse, que se me iba de entre las manos, le propiné un fuerte golpe con el hombro que lo lanzó hacia delante y lo hizo entrar en el coche; luego, yo monté detrás.

El marido, inquieto, me preguntaba: «¿Cree usted que será grave?» Respondí: «No», sonriendo, y miré a la mujer. Ella había cogido el brazo del esposo legítimo y hundía sus ojos fijos en el fondo oscuro del cupé.

Les estreché las manos y di la orden de arrancar. Durante el trayecto el muerto se me vino encima de la oreja derecha.

Cuando hubimos llegado a su casa, anuncié que había perdido el conocimiento por el camino. Ayudé a subirlo a su habitación; luego, certifiqué el deceso; ante su afligida familia representé toda una nueva comedia. Por fin, pude volver a mi cama, no sin echar pestes contra los enamorados.

*

El doctor se calló, sin dejar de sonreír.

La joven, crispada, preguntó:

«¿Por qué me ha contado esa espantosa historia?»

Él saludó galante.

«Para ofrecerle mis servicios, si llega la ocasión».

El miedo[65]

A J.-K. Huysmarts[66]

Subimos de nuevo al puente después de la cena. Ante nosotros, el Mediterráneo no ofrecía el menor temblor en toda su superficie, que una gran luna tranquila tornasolaba. El enorme barco se deslizaba, lanzando al cielo, que parecía tachonado de estrellas, una gran serpiente de humo negro; y, detrás de nosotros, el agua toda blanca, agitada por el paso rápido de la pesada embarcación, batida por la hélice, espumeaba, parecía retorcerse, removía tantas claridades que se hubiera dicho que hervía la luz de la luna.

Estábamos allí, seis u ocho, silenciosos, admirativos, con la vista vuelta hacia el África lejana adonde íbamos. El comandante, que fumaba un puro en medio de nosotros, reanudó de pronto la conversación de la cena.

«Sí, ese día tuve miedo. Mi navío permaneció seis horas con aquella roca en el vientre, batido por el mar. Por suerte fuimos recogidos, hacia el atardecer, por un carbonero inglés que nos divisó.»

Entonces, un hombre alto de rostro quemado, de aspecto grave, uno de esos hombres que se nota que han atravesado largos países desconocidos en medio de incesantes peligros, y cuya mirada tranquila parece guardar, en sus profundidades, algo de los paisajes extraños que han visto, uno de esos hombres que se adivinan templados en el valor, habló por primera vez:

«Dice usted, comandante, que tuvo miedo; no lo creo. Se equivoca usted en la palabra y en la sensación que experimentó. Un hombre enérgico nunca tiene miedo frente al peligro apremiante. Se emociona, se agita, está ansioso; pero el miedo… eso es otra cosa.»

El comandante prosiguió riendo:

«¡Caray! Le aseguro que fue miedo lo que tuve.»

Entonces el hombre de tez bronceada dijo con voz lenta:

*

*

¡Permítame explicarme! El miedo (y los hombres más audaces pueden tener miedo) es algo espantoso, una sensación atroz, una especie de descomposición del alma, un horroroso espasmo del pensamiento y del corazón, cuyo solo recuerdo da escalofríos de angustia. Pero eso no ocurre cuando uno es valiente, ni ante un ataque, ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas comunes del peligro: eso ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas, frente a riesgos vagos. El verdadero miedo es algo así como una reminiscencia de los terrores fantásticos de otros tiempos. Un hombre que cree en los aparecidos, y que imagina ver un espectro en la noche, debe sentir el miedo en todo su espantoso horror.

Yo sí, yo adiviné lo que es el miedo en pleno día, hace unos diez años. Volví a sentirlo el invierno pasado, una noche de diciembre.

Y sin embargo, he pasado por muchas vicisitudes, por muchas aventuras que parecían mortales. He luchado a menudo. Fui dado por muerto por unos ladrones. Fui condenado, como sublevado, a ser colgado en América, y arrojado al mar desde la cubierta de un barco en las costas de China. En todas esas ocasiones me creí perdido, e inmediatamente tomé una decisión, sin enternecimientos e incluso sin arrepentimientos.

Pero el miedo no es eso.

Lo presentí en África. Y sin embargo es hijo del Norte; el sol lo disipa como a la niebla. Fíjense bien en esto, caballeros. Entre los orientales, la vida no vale gran cosa; se resignan enseguida; las noches son claras y carecen de leyendas, y las almas tampoco tienen esas sombrías inquietudes que atormentan a los cerebros en los países fríos. En Oriente se puede conocer el pánico, pero se ignora el miedo.

Pues bien, he aquí lo que me ocurrió en esa tierra de África:

Atravesaba las grandes dunas al sur de Uargla. Es ésa una de las comarcas más extrañas del mundo. Ustedes conocen la arena lisa, los arenales llanos de las interminables playas del Océano. Pues bien, figúrense el Océano mismo vuelto arena en pleno huracán; imaginen una tempestad silenciosa de inmóviles olas de polvo amarillo. Son altas como montañas esas olas desiguales, diferentes, que se levantan igual que el oleaje desenfrenado, pero más grandes todavía, y estriadas como el muaré. Sobre ese mar furioso, mudo y sin movimiento, el sol devorador del Sur vierte su llama implacable y

directa. Hay que escalar esas láminas de ceniza de oro, volver a bajar, escalar de nuevo, subir constantemente, sin descanso ni sombra. Los caballos jadean, se hunden hasta las rodillas y resbalan al bajar la otra vertiente de las sorprendentes colinas.

Éramos dos amigos seguidos por ocho espahíes y cuatro camellos con sus camelleros. Ya no hablábamos, abrumados de calor, de fatiga, y tan muertos de sed como aquel desierto ardiente. De pronto, uno de aquellos hombres lanzó una especie de grito; todos se detuvieron; y nos quedamos inmóviles, sorprendidos por un inexplicable fenómeno conocido por los viajeros en esas regiones perdidas.

En alguna parte, cerca de nosotros, en una dirección indeterminada, redoblaba un tambor, el misterioso tambor de las dunas; redoblaba con nitidez, unas veces más vibrante, otras debilitado, deteniéndose y luego reanudando su redoble fantástico.

Los árabes, espantados, se miraban; y uno dijo, en su lengua: «La muerte está sobre nosotros.» Y de repente mi compañero, mi amigo, casi mi hermano, cayó del caballo de cabeza, fulminado por una insolación.

Y durante dos horas, mientras yo intentaba en vano salvarlo, aquel tambor inaccesible seguía invadiéndome los oídos con su ruido monótono, intermitente e incomprensible; y yo sentía deslizarse en mis huesos el miedo, el verdadero miedo, el odioso miedo, frente a aquel cadáver amado, en aquel agujero incendiado por el sol entre cuatro montes de arena, mientras el eco desconocido nos lanzaba, a doscientas leguas de cualquier pueblo francés, el redoble rápido del tambor.

Ese día comprendí lo que era tener miedo; pero lo supe todavía mejor en otra ocasión…

El comandante interrumpió al narrador:

«Perdón, caballero, pero ¿ese tambor? ¿Qué era?»

El viajero respondió:

No lo sé. Nadie lo sabe. Los oficiales del ejército, muchas veces sorprendidos por ese singular ruido, suelen atribuirlo al eco aumentado, multiplicado, desmesuradamente inflado por las ondulaciones de las dunas, de una lluvia de granos de arena llevados por el viento al chocar con una mata de hierbas secas; pues siempre se ha observado que el fenómeno se produce en las proximidades de pequeñas plantas quemadas por el sol y duras como pergamino.

Ese tambor no sería, por tanto, más que una especie de espejismo del sonido. Eso es todo. Pero yo no lo supe sino más tarde.

Paso a contar a mi segunda emoción.

Fue el pasado invierno, en un bosque del nordeste de Francia. El cielo estaba tan oscuro que la noche llegó dos horas antes. Tenía como guía a un campesino que caminaba a mi lado, por un pequeño sendero, bajo una bóveda de abetos de los que un viento furioso sacaba aullidos. Entre las copas veía correr nubes en desorden, nubes enloquecidas que parecían huir ante algo espantoso. A veces, bajo una ráfaga inmensa, todo el bosque se inclinaba en el mismo sentido con un gemido de sufrimiento; y me invadía el frío a pesar de mi paso rápido y de mis pesadas ropas.

Debíamos cenar y acostarnos en casa de un guarda forestal cuya morada no estaba muy lejos de nosotros. Yo iba allí a cazar.

A veces mi guía alzaba los ojos y murmuraba: «¡Qué tiempo más triste!» Luego me habló de la gente a cuya casa íbamos. El padre había matado a un cazador furtivos dos años antes, y desde entonces se mostraba taciturno, como atormentado por un recuerdo. Sus dos hijos, casados, vivían con él.

Las tinieblas eran profundas. No veía nada delante de mí ni a mi alrededor, y todo el ramaje de los árboles que chocaban entre sí llenaba la noche de un incesante rumor. Distinguí por fin una luz, y no tardó mi compañero en llamar a una puerta. Nos respondieron unos gritos agudos de mujeres. Luego, una voz de hombre, una voz estrangulada, preguntó: «¿Quién va?» Mi guía dijo su nombre. Entramos. Fue un cuadro inolvidable.

Un anciano de pelo blanco, con mirada enloquecida y la escopeta cargada en la mano, nos esperaba de pie en el centro de la cocina, mientras dos altos y robustos jóvenes, armados de hachas, guardaban la puerta. Distinguí en los rincones oscuros a dos mujeres de rodillas, con la cara oculta contra la pared.

Nos presentamos. El viejo dejó su arma contra la pared y ordenó que preparara mi cuarto; luego, como las mujeres no se movían, me dijo bruscamente:

«Mire usted, señor, maté a un hombre esta misma noche hace dos años. El año pasado, volvió para buscarme. También lo espero esta noche…»

Y añadió en un tono que me hizo sonreír:

«Por eso no estamos tranquilos.»

Lo tranquilicé como pude, feliz de haber llegado precisamente esa noche, y de asistir al espectáculo de aquel terror supersticioso. Conté varias historias, y conseguí calmar más o menos a todo el mundo.

Cerca del fuego, un viejo perro, casi ciego y bigotudo, uno de esos perros que se parecen a personas que conocemos, dormía con el morro entre las patas.

Fuera, la tempestad encarnizada azotaba la pequeña casa y, por un estrecho ventano de cristal, una especie de mirilla colocada junto a la puerta, veía de pronto todo un revoltijo de árboles zarandeados por el viento al resplandor de grandes relámpagos.

Pese a mis esfuerzos, notaba perfectamente que un terror profundo se había apoderado de aquella gente, y cada vez que yo dejaba de hablar, todos los oídos escuchaban a lo lejos. Harto de presenciar aquellos temores imbéciles, iba a pedir permiso para acostarme cuando el viejo guarda saltó de pronto de su silla, cogió de nuevo su escopeta, tartamudeando con voz extraviada: «¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Lo oigo!» Las dos mujeres volvieron a caer de rodillas en sus rincones tapándose la cara; y los hijos cogieron de nuevo sus hachas. Iba a intentar tranquilizarlos de nuevo cuando el perro, dormido, se despertó bruscamente y, alzando la cabeza, tendiendo el cuello, mirando hacia el fuego con su ojo casi apagado, lanzó uno de esos lúgubres aullidos que hacen estremecerse a los viajeros, por la noche, en el campo. Todos los ojos se volvieron hacia él; ahora permanecía inmóvil, erguido sobre sus patas como acosado por una visión, y volvió a aullar hacia algo invisible, desconocido, horrible sin duda, porque todo el pelo se le erizaba. El guarda, lívido, gritó: «¡Lo huele! ¡Lo huele! Estaba allí cuando lo maté.» Y las enloquecidas mujeres se pusieron, las dos, a aullar con el perro.

A pesar mío, un gran escalofrío me recorrió la espalda. Ver al animal en aquel lugar, a aquella hora, en medio de aquella gente enloquecida, era espantoso.

Entonces, durante una hora, el perro aulló sin moverse; aulló como en la angustia de un sueño; y el miedo, el espantoso miedo iba apoderándose de mí; ¿el miedo a qué? ¿Acaso lo sé? Era el miedo, eso es todo.

Permanecíamos inmóviles, lívidos, a la espera de un acontecimiento horrible, aguzando el oído, con el corazón palpitante, sobresaltados al más ligero ruido. Y el perro se puso a dar vueltas por la estancia, oliendo las paredes y sin dejar de gemir. ¡Aquel animal nos volvía locos! Entonces, el campesino que me había llevado se abalanzó sobre él, en una especie de paroxismo de terror nervioso y, abriendo una puerta que daba a un pequeño patio, echó al animal fuera.

Se calló enseguida; y nosotros permanecimos sumidos en un silencio todavía más terrorífico. Y de repente, todos juntos, tuvimos una especie de

sobresalto: un ser se deslizaba contra la pared exterior, del lado del bosque; luego, pasó junto a la puerta, que pareció tantear, con mano vacilante; después, durante dos minutos que nos convirtieron en insensatos, no se oyó nada; luego volvió rozando siempre la pared; y la arañó ligeramente, como haría un niño con su uña; después, de improviso, apareció una cabeza pegada al vidrio de la mirilla, una cabeza blanca con unos ojos luminosos como los de las fieras. Y de su boca salió un sonido, un sonido indistinto, un murmullo quejumbroso.

Entonces, en la cocina estalló un ruido formidable. El viejo guarda había disparado. Inmediatamente los hijos se precipitaron, taparon la mirilla levantando la gran mesa, que sujetaron con el aparador.

Y les juro que, al estrépito del disparo de escopeta que no me esperaba, tuve tal angustia en el corazón, el alma y el cuerpo, que me sentí desfallecer, a punto de morir de miedo.

Permanecimos allí hasta la aurora, incapaces de movernos, de decir una palabra, crispados en un enloquecimiento increíble.

No nos atrevimos a desatrancar la salida hasta no ver, por la rendija de un sobradillo, un delgado rayo de luz.

Al pie de la pared, junto a la puerta, yacía el viejo perro, con el hocico destrozado por una bala.

Había salido del patio escarbando un agujero por debajo de una empalizada.

*

El hombre de la cara morena se calló; luego añadió:

«Esa noche, sin embargo, no corrí ningún peligro; pero preferiría volver a pasar todas las horas en que he afrontado los peligros más terribles antes que el único minuto del disparo sobre la cabeza barbuda de la mirilla.»

El lobo[67]

He aquí lo que nos contó el viejo marqués d'Arville al final de la cena de San Huberto, en casa del barón des Ravels.

Ese día habíamos acosado a un ciervo. El marqués era el único de los comensales que no había participado en aquella persecución, pues no cazaba nunca.

Durante todo el tiempo que duró aquella larga cena apenas se había hablado de otra cosa que de matanzas de animales. Hasta las mujeres se interesaban en los relatos sanguinarios y a menudo inverosímiles, y los oradores remedaban los ataques y los combates de hombres contra animales, levantaban los brazos y contaban con voz de trueno.

El señor d'Arville hablaba bien, con cierta poesía algo rimbombante, pero llena de efectismo. Debía de haber repetido con frecuencia aquella historia, porque la contaba de corrido, sin vacilar en las palabras hábilmente elegidas para producir su imagen.

*

Caballeros, nunca he cazado, mi padre tampoco, mi abuelo tampoco, y tampoco mi bisabuelo. Este último era hijo de un hombre que cazó más que todos ustedes. Murió en 1764. Les diré cómo.

Se llamaba Jean, estaba casado, padre del niño que fue mi tatarabuelo, y vivía con su hermano menor, François d'Arville, en nuestro castillo de Lorena, en pleno bosque.

François d'Arville se había quedado soltero por amor a la caza.

Ambos cazaban durante todo el año, sin reposo, sin tregua, sin cansarse. Sólo les gustaba eso, no comprendían otra cosa, sólo hablaban de eso, sólo vivían para eso.

Tenían en el corazón esa pasión terrible, inexorable. Los abrasaba, tras haberlos invadido por entero, sin dejar sitio para nada más.

Habían prohibido que se los molestara nunca cuando cazaban, por ninguna razón. Mi tatarabuelo nació mientras mi padre perseguía a un zorro, y Jean d'Arville no interrumpió su carrera, pero lanzó un juramento: «¡Por todos los diablos, ese bribón ya podía haber esperado hasta después del toque de acoso!»

Su hermano François aún era más impetuoso. En cuanto se levantaba iba a ver a los perros, luego a los caballos, después disparaba a los pájaros de los alrededores del castillo hasta el momento de partir para perseguir alguna pieza mayor.

En la región los llamaban el señor Marqués y el señor Benjamín, porque los nobles de entonces no obraban como la nobleza de ocasión de nuestro tiempo, que quiere establecer en los títulos una jerarquía descendente, pues el hijo de un marqués ya no es conde, ni el hijo de un vizconde barón, y el hijo de un general no es coronel de nacimiento. Pero la mezquina vanidad de hoy día saca provecho de este arreglo.

Vuelvo a mis antepasados.

Eran, al parecer, desmesuradamente altos, huesudos, peludos, violentos y vigorosos. El joven, más alto todavía que el primogénito, tenía una voz tan fuerte que, según una leyenda de la que estaba orgulloso, todas las hojas del bosque se agitaban cuando él gritaba.

Y, cuando ensillaban para salir de cacería, debía de ser un espectáculo magnífico ver a aquellos dos gigantes montar a horcajadas sobre sus grandes caballos.

Hacia mitad del invierno de ese año de 1764, los fríos fueron excesivos y los lobos se volvieron feroces.

Atacaban incluso a los campesinos rezagados, merodeaban por la noche alrededor de las casas, aullaban desde el crepúsculo hasta el alba y vaciaban los establos.

Y no tardó en circular un rumor. Se hablaba de un lobo colosal, de pelaje gris, casi blanco, que se había comido a dos niños, devorado el brazo de una mujer, estrangulado a todos los perros de guardia de la región, y que penetraba sin miedo en los cercados para ir a olfatear bajo las puertas. Todos los habitantes afirmaban haber sentido su aliento, que hacía vacilar la llama de las velas. Y no tardó en cundir el pánico por toda la provincia. Ya nadie se atrevía a salir en cuanto caía la noche. Las tinieblas parecían pobladas por la imagen de aquel animal…

Los hermanos d'Arville decidieron buscarlo y matarlo, e invitaron a grandes cacerías a todos los gentilhombres de la región.

Fue inútil. Por más que batieran los bosques, escudriñaran los matorrales, nunca lo encontraban. Mataban lobos, pero no a aquél. Y cada noche que seguía a la batida, el animal, como para vengarse, atacaba a algún viajero o devoraba algún ganado, siempre lejos del lugar donde lo habían buscado.

Por fin, una noche penetró en el establo de los cerdos del castillo d'Arville y devoró a dos de los mejor criados.

Los dos hermanos montaron en cólera, considerando aquel ataque como una provocación del monstruo, una injuria directa, un reto. Cogieron sus mejores sabuesos acostumbrados a perseguir bestias temibles, y salieron de caza con el corazón lleno de rabia.

Desde la aurora hasta la hora en que el sol púrpura desciende tras los grandes árboles desnudos, batieron la maleza sin encontrar nada.

Al final, ambos, furiosos y desolados, volvían al paso de sus caballos por una alameda bordeada de matorrales, extrañándose de que su ciencia fuera desbaratada por aquel lobo, sobrecogidos de pronto por una especie de temor misterioso.

El primogénito decía: «No es un animal corriente. Se diría que piensa como un hombre».

El benjamín respondió: «Quizá deberíamos hacer que nuestro primo el obispo bendiga una bala, o pedir a algún sacerdote que pronuncie las palabras oportunas».

Luego se callaron.

Jean prosiguió: «Mira qué rojo está el sol. Esta noche el gran lobo cometerá alguna fechoría».

No había terminado de hablar cuando su caballo se encabritó; el de François empezó a dar coces. Un enorme matorral cubierto de hojas muertas se abrió ante ellos, y de allí surgió un animal colosal, totalmente gris, que salió a escape a través del bosque.

Ambos lanzaron una especie de gruñido de alegría, e, inclinándose sobre el cuello de sus pesados caballos, los impulsaron con un empujón de todo su cuerpo hacia delante; los lanzaron a tal paso, excitándolos, arrastrándolos, enloqueciéndolos con la voz, el gesto y la espuela, que los poderosos jinetes parecían llevar a los pesados animales entre sus muslos y levantarlos como si volasen.

Corrían así, a galope tendido, atajando por los barrancos, trepando por las cuestas, bajando a las gargantas y tocando el cuerno a pleno pulmón para atraer a sus criados y a sus perros.

Y de repente, en aquella carrera frenética, mi antepasado dio con la frente contra una enorme rama que le partió el cráneo; y cayó muerto en redondo a tierra, mientras su caballo enloquecido se desbocaba y desaparecía en la sombra que envolvía los bosques.

El benjamín d'Arville se detuvo en seco, saltó a tierra, cogió en brazos a su hermano y vio que los sesos salían de la herida con la sangre.

Entonces se sentó junto al cuerpo, puso en sus rodillas la cabeza desfigurada y roja y esperó, contemplando aquella cara inmóvil del mayor. Poco a poco lo invadía un miedo, un miedo singular que nunca hasta entonces había sentido, el miedo a la sombra, el miedo a la soledad, el miedo al bosque desierto, y también el miedo al lobo fantástico que acababa de matar a su hermano para vengarse de ellos.

Las tinieblas se volvían más espesas, el frío agudo hacía crujir los árboles. François se levantó, estremecido, incapaz de permanecer allí más tiempo, sintiéndose a punto de desfallecer. Ya no se oía nada, ni los ladridos de los perros ni el sonido de los cuernos, el invisible horizonte hacía enmudecer todo; y aquel silencio taciturno de la noche helada tenía algo de espantoso y de extraño.

Cogió en sus manos de coloso el gran cuerpo de Jean, lo enderezó y lo colocó atravesado en la silla para devolverlo al castillo; luego volvió a ponerse en marcha despacio, con la mente confusa como si estuviera borracho, perseguido por imágenes horribles y sorprendentes.

Y de improviso, por el camino que la oscuridad invadía pasó una forma enorme. Era el animal. Una sacudida de espanto agitó al cazador; algo frío, como una gota de agua, resbaló por su espalda, y como un monje tentado por el diablo hizo una gran señal de la cruz, enloquecido por aquel repentino regreso del horrible merodeador. Pero sus ojos volvieron a caer sobre el cuerpo inerte tendido delante de él, y de pronto, pasando bruscamente del temor a la cólera, se estremeció con una rabia inmoderada.

Picó espuelas entonces al caballo y se lanzó tras el lobo.

Lo seguía entre los matorrales, por barrancos y oquedales, atravesando bosques que ya no reconocía, con la mirada clavada en la mancha blanca que huía en la oscuridad que había descendido sobre la tierra.

También su caballo parecía animado por una fuerza y un ardor desconocidos. Galopaba con el cuello tendido, siempre hacia delante, golpeando los árboles y las rocas con la cabeza y los pies del muerto atravesado en la silla. Las zarzas le arrancaban los cabellos; la frente,

golpeando los enormes troncos, los salpicaba de sangre; las espuelas desgarraban jirones de corteza.

Y de pronto, animal y jinete salieron del bosque y se precipitaron en un pequeño valle mientras la luna aparecía sobre los montes. El pequeño valle era pedregoso, cerrado por rocas enormes, sin salida posible; y el lobo, acorralado, se volvió.

François lanzó entonces un aullido de alegría que los ecos repitieron como el fragor de un trueno, y saltó del caballo cuchillo en mano.

El animal, erizado, con la espalda arqueada, lo esperaba; sus ojos brillaban como dos estrellas. Pero antes de librar batalla, el fuerte cazador, cogiendo a su hermano, lo sentó sobre una roca y, sujetando con piedras su cabeza que ya no era más que una mancha de sangre, le gritó al oído, como si estuviera hablando a un sordo: «¡Mira, Jean, mira esto!»

Luego se lanzó contra el monstruo. Sentía dentro de sí fuerza suficiente para derribar una montaña, para triturar piedras en sus manos. El animal quiso morderle, tratando de buscarle el vientre; pero él lo había agarrado por el cuello, sin servirse siquiera de su arma, y lo estrangulaba despacio, escuchando cómo se detenían el aliento en su garganta y los latidos en su corazón. Y se reía, disfrutando enloquecido, cerrando cada vez más su formidable abrazo, gritando en un delirio de alegría: «¡Mira, Jean, mira!» Toda resistencia cesó; el cuerpo del lobo se volvió flácido. Estaba muerto.

Entonces François, cogiéndolo en brazos, lo llevó y fue a arrojarlo a los pies del primogénito, repitiendo con voz enternecida: «¡Mira, mira, mira, mi pequeño Jean, aquí lo tienes!»

Luego colocó en su silla los dos cadáveres, uno sobre otro, y se puso de nuevo en camino.

Regresó al castillo riendo y llorando, como Gargantúa en el nacimiento de Pantagruel[68], lanzando gritos de triunfo y pataleando de alegría mientras contaba la muerte del animal, y gimiendo y mesándose la barba mientras refería la de su hermano.

Y con frecuencia, después, cuando hablaba de ese día, decía con lágrimas en los ojos: «Si por lo menos el pobre Jean hubiera podido verme estrangular al otro, habría muerto contento, ¡estoy seguro!»

La viuda de mi antepasado inspiró a su hijo huérfano el horror por la caza que se ha transmitido de padres a hijos hasta mí.

*

El marqués d’Arville se calló. Alguien preguntó: «Esa historia es una leyenda, ¿verdad?»

Y el narrador contestó:

«Les juro que es verdad de principio a fin».

Entonces una mujer declaró con una vocecita dulce:

«Da igual, es bonito tener pasiones así».

Madame Baptiste[69]

Cuando entré en la sala de viajeros de la estación de Loubain[70], mi primera mirada fue para el reloj. Tenía que esperar dos horas y diez minutos al expreso de París.

De repente me sentí como si hubiera caminado diez leguas a pie; luego miré a mi alrededor como si fuera a descubrir en las paredes alguna manera de matar el tiempo; después volví a salir y me detuve ante la puerta de la estación, con la mente atormentada por el deseo de inventar algo que hacer.

La calle, especie de bulevar plantado con delgadas acacias, entre dos hileras de casas desiguales y diferentes, casas de ciudad pequeña, subía a una especie de colina; y al final del todo se distinguían árboles, como si desembocara en un parque.

De vez en cuando un gato cruzaba la calzada, saltando los arroyos con delicadeza. Un gozque apresurado olía el pie de todos los árboles, buscando desperdicios de cocina. Yo no veía a ningún hombre.

Un sombrío desaliento me invadió. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Ya estaba pensando en la interminable e inevitable sesión en el pequeño café del ferrocarril, ante una jarra de cerveza imbebible y el ilegible periódico del lugar, cuando vi un cortejo fúnebre que salía de una calle lateral para adentrarse en la que yo estaba.

La vista del ataúd supuso un alivio para mí. Por lo menos eran diez minutos ganados.

Pero de repente mi atención se acrecentó. El muerto sólo era seguido por ocho señores, uno de los cuales lloraba. Los otros charlaban amistosamente. No iba con ellos ningún sacerdote. Pensé: «Es un entierro civil», luego reflexioné que una ciudad como Loubain debía de tener por lo menos un centenar de librepensadores que habrían considerado un deber manifestarse. Entonces, ¿qué? La marcha rápida del cortejo decía, claramente, sin embargo que enterraban a aquel difunto sin ceremonias y, por consiguiente, sin religión.

Mi curiosidad ociosa se lanzó a las hipótesis más complicadas; pero como el coche fúnebre pasaba delante de mí, se me ocurrió una idea extravagante: sumarme a los ocho señores. Haciéndolo estaría ocupado una hora menos, y me puse en marcha, con aire triste, detrás de los otros.

Los dos últimos se volvieron sorprendidos, luego hablaron en voz baja. Se preguntaban desde luego si yo era de la ciudad. Luego consultaron a los dos que los precedían, que se pusieron a su vez a mirarme. Aquella atención inquisitiva me molestaba, y, para acabar con ella, me acerqué a mis vecinos. Tras saludarlos, dije: «Les pido disculpas, señores, si interrumpo su conversación. Pero al ver un entierro civil, me he apresurado a seguirlo sin conocer, por otro lado, al muerto que acompañan». Uno de los señores dijo: «Es una muerta». Me extrañó y pregunté: «Pero sigue siendo un entierro civil, ¿verdad?»

El otro señor, que evidentemente deseaba informarme, tomó la palabra. «Sí y no. El clero nos ha negado la entrada en la iglesia». Esta vez lancé un «¡Ah!» de estupefacción. No comprendía nada.

Mi obsequioso vecino me confió en voz baja: «¡Oh!, es toda una historia. Esta joven se ha matado, y por eso no se la ha podido enterrar religiosamente. Su marido es aquel de allí, el que va en la cabecera, llorando». Entonces dije en tono vacilante: «Me sorprende usted y me interesa mucho, señor. ¿Sería indiscreto pedirle que me cuente esta historia? Si le importuno, pongamos que no he dicho nada».

El señor me cogió del brazo familiarmente: «Nada de eso, nada de eso. Venga, quedémonos algo rezagados. Voy a contárselo, es muy triste. Tenemos tiempo antes de llegar al cementerio, cuyos árboles puede ver allá arriba; porque la cuesta es pronunciada».

Y empezó.

*

Ha de saber que esta joven, Mme. Paul Hamot, era hija de un rico comerciante de la región, el señor Fontanelle. Siendo muy niña, a los once años, tuvo una aventura terrible: un criado la mancilló. Estuvo a punto de morir, desgraciada por aquel miserable a quien su brutalidad denunció. Tuvo lugar un proceso espantoso que reveló que, desde hacía tres meses, la pobre mártir era víctima de las vergonzosas prácticas de aquel bestia. El hombre fue condenado a trabajos forzados a perpetuidad.

La niña creció, marcada por la infamia, aislada, sin amigas, sin recibir apenas un beso de las personas mayores que habrían creído mancharse los labios tocando su frente.

Para la ciudad se había vuelto una especie de monstruo, de fenómeno. Se decía en voz baja: «Ya sabe, la pequeña Fontanelle». En la calle todos se volvían cuando ella pasaba. Ni siquiera podían encontrarse criadas para llevarla al paseo, y las sirvientas de las otras familias se mantenían apartadas como si un contagio hubiera emanado de la niña para infectar a cuantos se le acercaban.

Era lamentable ver a la pobre pequeña en los lugares a los que van a jugar los chiquillos todas las tardes. Se quedaba completamente sola, de pie junto a su criada, mirando con aire triste a los otros críos que se divertían. A veces, cediendo a un irresistible deseo de mezclarse con los niños, avanzaba tímidamente, con gestos temerosos y entraba en un grupo con paso furtivo, como consciente de su indignidad. Y entonces, desde todos los bancos acudían enseguida las madres, las criadas, las tías, que cogían de la mano a las niñitas confiadas a su guarda y las arrastraban brutalmente. La pequeña Fontanelle se quedaba sola, desesperada, sin comprender; y se echaba a llorar con el corazón partido de pena. Luego corría a esconder el rostro, sollozando, en el delantal de su criada.

Creció; fue todavía peor. Las muchachas se alejaban de ella como de una apestada. Piense, pues, que aquella joven ya no tenía nada que aprender, nada; que ya no tenía derecho a la simbólica flor de azahar; que había descubierto, casi antes de saber leer, el temible misterio que las madres sólo dejan adivinar apenas y temblando la noche de bodas.

Cuando pasaba por la calle, acompañada por su institutriz, como si la hubieran vigilado por el temor incesante de alguna nueva y terrible aventura, cuando pasaba por la calle, con los ojos siempre en el suelo bajo la vergüenza misteriosa que sentía pesar sobre ella, las demás chicas, menos ingenuas de lo que se piensa, cuchicheaban mirándola de manera taimada, con risitas burlonas, y apartaban enseguida la cabeza con aire distraído, si por casualidad ella las miraba.

Apenas la saludaban. Sólo algunos hombres se descubrían. Las madres fingían no haberla visto. Algunos pequeños mirones la llamaban «Madame Baptiste», por el nombre del criado que la había ultrajado y deshonrado.

Nadie conocía las torturas secretas de su alma, porque apenas hablaba y no se reía nunca. Hasta sus propios padres parecían molestos ante ella, como si eternamente le guardaran resentimiento por alguna falta irreparable.

Un hombre honrado no estrecharía con gusto la mano de un presidiario liberado, ¿verdad?, aunque ese presidiario fuera su hijo. El señor y la señora Fontanelle consideraban a su hija como hubieran considerado a un hijo que saliese de presidio.

Era bonita y pálida, alta, delgada, distinguida. De no ser por ese lance, señor, me habría gustado mucho.

Pero cuando tuvimos un nuevo subprefecto, hace ahora dieciocho meses, trajo consigo a su secretario particular, un joven raro, que al parecer había vivido en los ambientes del Barrio Latino.

Vio a Mlle. Fontanelle y se enamoró. Le contaron todo. Se limitó a responder: «Bah, eso es precisamente una garantía para el futuro. Prefiero que sea antes que después. Con esta mujer, dormiré tranquilo».

La cortejó, la pidió en matrimonio y se casó con ella. Entonces, como tenía desparpajo, hizo las visitas de rigor tras la boda como si no pasara nada. Algunas personas se las devolvieron, otras se abstuvieron. En fin, empezaban a olvidar, y ella ocupaba un lugar en sociedad.

Debo decirle que adoraba a su marido como a un dios. Piense usted que le había devuelto el honor, que la había hecho entrar en la ley común, que había desafiado, forzado la opinión pública, que había afrontado los ultrajes, realizado, en suma, un acto valeroso que pocos hombres harían. Así pues, sentía por él una pasión exaltada y recelosa.

Quedó encinta, y cuando se supo su embarazo, las personas más quisquillosas le abrieron su puerta, como si hubiera sido purificada definitivamente por la maternidad. Es raro, pero es así…

No podían ir mejor las cosas cuando, el otro día, celebramos la fiesta del patrón de la comarca. El prefecto, rodeado de su estado mayor y de las autoridades, presidía el concurso de orfeones, y acababa de pronunciar su discurso cuando empezó el reparto de medallas que su secretario particular, Paul Hamot, entregaba a los favorecidos.

Como usted sabe, en estas cosas, siempre hay envidias y rivalidades que hacen perder la compostura a la gente.

Todas las damas de la ciudad estaban allí, en el estrado.

Cuando le tocó el turno avanzó el director de la banda del burgo de Mormillon. Su banda sólo tenía una medalla de segunda clase. No se puede dar la de primera clase a todo el mundo, ¿verdad?

Cuando el secretario particular le entregó su emblema, aquel hombre se lo tiró a la cara gritando: «Puedes quedarte tu medalla para Baptiste. Le debes incluso una de primera clase igual que a mí».

Había allí un montón de gente que se echó a reír. El pueblo no es caritativo ni delicado, y todos los ojos se volvieron hacia la pobre dama.

¡Oh!, señor, ¿ha visto alguna vez a una mujer enloquecer? — No. — Pues bien, ¡nosotros asistimos a ese espectáculo! Se levantó y volvió a caer en su asiento tres veces seguidas, como si hubiera querido escapar y comprendido que no podría atravesar toda aquella multitud que la rodeaba.

En alguna parte, entre el público, una voz gritó además: «¡Ohé, Madame Baptiste!» Entonces se produjo un gran tumulto, hecho de burlas y de indignaciones. Era una marejada, un tumulto; todas las cabezas se movían. Se repetía aquella frase; se ponían de puntillas para ver la cara que ponía aquella desgraciada; los maridos levantaban a sus mujeres en brazos para mostrársela; había gente que preguntaba: «¿Cuál, la de azul?» Los chiquillos lanzaban gritos de gallo; de trecho en trecho estallaban risotadas.

Ella había dejado de moverse, desesperada, en su sillón de autoridades, como si la hubieran colocado allí para exhibirla a la asamblea. No podía ni desaparecer, ni moverse, ni ocultar su rostro. Parpadeaba precipitadamente, como si una fuerte luz le hubiera quemado los ojos; y resoplaba como un caballo que sube una cuesta.

Partía el corazón verla.

El señor Hamot había agarrado del cuello al grosero personaje, y rodaban por tierra en medio de un tumulto espantoso.

La ceremonia fue interrumpida.

Una hora después, en el momento en que los Hamot volvían a su casa, la joven, que no había pronunciado una sola palabra desde el insulto, pero que temblaba como si todos sus nervios hubieran sido puestos en danza por un resorte, saltó de pronto el pretil del puente sin que su marido tuviera tiempo de retenerla, y se tiró al río.

El agua es profunda bajo los arcos. Tardaron dos horas en repescarla. Estaba muerta, naturalmente.

*

El narrador calló. Luego añadió: «En su situación, quizá haya hecho lo mejor. Hay cosas que no se borran.

«¿Comprende ahora la razón por la que el clero le ha cerrado la puerta de la iglesia? ¡Oh!, si el entierro hubiera sido religioso toda la ciudad habría acudido. Pero comprenderá que al sumarse el suicidio a la otra historia, las

familias se han abstenido; y además, aquí es muy difícil seguir un entierro sin curas».

Franqueamos la puerta del cementerio. Y, muy emocionado, esperé a que hubieran bajado el ataúd a la fosa para acercarme al pobre muchacho que sollozaba y estrecharle enérgicamente la mano.

Me miró sorprendido a través de sus lágrimas, luego dijo: «Gracias, señor». Y no lamenté haber seguido aquel cortejo.

Minué[71]

A Paul Bourget[72]

Las grandes desgracias apenas me entristecen, dijo Jean Bridelle, un solterón que pasaba por escéptico. He visto la guerra muy de cerca: saltaba por encima de los cuerpos sin lástima. Las potentes brutalidades de la naturaleza o de los hombres pueden hacernos lanzar gritos de horror o de indignación, pero no nos dan esa punzada en el corazón, ese escalofrío que recorre vuestra espalda a la vista de ciertas pequeñas cosas desconsoladoras.

El dolor más violento que pueda sentirse es, desde luego, la pérdida de un hijo para una madre, y la pérdida de la madre para un hombre. Es violento, terrible, trastorna y desgarra; pero uno se cura de esas catástrofes como anchas heridas sangrantes. Sin embargo, ciertos encuentros, ciertas cosas entrevistas, adivinadas, ciertas penas secretas, ciertas perfidias del destino, que remueven en nosotros todo un mundo doloroso de pensamientos, que bruscamente entreabren ante nosotros la puerta misteriosa de los sufrimientos morales, complicados, incurables, tanto más profundos cuanto que parecen benignos, tanto más punzantes cuanto que parecen casi inasibles, tanto más tenaces cuanto que parecen ficticios, nos dejan en el alma como un reguero de tristeza, un regusto de amargura, una sensación de desencanto de los que tardamos mucho tiempo en librarnos.

Siempre tengo ante los ojos dos o tres cosas en las que probablemente otros no se hubieran fijado, y que entraron en mí como largos y delgados pinchazos incurables.

Quizá no comprendan ustedes la emoción que me dejaron esas rápidas impresiones. Sólo les contaré una. Es muy vieja, pero viva como de ayer. Puede que mi enternecimiento sólo sea fruto de mi imaginación.

Tengo cincuenta años. Entonces era joven y estudiaba derecho. Algo triste, algo soñador, impregnado de una filosofía melancólica, me gustaban muy poco los cafés ruidosos, los compañeros chillones y las chicas estúpidas.

Me levantaba temprano; y una de mis voluptuosidades más queridas era pasear solo, a eso de las ocho de la mañana, por el vivero del Luxembourg[73].

¿No conocieron ustedes ese vivero? Era como un jardín olvidado del siglo anterior, un jardín precioso como una dulce sonrisa de anciana. Tupidos setos separaban las alamedas estrechas y regulares, alamedas tranquilas entre dos paredes de follaje recortadas con método. Las grandes tijeras del jardinero alineaban sin tregua aquellos tabiques de ramas; y, de trecho en trecho, había macizos de flores, platabandas de arbolitos en hilera como colegiales de paseo, sociedades de magníficos rosales o regimientos de árboles frutales.

Todo un rincón de aquel delicioso bosquecillo estaba habitado por las abejas. Sus casas de paja, sabiamente espaciadas sobre tablas, abrían al sol sus puertas del tamaño de un dedal; y a lo largo de los caminos había moscas zumbonas y doradas, verdaderas dueñas de aquel lugar pacífico, auténticas paseantes de aquellas alamedas como pasillos.

Yo iba allí casi todas las mañanas. Me sentaba en un banco y leía. A veces dejaba caer el libro sobre mis rodillas para soñar, para escuchar cómo vivía París a mi alrededor, y gozar del reposo infinito de aquellas enramadas a la antigua usanza.

Pero no tardé en darme cuenta de que no era el único que frecuentaba aquel lugar desde que se abrían las barreras, y a veces me daba de narices, al doblar un macizo, con un extraño viejecito.

Llevaba zapatos con hebillas de plata, unos pantalones con portañuela, una levita color tabaco español, un encaje a guisa de corbata y un inverosímil sombrero gris de anchas alas y largos pelos que hacía pensar en el diluvio.

Era delgado, muy delgado, anguloso, gesticulante y risueño. Sus ojos vivos palpitaban, se agitaban bajo un movimiento continuo de los párpados, y siempre tenía en la mano un soberbio bastón con pomo de oro que para él debía de ser algún recuerdo magnífico.

Al principio, aquel hombrecillo me extrañó, luego me interesó sobremanera. Y lo espiaba a través de las paredes de hojas, lo seguía de lejos, deteniéndome en el recodo de los bosquecillos para no ser visto.

Y una mañana, cuando se creía totalmente solo, se puso a hacer unos movimientos singulares: pequeños saltos al principio, luego una reverencia; después hizo, con sus piernas delgaduchas, un trenzado todavía ágil, luego empezó a girar hábilmente, brincando, agitándose de una forma divertida, sonriendo como ante el público, haciendo gracietas, redondeando los brazos, retorciendo su pobre cuerpo de marioneta, dirigiendo al vacío ligeros saludos enternecedores y ridículos. ¡Estaba bailando!

Yo permanecía pasmado de asombro, preguntándome cuál de los dos estaba loco, si él o yo.

Pero de pronto se detuvo, avanzó como hacen los actores en el escenario, luego se inclinó retrocediendo con sonrisas graciosas y besos de actriz que lanzaba con su mano trémula a las dos hileras de árboles recortados.

Y prosiguió con gravedad su paseo.

*

A partir de ese día ya no lo perdí de vista; y todas las mañanas volvía a empezar su ejercicio inverosímil.

Me entraron unas ganas locas de hablarle. Me arriesgué y, después de saludarlo, le dije:

«Hace muy bueno hoy, señor».

Él se inclinó: «Sí, señor, hace un verdadero tiempo de antaño».

Ocho días después éramos amigos, y conocí su historia. Había sido maestro de baile en la Ópera, en los tiempos del rey Luis XV. Su hermoso bastón era un regalo del conde de Clermont[74]. Y cuando se le hablaba de danza, ya no paraba de hablar.

Y esto es lo que me confió un día:

«Me casé con la Castris[75], señor. Se la presentaré si usted quiere, pero sólo viene aquí por la tarde. Este jardín, como ve, es nuestro placer y nuestra vida. Es todo lo que nos queda de otro tiempo. Nos parece que no podríamos seguir viviendo si no lo tuviéramos. Es viejo y distinguido, ¿verdad? Creo respirar en él un aire que no ha cambiado desde mi juventud. Mi mujer y yo pasamos aquí todas nuestras tardes. Pero yo vengo también por la mañana, pues me levanto temprano».

En cuanto terminé de almorzar, volví al Luxembourg, y no tardé en ver a mi amigo que daba ceremoniosamente el brazo a una mujercita muy vieja vestida de negro, y a quien fui presentado. Era la Castris, gran bailarina amada por los príncipes, amada por el rey, amada por todo ese siglo galante que parece haber dejado en el mundo una fragancia de amor.

Nos sentamos en un banco. Era en el mes de mayo. Un perfume de flores revoloteaba en las limpias alamedas; un buen sol se deslizaba entre las hojas y sembraba sobre nosotros enormes gotas de luz. El vestido negro de la Castris parecía todo empapado de claridad.

El jardín estaba vacío. A lo lejos se oían rodar los coches de punto.

«Explíqueme pues, le dije al viejo bailarín, lo que era el minué».

Se estremeció.

«El minué, señor, es la reina de las danzas, y la danza de las reinas, ¿comprende? Desde que ya no hay reyes, ya no hay minué».

Y empezó, en estilo pomposo, un largo elogio ditirámbico en el que no comprendí nada. Quise que me describiera los pasos, todos los movimientos, las posturas. Él se hacía un lío, irritado por su impotencia, nervioso y afligido.

Y de pronto, volviéndose hacia su antigua compañera, siempre silenciosa y seria: «Elise, ¿quieres, di, quieres, serías tan amable, quieres que le enseñemos a este señor lo que era?»

Ella volvió sus ojos inquietos a todos los lados, luego se levantó sin decir una palabra y fue a colocarse frente a él.

Entonces vi una cosa inolvidable.

Iban y venían con melindres infantiles, se sonreían, se balanceaban, se inclinaban, daban saltitos como dos viejas muñecas que habría movido un antiguo mecanismo, algo roto, construido antaño por un obrero muy diestro, siguiendo el estilo de su época.

Y yo los miraba con el corazón turbado por sensaciones extraordinarias, con el alma emocionada por una melancolía indecible. Me parecía ver una aparición lamentable y cómica, la sombra pasada de moda de un siglo. Tenía ganas de reír y necesidad de llorar.

De pronto se detuvieron, habían terminado las figuras de la danza. Durante unos segundos permanecieron de pie frente a frente, gesticulando de una forma sorprendente, luego se abrazaron sollozando.

Tres días después yo partía a provincias. No les he vuelto a ver. Cuando regresé a París dos años más tarde, el vivero estaba destruido. ¿Qué ha sido de ellos sin el querido jardín de antaño, con sus caminitos en forma de laberinto, su aroma del pasado y los graciosos recovecos de las enramadas?

¿Habrán muerto? ¿Vagan por las calles modernas como exiliados sin esperanza? ¿Bailan, espectros borrosos, un minué fantástico entre los cipreses de un cementerio, a lo largo de senderos bordeados de tumbas, a la luz de la luna?

Su recuerdo me persigue, me obsesiona, vive en mí como una herida. ¿Por qué? No lo sé.

A ustedes esto les parecerá sin duda ridículo.

La loca[76]

A Robert de Bonnières[77]

Verán, dijo el señor Mathieu d'Endolin, a mí las becadas me traen a la memoria una siniestra anécdota de la guerra.

Ya conocen ustedes mi finca en el barrio de Cormeil[78]. En ella vivía yo cuando llegaron los prusianos.

Tenía entonces por vecina a una especie de loca cuya mente se había trastornado bajo los golpes de la desgracia. Tiempo atrás, a sus veinticinco años, había perdido en un solo mes a su padre, a su marido y a su hijo recién nacido.

Cuando la muerte ha entrado una vez en una casa, vuelve casi siempre de inmediato, como si conociera la puerta.

Aquella pobre joven, fulminada por el dolor, cayó en cama, deliró durante seis semanas. Luego, cuando una especie de lasitud sucedió a la crisis violenta, permaneció inmóvil, comiendo apenas, moviendo únicamente los ojos. Cada vez que intentaban que se levantase, gritaba como si estuvieran matándola. Por eso la dejaron siempre acostada, sacándola de sus sábanas sólo para los cuidados de su aseo y para dar vuelta a los colchones.

Una vieja criada permanecía a su lado, haciéndole beber de vez en cuando o masticar un poco de carne fría. ¿Qué ocurría en aquella alma desesperada? Nunca se supo; porque no volvió a hablar. ¿Pensaba en los muertos? ¿Desvariaba tristemente, sin recuerdo preciso? ¿O bien su pensamiento aniquilado permanecía inmóvil como el agua sin corriente?

Durante quince años permaneció así, cerrada e inerte.

Llegó la guerra; y en los primeros días de diciembre los prusianos entraron en Cormeil.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Caía una helada de esas que agrietan las piedras; y yo mismo estaba echado en un sillón, inmovilizado por la gota,

cuando oí el golpeteo fuerte y acompasado de sus pasos. Los vi pasar desde mi ventana.

Era un desfile interminable, todos iguales, con ese movimiento de muñecos tan peculiar en ellos. Luego los jefes distribuyeron a sus hombres entre los habitantes. A mí me tocaron diecisiete. La vecina, la loca, tenía doce, entre ellos un comandante, auténtico soldadote, violento y desabrido.

Durante los primeros días todo transcurrió con normalidad. Al oficial de al lado se le había dicho que la señora estaba enferma; y no se preocupó. Pero aquella mujer a la que no se veía nunca no tardó en irritarle. Se informó sobre la enfermedad; le respondieron que su anfitriona estaba acostada desde hacía quince años a consecuencia de un violento dolor. Probablemente no creyó nada e imaginó que la pobre insensata no dejaba su cama por orgullo, para no ver a los prusianos, y no hablarles, y no rozarse con ellos.

Exigió que ella lo recibiese; le hicieron entrar en la habitación. Preguntó, en tono brusco:

«Le rrogarría, ceñorra, que ce levantarr y bajarr para que la fean».

Ella volvió hacia él sus ojos vagos, sus ojos vacíos, y no respondió.

Él continuó:

«No tolerrarré maz inzolenzias. Zi no ze levanta de propria foluntaz, ya encontrarré yo una manerra parra hazerrle pacear zola».

Ella no hizo un solo gesto, siempre inmóvil, como si no le hubiera visto.

Él estaba furioso, tomando aquel silencio tranquilo por signo de desprecio supremo. Y añadió:

«Zi no ha bajado mañana…»

Luego salió.

Al día siguiente, la vieja criada, enloquecida, quiso vestirla; pero la loca se puso a chillar debatiéndose. El oficial subió corriendo; y la criada, postrándose a sus pies, gritó:

«No quiere, señor, no quiere. Perdónela; es tan desgraciada».

El soldado, sin saber qué postura tomar, no se atrevía, pese a su cólera, a mandar que sus hombres la sacaran de la cama. Pero de pronto se echó a reír y dio unas órdenes en alemán.

Y no tardaron en ver salir a un destacamento que sostenía un colchón, lo mismo que se lleva a un herido. En la cama que no habían deshecho, la loca, siempre en silencio, permanecía tranquila, indiferente a los acontecimientos mientras la dejasen acostada. Detrás, un hombre llevaba un paquete de ropas de mujer.

Y el oficial dijo frotándose las manos:

«Verremoz ci puede o no festirrze zola y darr un paceíto».

Luego vieron alejarse el cortejo en dirección al bosque de Imauville.

Dos horas después los soldados regresaron solos.

No volvió a verse a la loca. ¿Qué habían hecho con ella? ¿-Adónde la habían llevado? Nunca se supo.

Ahora la nieve caía día y noche, sepultando la llanura y los bosques bajo un sudario de espuma helada. Los lobos venían a aullar hasta nuestras puertas.

La idea de aquella mujer perdida me obsesionaba; e hice diversas gestiones ante la autoridad prusiana, a fin de recabar información. Poco faltó para que fuera fusilado.

Volvió la primavera. El ejército de ocupación se alejó. La casa de mi vecina seguía cerrada, la hierba crecía espesa en las alamedas.

La vieja criada había muerto durante el invierno. A nadie le preocupaba ya aquella aventura; sólo yo pensaba constantemente en ella.

¿Qué habían hecho de aquella mujer? ¿Había huido a través de los bosques? ¿La habían recogido en alguna parte y metido en un hospital sin lograr de ella ninguna información? Nada venía a aliviar mis dudas; pero, poco a poco, el tiempo aplacó la inquietud de mi corazón.

Pero el otoño siguiente las becadas pasaron en masa; y como mi gota me daba alguna tregua, me arrastré hasta el bosque. Ya había matado cuatro o cinco aves de largo pico cuando abatí una que desapareció en una hoya llena de ramas. Me vi obligado a bajar para recoger mi pájaro. Lo encontré caído junto a una cabeza de muerto. Y bruscamente el recuerdo de la loca me llegó al pecho como un puñetazo. Muchos otros habían muerto quizá en aquellos bosques en aquel año siniestro; pero no sé por qué, yo estaba seguro, seguro le digo, de que había encontrado la cabeza de aquella pobre maniática.

Y de pronto comprendí, adiviné todo. La habían abandonado sobre aquel colchón, en el bosque frío y desierto; y, fiel a su idea fija, se había dejado morir bajo el espeso y ligero plumón de las nieves y sin mover un brazo o una pierna.

Después los lobos la habían devorado.

Y los pájaros habían hecho su nido con la lana de su lecho desgarrado.

Guardé aquella triste osamenta. Y hago votos para que nuestros hijos no vean nunca más una guerra.

La leyenda del Monte Saint-Michel[79]

Desde Cancale había visto por primera vez aquel castillo de hadas erguido en el mar. Lo había visto confusamente, sombra gris alzada sobre el cielo brumoso.

Volví a verlo desde Avranches[80], con el sol poniente. La inmensidad de las arenas era roja, el horizonte era rojo, toda la desmesurada bahía era roja; sólo la escarpada abadía, colocada allí, lejos de la tierra, como una mansión fantástica, estupefaciente como un palacio de sueño, inverosímilmente extraña y bella, permanecía casi negra en los púrpuras del día ascendente.

Fui hacia ella al día siguiente, al alba, a través de los arenales, con la vista fija en aquella joya monstruosa, grande como una montaña, cincelada como un camafeo y vaporosa como una muselina. Cuanto más me acercaba, más preso de admiración me sentía, porque quizá no haya nada en el mundo más asombroso y más perfecto.

Y caminé sin rumbo, sorprendido como si hubiera descubierto la morada de un dios a través de aquellas salas sostenidas por columnas ligeras o pesadas, a través de aquellos pasillos calados, alzando mis ojos maravillados sobre campaniles que parecen cohetes camino del cielo y sobre toda aquella increíble maraña de torrecillas, gárgolas, ornamentos esbeltos y encantadores, fuegos artificiales de piedra, encajes de granito, obra maestra de arquitectura colosal y delicada.

Mientras permanecía en éxtasis, un campesino bajonormando me abordó y me contó la historia de la gran disputa de san Miguel con el diablo.

Un escéptico genial dijo: «Dios hizo al hombre a su imagen, pero el hombre se la ha devuelto con creces[81]».

Esa frase encierra una verdad eterna y sería muy curioso hacer en cada continente la historia de la divinidad local, así como la historia de los santos patronos en cada una de nuestras provincias. El negro tiene ídolos feroces, devoradores de hombres; el polígamo mahometano puebla su paraíso de mujeres; los griegos, como gente práctica, habían divinizado todas las pasiones.

Cada pueblo de Francia está puesto bajo la advocación de un santo protector, modificado a imagen de sus habitantes.

Y san Miguel vela por la Baja Normandía, san Miguel, el ángel radiante y victorioso, el portador de espada, el héroe del cielo, el triunfante, el dominador de Satán.

Pero he aquí cómo el bajonormando, taimado, cauteloso, socarrón y quisquilloso, comprende y cuenta la lucha del gran santo con el diablo:

Para ponerse a cubierto de las maldades del demonio, su vecino san Miguel construyó en persona, en pleno océano, esa morada digna de un arcángel; y, de hecho, sólo un santo semejante podía construirse tan hermosa residencia.

Pero como seguía temiendo la proximidad del Maligno, rodeó su dominio de unas arenas movedizas más pérfidas que el mar.

El diablo vivía en una humilde choza en la costa; pero poseía las praderas bañadas de agua salada, las hermosas tierras fértiles donde crecen las grandes cosechas, los ricos valles y las laderas fecundas de toda la región; mientras que el santo sólo reinaba en los arenales. De manera que Satán era rico, y san Miguel pobre como un pordiosero.

Tras varios años de ayuno, el santo se aburrió de aquel estado de cosas y pensó en llegar a un compromiso con el diablo; pero no era cosa fácil, ya que Satán estimaba en mucho sus cosechas.

Reflexionó durante seis meses; luego, una mañana, se encaminó hacia tierra. El demonio tomaba la sopa ante su puerta cuando vio al santo; enseguida corrió a su encuentro, besó la orla de su manga, lo hizo pasar y le ofreció algo fresco.

Después de haber bebido una jarra de leche, san Miguel tomó la palabra:

«He venido a proponerte un buen negocio».

El diablo, cándido y confiado, respondió:

«Me parece bien.

—Es lo siguiente. Me cederás todas tus tierras».

Satán, preocupado, quiso decir algo:

«Pero…»

El santo prosiguió:

«Primero escucha. Me cederás todas tus tierras. Yo me encargaré del mantenimiento, del trabajo, de las labranzas, de las semillas, de los abonos, en fin, de todo, y compartiremos a medias la cosecha. ¿Trato hecho?»

El diablo, perezoso por naturaleza, aceptó.

Sólo pidió, además, algunos de esos deliciosos salmonetes que se pescan alrededor del monte solitario. San Miguel prometió los peces.

Chocaron las manos, escupieron de lado para indicar que el trato estaba cerrado, y el santo continuó:

«Mira, no quiero que tengas queja de mí. Elige lo que prefieras: la parte de las cosechas que esté sobre tierra o la que quede en tierra».

Satán exclamó:

«Me quedo con la que esté sobre tierra.

—De acuerdo», dijo el santo.

Y se marchó.

Y seis meses después, en los inmensos dominios del diablo, no se veían más que zanahorias, nabos, cebollas, salsifíes, plantas todas ellas cuyas raíces carnosas son buenas y sabrosas, y cuyas inútiles hojas sirven a lo sumo para alimento de las bestias.

Satán no obtuvo nada y quiso romper el contrato, tachando a san Miguel de «malicioso».

Pero el santo se había aficionado a la agricultura; volvió a buscar al diablo:

«Te aseguro que no fue adrede; las cosas salieron así; no es culpa mía. Y para resarcirte, te ofrezco que este año te quedes con todo lo que haya bajo tierra.

—De acuerdo», dijo Satán.

En la primavera siguiente, toda la extensión de las tierras del Espíritu del Mal estaba cubierta de espesos trigos, de avenas gordas como campaniles, de linos, de colzas magníficas, de tréboles rojos, guisantes, coles y alcachofas, de todo cuanto se abre al sol en granos o frutos.

Satán volvió a quedarse sin nada y se enfadó mucho.

Recuperó sus prados y sus tierras de labor y permaneció sordo a todas las proposiciones nuevas de su vecino.

Transcurrió todo un año. Desde lo alto de su aislada mansión, san Miguel miraba la tierra lejana y fecunda, y veía al diablo dirigiendo las labores, recogiendo las cosechas, trillando sus granos. Y rabiaba, irritado por su impotencia. Como ya no podía engañar a Satán, decidió vengarse, y fue a invitarlo a cenar el lunes siguiente.

«No has tenido suerte en tus negocios conmigo, decía, lo sé; pero no quiero que quede rencor entre nosotros, y cuento con que vengas a cenar conmigo. Te daré de comer cosas estupendas.»

Satán, tan goloso como perezoso, aceptó enseguida. En el día convenido, se puso sus más hermosos ropajes y se encaminó hacia el Monte.

San Miguel lo hizo sentarse a una mesa magnífica. Primero se sirvió un volován de crestas y riñones de gallo, con albóndigas de carne; luego, dos hermosos salmonetes a la crema; luego, un pavo blanco relleno de castañas confitadas en vino; luego, una pierna de carnero cebado con pastos salados, tierno como un pastel; luego, legumbres que se deshacían en la boca y una buena torta caliente, que humeaba esparciendo olor a manteca.

Bebieron sidra pura, espumosa y azucarada, y vino tinto y espirituoso, y, entre plato y plato, hacían un hueco con añejo aguardiente de manzanas.

El diablo bebió y comió como un baúl, tanto y tan bien que no pudo refrenar un desahogo.

Entonces san Miguel, levantándose indignado, exclamó con voz de trueno:

«¡Ante mí! ¡Ante mí, canalla! Te atreves… ante mí…».

Satán, enloquecido, echó a correr, y el santo, cogiendo un bastón, lo persiguió.

Corrían por las salas bajas dando vueltas alrededor de los pilares, subían las escaleras aéreas, galopaban a lo largo de las cornisas, saltaban de gárgola en gárgola. El pobre demonio, enfermo hasta partir el alma, huía ensuciando la morada del santo. Por fin llegó a la última terraza, arriba del todo, desde donde se descubre la bahía inmensa con sus ciudades lejanas, sus arenales y sus pastos. No podía seguir corriendo por más tiempo; y el santo, dándole un furioso puntapié, lo lanzó como una pelota a través del espacio.

Cruzó el cielo como una jabalina, y fue a caer pesadamente delante de la ciudad de Mortain[82]. Los cuernos de su frente y las uñas de sus miembros entraron profundamente en la roca, que conserva por toda la eternidad las huellas de esa caída de Satán.

Se levantó cojo, lisiado hasta el fin de los siglos; y, mirando a lo lejos el Monte fatal, erguido como un pico en el crepúsculo, comprendió que siempre sería derrotado en aquella lucha desigual, y se marchó arrastrando la pierna, dirigiéndose hacia países lejanos, abandonando a su enemigo sus campos, sus llanuras, sus laderas, sus valles y sus prados.

Y así fue como san Miguel, patrón de los normandos, venció al diablo.

Otro pueblo habría imaginado esa batalla de otra manera.

Cuento de Navidad[83]

El doctor Bonenfant buscaba en su memoria, repitiendo a media voz: «¿Un recuerdo de Navidad?… ¿Un recuerdo de Navidad?…»

Y de repente exclamó:

«Claro que sí, tengo uno, y uno muy extraño incluso; es una historia fantástica. ¡Vi un milagro! Sí, señoras, un milagro, la noche de Navidad».

*

Les extrañará oírme hablar así, a mí, que no creo en casi nada. ¡Y sin embargo vi un milagro! Lo vi, digo, vi, con mis propios ojos lo vi, lo que se dice verlo[84].

¿Que si me sorprendió mucho? No, en absoluto; porque, sin compartir las creencias de ustedes, creo en la fe, y sé que mueve montañas. Podría citar muchos ejemplos; pero les indignaría, y además me expondría a menoscabar el efecto de mi historia.

Les confesaré, ante todo, que si no quedé muy convencido y convertido por lo que vi, por lo menos me emocionó mucho, y voy a procurar contarles el suceso ingenuamente, como si la mía fuera una credulidad de auvernés.

Yo era entonces médico rural, y vivía en la aldea de Rolleville[85], en plena Normandía.

Aquel año el invierno fue terrible. A finales de noviembre ya llegaron las nieves tras una semana de heladas. De lejos se veían venir desde el norte densas nubes; y la blanca caída de copos empezó.

En una noche toda la llanura quedó sepultada.

Las granjas, aisladas en sus corrales cuadrados, tras sus cortinas de grandes árboles espolvoreados de escarcha, parecían dormirse bajo la acumulación de aquella espuma espesa y ligera.

Ningún ruido cruzaba ya la campiña inmóvil. Sólo los cuervos, en bandadas, describían largos festones en el cielo, buscándose inútilmente la

vida, lanzándose todos a la vez sobre los campos lívidos y picoteando la nieve con sus grandes picos.

Sólo se oía el deslizamiento vago y continuo de aquel polvo cayendo sin cesar.

Aquello duró ocho días enteros, después la avalancha se detuvo. La tierra tenía sobre su espalda un espeso manto de cinco pies.

Y luego, durante tres semanas, un cielo claro como un cristal azul de día, y de noche todo tachonado de estrellas que se habrían creído de escarcha por lo riguroso que era el vasto espacio, se extendió sobre la sábana lisa, dura y reluciente de las nubes.

La llanura, los setos, los olmos de las cercas, todo parecía muerto, aniquilado por el frío. Ni hombres ni animales salían ya: sólo las chimeneas de las chozas en camisa blanca revelaban la vida oculta a través de los delgados hilos de humo que se elevaban rectos en el aire glacial.

De vez en cuando se oía crujir a los árboles, como si sus miembros de madera se hubieran roto bajo la corteza; y, a veces, una gruesa rama se desgajaba y caía, al petrificar la invencible helada la savia y romper sus fibras.

Las viviendas, diseminadas aquí y allá entre los campos, parecían alejadas cien leguas unas de otras. Se vivía como se podía. Yo era el único que intentaba ir a visitar a mis clientes más cercanos, exponiéndome siempre a quedar sepultado en alguna depresión.

No tardé en darme cuenta de que un terror misterioso se cernía sobre la comarca. Semejante azote, pensaban, no era natural. Pretendieron que de noche se oían voces, silbidos agudos, gritos que pasaban.

Esos gritos y esos silbidos procedían sin duda alguna de las aves migratorias que viajan en el crepúsculo, y que huían en masa hacia el sur. Pero hagan ustedes entrar en razón a gente enloquecida. Un espanto invadía los ánimos y se esperaba un acontecimiento extraordinario.

La fragua del tío Vatinel estaba situada al final del caserío de Épivent[86], al lado del camino real, ahora invisible y desierto. Pero como la gente carecía de pan, el herrero decidió ir hasta el pueblo. Se quedó unas horas charlando en las seis casas que forman su centro, recogió su pan y las noticias, y un poco de aquel miedo difundido por la campiña.

Y se puso en camino antes de la noche.

De repente, al bordear unos setos, creyó ver un huevo en la nieve; sí, un huevo depositado allí, completamente blanco como el resto del mundo. Se agachó, sí, era un huevo. ¿De dónde procedía? ¿Qué gallina había podido salir

del gallinero e ir a poner en aquel lugar? El herrero quedó sorprendido, no comprendió nada; pero recogió el huevo y se lo llevó a su mujer.

«Mira, parienta, ¡aquí ties un huevo que encontré en el camino!»

La mujer movió la cabeza:

«¿Un huevo en el camino? ¿Con este tiempo? Tas borracho, seguro.

—Que no, tía, que ni siquiera taba al pie de un seto, y entavía caliente, sin helar. Ahí lo ties, me lo puesto en el estómago para que no se friase. Cómetelo en la cena».

El huevo fue echado en la olla donde hervía la sopa, y el herrero se puso a contar lo que decían en la región.

La mujer escuchaba, muy pálida.

«Por seguro que oí silbidos la otra noche, hasta paecían venir de la chimenea».

Se sentaron a la mesa, tomaron primero la sopa, luego, mientras el marido untaba manteca en su pan, la mujer cogió el huevo y lo examinó con ojos desconfiados.

«¿Y si habiese algo en este huevo?

—¿Qué quies que haiga?

—¿Qué sabo yo?

—Entonces, cómetelo y no sas tonta».

Abrió el huevo. Era como todos los huevos, y estaba muy fresco.

Empezó a comérselo vacilando, saboreándolo, dejándolo, volviéndolo a coger. El marido decía:

«Bueno, ¿qué gusto tie er huevo?»

Ella no respondió y acabó de tragárselo; luego, de repente, clavó en su hombre una mirada fija, despavorida, enloquecida; alzó los brazos, los retorció y, convulsa de pies a cabeza, rodó por el suelo lanzando unos gritos horribles.

Toda la noche se debatió entre espasmos espantosos, sacudida por temblores horribles, deformada por horrorosas convulsiones. Impotente para sujetarla, el herrero tuvo que atarla.

Y ella chillaba sin descanso, con voz infatigable:

«¡Me se metió en el cuerpo! ¡Me se metió en el cuerpo!»

Me llamaron al día siguiente. Receté todos los calmantes conocidos sin lograr el menor resultado. La mujer había enloquecido.

Entonces, con velocidad increíble, pese al obstáculo de las altas nieves, la noticia, una noticia extraña, corrió de granja en granja: «¡La mujer del herrero, que ta demoniá!» Y de todas partes acudían, sin atreverse a entrar en

la casa; de lejos se escuchaban sus horribles gritos lanzados con una voz tan fuerte que no se habrían creído de criatura humana.

El cura del pueblo fue avisado. Era un viejo sacerdote ingenuo. Acudió con sobrepelliz, como para administrar a un moribundo, y extendiendo las manos pronunció las fórmulas de exorcismo, mientras cuatro hombres mantenían sobre una cama a la mujer, que echaba espumarajos y se retorcía.

Pero el espíritu no fue expulsado.

Y la Navidad llegó sin que el tiempo hubiese cambiado.

La víspera, por la mañana, el sacerdote vino en mi busca:

«Quiero que esa desdichada asista al oficio de esta noche, me dijo. Quizá Dios haga un milagro en su favor, a la hora misma en que él nació de una mujer».

Respondí al cura:

«Me parece perfecto, señor abad. Si a su espíritu le impresiona la ceremonia (y no hay nada más propicio para conmoverlo), puede salvarse sin necesidad de ningún otro remedio».

El viejo sacerdote murmuró:

«Usted no es creyente, doctor, pero me ayuda, ¿verdad? ¿Se encarga usted de llevarla?»

Y yo le prometí mi ayuda.

Llegó la tarde, luego la noche; y la campana de la iglesia empezó a sonar, lanzando su voz quejumbrosa a través del espacio sombrío, sobre la extensión blanca y helada de las nieves.

Unos seres negros acudían lentamente, en grupos, dóciles al grito de bronce del campanario. La luna llena iluminaba con un resplandor vivo y macilento todo el horizonte, haciendo más visible la pálida desolación de los campos.

Yo había escogido cuatro hombres robustos y me dirigí a la fragua.

La Posesa seguía chillando, atada a su cama. La vistieron decentemente a pesar de su enloquecida resistencia y se la llevaron.

La iglesia ya estaba llena de gente, iluminada y fría; los chantres lanzaban sus notas monótonas; el serpentón[87] roncaba; la pequeña campanilla del monaguillo tintineaba, regulando los movimientos de los fieles.

Encerré a la mujer y a sus guardianes en la cocina de la rectoría y esperé el momento que me pareciese favorable.

Elegí el instante que sigue a la comunión. Todos los aldeanos, hombres y mujeres, habían recibido a su Dios para doblegar su rigor. Mientras el sacerdote acababa el misterio divino reinaba un gran silencio.

A una orden mía, se abrió la puerta y mis cuatro ayudantes trajeron a la loca.

En cuanto vio las luces, la gente arrodillada, el coro resplandeciente y el tabernáculo dorado, se debatió con tal violencia que a punto estuvo de escapársenos, y lanzó clamores tan agudos que un escalofrío de espanto recorrió la iglesia; todas las cabezas se alzaron; algunos huyeron.

Ya no tenía la forma de una mujer, crispada y retorcida en nuestras manos, con la cara deformada y los ojos enloquecidos.

La arrastraron hasta las gradas del coro y luego la mantuvieron fuertemente acuclillada en el suelo.

El sacerdote se había levantado; esperaba. En cuanto la vio apresada, cogió en sus manos la custodia ceñida por rayos de oro, con la hostia blanca en el centro, y, dando unos pasos, la elevó con sus dos brazos extendidos por encima de su cabeza, presentándola a las miradas asustadas de la Demoníaca.

Ella seguía chillando, con los ojos fijos, clavados en aquel objeto resplandeciente.

Y el sacerdote permanecía tan inmóvil que se le habría tomado por una estatua.

Y esto duró mucho tiempo, mucho tiempo.

La mujer parecía sobrecogida de miedo, fascinada; contemplaba fijamente la custodia, sacudida aún por temblores terribles, pero pasajeros, y sin dejar de gritar, pero con una voz menos desgarradora.

Y esto duró todavía mucho tiempo.

Se hubiera dicho que ella ya no podía bajar los ojos, que estaban remachados en la hostia; no hacía más que gemir; y su cuerpo rígido se ablandaba, se debilitaba.

Todo el gentío se había prosternado, con la frente en el suelo.

La Posesa bajaba ahora rápidamente los párpados, después los alzaba enseguida, como impotente para soportar la vista de su Dios. Se había callado. Y luego, de pronto, me di cuenta de que sus ojos permanecían cerrados. Dormía con el sueño de los sonámbulos, hipnotizada, ¡perdón!, vencida por la contemplación persistente de la custodia de los rayos de oro, fulminada por el Cristo victorioso.

Se la llevaron, inerte, mientras el sacerdote volvía a subir hacia el altar.

La concurrencia, alterada, entonó un *Te Deum*[88] de acción de gracias.

Y la mujer del herrero durmió cuarenta horas seguidas, luego se despertó sin recuerdo alguno de la posesión ni de la liberación.

Ése es, señoras, el milagro que yo vi.

El doctor Bonenfant calló, después añadió con voz contrariada: «No he podido negarme a atestiguarlo por escrito».

Junto a un muerto[89]

Iba muriéndose como mueren los enfermos de pecho. Todos los días lo veía yo sentarse, hacia las dos, bajo las ventanas del hotel, frente al mar tranquilo, en un banco del paseo. Permanecía algún tiempo inmóvil en el calor del sol, contemplando con mirada taciturna el Mediterráneo. A veces lanzaba una mirada a la alta montaña de cumbres vaporosas que encierra Menton; luego, con un movimiento muy lento, cruzaba sus largas piernas, tan delgadas que parecían dos huesos, a cuyo alrededor flotaba el paño del pantalón, y abría un libro, siempre el mismo.

Entonces ya no se movía, leía, leía con los ojos y con el pensamiento; todo su pobre cuerpo moribundo parecía leer, toda su alma se hundía, se perdía, desaparecía en aquel libro hasta la hora en que el aire refrescaba y lo hacía toser un poco. Entonces se levantaba y regresaba al hotel.

Era un alemán alto, de barba rubia, que almorzaba y cenaba en su cuarto, y no hablaba con nadie.

Una vaga curiosidad me llevó hacia él. Un día me senté a su lado, después de haber cogido también, para disimular, un volumen de poesías de Musset.

Y me puse a hojear *Rolla*[90].

Mi vecino me dijo de pronto, en buen francés:

«¿Sabe usted alemán, señor?

—En absoluto, señor.

—Lo lamento. Ya que el azar nos reúne, le habría prestado, le habría mostrado una cosa inestimable: este libro que aquí tengo.

—¿Qué es?

—Es un ejemplar de mi maestro Schopenhauer, anotado por su propia mano. Como ve, todos los márgenes están cubiertos con su letra».

Cogí el libro con respeto y contemplé aquellas formas incomprensibles para mí, pero que revelaban el inmortal pensamiento del mayor saqueador de sueños que haya pasado por la Tierra.

Y los versos de Musset estallaron en mi memoria:

Dors-tu content, Voltaire, et ton hideux sourire
Voltige-t-il encor sur tes os décharnés[91]*?*

E involuntariamente comparaba el sarcasmo infantil, el sarcasmo religioso de Voltaire, con la irresistible ironía del filósofo alemán, cuya influencia es imborrable por siempre.

Aunque muchos protesten y se enfaden, aunque se indignen o se exalten, Schopenhauer ha marcado a la humanidad con el sello de su desdén y de su desencanto.

Gozador desengañado, ha derruido las creencias, las esperanzas, las poesías, las quimeras, destruido las aspiraciones, asolado la confianza de las almas, matado el amor, abatido el culto ideal de la mujer, destrozado las ilusiones del corazón, realizado la tarea más gigantesca de escépticos que nunca se haya hecho. Ha atravesado todo con su burla y ha vaciado todo. Y hoy mismo, quienes abominan de él parecen llevar en su mente, a pesar suyo, parcelas de su pensamiento.

«Entonces, ¿conoció usted íntimamente a Schopenhauer?», le dije al alemán.

Sonrió tristemente.

«Hasta su muerte, señor».

Y me habló de él, me contó la impresión casi sobrenatural que causaba aquel ser extraño a cuantos se le acercaban.

Me contó la entrevista del viejo demoledor con un político francés[92], republicano doctrinario, que quiso conocer a aquel hombre y lo encontró en una cervecería tumultuosa, sentado en medio de discípulos, seco, arrugado, riendo con una risa inolvidable, mordiendo y desgarrando las ideas y creencias con una sola palabra, como un perro desgarra de una dentellada las telas con que juega.

Me repitió la frase de aquel francés cuando se iba espantado, aterrado y exclamando:

«He creído pasar una hora con el diablo».

Luego añadió:

«De verdad, señor, tenía una sonrisa espantosa, que nos dio miedo hasta después de su muerte. Es una anécdota casi desconocida que puedo contarle si le interesa».

Y empezó, con una voz cansada que interrumpían por momentos sus golpes de tos:

Schopenhauer acababa de morir[93], y se decidió que lo velaríamos por turnos, de dos en dos, hasta la mañana siguiente.

Estaba de cuerpo presente en una gran habitación muy sencilla, amplia y oscura. Dos velas ardían sobre la mesilla de noche.

A las doce me encargué de la guardia, con uno de nuestros compañeros. Los dos amigos a los que reemplazábamos salieron, y nosotros fuimos a sentarnos al pie del lecho.

El rostro no había cambiado. Reía. El pliegue que tan bien conocíamos se hundía en la comisura de los labios y nos parecía que iba a abrir los ojos, a moverse, a hablar. Su pensamiento, o, mejor dicho, sus pensamientos nos envolvían; nos sentíamos más que nunca en la atmósfera de su genio, invadidos, poseídos por él. Su dominio nos parecía incluso más soberano ahora que estaba muerto. Un misterio se mezclaba con el poder de aquel espíritu incomparable.

El cuerpo de esta clase de hombres desaparece, pero ellos quedan; y, en la noche que sigue a la paralización de su corazón, le aseguro, caballero, que son espantosos.

Hablábamos de él en voz baja, recordando frases, fórmulas, esas sorprendentes máximas que parecen luces lanzadas, por unas pocas palabras, a las tinieblas de la Vida desconocida[94].

«Me parece que va a hablar», dijo mi compañero. Y mirábamos, con una inquietud rayana en el miedo, el rostro inmóvil que no dejaba de sonreír.

Poco a poco empezamos a sentir cierto malestar, opresión, desfallecimiento.

Yo balbucí:

«No sé lo que tengo, pero te aseguro que no me encuentro bien».

Y en ese momento nos dimos cuenta de que el cadáver olía mal.

Entonces mi compañero me propuso pasar a la habitación contigua, dejando la puerta abierta; y acepté.

Cogí una de las velas que ardían sobre la mesilla de noche, dejando allí la otra, y fuimos a sentarnos en el extremo del otro cuarto, de manera que pudiéramos ver desde nuestro sitio la cama y al muerto en plena luz.

Pero seguía obsesionándonos; se hubiera dicho que su ser inmaterial, liberado, libre, todopoderoso y dominante rondaba a nuestro alrededor. Y también a veces el olor infame del cuerpo descompuesto nos llegaba, nos penetraba, repugnante y vago.

De improviso, un escalofrío nos recorrió los huesos: un ruido, un leve ruido había salido de la habitación del muerto. Nuestras miradas se dirigieron enseguida hacia él, y vimos, sí, caballero, vimos perfectamente, uno y otro, a una cosa blanca correr sobre la cama, caer al suelo, sobre la alfombra, y desaparecer debajo de un sillón.

Nos pusimos de pie antes de haber tenido tiempo de pensar en nada, enloquecidos por un terror estúpido, dispuestos a huir. Luego nos miramos el uno al otro. Estábamos horriblemente pálidos. El corazón nos latía hasta levantar la tela de nuestras ropas. Fui el primero en hablar.

«¿Has visto?…

—Sí, he visto.

—¿Es que no está muerto?

—Pero si ha entrado ya en putrefacción.

—¿Qué vamos a hacer?»

Mi compañero, vacilante, dijo:

«Hay que ir a ver».

Cogí nuestra vela y entré el primero, registrando con la mirada todo aquel gran cuarto de rincones oscuros. Ya no se movía nada; y me acerqué al lecho. Pero me quedé sobrecogido de estupor y de espanto: ¡Schopenhauer ya no reía! Tenía una mueca horrible, con la boca apretada y las mejillas profundamente hundidas. Balbucí:

«¡No está muerto!»

Sin embargo, aquel olor espantoso subía hasta mi nariz, me sofocaba. Y yo no me movía, mirándolo fijamente, espantado como ante una aparición.

Entonces mi compañero, tras coger la otra vela, se agachó. Luego me tocó el brazo sin decirme una palabra. Seguí su mirada y vi en el suelo, bajo el sillón, al lado de la cama, completamente blanca sobre la alfombra oscura, abierta como para morder, la dentadura postiza de Schopenhauer.

El trabajo de la descomposición, aflojando las mandíbulas, la había hecho saltar de la boca.

Ese día, caballero, tuve realmente miedo.

Y cuando el sol se acercaba al mar resplandeciente, el alemán tísico se levantó, me saludó y regresó al hotel.

El tío Judas[95]

Toda aquella región era sorprendente, marcada por un carácter de grandeza casi religiosa y de siniestra desolación.

En el centro de un vasto círculo de colinas peladas, donde no crecían más que aliagas y, de trecho en trecho, una encina torcida por el viento, se extendía una vasta laguna salvaje, de aguas negras y dormidas donde temblaban millares de cañas.

Una sola casa a orillas de aquel lago sombrío, una casita baja habitada por un viejo barquero, el tío Joseph, que vivía del producto de su pesca. Todas las semanas llevaba su pescado a los pueblos vecinos, y volvía con las sencillas provisiones que necesitaba para vivir.

Quise conocer a este solitario, y él se ofreció a llevarme a retirar sus nasas. Y acepté.

Su barca era vieja, carcomida y tosca. Y él, huesudo y enjuto, remaba con un movimiento monótono y suave que acunaba el espíritu, envuelto ya en la tristeza del horizonte.

Me creía transportado a las primeras épocas del mundo, en medio de aquel paisaje antiguo, en aquel barco primitivo que guiaba aquel hombre de otra edad.

Sacó sus redes, y tiraba los peces a sus pies con gestos de pescador bíblico. Luego quiso pasearme hasta el final de la ciénaga, y de repente divisé, en la otra orilla, una ruina, una choza derruida cuya pared tenía una cruz, una enorme cruz roja que, con los últimos resplandores del sol poniente, se hubiera dicho trazada con sangre.

Pregunté:

«¿Qué es aquello?»

El hombre se santiguó al punto, luego respondió:

«Allí es donde murió Judas».

No me sorprendí, como si hubiera podido esperarme aquella extraña respuesta.

Sin embargo, insistí:

«¿Judas? ¿Qué Judas?»

Él añadió:

«El Judío errante, señor».

Le rogué que me contase aquella leyenda. Pero era más que una leyenda; era una historia, y casi reciente, porque el tío Joseph había conocido al hombre.

En el pasado, aquella cabaña estaba ocupada por una mujer muy corpulenta, una especie de mendiga que vivía de la caridad pública. Quién le había dado aquella cabaña, eso ya no lo recordaba el tío Joseph. Pero una noche, un viejo de barba blanca, un viejo que parecía dos veces centenario y se arrastraba a duras penas, pidió limosna, al pasar, a la miserable.

Ella respondió:

«Siéntese, abuelo; todo lo que hay aquí es de todo el mundo, porque procede de todos».

Y él se sentó en una piedra delante de la puerta. Compartió el pan de la mujer, y su camastro de hojas, y su casa.

Ya no se marchó. Allí terminaron sus viajes.

El tío Joseph añadía:

«Fue nuestra Señora la Virgen la que lo permitió, en vista de que una mujer había abierto su puerta a Judas».

Porque aquel viejo vagabundo era el Judío errante.

En la comarca no se supo enseguida, pero no tardaron en sospecharlo, porque caminaba y caminaba, arrastrado por la costumbre. Otra razón había provocado las sospechas. La mujer que alojaba en su casa al desconocido pasaba por judía, dado que nunca se la había visto en la iglesia.

En diez leguas a la redonda no la llamaban más que «la Judía». Cuando los chiquillos de la comarca la veían llegar mendigando, gritaban:

«¡Mamá, mamá, es la Judía!»

El viejo y ella empezaron a vagar por las comarcas vecinas, con la mano tendida en todas las puertas, balbuciendo súplicas a espaldas de todos los transeúntes. Se los vio a todas las horas del día, por senderos perdidos, o bien comiendo un trozo de pan, en el gran calor de mediodía, a la sombra de un árbol solitario.

Y en la región empezaron a llamar al mendigo «el tío Judas».

Pero un día trajo en su alforja dos cerditos vivos que le habían dado en una granja por haber curado al granjero de un mal.

Y pronto dejó de mendigar, totalmente ocupado en guiar a sus puercos para alimentarlos, paseándolos a lo largo de la laguna, bajo las encinas

aisladas en los pequeños valles vecinos. La mujer, en cambio, vagaba sin cesar en busca de limosnas, pero todas las noches se reunía con él.

Tampoco él iba nunca a la iglesia, y jamás se le había visto hacer la señal de la cruz delante de los calvarios. Todo ello provocaba muchas habladurías.

Una noche, su compañera tuvo fiebre y se puso a temblar como tela que el viento agita. Él se acercó al pueblo en busca de medicamentos, luego se encerró con ellos y, durante seis días, no se lo volvió a ver.

Pero el cura, cuando oyó decir que la «Judía» iba a morir, fue a llevar los consuelos de su religión a la moribunda, y le ofreció los últimos sacramentos. ¿Era judía? Lo ignoraba, pero en cualquier caso quiso hacer el intento de salvar su alma.

En cuanto llamó a la puerta, el tío Judas apareció en el umbral, jadeante, con los ojos encendidos, con toda su gran barba agitada, como agua que chorrea, y gritó en una lengua desconocida palabras de blasfemia, extendiendo sus flacos brazos para impedir la entrada al sacerdote.

El cura quiso hablar, ofrecer su bolsa y sus cuidados, pero el viejo seguía injuriándolo, haciendo con las manos el gesto de tirarle piedras. Y el sacerdote se retiró, perseguido por las maldiciones del mendigo.

Al día siguiente murió la compañera del tío Judas. La enterró él mismo delante de su puerta. Era gente tan insignificante que nadie se ocupó de ellos.

Y se volvió a ver al hombre guiando a sus cerdos a lo largo de la laguna y por las laderas de las colinas. También a menudo volvía a mendigar para alimentarse. Pero ya no le daban casi nada, tantas eran las historias que habían circulado sobre él. Y todos sabían, además, de qué manera había recibido al cura.

Desapareció. Fue durante Semana Santa. No le preocupó a casi nadie.

Pero el lunes de Pascua, unos chicos y chicas que habían ido a pasear hasta la laguna oyeron un gran ruido en la choza. La puerta estaba cerrada; los chicos la echaron abajo y los dos cerdos huyeron dando saltos como machos cabríos. Nunca se los volvió a ver.

Entonces, cuando toda aquella gente entró, vieron en el suelo ropa vieja, el sombrero del mendigo, algunos huesos, sangre seca y restos de carne en las cavidades de una calavera.

Sus cerdos lo habían devorado.

Y el tío Joseph añadió:

«Había ocurrido, señor, el Viernes Santo, a las tres de la tarde».

Pregunté:

«¿Cómo lo sabe?»

Respondió:

«No cabe la menor duda».

Traté de hacerle comprender que era natural que los animales hambrientos se hubieran comido a su dueño, muerto de repente en su choza.

En cuanto a la cruz en la pared, había aparecido una mañana, sin que se supiera qué mano la había trazado de aquel extraño color.

Desde entonces, ya nadie dudó de que era allí donde el Judío errante había muerto.

Yo mismo lo creí durante una hora.

San Antonio[96]

A X. Charmes[97]

Lo llamaban San Antonio porque su nombre era Antonio, y también porque era vividor, jovial, bromista, gran comilón, buen bebedor, y vigoroso perseguidor de criadas, aunque ya tuviera más de sesenta años.

Era un campesino de la comarca de Caux, alto, coloradote, ancho de pecho y de vientre, encaramado sobre largas piernas demasiado delgadas para la amplitud del cuerpo.

Viudo, vivía solo con una criada y dos mozos en su granja, que dirigía como un viejo zorro, cuidadoso de sus intereses, experto en los negocios, en la cría del ganado y en el cultivo de las tierras. Sus dos hijos y sus tres hijas, ventajosamente casados, vivían en los contornos e iban una vez al mes a comer con el padre. Su vigor era célebre en toda la comarca de alrededor; se decía, a modo de proverbio: «Es fuerte como San Antonio.»

Al producirse la invasión prusiana, San Antonio prometía en la taberna comerse todo un ejército, pues era presuntuoso como verdadero normando, un poco cobarde y fanfarrón. Golpeaba con el puño sobre la mesa de madera, que rebotaba haciendo bailar las tazas y los vasos, y gritaba, con la cara colorada y la mirada socarrona, con una falsa cólera de vividor. «Tendré que comérmelos, rediós.» Contaba con que los prusianos no llegarían hasta Tanneville; pero cuando supo que estaban en Rautot[98], no volvió a salir de casa, y acechaba constantemente el camino por la ventanita de la cocina, esperando en todo momento ver pasar las bayonetas.

Una mañana, cuando comía la sopa con sus criados, se abrió la puerta y el alcalde de la comuna, maese Chicot, apareció seguido por un soldado tocado con un casco negro con punta de cobre. San Antonio se puso en pie de un salto; y toda su gente lo miraba, esperando verlo hacer pedazos al prusiano; pero se contentó con estrechar la mano del alcalde, que le dijo: «Aquí hay uno pa ti, San Antonio. Han venío esta noche. Sobre todo, nada de tontadas, pos

hablan de fusilar y de quemarlo to en cuanto ocurra la menor cosa. Estás avisao. Dale de comer, parece un buen muchacho. Adiós, me voy a ca de los otros. Hay pa todo el mundo.» Y salió.

El tío Antonio, que se había puesto pálido, miró a su prusiano. Era un mocetón de carnes abundantes y blancas, ojos azules, pelo rubio y barba hasta los pómulos, que parecía idiota, tímido y bonachón. El malicioso normando lo caló enseguida y, tranquilizado, le hizo seña de sentarse. Luego le preguntó: «¿Quie sopa?» El extranjero no comprendió. Entonces Antonio tuvo una ocurrencia audaz y metiéndole bajo la nariz un plato lleno: «Toma, trágate eso, cerdo.»

El soldado respondió: «Ya», y se puso a comer glotonamente mientras el granjero, triunfante, percibiendo que había conquistado su reputación, guiñaba un ojo a sus servidores, que hacían extrañas muecas, y sentían al mismo tiempo un gran miedo y ganas de reír.

Cuando el prusiano hubo engullido su plato, San Antonio le sirvió otro que él hizo desaparecer del mismo modo; pero se echó atrás ante el tercero, que el granjero quería hacerle comer a la fuerza repitiendo: «Vamos, métetelo en la tripa. ¡Engorda o muere, cerdito!»

Y el soldado, comprendiendo únicamente que querían hacerle comer hasta hartarse, reía contento, haciendo señas de que estaba lleno.

Entonces San Antonio, volviéndose muy familiar, le dio una palmadita en el vientre gritando: «¡Qué llena tié la panza mi cerdito!» Pero de improviso se retorció, rojo como si fuera a darle un ataque y sin poder hablar. Se le había ocurrido una idea que le hacía ahogarse de risa: «Eso es, eso es, San Antonio y su cerdo. ¡Aquí está mi cerdo!» Y los tres criados reventaron de risa a su vez.

El viejo estaba tan contento que mandó traer aguardiente del bueno, el *fil-en-dix*[99], e ofreció a todos. Brindaron con el prusiano, que chasqueó la lengua a modo de cumplido, para indicar que le parecía estupendo. «¡Eh!, ¡éste es del fino y no lo bebes así en tu tierra, cerdito!»

Desde ese momento, el tío Antonio no volvió a salir sin su prusiano. Había encontrado su cometido, era su propia venganza, su venganza de viejo zorro. Y toda la comarca, que se moría de miedo, se desternillaba de risa a espaldas de los vencedores con la burla de San Antonio. Lo cierto es que para las bromas no tenía igual. Sólo él era capaz de inventar cosas así. ¡Vaya bribón!

Todas las tardes iba después de comer a casa de los vecinos, del brazo de su alemán, al que presentaba alegremente dándole una palmadita en el

hombro: «Mirad, aquí tenéis mi cerdo, ¡ved cómo engorda el animalito!»

Y los campesinos se partían de risa: «¡Mira que es cachondo este diablo de Antonio!»

«Te lo vendo, Césaire, tres pistolas.

—Me lo quedo, Antonio, y te invito a comer las morcillas.

—Lo que yo prefiero son las manos.

—Tócale la panza, y veás que no hay más que tocino.»

Y todo el mundo guiñaba un ojo, pero sin reír demasiado fuerte, por temor a que el prusiano terminase adivinando que se burlaban de él. Sólo Antonio, más envalentonado cada día, le pellizcaba los muslos exclamando: «Tocino, sólo tocino»; le daba palmadas en el trasero gritando: «Tó esto es tocino»; y lo levantaba en sus brazos de viejo coloso capaz de llevar un yunque, declarando: «Pesa seiscientos, y sin desperdicio.»

Y había cogido la costumbre de hacer que invitaran a comer a su cerdo en todas las casas en que entraba con él. Era el gran placer, la gran diversión de cada día: «Dadle lo que queráis, se traga to.» Y ofrecían al hombre pan y mantequilla, patatas, guisotes fríos y embutido, lo que le permitía decir: «De tu carne, y de primera calidad.»

El soldado, estúpido y bonachón, comía por cortesía, encantado con aquellas atenciones, y se ponía enfermo por no negarse; y engordaba de verdad, ahora ya no cabía en su uniforme, cosa que encantaba a San Antonio, y le hacía repetir: «¿Sabes?, cerdito, habrá que hacerte otra jaula.»

Por lo demás, se habían vuelto los mejores amigos del mundo; y cuando el viejo iba a sus asuntos por el contorno, el prusiano lo acompañaba por propia iniciativa, por el solo placer de estar con él.

Hacía un tiempo riguroso; helaba mucho; el terrible invierno de 1870 parecía descargar todas las plagas sobre Francia.

El tío Antonio, que preparaba las cosas con tiempo y aprovechaba las oportunidades, previendo que faltaría estiércol para las labores de primavera, compró el de un vecino que se encontraba en apuros; y convinieron que iría todas las tardes con su carreta a buscar una carga de abono.

Así pues, todos los días se ponía en camino al anochecer y se dirigía a la granja de los Haules, a media legua de distancia, acompañado por su cerdo. Y cada día era una fiesta alimentar al animal. Toda la comarca acudía igual que se va los domingos a misa mayor.

Sin embargo, el soldado empezaba a desconfiar; y cuando se reían demasiado fuerte revolvía unos ojos inquietos que, a veces, se encendían con una llama de cólera.

Y una tarde, cuando hubo comido hasta saciarse, se negó a tragar un bocado más; y trató de levantarse para irse. Pero San Antonio lo detuvo retorciéndole la muñeca; luego, poniéndole sus dos poderosas manos en los hombros volvió a sentarlo con tal rudeza que la silla quedó aplastada bajo el hombre.

Estalló una alegría tempestuosa y Antonio, radiante, recogiendo a su cerdo, fingió que lo vendaba para curarlo; luego declaró: «¡Pues que no quies comer, vas a beber, rediós!» Y fueron a buscar aguardiente a la taberna.

El soldado revolvía unos ojos malvados; pero sin embargo bebió; bebió tanto como quisieron; y San Antonio le sostenía la cabeza, con gran alegría de los asistentes.

El normando, rojo como un tomate y con la mirada encendida, llenaba los vasos y brindaba vociferando: «¡A tu salud!» Y el prusiano, sin pronunciar palabra, se echaba al coleto uno tras otro los tragos de coñac.

¡Era una lucha, una batalla, una revancha! ¡A ver quién bebía más, maldita sea! Ninguno de los dos podía seguir bebiendo cuando se acabó el litro. Pero ninguno de los dos estaba derrotado. Estaban empatados, nada más. ¡Habría que volver a empezar al día siguiente!

Salieron tambaleándose y se pusieron en camino, al lado de la carreta de estiércol de la que tiraban lentamente los dos caballos.

Empezaba a caer la nieve, y la noche sin luna se iluminaba tristemente con esa blancura muerta de las llanuras. El frío se apoderó de los dos hombres aumentando su borrachera, y San Antonio, insatisfecho por no haber triunfado, se divertía dando empujones en el hombro de su cerdo para hacerlo caer en la cuneta. El otro evitaba los ataques apartándose; y cada vez pronunciaba algunas palabras alemanas en un tono irritado que hacía reírse a carcajadas al campesino. El prusiano terminó por enfadarse; y, justo en el momento en que Antonio le lanzaba un nuevo empellón, respondió con un puñetazo terrible que hizo tambalearse al coloso.

Entonces, encendido por el aguardiente, el viejo agarró al hombre por la cintura, lo zarandeó unos segundos como hubiera hecho con un niño pequeño, y lo lanzó volando hasta el otro lado del camino. Luego, contento con lo que había hecho, se cruzó de brazos para reírse de nuevo.

Pero el soldado se puso en pie rápidamente, con la cabeza descubierta porque el casco había rodado, y desenvainando el sable se abalanzó sobre el tío Antonio.

Cuando el campesino lo vio, cogió su látigo por la mitad, su gran látigo de acebo, recto, fuerte y flexible como un vergajo.

Llegó el prusiano con la frente baja, el arma por delante, seguro de matar. Pero el viejo, atrapando con toda la mano la hoja cuya punta iba a pincharle el vientre, la desvió, y asestó un golpe seco en la sien, con el mango de su látigo, a su enemigo, que se derrumbó a sus pies.

Acto seguido miró espantado y atónito aquel cuerpo sacudido primero por espasmos, luego inmóvil boca abajo. Se inclinó sobre él, le dio la vuelta, lo examinó un rato. El hombre tenía los ojos cerrados y un hilillo de sangre corría de una brecha en un lado de la frente. A pesar de la oscuridad Antonio distinguía la mancha oscura de aquella sangre sobre la nieve.

Permanecía allí, trastornado, mientras su carreta seguía avanzando al paso tranquilo de los caballos.

¿Qué iba a hacer? ¡Lo fusilarían! ¡Incendiarían su granja, asolarían la comarca! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Cómo ocultar el cuerpo, ocultar la muerte, engañar a los prusianos? Oyó voces a lo lejos, en medio del gran silencio de las nieves. Entonces enloqueció, y, recogiendo el casco, volvió a ponérselo a su víctima; luego, agarrándolo por la cintura, lo levantó, corrió, alcanzó a su tronco y arrojó el cuerpo sobre el estiércol. Una vez en casa, ya se le ocurriría algo.

Iba a paso corto, devanándose los sesos, sin que se le ocurriera nada. Se veía y se sentía perdido. Entró en su patio. Una luz brillaba en una lucera, su criada aún no estaba dormida; entonces hizo recular rápidamente el carro hasta el borde del foso del abono. Pensaba que, al volcar la carga, el cuerpo colocado encima caería debajo en el hoyo; e hizo bascular la carreta.

Como había previsto, el hombre quedó sepultado bajo el estiércol. Antonio igualó el montón con el horcón, que luego hincó en la tierra, al lado. Llamó a su criado, le ordenó que metiera los caballos en la cuadra, y volvió a su cuarto.

Se acostó, sin dejar de pensar en lo que iba a hacer, pero no lo iluminaba ninguna idea, su espanto iba en aumento en la inmovilidad de la cama. ¡Lo fusilarían! Sudaba de miedo, sus dientes le castañeteaban; se levantó tiritando, sin poder permanecer entre las sábanas.

Bajó entonces a la cocina, cogió la botella del aguardiente bueno del aparador y volvió a subir. Bebió dos grandes vasos seguidos, añadiendo una borrachera nueva a la vieja, sin calmar la angustia de su alma. ¡Buena la había hecho, qué imbécil, rediós!

Ahora iba de un lado a otro, buscando alguna estratagema, explicaciones, malicias; y, de vez en cuando, se enjuagaba la boca con un trago de *fil-en-dix* para darse ánimos.

Pero no encontraba nada. Nada de nada.

Hacia medianoche, su perro guardián, una especie de medio lobo al que llamaba *Devorador*, se puso a ladrar a la luna. El tío Antonio se estremeció hasta la médula; y cada vez que el animal reanudaba su aullido lúgubre y largo, un escalofrío de miedo recorría la piel del viejo.

Se había derrumbado en una silla, con las piernas molidas, alelado, sin poder más, esperando con ansia que *Devorador* reiniciase su gemido, y sacudido por todos los sobresaltos con que el terror hace vibrar nuestros nervios.

El reloj de abajo dio las cinco. El perro no se callaba. El campesino se volvía loco. Se levantó para ir a soltar al animal, para dejar de oírle. Bajó, abrió la puerta, avanzó en la oscuridad.

La nieve seguía cayendo. Todo estaba blanco. Los edificios de la granja formaban grandes manchas negras. El hombre se acercó a la perrera. El perro tiraba de la cadena. Lo soltó. Entonces *Devorador* dio un salto, luego se detuvo en seco, con el pelo erizado, las patas tensas, enseñando los colmillos, el hocico vuelto hacia el estiércol.

Temblando de pies a cabeza, San Antonio balbució: «¿Qué te pasa, cochino chucho?», y dio unos pasos hacia delante, escrutando con la mirada la sombra indecisa, la sombra apagada del patio.

¡Entonces vio una forma, una forma de hombre sentada en su estiércol!

Miraba aquello paralizado de horror y jadeante. Pero de pronto, vio detrás de él el mango de su horcón clavado en tierra; lo arrancó del suelo; y, en uno de esos arrebatos de miedo que vuelven temerarios a los más cobardes, se lanzó hacia delante, para ver.

Era él, su prusiano, surgido lleno de fango de su lecho de inmundicias que lo había recalentado, reanimado. Se había sentado maquinalmente y permanecía allí, bajo la nieve que lo empolvaba, manchado de suciedad y de sangre, atontado todavía por la borrachera, aturdido por el golpe, agotado por la herida.

Vio a Antonio, y, demasiado embrutecido para comprender nada, hizo un movimiento a fin de levantarse. Pero el viejo, en cuanto lo hubo reconocido, echó espumarajos como una bestia rabiosa.

Farfullaba: «¡Ah, cerdo! ¡Cerdo! ¡No te has muerto! Vas a denunciarme, ahora… ¡Espera… espera!»

Y precipitándose sobre el alemán, lanzó hacia delante con todo el vigor de sus dos brazos su horcón levantado como una lanza, y le hundió hasta el mango las cuatro puntas de hierro en el pecho.

El soldado cayó de espaldas lanzando un largo suspiro de muerte, mientras el viejo campesino, sacando su arma de las heridas, volvía a hundirla una y otra vez en el vientre, en el estómago, en la garganta, golpeando como un loco, agujereando desde la cabeza hasta los pies el cuerpo palpitante cuya sangre escapaba a grandes borbotones.

Luego se detuvo, sofocado por la violencia de su tarea, aspirando el aire a grandes bocanadas, aplacado por el crimen consumado.

Entonces, como los gallos ya cantaban en los gallineros y el día empezaba a despuntar, se puso manos a la obra para enterrar al hombre.

Cavó un hoyo en el estiércol, llegó a la tierra, excavó más hondo todavía, trabajando de manera desordenada en un arrebato de fuerza, con furiosos movimientos de brazos y de todo el cuerpo.

Cuando el hoyo fue bastante hondo, hizo rodar dentro el cadáver con el horcón, volvió a echar tierra encima, lo apisonó un buen rato, colocó de nuevo en su sitio el estiércol y sonrió al ver que la espesa nieve completaba su tarea y cubría las huellas con su velo blanco.

Luego volvió a clavar su horcón en el montón de inmundicias y regresó a su cuarto. La botella todavía medio llena de aguardiente había quedado encima de una mesa. La vació de un trago, se arrojó sobre la cama y se durmió profundamente.

Se despertó sereno, con ánimo tranquilo y fresco, capaz de juzgar lo sucedido y de prever los acontecimientos.

Al cabo de una hora recorría la comarca pidiendo en todas partes noticias de su soldado. Fue en busca de los oficiales para saber, decía, por qué le habían retirado a su hombre.

Como se conocían sus buenas relaciones, nadie sospechó de él; y dirigió incluso las pesquisas afirmando que el prusiano se iba todas las noches de picos pardos.

Un viejo gendarme retirado, que tenía una posada en el pueblo vecino y una guapa hija, fue detenido y fusilado.

Mademoiselle *Cocotte*[100]

Íbamos a salir del manicomio cuando en un rincón del patio vi a un hombre alto y delgado que obstinadamente hacía el simulacro de llamar a un imaginario perro. Con una voz dulce, con una voz tierna, gritaba: «*Cocotte*, mi pequeña *Cocotte*, ven, *Cocotte*, ven aquí, perrita», dándose palmadas sobre el muslo como se hace para atraer a los animales. Pregunté a un médico: «¿Ése quién es?» Me respondió: «¡Oh!, no tiene mucho interés. Es un cochero, llamado François, que se volvió loco después de ahogar a su perra».

Yo insistí. «Cuénteme su historia. A veces, las cosas más simples y más humildes son las que más conmueven el corazón».

Y ésta es la aventura de aquel hombre, que habían sabido completa gracias a un palafrenero, compañero suyo.

En las afueras de París vivía una familia de burgueses ricos. Habitaban una villa en medio de un parque, a orillas del Sena. El cochero era el tal François, mozo campesino algo paleto, de buen corazón, simple y fácil de engañar.

Una tarde, cuando volvía a casa de sus amos, se puso a seguirle una perra. Al principio no hizo caso; pero la obstinación del animal que caminaba tras sus talones no tardó en hacerle volverse. Miró si conocía a la perra. No, no la había visto nunca.

Era una perra de una delgadez espantosa, con grandes tetas colgantes. Trotaba tras el hombre con aspecto lamentable y hambriento, la cola entre las patas y las orejas pegadas a la cabeza, y se paraba cuando el hombre se paraba, y volvía a ponerse en movimiento en cuanto él andaba.

Quería alejar a aquel esqueleto de animal y gritó: «¡Largo! ¡Vete de aquí! ¡Largo, largo!» La perra se alejó unos pasos y se sentó a su espalda, aguardando; cuando el cochero reemprendió la marcha, ella corrió tras él.

François fingió que cogía piedras. El animal huyó algo más lejos zarandeando de un lado para otro sus tetas fofas; pero corrió tras él en cuanto el hombre le volvió la espalda.

Entonces el cochero François, apiadado, la llamó. La perra se acercó tímidamente, con el lomo arqueado y todas las costillas marcadas debajo de la piel. El hombre acarició aquellos huesos salientes y, muy conmovido por el miserable animal, dijo: «Vamos, ven». Ella empezó a mover la cola al punto, sintiéndose acogida, adoptada, y, en vez de quedarse pegada a las pantorrillas de su nuevo amo, se puso a correr delante de él.

La puso sobre la paja de la cuadra; luego corrió a la cocina en busca de pan. Cuando la perra se hartó de comer, se durmió hecha un ovillo.

Al día siguiente, los amos, avisados por su cochero, le permitieron conservar el animal. Era una perrilla buena, cariñosa y fiel, inteligente y dulce.

Pero pronto advirtieron un defecto terrible. Estaba en celo de principio a fin de año. En poco tiempo trabó conocimiento con todos los perros de la comarca, que empezaron a merodear a su alrededor día y noche. Les concedía sus favores con indiferencia de prostituta, mantenía buenas relaciones con todos, arrastrando tras sus pasos una auténtica jauría formada por los modelos más diferentes de la raza perruna, unos del tamaño de un puño, y otros grandes como asnos. Los paseaba por las carreteras en excursiones interminables, y cuando se paraba para descansar en la hierba, los perros la rodeaban y la contemplaban con la lengua fuera.

La gente de la comarca la miraba como a un fenómeno: nunca habían visto nada semejante. El veterinario no entendía nada.

Cuando por la noche volvía a su cuadra, el tropel de perros ponía sitio a la finca. Se colaban en todos los resquicios de los setos vivos que cercaban el parque, devastaban los arriates, arrancaban las flores y hacían agujeros en los cestos, enfureciendo al jardinero. Y ladraban toda la noche alrededor del edificio donde se alojaba su amiga, sin que nada lograse ahuyentarlos.

De día llegaban a penetrar incluso en la casa. Era una invasión, una plaga, un desastre. En todo momento los amos encontraban en la escalera e incluso en las habitaciones perrillos amarillos de cola tiesa, perros de caza, bulldogs, perros lobos merodeadores de pelo sucio, vagabundos sin hogar ni calor, terranovas enormes que hacían huir a los niños.

Se vieron entonces en la comarca perros desconocidos a diez leguas a la redonda, venidos de no se sabe dónde, que vivían nadie sabía cómo y que luego desaparecían.

Sin embargo, François adoraba a *Cocotte*. Le había puesto el nombre de *Cocotte*, sin malicia, aunque bien merecía su nombre[101]; y repetía sin cesar: «Este animal es una persona. Sólo le falta hablar».

Había encargado para ella un magnífico collar de cuero rojo que llevaba grabadas en una placa de cobre las siguientes palabras: «Mademoiselle *Cocotte*, del cochero François».

Se había vuelto enorme. Todo lo que antes tenía de flaca, lo tenía ahora de gorda, con una tripa hinchada bajo la que seguían colgando sus largas tetas bamboleantes. Había engordado de pronto y ahora caminaba con esfuerzo, con las patas separadas como las personas demasiado gruesas y con las fauces abiertas para respirar, extenuada en cuanto trataba de correr.

Era, además, de una fecundidad fenomenal; quedaba preñada nada más parir; daba a luz cuatro veces al año una ristra de cachorros pertenecientes a todas las variedades de la raza canina. Después de elegir uno para que, mamándola, le evitara los dolores de la leche, François recogía los demás en su delantal de cuadra e iba a tirarlos, sin ninguna piedad, al río.

Pero no tardó la cocinera en unir sus quejas a las del jardinero. Encontraba perros hasta en el horno, en la despensa, en el sobradillo del carbón, y robaban todo lo que encontraban.

El amo, molesto, ordenó a François que se deshiciera de *Cocotte*. Desolado, el hombre buscó dónde colocarla. Nadie la quiso. Entonces decidió perderla, y se la entregó a un carretero que debía abandonarla en pleno campo al otro lado de París, cerca de Joinville-le-Pont.

Aquella misma noche, *Cocotte* estaba de vuelta.

Tenía que tomar una decisión. Por cinco francos, se la entregó a un jefe de tren que iba al Havre. Debía soltarla cuando llegasen.

Al cabo de tres días, *Cocotte* volvía a entrar en su cuadra cansada, enflaquecida, magullada y extenuada.

El amo, compadecido, no volvió a insistir.

Pero los perros acudieron enseguida en mayor número y más atrevidos que nunca. Y cierta noche que daban una gran cena, un dogo se llevó, en las mismas narices de la cocinera, que no se atrevió a disputársela, una pularda trufada.

Esta vez el amo se enfadó por completo y, tras llamar a François, le dijo en tono colérico: «Si mañana por la mañana no me tira usted ese animal al agua, le despido, ¿me oye?»

El hombre quedó aterrado, y subió a su cuarto para recoger sus cosas porque prefería dejar el empleo. Luego pensó que no podría conseguir ningún otro mientras llevase consigo aquel molesto animal; se dijo que estaba en una buena casa, bien pagado y bien alimentado; se dijo que realmente un perro no

merecía aquello; se animó en nombre de sus propios intereses y terminó por tomar la firme resolución de librarse de *Cocotte* al rayar el alba.

Sin embargo, durmió mal. Se levantó al amanecer y, cogiendo una fuerte cuerda, fue en busca de la perra. Ésta se levantó despacio, se sacudió, desperezó sus miembros y acudió a hacer fiestas al amo.

Entonces a François le faltó valor, y empezó a acariciar a la perra con ternura, pasándole la mano por sus largas orejas, besándola en el morro y prodigándole todas las palabras afectuosas que sabía.

Pero un reloj vecino dio las seis. No podía vacilar. Abrió la puerta: «Ven», le dijo. El animal movió la cola, comprendiendo que iban a salir.

Alcanzaron la orilla, y él eligió un sitio donde el agua parecía profunda. Entonces anudó un extremo de la cuerda al hermoso collar de cuero y, cogiendo una gruesa piedra, la ató al otro extremo. Luego tomó a *Cocotte* en brazos y la besó con pasión, como a una persona de la que uno se despide. La tenía contra el pecho, la acunaba, la llamaba «mi bonita *Cocotte*, mi pequeña *Cocotte*», y la perra se dejaba acariciar gruñendo de placer.

Diez veces quiso tirarla, y diez veces le faltó valor.

Se decidió bruscamente, y la arrojó lo más lejos que pudo con toda su fuerza. Al principio ella trató de nadar, como hacía cuando la bañaban, pero su cabeza, arrastrada por la piedra, iba hundiéndose poco a poco; y lanzaba a su amo miradas enloquecidas, miradas humanas, debatiéndose como una persona que se ahoga. Luego, la parte delantera del cuerpo se hundió, mientras las patas traseras se agitaban enloquecidas fuera del agua; también desaparecieron enseguida.

Entonces, durante cinco minutos, algunas burbujas reventaron en la superficie como si el río se hubiera puesto a hervir; y François, despavorido, enloquecido, con el corazón palpitante, creía ver a *Cocotte* retorciéndose en el barro; y, en su simplicidad de campesino, se decía: «¿Qué estará pensando ahora de mí el animalillo?»

A punto estuvo de idiotizarse; pasó un mes enfermo, y todas las noches soñaba con su perra; la sentía lamerle las manos, la oía ladrar. Hubo que llamar a un médico. Finalmente, mejoró; y sus amos, a finales de junio, lo llevaron a su finca de Biessard**[102]**, cerca de Ruán.

También allí estaba a orillas del Sena. Empezó a tomar baños. Bajaba todas las mañanas con el palafrenero, y cruzaban el río a nado.

Pero un día, cuando se divertían chapoteando en el agua, François gritó de pronto a su compañero:

«Mírala acercarse. ¡Qué buen hueso te voy a dar!»

Lo que se acercaba era una carroña enorme, hinchada, pelada, que avanzaba con las patas al aire siguiendo la corriente.

François se acercó braceando y continuando con sus bromas:

«¡Rediós! No está fresca. ¡Qué hallazgo, amiguita! Y tampoco está flaca.»

Y daba vueltas alrededor, manteniéndose a distancia del enorme animal putrefacto.

Luego, de pronto, calló y la miró con una atención singular; se acercó más todavía, esta vez para tocarla. Examinaba atentamente el collar; luego estiró el brazo, agarró el cuello, dio la vuelta a la carroña, la atrajo hacia sí y leyó en el cobre oriniento que seguía pegado al cuero decolorado: «Mademoiselle *Cocotte*, del cochero François».

¡La perra muerta había encontrado a su amo a sesenta leguas de su casa!

François lanzó un grito espantoso y empezó a nadar con todas sus fuerzas hacia la orilla mientras continuaba gritando; y cuando llegó a tierra, huyó enloquecido, completamente desnudo, por el campo. ¡Estaba loco!

Aparición[103]

Se hablaba de secuestros a propósito de un proceso reciente[104]. Era al final de una velada íntima, en la calle Grenelle[105], en un antiguo palacete, y cada cual tenía su historia, una historia cuya veracidad aseguraba.

Entonces el viejo marqués de la Tour-Samuel, de ochenta y dos años de edad, se levantó y fue a apoyarse en la chimenea. Dijo con su voz algo temblona:

*

También yo sé una cosa extraña, tan extraña que ha sido la obsesión de mi vida. Ya hace cincuenta y seis años que me ocurrió esta aventura, y no pasa un mes sin que vuelva a verla en sueños. De ese día me ha quedado una marca, una impronta de miedo, ¿me comprenden? Sí, durante diez minutos sufrí el horrible espanto, de tal modo que desde esa hora se me quedó en el alma una especie de terror. Los ruidos inesperados hacen que se me estremezca hasta el alma; los objetos que distingo mal en las sombras del crepúsculo me dan unas ganas locas de echar a correr. En fin, tengo miedo de la noche.

¡Oh!, no lo habría confesado antes de haber alcanzado la edad que tengo. Ahora puedo decirlo todo. Cuando se tienen ochenta y dos años, está permitido no ser valiente ante los peligros imaginarios. Ante los peligros verdaderos no he retrocedido nunca, señoras.

Esta historia trastornó tanto mi espíritu, me sumió en una turbación tan profunda, tan misteriosa, tan terrible, que ni siquiera la he contado nunca. La he guardado en lo más hondo de mí, en ese fondo donde se ocultan los secretos penosos, los secretos vergonzosos, todas las inconfesables flaquezas que tenemos en nuestra existencia.

Voy a contarles la aventura tal como sucedió, sin tratar de explicarla. Desde luego ha de tener una explicación, a menos que yo haya tenido mi hora

de locura. Pero no, no estaba loco, y se lo demostraré. Imaginen lo que quieran. Me limitaré a contar los hechos.

Era en 1827, en el mes de julio. Yo me encontraba en Ruán, de guarnición.

Un día, cuando paseaba por el muelle, me crucé con un hombre al que creí reconocer sin recordar exactamente quién era. De manera instintiva hice un movimiento para detenerme. El desconocido se dio cuenta del gesto, me miró y cayó en mis brazos.

Era un amigo de juventud a quien había querido mucho. En los cinco años que no lo había visto parecía haber envejecido medio siglo. Su pelo estaba completamente blanco, y caminaba encorvado, como consumido. Comprendió mi sorpresa y me contó su vida. Una desgracia terrible lo había destrozado.

Locamente enamorado de una joven, se había casado con ella en una especie de éxtasis de felicidad. Después de un año de dicha sobrehumana y de una pasión inextinguible, ella había muerto repentinamente de una enfermedad de corazón, devorada por el propio amor, sin duda.

Él había abandonado su castillo el mismo día del entierro y se había ido a vivir a su palacete de Ruán. Vivía allí, solitario y desesperado, roído por el dolor, tan miserable que sólo pensaba en el suicidio.

«Ya que te encuentro así, me dijo, te pediré que me hagas un gran favor, ir a buscar a mi casa, en el escritorio de mi habitación, de nuestra habitación, algunos documentos que necesito con urgencia. No puedo encargárselo a un subalterno o a un hombre de negocios, porque necesito una discreción impenetrable y un silencio absoluto. En cuanto a mí, por nada del mundo volveré a entrar en esa casa.

Te daré la llave de esa habitación que yo mismo cerré al marcharme, y la llave de mi escritorio. Entregarás además una nota mía al jardinero, que te abrirá el castillo.

Pero ven mañana a almorzar conmigo y hablaremos de ello.»

Le prometí hacerle aquel pequeño favor. Además, para mí no era más que un paseo, ya que su finca estaba situada a unas cinco leguas de Ruán. Tenía para una hora de caballo.

El día siguiente, a las diez, estaba en su casa. Almorzamos los dos solos; pero él no pronunció ni veinte palabras. Me pidió que lo disculpase; pensar en la visita que yo iba a hacer a aquella habitación en la que yacía su dicha lo trastornaba, me decía. Y en efecto, me pareció singularmente agitado, preocupado, como si en su alma estuviera librándose un misterioso combate.

Por último, me explicó exactamente lo que debía hacer. Era muy sencillo. Tenía que coger dos paquetes de cartas y un fajo de papeles guardados en el primer cajón de la derecha del mueble cuya llave tenía. Añadió:

«No necesito rogarte que no pongas los ojos en ellos.»

Casi me hirió esta frase, y se lo dije con cierta vivacidad. Balbució:

«Perdóname, sufro demasiado.»

Y se echó a llorar.

Lo dejé hacia la una para cumplir mi misión.

Hacía un tiempo radiante, y yo iba al trote largo a través de los prados, escuchando cantos de alondras y el ruido acompasado de mi sable contra mi bota.

Luego entré en el bosque y puse mi caballo al paso. Ramas de árboles acariciaban mi rostro; y a veces atrapaba una hoja con los dientes y la masticaba con avidez, con una de esas alegrías de vivir que, sin saber por qué, te colman de una felicidad tumultuosa y como inasequible, de una especie de embriaguez de fuerza.

Al acercarme al castillo, busqué en el bolso la carta que tenía para el jardinero, y advertí con sorpresa que estaba lacrada. Tanta fue mi sorpresa y mi irritación que estuve a punto de volverme sin llevar a cabo el encargo. Luego pensé que con eso iba a demostrar una susceptibilidad de mal gusto. Mi amigo había podido, además, cerrar la nota sin darse cuenta, trastornado como estaba.

La mansión parecía abandonada hacía veinte años. La barrera, abierta y podrida, se tenía en pie no se sabe cómo. La hierba llenaba las alamedas; los arriates no se distinguían ya del césped.

Al ruido que hice al pegar patadas a un postigo, de una puerta lateral salió un viejo que pareció estupefacto al verme. Salté a tierra y le entregué mi carta. La leyó, la releyó, le dio vueltas, me miró de soslayo, se guardó el papel en el bolsillo y dijo:

«¡Y bien! ¿Qué desea?»

Yo respondí bruscamente:

«Usted debe de saberlo, ya que ha recibido en esa carta las órdenes de su amo; quiero entrar en el castillo.»

Pareció aterrado. Declaró:

«Entonces, ¿va usted a… a su habitación?»

Yo empezaba a perder la paciencia.

«¡Pardiez! ¿Es que acaso tiene usted intención de interrogarme?»

Balbució:

«No… señor… pero es que… es que no se ha abierto desde… desde la… muerte. Si quiere esperarme cinco minutos, voy a ir… a ver si…»

Lo interrumpí lleno de cólera:

«¡Pero vamos!, ¿está burlándose de mí? Usted no puede entrar, porque la llave la tengo yo.»

Él ya no sabía qué decir.

«Entonces, señor, le enseñaré el camino.

—Enséñeme la escalera y déjeme solo. La encontraré sin usted.

—Pero… señor… sin embargo…»

Esta vez, me enfurecí de veras:

«Ahora cállese, ¿de acuerdo? O tendrá que vérselas conmigo.»

Lo aparté violentamente y entré en la casa.

Atravesé primero la cocina, luego dos pequeñas estancias que aquel hombre ocupaba con su mujer. Crucé luego un gran vestíbulo, subí la escalera y reconocí la puerta indicada por mi amigo.

La abrí sin dificultad y entré.

El aposento estaba tan oscuro que al principio no distinguí nada. Me detuve, sobrecogido por ese insulso olor a moho de las estancias deshabitadas y condenadas, de las habitaciones muertas. Luego, poco a poco, mis ojos se habituaron a la oscuridad y vi con bastante nitidez un amplio aposento desordenado, con una cama sin sábanas, pero con sus colchones y sus almohadas, una de las cuales conservaba la huella profunda de un codo o de una cabeza como si alguien acabara de apoyarse encima.

Las sillas parecían en desorden. Observé que una puerta, la de un armario tal vez, había quedado entreabierta.

Fui primero a la ventana para tener luz y la abrí; pero los herrajes de la contraventana estaban tan herrumbrosos que no pude conseguir que cedieran.

Traté incluso de romperlos con mi sable, sin lograrlo. Como me exasperaba la inutilidad de aquellos esfuerzos, y como mis ojos habían terminado acostumbrándose perfectamente a la penumbra, renuncié a la esperanza de ver más claro y fui hacia el escritorio.

Me senté en un sillón, bajé la tapa, abrí el cajón indicado. Estaba lleno hasta los bordes. Sólo necesitaba tres paquetes, que no sabía cómo reconocer, y me puse a buscarlos.

Abría desmesuradamente los ojos para descifrar los sobrescritos cuando creí oír, o, mejor dicho, sentir, un roce a mi espalda. No le di más importancia, pensando que una corriente de aire había movido alguna tela. Pero, al cabo de un minuto, otro movimiento, casi indistinto, hizo que un

singular y pequeño escalofrío desagradable corriese por mi piel. Era tan estúpido alterarse, ni siquiera un poco, que no quise darme la vuelta, por pudor hacia mí mismo. Acababa de descubrir en ese momento el segundo de los fajos que necesitaba; y acababa de encontrar el tercero precisamente cuando un suspiro profundo y penoso, lanzado junto a mi espalda, me hizo dar un salto de loco a dos metros de allí. En mi impulso me había vuelto con la mano en la empuñadura de mi sable, y, desde luego, de no haberlo sentido tan cerca, habría huido como un cobarde.

Una mujer alta vestida de blanco me miraba, de pie tras el sillón en el que yo estaba sentado un segundo antes.

¡Por mis miembros corrió tal sacudida que estuve a punto de caerme de espaldas! ¡Oh!, nadie puede comprender, a menos de haberlos sentido, esos espantosos y estúpidos terrores. El alma se funde; uno ya no siente el corazón; el cuerpo entero se vuelve blando como esponja; se diría que todo nuestro ser interior se desmorona.

Yo no creo en fantasmas; y, sin embargo, desfallecí con el horroroso miedo a los muertos; y sufrí, ¡sí!, sufrí en unos instantes más que en todo el resto de mi vida, con la angustia irresistible de sus espantos sobrenaturales.

¡Si ella no hubiera hablado, quizá me habría muerto! Pero habló; habló con una voz dulce y dolorosa que hacía vibrar los nervios. No me atrevería a decir que volví a ser dueño de mí mismo y que recuperé la razón. No. Estaba enloquecido, hasta el punto de no saber lo que hada; pero esa especie de altivez íntima que hay en mí, y también un poco de orgullo profesional, me hacían conservar, casi a pesar mío, una compostura honorable. Aparentaba para mí mismo, y sin duda para ella, quienquiera que fuese, mujer o espectro. Me di cuenta de todo esto más tarde, porque les aseguro que, en el instante de la aparición, no pensaba en nada. Tenía miedo.

Ella dijo:

«¡Oh!, señor, ¡usted puede hacerme un gran favor!»

Quise responder, pero me fue imposible pronunciar una sola palabra. Un ruido vago salió de mi garganta.

Ella continuó:

«¿Quiere? Puede usted salvarme, curarme. Sufro horriblemente. Sufro, ¡oh, cuánto sufro!»

Y se sentó delicadamente en mi sillón. Me miraba:

«¿Quiere?»

Dije: «¡Sí!» con la cabeza, porque mi voz seguía paralizada.

Entonces me tendió un peine de carey y murmuró:

«Péineme, ¡oh!, péineme; eso me curará; necesito que me peinen. Mire mi cabeza… Cómo sufro; y ¡qué daño me hace el pelo!»

Sus cabellos sueltos, larguísimos, muy negros, eso me parecía, colgaban por el respaldo del sillón y tocaban el suelo.

¿Por qué lo hice? ¿Por qué recibí tiritando aquel peine, y por qué cogí en mis manos sus largos cabellos que produjeron en mi piel una sensación de frío atroz, como si hubiera manejado serpientes? No lo sé.

Aquella sensación se me quedó en los dedos, y me estremezco cuando pienso en ella.

La peiné. Manejé no sé cómo aquella cabellera de hielo. La retorcí, la até y la solté; la trencé como se trenzan las crines de un caballo. Ella suspiraba, inclinaba la cabeza, parecía feliz.

De repente me dijo: «¡Gracias!», me arrancó el peine de las manos y escapó por la puerta que yo había visto entreabierta.

Cuando me quedé solo, sentí durante unos segundos esa turbación confusa de quien despierta tras una pesadilla. Luego, cuando por fin me recobré, corrí a la ventana y rompí las contraventanas de un furioso empujón.

Entró una oleada de luz. Me lancé hacia la puerta por donde aquella criatura se había ido. La encontré cerrada e inquebrantable.

Entonces me invadió una fiebre de huida, un pánico, el verdadero pánico de las batallas. Cogí bruscamente los tres paquetes de cartas del escritorio abierto; crucé el aposento corriendo, salté los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro, me encontré fuera sin saber por dónde y, al ver mi caballo a diez pasos de mí, lo monté de un salto y partí al galope.

No paré hasta Ruán, delante de mi casa. Después de tirarle a mi ordenanza las bridas, huí a mi habitación, donde me encerré para reflexionar.

Entonces, durante una hora, me pregunté ansiosamente si no había sido juguete de una alucinación. Desde luego, había tenido una de esas incomprensibles conmociones nerviosas, uno de esos enloquecimientos del cerebro que engendran los milagros, y a los que lo Sobrenatural debe su poder.

Y estaba a punto de creer en una visión, en un error de mis sentidos, cuando me acerqué a la ventana. Por casualidad, mis ojos descendieron sobre mi pecho. ¡Mi dolmán[106] estaba lleno de largos cabellos de mujer que se habían enrollado en los botones!

Los cogí uno a uno y los tiré con temblor en los dedos.

Luego llamé a mi ordenanza. Me sentía demasiado emocionado, demasiado alterado para ir ese mismo día a casa de mi amigo. Y además

quería reflexionar detenidamente lo que debía decirle.

Mandé que le llevaran sus cartas, de las que entregó un recibo al soldado. Preguntó mucho por mí. Se le dijo que estaba indispuesto, que había sufrido una insolación, no sé qué. Pareció inquieto.

Fui a su casa al día siguiente, en cuanto amaneció, decidido a decirle la verdad. Había salido el día antes por la noche y no había regresado.

Volví durante el día, seguían sin verlo. Esperé una semana. No reapareció. Entonces avisé a la justicia. Lo buscaron por todas partes, sin descubrir rastro alguno de su paso o de su retiro.

Se hizo una minuciosa inspección del castillo abandonado. No se descubrió nada sospechoso.

Ningún indicio reveló que allí hubiera estado escondida una mujer.

Como la investigación no daba ningún resultado, se interrumpieron las pesquisas.

Y desde hace cincuenta y seis años no he averiguado nada. No sé nada más.

La reina Hortensia[107]

La llamaban, en Argenteuil, la reina Hortensia. Nadie supo nunca por qué. ¿Porque hablaba con el aplomo de un oficial dando órdenes quizá? ¿O porque era alta de estatura, huesuda, imperiosa? ¿O porque gobernaba una población de animales domésticos, gallinas, perros, gatos, canarios y cotorras, de esos animales caros a las solteronas? Pero con aquellos animales familiares no tenía ni mimos, ni palabras melindrosas, ni esas pueriles ternuras que parece fluir de los labios de las mujeres sobre el pelo aterciopelado del gato que ronronea. Gobernaba a sus animales con autoridad, reinaba entre ellos.

Era una solterona, en efecto, una de esas solteronas de voz cascada, y gesto seco, cuya alma parece dura. No admitía nunca contradicción, ni réplica, ni vacilación, ni indolencia, ni pereza, ni fatiga. Jamás la habían oído quejarse, echar de menos lo que fuese, envidiar a cualquiera. Decía: «A cada cual lo suyo» con una convicción de fatalista. No iba a la iglesia, no le gustaban los sacerdotes, apenas creía en Dios, llamando a todas las cosas religiosas «mercancía de llorones».

En los treinta años que llevaba viviendo en su pequeña casa, precedida por un jardincito que bordeaba la calle, nunca había modificado sus costumbres, cambiando sólo de criadas despiadadamente en cuanto cumplían los veintiún años.

Reemplazaba sin lágrimas ni pesar a sus perros, a sus gatos y a sus pájaros cuando morían de vejez o de accidente, y enterraba a los animales muertos en un arriate, con una pequeña laya, apisonando luego la tierra con unas cuantas patadas indiferentes.

En la ciudad tenía algunas amistades, familias de empleados cuyos hombres iban a París a diario. De vez en cuando la invitaban a ir a tomar una taza de té por la tarde. En estas reuniones se dormía inevitablemente, había que despertarla para que volviera a su casa. Nunca le permitió a nadie que la acompañara, porque no tenía miedo ni de día ni de noche. No parecía que le gustaran los niños.

Ocupaba su tiempo en mil tareas masculinas: carpintería, jardinería, cortaba la leña con la sierra o el hacha, reparaba su casa ruinosa e incluso hacía de albañil cuando era preciso.

Tenía familia que iba a verla dos veces al año: los Cimme y los Colombel, porque sus dos hermanas se habían casado, una con un herbolario, la otra con un pequeño rentista. Los Cimme no tenían descendientes; los Colombel tenían tres: Henri, Pauline y Joseph. Henri tenía veinte años, Pauline diecisiete, y Joseph sólo tres, porque había llegado cuando parecía imposible que su madre fuera todavía fecundada.

Ningún cariño unía a la vieja solterona con sus parientes.

En la primavera del año 1882, la reina Hortensia cayó enferma de repente. Los vecinos fueron en busca de un médico, al que expulsó. Cuando se presentó un cura, salió de su cama medio desnuda para echarlo a la calle.

La criadita, desolada, le hacía tisanas.

Después de tres días de cama, la situación pareció volverse tan grave que el tonelero de al lado, por consejo del médico, que había vuelto a la casa imponiendo su autoridad, se encargó de avisar a las dos familias.

Llegaron en el mismo tren hacia las diez de la mañana, y los Colombel traían al pequeño Joseph.

Cuando se presentaron en la entrada del jardín, lo primero que vieron fue a la criada llorando, en una silla, junto a la pared.

El perro dormía echado en el felpudo de la puerta de entrada, bajo unos ardientes rayos de sol; dos gatos, que se hubieran creído muertos, estaban echados en el alféizar de las dos ventanas, con los ojos cerrados, las patas y la cola estiradas cuan largas eran.

Una gorda gallina cloqueante paseaba un batallón de polluelos, vestidos de plumón amarillo, ligero como la guata, por el pequeño jardín; y una gran jaula colgada del muro, cubierta de álsine, contenía toda una población de pájaros que se desgañitaban cantando a la luz de aquella cálida mañana de primavera.

Dos inseparables, en otra jaulita en forma de chalet, permanecían muy tranquilos, uno al lado del otro en su travesaño.

El señor Cimme, un personaje obeso que resoplaba, que siempre entraba el primero en todas partes, apartando a los demás, hombres o mujeres, cuando era preciso, preguntó:

«Bueno, Céleste, ¿no va bien la cosa?»

La criadita gimió entre las lágrimas:

«Ya no me reconoce siquiera. El médico dice que es el final.»

Todo el mundo se miró.

La señora Cimme y la señora Colombel se abrazaron al instante, sin decir palabra. Se parecían mucho, porque siempre habían llevado bandos lisos y chales rojos, cachemiras francesas resplandecientes como ascuas.

Cimme se volvió a su cuñado, hombre pálido, amarillo y flaco, consumido por una dolencia estomacal, y que cojeaba horriblemente, y proclamó en tono serio:

«¡Caramba! Ya era hora.»

Pero nadie se atrevía a penetrar en la habitación de la moribunda, situada en la planta baja. El propio Cimme cedía el paso. Fue Colombel el primero en decidirse, y entró balanceándose como un mástil de navío, haciendo sonar en las baldosas la contera de hierro de su bastón.

El pequeño Joseph se había quedado fuera, seducido por la vista del perro.

Un rayo de sol cortaba en dos la cama, iluminando precisamente las manos que se agitaban de manera nerviosa, abriéndose y cerrándose sin cesar. Los dedos se movían como si una idea los hubiera animado, como si hubieran significado cosas, indicado ideas, obedecido a una inteligencia. Todo el resto del cuerpo permanecía inmóvil bajo la sábana. En el semblante anguloso no se notaba el menor estremecimiento. Los ojos permanecían cerrados.

Los parientes se desplegaron en semicírculo y se pusieron a mirar, sin decir una palabra, con el pecho oprimido y la respiración dificultosa. La criadita los había seguido y continuaba llorando.

Al final, Cimme preguntó:

«¿Qué ha dicho exactamente el médico?»

La criada balbució:

«Dice que se la deje tranquila, que ya no hay nada que hacer.»

Pero, de pronto, los labios de la solterona empezaron a agitarse. Parecían pronunciar unas palabras silenciosas, palabras escondidas en aquella cabeza de moribunda, y las manos aceleraban su singular movimiento.

De repente habló con una vocecita débil que no se le conocía, con una voz que parecía venir de lejos, ¿del fondo de aquel corazón siempre cerrado quizá?

Cimme se marchó de puntillas, por parecerle penoso aquel espectáculo. Colombel, cuya pierna lisiada se cansaba, se sentó.

Las dos mujeres permanecían de pie.

Ahora la reina Hortensia parloteaba muy deprisa sin que se comprendiese nada en sus palabras. Pronunciaba nombres, muchos nombres, llamaba tiernamente a personas imaginarias.

«Ven aquí, mi pequeño Philippe, abraza a tu madre. ¿Quieres mucho a tu mamá, verdad, hijo mío? Tú, Rose, vas a cuidar de tu hermana pequeña mientras yo esté fuera. Sobre todo no la dejes sola, ¿me oyes? Y te prohíbo que toques las cerillas.»

Se callaba durante unos segundos, luego, en un tono más alto, como si estuviese llamando: «¡Henriette!» Esperaba un poco, y proseguía: «Dile a tu padre que venga a hablar conmigo antes de ir a su despacho.» Y de pronto: «Hoy me encuentro algo indispuesta, cariño; prométeme que no volverás tarde. Dile a tu jefe que yo estoy enferma. Comprende que es peligroso dejar a los niños solos mientras estoy en la cama. Para cenar te haré un plato de arroz con leche. A los niños les gusta mucho. ¡Qué contenta va a ponerse Claire!»

Se echaba a reír, con una risa joven y ruidosa, como nunca se había reído: «Mira a Jean, la cara tan divertida que tiene. Se ha embadurnado con las mermeladas, ¡el muy cochinito! ¡Mira, querido, qué gracioso está!»

Colombel, que a cada instante cambiaba de posición su pierna cansada por el viaje, murmuró:

«Está soñando que tiene hijos y un marido, es la agonía que empieza.»

Las dos hermanas seguían sin moverse, sorprendidas y pasmadas.

La criadita dijo:

«Tienen que quitarse los chales y los sombreros, ¿quieren pasar a la sala?»

Salieron sin haber pronunciado una palabra. Y Colombel las siguió cojeando, dejando de nuevo completamente sola a la moribunda.

Cuando se hubieron desembarazado de sus ropas de viaje, las mujeres se sentaron por fin. Entonces uno de los gatos dejó su ventana, se estiró, saltó a la sala, luego hasta las rodillas de Mme. Cimme, que se puso a acariciarlo.

Al lado se oía la voz de la moribunda, que vivía, en esa hora última, la vida que sin duda había esperado, viviendo sus propios sueños en el momento en que todo iba a terminar para ella.

En el jardín, Cimme jugaba con el pequeño Joseph y el perro, divirtiéndose mucho, con una alegría de hombre gordo en el campo, sin acordarse para nada de la moribunda.

Pero de repente volvió a entrar en la casa, y, dirigiéndose a la criada:

«Oye, hija mía, tendrás que hacernos de almorzar. ¿Qué van a comer ustedes, señoras?»

Decidieron que una tortilla a las finas hierbas, un trozo de solomillo bajo con patatas nuevas, queso y una taza de café.

Y cuando Mme. Colombel hurgaba en su bolsillo buscando su monedero, Cimme la detuvo; luego, volviéndose a la criada: «¿Tú debes de tener dinero?» Ella respondió:

»Sí, señor.

—¿Cuánto?

—Quince francos.

—Eso basta. Date prisa, hija mía, porque empiezo a tener hambre.»

La señora Cimme, mirando fuera las flores trepadoras bañadas de sol y dos palomas enamoradas en el tejado de enfrente, dijo con aire afligido:

«Es una desgracia haber venido para una circunstancia tan triste. Se estaría tan bien hoy en el campo.»

Su hermana suspiró sin responder, y Colombel murmuró, acaso emocionado por la idea de una marcha:

«La pierna me molesta muchísimo.»

El pequeño Joseph y el perro armaban un escándalo horrible: el uno lanzando gritos de alegría, el otro ladrando sin cesar. Jugaban al escondite alrededor de tres arriates, corriendo el uno detrás del otro como dos locos.

La moribunda seguía llamando a sus hijos, hablando con cada uno, imaginando que los vestía, que los acariciaba, que les enseñaba a leer: «Vamos, Simon, repite: A B C D. No pronuncias bien, vamos a ver, D D D, ¿me oyes? Ahora tú…»

Cimme dijo: «Es curioso lo que se dice en esos momentos.»

La señora Colombel preguntó entonces:

«Quizá fuera mejor volver a su lado.»

Pero Cimme la disuadió de inmediato:

«¿Para qué, si usted no puede cambiar nada en su estado? Estamos tan bien aquí…»

Nadie insistió. La señora Cimme contempló a los dos pájaros verdes, llamados inseparables. Alabó en unas cuantas frases aquella singular fidelidad y criticó a los hombres por no imitar a aquellos animales. Cimme se echó a reír, miró a su mujer, canturreó un aire guasón: «Tra-la-la. Tra-la-la», como dejando entrever muchas cosas sobre su fidelidad, la suya, la de Cimme.

Colombel, que en ese momento sufría calambres de estómago, golpeaba el suelo con su bastón.

Entró el otro gato con la cola levantada.

No se sentaron a la mesa hasta la una.

Nada más probar el vino, Colombel, a quien habían recomendado beber únicamente burdeos escogido, llamó a la sirvienta:

«Oye, hija mía, ¿no hay nada mejor que esto en la bodega?

—Sí, señor, hay del vino fino que les servían a ustedes cuando venían.

—Bien, vete a buscarnos tres botellas.»

Probaron aquel vino que pareció excelente; no es que procediera de un caldo notable, pero tenía quince años de bodega.

Cimme declaró: «Es vino de enfermo.»

Colombel, presa de un ardiente deseo de poseer aquel burdeos, interrogó de nuevo a la criada:

«¿Cuánto queda, hija mía?

—¡Oh!, casi todo, señor; la señorita no lo bebía nunca. Es el montón del fondo.»

Entonces se volvió hacia su cuñado:

«Si usted quisiera, Cimme, le cambiaría ese vino por otra cosa, le va de maravilla a mi estómago.»

La gallina había entrado a su vez con su bandada de polluelos; las dos mujeres se divertían echándoles migas.

Mandaron al jardín a Joseph y al perro, que ya habían comido bastante.

La reina Hortensia seguía hablando, pero ahora en voz baja, de modo que ya no se distinguían sus palabras.

Cuando hubieron acabado su té, todo el mundo fue a comprobar el estado de la enferma. Parecía tranquila.

Salieron y se sentaron en círculo en el jardín para hacer la digestión.

De repente el perro se puso a dar vueltas alrededor de las sillas a toda la velocidad de sus patas, llevando algo en sus fauces. El niño corría detrás como un loco. Los dos desaparecieron en el interior de la casa.

Cimme se durmió con la barriga al sol.

La moribunda se puso de nuevo a hablar alto. Después, de repente, gritó.

Las dos mujeres y Colombel se apresuraron a entrar para ver qué le pasaba. Cimme, despertado, no se molestó, no le gustaban aquellas cosas.

La moribunda se había sentado, con los ojos extraviados. Su perro, para escapar a la persecución del pequeño Joseph, había saltado sobre la cama, y brincado por encima de la agonizante; y, parapetado detrás de la almohada, miraba a su compañero con sus ojos brillantes, presto a saltar de nuevo para volver a empezar la partida. Llevaba en las fauces una de las zapatillas de su ama, desgarrada a golpe de colmillos, desde hacía una hora que jugaba con ella.

El niño, intimidado por aquella mujer que se había incorporado de repente ante él, permanecía inmóvil frente a la cama.

La gallina, que también había entrado, asustada por el ruido, había saltado a una silla; y llamaba desesperadamente a sus polluelos que piaban, espantados, entre las cuatro patas del asiento.

La reina Hortensia gritaba con una voz desgarradora: «¡No, no, no quiero morir, no quiero! ¡No quiero! ¿Quién criará a mis hijos? ¿Quién los cuidará? ¿Quién los amará? ¡No, no quiero…! No…»

Se desplomó de espaldas. Había muerto.

El perro, muy excitado, saltó a la habitación dando brincos.

Colombel corrió a la ventana, llamó a su cuñado: «Venga deprisa, venga deprisa. Creo que acaba de morir.»

Entonces Cimme se levantó y, resignado, penetró en la habitación balbuciendo:

«Ha sido menos largo de lo que me temía.»

El tío Milon[108]

Desde hace un mes, el generoso sol lanza sobre los campos su llama abrasadora. La vida estalla radiante bajo ese chaparrón de fuego; la tierra verdea hasta donde alcanza la vista. Hasta los límites del horizonte el cielo es azul. Las granjas normandas diseminadas por la llanura parecen de lejos pequeños bosques, encerradas en su cinturón de esbeltas hayas. De cerca, cuando se abre la carcomida barrera, se cree ver un jardín gigante, porque todos los antiguos manzanos, huesudos como los campesinos, están en flor. Los viejos troncos negros, corvos, retorcidos, en línea con el corral, despliegan bajo el cielo sus deslumbrantes copas, blancas y rosadas. El dulce aroma de su floración se mezcla con los espesos olores de los establos abiertos y con los vapores del estiércol que fermenta, cubierto de gallinas.

Es mediodía. La familia come a la sombra del peral plantado delante de la puerta: el padre, la madre, los cuatro niños, las dos sirvientas y los tres criados. Apenas hablan. Comen su sopa, luego destapan la fuente de guisote llena de patatas con tocino.

De vez en cuando una sirvienta se levanta y va a la bodega a llenar la jarra de sidra.

El hombre, un mozancón de cuarenta años, contempla, pegada a la casa, una parra que se ha quedado desnuda y corre, retorcida como una serpiente, bajo los postigos a lo largo de la pared.

Al fin dice: «La viña del viejo brota temprano este año. Quizá dé.»

También la mujer se vuelve y mira sin decir una palabra.

Esa parra está plantada justo en el sitio donde fue fusilado el padre.

Fue durante la guerra de 1870. Los prusianos ocupaban toda la región. El general Faidherbe les hacía frente con el ejército del Norte[109]. Pero el estado mayor prusiano se había apostado en aquella granja. Su viejo propietario, el tío Milon, de nombre Pierre, los había recibido e instalado como mejor pudo.

Hacía un mes que la vanguardia alemana estaba en observación en el pueblo. Los franceses permanecían inmóviles, a diez leguas de allí; y sin

embargo, cada noche desaparecían varios ulanos.

Todos los exploradores aislados, aquellos a los que mandaban salir de patrulla, cuando iban sólo dos o tres no regresaban nunca.

Los recogían muertos por la mañana, en un campo, a orillas de un corral, en una cuneta. Hasta sus mismos caballos yacían a lo largo de los caminos, degollados de un sablazo.

Estos crímenes parecían perpetrados por los mismos hombres, a los que no se conseguía descubrir.

La región fue sometida al terror: se fusiló a aldeanos por una simple denuncia, se encarceló a mujeres; se quiso hacer hablar, mediante el miedo, a los niños. No se descubrió nada.

Pero he aquí que una mañana hallaron al tío Milon tendido en su cuadra, con la cara cortada por una cuchillada.

A tres kilómetros de la granja se encontró a dos ulanos destripados. Uno de ellos aún tenía en la mano su arma ensangrentada. Había luchado, se había defendido.

De inmediato se formó un consejo de guerra, al aire libre, delante de la granja, ante el que llevaron al viejo.

Tenía sesenta y ocho años. Era pequeño de estatura, flaco, algo torcido, con grandes manos parecidas a pinzas de cangrejo. Su pelo sin brillo, ralo y ligero como el plumón de un patito, dejaba ver en todas partes la carne del cráneo. La piel oscura y arrugada del cuello mostraba gruesas venas que se hundían bajo las mandíbulas y reaparecían en las sienes. En la comarca pasaba por avaro y hombre sin escrúpulos en los negocios.

Lo colocaron de pie, entre cuatro soldados, delante de la mesa de la cocina que habían sacado. Cinco oficiales y el coronel se sentaron frente a él.

El coronel tomó la palabra en francés.

«Tío Milon, desde que estamos aquí, no hemos tenido más que motivos de elogio hacia usted. Siempre ha sido complaciente e incluso atento con nosotros. Pero hoy una terrible acusación pesa sobre usted, y es preciso que las cosas se aclaren. ¿Cómo se ha hecho la herida que tiene en la cara?»

El campesino no respondió nada.

El coronel continuó:

«Su silencio lo condena, tío Milon. Pero quiero que me responda, ¿entiende? ¿Sabe quién mató a los dos ulanos que han encontrado esta mañana cerca del Calvario?»

El viejo articuló con toda claridad:

«Fui yo.»

Sorprendido, el coronel permaneció mudo un segundo, mirando fijamente al prisionero. El tío Milon permanecía impasible, con su aire embrutecido de campesino y los ojos bajos como si estuviera hablando con el cura. Una sola cosa podía revelar turbación interior: tragaba saliva sin parar, con un esfuerzo visible, como si su garganta hubiera estado totalmente estrangulada.

La familia del viejo, su hijo Jean, su nuera y dos chiquillos permanecían tras él, a diez pasos, despavoridos y consternados.

El coronel continuó:

«¿Sabe también quién ha matado a todos los exploradores de nuestro ejército que cada mañana encontramos, desde hace un mes, en los campos?

El viejo respondió con la misma impasibilidad de bruto: «He sido yo.»

—¿Ha sido usted el que ha matado a todos?

—A todos, sí, he sido yo.

—¿Usted solo?

—Yo solo.

—Dígame cómo lo hacía.

Esta vez el hombre pareció emocionarse; la necesidad de hablar mucho tiempo le molestaba visiblemente. Balbució:

«¡Qué sé yo! Lo hice según venían las cosas.»

El coronel prosiguió:

«Le advierto que es preciso que me diga todo. Por lo que haría bien en decidirse inmediatamente. ¿Cómo empezó usted?»

El hombre lanzó una mirada inquieta a su familia, que seguía atenta detrás de él. Dudó un instante todavía, luego, de repente, se decidió.

«Volvía a casa una noche, serían quizá las diez, al día siguiente de llegar ustedes. Usted y sus soldados me habían quitado más de cincuenta escudos de forraje además de una vaca y dos ovejas. Me dije: Tantas veces como me quiten veinte escudos, tantas veces me los cobraré. Y además tenía en el corazón otras cosas que ya le contaré. Y resulta que veo a uno de sus jinetes fumando su pipa en mi zanja, detrás de mi granjero. Fui a descolgar mi hoz y volví muy despacio por detrás, él no oyó nada. Y le corté la cabeza de un golpe, de uno solo, como una espiga, ni siquiera dijo “¡ay!” No tendrían más que buscar en el fondo de la charca: lo encontrarían en un saco de carbón, con una piedra de la cerca.

»Yo tenía mi idea. Cogí todas sus cosas, desde las botas hasta el gorro, y las escondí en el horno de yeso del bosque Martin, detrás del corral.»

El viejo se calló. Los oficiales, sobrecogidos, se miraban. El interrogatorio volvió a empezar; y esto es lo que supieron.

Una vez cometido ese asesinato, el viejo había vivido con una idea: «¡Matar prusianos!» Los odiaba con un odio solapado y encarnizado de campesino codicioso y también patriota. Tenía su idea, como había dicho. Aguardó unos días.

Era libre de ir y venir, de entrar y salir a su aire, por lo humilde, sumiso y complaciente que se había mostrado con los vencedores. Pero cada atardecer veía partir las estafetas; y una noche salió, después de haber oído el nombre del pueblo al que se dirigían los jinetes y tras haber aprendido, gracias al trato con los soldados, las pocas palabras de alemán que necesitaba.

Salió por el corral, se deslizó en el bosque, llegó hasta el horno de yeso, penetró hasta el fondo de la larga galería y, tras localizar en el suelo las ropas del muerto, se las puso.

Entonces empezó a dar vueltas por los campos, arrastrándose, aprovechando los ribazos para esconderse, escuchando los menores ruidos, inquieto como un cazador furtivo.

Cuando creyó llegada la hora, se acercó al camino y se escondió en un matorral. Siguió esperando. Por fin, hacia medianoche, un galope de caballo resonó sobre la tierra dura del camino. El hombre pegó la oreja a tierra para asegurarse de que era sólo un jinete el que se acercaba; luego se preparó.

El ulano, portador de unos despachos, llegaba al trote ligero. Cabalgaba ojo avizor y aguzando el oído. Cuando estuvo sólo a diez pasos, el tío Milon se arrastró por el camino gimiendo: *«Hilfe! Hilfe!»* ¡Ayuda, ayuda! El jinete se detuvo, reconoció a un alemán desmontado, lo creyó herido, se apeó del caballo, se acercó sin sospechar nada y, cuando se inclinaba hacia el desconocido, recibió en medio del vientre la larga hoja curva del sable. Se desplomó, sin agonía, apenas sacudido por algunos temblores supremos.

Entonces el normando, radiante con una alegría muda de viejo campesino, se levantó y, por simple gusto, cortó el gaznate del cadáver. Luego lo arrastró hasta la zanja y lo tiró en ella.

El caballo, tranquilo, esperaba a su amo. El tío Milon montó en él, y partió al galope a través de las llanuras.

Al cabo de una hora divisó a dos ulanos que volvían juntos al cuartel. Fue derecho hacia ellos, gritando también: *«¡Hilfe! Hilfe!»* Los prusianos lo dejaban acercarse, reconociendo el uniforme, sin desconfianza alguna. Y el viejo pasó como una bala entre los dos, abatiendo al uno y al otro con su sable y un revólver.

Acto seguido degolló los caballos, ¡caballos alemanes! Luego volvió despacio al horno de yeso y escondió el caballo en el fondo de la oscura

galería. Se quitó allí el uniforme, se puso sus miserables andrajos y, tras volver a su cama, durmió hasta la mañana siguiente.

Durante cuatro días no salió, esperando a que terminase la investigación iniciada; pero al quinto día partió de nuevo, y volvió a matar a dos soldados con la misma estratagema. Desde entonces ya no paró. Todas las noches vagaba, daba vueltas a la ventura, matando prusianos unas veces aquí, otras allá, galopando por los campos desiertos, bajo la luna, ulano perdido, cazador de hombres. Luego, acabada su tarea, dejando a su espalda cadáveres tendidos a lo largo de los caminos, el viejo jinete volvía a esconder en el fondo del horno de yeso su caballo y su uniforme.

Hacia mediodía iba con aire tranquilo a llevar avena y agua a su montura, que se había quedado en el fondo del subterráneo, y la alimentaba en abundancia, porque exigía de ella un gran esfuerzo.

Pero la víspera, uno de los que había atacado estaba en guardia y de un sablazo había cortado la cara del viejo campesino.

Sin embargo, ¡había matado a los dos! Había vuelto, había escondido el caballo y se había puesto de nuevo sus humildes ropas; pero, ya de camino a casa, había sentido un desfallecimiento y se había arrastrado hasta la cuadra, sin poder llegar a la casa.

Allí lo habían encontrado, todo ensangrentado, sobre la paja…

Cuando hubo acabado su relato, alzó de pronto la cabeza y miró con orgullo a los oficiales prusianos.

El coronel, que se retorcía el bigote, le preguntó:

«¿No tiene nada más que decir?

—No, nada más; la cuenta es exacta: maté dieciséis, ni uno más, ni uno menos.

—¿Sabe usted que va a morir?

—Yo no le he pedido clemencia.

—¿Ha sido usted soldado?

—Sí. En el pasado hice una campaña. Y además, ustedes mataron a mi padre, que era soldado del primer Emperador. Sin contar con que han matado a mi hijo pequeño, François, el mes pasado, cerca de Évreux. Les debía algo a ustedes, he pagado. Estamos en paz.»

Los oficiales se miraban.

El viejo continuó:

«Ocho por mi padre, ocho por mi hijo, en paz. ¡No he sido yo el que ha buscado pelea! ¡Ni siquiera les conozco! ¡Ni siquiera sé de dónde vienen!

Están ustedes en mi casa, mandando como si fuera la suya. Me he vengado en esos otros. No me arrepiento.»

Y entonces, irguiendo su torso anquilosado, el viejo se cruzó de brazos en actitud de humilde héroe.

Los prusianos hablaron bastante rato en voz baja. Un capitán, que también había perdido a su hijo el mes anterior, defendía a aquel magnánimo pordiosero.

Entonces el coronel se levantó y, acercándose al padre Milon, le dijo bajando la voz:

«Escuche, viejo, quizá haya un medio de salvarle la vida, es…»

Pero el buen viejo ya no escuchaba, y con los ojos fijos en el oficial vencedor, mientras el viento agitaba los pelillos de su cráneo, hizo una mueca horrible que crispó su enjuto rostro cruzado por el tajo, e, hinchando el pecho, escupió, con todas sus fuerzas, en plena cara del prusiano.

El coronel, enloquecido, levantó la mano, y el hombre, por segunda vez, le escupió a la cara.

Todos los oficiales se habían levantado y a gritos daban órdenes al mismo tiempo.

En menos de un minuto, el viejecillo, siempre impasible, fue colocado contra la pared y fusilado, mientras enviaba sonrisas a Jean, su hijo mayor, a su nuera y a los dos pequeños, que miraban aturdidos.

La madre de los monstruos[110]

He recordado aquella horrible historia y a aquella horrible mujer al ver pasar el otro día, en una playa muy concurrida por los ricos, a una conocida parisiense, joven, elegante, encantadora, adorada y respetada por todos.

Mi historia se remonta muy lejos ya en el tiempo, pero estas cosas no se olvidan.

Me había invitado un amigo a pasar algún tiempo en su casa, en una pequeña ciudad de provincias. Para hacerme los honores de la comarca, me paseó por todas partes, me hizo ver sus alabados paisajes, los castillos, las industrias, las ruinas; me mostró los monumentos, las iglesias, las viejas puertas esculpidas, árboles de enorme tamaño o de forma extraña, el roble de Saint André y el tejo de Roqueboise.

Cuando hube examinado entre exclamaciones de benévolo entusiasmo todas las curiosidades de la región, mi amigo me dijo con cara consternada que ya no quedaba nada por visitar. Respiré. Por fin iba a poder descansar un poco a la sombra de los árboles. Pero de pronto lanzó un grito:

«¡Ah, sí!, tenemos a la madre *de los monstruos*, te la haré conocer».

Yo pregunté:

«¿A quién? ¿A la madre de los monstruos?»

Él prosiguió:

«Es una mujer abominable, un verdadero demonio, un ser que da a luz cada año, voluntariamente, niños deformes, horribles, espantosos en una palabra, monstruos, y los vende a los exhibidores de fenómenos.

»Estos horribles industriales vienen de vez en cuando a informarse de si ha producido algún aborto nuevo, y, cuando el tipo les gusta, se lo llevan pagándole una renta a la madre.

»Tiene once retoños de esa naturaleza. Es rica.

»Crees que bromeo, que invento, que exagero. No, amigo mío. Sólo te cuento la verdad, la pura verdad.

»Vamos a ver a esa mujer. Luego te diré cómo ha llegado a ser una fábrica de monstruos».

Me llevó a las afueras.

Aquella mujer vivía en una preciosa casita a la orilla de la carretera. Era agradable y estaba bien cuidada. El jardín lleno de flores olía bien. Se hubiera dicho la morada de un notario retirado de los negocios.

Una criada nos hizo pasar a una especie de saloncito campesino, y la miserable apareció.

Tenía unos cuarenta años. Era una mujer alta, de rasgos duros, pero bien constituida, vigorosa y sana, el verdadero tipo de campesina robusta, mitad animal, mitad mujer.

Era consciente de la reprobación que provocaba y no parecía recibir a la gente sino con una humildad odiosa.

Preguntó:

«¿Qué desean los señores?»

Mi amigo replicó:

«Me han dicho que su último hijo había nacido como todo el mundo, y que no se parecía nada a sus hermanos. He querido cerciorarme. ¿Es cierto?»

Nos lanzó una mirada socarrona y furiosa, y respondió:

«¡Oh, no! ¡Oh, no!, mi probe señor. Pue que sea más feo entavía que los otros. No tengo suerte, ninguna suerte. Tos así, mi probe señor, tos así, qué desgracia, ¿cómo pue ser el buen Dios tan duro con una probe mujer questá sola en el mundo, cómo pue ser?»

Hablaba deprisa, con los ojos bajos y aire hipócrita, semejante a una bestia feroz que tiene miedo. Suavizaba el tono áspero de su voz, y resultaba sorprendente que aquellas palabras lacrimosas y soltadas en falsete saliesen de aquel corpachón huesudo, demasiado fuerte, de ángulos bastos, que parecía hecho para los gestos vehementes y para aullar a la manera de los lobos.

Mi amigo preguntó:

«Querríamos ver a su pequeño».

Me dio la impresión de que se sonrojaba. ¿Me engañé acaso? Tras unos instantes de silencio, dijo con voz más alta:

«¿Pa qué les serviría?»

Y había levantado la cabeza, mirándonos de hito en hito con ojeadas bruscas y fuego en la mirada.

Mi compañero prosiguió:

«¿Por qué no quiere enseñárnoslo? Hay mucha gente a la que se lo muestra. ¡Ya sabe a quién me refiero!»

La mujer se sobresaltó y, liberando su voz, liberando su cólera, gritó:

«Díganme, ¿pa eso han venío? ¿Pa insultarme, eh? ¿Porque mis hijos son como animales, verdá? No lo verán, no, no, no lo van a ver; váyanse, váyanse. ¿Por qué tien tos que agonizarme así?»

Avanzaba hacia nosotros, con las manos en las caderas. Al sonido brutal de su voz, una especie de gemido, o más bien un maullido, un grito lamentable de idiota, salió del cuarto contiguo. Me estremecí hasta la médula. Retrocedimos ante ella.

Mi amigo dijo con tono severo:

«Tenga cuidado, Diabla (en el pueblo la llamaban la Diabla), tenga cuidado, un día u otro esto le traerá desgracia».

Ella se echó a temblar de rabia, agitando los puños, trastornada, chillando:

«¡Váyanse! ¿Qué me traerá desgracia? ¡Váyanse, hatajo de impíos!»

Iba a saltarnos a la cara. Huimos, con el corazón en un puño.

Cuando estuvimos delante de la puerta, mi amigo me preguntó:

«¿Y qué? ¿La has visto? ¿Qué te parece?»

Respondí:

«Cuéntame la historia de esa bestia».

Y esto es lo que me contó mientras volvíamos con paso lento por la blanca carretera bordeada de mieses ya maduras que un viento ligero, pasando a ráfagas, hacía ondular como un mar en calma.

Tiempo atrás, aquella mujer era sirvienta en una granja, laboriosa, formal y ahorradora. No se le conocían novios, no se sospechaba que tuviera ninguna debilidad.

Cometió un desliz, como hacen todas, una tarde de siega, en medio de las gavillas segadas, bajo un cielo de tormenta, cuando el aire inmóvil y pesado parece lleno de un calor de horno y baña de sudor los cuerpos morenos de mozos y mozas.

No tardó en sentirse encinta y sufrió la tortura de la vergüenza y del miedo. Queriendo ocultar su desgracia a toda costa, se apretaba el vientre violentamente con un sistema que había inventado, un corsé de fuerza, hecho con tablillas y cuerdas. Cuanto más se le hinchaba el vientre por el esfuerzo del niño al crecer, más apretaba ella el instrumento de tortura, sufriendo el martirio, pero animosa ante el dolor, siempre sonriente y ágil, sin dejar ver ni sospechar nada.

Lisió en sus entrañas a la pequeña criatura oprimida por la espantosa máquina; lo comprimió, lo deformó, hizo de él un monstruo. Su cráneo aplastado se alargó, brotó de punta con dos gruesos ojos saltones que sobresalían de la frente. Los miembros oprimidos contra el cuerpo crecieron,

retorcidos como sarmientos, se alargaron desmesuradamente, rematados por unos dedos semejantes a patas de araña.

El torso se quedó muy pequeño y redondo como una nuez.

Parió en pleno campo una mañana de primavera.

Cuando las escardadoras, que acudieron en su ayuda, vieron el animal que le salía del cuerpo, echaron a correr lanzando gritos. Y por la comarca se difundió el rumor de que había traído al mundo un demonio. Desde entonces la llaman «la Diabla».

La echaron de su trabajo. Vivió de la caridad y tal vez de amor en la sombra, porque era buena moza y no todos los hombres temen al infierno.

Crió a su monstruo, a quien por lo demás odiaba con un odio salvaje y al que tal vez hubiera estrangulado si el cura, previendo el crimen, no la hubiera amedrentado amenazándola con la justicia.

Pero, cierto día, unos exhibidores de fenómenos que estaban de paso oyeron hablar del espantoso aborto y pidieron verlo para llevárselo si les gustaba. Les gustó, y entregaron a la madre quinientos francos al contado. Ella, avergonzada al principio, se negaba a mostrar aquella especie de animal; pero cuando descubrió que valía dinero, que excitaba el deseo de aquella gente, se puso a regatear, a discutir cada céntimo, encandilándolos con las deformidades de su hijo, elevando el precio con tenacidad de campesina.

Para que no la robasen, hizo un documento con ellos. Y se comprometieron a pagarle además cuatrocientos francos al año, como si hubieran tomado aquel animal a su servicio.

Esta ganancia inesperada enloqueció a la madre, y desde entonces no la abandonó el deseo de dar a luz otro fenómeno, para conseguir rentas como una burguesa.

Como era fecunda, consiguió lo que buscaba, y parece ser que se volvió hábil para variar las formas de sus monstruos según las presiones que les hacía sufrir durante el tiempo del embarazo.

Los tuvo largos y cortos, unos parecidos a cangrejos, otros semejantes a lagartos. Varios murieron; se afligió mucho.

La justicia trató de intervenir, pero no pudo probarse nada. Así pues, la dejaron fabricar en paz sus fenómenos.

En este momento tiene once vivos, que le reportan, un año con otro, de cinco a seis mil francos. Sólo le falta uno por colocar, el que no ha querido enseñarnos. Pero no lo conservará mucho tiempo, porque hoy día la conocen todos los titiriteros del mundo, que de vez en cuando vienen a ver si tiene algo nuevo.

Y hasta monta subastas entre ellos cuando el sujeto lo merece.

*

Mi amigo se calló. Una repugnancia profunda me revolvía el alma, y una cólera tumultuosa, un remordimiento por no haber estrangulado a aquella bestia cuando la había tenido a mano.

Pregunté:

«¿Y quién es el padre?»

Me respondió:

«No se sabe. Él o ellos tienen cierto pudor. Él o ellos se esconden. Quizá comparten los beneficios».

No pensaba ya en esta lejana aventura cuando el otro día vi, en una playa de moda, a una mujer elegante, encantadora, coqueta, amada, rodeada de hombres que la respetan.

Caminaba por la arena del brazo de un amigo, el médico del balneario. Diez minutos más tarde vi a una criada que cuidaba de tres niños enterrados en la arena.

Un par de pequeñas muletas yacían en el suelo y me emocionó. Entonces me di cuenta de que aquellos tres pequeños seres eran deformes, jorobados, encorvados, horribles.

El doctor me dijo:

«Son los productos de la encantadora mujer que acabas de ver».

Una profunda piedad por ella y por ellos invadió mi alma. Exclamé:

«¡Oh, pobre madre! ¿Cómo puede seguir riendo?»

Mi amigo prosiguió:

«No las compadezcas, querido. A quien hay que compadecer es a los pobres pequeños. Ahí tienes los resultados de las cinturas finas hasta el último día. Estos monstruos se fabrican con el corsé. Ella sabe de sobra que arriesga su vida en este juego. ¡Qué le importa, con tal de ser hermosa y amada!»

Y me acordé de la otra, la campesina, la Diabla, que vendía sus fenómenos.

El huérfano[111]

La señorita Source había adoptado a aquel muchacho tiempo atrás en circunstancias muy tristes. Contaba ella entonces treinta y tres años, y su deformidad (había resbalado de las rodillas de su niñera a la chimenea siendo niña, y todo su rostro, espantosamente quemado, había quedado horrible de ver), su deformidad la había decidido a no contraer matrimonio, pues no quería que se casaran con ella por su dinero.

Una vecina, que había enviudado estando embarazada, murió de parto sin dejar un céntimo. La señorita Source se hizo cargo del recién nacido, lo dio a criar, lo educó, lo envió a un pensionado, luego lo recogió a la edad de catorce años a fin de tener en su casa vacía alguien que la quisiera, que cuidara de ella, que hiciese dulce su vejez.

Habitaba en una pequeña propiedad rural a cuatro leguas de Rennes, y ahora vivía sin criada. Como el gasto había aumentado más del doble desde la llegada de aquel huérfano, sus tres mil francos de renta no podían bastar ya para mantener a tres personas.

Ella misma se encargaba de la casa y la cocina, y mandaba a los recados al chico, que también se ocupaba de cultivar la huerta. Era dulce, tímido, callado y cariñoso. Y ella sentía una alegría profunda, una alegría nueva cuando él la besaba sin que pareciese sorprenderse o asustarse de su fealdad. La llamaba tía, y la trataba como a una madre.

Por la noche, los dos se sentaban al amor de la lumbre, y ella le preparaba golosinas. Calentaba vino y tostaba una rebanada de pan, y aquello era una pequeña cena ligera y deliciosa antes de irse a la cama. A menudo lo sentaba en sus rodillas y lo cubría de caricias murmurándole al oído palabras tiernamente apasionadas. Lo llamaba: «Mi florecita, mi querubín, mi ángel adorado, mi divina alhaja». Él se dejaba querer dulcemente, escondiendo la cabeza en el hombro de la solterona.

Aunque ahora tuviese cerca de quince años, seguía siendo enclenque y pequeño, de aspecto algo enfermizo.

A veces, la señorita Source lo llevaba a la ciudad, a ver a dos parientes que ella tenía, primas lejanas, casadas en un suburbio, su única familia. Las dos mujeres seguían odiándola por haber adoptado a aquel niño, debido a la herencia; pero, de cualquier modo, la acogían afablemente, esperando aún su parte, un tercio sin duda, si se repartía por igual lo que dejase.

Era feliz, muy feliz, ocupada a todas horas con su hijo. Le compró libros para que cultivase su inteligencia, y él se puso a leer apasionadamente.

Ahora, por la noche, él ya no se sentaba en sus rodillas para que lo mimase como antes, sino que se sentaba vivamente en su pequeña silla en un extremo de la chimenea, y abría un volumen. La lámpara colocada en el borde de la repisa, por encima de su cabeza, iluminaba su pelo ensortijado y un trozo de carne de la frente. Él ya no se movía, no alzaba los ojos, no hacía ningún gesto, leía, concentrado, metido por entero en la aventura de los libros.

Sentada frente a él, lo contemplaba con mirada ardiente y fija, asombrada de su atención, celosa, a punto de echarse a llorar con frecuencia.

A veces le decía: «¡Vas a fatigarte, tesoro!», esperando que levantase la cabeza y fuera a besarla; pero ni siquiera respondía, no había oído, no había comprendido; lo único que ahora sabía era lo que veía en las páginas.

Durante dos años devoró volúmenes en número incalculable. Su carácter cambió.

Varias veces seguidas pidió a la señorita Source dinero, que ella le dio. Como cada vez necesitaba más, ella terminó negándoselo, porque era una mujer ordenada y enérgica, y sabía ser razonable cuando era preciso.

A fuerza de súplicas, aún obtuvo de ella, una noche, una fuerte suma; pero, como él implorase de nuevo unos días más tarde, ella se mostró inflexible, y, en efecto, no volvió a ceder.

Él pareció tomar su decisión.

Volvió a ser tranquilo, como antes, y le gustaba quedarse sentado durante horas enteras sin hacer un movimiento, con los ojos bajos, sumido en ensoñaciones. Tampoco hablaba, ni siquiera con la señorita Source, respondiendo apenas a lo que le decía con frases cortas y precisas.

Sin embargo, era amable con ella, y muy atento; pero ya no la besaba nunca.

Ahora, por la noche, cuando se quedaban frente a frente a ambos lados de la chimenea, inmóviles y silenciosos, él le daba miedo algunas veces. Quería despertarlo, decirle algo, cualquier cosa, para salir de aquel silencio espantoso como las tinieblas de un bosque. Pero él parecía no oírla, y ella temblaba con

ese terror de pobre mujer débil cuando le había hablado cinco o seis veces seguidas sin conseguir una palabra.

¿Qué tenía? ¿Qué pasaba en aquella cabeza cerrada? Cuando había permanecido así dos o tres horas frente a él, se sentía enloquecer, dispuesta a huir, a escapar al campo, para evitar aquel mudo y eterno enfrentamiento, y también un peligro vago, que no sospechaba, pero que sentía.

Con frecuencia, a solas, lloraba.

¿Qué tenía? Si ella manifestaba un deseo, él lo satisfacía sin rechistar. Si necesitaba cualquier cosa de la ciudad, él iba inmediatamente. ¡Desde luego, no tenía queja alguna de él! Y sin embargo…

Pasó un año, y tuvo la impresión de que en la mente misteriosa del joven se había producido un nuevo cambio. Se dio cuenta: lo sintió, lo adivinó. ¿Cómo? ¡No importa! Estaba segura de no haberse engañado; pero no habría podido decir en qué habían cambiado los desconocidos pensamientos de aquel extraño muchacho.

Le parecía que, hasta entonces, había sido como un hombre dubitativo que de pronto hubiera tomado una resolución. Esta idea se le ocurrió una noche al encontrar su mirada, una mirada fija, singular, que no le conocía.

A partir de entonces, él se puso a mirarla en todo momento, y ella tenía deseos de esconderse para evitar aquella mirada fría, clavada en su rostro.

Durante noches enteras la miraba fijamente, apartando la vista sólo cuando ella, agotada, le decía:

«¡No me mires así, hijo mío!»

Entonces él bajaba la cabeza.

Pero, en cuanto ella volvía la espalda, de nuevo sentía sus ojos sobre ella. Adondequiera que fuese, él la seguía con su mirada obstinada.

En ocasiones, cuando paseaba por su pequeña huerta, de repente lo veía agazapado en un macizo como si se hubiera emboscado allí; o bien, cuando se instalaba delante de la casa para zurcir unas medias, y él cavaba su bancal de verduras y sin dejar de trabajar, la acechaba de una forma taimada y continua.

Por más que le preguntase:

«¿Qué te pasa, pequeño? Desde hace tres años ya no eres el que eras. No te reconozco. Dime qué te pasa, qué piensas, te lo ruego.»

Él le decía invariablemente, en un tono tranquilo y cansado:

«¡Pero si no me pasa nada, tía!»

Y cuando ella insistía, suplicándole:

«¡Oh!, hijo mío, contéstame, contéstame cuando te hablo. Si supieras la pena que me causas, me contestarías siempre y no me mirarías así. ¿Tienes

algún pesar? Dímelo, yo te consolaré…»

Él se marchaba con aire cansado, murmurando:

«Pero si te aseguro que no me pasa nada.»

No había crecido mucho, seguía teniendo el aspecto de un niño, aunque los rasgos de su rostro se hubieran vuelto los de un hombre. Eran duros, y, sin embargo, como inacabados. Parecía incompleto, mal hecho, sólo esbozado, e inquietante como un misterio. Era una criatura cerrada, impenetrable, en quien parecía producirse un incesante trabajo mental, activo y peligroso.

La señorita Source se daba perfectamente cuenta de ello, y ya no dormía de angustia. La asaltaban unos terrores horribles, unas pesadillas horrendas. Se encerraba en su habitación y atrancaba la puerta, ¡torturada por el espanto!

¿De qué tenía miedo?

No lo sabía.

Miedo de todo, de la oscuridad, de las paredes, de las formas que la luna proyecta a través de las cortinas blancas de las ventanas, ¡y sobre todo miedo de él!

¿Por qué?

¿Qué tenía que temer? ¡Si lo supiera!…

¡No podía seguir viviendo así! Estaba segura de que una desgracia la amenazaba, una desgracia horrible.

Una mañana, se marchó en secreto y se dirigió a la ciudad, a casa de sus parientes. Les contó el problema con voz jadeante. Las dos mujeres pensaron que estaba volviéndose loca y trataron de tranquilizarla.

Ella decía:

«¡Si supierais cómo me mira de la mañana a la noche! ¡No me quita ojo! Por momentos tengo ganas de gritar, de llamar a los vecinos, ¡tanto es el miedo que tengo! Pero ¿qué podría decirles? Lo único que hace es mirarme.»

Las dos primas preguntaban:

«¿Alguna vez ha sido brutal con usted? ¿Le contesta con dureza?»

Ella replicaba:

«No, nunca; hace todo lo que yo quiero; trabaja bien, ahora es ordenado; pero no aguanto más de miedo. Está dándole vueltas a algo en la cabeza, estoy segura, muy segura. Ya no quiero quedarme totalmente sola con él así, en el campo.»

Las parientes, asustadas, le hacían ver que la gente se extrañaría, que no comprendería; y le aconsejaron que acallara sus temores y sus proyectos, sin disuadirla, sin embargo, de ir a vivir a la ciudad, esperando con ello un retorno de la herencia entera.

Le prometieron incluso ayudarla a vender la casa y a encontrarle otra cerca de ellas.

La señorita Source volvió a su hogar. Pero tenía la mente tan alterada que se estremecía al menor ruido, y sus manos se ponían a temblar a la menor emoción.

En dos ocasiones más volvió a entenderse con sus parientes, totalmente resuelta ahora a no seguir viviendo así en su aislada casa. Por fin encontró en el arrabal un pequeño pabellón que le convenía y lo compró en medio del mayor secreto.

La firma del contrato tuvo lugar un martes por la mañana, y la señorita Source ocupó el resto de la jornada en hacer sus preparativos de mudanza.

A las ocho de la noche tomó la diligencia que pasaba a un kilómetro de su casa; y se hizo parar en el lugar donde el conductor solía depositarla. El hombre le gritó, azotando a sus caballos para arrancar de nuevo, mientras la veía hundirse en la sombra:

«Adiós, señorita Source, buenas noches.»

Ella respondió alejándose:

«Buenas noches, tío Joseph.»

Al día siguiente, a las siete treinta de la mañana, el cartero que lleva las cartas al pueblo observó en el camino transversal, no muy lejos de la carretera, un gran charco de sangre todavía fresca. Se dijo: «¡Vaya!, algún borracho que habrá sangrado de la nariz.» Pero diez pasos más adelante vio un pañuelo de bolsillo también manchado de sangre. Lo recogió. La tela era fina, y el cartero, sorprendido, se acercó a la cuneta donde creyó ver un objeto extraño.

La señorita Source estaba tendida sobre la hierba del fondo, con la garganta abierta de una cuchillada.

Una hora después, los gendarmes, el juez de instrucción y muchas autoridades hacían suposiciones alrededor del cadáver.

Las dos parientes, llamadas como testigos, fueron para contar los temores de la vieja señorita, y sus últimos proyectos.

El huérfano fue detenido. Desde la muerte de la que lo había adoptado, lloraba de la mañana a la noche, sumido, al menos en apariencia, en la más violenta de las penas.

Demostró que había pasado la velada, hasta las once, en un café. Diez personas lo habían visto, se habían quedado hasta que se marchó.

Y el cochero de la diligencia declaró haber dejado a la asesinada en la carretera entre las nueve y media y las diez. El crimen sólo podía haber tenido

lugar en el trayecto de la carretera a la casa, es decir, a más tardar, a las diez.

El detenido fue puesto en libertad.

Un testamento, ya antiguo, depositado en una notaría de Rennes, le hacía legatario universal; heredó.

Durante mucho tiempo, la gente de la comarca lo puso en cuarentena, seguían sospechando de él. Su casa, la de la muerta, era mirada como maldita. En la calle lo evitaban.

Pero se mostró tan buen muchacho, tan familiar, que poco a poco fue olvidada la horrible duda. Era generoso, atento, charlaba con los más humildes, de todo y cuanto querían.

El notario, maese Rameau, fue uno de los primeros en cambiar de opinión, seducido por su jovial locuacidad. Una noche, en una cena en casa del recaudador, declaró:

«Un hombre que habla con tanta facilidad, y que siempre está de buen humor, no puede tener semejante crimen sobre la conciencia».

Impresionados por este argumento, los asistentes reflexionaron y recordaron, en efecto, las largas conversaciones de aquel hombre, que los paraba, casi a la fuerza, en el recodo de los caminos, para comunicarles sus ideas, que los obligaba a entrar en su casa cuando pasaban por delante de su huerto, que era de palabra más fácil que el propio teniente de la gendarmería, y de alegría tan comunicativa que, pese a la repugnancia que inspiraba, nunca podían dejar de reírse en su compañía.

Todas las puertas se le abrieron.

Hoy es el alcalde de su pueblo.

Denis[112]

A Léon Chapron[113]

I

El señor Marambot abrió la carta que le entregaba Denis, su criado, y sonrió.

Denis, con veinte años de servicio en la casa, un hombrecillo rechoncho y jovial al que en toda la comarca citaban como modelo de criados, preguntó:

«¿El señor está contento? ¿El señor ha recibido una buena noticia?»

El señor Marambot no era rico. Antiguo farmacéutico de pueblo, soltero, vivía de una pequeña renta penosamente conseguida vendiendo medicamentos a los campesinos.

«Sí, hijo mío. El tío Malois se echa atrás ante el proceso con que lo amenazo; mañana recibiré mi dinero. Cinco mil francos no vienen mal en la casa de un solterón.»

Y el señor Marambot se frotaba las manos. Era un hombre de carácter resignado, más triste que alegre, incapaz de un esfuerzo prolongado, descuidado en sus asuntos.

Desde luego, habría podido conseguir una posición más importante de haber aprovechado el fallecimiento de colegas establecidos en centros importantes, yendo a ocupar su puesto y a recoger a su clientela. Pero el problema de la mudanza, y la idea de todos los pasos que tendría que dar, siempre lo habían frenado, y se contentaba con decir tras dos días de reflexión:

«¡Bah!, será la próxima vez. No pierdo nada esperando. Tal vez encuentre algo mejor».

Denis, por el contrario, empujaba a su amo a distintas empresas. De carácter activo, repetía sin cesar:

«¡Oh!, lo que es yo, si hubiera tenido el capital inicial, habría hecho fortuna. Con sólo seis mil francos, estaba hecho».

El señor Marambot sonreía sin responder y salía a su pequeño jardín, por donde paseaba con las manos a la espalda soñando despierto.

Denis se pasó el día cantando, como hombre satisfecho, coplas y canciones regionales. Mostró incluso una actividad inusitada, porque limpió los cristales de toda la casa, secando los vidrios con brío, entonando a pleno pulmón sus cantinelas.

El señor Marambot, extrañado por su celo, le dijo en varias ocasiones con una sonrisa:

«Si hoy trabajas así, hijo mío, no dejarás nada que hacer para mañana».

Al día siguiente, hacia las nueve de la mañana, el cartero entregó a Denis cuatro cartas para su amo, una de ellas muy pesada. El señor Marambot se encerró de inmediato en su cuarto hasta media tarde. Entonces entregó a su criado cuatro sobres para el correo. Uno de ellos iba dirigido al señor Malois, era sin duda un recibo del dinero.

Denis no hizo preguntas a su amo; ese día se mostró tan triste y sombrío como alegre había estado la víspera.

Llegó la noche. El señor Marambot se acostó a su hora de costumbre y se durmió.

Lo despertó un ruido extraño. Se sentó acto seguido en la cama y escuchó. Pero su puerta se abrió bruscamente y en el umbral apareció Denis con una vela en una mano, un cuchillo en la otra, los ojos desorbitados, los labios y las mejillas contraídos como los de alguien agitado por una emoción horrible, y tan pálido que parecía un fantasma.

El señor Marambot, sobrecogido, creyó que se había vuelto sonámbulo, e iba a levantarse para correr a su encuentro cuando el criado sopló la vela precipitándose hacia la cama. Su amo extendió las manos hacia delante para frenar el choque, que lo derribó de espaldas; y trataba de coger las manos de su criado, a quien ahora creía víctima de un arrebato de locura, a fin de parar los precipitados golpes que le propinaba.

El cuchillo lo alcanzó una primera vez en el hombro, una segunda vez en la frente, una tercera vez en el pecho. Se debatía frenéticamente, agitando las manos en la oscuridad, lanzando también patadas y gritando:

«¡Denis! ¡Denis! Pero ¿estás loco? ¡Vamos, Denis!»

Mas el otro, jadeante, se encarnizaba y seguía golpeando, rechazado unas veces por una patada, otras por un puñetazo, pero insistiendo con furia. El señor Marambot fue herido aún dos veces más en la pierna y una en el vientre. Pero de pronto una idea rápida cruzó su mente y se puso a gritar:

«Déjalo de una vez, déjalo, Denis, no he recibido el dinero».

El hombre se detuvo al punto; y su amo oía en la oscuridad su respiración silbante.

El señor Marambot prosiguió enseguida:

«No he recibido nada. El señor Malois se ha echado atrás, el proceso se celebrará; por eso has llevado las cartas al correo. Lee si quieres las que están en mi escritorio».

Y, con un último esfuerzo, cogió los fósforos en su mesilla de noche y encendió la vela.

Estaba cubierto de sangre. Chorros ardientes habían salpicado la pared. Las sábanas, las cortinas, todo estaba rojo. Denis, también ensangrentado de arriba abajo, permanecía de pie en medio del cuarto.

Cuando vio aquello, el señor Marambot se creyó muerto, y perdió el conocimiento.

Se reanimó al despuntar el día. Aún necesitó un tiempo antes de recobrar sus sentidos, de comprender, de recordar. Pero, de pronto, le volvió el recuerdo del ataque y de sus heridas, y lo invadió un miedo tan vehemente que cerró los ojos para no ver nada. Al cabo de unos minutos su espanto se calmó, y reflexionó. No había muerto en el acto, por lo tanto podía recuperarse. Se sentía débil, muy débil, pero sin ningún sufrimiento vivo, aunque en diversos puntos del cuerpo experimentara un malestar sensible, una especie de pinchazos. Se sentía también helado, y todo mojado, y oprimido, como enrollado, por vendas. Pensó que aquella humedad procedía de la sangre derramada; y unos estremecimientos de angustia lo sacudían ante la idea horrible de aquel líquido rojo salido de sus venas y del que la cama estaba cubierta. La idea de ver de nuevo aquel espectáculo horroroso lo trastornaba, y mantenía cerrados los ojos con fuerza, como si fueran a abrirse a pesar suyo.

¿Qué había sido de Denis? Probablemente había escapado.

¿Qué iba a hacer ahora él, Marambot? ¿Levantarse? ¿Pedir auxilio? Pero si hacía un solo movimiento seguramente sus heridas volverían a abrirse; y caería muerto desangrado.

De pronto oyó que empujaban la puerta del cuarto. Su corazón casi dejó de latir. Probablemente era Denis, que venía a rematarlo. Contuvo la respiración para que el asesino creyera que todo había acabado y estaba terminada su tarea.

Sintió que levantaban su sábana, luego que le palpaban el vientre. Un dolor vivo, junto a la cadera, lo hizo estremecerse. Ahora lo lavaban con agua fresca, muy despacio. Así pues, la fechoría había sido descubierta y lo

cuidaban, lo salvaban. Le sobrecogió una alegría frenética; pero, por un gesto de prudencia, no quiso mostrar que había recuperado el conocimiento, y entreabrió un ojo, sólo uno, con las mayores precauciones.

Reconoció a Denis de pie a su lado, ¡Denis en persona! ¡Misericordia! Volvió a cerrar el ojo precipitadamente.

¡Denis! ¿Qué hacía entonces? ¿Qué quería? ¿Qué horrible proyecto alimentaba aún?

¿Qué hacía? ¡Pues lo estaba lavando para borrar las huellas! ¿E iba a enterrarlo ahora en el jardín, a diez pies bajo tierra, para que no lo descubriesen? ¿O quizá en la bodega, debajo de las botellas de vino fino?

Y el señor Marambot se echó a temblar de tal manera que todos sus miembros palpitaban.

Se decía: «¡Estoy perdido, perdido!» Y cerraba desesperadamente los párpados para no ver llegar el último golpe de cuchillo. No lo recibió. Ahora Denis lo levantaba y le hacía una ligadura con una venda. Después se puso a curar la herida de la pierna con cuidado, como había aprendido a hacerlo cuando su amo era farmacéutico.

Para un hombre del oficio no cabía la menor duda: su criado, después de haber querido matarlo, trataba de salvarlo.

Entonces, el señor Marambot, con voz moribunda, le dio este consejo práctico:

«Haz los lavatorios y las curas con agua cortada con coáltar saponinado[114]».

Denis respondió:

«Es lo que hago, señor».

El señor Marambot abrió los dos ojos.

Ya no quedaba rastro de sangre ni sobre la cama, ni en la habitación, ni sobre el asesino. El herido estaba tendido en sábanas muy blancas.

Los dos hombres se miraron.

Por fin, el señor Marambot dijo con dulzura:

«Has cometido un gran crimen».

Denis respondió:

«Estoy reparándolo, señor. Si no me denuncia, le serviré fielmente, como en el pasado».

No era el momento de disgustar a su criado. El señor Marambot articuló cerrando los ojos:

«Te juro que no te denunciaré».

II

Denis salvó a su amo. Pasó noches y días sin dormir, no abandonó la habitación del enfermo, le preparó los medicamentos, las tisanas, las pociones, tomándole el pulso, contando ansioso las pulsaciones, manejándolo con una habilidad de enfermero y una abnegación de hijo.

En todo momento preguntaba:

«¿Y qué, señor? ¿Cómo se encuentra?»

El señor Marambot respondía con voz débil:

«Un poco mejor, hijo mío, te lo agradezco».

Y cuando el herido se despertaba por la noche, a menudo veía a su guardián llorando en un sillón y enjugándose los ojos en silencio.

El antiguo farmacéutico nunca había sido tan bien atendido, tan cuidado, tan mimado. Al principio se había dicho:

«En cuanto esté curado, me libraré de este granuja».

Ahora entraba en convalecencia y posponía de día en día el momento de separarse de su asesino. Pensaba que nadie tendría con él tantos miramientos ni atenciones, que tenía pillado al muchacho por el miedo; y le previno de que había depositado en la notaría un testamento denunciándolo a la justicia si sufría algún nuevo accidente.

Creía que esa precaución lo garantizaba de cualquier nuevo atentado en el futuro; y entonces se preguntaba si no sería incluso más sensato conservarlo a su lado, para vigilarlo atentamente.

Como en el pasado, cuando dudaba en adquirir alguna farmacia más importante, no podía decidirse a tomar una resolución.

«Siempre habrá tiempo», se decía.

Denis seguía mostrándose como un servidor incomparable. El señor Marambot estaba bien cuidado. Lo conservó.

Pero una mañana, cuando acababa de desayunar, oyó de pronto un gran ruido en la cocina. Corrió allá. Denis se debatía entre dos gendarmes. El cabo tomaba gravemente notas en su cuaderno.

En cuanto vio a su amo, el criado se puso a sollozar, gritando:

«Usted me ha denunciado, señor, eso no está bien después de lo que me había prometido. Ha faltado a su palabra de honor, señor Marambot; eso no está bien, ¡eso no está bien!…».

El señor Marambot, estupefacto y dolido al ver que sospechaban de él, alzó la mano:

«Te juro ante Dios, hijo mío, que no te he denunciado. Ignoro absolutamente cómo han podido saber los señores gendarmes el intento de asesinato contra mí».

El cabo se sobresaltó:

«¿Dice usted que ha querido matarle, señor Marambot?»

El farmacéutico, aturdido, respondió:

«Pues sí… Pero yo no lo he denunciado… No he dicho nada… Juro que no he dicho nada… Desde entonces me servía muy bien…».

El cabo articuló en tono severo:

«Tomo nota de su declaración. La justicia apreciará este nuevo motivo que ignoraba, señor Marambot. Estoy encargado de detener a su criado por el robo de dos patos hurtados subrepticiamente por él en casa del señor Duhamel, y hay testigos del delito. Le pido perdón, señor Marambot. Daré cuenta de su declaración».

Y volviéndose hacia sus hombres, ordenó:

«¡Vamos, en marcha!»

Los dos gendarmes se llevaron a Denis.

III

El abogado acababa de alegar locura, relacionando los dos delitos entre sí para reforzar sus argumentos. Había probado con toda claridad que el robo de los dos patos provenía del mismo estado mental que las ocho cuchilladas en la persona de Marambot. Había analizado sutilmente todas las fases de aquel estado pasajero de alienación mental, que con toda seguridad cedería ante un tratamiento de unos meses en una excelente casa de salud. Había hablado en términos entusiastas de la abnegación continua de aquel honrado servidor, de los incomparables cuidados con que había rodeado a su amo herido por él en un segundo de extravío.

Profundamente enternecido por este recuerdo, el señor Marambot sintió humedecerse sus ojos.

El abogado se dio cuenta, abrió los brazos en un ademán amplio, desplegando sus largas mangas negras como alas de murciélago. Y en tono vibrante exclamó:

«¡Miren, miren, miren, señores del jurado, miren estas lágrimas! ¿Qué tengo que decir ahora en favor de mi cliente? ¿Qué palabras, qué argumento, qué razonamiento valdrían lo que esas lágrimas de su amo? Ellas hablan más

alto que yo, más alto que la ley; gritan: “¡Perdón para el insensato de una hora!”. ¡Esas lágrimas imploran, absuelven, bendicen!»

Se calló, y se sentó.

Entonces el presidente, volviéndose hacia Marambot, cuya declaración había sido excelente para su criado, le preguntó:

«Pero, dígame, señor, incluso admitiendo que usted haya considerado a este hombre como demente, eso no explica que lo haya conservado a su lado. No dejaba de ser menos peligroso».

Marambot respondió, enjugándose los ojos: «¿Qué quiere, señor presidente? ¡Cuesta tanto encontrar criados en los tiempos que corren!… No habría hallado ninguno mejor».

Denis fue absuelto e internado, a expensas de su amo, en un asilo de alienados.

¿Él?[115]

A Pierre Decourcelle[116]

Mi querido amigo, no entiendes nada, ¿verdad? Y lo creo. ¿Crees que me volví loco? Quizá lo esté un poco, pero no por las razones que supones.

Sí. Me caso. Ya lo ves.

Y sin embargo, mis ideas y mis convicciones no han cambiado. Considero el ayuntamiento legal una tontería. Estoy seguro de que ocho maridos de cada diez son cornudos. Y no merecen menos por haber cometido la imbecilidad de encadenar su vida, de renunciar al amor libre, única cosa alegre y buena en el mundo, de cortar las alas a la fantasía que nos empuja sin cesar hacia todas las mujeres, etc., etc. Me siento más incapaz que nunca de amar a una mujer porque siempre amaré demasiado a todas las demás. Querría tener mil brazos, mil labios y mil… temperamentos para poder estrechar al mismo tiempo a un ejército de esos seres encantadores y sin importancia.

Y sin embargo, me caso.

Añado que apenas conozco a mi mujer de mañana. Sólo la he visto cuatro o cinco veces. Sé que no me desagrada; esto me basta para lo que quiero hacer con ella. Es bajita, rubia y regordeta. Pasado mañana desearé ardientemente a una mujer alta, morena y delgada.

No es rica. Pertenece a una familia media. Es una chica como se encuentran a miles, buenas para casarse, sin cualidades ni defectos aparentes, en la burguesía corriente. De ella se dice: «Mlle. Lajolle es muy simpática». Mañana se dirá: «Mme. Raymon es encantadora». En fin, que pertenece a la legión de jovencitas honestas «con las que uno es feliz de casarse» hasta el día en que se descubre que preferimos precisamente a cualquiera de todas las demás mujeres ante que a la que hemos escogido.

Entonces, ¿por qué casarse?, dirás.

Apenas me atrevo a confesarte la extraña e inverosímil razón que me impulsa a ese acto insensato.

¡Me caso para no estar solo!

No sé cómo decirlo, cómo hacerme comprender. Te compadecerás de mí, y me despreciarás, hasta tal punto es miserable mi estado de ánimo.

No quiero estar solo por la noche. Quiero sentir un ser a mi lado, junto a mí, un ser que pueda hablar, decir algo, lo que sea.

Quiero poder interrumpir su sueño; hacerle bruscamente una pregunta cualquiera, una pregunta estúpida para oír una voz, para sentir habitada mi casa, para sentir un alma despertarse, un razonamiento trabajando, para ver, al encender bruscamente mi vela, una figura humana a mi lado… porque… porque… (no me atrevo a confesar esta vergüenza)… porque tengo miedo si estoy solo.

¡Oh!, todavía no me comprendes.

No tengo miedo a un peligro. Si un hombre entrase, lo mataría tranquilamente. No tengo miedo a los aparecidos; no creo en lo sobrenatural. No tengo miedo a los muertos; ¡creo en el aniquilamiento definitivo de todo ser que desaparece!

¡Entonces!…, sí. ¡Entonces!… ¡Pues bien! ¡Tengo miedo de mí! Tengo miedo al miedo; miedo a los espasmos de mi mente que enloquece, miedo a esa horrible sensación del terror incomprensible.

Ríete si quieres. Es algo espantoso, incurable. Tengo miedo a las paredes, a los muebles, a los objetos familiares que se animan, para mí, con una especie de vida animal. Tengo miedo sobre todo a la perturbación horrible de mi pensamiento, de mi razón que escapa trastornada, dispersada por una misteriosa e invisible angustia.

Al principio siento una vaga inquietud que me pasa por el alma y me hace sentir un escalofrío en la piel. Miro a mi alrededor. ¡Nada! ¡Y querría algo! ¿Qué? Algo comprensible. Pues únicamente tengo miedo porque no comprendo mi miedo.

¡Hablo! Tengo miedo de mi voz. ¡Camino! Tengo miedo a lo desconocido de detrás de la puerta, de detrás de la cortina, de dentro del armario, de debajo de la cama. Y sin embargo, sé que no hay nada en ninguna parte.

Me vuelvo bruscamente porque tengo miedo de lo que hay detrás de mí, aunque no haya nada y yo lo sepa.

Me agito, siento crecer mi espanto; y me encierro en mi cuarto; y me sumerjo en mi cama, y me escondo debajo de las sábanas; y acurrucado, enrollado como una bola, cierro los ojos desesperadamente y permanezco así durante un tiempo infinito, con la idea de que mi vela sigue encendida en mi mesilla de noche y de que, sin embargo, habría que apagarla. Y no me atrevo.

¿No es horrible estar así?

Antes no me pasaba nada de esto. Volvía a casa tranquilamente. Iba y venía por mi hogar sin que nada turbase la serenidad de mi alma. Si me hubieran dicho qué enfermedad de miedo inverosímil, estúpido y terrible, debía dominarme un día, me habría reído mucho. Abría las puertas en la penumbra con seguridad; me acostaba despacio, sin echar los cerrojos, y nunca me levantaba en plena noche para cerciorarme de que todas las salidas de mi habitación estaban herméticamente cerradas.

Esto empezó el año pasado de una manera singular.

Fue en otoño, una noche húmeda. Cuando mi criada se hubo marchado, después de la cena me pregunté qué iba a hacer. Paseé un rato por mi cuarto. Me sentía cansado, abrumado sin motivo, incapaz de trabajar, sin fuerza siquiera para leer. Una lluvia fina mojaba los vidrios; estaba triste, completamente invadido por una de esas tristezas sin causa que dan ganas de llorar, que hacen desear hablar con quien sea para sacudir la pesadez de nuestro pensamiento.

Me sentía solo. Mi hogar me parecía vacío como no lo había estado nunca. Una soledad infinita y lastimosa me rodeaba. ¿Qué hacer? Me senté. Entonces una impaciencia nerviosa me recorrió las piernas. Me levanté y me puse a andar de nuevo. Tal vez también sentía algo de fiebre, porque mis manos, que tenía cogidas a la espalda, como hacemos con frecuencia cuando caminamos despacio, se quemaban la una a la otra, y me di cuenta. Luego, de repente, un escalofrío me recorrió la espalda. Pensé que la humedad de fuera penetraba en mi casa, y se me ocurrió la idea de encender la chimenea. Lo hice, era la primera vez del año. Y me senté de nuevo mirando la llama. Pero pronto la imposibilidad de permanecer quieto me hizo volver a levantarme otra vez, y comprendí que tenía que irme, moverme, encontrar un amigo.

Salí. Fui a casa de tres amigos a los que no encontré; luego llegué al bulevar, decidido a descubrir alguna persona conocida.

Todo estaba triste. Las aceras mojadas relucían. Una tibieza de agua, una de esas tibiezas que te hielan con bruscos estremecimientos, una tibieza pesada de impalpable lluvia agobiaba la calle, parecía cansar y oscurecer la llama del gas[117].

Caminaba con paso inseguro, repitiéndome: «No encontraré a nadie con quien hablar».

Inspeccioné varias veces los cafés, desde la Madeleine hasta el *faubourg* Poissonnière[118]. Gentes tristes, sentadas ante las mesas, parecían no tener fuerza siquiera para acabar sus consumiciones.

Vagué así mucho tiempo, y hacia medianoche me puse en camino para volver a casa. Estaba muy tranquilo, pero muy cansado. Mi portero, que se acuesta antes de las once, me abrió enseguida, contrariamente a su costumbre, y pensé: «Vaya, sin duda otro inquilino acaba de subir».

Cuando salgo de casa siempre le doy a mi puerta dos vueltas de llave. La encontré simplemente cerrada, y esto me sorprendió. Supuse que me habían subido cartas por la noche.

Entré. Mi fuego seguía ardiendo e incluso iluminaba un poco el aposento. Cogí una vela para ir a encenderla en la chimenea cuando, al mirar delante de mí, vi a alguien que, sentado en mi sillón, se calentaba los pies dándome la espalda.

No tuve miedo, ¡oh, no!, en absoluto. Una suposición muy verosímil cruzó mi pensamiento: la de que uno de mis amigos había venido a verme. La portera, advertida por mí al salir, le habría dicho que yo regresaría pronto, le habría prestado su llave. Y en un segundo volvieron a mi mente todas las circunstancias de mi regreso: el cordón del que tiraron enseguida, mi puerta sólo entornada.

Mi amigo, de quien únicamente veía el pelo, se había dormido delante de la chimenea mientras esperaba, y avancé para despertarlo. Lo veía perfectamente, uno de sus brazos colgaba a la derecha; sus pies estaban cruzados uno sobre otro; la cabeza, algo inclinada hacia el lado izquierdo del sillón, indicaba que dormía. Me preguntaba: «¿Quién es?» Por otra parte, en la estancia se veía poco. ¡Alargué la mano para tocarle el hombro!…

¡Topé con la madera del asiento! No había nadie. ¡El sillón estaba vacío!

¡Qué sobresalto! ¡Misericordia!

Lo primero que hice fue retroceder como si un peligro terrible hubiera aparecido delante de mí.

Luego me volví, sintiendo alguien a mi espalda; inmediatamente después, una imperiosa necesidad de ver de nuevo el sillón me hizo darme la vuelta una vez más. Y me quedé de pie, jadeando de espanto, tan enloquecido que no tenía ya ni un pensamiento, a punto de desmayarme.

Pero soy hombre de sangre fría y enseguida recobré la razón. Pensé: «Acabo de tener una alucinación, eso es todo». E inmediatamente me puse a reflexionar sobre aquel fenómeno. El pensamiento trabaja deprisa en esos momentos.

Había tenido una alucinación, era un hecho indiscutible. Pero mi mente había permanecido lúcida todo el tiempo, funcionando con regularidad y lógica. Por lo tanto, no había ningún trastorno por el lado del cerebro. Sólo los

ojos se habían engañado, habían engañado a mi pensamiento. Los ojos habían tenido una visión, una de esas visiones que hacen a la gente ingenua creer en los milagros. Se trataba de un accidente nervioso del aparato óptico, nada más, acaso un poco de congestión.

Y encendí mi vela. Al agacharme hacia la lumbre, me di cuenta de que temblaba, y me levanté de una sacudida, como si me hubieran tocado por detrás.

Desde luego, no estaba tranquilo.

Di unos pasos; hablé en voz alta. Canté a media voz algunos estribillos.

Luego cerré la puerta de mi cuarto con doble vuelta de llave, y me sentí algo más tranquilo. Al menos, nadie podría entrar.

Volví a sentarme y reflexioné largo rato sobre mi aventura; luego me acosté y maté mi luz.

Durante unos minutos todo fue bien. Permanecía echado boca arriba, bastante tranquilo. Luego sentí la necesidad de mirar mi cuarto; y me puse de costado.

En mi chimenea ya sólo había dos o tres tizones rojos que iluminaban precisamente las patas del sillón; y creí ver de nuevo al hombre sentado en él.

Encendí una cerilla con un movimiento rápido. Me había equivocado, ya no veía nada.

Sin embargo, me levanté y fui a ocultar el sillón detrás de la cama.

Después, de nuevo a oscuras, traté de dormirme. Hacía menos de cinco minutos que me había adormilado cuando vi, en sueños, y con tanta nitidez como en la realidad, toda la escena de la velada. Me desperté enloquecido y, tras iluminar el cuarto, permanecí sentado en la cama, sin atreverme siquiera a intentar dormirme de nuevo.

Dos veces me invadió el sueño, sin embargo, a pesar mío, durante unos segundos. Dos veces volví a ver lo mismo. Creía haberme vuelto loco.

Al hacerse de día me sentí curado y dormité tranquilamente hasta mediodía.

Había concluido, todo había concluido. Había tenido fiebre, una pesadilla, ¡yo qué sé! En fin, había estado enfermo. Sin embargo, me encontré muy atontado.

Ese día estuve muy alegre. Cené en la taberna; fui al teatro, luego me puse en camino para volver. Pero hete aquí que, al acercarme a casa, una inquietud extraña se apoderó de mí. Tenía miedo de volverlo a ver, de volverlo a ver a él. No miedo de él, no miedo de su presencia, en la que no creía en absoluto,

pero tenía miedo a un nuevo trastorno de mis ojos, miedo a la alucinación, miedo al espanto que me dominaría.

Durante más de una hora vagué de un lado a otro por la acera; después me parecí demasiado imbécil a mí mismo en última instancia, y entré. Jadeaba tanto que no podía subir la escalera. Todavía estuve más de diez minutos delante de mi piso, en el descansillo; luego, bruscamente, tuve un arranque de valor, un endurecimiento de la voluntad. Metí la llave; me precipité hacia delante vela en mano, empujé de un puntapié la puerta entreabierta de mi cuarto y lancé una mirada asustada hacia la chimenea. No vi nada. ¡Ah!…

¡Qué alivio! ¡Qué alegría! ¡Qué liberación! Iba y venía con aire decidido. Pero no me sentía tranquilo; me daba la vuelta sobresaltado; los rincones en sombra me inquietaban.

Dormí mal, continuamente despertado por ruidos imaginarios. Pero no lo vi. No. ¡Se había acabado!

*

Desde ese día tengo miedo a estar solo de noche. Siento ahí, a mi lado, a mi alrededor, la visión. No se me ha aparecido de nuevo. ¡Oh, no! ¿Y qué importa, además, si no creo en ella, si sé que no es nada?

Sin embargo, me molesta porque pienso en ella sin cesar. Una mano colgaba por el lado derecho, su cabeza estaba inclinada hacia el lado izquierdo como la de un hombre que duerme… ¡Vamos, basta, maldita sea! ¡No quiero volver a pensarlo!

No obstante, ¿qué es esa obsesión? ¿Por qué esa persistencia? ¡Sus pies estaban muy cerca del fuego!

Me obsesiona, es una locura, pero así es. ¿Quién? ¿Él? ¡Sé de sobra que no existe, que no es nada! ¡Sólo existe en mi aprensión, en mi temor, en mi angustia! ¡Vamos, basta!…

Sí, pero por más que razone, por más que resista, ya no puedo quedarme solo en casa, porque está él. No volveré a verlo, lo sé, no se me aparecerá más, eso se acabó. Pero está de todos modos en mi pensamiento. Permanece invisible, pero eso no impide que esté. Está detrás de las puertas, en el armario cerrado, debajo de la cama, en todos los rincones oscuros, en todas las sombras. Si vuelvo la puerta, si abro el armario, si llevo la vela debajo de la cama, si ilumino los rincones, las sombras, no está; pero entonces lo siento detrás de mí. Me vuelvo, seguro, sin embargo, de que no lo veré, de que no volveré a verlo. No por eso deja de estar detrás de mí.

Es estúpido, pero es atroz. ¿Qué quieres? No puedo hacer nada.

Pero si en mi casa fuéramos dos, siento, sí, siento con toda seguridad ¡que ya no estará él! Pues está allí porque estoy solo, ¡únicamente porque estoy solo!

El burro[119]

A Louis Le Poittevin[120]

Ningún soplo de aire pasaba en la bruma espesa dormida sobre el río. Era como una nube de algodón mate posada sobre el agua. Ni siquiera se distinguían las orillas, que habían desaparecido bajo extraños vapores ribeteadas en forma de montañas. Pero como estaba a punto de amanecer, la ladera empezaba a volverse visible. Al pie, en los fulgores nacientes de la aurora iban apareciendo poco a poco las grandes manchas blancas de las casas acorazadas de yeso. Cantaban los gallos en los gallineros.

Allá lejos, al otro lado del río, sepultado bajo la niebla, justo enfrente de La Frette[121], un ruido ligero turbaba de vez en cuando el gran silencio del cielo sin brisa. Unas veces era un vago chapoteo, como si una lancha avanzase con prudencia, otras un golpe seco, como un golpe de remo sobre una borda, otras como la caída de un objeto blando en el agua. Luego, nada.

Y en ocasiones unas palabras en voz baja, procedentes de no se sabe dónde, acaso de muy lejos, acaso de muy cerca, errantes en aquellas brumas opacas, nacidas en la tierra o en el río, se deslizaban también tímidas, pasaban como esos pájaros salvajes que han dormido entre los juncos y levantan el vuelo con las primeras claridades del cielo, para huir de nuevo, para seguir huyendo, y que se ven durante un instante atravesando la bruma con vuelo raudo, lanzando un grito suave y temeroso que despierta a sus hermanos a lo largo de las riberas.

De repente, cerca de la orilla, junto al pueblo, sobre el agua apareció una sombra, al principio borrosa que luego fue creciendo, se acentuó, y, al salir de la cortina nebulosa echada sobre el río, una embarcación de fondo plano, que llevaban dos hombres, fue a encallar entre la hierba.

El que remaba se levantó y cogió del fondo de la barca un cubo lleno de peces; luego se echó al hombro el esparavel todavía chorreante; su compañero, que no se había movido, le dijo:

«Tráete el fusil, a ver si encontramos alguna liebre en las orillas, ¿te parece, Mailloche?»

El otro respondió:

«Conforme. Espérame, ahora vuelvo».

Y se alejó para poner a buen recaudo su pesca.

El hombre que se había quedado en la barca cargó lentamente su pipa y la encendió.

Se apellidaba Labouise, le conocían por Tocón, y estaba asociado con su compadre Maillochon, vulgarmente llamado Mailloche, para ejercer la profesión turbia y vaga de rebuscadores de río.

Marineros de baja estofa, sólo navegaban regularmente en los meses de escasez. El resto del tiempo rebuscaban. Merodeando día y noche por el río, acechaban a cualquier presa muerta o viva, pescadores furtivos, cazadores nocturnos, especie de piratas de cloaca, al acecho unas veces de los corzos del bosque de Saint-Germain, otras a la busca de algún ahogado que se deslizase entre dos aguas y cuyos bolsillos aliviaban, recogedores de harapos flotantes, de botellas vacías que van en la corriente con el gollete al aire y un balanceo de borrachos, de trozos de madera a la deriva, Labouise y Maillochon se daban la gran vida.

De vez en cuando salían a pie, a eso de mediodía, y vagabundeaban sin dirección alguna. Cenaban en algún figón de la orilla y luego volvían a ponerse en camino uno al lado del otro. Desaparecían uno o dos días; luego, una mañana se los volvía a ver merodeando en la inmundicia que les servía de barca.

Aguas abajo, en Jonville, en Nogent, unos barqueros desconsolados buscaban su embarcación, que había desaparecido de noche, soltadas sus amarras e ida, sin duda robada; mientras que a veinte o treinta leguas de allí, en el Oise, un propietario burgués se frotaba las manos admirando la barca comprada de ocasión la víspera, por cincuenta francos, a dos hombres que se la habían vendido así, al pasar, tras habérsela ofrecido espontáneamente por la cara.

Maillochon reapareció con su escopeta liada en unos trapos. Era un hombre de cuarenta o cincuenta años, alto, flaco, con esa mirada viva que tiene la gente preocupada por inquietudes legítimas y los animales a menudo acosados. Su camisa abierta dejaba ver su pecho velludo con mechones grises. Pero parecía no haber tenido nunca más barba que una mata de cortos bigotes y una pizca de pelos rígidos bajo el labio inferior. Sus sienes estaban calvas.

Cuando se quitaba la capa de grasa que le servía de gorro, la piel de su cabeza parecía cubierta por una pelusilla vaporosa, por una sombra de cabellos, como el cuerpo de un pollo desplumado al que se va a chamuscar.

Tocón, en cambio, de cara roja y llena de granos, gordo, de baja estatura y peludo, tenía la pinta de un bistec crudo oculto en un gorro de zapador. Siempre llevaba cerrado el ojo izquierdo, como si estuviera apuntando a algo o a alguien, y cuando le tomaban el pelo sobre ese tic gritándole: «Abre el ojo, Labouise», respondía tranquilamente: «No te preocupes, hermanita, que lo abro cuando se presenta la ocasión». Por otra parte tenía esa costumbre de llamar a todo el mundo «hermanita», incluso a su compañero de correrías.

Se puso él a los remos; y la barca se hundió de nuevo en la bruma inmóvil sobre el río, pero que se volvía blanca como la leche en el cielo iluminado por fulgores rosa.

Labouise preguntó:

«¿Qué plomo has cogido, Maillochon?»

Maillochon respondió:

«El más pequeño, del nueve, el que se necesita para liebres.»

Se acercaban a la otra orilla tan lentamente, tan despacio, que ningún ruido denunciaba su presencia. Esa ribera pertenece al bosque de Saint-Germain y limita la caza del conejo. Está cubierta de madrigueras ocultas bajo las raíces de los árboles; y a la aurora, los animales brincan por ese campo, van, vienen, entran y salen.

Maillochon, de rodillas en la proa, acechaba con la escopeta oculta en el suelo de la barca. De pronto la cogió, apuntó, y la detonación repercutió largo rato por el campo tranquilo.

Con dos golpes de remo, Labouise alcanzó la ribera, y su compañero, tras saltar a tierra, recogió un gazapo gris, todavía palpitante.

Luego la barca se hundió de nuevo en la niebla para dirigirse a la otra orilla y ponerse a salvo de los guardas.

Ahora los dos hombres parecían pasear tranquilamente sobre el agua. El arma había desaparecido bajo el tablón que servía de escondite, y el conejo en la amplia blusa de Tocón.

Al cabo de un cuarto de hora, Labouise dijo:

«Venga, hermanita, uno más».

Maillochon respondió:

«Conforme, en marcha».

Y la barca se puso de nuevo en movimiento, bajando rápidamente la corriente. Las brumas que cubrían el río empezaban a levantarse. Como a

través de un velo se divisaban los árboles de las orillas; y la bruma en jirones iba yéndose a ras del agua, formando pequeñas nubes.

Cuando se acercaron a la isla cuya punta está delante de Herblay[122], los dos hombres aminoraron la marcha y de nuevo se pusieron al acecho. No tardó en caer un segundo conejo.

Después siguieron descendiendo hasta la mitad de camino de Conflans; luego se detuvieron, amarraron la barca a un árbol y, tumbándose en el fondo, se durmieron.

De vez en cuando Labouise se incorporaba y recorría con su ojo abierto el horizonte. Los últimos vapores del amanecer se habían desvanecido y un magnífico sol de verano ascendía, resplandeciente, en el cielo azul.

Allá, en el otro lado del río, se curvaba en semicírculo la ladera plantada de viñedos. Sólo una casa se alzaba en la cumbre, entre un grupo de árboles. Todo estaba en silencio.

Pero en el camino de sirga algo se movía despacio, avanzando poco a poco. Era una mujer con un asno. El animal, anquilosado, rígido y repropio, estiraba una pata de vez en cuando, cediendo a los esfuerzos de su compañera cuando ya no podía hacer otra cosa; y caminaba así, con el cuello tenso y las orejas gachas, tan despacio que no se podía prever cuándo estaría fuera del alcance de la vista.

La mujer tiraba de él, doblada en dos, y a veces se volvía para pegar al borrico con una vara.

Cuando la divisó, Labouise dijo:

«¡Eh! ¡Mailloche!»

Mailloche respondió:

«¿Qué pasa?

—¿Quieres juerga?

—Pues claro.

—Venga, muévete, hermanita, que vamos a reírnos».

Y Tocón cogió los remos.

Cuando hubo cruzado el río y estuvo enfrente del grupo, gritó:

«¡Eh, hermanita!»

La mujer dejó de tirar de su burro y miró. Labouise continuó:

«¿Vas a la feria de las locomotoras?»

La mujer no contestó. Tocón prosiguió:

«¡Eh!, dime, ¿han premiado a tu borriquito en las carreras? ¿Adónde lo llevas a esa velocidad?»

La mujer terminó respondiendo:

«Voy a casa de Macquart, en Les Champioux[123], para sacrificarlo. Ya no vale para nada».

Labouise respondió:

«Te creo. ¿Y cuánto te dará Macquart?»

La mujer, que se enjugaba la frente con el revés de la mano, dudó:

«¿Lo sé acaso? Quizá tres francos, quizá cuatro».

Tocón le gritó:

«Te doy cien *sous* y te ahorras el viaje, ¿te parece?»

La mujer, tras breve reflexión, dijo:

«Trato hecho».

Y los rebuscadores atracaron en la orilla.

Labouise cogió la brida del animal. Maillochon, sorprendido, preguntó:

«Pero ¿qué quieres hacer con ese pellejo?»

Esta vez Tocón abrió su otro ojo para expresar alegría. Toda su cara roja se contorsionó de gozo; cloqueó:

«No te preocupes, hermanita, tengo mi plan».

Dio los cien *sous* a la mujer, que se sentó en la cuneta para ver lo que iba a pasar.

Entonces Labouise, de muy buen humor, fue a buscar su escopeta, y tendiéndosela a Maillochon:

«Por turno, amigo mío; vamos de caza mayor, hermanita, no tan cerca, así no, maldita sea, vas a matarlo a la primera. El placer tiene que durar un rato».

Y colocó a su compañero a cuarenta pasos de la víctima. El burro, sintiéndose libre, trataba de pacer la hierba alta de la orilla, pero estaba tan extenuado que vacilaba sobre sus piernas como si fuera a derrumbarse.

Maillochon le apuntó lentamente y dijo:

«Tiro de sal en las orejas, atención, Tocón».

Y disparó.

El perdigón menudo acribilló las largas orejas del burro, que empezó a sacudírselas enérgicamente, primero una y luego otra, o las dos a la vez, para librarse de aquel picor.

Los dos hombres se desternillaban de risa, encorvados, pateando el suelo. Pero la mujer, indignada, se lanzó hacia ellos: no quería que martirizasen a su borrico y, furiosa y gimoteando, ofreció devolver los cien *sous*.

Labouise la amenazó con una buena tunda e hizo ademán de remangarse la camisa. Había pagado, ¿verdad? Entonces a callar. Le dispararía una perdigonada en las faldas para demostrarle que no le importaba nada.

Y ella se marchó amenazándolos con los gendarmes. Durante un rato la oyeron vociferar insultos, más violentos a medida que se alejaba.

Maillochon tendió la escopeta a su camarada.

«Ahora tú, Tocón».

Labouise apuntó y disparó. El burro recibió la carga en las ancas, pero los perdigones eran tan pequeños y se disparaban de tan lejos que sin duda creyó que le picaban los tábanos. Porque empezó a sacudir la cola con fuerza, golpeándose las patas y el lomo.

Labouise se sentó para reírse a gusto, mientras Maillochon recargaba el arma, tan satisfecho que parecía que iba a estornudar dentro del cañón.

Se acercó unos pasos y, apuntando al mismo sitio que su camarada, disparó de nuevo. Esta vez el animal se sobresaltó, trató de cocear, volvió la cabeza. Por fin le corría un poco de sangre. Había sido herido profundamente, y se notó que el sufrimiento era agudo porque empezó a huir por la orilla, con un galope lento, cojitranco y convulso.

Los dos hombres se precipitaron en su persecución, Maillochon a grandes zancadas, Labouise con pasos presurosos, corriendo con el trote jadeante de hombre pequeño.

Pero el burro, en el límite de sus fuerzas, se había parado, y con ojos enloquecidos veía acercarse a sus asesinos. Luego, de repente, estiró la cabeza y se puso a rebuznar.

Labouise, jadeante, había cogido la escopeta. Esta vez se acercó mucho más, porque no tenía ganas de volver a correr.

Cuando el jumento hubo terminado de lanzar su lastimera queja como una llamada de auxilio, como un último grito de impotencia, el hombre, que tenía su plan, gritó: «¡Eh, Mailloche!, hermanita, acércate, que voy a darle su medicina». Y mientras éste abría por la fuerza la boca cerrada del animal, Tocón le introducía en el fondo del gaznate el cañón de la escopeta, como si hubiera querido hacerle beber un medicamento; luego dijo:

«Cuidado, hermanita, que le doy la purga».

Y apretó el gatillo. El burro retrocedió tres pasos, cayó sobre su parte posterior, trató de levantarse y terminó derrumbándose de costado cerrando los ojos. Todo su viejo cuerpo pelado palpitaba; sus piernas se agitaban como si hubiera querido correr. Una ola de sangre fluía entre sus dientes. No tardó en dejar de moverse. Estaba muerto.

Los dos hombres no reían, aquello había acabado demasiado deprisa, se sentían estafados.

Maillochon preguntó:

«Bueno, ¿y ahora qué hacemos?»

Labouise respondió:

«No te preocupes, hermanita, lo metemos en la barca y nos divertimos a la caída de la noche».

Y fueron en busca de la barca. Tendieron el cadáver del animal en el fondo, lo cubrieron de hierba fresca, y los dos furtivos, echándose encima, volvieron a dormirse.

A eso de mediodía, de los escondites de su barca carcomida y enfangada Labouise sacó una botella de vino, pan, manteca y cebollas crudas, y se pusieron a comer.

Cuando terminaron su comida, volvieron a acostarse sobre el burro muerto y se durmieron. A la caída de la noche, Labouise se despertó y, sacudiendo a su camarada, que roncaba como un órgano, ordenó:

«Vamos, hermanita, en marcha».

Y Maillochon se puso a remar. Remontaban el Sena lentamente, tenían mucho tiempo por delante. Bordeaban las orillas cubiertas de lirios de agua floridos, perfumados por los espinos blancos que inclinaban sobre la corriente sus manojos de flores blancas; y la pesada barca, de color del fango, se deslizaba sobre las anchas hojas planas de los nenúfares, cuyas pálidas flores redondas y hendidas como cascabeles, y que enseguida volvían a erguirse, doblaba.

Cuando llegaron a la altura de la muralla del Eperon[124], que divide el bosque de Saint-Germain del parque de Maisons-Laffitte, Labouise detuvo a su camarada y le expuso su plan, que sacudió a Maillochon con una risa silenciosa y prolongada.

Tiraron al agua las hierbas echadas sobre el cadáver, agarraron al animal por las patas, lo desembarcaron y fueron a ocultarlo en la maleza.

Luego volvieron a subir a la barca y se dirigieron a Maisons-Laffltte.

La noche era completamente negra cuando entraron en casa del tío Jules, tabernero y vendedor de vinos. En cuanto los vio, el comerciante se acercó a ellos, les estrechó la mano y se sentó a su mesa, luego hablaron de todo un poco.

Hacia las doce, como el último parroquiano se había ido, el tío Jules, guiñando un ojo, le dijo a Labouise:

«Bueno, ¿hay algo?»

Labouise movió la cabeza y dijo:

«Hay y no hay, es posible».

El mesonero insistía:

«¿Algún conejillo, quizá?»

Entonces Tocón, metiendo la mano en su camisa de lana, sacó las orejas de un conejo y declaró:

«A tres francos el par».

Entonces empezó una larga discusión sobre el precio. Se llegó al acuerdo de dos francos sesenta y cinco. Y los dos conejos fueron entregados.

Cuando los furtivos se levantaban, el tío Jules, que no los perdía de vista, dijo:

«Tenéis otra cosa, pero no queréis decirlo».

Labouise respondió:

«Es posible, pero no para ti, eres demasiado perro».

El hombre, codicioso, le apremiaba:

«¿Qué? ¿Pieza mayor?, vamos, di, siempre podemos llegar a un acuerdo».

Labouise, que parecía perplejo, hizo ademán de consultar a Maillochon con la vista, luego respondió con voz lenta:

«El asunto es éste. Estábamos al acecho en el Eperon cuando algo nos pasó por el primer matorral a la izquierda, al final de la muralla.

»Maillochon suelta un disparo, aquella cosa cae. Y nos largamos a escape, por los guardas. No puedo decirte qué era, porque no lo sé. Grande, sí que era grande. Pero ¿qué? Si te lo dijera te engañaría, y ya sabes, hermanita, entre nosotros, con el corazón en la mano».

El hombre, palpitante, preguntó:

«¿No será un corzo?»

Labouise contestó:

«Podría ser eso, podría ser otra cosa ¿Un corzo?… Sí… ¿Quizá algo más grande? Como si dijéramos una cierva. ¡Oh!, no te digo que es una cierva porque no lo sé, ¡pero podría!»

El tabernero insistía:

«¿Un ciervo quizá?»

Labouise extendió la mano:

«¡Eso no! Ciervo no es, no te engaño, no es un ciervo. Le habría visto la cornamenta. No, un ciervo… ciervo no es.

—¿Por qué no lo habéis cogido?, preguntó el hombre.

—Porque ahora, hermanita, vendemos sobre el terreno. Tengo comprador. Y entonces, pasa uno por un sitio, encuentra la pieza, la coge. Nada de riesgos para mi menda. Así es ahora».

El guisandero, receloso, dijo:

«¿Y si ya no estuviese?»

Pero Labouise levantó de nuevo la mano.

«Estar, está, de eso te respondo, te lo juro. En el primer matorral a la izquierda. En cuanto a qué es, lo ignoro. Sé que no es un ciervo, no, de eso estoy seguro. En cuanto a lo demás, vete tú a verlo. Son veinte francos ahora mismo, ¿te hace?»

El hombre todavía dudaba:

«¿No podrías traérmelo?»

Maillochon tomó la palabra:

«Entonces no hay juego. Si es un corzo, cincuenta francos; si es una cierva, setenta; ésos son nuestros precios».

El tabernero se decidió:

«De acuerdo, veinte francos. No hablemos más».

Y se dieron un apretón de manos.

Luego sacó de su mostrador cuatros gruesas monedas de cien *sous* que los dos amigos se guardaron en los bolsillos.

Labouise se levantó, vació su vaso y salió; en el momento de entrar en la sombra, se volvió para dejar las cosas claras:

«No es un ciervo, eso seguro. Pero ¿qué es?… En cuanto a estar, está. Te devolveré el dinero si no encuentras nada».

Y se perdió en la noche.

Maillochon, que iba tras él, le daba fuertes puñetazos en la espalda para expresarle su alegría.

Tombuctú[125]

El bulevar, ese río de vida, hervía en el polvo de oro del sol poniente. Todo el cielo estaba rojo, cegador; y, detrás de la Madeleine, una inmensa nube llameante arrojaba en toda la larga avenida un oblicuo chaparrón de fuego, vibrante como un vapor de hoguera.

La muchedumbre, alegre, palpitante, caminaba bajo aquella bruma encendida y parecía hallarse en una apoteosis. Las caras estaban doradas; los sombreros negros y los trajes tenían reflejos de púrpura; el charol de los zapatos lanzaba llamas sobre el asfalto de las aceras.

Delante de los cafés, un sinnúmero de hombres bebía licores brillantes y coloreados que se habrían tomado por piedras preciosas fundidas en el cristal.

En medio de los parroquianos de ropas ligeras más oscuras, dos oficiales con uniforme de gala hacían bajar todos los ojos con el deslumbramiento de sus entorchados. Charlaban, alegres sin motivo, en aquella gloria de vida, en aquella radiante irradiación de la tarde; y miraban a la muchedumbre, a los hombres lentos y a las mujeres apresuradas que dejaban tras de sí un olor sabroso y turbador.

De repente un negro enorme, vestido de negro, barrigudo, con profusión de dijes sobre un chaleco de dril, con la cara reluciente como si la hubieran lustrado, pasó delante de ellos con aire triunfal. Sonreía a los transeúntes, sonreía a los vendedores de periódicos, sonreía al cielo resplandeciente, sonreía a todo París. Era tan alto que sobrepasaba todas las cabezas; y, detrás de él, todos los papanatas se volvían para contemplarlo de espaldas.

Pero de repente vio a los oficiales y, derribando a los bebedores, se precipitó hacia ellos. Cuando estuvo ante su mesa, les clavó sus ojos brillantes y encantados, y las comisuras de la boca le subieron hasta las orejas mostrando sus dientes blancos, claros, como un creciente de luna en un cielo negro. Los dos hombres, estupefactos, contemplaban a aquel gigante de ébano sin comprender nada de su alegría.

Y él exclamó, con una voz que hizo reír a todas las mesas:

«Bueeenas, mi teniente.»

Uno de los oficiales era jefe de batallón, el otro coronel. El primero dijo:

«No le conozco, señor; no sé qué quiere de mí.»

El negro continuó:

«Yo querer mucho tú, teniente Védié, sitio Bézi, mucha uva, buscado yo.»

El oficial, totalmente desconcertado, miraba fijamente al hombre, interrogando el fondo de sus recuerdos; pero bruscamente exclamó:

«¿Tombuctú?»

El negro, radiante, se golpeó el muslo lanzando una risa de una violencia inverosímil y berreando:

«Sí, sí, ya, mi teniente, conocido Tombuctú, ya, buenas.»

El comandante le tendió la mano riendo a su vez de todo corazón. Entonces Tombuctú se puso serio. Cogió la mano del oficial, con tanta rapidez que el otro no pudo impedirlo, la besó según la costumbre negra y árabe. Confuso, el militar le dijo con voz severa:

«Vamos, Tombuctú, no estamos en África. Siéntate ahí y dime cómo es que te encuentro aquí.»

Tombuctú tensó la tripa y, tartamudeando, de lo deprisa que hablaba:

«Ganado mucho dinero, mucho, gran estaurante, buen comer, prusianos, yo mucho robado, mucho, cocina francesa, Tombuctú, cociner del Emperaor, doscientos mil fancos al año. ¡Ja, ja, ja, ja!»

Y se reía, retorciéndose, chillando con una alegría enloquecida en la mirada.

Cuando el oficial, que comprendía su extraño lenguaje, lo hubo interrogado durante un rato, le dijo:

«Bueno, hasta pronto, Tombuctú; hasta la vista.»

El negro se levantó entonces, estrechó esta vez la mano que le tendían y, riendo siempre, exclamó:

«¡Bueeena, bueeena, mi teniente!»

Se marchó, tan contento que gesticulaba al andar, y lo tomaban por un loco.

El coronel preguntó:

«¿Quién es ese animal?»

El comandante respondió:

«Un gran muchacho y un valiente soldado. Voy a contarle lo que sé de él; es bastante divertido.»

*

Como usted sabe, al comienzo de la guerra de 1870 quedé encerrado en Béziéres[126], que este negro llama Bézi. No estábamos sitiados, sino bloqueados. Las líneas prusianas nos rodeaban por todas partes, fuera del alcance de los cañones, y tampoco disparaban ya sobre nosotros, para rendirnos poco a poco por hambre.

Yo era entonces teniente. Nuestra guarnición estaba compuesta por tropas de toda naturaleza, restos de regimientos hechos pedazos, fugitivos, merodeadores separados de los cuerpos de ejército. En fin, teníamos de todo, hasta once turcos[127] llegados una noche no se sabe cómo ni por dónde. Se habían presentado a las puertas de la ciudad extenuados, andrajosos, hambrientos y borrachos. Me los confiaron.

Pronto me di cuenta de que eran rebeldes a toda disciplina, siempre fuera de la ciudad y siempre embriagados. Probé con la sala de guardia, incluso con el calabozo, no se consiguió nada. Mis hombres desaparecían días enteros, como si se hubieran metido bajo tierra, luego reaparecían borrachos como cubas. No tenían dinero. ¿Dónde bebían? ¿Y cómo, y con qué?

Aquello empezaba a intrigarme vivamente, sobre todo porque aquellos salvajes me interesaban con su risa eterna y su carácter de niños grandes y traviesos.

Me di cuenta entonces de que obedecían ciegamente al más alto de todos ellos, el que acaba usted de ver. Los gobernaba a su antojo, preparaba sus misteriosas expediciones como jefe todopoderoso e indiscutido. Le hice presentarse ante mí y lo interrogué. Nuestra conversación duró tres horas largas, tanto me costaba comprender su sorprendente galimatías. En cuanto a él, el pobre diablo hacía esfuerzos inauditos para ser comprendido, inventaba palabras, gesticulaba, sudaba por el esfuerzo, se secaba la frente, resoplaba, se detenía y arrancaba bruscamente cuando creía haber encontrado un nuevo medio de explicarse.

Terminé adivinando que era hijo de un gran jefe, de una especie de rey negro de los alrededores de Tombuctú. Le pregunté su nombre. Respondió algo así como Chavaharibuhalijanafotapolara. Me pareció más sencillo darle el nombre de su tierra: «Tombuctú.» Y ocho días más tarde nadie en la guarnición lo llamaba de otro modo.

Pero teníamos unas ganas locas de saber dónde encontraba la bebida aquel expríncipe africano. Lo descubrí de un modo extraño.

Estaba yo una mañana en las murallas, examinando el horizonte, cuando divisé en un viñedo algo que se movía. Llegaba el tiempo de la vendimia, las uvas estaban maduras, pero yo apenas pensaba en eso. Imaginé que un espía

se acercaba a la ciudad y organicé una expedición completa para atrapar al vagabundo. Y yo mismo tomé el mando después de haber obtenido autorización del general.

Había hecho salir, por tres puertas distintas, tres pequeños grupos que debían reunirse cerca del viñedo sospechoso y rodearlo. Para cortarle la retirada al espía, uno de aquellos destacamentos tenía que hacer una marcha de una hora por lo menos. Un hombre que había dejado en observación sobre las murallas me indicó por señas que el ser visto aún no había abandonado el campo. Caminábamos en medio del mayor silencio, arrastrándonos, casi tumbados en los surcos. Por fin llegamos al punto designado; despliego de improviso a mis soldados, que se precipitan en el viñedo y encuentran… a Tombuctú caminando a cuatro patas entre las cepas y comiendo uvas, o, mejor, devorando uvas como un perro devora sus sopas, sobre la propia planta, arrancando el racimo a dentelladas.

Quise que se levantara; ni pensarlo, y entonces comprendí por qué se arrastraba de aquella forma sobre manos y rodillas. Nada más plantarlo sobre sus piernas, vaciló unos segundos, tendió los brazos y cayó de bruces. Estaba borracho como nunca había visto yo a un borracho.

Lo devolvimos a la ciudad sobre dos rodrigones. No dejó de reír durante todo el camino gesticulando con brazos y piernas.

Era todo un misterio. Mis muchachos bebían en la propia uva. Luego, cuando estaban borrachos como cubas, dormían allí mismo.

En cuanto a Tombuctú, su amor por el viñedo era increíble y sobrepasaba toda medida. Vivía dentro de él como los tordos, a los que por otra parte odiaba con un odio de rival celoso. Repetía sin cesar:

«Los tordos comido to lo uva, ¡cápulas!»

Una tarde vinieron a buscarme. En la llanura se divisaba algo que se acercaba hacia nosotros. Yo no había cogido mi anteojo y distinguía muy mal. Se hubiera dicho una gran serpiente que se desenroscaba, un convoy, ¡yo qué sé!

Envié unos cuantos hombres al encuentro de aquella extraña caravana, que no tardó en hacer su entrada triunfal. Tombuctú y nueve de sus compañeros portaban sobre una especie de altar, hecho con sillas de campaña, ocho cabezas cortadas, sangrientas y gesticulantes. El décimo turco tiraba de un caballo a cuya cola venía otro atado, seguido por otros seis animales más sujetos de la misma manera.

Y lo que supe es esto: al salir a las viñas, mis africanos habían divisado de pronto a un destacamento prusiano que se acercaba a la ciudad. En lugar de

huir, se habían ocultado; luego, cuando los oficiales echaron pie a tierra delante de una posada para refrescarse, mis once mozos surgieron poniendo en fuga a los ulanos, que se creyeron atacados, mataron a los dos centinelas, y luego al coronel y a los cinco oficiales de su escolta.

Ese día abracé a Tombuctú. Pero me di cuenta de que caminaba con esfuerzo. Lo creí herido; se echó a reír y me dijo:

«Yo, povisiones pal país».

Y es que Tombuctú no hacía la guerra por honor, sino por la ganancia. Todo lo que encontraba, todo lo que le parecía que podía poseer un valor cualquiera, en especial todo lo que brillaba, ¡se lo guardaba en el bolsillo! ¡Y qué bolsillo! Un pozo que empezaba en las caderas y terminaba en los tobillos. Se había quedado con una palabra de la tropa y lo llamaba su *profundo*, y en efecto, ¡era su profundo!

De manera que había arrancado el oro de los uniformes prusianos, el cobre de los cascos, los botones, etc., y echado todo en su *profundo*, que estaba lleno a rebosar.

Cada día echaba allí dentro cualquier objeto brillante que cayera ante su vista, trozos de estaño o piezas de plata, lo cual le daba a veces un aspecto infinitamente gracioso.

Esperaba llevarse todo aquello al país de las avestruces, de las que parecía hermano aquel hijo de rey torturado por la necesidad de engullir los cuerpos brillantes. Si no hubiera tenido su *profundo*, ¿qué habría hecho? Sin duda se los habría tragado.

Su bolso estaba vacío todas las mañanas. Por lo tanto había de tener un almacén general donde se amontonaban sus riquezas. Pero ¿dónde? No pude descubrirlo.

El general, advertido de la hazaña de Tombuctú, mandó enterrar rápidamente los cuerpos que habían permanecido en la aldea vecina, para que no se descubriese que habían sido decapitados. Los prusianos volvieron al día siguiente. El alcalde y siete vecinos notables fueron fusilados de inmediato, como represalia, por haber denunciado la presencia de los alemanes.

Había llegado el invierno. Estábamos agotados y desesperados. Ahora se luchaba todos los días. Los hombres hambrientos ya no podían caminar. Sólo los ocho turcos (tres habían muerto) seguían gordos y relucientes, vigorosos y siempre dispuestos a luchar. Tombuctú engordaba incluso. Un día me dijo.

«Tú mucho hambre, yo buen carne.»

Y, en efecto, me trajo un excelente filete. Pero ¿de qué? Nosotros no teníamos ni bueyes, ni corderos, ni cabras, ni asnos, ni cerdos. Era imposible

procurarse un caballo. Pensé en todo esto después de haber devorado mi carne. Entonces me vino un pensamiento horrible. ¡Aquellos negros habían nacido muy cerca de la tierra donde comen hombres! ¡Y caían tantos soldados a diario alrededor de la ciudad! Pregunté a Tombuctú. No quiso responder. No insistí, pero desde entonces rechacé sus regalos.

Él me adoraba. Una noche, la nieve nos sorprendió en las avanzadillas. Estábamos sentados en el suelo. Yo miraba apiadado a los pobres negros que tiritaban bajo aquel polvo blanco y helado. Como tenía mucho frío, empecé a toser. Enseguida sentí que algo se abatía sobre mí, una especie de gran manta cálida. Era el capote de Tombuctú, que él me echaba sobre los hombros.

Me levanté y, devolviéndole su ropa:

«Quédatelo, muchacho; tú lo necesitas más que yo.»

Él respondió:

«No, mi teniente, pa ti, yo no necesitar, yo caliente, caliente.»

Y me contemplaba con ojos suplicantes.

Continué:

«Vamos, obedece, guárdate el capote, lo ordeno.»

El negro se levantó entonces, sacó su sable que sabía mantener afilado como una hoz, y, sujetando con la otra mano su amplio capote que yo rechazaba:

«Si tú no quedar capote, yo cortarlo; nadie capote.»

Lo habría hecho. Cedí.

Ocho días más tarde, habíamos capitulado. Algunos de los nuestros habían podido escapar. Los demás iban a salir de la ciudad y entregarse a los vencedores.

Me dirigía hacia la plaza de Armas, donde debíamos reunirnos, cuando me quedé estupefacto ante un negro gigante vestido de dril blanco y tocado con un sombrero de paja. Era Tombuctú. Parecía radiante y se paseaba, con las manos en los bolsillos, por delante de una pequeña tienda donde se veían de muestra dos platos y dos vasos.

Le dije:

«¿Qué haces?»

Me respondió:

«Yo no sufrir hambre, yo buen cociner, yo hecho comer coronel, Algelia; yo comido prusianos, mucho robado, mucho.»

Helaba a diez grados. Yo tiritaba ante aquel negro de dril. Entonces me cogió del brazo y me hizo entrar. Vi una muestra inmensa que colgaría

delante de su puerta en cuanto nos hubiéramos marchado, porque tenía cierto pudor.

Y leí, trazado por la mano de algún cómplice, este rótulo:

COCINA MILITAR DEL SEÑOR TOMBUCTÚ
ANTIGUO COCINERO DE S. M. EL EMPERADOR
Artista de París. — Precios módicos.

A pesar de la desesperación que me roía el alma, no pude dejar de reírme, y allí se quedó mi negro en su nuevo negocio.

¿No era mejor eso que hacer que se lo llevaran prisionero?

Acaba usted de ver que el mozo ha tenido éxito.

Hoy Bézières pertenece a Alemania. El restaurante Tombuctú es un principio de revancha.

El pequeño[128]

El señor Lemonnier se había quedado viudo con un hijo. Había amado a su mujer locamente, con un amor exaltado y tierno, sin desfallecimiento, durante toda su vida en común. Era un buen hombre, un hombre excelente, sencillo, muy sencillo, sincero, sin desconfianza ni malicia.

Como se había enamorado de una vecina que era pobre, la pidió en matrimonio y se casó con ella. Tenía un comercio de telas bastante próspero, ganaba bastante dinero y no dudó ni un segundo que la muchacha lo aceptaría por sí mismo.

Por lo demás, le hizo feliz. No veía más que a ella en el mundo, no pensaba más que en ella, la miraba continuamente con ojos de adorador prosternado. Durante las comidas, cometía mil torpezas por no apartar la vista del rostro adorado, tiraba el vino en el plato y el agua en el salero, luego se echaba a reír como un niño, repitiendo:

«Te quiero demasiado, ya lo ves; por eso hago un montón de tonterías».

Ella sonreía con expresión tranquila y resignada; luego apartaba los ojos, como molesta por la adoración de su marido, y trataba de hacerle hablar, de charlar sobre cualquier cosa; pero él le cogía la mano por encima de la mesa, y la mantenía en la suya murmurando:

«Mi pequeña Jeanne, mi querida y pequeña Jeanne».

Ella terminaba impacientándose y diciendo:

«Venga, vamos, sé razonable; come y déjame comer».

Él suspiraba y partía un bocado de pan que luego masticaba despacio.

Durante cinco años no tuvieron hijos. Luego, de repente, ella quedó embarazada. Su felicidad llegó al delirio. No se apartó de ella en todo el tiempo de su embarazo; aunque la criada, una vieja criada que lo había educado y que tenía ascendiente en la casa, lo hacía salir a veces y cerraba la puerta para obligarlo a tomar el aire.

Había trabado íntima amistad con un joven que había conocido a su mujer desde la infancia y que era subjefe de sección en la Prefectura. El señor Duretour cenaba tres veces a la semana en casa de M. Lemonnier, llevaba

flores a la Señora y a veces un palco de teatro; y a menudo, a los postres, el buen Lemonnier exclamaba enternecido, volviéndose hacia su esposa:

«Con una compañera como tú y un amigo como él, uno es completamente feliz en la tierra».

Ella murió al dar a luz. También él estuvo a punto de morir… Pero la vista del hijo le dio valor: un pequeño ser crispado que gemía.

Lo quiso con un amor apasionado y doloroso, con un amor enfermo en el que pervivía el recuerdo de la muerte, pero donde sobrevivía algo de su adoración por la muerta. Era la carne de su mujer, su ser continuado, una especie de quintaesencia de ella. Aquel niño era su propia vida caída en otro cuerpo; ella había desaparecido para que él existiese. —Y el padre lo abrazaba furiosamente—. Pero aquel niño también la había matado, había cogido, robado aquella existencia adorada, se había nutrido de ella, había bebido su parte de vida. — Y el señor Lemonnier dejaba a su hijo en la cuna y se sentaba a su lado para contemplarlo. Se quedaba allí horas y horas, mirándolo, pensando en mil cosas tristes o dulces. Luego, cuando el pequeño dormía, se inclinaba sobre su cara y lloraba en sus mantillas.

El niño fue creciendo. El padre ya no podía vivir una hora sin su presencia; merodeaba a su alrededor, lo paseaba, lo vestía él mismo, lo lavaba, le daba de comer. También su amigo, M. Duretour, parecía querer al chiquillo, y lo besaba en medio de grandes arrebatos, con ese frenesí de ternura que tienen los padres. Lo hacía saltar en sus brazos, lo hacía bailar horas y horas a caballo sobre una pierna, y de repente, recostándolo en sus rodillas, le levantaba la corta falda y le besaba aquellos muslos rollizos de chiquillo y sus pequeñas pantorrillas redondas. El señor Lemonnier, encantado, murmuraba:

«¡Qué mono es! ¡Qué mono es!»

Y el señor Duretour estrechaba al niño en sus brazos haciéndole cosquillas en el cuello con su bigote.

Sólo Céleste, la vieja criada, no parecía sentir ninguna ternura por el pequeño. La enfadaban sus travesuras y parecían irritarle los mimos de los dos hombres. «Bonito mono van a hacer de él».

Siguió pasando el tiempo, y Jean cumplió nueve años. Apenas sabía leer de lo mucho que lo habían mimado, y sólo hacía lo que se le antojaba. Tenía obstinaciones tenaces, resistencias porfiadas, cóleras furibundas. El padre cedía siempre, concedía todo. El señor Duretour compraba y llevaba continuamente los juguetes codiciados por el pequeño, y lo alimentaba a base de pasteles y caramelos.

Entonces Céleste se enfadaba, gritaba:

«Es una vergüenza, señor, una vergüenza. Están haciendo un desgraciado al niño, por su culpa será un desgraciado. Pero todo esto tendrá que terminar: sí, sí, terminará, se lo digo yo, se lo prometo, y dentro de poco».

El señor Lemonnier contestaba sonriendo:

«¿Qué quieres que haga? Lo quiero demasiado, no sé llevarle la contraria; tendrás que tomar una decisión».

Jean era débil, algo enfermizo. El médico diagnosticó anemia, recetó hierro, carne roja y caldos grasos.

Pero al niño sólo le gustaban los pasteles y rechazaba cualquier otro alimento; y el padre, desesperado, lo atiborraba a tartas de crema y a pastelillos rellenos de chocolate.

Una noche, cuando se sentaban a la mesa el uno frente al otro, Céleste trajo la sopera con una seguridad y un aire de autoridad que no solía tener. La destapó bruscamente, metió el cucharón en el centro y declaró:

«Aquí tienen un caldo como nunca se lo he hecho; esta vez el niño tendrá que comer».

El señor Lemonnier, asustado, bajó la cabeza. Vio que aquello traería cola.

Céleste cogió su plato, lo llenó ella misma, volvió a ponérselo delante.

Él probó la sopa y declaró:

«Sí, está estupenda».

Entonces la criada cogió el plato del pequeño y sirvió en él una cucharadita de sopa. Luego retrocedió dos pasos y esperó.

Jean olió el plato, lo rechazó y soltó un «puaf» de repugnancia. Céleste, pálida, se acercó bruscamente y, cogiendo la cuchara, la hundió a la fuerza, llena hasta arriba, en la boca entreabierta del niño.

Se atragantó, tosió, estornudó, escupió y, chillando, cogió el vaso y lo lanzó contra la criada. Le dio en pleno vientre. Entonces ella, exasperada, cogió bajo su brazo la cabeza del chiquillo y empezó a embutirle una tras otra cucharadas de sopa en el gaznate. Él las vomitaba acto seguido, pataleaba, se retorcía, se ahogaba, palmoteaba con las manos, rojo como si fuera a morir asfixiado.

Al principio el padre se quedó tan sorprendido que no hizo ningún movimiento. Luego, de repente, se abalanzó con rabia de loco furioso, agarró a su sirvienta por el cuello y la lanzó contra la pared. Balbucía:

«¡Fuera!… ¡fuera!… ¡fuera!… ¡animal!»

Pero de una sacudida ella lo rechazó y, despeinada, con la cofia en la espalda y los ojos ardientes, gritó:

«¿Qué le ha dado de repente? ¡Quiere pegarme porque hago comerse la sopa a este niño al que usted va a matar con sus golosinas!…»

Él repetía, temblando de pies a cabeza:

«¡Fuera!… ¡lárgate!… ¡lárgate, animal!»

Entonces, enloquecida, ella se acercó a él y, mirándolo a los ojos, dijo con voz temblorosa:

«¡Ah!… ¿cree usted… cree usted que va a tratarme así, a mí, a mí?… Pues no… ¿Y por quién, por quién…? Por este mocoso que ni siquiera es su… ¡nada suyo!… ¡nada suyo!… Todo el mundo lo sabe, caray, menos usted… Pregunte al tendero, al carnicero, al panadero, a todos, a todos»…

Tartamudeaba, sofocada por la cólera; luego se calló, mirándolo.

Él permanecía inmóvil, lívido, con los brazos caídos. Al cabo de unos segundos balbució con una voz apagada, temblorosa, en la que palpitaba sin embargo una formidable emoción:

«¿Qué dices?… ¿qué dices?… ¿Qué es lo que dices?»

Ella permanecía callada, asustada por la expresión de su rostro. Él dio otro paso, repitiendo:

«¿Qué dices?… ¿Qué es lo que dices?»

Entonces ella respondió con voz tranquila:

«Digo lo que sé, pardiez, lo que todo el mundo sabe».

Él levantó las dos manos y, abalanzándose sobre ella con un arrebato de animal, trató de derribarla. Pero, aunque vieja, la mujer era fuerte, y también ágil. Escapó de sus brazos y, corriendo alrededor de la mesa, hecha de pronto una furia, chillaba:

«Mírelo, mírelo, animal, que es usted un animal, mire si no es el vivo retrato de M. Duretour; pero mírele la nariz y los ojos, ¿tiene usted así los ojos? ¿Y la nariz? ¿Y el pelo? ¿Los tenía ella así? Le digo que todo el mundo lo sabe, todo el mundo, ¡salvo usted! ¡Es el hazmerreír de la ciudad! ¡Mírelo!…»

Pasaba delante de la puerta, la abrió y desapareció.

Jean, aterrado, se quedó inmóvil frente a su plato de sopa.

Al cabo de una hora, ella volvió, muy despacio, para ver. El pequeño, después de haber devorado los pasteles, el compotero de crema y el de peras con azúcar, comía ahora del tarro de mermelada con la cuchara de la sopa.

El padre había salido.

Céleste cogió al niño, lo abrazó y, con pasos quedos, se lo llevó a su cuarto, luego lo acostó. Y volvió al comedor, levantó la mesa, ordenó todo, muy inquieta.

En la casa no se oía ningún ruido, ninguno. Fue a pegar la oreja a la puerta de su amo. Él no hacía ningún movimiento. Miró por el ojo de la cerradura. Estaba escribiendo y parecía tranquilo.

Entonces volvió a sentarse en su cocina a fin de estar preparada para la circunstancia que fuera, porque se olía algo.

Se durmió en una silla, y cuando despertó era de día.

Hizo la casa, como solía hacerla cada mañana; barrió, quitó el polvo, y hacia las ocho preparó el café de M. Lemonnier.

Pero no se atrevía a llevárselo a su amo, por no saber cómo iba a recibirla; y esperó a que la llamase. No llamó. Pasaron las nueve, luego las diez.

Céleste, asustada, preparó su bandeja y se puso en camino, con el corazón palpitante. Se detuvo delante de la puerta, escuchó. No había ningún movimiento. Llamó; no la respondieron. Entonces, reuniendo todo su valor, abrió, entró; luego, lanzando un grito terrible, dejó caer el desayuno que llevaba en las manos.

El señor Lemonnier colgaba en el centro de su cuarto, suspendido por el cuello del gancho para la luz del techo. Se le salía la lengua de una manera horrible. La zapatilla derecha yacía caída en el suelo. La izquierda se le había quedado en el pie. Una silla tumbada había rodado hasta la cama.

Céleste, desesperada, escapó dando gritos. Acudieron todos los vecinos. El médico certificó que la muerte había ocurrido a medianoche.

Sobre la mesa del suicida encontraron una carta dirigida a M. Duretour. Sólo contenía esta línea:

«Le dejo y confío al pequeño».

El niño[129]

Se hablaba, después de la cena, de un aborto que acaba de ocurrir en la comuna. La baronesa estaba indignada: ¿Era posible algo semejante? ¡La muchacha, seducida por un mozo carnicero, había arrojado a su hijo a un margal! ¡Qué horror! Se había demostrado incluso que la pobre criatura no había muerto en el acto.

El médico, que cenaba en el castillo aquella noche, proporcionaba detalles horribles con aire tranquilo; y parecía maravillado ante el coraje de la miserable madre, que había hecho dos kilómetros a pie, después de haber dado a luz sola, para asesinar a su hijo. Repetía: «¡Esa mujer es de hierro! ¡Y qué energía salvaje necesitó para cruzar el bosque de noche con su pequeño que gemía en sus brazos! Me asombro ante semejantes sufrimientos morales. ¡Piensen en el espanto de esa alma, en el desgarro de ese corazón! ¡Qué odiosa y miserable es la vida! Infames prejuicios, sí, señora, infames prejuicios, un falso honor más abominable que el crimen, todo un cúmulo de sentimientos ficticios, de odiosa honorabilidad, de indignante honestidad empujan al asesinato, al infanticidio, a pobres muchachas que han obedecido sin resistencia a la ley imperiosa de la vida. ¡Qué vergüenza para la humanidad haber establecido semejante moral y convertido en delito la libre unión de dos seres!»

La baronesa se había puesto pálida de indignación.

Replicó: «Entonces, doctor, ¡pone usted el vicio por encima de la virtud, la prostituta por delante de la mujer honesta! ¡A la que se abandona a sus vergonzosos instintos la considera usted igual que a la esposa irreprochable que cumple con su deber según la integridad de su conciencia!»

El médico, un anciano que había tocado en muchas llagas, se levantó y, con voz fuerte: «Habla usted, señora, de cosas que ignora, por no haber conocido las pasiones invencibles. Permítame que le cuente un suceso reciente del que fui testigo».

*

Oh, señora, sea siempre indulgente, y buena, y misericordiosa; ¡si usted supiese!

¡Ay de aquellos a quienes la pérfida naturaleza ha dado unos sentidos insaciables! La gente tranquila, nacida sin instintos violentos, se conserva honesta por necesidad. El deber resulta fácil a personas a las que no torturan nunca los deseos frenéticos.

Veo a pequeñas burguesas de sangre fría, de rígidas costumbres, de espíritu mediocre y corazón moderado, lanzar gritos de indignación cuando se enteran de las faltas de las mujeres caídas.

¡Ah!, qué tranquila duerme usted en una cama pacífica a la que no rondan los sueños febriles. Las personas que la rodean son como usted, hacen lo mismo que usted, preservadas por la prudencia instintiva de sus sentidos. Usted apenas tiene que luchar contra unas apariencias de incitación. Sólo su mente sigue a veces pensamientos malsanos, sin que su cuerpo se conmueva lo más mínimo con el roce de la idea tentadora.

Pero, señora, los sentidos son invencibles en aquellos a quienes el azar hizo apasionados. ¿Puede detener usted el viento, puede detener el mar embravecido? ¿Puede encadenar las fuerzas de la naturaleza? No. Los sentidos son fuerzas de la naturaleza, invencibles como el mar y el viento. Levantan y arrastran al hombre y lo lanzan a la voluptuosidad sin que pueda resistir la vehemencia de su deseo. Las mujeres irreprochables son las mujeres sin temperamento. Abundan. No les agradezco su virtud, porque no tienen que luchar. Pero nunca, nunca, óigame bien, será casta una Mesalina, una Catalina[130]. No puede. ¡Está creada para la caricia frenética! Sus órganos no se parecen a los de usted, su carne es diferente, más vibrante, más febril al menor contacto de otra carne; y sus nervios trabajan, la trastornan y la dominan cuando los de usted no han sentido nada. Intente alimentar a un gavilán con esas pequeñas semillas redondas que da usted al loro. Y sin embargo son dos aves que tienen un grueso pico corvo. Pero sus instintos son diferentes.

¡Oh, los sentidos! Si supiera qué poder tienen… ¡Los sentidos que nos mantienen jadeantes noches enteras, con la piel ardiendo, el corazón agitado y la mente acosada por visiones enloquecedoras! Mire, señora, la gente de principios inflexible es simplemente gente fría, desesperadamente celosa de los demás, sin saberlo.

Escúcheme.

La que llamaré señora Hélène tenía sentidos. Los había tenido desde su más tierna infancia. En ella se habían despertado al mismo tiempo que el uso

de la palabra. Me dirá usted que era una enferma. ¿Por qué? ¿No serán ustedes los debilitados? Me consultaron cuando ella tenía doce años. Comprobé que ya era mujer y que la acosaban sin tregua los deseos amorosos. Se notaba nada más verla. Tenía unos labios carnosos, prominentes, abiertos como flores, un cuello fuerte, una piel ardiente, una nariz grande, algo abierta y palpitante, grandes ojos claros cuya mirada encendía a los hombres.

¿Quién habría podido calmar la sangre de aquel animal ardoroso? Pasaba las noches llorando sin motivo. Sufría angustias de muerte por estar sin varón.

Por fin, a los quince años la casaron.

Dos años más tarde su marido moría tuberculoso. Lo había agotado.

Otro corrió la misma suerte tras dieciocho meses. El tercero resistió cuatro años, luego la abandonó. Aún estaba a tiempo. Al quedarse sola, quiso vivir castamente. Tenía todos los prejuicios de ustedes. Finalmente, un día me mandó llamar, porque sufría crisis nerviosas que la preocupaban. Enseguida comprendí que moriría de viudedad.

Se lo dije. Era una mujer honrada, señora; a pesar de las torturas que soportaba, no quiso seguir mi consejo de tomar un amante.

En la región la llamaban loca. Salía de noche y daba caminatas frenéticas para debilitar su cuerpo rebelde. Luego sufría síncopes a los que seguían espantosos espasmos.

Vivía sola en su castillo, cerca del castillo de su madre y de los de otros parientes. Yo iba a verla de vez en cuando, sin saber qué hacer contra aquella voluntad encarnizada de la naturaleza o contra su propia voluntad. Una noche, hacia las ocho, entró en mi casa cuando yo acababa de cenar. En cuanto estuvimos solos, me dijo:

«Estoy perdida. ¡Estoy embarazada!»

Di un brinco en mi silla.

«¿Qué quiere usted decir?

—Estoy embarazada.

—¿Usted?

—Sí, yo.» Y bruscamente, con voz entrecortada, mirándome fijamente a la cara: «Embarazada de mi jardinero, doctor. Tuve un amago de desmayo cuando paseaba por el parque. Al verme caída, el jardinero acudió y me cogió en brazos para llevarme dentro. ¿Qué hice? ¡No lo sé! ¿Le abracé, le besé? Quizá. Usted conoce mi miseria y mi vergüenza. En fin, ¡me poseyó! Soy culpable, porque volví a entregarme a él al día siguiente de la misma forma, y también en más ocasiones. Se había acabado. ¡Ya no podía seguir resistiendo!…»

Ahogó un sollozo en la garganta, luego continuó en tono altivo: «Le pagaba, prefería eso al amante que usted me aconsejaba tomar. Me ha embarazado.

»Me confieso a usted sin reserva ni vacilaciones. He tratado de provocarme un aborto. He tomado baños de agua ardiendo; he montado caballos difíciles, he hecho ejercicios en el trapecio, he bebido pócimas, ajenjo, azafrán[131], y también otras. Pero no he conseguido nada.

«¡Usted conoce a mi padre, a mis hermanos! Estoy perdida. Mi hermana está casada con un hombre honrado. Mi vergüenza también recaerá sobre ellos. Y piense en todos nuestros amigos, en todos nuestros vecinos, en nuestro apellido… en mi madre…»

Rompió a sollozar. Le cogí las manos y la interrogué. Luego le aconsejé que hiciera un largo viaje y fuera a dar a luz lejos.

Me respondía: «Sí… sí… sí… eso es…», sin dar la impresión de escucharme. Luego se marchó.

Fui a verla varias veces. Estaba enloqueciendo.

La idea de aquel niño que crecía en su vientre, de aquella vergüenza viviente, había entrado en su alma como una flecha aguda. Pensaba en ello sin tregua, ya no se atrevía a salir de día, ni a ver a nadie por miedo a que se descubriese su abominable secreto. Todas las noches se desnudaba delante de la luna de su armario y miraba su perfil deformado; luego se tiraba al suelo con una servilleta en la boca para ahogar sus gritos. De noche se levantaba veinte veces, encendía su vela y volvía ante el ancho espejo que le ofrecía la imagen deformada de su cuerpo desnudo. Entonces, frenética, se golpeaba el vientre a puñetazos para matar a aquel ser que causaba su perdición. La lucha entablada entre ellos era terrible. Pero él no moría; y se agitaba constantemente como si estuviera defendiéndose. Ella rodaba por el suelo para aplastarlo; trató de dormir con un peso encima del cuerpo para que se ahogase. Lo odiaba como se odia al enemigo encarnizado que amenaza vuestra vida.

Tras esas luchas inútiles y esos impotentes esfuerzos para desembarazarse de él, corría desesperada por los campos, enloquecida de dolor y espanto. Una mañana la recogieron con los pies en un arroyo y con los ojos extraviados; creyeron que había sufrido un acceso de delirio, pero no se dieron cuenta de nada.

Una idea fija la dominaba. Arrancar de su cuerpo aquel hijo maldito.

Una noche, su madre le dijo riendo: «¡Cómo engordas, Hélène!; si estuvieras casada diría que estabas encinta.»

Para ella estas palabras debieron de ser un golpe mortal. Se marchó casi en el acto y volvió a su castillo.

¿Qué hizo? Sin duda, miró todavía largo rato su vientre hinchado; y sin duda lo golpeó, lo maltrató, lo hizo chocar contra la esquina de los muebles como hacía todas las noches. Luego bajó, descalza, a la cocina, abrió el armario y cogió el gran cuchillo que sirve para trinchar la carne. Volvió a subir a su cuarto, encendió cuatro velas y se sentó en una silla de mimbre, delante del espejo. Entonces, exasperada de odio contra aquel embrión desconocido y temible, queriendo arrancarlo y matarlo de una vez, queriendo tenerlo en sus manos, estrangularlo y arrojarlo lejos, presionó en el punto donde aquella larva se movía y de un solo golpe de la aguda hoja se rajó el vientre. Sin duda actuó muy deprisa y muy bien, porque se apoderó de aquel enemigo al que nunca había podido alcanzar. Tiró de él por una pierna, lo arrancó de su cuerpo y quiso lanzarlo a las cenizas del hogar. Pero estaba sujeto por unos lazos que ella no había podido cortar, y, antes tal vez de que hubiera comprendido lo que le quedaba por hacer para separarse de él, cayó exánime sobre el niño ahogado en un chorro de sangre.

¿Fue muy culpable, señora?

*

El médico se calló y esperó. La baronesa no respondió.

Una vendetta[132]

La viuda de Paolo Saverini vivía sola con su hijo en una pequeña y humilde casa junto a las murallas de Bonifacio[133]. La ciudad, construida en un saliente de la montaña, incluso cortada a pico sobre el mar en algunos puntos, mira, por encima del estrecho erizado de escollos, la costa más baja de Cerdeña. A sus pies, por el otro lado, contorneándola casi por entero, un corte del acantilado, que parece un gigantesco pasillo, le sirve de puerto, lleva hasta las primeras casas, tras un largo rodeo entre dos abruptas murallas, a las pequeñas barcas de pesca italianas o sardas, y, cada quince días, al viejo vapor asmático que hace el servicio de Ajaccio.

Sobre la montaña blanca, el montón de casas pone una mancha más blanca todavía. Parecen nidos de pájaros salvajes, colgados así sobre la roca, dominando ese pasaje terrible donde apenas se aventuran los navíos. El viento, sin descanso, azota el mar, azota la costa desnuda, roída por él, apenas vestida de vegetación; se precipita en el estrecho, cuyas dos orillas asola. Los regueros de pálida espuma, suspendidos de las puntas negras de las innumerables rocas que por todas partes hienden las olas, parecen jirones de tela flotando y palpitando en la superficie del agua.

La casa de la viuda Saverini, soldada en el borde mismo del acantilado, abría sus tres ventanas sobre aquel horizonte salvaje y desolado.

Vivía allí, sola, con su hijo Antoine y su perra *Vivaracha*, gran animal flaco, de pelaje largo y áspero, de la raza de los guardianes de rebaños. Le servía al joven para cazar.

Una noche, a raíz de una disputa, Antoine Saverini fue muerto a traición, de una cuchillada, por Nicolas Ravolati, que esa misma noche huyó a Cerdeña.

Cuando la anciana madre recibió el cuerpo de su hijo, que unos transeúntes le llevaron, no lloró, sino que se quedó mucho tiempo inmóvil mirándolo; luego, extendiendo su mano arrugada sobre el cadáver, le prometió la vendetta. No quiso que nadie se quedara con ella, y se encerró junto al cuerpo con la perra, que aullaba. Aquel animal aullaba

continuamente, erguido al pie de la cama, con la cabeza vuelta hacia su amo y la cola apretada entre las patas. No se movía más que la madre, que inclinada ahora sobre el cuerpo, con la mirada fija, lloraba deshecha en mudas lágrimas contemplándolo.

El joven, boca arriba, vestido con su chaqueta de grueso paño agujereada y desgarrada en el pecho, parecía dormir; pero tenía sangre por todas partes: en la camisa arrancada para los primeros auxilios, en el chaleco, en los calzones, en la cara, en las manos. Coágulos de sangre se habían secado en la barba y en el pelo.

La anciana madre se puso a hablarle. Al rumor de aquella voz, enmudeció la perra.

«Bueno, serás vengado, pequeño mío, hijo mío, mi pobre niño. Duerme, duerme, serás vengado, ¿lo oyes? ¡Lo promete la madre! Y la madre siempre cumple su palabra, lo sabes de sobra».

Y lentamente se inclinó hacia él, pegando sus labios fríos a los labios muertos.

Entonces *Vivaracha* volvió a gemir. Lanzaba una larga queja monótona, desgarradora, horrible.

Los dos permanecieron allí, la mujer y el animal, hasta el amanecer.

Antoine Saverini fue enterrado al día siguiente, y al cabo de muy poco no volvió a hablarse de él en Bonifacio.

No había dejado ni hermano ni primos carnales. Ningún hombre había allí para cumplir la vendetta. Sólo la madre, pobre vieja, pensaba en ella.

Al otro lado del estrecho veía de la mañana a la noche un punto blanco en la costa. Era una pequeña aldea sarda, Longosardo, donde se refugian los bandidos corsos cuando se ven acorralados. Son ellos casi los únicos pobladores de esa aldea, frente a las costas de su patria, y allí esperan el momento de regresar, de volver al monte. Era en aquel pueblo, ella lo sabía, donde se había refugiado Nicolas Ravolati.

Completamente sola todo el día, sentada a su ventana, miraba hacia allí pensando en la venganza. ¿Cómo se las arreglaría sin nadie, achacosa, tan cerca de la muerte? Pero había prometido, había jurado sobre el cadáver. No podía olvidar, no podía esperar. ¿Qué haría? Ya no dormía de noche, ya no tenía reposo ni sosiego, buscaba algo más con obstinación. A sus pies, la perra dormitaba y, a veces, levantando la cabeza, aullaba a lo lejos. Desde que su amo no estaba allí, aullaba a menudo de esa forma, como si lo llamara, como si su alma de animal, inconsolable, también hubiera guardado el recuerdo que nada borra.

Y una noche, cuando *Vivaracha* se ponía de nuevo a gemir, la madre, de repente, tuvo una idea, una idea de salvaje vengativa y feroz. La meditó hasta el amanecer; luego, levantándose al rayar el día, se dirigió a la iglesia. Prosternada en el pavimento, abatida ante Dios, rezó, suplicándole que la ayudase, que la sostuviese, que diese a su pobre cuerpo gastado la fuerza que necesitaba para vengar al hijo.

Después volvió a casa. En el patio tenía un viejo barril desfondado que recogía el agua de los canalones; le dio la vuelta, lo vació, lo sujetó al suelo con estacas y piedras; luego encadenó a *Vivaracha* a aquella perrera y entró en la casa. Ahora caminaba sin descanso por su habitación, sin dejar de clavar su mirada en la costa de Cerdeña. El asesino estaba allí.

La perra aulló todo el día y toda la noche. Por la mañana, la vieja le llevó agua en un cuenco, pero nada más: ni sopa ni pan.

Transcurrió el día. *Vivaracha*, extenuada, dormía. Al día siguiente tenía los ojos relucientes, el pelo erizado, y tiraba enloquecida de la cadena.

La vieja tampoco le dio nada de comer. El animal, enfurecido, ladraba con voz ronca. Pasó también la noche.

Entonces, cuando amaneció, la señora Saverini fue a casa del vecino a pedirle que le diera dos haces de paja. Cogió unos viejos andrajos que tiempo atrás había llevado su marido, y los rellenó de forraje simulando un cuerpo humano.

Tras clavar un palo en el suelo delante de la perrera de *Vivaracha*, le ató aquel maniquí, que de esta forma parecía estar de pie. Luego representó la cabeza con un paquete de ropa vieja.

La perra, sorprendida, miraba a aquel hombre de paja y callaba, aunque la devoraba el hambre.

Entonces la vieja fue a comprar a la salchichería un largo trozo de morcilla negra. De vuelta en casa, encendió una lumbre de leña en el patio, junto a la perrera, y asó la morcilla. *Vivaracha*, enloquecida, saltaba, echaba espumarajos, con los ojos clavados en el asado, cuyo aroma penetraba hasta su vientre.

Después, con aquella morcilla humeante, la madre le hizo una corbata al hombre de paja. La tuvo atada mucho tiempo alrededor del cuello, como para metérsela dentro. Cuando acabó, soltó a la perra.

De un salto formidable el animal se abalanzó sobre la garganta del maniquí y, con las patas sobre los hombros, empezó a desgarrarla. Se dejaba caer con un trozo de su presa en las fauces, después se abalanzaba de nuevo, hundía sus colmillos en las cuerdas, arrancaba algunos trozos de alimento,

caía de nuevo y de nuevo se abalanzaba con encarnizamiento. Desgarraba el rostro a grandes dentelladas, hacía jirones del cuello entero.

La vieja, inmóvil y muda, miraba con los ojos encendidos. Luego volvió a encadenar a su animal, lo hizo ayunar dos días más, y otra vez repitió aquel extraño ejercicio.

Durante tres meses la habituó a esa clase de lucha, a esa comida conquistada a dentelladas. Ahora ya no la encadenaba, sino que la lanzaba con un gesto sobre el maniquí.

Le había enseñado a desgarrarlo, a devorarlo, incluso sin que en su garganta se ocultara ningún alimento. Después, como recompensa, le daba la morcilla asada para ella.

En cuanto veía al hombre, *Vivaracha* se estremecía, luego volvía los ojos hacia su ama, que le gritaba: «¡Venga!» con voz silbante, alzando el dedo.

Cuando juzgó llegado el momento, la señora Saverini fue a confesarse y comulgó un domingo por la mañana, con un fervor de éxtasis; después, tras ponerse ropas de hombre, como un pobre viejo andrajoso, hizo trato con un pescador sardo, que la llevó, acompañada por su perra, al otro lado del estrecho.

En su bolsa de tela llevaba un gran trozo de morcilla. *Vivaracha* estaba en ayunas desde hacía dos días. La anciana le hacía olfatear en todo instante el oloroso alimento, y la incitaba.

Entraron en Longosardo. La corsa caminaba cojeando. Se presentó en una panadería y preguntó por la casa de Nicolas Ravolati. Éste había vuelto a su antiguo oficio, el de carpintero. Trabajaba solo al fondo de su taller.

La vieja empujó la puerta y le llamó:

«¡Eh! ¡Nicolás!»

Él se volvió; entonces, soltando a su perra, ella gritó:

«¡Venga, venga, devora, devora!»

El animal, enloquecido, se abalanzó, aferró la garganta. El hombre extendió los brazos, estrechó con fuerza a la perra, rodó por tierra. Durante unos segundos se retorció, golpeando el suelo con los pies; luego permaneció inmóvil, mientras *Vivaracha* le hurgaba el cuello, que arrancaba a jirones.

Dos vecinos, sentados ante sus puertas, recordaron perfectamente haber visto salir a un viejo mendigo con un perro negro muy flaco que, mientras caminaba, comía algo de color pardo que le daba su amo.

Por la tarde, la vieja estaba de nuevo en casa. Aquella noche durmió bien.

La confesión[134]

Marguerite de Thérelles iba a morir. Aunque sólo tuviese cincuenta y seis años, aparentaba setenta y cinco por lo menos. Jadeaba, más pálida que sus sábanas, sacudida por estremecimientos espantosos, con la cara convulsa, la mirada extraviada, como si algo horrible se le hubiera aparecido.

Su hermana Suzanne, seis años mayor, sollozaba de rodillas junto a la cama. En una mesita acercada al lecho de la agonizante había, sobre una servilleta, dos velas encendidas, porque esperaban al sacerdote que debía dar la extremaunción y la última comunión.

El aposento tenía ese aspecto siniestro que tienen las habitaciones de los moribundos, ese aire de adiós desesperado. Sobre los muebles había unos frasquitos, por los rincones rodaban algunas ropas, empujadas de una patada o con la escoba. Hasta las sillas en desorden parecían asustadas, como si hubieran corrido en todas direcciones. La temible muerte estaba allí, agazapada, aguardando.

La historia de las dos hermanas era enternecedora. Se contaba muy lejos; había hecho llorar a muchos ojos.

Suzanne, la mayor, había sido amada locamente, en el pasado, por un joven al que también ella quería. Estuvieron prometidos, y sólo se esperaba el día fijado para el contrato cuando Henry de Sampierre había muerto repentinamente.

La desesperación de la joven fue horrible, y juró no casarse nunca. Cumplió su palabra. Se puso unas ropas de viuda que no se quitó jamás.

Entonces su hermana, su hermana pequeña Marguerite, que sólo tenía doce años, fue una mañana a arrojarse en brazos de la mayor y le dijo: «Hermana, no quiero que seas desgraciada. No quiero que llores toda tu vida. ¡No te abandonaré nunca, nunca, nunca! Tampoco yo me casaré. Me quedaré a tu lado, siempre, siempre, siempre».

Suzanne la abrazó, enternecida por aquella abnegación infantil, y no la creyó.

Pero la pequeña también mantuvo su palabra y, a pesar de los ruegos de los padres, a pesar de las súplicas de la mayor, no se casó nunca. Era guapa, muy guapa; rechazó a muchos jóvenes que parecían quererla; no se apartó ya de su hermana.

Vivieron juntas todos los días de su existencia, sin separarse ni una sola vez. Caminaron codo con codo, inseparablemente unidas. Pero Marguerite pareció siempre triste, agobiada, más sombría que la mayor, como si su sublime sacrificio tal vez la hubiera destrozado. Envejeció más deprisa, a los treinta años su pelo se volvió blanco y, siempre doliente, parecía afectada por un mal desconocido que la corroía.

Ahora iba a ser la primera en morir.

Ya no hablaba desde hacía veinticuatro horas. Sólo había dicho a los primeros resplandores de la aurora:

«Id a buscar al señor cura, ahora mismo». Y luego se había quedado de espalda a la pared, sacudida por espasmos, con los labios agitados como si terribles palabras le hubieran subido del corazón sin poder salir, con la mirada enloquecida de espanto, terrible de ver.

Su hermana, desgarrada por el dolor, lloraba a más no poder, con la frente en el borde de la cama, y repetía:

«¡Margot, mi pobre Margot, mi pequeña!»

Siempre la había llamado «mi pequeña», de la misma manera que la menor siempre la había llamado a ella «hermana mayor»

Se oyeron pasos en la escalera. Se abrió la puerta. Apareció un monaguillo seguido de un viejo sacerdote con sobrepelliz. En cuanto lo vio, la moribunda se incorporó de una sacudida, abrió los labios, balbució dos o tres palabras, y se puso a rascar con las uñas como si quisiera hacer un agujero.

El abad Simon se acercó, le cogió la mano, la besó en la frente y con una voz dulce:

«Dios la perdona, hija mía; tenga valor, ha llegado el momento, hable.»

Entonces Marguerite, tiritando de pies a cabeza, sacudiendo toda la cama con sus movimientos convulsos, balbució:

«Siéntate, hermana mayor, escucha».

El sacerdote se inclinó hacia Suzanne, que seguía abatida al pie de la cama, la levantó, la colocó en su sillón y, cogiendo en cada mano la mano de una de las dos hermanas, dijo:

«¡Señor, Dios mío! Enviadles fuerza, derramad sobre ellas vuestra misericordia.»

Y Marguerite empezó a hablar. Las palabras le salían de la garganta una a una, roncas, acompasadas, como extenuadas.

«¡Perdón, perdón, hermana mía, perdóname! ¡Oh!, ¡si supieras cuánto miedo he tenido a este momento durante toda mi vida!…»

Suzanne balbució entre lágrimas:

«¿Qué tengo que perdonarte, pequeña? Tú me lo has dado todo, me has sacrificado todo; eres un ángel…»

Pero Marguerite la interrumpió:

«¡Calla, cállate! Déjame hablar… no me interrumpas… Es horrible… déjame que lo diga todo… hasta el final… sin moverte… Escucha… ¿Te acuerdas… te acuerdas… de Henry?…»

Suzanne se estremeció y miró a su hermana. La menor continuó:

«Es preciso que lo oigas todo para que comprendas. Yo tenía doce años, sólo doce años, lo recuerdas bien, ¿verdad? ¡Y estaba mimada, hacía todo lo que quería!… ¿Te acuerdas de cómo me mimaban?… Escucha… La primera vez que él vino, llevaba botas de charol; se bajó del caballo delante de la escalinata, y se disculpó por su traje, pero venía a traerle una noticia a papá. Lo recuerdas, ¿verdad?… No contestes… escucha. Cuando lo vi, me quedé pasmada de lo guapo que me pareció, y me quedé de pie en un rincón del salón todo el tiempo que estuvo hablando. Los niños son singulares… y terribles… ¡Oh!, sí… ¡soñé con él!

«Volvió… varias veces… yo lo miraba con los ojos muy abiertos, con toda mi alma… yo estaba crecida para mi edad… y era mucho más astuta de lo que todos suponían. Volvió con frecuencia… Yo sólo pensaba en él. Decía muy bajito:

—¡Henry… Henry de Sampierre!

»Luego dijeron que iba a casarse contigo. Sentí un dolor… ¡oh!, hermana… ¡un dolor… un dolor! Lloré tres noches seguidas, sin dormir. Él volvía cada día, por la tarde, después de almorzar… te acuerdas, ¿verdad? No digas nada… escucha. Le hacías pasteles que le gustaban mucho… con harina, mantequilla y leche… ¡Oh, sé de sobra cómo!… Volvería a hacerlos si fuera preciso. Se los tragaba de un bocado, y luego bebía un vaso de vino… y después decía: “Están deliciosos”. ¿Te acuerdas de cómo decía eso?

»¡Yo estaba celosa, celosa!… El momento de tu boda se acercaba. Ya sólo faltaban quince días. Estaba volviéndome loca. Me decía: No se casará con Suzanne, no, ¡no quiero!… Seré yo quien se case con él, cuando sea mayor. Nunca encontraré otro al que ame tanto… Pero una noche, diez días antes de firmar tu contrato, te paseaste con él delante del castillo, al claro de

luna… y allá… bajo el abeto, bajo el gran abeto… te estrechó… te estrechó… entre sus brazos… tanto tiempo… Te acuerdas, ¿verdad? Era probablemente la primera vez… sí… ¡Estabas tan pálida cuando volviste al salón!

»Yo os vi; estaba allí, en el macizo. ¡Sentí una rabia! ¡Si hubiera podido, os habría matado!

»Me dije: No se casará con Suzanne, ¡nunca! No se casará con nadie. Me sentiría demasiado desgraciada… Y de repente empecé a odiarlo de una manera horrible.

»¿Sabes lo que hice entonces?… escucha. Vi al jardinero preparando unas albóndigas para matar a los perros vagabundos. Machacaba una botella con una piedra y metía el vidrio triturado en una albóndiga de carne.

»Cogí del cuarto de mamá una botellita de farmacia, la machaqué con un martillo y escondí el vidrio en mi bolso. Era un polvo brillante… Al día siguiente, cuando acabaste de hacer los pastelillos, los abrí con un cuchillo y eché el vidrio dentro… Él comió tres… también yo, yo comí uno… Los otros seis los tiré al estanque… tres días después murieron los dos cisnes… ¿Te acuerdas?… ¡Oh!, no digas nada… escucha, escucha… Sólo yo no morí… Pero siempre he estado enferma… escucha… Él murió… ya sabes… escucha… esto no es nada… Lo más terrible vino después, más tarde… siempre… escucha…

»Mi vida, toda mi vida… ¡qué tortura! Me dije: No dejaré nunca a mi hermana. Y en el momento de morir le diré todo… Eso es. Y después, siempre he pensado en este momento, en este momento en el que te diría todo… Ha llegado… Es terrible… ¡Oh!… ¡hermana!…

»Siempre he pensado, mañana y tarde, de día, de noche: alguna vez tendré que decírselo… Esperaba… ¡Qué suplicio!… Ya está hecho… No digas nada… Ahora tengo miedo… tengo miedo… ¡oh!, ¡tengo miedo! Si fuera a volver a verle, dentro de un rato, cuando esté muerta… Volver a verle… ¿te imaginas?… ¡La primera!… No me atreveré… Es preciso… Voy a morir… Quiero que me perdones. Lo quiero… No puedo presentarme sin eso ante él. ¡Oh!, dígale que me perdone, señor cura, dígale… se lo ruego. No puedo morir sin eso…»

Se calló, y permaneció jadeante, mientras seguía rascando la sábana con sus uñas crispadas.

Suzanne había ocultado la cara entre sus manos y no se movía. ¡Pensaba en él, a quien habría podido amar tanto tiempo! ¡Qué vida maravillosa habrían tenido! Volvía a verlo, en el pasado desaparecido, en aquel viejo pasado apagado para siempre. ¡Muertos queridos! ¡Cómo os desgarran el corazón!

¡Oh!, aquel beso, ¡su único beso! Lo había guardado en el alma. Y luego nada más, ¡nada más en toda su existencia!…

El sacerdote se puso en pie de pronto y, con una voz fuerte, vibrante, exclamó:

«Señorita Suzanne, ¡su hermana va a morir!»

Entonces Suzanne, abriendo las manos, mostró su cara bañada en lágrimas, y, abalanzándose sobre su hermana, la besó con todas sus fuerzas balbuciendo:

«Te perdono, te perdono, pequeña…»

La espera[135]

Charlaban entre hombres, después de la cena, en el saloncito de fumar. Hablaban de herencias inesperadas, de herencias raras. Entonces maese Le Brument, al que de vez en cuando llamaban en ocasiones el ilustre maese, otras el ilustre abogado, fue a apoyarse en la chimenea.

«Precisamente en este momento, dijo, tengo que buscar a un heredero desaparecido en circunstancias particularmente terribles. Es uno de esos dramas simples y feroces de la vida en común; un caso que puede ocurrir todos los días y que, sin embargo, es uno de los más espantosos que conozco. Es el siguiente.»

*

Hace poco más o menos seis meses, fui llamado a la cabecera de una moribunda. Me dijo:

«Señor, quisiera encargarle la misión más delicada, más difícil y más larga que existe. Hágase cargo, por favor, de mi testamento, que está ahí, sobre esa mesa. A usted se le legan cinco mil francos, como honorarios, si no tiene éxito, y cien mil si lo tiene. Después de mi muerte hay que encontrar a mi hijo».

Me rogó que la ayudara a incorporarse en la cama para hablar con más facilidad, porque su voz convulsa, ahogada, silbaba en su garganta.

Me hallaba en una casa muy rica. La lujosa alcoba, de un lujo sencillo, estaba revestida de telas tan espesas como las paredes, tan suaves a la vista que daban sensación de caricia, tan mudas que las palabras parecían penetrar, desaparecer y morir en ellas.

La moribunda prosiguió:

«Usted es la primera criatura a la que voy a contarle mi horrible historia. Procuraré tener fuerza suficiente para llegar al final. Es preciso que no ignore para que tenga usted, a quien considero un hombre de corazón al mismo

tiempo que un hombre de mundo, el sincero deseo de ayudarme con todo lo que pueda.

»Escúcheme.

»Antes de mi matrimonio, yo había querido a un hombre cuya petición de matrimonio mi familia rechazó porque no era suficientemente rico. Poco tiempo después me casé con un hombre riquísimo. Me casé con él por ignorancia, por temor, por obediencia, por indiferencia, como se casan las jóvenes.

»Tuve un niño, un varón. Mi marido murió al cabo de unos años.

»Aquel al que yo había amado se había casado a su vez. Cuando me vio viuda, sintió un dolor horrendo por no ser ya libre. Vino a verme, lloró y sollozó delante de mí hasta partirme el corazón. Se convirtió en mi amigo. Tal vez habría sido mejor no recibirlo. Pero ¿qué quiere? ¡Me encontraba sola, tan triste, tan sola, tan desesperada! Y seguía queriéndolo. A veces ¡cuánto se sufre!

»Sólo lo tenía a él en el mundo, porque mis padres también habían muerto. Venía con frecuencia; pasaba noches enteras a mi lado. No habría debido dejarle venir tan a menudo, puesto que estaba casado. Pero no tenía fuerzas para impedírselo.

»¿Qué puedo decirle?… ¡Fue mi amante! ¿Cómo ocurrió? ¿Lo sé acaso? ¿Se sabe? ¿Cree usted que puede ser de otro modo cuando dos seres humanos son empujados el uno hacia el otro por esa fuerza irresistible del amor compartido? ¿Cree, señor, que se puede resistir siempre, luchar siempre, negar siempre lo que te pide con ruegos, con súplicas, con lágrimas, con palabras enloquecedoras, de rodillas, con arrebatos de pasión, el hombre al que una adora, al que querría ver feliz en sus menores deseos, al que querría una abrumar con todas las alegrías posibles y al que una desespera por obedecer al honor de la sociedad? Qué fuerza se necesitaría, qué renuncia a la felicidad, qué abnegación e, incluso, qué egoísmo de honradez, ¿verdad?

»En fin, señor, fui su amante; y fui feliz. Durante doce años fui feliz. Me había vuelto, y ésta es mi mayor debilidad y mi gran cobardía, me había vuelto la amiga de su mujer.

»Educábamos a mi hijo juntos, hacíamos de él un hombre, un hombre de verdad, inteligente, lleno de sentido y de voluntad, de ideas generosas y amplias. El niño cumplió los diecisiete años.

»Él, mi hijo, quería a mi… a mi amante casi tanto como yo lo amaba, pues había sido querido y cuidado igual por ambos. Lo llamaba «padrino» y lo respetaba muchísimo, por no haber recibido nunca de él otras cosas que

consejos sensatos y ejemplos de rectitud, de honor y de probidad. Lo consideraba como a un viejo, leal y fiel compañero de su madre, como a una especie de padre moral, de tutor, de protector, ¡qué sé yo!

»Quizá nunca se había preguntado nada, acostumbrado desde su más tierna infancia a ver a aquel hombre en casa, a mi lado, junto a él, siempre ocupándose de nosotros.

»Una noche debíamos cenar los tres juntos (ésas eran mis mayores fiestas) y yo esperaba a los dos, preguntándome cuál llegaría primero. Se abrió la puerta: era mi viejo amigo. Fui hacia él con los brazos tendidos; y él me puso en los labios un largo beso de felicidad.

»De pronto un ruido, un roce, casi nada, esa sensación misteriosa que indica la presencia de una persona, nos hizo estremecernos y volvernos con una sacudida. Jean, mi hijo, estaba allí, de pie, lívido, mirándonos.

»Fue un segundo atroz de enloquecimiento. Retrocedí, tendiendo las manos hacia mi hijo como rogándole. Ya no lo vi. Se había marchado.

»Permanecimos frente a frente, aterrados, incapaces de hablar. Me derrumbé en un sillón, y tenía ganas, unas ganas confusas y poderosas de huir, de lanzarme a la noche, de desaparecer para siempre. Luego unos sollozos convulsos invadieron mi pecho, y lloré, sacudida por espasmos, con el alma desgarrada, con todos los nervios retorcidos por aquella horrible sensación de una desgracia irremediable, y por esa vergüenza espantosa que cae sobre el corazón de una madre en esos momentos.

»Él… permanecía asustado ante mí, sin atreverse ni a acercarse, ni a hablarme, ni a tocarme, por miedo a que mi hijo volviese. Finalmente dijo:

»Voy a buscarlo… a decirle… a hacerle comprender… En fin, tengo que verlo… que sepa»…

»Y salió.

»Yo esperé… esperé enloquecida, sobresaltándome a los menores ruidos, indignada de miedo, y de no sé qué emoción indecible e intolerable a cada una de las leves crepitaciones del fuego en la chimenea.

«Aguardé una hora, dos horas, sintiendo que en mi corazón crecía un espanto desconocido, una angustia tal que no desearía al más criminal de los hombres diez minutos de esos momentos. ¿Dónde estaba mi hijo? ¿Qué hacía?

»A eso de medianoche un recadero me trajo una nota de mi amante.

Todavía me la sé de memoria.

“¿Ha vuelto su hijo? No lo he encontrado. Estoy abajo. No quiero subir a esta hora”.

»Escribí a lápiz, en el mismo papel: “Jean no ha vuelto; tiene que encontrarlo”.

»Y pasé toda la noche en mi sillón, esperando.

»Me volvía loca. Tenía ganas de chillar, de correr, de revolcarme por el suelo. Y no hacía ni un movimiento, siempre esperando. ¿Qué iba a ocurrir? Trataba de saberlo, de adivinarlo. Pero no lo preveía en absoluto, a pesar de mis esfuerzos, ¡a pesar de las torturas de mi alma!

»Ahora tenía miedo de que se encontrasen. ¿Qué harían? ¿Qué haría el hijo? Dudas espantosas me desgarraban, suposiciones horribles.

«¿Lo comprende bien, verdad, señor?

«Mi doncella, que no sabía nada, que no comprendía nada, venía continuamente, sin duda por creerme loca. La despedía con una palabra o un gesto. Fue a buscar al médico, que me encontró retorcida en medio de un ataque de nervios.

»Me metieron en la cama. Sufrí una fiebre cerebral.

»Cuando recobré el conocimiento tras una larga enfermedad, vi al lado de mi cama a mi… amante… solo. Le grité: “¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?” No respondió. Yo balbucí:

“Muerto… muerto… ¿se ha matado?”

»Respondió:

“No, no, se lo juro. Pero no hemos podido encontrarlo, a pesar de mis esfuerzos”.

“Entonces, dije, repentinamente irritada, indignada incluso, porque se tienen cóleras inexplicables e irrazonadas, le prohíbo que vuelva, que me vea, si no lo encuentra: váyase”.

»Se marchó.

»Nunca he vuelto a verlos, ni al uno ni al otro, señor, y vivo así desde hace veinte años.

»¿Se lo imagina? ¿Comprende este suplicio monstruoso, este lento y constante desgarramiento de mi corazón de madre, de mi corazón de mujer, esa espera abominable y sin fin… ¡sin fin!?

»No…, va a terminar… porque me muero. Me muero sin haber vuelto a verlos… ¡ni al uno… ni al otro!

»Él, mi amigo, me ha escrito todos los días desde hace veinte años, y yo nunca he querido recibirlo, ni siquiera un segundo; porque me parece que, si él volviese aquí, justo en ese momento yo vería reaparecer a mi hijo. — ¡Mi hijo!… ¡Mi hijo!… ¿Está muerto? ¿Está vivo? ¿Dónde se esconde? ¡Allá lejos, quizá, al otro lado de los grandes mares, en un país tan lejano que ni

siquiera sé su nombre! ¿Piensa en mí?… ¡Oh!, si él supiese… ¡Qué crueles son los hijos! Ha comprendido a qué espantoso sufrimiento me condenaba, a qué desesperación, a qué tortura me arrojaba viva, y, joven todavía, hasta mis últimos días, a mí, a su madre, que lo amaba con toda la violencia del amor materno. ¿Que es cruel, dice usted?

»Dígale usted todo esto, señor. Repítale mis últimas palabras:

“Hijo mío, mi querido, queridísimo hijo, sé menos duro con las pobres criaturas. ¡La vida ya es bastante brutal y feroz! Queridísimo hijo, piensa en lo que ha sido la existencia de tu madre, de tu pobre madre, a partir del día en que la dejaste. Queridísimo hijo, perdónala, y quiérela, ahora que está muerta, porque ha sufrido la más horrible de las penitencias».

Jadeaba estremeciéndose, como si hubiera hablado a su hijo, de pie ante ella. Luego añadió:

«Dígale también, señor, que nunca he vuelto a ver… al otro».

Volvió a callarse, luego prosiguió con voz rota:

«Ahora déjeme, se lo ruego. Querría morir sola, ya que ellos no están a mi lado».

*

Maese Le Brument añadió:

«Y salí, señores, llorando como un idiota, tanto que mi cochero se volvía para mirarme.

»¡Y pensar que, todos los días, a nuestro lado pasan un montón de dramas como éste!

»No encontré al hijo… a ese hijo… Piensen lo que quieran; yo sí digo: ese hijo… criminal».

La mano[136]

Todos hacían corro alrededor del señor Bermutier, juez de instrucción, que daba su parecer sobre el misterioso suceso de Saint-Cloud. Hacía un mes que ese inexplicable crimen enloquecía de terror a París. Nadie lo entendía[137].

El señor Bermutier, de pie, con la espalda apoyada en la chimenea, hablaba, reunía las pruebas, discutía las diferentes opiniones, pero no llegaba a conclusiones.

Varias mujeres se habían levantado para acercarse y permanecían de pie, con la mirada fija en la boca afeitada del magistrado de la que salían las graves palabras. Se estremecían, vibraban, crispadas por su miedo curioso, por la ávida e insaciable necesidad de espanto que acosa su alma, que las tortura como un hambre.

Una de ellas, más pálida que las otras, dijo durante un silencio:

«Es horroroso. Roza lo “sobrenatural”. Nunca se sabrá nada».

El magistrado se volvió hacia ella:

«Sí, señora, es probable que nunca se sepa nada. En cuanto a la palabra sobrenatural que usted acaba de emplear, nada tiene que hacer aquí. Estamos en presencia de un crimen maquinado hábilmente y hábilmente ejecutado, tan bien rodeado de misterio que no podemos desgajarlo de las circunstancias impenetrables que lo rodean. Pero tiempo atrás yo mismo tuve que seguir un caso con el que sí parecía mezclarse algo fantástico. Aunque, por falta de medios para aclararlo, hubimos de abandonarlo».

Varias mujeres dijeron al mismo tiempo, tan deprisa que sus voces fueron sólo una:

«¡Oh!, cuéntenoslo».

El señor Bermutier sonrió gravemente, como debe sonreír un juez de instrucción. Prosiguió:

«Al menos, no vayan a creer, ni siquiera por un instante, que pude suponer algo sobrehumano en esta aventura. Sólo creo en las causas normales. Pero si, en lugar de emplear la palabra “sobrenatural” para expresar lo que no

comprendemos, nos sirviéramos simplemente del término “inexplicable”, sería mucho mejor. En cualquier caso, en el suceso que voy a contarles fueron las circunstancias que lo rodearon, sobre todo las circunstancias preparatorias, las que me conmovieron. En fin, éstos fueron los hechos»:

*

Yo era entonces juez de instrucción en Ajaccio[138], una pequeña ciudad blanca, tendida al borde de un admirable golfo que rodean por todas partes altas montañas.

Lo que allí me tenía más ocupado eran, sobre todo, los casos de *vendetta*. Los hay magníficos, dramáticos a más no poder, feroces, heroicos. Allí encontramos los más hermosos temas de venganza que se pueda soñar, odios seculares aplacados durante un momento, pero nunca apagados, astucias abominables, asesinatos que se convierten en matanzas y casi en acciones gloriosas. Desde hacía dos años no oía hablar más que del precio de la sangre, de ese terrible prejuicio corso que obliga a vengar toda injuria sobre la persona que la ha cometido, sobre sus descendientes y sus allegados. Había visto degollar a viejos, a niños, a primos, tenía la cabeza llena de estas historias.

Y un día supe que un inglés[139] acababa de alquilar por varios años una pequeña villa al fondo del golfo. Se había traído consigo un criado francés, que tomó a su servicio de paso por Marsella.

No tardó mucho todo el mundo en ocuparse de aquel singular personaje, que vivía solo en su casa, de la que sólo salía para cazar y pescar. No hablaba con nadie, nunca iba a la ciudad y todas las mañanas se ejercitaba durante una o dos horas en el tiro a pistola o con carabina.

Sobre él se forjaron leyendas. Pretendían que era un alto personaje que huía de su patria por razones políticas; luego se afirmó que se ocultaba tras haber cometido un crimen espantoso. Se citaban incluso circunstancias particularmente horribles.

En mi calidad de juez de instrucción quise informarme sobre aquel hombre; pero me resultó imposible saber algo. Se hacía llamar sir John Rowell.

Me contenté, pues, con vigilarlo de cerca; pero en realidad nadie me indicaba nada sospechoso sobre él.

Sin embargo, como los rumores continuaban, crecían y se generalizaban, decidí tratar de ver por mí mismo a aquel extranjero, y empecé a cazar con

regularidad por los alrededores de su finca.

Esperé durante mucho tiempo una ocasión. Por fin se presentó en forma de una perdiz a la que disparé y maté en las mismas narices del inglés. Mi perro me la trajo; pero, nada más coger la pieza, fui a disculparme por mi inconveniencia y a rogar a sir John Rowell que aceptara el ave muerta.

Era un hombre enorme de pelo y barba rojizos, muy alto, muy corpulento, una especie de hércules plácido y educado. No tenía nada de la rigidez llamada británica y me agradeció vivamente mi delicadeza en un francés con acento del otro lado del canal de la Mancha. Al cabo de un mes habíamos charlado cinco o seis veces.

Por fin, una noche, cuando pasaba por delante de su puerta, lo vi fumando en pipa, a horcajadas sobre una silla, en el jardín. Lo saludé y él me invitó a pasar para beber un vaso de cerveza. No me lo hice repetir.

Me recibió con toda la meticulosa cortesía inglesa, habló elogiosamente de Francia, de Córcega, declaró que amaba mucho *esta país* y *estos* riberas.

Entonces, con grandes precauciones y bajo la fórmula de un vivísimo interés, le hice algunas preguntas sobre su vida, sobre sus proyectos. Respondió sin problemas, me contó que había viajado mucho, por África, por las Indias, por América. Y añadió, riendo:

«He tenido muchas aventuras, ¡oh!, *yes*».

Luego volví a hablar de caza, y él me dio los detalles más curiosos sobre la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante, e incluso de la caza del gorila.

Dije:

«Todos esos animales son temibles».

Sonrió.

«¡Oh!, no, el más peor ser el hombre».

Se echó a reír a carcajadas, con una bondadosa risa de gordo inglés contento:

«¡Yo haber cazado mucho también al hombre!»

Luego habló de armas, y me ofreció entrar en la casa para enseñarme fusiles de distintos sistemas.

Su salón estaba tapizado de negro, de seda negra bordada en oro. Grandes flores amarillas corrían por la oscura tela, brillaban como fuego.

Anunció:

«Ello era paño japonés».

Pero en el centro del panel más ancho una cosa extraña atrajo mi mirada. Sobre un cuadrado de terciopelo rojo destacaba un objeto negro. Me acerqué: era una mano, una mano de hombre. No una mano de esqueleto, blanca y

limpia, sino una mano negra reseca, con las uñas amarillas, los músculos al desnudo y rastros de sangre antigua, de sangre que parecía mugre, sobre los huesos cortados de un tajo, como de hacha, hacia la mitad del antebrazo.

Alrededor de la muñeca, una enorme cadena de hierro, remachada, soldada a aquel miembro sucio, lo sujetaba a la pared mediante una argolla lo bastante fuerte para tener sujeto a un elefante.

Pregunté:

«¿Qué es eso?»

El inglés respondió tranquilamente:

«Ser mi mejor enemigo. Traer de América. Atravesar con sangre y arrancar la piel con una piedra cortante, y secar al sol en ocho días. Aoh, muy buena para mí, ésta».

Toqué aquel despojo humano que había debido de pertenecer a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, estaban sujetos por tendones enormes que retenían tiras de piel en algunos puntos. Aquella mano era espantosa de ver, así desollada, y hacía pensar naturalmente en alguna venganza de salvaje.

Dije:

«El hombre debía de ser muy fuerte».

El inglés pronunció con dulzura:

«Aoh *yes*; pero yo ser más fuerte que él. Yo haber puesto esta cadena para sujetarlo».

Creí que bromeaba. Dije:

«La cadena resulta ahora muy inútil, la mano no se escapará».

Sir John Rowell replicó con toda seriedad:

«Ella siempre querer irse. La cadena ser necesaria».

Con una rápida ojeada escudriñé su rostro, preguntándome:

«¿Está loco o es una broma de mal gusto?»

Pero su cara permanecía impenetrable, tranquila y bonachona. Hablé de otra cosa y admiré sus escopetas.

Me fijé, sin embargo, en que sobre los muebles había tres revólveres cargados, como si aquel hombre viviera con el temor constante a un ataque.

Volví varias veces a su casa. Luego dejé de ir. Se habían acostumbrado a su presencia; había llegado a ser indiferente a todos.

Pasó todo un año. Y una mañana, a finales de noviembre, mi criado me despertó anunciándome que sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.

Media hora más tarde entraba yo en la casa del inglés en compañía del comisario central y del capitán de la gendarmería. El criado, enloquecido y

desesperado, lloraba delante de la puerta. Sospeché al principio de este hombre, pero era inocente.

Nunca se pudo encontrar al culpable.

Al entrar en el salón de sir John, vi a la primera ojeada el cadáver tendido de espaldas, en medio de la estancia.

El chaleco estaba desgarrado, colgaba una manga arrancada, todo indicaba que había tenido lugar una lucha terrible.

¡El inglés había muerto estrangulado! Su rostro, negro e hinchado, espantoso, parecía expresar un pavor abominable; sujetaba algo entre los dientes apretados; y el cuello, perforado por cinco agujeros que se diría hechos con puntas de hierro, estaba cubierto de sangre.

Se nos unió un médico. Examinó largo rato las huellas de los dedos en la carne y pronunció estas extrañas palabras:

«Se diría que ha sido estrangulado por un esqueleto».

Un escalofrío recorrió mi espalda, y fijé los ojos en la pared, en el muro donde tiempo atrás había visto la horrible mano de degollado. Ya no estaba allí. La cadena, rota, colgaba.

Entonces me agaché hacia el muerto, y en su boca crispada encontré uno de los dedos de aquella mano desaparecida, cortado o más bien serrado por los dientes justo en la segunda falange.

Luego se procedió a las constataciones. No se descubrió nada. Ninguna puerta había sido forzada, ninguna ventana, ningún mueble. Los dos perros guardianes no se habían despertado.

Ésta fue, en pocas palabras, la declaración del criado:

«Desde hacía un mes, su amo parecía agitado. Había recibido muchas cartas, que quemaba en el acto.

»A menudo, cogiendo un látigo, con una cólera que parecía demencial, había azotado con furia aquella mano seca, sellada a la pared y desaparecida, no se sabe cómo, a la misma hora del crimen.

»Se acostaba muy tarde y se encerraba con cuidado. Siempre tenía armas al alcance del brazo. De noche, hablaba en voz alta con frecuencia, como si estuviera discutiendo con alguien».

Aquella noche, casualmente, no había hecho ningún ruido, y sólo al ir a abrir las ventanas había encontrado el sirviente a sir John asesinado. No sospechaba de nadie.

Comuniqué lo que sabía del muerto a los magistrados y a los funcionarios de la fuerza pública, y se hizo una minuciosa investigación por toda la isla. No se descubrió nada.

Pero una noche, tres meses después del crimen, tuve una pesadilla espantosa. Me pareció que veía a la mano, a la horrible mano, correr como un escorpión o como una araña a lo largo de mis cortinas y mis paredes. Tres veces me desperté, tres veces volví a dormirme, tres veces vi de nuevo al repugnante despojo galopar alrededor de mi cuarto moviendo los dedos como si fueran patas.

Al día siguiente me la trajeron, la habían encontrado en el cementerio, sobre la tumba de sir John Rowell, enterrado allí, pues no se había podido averiguar nada sobre su familia. Le faltaba el índice.

Y ésta es, señoras, mi historia. No sé nada más.

*

Las mujeres, enloquecidas, estaban pálidas y temblaban. Una de ellas exclamó:

«¡Pero eso no es un desenlace, ni una explicación! No vamos a dormir si no nos dice qué fue lo que, en su opinión, había ocurrido».

El magistrado sonrió con severidad.

«¡Oh!, no quisiera yo, señoras mías, echarles a perder, con toda seguridad, sus terribles sueños. Pienso sencillamente que el legítimo propietario de la mano no estaba muerto, que fue a buscarla con la que le quedaba. Pero no pude saber cómo lo hizo, ya ven. Fue una especie de *vendetta*.»

Una de las mujeres murmuró:

«No, no debe de ser eso».

Y el juez de instrucción, sin dejar de sonreír, concluyó:

«Ya les había dicho que mi explicación no las convencería».

¡Camarero, una jarra!…[140]

A José María de Heredia[141]

¿Por qué entré esa noche en aquella cervecería? No lo sé. Hada frío. Una lluvia, un polvo de agua remolineaba, velaba las farolas de gas con una bruma transparente, hacía relucir las aceras que cruzaban los fulgores de los escaparates, iluminando el barro húmedo y los pies sucios de los transeúntes.

No iba a ninguna parte. Caminaba un poco después de la cena. Pasé el Crédit Lyonnais[142], la calle Vivienne, más calles. De pronto vi una gran cervecería medio llena. Entré, sin ningún motivo. No tenía sed.

De una ojeada busqué un sitio donde no estuviera demasiado estrecho, y fui a sentarme al lado de un hombre que me pareció viejo y que fumaba una pipa barata, de tierra, y negra como un carbón. Seis u ocho platillos de vasos, apilados delante de él sobre la mesa, indicaban el número de jarras de cerveza que ya había absorbido. No examiné a mi vecino. De una ojeada había reconocido a un bebedor de cerveza, uno de esos clientes de cervecería que llegan por la mañana, cuando abren, y se van por la noche, cuando cierran. Estaba sucio, la mitad de su cráneo era calvo, mientras unos largos cabellos grasos, entrecanos, caían sobre el cuello de su levita. Sus ropas demasiado holgadas parecían haber sido hechas en la época en que tenía barriga. Se adivinaba que el pantalón apenas se sostenía y que aquel hombre no podía dar diez pasos sin ajustarse y retener aquella prenda mal sujeta. ¿Tenía chaleco? La sola idea de los botines y de lo que encerraban me aterrorizó. Los puños deshilachados estaban completamente negros en los bordes, lo mismo que sus uñas.

En cuanto estuve sentado a su lado, aquel personaje me dijo con voz tranquila: «¿Qué tal te va?»

Me volví hacia él con una sacudida y lo examiné. Él continuó. «¿No me reconoces?

—¡No!

—Des Barrets».

Me quedé estupefacto. Era el conde Jean des Barrets, mi antiguo compañero de colegio.

Le estreché la mano, tan cortado que no se me ocurrió nada que decir.

Por fin, balbucí: «¿Y tú vas bien?»

Respondió plácidamente: «Bueno, más o menos».

Se calló. Quise ser amable, busqué una frase: «Y… ¿qué haces?»

Replicó con resignación: «Ya ves».

Sentí que me ruborizaba. Insistí: «Pero ¿todos los días?»

Soplando espesas bocanadas de humo dijo: «Todos los días es lo mismo».

Luego, golpeando sobre el mármol de la mesa con una moneda de un *sou* que había por allí, gritó: «¡Camarero, dos jarras de cerveza!»

Una voz lejana repitió: «¡Dos jarras a la cuatro!» Otra voz más lejana todavía lanzó un «¡Ya va!» sobreagudo. Luego apareció un hombre con delantal blanco, trayendo dos jarras de cerveza cuyas gotas amarillas derramaba, al correr, sobre el suelo enarenado.

Des Barrets vació de un trago su jarra y la depositó sobre la mesa, mientras aspiraba la espuma que se le había quedado en el bigote.

Luego preguntó: «¿Y qué hay de nuevo?»

Yo, en verdad, no sabía nada nuevo que decirle. Balbucí: «Pues nada, amigo mío. Yo soy comerciante».

Con una voz siempre igual, dijo: «¿Y… eso te divierte?

—No, pero ¿qué quieres? ¡Hay que hacer algo!

—¿Y para qué?

—Pues… para tener algo que hacer.

—¿Y de qué sirve eso? Yo no hago nada, como ves, nunca hago nada. Cuando no se tiene un céntimo, comprendo que se trabaje. Cuando se tiene de qué vivir, es inútil. ¿Para qué sirve trabajar? ¿Lo haces para ti o para los otros? Si lo haces para ti, es porque te divierte, y entonces, estupendo; si lo haces para los demás, es que no eres más que un idiota».

Luego, depositando la pipa sobre el mármol, volvió a gritar: «¡Camarero, una jarra!», y continuó: «Es que hablar me da sed. No estoy acostumbrado. Sí, yo en cambio no hago nada, me dejo llevar, envejezco. Cuando muera no echaré nada de menos. No tendré más recuerdo que esta cervecería. Ni mujer, ni hijos, ni preocupaciones, ni penas, nada. Es preferible».

Vació la jarra que le habían llevado, se pasó la lengua por los labios y volvió a coger la pipa.

Yo lo miraba estupefacto. Le pregunté:

«Pero ¿has sido siempre así?

—Perdona, siempre, desde el colegio.

—Eso no es vida, amigo mío. Es horrible. Vamos, harás algo, te gustará algo, tendrás amigos.

—No. Me levanto a mediodía. Vengo aquí, almuerzo, bebo unas jarras, espero a la noche, ceno, bebo unas jarras; luego, hacia la una y media de la mañana, vuelvo a casa a acostarme, porque cierran. Es lo que más me fastidia. Desde hace diez años, he pasado seis desde luego en esta banqueta, en mi rincón; y el resto en mi cama, nunca en otra parte. A veces hablo con los clientes.

—Pero cuando llegaste a París, al principio, ¿qué hiciste?

—Hice derecho… en el café de Médicis[143].

—¿Y después?

—Después… pasé el río y me vine aquí.

—¿Por qué te tomaste esa molestia?

—¿Qué quieres? Uno no puede quedarse toda la vida en el Barrio Latino. Los estudiantes hacen demasiado ruido. Ahora ya no me volveré a mover. ¡Camarero, una jarra!»

Yo creía que estaba burlándose de mí. Insistí.

«Vamos, sé sincero. ¿Has tenido grandes problemas? ¿Un desengaño amoroso, quizá? Desde luego eres un hombre golpeado por la desgracia. ¿Qué edad tienes?

—Treinta y tres años. Pero aparento cuarenta y cinco por lo menos».

Lo miré bien de frente. Su cara arrugada, mal cuidada, parecía la de un anciano. En lo alto del cráneo, unos cuantos pelos largos remolineaban sobre una piel de dudosa limpieza. Tenía unas cejas enormes, un gran bigote y una barba espesa. No sé por qué, de pronto tuve la visión de una palangana llena de agua negruzca, el agua en que se habría lavado toda aquella pelambrera.

Le dije: «En efecto, pareces más viejo de lo que eres. Está claro que has tenido problemas».

Replicó: «Te aseguro que no. Soy viejo porque nunca tomo el aire. No hay nada que deteriore tanto a la gente como la vida de café».

Yo no podía creerle: «Habrás corrido muchas juergas. No se queda uno calvo como tú estás sin haber amado mucho[144]».

Sacudió tranquilamente la frente, sembrando sobre su espalda las pequeñas cosas blancas que caían de sus últimos pelos. «No, siempre he sido prudente». Y levantando los ojos hacia la araña que nos calentaba la cabeza:

«Si soy calvo es por culpa del gas. Es el enemigo del pelo. —¡Camarero, una jarra!— ¿Tú no tienes sed?

—No, gracias. Pero me interesas de veras. ¿Desde cuándo tienes semejante desánimo? No es normal, no es natural. Algo habrá debajo.

—Sí, data de mi infancia. Recibí un golpe cuando era pequeño, y eso me hizo ver todo negro hasta el final.

—¿Cómo fue?

—¿Quieres saberlo? Escucha».

*

Recordarás el castillo en que me criaron, ya que fuiste cinco o seis veces durante las vacaciones. Recordarás aquel gran edificio gris, en medio de un gran parque, y las largas alamedas de robles abiertas a los cuatro puntos cardinales. Recordarás a mi padre y a mi madre, ambos ceremoniosos, solemnes y severos.

Yo adoraba a mi madre, temía a mi padre y respetaba a ambos, acostumbrado por lo demás a ver a todo el mundo inclinado ante ellos. Eran, en la región, el señor conde y la señora condesa; y hasta nuestros vecinos, los Tannemare, los Ravelet, los Brenneville, mostraban hacia mis padres una consideración especial.

Tenía entonces trece años. Era alegre, todo me satisfacía, como ocurre a esa edad, lleno de la dicha de vivir.

Pero a finales de septiembre, unos días antes de mi vuelta al colegio, cuando jugaba al lobo en los macizos del parque, corriendo en medio de las ramas y las hojas divisé, al cruzar una avenida, a papá y a mamá paseando.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Era un día de mucho viento. Toda la hilera de árboles se inclinaba bajo las ráfagas, gemía, parecía lanzar gritos, esos gritos sordos, profundos, que lanzan los bosques en las tempestades.

Las hojas arrancadas, ya amarillas, volaban como pájaros, se arremolinaban, caían, luego corrían a lo largo de la alameda igual que animales rápidos.

Llegaba la noche. Ya hacía oscuro en la espesura. Aquella agitación del viento y de las ramas me excitaba, me hacía galopar como un loco y aullar imitando a los lobos.

En cuanto divisé a mis padres, fui hacia ellos con pasos furtivos, bajo las ramas, para sorprenderlos, como si yo fuera un merodeador de verdad.

Pero me detuve, dominado por el miedo, a unos pasos de ellos. Mi padre, presa de una terrible cólera, gritaba:

«Tu madre es una idiota; y, además, no se trata de tu madre, sino de ti. Te digo que necesito ese dinero, y quiero que firmes».

Mamá respondió en tono firme:

«No firmaré. Es la fortuna de Jean. La guardo para él y no quiero que te la comas con putas y criadas, como has hecho con tu herencia».

Entonces papá, temblando de furia, se volvió y, agarrando a su mujer por el cuello, empezó a golpearla con la otra mano con todas sus fuerzas, en plena cara.

El sombrero de mamá se cayó, sus cabellos, sueltos, se desparramaron; intentaba parar los golpes, pero no podía lograrlo. Y papá, como loco, pegaba, pegaba. Ella rodó por el suelo, ocultando la cara con sus dos brazos. Entonces él la puso boca arriba para seguir pegándola, apartando las manos con que se cubría el rostro.

En cuanto a mí, amigo mío, tenía la impresión de que el mundo iba a acabarse, de que las leyes eternas habían cambiado. Experimentaba la conmoción que se siente ante las cosas sobrenaturales, ante las catástrofes monstruosas, ante los desastres irreparables. Mi cabeza de niño se extraviaba, enloquecía. Y me puse a gritar con todas mis fuerzas, sin saber por qué, presa de un espanto, de un dolor, de un pavor horrible. Me oyó mi padre, se volvió, me vio, y, levantándose, vino hacia mí. Creí que iba a matarme y escapé como un animal acosado, corriendo todo recto hacia el bosque.

Estuve caminando una hora quizá, quizá dos, no sé. Como se había hecho de noche, caí sobre la hierba agotado, y allí me quedé desesperado, devorado por el miedo, roído por un dolor capaz de romper para siempre un pobre corazón de niño. Tenía frío, tal vez tenía hambre. Vino el día. Ya no me atrevía a levantarme, ni a caminar, ni a volver, ni a seguir huyendo, por temor a encontrarme con mi padre al que no quería volver a ver.

Quizá hubiera muerto de miseria y de hambre al pie de mi árbol de no haberme descubierto el guarda, que me llevó a casa a la fuerza.

Encontré a mis padres con su cara de siempre. Mi madre se limitó a decirme: «¡Qué susto me has dado, granuja! No he dormido en toda la noche». Yo no respondí, pero me eché a llorar. Mi padre no dijo una palabra.

Ocho días más tarde volví al colegio.

Pues bien, amigo mío, para mí todo se había acabado. Había visto la otra cara de las cosas, la mala; desde ese día no he vuelto a ver la buena. ¿Qué pasó en mi cabeza? ¿Qué fenómeno extraño dio la vuelta a mis ideas? Lo

ignoro. Pero no he vuelto a sentir gusto por nada, ganas de nada, ni amor por nadie, ni deseo alguno, ambición o esperanza. Y sigo viendo a mi pobre madre en el suelo de la alameda, mientras mi padre la golpeaba. — Mamá murió unos años después. Mi padre todavía vive. No he vuelto a verlo. — ¡Camarero, una jarra!

*

Le trajeron su jarra de cerveza que engulló de un trago. Pero al coger de nuevo su pipa, como temblaba, la partió. Entonces hizo un gesto de desesperación, y dijo: «¡Vaya! Esto sí que es una verdadera pena. Tardaré un mes en culotar otra nueva».

Y lanzó a través de la enorme sala, llena ahora de humo y de bebedores, su eterno grito: «¡Camarero, una jarra — y una pipa nueva!»

Carta encontrada en un ahogado[145]

¿Me pregunta, señora, si me burlo de usted? ¿No puede creer que un hombre no haya sentido nunca el amor? Pues no, ¡no he amado nunca, nunca!

¿Por qué? No lo sé. Nunca me he encontrado en esa especie de embriaguez del corazón que llaman amor. Nunca he vivido en ese sueño, en esa exaltación, en esa locura en que nos sume la imagen de una mujer. Nunca me he sentido perseguido, acosado, enfebrecido ni llevado a los cielos por la expectativa o la posesión de un ser vuelto de pronto para mí más deseable que todas las dichas, más hermoso que cualquier criatura, más importante que todos los universos. Nunca he llorado, nunca he sufrido por ninguna de ustedes. No he pasado las noches en vela pensando en ella. No conozco ese despertar iluminado por su pensamiento y su recuerdo. No conozco la excitación enloquecedora de la esperanza cuando ella va a venir, ni la divina melancolía de la pena cuando se ha ido dejando en el cuarto un leve aroma a violetas y a carne.

Nunca he amado.

También yo me he preguntado con frecuencia por qué. En realidad, no lo sé. Sin embargo he encontrado razones; pero se refieren a la metafísica y tal vez usted no las aprecie.

Creo que analizo demasiado a las mujeres para sufrir su encanto. Le pido perdón por esta frase. La explicaré. En toda criatura hay el ser moral y el ser físico. Para amar, precisaría hallar entre esos dos seres una armonía que nunca he encontrado. Siempre uno de los dos domina al otro, unas veces el moral, otras el físico.

La inteligencia que tenemos derecho a exigir de una mujer, para amarla, no tiene nada de la inteligencia viril. Es más y es menos. Es menester que una mujer tenga una mente abierta, delicada, sensible, fina, impresionable. No necesita poder ni iniciativa de pensamiento, pero es preciso que tenga bondad, elegancia, ternura, coquetería y esa facultad de asimilación que en poco tiempo la hace semejante a aquel cuya vida comparte. Su mayor cualidad debe ser el tacto, ese sentido sutil que es al espíritu lo que el tacto al cuerpo.

Él le revela mil cosas menudas, los contornos, los ángulos y las formas del orden intelectual.

La mayoría de las veces, las mujeres hermosas no poseen una inteligencia en consonancia con su persona. Y el menor fallo de concordancia me golpea y hiere desde el primer momento. En la amistad, eso carece de importancia. La amistad es un pacto en el que se intercambian defectos y cualidades. Podemos analizar a un amigo y a una amiga, contar con lo que tienen de bueno, despreciar lo que tienen de malo y apreciar con toda exactitud su valor mientras nos dejamos llevar por una simpatía íntima, profunda y deliciosa.

Para amar hay que ser ciego, entregarse por entero, no ver nada, no razonar nada, no comprender nada. Hay que poder adorar tanto las debilidades como las bellezas, renunciar a cualquier juicio, a cualquier reflexión, a cualquier perspicacia.

Soy incapaz de esa ceguera, y rebelde a la seducción no razonada.

No es eso todo. Tengo de la armonía una idea tan alta y sutil que nada realizará nunca mi ideal. Tal vez me trate usted de loco. Escúcheme. En mi opinión, una mujer puede tener un alma deliciosa y un cuerpo encantador sin que ese cuerpo y esa alma concuerden perfectamente juntos. Quiero decir que las personas que tienen la nariz hecha de cierta forma no deben pensar de cierta manera. Los gordos no tienen derecho a utilizar las mismas palabras y las mismas frases que los delgados. Usted, señora, que tiene los ojos azules, no puede considerar la existencia ni juzgar las cosas y los hechos como si los tuviese negros. Los matices de su mirada deben corresponder fatalmente con los matices de su pensamiento. Para sentir todo esto yo poseo un olfato de sabueso. Ríase si quiere. Es así.

Sin embargo, un día creí amar durante una hora. Sufrí neciamente la influencia de las circunstancias que me rodeaban. Me había dejado seducir por el espejismo de una aurora. ¿Quiere que le cuente esta breve historia?

Cierta tarde conocí a una deliciosa personita exaltada que, por una fantasía poética, quiso pasar una noche conmigo, en una barca, por el río. Yo habría preferido un cuarto y una cama; acepté sin embargo el río y la canoa.

Era el mes de junio. Mi amiga eligió una noche de luna para poder sentir mejor su excitación.

Habíamos cenado en un albergue a orillas del agua, y luego, hacia las diez, nos embarcamos. La aventura me parecía muy estúpida, pero como mi compañera me agradaba, no me molestó demasiado. Me senté en el banco, frente a ella, cogí los remos y partimos.

No podía negar que el espectáculo fuera encantador. Bordeábamos una isla arbolada, llena de ruiseñores; y la corriente nos arrastraba deprisa por el río cubierto de temblores de plata. Los sapos lanzaban su grito monótono y claro; las ranas croaban entre las hierbas de la orilla, y el susurro del agua que fluye formaba a nuestro alrededor una especie de rumor confuso, casi imperceptible e inquietante, dándonos una vaga sensación de miedo misterioso.

Nos invadía el dulce encanto de las noches tibias y de los ríos relucientes bajo la luna. Daba gusto vivir y flotar de aquella forma y soñar y sentir a tu lado a una joven tierna y hermosa.

Me sentía algo emocionado, algo turbado, algo embriagado por la claridad pálida de la noche y por las ideas de mi vecina.

«Siéntese a mi lado», me dijo. Obedecí. Ella continuó: «Recíteme versos». A mí aquello me parecía demasiado y me negué; ella insistió. Decididamente jugaba fuerte, quería toda la orquesta sentimental, desde la Luna hasta la Rima. Acabé por ceder y, por burla, le recité una deliciosa poesía de Louis Bouilhet[146], cuyas últimas estrofas dicen:

Je deteste surtout ce barde à l'œil humide
Qui regarde une étoile en murmurant un nom
Et pour qui la nature immense serait vide,
S'il ne portait en croupe ou Lisette ou Ninon.

Ces gens-là sont charmants qui se donnent la peine,
Afin qu'on s'intéresse à ce pauvre univers,
D'attacher les jupons aux arbres de la plaine
Et la cornette blanche au front des coteaux verts.

Certe ils n'ont pas compris les musiques divines,
Éternelle nature aux frémissantes voix,
Ceux qui ne vont pas seuls par les creuses ravines
Et rêvent d'une femme au bruit que font les bois[147].

Me esperaba reproches. No fue así. Ella murmuró: «¡Qué gran verdad!» Quedé atónito. ¿Lo había entendido?

Poco a poco nuestra barca se había acercado a la orilla y adentrado bajo un sauce que la detuvo. Enlacé la cintura de mi compañera y con mucha dulzura acerqué mis labios a su cuello. Mas ella me rechazó con un gesto brusco e irritado: «¡Déjeme! ¡Qué grosero!»

Intenté atraerla hacia mí. Ella se defendió, se agarró al árbol y a punto estuvo de tirarnos al agua. Me pareció prudente abandonar mis pretensiones. Ella dijo: «Le haría zozobrar. Estoy tan bien aquí. Sueño. Es tan bueno». Luego añadió con cierta malicia en su acento: «¿Ha olvidado ya los versos que acaba de recitarme?» Era justo. Me callé.

Ella agregó: «Vamos, siga remando». Y de nuevo cogí los remos.

Empezaba a encontrar larga la noche y ridícula mi actitud. Mi compañera me preguntó: «¿Quiere hacerme una promesa?»

—Sí. ¿Cuál?

—La de permanecer tranquilo, correcto y discreto si le permito…

—¿Qué? Diga.

—Verá usted. Quisiera quedarme tumbada en el fondo de la barca, a su lado, mirando las estrellas.

Yo exclamé: «De acuerdo».

Ella replicó: «Usted no me comprende. Vamos a tumbarnos el uno al lado del otro. Pero le prohíbo tocarme, abrazarme, en fin… acariciarme».

Yo lo prometí. Ella anunció: «Si se mueve, vuelco la barca».

Y nos tumbamos el uno junto al otro, con los ojos en el cielo, llevados por el agua. Los vagos balanceos de la barca nos mecían. Los ligeros rumores de la noche nos llegaban ahora más nítidos en el fondo de la embarcación, haciéndonos estremecernos a veces. Y yo sentía crecer en mí una emoción extraña y punzante, un enternecimiento infinito, algo así como una necesidad de abrir mis brazos para abrazar y mi corazón para amar, para darme, para dar mis pensamientos, mi cuerpo, mi vida y todo mi ser a alguien.

Como en un sueño, mi compañera musitó: «¿Dónde estamos? ¿Adónde vamos? Me parece que abandono este mundo. ¡Qué dulzura! ¡¡Ay, si usted me amase… un poco!!»

Mi corazón empezó a latir. No pude responder nada: me pareció que la amaba. Ya no sentía ningún deseo violento. Me encontraba bien así, a su lado, y eso me bastaba.

Y así permanecimos mucho, mucho tiempo, sin movernos. Nos habíamos cogido de la mano: una fuerza deliciosa nos inmovilizaba; una fuerza desconocida, superior, una Alianza, casta, íntima, absoluta de nuestros seres vecinos, que se pertenecían sin tocarse. ¿Qué era aquello? ¿Lo sé? ¿El amor, tal vez?

El día iba naciendo poco a poco. Eran las tres de la mañana. Lentamente invadía el cielo una gran claridad. La barca chocó con algo. Me incorporé. Habíamos abordado un pequeño islote.

Pero quedé encantado, extasiado. Frente a nosotros, toda la extensión del firmamento se iluminaba de un rojo, de un rosa y de un violeta salpicado de nubes entrelazadas, semejantes a humaredas de oro. El río estaba púrpura y tres casas en una orilla parecían arder.

Me incliné hacia mi compañera. Iba a decirle: «Mire», pero me callé, enloquecido, y solamente la vi a ella. También estaba rosa, de un rosa de carne sobre la que fluyese un poco del color del cielo. Sus cabellos eran rosas, rosas sus ojos, rosas sus dientes, su vestido, sus encajes, su sonrisa, todo era rosa. Y estaba tan enloquecido que realmente creí tener la aurora ante mí.

Ella se incorporaba lentamente, ofreciéndome sus labios; y yo iba hacia ella temblando, delirante, sabiendo perfectamente que iba a besar el cielo, besar la felicidad, besar el sueño hecho mujer, besar el ideal que se hubiera hecho carne humana.

Me dijo: «Tiene usted una oruga en el pelo». Por eso sonreía.

Me pareció recibir un mazazo en la cabeza. Y de pronto me puse triste como si hubiera perdido toda esperanza en la vida.

Eso es todo, señora. Es pueril, necio, estúpido. Pero creo que desde ese día no amaré nunca. Sin embargo… ¿quién sabe?

El cuerpo del joven sobre el que se encontró esta carta fue repescado ayer en el Sena, entre Bougival y Marly. Un marinero servicial, que le había registrado para saber su nombre, trajo esta carta y se la entregó a

MAUFRIGNEUSE

Cocó[148]

En toda la comarca circundante llamaban a la finca de los Lucas «La Alquería». No se habría sabido decir por qué. Los campesinos, sin duda, atribuían a esa palabra «alquería» una idea de riqueza y de grandeza, pues esa finca era a buen seguro la más grande, opulenta y ordenada de la comarca.

El patio, inmenso, rodeado por cinco hileras de magníficos árboles para resguardar del fuerte viento de la llanura los manzanos rechonchos y delicados, encerraba largas construcciones cubiertas de tejas para conservar los forrajes y los granos, preciosos establos construidos con sílex, cuadras para treinta caballos y una vivienda en ladrillo rojo que parecía un pequeño castillo.

Los estercoleros estaban bien cuidados; los perros guardianes tenían sus casetas, y un sinfín de aves de corral circulaba entre la alta hierba.

Cada mediodía, quince personas, entre amos, criados y sirvientas, tomaban asiento alrededor de la larga mesa de cocina donde humeaba la sopa en un gran recipiente de loza de flores azules.

Los animales, caballos, vacas, cerdos y corderos, estaban gordos, bien cuidados y limpios; y Lucas, el amo, un hombretón que empezaba a echar tripa, hacía su ronda tres veces al día, vigilando todo y pensando en todo.

Conservaban por caridad, en el fondo de la cuadra, un caballo blanco muy viejo que el ama quería alimentar hasta que muriera de muerte natural, porque lo había criado, lo había conservado siempre y le traía recuerdos.

Un gañán de quince años, llamado Isidore Duval, y conocido más simplemente por Zidore, cuidaba de aquel inválido, le daba en invierno su medida de avena y su forraje, y debía ir, cuatro veces al día, en verano, a cambiarlo de sitio en la ladera donde lo dejaban atado para que tuviera hierba fresca en abundancia.

El animal, casi tullido, levantaba con esfuerzo sus pesadas patas, infladas en las rodillas e hinchadas encima de los cascos. Su pelambre, que ya no almohazaban nunca, parecía pelo blanco, y unas pestañas muy largas daban a sus ojos un aspecto triste.

Cuando Zidore lo llevaba a pastar, tenía que ir tirando de la cuerda, de lo despacio que andaba el animal; y el chico, encorvado, jadeante, soltaba maldiciones contra él, irritado por tener que cuidar de aquel viejo jamelgo.

Al ver aquella cólera del gañán contra *Coco*, la gente de la alquería, se divertía, hablaba constantemente del caballo a Zidore para enfadarlo. En el pueblo también lo llamaban Cocó-Zidore.

El chaval rabiaba y sentía nacer en su interior el deseo de vengarse del caballo. Era un muchacho delgado, de piernas largas, muy sucio, con el pelo rojizo, espeso, duro y erizado. Parecía estúpido, hablaba tartamudeando, con un esfuerzo infinito, como si las ideas no hubieran conseguido formarse en su alma basta y embrutecida.

Desde hacía mucho le sorprendía que conservaran a *Cocó*, y se indignaba viendo el gasto que hacían por aquel animal inútil. Dado que ya no trabajaba, le parecía injusto alimentarlo, e indignante malgastar avena, una avena que costaba tan cara, por aquel jaco paralítico. E incluso, a menudo, a pesar de las órdenes de su amo Lucas, escatimaba el alimento del caballo, dándole sólo media medida y economizando también la pajaza y el heno. Y en su mente confusa de niño crecía el odio, un odio de campesino rapaz, de campesino taimado, feroz, brutal y cobarde.

Cuando volvió el verano, tuvo que ir a cambiar de sitio al animal en su ladera. Estaba lejos. El gañán, cada mañana más enfurecido, caminaba con paso desganado entre los trigales. Los hombres que trabajaban en las tierras le gritaban, en son de broma:

«¡Eh!, Zidore, presenta mis respetos a *Cocó*».

Él no contestaba; pero, al pasar, partía una vara en un seto y, en cuanto había cambiado de sitio la estaca del viejo caballo, le dejaba que empezara a pacer; luego se acercaba a traición, le azotaba los corvejones. El animal trataba de huir, de cocear, de escapar a los golpes, y daba vueltas al extremo de su cuerda como si hubiera estado encerrado en una pista. Y el muchacho lo golpeaba con rabia, corriendo detrás de él, encarnizado, con los dientes apretados de cólera.

Luego se iba lentamente, sin volverse, mientras el caballo lo miraba irse con sus ojos de viejo, las costillas salientes, jadeando por el trote. Y no volvía a bajar hacia la hierba su cabeza huesuda y blanca hasta haber visto desaparecer a lo lejos el blusón azul del joven campesino.

Ahora, como las noches eran cálidas, dejaban a *Coco* dormir allá, a orillas del torrente, detrás del bosque. Sólo Zidore iba a verlo.

El niño también se divertía tirándole piedras. Se sentaba a diez pasos de distancia, en un ribazo, y se quedaba allí media hora, lanzando de vez en cuando un guijarro afilado al jaco, que permanecía de pie, encadenado ante su enemigo y mirándolo sin cesar, sin atreverse a pacer hasta que hubiera vuelto a irse.

Pero en la mente del gañán seguía plantada esta idea: «¿Por qué alimentar a un caballo que ya no hacía nada?» Le parecía que aquel miserable jamelgo robaba la comida de los otros, les robaba a los hombres lo que era suyo, los bienes de Dios, le robaba incluso a él, Zidore, que trabajaba.

Entonces, poco a poco, el chaval fue disminuyendo cada día la franja de pasto que le daba, acortando la estaca de madera donde estaba sujeta la cuerda.

El animal casi no comía, adelgazaba, se desmejoraba. Demasiado débil para romper su estaca, tendía la cabeza hacia la alta hierba verde y reluciente, tan cercana, y cuyo olor llegaba hasta él sin que pudiera alcanzarla.

Pero una mañana, a Zidore se le ocurrió una idea: dejar de cambiar de sitio a *Coco*. Estaba harto de ir tan lejos por aquel saco de huesos.

Fue a verlo, sin embargo, para saborear su venganza. El animal, inquieto, lo miraba. Ese día no le pegó. Daba vueltas a su alrededor, con las manos en los bolsillos. Fingió incluso cambiarlo de sitio, pero volvió a hundir la estaca en el mismo agujero, y se marchó, encantado con su idea.

Al verlo partir, el caballo relinchó para llamarlo; pero el gañán echó a correr dejándolo solo, completamente solo, en su pequeño valle, bien atado, y sin una brizna de hierba al alcance de la mandíbula.

Hambriento, trató de alcanzar la feraz hierba que tocaba con el extremo de sus ollares. Se puso de manos, extendiendo el cuello, alargando sus grandes labios babeantes. Fue inútil. Durante todo el día el viejo animal se agotó haciendo esfuerzos inútiles, esfuerzos terribles. Lo devoraba el hambre, más horrible aún por la vista de todo el verde alimento que se extendía por el horizonte.

El gañán no volvió ese día. Vagabundeó por los bosques buscando nidos.

Reapareció al día siguiente. *Coco*, extenuado, se había tumbado. Se levantó al ver al niño, con la esperanza de que por fin le cambiaría de sitio.

Pero el pequeño campesino ni siquiera tocó el mazo tirado en la hierba. Se acercó, miró al animal, le lanzó al hocico un terrón que se deshizo sobre el pelo blanco, y volvió a irse silbando.

El caballo se mantuvo de pie mientras pudo divisarlo; luego, sintiendo que sus intentos por alcanzar la hierba cercana serían inútiles, se tumbó de nuevo

sobre un costado y cerró los ojos.

Al día siguiente Zidore no fue.

Cuando un día más tarde se acercó a *Coco*, que seguía tumbado, se dio cuenta de que estaba muerto.

Entonces se quedó de pie, mirándolo, satisfecho de su obra, sorprendido al mismo tiempo de que aquello ya hubiera terminado. Lo tocó con el pie, le levantó una de las patas, luego la dejó caer, se sentó encima y se quedó allí, con los ojos fijos en la hierba y sin pensar en nada.

Volvió a la alquería, pero no dijo nada del accidente pues quería vagabundear dos horas todavía por donde solía ir para cambiar de sitio al caballo.

Fue a verlo al día siguiente. Los cuervos echaron a volar cuando se acercó. Innumerables moscas paseaban sobre el cadáver y zumbaban a su alrededor.

Al volver anunció lo que había pasado. El animal era tan viejo que a nadie le sorprendió. El amo dijo a dos criados:

«Coged las palas, y cavad un hoyo en el sitio donde está.»

Y los hombres enterraron al caballo justo en el sitio donde había muerto de hambre.

Y la hierba creció espesa, verde y vigorosa, nutrida por aquel pobre cuerpo.

Misti[149]

Recuerdos de un soltero

Tenía yo entonces por amante una mujercita muy divertida. Estaba casada, por supuesto, porque siento un santo aborrecimiento por las putas. Porque ¿qué placer puede sentirse gozando de una mujer que tiene el doble inconveniente de no pertenecer a nadie y de pertenecer a todo el mundo? Además, dejando a un lado la moral, la verdad es que no comprendo el amor como medio de ganarse el pan. Me asquea un poco. Es una debilidad mía, lo sé, y lo confieso.

El mayor encanto que hay para un soltero en tener por querida a una mujer casada es que ésta le proporciona un hogar, un hogar dulce, adorable, donde todos te cuidan y todos te miman, desde el marido hasta la servidumbre. En él se encuentran todos los placeres reunidos, el amor, la amistad, la paternidad incluso, la cama y la mesa, en fin, todo lo que constituye la felicidad de la vida, con la incalculable ventaja de poder cambiar de familia de vez en cuando, de instalarse sucesivamente en todos los ambientes, el verano en el campo, en casa del obrero que os alquila una habitación en su casa, y el invierno en casa de un burgués, o incluso entre la aristocracia, si uno es ambicioso.

Tengo también otra debilidad, la de apreciar a los maridos de mis amantes. Confieso incluso que ciertos esposos vulgares o groseros me asquean de sus mujeres, por encantadoras que sean. Pero cuando el marido tiene ingenio o encanto, me enamoro infaliblemente como un loco. Y cuando rompo con la mujer, tengo mucho cuidado de no romper con el marido. Así he conseguido mis mejores amigos; y de esta manera he comprobado muchas veces la indiscutible superioridad del macho sobre la hembra en la raza humana. Ésta nos procura todas las complicaciones posibles, nos hace

escenas, reproches, etc.; aquél, que tanto derecho tendría a quejarse, nos trata en cambio como si fuéramos la providencia de su hogar.

Así que tenía por amante a una mujercita muy divertida, una morenita antojadiza, caprichosa, devota, supersticiosa, crédula como un fraile, pero encantadora. Tenía, sobre todo, una forma de besar que nunca he encontrado en ninguna otra…, pero no es éste el lugar… ¡Y una piel tan suave! Sólo con cogerle las manos sentía un placer infinito… ¡Y unos ojos!… Su mirada pasaba sobre ti como una caricia lenta, sabrosa e infinita. Muchas veces ponía mi cabeza en sus rodillas; y permanecíamos inmóviles, ella inclinada hacia mí con esa sonrisita sutil, enigmática y tan turbadora que tienen las mujeres, yo con los ojos levantados hacia ella, recibiendo así, como una especie de embriaguez vertida en mi corazón, dulce y deliciosamente, su mirada clara y azul, clara como si hubiera estado llena de pensamientos de amor, azul como si hubiera sido un cielo lleno de delicias.

Su marido, inspector en un importante servicio público, se ausentaba a menudo, dejándonos dueños de nuestras veladas. Unas veces las pasaba yo en su casa, echado en el diván, con la frente sobre una de sus piernas, mientras sobre la otra dormía un enorme gato negro llamado *Misti* al que ella adoraba. Nuestros dedos volvían a encontrarse en el lomo nervioso del animal, y se acariciaban sobre su sedoso pelaje. Sentía en mi mejilla el cálido lomo que se estremecía con un eterno ronroneo, y a veces una pata estirada colocaba sobre mi boca o sobre mi párpado cinco uñas abiertas, cuyas puntas me pinchaban los ojos un segundo para recogerse enseguida.

Otras veces salíamos para hacer lo que ella llamaba nuestras escapadas. Por lo demás, eran de lo más inocentes. Consistía en ir a cenar a un mesón de las afueras, o bien, después de haber cenado en su casa o en la mía, recorrer los cafés de mala nota, como estudiantes de juerga.

Entrábamos en las tascas[150] populares e íbamos a sentarnos al fondo del ahumado tugurio, en unas sillas cojas ante una vieja mesa de madera. Una nube de humo acre, impregnado de un olor a pescado frito de la cena, llenaba la sala; hombres con blusas vociferaban y bebían copas; y el camarero asombrado ponía ante nosotros dos copas de aguardiente de guindas.

Ella, temblando, llena de miedo y encantada, levantaba hasta la punta de su nariz, que lo retenía en el aire, su velillo negro doblado en dos; y empezaba a beber con la alegría que se siente al realizar una maldad adorable. Cada guinda tragada le daba la sensación de una falta cometida, cada trago del fuerte líquido descendía en ella como un goce delicado y prohibido.

Luego me decía a media voz: «Vámonos». Y nos íbamos. Ella se deslizaba con vivacidad y paso menudo entre los bebedores que la miraban pasar con aire descontento; y cuando de nuevo nos encontrábamos en la calle, lanzaba un gran suspiro como si acabáramos de escapar de un terrible peligro.

A veces me preguntaba estremeciéndose: «Si me injuriasen en estos lugares, ¿tú qué harías?» Le respondía en tono arrogante: «Pues te defendería, ¡pardiez!» Y ella me estrechaba en sus brazos, dichosa, acaso con el deseo confuso de ser injuriada y defendida, de ver a unos hombres pelearse por ella, ¡incluso a aquellos hombres, conmigo!

Una noche que estábamos sentados a la mesa en una tasca de Montmartre, vimos entrar a una vieja andrajosa, que llevaba en la mano una baraja mugrienta. Al ver allí a una señora, la vieja se nos acercó enseguida y le ofreció a mi acompañante decirle la buenaventura. Emma, que tenía en el alma todas las creencias, se estremeció de deseo e inquietud, e hizo sitio, a su lado, a la comadre.

La otra, antigua, llena de arrugas, con el cerco de los ojos en carne viva y una boca vacía, sin un solo diente, dispuso sobre la mesa sus sucias cartas. Hacía montones, los recogía, desplegaba de nuevo los naipes murmurando palabras ininteligibles; Emma, pálida, escuchaba con la respiración entrecortada, jadeante de angustia y de curiosidad.

La bruja empezó a hablar. Le predijo cosas vagas: felicidad e hijos, un joven rubio, un viaje, dinero, un proceso, un caballero moreno, el regreso de una persona, un éxito, una muerte. El anuncio de aquella muerte impresionó a la joven. ¿La muerte de quién? ¿Cuándo? ¿Cómo?

La vieja respondía: «En cuanto a eso, las cartas no son suficientemente claras, tendrá que venir a mi casa mañana. Se lo diré con los posos del café, que nunca engañan».

Emma, ansiosa, se volvió hacia mí: «Dime, ¿quieres que vayamos mañana? ¡Oh!, te lo ruego, di *sí*. Sí no, no te imaginas cuánto voy a atormentarme».

Me eché a reír: «Iremos si ése es tu gusto, querida». Y la vieja nos dio su dirección.

Vivía en el sexto piso de una casa horrenda, detrás de Les Buttes-Chaumont[151]. Nos dirigimos allí al día siguiente.

Su habitación, un desván con dos sillas y una cama, estaba llena de cosas extrañas, de hierbas colgadas en gavillas, de clavos, de animales disecados, de tarros y frascos que contenían líquidos de distintos colores. Sobre la mesa, un

gato negro empajado miraban con sus ojos de cristal. Parecía el demonio de aquella morada siniestra.

Desfalleciendo de emoción, Emma se sentó, y al punto dijo: «¡Oh!, querido, mira este minino cómo se parece a *Misti*». Y le explicó a la vieja que tenía un gato igual, ¡pero totalmente igual!

La bruja respondió en tono grave: «Si usted quiere a un hombre, no debe conservarlo».

Emma, impresionada de miedo, preguntó: «Y eso ¿por qué?» La vieja se sentó a su lado con familiaridad y le cogió la mano: «Es la desgracia de mi vida», dijo.

Mi amiga quiso saber. Se apretujaba contra la comadre, la interrogaba, le suplicaba: una credulidad parecida las hermanaba por el pensamiento y por el corazón. La mujer se decidió por fin:

«A este gato, dijo, lo quise como se quiere a un hermano. Entonces yo era joven, estaba completamente sola, trabajaba de modista en casa. Sólo lo tenía a él, a *Mouton*. Me lo había regalado un inquilino. Era inteligente como un niño, y qué cariñoso, y me idolatraba, mi querida señora, me idolatraba más que a un fetiche. Todo el día en mis rodillas ronroneando, y toda la noche en mi almohada; sentía su corazón latir, figúrese.

»Pero ocurrió que un día conocí a un excelente muchacho que trabajaba en una casa de lencería. Aquello duró tres meses sin que yo le concediese nada. Pero ya sabe, una termina cediendo, le ocurre a todo el mundo; además, también yo me había enamorado de él. Era tan galante, tan galante; y tan bueno. Quería que viviéramos juntos del todo, para ahorrar. En fin, que una noche le di permiso para venir a mi casa. No es que yo estuviera decidida a la cosa, ¡oh, no!, pero me gustaba la idea de estar los dos juntos una hora.

»Al principio estuvo muy correcto. Me decía frases cariñosas que me removían el corazón. Luego me besó, señora, me besó como se besa cuando se ama. Yo había cerrado los ojos y permanecía así, sobrecogida por un calambre de felicidad. Pero de repente siento que él hace un gran movimiento, y lanza un grito, un grito que no olvidaré nunca. Abro los ojos y veo que *Mouton* le había saltado a la cara y le arrancaba la piel con las uñas, como si fuera un trapo. Y corría la sangre, señora, a borbotones.

»Intenté coger al gato, pero él se resistía, seguía desgarrando; y me mordía, tan fuera de sí estaba. Por fin lo agarro y lo tiro por la ventana, que estaba abierta, pues era verano.

»Cuando empecé a lavar la cara de mi pobre amigo, me di cuenta de que le había sacado los ojos, ¡los dos ojos!

»Tuvo que ingresar en el hospicio. Murió de pena al cabo de un año. Yo quería tenerlo en mi casa y alimentarlo, pero él no consintió. Se hubiera dicho que después de aquello me odiaba.

»En cuanto a *Mouton*, se había roto el espinazo en la caída. El portero había recogido el cuerpo. Mandé empajarlo, dado que, a pesar de todo, sentía cariño por él. Si había hecho aquello era porque me quería, ¿no es cierto?»

La vieja se calló y acarició con la mano al animal inanimado cuya armazón tembló sobre un esqueleto de alambre.

Emma, con el corazón encogido, había olvidado la muerte predecida. O, por lo menos, no volvió a hablar de ella; y se marchó después de darle cinco francos.

Como su marido volvía al día siguiente, estuve unos cuantos días sin ir a su casa.

Cuando volví, me sorprendió no ver a *Misti*. Pregunté dónde estaba.

Ella se ruborizó y respondió: «Lo he regalado. No estaba tranquila». Me quedé sorprendido. «¿No estabas tranquila? ¿No estabas tranquila? ¿Por qué?»

Me dio un largo beso, y en voz baja: «Tuve miedo por tus ojos, amor mío».

La tía Sauvage[152]

A Georges Pouchet[153]

I

No había ido yo a Virelogne desde hacía quince años. Volví para cazar, en otoño, a casa de mi amigo Serval, que por fin había reconstruido su castillo, destruido por los prusianos.

Aquella tierra me gustaba infinitamente. Hay rincones del mundo deliciosos que tienen para los ojos un encanto sensual. Se los ama con un amor físico. Guardamos, nosotros, a los que la tierra seduce, tiernos recuerdos por ciertos manantiales, por ciertos bosques, por ciertas lagunas, por ciertas colinas, vistos a menudo y que nos enternecieron igual que acontecimientos felices. A veces, incluso, el pensamiento vuelve hacia un rincón de bosque, o hacia un extremo de ribera, o hacia un vergel salpicado de flores, vistos una sola vez, un día feliz, y que han quedado en nuestro corazón como esas imágenes de mujeres encontradas en la calle, una mañana de primavera, con un traje claro y transparente, y que nos dejan en el alma y en la carne un anhelo insatisfecho, inolvidable, la sensación de haber rozado la felicidad.

En Virelogne me gustaba toda la campiña, sembrada de pequeños bosques y cruzada por arroyos que corrían por el suelo como venas, llevando la sangre a la tierra. ¡Se pescaban en ellos cangrejos, truchas y anguilas! ¡Felicidad divina! Uno podía bañarse en ciertos sitios, y con frecuencia se encontraban agachadizas entre las altas hierbas que crecían en los bordes de aquellos delgados cursos de agua.

Ligero como una cabra, yo iba mirando cómo mis dos perros rastreaban delante de mí. Serval, a cien metros a mi derecha, batía un campo de alfalfa. Rodeé los arbustos que forman el límite del bosque de Les Saudres y divisé una choza en ruinas.

De repente la recordé tal como la había visto la última vez, en 1869, limpia, vestida de parras, con gallinas delante de la puerta. ¿Hay algo más

triste que una casa muerta, con su esqueleto en pie, estropeado y siniestro?

También recordé que una buena mujer me había ofrecido un vaso de vino en ella, un día de mucha fatiga, y que Serval me había contado entonces la historia de sus habitantes. El padre, viejo cazador furtivo, había sido muerto por los gendarmes. El hijo, a quien yo había visto tiempo atrás, era un muchachote enjuto que también pasaba por un feroz destructor de caza. Les llamaban los Sauvage.

¿Era un nombre o un apodo?

Llamé a gritos a Serval. Llegó con su largo paso de zancuda.

Le pregunté:

«¿Qué ha sido de esa gente?»

Y me contó esta aventura.

II

Cuando se declaró la guerra, Sauvage hijo, que tenía entonces treinta y tres años se alistó, dejando a la madre sola en la casa. Nadie compadecía demasiado a la vieja, porque tenía dinero, se sabía.

Se quedó, pues, completamente sola en aquella casa aislada tan lejos del pueblo, en la linde del bosque. Por lo demás, no tenía miedo, era de la misma raza que sus hombres: una vieja dura, alta y seca, que no reía a menudo y a la que no se le podían gastar bromas. Las mujeres del campo, además, casi no ríen. ¡Eso es cosa de hombres! Ellas tienen el alma triste y limitada, por llevar una vida taciturna y sin futuro. El campesino aprende un poco de alegría ruidosa en la taberna, pero su compañera permanece seria, con una fisionomía constantemente severa. Los músculos de su cara no han aprendido los movimientos de la risa.

La tía Sauvage continuó su vida ordinaria en su choza, que no tardó en ser cubierta por las nieves. Iba al pueblo una vez a la semana a buscar pan y un poco de carne; luego se volvía a su casucha. Cuando se hablaba de lobos, salía con la escopeta al hombro, la escopeta del hijo, herrumbrosa, con la culata gastada por el roce de la mano; y era curioso ver a aquella mujer, la gran Sauvage, algo encorvada, caminando con lentas zancadas por la nieve, con el cañón del arma sobresaliendo por encima de la cofia negra que le ceñía la cabeza y aprisionaba sus blancos cabellos, que nadie había visto nunca.

Un día llegaron los prusianos. Los distribuyeron entre los habitantes, según la fortuna y los recursos de cada uno. La vieja, a quien se sabía rica,

tuvo cuatro.

Eran cuatro mocetones de carne rubia, barba rubia, ojos azules, que seguían estando gordos a pesar de las fatigas que ya habían soportado, y eran buenos chicos, aunque en país conquistado. Solos en casa de aquella mujer de edad, se mostraron llenos de atenciones con ella, ahorrándole, cuanto podían, fatigas y gasto. Por la mañana se veía a los cuatro hacerse su aseo alrededor del pozo, en mangas de camisa, mojando en abundante agua, en los días crudos de las nieves, su carne blanca y rosada de hombres del norte, mientras la tía Sauvage iba y venía preparando la sopa. Luego se los veía limpiar la cocina, frotar las baldosas, cortar leña, pelar patatas, lavar ropa, hacer todas las tareas de la casa, como cuatro buenos hijos en torno a su madre.

Mas ella, la vieja, pensaba constantemente en el suyo, en su alto y delgado muchacho de nariz ganchuda, ojos pardos y fuertes bigotes que formaban sobre su labio un burlete de pelos negros. A cada uno de los soldados instalados en su hogar le preguntaba cada día:

«¿Sabe adónde ha ido el regimiento francés, el veintitrés de infantería? Mi chico está en él».

Ellos respondían: «No, no zaberrr, no zaberr nada de nada». Y comprendiendo su dolor y sus inquietudes, ellos, que tenían madres allá lejos, le prestaban mil pequeñas atenciones. Por otra parte, ella quería a sus cuatro enemigos; porque los campesinos casi no tienen odios patrióticos; eso sólo afecta a las clases superiores. Los humildes, los que pagan más porque son pobres y porque cualquier carga nueva los abruma, esos a los que matan en masa, que forman la verdadera carne de cañón porque son los más numerosos, los que, en fin, sufren más cruelmente las atroces miserias de la guerra porque son los más débiles y los menos resistentes, casi no comprenden esos ardores belicosos, ese pundonor excitable y esas pretendidas combinaciones políticas que agotan en seis meses a dos naciones, tanto a la victoriosa como a la vencida.

En el pueblo se decía, hablando de los alemanes de la tía Sauvage:

«Esos cuatro ya han encontrado su nido».

Pero una mañana, cuando la vieja estaba sola en la casa, vio a lo lejos, en la llanura, a un hombre que avanzaba hacia su morada. Lo reconoció enseguida, era el peatón[154] encargado de repartir las cartas. Le entregó un papel plegado y ella sacó de su estuche unas gafas de las que se servía para coser; luego leyó:

«Señora Sauvage, la presente es para darle una triste nueva. Su hijo Victor fue muerto ayer por una bala de cañón, que como si dijéramos lo cortó en dos

partes. Yo me hallaba muy cerca, dado que estábamos uno al lado del otro en la compañía y me hablaba de usted para que la avisara el día mismo si le ocurría una desgracia.

»He cogido de su bolsillo el reloj para llevárselo cuando la guerra haya terminado.

»Le saluda amistosamente,

Césaire Rivot,
Soldado de 2ª clase del 23 de infantería.»

La carta estaba fechada hacía tres semanas.

No lloraba. Permanecía inmóvil, tan sobrecogida y anonadada que ni siquiera sufría aún. Pensaba: «Bueno, han matado a Victor». Luego, poco a poco, las lágrimas subieron a sus ojos y el dolor invadió su corazón. Una tras otra iban llegándole las ideas, espantosas, torturadoras. ¡No volvería a besar a su hijo, a su chicarrón, nunca más! Los gendarmes habían matado al padre, los prusianos habían matado al hijo… Lo había cortado en dos una bala de cañón. Y tenía la impresión de que veía aquella cosa, la cosa horrible: la cabeza cayendo, con los ojos abiertos, mientras se mordía la punta de su grueso bigote, como hacía en los momentos de rabia.

¿Qué habían hecho después con su cuerpo? ¡Si al menos le hubieran devuelto a su hijo como le habían devuelto a su marido, con su bala en medio de la frente!…

Pero oyó un ruido de voces. Eran los prusianos, que volvían del pueblo. Escondió deprisa la carta en su bolso y los recibió tranquilamente, con su cara de siempre, ya que había tenido tiempo de enjugarse bien los ojos.

Los cuatro se reían, encantados, porque traían un hermoso conejo, seguramente robado, y hacían señas a la vieja de que iban a comer algo bueno.

Ella se puso de inmediato a la tarea para preparar el almuerzo; pero, cuando hubo que matar el conejo, le faltaron las fuerzas. Sin embargo, ¡no era el primero! Uno de los soldados lo mató de un puñetazo detrás de las orejas.

Una vez muerto el animal, sacó el cuerpo rojo de su piel; pero la vista de la sangre que manipulaba, que le cubría las manos, de la sangre tibia que sentía enfriarse y coagularse, la hacía temblar de pies a cabeza; y seguía viendo a su muchachote cortado en dos, y también completamente rojo, como aquel animal todavía palpitante.

Se sentó a la mesa con sus prusianos, pero no pudo comer, ni siquiera un bocado. Ellos devoraron el conejo sin preocuparse de ella. Los miraba de

soslayo, sin hablar, madurando una idea, y con la cara tan impasible que no percibieron nada.

De pronto, preguntó: «Ni siquiera sé sus nombres, y hace ya un mes que estamos juntos». Ellos comprendieron, no sin esfuerzo, lo que ella quería, y dijeron sus nombres. Pero no era suficiente: se los hizo escribir en un papel, con la dirección de sus familias, y, poniéndose las gafas sobre su gran nariz, contempló aquella escritura desconocida, luego dobló la hoja y se la metió en el bolsillo, dentro de la carta que le comunicaba la muerte de su hijo.

Cuando la comida hubo terminado, dijo a los hombres:

«Voy a trabajar para ustedes».

Y se puso a subir heno al desván donde dormían.

Se asombraron de aquella tarea; ella les explicó que tendrían menos frío; y la ayudaron. Amontonaban los haces de paja hasta el techo; y de este modo se hicieron una especie de gran habitación con cuatro paredes de forraje, caliente y oloroso, donde dormirían de maravilla.

En la cena, uno de ellos se mostró inquieto al ver que la tía Sauvage seguía sin comer. Ella aseguró que tenía calambres. Luego encendió una buena lumbre para calentarse, y los cuatro alemanes subieron a su hogar por la escalera de mano que utilizaban todas las noches.

En cuanto quedó cerrada la trampilla, la vieja quitó la escalera, luego abrió de nuevo, sin ruido, la puerta de fuera, y regresó en busca de más haces de paja con los que llenó la cocina. Iba descalza por la nieve, tan despacio que no se oía nada. De vez en cuando escuchaba los ronquidos sonoros y desiguales de los cuatro soldados dormidos.

Cuando consideró suficientes sus preparativos, echó a la chimenea uno de los haces, y, cuando estuvo encendido, fue desparramándolo sobre los otros; luego salió y miró.

Una claridad violenta iluminó en unos segundos todo el interior de la choza, después hubo un espantoso brasero, un gigantesco horno ardiente, cuyo resplandor salía por la estrecha ventana y lanzaba sobre la nieve un rayo deslumbrante.

Después, de la parte superior de la casa salió un gran grito, luego fue un clamor de chillidos humanos, de llamadas desgarradoras de angustia y espanto. Más tarde, cuando la trampilla se derrumbó dentro, un torbellino de fuego se metió en el desván, atravesó el techo de paja, subió hacia el cielo como una inmensa llama de antorcha; y toda la choza ardió.

Dentro, lo único que se oía era el crepitar del incendio, el crujido de las paredes, el derrumbamiento de las vigas. De pronto el tejado se hundió, y la

armazón ardiente de la casa lanzó al aire, en medio de una nube de humo, un gran penacho de chispas.

La campiña, blanca, iluminada por el fuego, brillaba como un mantel de plata teñida de rojo.

A lo lejos empezó a sonar una campana.

La vieja Sauvage permanecía de pie, ante su hogar destruido, armada de su escopeta, la del hijo, por temor a que alguno de los hombres escapase.

Cuando vio que todo había acabado, arrojó su arma al brasero. Sonó una detonación.

Llegaba gente, campesinos, prusianos.

Encontraron a la mujer sentada sobre un tronco de árbol, tranquila y satisfecha.

Un oficial alemán, que hablaba el francés como un hijo de Francia, le preguntó:

«¿Dónde están sus soldados?»

Ella tendió su brazo delgado hacia el amasijo rojo del incendio que se apagaba, y respondió con voz fuerte:

«¡Allá dentro!»

Se agolparon a su alrededor. El prusiano preguntó:

«¿Cómo se prendió el fuego?»

Ella dijo:

«Fui yo la que lo prendí».

No la creían, pensaban que el desastre la había vuelto loca de repente. Entonces, como todo el mundo la rodeaba y la escuchaba, ella lo contó todo, desde la llegada de la carta hasta el último grito de los hombres quemados en la casa. No olvidó ni un solo detalle de lo que había sentido ni de lo que había hecho.

Cuando hubo terminado, sacó del bolsillo dos papeles y, para distinguirlos a los últimos resplandores del fuego, volvió a calarse sus gafas, luego dijo, señalando una: «Esto, esto es la muerte de Victor». Mostrando la otra, añadió, señalando las ruinas rojas con un ademán de su cabeza: «Esto es sus nombres, para que escriban a sus casas». Tendió tranquilamente la hoja blanca al oficial, que la sujetaba por los hombros, y continuó:

«¡Escriba usted cómo ha ocurrido, y diga a sus padres que fui yo la que hizo eso! ¡Victoire Simon, la Sauvage! No se le olvide».

El oficial gritó unas órdenes en alemán. La cogieron, la arrojaron contra las paredes todavía calientes de su casa. Luego, doce hombres se colocaron

rápidamente frente a ella, a veinte metros. Ella no se movía. Había comprendido; esperaba.

Sonó una orden, a la que al punto siguió una larga detonación. Un disparo rezagado partió solo, después de los otros.

La vieja no cayó. Se derrumbó como si le hubieran segado las piernas.

El oficial prusiano se acercó. Estaba casi partida en dos, y en su mano crispada sujetaba su carta bañada en sangre.

Mi amigo Serval añadió:

«En represalia, los alemanes destruyeron el castillo de la región, que era de mi propiedad.»

Yo pensaba en las madres de los cuatro tranquilos muchachos quemados allá dentro; y en el heroísmo atroz de aquella otra madre, fusilada ante aquella pared.

Y recogí una piedrecita, todavía ennegrecida por el fuego.

El mendigo[155]

Había conocido días mejores, a pesar de su miseria y de su lisiadura.

A los quince años, un coche le había aplastado las dos piernas en la carretera de Varville[156]. Desde entonces mendigaba arrastrándose por los caminos, a través de los corrales de las granjas, balanceándose sobre sus muletas, que le habían levantado los hombros hasta las orejas. Su cabeza parecía hundida entre dos montañas.

Encontrado, de recién nacido, en una cuneta por el cura de Les Billettes la víspera del día de difuntos, y bautizado por este motivo con el nombre de Nicolás de Todos los Santos, criado por caridad, ajeno a toda instrucción, lisiado tras haber bebido algunas copas de aguardiente ofrecidas por el panadero del pueblo, sólo por reírse un poco, y, desde entonces vagabundo, no sabía hacer más que una cosa: tender la mano.

Tiempo atrás, la baronesa d'Avary le dejaba para dormir una especie de nicho lleno de paja, junto al gallinero, en la granja contigua al castillo: y en los días de hambre estaba seguro de encontrar siempre un trozo de pan y un vaso de sidra en la cocina. También recibía allí a menudo algunas monedas arrojadas por la anciana señora desde lo alto de su escalinata o desde las ventanas de su cuarto. Ahora la baronesa estaba muerta.

En los pueblos no le daban casi nada: lo conocían demasiado; estaban hartos de él desde hacía cuarenta años que lo veían pasear de casucha en casucha su cuerpo andrajoso y deforme sobre sus dos patas de madera. Pero él no quería marcharse, porque no conocía otra cosa en el mundo que aquel rincón de tierra, aquellas tres o cuatro aldeas por donde había arrastrado su vida miserable. Había puesto fronteras a su mendicidad y nunca habría traspasado los límites que estaba acostumbrado a no franquear.

Desconocía si el mundo se extendía más allá de los árboles que siempre habían limitado su vista. No se lo preguntaba. Y cuando los campesinos, hartos de encontrarlo siempre al borde de sus campos o a lo largo de sus cunetas, le gritaban:

«¿Por qué no te vas a otros pueblos, en lugar de andar siempre por aquí con tus muletas?», no respondía y se alejaba, dominado por un miedo vago a lo desconocido, un miedo de pobre que teme confusamente mil cosas, las caras nuevas, los insultos, las miradas recelosas de gentes que no lo conocían, y de los gendarmes que van en pareja por las carreteras y que, por instinto, le hacían ocultarse entre los matorrales o detrás de los montones de piedras.

Cuando los veía de lejos, relucientes bajo el sol, encontraba de pronto una agilidad singular, una agilidad de monstruo para alcanzar algún escondrijo. Echaba a correr soltando sus muletas, se dejaba caer como un harapo y se hacía una bola, se volvía pequeñísimo, invisible, agazapado como una liebre en su madriguera, confundiendo sus harapos pardos con la tierra.

Sin embargo, nunca había tenido nada que ver con ellos. Pero llevaba eso en la sangre, como si hubiera recibido ese miedo y esa estratagema de sus padres, a los que no había conocido.

No tenía refugio, ni techo, ni choza, ni abrigo. Dormía en cualquier parte en verano, y en invierno se deslizaba debajo de las trojes o en los establos con una destreza notable. Siempre salía corriendo antes de que notasen su presencia. Conocía los agujeros para penetrar en los edificios; y como el manejo de las muletas había dado a sus brazos un vigor sorprendente, trepaba con la sola fuerza de las muñecas hasta los heniles donde a veces pasaba cuatro o cinco días sin moverse, cuando había recogido en su última correría provisiones suficientes.

Vivía como los animales de los bosques en medio de los hombres, sin conocer a nadie, sin querer a nadie, provocando únicamente en los aldeanos una especie de desprecio indiferente y de hostilidad resignada. Lo apodaban «Campana», porque entre sus dos estacas de madera se balanceaba igual que una campana entre sus puntales.

Hacía dos días que no había comido. Ya nadie le daba limosna. Habían terminado por no querer saber nada de él. Las aldeanas, en sus puertas, le gritaban de lejos al verlo venir:

«¿Quieres irte, patán? ¡Si sólo hace tres días que te *dao* un cacho de pan!

Y él giraba sobre sus rodrigones y se iba a la casa vecina, donde lo recibían de la misma manera.

De una puerta a otra las mujeres declaraban:

«No podemos estar alimentando a este holgazán todo el año.»

Pero el holgazán necesitaba comer todos los días.

Había recorrido Saint-Hilaire, Varville y Les Billettes sin recoger un céntimo o un mendrugo duro. No le quedaba más esperanza que Tournelles;

pero debía recorrer dos leguas por la carretera y se sentía agotado, con la tripa tan vacía como el bolsillo.

Pero se puso en marcha.

Era diciembre, un viento frío recorría los campos, silbaba en las ramas desnudas; las nubes galopaban por el cielo bajo y sombrío, apresurándose hacia no se sabe dónde. El lisiado caminaba lentamente, desplazando sus soportes uno tras otro con penoso esfuerzo, apoyándose en la pierna torcida que le quedaba, rematada por un pie zopo y calzado con un harapo.

De vez en cuando se sentaba en la cuneta y descansaba unos minutos. El hambre angustiaba su alma confusa y pesada. Sólo tenía una idea: «comer», pero no sabía por qué medio.

Durante tres horas sufrió para recorrer el largo camino; luego, cuando divisó los árboles del pueblo, aceleró sus movimientos.

El primer campesino al que encontró, y al que pidió limosna, le respondió:

«¿Ya estás aquí otra vez, viejo parroquiano? ¿Es que nunca nos vamos a librar de ti?»

Y Campana se alejó. De puerta en puerta lo trataron con dureza, lo echaron sin darle nada. Él continuaba sin embargo su gira, paciente y obstinado. No recogió ni una moneda.

Entonces visitó las granjas, deambulando a través de las tierras ablandadas por la lluvia, tan extenuado que ya no podía levantar los bastones. Lo echaron de todas partes. Era uno de esos días fríos y tristes en que los corazones se cierran, los ánimos están irritados, el alma se ensombrece y la mano no se abre para dar ni para socorrer.

Cuando hubo terminado de visitar todas las casas que conocía, fue a dejarse caer en la esquina de una zanja, junto al corral de maese Chiquet Se descolgó, como se decía para describir la forma en que se dejaba caer entre sus altas muletas haciéndola deslizarse bajo los brazos. Y se quedó largo rato inmóvil, torturado por el hambre, pero demasiado embrutecido para comprender bien su insondable miseria.

Esperaba no se sabe qué, con esa vaga expectativa que pervive constantemente en nosotros. En el rincón de aquel corral, bajo el viento helado, esperaba la ayuda misteriosa que siempre se espera del cielo o de los hombres, sin preguntarse cómo, ni por qué, ni por quién podría llegarle. Una bandada de gallinas negras pasaba buscándose la vida en la tierra que alimenta a todos los seres. A cada instante picoteaban un grano o un insecto invisible, luego seguían su búsqueda lenta y segura.

Campana las miraba sin pensar en nada; luego le llegó, más al vientre que a la cabeza, la sensación, más que la idea, de que uno de aquellos animales sería apetitoso asado en una lumbre de leña seca.

La sospecha de que iba a cometer un robo no le rozó siquiera. Cogió una piedra al alcance de su mano y, como era hábil, mató limpiamente, tirándosela, a la gallina más cercana. El animal cayó de lado agitando las alas. Las otras huyeron, balanceándose sobre sus patas delgadas, y Campana, trepando de nuevo a sus muletas, se puso en marcha para ir a recoger su pieza, con movimientos parecidos a los de las gallinas.

Cuando llegaba junto al pequeño cuerpo negro manchado de rojo en la cabeza, recibió por la espalda una terrible embestida que lo hizo soltar sus bastones y lo envió rodando diez pasos más allá. Y maese Chiquet, enfurecido, abalanzándose sobre el merodeador, lo molió a golpes, pegando como un poseso, como pega un campesino robado, con el puño y la rodilla por todo el cuerpo del lisiado, que no podía defenderse.

La gente de la granja llegó también y todos se pusieron a moler a palos al mendigo al lado del amo. Luego, cuando se cansaron de golpearlo, lo recogieron y se lo llevaron, y lo encerraron en la leñera mientras iban a buscar a los gendarmes.

Medio muerto, sangrando y roído por el hambre, Campana permaneció tumbado en el suelo. Llegó el atardecer, luego la noche, luego la aurora. Seguía sin comer.

Hacia mediodía aparecieron los gendarmes y abrieron la puerta con precaución, esperando una resistencia, pues maese Chiquet pretendía haber sido atacado por el mendigo y haberse defendido a duras penas.

El cabo gritó:

«¡Venga, en pie!»

Pero Campana ya no podía moverse; por más que intentó alzarse sobre sus estacas no lo consiguió. Creyeron que era un engaño, una treta, mala voluntad por parte del malhechor, y los dos hombres armados, maltratándolo, lo agarraron y lo plantaron a la fuerza sobre sus muletas.

Le había dominado el miedo, ese miedo innato de los lebratos, ese miedo de la pieza ante el cazador, del ratón ante el gato. Y, con sobrehumanos esfuerzos, consiguió permanecer de pie.

«¡En marcha!», dijo el cabo. Empezó a caminar. Todo el personal de la granja lo miraba irse. Las mujeres lo amenazaban con el puño; los hombres se burlaban, lo insultaban: ¡por fin lo habían cogido! ¡Fuera de aquí con viento fresco!

Se alejó entre sus dos guardianes. Encontró la energía desesperada que necesitaba para arrastrarse todavía hasta la tarde, embrutecido, sin saber siquiera lo que le ocurría, demasiado asustado para comprender nada.

La gente que encontraban se detenía para verlo pasar, y los campesinos murmuraban:

«¡Algún ladrón!»

Al anochecer llegaron a la capital del distrito. Nunca había ido hasta allí. No imaginaba realmente lo que ocurría, ni lo que podía pasarle. Todas aquellas cosas terribles, imprevistas, aquellas caras y aquellas casas nuevas lo consternaban.

No pronunció una sola palabra; no tenía nada que decir porque ya no comprendía nada. Además, hacía tantos años que no hablaba con nadie, que casi había perdido el uso de su lengua; y sus ideas también eran demasiado confusas para formularse mediante palabras.

Lo encerraron en la cárcel de la población. Los gendarmes no pensaron que podía tener necesidad de comer, y lo dejaron hasta el día siguiente.

Pero, cuando al día siguiente fueron a interrogarlo a hora temprana, lo encontraron muerto en el suelo. ¡Qué sorpresa!

La felicidad[157]

Era la hora del té, antes de que trajeran las lámparas. El chalet dominaba el mar; el sol, desaparecido, había dejado el cielo todo rosa a su paso, frotado con polvo de oro; y el Mediterráneo, sin una arruga, sin un estremecimiento, liso, todavía brillante bajo el día moribundo, parecía una placa de metal bruñida y desmesurada.

A lo lejos, a la derecha, las dentadas montañas dibujaban su perfil negro sobre la púrpura pálida del poniente.

Se hablaba del amor, se discutía ese viejo tema, se repetían cosas que ya se habían dicho, con mucha frecuencia. La melancolía dulce del crepúsculo alargaba las palabras, hacía flotar un enternecimiento en las almas, y esa palabra, «amor», que volvía una y otra vez, pronunciada unas veces por una fuerte voz de hombre, dicha otras por una voz de mujer de timbre ligero, parecía llenar el saloncito, revolotear en él como un pájaro, planear como un espíritu.

¿Se puede amar varios años seguidos?

«Sí, pretendían unos.

—No, afirmaban otros».

Se distinguían los casos, se hacían demarcaciones, se citaban ejemplos, y todos, hombres y mujeres, llenos de recuerdos que surgían y turbaban, que no podían citar y que les subían a los labios, parecían emocionados, hablaban de esa cosa trivial y soberana, el acuerdo tierno y misterioso de dos seres, con una emoción profunda y un ardiente interés.

Pero de pronto, alguien, con los ojos clavados a lo lejos, exclamó:

«¡Oh!, miren allá, ¿qué es aquello?»

En el mar, al fondo del horizonte, surgía una masa gris, enorme y confusa.

Las mujeres se habían levantado y miraban sin comprender aquella cosa sorprendente que no habían visto nunca. Alguien dijo:

«¡Es Córcega! Se la ve así dos o tres veces al año en ciertas condiciones atmosféricas excepcionales, cuando el aire de una limpidez perfecta no la oculta ya con esas brumas de vapor de agua que velan siempre la lejanía.»

Se distinguían vagamente las crestas, creyeron reconocer la nieve de las cumbres. Y todo el mundo estaba sorprendido, turbado, casi asustado por aquella brusca aparición de un mundo, por aquel fantasma salido del mar. Quizá tuvieron esas visiones extrañas los que partieron, como Colón, a través de los océanos inexplorados.

Entonces un viejo caballero, que aún no había hablado, dijo:

«Miren, yo conocí en esa isla, que se alza delante de nosotros como para responder ella misma a lo que decíamos y traer a mi memoria un singular recuerdo, yo conocí en esa isla un admirable ejemplo de amor constante, y de un amor inverosímilmente feliz.

Fue el siguiente.»

*

Hice, hace cinco años, un viaje a Córcega. Esa isla salvaje es más desconocida y está más lejos de nosotros que América, aunque a veces se la vea desde las costas de Francia, como hoy.

Imaginen un mundo todavía en el caos, una tempestad de montañas que separan unos barrancos estrechos por donde corren torrentes; ni un solo llano, sino inmensas olas de granito y gigantescas ondulaciones de tierra cubiertas de montes bajos o de altos bosques de castaños y de pinos. Es un suelo virgen, inculto, desierto, aunque en ocasiones se divise una aldea parecida a un montón de rocas en la cumbre de un monte. No hay cultivos, ni industria, ni artesanías. Nunca se encuentra un trozo de madera labrada, un fragmento de piedra esculpida, nunca el recuerdo del gusto infantil o refinado de los antepasados por las cosas graciosas y bellas. Eso mismo es lo que más impresiona en este magnífico y duro país: la indiferencia hereditaria por esa búsqueda de las formas seductoras que se llama el arte.

Italia, donde cada palacio, lleno de obras maestras, es una obra maestra en sí misma, donde el mármol, la madera, el bronce, el hierro, los metales y las piedras atestiguan el genio del hombre, donde los más pequeños objetos antiguos que andan rodando por las viejas mansiones revelan esa divina preocupación por la gracia, es para todos nosotros la patria sagrada que amamos porque nos muestra y nos prueba el esfuerzo, la grandeza, la potencia y el triunfo de la inteligencia creadora.

Y, frente a ella, la Córcega salvaje ha permanecido igual que en sus primeros días. El ser humano vive allí en su grosera casa, indiferente a cuanto no afecta a su existencia misma o a sus peleas de familia. Y ha pervivido con

los defectos y las cualidades de las razas incultas, violento, rencoroso, sanguinario con inconsciencia, pero también hospitalario, generoso, servicial, ingenuo, que abre su puerta a los que pasan y da su fiel amistad a cambio de la menor muestra de simpatía.

Hacía, pues, un mes que vagaba yo a través de esa isla magnífica con la sensación de que estaba en el fin del mundo. Ni posadas, ni tabernas, ni carreteras. Por senderos de mulo se llega a unos caseríos colgados de la ladera de las montañas, que dominan unos abismos tortuosos de donde se oye subir, por la noche, el ruido continuo, la voz sorda y profunda del torrente. Llama uno a las puertas de las casas. Pide refugio para la noche y con qué vivir hasta el día siguiente. Y uno se sienta a la humilde mesa, y duerme bajo el humilde techo; y por la mañana estrecha la mano tendida del huésped que os ha guiado hasta los límites de la aldea.

Y una noche, después de diez horas de marcha, llegué a una casita totalmente sola en el fondo de un estrecho valle que iba a arrojarse al mar una legua más allá. Las dos rápidas pendientes de la montaña, cubierta de matorrales, de rocas desprendidas y de grandes árboles, encerraban como dos sombrías murallas aquel barranco lamentablemente triste.

Alrededor de la choza, unas cuantas vides, un jardincillo y, más lejos, algunos castaños grandes, algo en fin con lo que vivir, una fortuna para esa comarca pobre.

La mujer que me recibió era vieja, severa y extraordinariamente limpia. El hombre, sentado en una silla de paja, se levantó para saludarme, luego volvió a sentarse sin decir una palabra. Su compañera me dijo:

«Perdónele; ahora está sordo. Tiene ochenta y dos años».

Me hablaba en el francés de Francia. Quedé sorprendido.

Le pregunté:

«¿No es usted de Córcega?»

Respondió:

«No, nosotros somos continentales. Pero hace ya cincuenta años que vivimos aquí.»

Una sensación de angustia y de miedo se apoderó de mí ante la idea de aquellos cincuenta años transcurridos en aquel sombrío agujero, tan lejos de las ciudades donde viven los hombres. Entró un viejo pastor, y se pusieron a comer el único plato de la cena, una espesa sopa donde habían cocido todo junto patatas, tocino y coles.

Cuando acabó la breve comida, fui a sentarme delante de la puerta, con el corazón encogido por la melancolía del sombrío paisaje, angustiado por ese

desamparo que a veces domina a los viajeros en ciertas noches tristes, en ciertos lugares desolados. Parece como si todo estuviera a punto de acabarse, la existencia y el universo. Bruscamente se percibe la horrible miseria de la vida, el aislamiento de todos, la nada de todo, y la negra soledad del corazón que se acuna y se engaña sí mismo con sueños hasta la muerte.

La vieja se reunió conmigo y, torturada por esa curiosidad que siempre vive en el fondo de las almas más resignadas, dijo:

«Entonces ¿viene usted de Francia?

—Sí, viajo por placer.

—¿Es usted de París, acaso?

—No, soy de Nancy».

Me pareció que la agitaba una emoción extraordinaria. Cómo vi, o, mejor dicho, sentí esto, no lo sé.

Ella repitió con voz lenta:

«¿Es usted de Nancy?»

El hombre apareció en la puerta, impasible como lo son todos los sordos.

Ella prosiguió:

«No importa. No oye.»

Luego, al cabo de unos segundos:

«Entonces ¿conoce a gente de Nancy?

—Pues claro, a casi todo el mundo.

—¿A la familia de Saint-Allaize?

—Sí, muy bien; eran amigos de mi padre.

—¿Cómo se llama usted?»

Dije mi nombre. Ella me miró fijamente, luego añadió, con esa voz baja que despiertan los recuerdos:

«Sí, sí, me acuerdo bien. Y los Brisemare, ¿qué fue de ellos?

—Murieron todos.

—¡Ah! ¿Y conocía a los Sirmont?

—Sí, el último es general».

Entonces, temblando de emoción, de angustia, de no sé qué sentimiento confuso, potente y sagrado, de no sé qué necesidad de confesar, de decirlo todo, de hablar de aquellas cosas que hasta entonces había tenido encerradas en el fondo de su corazón, y de aquella gente cuyo nombre turbaba su alma, dijo:

«Sí, Henri de Sirmont. Lo sé bien. Es mi hermano».

Y levanté los ojos hacia ella, estupefacto de sorpresa. Y de repente me vino el recuerdo.

Tiempo atrás, la historia había provocado un gran escándalo en la noble Lorena. Una muchacha bella y rica, Suzanne de Sirmont, había sido raptada por un suboficial de húsares del regimiento que mandaba su padre.

Era un muchacho guapo, hijo de campesinos, pero que llevaba bien el dormán azul, aquel soldado que había seducido a la hija de su coronel. Ella lo había visto, se había fijado en él, lo había amado viendo desfilar los escuadrones, sin duda. Pero ¿cómo había hablado con él, cómo habían podido verse, entenderse? ¿Cómo se había atrevido ella a hacerle comprender que lo amaba? Eso nunca se supo.

Nadie había adivinado nada ni presentido nada. Una noche, cuando el soldado acababa de licenciarse, desapareció con ella. Los buscaron, no los encontraron. Nunca hubo noticias de ellos, y la daban por muerta.

Y yo la encontraba así en aquel siniestro valle.

Entonces continué a mi vez:

«Sí, me acuerdo bien. Usted es la señorita Suzanne».

Ella hizo «sí» con la cabeza. Las lágrimas caían de sus ojos. Entonces, indicándome con una mirada al viejo inmóvil en el umbral de su choza, me dijo:

«Es él».

Y comprendí que seguía amándolo, que seguía viéndolo con sus ojos seducidos.

Pregunté:

«¿Ha sido feliz al menos?»

Respondió con una voz que salía del corazón:

—¡Oh!, sí, muy feliz. Me ha hecho muy feliz. Nunca he lamentado nada.

Yo la contemplaba triste, sorprendido, ¡maravillado por el poder del amor! Aquella joven rica había seguido a aquel hombre, a aquel campesino. Ella misma se había convertido en una campesina. Se había acostumbrado a su vida sin encantos, sin lujo, sin delicadeza de ninguna clase, se había plegado a sus costumbres sencillas. Y seguía amándolo. Se había convertido en mujer de un patán, con un gorro, con una falda de lienzo. Comía en un plato de barro en una mesa de madera, sentada en una silla de paja, un caldo de coles y patatas con tocino. Se acostaba en un jergón a su lado.

Nunca había pensado en nada, ¡sólo en él! No había echado de menos ni los adornos, ni las telas, ni las elegancias, ni la blandura de los asientos, ni la tibieza perfumada de las habitaciones rodeadas de colgaduras, ni la dulzura de las plumas donde los cuerpos se hunden para descansar. Nunca había tenido otra necesidad que él; con tal de que él estuviese allí, no deseaba nada.

Había abandonado la vida, muy joven, y el mundo, y a los que la habían criado y amado. Había ido, sola con él, a aquel barranco salvaje. Y él lo había sido todo para ella, todo lo que se desea, todo lo que se sueña, todo lo que se espera continuamente, todo lo que se espera sin fin. Él había colmado de felicidad su existencia, de un extremo a otro.

No habría podido ser más feliz.

Y toda la noche, mientras escuchaba la ronca respiración del antiguo soldado tendido en su jergón al lado de la que le había seguido tan lejos, yo pensaba en aquella extraña y sencilla aventura, en aquella felicidad tan completa, hecha con tan poco.

Y me marché al salir el sol, después de haber estrechado la mano de los dos viejos esposos.

*

El narrador se calló. Una mujer dijo:

«Da lo mismo, ella tenía un ideal demasiado fácil, necesidades demasiado primitivas y exigencias demasiado simples. No podía ser más que una tonta».

Otra dijo con voz lenta:

«¡Qué importa! Fue feliz».

Y allá lejos, en el fondo del horizonte, Córcega se hundía en la noche, volvía lentamente al mar, borraba su gran sombra surgida como para contar ella misma la historia de los dos humildes amantes que albergaba su ribera.

Soledad[158]

Era después de una cena de hombres. Había sido muy alegre. Uno de ellos, un viejo amigo, me dijo:

«¿Quieres que subamos a pie la avenida de los Campos Elíseos?»

Y fuimos, siguiendo a paso lento el largo paseo, bajo los árboles apenas vestidos de hojas todavía. Ningún ruido, sólo ese rumor confuso y continuo que París produce. Un aire fresco rozaba nuestra cara, y la legión de estrellas sembraba en el cielo negro un polvo de oro.

Mi compañero me dijo:

«No sé por qué respiro mejor aquí, de noche, que en cualquier otra parte. Me parece que mi pensamiento se ensancha. Por momentos tengo esa especie de destellos de la inteligencia que, durante un segundo, hacen creer que vamos a descubrir el divino secreto de las cosas. Luego, la ventana vuelve a cerrarse. Se acabó».

De vez en cuando veíamos deslizarse dos sombras a lo largo de los macizos; pasábamos delante de un banco en que dos seres, sentados uno al lado del otro, no formaban más que una mancha negra.

Mi vecino murmuró:

¡Pobre gente! No es repugnancia lo que me inspiran, sino una inmensa lástima. Entre todos los misterios de la vida humana hay uno que he descifrado: el gran tormento de nuestra existencia viene de que estamos eternamente solos, y todos nuestros esfuerzos, todos nuestros actos, sólo tienden a huir de esa soledad. Ésos, los enamorados de los bancos al aire libre, como nosotros, como todas las criaturas, tratan de que su aislamiento cese, aunque sólo sea durante un minuto; pero están, estarán siempre solos; y nosotros también.

Unos lo perciben más que otros, eso es todo.

Desde hace algún tiempo soporto ese abominable suplicio de haber comprendido, de haber descubierto la horrible soledad en que vivo, y sé que nada puede acabar con ella, nada, ¿me oyes? Intentemos lo que intentemos,

hagamos lo que hagamos, sean cuales fueren el impulso de nuestros corazones, la llamada de nuestros labios y la pasión de nuestros abrazos, siempre estamos solos.

Te he arrastrado esta noche a este paseo para no volver a casa, porque ahora sufro horriblemente la soledad de mi vivienda. ¿De qué me servirá? Yo te hablo, tú me escuchas, y estamos solos los dos, uno al lado del otro, pero solos. ¿Me comprendes?

Bienaventurados los simples de espíritu, dice la Escritura. Tienen la ilusión de la felicidad. Ellos sí que no sienten nuestra miseria solitaria, no vagan, como yo, por la vida, sin otro contacto que el de los codos, sin otra alegría que la egoísta satisfacción de comprender, de ver, de adivinar y de padecer infinitamente por el conocimiento de nuestro aislamiento[159].

Te parezco un poco loco, ¿verdad?

Escúchame. Desde que sentí la soledad de mi ser, me parece que me hundo, cada día más, en un subterráneo oscuro cuyos límites no encuentro, cuyo final no conozco, ¡y que quizá no tiene término! Voy por él sin nadie conmigo, sin nadie a mi alrededor, sin ningún ser vivo que haga la misma ruta tenebrosa. Ese subterráneo es la vida. A veces oigo ruidos, voces, gritos… avanzo a tientas hacia esos confusos rumores. Pero nunca sé exactamente de dónde parten; nunca encuentro a nadie, nunca encuentro otra mano en esa negrura que me rodea. ¿Me comprendes?

A veces, algunos hombres han adivinado ese sufrimiento atroz.

Musset exclamó:

> *Qui vient? Qui m'appelle? Personne.*
> *Je suis seul. - C'est l'heure qui sonne.*
> *O solitude! - O pauvreté!*[160]

Pero, en su caso, no era más que una duda pasajera, y no una certeza definitiva, como en el mío. Él era poeta; poblaba la vida con fantasmas, con sueños. Nunca estaba verdaderamente solo. — Mientras que yo, ¡yo estoy solo!

¿No escribió Gustave Flaubert, uno de los grandes desdichados de este mundo, porque era uno de los grandes lúcidos, esta frase desesperante a una amiga: «Todos estamos en un desierto. Nadie comprende a nadie[161]»?

No, nadie comprende a nadie, por más que se piense, que se diga, que se intente. ¿Sabe la tierra lo que pasa en esas estrellas de allá arriba, lanzadas como una grana de fuego a través del espacio, tan lejos que sólo percibimos la claridad de algunas, mientras el innumerable ejército de las demás se pierde

en el infinito, tan cercanas que acaso formen un todo, como las moléculas de un cuerpo?

Pues bien, el hombre no sabe más de lo que ocurre en otro hombre. Estamos más lejos el uno del otro que esos astros, más aislados, sobre todo, porque el pensamiento es insondable.

¿Sabes de algo más horrible que ese constante roce de seres que nunca podemos conocer? Nos amamos unos a otros como si estuviéramos encadenados, muy cerca, con los brazos extendidos, sin conseguir alcanzarnos. Nos atormenta una necesidad torturadora de unión, pero todos nuestros esfuerzos resultan estériles, inútiles nuestras entregas, infructuosas nuestras confidencias, impotentes nuestros abrazos, vanas nuestras caricias. Cuando queremos fundirnos, nuestros impulsos de uno hacia otro sólo nos hacen chocar el uno con el otro.

Nunca me siento más solo que cuando entrego mi corazón a algún amigo, porque entonces comprendo mejor el infranqueable obstáculo. Ese hombre está allí: ¡veo sus ojos claros mirándome!, pero su alma, que está detrás de ellos, ¡no puedo conocerla! Él me escucha. ¿Qué piensa? Sí, ¿qué piensa? ¿No comprende este tormento? Quizá me odia, o me desprecia, o se burla de mí. Piensa en lo que yo digo, me juzga, se burla, me condena, me considera mediocre o necio. ¿Cómo saber lo que piensa? ¿Cómo saber si me quiere como lo quiero yo? ¿Y qué es lo que se agita en esa cabecita redonda? ¡Qué misterio el pensamiento desconocido de un ser, el pensamiento oculto y libre, que no podemos ni conocer, ni guiar, ni dominar, ni vencer!

Y por más que quiera darme por entero, abrir todas las puertas de mi alma, no consigo entregarme. En el fondo, en lo más profundo, conservo ese lugar secreto del *Yo* donde nadie penetra. Nadie puede descubrirlo, entrar en él, porque nadie es como yo, porque nadie comprende a nadie.

¿Me comprendes tú al menos en este momento? No, ¡me juzgas loco! Me analizas, ¡te guardas de mí! Te preguntas: «¿Qué le pasa esta noche?» Pero si algún día consigues alcanzar, adivinar bien mi horrible y sutil sufrimiento, ven a decirme únicamente: *¡Te he comprendido!*, y me harás feliz, un segundo, quizá.

Son las mujeres las que me hacen percibir todavía mejor mi soledad.

¡Miseria! ¡Miseria! ¡Cómo he sufrido por ellas, porque a menudo me han dado, más que los hombres, la ilusión de no estar solo!

Cuando entramos en el Amor, parece que nos ensanchamos. ¡Nos invade una felicidad sobrehumana! ¿Sabes por qué? ¿Sabes de dónde viene esa

sensación de inmensa dicha? Es únicamente porque imaginamos no estar ya solos. El aislamiento, el abandono del ser humano parece cesar. ¡Qué error!

Más atormentada todavía que nosotros por esa eterna necesidad de amor que roe nuestro corazón solitario, la mujer es la gran mentira del Sueño.

Conoces esas horas deliciosas pasadas frente a frente con esa criatura de largos cabellos, de rasgos encantadores, y cuya mirada nos enloquece. ¡Qué delirio extravía nuestra mente! ¡Qué ilusión nos arrebata!

Ella y yo vamos a ser sólo uno enseguida, ¿verdad? Pero ese enseguida no llega nunca, y, tras semanas de expectativa, de esperanza y de alegría engañosa, de pronto, un día, me encuentro más solo de lo que nunca había estado.

Después de cada beso, de cada abrazo, el aislamiento crece. ¡Y qué desconsolador es, qué espantoso!

Fue un poeta, M. Sully Prudhomme, el que escribió:

> *Les caresses ne sont que d'inquiets transports,*
> *Infructueux essais du pauvre amour qui tente*
> *L'impossible union des âmes par les corps…*[162]

Y luego, adiós. Se acabó. Apenas si reconocemos a esa mujer que durante un momento de la vida lo ha sido todo para nosotros, y cuyo pensamiento íntimo, y sin duda trivial, nunca hemos conocido.

En las horas mismas en que parecía que, en un acuerdo misterioso de los seres, en un completo enmarañamiento de los deseos y de todas las aspiraciones, habíamos descendido hasta el hondón de su alma, una palabra, una sola palabra en ocasiones, nos revelaba nuestro error, nos mostraba, como un relámpago en la noche, el agujero negro entre nosotros.

Y sin embargo, lo mejor que sigue habiendo en el mundo es pasar una noche al lado de una mujer a la que amamos, sin hablar, casi completamente feliz con la sola sensación de su presencia. No pidamos más, pues dos seres nunca se mezclan.

En cuanto a mí, ahora he cerrado mi alma. Ya no le digo a nadie lo que creo, lo que pienso y lo que amo. Sabiéndome condenado a la horrible soledad, miro las cosas, sin emitir nunca mi parecer. ¡Qué me importan a mí las opiniones, las disputas, los placeres, las creencias! Al no poder compartir nada con nadie, me he desinteresado de todo. Mi pensamiento, invisible, permanece inexplorado. Tengo frases triviales para responder a las preguntas de cada día, y una sonrisa que dice: «sí» cuando no quiero tomarme siquiera la molestia de hablar.

¿Me comprendes?

Habíamos subido la larga avenida hasta el Arco de Triunfo de l'Étoile, luego habíamos vuelto a bajar hasta la plaza de la Concorde, porque mi amigo había dicho todo esto lentamente, añadiendo además muchas otras cosas de las que ya no me acuerdo.

Se detuvo y, bruscamente, tendiendo el brazo hacia el alto obelisco de granito, erguido sobre el adoquinado de París[163] y que perdía, en medio de las estrellas, su largo perfil egipcio, monumento exiliado, llevando en el costado la historia de su país escrita en signos extraños, mi amigo exclamó:

«Mira, todos somos como esa piedra».

Luego me dejó sin añadir palabra.

El barrilito[164]

A Adolphe Tavernier[165]

Maese Chicot, el posadero de Épreville[166], detuvo su tílburi ante la granja de la comadre Magloire, Era un hombretón de cuarenta años, colorado y tripudo, y con fama de malicioso.

Ató el caballo al poste de la cerca, luego entro en el patio. Poseía una finca lindante con las tierras de la vieja, tierras que codiciaba desde hacía mucho. Veinte veces había tratado de comprarlas, pero la Magloire, obstinada, se negaba a vendérselas.

«Aquí he nació, aquí morié», decía.

La encontró pelando patatas delante de su puerta. De setenta y dos años, era una mujer seca, llena de arrugas, encorvada, pero infatigable como una muchacha. Chicot le dio una palmada amistosa en la espalda, luego se sentó a su lado en una banqueta.

«Bien, agüela, y la salud, ¿siempre igual de güeña?

—No demasiao mal, ¿y usté, maese Prosper?

—Algunos dolorcillos; sin ellos, todo iría estupendo.

—Animo, pues.»

Y no dijo nada más. Chicot la contemplaba hacer su tarea. Sus dedos ganchudos, llenos de nudos, duros como patas de cangrejo, cogían como pinzas los grisáceos tubérculos de una canasta, y rápidamente les hacía dar vueltas, sacando largas tiras de piel bajo la hoja de un viejo cuchillo que sujetaba en la otra mano. Y cuando la patata se había vuelto completamente amarilla, la echaba en un cubo de agua. Tres descaradas gallinas se acercaban una tras otra hasta sus faldas para recoger las peladuras, luego echaban a correr llevando en el pico su botín.

Chicot parecía molesto, vacilante, ansioso, con algo en la lengua que no quería salir. Por fin se decidió:

«Dígame, comadre Magloire…

—¿Qué puedo hacer por usté?

—Esta granja, ¿sigue sin querer vendérmela?

—Sigo. No cuente con ello. Lo dicho, dicho, no insista.

—Es que se me ha ocurrío un acuerdo que nos vendría bien a los dos.

—¿Qué es?

—Lo siguiente: usted me la vende, pero se queda con ella de todos modos. ¿Qué le paece? Siga mi razonamiento.»

La vieja dejó de pelar sus legumbres y clavó en el posadero sus ojos vivos bajo sus párpados arrugados.

Continuó:

«Me explico. Le doy cada mes ciento cincuenta francos. Entienda bien: todos los meses le traigo, con mi tílburi, treinta escudos de cien *sous*. Y no ha cambiado na, na de na; usted sigue en su casa, no se preocupa por mí, ni me debe na. Lo único que tiene que hacer es coger mi dinero. ¿Le paece?»

La miraba con aire alegre, con aire de buen humor.

La vieja lo consideraba con desconfianza, buscando la trampa. Preguntó.

«Eso pa mí, pero, ¿pa usté? La granja no se la doy.»

Él prosiguió:

«No se preocupe na por eso. Usté se queda aquí mientras el buen Dios la deje vivir. Está en su casa. Sólo que me hará un papelito en el notario pa que luego esto me pertenezca. Usté no tiene hijos y sólo unos sobrinos que no le importan demasiado. ¿Le paece? Usté se queda con su hacienda mientras viva, y yo le doy treinta escudos de cien *sous* al mes. Pa usted todo es ganancia.»

La vieja estaba sorprendida, inquieta, pero tentada. Replicó:

«No digo que no. Sólo que quiero pensarlo. Vuelva a hablarme de eso la próxima semana. Le daré respuesta según lo que piense.»

Y maese Chicot se marchó, contento como un rey que acaba de conquistar un imperio.

La Magloire permaneció pensativa. No durmió la noche siguiente. Durante cuatro días, tuvo una fiebre de vacilación. Olfateaba que para ella había algo malo en la propuesta, pero la idea de los treinta escudos mensuales, de aquel hermoso dinero contante y sonante que iría a parar a su delantal, que le caería así, del cielo, sin hacer nada, la destrozaba de deseo.

Entonces se fue a ver al notario y le contó su caso. Éste le aconsejó aceptar la propuesta de Chicot, pero pidiéndole cincuenta escudos de cien *sous* en lugar de treinta, porque su granja valía por lo bajo sesenta mil francos.

«Si usted vive quince años, decía el notario, de esa forma él no pagará ni siquiera cuarenta y cinco mil francos.»

La vieja se estremeció ante la perspectiva de cincuenta escudos de cien *sous* mensuales; pero seguía desconfiando, temiendo mil imprevistos, argucias ocultas, y se quedó hasta la noche haciendo preguntas, sin poder decidirse a marcharse. Finalmente dijo que preparara el acta, y regresó a casa turbada como si se hubiera bebido cuatro jarros[167] de sidra nueva.

Cuando Chicot volvió para saber la respuesta, ella se hizo rogar mucho tiempo declarando que no quería, pero roída por el miedo a que el otro no consintiese en dar las cincuenta monedas de cien *sous*. Finalmente, como él insistía, enunció sus pretensiones.

El posadero sintió un acceso de decepción y se negó.

Entonces, para convencerlo, ella se puso a razonar sobre la duración probable de su vida.

«Seguro que sólo me quedan de cinco a seis años. Ya tengo setenta y tres, y no me estoy muy bien. La otra noche, creí que iba a finar. Me paecía que se me vaciaba el cuerpo, y hubo que llevarme a la cama.»

Pero Chicot no se dejaba engañar:

«Vamos, vamos, vieja redomada, está usted tan fuerte como el campanario de la iglesia. Vivirá ciento diez años por lo menos. Seguro que es usted la que me en tierra a mí.»

Perdieron todo el día en discusiones. Pero como la vieja no cedió, el posadero terminó consintiendo en darle los cincuenta escudos.

Firmaron el acta al día siguiente. Y la Magloire exigió diez escudos de gratificación.

Pasaron tres años. La buena mujer gozaba de una salud de encantamiento: parecía no haber envejecido un día, y Chicot se desesperaba. Tenía la impresión de estar pagando aquella renta desde hacía medio siglo, de que era engañado, timado, arruinado. De vez en cuando iba a visitar a la granjera igual que en julio se va a ver, en los campos, si los trigos están maduros para la hoz. Ella lo recibía con cierta malicia en la mirada. Se hubiera dicho que se felicitaba por la jugarreta que le había hecho; y él volvía a montar enseguida en su tílburi murmurando:

«¡A ver si revientas, saco de huesos!»

No sabía qué hacer. Hubiera querido estrangularla nada más verla. La odiaba con un odio feroz, solapado, con un odio de campesino robado.

Entonces buscó otros medios.

Por fin, un día volvió a verla frotándose las manos, como hizo la primera

vez cuando le había propuesto el trato.

Y después de haber hablado unos minutos:

«Dígame, comadre, ¿por qué no viene a comer a casa cuando pase por Épreville? Andan murmurando, dicen que ya no somos amigos, y eso me duele. Ya sabe que, en mi casa, usted no pagará. No soy de los que miran una comida. Y puede comer todo lo que quiera, no se contenga, eso me gustará.»

La Maglorie no se lo hizo repetir, y dos días más tarde, cuando iba al mercado en su carretón llevada por su criado Célestin, metió sin ningún recato su caballo en la cuadra de la posada de maese Chicot, y reclamó la comida prometida.

El posadero, radiante, la trató como a una dama, le sirvió pollo, morcilla, embutido, pierna de cordero y tocino con coles. Pero ella no comió casi nada, sobria como era desde la infancia y habiendo vivido siempre con un poco de sopa y un mendrugo de pan con mantequilla.

Chicot, desanimado, insistía. Ella tampoco bebía. Se negó a tomar café.

Él preguntó:

«Aceptará de todos modos una copita.

—¡Ah!, eso, sí. No digo que no.»

Y él llamó con todos sus pulmones, a través de la posada:

«Rosalie, trae el bueno, el superfino, el *fil-en-dix*[168].»

Y apareció la criada con una larga botella adornada con una hoja de parra en papel.

Llenó dos copitas.

«Pruébelo, comadre, es de lo mejor.»

Y la vieja se puso a beber muy despacio, a sorbitos, haciendo durar el placer. Cuando hubo vaciado su copa, la escurrió, luego dijo:

«Sí, es del bueno.»

No había terminado de hablar cuando Chicot le llenaba de nuevo la copa. Ella quiso rechazarla, pero era demasiado tarde, y la saboreó largamente, como la primera.

Él quiso entonces que aceptase una tercera ronda, pero ella se resistió. Él insistía.

«Esto es como leche, vea: yo me bebo diez, doce, sin complicaciones. Pasa como si fuera azúcar. Nada en la tripa, nada en la cabeza; se diría que se evapora en la lengua. ¡No hay nada mejor para la salud!»

Como le gustaba mucho, ella cedió, pero sólo tomó la mitad de la copa.

Entonces Chicot, en un impulso de generosidad, exclamó:

«Mire, ya que le gusta, voy a regalarle un barrilito, sólo para demostrarle que seguimos siendo buenos amigos.»

La vieja no dijo que no, y se fue, algo achispada.

Al día siguiente, el posadero entró en el patio de la Magloire, luego sacó del fondo de su coche una pequeña barrica enarcada de hierro. Enseguida quiso hacerle probar el contenido, para demostrarle que era el mismo aguardiente de calidad; y, después de que se hubieran bebido tres copas cada uno, él dijo al irse:

«Y ya sabe, cuando lo haya acabado, todavía queda; no se preocupe. No soy tacaño. Cuanto antes lo acabe, más contento estaré.»

Y montó en su tílburi.

Volvió cuatro días después. La vieja estaba delante de su puerta, cortando el pan de las sopas.

Él se acercó, la saludó, le habló pegado a su nariz, para olerle el aliento. Y reconoció un vaho de alcohol. Entonces su cara se iluminó.

«¿Me ofrecería una copa de aguardiente?», dijo.

Y brindaron dos o tres veces.

Pero no tardó en correr por la comarca el rumor de que la Magloire se emborrachaba a solas. Unas veces la recogían en la cocina, otras en el patio, y hasta en los caminos de los alrededores, y había que llevarla a su casa, inerte como un cadáver.

Chicot ya no iba a verla, y cuando le hablaban de la aldeana, murmuraba con cara triste:

«¿No es una desgracia haber cogido esa costumbre a su edad? Cuando uno es viejo, no tiene fuerzas. Eso terminará jugándole una mala pasada.»

Y en efecto, eso le jugó una mala pasada. Murió al invierno siguiente, por Navidad, después de caerse, borracha, en la nieve.

Y maese Chicot heredó la granja declarando:

«Si esa palurda no se hubiera dado a la bebida, seguro que tenía para diez años más.»

Châli[169]

A Jean Béraud[170]

El almirante de La Vallée, que parecía adormilado en su sillón, dijo con su voz de viejecita: «Sí, también yo tuve una aventurilla amorosa, muy singular, ¿quieren que se la cuente?»

Y habló sin moverse, desde el fondo de su ancho asiento, manteniendo en los labios aquella sonrisa arrugada que nunca le abandonaba, aquella sonrisa a lo Voltaire que le hacía pasar por un terrible escéptico.

I

Tenía yo entonces treinta años, y era teniente de navío cuando me encargaron una misión astronómica en la India Central. El gobierno inglés me facilitó todos los medios necesarios para llevar a cabo mi empresa, y no tardé en internarme con unos cuantos hombres en ese país extraño, sorprendente, prodigioso.

Se necesitarían veinte volúmenes para contar aquel viaje. Atravesé comarcas inverosímilmente magníficas; fui recibido por príncipes de belleza sobrehumana que vivían en medio de una magnificencia increíble. Durante dos meses me pareció que caminaba por un poema, que recorría un reino de hadas a lomos de elefantes imaginarios. Descubría en medio de bosques fantásticos ruinas inverosímiles; encontraba en ciudades de una fantasía de ensueño prodigiosos monumentos, finos y cincelados como joyas, ligeros como encajes y enormes como montañas, monumentos fabulosos, divinos, de una gracia tal que uno se enamora de sus formas igual que puede enamorarse de una mujer, y se experimenta al verlos un placer físico y sensual. En fin, como dice el señor Victor Hugo, caminaba totalmente despierto en un sueño[171].

Después alcancé por fin el término de mi viaje, la ciudad de Ganhara[172], antaño una de las más prósperas de la India central, en la actualidad muy venida a menos y gobernada por un príncipe riquísimo, autoritario, violento, generoso y cruel, el rajá Maddan, un verdadero soberano de Oriente, delicado y bárbaro, afable y sanguinario, de una gracia femenina y de una ferocidad despiadada.

La ciudad está en el fondo de un valle a orillas de un pequeño lago, rodeado por un pueblo de pagodas que bañan en el agua sus murallas.

De lejos, la ciudad forma una mancha blanca que crece al acercarse, y poco a poco se descubren los domos, las agujas, las flechas, todas las cimas elegantes y esbeltas de los graciosos monumentos indios.

Más o menos a una hora de las puertas encontré un elefante espléndidamente enjaezado, rodeado por una escolta de honor que me enviaba el soberano. Y fui llevado a palacio con gran pompa.

Me habría gustado tomarme tiempo para vestirme con lujo, mas la impaciencia regia no me lo permitió. Quería conocerme por encima de todo, saber lo que podría esperarse de mí como distracción, luego ya se vería.

Fui introducido, en medio de soldados bronceados como estatuas y vestidos con uniformes centelleantes, en una gran sala rodeada de galerías donde permanecían a pie firme hombres vestidos con trajes deslumbrantes y constelados de piedras preciosas.

Sobre un banco parecido a uno de nuestros bancos de jardín sin respaldo, pero revestido con una alfombra admirable, vi una masa reluciente, una especie de sol sentado; era el raja, que me esperaba, inmóvil, con unos ropajes del más puro amarillo canario. Llevaba encima diez o quince millones en diamantes, y solitaria, sobre su frente, brillaba la famosa Estrella de Delhi que siempre ha pertenecido a la ilustre dinastía de los Parihara de Mundore, de la que descendía mi anfitrión.

Era un muchacho de unos veinticinco años, que parecía tener sangre negra en las venas, aunque perteneciese a la más pura raza hindú. Tenía los ojos anchos, fijos, algo extraviados, los pómulos salientes, los labios gruesos, la barba rizada, la frente baja y unos dientes resplandecientes, agudos, que enseñaba con frecuencia en una sonrisa maquinal.

Se levantó y vino a tenderme la mano a la inglesa, luego me hizo sentar a su lado en un banco tan alto que mis pies casi no tocaban el suelo. Se estaba muy mal allá arriba.

Y enseguida me propuso una cacería de tigres para el día siguiente. La caza y los combates eran sus grandes ocupaciones y apenas si comprendía que

uno pudiera ocuparse de otra cosa. Estaba evidentemente convencido de que yo había viajado desde tan lejos sólo para distraerle un poco y acompañarlo en sus placeres.

Como lo necesitaba, y mucho, traté de halagar sus inclinaciones. Quedó tan satisfecho de mi actitud que quiso mostrarme inmediatamente un combate de luchadores, y me llevó a una especie de circo situado en el interior del palacio.

A una orden suya aparecieron dos hombres desnudos, cobrizos, las manos armadas con garras de acero; y se atacaron enseguida, tratando de golpearse con aquella arma cortante que trazaba sobre su negra piel largas desgarraduras de donde corría la sangre.

Esto duró mucho tiempo. Los cuerpos ya no eran más que llagas, y los combatientes seguían lacerándose la carne con aquella especie de rastrillo hecho de hojas afiladas. Uno de ellos tenía una mejilla destrozada; la oreja del otro estaba rajada en tres pedazos.

Y el príncipe miraba aquello con una alegría feroz y apasionada. Se estremecía de felicidad, lanzaba gruñidos de placer e imitaba, con gestos inconscientes, todos los movimientos de los luchadores, gritando sin cesar: «Hiere, hiere de una vez».

Uno de ellos cayó sin conocimiento; hubo que llevárselo de la arena, roja de sangre, y el rajá lanzó un largo suspiro de lástima, de pena porque aquello hubiera acabado.

Luego se volvió hacia mí para conocer mi opinión. Yo estaba indignado, pero lo felicité vivamente; y enseguida ordenó que me condujeran al Cuch-Mahal (palacio de placer), donde viviría.

Atravesé los inverosímiles jardines que allí se encuentran y llegué a mi residencia.

Aquel palacio, aquella joya situada en el extremo del parque real, bañaba todo un lado de sus murallas en el lago sagrado de Vihara. Era cuadrado, y en sus cuatro caras presentaba tres filas superpuestas de galerías con columnatas divinamente labradas. En cada esquina se alzaban unas torres ligeras, altas o bajas, solas o emparejadas, de tamaño desigual y fisionomía distinta, que parecían flores naturales crecidas sobre aquella graciosa planta de arquitectura oriental. Todas estaban rematadas por extraños tejados, semejantes a coquetos peinados.

En el centro del edificio, un poderoso domo elevaba hasta un encantador pináculo esbelto y totalmente calado su cúpula alargada y redonda, semejante a un seno de mármol blanco tendido hacia el cielo.

Y todo el monumento estaba cubierto, de arriba abajo, de esculturas, de esos exquisitos arabescos que embriagan la mirada, de procesiones inmóviles de delicados personajes, cuyas actitudes y gestos de piedra narraban las costumbres y los usos de la India.

Las habitaciones estaban iluminadas por ventanas de arcos dentellados que daban a los jardines. Sobre el suelo de mármol, ónices, lapislázulis y ágatas dibujaban graciosos ramilletes.

Apenas había tenido tiempo de terminar mi aseo cuando un dignatario de la corte, Haribadada, particularmente encargado de las comunicaciones entre el príncipe y yo, me anunció la visita del soberano.

Y apareció el rajá de azafrán, me estrechó de nuevo la mano y se puso a contarme mil cosas, preguntándome continuamente mi opinión, que me costaba mucho darle. Luego quiso enseñarme las ruinas del palacio antiguo, en la otra punta de los jardines.

Era un verdadero bosque de piedras, habitado por una población de grandes monos. Al acercarnos, los machos se pusieron a correr sobre los muros haciéndonos muecas horribles, y las hembras huían, mostrando su trasero pelado y llevando en sus brazos a sus crías. El rey se reía como un loco, me pellizcaba en el hombro para manifestarme su placer, y se sentó en medio de los escombros mientras, a nuestro alrededor, una asamblea de animales de patillas blancas, acurrucados en lo alto de las murallas, encaramados en todos los salientes, nos sacaban la lengua y nos mostraban el puño.

Cuando se cansó de este espectáculo, el soberano amarillo se levantó y se puso gravemente en marcha, llevándome siempre a su lado, satisfecho por haberme enseñado semejantes cosas el día mismo de mi llegada, y recordándome que al día siguiente tendría lugar una gran cacería de tigres en mi honor.

Asistí a aquélla, y a una segunda, a una tercera, a diez, a veinte seguidas. Perseguíamos sucesivamente a todos los animales que nutre la comarca: la pantera, el oso, el elefante, el antílope, el hipopótamo, el cocodrilo, qué sé yo, a la mitad de los animales de la creación. Me sentía reventado, asqueado de ver correr la sangre, harto de aquel placer siempre parecido.

Por fin se calmó el ardor del príncipe, y, ante mis insistentes plegarias, me dejó un poco de tiempo para trabajar. Ahora se contentaba con colmarme de presentes. Me enviaba joyas, telas magníficas, animales amaestrados, que Haribadada me presentaba con grave respeto aparente como si yo hubiera sido el sol mismo, aunque en el fondo me despreciara mucho.

Y cada día una procesión de servidores me traía en bandejas cubiertas una porción de cada plato de la comida real; cada día era obligatorio comparecer y complacerse muchísimo en alguna nueva diversión organizada para mí: danzas de bayaderas, juegos malabares, revistas de tropas, en todo lo que podía inventar aquel rajá hospitalario, aunque importuno, para enseñarme su sorprendente patria en todo su encanto y en todo su esplendor.

En cuanto me dejaban solo un rato, trabajaba o iba a ver a los monos, cuya compañía me agradaba infinitamente más que la del rey.

Pero una noche, cuando volvía de un paseo, encontré ante la puerta de mi palacio a Haribadada, solemne, que me anunció, en términos misteriosos, que en mi habitación me esperaba un regalo del soberano; y me presentó las excusas de su amo por no haber pensado antes en ofrecerme una cosa que debía de echar en falta.

Tras estas oscuras palabras, el embajador se inclinó y desapareció.

Entré y vi, alineadas junto a la pared y ordenadas por su altura, a seis niñitas, unas al lado de otras, inmóviles, parecidas a una brocheta de eperlanos. La de más edad quizá tenía ocho años; la más joven seis. En el primer momento no comprendí bien por qué habían instalado aquel pensionado en mi cuarto, luego adiviné la delicada atención del príncipe: era un harén lo que me regalaba. Lo había elegido muy joven por exceso de amabilidad. Porque en aquellas tierras, cuanto más verde es el fruto, más lo estiman.

Y me quedé totalmente confuso y molesto, avergonzado frente a aquellas chiquillas que me miraban con sus grandes ojos graves y que ya parecían saber lo que yo podía exigir de ellas.

No sabía qué decirles. Tenía ganas de rechazarlas, pero no se devuelve un presente del soberano. Hubiera sido una injuria mortal. De modo que tenía que quedarme con ellas, instalar en mi habitación aquel rebaño de niñas.

Estaban allí clavadas, sin dejar de mirarme, esperando mis órdenes, intentando leer en mis ojos lo que pensaba. ¡Maldito regalo! ¡Cómo me molestaba! Por fin, sintiéndome ridículo, pregunté a la mayor:

«Y tú, ¿cómo te llamas?»

Respondió: «Châli».

Aquella chiquilla de una piel preciosa, algo amarillenta, como de marfil, era una maravilla, una estatua con su cara de líneas alargadas y severas.

Entonces, para ver qué podría responder, quizá para ponerla en un aprieto, dije:

«¿Por qué estás aquí?»

Respondió con su voz dulce, armoniosa: «Vengo para hacer lo que te plazca exigir de mí, mi señor».

La chiquilla estaba adoctrinada.

E hice la misma pregunta a la más pequeña, que articuló claramente con su voz más débil: «Estoy aquí para lo que te plazca pedirme, amo mío».

Ésta parecía un ratoncito, era muy graciosa. La levanté en mis brazos y la besé. Las demás hicieron un movimiento, como para retirarse, pensando sin duda que yo acababa de señalar a la elegida, pero les ordené quedarse, y, sentándome a la manera india, las hice colocarse en corro a mi alrededor, luego empecé a contarles una historia de genios, pues yo hablaba pasablemente su lengua.

Escuchaban con toda atención, se estremecían con los detalles maravillosos, sentían escalofríos de angustia, agitaban las manos. Las pobres chiquillas apenas pensaban ya en la razón que las había hecho venir.

Cuando hube terminado el cuento, llamé a mi criado de confianza, Latchmân, e hice traer golosinas, mermeladas y pasteles, que comieron hasta ponerse enfermas; luego, como empezaba a divertirme aquella aventura, organicé juegos para entretener a mis mujeres.

Sobre todo, uno de aquellos entretenimientos tuvo enorme éxito. Yo hacía un puente con mis piernas, y mis seis crías pasaban por debajo corriendo, con la más pequeña abriendo la marcha y la más alta empujándome un poco porque nunca se agachaba lo suficiente. Esto les hacía soltar carcajadas ensordecedoras, y aquellas voces jóvenes resonando bajo las bóvedas de escasa altura de mi suntuoso palacio lo despertaban, lo poblaban de alegría infantil, lo amueblaban de vida.

Después me tomé gran interés en la instalación del dormitorio donde iban a acostarse mis inocentes concubinas. Y por último las encerré en sus cuartos custodiadas por cuatro mujeres de servicio que el príncipe me había enviado con ellas para cuidar a mis sultanas.

Durante ocho días, disfruté de verdad haciendo de papá con aquellas muñecas. Teníamos admirables partidas al escondite, al pilla-pilla, a las cuatro esquinas, que las sumían en delirios de felicidad, porque cada día les revelaba uno de aquellos juegos desconocidos, tan llenos de interés.

Mi morada se parecía ahora a una clase de escuela. Y mis amiguitas, vestidas con sedas admirables, con telas bordadas de oro y plata, corrían igual que animalitos humanos por las largas galerías y las tranquilas salas en las que una débil luz penetraba por los arcos de bóveda.

Luego, una noche, no sé cómo fue, la mayor, la que se llamaba Châli y que parecía una estatuilla de viejo marfil, se convirtió en mi mujer de verdad.

Era una criaturita adorable, dulce, tímida y alegre, que no tardó en amarme con un cariño ardiente y a la que yo amaba de modo extraño, avergonzado, con vacilaciones, con una especie de miedo a la justicia europea, con reservas, con escrúpulos, y sin embargo con una ternura sensual y apasionada. La adoraba como un padre, y la acariciaba como un hombre.

Perdón, señoras, voy demasiado lejos.

Las otras seguían jugando en aquel palacio, igual que una pandilla de gatos jóvenes.

Châli no se separaba de mí, salvo cuando yo iba a ver al príncipe.

Pasábamos juntos horas exquisitas en las ruinas del viejo palacio, en medio de los monos que se habían convertido en amigos nuestros.

Ella se echaba sobre mis rodillas y permanecía allí dándole vueltas a cosas en su cabecita de esfinge, o tal vez sin pensar en nada, pero conservando esa hermosa y encantadora postura hereditaria de esos pueblos nobles y soñadores, la postura hierática de las estatuas sagradas.

En una gran bandeja de cobre yo había llevado provisiones, pasteles, frutas. Y las monas iban acercándose, seguidas por sus crías, más tímidas; luego se sentaban a nuestro alrededor en círculo, sin atreverse a acercarse más, esperando que yo hiciese mi reparto de golosinas.

Entonces, casi siempre, un macho más audaz se me acercaba con la mano tendida como un mendigo; y yo le entregaba un trozo que él llevaba a su hembra. Y todas las demás empezaban a lanzar gritos furiosos, gritos de celos y de cólera, y yo sólo podía conseguir que cesase aquel horrible alboroto lanzándole a cada una su parte.

Como me encontraba muy a gusto en aquellas ruinas, quise llevar a ellas mis instrumentos de trabajo. Pero, en cuanto vieron el cobre de los aparatos de precisión, los monos, tomando sin duda aquellas cosas por ingenios de muerte, huyeron por todas partes lanzando clamores espantosos.

También pasaba a menudo mis veladas con Châli en una de las galerías exteriores que dominaba el lago de Vihara. Contemplábamos, sin hablar, la luna brillante que se deslizaba por el fondo del cielo lanzando sobre el agua un manto de plata estremecida, y allá abajo, en la otra orilla, la línea de pequeñas pagodas, semejantes a graciosos champiñones que hubieran hundido su pie en el agua. Y, cogiendo entre mis brazos la cabeza seria de mi pequeña amante, besaba lenta, largamente, su frente pulida, sus grandes ojos impregnados del secreto de aquella tierra antigua y fabulosa, y sus labios

tranquilos que se abrían bajo mi caricia. Y yo experimentaba una sensación confusa, potente, sobre todo poética, la sensación de que en aquella niña yo poseía a toda una raza, a aquella hermosa raza misteriosa de donde parecen haber salido todas las demás.

Mientras tanto, el príncipe seguía abrumándome a regalos.

Un día me mandó un objeto muy inesperado que provocó en Châli una admiración apasionada. Era una sencilla caja de conchas, una de esas cajas de cartón recubiertas por una envoltura de pequeñas conchas simplemente pegadas en la pasta. En Francia, habría valido como mucho cuarenta *sous*. Pero allí, el precio de aquella joya era inestimable. Sin duda era la primera que había entrado en el reino.

La coloqué sobre un mueble y la dejé allí, sonriendo ante la importancia dada a aquella miserable chuchería de bazar.

Pero Châli no se cansaba de contemplarla, de admirarla, llena de respeto y extasiada. De vez en cuando me preguntaba: «¿Me permites tocarla?» Y cuando se lo autorizaba, levantaba la tapa, volvía a cerrarla con grandes precauciones, acariciaba con sus finos dedos, muy despacio, el vellocino de pequeñas conchas, y parecía sentir, con ese contacto, un goce delicioso que penetraba hasta su corazón.

Entretanto yo había terminado mis trabajos y tenía que regresar. Me costó mucho tiempo decidirme, retenido ahora por mi cariño hacia mi amiguita. Al final hube de tomar una resolución.

El príncipe, desolado, organizó nuevas cacerías, nuevos combates de luchadores; pero, tras quince días de placeres, declaré que no podía seguir quedándome más tiempo, y él me devolvió mi libertad.

La despedida de Châli fue desgarradora. Lloraba, recostada sobre mí, con la cabeza en mi pecho, sacudida por la pena. Yo no sabía qué hacer para consolarla, porque mis besos no servían de nada.

De repente se me ocurrió una idea y, levantándome, fui a buscar la caja de conchas que puse entre sus manos. «Es para ti. Te pertenece.»

Entonces la vi sonreír al principio. Todo su rostro se iluminaba con una alegría interior, con esa alegría profunda de los sueños imposibles que se realizan de improviso.

Y me besó con furia.

Pese a ello, lloró con fuerza en el momento del último adiós.

Repartí besos de padre y pasteles al resto de mis mujeres, y partí.

II

Transcurrieron dos años, luego los azares del servicio marítimo volvieron a llevarme a Bombay. Por una serie de circunstancias imprevistas, me dejaron allí con una nueva misión para la que me designaba mi conocimiento del país y de la lengua.

Acabé mis trabajos lo antes posible, y, como aún me quedaban tres días por delante, quise hacer una breve visita a mi amigo el rey de Ganhara, y a mi querida mujercita Châli, a la que sin duda iba a encontrar muy cambiada.

El rajá Maddan me recibió con frenéticas demostraciones de alegría. Hizo degollar delante de mí a tres gladiadores, y no me dejó solo ni un segundo durante la primera jornada de mi regreso.

Al fin, por la noche, encontrándome libre, mandé llamar a Haribadada, y tras muchas preguntas diversas para desconcertar su perspicacia, le pregunté: «¿Y sabes qué ha sido de la pequeña Châli que el rajá me dio?»

El hombre puso cara triste, contrariada, y respondió con gran apuro:

«¡Más vale no hablar de ella!

—¿Por qué? Era una mujercita encantadora.

—Se echó a perder, señor.

—¿Cómo? ¿Châli? ¿Qué le pasó? ¿Dónde está?

—Quiero decir que terminó mal.

—¿Que terminó mal? ¿Ha muerto?

—Sí, señor. Cometió una mala acción».

Me encontraba muy emocionado, sentía palpitar mi corazón y una angustia me oprimía el pecho.

Continué: «¿Una mala acción? ¿Qué hizo? ¿Qué le ocurrió?»

Cada vez más apurado, el hombre murmuró: «Más vale que no lo pregunte.

—Sí, quiero saberlo.

—Había robado.

—¿Cómo? ¿Châli? ¿A quién robó?

—A usted, señor.

—¿A mí? ¿Y cómo?

—El día de su partida le quitó el cofre que el príncipe le había regalado. ¡Lo encontraron en sus manos!

—¿Qué cofre?

—El cofre de conchas.

—Pero si se lo había regalado yo».

El indio alzó hacia mí unos ojos estupefactos y respondió: «Sí, eso fue, en efecto, lo que ella juró con todos los juramentos sagrados, que usted se lo había dado. Pero no creyeron que usted hubiera podido regalar a una esclava un regalo del rey, y el rajá mandó castigarla.

—Castigarla, ¿cómo? ¿Qué le hicieron?

—La metieron en un saco, señor, y la arrojaron al lago desde esta ventana, desde la ventana de la habitación en que estamos, donde había cometido el robo».

Me sentí traspasado por la más atroz sensación de dolor que nunca he sentido, e hice seña a Haribadada de que se retirara para que no me viese llorar.

Y pasé la noche en la galería que dominaba el lago, en la galería en que tantas veces había tenido a la pobre niña en mis rodillas.

Y pensaba que el esqueleto de su bonito cuerpecillo descompuesto estaba allí, debajo de mí, en un saco de tela anudado por una cuerda, en el fondo de aquella agua negra que en otro tiempo juntos contemplábamos.

Al día siguiente volví a partir a pesar de los ruegos y el vehemente pesar del rajá.

Y ahora creo que nunca he amado a más mujer que a Châli.

El borracho[173]

I

El viento del norte soplaba tempestuoso, arrastrando por el cielo enormes nubes de invierno, pesadas y negras, que arrojaban furiosos chaparrones al pasar sobre la tierra.

El mar embravecido bramaba y azotaba la costa, precipitando contra la orilla enormes olas, lentas y babosas, que se derrumbaban con detonaciones de artillería. Llegaban muy despacio, una tras otra, altas como montañas, dispersando en el aire, bajo las ráfagas, la espuma blanca de sus crestas, lo mismo que el sudor de un monstruo.

El huracán se precipitaba en el pequeño valle de Yport[174], silbaba y gemía, arrancando las pizarras de los tejados, rompiendo los sobradillos, derribando las chimeneas, lanzando por las calles tales rachas de viento que sólo se podía caminar pegándose a las paredes, y que se hubieran llevado a los niños como hojas y los habrían lanzado al campo por encima de las casas.

Habían sirgado las barcas de pesca hasta el pueblo por temor al mar que iba a barrer la playa con la subida de la marea, y algunos marineros, escondidos tras el redondo vientre de las embarcaciones tumbadas de costado, contemplaban aquella cólera del cielo y del agua.

Luego se iban poco a poco, porque la oscuridad iba cayendo sobre la tempestad, envolviendo en sombra el Océano enloquecido, y todo el estrépito de los furibundos elementos.

Aún quedaban dos hombres, con las manos en los bolsillos, encorvados bajo las borrascas, el gorro de lana calado hasta los ojos, dos corpulentos pescadores normandos de sotabarba ruda, con la piel quemada por las ráfagas saladas de alta mar, de ojos azules con una pinta negra en el centro, esos ojos penetrantes de los marineros que ven al final del horizonte, como un ave de presa.

Uno de ellos decía: «Venga, vente, Jérémie. Vamos a pasar el tiempo jugando al dominó[175]. Yo pago».

El otro aún dudaba, tentado por el juego y el aguardiente, sabiendo de sobra que si entraba en la taberna de Paumelle volvería una vez más a emborracharse, frenado también por la idea de su mujer, que se había quedado sola en la chabola.

Preguntó:

«Se diría que has apostao a emborracharme toas las noches. Dime, ¿qué se te da a ti, si siempre eres tú el que pagas?»

Y de cualquier modo se reía ante la idea de todo aquel aguardiente bebido por cuenta de otro; se reía con una risa satisfecha de normando aprovechado.

Mathurin, su camarada, seguía tirándole del brazo.

«Venga, vente, Jérémie. No hace una noche como pa volver a casa sin na caliente en la barriga. ¿De qué ties miedo? ¿No te va a calentar la cama tu mujer?»

Jérémie replicaba:

«La otra noche ni he podío encontrar la puerta. Casi tuvieron que pescarme en el arroyo de delante de casa».

Y volvía a reírse con aquel recuerdo de borrachín mientras caminaba despacio hacia el café de Paumelle, cuyos cristales iluminados brillaban; caminaba tirado por Mathurin y empujado por el viento, incapaz de resistir a esas dos fuerzas.

La sala baja estaba llena de marineros, de humo y de gritos. Todos aquellos hombres, vestidos de lana, de codos sobre las mesas, vociferaban para hacerse oír. Cuantos más bebedores entraban, más había que chillar en el barullo de voces y de fichas de dominó golpeadas contra el mármol, como si quisieran hacer más ruido todavía.

Jérémie y Mathurin fueron a sentarse en un rincón y empezaron una partida, y las copas desaparecían, una tras otra, en la profundidad de sus gargantas.

Después jugaron más partidas, bebieron más copas. Mathurin continuaba sirviendo aguardiente, guiñándole el ojo al tabernero, un gordo tan colorado como el fuego y que se divertía como si estuviera al tanto de alguna broma pesada; y Jérémie engullía el alcohol, balanceaba la cabeza, soltaba risotadas que parecían rugidos mirando a su compadre con un aire alelado y contento.

Todos los clientes iban yéndose. Y cada vez que uno de ellos abría la puerta del exterior para marcharse, una ráfaga de viento entraba en el café, removía tempestuoso el pesado humo de las pipas, balanceaba las lámparas en el extremo de su cadena y hacía vacilar sus llamas; y de repente se oía el choque profundo de una ola desmoronándose y el bramido de la borrasca.

Con el cuello desabrochado, Jérémie adoptaba actitudes de borracho, con una pierna extendida y un brazo colgante; y con la otra mano sujetaba sus fichas.

Se habían quedado solos con el dueño, que se había acercado, muy interesado.

Preguntó:

«Bueno, Jérémie, ¿qué tal marcha la cosa por ahí dentro? ¿Te has refrescao a fuerza de regarte?»

Y Jérémie farfulló:

«Cuanto más se echa, más seco está aquí dentro».

El tabernero miraba a Mathurin con aire astuto. Dijo:

«Y tu hermano, Mathurin, ¿dónde anda a estas horas?»

El marinero tuvo una risa muda:

«Está calentito, no te preocupes».

Y los dos miraron a Jérémie, que colocaba triunfalmente el seis doble anunciando:

«Ahí tienes el síndico[176]».

Cuando hubieron acabado la partida, el patrón declaró:

«¿Sabéis, muchachos?, yo voy a meterme en la piltra. Os dejo una lámpara y la botella. Hay hasta veinte *sous* a bordo. Cierra la puerta de fuera, Mathurin, y méteme la llave bajo el sobradillo como hiciste la otra noche».

Mathurin replicó:

«No te preocupes. Entendío».

Paumelle estrechó la mano de sus dos clientes tardíos y subió pesadamente su escalera de madera. Durante unos minutos, su peso resonó en la pequeña casa; luego, un enorme crujido reveló que acababa de meterse en la cama.

Los dos hombres siguieron jugando; de vez en cuando, una rabia más fuerte que el huracán sacudía la puerta, hacía temblar las paredes, y los dos bebedores levantaban la cabeza como si alguien fuera a entrar. Luego Mathurin cogía la botella y llenaba la copa de Jérémie. Pero de repente el reloj colgado encima del mostrador dio las doce. Su timbre ronco parecía un choque de cacerolas, y los golpes vibraban largo rato, con una sonoridad de chatarra.

Mathurin se levantó al punto, como un marinero cuya guardia ha terminado:

«Vamos, Jérémie, hay que largarse».

El otro se puso en movimiento con más trabajo, recobró el equilibrio apoyándose en la mesa; luego alcanzó la puerta y la abrió mientras su compañero apagaba la lámpara.

Cuando estuvieron en la calle, Mathurin cerró la tienda; luego dijo:

«Hala, buenas noches, hasta mañana».

Y desapareció en las tinieblas.

*

Jérémie dio tres pasos, luego vaciló, extendió las manos, encontró una pared que lo mantuvo de pie y se puso de nuevo en marcha tropezando. De vez en cuando, una borrasca, metiéndose en la estrecha calle, lo lanzaba hacia delante, lo hacía correr unos cuantos pasos, después, cuando la violencia de la tromba cesaba, se detenía en seco, por haber perdido al que lo empujaba, y volvía a oscilar sobre sus piernas caprichosas de borracho.

Iba por instinto hacia su casa, lo mismo que los pájaros van al nido. Por fin reconoció su puerta y empezó a tantearla para descubrir la cerradura y meter la llave. No encontraba el agujero y soltaba juramentos a media voz. Entonces empezó a darle puñetazos, llamando a su mujer para que acudiese en su ayuda.

«¡Mélina! ¡Eh, Mélina!»

Como se apoyaba contra la hoja para no caer, la puerta cedió, se abrió, y Jérémie, al perder el apoyo, entró en su casa cayéndose al suelo, fue a darse de bruces en medio de su hogar, y notó que algo pesado pasaba por encima de su cuerpo y luego huía en la noche.

No se movía, estupefacto de miedo, enloquecido, con un pavor al diablo, a los aparecidos, a todas las cosas misteriosas de las tinieblas, y esperó largo rato sin atreverse a hacer ningún movimiento. Pero como vio que no se movía nada, recuperó un poco de razón, la razón confusa de borracho.

Se sentó muy despacio. Esperó de nuevo largo rato y, envalentonándose al fin, gritó:

«¡Mélina!»

Su mujer no respondió.

Entonces, de repente, una duda cruzó su cerebro oscurecido, una duda indecisa, una sospecha vaga. No se movía; permanecía allí, sentado en el suelo, en la oscuridad, buscando sus ideas, aferrándose a reflexiones tan incompletas y vacilantes como sus pies.

Volvió a preguntar:

«Dime quién era, Mélina. Dime quién era. No te haré nada».

Esperó. Ninguna voz se alzó en la sombra. Ahora razonaba en alto.

«¡Estoy bebío, claro! ¡Estoy bebío! Es él, que me ha emborracho así, ese desgraciado; es él, para que no vuelva. ¡Estoy bebío!»

Y proseguía:

«Dime quién era, Mélina, o voy a hacer un disparate».

Tras esperar de nuevo, proseguía con una lógica lenta y obstinada de borracho:

«Es él, que me ha retenido en la taberna de ese vago de Paumelle; y las otras noches igual, pa que no vuelva a casa. ¡Es el cómplice! ¡Ah, qué mamón!»

Lentamente consiguió ponerse de rodillas. Una cólera sorda lo embargaba, mezclándose a la fermentación de las bebidas.

Repitió:

«¡Dime quién era, Mélina, o te zurro, te lo aviso!»

Ahora estaba de pie, estremecido por una cólera fulminante, como si el alcohol que tenía en el cuerpo se hubiera inflamado en sus venas. Dio un paso, tropezó con una silla, la cogió, siguió caminando, encontró la cama, la palpó y sintió dentro el cuerpo caliente de su mujer.

Entonces, enloquecido de rabia, bramó:

«¡Ah, estabas ahí, cerda, y no contestabas!»

Y levantando la silla que sostenía en su robusto puño de marinero, la descargó ante sí con furia exasperada. Un grito brotó de la cama; un grito enloquecido, desgarrador. Entonces se puso a golpear como un batidor de lana en una granja. Y enseguida todo quedó en calma. La silla volaba hecha trizas; pero en la mano le quedaba una pata, y él seguía golpeando, jadeante.

Luego, de repente, se detuvo para preguntar:

«¿Me dirás quién era a esta hora?»

Mélina no respondió.

Entonces, extenuado de fatiga, embrutecido por su violencia, se sentó en el suelo, se estiró y se durmió.

Cuando se hizo de día, un vecino, al ver su puerta abierta, entró. Vio a Jérémie, que roncaba en el suelo, donde yacían los restos de una silla, y, en la cama, una papilla de carne y de sangre.

La cabellera[177]

Las paredes de la celda estaban desnudas, encaladas. Una ventana estrecha y enrejada, abierta a gran altura para que no pudiera alcanzarse, iluminaba aquel cuartito claro y siniestro; y el loco, sentado en una silla de paja, nos miraba con unos ojos fijos, vacíos y atormentados. Era muy delgado, con mejillas hundidas y cabellos casi blancos que se adivinaban encanecidos en unos pocos meses. Sus ropas parecían demasiado anchas para sus miembros enjutos, para su pecho encogido, para su vientre hueco. Uno sentía que aquel hombre estaba destruido, roído por su pensamiento, por un Pensamiento, como una fruta por un gusano. Su Locura, su idea, estaba allí, en aquella cabeza, obstinada, atormentadora, devoradora. Se comía el cuerpo poco a poco. Ella, la Invisible, la Impalpable, la Inasequible, la Inmaterial Idea minaba la carne, bebía la sangre, extinguía la vida.

¡Qué misterio el de aquel hombre matado por un Sueño! ¡Daba pena, miedo y piedad aquel Poseso! ¿Qué sueño extraño, espantoso y mortal habitaba en aquella frente, que fruncía con profundas arrugas siempre en movimiento?

El médico me dijo: «Tiene terribles accesos de furia, es uno de los dementes más singulares que he visto. Sufre de locura erótica y macabra. Es una especie de necrófilo. Además, ha escrito un diario que nos muestra de la forma más clara del mundo la enfermedad de su ánimo. En él, su locura es, por así decir, palpable. Si le interesa, puede echar una ojeada a ese documento». Seguí al doctor a su gabinete, y él me entregó el diario de aquel hombre desgraciado. «Léalo, dijo, y ya me dirá su opinión.»

Esto es lo que contenía aquel cuaderno:

*

Hasta la edad de treinta y dos años viví tranquilo, sin amor. La vida me parecía muy sencilla, muy buena y muy fácil. Era rico. Me gustaban tantas

cosas que no podía apasionarme por nada. ¡Qué bueno es vivir! Cada día me despertaba feliz para hacer cosas que me gustaban, y me acostaba satisfecho, con la apacible esperanza del día siguiente y de un futuro sin preocupaciones.

Había tenido algunas amantes sin haber sentido nunca mi corazón enloquecido por el deseo o mi alma lastimada de amor tras la posesión. Es bueno vivir así. Es mejor amar, pero es terrible. Además, los que aman como todo el mundo deben de experimentar una felicidad ardiente, acaso menor que la mía, porque el amor vino a mi encuentro de una manera increíble.

Al ser rico, buscaba muebles antiguos y viejos objetos; y a menudo pensaba en las manos desconocidas que habían palpado aquellas cosas, en los ojos que las habían admirado, en los corazones que las habían amado, ¡porque las cosas se aman! Con frecuencia me quedaba horas y horas y más horas mirando un pequeño reloj del siglo pasado. Era tan bonito, tan precioso, con su esmalte y su oro cincelado. Y todavía andaba como el día en que una mujer, en el arrebato de poseer joya tan fina, lo había comprado. No había dejado de palpitar, de vivir su vida mecánica, y seguía con su tictac regular después de un siglo. ¿Quién había sido la primera en llevarlo sobre su seno entre la tibieza de las telas, con el corazón del reloj latiendo contra el corazón de la mujer? ¿Qué mano lo había tenido en la yema de los dedos un poco calientes, le había dado vueltas y más vueltas, luego había limpiado los pastores de porcelana empañados un segundo por la transpiración de la piel? ¿Qué ojos habían espiado sobre aquella florida estera la hora esperada, la hora querida, la hora divina?

¡Cómo me habría gustado conocerla, ver a la mujer que había elegido aquel objeto exquisito y raro! ¡Está muerta! Estoy poseído por el deseo de las mujeres del pasado; ¡amo, en la distancia, a todas las que han amado! — La historia de las ternuras pasadas me llena el corazón de añoranzas. ¡Oh, la belleza, las sonrisas, las caricias jóvenes, las esperanzas! ¿No debería ser eterno todo eso?

¡Cómo he llorado, durante noches enteras, por las pobres mujeres de antaño, tan hermosas, tan tiernas, tan dulces, cuyos brazos se abrieron para el beso y que están muertas! ¡Pero el beso sí que es inmortal! Va de labio en labio, de siglo en siglo, de época en época. — Los hombres lo recogen, lo dan y mueren.

El pasado me atrae, el presente me asusta porque lo por venir es la muerte. Añoro todo lo que se ha hecho, lloro por todos los que vivieron; querría detener el tiempo, detener la hora. Pero ella va, sigue yendo, pasa, me roba de

segundo en segundo un poco de mí mismo para la nada de mañana. Y no reviviré nunca.

Adiós a las de ayer. Os amo.

Pero no soy digno de lástima. Encontré, sí, a la que esperaba; y gracias a ella disfruté de increíbles placeres.

Vagabundeaba por París una mañana soleada, con alma alegre y pie ligero, mirando las tiendas con ese interés vago del paseante ocioso. De repente vi en una tienda de antigüedades un mueble italiano del siglo XVII. Era muy hermoso, muy raro. Lo atribuí a un artista veneciano llamado Vitelli[178], célebre en esa época.

Luego pasé de largo.

¿Por qué me persiguió el recuerdo de aquel mueble con tanta fuerza que volví sobre mis pasos? Me paré de nuevo delante de la tienda para verlo otra vez, y sentí que me tentaba.

¡Qué cosa singular es la tentación! Se mira un objeto y, poco a poco, te seduce, te turba, te invade como haría un rostro de mujer. Su encanto penetra en nosotros, encanto extraño que proviene de su forma, de su color, de su fisionomía de cosa; y ya lo amamos, lo deseamos, lo queremos. Nos invade una necesidad de posesión, necesidad dulce al principio, como tímida, pero que aumenta, se vuelve violenta, irresistible.

Y los comerciantes parecen adivinar en la llama de la mirada el deseo secreto y creciente.

Compré aquel mueble y mandé llevarlo enseguida a mi casa. Lo coloqué en mi cuarto.

¡Oh! Compadezco a quienes no conocen esa luna de miel del coleccionista con el objeto que acaba de comprar. Uno lo acaricia con los ojos y con la mano como si fuera de carne; vuelve en todo momento a su lado, piensa constantemente en él adondequiera que vaya, haga lo que haga. Su amado recuerdo os sigue en la calle, en sociedad, por todas partes; y cuando se vuelve a casa, antes incluso de haberse quitado uno los guantes y el sombrero, va a contemplarla con ternura de amante.

De veras, durante ocho días adoré aquel mueble. Abría a cada instante sus puertas, sus cajones; lo manipulaba con arrobo, saboreando todas las alegrías íntimas de la posesión.

Pero una noche me di cuenta, cuando palpaba el espesor de un tablero, de que allí debía de haber un escondite. Mi corazón empezó a latir, y pasé la noche buscando el secreto sin poder descubrirlo.

Lo conseguí al día siguiente hundiendo una hoja de navaja en una rendija de la madera. Se deslizó una tabla y vi, extendida sobre un fondo de terciopelo negro, ¡una maravillosa cabellera de mujer!

Sí, una cabellera, una enorme trenza de cabellos rubios, casi rojos, que habían debido de ser cortados a ras de piel y atados con un cordón de oro.

¡Me quedé estupefacto, tembloroso, aturdido! Un perfume casi insensible, tan viejo que parecía el alma de un aroma, escapaba de aquel cajón misterioso y de aquella sorprendente reliquia.

La cogí, suavemente, casi religiosamente, y la extraje de su escondite. Al punto se desenrolló, derramando un torrente dorado que cayó hasta el suelo, espeso y ligero, ágil y brillante, como la cola de fuego de un cometa.

Me embargó una emoción extraña. ¿Qué era aquello? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué aquellos cabellos habían sido encerrados en aquel mueble? ¿Qué aventura, qué drama escondía aquel recuerdo?

¿Quién los había cortado? ¿Un amante un día de despedida? ¿Un marido un día de venganza? ¿O bien la misma que los había llevado sobre su frente un día de desesperación?

¿Fue en el instante de entrar en el claustro cuando habían arrojado allí aquella fortuna de amor, como una prenda dejada al mundo de los vivos? ¿Fue en el momento de inmovilizar en la tumba a la joven y bella muerta cuando el que la adoraba había guardado el adorno de su cabeza, lo único que pudo conservar de ella, la única parte viviente de su carne que no debía pudrirse, la única que aún podía amar y acariciar y besar en medio de la rabia de su dolor?

¿No era extraño que aquella cabellera hubiese permanecido así, cuando ya no quedaba una sola partícula del cuerpo del que había nacido?

Se me escurría entre los dedos, me cosquilleaba la piel con una caricia singular, con una caricia de muerta. Me sentía enternecido como si fuese a llorar.

La tuve mucho, muchísimo tiempo entre mis manos; luego me pareció que se agitaba, como si algo de su alma hubiera permanecido oculto dentro. Y volví a ponerla sobre el terciopelo deslustrado por el tiempo, y empujé el cajón y volví a cerrar el mueble, y me fui a las calles para soñar.

Caminaba sin saber a dónde, lleno de tristeza, y también lleno de turbación, de esa turbación que queda en el corazón después de un beso de amor. Me parecía que ya había vivido en otro tiempo, que había debido de conocer a aquella mujer.

Y los versos de Villon subieron a mis labios como sube un sollozo:

Dictes-moy où, ne en quel pays
Est Flora, la belle Romaine,
Archipiada, ne Thaïs,
Qui fut sa cousine germaine?
Echo parlant quand bruyt on maine
Dessus rivière, ou sus estan;
Qui beauté eut plus que humaine?
Mais où sont les neiges d'antan?
.....
La royne blanche comme un lys
Qui chantoit à voix de sereine,
Berthe au grand pied, Bietris, Aliys,
Harembourges qui tint le Mayne,
Et Jehanne la bonne Lorraine
Que Anglais bruslèrent à Rouen?
Où sont-ils, Vierge souveraine?
Mais où sont les neiges d'antan?[179]

Cuando volví a casa, sentí un irresistible deseo de ver de nuevo mi extraño hallazgo; y la cogí otra vez, y al tocarla sentí un largo escalofrío que me recorrió el cuerpo.

Sin embargo, durante unos días viví como de costumbre, aunque el pensamiento vivo de aquella cabellera no me abandonase nunca.

En cuanto volvía a casa, tenía que verla y tocarla. Daba la vuelta a la llave del armario con ese estremecimiento que se siente al abrir la puerta de la amada, porque tenía en las manos y en el corazón una necesidad confusa, singular, continua, sensual, de hundir mis dedos en aquel encantador arroyo de cabellos muertos.

Luego, una vez que había terminado de acariciarla, después de volver a cerrar el mueble, seguía sintiéndola allí, como si hubiera sido un ser vivo, oculto, prisionero; la sentía y seguía deseándola; tenía de nuevo la necesidad imperiosa de cogerla, de palparla, de excitarme hasta el malestar con aquel contacto frío, escurridizo, irritante, enloquecedor, delicioso.

Así viví un mes o dos, ya no sé. Me obsesionaba, me atormentaba. Me sentía feliz y torturado, como en una espera de amor, como después de las confesiones que preceden al abrazo.

Me encerraba a solas con ella para sentirla sobre mi piel, para hundir mis labios dentro de ella, para besarla, para morderla. La enrollaba alrededor de

mi cara, la bebía, ahogaba mis ojos en su onda dorada a fin de ver la luz rubia a través de ella.

¡La amaba! Sí, la amaba. No podía prescindir de ella, ni estar una hora sin volver a verla.

Y esperaba… esperaba… ¿qué? ¿No lo sabía? — A ella.

Una noche me desperté bruscamente con el pensamiento de que no me hallaba solo en mi cuarto.

Sin embargo, estaba solo. Pero no pude volver a dormirme; y como me agitaba en medio de una fiebre de insomnio, me levanté para ir a tocar la cabellera. Me pareció más suave que de costumbre, más animada. ¿Vuelven los muertos? Los besos con que la calentaba me hacían desfallecer de felicidad; y la llevé a mi cama, y me acosté, oprimiéndola contra mis labios, como a una amante a la que se va a poseer.

¡Los muertos vuelven! Ella vino. Sí, la vi, la tuve, la poseí, tal como era cuando vivía en otro tiempo, alta, rubia, gruesa, con los senos fríos y las caderas en forma de lira; y recorrí con mis caricias aquella línea ondulante y divina que va de la garganta a los pies siguiendo todas las curvas de la carne.

Sí, la tuve, todos los días, todas las noches. Ella volvió, la Muerta, la bella Muerta, la Adorable, la Misteriosa, la Desconocida, todas las noches.

Fue tan grande mi felicidad que no pude ocultarla. A su lado sentía un arrobo sobrehumano, ¡la alegría profunda, inexplicable de poseer a la Inasequible, a la Invisible, a la Muerta! ¡Ningún amante saboreó gozos más ardientes, más terribles!

No supe esconder mi felicidad. La amaba tanto que ya no quise separarme de ella. La llevé conmigo siempre, a todas partes. La paseé por la ciudad como mi mujer, y la llevé al teatro a palcos con celosías como mi amante… Pero la vieron… adivinaron… me la quitaron… Y me han arrojado en una prisión, como a un malhechor. Me la han quitado… ¡Oh, miseria!…

*

El manuscrito se detenía ahí. Y de pronto, cuando yo alzaba hacia el médico unos ojos asustados, un grito espantoso, un aullido de furia impotente y de deseo exasperado se alzó en el asilo.

«Escúchelo, dijo el doctor. Hay que duchar cinco veces al día a ese loco obsceno. El sargento Bertrand[180] no es el único que ha amado a las muertas.»

Yo balbucía, conmovido de asombro, de horror y de piedad:

«Pero… esa cabellera… ¿existe realmente?»

El médico se levantó, abrió un armario lleno de frascos y de instrumentos y me lanzó, de una punta a otra de su gabinete, un largo cohete de cabellos rubios que voló hacia mí como un pájaro de oro.

Me estremecí al sentir en mis manos su tacto acariciador y ligero. Y me quedé con el corazón palpitante de repugnancia y de deseo, de repugnancia como al contacto de objetos utilizados en los crímenes, de deseo como ante la tentación de una cosa infame y misteriosa.

El médico prosiguió, encogiéndose de hombros:

«El espíritu del hombre es capaz de todo».

Lo horrible[181]

La noche tibia descendía lentamente.

Las mujeres habían permanecido en el salón de la villa. Los hombres, sentados o a horcajadas en las sillas del jardín, fumaban delante de la puerta en corro, alrededor de una mesa redonda llena de tazas y pequeñas copas.

Sus puros brillaban como ojos en la sombra cada vez más densa. Acababan de contar un espantoso accidente ocurrido la víspera: dos hombres y tres mujeres ahogados en presencia de los invitados, frente a la casa, en el río.

El general de G*** dijo:

*

Sí, esas cosas son emocionantes, pero no horribles.

Lo horrible, esa vieja palabra, quiere decir mucho más que terrible. Un espantoso accidente como ése conmueve, altera, asusta; no enloquece. Para sentir el horror es preciso algo más que la emoción del alma y más que el espectáculo de una muerte espantosa, se necesita, o bien un escalofrío de misterio, o bien una sensación de espanto anormal, fuera de lo natural. Un hombre que muere, incluso en las condiciones más dramáticas, no causa horror; un campo de batalla no es horrible; la sangre no es horrible; los crímenes más viles raramente son horribles.

Miren, he aquí dos ejemplos personales que me hicieron comprender lo que puede entenderse por horror.

Fue durante la guerra de 1870. Nos retirábamos hacia Pont-Audemer, después de haber atravesado Ruán. El ejército, unos veinte mil hombres, veinte mil hombres derrotados, en desbandada, desmoralizados, extenuados, iba a darse de baja a Le Havre.

La tierra estaba cubierta de nieve. Caía la noche. No habíamos comido nada desde la víspera. Huíamos deprisa, porque los prusianos no estaban

lejos.

Toda la campiña normanda, lívida, manchada por las sombras de los árboles que rodeaban las granjas, se extendía bajo un cielo negro, pesado y siniestro.

En la luz apagada del crepúsculo no se oía otra cosa que un ruido confuso, tenue y sin embargo desmesurado de rebaño en marcha, un pateo infinito, mezclado con un vago golpeteo de escudillas o de sables. Los hombres, inclinados, encorvados, sucios, hasta harapientos a menudo, se arrastraban, se precipitaban en la nieve con un largo paso derrengado.

La piel de las manos se pegaba al acero de las culatas, pues esa noche helaba de un modo espantoso. Yo veía a menudo a un soldadito quitarse los zapatos para ir descalzo, por lo mucho que le hacía sufrir el calzado; y en cada huella dejaba un rastro de sangre. Luego, al cabo de un tiempo, se sentaba en un campo para descansar unos minutos, y no se levantaba. Cada hombre sentado era un hombre muerto.

A nuestras espaldas habíamos dejado a muchos de aquellos pobres soldados agotados que contaban con volver a seguir la marcha al momento, en cuanto sus rígidas piernas hubieran descansado un poco. Pero en cuanto habían dejado de moverse, de hacer circular, en la carne helada, su sangre casi inerte, un entumecimiento invencible los fijaba, los clavaba a tierra, cerraba sus ojos, paralizaba en un segundo aquel mecanismo humano sobrefatigado. Y se doblaban un poco, con la frente sobre las rodillas, aunque sin caer del todo, porque sus riñones y sus miembros se volvían inmóviles, duros como madera, incapaces de plegarse o de enderezarse.

Y nosotros, más robustos, seguíamos caminando, helados hasta el tuétano, avanzando, gracias a una fuerza de movimiento dado, en aquella oscuridad, en aquella nieve, en aquella campiña fría y mortal, aplastados por el dolor, por la derrota, por la desesperación, abrazados por la abominable sensación del abandono, del final, de la muerte, de la nada.

Vi a dos gendarmes que sujetaban por el brazo a un hombrecillo singular, viejo, sin barba, de aspecto realmente sorprendente.

Buscaban a un oficial, creyendo que habían cogido a un espía.

La palabra «espía» corrió enseguida entre los rezagados y se formó un círculo alrededor del prisionero. Una voz gritó: «¡Hay que fusilarlo!» Y todos aquellos soldados que se caían de abatimiento, que sólo se tenían en pie porque se apoyaban en sus fusiles, sintieron de pronto ese escalofrío de cólera furiosa y bestial que empuja a las multitudes a la matanza.

Quise decir algo; yo era entonces jefe de batallón; pero ya no se reconocía a los jefes, hasta a mí me habrían fusilado.

Uno de los gendarmes me dijo:

«Hace tres días que nos sigue. Pide a todo el mundo información sobre la artillería».

Traté de interrogar a aquella criatura:

«¿Qué hace usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué acompaña al ejército?»

Farfulló unas cuantas palabras en una jerga ininteligible.

Era realmente un personaje extraño, de hombros estrechos, de mirada astuta, y tan turbado ante mí que quedé totalmente convencido de que no era un espía. Parecía muy viejo y débil. Me miraba desde abajo con aire humilde, estúpido y taimado.

A nuestro alrededor los hombres gritaban:

«¡Al paredón! ¡Al paredón!»

Les dije a los gendarmes:

«¿Responden ustedes del prisionero?…»

No había terminado de hablar cuando una oleada terrible me derribó y, en un segundo, vi al hombre cogido por los soldados furiosos, derribado, golpeado, arrastrado al borde del camino y arrojado contra un árbol. Cayó, casi muerto ya, en la nieve.

Y acto seguido lo fusilaron. Los soldados disparaban sobre él, volvían a cargar sus armas, disparaban de nuevo con un encarnizamiento de animales. Disputaban para tener su oportunidad, desfilaban ante el cadáver y volvían a disparar sobre él, lo mismo que se desfila ante un ataúd para echar agua bendita.

Pero de pronto sonó un grito:

«¡Los prusianos! ¡Los prusianos!»

Y oí, por todo el horizonte, el rumor inmenso del ejército enloquecido que corría.

El pánico, provocado por aquellos disparos sobre el vagabundo, había enloquecido a los propios ejecutores, que, sin comprender que el espanto provenía de ellos mismos, echaron a correr y desaparecieron en la sombra.

Permanecí solo ante el cuerpo con los dos gendarmes, a quienes su deber había retenido a mi lado.

Levantaron aquella carne triturada, molida y sangrante.

«Hay que registrarlo», les dije.

Y les tendí una caja de cerillas que tenía en el bolsillo. Uno de los soldados alumbraba al otro. Yo permanecía de pie entre los dos.

El gendarme que manipulaba el cuerpo declaró:

«Vestido con una blusa azul, camisa blanca, pantalón y un par de zapatos».

Se apagó la primera cerilla; encendimos la segunda. El hombre continuó, mientras registraba los bolsillos:

«Un cuchillo de asta, un pañuelo de cuadros, una petaca, un trozo de bramante, un mendrugo de pan».

La segunda cerilla se apagó. Encendimos la tercera. El gendarme, tras haber palpado el cadáver un buen rato, declaró:

«Eso es todo».

Yo dije:

«Desnúdenlo. Quizá encontremos algo pegado a la piel».

Y para que los dos soldados pudieran actuar a la vez, yo mismo me puse a alumbrarles. Al resplandor rápido y pronto apagado de la cerilla los veía quitarle las ropas una por una, desnudar aquel paquete sangriento de carne todavía caliente y muerta.

Y de pronto uno de ellos balbució:

«¡Santo Dios, mi comandante, es una mujer!»

No sabría decirles la extraña y punzante sensación de angustia que me removió el corazón. No podía creerlo, y me arrodillé en la nieve, ante aquella masa informe para ver: ¡era una mujer!

Los dos gendarmes, sobrecogidos y desmoralizados, esperaban a que yo emitiese una opinión.

Pero yo no sabía qué pensar, qué suponer.

Entonces el cabo dijo lentamente:

«Quizá venía a buscar a su hijo que era soldado de artillería y del que no tenía noticias».

Y el otro respondió:

«Puede que fuera eso».

Y yo, que había visto cosas muy terribles, me eché a llorar. Y frente a aquella muerta, en aquella noche helada, en medio de aquella llanura negra, ante aquel misterio, ante aquella desconocida asesinada, sentí lo que quiere decir esa palabra: «¡Horror!»

Y el año pasado tuve esa misma sensación cuando interrogaba a uno de los supervivientes de la misión Flatters[182], un tirador argelino.

Ya conocen ustedes los detalles de ese drama atroz. Hay uno, sin embargo, que acaso ignoren.

El coronel se dirigía al Sudán por el desierto y atravesaba el inmenso territorio de los tuaregs, que son, en todo ese océano de arena que va del Atlántico a Egipto y del Sudán a Argelia, una especie de piratas comparables a los que asolaban en otro tiempo los mares.

Los guías que conducían la columna pertenecían a la tribu de los chambaa, de Uargla.

Cierto día montaron el campamento en pleno desierto, y los árabes declararon que, como el manantial estaba todavía un poco lejos, irían a buscar agua con todos los camellos.

Sólo un hombre advirtió al coronel de que lo traicionaban: Flatters no le creyó, y él mismo formó parte del convoy con los ingenieros, los médicos y casi todos sus oficiales.

Fueron asesinados junto al manantial, y todos los camellos capturados.

El capitán del destacamento árabe de Uargla, que se había quedado en el campamento, tomó el mando de los supervivientes, espahíes y tiradores, e inició la retirada abandonando pertrechos y víveres por falta de camellos para llevarlos.

Así pues, se pusieron en marcha en aquella soledad sin sombra y sin fin, bajo un cielo devorador que los quemaba de la mañana a la noche.

Una tribu fue a someterse y trajo dátiles. Estaban envenenados. Casi todos los franceses murieron y, entre ellos, el último oficial.

No quedaban más que algunos espahíes, entre ellos un sargento, Pobéguin, y algunos tiradores indígenas de la tribu chambaa. Todavía quedaban dos camellos. Desaparecieron una noche con dos árabes.

Entonces los supervivientes comprendieron que tenían que devorarse unos a otros, y, tan pronto como se descubrió la fuga de los dos hombres con los dos animales, los que quedaban se separaron y empezaron a caminar uno a uno por la blanda arena, bajo la llama aguda del cielo, a más distancia de tiro de fúsil uno de otro.

Así marchaban todo el día, levantando de trecho en trecho, en la extensión ardiente y llana, esas columnas de polvo que indican de lejos a los caminantes del desierto.

Pero una mañana uno de los viajeros empezó a torcer su dirección, acercándose a su vecino. Y todos se detuvieron para mirar.

El hombre hacia el que caminaba el soldado hambriento no huyó, sino que apuntó hacia el que venía. Cuando lo creyó a buena distancia, disparó. El otro no fue alcanzado y siguió avanzando, luego, apuntando a su vez, mató a su camarada.

Desde todo el horizonte corrieron entonces todos los demás para buscar su parte. Y el que había matado, despedazó al muerto y lo repartió.

Y aquellos aliados irreconciliables volvieron a separarse hasta que un próximo asesinato los reuniera.

Durante dos días vivieron de aquella carne humana compartida. Luego, cuando volvió el hambre, el que había sido el primero en matar mató de nuevo. Y de nuevo, como un carnicero, cortó el cadáver y se lo ofreció a sus compañeros, quedándose sólo con su parte.

Y así continuó aquella retirada de antropófagos.

El último francés, Pobéguin, fue asesinado al borde de un pozo la víspera del día en que llegaron los auxilios.

¿Comprenden ustedes ahora lo que yo entiendo por lo Horrible?

*

Esto es lo que nos contó, la otra noche, el general de G***.

Paseo[183]

Cuando el viejo Leras, tenedor de libros en la firma de los señores Labuze et Cie., salió del almacén, permaneció unos instantes deslumbrado por el resplandor del sol poniente. Había trabajado todo el día bajo la luz amarilla del mechero de gas, en el fondo de la trastienda, que daba al patio estrecho y profundo como un pozo. El cuartucho donde, desde hacía cuarenta años, pasaba sus días era tan sombrío que, incluso en pleno verano, apenas si podía dejar de iluminarlo de las once a las tres.

Siempre estaba húmedo y frío; y las emanaciones de aquella especie de fosa donde se abría la ventana entraban en la pieza oscura, la llenaban de olor a moho y de una hediondez de alcantarilla.

Desde hace cuarenta años, M. Leras llegaba todas las mañanas a las ocho a esa cárcel; y allí permanecía hasta las siete de la tarde, inclinado sobre sus libros, escribiendo con una aplicación de buen empleado.

Ahora ganaba tres mil francos[184] al año, después de haber empezado con mil quinientos. Se había quedado soltero, por no permitirle sus medios casarse. Y como nunca había gozado de nada, no deseaba gran cosa. De vez en cuando, sin embargo, harto de su tarea monótona y continua, formulaba un voto platónico: «Rediós, si tuviera cinco mil libras[185] de renta, me pasaría la vida tumbado a la bartola».

Nunca, por lo demás, se había tumbado a la bartola, por no haber tenido nunca más que sus honorarios mensuales.

Su vida había transcurrido sin acontecimientos, sin emociones y casi sin esperanzas. La facultad de los sueños, que todo el mundo lleva dentro de sí, nunca se había desarrollado en la medianía de sus ambiciones.

Había entrado a los veintiún años en la casa de los señores Labuze et Cie. Y no había salido.

En 1856 había perdido a su padre, luego a su madre en 1859. Y desde entonces, nada más que una mudanza en 1868, porque el propietario quiso aumentarle la renta.

Todos los días, al despertarse por la mañana, a las seis en punto, le hacía saltar de la cama un espantoso ruido de cadena que se despliega.

Dos veces, sin embargo, esa mecánica se había descompuesto, en 1866 y en 1874, sin que nunca hubiera sabido por qué. Se vestía, hacía la cama, barría el cuarto, quitaba el polvo de su sillón y de la parte superior de la cómoda. Todas estas faenas le exigían hora y media.

Luego salía, compraba un cruasán en la panadería Lahure, de la que había conocido a once patrones diferentes sin cambiar de nombre, y se ponía en camino comiéndose ese bollo.

Su existencia entera había transcurrido, por lo tanto, en la estrecha oficina sombría tapizada con el mismo papel. Había entrado joven, como ayudante de M. Brument y con el deseo de sustituirlo.

Lo había sustituido y ya no esperaba nada.

Toda esa cosecha de recuerdos que hacen los demás hombres en el curso de su vida, los acontecimientos imprevistos, los amores dulces o trágicos, los viajes aventureros, todos los azares de una existencia libre, habían sido extraños para él.

Los días, las semanas, los meses, las estaciones, los años se habían parecido. Todos los días, a la misma hora, se levantaba, partía, llegaba a la oficina, almorzaba, se iba a casa, cenaba y se acostaba, sin que nada hubiera interrumpido nunca la regular monotonía de los mismos actos, de los mismos hechos y de los mismos pensamientos.

Tiempo atrás se miraba el bigote rubio y el pelo ensortijado en el pequeño espejo redondo dejado por su predecesor. Ahora contemplaba todas las tardes, antes de irse, su bigote blanco y su frente calva en el mismo espejo. ¡Cuarenta años habían pasado, largos y rápidos, vacíos como un día de tristeza y parecidos como las horas de una mala noche! Cuarenta años de los que no quedaba nada, ni siquiera un recuerdo, ni siquiera una desgracia, desde la muerte de sus padres. Nada.

Aquel día, el señor Leras quedó deslumbrado, en la puerta de la calle, por el resplandor del sol poniente; y en vez de volver a casa, se le ocurrió la idea de dar una pequeña vuelta antes de cenar, cosa que le ocurría cuatro o cinco veces al año.

Llegó a los bulevares, bajo cuyos árboles reverdecidos se movía con prisa un tropel de gente. Era una tarde de primavera, una de esas primeras tardes cálidas y lánguidas que turban los corazones con una ebriedad de vida.

El señor Leras caminaba con su paso saltarín de viejo; andaba con jovialidad en la mirada, feliz por la alegría universal y la tibieza del aire.

Llegó a los Campos Elíseos y continuó andando, reanimado por los efluvios de juventud que pasaban en las brisas.

El cielo entero ardía; y el Arco de Triunfo recortaba su masa negra sobre el fondo llameante del horizonte, como un gigante de pie en un incendio. Cuando hubo llegado junto al monstruoso monumento, el viejo tenedor de libros sintió que tenía hambre, y entró en una taberna de vinos para cenar.

Le sirvieron delante de la tienda, en la acera, una pierna de cordero a la *poulette*[186], una ensalada y espárragos; y el señor Leras hizo la mejor cena que había hecho desde hacía mucho. Roció su queso de Brie con media botella de fino burdeos; luego bebió una taza de café, cosa que le ocurría raras veces, y después un vasito de *fine-champagne*[187].

Después de pagar, se sintió muy contento, muy vivaracho, algo alterado incluso. Y se dijo: «Estupenda tarde. Voy a seguir el paseo hasta la entrada del Bois de Boulogne. Me sentará bien».

Se puso en marcha de nuevo. Una vieja melodía, que antaño cantaba una de sus vecinas, le volvía obstinadamente a la cabeza:

Cuando el bosque florece
me dice mi enamorado:
Ven a respirar, hermosa,
debajo del emparrado[188].

La tarareaba una y otra vez, volviendo siempre a empezar. La noche había caído sobre París, una noche sin viento, una noche de estufa. El señor Leras seguía la avenida del Bois de Boulogne y miraba pasar los coches de punto. Llegaban, con sus ojos brillantes, uno detrás de otro, permitiendo ver durante un segundo a una pareja abrazada, la mujer con vestido claro, el hombre de negro.

Era una larga procesión de enamorados, que se paseaban bajo el cielo estrellado y ardiente. Él seguía andando. Ellos pasaban, seguían pasando, tendidos en los coches, mudos, apretados uno contra otro, perdidos en la alucinación, en la emoción del deseo, en el estremecimiento del abrazo próximo. La sombra cálida parecía llena de besos que revoloteaban, que flotaban. Una sensación de ternura volvía lánguido el aire, lo hacía más asfixiante. Toda aquella gente abrazada, toda aquella gente embriagada en la misma expectativa, en el mismo pensamiento, difundía a su alrededor una fiebre. Todos aquellos coches, llenos de caricias, lanzaban a su paso una especie de emanación sutil y turbadora.

El señor Leras, al final algo cansado de andar, se sentó en un banco para mirar el desfile de aquellos coches de punto cargados de amor. Y, casi de inmediato, una mujer llegó junto a él y se sentó a su lado.

«Buenas tardes, caballero», dijo ella.

Él no respondió. Ella prosiguió:

«Déjame quererte, tesoro; ya verás lo amable que soy».

Él dijo:

«Se equivoca usted, señora».

Ella pasó un brazo bajo el suyo:

«Vamos, no seas tonto, escucha…».

Él se había levantado y se alejó, con el corazón encogido.

Cien pasos más adelante otra mujer lo abordaba:

«¿Quiere sentarse un momento a mi lado, querido?»

Él replicó:

«¿Por qué hace usted ese oficio?»

Ella se plantó ante él, y con la voz cambiada, ronca, malvada, replicó:

«Maldita sea, ¡no siempre lo hago por placer!»

Él insistió con voz dulce:

«Entonces, ¿qué la empuja?»

Ella gruñó:

«Hay que vivir, ¡no te fastidia!»

Y se marchó canturreando.

El señor Leras estaba estupefacto. Otras mujeres pasaban a su lado, lo llamaban, lo invitaban. Le parecía que algo negro se extendía sobre su cabeza, una cosa desoladora.

Y volvió a sentarse en un banco. Los coches seguían pasando:

«Habría sido mejor no venir aquí, pensó; no me encuentro bien, estoy a disgusto».

Y se puso a pensar en todo aquel amor, venal o apasionado, en todos aquellos besos, pagados o libres, que desfilaban ante él.

¡El amor! Apenas lo conocía. En su vida sólo había habido dos o tres mujeres, por casualidad, por sorpresa, porque sus medios no le permitían ningún extra. Y pensaba en la vida que había llevado, tan distinta de la vida de todos los demás, en aquella vida tan sombría, tan taciturna, tan simple, tan vacía.

Hay seres que realmente no tienen suerte. Y de pronto, como si se hubiera desgarrado un velo, vio la miseria, la infinita, monótona miseria de su existencia: la miseria pasada, la miseria presente, la miseria futura; los

últimos días semejantes a los primeros, sin nada delante de él, nada detrás, nada a su alrededor, nada en el corazón, nada en ninguna parte.

El desfile de los coches seguía pasando. Siempre veía aparecer y desaparecer, en el rápido paso del coche de punto descubierto, los dos seres silenciosos y abrazados. Le parecía que la humanidad entera desfilaba ante él, ebria de alegría, de placer, de felicidad. Y él estaba solo mirándola, solo, completamente solo. Y estaría solo mañana, solo siempre, solo como nadie está solo. Se levantó, dio algunos pasos, y repentinamente fatigado, como si acabara de hacer un largo viaje a pie, volvió a sentarse en el siguiente banco. ¿Qué aguardaba? ¿Qué esperaba? Nada. Pensaba que debe de ser bueno, cuando uno es viejo, encontrar, de vuelta en casa, unos niños que parlotean. Es dulce envejecer cuando uno está rodeado de esos seres que te deben la vida, que te aman, te acarician, te dicen esas palabras deliciosas, y notas que reaniman el corazón y consuelan de todo.

Y al pensar en su cuarto vacío, en su pequeño cuarto limpio y triste donde nunca entraba nadie más que él, una sensación de desamparo le encogió el alma. Aquel cuarto se le apareció más lamentable todavía que su pequeña oficina.

Nadie iba allí, nadie hablaba jamás en él. Estaba muerto, mudo, sin eco de voz humana. Se diría que las paredes guardan algo de la gente que vive dentro, algo de su aspecto, de su figura, de sus palabras. Las casas habitadas por familias felices son más alegres que las moradas de los miserables. Su cuarto estaba vacío de recuerdos, como su vida. Y la idea de volver completamente solo a aquel cuarto, de acostarse en su cama, de repetir todos sus movimientos y todas sus tareas de cada noche lo espantó. Y como para alejarse más de aquel alojamiento siniestro y del momento en que tendría que volver, se levantó y, encontrando de pronto la primera alameda del Bois, entró en un montecillo bajo para sentarse en la hierba…

A su alrededor, encima de él, por todas partes, oía un rumor confuso, inmenso, continuo, hecho de ruidos innumerables y distintos, un rumor sordo, próximo, lejano, una vaga y enorme palpitación de vida: el aliento de París, respirando como un ser colosal.

El sol, ya alto, derramaba una oleada de luz sobre el Bois de Boulogne. Algunos coches empezaban a circular, y los jinetes llegaban alegremente.

Una pareja iba al paso por una alameda desierta. De repente, la joven, levantando los ojos, vio en las ramas una cosa parda; alzó la mano,

sorprendida, inquieta:

«Mire…, ¿qué es eso?»

Luego, lanzando un grito, se dejó caer en los brazos de su acompañante, que hubo de depositarla en tierra.

Los guardias, llamados enseguida, descolgaron a un viejo colgado de sus tirantes.

Se comprobó que la muerte se remontaba a la víspera por la noche. Los documentos que le encontraron encima revelaron que era tenedor de libros de la firma Labuze et Cie y que se llamaba Leras.

Se atribuyó la muerte a un suicidio cuyas causas no pudieron sospecharse. ¿Acaso un acceso súbito de locura?

El crimen del tío Boniface[189]

Aquel día, Boniface, el cartero, al salir de la casa de correos, comprobó que su recorrido sería menos largo que de costumbre, y sintió una viva alegría. A su cargo estaba toda la campiña alrededor del villorrio de Vireville, y cuando volvía, de noche, con su largo paso agitado, a veces llevaba más de cuarenta kilómetros en las piernas.

Así pues, el reparto quedaría hecho enseguida; hasta podría vagabundear un poco en el camino y volver a casa hacia las tres de la tarde. ¡Qué suerte!

Salió del villorrio por el camino de Sennemare y empezó su trabajo. Era junio, el mes verde y florido, el verdadero mes de las llanuras.

El hombre, vestido con su blusa azul y un quepis negro con galón rojo, atravesaba por estrechos senderos los campos de colza, de avena o de trigo, sepultado hasta los hombros en las cosechas; y su cabeza, pasando por encima de las espigas, parecía flotar sobre un mar en calma y verdeante que una brisa ligera ondulaba blandamente.

Entraba en las granjas por la cerca de madera plantada en los taludes que sombreaban dos hileras de hayas, y, saludando por su nombre al campesino: «Buenos días, señor Chicot», le tendía su periódico, *Le Petit Normand*. El granjero se limpiaba la mano en la trasera de los pantalones, recibía la hoja de papel y la metía en el bolsillo para leerla tranquilamente después de la comida del mediodía. El perro, alojado en un barril, al pie de un manzano inclinado, ladraba furiosamente tirando de la cadena, y el peatón, sin volverse, reanudaba su camino con apostura militar, alargando sus grandes piernas, el brazo izquierdo sobre su cartera y el derecho manejando un bastón, que marchaba como él, de forma continua y presurosa.

Repartió sus impresos y sus cartas en el caserío de Sennemare, luego volvió a ponerse en marcha a través de los campos para llevar el correo del recaudador, que vivía en una casita aislada a un kilómetro del villorrio.

Era un recaudador nuevo, el señor Chapatis, llegado la semana anterior y casado hacía poco.

Recibía un periódico de París, y, a veces, el cartero Boniface, cuando tenía tiempo, echaba una ojeada sobre el impreso antes de entregárselo al destinatario.

Así pues, abrió la cartera, cogió la hoja, la sacó de su faja, la desplegó y empezó a leerla mientras caminaba. La primera página no le interesaba casi nada; la política le dejaba frío; siempre saltaba directamente a las finanzas, pero la crónica de sucesos lo apasionaba.

Eran muy abundantes ese día. Se emocionó tan vivamente, incluso, con el relato de un crimen cometido en la barraca de un guardabosque que se detuvo en medio de un campo de trébol para releerlo despacio. Los detalles eran espantosos. Un leñador, al pasar muy de mañana junto a la vivienda forestal, había observado un poco de sangre en el umbral, como si alguien hubiera sangrado por la nariz. «Habrá matado algún conejo esta noche el guarda», pensó; pero, al acercarse, se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta y la cerradura había sido rota.

Sobrecogido entonces de miedo, corrió al pueblo para avisar al alcalde, que se llevó de refuerzo al guarda rural y al maestro; y los cuatro hombres volvieron juntos. Encontraron al guarda forestal degollado delante de la chimenea, a su mujer estrangulada debajo de la cama, y a su hijita, de seis años, asfixiada entre dos colchones.

El cartero Boniface quedó tan impresionado ante la idea de aquel asesinato, cuyas horribles circunstancias se le aparecían una tras otra, que sintió flojera en las piernas y dijo en voz alta:

«¡Diablo, qué canallas son algunas gentes!»

Luego volvió a meter el periódico en su faja de papel y reanudó su marcha, con la cabeza llena de la visión del crimen. No tardó en alcanzar la casa del señor Chapatis; abrió la barrera del jardincillo y se acercó a la casa. Era una construcción de escasa altura, que sólo tenía una planta baja rematada por un tejado abuhardillado. Estaba a una distancia de quinientos metros por lo menos de la casa más próxima.

El cartero subió los dos peldaños de la escalinata, puso la mano en la cerradura, trató de abrir la puerta y comprobó que estaba cerrada. Entonces se dio cuenta de que los postigos no habían sido abiertos, y de que nadie había salido aún ese día.

Una inquietud lo invadió, porque el señor Chapatis, desde su llegada, se había levantado bastante pronto. Boniface sacó su reloj. Sólo eran las siete y diez de la mañana, así pues había llegado con casi una hora de adelanto. No importa, el recaudador habría tenido que estar de pie.

Entonces dio la vuelta a la casa caminando con precaución, como si corriera algún peligro. No observó nada sospechoso, salvo unas pisadas de hombre en un arriate de fresas.

Pero de repente se quedó inmóvil, petrificado de angustia, al pasar delante de una ventana. En la casa alguien gemía.

Se acercó, saltando sobre un lindero de tomillo, pegó la oreja al sobradillo para escuchar mejor: seguro, alguien estaba gimiendo. Oía con toda claridad largos suspiros dolientes, una especie de estertor, un ruido de lucha. Luego los gemidos se hicieron más fuertes, más repetidos, se acentuaron más, se convirtieron en gritos.

Entonces Boniface, sin dudar ya de que un crimen estaba cometiéndose en aquel mismo momento en casa del recaudador, escapó a todo correr, volvió a cruzar el jardincillo, se lanzó a través del llano, por en medio de las cosechas, corriendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas, sacudiendo la cartera que le golpeaba los riñones, y llegó extenuado, jadeante, enloquecido, a la puerta de la gendarmería.

El cabo Malautour arreglaba con puntas y un martillo una silla rota. El gendarme Rautier sujetaba entre sus piernas el mueble averiado y colocaba la punta en los bordes de la rotura; entonces el cabo, masticándose el bigote, con los ojos desorbitados y humedecidos de atención, daba grandes golpes sobre los dedos de su subordinado.

El cartero, en cuanto los divisó, gritó:

«Vengan deprisa, ¡están asesinando al recaudador, rápido, rápido!»

Los dos hombres abandonaron su trabajo y levantaron la cabeza, esas cabezas asombradas de gente a la que se sorprende y se molesta.

Boniface, al verlos más sorprendidos que presurosos, repitió:

«¡Rápido, rápido! Los ladrones están en la casa, he oído los gritos, hay que darse prisa».

El cabo, dejando su martillo en el suelo, preguntó:

«¿Qué le ha dado conocimiento de ese hecho?»

El cartero respondió:

«Iba a llevarle el periódico y dos cartas cuando observé que la puerta estaba cerrada y que el recaudador no se había levantado. Di una vuelta a la casa para enterarme, y oí gemidos como si estuvieran estrangulando a alguien o le hubieran cortado el pescuezo, y entonces eché a correr a toda prisa para buscarles a ustedes. Hay que darse prisa».

El cabo, levantándose, dijo:

«¿Y no ha prestado auxilio a nadie?»

El cartero, asustado, respondió:

«Temía no ser suficiente, por el número».

Entonces el gendarme, convencido, anunció:

«Sólo el tiempo de vestirme y voy con usted».

Y entró en la gendarmería, seguido por su soldado, que llevaba la silla.

Salieron casi enseguida, y los tres se pusieron en camino, a paso gimnástico, hacia el lugar del crimen.

Al llegar cerca de la casa, aflojaron el paso por precaución, y el cabo sacó su revólver; luego penetraron muy despacio en el jardín y se acercaron al muro. Ningún rastro nuevo indicaba que los malhechores se hubieran marchado. La puerta seguía cerrada, las ventanas también.

«¡Ya los tenemos!», murmuró el cabo.

El tío Boniface, palpitante de emoción, le hizo pasar al otro lado y, señalándole un sobradillo, dijo:

«¡Ahí es!»

Y el cabo avanzó completamente solo y pegó su oreja a la tabla. Los otros dos esperaban, dispuestos a todo, con los ojos clavados en él.

Estuvo mucho tiempo inmóvil, escuchando.

Para acercar mejor la cabeza al postigo de madera se había quitado el tricornio y lo sostenía en la mano derecha.

¿Qué esperaba? Su figura impasible no revelaba nada, pero de pronto su bigote se erizó, sus mejillas se plegaron como en una risa silenciosa, y, saltando de nuevo el lindero de boj, volvió hacia los dos hombres, que lo miraban con estupor.

Luego les hizo seña de seguir caminando de puntillas; y, volviendo hacia la entrada, ordenó a Boniface que deslizara el periódico y las cartas por debajo de la puerta.

El cartero, desconcertado, obedeció sin embargo con docilidad.

«Y ahora, en marcha», dijo el cabo.

Pero nada más pasar la barrera se volvió hacia el cartero y, con aire de guasa, con una sonrisa burlona en los labios y los ojos saltones y brillantes de alegría:

«¡Qué pícaro es usted!»

El viejo preguntó:

«¿Por qué? Lo he oído, le juro que lo he oído».

Pero el gendarme, sin poder aguantarse, estalló en carcajadas. Reía como quien se asfixia, con las dos manos sobre el vientre, plegado en dos, con los

ojos llenos de lágrimas, con horribles muecas en torno a la nariz. Y los otros dos, estupefactos, lo miraban.

Pero como no podía hablar, ni dejar de reír, ni dar a entender lo que tenía, hizo un gesto, un gesto plebeyo y licencioso.

Como seguían sin comprenderle, lo repitió varias veces seguidas, señalando con un gesto de cabeza a la casa que seguía cerrada.

Y su soldado, comprendiendo de repente a su vez, estalló en una risotada formidable.

El viejo seguía estupefacto entre aquellos dos hombres que se desternillaban de risa.

Por fin, el cabo se tranquilizó, y lanzando al vientre del viejo una gran palmada de hombre que bromea, exclamó:

«¡Ah, qué bromista! ¡Maldito bromista! ¡Nunca olvidaré el crimen del tío Boniface!»

El cartero abría unos ojos enormes y repitió:

«Les juro que lo he oído».

El cabo se echó a reír de nuevo. Su gendarme estaba sentado en la hierba de la cuneta para desternillarse de risa a sus anchas.

«¡Ah!, ¿conque has oído? Y a tu mujer, ¿la asesinas así, eh, viejo bromista?

—¿Mi mujer?…»

Y se puso a reflexionar largo rato, luego continuó:

«Mi mujer… sí, berrea cuando le zurro la badana… Pero berrear es eso, berrear, ¿o qué? ¿Es que el señor Chapatis estaba pegando a la suya?»

Entonces el cabo, en un delirio de alegría, le hizo dar vueltas por los hombros como una muñeca, y le sopló al oído algo que dejó al otro abrumado de asombro.

Luego el viejo, pensativo, murmuró:

«No… así nunca…, así nunca…, así nunca… no dice nada la mía… Jamás habría creído… ¿será posible?… se habría jurado que la martirizaban…»

Y confuso, desorientado, avergonzado, reanudó su camino a campo traviesa, mientras el gendarme y el cabo, sin dejar de reír y gritándole de lejos burdas bromas de cuartel, miraban alejarse su quepis negro sobre el mar tranquilo de las cosechas.

El tic[190]

Los comensales entraban lentamente en el gran salón comedor del hotel y se sentaban en sus sitios. Los criados empezaron a servir muy despacio, para dar tiempo a llegar a los rezagados y no tener que traer de nuevo las bandejas; y los bañistas veteranos, los asiduos, aquellos cuya temporada estaba avanzada, miraban interesados la puerta cada vez que se abría, con el deseo de ver aparecer caras nuevas.

Ésa es la gran distracción de los balnearios. Se espera la cena para inspeccionar a los huéspedes llegados en el día, para adivinar lo que son, lo que hacen, lo que piensan. Un deseo merodea por nuestro ánimo, el deseo de encuentros agradables, de conocimientos amables, de amores tal vez. En esa vida de trato constante, los vecinos, los desconocidos, adquieren una importancia extremada. La curiosidad está despierta y la simpatía a la espera mientras la sociabilidad trabaja.

Se tienen antipatías de una semana y amistades de un mes, se ve a la gente con ojos distintos, bajo la óptica especial de una relación de balneario. Se descubre en los hombres, súbitamente, en la charla de una hora, por la noche, después de cenar, bajo los árboles del parque donde burbujea el manantial sanador, una inteligencia superior y méritos sorprendentes, y un mes más tarde se ha olvidado por completo a estos nuevos amigos, tan encantadores los primeros días.

También se contraen a veces lazos duraderos y serios más deprisa que en cualquier otra parte. Se ve uno todo el día, se conoce muy deprisa; y al afecto que empieza se mezcla algo de la dulzura y del abandono de las viejas intimidades. Más tarde se conserva el recuerdo cariñoso y tierno de esas primeras horas de amistad, el recuerdo de esas primeras charlas en las que se descubre el alma, de esas primeras miradas que interrogan y responden a las preguntas y a los pensamientos secretos que la boca todavía no dice, el recuerdo de esa primera confianza cordial, el recuerdo de esa sensación deliciosa de abrir el corazón a alguien que parece también abriros el suyo.

Y la tristeza de la estación balnearia, la monotonía de los días, todos semejantes, vuelven más completa de hora en hora esa eclosión de afecto.

Así pues, aquella noche, como todas las noches, esperábamos la entrada de caras desconocidas.

Sólo llegaron dos, pero muy extraños, un hombre y una mujer: padre e hija. Enseguida me dieron la impresión de que eran personajes de Edgar Poe[191]; y, sin embargo, había en ellos encanto, un encanto desdichado; me los imaginé como víctimas de la fatalidad. El hombre era muy alto y delgado, algo encorvado, de pelo totalmente blanco, demasiado blanco para su fisionomía todavía joven; y en su porte y su persona había cierta gravedad, esa contención austera que conservan los protestantes. La hija, de veinticuatro o veinticinco años quizá, era pequeñita, muy delgada también, muy pálida, con un aire cansado, fatigado, abrumado. Suele encontrarse con frecuencia personas así, que parecen demasiado débiles para las tareas y necesidades de la vida, demasiado débiles para moverse, para caminar, para hacer todo lo que hacemos a diario. Era bastante guapa aquella niña, con una belleza diáfana de aparición; y comía con extremada lentitud, como si casi hubiera sido incapaz de mover los brazos.

Seguramente era ella la que venía a tomar las aguas.

Se encontraron frente a mí, al otro lado de la mesa; e inmediatamente advertí que el padre tenía un tic nervioso muy singular.

Cada vez que quería coger un objeto, su mano describía un rápido rodeo, una especie de zigzag frenético, antes de llegar a tocar lo que buscaba. Al cabo de unos instantes ese movimiento me cansó tanto que aparté la cabeza para no verlo.

También advertí que la joven no se había quitado, para comer, el guante de la mano derecha.

Después de la cena, fui a dar una vuelta por el parque del establecimiento termal. Esto ocurría en un pequeño balneario de Auvernia, Châtelguyon[192], escondido en una garganta, al pie de la alta montaña, de esa montaña desde donde corren tantos manantiales hirvientes, nacidos en el profundo hogar de antiguos volcanes. Allá lejos, encima de nosotros, los domos, cráteres apagados, alzaban sus cabezas truncadas por encima de la larga cadena. Porque Châtelguyon está situado en la cabecera de la región de los Domos.

Más allá se extiende el país de los picos; y, más lejos aún, la región de las alturas montañosas.

El Puy de Dome es el más alto de los domos, el pico de Sancy el más elevado de los picos, y la alturas del Cantal la mayor de las alturas.

Hacía mucho calor aquella noche. Yo caminaba de un lado a otro por la alameda umbrosa, escuchando, sobre el cerro que domina el parque, la música del casino que lanzaba sus primeras canciones.

Y viniendo hacia mí, con paso lento, vi al padre y a la hija. Los saludé, como se saluda en los balnearios a los compañeros de hotel; y el hombre, deteniéndose al punto, me preguntó:

«¿No podría usted, caballero, indicarnos un paseo corto, fácil y bonito a ser posible? Y disculpe mi indiscreción».

Me ofrecí a llevarlos al pequeño valle por donde corre el delgado riachuelo, valle profundo, garganta estrecha entre dos grandes pendientes rocosas y arboladas.

Aceptaron.

Y hablamos, naturalmente, de las virtudes de las aguas.

«Oh, decía él, mi hija tiene una extraña enfermedad cuya ubicación ignoran. Sufre accidentes nerviosos incomprensibles. Unas veces la creen enferma del corazón, otras del hígado, otras de la médula espinal. Ahora atribuyen al estómago, que es la gran caldera y el gran regulador del cuerpo, ese mal Proteo[193] de mil formas y de mil ataques. Por eso estamos aquí. Yo más bien creo que son los nervios. En cualquier caso, es muy triste.

Inmediatamente me acordé del violento tic de su mano, y le pregunté:

«¿Pero no es hereditario? ¿No tiene usted mismo los nervios algo enfermos?»

Respondió tranquilamente:

«¿Yo?… Claro que no…, siempre he tenido los nervios muy tranquilos…»

Luego, de repente, tras un silencio, prosiguió:

«¡Ah!, ¿alude usted al espasmo de mi mano cada vez que quiero coger algo? Proviene de una terrible emoción que tuve. ¡Figúrese que a esta niña la enterraron viva!»

No encontré nada que decir salvo un «¡ah!» de sorpresa y emoción.

Él prosiguió:

*

Le contaré la aventura. Es sencilla. Juliette sufría desde hacía un tiempo graves accidentes de corazón. Creíamos en una enfermedad de ese órgano, y

nos temíamos cualquier cosa.

Un día la trajeron fría, inanimada, muerta. Acababa de desmayarse en el jardín. El médico certificó la defunción. Velé a su lado un día y dos noches; yo mismo la metí en el ataúd, que acompañé hasta el cementerio, donde fue depositado en el panteón familiar. Era en pleno campo, en Lorena.

Yo había querido que fuera sepultada con sus joyas, brazaletes, collares, sortijas, todos ellos regalos míos, y con su primer traje de baile.

Imagínese usted cuál era el estado de mi corazón y el estado de mi alma al volver a casa. Sólo la tenía a ella, pues mi mujer había muerto hacía mucho. Regresé solo, medio loco, extenuado, a mi habitación, y me dejé caer en mi sillón, sin ideas, sin fuerza ahora para hacer un movimiento. No era más que una máquina dolorida, vibrante, en carne viva.

Mi viejo ayuda de cámara, Prosper, que me había ayudado a depositar a Juliette en su ataúd y a engalanarla para ese último sueño, entró sin hacer ruido y preguntó:

«¿Quiere tomar algo el señor?»

Dije que no con la cabeza, sin hablar.

Él insistió.

«El señor hace mal. Le vendrá alguna enfermedad al señor. ¿Quiere entonces el señor que lo meta en la cama?»

Dije:

«No, déjame».

Y se retiró.

¿Cuántas horas transcurrieron? No lo sé. ¡Oh! ¡Qué noche! ¡Qué noche! Hacía frío; mi fuego se había apagado en la gran chimenea; y el viento, un viento invernal, un viento helado, un fuerte viento de plena helada, golpeaba las ventanas con un ruido siniestro y regular.

¿Cuántas horas transcurrieron? Yo seguía allí, sin dormir, postrado, abrumado, con los ojos abiertos, las piernas estiradas, el cuerpo blando, muerto, y el espíritu embotado de desesperación. De repente, la gran campana de la puerta de entrada, la gran campana del vestíbulo sonó.

La sacudida que tuve fue tan brusca que mi asiento crujió bajo mi cuerpo. El sonido grave y pesado vibraba en el castillo vacío como en un panteón. Me volví para ver la hora en mi reloj. Eran las dos de la madrugada. ¿Quién podía venir a aquella hora?

Y bruscamente la campana sonó de nuevo dos veces. Sin duda los criados no se atrevían a levantarse. Cogí una vela y bajé. Estuve a punto de preguntar:

«¿Quién llama?»

Luego sentí vergüenza por esa debilidad; y descorrí lentamente los pesados cerrojos. Mi corazón palpitaba; tenía miedo. Abrí la puerta bruscamente y vi en la sombra una forma blanca erguida, algo así como una fantasma.

Retrocedí, paralizado de angustia, balbuciendo:

«¿Quién… quién… quién es usted?»

Una voz respondió:

«Soy yo, padre».

Era mi hija.

Cierto, creí que estaba loco; y empecé a retroceder ante aquel espectro que entraba; retrocedía haciendo con la mano, como para ahuyentarlo, ese gesto que usted ha visto hace un rato; ese gesto que se me ha quedado para siempre.

La aparición prosiguió:

«No tengas miedo, papá; no estaba muerta. Han querido robarme mis sortijas, y me han cortado un dedo; ha empezado a correr la sangre, y eso me ha reanimado».

Y en efecto, me di cuenta de que estaba cubierta de sangre.

Caí de rodillas, ahogándome, sollozando, entre estertores.

Luego, cuando logré serenar un poco mis ideas, tan enloquecidas aún que no entendía bien la felicidad terrible que me ocurría, la hice subir a mi cuarto, la hice sentarse en mi sillón; después llamé a Prosper con precipitados timbrazos para que volviera encender el fuego, preparase algo de beber y fuera en busca de ayuda.

Aquel hombre entró, miró a mi hija, abrió la boca en un espasmo de espanto y horror, y luego se derrumbó, muerto, de espaldas.

Era él quien había abierto el panteón, quien había mutilado y luego abandonado a mi hija porque no podía borrar las huellas del robo. Ni siquiera se había preocupado de volver a meter el ataúd en su nicho, seguro por otra parte de no despertar mis sospechas porque gozaba de toda mi confianza.

Como ve, caballero, somos gente muy desdichada.

*

Se calló.

Había caído la noche, envolviendo el pequeño valle solitario y triste, y una especie de miedo misterioso me oprimía al sentirme cerca de aquellos seres extraños, de aquella muerta resucitada y de aquel padre de gestos espantosos.

No se me ocurría nada que decir. Murmuré:
«¡Qué cosa tan horrible!…».
Luego, después de un minuto, añadí:
«¿Y si volviéramos? Parece que está refrescando».
Y volvimos hacia el hotel.

El miedo[194]

El tren corría, a todo vapor, en medio de las tinieblas.

Me hallaba solo, frente a un anciano que miraba por la ventanilla. Olía con fuerza a fenol en aquel vagón del P.L.M., procedente sin duda de Marsella[195].

La noche era sin luna, sin aire, sofocante. No se veían estrellas, y el vapor que despedía el tren nos arrojaba a la cara una cosa caliente, blanda, abrumadora, irrespirable.

Habíamos salido de París hacía tres horas y nos dirigíamos hacia el centro de Francia sin ver nada de las regiones que atravesábamos.

De pronto fue como una aparición fantasmal. Alrededor de una gran hoguera, en un bosque, había dos hombres de pie.

Los vimos durante un segundo; nos pareció que eran dos miserables harapientos, rojos por la luz resplandeciente del fuego, con sus caras barbudas vueltas hacia nosotros, y a su alrededor, como un decorado de drama, árboles verdes, de un verde claro y brillante, con los troncos heridos por el vivo reflejo de las llamas, y el follaje atravesado, penetrado y mojado por la luz que fluía hasta dentro.

Luego todo se volvió otra vez oscuro.

¡Extraña visión aquélla! ¿Qué hacían en aquel bosque aquellos dos vagabundos? ¿Por qué aquella hoguera en medio de una noche asfixiante?

Mi vecino sacó su reloj y me dijo:

«Son las doce de la noche en punto, señor, acabamos de ver algo muy singular.»

Me mostré de acuerdo y empezamos a hablar, a suponer qué podrían ser aquellos personajes: ¿malhechores que quemaban pruebas o brujos que preparaban un filtro? No se enciende un fuego como aquél a medianoche, en pleno verano, en un bosque, para hervir una sopa. ¿Qué hacían entonces? No pudimos figurarnos nada verosímil.

Y mi vecino empezó a hablar… Era un anciano cuya profesión no conseguí determinar. Un hombre original a buen seguro, muy culto y que tal

vez parecía algo trastornado.

Pero ¿sabe alguien quiénes son los sabios y quiénes los locos en esta vida donde la razón debería llamarse a menudo necedad y la locura genio?

Me decía:

*

Estoy contento por haberlo visto. Durante unos minutos he sentido una sensación desaparecida.

¡Qué turbadora debía de ser antaño la tierra, cuando era tan misteriosa!

A medida que se alzan los velos de lo desconocido, se despuebla la imaginación de los hombres. ¿No le parece, señor, que la noche está muy vacía y es de una oscuridad muy vulgar desde que ya no hay apariciones?

Suele decirse: «Basta de fantasías, basta de creencias extrañas, todo lo inexplicado es explicable. Lo sobrenatural mengua como un lago que un canal desagua; la ciencia hace retroceder, día tras día, los límites de lo maravilloso».

Pues yo, señor, pertenezco a la vieja raza, a la que le gusta creer. Pertenezco a la vieja raza acostumbrada a no comprender, a no analizar, a no saber, habituada a los misterios circundantes y que rechaza la simple y clara verdad.

Sí, caballero, han despoblado la imaginación al descubrir lo invisible. Hoy nuestro mundo me parece un mundo abandonado, vacío y desnudo. Han desaparecido las creencias que lo hacían poético.

Cuando salgo de noche, ¡cuánto me gustaría estremecerme con esa angustia que hace santiguarse a las viejas si pasan junto a las tapias de los cementerios, y echar a correr a los últimos supersticiosos ante los vapores extraños de los pantanos y los fantásticos fuegos fatuos! ¡Cuánto me gustaría creer en algo vago y terrorífico que uno imaginaba sentir que pasaba en la sombra!

¡Cuán sombría y terrible debía de ser en otro tiempo la oscuridad de las noches, cuando estaba llena de seres fabulosos, de desconocidos, de merodeadores malvados cuyas formas no podían adivinarse, cuya aprensión helaba el corazón, cuyo oculto poder superaba los límites de nuestro pensamiento y cuya expectativa era inevitable!

Al desaparecer lo sobrenatural, el verdadero miedo ha desaparecido de la tierra, porque sólo se tiene miedo realmente de lo que no se comprende. Los peligros visibles pueden conmover, turbar, asustar. ¿Y qué es eso comparado

con la convulsión que produce en el alma la idea de que vamos a tropezar con un espectro errante, que vamos a sufrir el abrazo de un muerto, que vamos a ver avanzar hacia nosotros una de esas bestias espantosas que ha inventado el espanto de los hombres? Las tinieblas me parecen luminosas desde que ya no las frecuentan.

Y la prueba de que es cierto es que, si de pronto nos encontráramos solos en este bosque, nos perseguiría la imagen de los dos singulares seres que acaban de aparecérsenos a la luz de su hoguera mucho más que la aprensión de un peligro cualquiera y verdadero.

*

Y repitió: «Sólo se tiene miedo realmente de lo que no se comprende».

Y de pronto me vino a la memoria un recuerdo, el recuerdo de una historia que nos contó Turguéniev, un domingo, en casa de Gustave Flaubert[196].

No sé si acaso la escribió en alguna parte.

Nadie ha sabido mejor que el gran novelista ruso trasladar al alma ese estremecimiento de lo desconocido velado y, en el claroscuro de un cuento extraño, dejar que se vislumbre todo un mundo de cosas inquietantes, inciertas y amenazadoras.

Él sabe hacer sentir, como nadie, el miedo vago a lo Invisible, el miedo a lo desconocido que hay tras la pared, tras la puerta, tras la vida aparente. Con él nos vemos bruscamente atravesados por luces dudosas que sólo iluminan lo suficiente para aumentar nuestra angustia.

A veces parece mostrarnos el significado de coincidencias extrañas, de acercamientos inesperados de circunstancias en apariencia fortuitas, aunque guiadas por una voluntad oculta y taimada. Con él cree uno sentir el hilo imperceptible que nos guía de forma misteriosa a través de la vida como a través de un sueño nebuloso cuyo sentido sin cesar se nos escapa.

No penetra osadamente en lo sobrenatural, como Edgar Poe o Hoffmann; cuenta historias sencillas a las que sólo se mezcla un no sé qué de vagaroso y turbador.

También nos dijo ese día: «Sólo se tiene realmente miedo de lo que no se comprende».

Estaba sentado, o más bien sumido en un gran sillón, con los brazos colgando, las piernas estiradas y distendidas, la cabeza totalmente cana, hundido en aquel gran oleaje de barba y de pelos plateados que le daban el aspecto de un Padre eterno o de un Río de Ovidio.

Hablaba despacio, con cierta pereza que prestaba encanto a las frases y cierta vacilación de la lengua, algo pesada, que subrayaba la precisión coloreada de las palabras. Sus ojos claros y muy abiertos reflejaban, como ojos de niño, todas las emociones de su pensamiento.

Éste fue el relato que nos hizo:

Cazaba, en su juventud, en un bosque de Rusia[197]. Había caminado todo el día y, al final de la tarde, llegó a orillas de un riachuelo tranquilo.

Corría bajo los árboles y entre los árboles, lleno de hierbas flotantes, profundo, frío y claro.

Del cazador se apoderó una necesidad imperiosa de arrojarse a sus transparentes aguas. Se quitó la ropa y se lanzó a la corriente. Era un joven muy alto y muy fuerte, vigoroso y nadador intrépido.

Se dejaba arrastrar despacio por la corriente, con el ánimo tranquilo, rozado por hierbas y raíces, feliz de sentir contra su carne el contacto ligero de las lianas.

De pronto una mano se posó en su hombro.

Se volvió de una sacudida y vio un ser espantoso que lo miraba ávidamente.

Aquello se parecía a una mujer o a una mona. Tenía una cara enorme, llena de pliegues y gesticulante, que reía. Dos cosas innombrables, dos tetas sin duda, flotaban delante de ella, y unos cabellos larguísimos, enmarañados, rubios de sol, rodeaban su rostro y flotaban a su espalda.

Turguéniev se sintió dominado por el miedo horroroso, el miedo glacial a las cosas sobrenaturales.

Sin reflexionar, sin pensar, sin comprender, empezó a nadar de forma frenética hacia la orilla. Pero el monstruo nadaba más deprisa y le tocaba el cuello, la espalda y las piernas con pequeñas risitas de alegría. El joven, enloquecido de espanto, alcanzó por fin la orilla y se lanzó a toda velocidad a través del bosque, sin pensar siquiera en recuperar sus ropas y su escopeta.

El ser espantoso le siguió, corriendo tan deprisa como él y gruñendo.

El fugitivo, extenuado y paralizado de terror, estaba a punto de caer cuando acudió un niño que guardaba unas cabras armado de un látigo; empezó a golpear a la horrible bestia humana, que escapó lanzando gritos de dolor. Y Turguéniev la vio desaparecer en el boscaje, como si fuese una hembra de gorila.

Era una loca que vivía desde hacía más de treinta años en aquel bosque de la caridad de los pastores, y que pasaba la mitad de sus días nadando en el río.

El gran escritor ruso añadió; «Nunca en mi vida he tenido tanto miedo,

porque no comprendía qué podía ser aquel monstruo».

Mi compañero, a quien conté esta aventura, prosiguió:

*

Sí, sólo se tiene miedo de lo que no se comprende. De hecho, sólo se experimenta esa horrible convulsión del alma llamada espanto cuando se mezcla al miedo un poco del terror supersticioso de los siglos pasados. Yo he sentido ese espanto en todo su horror, y por una cosa tan simple y tan tonta que apenas me atrevo a decirlo.

Viajaba yo por Bretaña completamente solo y a pie. Había recorrido el Finistère, las landas desoladas y las tierras desnudas en que sólo crece el junco, cerca de las grandes piedras sagradas, de las piedras frecuentadas por apariciones. Había visitado la víspera la siniestra punta del Raz, ese cabo del viejo mundo donde combaten desde la eternidad dos océanos: el Atlántico y el mar de la Mancha; mi espíritu estaba invadido por leyendas, por historias leídas o contadas sobre esa tierra de creencias y supersticiones.

E iba de Penmarch a Pont-l'Abbé, de noche. ¿Conoce Penmarch? Una ría llana, completamente llana, muy baja, más baja que el mar al parecer. Desde cualquier sitio se ve, amenazador y gris, ese mar lleno de escollos babeantes como bestias furiosas.

Había cenado en una taberna de pescadores y ahora caminaba por una carretera recta, entre dos landas. La oscuridad era muy densa.

De vez en cuando, una piedra druídica semejante a un fantasma de pie parecía contemplar mi paso, y poco a poco iba apoderándose de mí una vaga aprensión; ¿de qué? No lo sabía. Hay noches en que uno cree que a su lado pasan rozándole espíritus, en que el alma tiembla sin razón, en que el corazón palpita por el miedo confuso a un no sé qué invisible que yo echo en falta.

Me parecía larga la carretera, larga e interminablemente vacía.

No había más ruido que el ronquido de las olas a lo lejos, a mi espalda, y en ocasiones ese ruido monótono y amenazador parecía muy próximo, tan próximo que creía tenerlo en mis talones, corriendo por la llanura con su frente de espuma, y me entraban deseos de escapar, de huir a toda velocidad hacia delante.

El viento, un viento a ras de tierra que soplaba a ráfagas, hacía silbar los juncos a mi alrededor. Y aunque iba muy deprisa, sentía frío en los brazos y en las piernas: un infame frío de angustia.

¡Ay, cómo hubiera deseado encontrarme con alguien!

Era tan densa la oscuridad que en ese momento apenas si distinguía la carretera.

Y de súbito oí delante de mí, muy lejos, el fragor de unas ruedas. Pensé: «Bien, un coche». Luego no volví a oír nada.

Al cabo de un minuto percibí con toda claridad el mismo ruido, más cercano.

Sin embargo, no veía ninguna luz; pero me dije: «No tienen linterna. Nada sorprendente en este país de salvajes».

El ruido volvió a detenerse, luego continuó. Era demasiado débil para que fuese una carreta; además no oía ningún trote de caballo, cosa que me sorprendía porque la noche era tranquila.

Empecé a pensar: «¿Qué será eso?»

¡Se acercaba deprisa, muy deprisa! Pero no oía más que una rueda… ningún golpeteo de hierros o de pies… nada. ¿Qué era aquello?

Estaba muy cerca, muy cerca; me lancé a una zanja con un movimiento instintivo, y vi pasar a mi lado una carretilla que corría… completamente sola, nadie la empujaba… Sí… una carretilla… completamente sola…

Mi corazón empezó a latir con tanta violencia que me derrumbé en la hierba mientras escuchaba el traqueteo de la rueda que se alejaba, que se iba hacia el mar.

Y no me atreví ya a levantarme, ni a caminar, ni a hacer ningún movimiento; porque si hubiera vuelto, si me hubiera perseguido, me habría muerto de terror.

Tardé tiempo en reponerme, mucho tiempo. E hice el resto del camino con tal angustia en el alma que el menor ruido me cortaba el aliento.

¿Es estúpido, verdad? ¡Pero qué miedo! Cuando más tarde he pensado en este caso, lo he entendido: probablemente un niño descalzo empujaba la carretilla; y yo buscaba la cabeza de un hombre de altura normal.

¿Lo comprende?… Cuando en el alma ya se tiene un escalofrío de lo sobrenatural… una carretilla que corre… completamente sola… ¡Qué miedo!

*

Calló un momento y luego agregó:

«Ya lo ve, señor, asistimos a un espectáculo curioso y terrible: ¡esa invasión del cólera!

»Puede oler el fenol con que están emponzoñados estos vagones; y eso quiere decir que el cólera está ahí, en alguna parte.

»Hay que ver Toulon en este momento. Vaya, se huele perfectamente que el cólera está ahí. El cólera. Y no es el miedo a una enfermedad lo que enloquece a la gente. El cólera es otra cosa, es lo Invisible, es un azote de antaño, de los tiempos pasados, una especie de Espíritu malhechor que vuelve y que nos deja tan atónitos como espantados porque, al parecer, pertenece a épocas desaparecidas.

»Me dan risa los médicos con su microbio. No es un insecto lo que aterroriza a los hombres hasta el punto de hacer que se tiren por la ventana; ¡es el cólera, el ser indecible y terrible que viene del fondo de Oriente!

»Cruce usted Toulon, bailan en las calles.

»¿Por qué bailar en estos días de muerte? En el campo, alrededor de la ciudad, están lanzando fuegos artificiales; encienden hogueras de alegría; las orquestas tocan melodías alegres en todos los paseos públicos.

»Es que Él está ahí, es que desafían, no al Microbio, sino al Cólera, y pretenden dárselas de valientes ante él, como ante un enemigo oculto que acecha. Bailan, ríen, gritan, encienden hogueras y tocan esos valses por él y para él, para el Espíritu que mata, al que perciben presente en todas partes, invisible, amenazador, como uno de esos antiguos genios del mal que conjuraban los sacerdotes bárbaros…»

El regreso[198]

El mar bate la costa con su oleaje corto y monótono. Pequeñas nubes blancas pasan deprisa por el gran cielo azul, arrastradas por el viento rápido, como pájaros; y el pueblo, en el repliegue del valle que desciende hacia el océano, se calienta al sol.

Justo en la entrada, la casa de los Martin-Lévesque, sola, al borde del camino. Es una pequeña casucha de pescador, de paredes de barro y techo de bálago engalanados de iris azules. Un huerto del tamaño de un pañuelo, donde crecen cebollas, algunas coles, perejil, perifollo, se arrellana frente a la puerta. Un seto lo cierra bordeando el camino.

El hombre ha salido a pescar, y la mujer, delante de la casucha, remienda las mallas de una gran red parda, extendida sobre el muro como una inmensa tela de araña. Una chiquilla de catorce años, sentada en una silla de paja a la entrada del jardín, inclinada hacia atrás y con el respaldo apoyado en la cancela, repasa la ropa, ropa de pobre, remendada y ya zurcida. Otra chiquilla, un año más joven, mece en sus brazos a un crío muy pequeño, todavía sin gestos ni palabras; y dos niños de dos y tres años, el último en el suelo, frente a frente, se entretienen con sus torpes manos y se arrojan puñados de polvo a la cara.

Nadie habla. Sólo el crío al que tratan de dormir llora de forma continua, con una vocecita agria y débil. Un gato duerme en la ventana; y unos girasoles abiertos forman al pie del muro un buen burlete de flores blancas sobre el que zumba un enjambre de moscas.

La niñita que cose junto a la entrada llama de pronto:

«¡Mamá!»

La madre responde:

«¿Qué quies?

—Etá ahí.»

Están inquietas desde la mañana, porque un hombre merodea alrededor de la casa: un viejo con aire de pobre. Lo han visto cuando acompañaban al padre a su barca para embarcarlo. Estaba sentado en la cuneta, frente a su

puerta. Luego, al regresar de la playa, lo han encontrado allí de nuevo, mirando la casa.

Parecía enfermo y muy miserable. No se había movido durante más de una hora; luego, viendo que lo miraban como a un malhechor, se había levantado y se había ido arrastrando la pierna.

Pero no tardaron en verlo regresar con su paso lento y cansino; y se había sentado de nuevo, algo más lejos esta vez, como para acecharlas.

La madre y las niñas tenían miedo. La madre, sobre todo, estaba inquieta porque era de natural temeroso, y porque su hombre, Lévesque, no debía volver del mar hasta la caída de la noche.

Su marido se apellidaba Lévesque; a ella la llamaban Martin, y los habían bautizado los Martin-Lévesque porque ella había estado casada en primeras nupcias con un marinero apellidado Martin, que iba todos los veranos a Terranova, a la pesca del bacalao.

Después de dos años de matrimonio, ella había tenido una niña y volvía a estar embarazada de seis meses cuando el barco en que iba su marido, el *Deux-Sœurs*, navío de tres mástiles de Dieppe, desapareció.

Nunca se volvió a tener noticia alguna; ninguno de los tripulantes que en él iban regresó; por lo tanto se dieron por perdidos bienes y personas.

La Martin esperó a su hombre diez años, criando con gran esfuerzo a sus dos hijas; luego, como era valiente y buena mujer, un pescador de la comarca, Lévesque, viudo con un niño, le pidió la mano. Ella se casó con él, y todavía dio a luz dos hijos en tres años.

Vivían penosa, laboriosamente. El pan era caro y la carne casi desconocida en la casa. A veces se endeudaban con el panadero, en invierno, durante los meses de borrascas. Los niños, sin embargo, tenían buena salud. Se decía:

«Buena gente los Martin-Lévesque. La Martin es dura en la faena, y Lévesque no tiene quien lo iguale pescando.»

La chiquilla sentada en la cerca continuó:

«Es como si nos conoce. Quizá sea algún probe de Épreville o de Auzebosc[199].»

Pero la madre no se engañaba. ¡No, no, no era de la región, seguro!

Como el hombre no se movía más que una estaca y clavaba con obstinación los ojos en la casa de los Martin-Lévesque, la Martin se enfureció y, envalentonada por el miedo, cogió una pala y salió poniéndose delante de la puerta.

«¿Qué hace ahí?», gritó al vagabundo.

Él respondió con voz ronca:

«¡Tomo la fresca! ¿Le he hecho algo?»

Ella continuó:

«¿Por qué está usted como espiando delante mi casa?»

El hombre replicó:

«No hago daño a nadie. ¿No pue uno sentarse en el camino?»

Sin saber qué responder, la Martin entró en su casa.

La jornada transcurrió lentamente. Hacia mediodía, el hombre desapareció. Pero pasó de nuevo hacia las cinco. No volvieron a verlo en toda la tarde.

Lévesque regresó al caer la noche. Se lo contaron. Y declaró:

«Será algún fisgón, o algún pícaro.»

Y se acostó tranquilamente, mientras su compañera pensaba en aquel merodeador que la había mirado de una forma muy extraña.

Cuando amaneció, hacía mucho viento, y el marinero, viendo que no podría hacerse a la mar, ayudó a su mujer a repasar las redes.

Hacia las nueve, la hija mayor, una Martin, que había ido a buscar el pan, volvió corriendo, con cara de susto, y gritó:

«¡Mamá, etá ahí otra vez!»

La madre, preocupada y muy pálida, dijo a su hombre:

«Vete a hablarle, Lévesque, pa que no nos vigile así porque me trastorna.»

Y Lévesque, un gran marinero de tez de ladrillo, barba tupida y roja, ojos azules perforados por un punto negro y cuello fuerte, siempre envuelto en lana por miedo al viento y a la lluvia de alta mar, salió tranquilamente y se acercó al vagabundo.

Y se pusieron a hablar.

La madre y los niños lo miraban de lejos, ansiosos y agitados.

De pronto, el desconocido se levantó y se dirigió, con Lévesque, hacia la casa.

La Martin, espantada, retrocedía. Su hombre le dijo:

«Dale un poco pan y un vaso de sidra. No ha jamado nada desde anteayer.»

Y entraron los dos en la casa, seguidos por la mujer y los niños. El vagabundo se sentó y se puso a comer, con la cabeza baja mientras todos lo miraban.

La madre, de pie, lo contemplaba de hito en hito; las dos niñas mayores, las Martin, pegadas a la puerta, la una con el último hijo, clavaba en él sus ojos ávidos, y los dos críos, sentados en las cenizas de la chimenea, habían

dejado de jugar con el puchero negro, como para contemplar también al forastero.

Tras coger una silla, Lévesque le preguntó:

«Entonces ¿vie usted de lejos?

—Vengo de Sète.

—¿A pie, así?

—Sí, a pie. Cuando no se tienen medios, hay que hacerlo.

—¿Adónde va?

—Venía aquí.

—¿Conoce a alguien?

—Pudiera.»

Se callaron. Comía despacio aunque estuviera hambriento, y bebía un trago de sidra tras cada bocado de pan. Su cara estaba gastada, arrugada, con señales en todas partes, y parecía haber sufrido mucho.

Lévesque le preguntó bruscamente:

«¿Cómo dice que se llama?»

El otro respondió sin levantar la cabeza:

«Me llamo Martin.»

Un extraño escalofrío sacudió a la madre. Dio un paso, como para ver más de cerca al vagabundo, y se quedó frente a él, con los brazos colgando y la boca abierta. Ya nadie decía nada. Por fin Lévesque continuó:

«¿Es usted de aquí?»

El otro respondió:

«Soy de aquí.»

Y como por fin alzaba la cabeza, los ojos de la mujer y los suyos se encontraron y permanecieron fijos, mezclados, como si las miradas se hubieran enganchado.

Y ella dijo de golpe, con una voz cambiada, baja, temblorosa:

«¿Eres tú mi hombre?»

El otro articuló despacio:

«Sí, yo soy.»

No se movió, seguía masticando su pan.

Lévesque, más sorprendido que afectado, balbució:

«¿Eres tú Martin?»

El otro dijo simplemente:

«Sí, yo soy.»

Y el segundo marido preguntó:

«¿Y de dónde vienes?»

El primero contó:

«De la costa de África. Zozobramos en un banco. Nos salvamos tres, Picard, Vatinel y yo. Y después nos cogieron unos salvajes que nos han tenido prisioneros doce años. Picard y Vatinel están muertos. Fue un viajero inglés de paso el que me rescató y me llevó a Sète. Y aquí estoy.»

La Martin se había echado a llorar, con la cara en el delantal.

Lévesque dijo:

«¿Y qué vamos a hacer ahora?»

Martin preguntó:

«¿Eres su hombre?»

Lévesque respondió:

«¡Sí, lo soy!»

Se miraron y se callaron.

Entonces Martin, mirando a los niños que lo rodeaban, señaló con la cabeza a las dos niñas.

«¿Son las mías?»

Lévesque dijo:

«Son las tuyas.»

No se levantó; no las besó; se limitó a constatar:

«¡Dios mío, cómo han crecido!»

Lévesque repitió:

«¿Qué vamos a hacer?»

Martin, perplejo, tampoco lo sabía. Por fin se decidió:

«No iré contra tu deseo. No quiero hacerte ningún mal. De todos modos, es irritante, después de haber visto la casa. Yo tengo dos hijos, tú tres, cada uno los suyos. La madre, ¿es para ti o para mí? Haré lo que quieras; pero la casa es mía, porque me la dejó mi padre, porque nací en ella y porque los papeles están en el notario.»

La Martin seguía llorando, con pequeños gemidos que ocultaba en la tela azul del delantal. Las dos chiquillas mayores se habían acercado y miraban a su padre, inquietas.

Él había terminado de comer. Y dijo:

«¿Qué vamos a hacer?»

Lévesque tuvo una idea:

«Hay que ir al cura, él decidirá.»

Martin se levantó, y cuando avanzaba hacia su mujer, ella se arrojó sobre su pecho sollozando:

«¡Mi hombre! ¡Estás aquí! Martin, mi pobre Martin, ¡estás aquí!»

Y lo estrechaba entre sus brazos, dominada bruscamente por un soplo de otro tiempo, por una gran sacudida de recuerdos que le traían a la memoria sus veinte años, sus primeros abrazos.

Martin, emocionado a su vez, la besaba en la cofia. Los dos crios, en la chimenea, se pusieron a chillar a la vez al oír llorar a su madre, y el niño en mantillas, en brazos de la segunda de los Martin, berreó con una voz aguda como un falso pífano.

Lévesque, de pie, aguardaba:

«Vamos, dijo, hay que ponerse en regla.»

Martin soltó a su mujer, y, como miraba a sus dos hijas, la madre les dijo:

«Dad un beso a vuestro padre, por lo menos.»

Las dos se acercaron al mismo tiempo, con los ojos secos, sorprendidas, algo temerosas. Y él dio a las dos, una tras otra, en ambas mejillas, un sonoro besito campesino. Al ver acercarse al desconocido, el niño pequeño lanzó unos chillidos tan penetrantes que a punto estuvo de ser dominado por convulsiones.

Luego los dos hombres salieron juntos.

Cuando pasaban por delante del café del Comercio, Lévesque preguntó:

«¿Y si tomáramos una copita?

—Me parece bien», declaró Martin.

Entraron, se sentaron en la sala aún vacía y Lévesque gritó:

«¡Eh!, Chicot, dos *fil-en-six*[200], del bueno, es Martin que ha vuelto, Martin, el de mi mujer, ya sabes, el Martin del *Deux-Sœurs*, que se había perdido.»

Y el tabernero, con tres vasos en una mano y una garrafita en la otra, se acercó, tripudo, sanguíneo, hinchado de grasa, y preguntó con aire tranquilo:

«¡Vaya!, ¿conque eres tú, Martin?»

La tumba[201]

El diecisiete de julio de mil ochocientos ochenta y tres, a las dos y media de la mañana, el guarda del cementerio de Béziers, que vivía en un pequeño pabellón en el extremo del campo de los muertos, fue despertado por los ladridos de su perro encerrado en la cocina.

Bajó al punto y vio que el animal olfateaba por debajo de la puerta ladrando con furia, como si algún vagabundo merodease alrededor de la casa. El guarda Vincent cogió entonces su escopeta y salió con precaución.

El perro echó a correr en dirección a la avenida del general Bonnet y se paró en seco junto al mausoleo de la señora Tomoiseau.

Avanzando entonces con precaución, el guarda vislumbró enseguida una lucecita hacia la avenida Malenvers. Se deslizó entre las tumbas y fue testigo de un acto horrible de profanación.

Un hombre había desenterrado el cadáver de una mujer joven sepultada la víspera, y la sacaba en ese momento de la tumba.

Una pequeña linterna sorda, colocada sobre un montón de tierra, alumbraba aquella escena repugnante.

Tras lanzarse sobre aquel miserable, el guarda Vincent lo derribó, le ató las manos y lo condujo al puesto de policía.

Era un joven abogado de la ciudad, rico y bien considerado, que se llamaba Courbataille.

Fue juzgado. El ministerio fiscal recordó los actos monstruosos del sargento Bertrand[202] y conmocionó al auditorio.

Escalofríos de indignación recorrían la multitud. Cuando el magistrado se sentó, estallaron gritos de: «¡A muerte! ¡A muerte!» Al presidente del tribunal le costó gran esfuerzo que se restableciera el silencio.

Luego dijo en tono grave:

«Acusado, ¿qué tiene usted que decir en su defensa?»

Courbataille, que no había querido abogado, se puso en pie. Era un joven guapo, alto, moreno, de cara franca, rasgos enérgicos y mirada audaz.

Del público brotaron silbidos.

Él no se alteró, y empezó a hablar con voz algo velada, algo baja al principio, pero que fue afirmándose poco a poco.

*

Señor presidente.

Señores jurados:

Tengo muy poco que decir. La mujer cuya tumba violé había sido mi amante. La amaba.

La amaba no con un amor sensual, no con una simple ternura de alma y corazón, sino con un amor absoluto, completo, con pasión desesperada.

Escúchenme:

Cuando la conocí, sentí al verla una sensación extraña. No fue sorpresa ni admiración, no fue lo que se llama un flechazo, sino un sentimiento de bienestar delicioso, como si me hubieran metido en un baño de agua tibia. Sus gestos me seducían, su voz me fascinaba, al mirarla toda su persona provocaba en mí un placer infinito. Me parecía además que la conocía hacía mucho, que ya la había visto. Llevaba en ella un no sé qué de mi propio espíritu.

Me parecía una especie de respuesta a un llamamiento lanzado por mi alma, a esa llamada vaga y continuada que lanzamos a la Esperanza durante todo el curso de nuestra vida.

Cuando la conocí un poco más, el solo pensamiento de volver a verla me turbaba de un modo exquisito y profundo; el contacto de su mano y la mía suponía tal delicia para mí que antes nunca lo hubiera imaginado; su sonrisa derramaba en mis ojos una alegría frenética, me daba deseos de correr, de bailar, de rodar por el suelo.

Así pues, se convirtió en mi amante.

Fue más que eso, fue mi vida misma. Yo no esperaba nada más en la tierra, no deseaba nada, nada más. No anhelaba nada más.

Al día siguiente se le declaró una fluxión de pecho. Ocho días más tarde, expiraba.

Durante las horas de agonía, el asombro y el espanto me impidieron comprender bien y reflexionar.

Cuando estuvo muerta, la desesperación brutal me dejó tan aturdido que no tenía siquiera pensamiento. Lloraba.

Durante todas las horribles fases del entierro, mi dolor agudo y furioso seguía siendo un amor de loco, una especie de dolor sensual, físico.

Luego, cuando hubo partido, cuando estuvo enterrada, mi espíritu se aclaró de pronto y pasé toda una serie de sufrimientos morales tan espantosos que hasta el amor mismo que ella me había dado resultaba caro a ese precio. Entonces me obsesionó esta idea fija: «Nunca más volveré a verla».

Cuando se piensa en esto durante todo un día, se apodera de uno la demencia. ¡Piensen! ¡Un ser que te adora, un ser único, porque en toda la extensión de la tierra no existe otro que se le parezca! Ese ser se ha entregado a vosotros, crea con vosotros esa unión misteriosa que se llama el Amor. Sus ojos os parecen más vastos que el espacio, más fascinantes que el mundo, esos ojos claros donde sonríe la ternura. Ese ser os ama. Cuando os habla, su voz derrama una oleada de felicidad.

¡Y de golpe desaparece! ¡Piénsenlo! Desaparece no sólo para ustedes, sino para siempre. Está muerto. ¿Comprenden esta palabra? Nunca, nunca, nunca, en ninguna parte volverá a existir ese ser. Nunca esos ojos mirarán ya nada; nunca esa voz, nunca una voz semejante, entre todas las voces humanas, pronunciará de la misma forma una siquiera de las palabras que pronunciaba la suya.

Nunca ningún rostro volverá a nacer semejante al suyo. ¡Jamás, jamás! Se guardan los moldes de las estatuas; se conservan las marcas que permiten reconstruir los objetos con los mismos contornos y los mismos colores. Pero ese cuerpo y esa cara nunca volverán a reaparecer sobre la tierra. Y sin embargo nacerán millares de criaturas, millones, miles de millones, y muchos más aún, y entre todas las mujeres futuras ésa no volverá a renacer. ¿Es posible? Pensando en ello, uno se vuelve loco.

Ha vivido veinte años, no más, y ha desaparecido para siempre, para siempre, para siempre.

Ella pensaba, sonreía, me amaba. Nada más. Las moscas que mueren en otoño son tantas como nosotros en la creación. Nada más. Y yo pensaba que su cuerpo, su cuerpo fresco, cálido, tan dulce, tan blanco, tan hermoso, iba a pudrirse en el fondo de un ataúd bajo tierra. Y su alma, su pensamiento, su amor, ¿dónde?

¡No volver a verla! ¡No volver a verla! Me atormentaba la idea de ese cuerpo descompuesto que, sin embargo, acaso yo pudiera reconocer. ¡Y quise contemplarlo una vez más!

Salí con una azada, una linterna y un martillo. Salté la tapia del cementerio. Encontré el agujero de su tumba; aún no lo habían tapado por completo.

Descubrí el féretro. Y levanté una tabla. Un olor abominable, el aliento infame de las putrefacciones subió hasta mi cara. ¡Oh, su lecho, perfumado de lirios!

¡Abrí sin embargo el ataúd, y hundí dentro mi linterna encendida, y la vi! ¡Tenía la cara azulada, tumefacta, espantosa! De su boca había fluido un líquido negro.

¡Ella! ¡Era ella! Me sobrecogí de horror. ¡Pero estiré el brazo y cogí su pelo para atraer hacia mí aquella cara monstruosa!

Fue entonces cuando me detuvieron. Toda la noche guardé, como se guarda el perfume de una mujer tras un abrazo amoroso, el aroma inmundo de aquella podredumbre, el aroma de mi amada.

Hagan ustedes de mí lo que quieran.

*

Un extraño silencio se dejó caer sobre la sala. Todos parecían esperar algo más. Los jurados se retiraron para deliberar.

Cuando regresaron al cabo de unos minutos, el acusado parecía no temer nada e incluso faltarle la capacidad de pensar.

El presidente, con las fórmulas de costumbre, le anunció que sus jueces lo declaraban inocente.

Él no hizo ni un gesto, y el público aplaudió.

La confesión[203]

Cuando el capitán Hector-Marie de Fontenne se casó con la señorita Laurine d'Estelle, parientes y amigos juzgaron que sería una mala boda.

La señorita Laurine, guapa, delgada, débil, rubia y atrevida, tenía a los doce años la seguridad de una mujer de treinta. Era una de esas pequeñas parisienses precoces que parecen haber nacido con toda la ciencia de la vida, con todas las argucias de mujer, con todas las audacias de pensamiento, con esa profunda astucia y esa sutileza de inteligencia que hace que ciertos seres parezcan fatalmente destinados, hagan lo que hagan, a burlar y a engañar a los demás. Todas sus acciones parecen premeditadas, todos sus pasos calculados, todas sus palabras cuidadosamente sopesadas, su existencia no es más que un papel que representan ante sus semejantes.

También era encantadora; muy reidora, reidora hasta el punto de no saber contenerse ni calmarse cuando una cosa le parecía divertida y graciosa. Se reía en la cara de la gente de la forma más impúdica, pero con tanta gracia que nadie se molestaba nunca.

Era rica, muy rica. Un sacerdote sirvió de intermediario para casarla con el capitán de Fontenne. Educado en una casa religiosa de la forma más austera, ese oficial había aportado al regimiento costumbres claustrales, principios muy rígidos y una intolerancia absoluta. Era uno de esos hombres que infaliblemente se vuelven santos o nihilistas, en quieneslas ideas se instalan como dueñas absolutas, cuyas creencias son inflexibles y las resoluciones inquebrantables.

Era un joven alto, moreno, serio, severo, ingenuo, de espíritu simple, corto y obstinado, uno de esos hombres que pasan por la vida sin comprender nunca el fondo, los matices y las sutilezas, que no adivinan nada, no sospechan nada y no admiten que se piense, que se juzgue, que se crea y que se actúe de manera distinta a ellos.

La señorita Laurine lo vio, lo caló de inmediato y lo aceptó por marido.

Hicieron una pareja excelente. Ella fue flexible, hábil y prudente, sabiendo mostrarse tal como debía ser, siempre dispuesta para las obras

piadosas y las fiestas, asidua a la iglesia y al teatro, mundana y rígida, con un airecillo de ironía, con un fulgor en los ojos cuando hablaba gravemente con su grave esposo. Le contaba sus obras de caridad con todos los abades de la parroquia y alrededores, y aprovechaba esas piadosas ocupaciones para estar fuera de casa de la mañana a la noche.

Pero algunas veces, en medio del relato de algún acto de beneficencia, de repente se apoderaba de ella una risa frenética, una risa nerviosa imposible de contener. El capitán se quedaba sorprendido, inquieto, algo chocado frente a su mujer, que se ahogaba. Cuando ella se había calmado un tanto, él le preguntaba: «¿Qué es lo que le pasa, Laurine?» Ella respondía: «¡No es nada! El recuerdo de una cosa muy divertida que me ha ocurrido.» Y contaba una historia cualquiera.

Ahora bien, durante el verano de 1883, el capitán Hector de Fontenne participó en las grandes maniobras del 32º cuerpo de ejército.

Una noche en que acampaban cerca de una ciudad después de diez días de tienda y campo raso, diez días de fatiga y privaciones, los camaradas del capitán decidieron darse una buena cena.

El señor de Fontenne se negó al principio a acompañarlos; después, como su negativa los sorprendía, consintió.

Su vecino de mesa, el comandante de Fravré, mientras charlaba sobre operaciones militares, único tema que apasionaba al capitán, le servía de beber sin parar. Había hecho mucho calor durante el día, un calor pesado, reseco, que daba sed; y el capitán bebía sin pensar en ello, sin darse cuenta de que, poco a poco, una alegría nueva penetraba en él, cierta alegría viva, ardiente, una felicidad de existir, llena de deseos despiertos, de apetitos desconocidos, de esperas indecisas.

A los postres estaba borracho. Hablaba, reía, se agitaba presa de una embriaguez ruidosa, una embriaguez loca de hombre ordinariamente prudente y tranquilo.

Alguien propuso ir a rematar la velada en el teatro; acompañó a sus camaradas. Uno de ellos reconoció a una actriz a la que había amado; y se organizó una cena a la que asistió una parte del personal femenino de la compañía.

Al día siguiente el capitán se despertó en una habitación desconocida y en los brazos de una mujercita rubia que le dijo, al verle abrir los ojos: «Buenos días, gatazo mío».

Al principio no comprendió nada; luego, poco a poco, sus recuerdos volvieron, aunque algo turbios.

Entonces se levantó sin decir una palabra, se vistió y vació su bolsa sobre la chimenea.

Sintió vergüenza cuando se vio de pie, de uniforme, con el sable al costado, en aquella vivienda amueblada, de cortinas ajadas, cuyo canapé, salpicado de manchas, tenía un aspecto sospechoso, y no se atrevía a irse, bajar la escalera donde encontraría a gente, pasar por delante del portero y, sobre todo, salir a la calle ante los ojos de transeúntes y vecinos.

La mujer repetía sin cesar: «¿Qué es lo que te pasa? ¿Has perdido la lengua? ¡Anoche, sin embargo, bien larga la tenías! ¡Vaya patán!»

La saludó ceremoniosamente y, tras decidirse a huir, llegó a su domicilio a zancadas, persuadido de que se adivinaba en sus modales, en su compostura, en su cara, que salía de casa de una puta.

Y el remordimiento lo atenazó, un remordimiento abrumador de hombre rígido y escrupuloso.

Se confesó, comulgó; pero seguía sintiéndose a disgusto, perseguido por el recuerdo de su caída y por el sentimiento de una deuda, de una deuda sagrada contraída con su mujer.

No volvió a verla sino al cabo de un mes, porque se había ido a pasar a casa de sus padres el tiempo de las grandes maniobras.

Ella fue hacia él con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios. Él la recibió con una actitud embarazada de culpable; y hasta la noche casi se abstuvo de dirigirle la palabra.

Cuando se encontraron a solas, ella le preguntó:

«¿Qué le pasa, amigo mío?, le encuentro muy cambiado.»

Él respondió, en tono apurado:

«Pero si no me pasa nada, querida, absolutamente nada.

—Perdón, le conozco bien, y estoy segura de que tiene algo, una preocupación, una pena, un disgusto, ¡yo qué sé!

—Pues sí, tengo una preocupación.

—¡Ah! ¿Y cuál?

—No puedo decírselo.

—¿A mí? ¿Y por qué? Usted me preocupa.

—No tengo razones que darle. Me es imposible decírselo.»

Ella estaba sentada en un confidente, y él caminaba de un lado para otro con las manos a la espalda, evitando la mirada de su mujer. Ella prosiguió:

«Veamos, entonces tengo que confesarle, es mi deber, y exijo de usted la verdad; ése es mi derecho. Usted no puede tener secretos para mí como yo tampoco puedo tenerlos para usted.»

Dándole la espalda, enmarcado en la alta ventana, él dijo: «Querida, hay cosas que más vale no decir. La que me preocupa figura entre ellas.»

Ella se levantó, cruzó la habitación, le cogió del brazo y, tras obligarlo a volverse, le puso las dos manos en los hombros; luego sonriente, mimosa, con los ojos levantados: «Veamos, Marie (ella lo llamaba Marie en los momentos de ternura), no puede ocultarme nada. Creería que ha hecho usted algo malo.»

Él murmuró: «He hecho algo muy malo.» Ella dijo en tono alegre:

«¡Oh!, ¿tan malo es? ¡Me sorprende mucho de usted!»

Él respondió vivamente: «No le diré nada más. Es inútil insistir.»

Pero ella lo atrajo hasta el sillón, lo forzó a sentarse en él, ella misma se sentó encima de su pierna derecha y, besando con un besito ligero, con un besito rápido, alado, la punta rizada de su bigote:

«Si no me dice nada, nos enfadaremos para siempre.»

Desgarrado por el remordimiento y torturado de angustia, murmuró: «Si le dijese lo que he hecho, usted no me lo perdonaría nunca.

—Al contrario, querido, le perdonaré inmediatamente.

—No, es imposible.

—Se lo prometo.

—Le digo que es imposible.

—Le juro que le perdonaré.

—No, querida Laurine, no podría.

—¡Qué ingenuo es usted, amigo mío, por no decir necio! Al negarse a decirme lo que ha hecho, me permitirá creer cosas abominables; y siempre pensaré en ellas, y le guardaré rencor tanto por su silencio como por su fechoría desconocida. Mientras que, si habla con toda franqueza, mañana lo habré olvidado.

—Es que…

—¿Qué?»

Se puso colorado hasta las orejas, y con voz seria:

«Me confieso a usted como me confesaría a un sacerdote, Laurine.»

Por los labios de ésta cruzó la rápida sonrisa que a veces adoptaba al escucharlo, y en un tono algo burlón:

«Soy toda oídos.»

Él continuó:

«Ya sabe, querida, lo sobrio que soy, sólo bebo vino con agua, y nunca licores, ya lo sabe usted.

—Sí, lo sé.

—Pues bien, figúrese que, hacia el final de las grandes maniobras, me dejé llevar a beber un poco, una noche en que tenía mucha sed, estaba muy fatigado, muy cansado, y…

—¿Se emborrachó? ¡Huy, qué feo!

—Sí, me emborraché.»

Ella había adoptado un aire severo.

«¿Pero totalmente borracho, confiéselo, tan borracho como para no poder dar un paso?

—¡Oh, no, tanto como eso no! Había perdido la razón, pero no el equilibro. Hablaba, reía, estaba loco.»

Como él se callaba, ella preguntó:

«¿Eso es todo?

—No.

—¡Ah!, ¿y… después?

—Después… cometí… cometí una infamia.»

Ella lo miraba inquieta, algo turbada, emocionada también.

«¿Cuál, querido?

—Cenamos con… con unas actrices… y no sé cómo pasó, ¡la engañé, Laurine!»

Había declarado esto en un tono grave, solemne.

Ella sintió una pequeña sacudida, y su mirada se aclaró con una alegría brusca, con una alegría profunda, irresistible.

Dijo: «Usted… usted… usted me ha…»

Y una risita seca, nerviosa, entrecortada, se deslizó entre sus dientes por tres veces, cortándole la palabra.

Trataba de recuperar la seriedad; pero cada vez que iba a pronunciar una palabra, la risa se estremecía en el fondo de su garganta, brotaba, pronto detenida para volver a salir de nuevo, surgiendo como el gas de una botella de champán destapada cuya espuma no se puede contener. Se ponía la mano en los labios para calmarse, para hundir en su boca aquella desafortunada crisis de alegría; pero la risa se le escapaba entre los dedos, le sacudía el pecho, se elevaba a pesar suyo. Tartamudeaba: «Usted… usted… me ha engañado…—¡Ja!… ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!…, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!»

Y lo miraba con un aire singular, tan burlón a su pesar que él permanecía perplejo, estupefacto.

Y de repente, sin poder aguantar más, estalló… Entonces se echó a reír con una risa que parecía un ataque de nervios. Grititos entrecortados le salían de la boca, procedentes, al parecer, del fondo del pecho; y, con las dos manos

apoyadas en la boca del estómago, tenía largos accesos hasta ahogarse, como los accesos de tos en la tos ferina.

Y cada esfuerzo que hacía para calmarse provocaba un nuevo acceso, cada palabra que quería decir la hacía retorcerse mucho más.

«Mi… mi… mi… pobre amigo… ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!… ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!»

Él se levantó dejándola sola en el sillón, y poniéndose de pronto muy pálido, dijo:

«Laurine, está usted más que inconveniente.»

Ella balbució, en un delirio de alegría:

«Qué… qué quiere… no… no… no puedo… qué… qué divertido es usted… ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!…»

Él se volvía lívido y ahora la miraba con los ojos Fijos en los que se despertaba una idea extraña. De repente abrió la boca como para gritar algo, pero no dijo nada, giró sobre sus talones y salió dando un portazo.

Laurine, doblada en dos, agotada, desfalleciente, seguía riéndose con una risa moribunda, que se reanimaba por momentos como la llama de un incendio casi apagado.

¿Un loco?[204]

Cuando me dijeron: «¿Sabe usted que Jacques Parent murió loco en una casa de salud?», un estremecimiento doloroso, un estremecimiento de miedo y de angustia me corrió a lo largo de los huesos; y de repente vuelvo a ver a aquel gran muchacho extraño, tal vez loco desde hacía mucho tiempo, maníaco inquietante, espantoso incluso.

Era un hombre de cuarenta años, alto, delgado, algo encorvado, con ojos de alucinado, unos ojos negros, tan negros que no se distinguía la pupila, unos ojos móviles, vagabundos, enfermos, atormentados. ¡Qué ser singular, turbador, que provocaba, que lanzaba un malestar en torno suyo, un malestar vago, del alma, del cuerpo, uno de esos abatimientos incomprensibles que hacen creer en influencias sobrenaturales!

Tenía un tic molesto: la manía de esconder las manos. Casi nunca las dejaba vagar, como todos hacemos, por los objetos, por las mesas. Nunca manipulaba las cosas que andan rodando por aquí y por allá con ese gesto familiar que tienen casi todos los hombres. Nunca dejaba desnudas sus largos manos huesudas, finas, algo febriles. Las hundía en sus bolsillos, bajo las vueltas de su ropa; las disimulaba bajo las axilas cruzando los brazos. Se hubiera dicho que tenía miedo de que hicieran, a pesar suyo, alguna tarea prohibida, que realizasen alguna acción vergonzosa o ridícula si las dejaba libres y dueñas de sus movimientos.

Cuando estaba obligado a emplearlas para los usos habituales de la vida, lo hacía a tirones bruscos, con impulsos rápidos del brazo como si no hubiera querido dejarles tiempo de actuar por sí mismas, de negarse a su voluntad, de ejecutar otra cosa. En la mesa cogía el vaso, el tenedor o el cuchillo tan vivamente que nunca había tiempo de prever qué quería hacer antes de que lo hubiese hecho.

Pero una noche tuve la explicación de la sorprendente enfermedad de su alma.

De vez en cuando venía a pasar unos días a mi casa, en el campo, y esa noche me parecía particularmente agitado.

En el cielo estaba formándose una tormenta asfixiante y negra, tras una jornada de un calor atroz. Ningún soplo de aire removía las hojas. Un vapor caliente de horno pasaba por los rostros, hacía jadear los pechos. Me sentía a disgusto, agitado, y quise irme a la cama.

Cuando me vio levantarme para irme, Jacques Parent me cogió del brazo con gesto asustado.

«¡Oh!, no, quédate un poco más», me dijo.

Lo miré sorprendido y murmuré:

«Es que la tormenta me altera los nervios».

Gimió, o más bien gritó:

«¡Y a mí! ¡Oh!, quédate, te lo ruego; no querría quedarme solo».

Parecía estar enloquecido. Dije: «¿Qué te pasa? ¿Estás perdiendo la cabeza?»

Y él balbució:

«Sí, por momentos, en noches como ésta, en noches de electricidad… tengo… tengo… tengo miedo… tengo miedo de mí… ¿no me comprendes? Es que estoy dotado de un poder… no… de una potencia… no… de una fuerza… En fin, no sé decir qué es, pero tengo en mí una acción magnética tan extraordinaria que tengo miedo, sí, ¡tengo miedo de mí como te decía hace un momento!»

Y ocultaba con estremecimientos frenéticos sus manos vibrantes bajo las vueltas de su chaqueta.

Y yo mismo me sentí temblar de repente de los pies a la cabeza por un temor confuso, potente, horrible. Tenía ganas de irme, de escapar, de no volver a verlo, de no ver su mirada errante pasar sobre mí, luego huir, girar alrededor del techo, buscar algún rincón sombrío de la sala para clavarse en él, como si hubiera querido ocultar también su mirada temible.

Balbucí: «¡Nunca me habías dicho eso!»

Él prosiguió:

«¿Se lo digo a alguien? Mira, atiende, esta noche no puedo callarme. Y prefiero que lo sepas todo; además, podrás ayudarme.

»¡El magnetismo! ¿Sabes lo que es? No, nadie lo sabe. Sin embargo, se puede comprobar. Se reconoce, los médicos mismos lo practican; uno de los más ilustres, M. Charcot[205], lo profesa. Por lo tanto, no hay duda, eso existe.

»Un hombre, un ser, tiene el poder, espantoso e incomprensible, de dormir, por la fuerza de su voluntad, a otro ser; y, mientras el otro duerme, robarle el pensamiento como se robaría una bolsa. Le roba su pensamiento, es decir, su alma, ¡el alma, ese santuario, ese secreto del Yo, el alma, ese fondo

del hombre que se creía impenetrable, el alma, ese asilo de ideas inamovibles, de todo lo que uno esconde, de todo lo que ama, de todo lo que quiere ocultar al resto de los humanos, él la abre, la viola, la exhibe, la arroja al público! ¿No es atroz, criminal, infame?

»Porque, ¿cómo se hace? ¿Lo sabemos? Pero ¿qué sabemos? Todo es misterio. Sólo nos comunicamos con las cosas mediante nuestros miserables sentidos, incompletos, inválidos, tan débiles que apenas pueden constatar lo que nos rodea. Todo es misterio. Piensa en la música, ese arte divino, ese arte que trastorna el alma, la arrastra, la embriaga, la enloquece… pero ¿qué es? Nada.

»¿No me comprendes? Escucha. Dos cuerpos chocan entre sí. El aire vibra. Estas vibraciones son más o menos numerosas, más o menos rápidas, más o menos fuertes, según la naturaleza del choque. Pero en la oreja tenemos una pequeña piel que recibe esas vibraciones del aire y las transmite al cerebro en forma de sonido. Imagínate que un vaso de agua se cambia en vino en tu boca. El tímpano realiza esa increíble metamorfosis, ese sorprendente milagro de cambiar el movimiento en sonido. Ahí lo tienes.

»La música, ese arte complejo y misterioso, preciso como el álgebra y vago como un sueño, ese arte hecho de matemáticas y de brisa, sólo proviene de la extraña propiedad de una pielecita. Esa piel no existiría si el sonido tampoco existiera, ya que por sí mismo sólo es una vibración. Sin el oído, ¿adivinaríamos la música? No. Pues bien, estamos rodeados de cosas que nunca sospecharemos porque nos faltan los órganos que nos las revelarían.

»Tal vez el magnetismo sea una de ellas. Sólo podemos presentir ese poder, intentar, temblando, esa vecindad de los espíritus, vislumbrar este nuevo secreto de la naturaleza, porque no poseemos en nosotros el instrumento revelador.

»En cuanto a mí… En cuanto a mí, estoy dotado de un poder horrible. Se diría otro ser encerrado dentro de mí que continuamente quiere escapar, actuar a pesar mío, que se agita, me roe, me agota. ¿Qué es? No sé, pero los dos estamos en mi pobre cuerpo, y es él, el otro, el que con frecuencia es más fuerte, como esta noche.

»Me basta mirar a la gente para embotarla como si les hubiera dado opio. Me basta extender las manos para producir… cosas… terribles. ¡Si supieras! ¡Oh, si supieras! Mi poder no se extiende sólo a los hombres, sino también a los animales e incluso… a los objetos…

»Esto me tortura y me espanta. A menudo tengo ganas de saltarme los ojos y de cortarme las muñecas.

»Pero voy a… quiero que sepas todo. Mira. Voy a demostrártelo… no con criaturas humanas, que es lo que hacen en todas partes, sino con… con… animales. Llama a *Mirza*».

Andaba a zancadas con ademanes de alucinado; y sacó las manos escondidas en su pecho. Me parecieron espantosas, como si hubiera desenvainado dos espadas.

Y obedecí maquinalmente, subyugado, vibrante de terror y devorado por una especie de deseo impetuoso de ver. Abrí la puerta y silbé a mi perra, que dormía en el vestíbulo. Enseguida oí el ruido precipitado de sus uñas sobre los peldaños de la escalera, y apareció, contenta, moviendo la cola.

Luego le hice seña de echarse en un sillón; saltó a él, y Jacques empezó a acariciarla mientras la miraba.

Al principio pareció inquieta; se estremecía, volvía la cabeza para evitar la mirada fija del hombre, parecía agitada por un temor creciente. De pronto empezó a temblar como tiemblan los perros. Todo su cuerpo palpitaba, sacudido por largos estremecimientos, y quiso escapar. Pero él puso su mano sobre el cráneo del animal que, bajo ese contacto, lanzó uno de esos largos aullidos que de noche se oyen en el campo.

Yo mismo me sentía abotargado, aturdido, como lo está uno cuando sube a un barco. Veía inclinarse los muebles, moverse a las paredes. Balbucí: «Basta, Jacques, basta». Pero él no me escuchaba. Miraba a *Mirza* de forma continua, espantosa. Ahora la perra cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza, como hace uno al dormirse. Él se volvió hacia mí.

«Ya está, dijo, y ahora mira.»

Y arrojando su pañuelo al otro lado de la estancia, gritó: «¡Tráelo!» Entonces el animal se levantó y, vacilando, tropezando como si hubiera estado ciego, moviendo sus patas como los paralíticos mueven sus piernas, se fue hacia el pañuelo, que formaba una mancha blanca junto a la pared. Varias veces intentó cogerlo con su boca, pero mordía al lado, como si no lo hubiera visto. Por fin lo cogió, y volvió con el mismo paso tambaleante de perro sonámbulo.

Era algo horrible de ver.

Él ordenó: «Échate». Ella se echó. Entonces, tocándole la frente, dijo: «Una liebre, cógela, cógela». Y el animal, siempre de costado, trató de correr, se agitó como hacen los perros que sueñan y sin abrir la boca lanzó pequeños ladridos extraños, ladridos de ventrílocuo.

Jacques parecía haberse vuelto loco. El sudor corría por su frente. Gritó: «Muérdelo, muerde a tu amo». La perra sintió dos o tres sobresaltos terribles.

Se hubiera jurado que se resistía, que luchaba. Él repitió: «Muérdelo». Entonces, levantándose, mi perra vino hacia mí; y yo retrocedía hacia la pared, temblando de espanto, con el pie levantado para golpearla, para rechazarla.

Pero Jacques ordenó: «Aquí, ahora mismo». Ella se volvió hacia él. Y, entonces, con aquellas dos grandes manos se puso a frotarle la cabeza como si estuviera liberándola de unos lazos invisibles.

Mirza abrió de nuevo los ojos. «Se acabó», dijo.

No me atreví a tocarla y empujé la puerta para que se fuera. Se marchó despacio, temblando, agotada, y de nuevo oí sus uñas arañar los escalones.

Pero Jacques se volvió hacia mí: «Eso no es todo. Lo que más me asusta es esto, mira. Los objetos me obedecen».

Sobre mi mesa había una especie de cuchillo-puñal del que me servía para cortar las hojas de los libros. Estiró la mano hacia él. El cuchillo parecía reptar, se acercaba lentamente; y de pronto vi, sí, vi al cuchillo mismo vibrar, y después moverse; luego se deslizó despacio, completamente solo, sobre la madera hacia la mano inmóvil que lo esperaba, y fue a colocarse debajo de sus dedos.

Me puse a gritar de terror. Creí que yo mismo me volvía loco, pero el sonido agudo de mi voz me calmó de repente.

Jacques continuó:

«Todos los objetos vienen así hacia mí. Por eso oculto mis manos. ¿Qué es? ¿Magnetismo, electricidad, imán? No sé, pero es horrible.

»¿Y entiendes por qué es horrible? Cuando estoy solo, tan pronto como me quedo solo, no puedo impedir atraer todo lo que me rodea. Y paso días enteros cambiando cosas de sitio, sin cansarme nunca de probar este abominable poder, ¡como para ver si he dejado de tenerlo!»

Había hundido sus grandes manos en los bolsillos y miraba en la oscuridad. Un leve ruido, un ligero estremecimiento parecía pasar entre los árboles.

Era la lluvia, que empezaba a caer.

Murmuró: «¡Es espantoso!»

Repitió: «¡Es horrible!»

Un rumor sacudió aquella fronda, como un golpe de viento. Era el chaparrón, el aguacero espeso, torrencial.

Jacques se puso a respirar con grandes bocanadas que levantaban su pecho.

«Déjame, dijo, la lluvia me calmará. Ahora deseo estar solo.»

Mohamed el Golfo[206]

«¿Vamos a tomar el café en el tejado?», preguntó el capitán.

Yo respondí:

«Pues claro, por supuesto.»

Se levantó. Ya estaba oscura la sala, iluminada únicamente por el patio interior, a la manera de las casas moras. Ante las altas ventanas de ojiva caían unos bejucos desde la gran terraza donde se pasaban las calurosas veladas del verano. Sobre la mesa sólo quedaban algunas frutas, enormes frutas de África, uvas grandes como ciruelas, higos blandos de pulpa violeta, peras amarillas, plátanos alargados y gordos, y dátiles de Tugurt en un cestillo de esparto.

El morito que servía abrió la puerta y subí por la escalera de paredes de azur que recibía de arriba la mortecina luz del crepúsculo.

Y no tardé en lanzar un profundo suspiro de felicidad al llegar a la terraza. Dominaba Argel, el puerto, la rada y las costas lejanas.

La casa comprada por el capitán era una antigua vivienda árabe, situada en el centro de la ciudad vieja, en medio de esas callejas laberínticas donde bulle la extraña población de las costas de África.

Por debajo de nosotros, los tejados planos y cuadrados descendían como escalones de gigantes hasta los tejados oblicuos de la ciudad europea. Detrás de éstos se divisaban los mástiles de los barcos anclados, luego el mar, el ancho mar, azul y en calma bajo el cielo tranquilo y azul.

Nos tumbamos en unas esterillas, con la cabeza apoyada en cojines, y, mientras bebíamos lentamente el sabroso café de aquella tierra, contemplaba la aparición de las estrellas en el azur oscurecido. Se las vislumbraba un poco, tan lejanos, tan pálidas, apenas encendidas todavía.

Un calor ligero, un calor alado, nos acariciaba la piel. Y a veces soplos más cálidos, pesados, en los que pasaba un vago aroma, el aroma de África, parecían el aliento cercano del desierto, llegado por encima de las cumbres del Atlas. El capitán, echado boca arriba, dijo:

«¡Qué tierra, amigo mío! ¡Qué dulce es aquí la vida! ¡En este descanso hay algo particular, delicioso! ¡Cómo están hechas estas noches para soñar!»

Yo seguía mirando nacer las estrellas con una curiosidad blanda y sin embargo viva, con una felicidad adormecida.

Murmuré:

«Debería usted contarme algo de su vida en el Sur.»

El capitán Marret era uno de los más viejos africanos del ejército, un oficial chusquero, antiguo espahí, ascendido por sus sablazos.

Gracias a él, a sus relaciones, a sus amistades, yo había podido hacer un espléndido viaje al desierto; y esa noche había ido a darle las gracias, antes de regresar a Francia.

Dijo:

«¿Qué tipo de historia quiere? Durante mis doce años de arena me han ocurrido tantas aventuras que ya no recuerdo ninguna.»

Y proseguí:

«Hábleme de las mujeres árabes.»

No respondió. Él seguía tumbado, con los brazos doblados y las manos bajo la cabeza, y yo sentía por momentos el aroma de su puro, cuyo humo subía derecho hacia el cielo en aquella noche sin brisa.

Y de repente se echó a reír.

«¡Ah!, sí, voy a contarle un suceso curioso que data de mis primeros tiempos en Argelia.»

*

Teníamos entonces en el ejército de África tipos extraordinarios, como ya no se ven y como ya no hay, tipos que le habrían interesado a usted tanto como para hacerle pasar toda su vida en este país.

Yo era simple espahí, un pequeño espahí de veinte años, muy rubio, y arrogante, ágil y vigoroso, querido amigo, un verdadero soldado de Argelia. Me habían destinado al mando militar de Boghar[207]. Ya conoce usted Boghar, que llaman el balcón el Sur, y también ha visto desde lo alto del fuerte el comienzo de esa región de fuego, carcomida, desnuda, atormentada, pedregosa y roja. Ésa es, desde luego, la antesala del desierto, la frontera ardiente y magnífica de la inmensa región de las soledades amarillas.

Así pues, estábamos en Boghar unos cuarenta espahíes, una compañía de alegres[208], además de un escuadrón de cazadores de África, cuando se supo que la tribu de los uled-berghi había asesinado a un viajero inglés llegado no se sabe cómo a aquella tierra, porque los ingleses tienen el diablo en el cuerpo.

Había que castigar aquel crimen cometido en la persona de un europeo; pero el comandante en jefe dudaba en enviar una columna, por parecerle que un inglés no era motivo suficiente para tanto movimiento.

Ahora bien, mientras charlaba del asunto con el capitán y el teniente, un sargento de espahíes, que aguardaba el parte, se ofreció de pronto para ir a castigar a la tribu si le daban sólo seis hombres.

Ya sabe usted que en el Sur hay más libertad que en las guarniciones de las ciudades, y entre oficial y soldado existe una especie de camaradería que no se encuentra en otras partes.

El capitán se echó a reír.

«¿Tú solo, valiente?

—Sí, mi capitán, y, si lo desea, le traeré prisionera a toda la tribu.»

El comandante, que era un excéntrico, le tomó la palabra:

«Partirás mañana por la mañana con los seis hombres que elijas, ¡y pobre de ti si no cumples tu promesa!»

El suboficial sonreía para su coleto.

«No tema, mi comandante. Mis prisioneros estarán aquí el miércoles a mediodía, a más tardar.»

Este sargento, Mohamed el Golfo, como lo llamaban, era un hombre realmente sorprendente, un turco, un verdadero turco que había entrado al servicio de Francia tras una vida muy ajetreada y sin duda no muy clara. Había viajado por muchos lugares, por Grecia, por Asia Menor, por Egipto, por Palestina, y seguramente había cometido bastantes fechorías por el camino. Era un auténtico bachi-buzuk[209], audaz, juerguista, feroz y alegre, con una tranquila alegría de oriental. Era gordo, muy gordo, pero ágil como un mono, y montaba a caballo de maravilla. Sus bigotes, inverosímilmente espesos y largos, siempre despertaban en mí una confusa idea de media luna y de cimitarra. Odiaba a los árabes con un odio exasperado, y los trataba con una crueldad taimada y espantosa, inventando sin cesar nuevas argucias, perfidias calculadas y terribles.

Era, además, de una fuerza increíble y de una audacia inverosímil.

El comandante le dijo:

«Elige a tus hombres, muchacho.»

Mohamed me eligió. Aquel valiente confiaba en mí, y yo agradecí en cuerpo y alma aquella elección, que me agradó tanto como, más tarde, la cruz de honor.

Así pues, partimos a la mañana siguiente, con la aurora, los siete, sólo nosotros siete. Mis camaradas eran de esos bandidos, de esos forajidos que,

tras haber merodeado y vagabundeado por todos los países posibles, terminan por alistarse en cualquier legión extranjera. Nuestro ejército de África estaba entonces lleno de esos crápulas, excelentes soldados, pero poco escrupulosos.

Mohamed nos había dado a cada uno una docena de trozos de cuerda, de un metro de largo aproximadamente. Yo había cargado, además, por ser el más joven y el menos pesado, con una gran soga entera, de cien metros. Cuando se le preguntó qué pretendía hacer con tanta cuerda, respondió con su aire socarrón y plácido:

«Es para pescar árabes.»

Y guiñaba un ojo con malicia, movimiento que había aprendido de un viejo parisiense cazador en África.

Marchaba a la cabeza de nuestra tropa, tocado con un turbante rojo que siempre llevaba en campaña, y sonreía satisfecho bajo sus enormes bigotes.

Era realmente hermoso aquel enorme turco, con su poderoso vientre, sus espaldas de coloso y su aire apacible. Montaba un caballo blanco, de ralla mediana pero robusta, y el jinete parecía diez veces demasiado gordo para su montura.

Nos habíamos adentrado por un pequeño valle pedregoso, desnudo, muy amarillo, que desciende hacia el valle del Chelif, y charlábamos de nuestra expedición. Mis compañeros tenían todos los acentos posibles, pues entre ellos había un español, dos griegos, un americano y tres franceses. En cuanto a Mohamed el Golfo, su pronunciación gutural era inverosímil.

El sol, el terrible sol, el sol del Sur, que no se conoce al otro lado del Mediterráneo, caía sobre nuestras espaldas, y avanzábamos al paso, como siempre se hace allí.

Marchamos durante todo el día sin encontrar un árbol ni un árabe.

Hacia la una de la tarde, habíamos comido, junto a un pequeño manantial que corría entre las piedras, el pan y el cordero seco que llevábamos en las mochilas, y luego, tras veinte minutos de descanso, de nuevo habíamos emprendido la marcha.

Por fin, hacia las seis, tras un largo rodeo que había mandado que diéramos nuestro jefe, descubrimos, tras un cerro, una tribu acampada. Las tiendas pardas, bajas, formaban manchas oscuras en la tierra amarilla, parecían grandes champiñones del desierto crecidos al pie de aquel montículo rojo calcinado por el sol.

Era la gente que buscábamos. Algo más lejos, al borde de una llanura de esparto de un verde sombrío, pastaban los caballos atados.

Mohamed ordenó: «¡Al galope!», y llegamos como un huracán al centro del campamento. Las mujeres, enloquecidas, cubiertas de harapos blancos que colgaban y flotaban a su alrededor, se metían vivamente en sus covachas de tela, arrastrándose y encorvándose y gritando como bestias acorraladas. Los hombres, en cambio, salían por todas partes pensando en defenderse.

Fuimos derechos a la tienda más alta, la del agá[210].

Manteníamos el sable en su vaina, a ejemplo de Mohamed, que galopaba de un modo singular. Permanecía absolutamente inmóvil, sentado muy derecho en su pequeño caballo que se agitaba bajo él como un loco furioso para llevar aquella masa. Y la tranquilidad del jinete de largos bigotes contrastaba de forma extraña con la vivacidad del animal.

El jefe indígena salió de su tienda cuando llegábamos ante ella. Era un hombre alto, flaco, negro, de mirada brillante, frente abultada y cejas arqueadas. Gritó en árabe:

«¿Qué queréis?»

Mohamed, deteniendo en seco su caballo, le respondió en su lengua:

«¿Has sido tú el que has matado al viajero inglés?»

El agá dijo con voz fuerte:

«No tengo por qué soportar ningún interrogatorio de ti.»

A nuestro alrededor zumbaba una especie de tormenta. Los árabes acudían de todas partes, nos empujaban, nos encerraban, vociferaban.

Parecían aves de presa feroces con sus grandes narices corvas, sus escuálidas caras de huesos salientes, sus amplias ropas agitadas por los movimientos.

Mohamed sonreía, con el turbante ladeado, la mirada excitada, y yo veía una especie de temblores de placer en sus mejillas algo caídas, carnosas y arrugadas.

Prosiguió con voz tonante que dominó los clamores:

«¡Muerte al que ha dado la muerte!»

Y tendió su revólver hacia la cara oscura del agá. Vi salir del cañón un poco de humo; luego una espuma rosa de sesos y sangre brotó de la frente del jefe. Cayó fulminado, de espaldas, abriendo los brazos, que levantaron, como alas, los faldones flotantes de su albornoz.

Desde luego, creí llegada mi última hora, tan terrible era el tumulto a nuestro alrededor.

Mohamed había sacado su sable. Desenvainamos como él, que gritó, apartando con un molinete a los que más le presionaban:

«¡La vida para los que se sometan! ¡La muerte a los demás!»

Y, agarrando con su puño de hércules al más cercano, lo tumbó sobre su silla, le ató las manos, chillando en dirección a nosotros:

«Haced como yo y matad a sablazos a los que se resistan.»

En cinco minutos capturamos una veintena de árabes cuyas muñecas atábamos sólidamente. Luego perseguimos a los fugitivos, pues a nuestro alrededor se había producido una desbandada a la vista de los sables desnudos. Aún trajimos a unos treinta hombres.

Por toda la llanura se divisaban cosas blancas que corrían. Las mujeres arrastraban a sus hijos y lanzaban clamores agudos. Los perros amarillos, parecidos a chacales, daban vueltas a nuestro alrededor ladrando y enseñándonos sus pálidos colmillos.

Mohamed, que parecía loco de alegría, saltó del caballo y, cogiendo la cuerda que yo había llevado, dijo:

«¡Atención, muchachos, dos hombres a tierra!»

Entonces hizo algo terrible y divertido: una sarta de prisioneros, o mejor dicho, una sarta de ahorcados. Había atado fuertemente las dos muñecas del primer cautivo, luego hizo un nudo corredizo alrededor de su cuello con la misma cuerda que de nuevo sujetaba los brazos del siguiente, y a continuación se enrollaba en su garganta. No tardaron nuestros cincuenta prisioneros en estar atados de tal modo que el menor movimiento de uno para huir lo hubiera estrangulado, así como a sus dos vecinos. Cualquier gesto que hacían tiraba del nudo corredizo del cuello, y los obligaba a caminar con paso regular sin apartarse un ápice uno de otro, so pena de caer inmediatamente como una liebre cogida en el lazo.

Cuando la extraña tarea estuvo terminada, Mohamed se echó a reír con su risa silenciosa que le agitaba el vientre sin que de su boca saliese ningún ruido.

«Esto es la cadena árabe», dijo.

Nosotros mismos empezábamos a desternillarnos de risa ante la cara aterrada y lamentable de los prisioneros.

«Ahora, gritó nuestro jefe, una estaca en cada extremo, muchachos, atádmela.»

Fijamos, en efecto, una estaca en cada extremo de aquella cinta de cautivos blancos parecidos a fantasmas y que permanecían inmóviles como si se hubieran convertido en piedras.

«Y ahora cenemos», dijo el turco.

Encendimos fuego e hicimos asar un cordero que despedazamos con nuestras manos. Luego comimos dátiles encontrados en las tiendas; bebimos

leche obtenida de la misma forma y recogimos algunas joyas de plata olvidadas por los fugitivos.

Estábamos terminando tranquilamente nuestra cena cuando divisé, en la colina de enfrente, una singular concentración. Eran las mujeres que habían escapado hacía un rato, sólo las mujeres. Y venían hacia nosotros corriendo. Se las señalé a Mohamed el Golfo.

Sonrió.

«¡Es el desierto!», dijo.

¡Ah, sí, el desierto!

Llegaban galopando como locas furiosas, y pronto fuimos acribillados a piedras que nos lanzaban sin detener su carrera; y vimos que estaban armadas con cuchillos, palos de tienda y viejos cacharros de cocina.

Mohamed gritó: «¡A caballo!» Justo a tiempo. El ataque fue terrible. Venían a liberar a los prisioneros y trataban de cortar la cuerda. El turco, comprendiendo el peligro, se puso furioso y chilló: «¡A sablazos! — ¡a sablazos! — ¡a sablazos!» Y como permanecíamos inmóviles, turbados ante aquella carga de un tipo nuevo, dudando en matar mujeres, él se lanzó sobre la tropa invasora.

Cargó, solo, contra aquel batallón de mujeres harapientas, y el miserable se puso a dar sablazos como un loco, con tal rabia, con tal arrebato, que se veía caer un cuerpo blanco cada vez que su brazo se abatía.

Y era tan terrible que las mujeres, aterradas, huyeron tan deprisa como habían llegado, dejando en el lugar una docena de muertas y de heridas cuya sangre roja manchaba las pálidas ropas.

Y Mohamed, con el rostro desquiciado, volvió hacia nosotros repitiendo:

«Larguémonos, larguémonos, muchachos; van a volver.»

Y nos batimos en retirada, conduciendo con paso lento a nuestros prisioneros paralizados por el miedo al estrangulamiento.

Al día siguiente daban las doce cuando llegábamos a Boghar con nuestra cadena de ahorcados. Sólo habían muerto seis en el camino. Pero había sido preciso aflojar con frecuencia los nudos de un extremo a otro del convoy, porque cualquier sacudida estrangulaba de una sola vez a una docena de cautivos.

*

El capitán calló. Yo no dije nada. Pensaba en el extraño país donde podían verse cosas semejantes; y miraba en el cielo negro el rebaño innumerable y

brillante de las estrellas.

El guarda[211]

Se contaban después de comer aventuras y accidentes de caza.

Un viejo amigo de todos nosotros, el señor Boniface, gran cazador de animales y gran bebedor de vino, hombre robusto y alegre, lleno de ingenio, de sentido de filosofía, de una filosofía irónica y resignada que se manifestaba por extravagancias mordaces y nunca por tristezas, dijo de pronto:

«Yo sé una, una historia de caza, o más bien un drama de caza bastante singular. No se parece en nada a todo lo que se conoce en su género; además no la he contado nunca pensando que no divertiría a nadie.

«No es simpática, ¿me comprenden? Quiero decir que carece de esa especie de interés que apasiona, o que encanta, o que conmueve agradablemente.

«En fin, es ésta.»

*

Entonces yo tenía treinta y cinco años aproximadamente, y cazaba como un loco.

En aquella época poseía una tierra muy apartada en las cercanías de Jumièges, rodeada de bosques y muy buena para la liebre y el conejo. Únicamente iba a pasar allí cuatro o cinco días al año, y la vivienda no me permitía llevar a un amigo.

Tenía, como guarda, a un antiguo gendarme retirado, un buen hombre, severo con las órdenes, terrible con los cazadores furtivos y que no temía nada. Vivía completamente solo, lejos del pueblo, en una casita, o más bien en una casucha formada por dos piezas en la planta baja, cocina y bodega, y dos habitaciones en el primer piso. Una de ellas, especie de cajón en el que apenas cabía una cama, un armario y una silla, me estaba reservada.

El tío Cavalier ocupaba la otra. Cuando digo que estaba solo en ese alojamiento me he expresado mal. Tenía consigo a su sobrino, una especie de

ganapán de catorce años que iba a por provisiones al pueblo a tres kilómetros de distancia y ayudaba al viejo en las labores cotidianas.

Este granuja, flaco, larguirucho, algo encorvado, tenía unos cabellos amarillos tan ligeros que parecían plumón de pollo, tan ralos que parecía calvo. Poseía además unos pies enormes y manos gigantescas, manos de coloso.

Bizqueaba un poco y nunca miraba directamente a nadie. En la raza humana, me hacía el efecto de lo que son las bestias apestosas entre los animales. Era un turón o un zorro aquel arrapiezo.

Se acostaba en una especie de agujero en el altillo de la pequeña escalera que llevaba a las dos habitaciones.

Pero durante mis breves estancias en el *Pabellón* —llamo el *Pabellón* a aquella choza—, Marius cedía su hueco a una vieja de Écorcheville[212] llamada Céleste, que iba a hacerme la cocina porque los ranchos del tío Cavalier eran muy insuficientes.

Así pues, ya conocen a los personajes y el local. Y ahora, la aventura:

Era el 15 de octubre de 1854 —recuerdo esa fecha y no la olvidaré jamás.

Salí de Ruán a caballo, seguido por mi perro *Bock*, un gran braco del Poitou, ancho de pecho y fuerte de fauces, que batía los matorrales como un podenco de Pont-Audemer.

Llevaba a la grupa mi bolsa de viaje, y mi escopeta en bandolera. Era un día frío, un día de fuerte viento triste, con nubes sombrías corriendo por el cielo.

Al subir la cuesta de Canteleu, contemplaba el amplio valle del Sena que el río atravesaba hasta el horizonte con repliegues de serpiente. Ruán, a la izquierda, alzaba al cielo sus campanarios, y a la derecha, la vista se detenía en las lejanas colinas cubiertas de bosques. Luego atravesé el bosque de Roumare[213], yendo unas veces al paso, otras al trote, y hacia las cinco llegué ante el Pabellón, donde me esperaban el tío Cavalier y Céleste.

Desde hacía diez años, yo me presentaba en la misma época de la misma forma, y las mismas bocas me saludaban con las mismas palabras.

«Buenas tardes, señor. ¿Está bien la salud?»

Cavalier apenas había cambiado. Resistía el tiempo como un árbol viejo; pero Céleste, sobre todo desde hacía cuatro años, se había vuelto irreconocible.

Casi se había doblado en dos y, aunque siempre activa, caminaba con la parte superior del cuerpo tan inclinada que parecía formar un ángulo recto con

las piernas.

La vieja, muy servicial, siempre se mostraba emocionada al despedirme, y cada vez que me iba me decía:

«Hay que pensar que quizá sea la última vez, mi querido señor.»

Y el adiós afligido, temeroso, de aquella pobre criada, aquella resignación desesperada ante la inevitable muerte seguramente próxima para ella, conmovía todos los años mi corazón de una forma extraña.

Me apeé, pues, del caballo, y mientras Cavalier, cuya mano había estrechado, llevaba el animal al pequeño cobertizo que servía de cuadra, entré seguido por Céleste en la cocina, que también servía de comedor.

Luego se nos unió el guarda. La primera ojeada me bastó para ver que su rostro no era el de siempre. Parecía preocupado, incómodo, inquieto.

Le dije:

«¿Qué tal, Cavalier? ¿Todo marcha a su gusto?»

Murmuró:

«Sí y no. Hay algo que no marcha.»

Pregunté:

«¿Qué es lo que pasa, amigo mío? Cuéntemelo.»

Pero él movía la cabeza:

«No, todavía no, señor. No quiero preocuparle así nada más llegar con mis incordios.»

Insistí, pero él se negó en redondo a ponerme al corriente antes de la cena. Por su cara comprendí, sin embargo, que era grave.

Yo no sabía qué decirle, y cambié de tema:

«¿Y la caza? ¿La tenemos?

—¡Oh!, en cuanto a la caza, sí la hay, ¡claro que la hay! Encontrará toda la que quiera. Gracias a Dios, he tenido cuidado.»

Y lo decía con tanta seriedad, con una seriedad tan afligida que resultaba cómica. Sus gruesos bigotes grises parecían a punto de caer de sus labios.

De repente me di cuenta de que aún no había visto a su sobrino.

«¿Y Marius? ¿Dónde está? ¿Por qué no se presenta?»

El guarda tuvo una especie de sobresalto y, mirándome bruscamente a la cara:

«Bien, señor, prefiero decírselo todo seguido; sí, lo prefiero: si estoy afligido es por él.

—¡Ah, ah! Y ¿dónde está?

—En la cuadra, señor, yo esperaba el momento de que apareciese.

—¿Es que ha hecho algo?

—Lo que ha pasado, señor…»

Sin embargo, el guarda vacilaba, con la voz cambiada, temblorosa, la cara surcada de repente por arrugas profundas, arrugas de viejo.

Continuó lentamente:

«Vamos allá. Este invierno me di cuenta de que merodeaban por el bosque de las Roseraies, pero no podía pillar al tipo. Pasé allí noches y más noches, señor. Nada. Y, mientras, empezaron a poner trampas por la parte de Écorcheville. Me consumía de despecho. Pero lo de coger al merodeador, ¡imposible! Parecía como si el muy miserable estuviera avisado de mis salidas y de mis proyectos.

»Pero un día, cuando cepillaba el pantalón de Marius, su pantalón de los domingos, encontré cuarenta *sous* en el bolsillo. ¿De dónde los había sacado el mozo?

»Estuve pensándolo ocho días, y vi que salía; él salía justo cuando yo volvía a descansar, sí, señor.

»Entonces lo espié, pero sin que pudiera sospechar nada, ¡oh, sí, sin la menor sospecha! Y como yo venía a acostarme antes de que él se fuera, una mañana me levanté a continuación y lo seguí. No hay nadie que siga tan bien como yo, señor.

»Y resulta que lo pillo, sí, ¡a Marius, cazando en sus tierras, señor, él, mi sobrino, yo, su guarda!

»La sangre se me subió a la cabeza y a punto estuve de matarlo allí mismo de tanto como le pegué. ¡Ah, sí, y tanto que le pegué! Y le prometí que, cuando usted llegase, recibiría delante de usted una paliza de castigo, de mi propia mano, como escarmiento.

»Y esto es todo: me he consumido de pena. Ya sabe que eso es lo que pasa cuando uno se siente así de contrariado. Pero, dígame, ¿qué habría hecho usted? El muchacho no tiene padre ni madre, soy su único familiar, por eso no lo expulsé, no podía echarle, ¿no le parece?

»Pero le dije que si volvía a empezar, se acabó, se acabó, sin piedad. Eso es todo. ¿He hecho bien, señor?»

Respondí tendiéndole la mano:

«Ha hecho bien, Cavalier; es usted un buen hombre.»

Se levantó:

«Muchas gracias, señor. Ahora voy a buscarlo. Necesita el castigo, para escarmiento.»

Yo sabía que era inútil tratar de disuadir al viejo de su propósito. Por eso lo dejé obrar a su antojo.

Fue a buscar al granuja y lo trajo sujetándolo por la oreja.

Yo estaba sentado en una silla de paja, con el rostro grave de un juez.

Me pareció que Marius había crecido, estaba más feo que el año anterior, con su aire malvado, astuto. Y sus grandes manos parecían monstruosas.

Su tío lo empujó hacia mí, y, con su voz militar:

«Pide perdón al propietario.»

El muchacho no dijo una palabra.

Entonces, tras agarrarlo por debajo de los brazos, el antiguo gendarme lo alzó del suelo y se puso a zurrarlo con tal violencia que me levanté para detener los golpes.

El chico chillaba ahora:

«¡Perdón! — ¡perdón! — ¡perdón! — prometo…»

Cavalier lo depositó en el suelo y, obligándolo a ponerse de rodillas con una carga sobre sus hombros, dijo:

«Pide perdón.»

El granuja murmuraba, con la vista baja:

«Pido perdón.»

Entonces el tío lo levantó y lo despidió con un bofetón que a punto estuvo de hacerlo rodar.

Se marchó corriendo y no volví a verlo esa tarde.

Pero Cavalier parecía aterrado.

«Tiene malos instintos», dijo.

Y durante toda la cena repitió:

«¡Oh!, me duele mucho, señor, no sabe usted cuánto me duele.»

Traté de consolarlo, pero fue inútil.

Y me acosté temprano para salir de caza al alba.

Mi perro ya dormía en el suelo, al pie de mi cama, cuando apagué mi candela.

Me despertaron a media noche los ladridos furiosos de *Bock*. E inmediatamente me di cuenta de que mi habitación estaba llena de humo. Salté de la cama, encendí mi vela, corrí a la puerta y la abrí. Entró un torbellino de llamas. La casa ardía.

Cerré enseguida el batiente de grueso roble y, tras ponerme los calzones, bajé primero por la ventana a mi perro por medio de una cuerda hecha con mis sábanas enrolladas; luego, tras echar fuera mis ropas, el morral y la escopeta, escapé por el mismo medio.

Y me puse a gritar con todas mis fuerzas:

«¡Cavalier! — ¡Cavalier! — ¡Cavalier!»

Pero el guarda no se despertaba. Tenía el sueño pesado de viejo gendarme.

Mientras, por las ventanas inferiores veía que toda la planta baja no era más que un horno ardiente; y me di cuenta de que lo habían llenado de paja para favorecer el incendio.

¡Por tanto le habían prendido fuego!

Volví a gritar furioso:

«¡Cavalier!»

Entonces se me ocurrió la idea de que el fuego estaba asfixiándolo. Tuve una inspiración y, metiendo dos cartuchos en mi escopeta, disparé de lleno contra su ventana.

Los seis cristales cayeron en el cuarto hechos trizas. Esta vez el viejo había oído, y apareció asustado, en camisa, enloquecido sobre todo por aquel resplandor que iluminaba violentamente toda la parte delantera de su vivienda.

Le grité:

«Su casa está ardiendo. ¡Salte por la ventana, deprisa, deprisa!»

Las llamas, saliendo bruscamente por las aberturas del piso bajo, lamían el muro, llegaban hasta él, iban a rodearlo. Saltó y cayó de pie, como un gato.

Justo a tiempo. El techo de la choza crujió por la mitad encima de la escalera, que formaba, en cierto modo, una chimenea de fuego desde abajo; y un inmenso haz rojo se elevó en el aire, ampliándose como el penacho de un surtidor y sembrando una lluvia de chispas alrededor de la choza.

Y en pocos segundos no era otra cosa que un paquete de llamas.

Cavalier, aterrado, preguntó:

«¿Cómo ha ocurrido?»

Respondí:

«Han prendido fuego en la cocina.»

Él murmuró:

«¿Quién ha podido pegarle fuego?»

Y yo, adivinándolo de repente, dije:

«¡Marius!»

Y el viejo comprendió. Balbuceó:

«¡Oh! ¡Jesús, María y José! Por eso no ha vuelto.»

Pero una idea horrible cruzó por mi mente. Grité:

«¿Y Céleste? ¿Céleste?»

No respondió, pero la casa se derrumbó delante de nosotros formando únicamente desde entonces un gran brasero, deslumbrante, cegador,

sangriento, una formidable hoguera donde la pobre mujer no debía de ser ya más que un carbón rojo, un carbón de carne humana.

No habíamos oído ni un solo grito.

Pero cuando el fuego ganaba el cobertizo cercano, pensé de repente en mi caballo, y Cavalier corrió a soltarlo.

Nada más abrir la puerta de la cuadra, un cuerpo ágil y rápido, pasando entre sus piernas, lo hizo caer de bruces. Era Marius, que huía a todo correr.

El hombre se incorporó en un segundo. Quiso correr para atrapar al miserable; pero, comprendiendo que no lo conseguiría, y enloquecido por un irresistible furor, cediendo a uno de sus impulsos irreflexivos, instantáneos, de esos que no se pueden prever ni refrenar, cogió mi escopeta que había quedado en el suelo, muy cerca de él, se la echó al hombro y, antes de que yo hubiera podido hacer un movimiento, disparó sin saber siquiera si el arma estaba cargada.

Uno de los cartuchos que yo había metido para anunciar el fuego no había salido; y la carga, alcanzando al fugitivo en plena espalda, lo tiró de bruces, cubierto de sangre. Enseguida se puso a escarbar la tierra con las manos y las rodillas como si hubiera querido seguir huyendo a cuatro patas, como las liebres heridas de muerte que ven acercarse al cazador.

Corrí hacia él. El muchacho ya agonizaba. Expiró antes de que el fuego se hubiera apagado, sin pronunciar palabra.

Cavalier, en camisa, con las piernas desnudas, permanecía de pie cerca de nosotros, inmóvil, alelado.

Cuando llegaron las gentes del pueblo, se llevaron a mi guarda, parecía un loco.

Comparecí en el proceso como testigo, y conté los hechos con todo detalle, sin cambiar nada. Cavalier fue absuelto. Pero desapareció ese mismo día, abandonando la región.

Nunca he vuelto a verlo.

Ésta es, señores, mi historia de caza.

Berthe[214]

Un amigo viejo (a veces tenemos amigos de mayor edad que uno), mi viejo amigo el doctor Bonnet, me había invitado con frecuencia a pasar unos días en su casa, en Riom. Yo no conocía la Auvernia y decidí ir a verla hacia mediados del verano de 1876.

Llegué en el tren de la mañana, y la primera cara que vi en el andén de la estación fue la del doctor. Llevaba un traje gris y un sombrero negro, redondo, de fieltro blando, de anchas alas, cuya copa, muy alta, iba estrechándose en forma de tubo de chimenea, un auténtico sombrero auvernés que olía a carbonero[215]. Así vestido, el doctor parecía un joven avejentado, con su cuerpo flaco bajo su chaqueta clara y su gran cabeza de pelo blanco.

Me abrazó con esa alegría visible que siente la gente de provincias al ver llegar a amigos mucho tiempo deseados, y, extendiendo la mano a su alrededor, exclamó lleno de orgullo: «¡Ésta es la Auvernia!» Yo sólo veía ante mí una línea de montañas, cuyas cumbres, semejantes a conos truncados, debían de ser antiguos volcanes.

Luego, levantando el índice hacia el nombre de la estación escrito en la fachada de la estación, dijo: «Riom, patria de magistrados[216], orgullo de la magistratura, que más bien debería llamarse patria de médicos».

Pregunté: «¿Por qué?»

Me respondió, riendo: «¿Por qué? Lea ese nombre al revés y tendrá mori, de morir. Ya sabe, joven, por qué me instalé en esta región». Y encantado con su broma, me arrastró frotándose las manos.

Nada más ingerir una taza de café con leche, hubo que visitar la vieja ciudad. Admiré la casa del farmacéutico, y las demás casas célebres, todas negras, pero bonitas como antigüedades con sus fachadas de piedra esculpida. Admiré la estatua de la Virgen, patrona de los carniceros[217], e incluso oí a este respecto el relato de una divertida aventura que contaré otro día, pues el doctor Bonnet me dijo: «Ahora le pido cinco minutos para ir a ver a un enfermo, y lo llevaré a la colina de Châtelguyon[218] a fin de mostrarle, antes

del almuerzo, el aspecto general de la ciudad y toda la cadena del Puy-de-Dôme. Puede esperarme en la acera, no hago más que subir y bajar».

Me dejó frente a uno de esos viejos palacetes de provincias, sombríos, cerrados, mudos, lúgubres. Además, aquél me pareció que tenía una fisionomía particularmente siniestra, y pronto descubrí la causa. Todos los ventanales del primer piso estaban cerrados hasta la mitad por contraventanas de madera maciza. Sólo estaba abierta la parte superior, como si hubiera querido impedirse que las personas encerradas en aquel vasto cofre de piedra mirasen la calle. Cuando bajó el doctor, le comuniqué mi observación. Respondió: «No se engaña usted; la infeliz criatura encerrada ahí dentro no debe ver nunca lo que pasa fuera. Es una loca, o más bien una imbécil, o mejor aún, una simple; lo que ustedes, los normandos, llamarían una niente[219].

»¡Ah!, verá, es una historia lúgubre, y al mismo tiempo un singular caso patológico. ¿Quiere que se lo cuente?»

Acepté. Él prosiguió:

*

Bien. Hace ahora veinte años los propietarios de este palacete, clientes míos, tuvieron una hija, una niña parecida a todas las niñas.

Pero pronto me di cuenta de que, si el cuerpo de la pequeña criatura se desarrollaba de modo admirable, su inteligencia permanecía inerte.

Empezó a caminar temprano, pero se negó en redondo a hablar. Al principio creí que estaba sorda; luego constaté que oía perfectamente, pero que no comprendía. Los ruidos violentos la hacían estremecerse, la asustaban sin que se diese cuenta de sus causas.

Creció; era hermosa, y muda, muda por falta de inteligencia. Probé todos los medios para llevar una chispa de pensamiento a aquella cabeza; nada lo consiguió. Yo había creído observar que reconocía a su ama de cría; una vez destetada, sólo reconoció a su madre. Nunca supo decir esa palabra, la primera que los niños pronuncian, y la última que murmuran los soldados moribundos en los campos de batalla: «¡Mamá!» A veces intentaba balbuceos, vagidos, nada más.

Cuando hacía bueno, reía todo el tiempo lanzando grititos que podían compararse a gorjeos de pájaro; cuando llovía, lloraba y gemía de una manera lúgubre, espantosa, parecida a la queja de los perros que aúllan a la muerte. Le gustaba revolcarse en la hierba como los animalitos, y correr como una

loca, y palmoteaba todas las mañanas si veía al sol entrar en su cuarto. Cuando abrían su ventana, palmoteaba agitándose en su cama para que la vistiesen enseguida.

Por lo demás, no parecía hacer distinción alguna entre la gente, entre su madre y la criada, entre su padre y yo, entre el cochero y la cocinera.

Yo apreciaba a sus padres, tan desdichados, e iba casi todos los días a verlos. También cenaba a menudo en su casa, cosa que me permitió observar que Berthe (le habían puesto el nombre de Berthe) parecía reconocer los platos y preferir unos a otros. Tenía entonces doce años. Estaba formada como una chica de dieciocho y era más alta que yo.

Entonces se me ocurrió la idea de favorecer su gula y probar, por ese medio, a introducir matices en su mente, a forzarla, mediante las diferencias de los gustos, mediante las gamas de los sabores, ya que no a razonamientos, al menos a distinciones instintivas, pero que constituirían ya una especie de trabajo material del pensamiento.

Luego habría que obtener, apelando a sus pasiones, y eligiendo cuidadosamente las que pudieran servirnos, una especie de contraposición entre el cuerpo y la inteligencia, y aumentar poco a poco el funcionamiento insensible de su cerebro. Y un día puse frente a ella dos platos, uno de sopa, otro de crema de vainilla, muy azucarada. Y le hice probar alternativamente uno y otro. A continuación, la dejé escoger libremente. Se comió el plato de crema.

No me costó mucho tiempo volverla muy golosa, tan golosa que no parecía tener en la cabeza otra idea, o, más bien, el deseo de comer. Reconocía perfectamente los platos, tendía la mano hacia los que le gustaban y se apoderaba de ellos con avidez. Lloraba cuando se los quitaban.

Entonces se me ocurrió enseñarle a ir a comer cuando oyese el tintineo de la campanilla. Costó mucho tiempo, pero lo conseguí. Probablemente en su vago entendimiento se estableció una correlación entre el sonido y el gusto, ya fuera una relación entre dos sentidos, ya una llamada del uno al otro y, por consiguiente, una especie de encadenamiento de ideas —si es que puede llamarse idea a esa especie de vínculo instintivo entre dos funciones orgánicas.

Llevé todavía más lejos mi experiencia y le enseñé a reconocer —¡con cuánto esfuerzo!— la hora de las comidas en la esfera del péndulo.

Durante mucho tiempo me resultó imposible llamar su atención sobre las agujas, pero logré hacerle distinguir el sonido. El medio empleado fue

sencillo: suprimí la campana, y todo el mundo se levantaba para ir a la mesa cuando el pequeño martillo de cobre anunciaba las doce.

Me esforcé inútilmente, por ejemplo, para enseñarle a contar las campanadas. Corría hacia la puerta cada vez que oía el toque; pero entonces, poco a poco, debió de darse cuenta de que no todos los sonidos tenían el mismo valor desde el punto de vista de las comidas; y sus ojos, guiados por su oído, se fijaban con frecuencia en la esfera.

Cuando lo advertí, me preocupé por ir todos los días, a las doce y a las seis, a poner mi dedo sobre la cifra doce y sobre la cifra seis, tan pronto como llegaba el momento esperado por ella; y no tardé en darme cuenta de que seguía atentamente la marcha de las pequeñas saetas de cobre que a menudo yo hacía girar en su presencia.

¡Había comprendido! Debería decir más bien: había captado. Yo había conseguido que entrara en su cabeza el conocimiento, o, mejor dicho, la sensación de la hora, de igual forma que se consigue con las carpas, que, sin embargo, no tienen el recurso de los péndulos, dándoles de comer todos los días exactamente en el mismo momento.

Una vez obtenido este resultado, todos los instrumentos de relojería existentes en la casa ocuparon su atención de manera exclusiva. Pasaba el tiempo mirándolos, escuchándolos, esperando las horas. Incluso ocurrió una cosa bastante curiosa. Cuando la sonería de un precioso reloj de pared Luis XVI, colgado de la cabecera de su cama, se estropeó, ella se dio cuenta. Estaba esperando desde hacía veinte minutos, con los ojos fijos en la aguja, que el timbre anunciase las diez. Pero cuando la aguja hubo sobrepasado la cifra, se quedó estupefacta, sin entender nada, tan estupefacta que se sentó, abrumada sin duda por una de esas emociones violentas que nos agitan frente las grandes catástrofes. Y tuvo la extraña paciencia de permanecer ante el pequeño mecanismo hasta las once, para ver lo que ocurriría. Naturalmente, no oyó nada; entonces, dominada de pronto bien por la rabia loca del ser engañado, decepcionado, bien por el espanto del ser asustado ante un misterio temible, bien por la impaciencia furiosa del ser apasionado que encuentra un obstáculo, cogió las tenazas de la chimenea y golpeó el péndulo con tal fuerza que lo hizo añicos en un instante.

Por lo tanto, su cerebro funcionaba, calculaba, cierto que de una forma oscura y dentro de límites muy restringidos, porque no pude hacerle distinguir las personas como distinguía las horas. Para obtener un movimiento de su inteligencia había que apelar a sus pasiones, en el sentido material de la palabra.

Por desgracia, pronto tuvimos otra prueba terrible de ello.

Había llegado a ser muy hermosa; era realmente un modelo de la raza, una especie de Venus admirable y estúpida.

Acababa de cumplir los dieciséis años y rara vez he visto semejante perfección de formas, semejante soltura y semejante regularidad de rasgos. He dicho una Venus, sí, una Venus rubia, maciza, vigorosa, con grandes ojos claros y vacíos, azules como la flor del lino, y una amplia boca de labios redondos, una boca de golosa, de sensual, una boca como para besarla.

Pero una mañana, su padre entró en mi casa con cara extraña y, tras sentarse, sin responder siquiera a mi saludo, dijo:

«Tengo que hablarle de una cosa muy grave… ¿Se podría… se podría casar a Berthe?»

Tuve un sobresalto de asombro y exclamé: «¿Casar a Berthe?… ¡Si es imposible!»

Él continuó: «Sí… ya lo sé… pero reflexione… doctor… es que… quizá… hemos esperado… si tuviera hijos… sería para ella una sacudida, una gran felicidad y… quién sabe si su mente no despertaría con la maternidad…».

Me quedé muy perplejo. Era justo. Podría ser que aquella cosa tan nueva, que ese admirable instinto de las madres que palpita en el corazón de los animales igual que en el corazón de las mujeres, que hace a la gallina lanzarse a las fauces del perro para defender a sus crías, aportara una revolución, un trastorno a aquella cabeza inerte, y pusiera en marcha el mecanismo inmóvil de su pensamiento.

No tardé en recordar además un ejemplo personal. Unos años antes había tenido yo una perrilla de caza tan tonta que no podía sacarle ningún partido. Tuvo cachorros, y de la noche a la mañana se volvió, no inteligente, sino casi igual a muchos perros poco desarrollados.

Nada más vislumbrar esa posibilidad, creció en mí el deseo de casar a Berthe, no tanto por amistad hacia ella y hacia sus pobres padres como por curiosidad científica. ¿Qué ocurriría? ¡Interesante problema!

Así pues, respondí al padre:

«Quizá tenga usted razón… se puede probar… Pruebe… pero… pero… nunca encontrará usted un hombre que consienta».

Me respondió a media voz:

«Tengo uno».

Me quedé estupefacto. Balbucí: «¿Uno adecuado?… ¿Uno de… su mundo?»

Respondió: «Sí, desde luego».

—¡Ah! ¿Y puedo preguntarle su nombre?

—Venía para decírselo y para consultarle. «¡Es el señor Gaston du Boys de Lucelles!»

Estuve a punto de exclamar: «¡El muy canalla!», pero me callé, y, tras un silencio, logré articular:

«Sí, muy bien. No veo ningún inconveniente».

El pobre hombre me estrechó las manos: «La casaremos el mes que viene», dijo.

El señor Gaston du Boys de Lucelles era un calavera de buena familia que, tras comerse la herencia paterna y contraer deudas por mil medios nada delicados, buscaba un nuevo modo de conseguir dinero.

Había encontrado aquél.

Por lo demás, buen mozo, de excelente salud, pero vividor, de la odiosa raza de los vividores de provincias, me pareció que nos prometía un marido suficiente, del que luego nos libraríamos asignándole una pensión.

Frecuentó la casa para hacer la corte y pavonearse ante aquella hermosa joven imbécil, que por lo demás parecía agradarle. Llevaba flores, le besaba las manos, se sentaba a sus pies y la miraba con ojos tiernos; pero ella no reparaba en ninguna de sus atenciones ni lo distinguía en modo alguno del resto de personas que vivían a su alrededor.

Se celebró la boda.

Comprenderá usted hasta qué punto se había encendido mi curiosidad.

Fui al día siguiente a ver a Berthe para espiar en su rostro si algo se había estremecido dentro de ella. Pero la encontré igual a todos los días, sólo preocupada por el péndulo y la comida. Él, en cambio, parecía muy enamorado, y trataba de excitar la alegría y el cariño de su mujer con los jueguecitos y los arrumacos que se emplean con los gatitos.

No había encontrado un recurso mejor.

Entonces empecé a hacer frecuentes visitas a los recién casados, y pronto me di cuenta de que la joven reconocía a su marido y le lanzaba las ávidas miradas que hasta entonces sólo había tenido para los platos azucarados. Seguía sus movimientos, distinguía su paso en la escalera o en las habitaciones vecinas, palmoteaba cuando él entraba y su rostro transfigurado se iluminaba con una llama de felicidad profunda y de deseo.

Lo amaba con todo su cuerpo, con toda su alma, con toda su pobre alma lisiada, con todo su corazón, con todo su pobre corazón de animal agradecido.

Era realmente una imagen admirable e ingenua de la pasión simple, de la pasión carnal y sin embargo púdica, tal como la naturaleza la puso en los seres antes de que el hombre la hubiera complicado y desfigurado con todos los matices del sentimiento.

Pero no tardó él en cansarse de aquella hermosa criatura ardiente y muda. Ya sólo pasaba a su lado algunas horas durante el día, por parecerle suficiente con darle sus noches.

Y ella empezó a sufrir.

Lo esperaba de la mañana a la noche con los ojos clavados en el péndulo, sin preocuparse siquiera de las comidas, porque él siempre comía fuera, en Clermont, en Châtelguyon, en Royat[220], en cualquier parte, para no volver.

Ella adelgazó.

Cualquier otro pensamiento, cualquier otro deseo, cualquier otra expectativa, cualquier otra esperanza confusa desaparecieron de su mente; y las horas en que no lo veía se volvían para ella horas de un suplicio atroz. Él no tardó en dormir fuera. Pasaba sus veladas en el casino de Royat, con mujeres, y sólo volvía a casa con las primeras luces del día.

Ella se negaba a acostarse antes de que él hubiera regresado. Permanecía inmóvil en una silla, con los ojos indefinidamente clavados en las pequeñas agujas de cobre que giraban y giraban con su marcha lenta y regular alrededor de la esfera de porcelana en la que estaban escritas las horas.

Oía a lo lejos el trote de su caballo y se levantaba de un salto; luego, cuando él entraba en la habitación, ella alzaba con un gesto de fantasma su dedo hacia el péndulo como para decirle; «¡Mira qué tarde es!» Y él empezaba a sentir miedo ante aquella imbécil enamorada y celosa; se irritaba como hacen los animales. Una noche ella le pegó.

Vinieron a buscarme. Ella se debatía, chillando, en una horrible crisis de dolor, de cólera, de pasión, ¡yo qué sé! ¿Se puede adivinar lo que pasa en esos cerebros rudimentarios?

La calmé con inyecciones de morfina; y prohibí que volviera a ver a aquel hombre, porque comprendí que el matrimonio la conduciría infaliblemente a la muerte.

¡Entonces se volvió loca! Sí, amigo mío, aquella imbécil[221] se ha vuelto loca. Piensa siempre en él, y lo espera. Lo espera todo el día y toda la noche, despierta o dormida, ahora y continuamente. Como la veía adelgazar y adelgazar, y como su mirada obstinada ya nunca dejaba la esfera de los relojes, mandé retirar de la casa todos esos aparatos de medir el tiempo. De esta forma le quité la posibilidad de contar las horas y de buscar sin fin, en

oscuras reminiscencias, en qué momento él regresaba a casa en el pasado. A la larga, espero matar en ella todo el recuerdo, apagar esa chispa de pensamiento que tanto esfuerzo me costó encender.

Y hace unos días hice una prueba. Le ofrecí mi reloj. Ella lo cogió, lo contempló un tiempo; luego se puso a gritar de una forma espantosa, como si la vista de ese pequeño instrumento hubiera despertado de pronto su memoria, que empezaba a adormecerse.

En la actualidad está flaca, escuálida hasta dar lástima, con unos ojos hundidos y brillantes. Y camina sin cesar, como los animales enjaulados.

¡Mandé poner rejas en las ventanas, colocar altas contraventanas y fijar los asientos al suelo para impedirle mirar a la calle si él vuelve!

¡Oh, pobres padres! ¡Qué vida habrán tenido!

*

Habíamos llegado a la cima de la colina; el doctor se volvió y me dijo: «Contemple Riom desde aquí».

La ciudad, sombría, tenía el aspecto de las viejas ciudades. A su espalda, y hasta perderse de vista, se extendía una llanura verde, arbolada, poblada de pueblos y de aldeas, y sumida en un fino vapor azul que volvía delicioso el horizonte. A mi derecha, a lo lejos, se extendían grandes montañas con una sucesión de cimas redondas o cortadas a pico como el revés de una espada.

El doctor se puso a enumerar los pueblos y las cimas, contándome la historia de cada uno y cada una.

Pero yo había dejado de escuchar, sólo pensaba en la loca, no veía más que a ella. Parecía planear, como un espíritu lúgubre, sobre toda aquella vasta comarca.

Y bruscamente pregunté:

«¿Qué ha sido del marido?»

Mi amigo, algo sorprendido, después de una vacilación, respondió: «Vive en Royat, con la pensión que le han asignado. Es feliz, se divierte».

Cuando volvíamos a paso lento, ambos entristecidos y en silencio, una carreta inglesa[222] que venía a nuestra espalda nos pasó rápidamente, al trote largo de un purasangre.

El doctor me agarró del brazo:

«Ése es», dijo.

Sólo vi un sombrero de fieltro gris, ladeado sobre una oreja, encima de dos anchos hombros, desapareciendo en una nube de polvo.

La confesión[223]

Todo Veziers-le-Réthel[224] había asistido al cortejo fúnebre y al entierro del señor Badon-Leremince, y las últimas palabras del discurso del delegado de la Prefectura pervivieron en todas las mentes: «¡Es un hombre honrado menos!»

Había sido hombre honrado en todos los actos apreciables de su vida, en sus palabras, en su ejemplo, en su actitud, en su comportamiento, en sus negocios, en el corte de su barba y en la forma de sus sombreros. Nunca había dicho una palabra que no encerrase un ejemplo, nunca había dado limosna sin acompañarla de un consejo, nunca había tendido la mano sin que pareciera una especie de bendición.

Dejaba dos hijos: un varón y una hija; su hijo era consejero general, y su hija, que se había casado con un notario, el señor Poirel de la Voulte, figuraba entre lo más encopetado de Véziers.

No se consolaban de la muerte de su padre, porque lo amaban sinceramente.

En cuanto terminó la ceremonia, volvieron a la casa del difunto, y, encerrados los tres, el hijo, la hija y el yerno, abrieron el testamento al que sólo ellos debían quitar los sellos, y únicamente después de que su ataúd hubiera recibido tierra. Una anotación en el sobre indicaba esta voluntad.

Fue el señor Poirel de la Voulte quien desgarró el sobre, en su calidad de notario habituado a estas operaciones, y, tras ajustarse las gafas a los ojos, leyó con su voz apagada, hecha para detallar los contratos:

*

Hijos míos, mis queridos hijos, no podría dormir tranquilo el sueño eterno si no os hiciera, desde el otro lado de la tumba, una confesión, la confesión de un crimen cuyo remordimiento ha desgarrado mi vida. Sí, cometí un crimen, un crimen horroroso, abominable.

Tenía entonces veintiséis años y me iniciaba en el foro, en París, llevando la vida de los jóvenes de provincias encanallados, sin conocidos, sin amigos, sin parientes, en esa ciudad.

Tuve una amante. Cuánta gente se indigna ante esa sola palabra de «amante», y sin embargo hay seres que no pueden vivir solos. Soy de ésos. La soledad me llena de una angustia horrible, la soledad en el hogar, junto al fuego, por la noche. Entonces me parece que estoy solo sobre la tierra, espantosamente solo, pero rodeado de peligros vagos, de cosas desconocidas y terribles; y el tabique que me separa de mi vecino, de mi vecino al que no conozco, me aleja tanto de él como de las estrellas que diviso desde mi ventana. Me invade una especie de fiebre, una fiebre de impaciencia y de temor; y el silencio de las paredes me espanta. ¡Es tan profundo y tan triste ese silencio de la habitación donde se vive solo! No se trata solamente de un silencio alrededor del alma, y, cuando un mueble cruje, uno se estremece hasta el corazón, porque en ese tétrico hogar no se espera el menor ruido.

Cuántas veces, nervioso, atemorizado por esa inmovilidad muda, me he puesto a hablar, a pronunciar palabras, sin ilación, sin motivo, para hacer ruido. Mi voz me parecía entonces tan extraña que también me daba miedo. ¿Hay algo más horrible que hablar solo en una casa vacía? La voz parece la de algún otro, una voz desconocida, hablando sin motivo, a nadie, en el aire vacío, sin ningún oído para escucharla, porque, antes de que se escapen en la soledad del piso, ya se saben las palabras que van a salir de la boca. Y cuando resuenan lúgubremente en el silencio, sólo parecen un eco, el eco singular de unas palabras pronunciadas muy bajito por el pensamiento.

Tuve una amante, una muchacha como todas esas muchachas que viven en París de un oficio insuficiente para alimentarlas. Era dulce, buena, sencilla; sus padres vivían en Poissy. De vez en cuando iba a pasar unos días con ellos.

Durante un año viví bastante tranquilo con ella, totalmente decidido a dejarla cuando encontrase una joven que me agradase lo bastante para casarme. A la otra le dejaría una pequeña renta, puesto que en nuestra sociedad está admitido que el amor de una mujer debe pagarse, con dinero cuando ella es pobre, con regalos cuando es rica.

Pero he aquí que un día me anunció que estaba embarazada. Me quedé aterrado y en un segundo vislumbré todo el desastre de mi existencia. Se me apareció la cadena, que arrastraría hasta mi muerte, por todas partes, en mi familia futura, en mi vejez, siempre: cadena de la mujer unida a mi vida por el niño, cadena del niño que habría que criar, vigilar, proteger, ocultándome de él y ocultándolo al mundo. La noticia me trastornó la mente; y un deseo

confuso, que no formulé de ningún modo, pero que sentía en mi corazón a punto de mostrarse, como esa gente escondida detrás de las cortinas esperando a que le digan que aparezca, ¡un deseo criminal merodeó por el fondo de mi pensamiento! —¿Y si ocurriera un accidente? ¡Hay tantas de esas pequeñas criaturas que mueren antes de nacer!

¡Oh!, no deseaba en absoluto la muerte de mi amante. ¡Pobre chica, la quería mucho! Pero quizá deseé la muerte del otro, antes de haberlo visto.

Nació. Tuve una familia en mi pequeño piso de soltero, una falsa familia con niño, cosa horrible. Se parecía a todos los niños. Yo apenas lo quería. Los padres, ya sabéis, aman pero más tarde. No tienen la ternura instintiva y arrebatada de las madres; su cariño tiene que despertar poco a poco, su mente tiene que encariñarse con los lazos que se anudan cada día entre los seres que viven juntos.

Transcurrió todavía un año: ahora yo huía de mi casa demasiado pequeña, donde por todas partes había pañales, mantillas, calcetines del tamaño de guantes, mil cosas de toda índole dejadas sobre un mueble, en el brazo de un sillón, por todas partes. Huía sobre todo para no oírle gritar; porque gritaba por cualquier cosa, cuando lo cambiaban, cuando lo lavaban, cuando lo tocaban, cuando lo acostaban, cuando lo levantaban, continuamente.

Había hecho yo algunas amistades, y en un salón conocí a la que debía ser vuestra madre. Me enamoré de ella y despertó en mí el deseo de casarme. La cortejé; la pedí en matrimonio; me la concedieron.

Y me encontré cogido en la siguiente trampa: casarme, teniendo un hijo, con aquella joven a la que adoraba, o decir la verdad y renunciar a ella, a la felicidad, al futuro, a todo, porque sus padres, gente rígida y escrupulosa, no me la habrían entregado de haberlo sabido.

Pasé un mes horrible de angustia, de torturas morales; un mes durante el que me acosaron mil pensamientos espantosos; y sentía crecer dentro de mí un odio contra mi hijo, contra aquel pequeño trozo de carne viva y chillona que se interponía en mi camino, cortaba mi vida, me condenaba a una existencia sin expectativas, sin todas esas vagas esperanzas que hacen encantadora la juventud.

Pero he aquí que la madre de mi compañera cayó enferma, y me quedé solo con el niño.

Estábamos en diciembre. Hacía un frío terrible. ¡Qué noche! Mi amante acababa de irse. Yo había cenado solo en mi estrecho salón y entré muy despacio en el cuarto donde dormía el pequeño.

Me senté en un sillón frente a la lumbre. El viento soplaba, hacía crujir los cristales, un viento seco de helada, y a través de la ventana veía brillar las estrellas con esa luz aguda que tienen en las noches glaciales.

Entonces, la obsesión que me acosaba desde hacía un mes penetró de nuevo en mi cabeza. Mientras yo permanecía inmóvil, ella descendía sobre mí, entraba en mí y me corroía. Me corroía como corroen las ideas fijas, como los cánceres deben corroer las carnes. Me parecía que estaba allí, en mi cabeza, en mi corazón, en todo mi cuerpo; y me devoraba, como habría hecho un animal. Quería echarla, rechazarla, abrir mi pensamiento a otras cosas, a esperanzas nuevas, como se abre una ventana al fresco viento de la mañana para expulsar el aire viciado de la noche; pero no podía, ni por un segundo, hacerla salir de mi cerebro. No sé cómo expresar esa tortura. Me comía poco a poco el alma; y sentía con un dolor espantoso, con un verdadero dolor físico y moral, cada una de sus dentelladas.

¡Mi existencia estaba acabada! ¿Cómo saldría de aquella situación? ¿Cómo retroceder, y cómo confesar?

Y quería a la que debía ser vuestra madre con una pasión loca, que el insuperable obstáculo exasperaba más.

Dentro de mí crecía una cólera terrible que me provocaba un nudo en la garganta, una cólera rayana en la locura… ¡en la locura! ¡Desde luego, esa noche estaba loco!

El niño dormía. Me levanté y lo contemplé durmiendo. Era él, aquel aborto, aquella larva, aquella insignificancia lo que me condenaba a una infelicidad inapelable.

Dormía con la boca abierta, enterrado bajo las mantas, en una cuna, cerca de mi cama, ¡donde yo, yo, no podría dormir!

¿Cómo realicé lo que hice? ¿Lo sé acaso? ¿Qué fuerza me empujó, qué poder maléfico me poseyó? ¡Oh!, la tentación del crimen llegó hasta mí sin que la hubiera sentido anunciarse. Sólo recuerdo que mi corazón palpitaba de una forma horrible. Palpitaba tan fuerte que lo oía como se oyen unos golpes de martillo detrás de los tabiques. ¡Sólo recuerdo eso! ¡Que mi corazón latía! En mi cabeza había una confusión extraña, un tumulto, un desconcierto de toda razón, de toda sangre fría. Estaba en una de esas horas de pavor y de alucinación en que el hombre ya no tiene conciencia de sus actos ni la dirección de su voluntad.

Levanté muy despacio las mantas que ocultaban el cuerpo de mi hijo; las eché a los pies de la cuna, y lo contemplé, totalmente desnudo. No se

despertó. Entonces me dirigí hacia la ventana, muy despacio, muy despacio; y la abrí.

Un soplo de aire glacial entró lo mismo que un asesino, tan frío que retrocedí ante él; y las dos velas palpitaron. Me quedé de pie junto a la ventana, sin atreverme a darme la vuelta como para no ver lo que ocurría a mis espaldas, y sintiendo resbalar continuamente sobre mi frente, sobre mis mejillas, sobre mis manos, el aire mortal que seguía entrando. Esto duró mucho tiempo.

Yo no pensaba, no reflexionaba en nada. De repente una leve tos hizo que un estremecimiento espantoso me recorriera de los pies a la cabeza, un estremecimiento que todavía siento en este instante, en la raíz de los cabellos. Y con un impulso frenético cerré bruscamente las dos hojas de la ventana; luego, volviéndome, corrí hacia la cuna.

Seguía dormido, con la boca abierta, totalmente desnudo. Toqué sus piernas; estaban heladas, y volví a taparlas.

De pronto mi corazón se enterneció, se rompió, se llenó de piedad, de ternura, de amor por aquel pobre inocente al que yo había querido matar. Besé un buen rato sus finos cabellos; luego, volví a sentarme ante la lumbre.

Pensé con estupor, con horror, en lo que había hecho, preguntándome de dónde provienen esas tempestades del alma en que el hombre pierde toda noción de las cosas, toda autoridad sobre sí mismo, y actúa en una especie de embriaguez enloquecida, sin saber lo que hace, sin saber adónde va, como un barco en medio de un huracán.

El niño volvió a toser una vez más, y me sentí desgarrado hasta el corazón. ¿Y si muriese? ¡Dios mío, Dios mío!, ¿qué sería de mí?

Me levanté para ir a mirarlo; y, con una vela en la mano, me incliné sobre él. Al verlo respirar tranquilamente, ya estaba calmándome cuando tosió por tercera vez; y sentí tal sacudida, hice tal movimiento hacia atrás, como cuando nos sentimos trastornados por la vista de algo espantoso, que dejé caer mi vela.

Al ponerme de pie tras haberla recogido, me di cuenta de que tenía las sienes mojadas de sudor, de ese sudor caliente y helado al mismo tiempo que producen las angustias del alma, como si algo del horrible sufrimiento moral, de aquella tortura innombrable que es, en efecto, ardiente como el fuego y fría como el hielo, transpirase a través de los huesos y la piel del cráneo.

Y me quedé hasta el alba inclinado sobre mi hijo, calmándome cuando él permanecía mucho tiempo tranquilo, y traspasado por dolores abominables cuando una débil voz salía de su boca.

Se despertó con los ojos enrojecidos, la garganta obstruida, un aspecto doliente.

Cuando mi asistenta entró, la envié enseguida a buscar a un médico. Vino al cabo de una hora, y dictaminó, tras haber examinado al niño:

«¿No ha cogido frío?»

Me puse a temblar como tiemblan las personas muy viejas, y balbucí:

«No, no creo».

Luego pregunté:

«¿Qué tiene? ¿Es grave?»

Respondió:

«Todavía no lo sé. Volveré esta tarde».

Volvió por la tarde. Mi hijo había pasado casi toda la jornada en una modorra invencible, tosiendo de vez en cuando.

Por la noche se declaró una pleuresía.

Y aquello duró diez días. No puedo expresar lo que sufrí durante esas interminables horas que separan la mañana de la noche y la noche de la mañana.

Murió.

Y desde… desde ese momento, no he pasado una hora, no, ni una sola, sin que el recuerdo atroz, punzante, ese recuerdo que corroe, que parece retorcer el espíritu desgarrándolo, no se removiese en mí como un animal que muerde encerrado en el fondo de mi alma.

¡Oh!, ¡si hubiera podido volverme loco!…

*

El señor Poirel de la Voulte se quitó las gafas con un movimiento familiar en él cuando había acabado la lectura de un contrato; y los tres herederos del muerto se miraron sin decir palabra, pálidos, inmóviles.

Al cabo de un minuto el notario añadió:

«Hay que destruir esto».

Los otros dos agacharon la cabeza en señal de asentimiento. Él encendió una vela, separó cuidadosamente las páginas que contenían la peligrosa confesión de las páginas que contenían las disposiciones sobre el dinero, luego las acercó a la llama y las arrojó a la chimenea.

Y contemplaron cómo se consumían las hojas blancas. No tardaron en formar una especie de montoncitos negros. Y como aún se distinguían algunas letras que se dibujaban en blanco, la hija aplastó con la punta del pie, a golpecitos, la ligera costra del papel chamuscado, mezclándola con las cenizas viejas.

Luego, los tres se quedaron todavía un tiempo mirando aquello, como si hubieran temido que el secreto quemado escapase volando por la chimenea.

El cuarto 11[225]

«¿Cómo? ¿No sabe usted por qué trasladaron al señor Amandon, el presidente de la Audiencia?

—No, en absoluto.

—Tampoco él, por lo demás, lo supo nunca. Pero es una historia de lo más peregrina.

—Cuéntemela.

—Se acordará usted, sin duda, de la señora Amandon, una morenita guapa y delgada, tan distinguida y fina, a quien llamaban doña Marguerite en todo Perthuis-le-Long[226].

—Sí, perfectamente».

*

Pues bien, escuche. También recordará que era más respetada, considerada y querida que nadie en la ciudad; sabía recibir, organizar una fiesta o una obra de caridad, encontrar dinero para los pobres y entretener a los jóvenes de mil maneras.

Era, sin embargo, muy elegante y muy coqueta, pero de una coquetería platónica y de una encantadora elegancia de provincias, porque esa mujercita era provinciana, una provinciana exquisita.

Los señores escritores, que son en su totalidad parisinos, nos cantan a la parisiense en todos los tonos, porque es la única mujer que conocen, pero yo declaro que la provinciana vale cien veces más cuando es de calidad superior.

La provinciana fina tiene un modo de ser muy particular, más discreto que el de la parisiense, más humilde, que no promete nada y da mucho, mientras que la parisiense, la mayoría de las veces, promete mucho y no da nada cuando llega el momento.

La parisiense es el triunfo elegante y desvergonzado de lo falso. La provinciana es la modestia de lo verdadero.

Una provincianita espabilada, con su aire de burguesa recelosa, su candor engañoso de colegiala, su sonrisa que no dice nada y sus pequeñas pasiones disimuladas pero tenaces, debe mostrar mil veces más astucia, agilidad e invención femenina que todas las parisienses juntas para poder satisfacer sus gustos, o sus vicios, sin despertar ninguna sospecha, ningún cotilleo, ningún escándalo en la pequeña ciudad que la vigila con todos sus ojos y todas sus ventanas.

La señora Amandon era un modelo de esa raza rara, aunque encantadora. Nunca dio motivo de sospecha, nunca habría pensado nadie que su vida no era tan límpida como su mirada, una mirada de color castaño, transparente y cálida, pero tan honesta, ¡para que veas!

Pues bien, tenía un truco admirable, de una inventiva genial, de un ingenio maravilloso y de una sencillez increíble.

Escogía a todos sus amantes en el ejército, y los conservaba durante tres años, el tiempo de su estancia en la guarnición. ¡Ya ve! No tenía amor, tenía sentido.

En cuanto a Perthuis-le-Long llegaba un nuevo regimiento, se informaba sobre todos los oficiales de entre treinta y cuarenta años, porque antes de los treinta uno todavía no es discreto; después de los cuarenta, las energías fallan con frecuencia.

¡Oh! Conocía a los mandos tan bien como al coronel. Sabía todo, todo, las costumbres íntimas, la instrucción, la educación, las cualidades físicas, la resistencia a la fatiga, el carácter paciente o violento, la fortuna, la tendencia al ahorro o a la prodigalidad. Después, elegía. Escogía preferentemente hombres de carácter tranquilo, como ella, pero los quería guapos. También exigía que no tuvieran ningún otro amorío conocido, ninguna pasión que hubiera podido dejar rastros o provocado rumores. Porque el hombre cuyos amores se citan nunca es hombre muy discreto.

Después de haber echado el ojo al que iba a amarla durante los tres años de estancia reglamentaria, sólo faltaba dejar caer el pañuelo.

¡Cuántas mujeres se habrían visto en apuros, habrían acudido a los recursos ordinarios, las vías seguidas por todas, se habrían hecho cortejar marcando todas las etapas de la conquista y la resistencia, dejándose un día besar los dedos, al siguiente la muñeca, al otro la mejilla, y después la boca, y luego lo demás!

Ella tenía un método más raudo, más discreto y más seguro. Daba un baile.

El oficial elegido invitaba a bailar a la señora de la casa. Y, mientras valsaba, arrastrada por el rápido movimiento, aturdida por la ebriedad de la danza, se apretaba contra él como para entregarse, y le estrechaba la mano con una presión nerviosa y constante.

Si él no comprendía, es que no era más que un idiota, y pasaba al siguiente, clasificado con el número dos en la lista de su deseo.

Si comprendía, era cosa hecha, sin ruido, sin galanterías comprometedoras, sin visiteos frecuentes.

¿Hay algo más sencillo y más práctico?

¡Todas las mujeres deberían emplear un procedimiento semejante para darnos a entender que les gustamos! ¡Cuántas dificultades, vacilaciones, palabras, movimientos, inquietudes, confusiones y malentendidos se evitarían! Muy a menudo pasamos al lado de una dicha posible sin sospecharlo, porque, ¿quién puede percibir el misterio de los pensamientos, los abandonos secretos de la voluntad, las llamadas mudas de la carne, todo lo desconocido de un alma de mujer, cuya boca permanece en silencio y los ojos impenetrables y claros?

Él, en cuanto había comprendido, le pedía una cita. Y ella siempre le hacía esperar un mes o seis semanas, para espiarlo, conocerlo y evitarlo si tenía algún defecto peligroso.

Durante ese tiempo, él se rompía la cabeza para saber dónde podrían encontrarse sin peligro, imaginaba combinaciones difíciles y poco seguras.

Luego, en alguna fiesta oficial, ella le decía muy bajito:

«Vaya usted el martes por la noche, a las nueve, al hotel del Cheval d’Or, cerca de las murallas, en el camino de Vouziers, y pregunte por la señorita Clarisse. Le esperaré; pero, sobre todo, vaya de paisano».

Desde hacía ocho años, en efecto, alquilaba un cuarto amueblado en esa posada desconocida. Fue una ocurrencia de su primer amante, que a ella le había parecido práctica, y cuando el hombre voló, ella se quedó con el nido.

¡Oh!, un nido mediocre, cuatro paredes tapizadas de papel gris claro con flores azules, una cama de abeto bajo unas cortinas de muselina, un sillón comprado por los cuidados del posadero pero por orden suya, dos sillas, una alfombra de pie de cama y los pocos cacharros precisos para el aseo. ¿Qué más necesitaba?

En las paredes, tres grandes fotografías. Tres coroneles a caballo: ¡los coroneles de sus amantes! ¿Por qué? Ya que no podía conservar la imagen misma, el recuerdo directo, quizá había querido conservar así, de rebote, sus recuerdos.

¿Y nunca la había reconocido nadie en todas sus visitas al Cheval-d'Or, dirá usted?

¡Nunca! ¡Nadie!

El método empleado por ella era admirable y sencillo. Había ideado y organizado series de reuniones benéficas y piadosas a las que iba con frecuencia y a las que alguna vez faltaba. El marido, enterado de sus obras piadosas que le costaban muy caras, vivía sin sospechas.

Conque, una vez acordada la cita, decía durante la cena, delante de los criados:

«Esta noche voy a la Asociación de Fajas de Franela para viejos paralíticos».

Y salía hacia las ocho, entraba en la Asociación, volvía a salir enseguida, pasaba por distintas calles y, cuando se encontraba sola en alguna calleja, en algún rincón oscuro y sin quinqué, se quitaba el sombrero, lo sustituía por una cofia de criada que traía bajo la manteleta, desplegaba un delantal blanco disimulado de la misma forma, se lo anudaba alrededor de la cintura y, llevando en un pañolón su sombrero de calle y la prenda que hacía un momento le cubría los hombros, seguía andando a pasitos cortos, atrevida, con las caderas sin cubrir, como una criadita que hace un recado; y a veces corría incluso, como si tuviera mucha prisa.

¿Quién, pues, habría reconocido en aquella sirvienta menuda y viva a la señora del presidente de la Audiencia Amandon?

Llegaba al Cheval d'Or, subía a su cuarto cuya llave tenía; y el gordo dueño, maese Trouveau, viéndola pasar desde su mostrador, murmuraba:

«Ahí va la señorita Clarisse a sus amores».

El muy pícaro algo había adivinado, pero no trataba de saber más, y desde luego le habría sorprendido mucho enterarse de que su cliente era la señora Amandon, doña Marguerite, como la llamaban en Perthuis-le-Long.

Pero he aquí cómo se produjo el horrible descubrimiento.

La señorita Clarisse nunca iba a sus citas dos noches seguidas, nunca, jamás, pues era demasiado avisada y demasiada prudente para eso. Y maese Trouveau lo sabía de sobra, porque ni una vez, desde hacía ocho años, la había visto llegar al día siguiente de una visita. A menudo, incluso, en los días de agobio, el posadero había utilizado el cuarto por una noche.

Pero el último verano, el señor presidente de la Audiencia Amandon se ausentó varias semanas. Era en julio; la señora tenía ardores, y, como no

podía temer que la sorprendieran, preguntó a su amante, el guapo comandante de Varangelles, un martes por la noche, al despedirse, si quería volver a verla al día siguiente; él respondió:

«¡Claro que sí!»

Y convinieron en encontrarse el miércoles a la hora de costumbre. Ella dijo en voz baja:

«Si llegas primero, querido, espérame acostado».

Se besaron, luego se separaron.

Pero el día siguiente, hacia las diez, cuando maese Trouveau leía las *Tablettes de Perthuis*, órgano republicano de la ciudad, gritó desde lejos a su mujer, que desplumaba un ave en el corral:

«Ya tenemos cólera en la región. Ayer murió un hombre en Vauvigny».

Luego dejó de pensar en ello, porque la posada estaba llena de gente y el negocio iba muy bien.

A mediodía se presentó un viajero a pie, una especie de turista, que pidió un buen almuerzo después de haber bebido dos ajenjos. Y como hacía mucho calor, absorbió un litro de vino y dos litros de agua por lo menos.

Tomó luego su café, su copita o, mejor dicho, sus tres copitas. Después, sintiéndose algo pesado, pidió un cuarto para dormir una o dos horas. No había ninguno libre, y el dueño, tras consultar con su mujer, le dio el de la señorita Clarisse.

El hombre entró en la habitación, luego, hacia las cinco, como no lo habían visto salir, el dueño fue a despertarlo.

¡Qué sorpresa! ¡Estaba muerto!

El posadero bajó en busca de su mujer:

«¿Sabes?, el artista que puse en el cuarto once, creo que está muerto».

Ella se llevó las manos a la cabeza.

«¡No es posible! ¡Santo Dios! ¿Será el cólera?»

Maese Trouveau meneó la cabeza:

«Yo más bien diría que se trata de una *gestión* cerebral, dado que está negro como las heces del vino».

Pero la buena mujer, aterrada, repetía:

«No hay que decirlo, no hay que decirlo, creerían que es el cólera. Vete a dar parte y no hables más. Que te lo saquen de noche para que nadie los vea. Y si nadie ve ni sabe, ganancia de pescadores».

El hombre murmuró:

«La señorita Clarisse vino ayer, el cuarto está libre esta noche».

Y salió en busca del médico, que certificó el fallecimiento por congestión tras una copiosa comida. Luego acordaron con el comisario de policía que se llevarían el cadáver a medianoche, para que los huéspedes no sospechasen nada.

Eran apenas las nueve cuando la señora Amandon penetró furtivamente en la escalera del Cheval-d'Or, sin que nadie la viera ese día. Ganó su cuarto, abrió la puerta, entró. Una vela ardía en la chimenea. Se volvió hacia el lecho. El comandante estaba acostado, pero había corrido las cortinas.

Ella dijo:

«Un minuto, querido, ya voy».

Y se desnudó con una brusquedad febril, tirando sus botinas al suelo y el corsé sobre el sillón. Luego, cuando su vestido negro y sus enaguas cayeron en círculo a su alrededor, se irguió, con una camisa de seda roja, como una flor que acaba de abrirse.

Como el comandante no había dicho nada, ella preguntó:

«¿Estás dormido, querido?»

Él no respondió, y ella se echó a reír murmurando:

«Vaya, está dormido, ¡pues sí que tiene gracia!»

No se había quitado las medias, unas medias de seda negra calada, y, corriendo a la cama, se deslizó dentro con rapidez, estrechando entre sus brazos y besando en plena boca, para despertarlo bruscamente, al cadáver helado del viajero.

Durante un segundo permaneció inmóvil, demasiado aterrada para entender algo. Pero el frío de aquella carne inerte hizo penetrar en la suya un espanto atroz e irrazonado antes de que su mente hubiera podido empezar a reflexionar.

Había dado un salto fuera de la cama, temblando de la cabeza a los pies; luego, corriendo a la chimenea, ¡cogió la vela, volvió y miró! Y descubrió un rostro horrible que ella no conocía, negro, hinchado, con los ojos cerrados, con una mueca horrorosa de la mandíbula.

Lanzó un grito, uno de esos gritos agudos e interminables que lanzan las mujeres cuando enloquecen, y, dejando caer la vela, abrió la puerta, escapó, desnuda, por el pasillo mientras seguía chillando de una forma espantosa.

Un viajante de comercio que vendía calcetines, y que ocupaba el cuarto nº 4, salió al punto y la recibió en sus brazos.

Preguntó, asustado:

«¿Qué ocurre, hijita?»

Ella balbució, enloquecida:

«Han… han… han matado a uno… en… en mi cuarto…»

Aparecieron otros viajeros. El propio dueño acudió.

Y, de pronto, el comandante mostró su alta estatura por el extremo del pasillo.

En cuanto ella lo vio, se lanzó hacia él gritando:

«Sálvame, sálvame, Gontran… Han matado a uno en nuestro cuarto».

Las explicaciones fueron difíciles. Maese Trouveau, sin embargo, contó la verdad y pidió que soltaran inmediatamente a la señorita Clarisse, de quien respondía con su cabeza. Pero el viajante de comercio de calcetines, tras examinar el cadáver, afirmó que allí había crimen, y convenció a los demás viajeros para impedir que la señorita Clarisse y su amante se fueran.

Tuvieron que esperar a la llegada del comisario de policía, que les devolvió la libertad, pero que no fue discreto.

El mes siguiente, el señor presidente de la Audiencia Amandon recibía un ascenso con un nuevo destino.

En venta[227]

Partir a pie cuando el sol se levanta, y caminar sobre el rocío por los campos, a orillas del mar en calma, ¡qué embriaguez!

¡Qué embriaguez! Entra en nosotros por los ojos con la luz, por la nariz con el aire ligero, por la piel con los soplos del viento.

¿Por qué conservamos el recuerdo tan nítido, tan querido, tan agudo de ciertos minutos de amor con la Tierra, el recuerdo de una sensación deliciosa y rápida, como la caricia de un paisaje encontrado en el recodo de un camino, en la entrada de un valle, a la orilla de un río, como si hallásemos a una hermosa y complaciente joven?

Recuerdo un día, entre otros. Caminaba a orillas del océano bretón hacia la punta del Finistère. Caminaba sin pensar en nada, con paso rápido, paralelo a las olas. Era en los alrededores de Quimperlé, en esa parte que es la más dulce y más bella de Bretaña.

En una mañana de primavera, una de esas mañanas que os rejuvenecen veinte años, resucitan vuestras esperanzas y vuelven a daros sueños de adolescentes.

Iba por un camino apenas marcado, entre los trigos y las olas. Los trigos no se movían lo más mínimo, y las olas apenas lo hacían. Se sentía el olor dulce de los campos maduros y el olor marino del varec. Iba sin pensar en nada, hacia delante, continuando mi viaje iniciado hacía quince días, una vuelta a Bretaña por sus costas. Me sentía fuerte, ágil, feliz y alegre. Caminaba.

¡No pensaba en nada! ¿Por qué pensar en estas horas de alegría inconsciente, profunda, carnal, alegría de bestia que corre por la hierba, o que vuela en el aire azul bajo el sol? A lo lejos oía unos cantos piadosos. Tal vez una procesión, era domingo. Pero rebasé un pequeño cabo y me quedé inmóvil, maravillado. Cinco grandes barcos de pesca me parecieron llenos de gente, hombres, mujeres, niños, que iban al perdón de Plouneven[228].

Costeaban la orilla suavemente, apenas empujados por una brisa blanda y jadeante que hinchaba un poco las pardas velas; luego, agotándose

inmediatamente, las dejaba caer, lacias, a lo largo de los mástiles.

Los pesados barcos se deslizaban lentamente, cargados de gente. Y toda esa gente cantaba. Los hombres de pie, en los forros, tocados con el gran sombrero, lanzaban sus potentes notas, las mujeres gritaban sus notas agudas, y las voces chillonas de los niños parecían sonidos de falso pífano en medio del gran clamor piadoso y violento.

Y los pasajeros de los cinco barcos clamaban el mismo cántico, cuyo ritmo monótono se elevaba en el cielo tranquilo; y los cinco barcos iban uno tras otro, muy cerca unos de otros.

Pasaron por delante de mí, a mi lado, y los vi alejarse, oí debilitarse y apagarse su canto.

Y me puse a soñar en cosas deliciosas, como sueñan todos los jóvenes, de una manera pueril y encantadora.

¡Qué rápido huye esa edad de la ensoñación, la única edad feliz de la existencia! Nunca está uno solo, nunca está uno triste, nunca taciturno ni afligido cuando lleva en sí la facultad divina de perderse en las esperanzas en cuanto está solo. ¡Qué país de hadas, ése donde todo ocurre en la alucinación del pensamiento que vagabundea! ¡Qué bella es la vida bajo el polvo de oro de los sueños!

¡Ay, todo eso ya acabó!

Me puse a soñar. ¿En qué? En todo lo que se espera continuamente, en todo lo que se desea, la fortuna, la gloria, la mujer.

Y seguía caminando con rápidas zancadas, acariciando con la mano la cabeza rubia de los trigos que se inclinaban bajo mis dedos y me cosquilleaban la piel como si hubiera tocado unos cabellos.

Contorneé un pequeño promontorio y divisé, en el fondo de una playa estrecha y redonda, una casa blanca, construida en tres terrazas que descendían hasta la orilla.

¿Por qué la vista de aquella casa me hizo estremecerme de alegría? ¿Lo sé? Viajando de esa forma, uno encuentra a veces rincones de región que cree conocer desde hace mucho, de lo familiares que le son, de lo mucho que agradaban a vuestro corazón. ¿Es posible que nunca los hayamos visto? ¿No hemos vivido antes allí? ¡Todo os seduce, os encanta, la dulce línea del horizonte, la disposición de los árboles, el color de la arena!

¡Oh, la bonita casa, de pie sobre sus altos graderíos! Grandes árboles frutales habían crecido a lo largo de las terrazas que descendían hacia el agua, como gigantescos escalones. ¡Y cada una llevaba, como una corona de oro, en su cima, un largo ramo de retama en flor!

Me detuve, presa de amor por aquella morada. ¡Cómo hubiera querido poseerla, vivir siempre allí!

Me acerqué a la puerta, con el corazón palpitante de deseo, y vi, sobre uno de los postes de la barrera, un gran cartel: *En venta*.

Sentí una sacudida de placer como si me hubieran ofrecido, como si me hubieran dado aquella casa. ¿Por qué? Sí, ¿por qué? ¡No lo sé!

«En venta.» Por lo tanto, ya casi no era de nadie, podía ser de todo el mundo, ¡podía ser mía, mía! ¿Por qué aquella alegría, aquella sensación de gozo profundo, inexplicable? ¡Sabía sin embargo que no la compraría! ¿Cómo la habría pagado? No importa, estaba en venta. El pájaro enjaulado pertenece a su amo, el pájaro en el aire es mío, porque no es de nadie.

Y entré en el jardín. ¡Oh!, el delicioso jardín con sus estrados superpuestos, sus espalderas de largos brazos de mártires crucificados, sus matas de retamas doradas, y sus dos viejas higueras en el extremo de cada terraza.

Cuando estuve en la última, miré el horizonte. A mis pies se extendía la pequeña playa, redonda y arenosa, separada de alta mar por tres rocas pesadas y pardas que cerraban su entrada y debían de romper las olas los días de mar gruesa.

En la punta, enfrente, dos enormes piedras, una de pie, la otra echada en la hierba, un menhir y un dolmen, semejantes a dos extraños esposos inmovilizados por algún maleficio, parecían mirar siempre la casita que habían visto construir, ellos, que conocían desde hacía siglos aquella bahía antaño solitaria, la casita que verían derrumbarse, desmigajarse, desvanecerse, desaparecer, la pequeña casa en venta.

¡Oh, viejo dolmen y viejo menhir, cuánto os amo!

Y llamé a la puerta como si hubiera llamado en mi casa. Salió a abrir una mujer, una criada, una viejecita vestida de negro, con una cofia blanca, que se parecía a una beguina[229]. Tuve la impresión de que, a aquella mujer, también la conocía.

Le dije: «Usted no es bretona, ¿verdad?»

Ella respondió: «No, señor, soy de Lorena.» Y añadió: «¿Viene para visitar la casa?

—«Sí, claro.»

Y entré.

Tenía la sensación de reconocer todo, las paredes, los muebles. Casi me sorprendió no encontrar mis bastones en el vestíbulo.

Entré en el salón, un precioso salón tapizado de esteras, y que miraba al mar por tres amplias ventanas. En la chimenea, jarrones de China y una gran fotografía de mujer. Me dirigí hacia ella inmediatamente, convencido de que también la reconocería. Y la reconocí, aunque estuviera seguro de no haberla visto nunca. Era ella, ella misma, la que yo esperaba, la que yo deseaba, a la que yo llamaba y cuyo rostro acosaba mis sueños. Ella, la que siempre buscamos en todas partes, la que vamos a ver a la calle dentro de un momento, la que vamos a buscar por los caminos en el campo cuando divisamos una sombrilla roja sobre los trigos, la que ya debe de haber llegado al hotel en el que entro de viaje, en el vagón al que voy a subir, en el salón cuya puerta se abre delante de mí.

Era ella, con toda seguridad, ¡indubitablemente ella! La reconocí por sus ojos que me miraban, por sus cabellos peinados a la inglesa, por su boca, sobre todo, por aquella sonrisa que yo había adivinado hacía mucho tiempo.

Pregunté enseguida: «¿Quién es esa mujer?»

La criada con cabeza de beguina respondió en tono seco: «¡La señora!»

Yo proseguí: «¿Es su ama?»

Ella replicó con su aire devoto y duro: «¡Oh, no, señor!»

Me senté y dije: «Cuéntemelo.»

Ella permanecía estupefacta, inmóvil, silenciosa.

Yo insistí: «¡Entonces es la propietaria de esta casa!

—¡Oh, no, señor!

—¿A quién pertenece entonces?

—A mi amo, el señor Tournelle.»

Tendí el dedo hacia la fotografía.

«Y esa mujer, ¿quién es?

—Es la señora.

—¿La mujer de su amo?

—¡Oh, no, señor!

—¿Su amante entonces?»

La beguina no respondió.

Roído por unos vagos celos, por una cólera confusa contra aquel hombre que había encontrado aquella mujer, continué:

«¿Dónde están ahora?

La criada murmuró:

«El señor está en París, pero la señora, no sé.»

Me estremecí:

«¡Ah!, ya no están juntos.

—No, señor.»

Fui astuto; y, con voz grave: «Dígame lo que pasó, tal vez podría ser útil a su amo. Conozco a esa mujer, ¡es una malvada!»

La vieja sirvienta me miró, y, ante mi aspecto abierto y franco, tuvo confianza.

«¡Oh!, señor, hizo a mi amo muy desgraciado. La conoció en Italia y la trajo consigo como si se hubieran casado. Ella cantaba muy bien. Él la amaba, señor, daba lástima verlo. Y estuvieron viajando por esta comarca el año pasado. Y encontraron esta casa que había construido un loco, hay que estar loco para instalarse a dos leguas del pueblo. La señora quiso comprarla enseguida, para vivir aquí con mi amo. Y él compró la casa para complacerla.

»Y se quedaron aquí todo el verano pasado, señor, y casi todo el invierno.

»Y luego, una mañana, a la hora del almuerzo, el señor me llama: “Césarine, ¿ha vuelto la señora?”

»“No, señor.”

»Esperamos durante todo el día. Mi amo estaba como loco. Se la buscó por todas partes, no la encontraron. Se había ido, señor, nunca se supo adónde ni cómo.»

¡Oh, qué alegría me invadió! Tenía ganas de abrazar a la beguina, de cogerla por la cintura y hacerla bailar en el salón.

¡Ah, ella se había ido, había escapado, lo había abandonado cansada, harta de él! ¡Qué feliz me sentía!

La vieja criada prosiguió: «El señor estuvo a punto de morir de dolor, y regresó a París dejándome con mi marido para vender la casa. Piden veinte mil francos.»

Pero yo ya no escuchaba. Pensaba en ella. Y de repente me pareció que me bastaba con partir de nuevo para encontrarla, que ella había debido de volver a la región aquella primavera para ver la casa, su preciosa casa, que tanto habría amado sin él.

Puse diez francos en las manos de la vieja; cogí la fotografía y huí corriendo y besando como un loco el dulce rostro metido en el cartón.

Volví al sendero y me puse a caminar, mirándola, ¡a ella! ¡Qué alegría que fuese libre, que hubiera escapado! Seguro, la encontraría hoy o mañana, aquella semana o la siguiente, dado que ella lo había abandonado. ¡Y lo había abandonado porque había llegado mi hora!

¡Ella era libre en alguna parte del mundo! No tenía más que encontrarla, puesto que la conocía.

Y seguía acariciando las cabezas dobladas de los trigos maduros, bebía el aire marino que me henchía el pecho, sentía el sol besarme el rostro. Caminaba, caminaba loco de felicidad, embriagado de esperanza. Caminaba, seguro de encontrarla pronto y de volver con ella para vivir en nuestra torre en la bonita casa *En venta*. ¡Cómo le gustaría vivir allí esta vez!

El bautismo[230]

«Vamos, doctor, un poco de coñac.

—Con mucho gusto.»

Y el viejo médico de marina, tras haber tendido su copita, contempló cómo subía hasta los bordes el precioso líquido de reflejos dorados.

Después lo levantó a la altura de sus ojos, hizo pasar dentro la claridad de la lámpara, lo olió, aspiró algunas gotas que paladeó largo rato en su lengua y en la carne húmeda y delicada del paladar, luego dijo:

*

¡Oh, encantador veneno! O, mejor dicho, ¡el seductor asesino, el delicioso destructor de pueblos!

Ustedes sí que no lo conocen. Es cierto que han leído ese admirable libro titulado *La taberna*[231], pero no han visto, como yo, al alcohol exterminar una tribu de salvajes, un pequeño reino de negros, un alcohol traído en panzudas barricas que desembarcaban con aire plácido unos marineros ingleses de barba pelirroja.

Y he visto también, con mis propios ojos, un drama del alcohol muy extraño y sobrecogedor, y muy cerca de aquí, en Bretaña, en un pueblecito de los alrededores de Pont-l'Abbé.

Yo vivía entonces, durante un permiso de un año, en una casa de campo que me había dejado mi padre. Ustedes conocen esa costa llana donde el viento silba entre las aulagas día y noche, donde se ve a trechos, de pie o tumbadas, esas normes piedras que fueron dioses y que han conservado algo inquietante en su postura, en su aspecto, en su forma. Siempre creo que van a animarse, y que voy a verlas echar a andar por el campo, con paso lento y pesado, con su paso de colosos de granito, o echar a volar con alas inmensas, unas alas de piedra, hacia el paraíso de los druidas.

El mar encierra y domina el horizonte, el mar inquieto, lleno de escollos de negras cabezas, siempre rodeados de una baba espumosa, semejantes a perros que esperasen a los pescadores.

Y ellos, los hombres, van sobre ese mar terrible que vuelca sus barcas con una sacudida de su lomo verdoso y las traga como píldoras. Van en sus pequeñas barcas, de día y de noche, audaces, inquietos y ebrios. Ebrios lo están a menudo. «Cuando la botella está llena, dicen, se ve el escollo; pero cuando está vacía, ya no se ve.»

Entrad en esas chozas. Nunca encontraréis al padre. Y si preguntáis a la mujer qué ha sido de su hombre, tenderá los brazos hacia el oscuro mar que brama y escupe su saliva blanca a lo largo de la orilla. Se quedó en él una noche que había bebido un poco más de la cuenta. Y el hijo mayor también. Todavía tiene cuatro hijos, cuatro chicarrones rubios y fuertes. Pronto les tocará también.

Así pues, vivía en una casa de campo cerca de Pont-l'Abbé. Estaba allí solo, con mi criado, antiguo marinero, y una familia bretona que guardaba la propiedad en mi ausencia. Estaba formada por tres personas, dos hermanas y un hombre que se había casado con una de ellas y que cultivaba mi huerto.

Ahora bien, ese año, hacia Navidad, la compañera de mi hortelano dio a luz un niño.

El marinero vino a pedirme que fuera el padrino. No podía negarme, y me pidió prestados diez francos para los gastos de la iglesia, decía.

Se fijó la ceremonia para el 2 de enero. Desde hacía ocho días, la tierra estaba cubierta de nieve, de una inmensa alfombra lívida y dura que parecía ilimitada en aquella región llana y baja. El mar era de color negro allá lejos, detrás de la llanura blanca; lo veíamos agitarse, levantar su lomo, hacer rodar sus olas, como si hubiera querido lanzarse sobre su pálida vecina, que daba la impresión de estar muerta, tan calma, tan taciturna, tan fría estaba.

A las nueve de la mañana, el tío Kérandec llegó ante mi puerta con su cuñada, la alta Kermagan, y la comadrona, que traía al niño envuelto en una manta.

Y nos pusimos en camino hacia la iglesia. Hacía un frío como para partir los dólmenes, uno de esos fríos desgarradores que agrietan la piel y hacen sufrir horriblemente con su quemadura de hielo. Yo iba pensando en la pobre criatura que llevaban delante de nosotros, y me decía que aquella raza bretona era verdaderamente de hierro para que sus hijos fueran capaces, desde su nacimiento, de soportar semejantes paseos.

Llegamos delante de la iglesia, pero la puerta aún estaba cerrada. El señor cura se retrasaba.

Entonces la comadrona, tras sentarse en uno de los poyos, se puso a desnudar al niño. Al principio creí que había mojado sus pañales, pero vi que lo exponían desnudo, totalmente desnudo, el pobre, totalmente desnudo, al aire helado. Me adelanté, indignado ante tal imprudencia.

«¡Pero está usted loca! ¡Va a matarlo!»

La mujer respondió en tono apacible: «No, no, señor amo, tie que esperar al señor Dios to desnudo.»

El padre y la tía miraban aquello muy tranquilos. Era la costumbre. Si no la hubieran seguido, al niño le habría ocurrido alguna desgracia.

Me enfadé, insulté al hombre, amenacé con irme, quise tapar por la fuerza a la frágil criatura. Fue inútil. La comadrona huía delante de mí corriendo por la nieve, el cuerpo del crío se volvía violeta.

Iba a dejar a aquellos brutos cuando vi al cura que llegaba por el campo seguido del sacristán y un chiquillo del lugar.

Corrí hacia él y le expresé, en tono violento, mi indignación. No se sorprendió, no aceleró su paso, no apresuró sus movimientos. Respondió:

«¿Qué quiere, señor? Es la costumbre. Lo hacen todos, no podemos impedirlo.

—Pero, por lo menos, dese usted prisa», exclamé.

Él replicó:

«Pero si no puedo ir más deprisa.»

Y entró en la sacristía mientras nosotros seguíamos en el umbral de la iglesia, donde desde luego yo sufría más que el pequeño, que chillaba bajo la mordedura del frío.

Por fin se abrió la puerta. Entramos. Pero el niño debía permanecer desnudo durante toda la ceremonia.

Resultó interminable. El cura balbuceaba las sílabas latinas que caían de su boca, escandidas sin sentido. Andaba con lentitud, con una lentitud de tortuga sagrada; y su sobrepelliz blanca me helaba el alma, como otra nieve con la que se hubiera envuelto para hacer sufrir, en nombre de un Dios inclemente y bárbaro, a aquella larva humana torturada por el frío.

Por fin acabó el bautismo de acuerdo con los ritos, y vi a la comadrona envolver de nuevo en la larga manta al niño helado que gemía con voz aguda y dolorosa.

El cura me dijo: «¿Quiere venir a firmar el registro?»

Me volví hacia mi jardinero: «Ahora vuelva a casa muy deprisa, y haga entrar en calor a ese niño inmediatamente.» Y le di algunos consejos para evitar, si todavía se estaba a tiempo, una pulmonía.

El hombre prometió cumplir mis recomendaciones, y se fue con su cuñada y la comadrona. Yo seguí al sacerdote a la sacristía.

Cuando hube firmado, me exigió cinco francos por los gastos.

Como había dado diez francos al padre, me negué a pagar de nuevo. El cura amenazó con romper la hoja y anular la ceremonia. Yo le amenacé a mi vez con el fiscal de la República.

La disputa fue larga, pero terminé pagando.

Nada más volver a casa, quise saber si había ocurrido algo desafortunado. Corrí a ver a Kérandec, pero el padre, la cuñada y la comadrona aún no habían vuelto.

La recién parida, que se había quedado sola, tiritaba de frío en su cama y tenía hambre, no había comido nada desde la víspera.

«¿Adónde diablos se han ido?», pregunté. Me respondió sin sorprenderse, sin irritarse: «Habrán ido a beber para celebrarlo.» Era la costumbre. Entonces pensé en mis diez francos, que debían pagar la iglesia y que sin duda pagarían el alcohol.

Envié un caldo a la madre y ordené que se hiciese un buen fuego en su chimenea. Estaba ansioso y furioso, prometiéndome echar a aquellos brutos y preguntándome aterrorizado qué iba a ser del pobre crío.

A las seis de la tarde no habían vuelto.

Ordené a mi criado esperarlos, y me acosté.

Me dormí enseguida, porque duermo como un auténtico marinero.

Fui despertado, al alba, por mi servidor, que me traía el agua caliente para mi barba.

En cuanto abrí los ojos, pregunté: «¿Y Kérandec?»

El hombre dudaba, luego balbució: «¡Oh!, ha vuelto, señor, pasada la medianoche, y borracho como una cuba, y la alta Kermagan también, y la comadrona también. Creo que han dormido en una zanja, de modo que el pequeño ha muerto, ni siquiera se han dado cuenta.»

Me levanté de un salto gritando:

«¿Ha muerto el niño?

—Sí, señor. Se lo han traído a la tía Kérandec. Cuando lo ha visto, se ha echado a llorar; entonces la han hecho beber para consolarla.

—¿Cómo? ¿Qué le han hecho beber?

—Sí, señor. Pero yo no me he enterado hasta esta mañana, hace un rato. Como Kérandec no tenía aguardiente ni dinero, ha cogido el petróleo de la lámpara que el señor le dio, y los cuatro se lo han bebido hasta vaciar la botella. Incluso la Kérandec se ha puesto muy enferma.»

Me había vestido deprisa y, cogiendo un bastón decidido a dar una tunda a todas aquellas bestias humanas, corrí a casa de mi hortelano.

La recién parida agonizaba, borracha de petróleo mineral, al lado del cadáver amoratado de su hijo.

Kérandec, la comadrona y la alta Kermagan roncaban en el suelo.

Hube de cuidar a la mujer, que murió hacia mediodía.

*

El viejo médico se había callado. Volvió a coger la botella de aguardiente, se sirvió una nueva copa y, tras haber hecho correr de nuevo a través del licor rubio la luz de las lámparas que parecía poner en su copa un zumo claro de topacios fundidos, se bebió de un trago el líquido pérfido y caliente.

La desconocida[232]

Se hablaba de aventuras galantes y cada uno las contaba a cual más extraña: encuentros sorprendentes y deliciosos, en el tren, en un hotel, en el extranjero, en una playa. Las playas, al decir de Roger des Annetes, eran singularmente propicias para los lances amorosos.

Gontran, que callaba, fue consultado.

«París sigue siendo lo mejor, dijo. Con las mujeres ocurre como con las antigüedades, las apreciamos más en los lugares donde menos esperamos encontrarlas; pero, realmente raras, sólo se encuentran en París.»

Se calló unos segundos, luego prosiguió:

«¡Por Cristo! ¡Es curiosísimo! Échense a las calles una mañana de primavera. Las mujercitas que trotan a lo largo de las casas parecen abrirse como flores. ¡Oh, qué bonito, qué precioso espectáculo! Huele a violetas en el borde de las aceras; la violeta que pasa en los lentos carritos que empujan las vendedoras ambulantes.

»Toda la ciudad está contenta, y miramos a las mujeres. ¡Recristo!, qué tentadoras están con sus vestidos claros, con sus vestidos ligeros que dejan que se trasluzca la piel. Callejeamos con la nariz al viento y el alma encendida; callejeamos, y olfateamos, y acechamos. ¡Son extraordinariamente buenas esas mañanas!

»Se ve venir de lejos, se distingue y reconoce a cien pasos a la que va a gustarnos de cerca. Por la flor del sombrero, por el movimiento de su cabeza, por su andar, la adivinamos. Viene. Nos decimos: “Atención, ahí llega una”, y nos adelantamos hacia ella devorándola con los ojos.

»¿Es una chiquilla que hace los recados de la tienda, una joven que vuelve de la iglesia o que va a casa de su amante? ¡Qué importa! El pecho es abultado bajo el corpiño transparente. ¡Oh, si pudiéramos ponerle el dedo encima! Los dedos o los labios. ¿La mirada es tímida o atrevida, rubia o morena la cabeza? ¡Qué importa! El roce de esa mujer que trota produce un escalofrío que nos recorre la espalda. ¡Y cómo deseamos hasta el anochecer a la que hemos encontrado así! Desde luego, he conservado el recuerdo de una

veintena de criaturas vistas una o diez veces de esta forma y de las que me habría enamorado locamente si las hubiera conocido con mayor intimidad.

»Pero así son las cosas, nunca se conoce a las que adoraríamos con frenesí. ¿No os habéis fijado? ¡Tiene bastante gracia! De vez en cuando divisamos a mujeres cuya sola vista nos consume de deseos. Pero a éstas no hacemos más que divisarlas. Yo, cuando pienso en todos los seres adorables con los que me he codeado en las calles de París, sufro crisis de rabia en las que me ahorcaría. ¿Dónde están? ¿Quiénes son? ¿Dónde podríamos encontrarlas de nuevo? ¿Verlas de nuevo? Dice un proverbio que a menudo se pasa al lado de la felicidad; pues bien, estoy totalmente seguro de haber pasado más de una vez al lado de la que me habría atrapado como a un pardillo con el cebo de su carne fresca.»

Roger des Annetes había escuchado sonriendo. Respondió:

*

Conozco eso tan bien como tú. Oíd lo que me ocurrió a mí. Hace unos cinco años, encontré por primera vez, en el puente de la Concordia, a una mujer alta y algo robusta que me causó un efecto… un efecto… sorprendente. Era una morena, una morena abundante, de pelo reluciente que le comía la frente y unas cejas que unían los dos ojos bajo el gran arco que iba de una sien a otra. Un ligero bozo sobre los labios hacía soñar… soñar… como se sueña con los bosques amados al ver un ramillete sobre una mesa. Su cintura se arqueaba hacia atrás y el pecho resultaba entonces prominente, presentado como un desafío, ofrecido como una tentación. Los ojos parecían dos manchas de tinta sobre esmalte blanco. No eran ojos, eran dos agujeros negros, dos agujeros profundos abiertos en su cabeza, en aquella mujer, por donde se veía en su interior, por donde se entraba en ella. ¡Oh, qué extraña mirada opaca y vacía, sin pensamiento y tan hermosa!

Imaginé que era judía. La seguí. Muchos hombres se volvían. Caminaba contoneándose de una forma poco graciosa, pero turbadora. Cogió un simón en la plaza de la Concordia. Y me quedé como un animal, al lado del Obelisco, impresionado por la más violenta emoción de deseo que nunca me hubiera asaltado.

Pensé en ella durante tres semanas por lo menos, luego la olvidé.

Volví a verla seis meses después, en la calle de la Paix; y al divisarla me dio un vuelco el corazón como cuando encontramos a una querida apasionadamente amada en el pasado. Me detuve para verla acercarse.

Cuando pasó a mi lado, hasta casi tocarme, pensé que me hallaba ante la boca de un horno. Luego, cuando se hubo alejado, tuve la sensación de un viento fresco que me corría por la cara. No la seguí. Tenía miedo de cometer alguna tontería, miedo de mí mismo.

Atormentó a menudo mis sueños. Ya conocen ustedes esas obsesiones.

Estuve un año sin volver a encontrarla; luego, una noche, a la puesta del sol, hacia el mes de mayo, la reconocí subiendo delante de mí la avenida de los Campos Elíseos.

El arco de l'Étoile se perfilaba sobre el telón de fuego del cielo. Remolineaban un polvillo dorado y una niebla de claridad roja; era una de esas tardes deliciosas que son las apoteosis de París.

La seguía con unas ganas furiosas de hablarle, de arrodillarme, de decirle la emoción que me embargaba.

Dos veces la adelanté para retroceder. Dos veces sentí de nuevo, al cruzarme con ella, esa sensación de calor ardiente que me había impresionado en la calle de la Paix.

Me miró. Después la vi entrar en una casa de la calle Presbourg. La esperé dos horas en un portal. No salió. Me decidí entonces a interrogar al portero. Dio la impresión de no entenderme: «Debe de ser una visita», dijo.

Y estuve otros ocho meses sin volver a verla.

Pero una mañana de enero, con un frío siberiano, iba yo por el bulevar Malesherbes corriendo para entrar en calor cuando, en la esquina de una calle, tropecé con tal violencia con una mujer que se le cayó un pequeño paquete.

Quise disculparme. ¡Era ella!

Al principio quedé sobrecogido de asombro; luego, tras devolverle el objeto que llevaba en la mano, le dije bruscamente:

«Estoy afligido y encantado, señora, de haberla atropellado así. Hace más de dos años que la conozco, que la admiro, que siento el más violento deseo de serle presentado; y no consigo llegar a saber quién es usted ni dónde vive. Perdone semejantes palabras, atribúyalas a un deseo apasionado de figurar entre el número de los que tienen derecho a saludarla. Un sentimiento así no puede ofenderla, ¿verdad? Usted no me conoce. Soy el barón Roger des Annetes. Infórmese, le dirán que soy aceptable. Ahora, si se resiste a mi petición, hará de mí un hombre infinitamente desdichado. Vamos, sea buena, dígame algún modo de verla, indíquemelo.»

Me miraba fijamente con sus ojos extraños y muertos, y respondió sonriendo:

«Deme su dirección. Yo iré a su casa.»

Me quedé tan estupefacto que debió de traslucirse. Pero nunca tardo mucho en recuperarme de esas sorpresas, y me apresuré a darle una tarjeta que guardó en su bolsillo con gesto rápido, con mano habituada a escamotear cartas.

Balbucí, tras volverme osado:

«¿Cuándo la veré?»

Dudó, como si estuviera haciendo un cálculo complicado, tratando sin duda de recordar, hora por hora, las cosas que tenía que hacer; luego murmuró:

«El domingo por la mañana, ¿quiere?

—Claro que quiero.»

Y se fue después de haberme mirado fijamente, juzgado, sopesado, analizado con aquella mirada pesada y vaga que parecía dejaros algo sobre la piel, una especie de liga, como si hubiera proyectado sobre la gente uno de esos líquidos espesos de que se sirven los pulpos para ennegrecer el agua y adormecer a sus presas.

Hasta el domingo me entregué a un terrible trabajo intelectual para adivinar quién era y para fijarme una regla de conducta con ella.

¿Debía pagarle? ¿Cómo?

Me decidí por comprar una joya, una joya preciosa, palabra, que deposité en su estuche sobre la chimenea.

Y la esperé, después de haber dormido mal.

Llegó a eso de las diez, muy serena, muy tranquila, y me tendió la mano como si me hubiera conocido mucho. La hice sentarse, la liberé de su sombrero, de su velo, de sus pieles, de su manguito. Luego empecé, con cierto apuro, a mostrarme más galante, porque no tenía tiempo que perder.

Por otra parte, no se hizo rogar en absoluto, y no habíamos cambiado veinte palabras cuando empezaba a desnudarla. Continuó ella sola esa trabajosa tarea que yo nunca consigo acabar. Me pincho con los alfileres, aprieto los cordones en nudos imposibles de desatar en lugar de soltarlos; revuelvo todo, confundo todo, retraso todo y pierdo la cabeza.

¡Oh!, querido amigo, ¿conoces en la vida momentos más deliciosos que ésos, cuando se mira desde un poco lejos por discreción, para no alarmar ese pudor de avestruz que tienen todas, a la que se despoja, para ti, de todas sus telas rumorosas que caen en círculo a sus pies, una tras otra?

¿Y qué más hermoso, también, que sus movimientos para librarse de las suaves telas que se desprenden, vacías y blandas, como si acabaran de ser heridas de muerte? ¡Qué magnífica y estremecedora la aparición de la carne,

de los brazos desnudos y del busto tras la caída del corpiño, y qué turbadora la línea del cuerpo que se adivina bajo el último velo!

Pero de pronto distingo una cosa sorprendente, una mancha negra, entre los hombros, pues me daba la espalda; una gran mancha en relieve, negrísima. Aunque había prometido no mirar.

¿Qué era? Sin embargo, no podía tener dudas, y el recuerdo del visible bozo sobre los labios, de las cejas uniendo los ojos, de aquella mata de pelo que la coronaba como un casco, habría debido prepararme para aquella sorpresa.

Me quedé, sin embargo, estupefacto, y repentinamente acosado por visiones y reminiscencias singulares. Me pareció estar viendo a una de las magas de *Las Mil y una noches*, uno de esos seres peligrosos y pérfidos cuya misión consiste en arrastrar a los hombres a abismos desconocidos. Pensé en Salomón haciendo pasar a la reina de Saba sobre un espejo para estar seguro de que no tenía el pie hendido[233].

Y… y cuando tuve que cantarle mi canción de amor, descubrí que ya no tenía voz, ni siquiera un hilo, querido amigo. Perdón, tenía una voz de cantor del papa, lo cual la extrañó primero y después la enfadó absolutamente, porque dijo, mientras volvía a vestirse con presteza:

«No merecía la pena molestarme.»

Intenté que aceptara la sortija comprada para ella, pero articuló con tanta altanería: «¿Por quién me toma, caballero?», que me puse colorado hasta las orejas por aquella suma de humillaciones. Y se marchó sin añadir palabra.

A eso se redujo toda mi aventura. Pero lo peor es que ahora estoy enamorado de ella, y locamente enamorado.

Ya no puedo ver una mujer sin pensar en ella. Todas las demás me repugnan, me asquean, a menos que se le parezcan. No puedo depositar un beso en una mejilla sin ver su mejilla al lado de la que beso, y sin sufrir horriblemente por el deseo insatisfecho que me tortura.

Asiste a todas mis citas, a todas las caricias, que me echa a perder, que me vuelve odiosas. Siempre está ahí, vestida o desnuda, como mi verdadera amante; está ahí, muy cerca de la otra, de pie o acostada, visible pero inasequible. Y ahora estoy convencido de que era una mujer embrujada que llevaba entre sus hombros un talismán misterioso.

¿Quién es? Aún no lo sé. He vuelto a encontrarla dos veces. La he saludado. No me ha devuelto mi saludo, ha fingido no conocerme. ¿Quién es? ¿Una asiática, acaso? ¿Una judía de Oriente quizá? ¡Sí, una judía! Tengo en la

cabeza que es una judía. Pero ¿por qué? ¡Ahí está el problema! ¿Por qué? ¡No lo sé!

Carta de un loco[234]

Querido doctor, me pongo en sus manos. Haga usted de mí lo que guste.

Voy a decirle con toda franqueza mi extraño estado de ánimo, y juzgue si no sería mejor que cuidasen de mí durante algún tiempo en una casa de salud, en vez de dejarme presa de las alucinaciones y sufrimientos que me atormentan.

Ésta es la historia, larga y exacta, de la singular enfermedad de mi alma.

Vivía yo como todo el mundo, mirando la vida con los ojos abiertos y ciegos del hombre, sin sorprenderme ni comprender. Vivía como viven las bestias, como vivimos todos, cumpliendo todas las funciones de la existencia, analizando y creyendo ver, creyendo saber, creyendo conocer lo que me rodea, cuando un día me di cuenta de que todo es falso.

Fue una frase de Montesquieu la que súbitamente iluminó mi pensamiento. Es ésta: «Un órgano de más o de menos en nuestra máquina nos hubiera dado una inteligencia distinta.

»… En una palabra, todas las leyes basadas en el hecho de que nuestra máquina es de una determinada forma serían diferentes si nuestra máquina no fuera de esa forma»[235].

He pensado en esto durante meses, meses y meses, y poco a poco ha penetrado en mí una extraña claridad, y esa claridad ha creado ahí la oscuridad.

En efecto, nuestros órganos son los únicos intermediarios entre el mundo exterior y nosotros. Es decir, que el ser interior que constituye el *yo* se halla en contacto, mediante algunos hilillos nerviosos, con el ser exterior que constituye el mundo.

Pero, además de que ese ser exterior se nos escapa por sus proporciones, su duración, sus propiedades innumerables e impenetrables, sus orígenes, su futuro o sus fines, sus formas lejanas y sus manifestaciones infinitas, nuestros órganos, sobre la parcela que de él podemos conocer no nos suministran otra cosa que informes tan inseguros como poco numerosos.

Inseguros, porque únicamente son las propiedades de nuestros órganos las que determinan para nosotros las propiedades aparentes de la materia.

Poco numerosos, porque, al no ser nuestros sentidos más que cinco, el campo de sus investigaciones y la naturaleza de sus revelaciones se hallan necesariamente muy restringidos.

Me explico: la vista nos indica las dimensiones, las formas y los colores. Nos engaña en esos tres puntos.

No puede revelarnos otra cosa que los objetos y seres de dimensión media, proporcionados a la estatura humana, lo cual nos lleva a aplicar la palabra grande a determinadas cosas y la palabra pequeño a otras, sólo porque su debilidad no le permite conocer lo que es demasiado vasto o demasiado menudo para él. De ahí resulta que no se sabe ni se ve casi nada, que el universo casi entero le queda oculto, la estrella que habita el espacio y el animálculo que habita la gota de agua.

Incluso aunque tuviera cien millones de veces su potencia normal, aunque viese en el aire que respiramos todas las especies de seres invisibles, así como los habitantes de los planetas próximos, todavía quedarían numerosos infinitos de especies de animales más pequeños y mundos tan lejanos que jamás alcanzaría.

Así pues, todas nuestras ideas de proporción son falsas porque no hay límite posible en la magnitud ni en la pequeñez.

Nuestra apreciación sobre las dimensiones y las formas no tiene ningún absoluto al venir determinada únicamente por la potencia de un órgano y por una comparación constante con nosotros mismos.

Hemos de añadir que la vista todavía es incapaz de ver lo transparente. Un cristal sin defecto la engaña. Lo confunde con el aire que tampoco ve.

Pasemos al color.

El color existe porque nuestra vista está hecha de modo que transmite al cerebro, en forma de color, las diversas formas en que los cuerpos absorben y descomponen, siguiendo su constitución química, los rayos luminosos que dan en ellos.

Todas las proporciones de esa absorción y de esa descomposición constituyen matices.

Así pues, este órgano impone a la inteligencia su modo de ver, mejor dicho, su forma arbitraria de constatar las dimensiones y de apreciar las relaciones de la luz y la materia.

Analicemos el oído.

Somos juguetes y víctimas, más todavía que en el caso de la vista, de ese órgano fantasioso.

Dos cuerpos, al chocar, producen cierta vibración de la atmósfera. Ese movimiento hace estremecerse en nuestra oreja cierta pielecilla que trueca inmediatamente en ruido lo que en realidad no es otra cosa que una vibración.

La naturaleza es muda. Pero el tímpano posee la propiedad milagrosa de transmitirnos en forma de sentidos, y de sentidos diferentes según el número de vibraciones, todos los estremecimientos de las ondas invisibles del espacio.

Esa metamorfosis realizada por el nervio auditivo en el breve trayecto de la oreja al cerebro nos ha permitido crear un arte extraño, la música, la más poética y precisa de las artes, vaga como un sueño y exacta como el álgebra.

¿Qué decir del gusto y del olfato? ¿Conoceríamos los perfumes y la calidad de los alimentos sin las propiedades peregrinas de nuestra nariz y nuestro paladar?

Sin embargo, la humanidad podría existir sin oído, sin gusto y sin olfato, es decir, sin ninguna noción del ruido, del sabor y del olor.

Así pues, si tuviéramos algunos órganos menos, desconoceríamos cosas admirables y singulares, pero si tuviéramos algunos más, descubriríamos a nuestro alrededor una infinidad de otras cosas que nunca supondremos por falta de medio para constatarlas.

Por lo tanto, nos equivocamos cuando juzgamos lo Conocido, y estamos rodeados de Desconocido inexplorado.

Por lo tanto, todo es inseguro, y puede apreciarse de diferentes maneras.

Todo es falso, todo es posible, todo es dudoso.

Formulemos esta certidumbre sirviéndonos del viejo proverbio: «Verdad a este lado de los Pirineos, error al otro lado».

Y decimos: verdad en nuestro órgano, error en el de al lado.

Dos y dos no deben ser cuatro fuera de nuestra atmósfera.

Verdad en la tierra, error más lejos, de donde deduzco que los misterios vislumbrados como la electricidad, el sueño hipnótico, la transmisión de la voluntad, la sugestión y todos los fenómenos magnéticos sólo siguen ocultos para nosotros porque la naturaleza no nos ha proporcionado el órgano o los órganos necesarios para comprenderlos.

Después de haberme convencido de que todo lo que me revelan mis sentidos sólo existe para mí tal como yo lo percibo, y de que sería totalmente diferente para otro ser organizado de otro modo, después de haber llegado a la conclusión de que una humanidad hecha de otra forma tendría sobre el mundo, sobre la vida y sobre todo ideas absolutamente opuestas a las

nuestras, porque el acuerdo de las creencias sólo deriva de la similitud de los órganos humanos, y las divergencias de opiniones provienen únicamente de ligeras diferencias de funcionamiento de nuestros hilillos nerviosos, he hecho un esfuerzo de pensamiento sobrehumano para suponer lo impenetrable que me rodea.

¿Me he vuelto loco?

Me he dicho: «Estoy rodeado de cosas desconocidas». He supuesto al hombre desprovisto de orejas y he supuesto el sonido como suponemos tantos misterios ocultos; el hombre constata fenómenos acústicos cuya naturaleza y procedencia no podría determinar. Y he tenido miedo de todo lo que me rodea, miedo del aire, miedo de la oscuridad. Desde el momento en que no podemos conocer casi nada, y desde el momento en que todo es ilimitado, ¿qué es el resto? ¿No es el vacío? ¿Qué hay en el vacío aparente?

Y ese terror confuso de lo sobrenatural que acosa al hombre desde el nacimiento del mundo es legítimo, porque lo sobrenatural no es otra cosa que lo que permanece velado para nosotros.

Entonces he comprendido el espanto. Me ha parecido que rozaba constantemente el descubrimiento de un secreto del universo.

He intentado aguzar mis órganos, excitarlos, hacerles percibir por momentos lo invisible.

Me he dicho: «Todo es un ser. El grito que pasa en el aire es un ser comparable a la bestia, puesto que nace, produce un movimiento y se transforma incluso para morir. Por lo tanto, el espíritu pusilánime que cree en seres incorpóreos no se equivoca. ¿Quiénes son?»

¡Cuántos hombres los presienten, se estremecen cuando se acercan, tiemblan con su imperceptible contacto! Uno los siente a su lado, alrededor, pero es imposible distinguirlos, porque no tenemos los ojos que los verían, o mejor dicho el órgano desconocido que podría descubrirlos.

Así pues, sentía en mí, más que nadie, a esos transeúntes sobrenaturales. ¿Seres o misterios? ¿Lo sé acaso? No podría decir lo que son, pero siempre podría señalar su presencia. Y he visto —he visto un ser invisible— hasta donde puede verse a esos seres.

Permanecía noches enteras inmóvil, sentado ante mi mesa, con la cabeza entre las manos y pensando en esto, pensando en ellos. De pronto creí que una mano intangible, o más bien un cuerpo inasequible, rozaba ligeramente mi pelo. No me tocaba, por no ser de esencia carnal, sino de esencia imponderable, incognoscible.

Pero una noche oí crujir el entarimado a mis espaldas. Crujió de un modo singular. Me estremecí. Me volví. No vi nada. Y no volví a pensar en ello.

Pero al día siguiente, a la misma hora, se produjo el mismo ruido. Tuve tanto miedo que me levanté, seguro, completamente seguro de que no estaba solo en mi cuarto. No se veía nada, sin embargo. El aire estaba límpido y transparente en todas partes. Mis dos lámparas iluminaban todos los rincones.

El ruido no se repitió y fui calmándome poco a poco; sin embargo, permanecía inquieto y me volvía a menudo.

Al día siguiente me encerré a hora temprana, buscando la forma en que podría conseguir ver lo Invisible que me visitaba.

Y lo vi. Estuve a punto de morir de terror.

Había encendido todas las bujías de mi chimenea y de mi lustro. La habitación estaba iluminada como para una fiesta. Sobre la mesa ardían mis dos lámparas.

Frente a mí, la cama, una vieja cama de roble con columnas. A la derecha, mi chimenea. A la izquierda, la puerta, con el cerrojo echado. A mi espalda, un grandísimo armario de luna. Me miré en él. Tenía unos ojos extraños y las pupilas muy dilatadas.

Luego me senté como todos los días.

La víspera y la antevíspera el ruido se había producido a las nueve y veintidós minutos. Esperé. Cuando llegó el momento preciso, percibí una sensación indescriptible, como si un fluido, un fluido irresistible, hubiera penetrado en mí por todas las parcelas de mi carne, sumiendo mi alma en un espanto atroz. Y se produjo el crujido, justo a mi lado.

Me incorporé volviéndome tan deprisa que estuve a punto de caerme. Se veía como en pleno día, ¡pero yo no me vi en el espejo! Estaba vacío, claro, lleno de luz. Yo no estaba dentro, y sin embargo me hallaba enfrente. Lo miré con ojos enloquecidos. No me atrevía a avanzar hacia él, sintiendo que entre nosotros se interponía él, lo Invisible, y que me tapaba.

¡Qué miedo pasé! Y he aquí que empecé a verlo envuelto en bruma en el fondo del espejo, en una bruma como a través del agua; y me parecía que aquella agua fluía de izquierda a derecha, lentamente, volviéndome más preciso segundo a segundo. Era como el final de un eclipse. Lo que me tapaba no tenía contornos, sino una especie de transparencia opaca que iba aclarándose poco a poco.

Y finalmente pude verme con claridad, como hago todos los días cuando me miro.

¡Lo había visto!

Y no he vuelto a verlo.

Pero lo espero sin cesar, y siento que mi cabeza se extravía en esa espera.

Permanezco horas, noches, días y semanas delante del espejo esperándolo. ¡Ya no viene!

Ha comprendido que yo lo había visto. Mas yo sé que lo esperaré siempre, hasta la muerte, que lo esperaré sin descanso, delante de ese espejo, como un cazador al acecho.

Y en ese espejo empiezo a ver imágenes locas, monstruos, cadáveres horribles, toda clase de bestias espantosas, de seres atroces, todas las visiones inverosímiles que deben acosar la mente de los locos.

Ésta es mi confesión, querido doctor. Dígame qué debo hacer.

Por copia
Maufrigneuse

Se acabó[236]

El conde de Lormerin acababa de vestirse. Echó una última mirada al enorme espejo que cubría todo un panel de su gabinete de aseo y sonrió.

Realmente todavía era un hombre apuesto, aunque ya de pelo gris. Alto, esbelto, elegante, sin tripa, de cara enjuta, con un fino bigote de dudoso matiz que podía pasar por rubio, poseía el porte, la nobleza, la distinción, ese *chic* en fin, ese no sé qué que establece entre dos hombres más diferencia que los millones.

Murmuró:

«¡Todavía está usted vivo, Lormerin!»

Y pasó al salón, donde lo esperaba su correo.

Sobre la mesa, donde cada cosa tenía su sitio, mesa de trabajo del señor que no trabaja nunca, una decena de cartas aguardaban al lado de tres periódicos de ideas diferentes. Con un solo golpe de dedo desplegó todas aquellas cartas como un jugador que da a escoger un naipe; y miró los rasgos de la escritura, cosa que hacía cada mañana antes de abrir los sobres.

Era para él un delicioso momento de espera, de adivinación y de vaga angustia. ¿Qué le traían aquellos papeles cerrados y misteriosos? ¿Qué placer, qué felicidad, qué pena contenían? Las abarcaba con su rápida mirada, reconociendo la letra, escogiéndolas, haciendo dos o tres lotes, según lo que de ellas esperara. Aquí, los amigos; allá, los indiferentes; más lejos, los desconocidos. Los desconocidos siempre le alteraban un poco. ¿Qué querían? ¿Qué mano había trazado aquellos caracteres extraños, llenos de pensamientos, de promesas o de amenazas?

Ese día, una carta llamó sobre todo su atención. Sin embargo era sencilla, sin nada revelador; pero la miró inquieto, con una especie de encogimiento en el corazón. Pensó: «¿De quién puede ser? Conozco, desde luego, esa letra, y no la reconozco.»

La levantó a la altura de la cara, sujetándola delicadamente entre dos dedos, tratando de leer a través del sobre sin decidirse a abrirlo.

Luego la olió, cogió de la mesa una pequeña lupa que andaba rodando por allí para estudiar todos los detalles de los caracteres. Empezaba a invadirle cierto nerviosismo. «¿De quién es? Esta letra me resulta familiar, muy familiar. Debo de haber leído a menudo su prosa, sí, muy a menudo. Pero debió de ser hace mucho, mucho tiempo. ¿De quién diablos podrá ser? ¡Basta! Alguna petición de dinero.»

Y rasgó el sobre; luego leyó:

«Mi querido amigo, sin duda me habrá usted olvidado, porque hace veinticinco años que no nos vemos. Yo era joven, soy vieja. Cuando le dije adiós, abandonaba París para seguir a provincias a mi marido, a mi viejo marido al que usted llamaba "mi hospital". ¿Se acuerda? Murió hace cinco años; y ahora vuelvo a París para casar a mi hija, porque tengo una hija, una hermosa hija de dieciocho años a la que usted nunca ha visto. Le anuncié su puesta de largo, pero lo cierto es que no prestó usted gran atención a un hecho tan nimio.

»Usted sigue siendo el apuesto Lormerin; me lo han dicho. Pues bien, si todavía recuerda a la pequeña Lise, a la que usted llamaba Lison, venga a cenar esta noche con ella, con la vieja baronesa de Vanee, su siempre fiel amiga, que le tiende, un poco emocionada, y también contenta, una mano fiel que hay que estrechar y ya no besar, mi pobre Jaquelet.

Lise de Vanee.»

El corazón de Lormerin había empezado a palpitar. Seguía hundido en el sillón, con la carta sobre las rodillas y la mirada fija delante de sí, crispado por una emoción punzante que hacía asomar lágrimas a sus ojos.

Si había amado a una mujer en su vida, era aquélla, la pequeña Lise, Lise de Vance, a la que llamaba Flor de Ceniza por el color extraño de su pelo y el gris pálido de sus ojos. ¡Oh!, qué dulce y bonita y encantadora criatura era aquella frágil baronesa, esposa de aquel viejo barón gotoso y lleno de granos que repentinamente se la había llevado a provincias, que la había encerrado, secuestrado por celos, por celos del apuesto Lormerin.

Sí, la había amado, y también había sido muy amado por ella, eso creía. Lo llamaba familiarmente Jaquelet, y decía esta palabra de una manera exquisita.

Mil recuerdos borrados renacían lejanos y dulces, y ahora tristes. Una tarde, ella había entrado en su casa al salir de un baile y juntos habían dado una vuelta por el Bois de Boulogne: ella descotada, él en batín. Era primavera: hacía un tiempo suave. El perfume de su blusa embalsamaba el

aire tibio, el perfume de su blusa y también un poco, el de su piel. ¡Qué noche divina! Al llegar junto al lago, como la luna se hundía en el agua a través de las ramas, ella se había echado a llorar. Algo sorprendido, él preguntó por qué.

Ella respondió:

«No lo sé: es la luna y el agua, que me enternecen. Siempre que veo cosas poéticas se me encoge el corazón y lloro.»

También emocionado, él había sonreído, pareciéndole tonta y encantadora aquella emoción ingenua de mujer, de pobre mujercita en la que causan estragos las sensaciones. Y la había besado apasionadamente, tartamudeando:

«Mi pequeña Louise, eres exquisita.»

¡Qué amor delicioso, delicado y breve había sido, y también qué pronto acabado, cortado en seco, en pleno ardor, por aquel estúpido barón que se había llevado a su mujer y que, desde entonces, no se la había mostrado nunca a nadie!

Lormerin, por supuesto, la había olvidado al cabo de dos o tres semanas. ¡Una mujer hace olvidar a otra tan deprisa en París cuando uno es joven! Sin embargo, de aquélla había guardado una pequeña capilla en su corazón, ¡porque, amar, sólo la había amado a ella! Ahora se daba cuenta.

Se levantó y dijo en voz alta: «Claro que iré a cenar esta noche.» Y, por instinto, volvió ante su espejo para mirarse de arriba abajo. Pensaba: «Debe de haber envejecido horriblemente, más que yo.» Y en el fondo estaba satisfecho de mostrarse ante ella todavía guapo, todavía joven, de sorprenderla, tal vez de enternecerla, de hacerle echar de menos aquellos días pasados, ¡tan lejos ya, tan lejos!

Volvió a sus otras cartas. Carecían de importancia.

Todo el día pensó en aquella aparecida. ¿Cómo era? ¡Qué raro encontrarse así después de veinticinco años! ¿La reconocería siquiera?

Se arregló con coquetería de mujer, se puso un chaleco blanco, que iba mejor con el frac que el chaleco negro, hizo venir al peluquero para que le rizase, porque había conservado su pelo, y salió temprano para mostrar solicitud.

Lo primero que vio al entrar en un delicioso salón recientemente amueblado fue su propio retrato, una antigua fotografía descolorida, que databa de sus días triunfantes, colgada de la pared en un coqueto marco de seda antigua.

Se sentó y esperó. Por fin se abrió una puerta a su espalda; se levantó bruscamente y, volviéndose, vio a una anciana dama de cabellos blancos que

le tendías las dos manos.

Las cogió, las besó, una tras otra, largo rato; luego, alzando la cabeza, miró a su amiga.

Sí, era una vieja dama, una vieja dama desconocida que tenía ganas de llorar y que sin embargo sonreía.

No pudo dejar de murmurar:

«¿Es usted, Lise?»

Ella respondió:

«Sí, soy yo, soy yo… Usted no me habría reconocido, ¿verdad? He sufrido tanto… tanto… El dolor ha quemado mi vida… Y aquí estoy… Míreme… o, mejor no…, no me mire… Pero usted, qué apuesto sigue siendo… y joven… Yo, si por casualidad lo hubiera encontrado en la calle, habría gritado al punto: "¡Jaquelet!" Bueno, siéntese, primero vamos a hablar. Y luego llamaré a mi hija, mi gran hija. Ya verá cómo se me parece… o mejor, cómo me parezco a ella… no, no es eso lo que quiero decir: ¡es exactamente igual a la "yo" del pasado, ya verá! Pero he querido que primero estuviéramos solos. Tenía miedo a emocionarme un poco en el primer momento. Ahora, se acabó, eso ha pasado… Siéntese, amigo mío.»

Él se sentó a su lado cogiéndola de la mano; pero no sabía qué decirle; no conocía a aquella persona, tenía la impresión de no haberla visto nunca. ¿Qué había ido a hacer en aquella casa? ¿De qué podrían hablar? ¿Del pasado? ¿Qué había de común en ese pasado entre ella y él? Ya no se acordaba de nada ante aquella cara de abuela. Ya no se acordaba de todas aquellas cosas galantes y dulces, y tiernas, y punzantes que habían asaltado su corazón hacía poco, cuando pensaba en la otra, en la pequeña Lise, en la encantadora Flor de Ceniza. ¿Qué había sido de ella? ¿De la antigua, de la amada? ¿De la del sueño lejano, la rubia de ojos grises, la joven que decía con tanta gracia: Jaquelet?

Permanecían uno al lado del otro, inmóviles, molestos los dos, turbados, invadidos por un profundo malestar.

Como sólo pronunciaban frases triviales, entrecortadas y lentas, ella se levantó y apretó el botón del timbre.

«Llamo a Renée», dijo.

Se oyó el ruido de una puerta, luego el rumor de una falda; a continuación, una voz joven gritó:

«¡Ya voy, mamá!»

Lormerin quedó espantado como ante una aparición. Balbució:

«Buenas noches, señorita…»

Luego, volviéndose hacia la madre:

«¡Oh!, ¡es usted!…»

Era ella, en efecto, la del pasado, la Lise desaparecida y encontrada. Volvía a hallarla tal como se la habían quitado veinticinco años antes. Ésta era más joven incluso, más fresca, más niña.

Tenía unas ganas locas de abrir los brazos, de estrecharla de nuevo murmurándole al oído:

«¡Buenas noches, Lison!»

Un criado anunció:

«¡La señora está servida!»

Y pasaron al comedor.

¿Qué ocurrió durante aquella cena? ¿Qué le dijeron, y qué pudo responder? Había entrado en uno de esos sueños extraños rayanos en la locura. Miraba a aquellas dos mujeres con una idea fija en la cabeza, una idea enferma de demente:

«¿Cuál es la de verdad?»

La madre sonreía repitiendo una y otra vez:

«¿Se acuerda?»

Y era en la mirada clara de la muchacha donde él recobraba sus recuerdos. Veinte veces abrió la boca para decirle: «¿Se acuerda, Lison?…», olvidándose de aquella dama de cabellos blancos que le miraba con ternura.

Y sin embargo, por momentos, dudaba, perdía la razón; se daba cuenta de que la de hoy no era completamente parecida a la del pasado. La otra, la antigua, tenía en la voz, en la mirada, en todo su ser algo que ahora no encontraba. Y hacía prodigiosos esfuerzos para acordarse de su amiga, para captar de nuevo lo que se le escapaba de ella, lo que no poseía esta resucitada.

La baronesa decía:

«Pobre amigo mío, ha perdido usted su entusiasmo.»

Él murmuraba:

«¡Hay muchas otras cosas que he perdido!»

Pero en su corazón agitado sentía renacer su antiguo amor, como un animal despierto que lo hubiera mordido.

La joven parloteaba, y a veces unas entonaciones recobradas, palabras familiares en su madre y que ella imitaba, toda una manera de hablar y de pensar, ese parecido de alma y de actitud que se logra viviendo juntos, sacudían a Lormerin de la cabeza a los pies. Todo aquello iba entrando en él, hacía llaga en su pasión, que había vuelto a abrirse.

Se marchó temprano y dio una vuelta por el bulevar. Pero la imagen de aquella joven lo seguía, lo atormentaba, precipitaba su corazón, producía fiebre en su sangre. Lejos de las dos mujeres, ya sólo veía a una, una joven, la antigua, que había reaparecido, y la amaba como la había amado en el pasado. La amaba con más ardor, tras aquellos veinticinco años de interrupción.

Volvió, pues, a su casa para reflexionar en aquella cosa extraña y terrible, y para pensar en lo que haría.

Pero cuando pasaba con una vela en la mano delante de su espejo, delante de su enorme espejo donde se había contemplado y admirado antes de ir a la cena, vio en él a un hombre maduro de cabellos grises; y de pronto recordó cómo era él en el pasado, en la época de la pequeña Lise; volvió a verse, encantador y joven, tal como había sido amado. Entonces, aproximando la vela, se miró de cerca, inspeccionando las arrugas, comprobando los horribles estragos que aún no había visto nunca.

Y se sentó, abatido, frente a sí mismo, frente a su lamentable imagen, murmurando: «¡Se acabó, Lormerin!»

Un loco[237]

Murió el presidente de un alto tribunal, magistrado íntegro cuya irreprochable vida se citaba en todos los tribunales de Francia. Abogados, jóvenes consejeros y jueces saludaban con una gran reverencia, en señal de profundo respeto, su alta Figura blanca y enjuta que iluminaban dos ojos brillantes y profundos.

Se había pasado la vida persiguiendo el crimen y protegiendo a los débiles. Los estafadores y los asesinos no tenían enemigo más temible, porque parecía leer, en el fondo de sus almas, sus pensamientos secretos y desentrañar, de una sola mirada, todos los misterios de sus intenciones.

Así pues, había muerto a la edad de ochenta y dos años, rodeado de homenajes y perseguido por las lamentaciones de todo un pueblo. Soldados de pantalones rojos lo habían escoltado hasta la tumba, y hombres de corbata blanca habían derramado sobre su ataúd palabras desoladas y lágrimas que parecían verdaderas.

Pero he aquí el extraño documento que el notario, atónito, descubrió en el escritorio donde solía guardar los sumarios de los grandes criminales.

Llevaba por título:

¿POR QUÉ?

20 de junio de 1851. —Acabo de salir de la sesión. ¡He hecho condenar a muerte a Blondel! ¿Por qué mató ese hombre a sus cinco hijos? ¿Por qué? A menudo topamos con gentes para quienes es una voluptuosidad destruir la vida. Sí, sí, debe de ser una voluptuosidad, la mayor de todas tal vez; porque, ¿no es matar lo más parecido a crear? ¡Hacer y destruir! Esas dos palabras encierran la historia del universo, toda la historia de los mundos, todo lo que existe, ¡todo! ¿Por qué es embriagador matar?

25 de junio. — Pensar que ahí hay un ser que vive, que camina, que corre… ¿Un ser? ¿Qué es un ser? Esa cosa animada, que lleva en sí el principio del movimiento y una voluntad para regular ese movimiento. Y esa cosa no está sujeta a nada. Sus pies no comunican con el suelo. Es una semilla de vida que se agita sobre la tierra; y esa semilla, llegada de no sé dónde, puede destruirse como se quiera. O sea que nada, nada de nada. Se pudre, se acabó.

26 de junio. —¿Por qué, pues, es un crimen matar? Sí, ¿por qué? Por el contrario, es la ley de la naturaleza. Todos los seres tienen por misión matar: matan para vivir y matan para matar. Matar está en nuestro temperamento; ¡hay que matar! La bestia mata sin cesar, todo el día, en todo momento de su existencia. El hombre mata sin cesar para alimentarse, pero como también tiene necesidad de matar, por voluptuosidad inventó la caza. El niño mata los insectos que encuentra, los pajarillos, todos los pequeños animales que caen bajo su mano. Mas eso no colma la irresistible necesidad de matanza que hay en nosotros. No es suficiente matar a la bestia; también tenemos necesidad de matar al hombre. Antiguamente, se satisfacía esa necesidad mediante sacrificios humanos. Hoy, la necesidad de vivir en sociedad ha hecho del asesinato un crimen. ¡Se condena y se castiga al asesino! Pero como no podemos vivir sin entregarnos a ese instinto natural e imperioso de muerte, nos aliviamos de cuando en cuando con guerras en las que un pueblo entero degüella a otro pueblo. Entonces se produce un desenfreno de sangre, un desenfreno con el que enloquecen los ejércitos y con el que todavía se embriagan los burgueses, las mujeres y los niños que, por la noche y bajo la lámpara, leen el exaltado relato de las matanzas.

Podría suponerse que quienes están destinados a realizar esas carnicerías de hombres son despreciados. No. ¡Los colman de honores! Los visten con oro y ropas brillantes; llevan plumas en la cabeza, adornos sobre el pecho; y les dan cruces, recompensas, títulos de toda clase. Son orgullosos, respetados, amados por las mujeres y aclamados por la multitud únicamente porque tienen por misión verter la sangre humana. Arrastran por las calles sus instrumentos de muerte, que el transeúnte vestido de negro mira con envidia. ¡Porque matar es la gran ley puesta por la naturaleza en el corazón del ser! ¡No hay nada más bello ni más honorable que matar!

30 de junio. — Matar es la ley, porque la naturaleza ama la eterna juventud. Parece gritar en todos sus actos inconscientes: «¡Deprisa, deprisa,

deprisa!» Cuanto más destruye, más se renueva.

2 de julio. — El ser… ¿qué es el ser? Todo y nada. Por el pensamiento, es reflejo del mundo. Por la memoria y la ciencia, un compendio del mundo, cuya historia lleva en sí. Espejo de las cosas y espejo de los hechos, cada ser humano se convierte en un pequeño universo en el universo.

Pero viajad, ved cómo bullen las especies, ¡y entonces el hombre ya no es nada! ¡Nada de nada! Montad en barco, alejaos de la orilla cubierta de gentío, y pronto no distinguiréis otra cosa que la costa. El ser imperceptible desaparece, por pequeño, por lo insignificante que es. Cruzad Europa en un tren rápido, y mirad por la ventanilla. Hombres, hombres, siempre hombres, innumerables, desconocidos, que pululan en los campos, que pululan por las calles; labriegos estúpidos que apenas saben algo más que remover la tierra; mujeres repugnantes que apenas saben otra cosa que hacer la comida del macho y parir. Id a la India, id a China, y seguiréis viendo agitarse a millares de seres que nacen, viven y mueren sin dejar más huella que la hormiga aplastada en las carreteras. Id a los países de los negros, albergados en cabañas de barro; a los países de los árabes blancos, cobijados bajo una lona parda que flota al viento, y comprenderéis que el ser aislado, determinado, no es nada, nada. La especie lo es todo. ¿Qué es el ser, el ser cualquiera de una tribu errante del desierto? Y esas gentes, que son sabias, no se inquietan por la muerte. El hombre no vale nada entre ellos. Matan a su enemigo: es la guerra. Así se hacía antaño, de morada en morada, de provincia en provincia.

Sí, cruzad el mundo y ved pulular a los humanos innumerables y desconocidos. ¿Desconocidos? Ah, ésa es la clave del problema. Matar es un crimen porque hemos numerado a los seres. Cuando nacen, se los inscribe, se les da un nombre, se los bautiza. La ley se hace cargo de ellos. ¡Eso es! El ser que no está registrado no cuenta: matadlo en la landa o en el desierto, matadlo en el monte o en el llano, ¡qué más da! La naturaleza ama la muerte; ¡no castiga, ella no!

Lo que es sagrado, por ejemplo, es el registro civil. ¡Eso sí! Es él el que defiende al hombre. ¡El ser es sagrado porque está inscrito en el registro civil! Un respeto al registro civil, el Dios legal. ¡De rodillas!

El Estado puede matar, sí, porque tiene derecho a modificar el registro civil. Cuando ha hecho degollar a doscientos mil hombres en una guerra, los tacha de su registro civil, los suprime por mano de sus escribientes. Se acabó. En cambio nosotros, que no podemos cambiar los escritos de los ayuntamientos, debemos respetar la vida. Registro civil, gloriosa Divinidad

que reinas en los templos de las alcaldías, yo te saludo. ¡Tú eres más fuerte que la naturaleza! ¡Ja, ja!

3 de julio. — ¡Qué extraño y sabroso placer debe de ser matar, tener delante de uno al ser vivo y pensante; y hacer dentro un agujerito, nada más un agujerito, ver correr esa cosa roja que es la sangre, que hace la vida, y no tener delante de sí otra cosa que un montón de carne blanda, fría, inerte, vaciada de pensamiento!

5 de agosto. —Si yo, que he pasado mi existencia juzgando, condenando y matando mediante palabras pronunciadas, matando a guillotina a quienes habían matado a cuchillo, si yo, si… hiciese lo mismo que todos los asesinos a los que he condenado… si lo hiciese… ¿quién lo sabría?

10 de agosto. — ¿Quién lo sabría nunca? ¿Sospecharían de mí, de mí, sobre todo si escojo a un ser al que no tenga ningún interés en suprimir?

15 de agosto. — ¡La tentación! La tentación ha entrado en mí como un gusano que repta. Repta, avanza, se pasea por todo mi cuerpo, por mi espíritu, que ya sólo piensa en eso: en matar; en mis ojos, que sienten necesidad de derramar sangre, de ver morir; en mis oídos, donde constantemente ocurre algo desconocido, horrible, desgarrador y enloquecedor, como el último grito de un ser; en mis piernas, donde vibra el deseo de ir, de ir al lugar donde eso ha de ocurrir; en mis manos, que tiemblan por la necesidad de matar. ¡Qué agradable, raro y digno de un hombre libre, superior a los demás, dueño de su corazón y que busca sensaciones refinadas debe de ser!

22 de agosto. —No podía resistir más. He matado a un animalito, para ensayar, para empezar.

Jean, mi criado, tenía un jilguero en una jaula colgada en la ventana de la cocina. A él lo he mandado a un recado, y he cogido el pajarillo en mi mano, en mi mano donde sentía latir su corazón. Estaba caliente. He subido a mi cuarto. Cada cierto tiempo apretaba con más fuerza; su corazón latía más deprisa; era atroz y delicioso. He estado a punto de ahogarlo. Pero no habría visto la sangre.

Por eso he cogido unas tijeras, unas tijeras cortas de uñas, y le he cortado el cuello de tres tijeretazos, muy suavemente. Abría el pico, se debatía para escapar, pero yo lo tenía bien cogido, sí, lo tenía bien cogido: habría sujetado a un dogo rabioso; y he visto correr la sangre. ¡Qué hermosa, roja, brillante y

clara es la sangre! ¡Me han dado ganas de bebería! ¡He mojado en ella la punta de mi lengua! Es agradable. ¡Pero tenía tan poca el pobre pajarillo! No he tenido tiempo de gozar de esa visión como hubiera querido. Debe de ser magnífico ver sangrar a un toro.

Y luego he hecho como los asesinos, como los de verdad. He lavado las tijeras, me he lavado las manos, he tirado el agua y he llevado el cuerpo, el cadáver, al jardín para enterrarlo. Lo he sepultado bajo un fresal. Nunca lo encontrarán. Me comeré todos los días una fresa de esa planta. Realmente, ¡cómo se puede gozar de la vida cuando uno sabe hacerlo!

Mi criado ha llorado; cree que su pájaro se escapó. ¿Cómo iba a sospechar de mí? ¡Ja, ja!

25 de agosto. —Tengo que matar a un hombre. Tengo que hacerlo.

30 de agosto. —Ya lo he hecho. ¡Qué fácil es!

He ido a pasear por el bosque de Vernes. No pensaba en nada, no, en nada. De pronto aparece un niño en el camino, un niñito que estaba comiendo una rebanada de pan con mantequilla.

Se detiene para verme pasar y dice: «Buenos días, señor presidente».

Y se me mete la idea en la cabeza: «¿Y si lo matase?»

Contesto: «¿Estás solo, pequeño?»

—Sí, señó.

—¿Completamente solo en el bosque?

—Sí, señó.

Me embriagaba como el alcohol el deseo de matarle. Me he acercado muy despacio, temiendo que se me escapara. Pero lo agarro por el cuello… ¡Y aprieto, aprieto con todas mis fuerzas! Me ha mirado con unos ojos aterrados. ¡Qué ojos! ¡Desorbitados, profundos, límpidos, terribles! Nunca había sentido una emoción tan brutal… ¡pero qué breve! Se aferraba a mis muñecas con sus manitas, y su cuerpo se retorcía como una pluma en el fuego. Luego ha dejado de moverse.

Mi corazón palpitaba, ¡ah, el corazón del pájaro! He tirado el cuerpo a la cuneta, y luego hierba encima.

He vuelto a casa, he cenado bien. ¡Qué poca cosa! Por la noche, he estado muy contento, ligero, rejuvenecido, he pasado la velada en casa del prefecto. Me han encontrado ingenioso.

¡Pero no he visto sangre! Estoy tranquilo.

30 de agosto. — Han descubierto el cadáver. Buscan al asesino. ¡Ja, ja!

1 de septiembre. —Han detenido a dos vagabundos. Faltan las pruebas.

2 de septiembre. — Han venido a verme los padres. ¡Han llorado! ¡Ja, ja!

6 de octubre. —No han descubierto nada. Algún vagabundo errante habrá cometido el crimen. ¡Ja, ja! ¡Si hubiera visto correr la sangre, me parece que ahora estaría tranquilo!

18 de octubre. —Me recorre la médula el ansia de matar. Es comparable a los arrebatos amorosos que nos torturan a los veinte años.

20 de octubre. — Otro más. Después de almorzar, caminaba por la orilla del río. Y bajo un sauce vi un pescador dormido. Era mediodía. En un patatal cercano un azadón parecía plantado adrede.

Lo cogí y volví: lo levanté como una maza y de un solo golpe, con el filo, partí el cráneo del pescador. ¡Éste sí que sangró! ¡Sangre rosa, llena de sesos! Corría hacia el agua, muy despacio. Y me marché con paso grave. ¡Si me hubieran visto! ¡Ja, ja! ¡Qué excelente asesino habría sido!

25 de octubre. — El caso del pescador causa gran revuelo. Acusan del crimen a su sobrino, que solía pescar con él.

26 de octubre. —El juez de instrucción afirma que el sobrino es culpable. En la ciudad, todo el mundo lo cree. ¡Ja, ja!

27 de octubre. — El sobrino se defiende muy mal. Había ido al pueblo a comprar pan y queso, afirma. Jura que han matado al tío durante su ausencia. ¿Quién va a creerle?

28 de octubre. — El sobrino ha estado a punto de confesar, de tanto como lo han hecho enloquecer. ¡Ja, ja! ¡La justicia!

15 de noviembre. — Hay pruebas abrumadoras contra el sobrino, que debía heredar a su tío. Yo presidiré el tribunal.

25 de enero. — ¡A muerte! ¡A muerte! ¡A muerte! ¡He hecho que lo condenen a muerte! ¡Ja, ja! ¡El fiscal ha hablado como un ángel! ¡Ja, ja! Otro más. ¡Iré a verlo ejecutar!

18 de marzo. — Se acabó. Lo han guillotinado esta mañana. ¡Está bien muerto, muy bien muerto! ¡Me ha causado placer! ¡Qué hermoso ver cortar la cabeza de un hombre! ¡La sangre ha brotado como un chorro, como un chorro! De haber podido, hubiera querido bañarme en ella. ¡Qué embriaguez tumbarme debajo, recibirla en mi pelo y sobre mi rostro, y levantarme rojo, completamente rojo! ¡Ay, si supieran!

Ahora esperaré, puedo esperar. Se necesitaría tan poco para dejarme sorprender…

El manuscrito contenía muchas páginas más, pero sin referir ningún crimen nuevo.

Los médicos alienistas a quienes se les confió afirman que en el mundo hay muchos locos ignorados, tan precavidos y tan temibles como este monstruoso demente.

Imprudencia[238]

Antes de la boda se habían amado castamente, en las estrellas. Todo había empezado por un encuentro encantador en una playa del Océano. A él le había parecido deliciosa la joven rosada que pasaba, con sus sombrillas claras y sus vestidos frescos recortándose sobre el gran horizonte marino. La había amado, rubia y frágil, en aquel marco de olas azules y cielo inmenso. Y confundía la ternura que aquella mujer apenas desarrollada le inspiraba con la emoción vaga y poderosa que despertaba en su alma, en su corazón y en sus venas el aire vivo y salado, y el gran paisaje lleno de sol y de olas.

En cuanto a ella, lo había amado porque la cortejaba, porque era joven, bastante rico, amable y delicado. Lo había amado porque es natural en las jóvenes amar a los jóvenes que les dicen palabras tiernas.

Entonces, durante tres meses, habían vivido uno al lado del otro, mirándose a los ojos y cogidos de la mano. El «buenos días» que intercambiaban por la mañana, antes del baño, en el frescor del día nuevo, y el «adiós» de la noche, sobre la arena, bajo las estrellas, en la tibieza de la noche serena, murmurados en voz baja, muy baja, tenían ya un gusto a besos, aunque sus labios no se hubieran encontrado nunca.

Soñaban el uno con el otro nada más dormirse, pensaban el uno en el otro en cuanto se despertaban, y, sin decírselo todavía, se llamaban y se deseaban con toda su alma y con todo su cuerpo.

Después de la boda se habían adorado en la tierra. Porque al principio había sido una especie de furia sensual e infatigable; luego, una ternura exaltada hecha de poesía palpable, de caricias ya refinadas, de invenciones deliciosas y picaras. Todas sus mirada significaban algo impuro, y todos sus gestos les recordaban la cálida intimidad de las noches.

Ahora, sin confesárselo, acaso sin comprenderlo todavía, empezaban a estar cansados el uno del otro. Seguían queriéndose, sin embargo; pero ya no tenían nada que revelarse, nada que hacer que no hubieran hecho a menudo, nada que aprender el uno del otro, ni siquiera una palabra de amor nueva, un

impulso imprevisto, una entonación que hiciera más ardiente el verbo conocido, con tanta frecuencia pronunciado.

Se esforzaban sin embargo por reanimar la llama debilitada de los primeros abrazos. Cada día imaginaban tiernos engaños, ingenuas o complicadas chiquilladas, toda una serie de tentativas desesperadas por hacer renacer en sus corazones el inagotable ardor de los primeros días, y en sus venas la llama del mes nupcial.

De vez en cuando, a fuerza de fustigar su deseo, recuperaban una hora de enloquecimiento ficticio seguido al punto por una lasitud asqueada.

Habían probado los claros de luna, los paseos bajo las hojas en la suavidad de las noches, la poesía de las riberas bañadas de bruma, la excitación de las fiestas públicas.

Y una mañana, Henriette le dijo a Paul:

«¿Quieres llevarme a cenar al cabaret?

—Pues claro, querida.

—¿A un cabaret muy conocido?

—Desde luego.»

La miraba interrogándola con los ojos, viendo con toda claridad que estaba pensando en algo que no quería decir.

Ella prosiguió:

«Ya sabes, a un cabaret… ¿cómo explicarlo?… a un cabaret galante… ¿a un cabaret donde hay citas?»

Él sonrió:

«Sí. Comprendo, ¿a un reservado particular de un gran café?

—Eso es. Pero de un gran café donde te conozcan, donde ya hayas cenado… no… cenado… en fin, ya sabes… en fin… querría… no, ¿me atreveré alguna vez a decirlo?

—Dilo, querida; entre nosotros, ¿qué importa? No tenemos secretos.

—No, no me atrevo.

—Vamos, no te hagas la inocente. ¡Dilo!

—Pues bueno… pues bueno… quería… querría que me tomasen por tu amante… sí… y que los camareros, que no saben que estás casado, me miren como a tu amante, y tú también… que también tú me creas tu amante, durante una hora, en ese lugar del que debes de tener recuerdos… ¡Eso era!… Y yo misma me creeré que soy tu amante… Cometeré una falta grave… Te engañaré… contigo… ¡Eso es!… Una cosa muy fea… Pero querría… No me hagas ponerme colorada… Noto que me ruborizo… No te figuras cuánto me… me… turbaría cenar así contigo, en un lugar nada decente… en un

reservado particular donde se aman todas las noches… todas las noches… Es algo muy feo… Estoy colorada como un tomate. No me mires…»

Él se reía, muy divertido, y respondió:

«Sí, esta noche iremos a un lugar muy elegante donde me conocen.»

A eso de las siete subían la escalera de un gran café del bulevar; él sonriente, con aire de triunfo; ella tímida, envuelta en un velo, encantada. En cuanto hubieron entrado en un reservado amueblado con cuatro sillones y un ancho diván de terciopelo rojo, el *maître*, de frac, entró y presentó la carta. Paul se la tendió a su mujer.

«¿Qué quieres comer?

—Pero si no sé lo que suele comerse aquí.»

Entonces él leyó la letanía de platos mientras se quitaba el gabán, que puso en manos de un camarero. Luego dijo:

«Menú fuerte: sopa de cangrejos, pollo a la diabla, lomo de liebre, bogavante a la americana, ensalada de legumbres con muchas especias y postre.

—Beberemos champán.»

El *maître* sonreía mirando a la joven. Recogió la carta murmurando:

«¿El señor Paul va a querer tisana o champán[239]?

—Champán muy seco.»

A Henriette le hizo feliz oír que aquel hombre conocía el nombre de su marido.

Se sentaron uno al lado del otro, en el diván, y empezaron a cenar.

Diez velas los iluminaban, reflejadas en un gran espejo empañado por miles de nombres trazados con diamante y que lanzaban sobre el claro cristal una especie de inmensa tela de araña.

Henriette bebía sin parar para animarse, aunque ya se sintió aturdida con las primeras copas. Paul, excitado por los recuerdos, besaba en todo momento la mano de su mujer. Sus ojos brillaban.

Ella se sentía extrañamente emocionada por aquel lugar sospechoso, agitada, contenta, algo mancillada pero vibrante. Dos camareros graves, mudos, habituados a verlo todo y a olvidarlo todo, a entrar sólo en los instantes necesario y a salir en los minutos de expansión, iban y venían de prisa y suavemente.

Hacia la mitad de la cena, Henriette estaba borracha, completamente borracha, y Paul, achispado, le oprimía la rodilla con toda su fuerza. Ella hablaba ahora con todo atrevimiento, las mejillas rojas, la mirada viva y húmeda.

«¡Oh!, vamos, Paul, confiésate, ¿sabes?, quisiera saberlo todo.

—¿Qué, querida?

—No me atrevo a decírtelo.

—Venga, dilo…

—¿Has tenido amantes… muchas… antes de mí?»

Él vacilaba, algo perplejo, sin saber si debía ocultar sus aventuras galantes o jactarse de ellas.

Ella prosiguió:

«¡Oh!, te lo ruego, dime, ¿has tenido muchas?

—Algunas.

—¿Cuántas?

—No lo sé… ¿Se saben esas cosas?

—¿No las has contado?

—Claro que no.

—¡Oh!, entonces, ¿has tenido muchas?

—Pues sí.

—¿Cuántas poco más o menos… sólo poco más o menos?

—De veras que no lo sé, querida. Hubo años en que tuve muchas, y años en que tuve muchas menos.

—¿Cuántas al año, di?

—Unas veces veinte o treinta, otras cuatro o cinco únicamente.

—¡Oh!, eso hace más de cien mujeres en total.

—Sí, poco más o menos.

—¡Oh, qué repugnante!

—¿Por qué es repugnante?

—Pues porque es repugnante, cuando se piensa… en todas esas mujeres… desnudas… y siempre… siempre lo mismo… ¡Oh, qué repugnante de todos modos, más de cien mujeres!»

Le chocó que a ella eso le pareciese repugnante, y respondió con ese aire superior que adoptan los hombres para hacer comprender a las mujeres que están diciendo una tontería:

«¡Pues sí que tiene gracia, vamos! Si es repugnante tener cien mujeres, igual de repugnante es tener una.

—¡Oh, no! ¡En absoluto!

—¿Por qué no?

—Porque una mujer es una relación, es un amor que os une a ella, mientras que cien mujeres es la porquería, la indecencia. No comprendo cómo puede un hombre rozarse con todas esas jóvenes que son sucias…

—Pues no, son muy limpias.

—No se puede ser limpia haciendo el oficio que hacen.

—Al contrario, a causa de su oficio son limpias.

—¡Oh! ¡Quita allá! ¡Cuando se piensa que la víspera lo hacían con otro! ¡Es innoble!

—No más innoble que beber en esa copa donde ha bebido no sé quién esta mañana, y que se ha lavado menos, puedes estar segura, que…

—¡Oh!, calla, me das asco…

—Pero entonces ¿por qué me preguntas si he tenido amantes?

—Y dime, tus amantes, ¿eran todas putas?… ¿Las cien?

—Pues no, claro que no…

—¿Qué eran entonces?

—Pues actrices… obreritas… y algunas… mujeres de mundo…

—¿Cuántas mujeres de mundo?

—Seis.

—¿Sólo seis?

—Sí.

—¿Eran guapas?

—Claro.

—¿Más guapas que las putas?

—No.

—¿A quién preferías, a las putas o a las mujeres de mundo?

—A las putas.

—¡Oh!, mira que eres cerdo. ¿Y por qué?

—Porque no me gustan los talentos de aficionado.

—¡Oh, qué horror! ¿Sabes que eres abominable? Y dime, ¿te divertía eso de pasar así de una a otra?

—Claro que sí.

—¿Mucho?

—Mucho.

—¿Qué era lo que te divertía? ¿Que no se parecen?

—Claro que no.

—¡Ah!, las mujeres no se parecen.

—En absoluto.

—¿En nada?

—En nada.

—¿Qué gracioso? ¿Qué tienen de diferente?

—Pues todo.

—¿El cuerpo?
—Pues sí, el cuerpo.
—¿Todo el cuerpo?
—Todo el cuerpo.
—¿Y qué más?
—Pues la manera de… besar, de hablar, de decir las menores cosas.
—¡Ah! ¿Y es muy divertido cambiar?
—Pues claro.
—¿Y los hombres también son diferentes?
—Eso no lo sé.
—¿No lo sabes?
—No.
—Deben de ser diferentes.
—Sí… sin duda…»

Se quedó pensativa, con la copa de champán en la mano. Estaba llena, se la bebió de un trago; luego, dejándola sobre la mesa, echó los dos brazos al cuello de su marido, murmurándole en la boca:

«¡Oh!, amor mío, ¡cuánto te quiero!…»

Él la estrechó con un abrazo apasionado… Un camarero que entraba retrocedió cerrando la puerta; y el servicio quedó interrumpido durante cinco minutos más o menos.

Cuando el *maître* reapareció, con aire grave y digno, trayendo las frutas del postre, ella tenía de nuevo una copa llena entre los dedos, y, mirando el fondo del líquido amarillo y transparente, como para ver en él cosas desconocidas e imaginadas, murmuraba con voz soñadora:

«¡Oh! ¡Sí! ¡Debe de ser muy divertido de todos modos!»

Las becadas[240]

Mi querida amiga, me pregunta usted por qué no vuelvo a París; se sorprende, y casi se enfada. La razón que he de darle va a indignarla sin ninguna duda: ¿vuelve a París un cazador en el momento del paso de las becadas?

Cierto, comprendo y amo bastante esa vida de ciudad que va de la habitación a la acera; pero prefiero la vida libre, la ruda vida de otoño del cazador.

En París me parece que nunca estoy fuera de casa; porque las calles no son, en resumidas cuentas, más que grandes pisos comunes y sin techo. ¿Se está al aire entre dos paredes, con los pies sobre suelos de madera o de piedra, y la mirada limitada por todas partes por edificios, sin ningún horizonte de verdor, llanuras o bosques? Millares de vecinos se codean con nosotros, nos empujan, nos saludan y nos hablan; y el hecho de recibir agua sobre un paraguas cuando llueve no basta para darme la impresión, la sensación del espacio.

Aquí percibo con toda claridad, y deliciosamente, la diferencia entre lo interior y lo exterior… Mas no es de esto de lo que quiero hablarle…

Así pues, las becadas pasan.

Tengo que decirle que vivo en una gran casa normanda, en un valle, junto a un pequeño río, y que cazo casi todos los días.

Los demás días, leo; leo cosas que ni siquiera los hombres de París tienen tiempo de conocer, cosas muy serias, muy profundas, muy curiosas, escritas por un valiente sabio de talento, un extranjero que ha pasado toda su vida estudiando la misma cuestión y ha observado los mismos hechos relativos a la influencia del funcionamiento de nuestros órganos sobre nuestra inteligencia.

Pero quiero hablarle de las becadas. Mis dos amigos, los hermanos d'Orgemol y yo, permanecemos aquí durante la estación de caza esperando los primeros fríos. Luego, cuando hiela, nos vamos a su finca de Cannetot[241], cerca de Fécamp, porque hay allí un bosquecillo delicioso, un bosquecillo divino, donde van a alojarse todas las becadas que pasan.

Ya conoce usted a los d'Orgemol, esos dos gigantes, esos dos normandos de los primeros tiempos, esos dos machos de la antigua y poderosa raza de conquistadores que invadió Francia, conquistó y se quedó con Inglaterra, se asentó en todas las costas del viejo mundo, elevó ciudades por doquier, pasó como una ola sobre Sicilia creando un arte admirable, derrotó a todos los reyes, saqueó las ciudades más orgullosas, enredó a los papas en sus astucias de sacerdotes y los engañó, más ladina que esos pontífices italianos, y, sobre todo, dejó hijos en todas las camas de la tierra. Los d'Orgemol son dos normandos de la mejor raza, tienen todo de los normandos, la voz, el acento, el espíritu, el pelo rubio y los ojos color del mar.

Cuando estamos juntos hablamos el dialecto, vivimos, pensamos, actuamos como normandos, nos convertimos en normandos rurales, más campesinos que nuestros colonos.

Bien, hacía quince días que esperábamos a las becadas.

Todas las mañanas, el mayor, Simon, me decía: «Eh, el viento ya viene del este, helará. Dentro de dos días, pasarán.»

El menor, Gaspard, más preciso, esperaba a que la helada hubiese llegado para anunciarla.

Y el jueves pasado entró en mi cuarto al amanecer gritando:

«Ya está, la tierra está toda blanca. Dos días así y nos vamos a Cannetot.»

En efecto, dos días más tarde partíamos para Cannetot. Desde luego, usted se habría reído al vernos. Nos desplazamos en un extraño carruaje de caza que mi padre mandó construir tiempo atrás. Construir es la única palabra que puedo utilizar para hablar de ese monumento viajero, o, más bien, de ese terremoto rodante. Dentro hay de todo: cajas para las provisiones, cajas para las armas, cajas para las maletas, cajas con rejilla para los perros. En él todo queda resguardado, salvo los hombres, encaramados en banquetas de barandilla, altas como un tercer piso y llevadas por cuatro gigantescas ruedas. Se llega hasta ellas como se puede, sirviéndose de los pies, de las manos y en ocasiones de los dientes, porque ningún estribo da acceso a ese edificio.

Así pues, los dos d'Orgemol y yo escalamos esa montaña, con atuendos de lapones. Vamos vestidos con pieles de cordero; llevamos unas enormes medias de lana sobre los pantalones, y polainas sobre nuestras medias de lana; tenemos gorras de piel negra y guantes de piel blanca. Cuando nos hemos instalado, Jean, mi criado, nos echa nuestros tres pachones, *Pif*, *Paf* y *Moustache*. *Pif* pertenece a Simon, *Paf* a Gaspard, y *Moustache* es mío. Parecen tres cocodrilos con pelo. Son largos, cortos de talla, corvos, con las patas torcidas, y tan velludos que parecen matorrales amarillos. Apenas se ven

sus ojos negros bajo las cejas, ni sus blancos colmillos bajo sus barbas. Nunca los encerramos en las perreras rodantes del carruaje. Cada cual conserva el suyo junto a los pies para tener calor.

Y ya estamos en marcha, sacudidos de una manera abominable. Helaba, helaba mucho. Estábamos contentos. Llegábamos hacia las cinco. El colono, maese Picot, nos esperaba ante la puerta. También es un buen mozo, no muy alto, pero rechoncho, robusto, vigoroso como un dogo, astuto como un zorro, siempre sonriente, siempre contento, que sabe sacar dinero de todo.

El momento de las becadas es para él una gran fiesta.

La granja es amplia, un viejo edificio en un patio de manzanos, rodeado por cuatro hileras de hayas que todo el año batallan contra el viento marino.

Entramos en la cocina, donde arde un buen fuego en nuestro honor.

Nuestra mesa está servida justo al lado de la alta chimenea donde da vueltas y cuece, ante la clara llama, un gordo capón cuyo jugo cae a un plato de barro.

Nos saluda entonces la mujer de Picot, una mujer alta, muda, muy educada, completamente entregada a los cuidados de la casa, con la cabeza llena de negocios y de cifras, del precio de los granos, de las aves, de los corderos, de los bueyes. Es una mujer de orden, formal y severa, conocida en los alrededores por su valía.

En el fondo de la cocina se extiende la gran mesa a la que dentro de un rato irán a sentarse criados de todo tipo: carreteros, labradores, gañanes, mozas, pastores; y toda esta gente comerá en silencio bajo la vigilancia activa del ama, mirándonos comer en compañía de maese Picot, que nos hará reír con sus bromas. Luego, cuando todo su personal se haya hartado, la señora Picot comerá sola, rápida y frugalmente, en un rincón de la mesa, vigilando a la criada.

En los días ordinarios ella come con todos sus criados.

Los d’Orgemol y yo, los tres, nos acostamos en una habitación blanca, completamente desnuda, pintada a la cal, y que sólo contiene nuestras tres camas, tres sillas y tres palanganas.

Gaspard es siempre el primero en despertarse, y toca una diana estrepitosa. En media hora todo el mundo está preparado y partimos acompañados por maese Picot, que caza con nosotros.

Maese Picot me prefiere a sus amos. ¿Por qué? Sin duda porque no soy su amo. Así pues, los dos nos adentramos en el bosque por la derecha, mientras los dos hermanos van a atacar por la izquierda. Simon dirige a los tres perros, a los que lleva atados de una correa.

Porque no cazamos la becada, sino el conejo. Estamos convencidos de que a la becada no hay que buscarla, sino encontrarla. Se topa uno con ella y se la mata, sin más. Cuando se la quiere encontrar, nunca se la pilla. Es realmente algo bello y curioso oír en el aire fresco de la mañana la detonación breve de la escopeta, y luego a la voz formidable de Gaspard llenar el horizonte y chillar: «Becada. — Ya cayó.»

Yo soy más astuto. Cuando he matado una becada, grito: «¡Conejo!» Y gozo hasta el exceso cuando sacamos las piezas cobradas del morral, en el almuerzo de mediodía.

Así pues, aquí estamos maese Picot y yo en el bosquecillo, cuyas hojas caen con murmullo suave y continuo, un murmullo seco, algo triste, están muertas. Hace frío, un frío ligero que pica en los ojos, la nariz y las orejas, y que ha espolvoreado una fina espuma blanca sobre la punta de las hierbas y la tierra parda labrada. Pero, bajo la gruesa piel de cordero, los miembros se mantienen calientes. El sol es alegre en el aire azul, apenas calienta, pero es alegre. Da gusto cazar en el bosque durante las frescas mañanas invernales.

Un perro lanza en el otro lado un ladrido agudo. Es *Pif*. Conozco su voz débil. Después, nada. Y luego otro ladrido, y otro más; y a *Paf* le toca ladrar ahora. ¿Y qué hace *Moustache*? ¡Ah, pía como un pollo al que estrangulan! Han levantado un conejo. ¡Atención, maese Picot!

Se alejan, se acercan, vuelven a apartarse, luego regresan; seguimos sus idas imprevistas, corriendo por los senderos, con la cabeza alerta y el dedo en el gatillo de la escopeta.

Suben hacia el llano, y nosotros subimos también. De pronto, una mancha gris, una sombra, cruza el sendero. Apunto y disparo. El ligero humo se esfuma en el aire azul; y en la hierba veo un puñado de pelo blanco que se mueve. Entonces chillo con todas mis fuerzas: «Conejo, conejo. ¡Ha caído!» Y se lo muestro a los tres perros, a los tres cocodrilos velludos que me felicitan moviendo la cola; luego se van a buscar otro.

Maese Picot me había alcanzado. *Moustache* se puso a gañir. El colono dijo: «Bien podría ser una liebre, vamos al borde del llano.»

Pero en el momento en que salía del bosque vi, de pie, a diez pasos, envuelto en su inmensa capa amarilla, tocado con un gorro de lana, y haciendo calceta, como hacen los pastores en nuestra tierra, al pastor de maese Picot, Gargan el mudo. Le dije, según la costumbre: «Buenos días, pastor.» Y él levantó la mano para saludarme, aunque no me hubiera oído; pero había visto el movimiento de mis labios.

Conocía a este pastor desde hacía quince años. Desde hacía quince años lo veía todos los otoños, de pie en las lindes o en el centro de un campo, con el cuerpo inmóvil mientras sus manos hacían calceta. Su rebaño lo seguía como una jauría, parecía obedecer a sus ojos.

Maese Picot me apretó el brazo:

«¿Sabe que el pastor mató a su mujer?»

Me quedé estupefacto: «¿Gargan? ¿El sordomudo?

«Sí, este invierno, y lo han juzgado en Ruán. Voy a contárselo.»

Y me arrastró hacia el monte bajo, porque el pastor sabía captar las palabras en la boca de su amo como si las hubiera oído. Sólo le entendía a él; pero, a su lado, dejaba de ser sordo; y el amo, a cambio, adivinaba como un brujo todas las intenciones de la pantomima del mudo, todos los gestos de sus dedos, los pliegues de sus mejillas y los reflejos de sus ojos.

Ésta era su sencilla historia, suceso sombrío, como a veces ocurre en los campos.

Gargan era hijo de un hombre que trabajaba la marga, uno de esos hombres que descienden a los margales para extraer esa especie de piedra blanda y blanca que se deshace fácilmente, y que se esparce por las tierras. Sordomudo de nacimiento, le habían enseñado a guardar las vacas a lo largo de las cunetas de los caminos.

Recogido luego por el padre de Picot, se había convertido en pastor de la granja. Era un pastor excelente, servicial, probo, que sabía recolocar los miembros dislocados, aunque nadie le hubiera enseñado nunca nada.

Cuando Picot se hizo cargo de la granja, Gargan tenía treinta años y parecía tener cuarenta. Era alto, ñaco y barbudo, barbudo como un patriarca.

Y hacia esa época, una buena mujer de la región, y pobre, la Martel, murió dejando una chiquilla de quince años, a la que llamaban la Gota debido a su inmoderado amor por el aguardiente.

Picot recogió a aquella andrajosa y la encargó de las tareas menudas, alimentándola sin pagarle a cambio de su trabajo. Dormía bajo el granero, en el establo o en la cuadra, sobre la paja o sobre el estiércol, en alguna parte, no importa dónde porque no se da una cama a esos desharrapados. Así pues, se acostaba en cualquier parte, con cualquiera, quizá con el carretero o el gañán. Pero ocurrió que, enseguida, se dedicó al sordo y se juntó con él de forma continua. ¿Cómo se unieron esas dos miserias? ¿Cómo se comprendieron? ¿Había conocido él alguna mujer antes de aquella vagabunda de graneros, él, que nunca había hablado con nadie? ¿Había ido ella a buscarlo a su choza

rodante y a seducirlo, Eva de cuneta, a la orilla de un camino? No se sabe. Sólo se supo un día que vivían juntos, como marido y mujer.

Nadie se extrañó. Y a Picot ese ayuntamiento le pareció natural incluso.

Pero cuando el cura se enteró de aquella unión sin misa se enfadó. Hizo reproches a la señora Picot, inquietó su conciencia, la amenazó con castigos misteriosos. ¿Qué hacer? Era muy sencillo. Había que casarlos en la iglesia y en la alcaldía. Ninguno de los dos tenía nada: él, unos calzones enteros; ella, ni una falda que no estuviera remendada. Por lo tanto, nada se oponía a que la ley y la religión quedaran satisfechos. Los casaron en una hora, delante del alcalde y del cura, y se creyó que todo se había resuelto del mejor modo posible.

Pero resulta que, en la región, no tardó en convertirse en un juego (perdón por esta vil expresión) ponerle los cuernos al pobre Gargan. Antes de que se casase, nadie pensaba en acostarse con la Gota; y ahora todos querían su vez, más que nada por reírse. Todo el mundo lo hacía a espaldas del marido por una copita. La aventura tuvo tanto eco en los alrededores que vinieron señores de Goderville[242] para verlo.

Por media botella, la Gota les ofrecía el espectáculo con cualquiera, en una cuneta, detrás de un muro, mientras se divisaba la silueta inmóvil de Gargan haciendo calceta a cien pasos y seguido por el rebaño que balaba. Y se reían como locos en todos los cafés de la comarca; sólo se hablaba de eso por la noche, ante el fuego; la gente se paraba en los caminos preguntándose; «¿Has pagado la gota a la Gota?» Todos sabían lo que eso quería decir.

El pastor no parecía ver nada. Pero resulta que un día el mozo Poirot, de Sasseville, llamó por señas a la mujer de Gargan detrás de un almiar enseñándole una botella llena. La joven comprendió y acudió riendo; pero, nada más entregarse a su criminal tarea, el pastor cayó sobre ellos como si hubiera salido de una nube. Poirot huyó, a la pata coja, con los calzones por los talones, mientras el mudo, con alaridos de animal, apretaba el cuello de su mujer.

Acudió la gente que estaba trabajando en el llano. Era demasiado tarde: la mujer tenía la lengua negra, los ojos fuera de sus órbitas, y por su nariz corría la sangre. Estaba muerta.

El pastor fue juzgado por el tribunal de Ruán. Como era mudo, Picot le hacía de intérprete. Los detalles del caso divirtieron mucho al auditorio. Pero el colono sólo tenía una idea: conseguir liberar a su pastor, y hacerlo de forma astuta.

Contó en primer lugar toda la historia del sordo y la de su matrimonio; luego, cuando llegó al crimen, él mismo interrogó al asesino.

Toda la concurrencia estaba en silencio.

Picot pronunciaba con lentitud: «¿Sabías que te engañaba?» Y, al mismo tiempo, remedaba su pregunta con los ojos.

El otro hizo «no» con la cabeza.

«¿Estabas acostado en el almiar cuando la sorprendiste?» Y hacía el gesto de un hombre que ve algo repugnante.

El otro hizo «sí» con la cabeza.

Entonces el colono, imitando los signos del alcalde que casa, y del sacerdote que une en nombre de Dios, preguntó a su sirviente si había matado a su mujer porque estaba unida a él ante los hombres y ante el cielo.

El pastor hizo «sí» con la cabeza.

Picot le dijo: «Entonces, muestra cómo ocurrió.»

A continuación el sordo remedó toda la escena. Mostró que estaba durmiendo en el almiar; que se había despertado al oír remover la paja, que había mirado muy despacio, y que había visto lo que ocurría.

Se incorporó entre los dos gendarmes, y bruscamente imitó el movimiento obsceno de la pareja criminal enlazada delante de él.

Una risa tumultuosa se alzó en la sala, que luego se detuvo en seco; porque el pastor, con los ojos azorados, moviendo su mandíbula y su gran barba como si hubiera mordido algo, con los brazos extendidos y la cabeza hacia delante, repetía la acción terrible del asesino que estrangula a un ser.

Y chillaba de una forma horrible, tan enloquecido de cólera que aún creía sujetarla, y los gendarmes se vieron obligados a cogerlo y a sentarlo por la fuerza para calmarlo.

Un gran estremecimiento de angustia corrió por la concurrencia. Entonces maese Picot, poniendo la mano sobre el hombro de su sirviente, se limitó a decir: «Este hombre tiene honor.»

Y el pastor fue absuelto.

En cuanto a mí, mi querida amiga, escuchaba muy emocionado el final de esta aventura que le he contado en términos muy groseros para no cambiar nada del relato del colono, cuando un disparo estalló en medio del bosque; y la voz formidable de Gaspard resonó en el viento como un cañonazo.

«Becada. Ha caído.»

Así es como empleo mi tiempo acechando las becadas que pasan mientras usted va al Bois a ver pasar los vestidos de moda de invierno.

El señor Parent[243]

I

El pequeño Georges, a cuatro patas en la alameda, hacía montoncitos de arena. La recogía con sus dos manitas, la elevaba en forma de pirámide, luego plantaba en la cima una hoja de castaño.

Su padre, sentado en una silla de hierro, lo contemplaba con una atención concentrada y amorosa, sólo lo veía a él en el estrecho jardín público lleno de gente.

A lo largo del camino circular que pasa delante del estanque y ante la iglesia de la Trinité para volver tras haber contorneado el césped, otros niños se dedicaban a lo mismo, a sus pequeños juegos de animales jóvenes, mientras las niñeras indiferentes miraban al aire con sus ojos de animales, o mientras las madres hablaban entre sí vigilando a la chiquillería sin perderla de vista.

Las nodrizas, de dos en dos, paseaban con aire grave, arrastrando a su espalda las largas cintas brillantes de sus gorros y llevando en sus brazos una cosa blanca envuelta en encajes, mientras unas niñas, de falda corta y piernas desnudas, mantenían serias conversaciones entre dos carreras de aro, y mientras el guarda del parque, con una guerrera verde, paseaba entre aquella muchedumbre de chiquillos dando rodeos constantemente para no destruir las obras de tierra, para no aplastar manos, para no entorpecer el trabajo de hormiga de aquellas graciosas larvas humanas.

El sol estaba a punto de desaparecer tras los tejados de la calle Saint-Lazare y lanzaba sus grandes rayos oblicuos sobre aquella multitud traviesa y engalanada. Los castaños se aclaraban con resplandores amarillos, y las tres cascadas, delante del alto pórtico de la iglesia, parecían plata líquida.

El señor Parent miraba a su hijo agachado en el polvo: seguía sus menores gestos con amor, parecía enviar besos con la punta de los labios a todos los movimientos de Georges.

Pero, tras levantar los ojos hacia el reloj del campanario, advirtió que iba cinco minutos retrasado. Se levantó entonces, cogió al pequeño por los brazos, sacudió su ropa llena de tierra, le limpió las manos y se lo llevó hacia la calle Blanche. Apretaba el paso para no llegar a casa después de su mujer; y el crío, que no podía seguirle, trotaba a su lado.

Entonces el padre lo cogió en brazos y, acelerando todavía más su marcha, empezó a resoplar de fatiga cuando subía la acera inclinada. Era un hombre de cuarenta años, ya canoso, algo gordo, llevando con aire inquieto una buena tripa de joven alegre al que los acontecimientos han vuelto tímido.

Algunos años antes se había casado con una joven tiernamente amada que ahora lo trataba con una rudeza y una autoridad de déspota omnipotente. Lo reprendía sin cesar por todo lo que hacía y lo que no hacía, le reprochaba con acritud sus menores actos, sus costumbres, sus sencillos placeres, sus gustos, sus modales, sus gestos, la redondez de su vientre y el sonido apacible de su voz.

Seguía amándola sin embargo, pero quería sobre todo al hijo que tenía de ella, Georges, ahora de tres años, convertido en la mayor alegría y la preocupación más grande de su corazón. Modesto rentista, vivía sin empleo con sus veinte mil francos de renta; y su mujer, con la que se había casado sin dote, se indignaba constantemente por la inactividad de su marido.

Por fin llegó a la casa, depositó al niño en el primer peldaño de la escalera, se enjugó la frente y empezó a subir.

En el segundo piso, llamó.

Una vieja sirvienta que lo había criado, una de esas sirvientas-amas que son los tiranos de las familias, salió a abrir; y él preguntó angustiado:

«¿Ha vuelto la señora?»

La doméstica se encogió de hombros. «¿Cuándo ha visto el Señor que la Señora vuelva a las seis y media?»

Él respondió en tono molesto:

«Bueno, mejor entonces, así tengo tiempo de cambiarme, porque me muero de calor».

La sirvienta lo miraba con una lástima irritada y despreciativa. Gruñó: «¡Oh!, ya lo veo, el Señor está sudando; el Señor ha corrido; tal vez con el pequeño en brazos; y todo eso para esperar a la Señora hasta las siete y media. No seré yo la que se preocupe de ser puntual. Hago la cena para las ocho, y si hay que esperar, pues peor, ¡un asado no debe quemarse!»

El señor Parent fingía no escuchar. Murmuró: «Bueno, bueno. Hay que lavar las manos de Georges, que se las ha puesto perdidas de arena. Yo voy a

cambiarme. Recomienda a la doncella que limpie bien al pequeño».

Y entró en su dormitorio. En cuanto estuvo dentro, echó el cerrojo para estar solo, muy solo, completamente solo. Ahora estaba tan acostumbrado a verse despreciado y maltratado que únicamente se consideraba a salvo bajo la protección de las cerraduras. Ni siquiera se atrevía ya a pensar, a reflexionar, a razonar consigo mismo, si no se sentía protegido por una vuelta de llave de las miradas y las suposiciones. Tras haberse derrumbado sobre una silla para descansar un poco antes de cambiarse de ropa, pensó que Julie empezaba a volverse un peligro nuevo en la casa. Odiaba a su mujer, era evidente; odiaba sobre todo a su amigo Paul Limousin, que, cosa rara, seguía siendo el amigo íntimo y familiar de la pareja después de haber sido el compañero inseparable de su vida de soltero. Era Limousin quien servía de aceite y de tapón entre Henriette y él, quien lo defendía vivamente incluso, severamente incluso de los reproches inmerecidos, de las escenas de hostigamiento, de todas las miserias cotidianas de su existencia.

Y desde haría pronto seis meses, Julie se permitía una y otra vez observaciones y apreciaciones maliciosas sobre su señora. La juzgaba en todo momento, declaraba veinte veces al día: «Si yo fuera el Señor, no sería yo quien se dejase manejar como un títere. En fin, en fin. Cada uno… es como es».

Un día, incluso, se había insolentado con Henriette, que se había limitado a decirle esa noche a su marido: «Para que lo sepas, a la primera palabra inconveniente de esa mujer, la pongo de patitas en la calle». Sin embargo, ella, que no temía nada, parecía temer a la vieja sirviente; y Parent atribuía esa mansedumbre a consideración por el ama que lo había criado, y que había cerrado los ojos de su madre.

Pero se acabó, las cosas no podían seguir así más tiempo; y le asustaba la idea de lo que iba a ocurrir. ¿Qué haría? Despedir a Julie le parecía una resolución tan temible que ni siquiera se atrevía a pensarlo. Darle la razón frente a su mujer era igualmente imposible; y no había de pasar un mes antes de que la situación se volviera insostenible entre las dos.

Permanecía sentado, con los brazos caídos, buscando vagamente los medios de conciliar todo y sin encontrar nada. Entonces murmuró: «Por suerte tengo a Georges… De no ser por él, qué desgraciado sería».

Luego se le ocurrió la idea de consultar a Limousin; decidió hacerlo; pero al punto el recuerdo de la enemistad nacida entre su criada y su amigo le hizo temer que éste aconsejase la expulsión; y de nuevo se perdió en sus angustias y sus incertidumbres.

El péndulo dio las siete. Se sobresaltó. Las siete, ¡y aún no se había cambiado de ropa! Entonces, despavorido, sin aliento, se desnudó, se lavó, se puso una camisa blanca, y volvió a vestirse con precipitación, como si le hubieran esperado en la habitación vecina para un acontecimiento de extrema importancia.

Luego entró en el salón, feliz de no tener ya nada que temer.

Echó una ojeada al periódico, se asomó para mirar a la calle, volvió a sentarse en el sofá; pero se abrió una puerta y entró su hijo, lavado, peinado, sonriente. Parent lo cogió en brazos y lo besó con pasión. Primero lo besó en el pelo, luego en los ojos, luego en las mejillas, luego en la boca, luego en las manos. Después lo hizo saltar en el aire, alzándolo hasta el techo, en el extremo de sus muñecas. Luego se sentó, cansado por ese esfuerzo; y poniendo a Georges en una de sus rodillas, le hizo decir: «a caballito».

El niño reía encantado, agitaba los brazos, lanzaba chillidos de placer, y el padre también reía y gritaba de contento, sacudiendo su grueso vientre, divirtiéndose todavía más que el pequeño.

Lo quería con todo su corazón de ser débil, resignado, lastimado. Lo quería con entusiasmos enloquecidos, con grandes caricias arrebatadas, con toda la ternura avergonzada que se ocultaba en él, que nunca había podido salir, expansionarse, ni siquiera en las primeras horas de su matrimonio, porque su mujer siempre se había mostrado seca y reservada.

En la puerta apareció Julie, con la cara pálida, la mirada brillante, y anunció con una voz trémula de exasperación:

«Son las siete y media, Señor».

Parent lanzó sobre el péndulo una mirada inquieta y resignada, y murmuró:

«Cierto, ya son las siete y media.

—Yo ya tengo preparada la cena».

Viendo venir la tormenta, se esforzó por evitarla. «¿Pero no me has dicho cuando he vuelto que no la harías hasta las ocho?

—¡Hasta las ocho!… Ni soñando. ¡No querrá que el pequeño cene ahora a las ocho! Lo dije, pero sólo era una forma de hablar. ¡Hacerle cenar a las ocho estropearía el estómago del pequeño! ¡Oh, si fuera por su madre! ¡Pues sí que se preocupa mucho de su hijo! ¡Ah, sí, vaya una madre! ¡Da lástima ver madres así!»

Parent, temblando de angustia, sintió que iba a cortar en seco aquella escena amenazante.

«Julie, dijo, no te permito que hables así de tu ama. ¿Me has oído, verdad? No lo olvides en el futuro».

La vieja criada, sofocada por la sorpresa, dio media vuelta y salió cerrando la puerta con tal violencia que todos los cristales de la araña tintinearon. Durante unos segundos fue como una leve y vaga sonería de pequeñas campanillas invisibles lo que revoloteó en el aire silencioso del salón.

Sorprendido al principio, Georges se puso a batir palmas satisfecho, e, hinchando sus carrillos, lanzó un gran «¡bum!» con toda la fuerza de sus pulmones para imitar el ruido de la puerta.

Entonces su padre le contó unos cuentos; pero la preocupación de su espíritu le hacía perder en todo momento el hilo del relato; y como ya no comprendía, el pequeño abría de par en par sus ojos asombrados.

Parent no quitaba la vista del péndulo. Le parecía que veía andar la aguja. Habría querido parar la hora, inmovilizar el tiempo hasta el regreso de su mujer. No le preocupaba que Henriette se retrasase, pero tenía miedo, miedo a ella y a Julie, miedo a todo lo que podía ocurrir. Diez minutos más bastarían para provocar una catástrofe irreparable, explicaciones y violencias que ni siquiera se atrevía a imaginar. El solo pensamiento de la disputa, de los gritos, de los insultos que cruzan el aire como balas, de dos mujeres frente a frente mirándose al fondo de los ojos y lanzándose a la cabeza palabras hirientes, hacía palpitar su corazón, le secaba la boca como una caminata al sol, lo ablandaba como un trapo, tan blando que ni siquiera tenía fuerzas para levantar a su hijo y hacerle brincar sobre sus rodillas.

Sonaron las ocho; volvió a abrirse la puerta y reapareció Julie. Ya no tenía su aire irritado, sino un aire de resolución malvada y fría, más temible aún.

«Señor, le dijo, ¡serví a su madre hasta su último día, a usted también le he criado desde que nació hasta hoy! Creo que puede decirse que mi dedicación a la familia…»

Esperaba una respuesta.

Parent balbució: «Pues claro, mi querida Julie».

Ella continuó: «Sabe usted bien que nunca he hecho nada por dinero, sino por interés hacia usted; que jamás le he engañado ni mentido; que nunca ha tenido usted que hacerme reproches…

—Pues claro, mi querida Julie.

—Entonces, señor, esto no puede continuar por más tiempo. Yo no decía nada por cariño hacia usted, lo dejaba en su ignorancia; pero es demasiado fuerte, se ríen demasiado de usted en el barrio. Haga lo que quiera, pero todo

el mundo lo sabe; es necesario que termine diciéndoselo yo, aunque no me guste nada contar chismes. Si la Señora vuelve como suele a unas horas de disparate es porque hace cosas abominables».

Él permanecía asustado, sin comprender. Sólo pudo balbucir: «Cállate… Sabes que te he prohibido…»

Ella le cortó la palabra con una resolución irresistible.

«No, Señor, tengo que decirle todo, y ahora. Hace mucho tiempo que la Señora tiene un lío con el señor Limousin. Yo misma les he visto más de veinte veces besarse detrás de las puertas. Verá, si el señor Limousin hubiera sido rico, no es con el señor Parent con quien la Señora se habría casado. Basta que el Señor recuerde cómo se hizo la boda, lo comprendería todo fácilmente…»

Parent se había levantado, lívido, balbuciendo: «Cállate… cállate… o…»

Ella continuó:

«No, le diré todo. La Señora se casó con el Señor por interés; y lo engaña desde el primer día. Era cosa convenida entre ellos, caray. Basta pensar para comprenderlo. Entonces, como la Señora no estaba contenta de haberse casado con el Señor, al que no quería, le ha amargado la vida, tan amargada que a mí se me rompía el corazón viéndolo…»

Él dio dos pasos con los puños cerrados, repitiendo: «Cállate… cállate…», porque no encontraba nada que responderle.

La vieja criada no retrocedió; parecía decidida a todo.

Pero Georges, espantado al principio, luego asustado por aquellas voces que iban en aumento, se puso a lanzar unos chillidos agudos. Permanecía de pie detrás de su padre y, con la cara crispada y la boca abierta, berreaba.

El clamor de su hijo irritó a Parent, lo lleno de valor y de furia. Se abalanzó sobre Julie con los dos brazos en el aire, dispuesto a golpear con ambas manos y gritando: «¡Ah, miserable! Vas a volver loco al pequeño.»

¡Estaba a punto de tocarla! Ella le espetó a la cara:

«El Señor puede pegarme si quiere, a mí, que le he criado; ¡eso no impedirá que su mujer lo engañe y que su hijo no sea suyo!»

Él se detuvo en seco, dejando caer los brazos; y permanecía frente a ella tan aturdido que ya no comprendía nada.

Ella añadió: «Basta mirar al pequeño para reconocer al padre, ¡caramba! Es el vivo retrato del señor Limousin. No hay más que mirarle los ojos y la frente. Ni un ciego se engañaría».

Pero él la había agarrado por los hombros y la sacudía con todas sus fuerzas, farfullando: «¡Víbora… víbora! ¡Fuera de aquí, víbora!… ¡Vete o te

mato!… ¡Vete! ¡Vete!…»

Y con un esfuerzo desesperado la lanzó a la habitación contigua. Fue a parar sobre la mesa servida, rompiendo los vasos, que se cayeron; luego, cuando se levantó, puso la mesa entre ella y su amo y, mientras él la perseguía para volver a cogerla, le escupía a la cara palabras terribles:

«Basta que el Señor salga… esta noche… después de la cena… y que vuelva enseguida… ¡Ya verá!… ¡Ya verá si he mentido!… Haga el Señor la prueba… ya verá…»

Había ganado la puerta de la cocina y escapó. Él corrió detrás, subió la escalera de servicio hasta su habitación de criada donde ella se había encerrado, y golpeando la puerta:

«Ahora mismo vas a irte de mi casa».

Ella respondió a través de la mesa.

«Cuente con ello el Señor. Dentro de una hora ya no estaré aquí».

Entonces él volvió a bajar despacio, aferrándose a la barandilla para no caerse: y entró de nuevo en su salón donde Georges lloraba, sentado en el suelo.

Parent se derrumbó en una silla y miró al niño con ojos alelados. Ya no comprendía nada; ya no sabía nada; se sentía aturdido, embrutecido, enloquecido, como si acabara de caerse de cabeza; apenas recordaba las cosas horribles que le había dicho su criada. Luego, poco a poco, su razón, como un agua turbia, se calmó y se aclaró; y la abominable revelación empezó a torturar su corazón.

Julie había hablado con tal nitidez, con tal fuerza, con tal seguridad, con tal sinceridad, que no dudó de su buena fe, pero se empeñaba en dudar de su clarividencia. Cegada por su afecto hacia él, arrastrada por un odio inconsciente hacia Henriette, podía estar equivocada. Sin embargo, a medida que trataba de calmarse y convencerse, mil hechos minúsculos despertaban en su recuerdo, palabras de su mujer, miradas de Limousin, un montón de naderías inobservadas, casi desapercibidas, salidas tardías, ausencias simultáneas, e incluso gestos casi insignificantes, pero extraños, que él no había sabido ver, comprender, y que ahora adquirían para él una importancia extrema, establecían una connivencia entre ellos. Todo lo que había pasado desde su boda surgía bruscamente en su memoria sobreexcitada por la angustia. Recobraba todo, entonaciones singulares, actitudes sospechosas; y su pobre espíritu de hombre tranquilo y bueno, acosado por la duda, le mostraba ahora como certezas lo que acaso podían no ser más que sospechas.

Hurgaba con una obstinación encarnizada en cinco años de matrimonio, tratando de revivirlo todo, mes por mes, día por día; y cada cosa inquietante que descubría le punzaba en el corazón como el aguijón de una avispa.

Ya no pensaba en Georges, que ahora estaba callado, con el trasero en la alfombra. Pero al ver que no se ocupaban de él, el crío se echó a llorar de nuevo.

Su padre corrió en su busca, lo cogió en brazos y le cubrió de besos la cabeza. ¡Por lo menos le quedaba su hijo! ¡Qué importaba lo demás! Lo cogía, lo estrechaba, con la boca sobre su pelo rubio, aliviado, consolado, balbuciendo: «Georges… mi pequeño Georges, mi querido y pequeño Georges…» Pero bruscamente se acordó de lo que Julie había dicho… Sí, había dicho que su hijo era de Limousin… ¡Oh!, era imposible, eso sí que no, no, no podía creerlo, no podía ni dudarlo un segundo siquiera. ¡Aquélla era una de esas odiosas infamias que germinan en las almas innobles de las criadas! Repetía: «Georges, mi querido Georges». El crío, acariciado, había vuelto a callarse.

Parent sentía el calor del pequeño pecho penetrar en el suyo a través de las ropas. Lo llenaba de amor, de valor, de alegría; aquel calor dulce de niño lo acariciaba, lo fortalecía, lo salvaba.

Entonces apartó un poco la cabeza graciosa y rizada para mirarla con pasión. La contemplaba con avidez, de manera frenética, embriagado de verla y repitiendo siempre: «¡Oh!, mi pequeño… ¡mi pequeño Georges!…»

De pronto pensó: «¿Y si se pareciese a Limousin… a pesar de todo?»

Se produjo en él algo extraño, atroz, una punzante y violenta sensación de frío por todo el cuerpo, por todos sus miembros, como si de repente sus huesos se hubieran vuelto de hielo. ¡Oh… si se pareciese a Limousin!…, y seguía mirando a Georges que ahora reía. Lo miraba con ojos aturdidos, turbados, extraviados. Y en la frente, en la nariz, en la boca, en las mejillas buscaba si no habría algo de la frente, de la nariz, de la boca o de las mejillas de Limousin.

Su pensamiento divagaba como cuando uno enloquece; y bajo su mirada la cara de su hijo se transformaba, adoptaba aspectos extravagantes, parecidos inverosímiles.

Julie había dicho: «Ni un ciego se engañaría». Por lo tanto había algo patente, algo innegable. Pero ¿qué? ¿La frente? Sí, quizá. Sin embargo la frente de Limousin era más estrecha. ¿La boca entonces? ¡Pero si Limousin tenía barba! ¿Cómo comparar las semejanzas entre aquel gordezuelo mentón de niño y el mentón peludo de aquel hombre?

Parent pensaba: «Yo no lo veo, no veo nada; estoy demasiado alterado; ahora no podría reconocer nada… Hay que esperar, tendré que mirarle bien mañana por la mañana al levantarme».

Luego pensó: «Pero si se me pareciese, si se pareciese a mí, estaría salvado, ¡salvado!»

Y cruzó el salón de dos zancadas para ir a examinar en el espejo la cara de su hijo junto a la suya.

Sostenía a Georges sentado en su brazo para que sus caras estuvieran muy cerca, y hablaba en voz alta por la enormidad de su confusión. «Sí… tenemos la misma nariz… la misma nariz… quizá… no es seguro… y la misma mirada… Pero no, tiene los ojos azules… Entonces… ¡oh, Dios mío!… ¡Dios mío!… ¡Dios mío!… ¡Voy a volverme loco!… No quiero seguir mirando… ¡voy a volverme loco!…»

Huyó lejos del espejo, al otro extremo del salón, cayó sobre una butaca, dejó al pequeño en otra, y se echó a llorar. Lloraba con grandes sollozos desesperados. Georges, asustado al oír gemir a su padre, no tardó en ponerse a berrear.

Sonó el timbre de la entrada. Parent dio un salto, como si lo hubiera atravesado una bala. Dijo: «Ya está ahí… ¿qué voy a hacer?…» Y corrió a encerrarse en su cuarto para tener tiempo por lo menos de secarse los ojos. Pero tras unos segundos, un nuevo timbrazo volvió a hacerle temblar; luego se acordó de que Julie se había marchado sin que estuviera avisada la doncella. Por lo tanto ¿no iría nadie a abrir? ¿Qué hacer? Fue él.

Y de repente se sintió valiente, decidido, listo para el disimulo y la lucha. Aquella sacudida espantosa lo había madurado en unos instantes. Y además quería saber; lo quería con una furia de tímido y una tenacidad de bonachón irritado.

¡Sin embargo temblaba! ¿Era de miedo? Sí… ¿Seguía teniéndole miedo acaso? ¿Se sabe cuánto contiene a veces la audacia de cobardía fustigada?

Detrás de la puerta, a la que había llegado con furtivos pasos, se detuvo a escuchar. Su corazón palpitaba con latidos furiosos; sólo oía ese ruido: aquellos grandes golpes sordos en su pecho y la voz aguda de Georges que seguía llorando en el salón.

De pronto, el sonido del timbre estallando encima de su cabeza lo sacudió como una explosión; entonces agarró la cerradura y, jadeando, desfallecido, dio la vuelta a la llave y abrió la hoja.

Frente a él, en la escalera, estaban de pie su mujer y Limousin.

Ella dijo, con aire de asombro en el que apuntaba un poco de irritación.

«¿Ahora eres tú el que se encarga de abrir? ¿Dónde está Julie?»

Él tenía un nudo en la garganta, su respiración jadeaba; y se esforzaba por responder sin poder pronunciar una sola palabra.

Ella continuó: «¿Te has vuelto mudo? Te pregunto que dónde está Julie».

Entonces balbució: «Se ha… se ha… marchado».

Su mujer empezaba a enfadarse:

«¿Cómo que marchado? ¿Adónde? ¿Por qué?»

Él iba recobrando poco a poco su aplomo y sentía nacer en su interior un odio implacable contra aquella mujer insolente, de pie ante él.

«Sí, se ha marchado definitivamente… la he despedido…

—¿Que tú la has despedido?… ¿A Julie?… Pero estás loco…

—Sí, la he despedido porque había sido insolente… y porque… porque ha maltratado al niño.

—¿Julie?

—Sí… Julie.

—¿Y con qué ha sido insolente?

—Hablando de ti.

—¿Hablando de mí?

—Sí… porque su cena se había quemado y tú no volvías.

—¿Y qué ha dicho?…

—Ha dicho… cosas desagradables sobre ti… y que yo no debía… que yo no podía oír…

—¿Qué cosas?

—Es inútil repetirlas.

—Quiero conocerlas.

—Ha dicho que era una desgracia para un hombre como yo casarse con una mujer como tú, que no tiene puntualidad, ni orden, ni cuidado, mala ama de casa, mala madre y mala esposa…»

La mujer había entrado en la antesala, seguida por Limousin, que no decía palabra ante aquella situación inesperada. Cerró bruscamente la puerta, echó el abrigo sobre una silla y avanzó hacia su marido tartamudeando, irritada: «¿Qué dices?… ¿Qué dices? ¿Que soy…?

—Yo no digo nada, querida: me limito a repetirte las palabras de Julie, que has querido conocer; y te haré observar que precisamente por esas palabras la he puesto en la calle».

El violento deseo de arrancarle la barba y las mejillas con sus uñas la hacía temblar. En la voz, en el tono, en la actitud, notaba claramente la

rebeldía, aunque no pudiera responderle; e intentaba recuperar la ofensiva con alguna frase directa e hiriente.

«¿Has cenado?, le preguntó.

—No, he esperado».

Ella se encogió de hombros con impaciencia.

«Vaya estupidez esperar después de las siete y media. Habrías debido comprender que me había entretenido, que había tenido cosas que hacer, algunas compras».

Luego, de pronto, sintió necesidad de explicar en qué había empleado el tiempo, y contó, con frases breves, altaneras, que yendo a ver unos objetos de mobiliario muy lejos, lejísimos, en la calle de Rennes, se había encontrado con Limousin a las siete pasadas, en el bulevar Saint-Germain, al volver, y que entonces le había pedido su brazo para entrar a comer algo en un restaurante en el que no se atrevía a entrar sola, aunque estaba a punto de desfallecer de hambre. Así es como había cenado, con Limousin, si es que a aquello se lo podía llamar cena; porque no habían tomado más que un caldo y medio pollo por la prisa que tenían por volver.

Parent se limitó a responder: «Has hecho bien. No te hago ningún reproche».

Entonces Limousin, que hasta entonces había permanecido mudo, casi oculto detrás de Henriette, se acercó y le tendió la mano murmurando:

«¿Qué tal estás?»

Parent cogió aquella mano ofrecida, y estrechándola fríamente: «Muy bien».

Pero la mujer se había quedado con dos palabras de la última frase de su marido:

«Ningún reproche… ¿por qué me hablas de reproches?… Se diría que lo dices con alguna intención».

Él se disculpó: «No, ni mucho menos. Me limitaba a decirte que no me había preocupado por tu retraso y que no te lo echaba en cara como un crimen».

Ella se lo tomó a mal, buscando un pretexto para la pelea: «¿De mi retraso?… Como si fuera la una de la mañana y pasase la noche fuera.

—No, querida. He dicho “retraso” porque no había otra palabra. Tenías que volver a las seis y media, vuelves a las ocho y media. Eso es un retraso, ¿no? Lo comprendo muy bien… no… ni siquiera me sorprendo… Pero… pero… me resulta difícil emplear otra palabra.

—Es que la pronuncias como si hubiera dormido fuera de casa.

—No… claro que no».

Ella vio que él seguiría cediendo, e iba a entrar en su cuarto cuando por fin se dio cuenta de que Georges estaba berreando. Entonces preguntó, con semblante conmovido:

«¿Qué le pasa al niño?

—Ya te he dicho que Julie le había maltratado un poco.

—¿Qué le ha hecho esa miserable?

—¡Oh!, casi nada. Le ha empujado y se ha caído».

Quiso ver a su hijo y se precipitó en el comedor, pero se detuvo en seco ante la mesa cubierta de vino derramado, de jarras y de vasos rotos, de saleros volcados.

«¿Qué significa este destrozo?

—Ha sido Julie la que…»

Pero ella le cortó la palabra con rabia:

«¡Esto es demasiado! Julie me trata de desvergonzada, pega a mi hijo, rompe mi vajilla, destroza mi casa, y a ti todo eso te parece natural.

—Pues no… porque la he despedido.

—¡Claro!… ¡La has despedido!… Pero lo que había que hacer es mandar detenerla. En estos casos, ¡a quien se llama es al comisario de policía!»

Él balbució: «Pero… querida… yo no podía… no había ninguna razón… De verdad, resultaba muy difícil…»

Ella se encogió de hombros con un desdén infinito.

«Mira, nunca serás más que un pingajo, un pobre diablo, un pobre hombre sin voluntad, sin firmeza ni energía. ¡Ah!, qué groserías ha debido de decirte para que te hayas decidido a ponerla en la calle. Me habría gustado haberlo visto un minuto, sólo un minuto».

Tras abrir la puerta del salón corrió hacia Georges, lo levantó, lo estrechó en sus brazos besándolo: «Georget, ¿qué tienes, gatito, cariñito mío, pollito mío?»

Acariciado por su madre, se calló. Ella repitió:

«¿Qué tienes?»

Él contestó, por haber visto poco claro con sus ojos de niño asustado:

«Es Zulie que ha pegado a papá».

Henriette se volvió hacia su marido, al principio estupefacta. Luego, en sus ojos se despertaron unas ganas locas de reír, pasaron como un escalofrío por sus finas mejillas, alzaron su labio, levantaron las aletas de su nariz, y por fin de su boca brotó un claro cohete de júbilo, una cascada de alegría, sonora y viva como un trino de pájaro. Repetía, con grititos malvados que pasaban

entre sus dientes blancos y desgarraban a Parent igual que mordeduras: «¡Ja!… ¡ja!…, ¡ja!… ¡ja!… te ha pe… pega… pegado… ¡Ja!… ¡ja!… ¡ja!… qué divertido… qué divertido… ¿Lo oye, Limousin? Julie ha pegado… pegado… Julie ha pegado a mi marido… ¡Ja!… ¡ja!… ¡ja!… ¡qué divertido!…»

Parent balbucía:

«No… no, qué va… no es cierto… no es cierto… Al contrario, he sido yo el que la ha tirado en el comedor, con tal fuerza que casi ha derribado la mesa. El niño no lo ha visto bien. ¡He sido yo el que la ha pegado!»

Henriette le decía a su hijo: «Repite, cariñín. ¿Verdad que Julie ha pegado a papá?»

Él respondió: «Sí, Zulie».

Luego, saltando de pronto a otra idea, continuó. «Pero ¿ha cenado este niño? ¿No has comido nada, cariño?

—No, mamá».

Entonces se volvió hecha una furia hacia su marido: «¡Estás loco, estás como una cabra! ¡Las ocho y media y Georges todavía sin cenar!»

Él se disculpó, alterado por aquella escena y por aquella explicación, aplastado por aquel derrumbamiento de su vida.

«Pero, querida, si estábamos esperándote. Yo no quería cenar sin ti. Como todos los días vuelves con retraso, pensaba que ibas a volver de un momento a otro.

Ella tiró a una butaca su sombrero, que había mantenido hasta entonces sobre la cabeza, y con voz nerviosa:

«Realmente es intolerable tener que tratar con gente que no comprende nada, que no adivina nada, que no sabe nada por sí misma. O sea, que si hubiera vuelto a las doce, el niño no habría cenado nada de nada. ¡Como si no pudieras comprender, una vez pasadas las siete y media, que había ocurrido algo, un retraso, un obstáculo, que me lo impedía!…»

Parent temblaba, sintiéndose dominado por la cólera; pero Limousin se interpuso y, volviéndose hacia la mujer:

«Es usted completamente injusta, mi querida amiga. Parent no podía adivinar que volvería usted tan tarde, cosa que no hace usted nunca; además, ¿cómo quiere que saliese del paso por sí solo, después de haber despedido a Julie?»

Pero Henriette, irritada, respondió: «Pues tendrá que salir del paso sólo, porque no seré yo quien lo ayude. ¡Que se las apañe!»

Y entró bruscamente en su cuarto, sin acordarse ya de que su hijo no había cenado.

Entonces Limousin, de repente, se multiplicó para ayudar a su amigo. Recogió y tiró los vasos rotos que cubrían la mesa, puso los cubiertos en su sitio y sentó al niño en su sillita mientras Parent iba en busca de la doncella para que le sirviese la cena.

Ésta llegó sorprendida, porque desde el cuarto de Georges, donde trabajaba, no había oído nada.

Trajo la sopa, una pierna de cordero quemada y puré de patatas.

Parent se había sentado junto a su hijo, afligido, con la razón extraviada en medio de aquella catástrofe. Daba de comer al pequeño, trataba de comer él al mismo tiempo, cortaba la carne, la mascaba y tragaba con esfuerzo, como si su garganta hubiera quedado paralizada.

Entonces, poco a poco se despertó en su alma un deseo enloquecido de mirar a Limousin, que, sentado frente a él, hacía bolitas de pan. Quería ver si se parecía a Georges. Pero no se atrevía a levantar los ojos. Se decidió sin embargo, y bruscamente contempló aquella cara que conocía bien, aunque le pareciese que no la había examinado nunca, por lo distinta que le pareció de lo que pensaba. De segundo en segundo lanzaba una ojeada rápida sobre aquel rostro tratando de reconocer las menores líneas, los menores rasgos, los menores sentidos; luego, acto seguido, miraba a su hijo, fingiendo que le daba de comer.

Dos palabras retumbaban en su oído: «¡Su padre! ¡Su padre! ¡Su padre!» Zumbaban en sus sienes a cada latido de su corazón. Sí, aquel hombre, aquel hombre tranquilo, sentado al otro lado de aquella mesa, era quizá el padre de su hijo, de Georges, de su pequeño Georges. Parent dejó de comer, no podía más. Un dolor atroz, uno de esos dolores que hacen aullar, retorcerse en el suelo, morder los muebles, le desgarraba las entrañas. Sintió ganas de coger el cuchillo y hundírselo en el vientre. Eso lo aliviaría, lo salvaría; sería el final de todo.

Porque, ¿podía seguir viviendo ahora? ¿Podría vivir, levantarse por la mañana, comer en las comidas, salir a la calle, acostarse por la noche y dormir con aquel pensamiento enroscado en él: «¡Limousin, el padre de Georges!…»? ¡No, no tendría fuerzas para dar un paso, vestirse, pensar en algo, hablar con alguien! Cada día, a todas horas, a cada segundo se preguntaría lo mismo: trataría de saber, de adivinar, de sorprender aquel horrible secreto. Y al pequeño, a su querido pequeño, ya no podría mirarlo sin soportar el espantoso sufrimiento de aquella duda, sin sentir un

desgarramiento en sus entrañas, sin verse torturado hasta la médula de sus huesos. Tendría que vivir allí, permanecer en aquella casa, al lado de aquel niño al que amaría y odiaría. Sí, seguro que terminaría odiándolo. ¡Qué suplicio! ¡Oh, si fuera cierto que Limousin era el padre, tal vez podría calmarse, adormecerse en su desdicha, en su dolor! Pero no saber ¡era intolerable!

No saber, seguir buscando siempre, sufrir siempre, y besar a aquel hijo en todo instante, al hijo de otro, pasearlo por la ciudad, llevarlo en brazos, sentir la caricia de su fino pelo en los labios, adorarlo y pensar constantemente: «Quizá no es mío». ¿No sería preferible no verlo, abandonarlo, perderlo en la calle, o huir él mismo muy lejos, tan lejos que nunca volviese a oír hablar de nada, nunca?

Se sobresaltó al oír abrirse la puerta. Su mujer regresaba.

«Tengo hambre, dijo; ¿y usted, Limousin?»

Limousin respondió, vacilando: «Pues sí, yo también».

Y ella mandó traer la pierna de cordero.

Parent se preguntaba: «¿Han cenado? ¿O los ha hecho retrasarse un encuentro amoroso?»

Los dos comían ahora con mucho apetito. Henriette, tranquila, reía y bromeaba. Su marido la espiaba también, con miradas bruscas, que rápidamente apartaba. Se había puesto una bata rosa adornada con encajes blancos; y su cabeza rubia, su cuello fresco, sus manos carnosas salían de aquella bonita prenda, coqueta y perfumada como de una concha bordada de espuma. ¿Qué había estado haciendo todo el día con aquel hombre? ¡Parent los veía besándose, balbuciendo ardientes palabras! ¿Y no se podría saber nada, adivinar algo mirándolos así, uno al lado del otro frente a él?

¡Cuánto debían de haberse burlado de él si era víctima de su engaño desde el primer día! ¿Era posible que se burlasen así de un hombre, de un hombre honrado, porque su padre le había dejado un poco de dinero? ¿Por qué no podían verse esas cosas en las almas, cómo era posible que nada revelase a los corazones rectos los fraudes de los corazones infames, que la voz fuese la misma para mentir que para adorar, y la mirada pérfida que engaña semejante a la mirada sincera?

Los espiaba esperando un gesto, una palabra, una entonación. De repente pensó: «Los sorprenderé esta noche». Y dijo:

«Querida, como acabo de despedir a Julie, a partir de hoy debo ocuparme de buscar otra criada. Salgo ahora mismo para conseguir una para mañana por la mañana. Quizá vuelva un poco tarde».

Ella respondió: «Vete; no me moveré de aquí; Limousin me hará compañía. Te esperaremos».

Después, volviéndose hacia la doncella: «Acueste a Georges, luego puede recoger la mesa y subir a su cuarto».

Parent se había levantado. Se tambaleaba sobre sus piernas, aturdido, tropezando: «Ahora mismo», y alcanzó la salida apoyándose en la pared, porque el suelo se movía como una barca.

Georges se había marchado en brazos de su criada. Henriette y Limousin pasaron al salón. En cuanto se cerró la puerta, él dijo: «¡Ah, estás loca! ¡Hostigar así a tu marido!»

Ella se revolvió: «Mira, empieza a molestarme esa costumbre tuya desde hace un tiempo de presentarme a Parent como a un mártir».

Limousin se dejó caer en un sillón y cruzando las piernas: «No hago de él ningún mártir, en absoluto, pero en nuestra situación me parece ridículo provocar a ese hombre de la mañana a la noche».

Ella cogió un cigarrillo de la chimenea, lo encendió y replicó: «No le provoco, al contrario; sólo que me irrita por su estupidez… y lo trato como merece».

Limousin continuó con voz impaciente:

«Es una tontería lo que haces. Además, todas las mujeres hacéis lo mismo. Un hombre excelente, demasiado bueno, estúpido por confianza y por bondad, que no nos molesta en absoluto, que no sospecha de nosotros ni un segundo, que nos deja todo lo libres y tranquilos que queremos; ¡y tú haces lo que puedes para enfurecerlo y echar a perder nuestra vida!»

Ella se volvió hacia él: «Calla, no me des la lata. También tú eres un cobarde, como todos los hombres. ¡Tienes miedo a ese cretino!»

Él se levantó vivamente y, furioso, replicó: «Ah, lo que a mí me gustaría saber es qué te hace, por qué puedes odiarle. ¿Te hace desgraciada? ¿Te pega? ¿Te engaña? No, y en última instancia me parece demasiado cruel hacer sufrir a ese hombre sólo porque es demasiado bueno, y odiarle únicamente porque lo engañas».

Ella se acercó a Limousin y, mirándolo al fondo de los ojos:

«¿Y eres tú el que me echas en cara que lo engañe? ¿Tú? ¿Tú? ¡Hay que tener poca vergüenza!»

Él se defendió, algo avergonzado: «Pero si no te echo nada en cara, querida, sólo te pido que trates con un poco de consideración a tu marido, porque los dos necesitamos su confianza. Creo que deberías entenderlo.»

Estaban muy cerca uno de otro, él, enorme, moreno, con patillas largas y el aspecto algo vulgar de un hombre apuesto satisfecho de sí mismo; ella, bonita, sonrosada y rubia, una pequeña parisiense semigalante y semiburguesa, nacida en una trastienda, educada en la puerta de una tienda para atraer a los transeúntes con los ojos, y casada, al azar de esa recolección, con el paseante ingenuo que se enamoró de ella después de haberla visto todos los días delante de aquella puerta, por la mañana al salir y por la noche al volver a casa.

Ella decía: «¿Pero no comprendes, gran tonto, que lo odio precisamente porque se casó conmigo, porque en última instancia me compró, porque todo lo que dice, lo que hace, lo que piensa me crispa los nervios? Me irrita a cada instante con su estupidez que tú llamas bondad, con su pesadez que tú llamas confianza, y además, sobre todo, porque es mi marido, ¡él y no tú! Aunque no nos molesta mucho, lo siento entre nosotros dos. Además… además… No, en última instancia es demasiado idiota para sospechar algo. Me gustaría que por lo menos estuviera algo celoso. Hay momentos en que me dan ganas de gritarle: "¿Pero es que no ves nada, animal, no comprendes que Paul es mi amante?"»

Limousin se echó a reír: «Por ahora, harás bien en callarte y en no perturbar nuestra existencia.

—¡No te preocupes, que no la perturbaré! Con ese imbécil no hay nada que temer. Pero me parece increíble que no comprendas cuánto lo odio, cómo me crispa los nervios. Tú, en cambio, parece que lo adoras, que le das la mano con franqueza. A veces los hombres son sorprendentes.

—Hay que saber disimular, querida.

—No se trata de disimulo, querido, sino de sentimientos. Vosotros, cuando engañáis a un hombre, se diría que enseguida lo queréis más; nosotras en cambio lo odiamos desde el momento en que lo hemos engañado.

—No veo ninguna razón para odiar a un hombre al que le robamos la mujer.

—¿No la ves?… ¿No la ves?… Lo que pasa es que a todos os falta tacto. ¿Qué quieres? Son cosas que se sienten y que no se pueden decir. ¿Y tampoco deben decirse?… No, no comprenderías nada, es inútil. Carecéis de delicadeza».

Y sonriendo, con un dulce desprecio de taimada, puso las dos manos en los hombros de Limousin tendiéndole los labios; él inclinó la cabeza abrazándola y sus bocas se encontraron. Y como estaban de pie delante del

espejo de la chimenea, otra pareja exactamente igual a ellos se besaba detrás del reloj de péndulo.

No habían oído nada, ni el ruido de la llave ni el chirrido de la puerta; pero Henriette, bruscamente, lanzando un chillido, rechazó a Limousin con los dos brazos; y ambos vieron a Parent que los miraba, lívido, con los puños cerrados, descalzo y con el sombrero sobre la frente.

Miraba a uno y otro con un rápido movimiento de ojos, sin mover la cabeza. Tenía pinta de loco; luego, sin decir una sola palabra, se abalanzó sobre Limousin, lo agarró con fuerza como para asfixiarlo, lo lanzó hasta el rincón de la estancia de manera tan impetuosa que el otro, perdiendo el equilibrio, batiendo el aire con las manos, fue a golpear brutalmente la pared con el cráneo.

Pero, cuando Henriette comprendió que su marido iba a matar a su amante, se lanzó sobre Parent, lo agarró por el cuello y, hundiendo en la carne sus diez dedos finos y sonrosados, apretó tan fuerte con sus nervios de mujer desesperada que la sangre brotó bajo sus uñas. Y le mordía en el hombro como si hubiera querido desgarrárselo con los dientes. Parent, estrangulado, sofocado, soltó a Limousin para sacudirse a su mujer aferrada a su cuello; y tras cogerla por la cintura, la lanzó de un empujón a la otra punta de la sala.

Luego, como tenía la cólera breve de los bonachones y la violencia asmática de los débiles, se quedó de pie entre ambos, jadeando, agotado, sin saber lo que debía hacer ahora. Su furia brutal se había derramado en aquel esfuerzo como la espuma de un vino al descorcharlo; y su alegría insólita acababa en sofoco.

En cuanto pudo hablar, balbució:

«¡Fuera de aquí!… los dos… ahora mismo… ¡fuera de aquí!»

Limousin permanecía inmóvil en su rincón, pegado a la pared, demasiado despavorido aún como para entender algo, demasiado asustado para mover un dedo. Con los puños apoyados en el velador, con la cabeza adelantada, despeinada, con la blusa abierta y el pecho desnudo, esperaba, como una bestia que se dispone a saltar:

Parent prosiguió con una voz mucho más fuerte:

«¡Fuera de aquí, ahora mismo!… ¡Fuera de aquí!»

Viendo calmada su primera exasperación, su mujer se envalentonó, se irguió, dio dos pasos hacia él y, ya casi indolente, dijo:

«¿Te has vuelto loco?… ¿Qué te ha pasado?… ¿Qué razón hay para esta agresión incalificable?…

Él se volvió hacia ella, levantando el puño para matar y balbuciendo:

«¡Oh!… ¡oh!…, ¡es demasiado!… ¡es demasiado!… ¡He… he… he… oído todo!… ¡Todo… todo!… ¿Comprendes? Todo… ¡Miserable… miserable!… ¡Miserables los dos!… ¡Fuera de aquí… los dos… ahora mismo!… ¡Os mataré!… ¡Fuera de aquí!…»

Ella comprendió que todo había terminado, que él sabía, que ella no podría probar su inocencia y que era preciso ceder. Pero había recobrado su desvergüenza, y su odio contra aquel hombre, ahora irritado, la impulsaba a la audacia, le daba una necesidad de desafío, una necesidad de provocación.

Dijo con voz clara:

«Vámonos, Limousin. Ya que me echan, me iré a su casa.»

Pero Limousin no se movía. Parent, presa de una nueva rabia, se puso a gritar:

«¡Fuera de aquí!… ¡fuera de aquí!… ¡Miserables!… ¡O si no!… ¡O si no!…»

Cogió una silla y la hizo voltear por encima de su cabeza.

Entonces Henriette cruzó el salón con paso rápido, agarró a su amante del brazo, lo despegó de la pared a la que parecía lacrado y lo arrastró hacia la puerta repitiendo: «Venga, vámonos, amigo mío, vámonos… Como ve, este hombre se ha vuelto loco… ¡Vámonos!…»

En el momento de salir se volvió hacia su marido buscando qué podría hacer, qué podría inventar para herir su corazón al marcharse de aquella casa. Y una idea cruzó su mente, una de esas ideas venenosas, mortales, en las que fermenta toda la perfidia de las mujeres.

En tono decidido, dijo: «Voy a llevarme a mi hijo».

Parent, estupefacto, balbució: «¿Tu… tu… hijo?… ¿Te atreves a hablar de tu hijo?… ¿Te atreves… te atreves a pedir a tu hijo después de… después de?… ¡Oh, oh, oh! ¡Es demasiado! ¿Te atreves? ¡Será mejor que te marches, miserable bribona!… ¡Fuera de aquí!…»

Ella se dirigió hacia él, casi sonriendo, casi ya vengada, y desafiándole, muy cerca, cara a cara:

«¡Quiero a mi hijo… y no tienes ningún derecho a quedarte con él porque no es tuyo… ¿lo oyes?, ¿lo oyes bien?… No es tuyo… Es de Limousin!».

Parent, enloquecido, gritó: «¡Mientes… mientes… miserable!»

Pero ella continuó: «¡Imbécil! Todo el mundo lo sabe menos tú. Te digo que ése es su padre. Si basta mirar para verlo…»

Parent retrocedía ante ella, titubeando. Luego, bruscamente, se volvió, cogió una vela, y se precipitó en la habitación contigua.

Volvió casi al punto trayendo en sus brazos al pequeño Georges envuelto en las ropas de su cama. El niño, bruscamente despertado, asustado, lloraba. Parent lo soltó en manos de su madre; luego, sin añadir palabra, la empujó con violencia hacia fuera, hacia la escalera, donde Limousin esperaba prudentemente.

Luego cerró la puerta, echó dos vueltas de llave y corrió los cerrojos. Nada más volver al salón, cayó desplomado al suelo.

II

Parent vivió solo, completamente solo. Durante las primeras semanas siguientes a la separación, la extrañeza de su nueva vida le impidió pensar mucho. Había reanudado su existencia de soltero, con sus hábitos de vagabundo, y comía en el restaurante como en otros tiempos. Como había querido evitar todo escándalo, pagaba a su mujer una pensión fijada ante notario. Pero, poco a poco, el recuerdo del niño empezó obsesionar su pensamiento. A menudo, cuando estaba solo, en casa, por la noche, creía oír de pronto a Georges gritar «papá». Entonces su corazón empezaba a palpitar y se levantaba al punto para abrir la puerta de la escalera y ver si, por casualidad, no había vuelto el pequeño. Sí, habría podido volver como vuelven los perros y las palomas. ¿Por qué había de tener un niño menos instinto que un animal?

Después de haber reconocido su error, volvía a sentarse en su butaca y pensaba en el pequeño. Pensaba durante horas enteras, durante días enteros. No era sólo una obsesión moral, sino también, y en mayor grado, una obsesión física, una necesidad sensual, nerviosa, de besarlo, de tenerlo, de estrecharlo, de sentarlo en sus rodillas, de hacerlo saltar y voltearlo en sus manos. Lo exasperaba el recuerdo febril de las caricias del pasado. Sentía los bracitos agarrándose a su cuello, a la pequeña boca depositando un gran beso en su barba, con la cabellera cosquilleándole la mejilla. El ansia de aquellos dulces mimos desaparecidos, de la piel fina, cálida y deliciosa ofrecida a los labios lo enloquecía como el deseo de una mujer amada que ha huido.

En la calle se echaba a llorar de repente pensando que podría tener trotando a su lado, con sus piececitos, a su gordezuelo Georges, como en el pasado, cuando lo sacaba de paseo. Entonces volvía a casa; y con la cabeza entre las manos sollozaba hasta la noche.

Luego, veinte, cien veces al día se hacía esta pregunta; «¿Era o no era el padre de Georges?» Pero era sobre todo durante la noche cuando se entregaba a esta idea con razonamientos interminables. Nada más acostarse, cada noche volvía a empezar la misma serie de argumentaciones desesperadas.

Tras la marcha de su mujer, al principio ya no había tenido dudas: el niño pertenecía, desde luego, a Limousin. Luego, poco a poco, empezó a dudar. La afirmación de Henriette no podía tener ningún valor probablemente. Lo había provocado tratando de desesperarlo. Sopesando fríamente los pros y los contras, había muchas probabilidades de que hubiera mentido.

Sólo Limousin habría podido, quizá, decir la verdad. Pero ¿cómo saber, cómo interrogarle, cómo decidirle a confesar?

Y muchas veces Parent se levantaba en mitad de la noche, resuelto a ir en busca de Limousin, a rogarle, a ofrecerle cuanto quisiera para poner fin a aquella abominable angustia. Luego volvía a acostarse desesperado, tras hacer la reflexión de que, desde luego, ¡también el amante mentiría! Mentiría, por supuesto, para impedir que el verdadero padre recuperara a su hijo.

¿Qué hacer entonces? ¡Nada!

Y se afligía por haber precipitado así los acontecimientos, por no haber reflexionado, por no haberse armado de paciencia, por no haber sabido esperar y disimular, durante uno o dos meses, para informarse por sus propios ojos. Habría debido fingir que no sospechaba nada, dejándolos traicionarse sin darse cuenta. Le habría bastado ver al otro besando al niño para adivinar, para comprender. Un amigo no besa como un padre. ¡Los habría espiado detrás de las puertas! ¿Cómo no se le había ocurrido? Si Limousin, a solas con Georges, no lo cogía, ni lo estrechaba en sus brazos, ni lo besaba apasionadamente, si, indiferente, lo dejaba jugar sin preocuparse de él, no habría habido ninguna duda: es que entonces Limousin no era, no se creía, no se sentía el padre.

De manera que él, Parent, echando a la madre, se habría quedado con su hijo, y habría sido feliz, completamente feliz.

Volvía a meterse en la cama, sudando y torturado, tratando de recordar la actitud de Limousin con el pequeño. Pero no recordaba nada, absolutamente nada, ningún gesto, ninguna mirada, ninguna palabra, ninguna caricia sospechosa. Y, además, tampoco la madre se ocupaba casi de su hijo. Si lo hubiera tenido de su amante, no había duda de que lo habría querido más.

Así pues, lo habían separado de su hijo por venganza, por crueldad, para castigarle porque los había sorprendido.

Y decidió ir, en cuanto amaneciese, ante los jueces para tratar de recuperar a Georget.

Pero, una vez que tomaba esa resolución, se sentía invadido por la certeza contraria. Desde el momento en que Limousin había sido, desde el primer día, el amante de Henriette, el amante adorado, ella había debido de entregarse a él con ese impulso, ese abandono, ese ardor que hacen madres a las mujeres. La reserva fría que siempre había aportado a sus relaciones íntimas con él, con Parent, ¿no era también un obstáculo para que hubiera sido fecundada por su acoplamiento?

De ser así, iba a reclamar, a hacerse cargo, a conservar siempre y a cuidar al hijo de otro. No podría mirarlo, besarlo, oírle decir «papá» sin que esta idea lo hiriese, lo golpease: «No es hijo mío». ¡Iba a condenarse a ese suplicio continuo, a esa vida miserable! No, más valía permanecer solo, vivir solo, envejecer solo, y morir solo.

Y cada día, cada noche volvían a empezar aquellas abominables vacilaciones y aquellos sufrimientos que nada podía calmar ni acabar. Tenía pánico sobre todo a la oscuridad de la noche que llega, a la tristeza de los crepúsculos. En su corazón se producía entonces una especie de lluvia de pena, una inundación de desesperación que caía con las tinieblas, lo ahogaba y lo enloquecía. Tenía miedo a sus pensamientos como se tiene miedo a los malhechores, y huía de sus ideas como un animal perseguido. Temía sobre todo su hogar vacío, tan negro, terrible, y también las calles desiertas donde sólo brilla, de trecho en trecho, un farol de gas, donde el transeúnte solitario al que oímos de lejos parece un merodeador y aminora o apresura el paso según se dirija hacia vosotros u os siga.

Y a pesar suyo, por instinto, Parent se encaminaba hacia las grandes calles iluminadas y populosas. La luz y la muchedumbre lo atraían, lo ocupaban y lo aturdían. Luego, cuando estaba cansado de vagar, de vagabundear entre los remolinos de la gente, cuando veía que los transeúntes eran cada vez menos, y las aceras estaban más libres, el terror a la soledad y al silencio lo empujaba hacia un gran café lleno de bebedores y de claridad. Iba hacia él como las moscas a la llama, se sentaba en una mesita redonda y pedía una jarra de cerveza. La bebía lentamente, inquietándose cada vez que un cliente se levantaba para irse. Habría querido cogerlo del brazo, retenerlo, rogarle que se quedase un poco más, tanto era lo que temía la hora en que el camarero, de pie ante él, pronunciase en tono furioso: «Venga, señor, ¡vamos a cerrar!»

Porque todas las noches era el último. Veía recoger las mesas, apagar, uno tras otro, los mecheros de gas, salvo dos, el suyo y el del mostrador. Veía

desconsolado a la cajera contar su dinero y guardarlo en el cajón; y entonces se marchaba, echado por el personal que murmuraba: «¡Vaya pelmazo! ¡Se diría que no sabe dónde dormir!»

Y en cuanto volvía a encontrarse solo en la calle sombría, de nuevo empezaba a pensar en Georget y a devanarse los sesos, a torturarse la cabeza para descubrir si era o no era él el padre de su hijo.

Así se acostumbró a la cervecería, donde el roce continuo con los bebedores pone a vuestro lado a gente familiar y silenciosa, donde el abundante humo de las pipas adormece las inquietudes mientras la espesa cerveza embota la mente y calma el corazón.

Allí vivió. Nada más levantarse, iba a buscar allí vecinos para ocupar su mirada y su pensamiento. Luego, por no moverse, no tardó en tomar la costumbre de comer allí. A eso de mediodía, golpeaba con el platillo en la mesa de mármol, y el camarero traía enseguida un plato, un vaso, una servilleta y la comida del día. En cuanto había terminado de comer, bebía muy despacio su café, con la mirada clavada en la garrafita de aguardiente que no tardaría en darle una buena hora de embrutecimiento. Primero humedecía los labios en el coñac, como para probar su gusto, recogiendo el sabor del líquido únicamente con la punta de la lengua. Luego iba bebiéndolo gota a gota, echando la cabeza hacia atrás; paseaba muy despacio el fuerte licor por su paladar, por sus encías, por toda la mucosa de sus carrillos, mezclándolo con la saliva clara que ese contacto hacía surgir. Una vez que el coñac se endulzaba con esa mezcla, lo tragaba con recogimiento, sintiéndolo resbalar a lo largo de su gaznate hasta el fondo del estómago.

Después de cada comida, y durante una hora, bebía así, a sorbitos, tres o cuatro copas que iban abotargándolo poco a poco. Inclinaba entonces la cabeza hacia su vientre, cerraba los ojos y dormitaba. Se despertaba hacia media tarde, y acto seguido tendía la mano hacia la jarra de cerveza que el camarero había depositado ante él durante su sueño; luego, después de habérsela bebido, se levantaba de la banqueta de terciopelo rojo, se ajustaba el pantalón, estiraba el chaleco para tapar la línea blanca que se veía entre ambos, se sacudía el cuello de la chaqueta, sacaba los puños de la camisa fuera de las mangas, luego cogía los periódicos que ya había leído por la mañana.

Volvía a empezarlos desde la primera línea a la última, incluida la propaganda, las solicitudes de empleo, los anuncios, la cotización de la bolsa y los programas de los teatros.

Entre las cuatro y las seis iba a dar una vuelta por los bulevares, para tomar el aire, decía; luego volvía a sentarse en el sitio que le habían guardado y pedía su ajenjo.

Entonces hablaba con los clientes que había conocido. Comentaban las noticias del día, los sucesos y los acontecimientos políticos: eso le entretenía hasta la hora de la cena. La velada transcurría como la tarde hasta el momento del cierre. Era para él el instante terrible, el instante en que tenía que volver a la oscuridad, al cuarto vacío, lleno de recuerdos espantosos, de pensamientos horribles y de angustias. Ya no veía a ninguno de sus antiguos amigos, a ninguno de sus familiares, a nadie que pudiera recordarle su vida pasada.

Pero como su piso se le volvía un infierno, tomó una habitación en un gran hotel, una hermosa habitación de entresuelo para ver a los transeúntes. En aquel enorme establecimiento público ya no estaba solo; sentía bullir la gente a su alrededor; oía voces detrás de los tabiques; y, cuando viejos sufrimientos lo acosaban con demasiada crueldad frente a su cama entreabierta y a su chimenea solitaria, salía a los anchos corredores y paseaba como un faccioso a lo largo de todas las puertas cerradas, mirando con tristeza los zapatos emparejados delante de cada una, las lindas botinas de mujer acurrucadas al lado de unas fuertes botas de hombre; y pensaba que toda aquella gente era feliz sin duda, y dormían tiernamente, uno al lado del otro o abrazados bajo el calor de sus mantas.

Cinco años transcurrieron así; cinco años sombríos, sin más acontecimientos que amores de dos horas, por dos luises[244], de vez en cuando.

Pero un día, cuando daba su habitual paseo entre la Madeleine y la calle Drouot, vio de pronto a una mujer cuyo porte le sorprendió. La acompañaban un señor alto y un niño. Los tres caminaban delante de él. Se preguntaba: «¿Dónde he visto a estas personas?», y de pronto reconoció un gesto de la mano: era su mujer, su mujer con Limousin, y con su hijo, su pequeño Georges.

Su corazón latía hasta asfixiarle; pero no se detuvo; quería verlos; y los siguió. Se hubiera dicho un matrimonio, un buen matrimonio de buenos burgueses. Henriette se apoyaba en el brazo de Paul, le hablaba con ternura y volvía la cabeza hacia él. Entonces Parent la veía de perfil, reconocía la graciosa línea de su cara, los movimientos de su boca, su sonrisa, y la caricia de su mirada. Pero le preocupaba sobre todo el niño. ¡Cómo había crecido, y qué fuerte! Parent no podía verle la cara, sólo los largos cabellos rubios que

caían sobre el cuello en rizados bucles. Aquel alto muchacho de piernas desnudas que iba, como un hombrecito, al lado de su madre, era Georget.

Como se habían detenido delante de un almacén, de pronto los vio a los tres. Limousin había encanecido, envejecido, adelgazado; su mujer, en cambio, más lozana que nunca, más bien había engordado; Georges se había vuelto irreconocible, tan distinto de antes.

Reanudaron la marcha. Parent volvió a seguirlos, luego los adelantó a zancadas para volver y verlos muy de cerca, de frente. Cuando pasó al lado del niño sintió ganas, unas ganas locas de cogerlo en sus brazos y llevárselo. Lo rozó como por casualidad. El pequeño volvió la cabeza y miró a aquel torpe con ojos disgustados. Entonces Parent huyó, impresionado, perseguido, herido por aquella mirada. Huyó igual que un ladrón, presa de un miedo horrible a haber sido visto y reconocido por su mujer y el amante. Fue de una carrera hasta su cervecería, y se derrumbó, jadeante, sobre una silla.

Esa noche bebió tres ajenjos.

Durante cuatro meses guardó en el corazón la herida de ese encuentro. Todas las noches volvía a verlos a los tres, felices y tranquilos, padre, madre e hijo, paseando por el bulevar, antes de regresar a casa para la cena. Esta visión nueva borraba la antigua. Era otra cosa, ahora se trataba de una alucinación, y también de otro dolor. El pequeño Georges, su pequeño Georges, al que tanto había amado y abrazado en otro tiempo, desaparecía en un pasado lejano y concluido, y veía uno nuevo, una especie de hermano del primero, un muchacho de pantorrillas desnudas, ¡y que no lo reconocía! Sufría de manera horrible al pensarlo. El amor del pequeño estaba muerto; ya no existía ningún lazo entre ellos: el niño no habría tendido los brazos al verle. Hasta le había mirado con ojos desagradables.

Luego, poco a poco, su alma volvió a calmarse: sus torturas mentales iban debilitándose; la imagen que había aparecido ante sus ojos y que hostigaba sus noches se tornó indecisa, más rara. Volvió a vivir poco más o menos como todo el mundo, como todos los ociosos que beben cañas de cerveza en mesas de mármol y desgastan sus pantalones sobre el terciopelo raído de los asientos.

Envejeció entre el humo de las pipas, fue perdiendo el pelo bajo la llama del gas, consideró como acontecimientos el baño de todas las semanas, el corte de pelo cada quince días, la compra de un traje nuevo o de un sombrero. Cuando llegaba a la cervecería tocado con un sombrero nuevo, se contemplaba largo rato en el espejo antes de sentarse, se lo ponía y quitaba varias veces seguidas, se lo colocaba de diferentes maneras y por fin

preguntaba a su amiga, la dama del mostrador, que lo miraba interesada: «¿Cree que me sienta bien?»

Dos o tres veces al año iba al teatro; y en verano pasaba en ocasiones sus veladas en un café-concierto de los Campos Elíseos. En la cabeza se le quedaban canciones que cantaban en el fondo de su memoria durante varias semanas y que tarareaba incluso marcando el compás con su pie, cuando estaba sentado ante su jarra de cerveza.

Los años pasaban lentos, monótonos y cortos porque estaban vacíos.

No los sentía deslizarse sobre él. Se encaminaba a la muerte sin moverse, sin agitarse, sentado frente a una mesa de cervecería; y sólo el gran espejo en el que apoyaba su cráneo cada día más calvo reflejaba los estragos del tiempo que pasa y huye devorando a los hombres, a los pobres hombres.

Ahora, apenas si pensaba alguna vez en el espantoso drama en el que había naufragado su vida, porque desde aquella noche horrible habían transcurrido veinte años.

Pero la existencia que había llevado luego lo había gastado, debilitado, agotado; y muchas veces el dueño de su cervecería, el sexto dueño desde que entrara por primera vez en aquel establecimiento, le decía: «Debería moverse un poco, señor Parent; debería tomar el aire, ir al campo, le aseguro que mejoraría usted mucho en pocos meses».

Y cuando su cliente acababa de marcharse, el comerciante comunicaba sus ideas a la cajera: «Este pobre señor Parent va por mal camino, no sirve de nada no salir nunca de París. Ya que tiene confianza con usted, convénzalo para que vaya a las afueras a comerse una caldereta de pescado de vez en cuando. Pronto llega el verano, eso lo reanimará».

Y la cajera, llena de lástima y de bondad hacia aquel cliente obstinado, le repetía todos los días a Parent: «Vamos, señor, ¡decídase a tomar el aire! ¡Es tan bonito el campo cuando hace bueno! ¡Oh!, yo, si pudiese, ¡me pasaría la vida en él!»

Y le comunicaba sus sueños, los sueños poéticos y sencillos de todas las pobres muchachas encerradas de principio a fin de año tras los cristales de una tienda y que miran pasar la vida ficticia y bulliciosa de la calle, pensando en la vida tranquila y dulce de los campos, en la vida bajo los árboles, bajo el radiante sol que cae sobre los prados, sobre los bosques profundos, sobre los claros ríos, sobre las vacas acostadas en la hierba, y sobre todas las flores diversas, sobre todas las flores libres, azules, rojas, amarillas, violetas, lilas, rosadas, blancas, tan graciosas, tan frescas, tan perfumadas, sobre todas las

flores de la naturaleza que se cogen al pasear y con las que se hacen ramos enormes.

A ella le gustaba hablarle continuamente de su eterno deseo, irrealizado e irrealizable; y a él, pobre viejo sin esperanzas, le gustaba escucharla. Ahora iba a sentarse al lado del mostrador para hablar con la señorita Zoé y discutir sobre el campo con ella. Entonces, poco a poco, fueron entrándole unos vagos deseos de ir a ver, siquiera por una vez, si realmente hacía tan buen tiempo, como ella decía, fuera de los muros de la gran ciudad.

Una mañana preguntó:

«¿Sabe dónde se puede almorzar bien en las cercanías de París?»

Ella respondió:

«Vaya a la Terraza de Saint-Germain[245]. ¡Aquello es precioso!»

En el pasado, en el momento de sus esponsales, había paseado por allí. Decidió volver.

Eligió un domingo, sin ninguna razón especial, sólo porque es costumbre salir los domingos, incluso aunque no se haga nada durante la semana.

Así pues, una mañana de domingo, partió para Saint-Germain.

Era a principios de julio, un día resplandeciente y caluroso. Sentado junto a la portezuela de su vagón, miraba correr los árboles y las extrañas casitas de los alrededores de París. Se sentía triste, molesto por haber cedido a aquel nuevo deseo, por haber roto sus hábitos. El paisaje cambiante y siempre igual lo cansaba. Tenía sed: con gusto se habría apeado en cada estación para sentarse en el café vislumbrado detrás de la estación, para beber una o dos cañas y volver a coger el primer tren que pasara en dirección a París. Además, el viaje le parecía largo, muy largo. Permanecía sentado días enteros para tener delante de los ojos las mismas cosas inmóviles, pero le parecía irritante y fatigoso estar sentado cambiando de sitio, ver moverse toda la comarca a su alrededor mientras él no hacía ningún movimiento.

Sin embargo se interesó por el Sena cada vez que lo cruzó. Bajo el puente de Chatou vio unas yolas[246] que pasaban impulsadas a grandes golpes de remo por remeros de brazos desnudos; y pensó: «¡Estos mozancones sí que no deben de aburrirse!»

La larga cinta de río desplegada entre las dos orillas del puente del Pecq despertó en el fondo de su corazón un vago deseo de pasear por la orilla. Pero el tren se adentró bajo el túnel que precede a la estación de Saint-Germain para detenerse enseguida en el andén de llegada.

Parent se apeó y, abotargado de cansancio, se encaminó con las manos a la espalda hacia la Terraza. Luego, llegado a la balaustrada de hierro, se

detuvo para contemplar el horizonte. La llanura inmensa se desplegaba frente a él, vasta como el mar, enteramente verde y poblada por grandes aldeas tan populosas como ciudades. Carreteras blancas atravesaban aquella enorme región, extremos de bosques la arbolaban a trechos, los estanques del Vésinet brillaban como placas de plata, y los ribazos lejanos de Sanois y de Argenteuil apuntaban bajo una bruma ligera y azulada que apenas permitía adivinarlos. El sol bañaba con su luz abundante y cálida todo aquel gran paisaje algo velado por los vapores matinales, por el sudor de la tierra caliente que se exhalaba en nieblas menudas, y por las emanaciones húmedas del Sena, que se extendía como una serpiente infinita a través de las llanuras, bordeaba los pueblos y contorneaba las colinas.

Una brisa suave, impregnada del olor de las hierbas y la savia, acariciaba la piel, penetraba en el fondo del pecho, parecía rejuvenecer el corazón, aligerar el espíritu, vivificar la sangre.

Parent, sorprendido, la respiraba a pleno pulmón, con los ojos deslumbrados por la extensión del paisaje; y murmuró: «Vaya, aquí se está bien».

Luego dio unos pasos, y otra vez se detuvo para mirar. Creía descubrir cosas desconocidas y nuevas, no las cosas que veían sus ojos, sino cosas que su alma presentía, acontecimientos ignorados, felicidades vislumbradas, alegrías inexploradas, todo un horizonte de vida que nunca había sospechado y que bruscamente se abría ante él frente a aquel horizonte ilimitado de campo.

Toda la horrible tristeza de su existencia le pareció iluminada por la claridad violenta que inundaba la tierra. Vio sus veinte años de café sombríos, monótonos, desconsoladores. Habría podido viajar como otros, ir lejos, muy lejos, a países nuevos, a tierras poco conocidas, más allá de los mares, interesarse por todo lo que apasiona a los demás hombres, las artes, las ciencias, amar la vida de mil formas, la vida misteriosa, encantadora y angustiosa, siempre cambiante, siempre inexplicable y atrayente.

Ahora era demasiado tarde. Iría de jarra en jarra de cerveza hasta la muerte, sin familia, sin amigos, sin esperanzas, sin curiosidad por nada. Una angustia infinita lo invadió, y unos deseos de escapar, de esconderse, de volver a París, a su cervecería y a su embotamiento. Todos los pensamientos, todos los sueños, todos los deseos que duermen en la pereza de los corazones inactivos se habían despertado, removidos por aquel rayo de sol sobre las llanuras.

Sintió que si seguía solo más tiempo en aquel sitio iba a volverse loco, y no tardó en llegar al pabellón Enrique IV[247] para almorzar, aturdirse con el vino y el alcohol y hablar por lo menos con alguien.

Se sentó a una mesita en los bosquecillos desde donde se domina toda la campiña, y eligió su menú rogando que se lo sirvieran enseguida.

Llegaban otros paseantes, se sentaban en las mesas contiguas. Se sentía mejor: ya no estaba solo.

En un cenador almorzaban tres personas. Los había mirado varias veces sin verlos, igual que se mira a los indiferentes.

De pronto, una voz femenina provocó en él uno de esos escalofríos que hacen estremecerse la médula.

Aquella voz había dicho: «Georges, tienes que trinchar el pollo».

Y otra voz había respondido: «Sí, mamá». Parent alzó los ojos; ¡y comprendió, adivinó enseguida quiénes eran aquellas personas! Desde luego, no las habría reconocido. Su mujer tenía todo el pelo blanco, estaba muy gruesa, una anciana señora seria y respetable; y comía adelantando la cabeza, por temor a mancharse, aunque se había cubierto la pechera con una servilleta. Georges se había vuelto un hombre. Tenía barba, esa barba desigual y casi incolora que riza levemente las mejillas de los adolescentes. Llevaba sombrero de copa, chaleco de cutí blanco y monóculo, por *chic*, sin duda. Parent lo contemplaba, ¡estupefacto! ¿Aquél era Georges, su hijo? — No, no conocía a aquel joven, no podía haber nada común entre ellos.

Limousin, de espaldas, comía, con los hombros algo encorvados.

Así pues, aquellos tres seres parecían felices y contentos; iban a almorzar al campo, a restaurantes conocidos. Habían llevado una existencia tranquila y dulce, una existencia familiar en un buen hogar cálido y poblado, poblado por todas esas pequeñeces que hacen la vida agradable, por todas las dulzuras del cariño, por todas las palabras tiernas que sin cesar se intercambian cuando se ama. Habían vivido así gracias a él, Parent, con su dinero, ¡después de haberlo engañado, robado, perdido! ¡Lo habían condenado a él, al inocente, al ingenuo, al bonachón, a todas las tristezas de la soledad, a la abominable vida que había llevado entre una acera y un mostrador, a todas las torturas morales y a todas las miserias físicas! Habían hecho de él un ser inútil, perdido, extraviado en el mundo, un pobre viejo sin alegrías posibles, sin expectativas, que no esperaba nada de nada ni de nadie. Para él la tierra estaba vacía, porque no amaba nada en la tierra. Podía recorrer los pueblos y correr por las calles, entrar en todas las casas de París, abrir todas las habitaciones, detrás de ninguna puerta encontraría la cara buscada, adorada, cara de mujer o cara de

niño, que sonríe al veros. Y esa idea lo torturaba, la idea de la puerta que se abre para encontrar y besar a alguien detrás.

Y la culpa de todo eso era de aquellos tres miserables; la culpa era de aquella mujer indigna, de aquel amigo infame y de aquel muchacho rubio que adoptaba aires arrogantes.

Ahora odiaba al niño tanto como a los otros dos. ¿No era el hijo de Limousin? De no ser así, ¿se habría quedado Limousin con él, lo habría amado? ¿Es que Limousin no habría abandonado enseguida a la madre y al pequeño si no hubiera sabido que el niño era suyo, completamente suyo? ¿Se cría acaso a los hijos de otros?

Y allí estaban, a unos pasos de él, aquellos tres malhechores que tanto lo habían hecho sufrir.

Parent los miraba, rabiando, exaltándose con el recuerdo de todos sus dolores, de todas sus angustias, de todas sus desesperaciones. Lo exasperaba sobre todo su aspecto tranquilo y satisfecho. Tenía ganas de matarlos, de lanzarles su sifón de agua de Seltz, de abrirle la cabeza a Limousin, a la que veía a cada momento agacharse hacia el plato y volverse a levantar enseguida.

Y seguirían viviendo así, sin preocupaciones, sin inquietudes de ningún tipo. No, no. ¡Aquello era demasiado! Se vengaría; iba a vengarse enseguida ya que los tenía a mano. Pero ¿cómo? Pensaba, meditaba en cosas espantosas como las que ocurren en los folletines, pero no encontraba nada que se pudiera hacer. Y bebía, trago tras trago, para excitarse, para darse valor, para no dejar escapar una ocasión como aquélla, que sin duda no volvería a presentársele nunca.

De repente tuvo una idea, una idea terrible; y dejó de beber para madurarla. Una sonrisa fruncía sus labios; murmuraba: «Los tengo. Los tengo. Ahora veréis. Ahora veréis».

Un camarero le preguntó: «¿Qué más desea el señor?

—Nada. Café y coñac, del mejor».

Y los miraba mientras bebía a sorbitos su copa. Había demasiada gente en aquel restaurante para que quisiera intentar algo; por lo tanto, esperaría, los seguiría; porque a buen seguro irían a pasear por la terraza o al bosque. Cuando estuvieran algo lejos, los alcanzaría, y entonces se vengaría, sí, ¡se vengaría! Además, no era demasiado pronto, después de veinte años de sufrimientos. ¡Ah!, no sospechaban lo que iba a ocurrirles.

Acababan tranquilamente su almuerzo, hablando muy seguros. Parent no podía oír sus palabras, pero veía sus gestos tranquilos. La cara de su mujer era

lo que más le exasperaba. Había adoptado un aire altanero, un aire de beata gorda, de beata inabordable, acorazada de principios, blindada de virtud.

Luego pagaron la cuenta y se levantaron. Entonces vio de frente a Limousin. Se hubiera dicho un diplomático retirado, tanta era la importancia que se daba con sus hermosas patillas suaves y blancas cuyas puntas caían sobre las solapas de su levita.

Salieron. Georges fumaba un puro y llevaba el sombrero ladeado sobre la oreja. Parent los siguió al punto.

Primero dieron una vuelta por la terraza y admiraron el paisaje complacidos, como miran las personas ahítas; luego se adentraron en el bosque.

Parent se frotaba las manos mientras los seguía de lejos, escondiéndose para no despertar demasiado pronto su atención.

Caminaban despacio, tomando un baño de verdor y de aire tibio. Henriette se apoyaba en el brazo de Limousin y caminaba erguida a su lado, como esposa segura y orgullosa de sí misma. Georges cortaba las hojas con su bastoncillo, y de vez en cuando franqueaba las cunetas con un salto ligero de potro ardiente, presto a desbocarse en la espesura.

Parent iba acercándose poco a poco, jadeando de emoción y de fatiga; pero también lo dominaba el miedo, un miedo confuso, inexplicable, y los adelantó para volver hacia ellos y abordarlos de frente.

Caminaba con el corazón palpitante, sintiéndolos ahora a sus espaldas, y se repetía: «¡Vamos, es el momento! ¡Audacia, audacia! Es el momento».

Se volvió. Se habían sentado, los tres, en la hierba, al pie de un grueso árbol; y seguían charlando.

Entonces se decidió, y volvió con paso rápido. Deteniéndose ante ellos, de pie en medio del camino, balbució con una voz breve, con una voz rota por la emoción:

«¡Soy yo! ¡Aquí estoy! ¿No me esperabais?»

Los tres examinaron a aquel hombre que les parecía loco.

Él prosiguió:

«Se diría que no me habéis reconocido. ¡Miradme bien! Soy Parent. Henri Parent. ¿No me esperabais, verdad? Pensabais que todo había acabado, totalmente, que no me veríais nunca más, nunca. ¡Pues no, aquí estoy, he vuelto! Ahora vamos a tener una explicación».

Henriette, asustada, escondió la cara entre las manos, murmurando: «¡Oh, Dios mío!»

Viendo a aquel desconocido que parecía amenazar a su madre, Georges se había levantado, dispuesto a agarrarlo por el cuello.

Limousin, aterrado, miraba con ojos despavoridos a aquel fantasma que, tras haber tomado aire unos segundos, continuó: «Ahora vamos a tener una explicación. ¡Ha llegado el momento! ¡Ah!, me engañasteis, me condenasteis a una vida de presidiario, y creísteis que no volveríais a verme».

Pero el joven lo agarró por los hombros, y le dijo rechazándole:

«¿Está usted loco? ¿Qué es lo que quiere? Siga su camino ahora mismo, ¡o le doy una tunda de palos!»

Parent respondió:

«¿Qué es lo que quiero? Quiero decirte quién es esta gente».

Pero Georges, irritado, lo zarandeaba, iba a pegarle. El otro continuó:

«Suéltame. Soy tu padre… Mira, ¡mira si ahora no me reconocen estos miserables!»

Asustado, el joven abrió las manos y se volvió hacia su madre.

Parent, libre, avanzó hacia ella:

«¿Qué? ¿No le dice quién soy? ¡Dígale que me llamo Henri Parent, y que yo soy su padre ya que él se llama Georges Parent, ya que usted es mi esposa, ya que los tres viven de mi dinero, de la pensión de diez mil francos que les pago desde que los eché de mi casa! Porque la sorprendí a usted con ese miserable, con ese infame, ¡con su amante! Dígale cómo era yo, un buen hombre, con el que usted se casó por mi fortuna, y al que engañó desde el primer día. Dígale quién es usted y quién soy yo…»

Balbucía, jadeaba, presa de cólera.

La mujer chilló con una voz desgarradora:

«Paul, Paul, ¡impídeselo! Haz que se calle, que se calle, ¡impídele decir eso delante de mi hijo!»

Limousin también se había levantado. Con voz muy baja, murmuró:

«Cállese. Cállese. Comprenda lo que está haciendo».

Parent prosiguió furioso:

«Sé muy bien lo que hago. Y no he acabado. Hay una cosa que quiero saber, una cosa que me tortura desde hace veinte años».

Luego, volviéndose hacia Georges, que, desesperado, se había apoyado en un árbol:

«Y tú, escucha: cuando ella se fue de mi casa, pensó que no era suficiente con haberme traicionado; quiso además desesperarme. Tú eras todo mi consuelo; pues bien, te llevó consigo jurándome que yo no era tu padre, ¡que tu padre era ése! ¿Mintió? No lo sé. Me lo pregunto desde hace veinte años».

Avanzó hacia ella, trágico, terrible, y, arrancándole la mano con que se tapaba la cara: «Bien. Hoy la conmino a decirme cuál de nosotros es el padre de este joven: él o yo; su marido o su amante. ¡Vamos, vamos, conteste!»

Limousin se abalanzó contra él. Parent lo rechazó, y con una risita de burla dijo furioso:

«¡Ah!, hoy eres valiente; eres más valiente que el día en que huías a la escalera porque iba a darte una paliza. ¡Pues bien!, si ella no contesta, contéstame tú. Tú debes de saberlo tan bien como ella. Dime, ¿eres el padre de este muchacho? ¡Vamos, vamos, habla!»

Se volvió hacia su mujer.

«Si no queréis decírmelo a mí, decídselo por lo menos a vuestro hijo. Ya es un hombre. Tiene todo el derecho a saber quién es su padre. ¡Yo sí que no lo sé, no lo he sabido jamás, jamás, jamás! Yo no puedo decírtelo, hijo».

Estaba enloqueciendo, su voz adquiría una entonación aguda. Y agitaba los brazos como un epiléptico.

«Venga… venga… Responded… Ella no sabe… Apuesto a que no sabe… No… no sabe… ¡pardiez!… ¡Se acostaba con los dos! ¡Ja, ja, ja!… nadie sabe… nadie. ¿Se saben acaso esas cosas?… Tampoco tú lo sabrás, muchacho, no lo sabrás, como tampoco yo… nunca… Venga… pregúntale… pregúntale… verás que ella no lo sabe… Yo tampoco… él tampoco… tú tampoco… nadie sabe… Puedes escoger… sí… puedes escoger, él o yo. Elige… Buenas noches… Se acabó… Si ella se decide a decírtelo, vendrás a comunicármelo, al Hotel des Continents[248], ¿verdad?… Me gustará saberlo… Buenas noches… Os deseo que os divirtáis…»

Y se marchó gesticulando, mientras seguía hablando solo bajo los grandes árboles, en el aire vacío y fresco, impregnado de aromas de savias. Ni siquiera se volvió a mirarlos. Caminaba recto, andando bajo un impulso de rabia, bajo un soplo de exaltación, con la mente arrastrada por su idea fija.

De pronto se encontró delante de la estación. Un tren estaba a punto de partir. Montó en él. Durante el trayecto, su rabia se aplacó, recobró el sentido y regresó a París, estupefacto por su audacia.

Se sentía quebrantado como si se le hubieran roto los huesos por dentro. Sin embargo, fue a beberse una jarra a su cervecería.

Al verlo entrar, la señorita Zoé, sorprendida, le preguntó:

«¿Ya de vuelta? ¿Es que se ha cansado?»

Él respondió: «Sí… sí… muy cansado… muy cansado… Ya comprende usted… cuando uno no tiene costumbre de salir… Se acabó, no volveré más

al campo. Habría hecho mejor quedándome aquí. En adelante, no me moveré».

Y ella no consiguió hacerle contar su paseo, pese a las ganas que tenía de oírlo.

Por primera vez en su vida, se emborrachó por completo esa noche, y tuvieron que llevarlo a casa.

La pequeña Roque[249]

El cartero Médéric Rompel, al que la gente de la región llamaba familiarmente Médéric, salió a la hora de costumbre de la casa de Correos de Roüy-le-Tors[250]. Cuando cruzó el pequeño pueblo con su largo paso de veterano, atajó primero por los prados de Villaumes para llegar a la orilla del Brindille que lo conducía, siguiendo el agua, hasta el pueblo de Carvelin, donde empezaba el reparto.

Caminaba deprisa a lo largo del estrecho río que espumaba, gruñía, hervía y se deslizaba rápidamente sobre su lecho de hierbas, bajo una bóveda de sauces. Al detener la corriente, las grandes piedras tenían a su alrededor un rodete de agua, una especie de corbata rematada en un nudo de espuma. De trecho en trecho había cascadas de un pie, invisibles a menudo, que hacían bajo las hojas, bajo los bejucos, bajo un techo de verdor, un enorme ruido colérico y suave; luego, más adelante, las riberas se ensanchaban, y uno encontraba un pequeño lago apacible donde nadaban truchas en medio de toda esa cabellera verde que ondea en el fondo de los arroyos tranquilos.

Médéric seguía caminando sin ver nada, pensando sólo en una cosa: «Mi primera carta es para la casa Poivron, luego tengo una para el señor Renardet; por lo tanto tendré que cruzar el oquedal.»

Su guardapolvo ceñido a la cintura por una correa de cuero negro pasaba con rapidez y regularidad por encima del seto verde de los sauces; y su bastón, una fuerte vara de acebo, caminaba a su lado con el mismo movimiento que sus piernas.

Así pues, pasó el Brindille por un puente formado por un solo árbol, tendido de una orilla a otra, con una cuerda sostenida por dos estacas clavadas en las riberas por único pasamanos.

El oquedal, perteneciente al señor Renardet, alcalde de Carvelin, y el mayor propietario del lugar, era una especie de bosque de árboles antiguos, enormes, derechos como columnas, y que se extendía, en una longitud de media legua, por la orilla izquierda del río que servía de límite a aquella inmensa bóveda de follaje. A lo largo del agua habían crecido grandes

arbustos, calentados por el sol; pero bajo el oquedal sólo había musgo, un musgo espeso, suave y blando, que difundía por el aire estancado un ligero olor a moho y a ramas muertas.

Médéric aflojó el paso, se quitó el quepis negro ribeteado con un galón rojo y se enjugó la frente, pues ya hacía calor en los prados, aunque aún no eran las ocho de la mañana.

Acababa de volver a ponérselo y de reanudar su paso rápido cuando al pie de un árbol vio un cuchillo, un cuchillito de niño. Cuando lo recogía, descubrió también un dedal, luego un alfiletero dos pasos más allá.

Después de recoger estos objetos, pensó: «Se los entregaré al señor alcalde»; y reanudó la marcha; pero ahora abría los ojos, esperando siempre encontrar otra cosa.

De repente se paró en seco, como si hubiera chocado contra una valla de madera; porque, diez pasos delante de él yacía, tendido de espaldas, un cuerpo infantil, completamente desnudo, sobre el musgo. Era una chiquilla de unos doce años. Tenía los brazos abiertos, las piernas separadas, la cara tapada con un pañuelo. Un poco de sangre manchaba sus muslos.

Médéric empezó a avanzar de puntillas, como si temiera hacer ruido o recelara de algún peligro; y abría los ojos como platos.

¿Qué era aquello? ¿Estaría dormida? Luego pensó que no se duerme así, completamente desnudo, a las siete y media de la mañana, bajo unos árboles fríos. Por lo tanto, estaba muerta; y él se encontraba en presencia de un crimen. Ante esta idea, un escalofrío le recorrió la espalda, aunque era un antiguo soldado. Y además, en la región era algo tan raro un asesinato, y más todavía el asesinato de un niño, que no podía dar crédito a sus ojos. Pero no tenía ninguna herida, sólo aquella sangre coagulada en la pierna. ¿Cómo, pues, la habían matado?

Se había parado muy cerca de ella; y la miraba, apoyado en su vara. La conocía, desde luego, porque conocía a todos los habitantes de la comarca; pero, al no poder verle la cara, no podía adivinar su nombre. Se agachó para quitarle el pañuelo que le tapaba el rostro; luego se detuvo, con la mano extendida, frenado por una reflexión.

¿Tenía derecho a alterar algo en el estado del cadáver antes de las investigaciones de la justicia? Imaginaba a la justicia como una especie de general al que no se le escapa nada y que da tanta importancia a un botón perdido como a una cuchillada en el vientre. Quizá bajo aquel pañuelo se encontrase una prueba capital; en fin, era una pieza de convicción que podía perder su valor si una mano torpe la tocaba.

Entonces se levantó para correr a casa del señor alcalde; pero otro pensamiento volvió a frenarlo. Si por casualidad la niña seguía viva, él no podía abandonarla así. Se arrodilló muy despacio, bastante lejos de ella por prudencia, y tendió la mano hacia su pie. Estaba frío, helado, con ese frío terrible que vuelve espantosa la carne muerta y no deja ninguna duda. Ante aquel tacto, el cartero sintió que se le revolvía el estómago, como dijo más tarde, y la saliva se le secaba en la boca. Levantándose bruscamente, echó a correr por el oquedal hacia la casa del señor Renardet.

Caminaba a paso gimnástico, con la vara bajo el brazo, los puños cerrados, la cabeza inclinada hacia adelante; y su bolsa de cuero, llena de cartas y de periódicos, le golpeaba con cadencia los riñones.

La casa del alcalde estaba al final del bosque, que le servía de parque y bañaba toda una esquina de sus tapias en un pequeño estanque que formaba el Brindille en aquel punto.

Era una gran mansión cuadrada, de piedra gris, muy antigua, que en el pasado había sufrido asedios, y que remataba una torre enorme, de veinte metros de altura, construida en el agua.

Desde lo alto de aquella ciudadela vigilaban antaño toda la región. La llamaban la torre del Zorro, sin que se supiera exactamente por qué; y de ese apelativo había salido sin duda el apellido Renardet[251] que llevaban los propietarios de aquel feudo que pertenecía a la misma familia, según se decía, desde hacía más de doscientos años. Porque los Renardet formaban parte de esa burguesía casi noble que antes de la Revolución era fácil encontrar en provincias.

El cartero entró de un salto en la cocina donde desayunaban los criados y gritó: «¿Está levantado el señor alcalde? Tengo que hablarle ahora mismo». Se sabía que Médéric era un hombre de peso y de autoridad, y al punto comprendieron que había ocurrido algo grave.

El señor Renardet, avisado, ordenó que pasase. El cartero, pálido y sofocado, con el quepis en la mano, encontró al alcalde sentado ante una larga mesa cubierta de papeles esparcidos.

Era un hombre grueso y alto, pesado y encarnado, fuerte como un buey y muy querido en la comarca, aunque excesivamente violento. De unos cuarenta años de edad y viudo desde hacía seis meses, vivía en sus tierras como gentilhombre rural. Su temperamento fogoso le había acarreado con frecuencia líos penosos de los que siempre le sacaban los magistrados de Roüy-le-Tors, como amigos indulgentes y discretos. Pues, ¿no había tirado un día, de lo alto del pescante, al conductor de la diligencia porque había estado

a punto de aplastar a su perro de muestra *Micmac*? ¿No le había roto las costillas a un guardamontes que levantaba actas contra él porque cruzaba, escopeta al brazo, una tierra que pertenecía al vecino? ¿No había llegado a coger de las solapas al subprefecto, que se detenía en el pueblo durante una visita administrativa calificada por el señor Renardet de visita electoral, ya que por tradición familiar siempre hacía oposición al gobierno?

El alcalde preguntó: «¿Qué pasa, Médéric?

—He encontrado una niñita muerta en su oquedal».

Renardet se levantó, con el rostro color de ladrillo:

«¿Qué dice?… ¿Una niña?

—Sí, señor, una niña pequeña, totalmente desnuda, de espaldas, con sangre, muerta, ¡bien muerta!»

El alcalde soltó un reniego: «Maldita sea, apuesto a que es la pequeña Roque. Acaban de avisarme de que ayer noche no volvió a casa de su madre. ¿En qué lugar la ha descubierto?»

El cartero explicó el sitio, dio detalles, se ofreció para llevar allí al alcalde.

Pero Renardet respondió en tono brusco. «No. No le necesito. Envíeme enseguida al guarda rural, al secretario del ayuntamiento y al médico, y siga con su reparto. Venga, deprisa, vaya y dígales que se reúnan conmigo en el oquedal.»

El cartero, hombre acostumbrado a la disciplina, obedeció y se retiró, furioso y desconsolado por no asistir a las pruebas.

También salió el alcalde, que cogió su sombrero, un gran sombrero flexible de fieltro gris, de alas anchísimas, y se detuvo unos segundos en el umbral de su mansión. Ante él se extendía un enorme prado de césped donde destacaban tres grandes manchas, roja, azul y blanca, tres enormes macizos de flores abiertas, uno frente a la casa y los otros a los lados. Más allá se alzaban hasta el cielo los primeros árboles del monte alto, mientras a la izquierda, encima del Brindille ensanchado en estanque, se veían largos prados, toda una comarca verde y llana, cortada por acequias y filas de sauces semejantes a monstruos, enanos rechonchos, siempre podados, y que llevaban sobre un tronco enorme y corto un tembloroso plumero de delgadas ramas.

A la derecha, detrás de las cuadras, los cobertizos y todas las construcciones que dependían de la propiedad, empezaba el pueblo, rico, habitado por criadores de bueyes. Renardet bajó despacio los peldaños de su escalinata y, torciendo a la izquierda, llegó a la orilla del agua, que siguió a paso lento, con las manos a la espalda. Caminaba con la cabeza inclinada; y

de vez en cuando miraba a su alrededor por si veía a las personas en cuya busca había enviado.

Cuando hubo llegado bajo los árboles, se detuvo, se quitó el sombrero y se enjugó la frente como había hecho Médéric; porque el ardiente sol de julio caía como lluvia de fuego sobre la tierra. Luego, el alcalde volvió a ponerse en marcha, se detuvo otra vez, volvió sobre sus pasos. De pronto, agachándose, mojó el pañuelo en el arroyo que se deslizaba a sus pies y lo extendió sobre su cabeza, debajo del sombrero. Gotas de agua le corrían a lo largo de las sienes, sobre sus orejas siempre violáceas, sobre su cuello potente y colorado, y entraban, una tras otra, bajo el cuello blanco de su camisa.

Como aún no aparecía nadie, se puso a golpear el suelo con el pie, luego llamó: «¡Eh! ¡Eh!»

Una voz respondió a la derecha: «¡Eh! ¡Eh!»

Y bajo los árboles apareció el médico. Era un hombrecillo delgado, antiguo cirujano militar, que pasaba por muy capaz en los alrededores. Cojeaba, por haber sido herido en campaña, y se ayudaba de un bastón para caminar.

Luego vieron al guarda rural y al secretario del ayuntamiento, que, avisados a la vez, llegaban juntos. Acudían con el susto en la cara y jadeando, andando y trotando sucesivamente para darse prisa, y agitando con tal fuerza los brazos que parecían hacer con ellos más tarea que con sus piernas.

Renardet preguntó al médico: «¿Sabe usted de qué se trata?

—Sí, una niña muerta encontrada en el bosque por Médéric.

—Está bien. Vamos.

Se pusieron en marcha uno al lado del otro, seguidos por los dos hombres. Sobre el musgo, sus pasos no hacían ningún ruido; sus ojos buscaban a lo lejos, delante de ellos.

El doctor Labarbe extendió de repente el brazo: «Miren, ¡allí!»

Muy lejos, bajo los árboles, se divisaba algo claro. Si no hubieran sabido lo que era, no lo habrían adivinado. Parecía reluciente y tan blanco que se lo hubiera tomado por una sábana caída, pues un rayo de sol, deslizándose entre las ramas, iluminaba la carne pálida con una gran raya oblicua atravesando el vientre. A medida que se acercaban iban distinguiendo la forma, la cabeza velada, vuelta hacia el agua y los dos brazos separados como por una crucifixión.

«Tengo un calor espantoso», dijo el alcalde.

Y, agachándose hacia el Brindille, volvió a mojar su pañuelo, que se puso otra vez sobre la frente.

El médico aceleraba el paso, interesado por el hallazgo. En cuanto estuvo junto al cadáver, se inclinó para examinarlo, sin tocar nada. Se había calado los lentes como cuando se mira un objeto curioso, y daba vueltas alrededor muy despacio.

Dijo sin levantarse: «Violación y asesinato que vamos a constatar ahora mismo. Por lo demás, esta chiquilla es casi una mujer, miren su pecho».

Los dos senos, ya bastante firmes, se derramaban sobre el pecho, debilitados por la muerte.

El médico apartó levemente el pañuelo que cubría la cara. Ésta apareció negra, horrible, con la lengua fuera y los ojos salientes. Prosiguió: «Caramba, la han estrangulado una vez acabado el asunto».

Le palpaba el cuello: «Estrangulada con las manos sin dejar, por otra parte, ninguna señal especial, ni marca de uñas ni huella de dedos. Muy bien. En efecto, es la pequeña Roque.»

Volvió a colocar con delicadeza el pañuelo: «Yo no tengo nada que hacer; lleva muerta doce horas por lo menos. Hay que avisar a la justicia.»

Renardet, de pie, con las manos a la espalda, tenía clavados los ojos en el pequeño cuerpo tendido en la hierba. Murmuró: «¡Qué miserable! Tendríamos que encontrar la ropa».

El médico palpaba las manos, los brazos, las piernas. Dijo: «Venía sin duda a tomar un baño. Deben de estar a la orilla del agua.»

El alcalde ordenó: «Tú, Principe (era el secretario del ayuntamiento), vete a buscarme esas ropas a lo largo del arroyo. Tú, Maxime (era el guarda rural), vete corriendo a Roüy-le-Tors y tráeme al juez de instrucción y a la gendarmería. Han de estar aquí dentro de una hora. Ya has oído.»

Los dos hombres se alejaron deprisa; y Renardet dijo al doctor: «¿Qué canalla ha podido cometer una cosa así en esta comarca?»

El médico murmuró: «Quién sabe. Cualquiera es capaz de esto. Cualquiera en particular y nadie en general. No importa, ha debido de ser algún vagabundo, algún obrero sin trabajo. Desde que tenemos la República, ya no se ve en los caminos más que eso.»

Los dos eran bonapartistas.

El alcalde continuó: «Sí, no puede ser más que un forastero, un transeúnte, un vagabundo sin casa ni tierra…»

El médico añadió con una apariencia de sonrisa: «Y sin mujer. Al no tener ni buena cena ni buen albergue, se ha procurado el resto. No sabemos cuántos hombres hay en la tierra capaces de una fechoría en un momento dado. ¿Sabía usted que esta pequeña había desaparecido?»

Y con la punta de su bastón tocaba uno tras otro los dedos rígidos de la muerta, apretando sobre ellas como sobre las teclas de un piano.

«Sí. La madre vino a buscarme ayer, a eso de las nueve de la noche, porque la niña no había vuelto a las siete para cenar. Estuvimos llamándola hasta las doce por los caminos; pero no pensamos en el oquedal. Además, se necesitaba luz para hacer pesquisas realmente útiles.

—¿Quiere un puro?, dijo el médico.

—Gracias, no me apetece fumar. Me da no sé qué ver eso.»

Ambos permanecían de pie frente a aquel frágil cuerpo de adolescente, tan pálido, sobre el oscuro musgo. Una gran mosca de vientre azul que se paseaba a lo largo de un muslo se detuvo en las manchas de sangre, volvió a ponerse en movimiento, siempre subiendo, recorriendo el costado con su marcha viva y a tirones, trepó a un seno, volvió a bajar luego para explorar el otro, buscando algo de beber en aquella muerta. Los dos hombres contemplaban aquel punto negro errante.

El médico dijo: «Es muy bonita una mosca en la piel. Las damas del siglo pasado hacían bien cuando se las pegaban en la cara[252]. ¿Por qué se ha perdido esa costumbre?»

El alcalde parecía no oírle, perdido en sus reflexiones.

Pero de repente se volvió, por haberle sorprendido un ruido; una mujer con gorro y delantal azul corría bajo los árboles. Era la madre, la Roque. En cuanto vio a Renardet se puso a chillar: «Mi pequeña, ¿dónde está mi pequeña?», tan enloquecida que no miraba al suelo. La vio de pronto, se detuvo en seco, juntó las manos y levantó sus dos brazos lanzando un clamor agudo y desgarrador, un clamor de animal mutilado.

Luego se precipitó hacia el cuerpo, cayó de rodillas y levantó, como si lo hubiera arrancado, el pañuelo que cubría la cara. Cuando vio aquel rostro horrible, negro y convulso, se irguió de una sacudida, luego se dejó caer con la cara contra la tierra, lanzando en el espesor del musgo gritos espantosos y continuos.

Su gran cuerpo flaco al que se le pegaban las ropas, sacudido por convulsiones, palpitaba. Se veían sus tobillos huesudos y sus pantorrillas secas envueltas en gruesas medias azules estremecerse horriblemente; y escarbaba el suelo con sus dedos ganchudos como para hacer en él un hoyo y esconderse.

El médico, conmovido, murmuró: «¡Pobre vieja!» Renardet sintió en las tripas un ruido singular; después soltó una especie de sonoro estornudo que le salió al mismo tiempo por la nariz y por la boca; y, sacando su pañuelo del

bolsillo, rompió a llorar en él, tosiendo, sollozando y sonándose con ruido. Balbucía: «¡Mal… mal… mal… maldita sea! ¡Qué cerdo ha hecho esto!… Me… me… gustaría verlo en la guillotina…»

Pero Principe reapareció, con aire desconsolado y las manos vacías. Murmuró: «No encuentro nada, señor alcalde, nada de nada en ninguna parte.»

El otro, asustado, respondió con voz tomada, inundada de lágrimas. «¿Qué es lo que no encuentras?

—Las ropas de la pequeña.

—Bueno… bueno… sigue buscando… y… y encuéntralas… o… te las verás conmigo.»

Sabiendo que al alcalde no se le podía llevar la contraria, el hombre se puso de nuevo en marcha con paso desanimado, lanzando sobre el cadáver una ojeada oblicua y temerosa.

Bajo los árboles se elevaban voces lejanas, un rumor confuso, el ruido de una muchedumbre acercándose, porque Médéric, en su recorrido, había sembrado la noticia de puerta en puerta. La gente del pueblo, estupefacta al principio, había hablado de aquello en la calle, de un umbral a otro; luego se habían reunido; habían parloteado, discutido, comentado el suceso durante unos minutos; y ahora acudían para ver.

Llegaban en grupos, algo vacilantes e inquietos, por temor a la primera emoción. Cuando vieron el cuerpo, se detuvieron, sin atreverse a seguir avanzando y hablando en voz baja. Luego se animaron, dieron algunos pasos, se pararon de nuevo, de nuevo avanzaron y pronto formaron alrededor de la muerta, de su madre, del médico y de Renardet, un nutrido círculo agitado y ruidoso que se estrechaba con los súbitos empujones de los recién llegados. No tardaron en tocar el cadáver. Algunos, incluso, se agacharon para palparlo. El médico los apartó. Pero el alcalde, saliendo bruscamente de su torpor, se puso furioso y, cogiendo el bastón del doctor Labarbe, se lanzó sobre sus administrados balbuciendo: «¡Largaos de aquí!… ¡Largaos de aquí!… hatajo de animales… largaos de aquí…» En un segundo el cordón de curiosos se ensanchó doscientos metros.

La Roque se había incorporado, se había dado media vuelta, se había sentado, y ahora lloraba con las manos juntas sobre la cara.

Entre la muchedumbre se discutía el caso; y unos ávidos ojos de muchachos escudriñaban aquel joven cuerpo descubierto. Renardet se dio cuenta y, quitándose bruscamente su chaqueta de paño, la arrojó sobre la chiquilla, que desapareció entera bajo la amplia prenda.

Los curiosos iban acercándose despacio; el oquedal se llenaba de gente; un rumor continuo de voces subía bajo el tupido follaje de los grandes árboles.

El alcalde, en mangas de camisa, permanecía de pie, con su bastón en la mano, en actitud de combate. Parecía irritado por aquella curiosidad del pueblo y repetía: «Si uno de vosotros se acerca, le abro la cabeza como a un perro».

Los campesinos le temían mucho; se mantuvieron lejos. El doctor Labarbe, que fumaba, se sentó al lado de la Roque, y le habló, procurando distraerla. La vieja retiró al punto las manos de su cara y respondió con un torrente de palabras lastimeras, vaciando su dolor en la abundancia de su habla. Contó toda su vida, su matrimonio, la muerte de su hombre, picador de bueyes, muerto de una cornada, la infancia de su hija, su existencia miserable de viuda sin recursos con la pequeña. Era lo único que tenía, su pequeña Louise; y se la habían matado; se la habían matado en aquel bosque. De improviso quiso volver a verla, y, arrastrándose sobre las rodillas hasta el cadáver, levantó por una punta la ropa que lo cubría; luego volvió a dejarse caer y se puso de nuevo a chillar. La muchedumbre callaba, mirando ávidamente los gestos de la madre.

Pero de pronto se produjo un gran revuelo; gritaron: «¡Los gendarmes! ¡Los gendarmes!»

A lo lejos aparecieron dos gendarmes, que llegaban a todo correr escoltando a su capitán y a un señor bajito de patillas pelirrojas, que bailaba como un mono en una gran yegua blanca.

El guarda rural había encontrado al señor Putoin, el juez de instrucción, precisamente cuando montaba en su caballo para el paseo cotidiano, porque se las daba de gran jinete, para gran regocijo de los oficiales.

Echó pie a tierra con el capitán y estrechó las manos del alcalde y del doctor, lanzando una mirada de hurón a la chaqueta de tela que abultaba el cuerpo echado debajo.

Cuando estuvo perfectamente al tanto de los hechos, primero mandó apartar a la gente, que los gendarmes expulsaron del oquedal, pero que no tardó en reaparecer en el prado y formó hilera, una gran hilera de cabezas excitadas e inquietas a lo largo del Brindille, al otro lado del arroyo.

El médico dio a su vez las explicaciones que Renardet escribía a lápiz en su agenda. Se hicieron, anotaron y comentaron todas las comprobaciones sin llegar a ningún descubrimiento. También Principe había vuelto sin haber hallado ni rastro de las ropas.

Aquella desaparición sorprendía a todo el mundo, pues nadie se la podía explicar más que por un robo; y como aquellos harapos no valían ni veinte *sous*, incluso el mismo robo era inadmisible.

Hasta el juez de instrucción, el alcalde, el capitán y el doctor se habían puesto a buscar de dos en dos, apartando las menores ramas a lo largo del agua.

Renardet le decía al juez: «¿Cómo es posible que ese miserable haya escondido la ropa y haya dejado el cuerpo así, al aire libre, a la vista de todos?»

El otro, astuto y perspicaz, respondió: «¿No se tratará quizá de alguna estratagema? Este crimen lo ha cometido un animal o un canalla muy astuto. En cualquier caso, conseguiremos descubrirle.»

Un ruido de carruaje les hizo volver la cabeza. Eran el suplente, el médico y el escribano del tribunal, que llegaban a su vez. Volvieron a iniciarse las pesquisas mientras charlaban animadamente.

Renardet dijo de pronto: «¿Saben que les espero a almorzar?»

Todos aceptaron con una sonrisa, y el juez de instrucción, considerando que ya se habían ocupado bastante de la pequeña Roque por ese día, se volvió hacia el alcalde:

«Puedo mandar que lleven a su casa el cuerpo, ¿no? Seguro que tiene una habitación para guardármelo hasta esta noche.»

El otro se turbó, balbuciendo: «Sí, no… no… A decir verdad prefiero que no entre en mi casa… debido… debido a mis criados… que… que ya hablan de aparecidos en… en mi torre, en la torre del Zorro. Ya saben… Me quedaría sin uno solo… No… Prefiero no tenerlo en casa.»

El magistrado empezó a sonreír: «Bueno… Mandaré que lo lleven ahora mismo a Roüy-le-Tors, para el examen del forense.» Y volviéndose hacia el suplente: «Puedo utilizar su carruaje, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.»

Todos volvieron hacia el cadáver. Ahora, la Roque, sentada al lado de su hija, le sostenía la mano, y miraba ante sí, con ojos vagos y alelados.

Los dos médicos intentaron llevársela para que no viera recoger a la pequeña; pero ella comprendió enseguida lo que iban hacer y, arrojándose sobre el cuerpo, se aferró a él con los dos brazos. Echada encima del cuerpo, gritaba: «¡No os la llevaréis, es mía, es mía ahora! Me la han matado; quiero conservarla, ¡no me la quitaréis!»

Todos los hombres, turbados e indecisos, permanecían de pie a su alrededor. Renardet se arrodilló para hablarle: «Escuche, la Roque, es

necesario para saber quién la ha matado; si no, no se sabría; hay que buscarle para castigarlo. Se la devolverán cuando lo hayan encontrado, se lo prometo.»

Este razonamiento estremeció a la mujer, y en su mirada enloquecida se despertó el odio: «Entonces ¿lo cogerán?, preguntó.

—Sí, se lo prometo.»

Decidida a dejar hacer a aquella gente, se levantó; pero cuando el capitán murmuró: «Es sorprendente que no se encuentren sus ropas», una idea nueva, que aún no había tenido, entró bruscamente en su cabeza de aldeana y se preguntó:

«¿Dónde están sus andrajos? Son míos. Los quiero. ¿Dónde los han metido?»

Le explicaron que seguían sin encontrarlos; entonces ella los reclamó con una obstinación desesperada, llorando y gimiendo: «Son míos, los quiero; ¿dónde están? Los quiero.»

Cuanto más trataban de calmarla, más sollozaba, más se obstinaba. No pedía el cuerpo, quería las ropas, las ropas de su hija, quizá tanto por inconsciente codicia de miserable para quien una moneda de plata supone una fortuna como por cariño materno.

Y cuando el pequeño cuerpo, enrollado en unas mantas que habían ido a buscar a casa de Renardet, desapareció en el carruaje, la vieja, de pie bajo los árboles, sostenida por el alcalde y el capitán, gritaba: «No tengo nada, nada, nada, en el mundo, nada, ni siquiera su gorrito, su gorrito; no tengo nada, nada, ni siquiera su gorrito.»

El cura acababa de llegar; un sacerdote muy joven y ya gordo. Se encargó de llevarse a la Roque, y juntos se fueron hacia el pueblo. El dolor de la madre se mitigaba bajo la palabra melosa del eclesiástico que le prometía mil compensaciones. Mas ella repetía continuamente: «Si por lo menos tuviera su gorrito…», se empeñaba en esa idea que ahora dominaba a todas las demás.

Renardet gritó de lejos: «Almorzará usted con nosotros, señor cura. Dentro de una hora.»

El sacerdote volvió la cabeza y respondió: «Con mucho gusto, señor alcalde. Estaré en su casa a mediodía.»

Y todos se dirigieron hacia la casa, cuya fachada gris y cuya gran torre plantada a orillas del Brindille se divisaban a través de las ramas.

La comida duró mucho tiempo; hablaban del crimen. Todos fueron de la misma opinión; lo había cometido algún merodeador, que pasaría por allí, casualmente mientras la pequeña se bañaba.

Luego los magistrados volvieron a Roüy-le-Tors, anunciando que regresarían al día siguiente temprano; el médico y el cura retornaron a sus casas, mientras Renardet, tras un largo paseo por los prados, se adentró de nuevo en el oquedal por donde paseó hasta el anochecer, con pasos lentos y las manos a la espalda.

Se acostó temprano, y aún estaba durmiendo a la mañana siguiente cuando el juez de instrucción penetró en su cuarto. Se frotaba las manos; parecía contento; dijo:

«¡Ah!, ¡Ah! ¡Todavía durmiendo! Bueno, querido amigo, tenemos novedades esta mañana.»

El alcalde se había sentado en su cama.

«¿Qué novedades?

—¡Oh!, una cosa muy singular. Como recordará, ayer la madre reclamaba un recuerdo de su hija, sobre todo su gorrito. Pues bien, esta mañana, al abrir la puerta, ha encontrado en el umbral los dos zuecos de la niña. Lo cual prueba que el crimen lo ha cometido alguien del pueblo, alguien que se ha compadecido de ella. Y, además, el cartero Médéric me ha traído el dedal, el cuchillo y el alfiletero de la muerte. Es decir, que el hombre, al llevarse las ropas para esconderlas, dejó caer los objetos contenidos en el bolso. Por lo que a mí se refiere, concedo importancia sobre todo al hecho de los zuecos, que indica cierta cultura moral y una facultad de enternecimiento en el asesino. Por lo tanto, si le parece bien, vamos a pasar juntos revista a los principales habitantes del pueblo.»

El alcalde se había levantado. Llamó para que le trajesen agua caliente para su barba. Decía: «Encantado; pero como eso será bastante largo, podemos empezar ahora mismo.»

El señor Putoin se había sentado a horcajadas en una silla, continuando así, incluso en el interior de las casas, con su manía de equitación.

El señor Renardet cubría en ese momento su mentón de espuma blanca mirándose en el espejo; luego afiló la navaja de afeitar sobre el cuero y continuó: «El principal habitante de Carvelin se llama Joseph Renardet, alcalde, rico propietario, hombre desabrido que pega a los guardas y a los cocheros…»

El juez de instrucción se echó a reír: «Con eso basta; pasemos al siguiente…

—El segundo en importancia es el señor Pelledent, adjunto al alcalde, criador de bueyes, también rico propietario, campesino astuto, muy socarrón,

muy retorcido en cualquier asunto de dinero, pero incapaz, en mi opinión, de haber cometido semejante fechoría.»

El señor Putoin dijo: «Sigamos.»

Entonces, mientras se afeitaba y se lavaba, Renardet continuó la inspección moral de todos los habitantes de Carvelin. Tras dos horas de discusión, sus sospechas se habían centrado en tres individuos bastante sospechosos: un cazador furtivo llamado Cavalle, un pescador de truchas y cangrejos llamado Paquet, y un picador de bueyes llamado Clovis.

II

Las pesquisas duraron todo el verano; no se descubrió al criminal. De los que se sospechó y a quienes se detuvo, probaron con facilidad su inocencia, y la justicia hubo de renunciar a la persecución del culpable.

Pero aquel asesinato parecía haber conmovido a toda la comarca de manera singular. En las almas de sus habitantes había quedado una inquietud, un vago miedo, una sensación de espanto misterioso, que procedía no sólo de la imposibilidad de descubrir ninguna huella, sino también y, sobre todo, de aquel extraño hallazgo de los zuecos delante de la puerta de la Roque, al día siguiente. La certeza de que el asesino había asistido a las comprobaciones, que seguía viviendo en el pueblo, sin duda, atormentaba los espíritus, los obsesionaba, parecía planear sobre la región como una amenaza incesante.

El oquedal, por otra parte, se había vuelto un lugar temido, evitado, que se creía visitado por aparecidos. En el pasado, los habitantes iban a pasear por él todos los domingos por la tarde. Se sentaban en el musgo al pie de los grandes árboles enormes, o bien caminaban a lo largo de la orilla acechando a las truchas que se deslizaban bajo las hierbas. Los chicos jugaban a las bochas, a los bolos, al chito, a la pelota, en ciertos lugares que habían descubierto, una vez allanado y apisonado el suelo; y las chicas paseaban del brazo, en grupos de cuatro o cinco, cantando con sus voces chillonas romanzas que hacían daño a los oídos, y cuyas notas falsas perturbaban el aire tranquilo y daban la misma dentera que unas gotas de vinagre. Ahora ya nadie iba bajo la bóveda tupida y alta, como si hubieran esperado encontrar siempre algún cadáver tendido.

Llegó el otoño, cayeron las hojas. Caían día y noche, descendían dando vueltas, redondas y ligeras, a lo largo de los grandes árboles; y empezaba a verse el cielo a través de las ramas. A veces, cuando una racha de viento

pasaba por las copas, la lluvia lenta y continua se espesaba bruscamente, se volvía un ligero chaparrón que cubría el musgo con una espesa alfombra amarilla que crujía un poco bajo los pasos. Y el murmullo casi imperceptible, el murmullo que flotaba, incesante, dulce y triste de aquella caída, parecía una queja, y aquellas hojas que seguían cayendo parecían lágrimas, grandes lágrimas derramadas por los grandes árboles tristes que lloraban día y noche por el final del año, por el final de las auroras tibias y de los crepúsculos suaves, por el final de las brisas cálidas y de los soles claros, y también quizá por el crimen que habían visto cometer bajo su sombra, por la niña violada y asesinada a sus pies. Lloraban en el silencio del bosque desierto y vacío, del bosque abandonado y temido, por donde debía de vagar, sola, el alma, la pequeña alma de la niña muerta.

El Brindille, crecido por las tormentas, corría más deprisa, amarillo y colérico, entre sus riberas secas, entre dos hileras de sauces delgados y desnudos.

Y resulta que, de repente, Renardet volvió a pasear por el oquedal. Todos los días, a la caída de la noche, salía de su casa, descendía a paso lento la escalinata y penetraba bajo los árboles con aire pensativo. Caminaba mucho tiempo por el musgo húmedo y blando mientras una legión de cuervos, llegados de las cercanías para dormir en las grandes copas, se desplegaba a través del espacio a la manera de un inmenso velo de luto que flotase en el viento, lanzando clamores violentos y siniestros.

A veces se posaban, acribillando de manchas negras las ramas enmarañadas contra el cielo rojo, contra el cielo sangriento de los crepúsculos de otoño. Luego, de repente, echaban a volar graznando de manera horrible y desplegando otra vez sobre el bosque el largo festón oscuro de su vuelo.

Terminaban por dejarse caer sobre las copas más altas y poco a poco cesaban sus rumores, mientras la noche creciente mezclaba sus plumas negras a lo negro del espacio.

Renardet seguía vagando al pie de los árboles, lentamente; luego, cuando las tinieblas opacas no le permitían ya avanzar, regresaba a casa y se dejaba caer como una masa en su sillón, ante la chimenea clara, ofreciendo al hogar sus pies húmedos que humeaban largo rato junto a la llama.

Y una mañana, una gran noticia corrió por la región: el alcalde mandaba talar su oquedal.

Ya había veinte leñadores trabajando. Habían empezado por la esquina más cercana a la casa, e iban deprisa, con el amo presente.

Primero, los podadores trepaban a lo largo del tronco.

Atados a él por un cinturón de cuero, lo estrechan ante todo entre sus brazos; luego, levantando una pierna, lo golpean con fuerza con una punta de acero fijada a la suela. La punta penetra en la madera, queda allí hundida, y el hombre se eleva por encima como sobre un peldaño para golpear con el otro pie la otra punta sobre la que se sostendrá de nuevo para volver a empezar con la primera.

Y, tras cada paso hacia arriba, levanta más arriba el cinturón de cuerda que lo ata al árbol; sobre sus riñones cuelga y brilla la hachera de acero. Sigue subiendo despacio, como un animal parásito que atacase a un gigante, sube pesadamente a lo largo de la inmensa columna, abrazándola y espoleándola para ir a decapitarla.

En cuanto llega a las primeras ramas, se detiene, separa de su costado la afilada podadera y golpea. Golpea con lentitud, con método, cortando el miembro muy cerca del tronco; y de pronto la rama cruje, se dobla, se inclina, es arrancada y cae rozando en su caída los árboles vecinos. Después se estrella contra el suelo con un gran ruido de madera rota, y todas sus menudas ramitas palpitan largo rato.

El suelo se cubría de restos que otros hombres iban cortando a su vez, ataban en haces y apilaban en montones, mientras los árboles que aún seguían en pie parecían postes desmesurados, estacas gigantescas amputadas y rapadas por el acero cortante de las podaderas.

Y cuando el podador había terminado su tarea, dejaba en la copa del tronco recto y esbelto el cinturón de cuerda que había llevado, bajaba enseguida a golpes de espuela a lo largo del tronco desmochado, que entonces los leñadores atacaban por la base asestando grandes golpes que resonaban en todo el resto del oquedal.

Cuando la herida del pie parecía bastante profunda, unos cuantos hombres tiraban de la cuerda atada a la copa, lanzando un grito cadencioso, y el inmenso mástil crujía de pronto y caía al suelo con el ruido sordo y la sacudida de un cañonazo lejano.

Y el bosque menguaba cada día, perdiendo sus árboles abatidos como un ejército pierde sus soldados.

Renardet ya no se iba de allí; se quedaba allí de la mañana a la noche, contemplando, inmóvil y con las manos a la espalda, la muerte lenta de su oquedal. Cuando derribaban un árbol, ponía el pie encima, como sobre un cadáver. Luego alzaba los ojos sobre el siguiente con una especie de impaciencia secreta y tranquila, como si hubiera aguardado, esperado algo al final de aquella carnicería.

Entretanto, iban acercándose al lugar donde habían encontrado a la pequeña Roque. Por fin llegaron a él una noche, a la hora del crepúsculo.

Como estaba oscuro por encontrarse el cielo cubierto, los leñadores quisieron detener su trabajo, dejando para el día siguiente la caída de una enorme haya, pero el amo se opuso y exigió que se podara y derribara inmediatamente aquel coloso que había dado su sombra al crimen.

Cuando el podador lo hubo dejado desnudo y hubo terminado su arreglo de condenado, cuando los leñadores hubieron minado su base, cinco hombres empezaron a tirar de la cuerda atada a la copa.

El árbol resistió; su poderoso tronco, aunque cortado hasta la mitad, era rígido como el hierro. Todos a una, con una especie de salto regular, los trabajadores tensaban la cuerda echándose hasta el suelo, y lanzaban un grito gutural sofocado que mostraba y regulaba su esfuerzo.

Dos leñadores, de pie junto al gigante, permanecían con el hacha en la mano, semejantes a dos verdugos dispuestos a seguir golpeando, y Renardet, inmóvil, con la mano sobre la corteza, esperaba la caída con una emoción inquieta y nerviosa.

Uno de los hombres le dijo: «Está usted demasiado cerca, señor alcalde; cuando caiga, podría herirle».

No respondió ni retrocedió: parecía dispuesto a agarrar él mismo con sus dos brazos el haya para derribarla como un luchador.

De repente, en el pie de la alta columna de madera se produjo un desgarramiento que dio la impresión de correr hasta la cima como una sacudida dolorosa; y se inclinó un poco, a punto de caer, pero todavía resistente. Los hombres, excitados, tensaron sus brazos, hicieron un esfuerzo mayor; y cuando el árbol, roto, se derrumbaba, Renardet avanzó de pronto un paso, luego se detuvo, con los hombros levantados para recibir el irresistible choque, el choque mortal que lo aplastaría contra el suelo.

Pero como el haya se desvió un poco, sólo le rozó la cintura, tirándolo de bruces a cinco metros de allí.

Los trabajadores corrieron a levantarlo; pero ya se había incorporado sobre sus rodillas, aturdido, con los ojos extraviados y pasándose la mano por la frente, como si despertara de un acceso de locura. Cuando se hubo puesto de nuevo de pie, los hombres, sorprendidos, lo interrogaron, sin comprender lo que había hecho. Él respondió, balbuciendo, que había tenido un momento de extravío o, mejor, un segundo de retorno a la infancia, que había imaginado que tendría tiempo de pasar bajo el árbol, como pasan los chiquillos corriendo delante de los carruajes al trote, que había jugado con el

peligro, que desde hacía ocho días sentía crecer ese deseo en su interior, preguntándose, cada vez que un árbol crujía hasta romperse, si se podría pasar por debajo sin ser alcanzado. Era una idiotez, lo confesaba; pero todo el mundo tiene esos minutos de insania y esas tentaciones de pueril estupidez.

Se explicaba despacio, buscando las palabras, con voz sorda; luego se marchó diciendo: «Hasta mañana, amigos míos, hasta mañana».

En cuanto volvió a entrar en su habitación, se sentó delante de la mesa, que la lámpara, rematada por una pantalla, iluminaba vivamente, y con la frente entre las manos, se echó a llorar.

Lloró largo rato, luego se secó los ojos, levantó la cabeza y miró el reloj de péndulo. Todavía no eran las seis. Pensó: «Tengo tiempo antes de la cena», y fue a cerrar su puerta con llave. Volvió luego a sentarse ante su mesa; tiró del cajón del centro, cogió un revólver que había en su interior y lo colocó sobre sus papeles, a plena luz. El acero del arma relucía, lanzaba reflejos parecidos a llamas.

Renardet lo contempló un rato con la mirada turbia de un borracho; luego se levantó y se puso a caminar.

Iba de un extremo a otro de la sala, y de vez en cuando se detenía para volver a caminar enseguida. De pronto abrió la puerta de su gabinete de aseo, metió una servilleta en el cántaro de agua y se humedeció la frente con ella, como había hecho la mañana del crimen. Luego volvió a andar. Cada vez que pasaba delante de su mesa, el arma brillante atraía su mirada, solicitaba su mano; pero él espiaba el péndulo y pensaba: «Todavía tengo tiempo».

Sonó la media de las seis. Cogió entonces el revólver, abrió la boca cuanto pudo con una mueca horrible, y hundió el cañón dentro como si hubiera querido tragárselo. Permaneció así unos segundos, inmóvil, con el dedo en el gatillo; luego, bruscamente sacudido por un escalofrío de horror, escupió la pistola sobre la alfombra.

Y volvió a dejarse caer en su sillón sollozando: «¡No puedo, no me atrevo! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué hacer para tener el valor de matarme?»

Llamaban a la puerta; se levantó enloquecido. Un criado decía: «La cena del señor está lista». Respondió: «Está bien. Ahora bajo».

Entonces recogió el arma, volvió a guardarla en el cajón, luego se miró en el espejo de la chimenea para ver si su rostro no le parecía demasiado convulso. Estaba colorado, como siempre, algo más colorado tal vez. Pero nada más. Bajó y se sentó a la mesa.

Comió despacio, como hombre que quiere alargar la comida, que no desea encontrarse a solas consigo mismo. Luego se fumó varias pipas en el salón

mientras levantaban la mesa. Después volvió a subir a su habitación.

En cuanto estuvo encerrado, miró debajo de la cama, abrió todos sus armarios, exploró todos los rincones, hurgó en todos los muebles. Encendió luego las velas de su chimenea dando vueltas varias veces sobre sí mismo, recorrió con la vista toda la estancia con una angustia de espanto que le crispaba la cara, porque sabía que iba a ver, como todas las noches, a la pequeña Roque, a la chiquilla que había violado y luego estrangulado.

Todas las noches volvía a empezar la odiosa visión. Al principio era una especie de zumbido en sus orejas, algo así como el ruido de una máquina de trillar o el paso lejano de un tren sobre un puente. Entonces empezaba a jadear, a asfixiarse, y tenía que desabrocharse el cuello de la camisa y el cinturón. Andaba para que su sangre circulase, trataba de leer, trataba de cantar; era inútil; a pesar suyo, su pensamiento volvía al día del asesinato y se lo hacía evocar de nuevo en sus detalles más secretos, con todas sus emociones más violentas desde el primer minuto al último.

Al levantarse aquella mañana, la mañana del horrible día, había sentido un poco de aturdimiento y de jaqueca, que atribuía al calor, de modo que se había quedado en su cuarto hasta la llamada para el almuerzo. Después de comer se había echado la siesta; luego había salido al final de la tarde para respirar la brisa fresca y sedante bajo los árboles de su oquedal.

Pero, en cuanto estuvo fuera, el aire pesado y ardiente del llano lo abrumó más. El sol, todavía algo alto en el cielo, derramaba sobre la tierra calcinada, seca y sedienta, oleadas de ardiente luz. Ningún soplo de viento removía las hojas. Todos los animales, los pájaros, los saltamontes mismos, permanecían callados. Renardet llegó a los grandes árboles y empezó a caminar sobre el musgo donde el Brindille evaporaba un poco de frescor bajo el inmenso techo de ramas. Pero se sentía a disgusto. Le parecía que una mano desconocida, invisible, le apretaba el cuello; y apenas pensaba en nada, por tener de ordinario pocas ideas en la cabeza. Sólo un vago pensamiento lo atormentaba desde hacía tres meses, el pensamiento de volver a casarse. Sufría de soledad por vivir sin compañera, lo sufría moral y físicamente. Habituado desde hacía diez años a sentir una mujer a su lado, acostumbrado a su presencia en todo momento, a su abrazo cotidiano, tenía necesidad, una necesidad imperiosa y confusa, de su contacto incesante y de su beso regular. Desde la muerte de la señora Renardet sufría constantemente sin comprender bien por qué, sufría por no sentir ya su vestido rozándole las piernas todo el día, por no poder ya calmarse y desfallecer entre sus brazos, sobre todo. Era viudo desde hacía

apenas seis meses y ya buscaba por los alrededores con qué joven o con qué viuda podría casarse cuando hubiera terminado su luto.

Su alma era casta, pero alojada en un poderoso cuerpo de Hércules, y unas imágenes carnales empezaban a turbar su sueño y sus vigilias. Las expulsaba; volvían; y de vez en cuando murmuraba riéndose de sí mismo: «Aquí estoy, como san Antonio».

Como aquella mañana había tenido varias de esas visiones obsesivas, de repente tuvo ganas de bañarse en el Brindille para refrescarse y aplacar el ardor de su sangre.

Un poco más allá conocía un espacio amplio y profundo adonde la gente del lugar iba a bañarse algunas veces en verano. Hacia allá se dirigió.

Espesos sauces ocultaban aquel claro estanque donde la corriente se remansaba y dormitaba un poco antes de volver a partir. Al acercarse, Renardet creyó oír un ligero ruido, un débil chapoteo que no era el del arroyo en las riberas. Apartó despacio las hojas y miró. Una chiquilla completamente desnuda, completamente blanca a través de la onda transparente, golpeaba el agua con sus dos manos, bailando un poco dentro y girando sobre sí misma con movimientos deliciosos. Ya no era una niña, todavía no era una mujer: carnosa y bien desarrollada, conservaba al mismo tiempo un aire de chiquilla precoz, crecida deprisa, casi madura. Paralizado de sorpresa, de angustia, con el aliento cortado por una emoción extraña y punzante, dejó de moverse. Permanecía allí, con el corazón como si acabara de cumplirse uno de sus sueños sensuales, como si un hada impura hubiera hecho aparecer ante él aquel ser turbador y demasiado joven, aquella pequeña Venus aldeana, nacida de las burbujas del arroyo, como la otra, la grande, en las alas del mar.

De pronto la niña salió del baño y, sin verlo, caminó en su dirección para recoger sus ropas y vestirse. A medida que se acercaba con cortos pasos vacilantes por temor a los puntiagudos guijarros, él se sentía impulsado hacia ella por una fuerza irresistible, por un arrebato bestial que sublevaba toda su carne, enloquecía su alma y lo hacía temblar de la cabeza a los pies.

Ella permaneció de pie unos segundos detrás del sauce que lo ocultaba. Entonces, perdiendo la razón, abrió las ramas, se lanzó sobre ella y la cogió en brazos. Ella cayó, demasiado asustada para resistirse, demasiado espantada para gritar, y él la poseyó sin comprender lo que hacía.

Despertó de su crimen como se despierta de una pesadilla. La niña empezaba a llorar.

Le dijo: «Cállate, cállate. Te daré dinero».

Pero ella no escuchaba; sollozaba.

Él prosiguió: «Que te calles. Cállate ya. Cállate de una vez».

Ella dio un grito retorciéndose para escapar.

Él comprendió de repente que estaba perdido; y la agarró por el cuello para detener en su boca aquellos clamores desgarradores y terribles. Como ella seguía debatiéndose con la fuerza exasperada de un ser que quiere huir de la muerte, él cerró sus manos de coloso sobre la pequeña garganta hinchada por los gritos, y la había estrangulado en unos instantes, de lo furiosamente que apretaba, sin pensar en matarla, sólo para hacerla callar.

Luego se puso de pie, enloquecido de horror.

La niña yacía delante de él, ensangrentada y con la cara negra. Iba a huir cuando, en su alma trastornada, surgió el instinto misterioso y confuso que guía a todos los seres en peligro.

Estuvo a punto de tirar el cuerpo al agua; pero otro impulso lo dirigió hacia las ropas, con las que hizo un delgado paquete. Entonces, como tenía bramante en sus bolsillos, lo ató y ocultó en un agujero profundo del arroyo, bajo el tronco de un árbol que bañaba su pie en el Brindille.

Luego se marchó, a zancadas, llegó a los prados, dio una vuelta inmensa para dejarse ver por los campesinos que vivían muy lejos de allí, en el otro lado del pueblo, y volvió a casa para cenar a la hora habitual contando a sus criados todo el recorrido de su paseo.

Esa noche, sin embargo, durmió; durmió con un sueño pesado de animal, como deben dormir a veces los condenados a muerte. Sólo abrió los ojos con las primeras luces del día, y, torturado por el miedo al descubrimiento de su fechoría, esperó su hora habitual de despertarse.

Después tuvo que asistir a todas las comprobaciones. Lo hizo a la manera de los sonámbulos, en medio de una alucinación que le mostraba las cosas y los hombres a través de una especie de sueño, en medio de una nube de embriaguez, en esa duda de irrealidad que turba el espíritu en las horas de las grandes catástrofes.

Sólo el grito desgarrador de la Roque le atravesó el corazón. En ese momento estuvo a punto de postrarse a los pies de la vieja gritando: «He sido yo». Pero se contuvo. Durante la noche, sin embargo, fue a repescar los zuecos de la muerta para llevarlos al umbral de su madre.

Mientras duró la investigación, mientras tuvo que guiar y despistar a la justicia, permaneció tranquilo, dueño de sí, astuto y risueño. Discutía apaciblemente con los magistrados todas las suposiciones que se les pasaban por la cabeza, refutaba sus opiniones, demolía sus razonamientos. Hasta

sentía cierto placer acre y doloroso turbando sus pesquisas, enredando sus ideas, declarando la inocencia de los que les parecían sospechosos.

Pero, a partir del día en que fueron abandonadas las investigaciones, fue poniéndose poco a poco nervioso, más excitable todavía que antes, aunque dominase sus cóleras. Los ruidos repentinos le hacían saltar de miedo; temblaba por la menor cosa, se estremecía a veces de pies a cabeza cuando una mosca se posaba en su frente. Entonces lo invadió una imperiosa necesidad de movimiento que le obligó a carreras prodigiosas o lo mantuvo de pie noches enteras paseando por su cuarto.

No era que le hostigasen los remordimientos. Su naturaleza brutal no se prestaba a ningún matiz de sentimiento o de temor moral. Hombre enérgico e incluso violento, nacido para guerrear, asolar los países conquistados y matar a los vencidos, lleno de instintos salvajes de cazador y de batallador, para él apenas si contaba la vida humana. Aunque respetase, por política, a la Iglesia, no creía ni en Dios ni en el Diablo, por lo que no esperaba en ninguna otra vida ni castigo ni recompensa por sus actos en ésta. Por toda creencia conservaba una vaga filosofía hecha de todas las ideas de los enciclopedistas del siglo anterior; y consideraba la Religión como una sanción moral de la Ley, ambas inventadas por los hombres para regular las relaciones sociales.

Matar a alguien en duelo, o en la guerra, o en una pelea, o por accidente, o por venganza, e incluso por fanfarronada, le hubiera parecido algo divertido y orgulloso, y no hubiera dejado más huellas en su espíritu que el disparo de escopeta contra una liebre; pero había sentido una emoción profunda con el asesinato de aquella niña. Al principio lo había cometido en medio del enloquecimiento de un embriaguez irresistible, en una especie de tempestad sensual que arrastró su razón. Había guardado en el corazón, guardado en su carne, guardado en sus labios, guardado incluso en sus dedos de asesino, una especie de amor bestial, al mismo tiempo que un horror tremendo por aquella chiquilla sorprendida y asesinada por él de manera cobarde. Su pensamiento volvía a cada instante hacia aquella escena horrible; y aunque luchase por expulsar aquella imagen, aunque la apartase con terror, con repugnancia, la sentía merodear en su ánimo, dar vueltas a su alrededor, esperando continuamente el momento de reaparecer.

Entonces tuvo miedo a las noches, miedo a la sombra que caía en torno a él. Aún no sabía por qué le parecían espantosas las tinieblas; pero las temía por instinto; las sentía pobladas de terrores. La claridad del día no se presta al horror. Con ella se ven las cosas y los seres; por eso de día sólo se encuentran las cosas y los seres naturales que pueden mostrarse a la luz. Pero la noche, la

noche opaca, más espesa que murallas, y vacía, la noche infinita, tan oscura, tan vasta, donde uno puede rozar cosas espantosas, la noche en la que se siente vagar, merodear un terror misterioso, ¡le parecía que ocultaba un peligro desconocido, cercano y amenazador! ¿Cuál?

No tardó en saberlo. Cuando estaba en su sillón, bastante tarde, una noche que no dormía, creyó ver moverse la cortina de su ventana. Inquieto, esperó con el corazón palpitante; la colgadura no se movía; luego, de repente, volvió a agitarse; por lo menos pensó que se agitaba. No se atrevía a levantarse; no se atrevía a respirar; y sin embargo, era valiente; se había batido muchas veces y le habría gustado encontrar en su casa a unos ladrones.

¿Era verdad que aquella cortina se movía? Se lo preguntaba, con miedo a que sus ojos lo engañaran. Era tan poca cosa, además, un ligero estremecimiento de la tela, una especie de temblor de los pliegues, apenas una ondulación como la que produce el viento. Renardet permanecía con los ojos clavados, el cuello tenso; y bruscamente se levantó, avergonzado de su miedo, dio cuatro pasos, agarró la colgadura con las dos manos y la apartó de par en par. Al principio sólo vio los cristales negros, negros como placas de tinta brillante. La oscuridad, la gran oscuridad impenetrable se extendía detrás hasta el invisible horizonte. Permanecía de pie frente a aquella sombra ilimitada; y de improviso vio un resplandor, un resplandor que se movía, que parecía lejano. Acercó entonces la cara al cristal, pensando que algún pescador de cangrejos pescaba furtivamente en el Brindille, porque era medianoche pasada, y aquel resplandor se arrastraba por el borde del agua, bajo el oquedal. Como seguía sin distinguirlo, Renardet se tapó los ojos con las manos; y bruscamente aquel resplandor se convirtió en claridad, y vio a la pequeña Roque desnuda y ensangrentada sobre el musgo.

Retrocedió crispado de horror, tropezó con su asiento y cayó de espaldas. Se quedó unos minutos con el alma angustiada, luego se sentó y se puso a reflexionar. Había tenido una alucinación, eso era todo; una alucinación provocada por un merodeador nocturno que caminaba a orillas del agua con su farol. Además, ¿por qué extrañarse de que el recuerdo de su crimen lo llevase a veces la visión de la muerta?

Tras levantarse, bebió un vaso de agua, luego se sentó. Pensaba: «¿Qué voy a hacer si eso vuelve a empezar?» Y aquello volvería a empezar, lo sentía, estaba seguro. La ventana ya estaba incitando a su mirada, lo llamaba, lo atraía. Para no verla, dio la vuelta a la silla[253]; luego cogió un libro y trató de leer; pero no tardó en creer oír que algo se agitaba a sus espaldas, y bruscamente hizo girar su sillón sobre una pata. La cortina seguía

moviéndose; sí, aquella vez se había movido; ya no podía dudarlo; se abalanzó y la agarró con una mano tan brutal que la tiró al suelo junto con su galería; luego pegó ávidamente la cara contra el cristal. No vio nada. Fuera todo estaba oscuro; y respiró con la alegría de un hombre cuya vida acaban de salvar.

Así pues, volvió a sentarse; pero casi al punto volvió a dominarlo el deseo de mirar otra vez por la ventana. Después de que la cortina hubiera caído, formaba una especie de agujero sombrío, atrayente, temible, sobre el oscuro campo. Para no ceder a aquella peligrosa tentación, se desnudó, sopló las velas, se acostó y cerró los ojos.

Inmóvil, de espaldas, con la piel caliente y sudorosa, esperaba el sueño. De improviso, una gran luz atravesó sus párpados. Los abrió, creyendo que su casa ardía. Todo estaba oscuro, y se incorporó sobre el codo para tratar de distinguir su ventana, que seguía atrayéndolo de una manera invencible. A fuerza de tratar de ver, divisó algunas estrellas; y se levantó, cruzó su habitación a tientas, encontró los cristales extendiendo las manos, aplicó su frente contra ellos. ¡Allá, bajo los árboles, el cuerpo de la chiquilla relucía como fósforo iluminando a su alrededor la sombra!

Renardet lanzó un grito y echó a correr hacia su cama, donde permaneció hasta la mañana, con la cabeza bajo la almohada.

A partir de ese momento su vida se volvió intolerable. Pasaba los días con el mismo terror de las noches; y todas las noches volvía a empezar la visión. Nada más encerrarse en su cuarto, trataba de luchar; era inútil. Una fuerza irresistible lo hacía levantarse y lo empujaba hacia los cristales como para llamar al fantasma; y no tardaba en verlo, primero echado en el lugar del crimen, echado con los brazos abiertos, con las piernas abiertas, como habían encontrado el cuerpo. Luego la muerta se levantaba y se acercaba, a pasitos cortos, como había hecho la niña al salir del agua. Iba hacia él despacio, directamente, pasando por el césped y por el macizo de flores secas; después se elevaba en el aire, en dirección a la ventana de Renardet. Iba hacia él lo mismo que había ido el día del crimen hacia el asesino. Y el hombre retrocedía ante la aparición, retrocedía hasta su cama y se derrumbaba en ella, sabiendo que la pequeña había entrado y que ahora estaba detrás de la cortina que movería dentro de un instante. Y hasta que amanecía, clavaba los ojos en aquella cortina, esperando continuamente ver salir a su víctima. Pero ya no se dejaba ver; permanecía allí, bajo la tela a veces agitada por un temblor. Y Renardet, con los dedos crispados sobre sus sábanas, las apretaba igual que había apretado la garganta de la pequeña Roque. Oía sonar las horas; oía latir

en el silencio la péndola del reloj y los golpes profundos de su corazón. Y el pobre sufría más de lo que ningún otro hombre haya sufrido jamás.

Luego, en cuanto en el techo aparecía una raya blanca anunciando la proximidad del día, se sentía liberado, solo al fin, solo en su cuarto; y volvía a acostarse. Dormía entonces unas horas, con un sueño inquieto y febril en el que muchas veces volvía a empezar, en sueños, la espantosa visión de sus vigilias.

Cuando bajaba más tarde para el almuerzo de mediodía, se sentía derrengado como después de fatigas prodigiosas; y apenas comía, siempre atormentado por el temor de aquella a la que vería la noche siguiente.

Sabía bien, sin embargo, que no era una aparición, que los muertos no vuelven, y que su alma enferma, su alma obsesionada por un recuerdo inolvidable era la única causa de su suplicio, la única evocadora de la muerta resucitada por ella, llamada por ella y también levantada por ella ante sus ojos, donde quedaba impresa la imborrable imagen. Pero también sabía que no se curaría, que nunca escaparía de la persecución salvaje de su memoria; y decidió morir antes que soportar por más tiempo aquellas torturas.

Buscó entonces la manera de matarse. Quería una cosa sencilla y natural, que no permitiera pensar en el suicidio. Pues le importaba su reputación, el apellido legado por sus padres; y, si sospechaban la causa de su muerte, pensarían sin duda en el crimen inexplicado, en el ínencontrable asesino, y no tardarían en acusarlo de la fechoría.

Una idea extraña se le había ocurrido, la de dejarse aplastar por el árbol a cuyo pie había asesinado a la pequeña Roque. Así pues, se decidió a mandar talar el oquedal y a simular un accidente. Pero el haya se negó a partirle los riñones.

De vuelta en casa, presa de una desesperación frenética, había cogido su revólver, y luego no se había atrevido a disparar.

Sonó la hora de la cena; había comido, luego había vuelto a subir a su cuarto. Y no sabía qué iba a hacer. Ahora que había escapado una primera vez, estaba acobardado. Hacía un rato estaba dispuesto, fortalecido, decidido, y era dueño de su valor y de su resolución; ahora se sentía débil y tenía miedo a la muerte, tanto como a la muerta.

Balbucía: «Ya no me atreveré, ya no me atreveré»; y miraba con terror unas veces el arma sobre la mesa, otras la cortina que ocultaba su ventana. También creía que alguna cosa horrible ocurriría en cuanto su vida cesara. ¿Qué cosa? ¿Qué? ¿Su encuentro acaso? Ella lo acechaba, lo esperaba, lo

llamaba, y si se le aparecía así todas las noches era para cogerlo a su vez, para atraerlo a su venganza y decidirlo a morir.

Se echó a llorar como un niño, repitiendo: «Ya no me atreveré». Luego cayó de rodillas balbuciendo: «Dios mío, Dios mío». Sin creer en Dios, sin embargo. Y en efecto, ya no se atrevía a mirar su ventana, donde sabía que estaba agazapada la aparición, ni su mesa, donde relucía su revólver.

Cuando se hubo levantado, dijo en voz alta: «Esto no puede seguir así, hay que acabar». El sonido de su voz en el cuarto silencioso hizo pasar un escalofrío de miedo por sus miembros; pero como no se decidía a tomar ninguna resolución, como sentía que el dedo de su mano siempre se negaría a apretar el gatillo del arma, volvió a esconder su cabeza bajo las mantas de la cama y reflexionó.

Tenía que encontrar algo que le forzara a morir, inventar una estratagema contra sí mismo que no le dejase ya ninguna vacilación, ningún retraso, ningún pesar posibles. Envidiaba a los condenados que llevan al cadalso en medio de soldados. ¡Oh!, si él pudiera pedir a alguien que disparase; si, confesando el estado de su alma, confesando su crimen a un amigo fiel que no lo divulgase nunca, pudiera obtener de él la muerte… Pero ¿a quién pedirle ese terrible servicio?

¿A quién? Buscaba entre la gente que conocía. ¿El médico? No. Sin duda lo contaría más tarde. Y de improviso una idea extravagante cruzó su mente. Escribiría al juez de instrucción, a quien conocía íntimamente, para denunciarse a sí mismo. En esa carta le diría todo, tanto el crimen y las torturas que soportaba, y su resolución de morir, y sus vacilaciones, y el medio que empleaba para obligar a su corazón desfalleciente. Le suplicaría en nombre de su antigua amistad que destruyera su carta en cuanto hubiera sabido que el culpable se había hecho justicia a sí mismo. Renardet podía contar con aquel magistrado, sabía que era seguro, discreto, incapaz incluso de una palabra ligera. Era uno de esos hombres que tienen una conciencia inflexible, gobernada, dirigida, regulada únicamente por su razón.

Nada más concebir este plan, una alegría extraña invadió su corazón. Ahora estaba tranquilo. Escribiría su carta, lentamente, después, con el alba, la depositaría en el buzón clavado en la pared de su finca, luego subiría a su torre para ver llegar al cartero, y cuando el hombre de la blusa azul se fuese, se tiraría de cabeza sobre las rocas en que se apoyaban sus cimientos. Se las arreglaría para ser visto primero por los trabajadores que talaban su bosque. Así pues, podría subir al escalón saliente que sujetaba el mástil de la bandera desplegada los días de fiesta. Rompería ese mástil de una sacudida y se

precipitaría con él. ¿Cómo dudar de un accidente? Y se mataría en el acto, dados su peso y la altura de su torre.

Salió de inmediato de su cama, se sentó a la mesa y se puso a escribir; no olvidó nada, ningún detalle del crimen, ningún detalle de su vida angustiada, ningún detalle de las torturas de su corazón, y terminó anunciando que se había condenado a sí mismo, que iba a ejecutar al criminal, rogando a su amigo, a su antiguo amigo, que velase para que nunca se acusase a su memoria.

Al terminar la carta se dio cuenta de que ya era de día. La cerró, la selló, escribió la dirección, luego bajó a paso ligero, corrió hasta el pequeño buzón blanco pegado a la pared, en la esquina de la granja, y cuando hubo echado dentro aquel papel que exasperaba su mano, regresó deprisa, volvió a echar los cerrojos de la gran puerta y trepó a su torre para esperar el paso del cartero que llevaría su sentencia de muerte.

¡Ahora se sentía tranquilo, liberado, salvado!

Un viento frío, seco, un viento de hielo pasaba sobre su cara. Lo aspiraba con avidez, abierta la boca, bebiendo su caricia helada. El cielo era rojo, de un rojo ardiente, de un rojo de invierno, y toda la llanura blanca de escarcha brillaba con los primeros rayos del sol como si la hubieran espolvoreado de vidrio molido. Renardet, de pie, sin nada en la cabeza, miraba la vasta comarca, los prados a la izquierda, a la derecha el pueblo, cuyas chimeneas empezaban a humear para el almuerzo matutino.

A sus pies veía correr el Brindille entre las rocas donde enseguida se aplastaría. Se sentía renacer en aquella hermosa aurora helada, y lleno de fuerza, lleno de vida. La luz lo bañaba, lo rodeaba, lo penetraba como una esperanza. Mil recuerdos lo asaltaban, recuerdos de días parecidos, de marcha rápida sobre la tierra dura que sonaba bajo los pasos, de cacerías afortunadas a la orilla de los estanques donde duermen los patos salvajes. Todas las cosas buenas que amaba, las cosas buenas de la existencia, acudían a su memoria, lo aguijoneaban con deseos nuevos, despertaban todos los apetitos vigorosos de su cuerpo activo y potente.

¿E iba a morir? ¿Por qué? ¿Iba a matarse súbitamente porque tenía miedo a una sombra? ¿Miedo a nada? ¡Era rico y joven todavía! ¡Qué locura! ¡Lo que necesitaba era una distracción, una ausencia, un viaje para olvidar! Esa misma noche no había visto a la niña porque su preocupado pensamiento se había extraviado en otras cosas. Quizá no volviera a verla más. Y si ella seguía atormentándolo en aquella casa, ¡a otra parte no lo seguiría! ¡La tierra era grande, y el futuro largo! ¿Por qué morir?

Su mirada vagaba por los prados, y divisó una mancha azul en el sendero a lo largo del Brindille. Era Médéric, que venía a traer las cartas de la ciudad y a llevarse las del pueblo.

Renardet tuvo un sobresalto, la sensación de un dolor que lo traspasaba, y se lanzó por la escalera de caracol para recoger su carta, para reclamársela al cartero. Ahora poco le importaba ser visto; corría a través de la hierba donde espumaba la helada ligera de las noches, y llegó ante el buzón, en la esquina de la granja, justo al mismo tiempo que el cartero.

El hombre había abierto la puertecilla de madera y recogía algunos papeles depositados allí por los habitantes del pueblo.

Renardet le dijo:

«Buenos días, Médéric.

—Buenos días, señor alcalde.

—Verá, Médéric, he echado en el buzón una carta que necesito. Vengo a pedirle que me la devuelva.

—Está bien, señor alcalde, se le dará».

Y el cartero alzó los ojos. Se quedó estupefacto ante la cara de Renardet; tenía las mejillas violáceas, la mirada turbia, rodeada de negro, como hundida en la cabeza, el pelo desordenado, la barba revuelta, la corbata deshecha. Era visible que no se había acostado.

El hombre preguntó: «¿Está usted enfermo, señor alcalde?»

El otro, comprendiendo de pronto que su aspecto debía de ser extraño, perdió el aplomo, balbució: «No, no… Sólo que me he levantado de la cama para pedirle esa carta… Estaba durmiendo… ¿Me comprende?…»

Una vaga sospecha pasó por la mente del antiguo soldado.

Continuó: «¿Qué carta?

—La que usted va a devolverme»

Ahora Médéric vacilaba, la actitud del alcalde no le parecía natural. Quizá había un secreto en aquella carta, un secreto de política. Sabía que Renardet no era republicano, y conocía todos los trucos y todas las supercherías que se utilizan en las elecciones.

Preguntó: «¿A quién va dirigida esa carta?

—Al señor Putoin, el juez de instrucción; ya sabe, ¡a mi amigo el señor Putoin!»

El cartero buscó entre los sobres y encontró el que le reclamaban. Entonces se puso a mirarlo, dándole vueltas y más vueltas en sus dedos, muy perplejo, muy alterado por temor a cometer una falta grave o a convertir al alcalde en su enemigo.

Viendo su vacilación, Renardet hizo un movimiento para coger la carta y arrancársela. Ese gesto brusco convenció a Médéric de que se trataba de un misterio importante y lo decidió a cumplir con su deber, costara lo que costase.

Echó, pues, el sobre en su bolsa y la cerró, respondiendo:

«No, no puedo, señor alcalde. Desde el momento en que iba a la justicia, no puedo.»

Una angustia horrible encogió el corazón de Renardet, que balbució:

«Pero si usted me conoce bien. Puede reconocer incluso mi letra. Le digo que necesito esa carta.

—No puedo.

—Vamos a ver, Médéric, usted sabe que soy incapaz de engañarle, le digo que la necesito.

—No. No puedo.»

Un estremecimiento de cólera pasó por el alma violenta de Renardet.

«Maldita sea, tenga cuidado, ya sabe usted que no me ando con bromas, y que puedo hacer que lo echen de su puesto, amigo mío, y sin mucho tardar. Además, soy el alcalde del pueblo después de todo; y ahora le ordeno que me devuelva ese sobre.»

El cartero respondió con firmeza: «¡No, no puedo, señor alcalde!»

Entonces Renardet, perdiendo la cabeza, lo cogió por los brazos para quitarle su bolsa; pero el hombre se zafó de una sacudida y, retrocediendo, alzó su grueso bastón de acebo. Dijo, siempre tranquilo: «¡Oh!, no me toque, señor alcalde, o le doy un palo. Tenga cuidado. ¡Yo cumplo con mi deber!»

Sintiéndose perdido, Renardet se volvió repentinamente humilde, dulce, implorando como un niño que llora.

«Veamos, veamos, amigo mío, devuélvame esa carta, yo le recompensaré, le daré dinero, mire, mire, le daré cien francos, ¿oye?, cien francos».

El hombre giró los talones y se puso a caminar.

Renardet lo siguió, jadeante, balbuciendo:

«Médéric, Médéric, escuche, le daré mil francos, ¿me oye?, mil francos».

El otro seguía caminando, sin responder. Renardet prosiguió:

«Haré su fortuna, ¿me oye?, lo que usted quiera… Cincuenta mil francos… Cincuenta mil francos por esa carta… ¿A usted qué más le da?… ¿No quiere?… Bueno, entonces cien mil… diga… cien mil francos… ¿comprende?… cien mil francos… cien mil francos».

El cartero se volvió, con gesto duro y mirada severa: «Basta, o repetiré a la justicia todo lo que acaba de decirme».

Renardet se detuvo en seco. Todo había terminado. Ya no tenía esperanza alguna. Se volvió y echó a correr hacia su casa, galopando como una bestia perseguida.

Entonces Médéric se detuvo a su vez y contempló estupefacto aquella huida. Vio al alcalde entrar en su casa, y siguió esperando, como si no pudiera dejar de ocurrir algo sorprendente.

En efecto, no tardó mucho en aparecer en la cima de la torre del Zorro la alta estatura de Renardet. Corría alrededor de la plataforma como un loco; luego agarró el mástil de la bandera y lo sacudió con furia sin conseguir romperlo, luego, de pronto, como un nadador que se tira de cabeza, se lanzó al vacío, con las dos manos por delante.

Médéric corrió para prestarle ayuda. Al atravesar el parque vio a los leñadores que iban a su tarea. Los llamó de lejos gritando el accidente; y ellos encontraron al pie de los muros un cuerpo ensangrentado cuya cabeza se había aplastado sobre una roca. El Brindille rodeaba aquella roca, y sobre sus aguas ensanchadas en aquel lugar, claras y remansadas, se veía correr un largo reguero rosa de sesos y de sangre mezclados.

Mademoiselle Perla[254]

I

¡Qué idea tan singular tuve realmente aquella noche al escoger por reina a Mlle. Perla!

El día de Reyes voy todos los años a casa de mi viejo amigo Chantal. Mi padre, de quien era su amigo más íntimo, me llevó ya cuando era niño. He seguido yendo, y seguiré yendo sin duda mientras viva, y mientras haya un Chantal en el mundo.

Los Chantal llevan, por otro lado, una existencia singular: viven en París como si vivieran en Grasse, Yvetot o Pont-à-Mousson.

Cerca del Observatorio tienen una casa con un jardincillo. Allí están a gusto, como si estuvieran en provincias. De París, del verdadero París, no conocen nada, no sospechan nada; ¡están tan lejos, tan lejos! A veces, sin embargo, hacen un viaje, un largo viaje. La señora Chantal va de provisiones, como dicen en la familia. Y va de grandes provisiones de la siguiente manera:

Mademoiselle Perla, que tiene las llaves de los armarios de cocina (pues los armarios de ropa son administrados por el ama en persona), Mlle. Perla avisa que el azúcar toca a su fin, que las conservas están agotadas, que ya no queda gran cosa en el fondo del saco de café.

Puesta así en guardia contra la escasez, Mme. Chantal inspecciona los restos, tomando notas en un cuadernito. Luego, después de haber apuntado muchas cifras, primero se entrega a largos cálculos y luego a largas discusiones con Mlle. Perla. Terminan sin embargo por ponerse de acuerdo y por fijar las cantidades de cada cosa de las que se proveerán para tres meses: azúcar, arroz, ciruelas, café, mermeladas, botes de guisantes, melocotones, bogavante, pescados en salazón o ahumados, etcétera, etcétera…

Tras lo cual, se decide el día de las compras y se va, en coche de alquiler, en un coche con baca, a una importante tienda de comestibles situada al otro lado de los puentes, en los barrios nuevos.

La señora Chantal y la señorita Perla hacen ese viaje juntas, misteriosamente, y vuelven a la hora de la cena extenuadas, aunque todavía emocionadas, y zarandeadas en el cupé, cuyo techo está cubierto de paquetes y de bolsas, como un carruaje de mudanza.

Para los Chantal, toda la parte de París situada al otro lado del Sena constituye los barrios nuevos, barrios habitados por una población singular, ruidosa, poco honorable, que pasa los días en disipaciones, las noches en fiestas, y que tira el dinero por la ventana. De vez en cuando, sin embargo, llevan a las jóvenes al teatro, a la Opèra-Comique o al Français, cuando la obra es recomendada por el periódico que lee el señor Chantal.

Las jóvenes tienen en la actualidad diecinueve y diecisiete años; son dos chicas guapas, altas y lozanas, muy bien educadas, demasiado bien educadas, tan bien educadas que pasan desapercibidas como dos graciosas muñecas. Nunca se me ocurriría la idea de prestar atención o cortejar a las señoritas Chantal; apenas si se atreve uno a dirigirles la palabra, de lo inmaculadas que se las siente; casi se tiene miedo a ser poco correcto si las saluda.

En cuanto a su padre, es un hombre encantador, muy instruido, muy abierto, muy cordial, pero que ante todo ama el reposo, la calma, la tranquilidad, y que ha contribuido enormemente a modificar a su familia para vivir él a gusto, en una inmovilidad estancadora. Lee mucho, habla de buena gana y se enternece con facilidad. La ausencia de contactos, de trato y de choques ha vuelto muy sensible y delicada su epidermis, su epidermis moral. La menor cosa lo conmueve, lo agita y lo hace sufrir.

Los Chantal, pese a todo, tienen relaciones, pero unas relaciones restringidas, cuidadosamente elegidas en el vecindario. También hacen dos o tres visitas al año a parientes que viven lejos.

En cuanto a mí, voy a cenar a su casa el 15 de agosto y el día de Reyes. Eso forma parte de mis deberes como la comunión por Pascua para los católicos.

El 15 de agosto invitan a varios amigos, pero en Reyes soy el único invitado.

II

Así pues, este año, como los anteriores, fui a cenar a casa de los Chantal para celebrar la Epifanía.

Como de costumbre, di un abrazo al señor Chantal, a la señora Chantal y a la señorita Perla, e hice un gran saludo a las señoritas Louise y Pauline. Me preguntaron por mil cosas, por los sucesos del bulevar, por la política, por lo que pensaba la gente de los asuntos del Tonquín[255] y sobre nuestros representantes. La señora Chantal, gruesa dama cuyas ideas me hacían el efecto de estar cortadas igual que los bloques de piedra labrada, tenía la costumbre de emitir, como conclusión en cualquier discusión política, la siguiente frase: «Todo esto es mala semilla para más tarde». ¿Por qué siempre he imaginado que las ideas de Mme. Chantal son cuadradas? No lo sé; mas todo lo que dice adopta esta forma en mi mente: un cuadrado, un gran cuadrado con cuatro ángulos simétricos. Hay otras personas cuyas ideas siempre me parecen redondas y rodantes como aros. En cuanto han empezado una frase sobre alguna cosa, todo rueda, corre, le siguen diez, veinte, cincuenta ideas redondas, grandes y pequeñas, que veo correr una tras otra hasta el fin del horizonte. Otras personas también tienen ideas puntiagudas… Aunque esto importa poco ahora.

Se sentaron a la mesa como siempre, y la cena acabó sin que se hubiera dicho nada relevante.

A los postres trajeron el roscón de Reyes. Todos los años el señor Chamal era el rey. Era efecto de una casualidad continua o de un pacto familiar, no lo sé, pero infaliblemente la sorpresa aparecía en su parte de roscón, y él proclamaba reina a Mme. Chamal. Por eso me quedé estupefacto al sentir en un bocado de roscón algo muy duro que estuvo a punto de romperme un diente. Retiré suavemente aquel objeto de la boca y vi una muñequita de porcelana, no mayor que una judía. La sorpresa me hizo exclamar: «¡Ah!» Me miraron, y Chamal dijo aplaudiendo: «Es Gaston. Es Gaston. ¡Viva el rey! ¡Viva el rey!»

Todos respondieron a coro: «¡Viva el rey!» Y me ruboricé hasta las orejas, como se ruboriza uno a menudo, sin razón, en situaciones algo tontas. Permanecía con los ojos bajos, sosteniendo entre dos dedos aquel grano de loza, esforzándome por reír y sin saber qué hacer ni qué decir, cuando Chamal prosiguió: «Ahora hay que elegir una reina».

Entonces me quedé aterrado. En un segundo mil ideas, mil suposiciones cruzaron por mi mente. ¿Querían que designase a una de las señoritas Chamal? ¿Era aquél un medio para hacerme decir a cuál prefería? ¿Era un suave, ligero, insensible empujón de los padres hacia un posible matrimonio? La idea de matrimonio ronda continuamente en todas las casas con hijas mayores y adopta todas las formas, todos los disfraces, todos los medios. Me

invadió un miedo atroz a comprometerme, y también una timidez extrema, ante la actitud tan obstinadamente correcta y cerrada de las señoritas Louise y Pauline. Elegir a una en detrimento de la otra me pareció tan difícil como elegir entre dos gotas de agua; y además, el temor a aventurarme en una historia que me llevaría al matrimonio a pesar mío, muy suavemente, mediante procedimientos tan discretos, tan imperceptibles y tan tranquilos como aquella insignificante realeza, me alteraba de una forma horrible.

Pero de pronto tuve una inspiración, y tendí a Mlle. Perla la muñeca simbólica. Al principio todos se sorprendieron, luego apreciaron sin duda mi delicadeza y mi discreción, porque aplaudieron con furia. Gritaban: «¡Viva la reina! ¡Viva la reina!»

En cuanto a la pobre solterona, había perdido toda compostura; temblaba, asustada, y balbucía: «Pero yo no… no… no… yo no… se lo ruego… yo no… se lo ruego»…

Entonces, por primera vez en mi vida, miré a Mlle. Perla, y me pregunté quién era.

Estaba acostumbrado a verla en aquella casa, como se ven los viejos sillones de tapicería en los que uno se sienta desde la infancia sin haberse fijado nunca en ellos. Un día, no se sabe por qué, porque un rayo de sol cae sobre el asiento, uno se dice de pronto: «Vaya, pero qué curioso es este mueble»; y se descubre que la madera fue labrada por un artista, y que la tela es admirable. Nunca me había fijado en Mlle. Perla.

Formaba parte de la familia Chantal, eso es todo; pero ¿cómo? ¿A título de qué? — Era una persona alta y delgada que se esforzaba por pasar desapercibida, pero que no era insignificante. Se la trataba con cariño, mejor que a una criada, menos bien que a una pariente. De golpe, ahora advertía una cantidad de matices de los que hasta aquí no me había preocupado. La señora Chantal decía: «Perla». Las hijas: «Señorita Perla», y Chantal la llamaba únicamente Mademoiselle, con un aire tal vez más respetuoso.

Me puse a mirarla. —¿Qué edad tenía? ¿Cuarenta años? Sí, cuarenta años —. Aquella mujer no era vieja, se envejecía. De pronto me sorprendió esta observación. Se peinaba, se vestía, se engalanaba de manera ridícula y, pese a todo, no era ridícula, tan sencillo y natural era su atractivo, tan velada y cuidadosamente oculta era su gracia. ¡Qué criatura tan extraña! ¿Cómo no la había observado mejor? Se peinaba de una forma grotesca, anticuados ricitos totalmente chuscos; y bajo aquella cabellera conservada a lo Virgen, se veía una gran frente tranquila, surcada por dos arrugas profundas, dos arrugas de largas tristezas, luego dos ojos azules, anchos y dulces, tan tímidos, tan

temerosos, tan humildes, dos bellos ojos que se habían quedado tan ingenuos, tan llenos de asombro de niña, de sensaciones jóvenes y también de penas que habían ocurrido dentro, enterneciéndolos, sin turbarlos.

El rostro era delicado y discreto en su totalidad, uno de esos rostros que se han apagado sin haber sido gastados o marchitados por las fatigas o las grandes emociones de la vida.

¡Qué bonita boca! ¡Y qué bonitos dientes! ¡Pero se hubiera dicho que no se atrevía a sonreír!

Y de improviso la comparé con Mlle. Chantal. La señorita Perla era mejor, cien veces mejor, más delicada, más noble, más orgullosa.

Me quedé estupefacto ante mis observaciones. Servían el champán. Tendí mi vaso a la reina, brindando por su salud con un cumplido bien pensado. Ella sintió deseos, me di cuenta, de taparse la cara con la servilleta; luego, cuando mojaba sus labios en la clara bebida, todos gritaron: «¡La reina bebe! ¡La reina bebe!» Entonces se puso completamente colorada y se ahogó. Rieron; pero comprendí que la querían mucho en la casa.

III

Cuando la cena hubo acabado, Chantal me cogió del brazo. Era la hora de su puro, hora sagrada. Cuando estaba solo, iba a fumarlo a la calle; cuando tenía alguien a cenar, se montaba la sala del billar y él jugaba fumando. Aquella noche, hasta habían hecho fuego en el billar, debido a los Reyes; y mi viejo amigo cogió su taco, un taco muy fino que frotó con tiza poniendo mucho cuidado, luego dijo:

«¡Empieza tú, muchacho!»

Porque me tuteaba aunque ya tuviese yo veinticinco años, pero me conocía desde muy niño.

Empecé pues la partida: hice algunas carambolas; fallé otras; pero como el pensamiento de Mlle. Perla rondaba mi cabeza, pregunté de pronto:

«Y dígame, señor Chantal, ¿Mlle. Perla es pariente suya?»

Dejó de jugar, muy asombrado, y me miró.

«¿Cómo? ¿No lo sabes? ¿No conoces la historia de Mlle. Perla?

—Pues no.

—¿No te la contó nunca tu padre?

—Pues no.

—Vaya, qué raro, ¡ah, sí que es raro! ¡Oh! Pues es toda una aventura».

Se calló, luego continuó:

«¡Y no sabes lo singular que es que me preguntes eso hoy, un día de Reyes!

—¿Por qué?

¡Ah, por qué! Escucha. Hace de esto cuarenta años, cuarenta y un años hoy mismo, día de la Epifanía. Entonces vivíamos en Roüy-le-Tors[256], en las murallas; pero ante todo debo explicarte cómo era la casa para que comprendas bien. Roüy está construida sobre una ladera, o mejor dicho, sobre un cerro que domina una gran región de praderas. Teníamos allí una casa con un hermoso jardín colgante, sostenido en el aire por unos viejos parapetos de fortificaciones. Así pues, la casa estaba en la ciudad, en la calle, mientras que el jardín dominaba la llanura. También había una puerta de salida de ese jardín al campo, al final de una escalera secreta que descendía por el espesor de los muros, como hay tantas en las novelas. Un camino pasaba por delante de esa puerta provista de una gran campana, porque los aldeanos, para evitar un gran rodeo, traían por allí sus provisiones.

Te haces cargo del lugar, ¿verdad? Bueno, pues ese año, en Reyes, nevaba desde hacía una semana. Se hubiera dicho el fin del mundo. Cuando íbamos a las murallas a mirar la llanura, nos producía frío en el alma aquella inmensa comarca blanca, completamente blanca, helada, y que relucía como barniz. Se hubiera dicho que Dios había empaquetado la tierra para enviarla al desván de los viejos mundos. Te aseguro que era muy triste.

Estábamos en familia en aquel momento, y éramos muchos, muchísimos. Mi padre, mi madre, mi tío y mi tía, mis dos hermanos y mis cuatro primas; eran unas chicas preciosas; me casé con la mejor. De toda esa gente, ya sólo estamos vivos tres: mi mujer, yo y mi cuñada, que vive en Marsella. Pardiez, ¡cómo se desgrana una familia! ¡Tiemblo cuando lo pienso! Yo tenía quince años, puesto que ahora tengo cincuenta y seis.

Íbamos a celebrar los Reyes, y estábamos muy alegres, muy alegres. Todos esperaban la cena en el salón cuando mi hermano mayor, Jacques, empezó a decir: «Hay un perro que aúlla en el llano desde hace diez minutos, debe de ser un pobre animal perdido».

No había terminado de hablar cuando sonó la campana del jardín. Tenía un sonido grave de campana de iglesia que hacía pensar en los muertos. Todo el mundo se estremeció. Mi padre llamó al criado y le mandó ir a ver. Esperamos en medio de un gran silencio; pensábamos en la nieve que cubría toda la tierra. Cuando el hombre volvió, afirmó que no había visto nada. El perro seguía aullando sin cesar, y su voz no cambiaba de sitio.

Nos sentamos a la mesa; pero estábamos algo intranquilos, sobre todo los jóvenes. Todo fue bien hasta el asado; entonces la campana vuelve a sonar de nuevo, tres veces seguidas, tres grandes campanadas largas, que vibraron hasta en la punta de nuestros dedos y que nos cortaron en seco el aliento. Nos quedamos mirándonos, con el tenedor en el aire, escuchando siempre, y embargados por una especie de miedo sobrenatural.

Por fin habló mi madre: «Es sorprendente que hayan esperado tanto tiempo para volver a llamar; no vaya solo, Baptiste; uno de estos caballeros le acompañará».

Mi tío François se levantó. Era una especie de hércules, muy orgulloso de su fuerza y que no temía a nada en el mundo. Mi padre le dijo: «Coge la escopeta. No se sabe lo que puede ser».

Pero mi tío sólo cogió un bastón y salió al punto con el criado.

En cuanto a nosotros, nos quedamos temblando de terror y de angustia, sin comer, sin hablar. Mi padre trató de tranquilizarnos: «Ya veréis, dijo, como será algún mendigo o alguien que se ha perdido en la nieve. Después de haber llamado la primera vez, viendo que no le abrían enseguida, ha intentado encontrar el camino, luego, como no lo ha conseguido, ha vuelto a nuestra puerta».

La ausencia de mi tío nos pareció que duraba una hora. Por fin volvió, furioso, soltando juramentos: «Nada, maldita sea, ¡algún bromista! Únicamente ese maldito perro que aúlla a cien metros de los muros. Si me hubiera llevado la escopeta, lo habría matado para hacerlo callar».

Nos pusimos a cenar de nuevo, pero todo el mundo estaba ansioso; se advertía que aquello no había terminado, que iba a pasar algo, que la campana volvería a sonar dentro de un rato.

Y sonó, precisamente en el momento en que cortaban el roscón de Reyes. Todos los hombres se levantaron al mismo tiempo. Mi tío François, que había bebido champán, afirmó con tal furia que iba a matarlo que mi madre y mi tía se abalanzaron sobre él para impedírselo. Mi padre, aunque muy tranquilo y algo impotente (cojeaba desde que se había roto una pierna al caerse del caballo), declaró también que quería saber lo que era, y que iría. Mis hermanos, de dieciocho y veinte años, corrieron a buscar sus escopetas; y como apenas me prestaban atención, me apoderé de una carabina de salón y me dispuse a acompañar también a los expedicionarios.

Partimos enseguida. Mi padre y mi tío iban delante, con Baptiste, que llevaba una linterna. Mis hermanos Jacques y Paul los seguían, y yo iba

detrás, a pesar de las súplicas de mi madre, que se quedaba con su hermana y mis primas en el umbral de la casa.

La nieve había empezado a caer de nuevo hacía una hora y cargaba con su peso todos los árboles. Los abetos se doblaban bajo aquel pesado traje lívido, parecidos a pirámides blancas, a enormes panes de azúcar; y, a través del telón gris de los copos menudos y apretados, apenas se distinguían los arbustos más ligeros, completamente pálidos en la sombra. Caía tan espesa la nieve que no se veía más allá de diez pasos. Pero la linterna arrojaba una gran claridad delante de nosotros. Cuando empezamos a bajar la escalera de caracol excavada en la muralla tuve miedo, de veras. Me pareció que alguien caminaba detrás de mí; que iban a cogerme por los hombros y a llevárseme; y tuve ganas de volver; pero como había que atravesar de nuevo todo el jardín, no me atreví.

Oí que abrían la puerta que daba al llano, luego mi tío empezó a soltar juramentos: «¡Por Cristo!, ha vuelto a marcharse. Como le vea, aunque sólo sea su sombra, le meto una bala a ese h. de p.»…

Era siniestro ver el llano, o, más bien, sentirlo delante de uno, porque no se veía; sólo se veía un velo de nieve sin fin, arriba, abajo, enfrente, a la derecha, a la izquierda, por todas partes.

Mi tío continuó: «Mira, ahí está otra vez ese perro aullando; yo le enseñaré cómo se dispara. Eso que saldremos ganando».

Pero mi padre, que era bueno, replicó: «Más vale que vayamos a buscar a ese miserable animal que aúlla de hambre. El pobre ladra pidiendo ayuda; llama como un hombre en apuros. Vamos».

Y nos pusimos en marcha a través de aquella cortina, a través de aquella nevada espesa, continua, a través de aquel musgo que llenaba la noche y el aire, que se movía, flotaba, caía y helaba la carne derritiéndose, la helaba igual que la habría quemado, con un dolor vivo y rápido sobre la piel cada vez que la tocaban los pequeños copos blancos.

Nos hundíamos hasta las rodillas en aquella pasta blanca y fría; y había que levantar muy alto los pies para caminar. A medida que avanzábamos, la voz del perro se volvía más clara, más fuerte. Mi tío gritó: «¡Ahí está!» Nos detuvimos para observarlo, como se debe hacer frente a un enemigo que encontramos en la oscuridad.

Yo sí que no veía nada; entonces alcancé a los otros y lo vi; era horrible y fantástico de ver aquel perro, un gran perro negro, un perro pastor de pelo largo y cabeza de lobo, alzado sobre sus cuatro patas, al final del largo

reguero de luz creado por la linterna sobre la nieve. No se movía; se había callado; y nos miraba.

Mi tío dijo: «¡Qué raro, no avanza ni retrocede! Me entran ganas de pegarle un tiro».

Mi padre replicó con voz firme: «No, hay que cogerlo».

Entonces mi hermano Jacques añadió: «Pero no está solo. Hay algo a su lado.»

En efecto, había algo detrás de él, una cosa gris, imposible de distinguir. Volvimos a ponernos en marcha con precaución.

Y al ver que nos acercábamos, el perro se sentó sobre sus patas traseras. No parecía malo. Más bien contento de haber conseguido atraer a gente.

Mi padre fue derecho hacia él y lo acarició. El perro le lamió las manos; y vimos que estaba atado a la rueda de un carrito, una especie de carrito de juguete completamente envuelto en tres o cuatro mantas de lana. Separamos aquellas ropas con cuidado y, cuando Baptiste acercaba su linterna a la puerta del carrito que parecía un nido rodante, vimos dentro a una criatura que dormía.

Nos quedamos tan estupefactos que no podíamos articular palabra. Mi padre fue el primero en recobrarse, y como era de gran corazón y de alma algo exaltada, extendió la mano sobre el techo del cochecillo y dijo: «¡Pobre abandonado, serás de los nuestros!» Y ordenó a mi hermano Jacques que empujase delante de nosotros el hallazgo.

Mi padre añadió, pensando en voz alta: «Algún hijo del amor cuya pobre madre ha venido a llamar a mi puerta esta noche de Epifanía, en recuerdo del Niño Dios».

De nuevo se detuvo y, con todas sus fuerzas, gritó a través de la oscuridad hacia los cuatro puntos cardinales: «¡Lo hemos recogido!» Luego, poniendo su mano sobre el hombro de su hermano, murmuró: «¿Y si hubieras disparado al perro, François?…»

Mi tío no contestó, pero en la sombra hizo una gran señal de la cruz, porque a pesar de sus aires de fanfarrón era muy religioso.

Habíamos desatado al perro, que nos seguía.

¡Ah!, y qué curioso fue ver la entrada a casa. Primero tuvimos muchos problemas para subir el carrito por la escalera de las murallas; lo conseguimos, sin embargo, y lo llevamos hasta el vestíbulo.

¡Qué divertida, contenta y asustada estaba mamá! Y mis cuatro primitas (la más joven tenía seis años) se parecían a cuatro pollos alrededor de un nido. Por fin retiramos de su cochecito a la criatura que seguía durmiendo. Era una

niña, de unas seis semanas de vida. Y entre las mantillas aparecieron diez mil francos de oro, sí, ¡diez mil francos!, que papá colocó para formarle una dote. No era por tanto hija de pobres… y sí quizá la hija de algún noble con una pequeña burguesa de la ciudad… o también… hicimos mil suposiciones pero nunca se supo nada… pero nada, nunca se supo nada… Ni el perro fue reconocido por nadie. No era del pueblo. En todo caso, aquel o aquella que había venido a llamar tres veces a nuestra puerta conocía bien a mis padres, por haberlos elegido de aquella manera.

Así fue como Mlle. Perla entró, con seis semanas de edad, en la familia Chantal.

No fue sino más tarde cuando le dimos del nombre de Mlle. Perla. Al principio la bautizamos como: «Marie, Simone, Claire», y Claire debía servirle de nombre familiar.

Le aseguro que fue muy divertida la vuelta al comedor con aquella cría despierta, que miraba a su alrededor a aquella gente y aquellas luces con sus ojos vagos, azules y turbios.

Volvimos a sentarnos a la mesa y repartimos el roscón. Yo era rey; y elegí por reina a Mlle. Perla, como usted hace un rato. Pero ese día apenas se dio cuenta del honor que se le hacía.

La niña fue adoptada y criada en la familia. Creció; pasaron los años. Era amable, dulce, obediente. Todos la querían y la habríamos mimado de una manera abominable de no haberlo impedido mi madre.

Mi madre era una mujer de orden y de jerarquía. Consentía en tratar a la pequeña Claire como a sus propios hijos, pero se empeñaba sin embargo en que la distancia que nos separaba estuviese bien marcada, y la posición bien establecida.

Por eso, en cuanto la niña tuvo capacidad de comprensión, le contó su historia, haciéndole comprender suavemente, cariñosamente incluso, que para los Chantal era una hija adoptiva, recogida, pero en última instancia una extraña.

Claire comprendió aquella situación con una inteligencia singular, con un instinto sorprendente; y supo asumir y conservar el sitio que se le dejaba con tanto tacto, gracia y gentileza que emocionaba a mi padre hasta hacerlo llorar.

Hasta mi madre quedó tan conmovida por la gratitud apasionada y el afecto algo temeroso de aquella graciosa y tierna criatura que empezó a llamarla: «Mi hija». A veces, cuando la pequeña había hecho algo bueno, delicado, mi madre se subía las gafas hasta la frente, cosa que siempre indicaba en ella una emoción, y repetía: «¡Esta niña es una perla, una

verdadera perla!» — Ese nombre se le quedó a la pequeña Claire que se convirtió para nosotros y siguió siendo Mlle. Perla.

IV

El señor Chantal se calló. Estaba sentado sobre la mesa de billar, con los pies colgando, y jugueteaba con una bola en la mano izquierda, mientras con la derecha manoseaba un trapo que servía para borrar los puntos en la pizarra y que llamábamos «el trapo de la tiza». Algo colorado, con voz sorda, ahora hablaba consigo mismo, arrastrado por sus recuerdos, caminando suavemente por cosas antiguas y viejos acontecimientos que despertaban en su cabeza, igual que se camina, al pasear, por los viejos jardines familiares donde uno fue criado, y donde cada árbol, cada sendero, cada planta, cada acebo puntiagudo, los laureles que huelen bien, los tejos cuya grana roja y suculenta se aplasta entre los dedos, hacen surgir, a cada paso, un pequeño suceso de nuestra vida pasada, uno de esos minúsculos sucesos insignificantes y deliciosos que forman el fondo mismo, la trama de la existencia.

Yo seguía frente a él, pegado a la pared, con las manos apoyadas en mi taco de billar inútil.

Al cabo de un minuto continuó: «Cristo, qué bonita era a los dieciocho años… y graciosa… y perfecta… ¡Ay!, ¡qué bonita… bonita… bonita… y buena… y animosa… y encantadora muchacha!… Tenía unos ojos… unos ojos azules… transparentes… claros… ¡como nunca he visto otros… nunca!»

Volvió a callarse. Pregunté: «¿Por qué no se ha casado?»

Respondió, no a mí, sino a aquella palabra que pasaba: «casado»:

¿Por qué? ¿Por qué? No quiso… no quiso. Tenía sin embargo treinta mil francos de dote, y pidieron su mano varias veces… ¡no quiso! Parecía triste en esa época. Fue cuando me casé con mi prima, la pequeña Charlotte, mi mujer, a la que estaba prometido hacía seis años.

Miraba al señor Chantal y me parecía que calaba en su espíritu, que penetraba de golpe en uno de esos humildes y crueles dramas de los corazones honestos, de los corazones rectos, de los corazones sin reproche, en uno de esos dramas inconfesados, inexplorados, que nadie ha conocido, ni siquiera los que son sus mudas y resignadas víctimas.

Y de repente me impulsó una curiosidad audaz, y pregunté:

«¿No habría debido desposarla usted, señor Chantal?

Se sobresaltó, me miró y dijo:

«¿Yo? ¿Desposar a quién?

—A la señorita Perla.

—¿Por qué?

—Porque la amaba más que a su prima».

Me miró con unos ojos extraños, redondos, asustados; luego balbució:

«¿Que yo la quise… yo?… ¿Cómo? ¿Quién te ha dicho eso?…

—Pardiez, se ve… y por ella tardó usted tanto tiempo en casarse con su prima, que llevaba esperándole seis años».

Soltó la bola que tenía en la mano izquierda, cogió con las dos manos el trapo de la tiza y, cubriéndose con él la cara, empezó a sollozar en él. Lloraba de una forma desoladora y ridícula, como llora una esponja que estrujamos, por los ojos, la nariz y la boca al mismo tiempo. Y tosía, escupía, se sonaba en el trapo de la tiza, se enjugaba los ojos, estornudaba, empezaba de nuevo a llorar por todas las aberturas de su rostro, con un ruido de garganta que hacía pensar en gargarismos.

Asustado y avergonzado, yo tenía ganas de marcharme y ya no sabía qué decir, qué hacer, qué intentar.

Y de pronto la voz de Mme. Chantal resonó en la escalera:

«¿Es que nunca se acaba el puro?»

Abrí la puerta y grité: «Sí, señora, ahora bajamos».

Luego me abalancé hacia su marido, y agarrándolo por los codos: «Señor Chantal, amigo Chantal, escúcheme; su mujer lo llama, tranquilícese, tranquilícese enseguida, hay que bajar; tranquilícese».

Y empezó a enjugarse a conciencia la cara con el trapo que, desde hacía dos o tres años, limpiaba todas las marcas de la pizarra; luego apareció, mitad blanco y mitad colorado, con la frente, la nariz, la mejilla y el mentón embadurnados de tiza, y los ojos hinchados, llenos todavía de lágrimas.

Lo cogí de las manos y lo arrastré hacia su habitación murmurando: «Le pido perdón, le pido mil perdones, señor Chantal, por haberle causado esta pena… pero… yo no sabía… me… me comprende…»

Me estrechó las manos: «Sí… sí…, hay momentos difíciles…»

Luego hundió la cara en la jofaina. Cuando la sacó, todavía no me pareció presentable; pero se me ocurrió la idea de una pequeña artimaña. Cuando se inquietaba mirándose en el espejo, le dije: «Basta con que diga que tiene una mota de polvo en el ojo, y podrá llorar delante de todos cuanto quiera».

Bajó, en efecto, frotándose los ojos con el pañuelo. Se inquietaron: todos quisieron buscar la mota de polvo que no se encontró, y se contaron historias parecidas en las que habían tenido que ir en busca del médico.

Yo, mientras tanto, me había reunido con Mlle. Perla y la miraba, atormentado por una curiosidad ardiente, una curiosidad que se convertía en sufrimiento. En efecto, había debido de ser bonita, con sus ojos dulces, tan grandes, tan tranquilos, tan anchos que daba la impresión de no cerrarlos nunca, como hace el resto de los humanos. Su atuendo era algo ridículo, un verdadero atuendo de solterona, que la deslucía sin afearla.

Me parecía estar viendo en ella como acababa de ver en el alma del señor Chantal, que vislumbraba de principio a fin aquella vida humilde, sencilla y sacrificada; pero una necesidad acudía a mis labios, una necesidad acuciante de interrogarla, de saber si también ella le había amado; si había padecido como él aquel largo sufrimiento secreto, agudo, que no se ve, que no se sabe, que no se adivina, pero que escapa durante la noche en la soledad de la habitación a oscuras. La miraba, veía palpitar su corazón bajo su blusa bordada, y me preguntaba si aquel dulce rostro cándido había gemido cada noche, en el espesor húmedo de la almohada, y sollozado, con el cuerpo sacudido por estremecimientos, en medio de la fiebre del lecho ardiente.

Y le dije en voz baja, como hacen los niños que rompen un juguete para ver dentro: «Si hubiera visto llorar al señor Chantal hace un momento, habría sentido lástima.»

Se estremeció. «¿Cómo? ¿Lloraba?

—¡Oh!, sí, ¡lloraba!

—¿Y por qué?»

Pareció emocionarse mucho. Respondí:

«Por usted.

—¿Por mí?

—Sí. Me contaba cuánto la había querido en otro tiempo; y lo mucho que le había costado casarse con su mujer en lugar de con usted…»

Su cara pálida pareció alargarse un poco; sus ojos siempre abiertos, sus ojos tranquilos se cerraron de golpe, tan rápidos que parecían haberse cerrado para siempre. Resbaló desde su silla al suelo y se desplomó despacio, lentamente, como habría hecho un echarpe caído.

Grité: «¡Ayuda! ¡Ayuda! La señorita Perla se encuentra mal».

La señora Chantal y sus hijas se precipitaron, y cuando buscaban agua, una servilleta y vinagre, yo cogí mi sombrero y me fui.

Me marché a zancadas, con el corazón estremecido, la conciencia llena de remordimientos y de pesar. Pero a veces también estaba contento: me parecía haber hecho algo loable y necesario.

Me preguntaba: «¿He hecho mal? ¿He hecho bien?» Conservaban aquello en el alma como se guarda plomo en una llaga cerrada. ¿No serán más felices ahora? Era demasiado tarde para que volviese a empezar su sufrimiento y demasiado pronto para que lo recordaran con ternura.

Y acaso una noche de la próxima primavera, conmovidos por un rayo de luna caído sobre la hierba, a sus pies, a través de las ramas, se cogerán y se estrecharán la mano en recuerdo de todo aquel sufrimiento sofocado y cruel; y acaso también ese breve abrazo haga pasar a sus venas un poco de ese escalofrío que no habrán conocido, y que echará sobre aquellos muertos resucitados durante un segundo la rápida y divina sensación de esa ebriedad, ¡de esa locura que da a los enamorados más felicidad en un estremecimiento de la que pueden recoger, en toda su vida, los demás hombres!

El ermitaño[257]

Habíamos ido a ver con unos cuantos amigos al viejo ermitaño instalado en un antiguo túmulo cubierto por grandes árboles, en medio de la vasta llanura que va de Cannes a La Napoule.

Al volver hablábamos de estos peculiares solitarios laicos, numerosos en el pasado, y cuya raza desaparece en la actualidad. Buscábamos las causas morales, nos esforzábamos por determinar la índole de los pesares que empujaban en otro tiempo a los hombres a las soledades.

Uno de nuestros compañeros dijo de pronto:

«He conocido a dos solitarios: un hombre y una mujer. La mujer aún debe de estar viva. Hace cinco años vivía en unas ruinas en la cima de un monte absolutamente desierto en la costa de Córcega, a quince o veinte kilómetros de toda casa. Vivía allí con una criada; fui a verla. Desde luego había sido una distinguida mujer de mundo. Me recibió muy amablemente e incluso con cordialidad, pero no sé nada de ella; no adiviné nada.

»En cuanto al hombre, voy a contarles su siniestra aventura».

Vuélvanse. ¿Ven allá lejos ese monte puntiagudo y arbolado que se destaca detrás de La Napoule, completamente solo por delante de las cumbres del Esterel? En la región lo llaman monte de las Serpientes. Ahí es donde vivía mi solitario, entre los muros de un pequeño templo antiguo, hace unos doce años.

Después de haber oído hablar de él, decidí conocerlo y salí de Cannes, a caballo, una mañana de marzo. Tras dejar a mi animal en la posada de La Napoule, empecé a trepar a pie ese singular cono, de una altura de ciento cincuenta o doscientos metros y cubierto de plantas aromáticas, de cistos sobre todo, cuyo olor es tan vivo y penetrante que turba y causa malestar. El suelo es pedregoso y a menudo se ven deslizarse sobre las piedras largas culebras que desaparecen entre la hierba. De ahí ese sobrenombre muy merecido de monte de las Serpientes. Algunos días, los reptiles parecen salir debajo de vuestros pies cuando se trepa por la ladera expuesta al sol. Son tan numerosas que ya no se atreve uno a caminar y se experimenta un singular

malestar, no miedo, porque esos animales son inofensivos, sino una especie de espanto místico. Varias veces tuve la singular sensación de estar escalando un monte sagrado de la Antigüedad, una extraña colina perfumada y misteriosa, cubierta de cistos y poblada por serpientes y coronada por un templo.

Ese templo existe todavía. Al menos eso me aseguraron, que fue un templo. Pues no he tratado de saber más para no estropear mis emociones.

Así que lo escalé una mañana de marzo, so pretexto de admirar el país. Al llegar a la cima vi, en efecto, unos muros y, sentado en una piedra, a un hombre. Apenas tenía más de cuarenta y cinco años, aunque su pelo fuese todo blanco; pero su barba seguía siendo casi negra. Acariciaba a un gato enroscado en sus rodillas y no parecía preocuparse por mí. Di la vuelta a todas las ruinas; una parte de ellas, cubierta y cerrada mediante ramas, paja, hierbas y piedras, estaba habitada por él, y volví hacia donde se encontraba.

La vista desde allí es admirable. A la derecha está el Esterel, de cimas puntiagudas, extrañamente recortadas, luego el mar desmesurado, alargándose hasta las costas lejanas de Italia, con sus numerosos cabos, frente a Cannes, las islas de Lérins, verdes y llanas, que parecen flotar; la última de ellas presenta, frente al mar, una alta y antigua fortaleza de torres almenadas, edificada en las mismas olas.

Luego, dominando la verde costa, desde donde a lo lejos se ve, semejantes a numerosos huevos puestos al borde de la orilla, el largo rosario de villas y de pueblos blancos edificados en los árboles, elevándose hacia los Alpes, cuyas cumbres todavía tienen su capuchón de nieve.

Murmuré: «Por Cristo, qué hermoso».

El hombre alzó la cabeza y dijo: «Sí, pero cuando se ve todo el día, resulta monótono».

Así pues mi solitario hablaba, conversaba y se aburría. Ya era mío.

No me quedé mucho tiempo ese día, y sólo me esforcé por descubrir el color de su misantropía. Me hizo sobre todo el efecto de un ser cansado de los demás, harto de todo, irremediablemente desilusionado y asqueado tanto de sí mismo como del resto.

Me marché después de media hora de charla. Pero volví ocho días más tarde, y una vez más la semana siguiente, luego todas las semanas: tan bien que, antes de dos meses, éramos amigos.

Y una noche de finales de mayo, consideré llegado el momento y llevé provisiones para cenar con él en el monte de las Serpientes.

Era uno de esos atardeceres del Sur tan fragantes en esta región en la que se cultivan flores lo mismo que trigo en el Norte, en esta región en la que se fabrican casi todas las esencias que perfumarán la carne y los vestidos de las mujeres, uno de esos atardeceres en que los soplos de los innumerables naranjos con que están plantados los jardines y todos los repliegues de los valles, turban y debilitan hasta el punto de hacer soñar de amor a los viejos.

Mi solitario me acogió con una alegría visible; consintió gustoso en compartir mi cena.

Le hice beber un poco de vino, cuya costumbre había perdido; se animó, y empezó a hablar de su vida pasada. Siempre había residido en París, y me pareció que había vivido alegremente.

Le pregunté de improviso: «¿Qué extraña idea le hizo venir a encaramarse a esta cumbre?»

Respondió al punto: «¡Ah!, es que recibí la más dura sacudida que pueda recibir un hombre. Pero ¿por qué ocultarle esa desgracia? ¡Tal vez le haga compadecerse de mí! Además… no se la he contado nunca a nadie… nunca… y me gustaría saber… una vez… lo que piensa otro… y cómo la juzga.»

Nacido en París, criado en París, crecí y viví en esa ciudad. Mis padres me habían dejado unos cuantos millares de francos de renta, y gracias a cierta protección conseguí un puesto modesto y tranquilo que, para un soltero, me convertía en rico.

Desde la adolescencia había hecho vida de soltero. Ya sabe usted qué es eso. Libre y sin familia, decidido a no tomar mujer legítima, pasaba unas veces tres meses con una, otros seis meses con otra, luego un año sin compañía fija, libando en la masa de muchachas a tomar o a comprar.

Aquella existencia mediocre, y trivial si usted quiere, me convenía, satisfacía mis inclinaciones naturales de cambio y de curiosidad. Vivía en el bulevar, en los teatros y los cafés, siempre fuera de casa, casi sin domicilio, aunque estuviera bien instalado. Era uno de esos miles de seres que se dejan flotar, como corchos, en la vida; para quienes los muros de París son los muros del mundo, y que no se preocupan de nada porque no se apasionan por nada. Era lo que se llama un buen chico, sin cualidades y sin defectos. Eso era. Y me juzgo con exactitud.

Así pues, de los veinte años a los cuarenta, mi existencia transcurrió lenta y rápida, sin ningún hecho notable. ¡Cómo corren los años monótonos en París!, donde no entra en el espíritu ninguno de esos recuerdos que marcan una fecha, esos años largos y presurosos, tristes y alegres, en los que se bebe, se come y se ríe sin saber por qué, con los labios tendidos hacia todo lo que se

prueba y todo lo que se besa, sin tener ganas de nada. Era uno joven; se vuelve uno viejo sin haber hecho nada de lo que hacen los demás; sin ninguna atadura, sin ninguna raíz, sin ningún vínculo, casi sin amigos, sin parientes, sin mujeres, sin hijos.

Así pues, llegué suave y rápidamente a la cuarentena; y para festejar ese aniversario, me regalé, a mí solo, una buena cena en un gran café. Era un solitario en el mundo; me pareció divertido celebrar aquella fecha en solitario.

Después de cenar, dudé sobre lo que iba a hacer. Sentí ganas de entrar en un teatro; y luego se me ocurrió la idea de ir en peregrinación al Barrio Latino, donde en el pasado había hecho mi carrera de derecho. Crucé, pues, París, y entré sin pensarlo en una de esas cervecerías atendidas por chicas[258].

La que se ocupaba de mi mesa era muy joven, bonita y reidora. La invité a una consumición que aceptó enseguida. Se sentó frente a mí y me miró con sus ojos de experta, sin saber a qué tipo de macho tenía que tratar. Era rubia, mejor dicho, de pelo claro, una criatura lozana, muy lozana, a la que se adivinaba sonrosada y rolliza bajo la tela hinchada de la blusa. Le dije las cosas galantes y tontas que se dicen siempre a esas criaturas; y como era realmente encantadora, de pronto se me ocurrió la idea de llevármela… siempre para celebrar mis cuarenta años. No fue largo ni difícil. Estaba libre… desde hacía quince días, me dijo… y aceptó primero ir a cenar a los Halles cuando acabase su trabajo.

Como temía que me diese plantón —nunca se sabe lo que puede ocurrir, ni quién puede entrar en esas cervecerías, ni el viento que sopla en una cabeza de mujer—, me quedé allí, toda la velada, esperándola.

También yo estaba libre, desde hacía uno o dos meses, y, mirando ir de mesa en mesa a aquella graciosa debutante del Amor, me preguntaba si no me convendría llegar a un arreglo con ella durante un tiempo. Le cuento una de estas aventuras cotidianas de la vida de los hombres de París.

Perdóneme estos detalles groseros: los que no tienen poética el alma toman y eligen a las mujeres lo mismo que quien elige unas chuletas en la carnicería, sin ocuparse de otra cosa que de la calidad de la carne.

Así pues, me fui con ella a su casa — pues tengo respeto por mis sábanas. Era un pequeño alojamiento de obrera, en el quinto piso, limpio y pobre; y pasé allí dos horas deliciosas. Aquella pequeña tenía una gracia y una simpatía poco frecuentes.

Cuando iba a marcharme, me acerqué a la chimenea para depositar allí el regalo reglamentario, después de haber concertado una segunda entrevista con la joven, que permanecía en la cama; vi vagamente un reloj de péndulo dentro

de su globo de cristal, dos jarrones de flores y dos fotografías, una de ellas muy antigua, una de esas pruebas sobre cristal llamadas daguerrotipos[259]. Me incliné por casualidad hacia aquel retrato, y quedé sobrecogido, demasiado asombrado para comprender… Era mío, el primero de mis retratos… que me había hecho tiempo atrás, cuando vivía como estudiante en el Barrio Latino.

Lo cogí bruscamente para examinarlo más de cerca. No me equivocaba… y tuve ganas de reír de lo mucho que aquello me parecía inesperado y raro.

Pregunté: «¿Quién es este señor?»

Ella respondió: «Es mi padre, al que no conocí. Mamá me lo dejó diciéndome que lo guardase, que quizá me serviría un día…»

Dudó, se echó a reír y continuó: «No sé para qué puede servirme. No creo que vaya a reconocerme».

Mi corazón latía precipitado como el galope de un caballo desbocado. Volví a poner el retrato en horizontal sobre la chimenea, encima dejé, sin saber siquiera lo que hacía, dos billetes de cien francos que tenía en el bolsillo, y me marché diciendo: «Hasta pronto… hasta la vista… querida… hasta la vista».

Oí que respondía: «Hasta el martes». Yo estaba ya en la oscura escalera, que bajé a tientas.

Cuando salí fuera, me di cuenta de que llovía, y empecé a caminar a zancadas, por una calle cualquiera.

Iba sin rumbo, enloquecido, desesperado, tratando de acordarme. ¿Era posible? —Sí—. De pronto me acordé de una chica que me había escrito, un mes después de nuestra ruptura, que estaba encinta. Yo había rasgado o quemado la carta, y olvidado aquello. — Habría debido mirar la fotografía de la mujer sobre la chimenea de la pequeña. ¿Pero la habría reconocido? Era la fotografía de una mujer vieja, creía recordar.

Llegué al muelle. Vi un banco; y me senté. Llovía. De vez en cuando pasaba gente con paraguas. La vida me pareció odiosa y repugnante, llena de miserias, de vergüenzas, de infamias deseadas o inconscientes. ¡Mi hija!… ¡Tal vez acababa de poseer a mi hija!… Y París, aquel gran París sombrío, lúgubre, fangoso, triste, negro, con todas aquellas casas cerradas, estaba lleno de cosas parecidas, de adulterios, de incestos, de niñas violadas[260]. Me acordé de lo que se decía de los puentes, frecuentados por viciosos infames.

Sin quererlo, sin saberlo, había hecho una cosa peor que aquellos seres innobles. ¡Me había acostado con mi propia hija!

Estuve a punto de tirarme al agua. ¡Había enloquecido! Vagué hasta el amanecer, luego volví a mi casa para reflexionar.

Hice entonces lo que me pareció más juicioso: rogué a un notario que citase a la pequeña y le preguntase en qué condiciones su madre le había entregado el retrato del que se suponía que era su padre, diciendo que un amigo me había encargado aquella tarea.

El notario cumplió mis órdenes. Fue en su lecho de muerte cuando aquella mujer había designado al padre de su hija, y ante un sacerdote cuyo nombre me dieron.

Entonces, siempre en nombre de aquel amigo desconocido, hice entregar a aquella niña la mitad de mi fortuna, ciento cuarenta mil francos aproximadamente, de los que sólo puede cobrar la renta, luego dimití de mi empleo, y aquí me tiene.

Vagando por estas riberas, di con este monte, y me paré aquí… hasta cuándo… ¡lo ignoro!

«¿Qué piensa usted de mí… y de lo que hice?».

Respondí tendiéndole la mano:

«Hizo lo que debía hacer. Aunque otros hubieran dado menos importancia a esa odiosa fatalidad».

Me replicó: «Lo sé, pero yo estuve a punto de volverme loco. Al parecer, tenía el alma sensible sin nunca haberme dado cuenta. Y ahora tengo miedo de París, igual que los creyentes deben de tener miedo del infierno. Recibí un golpe en la cabeza, eso fue todo, un golpe comparable a la caída de una teja cuando pasa uno por la calle. Desde hace un tiempo me encuentro mejor».

Dejé a mi solitario. Me encontraba muy alterado por su relato.

Volví a verlo dos veces más, luego me marché, porque nunca me quedo en el Sur después de finales de mayo.

Cuando volví al año siguiente, el hombre ya no estaba en el monte de las Serpientes; y nunca he vuelto a oír hablar de él.

Ésta es la historia de mi ermitaño.

Sobre los gatos[261]

I

Cabo de Antibes[262]

El otro día, sentado en un banco de mi puerta, en pleno sol, delante de un macizo de anémonas florecidas, leía un libro de reciente aparición, un libro honrado, cosa rara, y también delicioso, *Le Tonnelier*, de Georges Duval[263]. Un gran gato blanco, que pertenece al jardinero, saltó sobre mis rodillas, y, con la sacudida, cerró el libro que dejé a mi lado para acariciar al animal.

Hacía calor; un aroma de flores nuevas, aroma tímido aún, intermitente, ligero, pasaba en el aire, que también traía a veces fríos estremecimientos procedentes de aquellas grandes cumbres blancas que distinguía a lo lejos.

Pero el sol era ardiente, agudo, uno de esos soles que revuelven la tierra y la hacen vivir, que hiende las semillas para animar a los gérmenes dormidos, y a las yemas para que se abran las hojas jóvenes. El gato se retorcía en mis rodillas, de espaldas, con las patas al aire, abriendo y cerrando sus garras, enseñando bajo sus labios sus puntiagudos colmillos y sus ojos verdes por la rendija casi cerrada de sus párpados. Yo acariciaba y manoseaba al animal blanco y nervioso, liviano como una tela de seda, dulce, cálido, delicioso y peligroso. Ronroneaba encantado y presto a morder, porque le gusta arañar tanto como ser acariciado. Tendía el cuello, se ondulaba, y cuando dejaba de tocarle se erguía y alargaba la cabeza bajo mi mano levantada.

Yo excitaba sus nervios, y él también excitaba los míos, porque odio y detesto a esos animales encantadores y pérfidos. Me gustaba tocarlos, hacer deslizar bajo mi mano su pelo sedoso que cruje, sentir su calor en ese pelo, en esa piel fina, exquisita. No hay nada más dulce, nada da a la piel una sensación más delicada, más refinada, más rara que la capa de pelo tibia y vibrante de un gato. Pero esa capa de pelo viviente me pone en los dedos un deseo extraño y feroz de estrangular al animal que acaricio. Siento en él las

ganas que tiene de morderme y desgarrarme, las siento, y esas ganas pasan a mí como un fluido que él me comunica, las tomo con la punta de mis dedos en ese pelo cálido, y suben, suben a lo largo de mis nervios, a lo largo de mis nervios hasta mi corazón, hasta mi cabeza, me impregna, corre a lo largo de mi piel, hace cerrarse mis dientes. Y siempre, siempre, al final de mis dedos siento el cosquilleo vivo y ligero que me penetra y me invade.

Y si el animal empieza, si me muerde, si me araña, lo cojo por el cuello, lo hago dar vueltas y lo lanzo lejos como la piedra de una honda, tan rápida y brutalmente que nunca tiene tiempo de vengarse.

Me acuerdo de que, siendo niño, ya me gustaban los gatos con bruscos deseos de estrangularlos entre mis manitas; y que un día, al fondo del jardín, en la entrada del bosque, vi de pronto una cosa gris que se retorcía entre las hierbas altas. Fui a ver; era un gato, cogido en un lazo, estrangulado, ahogándose, muriendo. Se retorcía, arrancaba la tierra con sus garras, saltaba, volvía a caer inerte, luego volvía a empezar, y su aliento ronco, rápido, hacía un ruido de bomba, un ruido horrible que todavía oigo.

Habría podido coger una azada y cortar el lazo, habría podido ir en busca del criado o avisar a mi padre. — No, no me moví, y, palpitante el corazón, lo miraba morir con una alegría trémula y cruel; ¡era un gato! Si hubiera sido un perro, habría cortado el hilo de cobre con mis dientes antes de dejarlo sufrir un segundo más.

Y cuando estuvo muerto, bien muerto, todavía caliente, lo palpé y le tiré de la cola.

II

Son deliciosos sin embargo, deliciosos, sobre todo, porque al acariciarlos, mientras se frotan contra nuestra carne, ronronean y se restriegan sobre nosotros mirándonos con sus ojos amarillos que no parecen vernos nunca, se nota perfectamente la inseguridad de su ternura, el egoísmo pérfido de su placer.

Hay mujeres que nos producen la misma sensación, mujeres encantadoras, dulces, de ojos claros y falsos, que nos han elegido para rozarse con el amor. A su lado, cuando abren los brazos, cuando tienden los labios, cuando las abrazamos con el corazón palpitante, cuando disfrutamos de la alegría sensual y sabrosa de su delicada caricia, nos damos perfecta cuenta de que tenemos

una gata, una gata con garras y colmillos, una gata pérfida, taimada, enamorada enemiga, que morderá cuando se canse de los besos.

Todos los poetas han amado a los gatos. Baudelaire los cantó divinamente. Es conocido su admirable soneto:

Les amoureux fervents et les savants austères
Aiment également, dans leur mûre saison,
Les chats puissants et doux, orgueil de la maison,
Qui come eux sont frileux, et comme eux sédentaires.

Amis de la science et de la volupté,
Ils cherchent le silence et l'horreur des ténèbres
L'Erèbe les eût pris pour ses coursiers funèbres
S'ils pouvaient au servage incliner leur fierté,[264]

Ils prennent, en songeant, les nobles attitudes
Des grands sphinx allongés au fond des solitudes
Qui semblent s'endormir dans un rêve sans fin.

Leurs reins féconds sont pleins d'étincelles magiques.
Et des parcelles d'or, ainsi qu'un sable fin,
Etoilent vaguement leurs prunelles mystiques[265].

III

Tuve un día la extraña sensación de haber vivido en el palacio encantado de la Gata blanca, un castillo magnífico donde reinaba uno de esos animales ondulantes, misteriosos, turbadores, el único quizá de todos los seres a los que nunca se siente caminar.

Fue el verano pasado, en esta misma ribera del Mediterráneo.

Hacía en Niza un calor espantoso, y me informé de si los habitantes del país no tenían en la montaña cercana algún valle fresco adonde poder ir a respirar.

Me indicaron el de Thorenc. Quise verlo.

Primero tuve que llegar a Grasse, la ciudad de los perfumes, de la que hablaré algún día contando cómo se fabrican las esencias y quintaesencias de

flores que llegan a valer dos mil francos el litro. Pasé allí la tarde y la noche, en un viejo hotel de la ciudad, albergue mediocre donde la calidad de los alimentos es tan dudosa como la limpieza de las habitaciones. Luego me marché por la mañana.

Bordeando profundos barrancos, la carretera se adentraba en plena montaña, dominada por picachos estériles, puntiagudos, salvajes. Me preguntaba qué sorprendente sitio de verano me habían indicado, y casi dudaba en dar la vuelta para llegar a Niza esa misma noche cuando, de pronto, distinguí ante mí, en un monte que parecía cerrar todo el valle, una inmensa y admirable ruina perfilando sobre el cielo torres, muros derruidos, toda una extraña arquitectura de ciudad muerta. Era una antigua encomienda de templarios que antaño gobernaba la región de Thorenc[266].

Rodeé el monte, y de pronto descubrí un valle verde, fresco y tranquilizador. Al fondo, praderas, corrientes de agua, sauces y, en las laderas, abetos, hasta el cielo.

Frente a la encomienda, en el otro lado del valle, pero más abajo, se alza un castillo habitado, el castillo de las Cuatro Torres, construido hacia 1530. Sin embargo, no se percibe ninguna huella del Renacimiento.

Es una sólida y fuerte construcción cuadrada, de poderoso carácter, flanqueada por cuatro torres guerreras, como dice su nombre.

Yo llevaba una carta de recomendación para el propietario de la mansión, que no me dejó alojarme en el hotel.

Todo el valle, delicioso en efecto, es uno de los sitios de veraneo más deliciosos que se pueda soñar. Paseé por él hasta la noche, luego, después de la cena, subí al aposento que me habían reservado.

Atravesé primero una especie de salón cuyos muros están cubiertos de viejo cordobán, luego otra estancia donde enseguida vi sobre las paredes, a la luz de mi vela, antiguos retratos de damas, cuadros de esos de los que Théophile Gautier dijo:

J'aime à vous voir en vos cadres ovales
Portraits jaunis des belles du vieux temps,
Tenant en main des roses un peu pâles
Comme il convient à des fleurs de cent ans![267]

Luego entré en el aposento donde estaba mi cama.

Una vez a solas, lo inspeccioné. Estaba tapizado de antiguas telas pintadas en las que se veían torreones de color rosa en el fondo de paisajes azules, y grandes pájaros fantásticos bajo follajes de piedras preciosas.

Mi gabinete de aseo se hallaba en una de las torrecillas. Las ventanas, anchas en el interior del aposento, estrechas hacia fuera, que atraviesan todo el espesor de los muros, no eran en última instancia más que troneras, esas aberturas por donde se mataba a los hombres. Cerré mi puerta, me acosté y me dormí.

Y soñé: siempre se sueña un poco de lo que ha pasado durante la jornada. Viajaba: entraba en una posada donde veía sentados a la mesa delante del fuego a un criado con librea de gala y un albañil. Estas personas hablaban de Victor Hugo, que acababa de morir[268], y yo participaba en su conversación. Finalmente iba a acostarme en una habitación cuya puerta no se cerraba, y de pronto veía al criado y al albañil, armados de ladrillos, que se acercaban despacio hacia mi cama.

Me desperté bruscamente, y necesité unos instantes para saber dónde estaba. Luego recordé los acontecimientos de la víspera, mi llegada a Thorenc, el amable recibimiento del señor del castillo… Iba a cerrar otra vez mis párpados cuando vi, sí, vi en la sombra, en la oscuridad, en medio de mi habitación, a la altura de la cabeza de un hombre poco más o menos, dos ojos de fuego que me miraban.

Cogí una cerilla y, mientras la frotaba, oí un ruido, ruido ligero, ruido blando como la caída de una tela húmeda y enrollada, y cuando tuve luz ya no vi nada más que una gran mesa en medio del aposento.

Me levanté, inspeccioné las dos estancias, la parte superior de mi lecho, los armarios, nada.

Pensé, pues, que había continuado mi sueño poco después de despertar, y volví a dormirme no sin esfuerzo.

Soñé de nuevo. Esta vez también viajaba, pero por Oriente, por el país que tanto amo. Y llegaba a casa de un turco que vivía en pleno desierto. Era un turco magnífico, no un árabe, un turco gordo, amable, encantador, vestido a la turca, con un turbante y todo un almacén de sederías a la espalda, un auténtico turco del Théâtre-Français que me hacía cumplidos ofreciéndome mermeladas en un diván delicioso.

Luego, un negrito me conducía a mi habitación —todos mis sueños acababan así—, una habitación azul cielo, perfumada, con pieles de animales por el suelo y, delante del fuego —la idea de fuego me perseguía hasta el desierto—, sobre una silla baja, una mujer apenas vestida, que me esperaba.

Pertenecía al tipo oriental más puro, con estrellas en las mejillas, la frente y el mentón, unos ojos inmensos, un cuerpo admirable, una piel morena pero de un moreno cálido y embriagador.

Ella me miraba y yo pensaba: «Así comprendo yo la hospitalidad. En nuestros estúpidos países del Norte, nuestros países de gazmoñería inepta, de pudor odioso, de moral imbécil, no es así como se recibiría a un forastero».

Me acerqué a ella y le hablé, pero me respondió por señas, por no saber una palabra de mi lengua que mi turco, su dueño, sabía tan bien.

Más feliz aún porque estuviera en silencio, la tomé de la mano y la conduje hacia mi cama, donde me tendí a su lado… ¡Pero siempre nos despertamos en esos momentos! Así pues me desperté, y no me sorprendió demasiado sentir bajo mi mano algo cálido y dulce que acariciaba amorosamente.

Después, cuando mis ideas se aclararon, reconocí que era un gato, un gran gato enroscado junto a mi mejilla y que dormía confiado. Lo dejé allí e hice como él, una vez más.

Cuando amaneció, se había marchado; y creí realmente que había soñado, pues no comprendía cómo habría podido entrar en mi cuarto y salir de él estando la puerta cerrada con llave.

Cuando conté mi aventura (no entera) a mi amable huésped, se echó a reír y me dijo: «Entró por la gatera», y alzando una cortina me mostró, en el muro, un pequeño agujero negro y redondo.

Y supe que casi todas las viejas mansiones de la región tienen esos mismos largos corredores estrechos a través de los muros, que van desde la bodega hasta el granero, desde el cuarto de la sirvienta a la habitación del señor, y que hacen del gato el rey y el dueño de la casa.

Circula como le place, visita su dominio a su capricho, puede acostarse en todas las camas, ver todo y oír todo, conocer todos los secretos, todas las costumbres o todas las vergüenzas de la casa. Está en la suya en todas partes, pudiendo entrar en todos los sitios el animal que circula sin ruido, el silencioso merodeador, el paseante nocturno de los muros huecos.

Y pensé en estos otros versos de Baudelaire:

C'est l'esprit familier du lieu,
Il juge, il préside, il inspire
Toutes choses dans son empire:
Peut-être est-il fée, — est-il Dieu?[269]

Rosalie Prudent[270]

En aquel caso había realmente un misterio que ni los miembros del jurado, ni el presidente, ni el fiscal de la República mismo conseguían comprender.

La joven Prudent (Rosalie), criada en casa de los Varambot, de Mantés, embarazada sin que sus amos lo supieran, había dado a luz durante la noche en su buhardilla, y luego matado y enterrado a su hijo en la huerta.

Era la historia habitual de todos los infanticidios[271] cometidos por sirvientas. Pero seguía habiendo un hecho inexplicable. El registro practicado en la habitación de la joven Prudent había llevado a descubrir un ajuar completo de recién nacido, hecho por la propia Rosalie, que había pasado sus noches cortándolo y cosiéndolo durante tres meses. El tendero al que había comprado la vela, pagada con su salario, para aquel largo trabajo había ido a testificar. Quedaba probado además que la comadrona de la región, avisada por ella de su estado, le había dado todas las indicaciones y todos los consejos prácticos para el caso de que el parto ocurriera en un momento en que fueran imposibles las ayudas. Además había buscado una colocación en Poissy para la joven, que preveía su despido, porque el matrimonio Varambot no bromeaba con las cosas de la moral.

Allí estaban, asistiendo a la vista, el hombre y la mujer, pequeños rentistas provincianos, exasperados contra aquella perdida que había mancillado su casa. Habrían querido verla guillotinada en el acto, sin juicio, y la abrumaban con declaraciones odiosas que en su boca se volvían acusaciones.

La culpable, una bella y alta muchacha de la Baja Normandía, bastante instruida para su condición, lloraba sin cesar y no contestaba nada.

Se deducía que había cometido aquel acto bárbaro en un momento de desesperación y locura, pues todo indicaba que había esperado conservar y criar a su hijo.

El presidente trató una vez más de hacerla hablar, de conseguir una confesión, y, tras habérselo pedido con gran dulzura, terminó haciéndole comprender que todos aquellos hombres reunidos para juzgarla no querían su muerte y hasta podían compadecerla.

Entonces ella se decidió.

Él preguntaba: «Veamos, díganos en primer lugar quién es el padre de ese niño.»

Hasta aquel momento lo había ocultado con obstinación.

Respondió de repente, mirando a sus amos que acababan de calumniarla con saña.

«Es el señor Joseph, el sobrino del señor Varambot.»

Los dos esposos tuvieron un sobresalto y gritaron al mismo tiempo: «¡Eso es falso! Miente. Es una infamia.»

El presidente los hizo callar y prosiguió: «Continúe, por favor, y díganos cómo ocurrió.»

Entonces, bruscamente, rompió a hablar como un torrente, aliviando su corazón cerrado, su pobre corazón solitario y destrozado, vaciando su dolor, todo su dolor, ahora, ante aquellos hombres severos a los que hasta ese momento había tomado por enemigos y jueces inflexibles.

«Sí, es el señor Joseph Varambot, cuando vino de vacaciones el año pasado.

—¿Qué es lo que hizo el señor Joseph Varambot?

—Es suboficial de artilleros, señor. Pasó dos meses en la casa. Dos meses de verano. Yo no había pensado en nada, pero él se puso a mirarme, y luego a decirme halagos, y luego a engatusarme de la mañana a la noche. Y yo me dejé engatusar, señor. Él me repetía que era guapa, que era simpática… que le gustaba… A mí, por supuesto, él me gustaba… ¿Qué quiere?…, se hace caso a esas cosas cuando una está sola… totalmente sola… como yo. Estoy sola en el mundo, señor… no tengo nadie a quien hablar… nadie a quien contarle mis penas. ¡Ya no tengo padre, ni madre, ni hermano, ni hermana, nadie! Cuando empezó a hablarme, aquello fue como si un hermano hubiera resucitado. Y después me pidió que bajara una noche a la orilla del río, para charlar sin dar que hablar. Y yo fui… ¿Sabía lo que hacía? ¿Sabía lo que iba a pasar?… Me tenía cogida por la cintura… Claro que yo no quería… no… no… No pude… tenía unas ganas tremendas de llorar de lo dulce que era el aire… había claro de luna… No pude… No… se lo juro… no pude… él hizo lo que quiso… Aquello se repitió tres semanas más, todo el tiempo que él se quedó… Yo le habría seguido hasta el fin del mundo… él se marchó… ¡Y yo sin saber que estaba embarazada!… No lo supe hasta el mes siguiente…»

Se echó a llorar con tal fuerza que hubo que darle tiempo a que se repusiera.

Luego el presidente prosiguió con un tono de cura en el confesionario: «Vamos, continúe.»

Ella siguió hablando: «Cuando vi que estaba embarazada, avisé a la señora Boudin, la comadrona, que ahí está para decirlo; y le pregunté cómo debía arreglármelas en el caso de que ocurriera sin ella. Y luego hice mi ajuar, noche tras noche, hasta la una de la mañana, todos los días; y luego busqué otra colocación, porque sabía de sobra que me despedirían; pero quería quedarme hasta el final en la casa, para ahorrar algunos *sous*, dado que apenas tengo dinero, y que lo necesitaría para el pequeño…

—Entonces ¿usted no quería matarlo?

—¡Oh!, claro que no, señor.

—¿Por qué lo mató entonces?

—Fue así. La cosa ocurrió antes de lo que había pensado. Me empezó en la cocina, cuando estaba terminando de fregar los platos.

»El señor y la señora Varambot ya estaban durmiendo; entonces subo, no sin esfuerzo, agarrándome a la barandilla, y me tumbo en el suelo encima de las baldosas, para no manchar la cama. Y luego me vuelve a repetir el dolor, pero un dolor de morirse. — ¡Si ustedes sintieran ese dolor, ustedes, los hombres, no harían tantos hijos! — Me caí de rodillas, luego de espaldas, en el suelo, y el dolor vuelve a darme de nuevo, quizá todavía una hora, quizá dos, y yo allí sola… y luego sale otro… otro pequeño…, dos…, sí…, dos…, ¡nada menos! Lo cogí como al primero, y luego los puse en la cama uno al lado del otro —dos—. Díganme…, ¿es posible? ¡Dos niños! ¡Yo, que gano veinte francos al mes! Díganme… ¿es posible? Uno sí, se puede, con privaciones… ¡pero dos no! Aquello me trastornó la cabeza. ¿Qué sabía yo? — Díganme, ¿podía elegir?

»¡Qué sabía yo! ¡Me pareció que todo se había acabado para mí! Sin darme cuenta puse la almohada encima… Con dos no podía quedarme… y me tumbé encima de la almohada. Y luego estuve retorciéndome y llorando hasta que vi por la ventana que se hacía de día; estaban muertos debajo de la almohada, por supuesto. Entonces los cogí en mis brazos, bajé la escalera, salí a la huerta y, con la azada del hortelano, los enterré, lo más hondo que pude, uno aquí, luego el otro allá, no juntos, para que no hablen de su madre, si es que los niños muertos hablan. ¿Qué sé yo?

»Y luego, en la cama, me encontré tan mal que no pude levantarme. Hicieron venir al médico, que adivinó todo. Ésta es la verdad, señor juez. Haga lo que quiera, estoy preparada.»

La mitad de los miembros del jurado se sonaba una y otra vez para no llorar. Unas mujeres sollozaban entre los asistentes.

El presidente preguntó:

«¿En qué lugar enterró al otro?»

Ella preguntó:

«¿Cuál han encontrado?

—Pues… el que… el que estaba en las alcachofas.

—¡Ah, bien! El otro está en los fresales, junto al pozo.»

Y se puso a sollozar con tanta fuerza que sus gemidos partían el alma.

La joven Rosalie Prudent fue absuelta.

Una familia[272]

Iba a ver de nuevo a mi amigo Simon Radevin, de quien no había sabido nada desde hacía quince años.

En otro tiempo era mi mejor amigo, el amigo de mi pensamiento, ese con el que pasamos las largas noches tranquilas y alegres, ese al que se cuentan las cosas íntimas del corazón, para el que se encuentran, hablando dulcemente, las ideas raras, sutiles, deliciosas, delicadas, nacidas de la simpatía misma que excita el pensamiento y lo tranquiliza.

Durante muchos años apenas nos habíamos separado. Habíamos vivido, viajado, pensado, soñado juntos, amado las mismas cosas con un mismo amor, admirado los mismos libros, comprendido las mismas obras, temblado por las mismas sensaciones, y tantas veces nos habíamos reído de los mismos seres que nos comprendíamos completamente, con sólo cambiar una mirada.

Luego él se había casado. Se había casado de repente con una mocita de provincias que había ido a París en busca de novio. ¿Cómo aquella rubita, delgada, de manos torpes, de ojos claros y vacíos, de voz fresca y sosa, parecida a cien mil muñecas casaderas, había pescado a aquel muchacho inteligente y sutil? ¿Se pueden comprender estas cosas? Sin duda se había prometido la felicidad, la felicidad sencilla, dulce y larga entre los brazos de una mujer buena, tierna y fiel; y había vislumbrado todo eso en la mirada transparente de aquella cría de cabellos pálidos.

No había pensado que el hombre activo, vivo y vibrante, se cansa de todo en cuanto ha captado la estúpida realidad, a menos que se embrutezca hasta el punto de no comprender ya nada.

¿Cómo iba a encontrarlo? ¿Seguiría siendo emprendedor, risueño y entusiasta, o adormecido por la vida provinciana? ¡Un hombre puede cambiar mucho en quince años!

El tren se detuvo en una pequeña estación. Cuando me apeaba del vagón, un hombre gordo, muy gordo, de mejillas rojas y vientre sobresaliente, se

lanzó hacia mí, con los brazos abiertos, gritando: «Georges». Lo abracé, pero no lo había reconocido. Luego murmuré estupefacto: «Diablos, no has adelgazado». Respondió riendo: «¿Qué quieres? ¡La buena vida! ¡La buena mesa! ¡Las buenas noches! Comer y dormir, ¡ésa es mi existencia!»

Lo contemplé buscando en aquella ancha cara los rasgos amados. Sólo los ojos no habían cambiado; pero ya no encontraba la mirada y me decía: «Si es cierto que la mirada es el reflejo del pensamiento, el pensamiento de esta cabeza no es el de antaño, el que conocía yo tan bien».

Sin embargo, le brillaban los ojos, llenos de alegría y de amistad; pero ya no tenían esa claridad inteligente que expresa, tanto como la palabra, el valor de una mente.

De pronto, Simon me dijo:

«Mira, ahí tienes a los dos mayores».

Una chiquilla de catorce años, casi mujer, y un chico de trece, con uniforme escolar, avanzaron con aire tímido y torpe.

Murmuré: «¿Son tuyos?»

Respondió riendo: «Pues claro.

—¿Cuántos tienes?

—¡Cinco! Los otros tres se han quedado en casa.»

Había contestado con aire orgulloso, satisfecho, casi triunfal; y yo me sentía embargado por una profunda piedad mezclada con un vago desprecio, hacia aquel reproductor orgulloso e ingenuo que se pasaba las noches haciendo hijos entre dos sumas, en su casa de provincias, como un conejo en una jaula.

Subí a un coche que él mismo conducía y atravesamos la ciudad, triste ciudad, soñolienta y sin brillo donde nada se movía en las calles, salvo algunos perros y dos o tres criadas. De vez en cuando, a la puerta de su comercio, un tendero se quitaba el sombrero; Simon devolvía el saludo y decía el nombre de la persona para demostrarme sin duda que conocía a todos los habitantes por su nombre. Se me ocurrió la idea de que estaba pensando en un puesto de diputado, ese sueño de todos los enterrados de provincias.

Atravesamos enseguida la ciudad y el coche entró en un jardín que tenía pretensiones de parque, luego se detuvo ante una casa con torrecillas que trataba de pasar por castillo.

«Aquí tienes mi agujero», decía Simon, para conseguir un cumplido.

Respondí:

«Es encantador».

En lo alto de la escalinata apareció una dama, vestida de visita, peinada de visita, con frases preparadas para la visita. Ya no era la niñita rubia y sosa que yo había visto en la iglesia quince años atrás, sino una gruesa señora con perifollos y rizos, una de esas señoras sin edad, sin carácter, sin elegancia, sin ingenio, sin nada de lo que constituye a una mujer. En fin, era una madre, una gorda madre vulgar, la ponedora, la yegua de vientre humano, la máquina de carne que procrea sin otra preocupación en el alma que sus hijos y su libro de cocina.

Me dio la bienvenida y entré en el vestíbulo, donde tres críos alineados por orden de estatura parecían puestos allí para una revista como bomberos delante de un alcalde.

Dije:

«¡Ah!, ¿y éstos son los otros?»

Simon, radiante, dijo sus nombres: «Jean, Sophie y Gontran».

La puerta del salón estaba abierta. Entré en él y en el fondo de un sillón vi algo que temblequeaba, un hombre, un viejo paralítico.

La señora Radevin avanzó:

«Es mi suegro, señor. Tiene ochenta y siete años».

Luego gritó al oído del anciano trepidante;

«Es un amigo de Simon, papá». El antecesor hizo un esfuerzo para saludarme y balbució: «Sí, sí, sí» agitando la mano. Respondí: «Es usted muy amable, señor», y me desplomé en un asiento.

Simon acababa de entrar; reía. «¡Ja, ja!, ya has conocido al abuelo. Este hombre no tiene precio; es la distracción de los niños. Es glotón, amigo mío, hasta ponerse a morir en todas las comidas. No te imaginas lo que comería si lo dejaran. Pero ya verás, ya verás. Le echa el ojo a los platos de dulce como si fueran damiselas. Nunca habrás visto nada tan divertido, ya verás dentro de un rato.»

Luego me llevaron a mi cuarto, para que me arreglase, porque se acercaba la hora de la cena. En la escalera oía un gran bullicio de pasos y me volví. Todos los niños me seguían en procesión, detrás de su padre, sin duda para hacerme los honores.

Mi habitación daba al llano, un llano sin fin, completamente desnudo, un océano de hierbas, de trigo y de avena, sin un grupo de árboles ni una ladera, imagen sobrecogedora y triste de la vida que debían de llevar en aquella casa.

Sonó una campana. Era para la cena. Bajé.

La señora Radevin me cogió del brazo con aire ceremonioso y pasamos al comedor. Un criado hacía rodar el sillón del viejo que, en cuanto estuvo

delante de su plato, paseó por el postre una mirada ávida y curiosa volviendo con esfuerzo, de un plato a otro, la cabeza, que se bamboleaba.

Entonces Simon se frotó las manos: «Te vas a divertir», me dijo. Y todos los niños, comprendiendo que iban a ofrecerme el espectáculo del abuelo glotón, se echaron a reír al mismo tiempo, mientras su madre se limitaba a sonreír encogiéndose de hombros.

Radevin se puso a gritar en dirección al viejo haciendo bocina con las manos:

«Esta noche tenemos arroz con leche».

La cara arrugada del anciano se iluminó y tembló con más fuerza de arriba abajo, para indicar que había comprendido y que estaba contento.

Y empezamos a cenar.

«Mira», murmuró Simon. Al abuelo no le gustaba la sopa y se negaba a tomarla. Le obligaban a comerla en nombre de su salud; y el criado le hundía a la fuerza en la boca la cuchara llena, mientras él soplaba con energía para no tragar el caldo rechazado como chorro de agua sobre la mesa y sobre sus vecinos.

Los nietos se retorcían de alegría, mientras su padre, muy contento, repetía: «¿Es divertido el viejo, verdad?»

Y durante toda la comida no se ocuparon más que de él. Devoraba con la vista los platos puestos sobre la mesa; y con su mano locamente agitada trataba de cogerlos y atraerlos hacia sí. Se los ponían casi a su alcance para ver sus denodados esfuerzos, su impulso temblequeante hacia ellos, el llamamiento desolado de todo su ser, de sus ojos, de su boca, de su nariz que los olfateaba. Y babeaba de ganas sobre su servilleta lanzando gruñidos inarticulados. Y toda la familia se divertía con aquel suplicio odioso y grotesco.

Luego le servían en su plato un trocito pequeñísimo, que comía con una glotonería febril, para que le sirvieran enseguida otra cosa.

Cuando llegó el arroz con leche, casi tuvo una convulsión. Gemía de deseo.

Gontran le gritó: «Ya ha comido demasiado, ya no hay más». Y fingieron no volver a darle nada.

Entonces se echó a llorar. Lloraba temblando cada vez con más fuerza, mientras todos los niños se reían.

Por fin le dieron su parte, una parte pequeñísima; y al meter en la boca el primer bocado del postre, hizo con la garganta un ruido cómico y glotón, y un

movimiento de cuello parecido al de los patos que tragan un trozo demasiado grueso.

Luego, cuando hubo terminado, se puso a patalear para conseguir más.

Apiadado ante la tortura de aquel Tántalo conmovedor y ridículo, imploré por él: «Venga, denle un poco más de arroz».

Simon respondió: «¡Oh!, no, amigo mío, si comiese demasiado, a su edad podría hacerle daño».

Me callé, pensando en esa frase. ¡Oh moral, oh lógica, oh sabiduría! ¡A su edad! Es decir, se le privaba del único placer que aún podía disfrutar, ¡preocupados por su salud! ¡Su salud! ¿De qué le servía a aquel desecho inerte y tembloroso? ¿Se cuidaban sus días, como suele decirse? ¿Sus días? ¿Cuántos días, diez, veinte, cincuenta o cien? ¿Para qué? ¿Para él? ¿O para conservar más tiempo en la familia el espectáculo de su glotonería impotente?

Ya no tenía nada que hacer en esta vida, nada. Sólo le quedaba un deseo, una alegría; ¿por qué no darle completamente aquella alegría última, dársela hasta que muriese de ella?

Después, tras una larga partida de cartas, subí a mi habitación para acostarme: ¡estaba triste, triste, triste!

Y me asomé a la ventana. Fuera no se oía más que un gorjeo de pájaro muy ligero, muy dulce, precioso, en un árbol, en alguna parte. Aquel pájaro debía de cantar así, en voz baja, en la noche, para acunar a su hembra dormida sobre sus huevos.

Y pensé en los cinco hijos de mi pobre amigo, que ahora debía de estar roncando al lado de su despreciable mujer.

El Diablo[273]

El campesino estaba de pie frente al médico, a los pies de la cama de la moribunda. La vieja, tranquila, resignada, lúcida, miraba a los dos hombres y los escuchaba hablar. Iba a morir; no se rebelaba, su tiempo había terminado; tenía noventa y dos años.

Por la ventana y por la puerta abiertas entraba el sol de julio a oleadas, lanzaba su llama encendida sobre el suelo de tierra parda, sinuosa y apisonada por los zuecos de cuatro generaciones de labriegos. También llegaban los olores del campo, empujados por la caliente brisa, olores de hierbas, de trigos, de hojas, abrasados bajo el calor de mediodía. Las cigarras se desgañitaban, llenaban el campo con una crepitación clara, parecida al ruido de las carracas de madera que venden a los niños en las ferias.

Elevando el tono de voz, el médico decía:

«Honoré, no puede dejar completamente sola a su madre en este estado. ¡Morirá de un momento a otro!»

Y el campesino, afligido, repetía:

«Pero tengo que recoger el trigo; hace mucho tiempo que está segado. Precisamente hace buen tiempo. ¿Qué dices tú, madre?»

Y la vieja moribunda, todavía atenazada por la avaricia normanda, hacía «sí» con el ojo y la frente, animaba a su hijo a recoger su trigo y a dejarla morir totalmente sola.

Pero el médico se enfadó y, dando una patada en el suelo, dijo:

«No es usted más que un bruto, ¿me oye?, y no se lo permitiré, ¿me oye? Y si se ve obligado a recoger hoy mismo su trigo, vaya a buscar a la Rapet, ¡caray!, y que ella cuide de su madre. Lo exijo, ¿me oye? Y si no me obedece, lo dejaré reventar como a un perro cuando también usted se ponga enfermo, ¿me oye?»

El campesino, alto y flaco, de gestos lentos, torturado por la indecisión, por el miedo al médico y por el amor feroz al ahorro, dudaba, calculaba, balbucía:

«¿Cuánto lleva la Rapet por cuidar?»

El médico gritaba:

«¿Por qué tengo yo que saberlo? Dependerá del tiempo que la necesite. Arréglese con ella, ¡caray! Pero quiero que esté aquí dentro de una hora, ¿me oye?»

El hombre se decidió:

«Ya voy, ya voy; no se enfade, señor médico».

Y el doctor se marchó advirtiendo:

«Ya lo sabe, ya lo sabe, tenga cuidado, porque yo no juego cuando me enfadan».

En cuanto estuvo solo, el campesino se volvió hacia su madre y con voz resignada dijo:

«Voy a buscar a la Rapet, ya que se empeña tanto ese hombre. No te preocupes, que ahora mismo vuelvo».

Y también se marchó.

La Rapet, una vieja planchadora, se encargaba de velar a los muertos y a los moribundos del pueblo y los contornos. Luego, en cuanto había cosido a sus clientes en la sábana de la que ya no debían salir, volvía a coger su plancha con la que frotaba la ropa de los vivos. Arrugada como una manzana del año anterior, malvada, envidiosa, avara con una avaricia que rayaba en el fenómeno, doblada en dos como si le hubiera roto los riñones el eterno movimiento de la plancha paseada por las ropas, se hubiera dicho que sentía por la agonía una especie de amor monstruoso y cínico. No hablaba más que de la gente que había visto morir, de todas las variedades de fallecimiento a las que había asistido; y las contaba con una gran minuciosidad de detalles siempre repetidos, igual que un cazador cuenta sus disparos de escopeta.

Cuando Honoré Bontemps entró en su casa, la encontró preparando el agua azul[274] para las gorgueras de las aldeanas.

Dijo:

«Hola, buenas noches; ¿le va todo bien, tía Rapet?»

Ella volvió hacia él la cabeza.

«Así así, así así. ¿Y a usted?

—Bueno, yo como siempre, pero mi madre no está bien.

—¿Su madre?

—Sí, mi madre.

—¿Qué le pasa a su madre?

—Que está en las últimas».

La vieja retiró sus manos del agua, cuyas gotas, azules y transparentes, se deslizaban hasta la punta de sus dedos para volver a caer en el barreño.

Preguntó, con una simpatía súbita:

«¿Tan mal está?

—El médico dice que no pasará de la madrugada.

—¡Entonces claro que está en las últimas!»

Honoré vaciló. Necesitaba algunos preámbulos para la proposición que preparaba. Pero como no se le ocurría nada, se decidió de golpe:

«¿Cuánto me llevaría por cuidarla hasta el final? Usted sabe que no soy rico. Ni siquiera puedo pagarme una criada. Es lo que ha puesto así a mi pobre madre, demasiado esfuerzo, demasiada fatiga. Trabajaba por diez a pesar de sus noventa y dos. ¡Hay pocas de esa pasta!…»

La Rapet contestó en tono grave:

«Hay dos precios: cuarenta *sous* por el día y tres francos la noche para los ricos. Veinte *sous* por el día y cuarenta por noche para los otros. Vosotros me pagaréis veinte y cuarenta».

Pero el campesino reflexionaba. Conocía bien a su madre. Sabía lo tenaz, vigorosa y resistente que era. Aquello podía durar ocho días a pesar de la opinión del médico.

Dijo en tono resuelto:

«No. Prefiero que me haga un precio, un solo precio hasta que todo termine. Así los dos corremos el mismo riesgo. El médico dice que se morirá enseguida. Si es así, mejor para usted, peor para mí. Pero si llega hasta mañana o más tiempo, ¡mejor para mí y peor para usted!»

La veladora, sorprendida, miraba al hombre. Nunca había apalabrado una muerte a tanto alzado. Vacilaba, tentada por la idea de correr un riesgo. Luego sospechó que querían engañarla.

«No puedo decir nada hasta que no haya visto a su madre, respondió.

—Venga y véala».

Se enjugó las manos y lo siguió de inmediato.

De camino, no hablaron. Ella apretaba el paso mientras él alargaba sus grandes piernas como si en cada zancada tuviera que cruzar un arroyo.

Las vacas tumbadas en el campo, agobiadas por el calor, levantaban pesadamente la cabeza y lanzaban un débil mugido ante aquellas dos personas que pasaban para pedirles hierba fresca.

Al llegar cerca de su casa, Honoré Bontemps murmuró:

«¿Y si ya se hubiera muerto?»

Y el deseo inconsciente que tenía se manifestó en el sonido de su voz.

Pero la vieja no estaba muerta. Permanecía boca arriba en su jergón, con las manos sobre la colcha de indiana morada, con aquellas manos

horriblemente flacas enlazadas, parecidas a bichos extraños, a cangrejos, y encogidas por los reumatismos, las fatigas, las tareas casi seculares que había realizado.

La Rapet se acercó a la cama y contempló a la moribunda. Le tomó el pulso, le palpó el pecho, la escuchó respirar, le hizo preguntas para oírla hablar; luego, tras haber seguido contemplándola un buen rato, salió seguida por Honoré. Ya tenía una opinión formada. La vieja no pasaría de la noche. Él preguntó:

«Entonces, ¿cuánto?»

La veladora respondió:

«Bueno, eso durará dos días, quizá tres. Deme seis francos, todo incluido».

Él exclamó:

«¡Seis francos! ¡Seis francos! ¿Está usted loca? ¡Pero si le digo que no le quedan más que cinco o seis horas, no más!»

Y los dos, enconados, discutieron largo rato. Cuando la veladora iba a retirarse, como el tiempo pasaba, como su trigo no se recogía solo, terminó consintiendo:

«Bueno, de acuerdo, seis francos todo incluido, hasta que se lleven el cuerpo.

—De acuerdo, seis francos».

Y él se marchó, con paso largo, hacia su trigo dejado en el suelo, bajo el pesado sol que madura las cosechas.

La enfermera volvió a entrar en la casa.

Se había llevado tarea; porque junto a los moribundos y a los muertos trabajaba sin tregua, bien para ella, bien para la familia que la empleaba en esa doble tarea mediante un suplemento de salario.

De pronto, preguntó:

«¿La han administrado por lo menos, tía Bontemps?»

La campesina hizo «no» con la cabeza; y la Rapet, que era devota, se levantó con viveza.

«¡Dios bendito!, ¿será posible? Voy a buscar al señor cura».

Y se precipitó hacia la casa parroquial, tan deprisa que, en la plaza, los chavales, viéndola trotar así, creyeron que había ocurrido una desgracia.

El cura acudió de inmediato, con sobrepelliz, precedido por el monaguillo que hacía sonar una campanilla para anunciar el paso de Dios a través del campo ardiente y tranquilo. Unos hombres, que trabajaban a lo lejos, se quitaban sus grandes sombreros y permanecían inmóviles aguardando a que el

blanco ropaje hubiera desaparecido detrás de alguna granja; las mujeres que ataban las gavillas se erguían para hacer la señal de la cruz; unas gallinas negras, asustadas, huían por las cunetas balanceándose sobre sus patas hasta el agujero, bien conocido por ellas, donde desaparecían bruscamente; un pollino, atado en un prado, tuvo miedo al ver la sobrepelliz y se puso a correr dando vueltas en el extremo de su cuerda y soltando coces. El monaguillo, con su faldón rojo, caminaba deprisa; y el sacerdote, con la cabeza ladeada sobre un hombro y tocado con su bonete cuadrado, lo seguía murmurando oraciones; y la Rapet iba detrás, muy inclinada, plegada en dos, como para prosternarse al andar, y las manos juntas, como en la iglesia.

Honoré los vio pasar de lejos. Preguntó:

«¿Adónde irá nuestro cura?»

Su criado, más sutil, respondió:

«¡Caray, lleva la extremaunción a tu madre!»

El campesino no se extrañó:

«¡Pudiera ser de todos modos!»

Y volvió a su trabajo.

La vieja Bontemps se confesó, recibió la absolución, comulgó; y el sacerdote se volvió, dejando solas a las dos mujeres en la asfixiante choza.

Entonces la Rapet empezó a mirar a la moribunda, preguntándose si aquello duraría mucho.

Caía la tarde; el aire, más fresco, entraba en soplos más vivos, hacía revolotear sobre la pared una estampa sujeta por dos alfileres; las cortinillas de la ventana, en otro tiempo blancas, ahora amarillas y cubiertas de manchas de mosca, parecían echar a volar, forcejear, querer irse, como el alma de la vieja.

Ésta, inmóvil, con los ojos abiertos, parecía esperar con indiferencia la muerte tan próxima que tardaba en venir. Su aliento, corto, silbaba un poco en su garganta oprimida. No tardaría en cesar dentro de un rato, y sobre la tierra habría una mujer de menos a la que nadie echaría en falta.

Honoré volvió al caer la noche. Tras acercarse a la cama, viendo que su madre aún vivía, preguntó:

«¿Cómo va?»

Lo mismo que decía en otro tiempo cuando ella estaba indispuesta.

Luego despidió a la Rapet recomendándola:

«Mañana a las cinco, sin falta».

Ella respondió:

«Mañana, a las cinco».

Llegó, en efecto, al salir el sol.

Honoré, antes de ir a sus tierras, comía una sopa que él mismo se **había** hecho.

La enfermera preguntó:

«¿Qué, ha muerto su madre?»

Con un pliegue de malicia en los ojos, él respondió:

«Va mucho mejor».

Y se marchó.

Presa de la inquietud, la Rapet se acercó a la agonizante, que permanecía en el mismo estado, agobiada e impasible, con los ojos abiertos y las manos crispadas sobre la colcha.

Y la enfermera comprendió que aquello podía durar así dos, cuatro, ocho días; y el espanto encogió su corazón de avara, mientras una rabia furiosa la rebelaba contra aquel ladino que la había engañado y contra aquella mujer que no se moría.

No obstante, se puso a trabajar y aguardó, con los ojos clavados en la cara arrugada de la vieja Bontemps.

Honoré regresó para almorzar; parecía contento, casi burlón; después volvió a marcharse. Decididamente, estaba recogiendo su trigo en excelentes condiciones.

La Rapet estaba irritada; ahora cada minuto que pasaba le parecía tiempo robado, dinero robado. Tenía ganas, unas ganas locas de agarrar por el cuello a aquella vieja borrica, a aquella vieja testaruda, a aquella vieja obstinada, y detener, apretando un poco, aquel leve aliento rápido que le robaba su tiempo y su dinero.

Luego pensó en los peligros; y como por la cabeza se le pasaban otras ideas, se acercó a la cama.

Preguntó:

«¿Ya ha visto usted al Diablo?»

La vieja Bontemps murmuró:

«No».

Entonces la enfermera se puso a hablar, a contarle historias para aterrorizar a su alma débil de moribunda.

Unos pocos minutos antes de expirar, el Diablo se les aparecía a todos los agonizantes, le contaba. Venía con una escoba en la mano, una olla en la cabeza, y daba grandes chillidos. Cuando una lo había visto, todo había terminado, sólo quedaban unos instantes. Y enumeraba a todos aquellos a los

que el Diablo se les había aparecido delante de ella aquel año: Joséphine Loisel, Eulalie Ratier, Sophie Padaganau, Séraphine Grospied.

La vieja Bontemps, por fin conmocionada, se agitaba, movía las manos, trataba de volver la cabeza para mirar al fondo de la habitación.

De pronto la Rapet desapareció del pie de la cama. Del armario cogió una sábana y se envolvió en ella; se puso encima de la cabeza la olla, cuyos tres pies cortos y curvados se erguían como tres cuernos; cogió una escoba con la mano derecha y con la izquierda un balde de hojalata que lanzó bruscamente al aire para que cayese haciendo ruido.

Al chocar contra el suelo causó un estrépito espantoso; entonces, encaramada en una silla, la enfermera descorrió la cortina que colgaba al final de la cama, y apareció haciendo muecas, lanzando agudos chillidos contra el fondo del puchero de hierro que le ocultaba la cara, y amenazando con la escoba, como un diablo de guiñol, a la vieja campesina agonizante.

Desesperada, con la mirada enloquecida, la moribunda hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse y huir; hasta llegó a sacar de su manta los hombros y el pecho, luego volvió a caer lanzando un gran suspiro. Había muerto.

Y la Rapet colocó tranquilamente de nuevo todos los objetos en su sitio, la escoba en el rincón del armario, la sábana dentro, la olla en el fogón, el balde sobre la mesa y la silla pegada a la pared. Luego, con movimientos de profesional, cerró los enormes ojos de la muerta, puso encima de la cama un plato, echó dentro el agua de la pila de agua bendita, mojó en ella el boj bendito clavado en la cómoda y, arrodillándose, se puso a recitar con fervor las oraciones por los muertos que se sabía de memoria, por oficio.

Y cuando Honoré volvió al caer la noche, la encontró rezando, e inmediatamente calculó que ella se había ganado veinte *sous* de más, porque sólo había estado tres días y una noche, que eran cinco francos, en lugar de los seis que le debía.

Un caso de divorcio[275]

El abogado de la señora Chassel tomó la palabra:

Señor presidente, señores jueces.

La causa que me han encargado defender ante ustedes depende más de la medicina que de la justicia, y constituye más un caso patológico que un caso de derecho ordinario. Los hechos parecen sencillos a primera vista.

Un hombre joven, riquísimo, de alma noble y exaltada, de corazón generoso, se enamora de una joven absolutamente bella, más que bella, adorable, tan graciosa, tan encantadora, tan buena y tan tierna como bonita, y se casa con ella.

Durante un tiempo se porta como un esposo lleno de atenciones y ternura; luego la descuida, la maltrata, parece sentir por ella una repulsión insuperable, una repugnancia irresistible. Un día llega a pegarla, no sólo sin razón, sino incluso sin pretexto.

No haré, caballeros, la exposición de su extraño comportamiento, incomprensible para todos. Tampoco les pintaré la abominable vida de estos dos seres, y el horrible dolor de esa joven.

Para convencerlos, me bastará leerles algunos fragmentos de un diario escrito todos los días por ese pobre hombre, por ese pobre loco. Porque nos encontramos en presencia de un loco, caballeros, y el caso es mucho más curioso, mucho más interesante, por recordar en muchos puntos la demencia del desventurado príncipe, recientemente muerto, del extravagante rey que reinó platónicamente sobre Baviera. Titularé este caso de locura poética[276].

Ustedes recordarán todo lo que se contó de ese extraño príncipe. En medio de los paisajes más magníficos de su reino mandó construir auténticos palacios de cuentos de hadas. La realidad misma de la belleza de las cosas y los lugares no le bastaba, e imaginó y creó en esas inverosímiles mansiones horizontes ficticios, logrados mediante artificios teatrales, cambios de escena, bosques pintados, imperios de cuento donde las hojas de los árboles eran piedras preciosas. Tuvo al mismo tiempo Alpes y glaciares, estepas y

desiertos de arena quemados por el sol; y, de noche, bajo los rayos de una luna auténtica, lagos que iluminaban por debajo fantásticas luces eléctricas. Sobre esos lagos nadaban cisnes y se deslizaban barquillas, mientras una orquesta, formada por los primeros ejecutantes del mundo, embriagaba de poesía el alma del regio loco.

Este hombre era casto, este hombre era virgen. Nunca amó otra cosa que un sueño, su sueño, su sueño divino.

Una noche, llevó en su barca a una mujer, joven, bella, a una gran artista, y le rogó que cantase. La mujer cantó, embriagada a su vez por el paisaje admirable, por la suavidad tibia del aire, por el aroma de las flores y por el éxtasis de aquel príncipe joven y bello.

Cantó como cantan las mujeres tocadas por el amor, y luego, enloquecida, temblorosa, cayó sobre el pecho del rey buscando sus labios.

Pero él la tiró al lago y cogiendo los remos ganó la orilla, sin preocuparse de si la salvaban.

Nos hallamos, señores jueces, ante un caso igual. Me bastará leerles ahora varios pasajes del diario que hemos encontrado en un cajón de su escritorio.

¡Qué triste y feo es todo, siempre igual, siempre odioso! ¡Cómo sueño con una tierra más hermosa, más noble, más variada! ¡Qué pobre sería la imaginación de su Dios, si su Dios existiese, o si no hubiera creado otras cosas en otra parte!

Sólo bosques, pequeños bosques, ríos que se parecen a ríos, llanuras que se parecen a llanuras: todo semejante y monótono. Y el hombre… ¿El hombre?… ¡Qué animal horrible, malvado, orgulloso y repugnante!

Habría que amar, amar frenéticamente, sin ver lo que se ama. Porque ver es comprender, y comprender es despreciar. Habría que amar, emborrachándose de ella como uno se emborracha de vino, de tal forma que no se sepa ya lo que se bebe. Y beber, beber, beber, sin recuperar el aliento, día y noche.

Creo que la he encontrado. En toda su persona hay algo de ideal que no se parece a nada de este mundo y que presta alas a mi sueño. ¡Ah, mi sueño, que me muestra los seres diferentes de lo que son! Es rubia, de un rubio sutil, con

cabellos que tienen matices inexpresables. ¡Sus ojos son azules! Sólo los ojos azules arrebatan mi alma. Toda la mujer, la mujer que existe en el fondo de mi corazón, se me aparece en la mirada, nada más que en su mirada.

¡Oh, misterio! ¿Qué misterio? ¿La mirada?… Todo el universo está en ella, porque la mirada lo ve, porque lo refleja. Contiene el universo, cosas y seres, bosques y océanos, hombres y animales, puestas de sol, estrellas, artes, todo, todo, la mirada ve, recoge y se lleva todo; y hay algo más en ella, en ella está el alma, el hombre que piensa, el hombre que ama, el hombre que ríe, el hombre que sufre. ¡Mirad los ojos azules de las mujeres, esos que son profundos como el mar, cambiantes como el cielo, tan dulces, tan dulces, dulces como las brisas, dulces como la música, dulces como los besos, y transparentes, tan claros que se ve detrás de ellos, se ve el alma, el alma azul que los colora, que los anima, que los diviniza!

Sí, el alma tiene el color de la mirada. Sólo el alma azul contiene el sueño, ha tomado su azul de las olas y del espacio.

¡La mirada! ¡Pensad en ella! ¡La mirada! Bebe la vida aparente para alimentar el pensamiento. Bebe el mundo, el color, el movimiento, los libros, los cuadros, cuanto es hermoso y cuanto es feo, y lo convierte en ideas. Y cuando nos mira, nos da la sensación de una felicidad que no es de este mundo. Nos hace presentir lo que siempre ignoraremos; nos hace comprender que las realidades de nuestros sueños son basura despreciable.

La amo también por su forma de caminar.

«Incluso cuando el pájaro camina se nota que tiene alas», ha dicho el poeta[277].

Cuando pasa se nota que es de una raza distinta a las mujeres ordinarias, de una raza más sutil y más divina.

Me caso con ella mañana… Tengo miedo… tengo miedo a tantas cosas.

Dos animales, dos perros, dos lobos, dos zorros merodean por los bosques y se encuentran. Uno es macho, el otro hembra. Se acoplan. Se acoplan por un instinto bestial que los fuerza a continuar la raza, su raza, esa cuya forma, pelo, tamaño, movimientos y hábitos tienen.

Todos los animales hacen lo mismo, sin saber por qué.

Nosotros también.

Es lo que he hecho casándome con ella, he obedecido ese imbécil arrebato que nos lanza hacia la hembra.

Es mi mujer. Mientras la deseé de forma ideal fue para mí el sueño irrealizable a punto de realizarse. A partir del segundo mismo en que la tuve en mis brazos, no fue más que el ser del que se ha servido la naturaleza para engañar todas mis esperanzas.

¿Las ha decepcionado? — No. Y sin embargo, estoy harto de ella, harto de no poder tocarla, de rozarla con mi mano o con mis labios sin que un asco indecible subleve mi corazón; tal vez no sea asco hacia ella, sino un asco más elevado, más grande, más despreciativo, el asco al abrazo amoroso, tan vil, en que se ha convertido, para todos los seres refinados, un acto vergonzoso que hay que ocultar, del que sólo se habla en voz baja, sonrojándose.

Ya no soporto ver a mi mujer viniendo hacia mí, llamándome con la sonrisa, la mirada y los brazos. No puedo más. Hubo un tiempo en que creí que su beso me transportaría al cielo. Un día enfermó de una fiebre pasajera, y en su aliento sentí el soplo ligero, sutil, casi imperceptible de las podredumbres humanas. ¡Quedé trastornado!

¡Oh, la carne, estercolero seductor y viviente, putrefacción que camina, que piensa, que habla, que mira y que sonríe, donde fermentan los alimentos, y que es rosa, bonita, tentadora, engañosa como el alma!

¿Por qué son las flores las únicas que huelen tan bien, las grandes flores brillantes o pálidas, cuyos tonos y matices hacen estremecerse a mi corazón y enturbian mis ojos? Son tan hermosas, de estructuras tan delicadas, tan variadas y sensuales, entreabiertas como órganos, más tentadoras que bocas, y huecas con labios vueltos hacia fuera, festoneadas, carnosas, empolvadas con una semilla de vida que engendra en cada una un perfume diferente.

Ellas son las únicas en el mundo que se reproducen sin mancilla para su inviolable raza, vaporizando a su alrededor el incienso divino de su amor, el sudor fragante de sus caricias, la esencia de sus cuerpos incomparables, de sus cuerpos adornados con todas las gracias, con todas las elegancias, con todas las formas, que tienen la coquetería de todas las coloraciones y la seducción embriagadora de todos los olores.

Fragmentos escogidos, seis meses más tarde

… Amo las flores, no como a flores sino como a seres materiales y deliciosos; paso los días y las noches en los invernaderos donde las escondo lo mismo que se esconde a las mujeres en harenes.

Salvo yo, nadie conoce la suavidad, la locura, el éxtasis estremecido, carnal, ideal, sobrehumano de estas ternuras; y esos besos sobre la carne rosa, sobre la carne roja, sobre la carne blanca milagrosamente diferente, delicada, rara, fina y untuosa de las admirables flores.

Tengo invernaderos donde nadie entra salvo yo y la persona que los cuida.

Entro allí lo mismo que se entra en un lugar de placeres secretos. En la alta galería de cristal, paso primero entre dos multitudes de corolas cerradas, entreabiertas o abiertas que se escalonan desde el suelo al techo. Es el primer beso que las flores me envían.

Ésas, estas flores, las que engalanan este vestíbulo de mis pasiones misteriosas son mis sirvientas y no mis favoritas.

Me saludan al pasar con su esplendor cambiante y sus frescas exhalaciones. Son lindas, coquetas, y se escalonan en ocho hileras a la derecha y ocho hileras a la izquierda, y tan prietas que parecen dos jardines que llegan hasta mis pies.

Mi corazón palpita, mis ojos se iluminan al verlas, mi sangre se agita en mis venas, mi alma se exalta y mis manos se estremecen con el deseo de tocarlas. Sigo adelante. Al fondo de esa alta galería hay tres puertas cerradas. Puedo elegir. Tengo tres harenes.

Pero la mayoría de las veces entro donde las orquídeas, mis durmientes preferidas. Su habitación es baja, asfixiante. El aire húmedo y cálido moja la piel, hace jadear la garganta y temblar los dedos. Estas mujeres extrañas proceden de regiones pantanosas, ardientes e insalubres. Son atrayentes como sirenas, mortales como venenos, admirablemente raras, enervantes, espantosas. Las hay que parecen mariposas de alas enormes, patas delgadas y ojos. ¡Porque tienen ojos! Me miran, me ven, seres prodigiosos, inverosímiles, hadas, hijas de la tierra sagrada, del aire impalpable y de la cálida luz, madre del mundo. Sí, tienen alas, y ojos y matices que ningún pintor imita, todos los encantos, todas las gracias, todas las formas que se pueden soñar. Sus costados se abren, fragantes y transparentes para el amor y más tentadores que toda la carne de las mujeres. Los inimaginables dibujos de

sus pequeños cuerpos lanzan el alma embriagada al paraíso de las imágenes y de las voluptuosidades ideales. Tiemblan en sus tallos como si estuvieran a punto de volar. ¿Van a echarse a volar, a venir hasta mí? No, es mi corazón el que vuela por encima de ellas, como un macho místico y torturado de amor.

Ninguna ala de animal puede rozarlas. Sólo estamos nosotros, ellas y yo, en la clara prisión que les he construido. Las miro y las contemplo, las admiro, las adoro una tras otra.

¡Qué carnosas, profundas y rosas son, de un rosa humedecido por los labios del deseo! ¡Cómo las amo! El borde de su cáliz es rizado, más pálido que su garganta, donde se esconde la corola, boca misteriosa, atrayente, azucarada bajo la lengua, mostrando y ocultando los órganos delicados, admirables y sagrados de estas divinas criaturitas que huelen bien y no hablan.

A veces siento por una de ellas una pasión que dura tanto como su existencia, unos días, unas noches. La llevan entonces de la galería común y la encierran en un delicioso gabinete de cristal donde murmura un hilo de agua pegado a un lecho de césped tropical venido de las islas del gran Pacífico. Y yo me quedo a su lado, ardiente, febril y atormentado, sabiendo tan cercana su muerte, y viéndola marchitarse, mientras la poseo, aspirando, bebiendo y recogiendo su corta vida en una indecible caricia.

Cuando terminó la lectura de estos fragmentos, el abogado prosiguió:

«La decencia, señores jueces, me impide seguir comunicándoles las singulares confesiones de este loco vergonzosamente idealista. Estos pocos fragmentos que acabo de leerles bastarán, creo, para apreciar este caso de enfermedad mental, menos raro de lo que se supone en nuestra época de demencia histérica y de decadencia corrompida.

«Juzgo, pues, que mi cliente está más autorizada que ninguna otra mujer a pedir el divorcio, en la situación excepcional en que la pone el extraño desvarío de los sentidos de su esposo».

El albergue[278]

Semejante a todas las hospederías de madera plantadas en los Altos Alpes, al pie de los glaciares, en esos pasadizos rocosos y pelados que cortan las cumbres blancas de las montañas, el albergue de Schwarenbach sirve de refugio a los viajeros que siguen el paso de la Gemmi[279].

Permanece abierto durante seis meses, habitado por la familia de Jean Hauser; después, en cuanto las nieves se amontonan colmando el valle y haciendo impracticable la bajada a Loëche, las mujeres, el padre y los tres hijos se marchan dejando para guardar la casa al viejo guía Gaspard Hari[280] y al joven guía Ulrich Kunsi, y a *Sam*, el gran perro de montaña.

Los dos hombres y el animal permanecen hasta la primavera en esa cárcel de nieve, sin tener otra cosa ante los ojos que la pendiente inmensa y blanca del Balmhorn, rodeados de cumbres pálidas y brillantes, encerrados, bloqueados, sepultados bajo la nieve que va subiendo a su alrededor, que envuelve, oprime, aplasta la pequeña casa, se acumula sobre el techo, alcanza las ventanas y tapia la puerta.

Era el día en que la familia Hauser iba a regresar a Loëche, porque el invierno se acercaba y el descenso se volvía peligroso.

Tres mulos fueron delante, cargados con la ropa y los enseres y guiados por los tres hijos. Luego, la madre, Jeanne Hauser, y su hija Louise montaron en un cuarto mulo y se pusieron a su vez en camino.

El padre las seguía, acompañado por los dos guardas, que debían escoltar a la familia hasta la cima de la pendiente.

Rodearon primero el pequeño lago, helado ahora en el fondo del gran hueco de rocas que se extiende delante del albergue, después siguieron el valle, claro como una sábana y dominado por todos lados por cumbres cubiertas de nieve.

Un aguacero de sol caía sobre aquel desierto blanco resplandeciente y helado, lo alumbraba con una llama cegadora y fría; en aquel océano de montañas no aparecía ninguna vida; ningún movimiento en aquella soledad desmesurada; ningún ruido turbaba su profundo silencio.

Poco a poco, el joven guía Ulrich Kunsi, un suizo muy alto de largas piernas, dejó atrás al padre Hauser y al viejo Gaspard Hari, para alcanzar al mulo que llevaba a las dos mujeres.

La más joven lo veía llegar, parecía llamarlo con una mirada triste. Era una campesina menuda y rubia cuyas mejillas lechosas y cuyos cabellos pálidos parecían descoloridos por las largas estancias en medio de los hielos.

Cuando hubo alcanzado al animal que la llevaba, posó una mano en la grupa y aflojó el paso. La señora Hauser empezó a hablarle, enumerando con infinitos detalles todas las recomendaciones de la invernada. Era la primera vez que él se quedaba allá arriba, mientras que el viejo Hari ya había pasado catorce inviernos bajo la nieve en el albergue de Schwarenbach.

Ulrich Kunsi escuchaba, sin dar la impresión de comprender, y miraba sin cesar a la joven. De vez en cuando respondía: «Sí, señora Hauser». Pero su pensamiento parecía lejano y su rostro tranquilo permanecía impasible.

Llegaron al lago de Daube, cuya larga superficie helada se extendía, totalmente lisa, hasta el fondo del valle. A la derecha, el Daubehorn mostraba sus peñascos negros cortados a pico cerca de las enormes morrenas del glaciar de Lœmmern que dominaba el Wildstrubel.

Cuando se acercaban al col de la Gemmi, donde empieza la bajada a Loëche, descubrieron de golpe el inmenso horizonte de los Alpes del Valais, de los que los separaba el profundo y ancho valle del Ródano.

A lo lejos había una muchedumbre de cimas blancas, desiguales, achatadas o puntiagudas y brillantes bajo el sol: el Mischabel con sus dos cuernos, el potente macizo del Wissehorn, el pesado Brunnegghorn, la alta y temible pirámide del Cervino, ese asesino de hombres, y la Dent-Blanche, coqueta monstruosa.

Luego, debajo de ellos, en un agujero desmesurado, al fondo de un abismo espantoso, descubrieron Loëche, cuyas casas parecían granos de arena arrojados en esa grieta enorme que remata y cierra la Gemmi, y que se abre, en el fondo, sobre el Ródano.

El mulo se detuvo al borde del sendero que avanza serpenteando, dando vueltas y revueltas constantemente, fantástico y maravilloso, a lo largo de la montaña recta, hasta aquella pequeña aldea casi invisible, a sus pies. Las mujeres saltaron a la nieve.

Los dos viejos las habían alcanzado.

«Bueno, dijo el señor Hauser, adiós y ánimo, hasta el año que viene, amigos míos.»

El viejo Hari repitió: «Hasta el año que viene».

Se dieron un abrazo. Luego, la señora Hauser, a su vez, ofreció sus mejillas; y la joven hizo otro tanto.

Cuando llegó el turno de Ulrich Kunsi, murmuró al oído de Louise: «No olvide a los de aquí arriba». Ella respondió «no» tan bajo que él adivinó sin oírlo.

«Vamos, adiós, repitió Jean Hauser, y a seguir bien.»

Y adelantándose a las mujeres, empezó a descender.

Pronto desaparecieron los tres en el primer recodo del camino.

Y los dos hombres se volvieron hacia el albergue de Schwarenbach.

Iban despacio, uno al lado del otro, sin hablar. Se acabó, se quedarían solos, frente a frente, cuatro o cinco meses.

Luego, Gaspard Hari empezó a contar su vida del pasado invierno. Se había quedado con Michel Canol, demasiado viejo ahora para volver a empezar; porque durante esa larga soledad puede ocurrir un accidente. Pero no se habían aburrido: todo consistía en decidirse desde el primer día; y uno acababa creando distracciones, juegos, muchos pasatiempos.

Ulrich Kunsi lo escuchaba, con los ojos bajos, siguiendo con el pensamiento a los que descendían hacia la aldea por todos los festones de la Gemmi.

Pronto divisaron el albergue, apenas visible de lo pequeño que era, un punto negro al pie de la monstruosa ola de nieve.

Cuando abrieron, *Sam*, el gran perro de pelo rizado, empezó a brincar en torno a ellos.

«Vamos, hijo, dijo el viejo Gaspard, ahora ya no tenemos mujeres, hay que preparar la cena, empieza a pelar las patatas.»

Y los dos, sentándose en taburetes de madera, se dispusieron a calentar la sopa.

La mañana del día siguiente le pareció larga a Ulrich Kunsi. El viejo Hari fumaba y escupía en el hogar de la chimenea, mientras el joven miraba por la ventana la resplandeciente montaña frente a la casa.

Salió por la tarde, y, rehaciendo el trayecto de la víspera, buscaba en el suelo las huellas de los cascos del mulo que se había llevado a las dos mujeres. Luego, cuando estuvo en el col de la Gemmi, se tumbó boca abajo al borde del abismo y contempló Loëche.

En su pozo de roca, la aldea aún no estaba anegada bajo la nieve, aunque llegase muy cerca, detenida en seco por los bosques de abetos que protegían sus alrededores. Sus casas bajas parecían, desde arriba, adoquines en un prado.

Ahora la pequeña Hauser estaba allí, en una de aquellas moradas grises. ¿En cuál? Ulrich Kunsi se hallaba demasiado lejos para distinguirlas por separado. ¡Cómo le habría gustado bajar, ahora que todavía estaba a tiempo!

Pero el sol había desaparecido detrás de la gran cima del Wlldstrubel, y el joven regresó. El viejo Hari fumaba. Al ver llegar a su compañero, le propuso una partida de cartas; y se sentaron uno frente a otro a ambos lados de la mesa.

Jugaron mucho tiempo a un juego sencillo que se llama tute[281]; luego, después de cenar, se acostaron.

Los días siguientes fueron parecidos al primero, claros y fríos, sin nieve nueva. El viejo Gaspard pasaba sus tardes acechando a las águilas y a las raras aves que se aventuran en esas cumbres heladas, mientras Ulrich volvía regularmente al col de la Gemmi para contemplar la aldea. Luego jugaban a las cartas, a los dados, al dominó, ganaban y perdían pequeños objetos para dar interés a la partida.

Una mañana, Hari, el primero en levantarse, llamó a su compañero. Una nube movediza, profunda y ligera, de espuma blanca, se abatía sobre ellos, a su alrededor, sin ruido, iba sepultándolos poco a poco bajo un grueso y pesado colchón de espuma. Aquello duró cuatro días y cuatro noches. Hubo que dejar libres la puerta y las ventanas, abrir un pasillo y hacer escalones para situarse por encima de aquel polvo de hielo que doce horas de helada habían vuelto más duro que el granito de las morrenas.

Desde entonces vivieron como prisioneros, sin aventurarse mucho más allá de su morada. Se habían repartido las tareas que realizaban puntualmente. Ulrich Kunsi se encargaba de fregar, de lavar, de todos los cuidados y todas las tareas de limpieza. También era él el que partía la leña, mientras Gaspard Hari hacía la cocina y mantenía vivo el fuego. Sus tareas, regulares y monótonas, eran interrumpidas por largas partidas de cartas o de dados. Nunca discutían, por ser los dos tranquilos y apacibles. Tampoco nunca tenían impaciencia, mal humor ni palabras agrias, porque habían hecho provisión de resignación para aquella invernada en las cumbres.

A veces, el viejo Gaspard cogía su escopeta y se iba en busca de gamuzas; mataba alguna de vez en cuando. Entonces había día de fiesta en el albergue de Schwarenbach y gran banquete de carne fresca.

Una mañana partió así. El termómetro de fuera marcaba dieciocho grados bajo cero. Como el sol aún no había salido, el cazador esperaba sorprender a los animales en los alrededores del Wildstrubel.

Ulrich, que se quedó solo, permaneció en la cama hasta las diez. Era de natural dormilón; pero no se habría atrevido a dejarse llevar de tal modo por su inclinación en presencia del viejo guía, siempre ardiente y madrugador.

Almorzó lentamente con *Sam*, que también pasaba sus días y sus noches durmiendo delante del fuego; luego se sintió triste, asustado incluso de la soledad y dominado por la necesidad de la partida de cartas cotidiana, como suele estarlo uno por el deseo de un hábito invencible.

Entonces salió para ir al encuentro de su compañero, que debía regresar a las cuatro.

La nieve había nivelado todo el profundo valle, colmando las grietas, borrando los dos lagos, acolchando las rocas; ya no formaba, entre las inmensas cumbres, más que una inmensa tina blanca regular, cegadora y helada.

Desde hacía tres semanas, Ulrich no había vuelto al borde del abismo desde donde contemplaba la aldea. Quiso volver allí antes de escalar las pendientes que llevaban al Wildstrubel. Loëche también estaba ahora bajo la nieve, y las casas apenas se veían, sepultadas bajo aquel manto pálido.

Luego, girando a la derecha, llegó al glaciar de Lœmmern. Caminaba con su paso largo de montañés, golpeando con su bastón ferrado la nieve, dura como la piedra. Y buscaba con su mirada penetrante el puntito negro y móvil, a lo lejos, sobre aquel mantel desmesurado.

Cuando llegó al borde del glaciar, se detuvo, preguntándose si el viejo habría tomado aquel camino; luego se puso a bordear las morrenas con paso más rápido y más preocupado.

Menguaba la luz; las nieves se volvían de color rosa; un viento seco y helado corría con bruscas ráfagas sobre su superficie de cristal. Ulrich lanzó un grito de llamada agudo, vibrante, prolongado. La voz voló en el silencio de muerte en que dormían las montañas; corrió a lo lejos sobre las olas inmóviles y profundas de espuma glacial, como un chillido de pájaro sobre las olas del mar; luego se apagó sin que nada le respondiese.

Volvió a caminar de nuevo. El sol se había hundido, allá lejos, detrás de las cimas que los reflejos del cielo aún teñían de púrpura; pero las profundidades del valle se volvían grises. Y de repente el joven sintió miedo. Le pareció que el silencio, el frío, la soledad y la muerte invernal de aquellos montes entraban dentro de él, e iban a detener y a helar su sangre, a atiesar sus miembros, a convertirlo en una criatura inmóvil y helada. Y echó a correr, escapando hacia la casa. El viejo habría vuelto durante su ausencia, eso

pensaba. Habría tomado otro camino; estaría sentado delante del fuego, con una gamuza muerta a sus pies.

No tardó en divisar el albergue. De él no salía humo alguno. Ulrich corrió más deprisa, abrió la puerta. *Sam* se abalanzó haciéndole fiestas, pero Gaspard Hari no había vuelto.

Asustado, Kunsi daba vueltas sobre sí mismo, como si hubiera esperado descubrir a su compañero escondido en un rincón. Luego avivó el fuego y preparó la sopa, siempre con la esperanza de ver volver al viejo.

De vez en cuando salía para mirar si llegaba. La noche había caído, la noche macilenta de las montañas, la noche pálida, la noche lívida iluminada en el borde del horizonte por una media luna amarilla y delgada a punto de caer al otro lado de las cumbres.

Luego, el joven volvía a entrar, se sentaba, se calentaba los pies y las manos pensando en los posibles accidentes.

Gaspard había podido romperse una pierna, caer en un agujero, dar un paso en falso que le hubiera torcido el tobillo. Y permanecía tendido en la nieve, embargado, entumecido de frío, con la angustia en el alma, perdido, pidiendo quizá ayuda a gritos, llamando con toda la fuerza de su garganta en el silencio de la noche.

Pero ¿dónde? Era tan grande la montaña, tan dura, tan peligrosa en las inmediaciones, sobre todo en aquella estación, que se habrían necesitado diez o veinte guías y caminar ocho jornadas en todas direcciones para encontrar a un hombre en aquella inmensidad.

Ulrich Kunsi, sin embargo, decidió partir con *Sam* si Gaspard Hari no había vuelto entre medianoche y la una de la mañana.

E hizo sus preparativos.

Metió dos días de víveres en una bolsa, cogió sus garfios de acero, se enrolló a la cintura una cuerda larga, delgada y fuerte, comprobó el estado de su bastón ferrado y de la hachuela que sirve para cortar escalones en el hielo. Luego esperó. En la chimenea ardía el fuego; el gran perro roncaba bajo la claridad de las llamas; el reloj latía como un corazón con sus golpes regulares en su funda de madera sonora.

Aguardaba, con el oído despierto a los ruidos lejanos, estremeciéndose cuando el viento ligero frotaba el tejado y las paredes.

Sonó la media noche; se estremeció. Luego, como se sentía trémulo y amedrentado, puso agua al fuego al fin de beber café bien caliente antes de ponerse en camino.

Cuando el reloj hizo sonar la una, se levantó, despertó a *Sam*, abrió la puerta y echó a caminar en dirección al Wildstrubel. Durante cinco horas subió escalando rocas con ayuda de sus garfios, cortando el hielo, avanzando siempre y a veces jalando, en el extremo de su cuerda, al perro que se había quedado al pie de una escarpadura demasiado abrupta. Eran cerca de las seis cuando alcanzó una de las cumbres a la que el viejo Gaspard iba con frecuencia en busca de gamuzas.

Y esperó a que amaneciese.

El cielo palidecía sobre su cabeza; y, de pronto, un resplandor extraño, nacido de no se sabe dónde, iluminó bruscamente el inmenso océano de cimas pálidas que se extendían a cien leguas a la redonda. Se hubiera dicho que aquella vaga claridad salía de la misma nieve para derramarse en el espacio. Poco a poco las cumbres lejanas más altas se volvieron todas de un rosa tierno como la carne, y el sol rojo apareció tras los pesados gigantes de los Alpes berneses.

Ulrich Kunsi volvió a ponerse en marcha. Caminaba como un cazador, encorvado, rastreando huellas, diciéndole al perro: «Busca, perrito, busca».

Ahora bajaba de nuevo la montaña, registrando con la mirada las simas y a veces llamando, lanzando un grito prolongado, que moría enseguida en la muda inmensidad. Entonces pegaba el oído al suelo para escuchar; creía distinguir una voz, echaba a correr, llamaba de nuevo, ya no oía nada y se sentaba, agotado, desesperado. Hacia mediodía, almorzó y dio de comer a *Sam*, tan cansado como él. Luego reanudó la búsqueda.

Cuando llegó la noche seguía caminando, después de recorrer cincuenta kilómetros de montaña. Como se hallaba demasiado lejos de la casa para volver, y demasiado fatigado para arrastrarse más tiempo, cavó un agujero en la nieve y allí se acurrucó con su perro, bajo una manta que había llevado. Y se acostaron uno pegado al otro, el hombre y el animal, calentándose mutuamente los cuerpos, aunque helados hasta la médula.

Ulrich apenas durmió, con la mente acosada por visiones y con los miembros sacudidos por escalofríos.

Iba a salir el día cuando se levantó. Tenía las piernas rígidas como barras de hierro, el alma tan débil que casi gritaba de angustia, el corazón palpitante hasta salírsele casi de emoción en cuanto creía oír un ruido cualquiera.

De repente pensó que también él iba a morirse de frío en aquella soledad, y el espanto de aquella muerte, azotando su energía, despertó su vigor.

Ahora descendía hacia el albergue, cayendo, levantándose, seguido de lejos por *Sam*, que avanzaba cojeando sobre tres patas.

No llegaron a Schwarenbach hasta eso de las cuatro de la tarde. La casa estaba vacía. El joven encendió la lumbre, comió y se durmió, tan embrutecido que ya no pensaba en nada.

Durmió mucho, muchísimo tiempo, con un sueño invencible. Pero de pronto, una voz, un grito, un nombre: «Ulrich», sacudió su embotamiento profundo y le hizo incorporarse. ¿Había soñado? ¿Era una de esas llamadas extrañas que cruzan los sueños de las almas inquietas? No, seguía oyendo aquel grito vibrante, que había entrado en su oído y permanecía en su carne hasta la punta de sus dedos nerviosos. Sí, alguien había gritado; alguien había llamado: «¡Ulrich!» Alguien estaba allí, cerca de la casa. No podía caber ninguna duda. Abrió, pues, la puerta y gritó: «¿Eres tú, Gaspard?», con toda la fuerza de sus pulmones.

Nada le respondió; ningún sonido, ningún murmullo, ningún gemido, nada. Reinaba la oscuridad. La nieve estaba descolorida.

Se había levantado viento, ese viento helado que parte las piedras y no deja nada vivo en aquellas alturas abandonadas. Pasaba a ráfagas repentinas, más agostadoras y más mortales que el viento de fuego del desierto. Ulrich gritó de nuevo: «¡Gaspard! — ¡Gaspard! — ¡Gaspard!»

Luego esperó. ¡Todo siguió mudo en la montaña! Entonces el espanto le sacudió hasta los huesos. De un salto volvió a entrar en el albergue, cerró la puerta y echó los cerrojos; después cayó tiritando sobre una silla, seguro de que acababa de ser llamado por su camarada en el momento en que entregaba su espíritu.

De eso estaba seguro, como se está seguro de vivir o de comer pan. El viejo Gaspard Hari había agonizado durante dos días y tres noches en alguna parte, en un agujero, en uno de esos profundos barrancos inmaculados cuya blancura es más siniestra que las tinieblas de los subterráneos. Había agonizado durante dos días y tres noches, y acababa de morir hacía un momento pensando en su compañero. Y su alma, una vez liberada, había volado hacia el albergue donde dormía Ulrich, y lo había llamado gracias a esa virtud misteriosa y terrible que tienen las almas de los muertos para hostigar a los vivos. Aquella alma sin voz había gritado en el alma abrumada del durmiente; había gritado su último adiós, o su reproche, o su maldición contra el hombre que no había buscado lo suficiente.

Y Ulrich la sentía allí, muy cerca, al otro lado de la pared, detrás de la puerta que acababa de cerrar. Merodeaba como un ave nocturna que roza con sus plumas una ventana iluminada; y el joven, enloquecido, estaba a punto de aullar de horror. Quería huir y no se atrevía a salir; no se atrevía y ya no se

atrevería en adelante, porque el fantasma permanecería allí, día y noche, alrededor del albergue, mientras el cuerpo del viejo guía no hubiera sido encontrado y depositado en la tierra bendecida de un cementerio.

Llegó el día y Kunsi recobró alguna seguridad con el retorno brillante del sol. Preparó su comida, hizo la sopa del perro, luego se quedó en una silla, inmóvil, con el corazón torturado, pensando en el viejo tendido en la nieve.

Después, cuando la oscuridad volvió a cubrir la montaña, nuevos terrores lo asaltaron. Ahora caminaba por la negra cocina, apenas alumbrada por la llama de una candela, caminaba de un extremo a otro de la estancia, a grandes pasos, escuchando, escuchando si el grito espantoso de la noche pasada no iba a cruzar de nuevo el silencio sombrío del exterior. Y el desdichado se sentía solo, ¡solo como ningún hombre lo había estado nunca! Estaba solo en aquel inmenso desierto de nieve, solo a dos mil metros por encima de la tierra habitada, por encima de las casas humanas, por encima de la vida que se agita, bulle y palpita, ¡solo en el hielo helado! Lo atenazaban unas ganas locas de escapar a cualquier parte, de cualquier manera, de bajar a Loëche arrojándose al abismo; pero no se atrevía siquiera a abrir la puerta, seguro de que el otro, el muerto, le cerraría el camino para no quedarse también solo allá arriba.

Hacia medianoche, harto de caminar, abrumado de angustia y de miedo, terminó por adormecerse en una silla, porque temía su cama como se teme un lugar de aparecidos.

Y de improviso el grito estridente de la noche anterior le desgarró los oídos, tan sobreagudo que Ulrich extendió los brazos para rechazar al fantasma, y cayó de espaldas con su asiento.

Sam, despertado por el ruido, se puso a aullar como aúllan los perros despavoridos, y daba vueltas alrededor del alojamiento buscando de dónde procedía el peligro. Cuando llegó junto a la puerta, olfateó por debajo, soplando y husmeando con fuerza, con el pelo erizado, la cola tiesa y gruñendo.

Kunsi, enloquecido, se había levantado y, agarrando la silla por una pata, gritó: «¡No entres, no entres, no entres o te mato!» Y el perro, excitado por aquella amenaza, ladraba furioso contra el invisible enemigo que desafiaba la voz de su amo.

Poco a poco *Sam* se calmó y volvió a echarse junto al hogar, pero seguía inquieto, con la cabeza levantada, los ojos brillantes y gruñendo entre sus colmillos.

Ulrich recobró a su vez los sentidos, pero, como se sentía desfallecer de terror, fue en busca de una botella de aguardiente al aparador, y bebió, uno tras otro, varios vasos. Sus ideas se volvían vagas; su valor se afirmaba; por sus venas se deslizaba un fuego febril.

Apenas comió al día siguiente, limitándose a beber alcohol. Y durante varios días seguidos vivió borracho como una cuba. En cuanto le volvía el pensamiento de Gaspard Hari, empezaba a beber de nuevo hasta el instante en que caía al suelo, abatido por la borrachera. Y permanecía allí, de bruces, borracho perdido, con los miembros rotos, roncando, con la frente en tierra. Pero apenas había digerido el líquido enloquecedor y ardiente, el grito, siempre el mismo: «¡Ulrich!», lo despertaba como una bala que le hubiera atravesado el cráneo; y se ponía de pie tambaleándose todavía, extendiendo las manos para no caer, llamando a *Sam* en su ayuda. Y el perro, que parecía volverse loco como su amo, se precipitaba contra la puerta, la arañaba con sus garras, la roía con sus largos dientes blancos, mientras el joven, con el cuello hacia atrás y la cabeza levantada, bebía a grandes tragos, como agua fresca tras una carrera, el aguardiente que dentro de poco volvería a adormecer su pensamiento, y su recuerdo, y su terror frenético.

En tres semanas absorbió toda la provisión de alcohol. Pero aquella borrachera continua no hacía más que adormecer su espanto, que despertó más furioso todavía desde que le fue imposible calmarlo. Entonces la idea fija, exasperada por un mes de embriaguez, y creciendo constantemente en la soledad absoluta, se hundía en él a la manera de un berbiquí. Ahora caminaba por su morada como un animal enjaulado, pegando su oído a la puerta para escuchar si el otro estaba allí, y desafiándolo, a través del muro.

Luego, en cuanto se adormilaba, vencido por la fatiga, oía la voz que le hacía ponerse de pie de un salto.

Por fin, una noche, semejante a los cobardes desquiciados, se abalanzó hacia la puerta y la abrió para ver al que lo llamaba y obligarlo a callarse.

Recibió en plena cara un soplo de aire frío que lo heló hasta los huesos y volvió a cerrar la hoja y pasó los cerrojos, sin darse cuenta de que *Sam* se había precipitado fuera. Luego, temblando, echó leña al fuego y se sentó delante para calentarse; pero de repente se estremeció, alguien arañaba la pared llorando.

Gritó enloquecido: «¡Vete!» Le respondió una queja larga y dolorosa.

Entonces toda la razón que le quedaba se la llevó el terror. Repetía: «¡Vete!», dando vueltas sobre sí mismo para encontrar un rincón donde esconderse. El otro, sin dejar de llorar, pasaba a lo largo de la casa frotándose

contra la pared. Ulrich se lanzó hacia el aparador de roble lleno de vajilla y provisiones y, levantándolo con fuerza sobrehumana, lo arrastró hasta la puerta, para defenderse con una barricada. Luego, amontonando unos sobre otros todos los muebles, colchones, jergones y sillas que le quedaban, taponó la ventana como se hace cuando un enemigo te sitia.

Pero el de fuera lanzaba ahora grandes gemidos lúgubres a los que el joven empezó a responder con gemidos semejantes.

Y días y noches pasaron sin que ni uno ni otro dejaran de aullar. El uno daba vueltas sin cesar alrededor de la casa y excavaba la pared con sus uñas con tanta fuerza que parecía querer demolerla; el otro, dentro, seguía todos sus movimientos, encorvado, con el oído pegado a la piedra, y respondía a todas sus llamadas con gritos espantosos.

Una noche, Ulrich ya no oyó nada; y se sentó, tan quebrantado por la fatiga que se durmió al punto.

Se despertó sin un recuerdo, sin un pensamiento, como si toda su cabeza se hubiera vaciado durante aquel sueño agobiado. Tenía hambre, comió.

El invierno había terminado. El paso de la Gemmi volvía a ser practicable; y la familia Hauser se puso en camino para regresar a su albergue.

En cuanto alcanzaron lo alto de la cuesta, las mujeres se encaramaron a un mulo, y hablaron de los dos hombres a los que iban a encontrar dentro de un rato.

Les extrañaba que ninguno de ellos hubiera descendido unos días antes, en cuanto la ruta lo había vuelto posible, para dar noticias de su larga invernada.

Por fin divisaron el albergue todavía cubierto y acolchado de nieve. La puerta y la ventana estaban cerradas; un poco de humo salía del tejado, lo cual tranquilizó al viejo Hauser. Pero, al acercarse, vio en el umbral un esqueleto de animal despedazado por las águilas, un gran esqueleto echado sobre el costado.

Todos lo examinaron: «Debe de ser *Sam*», dijo la madre. Y llamó: «¡Eh, Gaspard!» Desde el interior respondió un grito, un grito agudo que se hubiera dicho lanzado por un animal. El viejo Hauser repitió: «¡Eh, Gaspard!» Se dejó oír otro grito similar al primero.

Entonces, los tres hombres, el padre y los dos hijos[282], intentaron abrir la puerta. Resistió. En el establo vacío cogieron una larga viga como ariete y la lanzaron con toda su fuerza. La madera crujió, cedió, las tablas volaron en

trozos; luego, un gran ruido estremeció la casa y vieron dentro, detrás del aparador derribado, a un hombre de pie, con el pelo que le llegaba hasta los hombros, una barba que le caía sobre el pecho, unos ojos brillantes y jirones de tela sobre el cuerpo.

No lo reconocieron, pero Louise Hauser exclamó: «Es Ulrich, mamá». Y la madre comprobó que era Ulrich, aunque sus cabellos fueran blancos.

Les permitió acercarse; se dejó tocar; pero no respondió a las preguntas que le hicieron; y hubo que llevarlo a Loëche, donde los médicos constataron que estaba loco.

Y nadie supo nunca qué había sido de su compañero.

La joven Hauser estuvo a punto de morir, aquel verano, de una enfermedad de postración que se atribuyó al frío de la montaña.

El Horla[283]

[Primera versión]

El doctor Marrande, el más ilustre y más eminente de los alienistas[284], había rogado a tres de sus colegas y a cuatro sabios que se ocupaban de ciencias naturales, que fuesen a pasar una hora con él, a la casa de salud que dirigía, para mostrarles a uno de sus enfermos.

En cuanto sus amigos estuvieron reunidos, les dijo: «Voy a someter a su consideración el caso más raro e inquietante que he conocido nunca. Por lo demás, nada tengo que decirles de mi cliente. Él mismo hablará». Tocó el doctor entonces la campanilla. Un criado hizo pasar a un hombre. Era muy flaco, de una delgadez de cadáver, con esa delgadez de ciertos locos a los que roe un pensamiento, porque el pensamiento enfermo devora la carne del cuerpo más que la fiebre o la tisis.

Tras saludar y sentarse, dijo:

*

«Sé, caballeros, por qué se han reunido aquí y estoy dispuesto a contarles mi historia, como me ha pedido mi amigo el doctor Marrande. Durante mucho tiempo me ha creído loco. Hoy duda. Dentro de un rato, todos ustedes sabrán que mi mente es tan sana, tan lúcida y tan clarividente como las suyas, por desgracia para mí, para ustedes y para toda la humanidad.

Pero quiero empezar por los hechos mismos, por los simples hechos. Son éstos:

Tengo cuarenta y dos años. No estoy casado, mi fortuna es suficiente para vivir con cierto lujo. Vivía, pues, en una propiedad a orillas del Sena, en Biessard[285], cerca de Ruán. Me gusta la caza y la pesca. A mis espaldas, encima de las grandes rocas que dominan mi casa, tenía uno de los bosques

más hermosos de Francia, el de Roumare, y delante de mí uno de los ríos más hermosos del mundo.

Mi morada es grande, pintada de blanco por fuera, hermosa, antigua, en medio de un gran jardín plantado de árboles magníficos que sube hasta el bosque escalando las enormes rocas de las que les he hablado hace un momento.

Mi servidumbre se compone, o mejor se componía, de un cochero, un jardinero, un ayuda de cámara, una cocinera y una lavandera que era al mismo tiempo una especie de criada para todo. Toda esta gente vivía en mi casa desde hacía diez a dieciséis años, me conocía, conocía mi morada, la región y todo cuanto rodeaba mi vida. Eran servidores buenos y tranquilos. Importa para lo que voy a decir.

Añadiré que el Sena, que bordea mi huerta, es navegable hasta Ruán, como sin duda ustedes saben; y que todos los días veía yo pasar grandes barcos de vela y de vapor procedentes de todos los confines del mundo.

Así pues, el pasado otoño hará un año que, de pronto, me sentí dominado por unos malestares extraños e inexplicables. Al principio fue una especie de inquietud nerviosa que me mantenía en vela noches enteras, en medio de tal sobreexcitación que el menor ruido me hacía estremecerme. Mi humor se agrió. Me dominaban repentinas e inexplicables cóleras. Llamé a un médico, que me recetó bromuro de potasio y duchas.

Así pues, me hice duchar mañana y tarde, y empecé a beber bromuro. No tardé mucho en volver a dormir, pero con un sueño más espantoso que el insomnio. Nada más acostarme, cerraba los ojos y quedaba anonadado. Sí, caía en la nada, en una nada absoluta, en una muerte del ser entero de la que brusca, horriblemente, me sacaba la espantosa sensación de un peso abrumador sobre mi pecho y de una boca que devoraba mi vida por la boca. ¡Qué sacudidas! No conozco nada más espantoso.

Figúrense un hombre dormido al que asesinan, y que despierta con un cuchillo en la garganta; y que, cubierto de sangre, lanza estertores y no puede respirar, y que va a morir, y que no comprende nada… ¡Eso era!

Adelgazaba de forma inquietante y continua; y de pronto me di cuenta de que mi cochero, que era muy gordo, empezaba a adelgazar como yo.

Por fin le pregunté:

«¿Qué le ocurre, Jean? Usted está enfermo.»

Me respondió:

«Me parece que tengo la misma enfermedad que el señor. Son mis noches las que echan a perder mis días.»

Pensé, pues, que había en la casa una influencia febril debida a la vecindad del río, y estaba a punto de marcharme por dos o tres meses, aunque estuviéramos en plena temporada de caza, cuando un minúsculo suceso muy extraño, en el que reparé por casualidad, dio lugar a una serie de descubrimientos tan inverosímiles, fantásticos y espantosos que me quedé.

Cierta noche que tenía sed, bebí medio vaso de agua y observé que mi jarra, colocada encima de la cómoda frente a mi cama, estaba llena hasta el tapón de cristal.

Durante la noche tuve uno de esos sueños espantosos de los que acabo de hablarles. Encendí mi vela, presa de una angustia espantosa, y, cuando quise volver a beber, vi atónito que mi jarra estaba vacía. No podía creer a mis ojos. O alguien había entrado en mi habitación, o yo era sonámbulo.

A la noche siguiente quise hacer la misma prueba. Cerré pues la puerta con llave para estar seguro de que nadie podía entrar en mi cuarto. Me dormí y me desperté como todas las noches. *Se* habían bebido toda el agua que yo mismo había visto dos horas antes.

¿*Quién* se había bebido aquella agua? Yo, sin duda, y sin embargo estaba seguro, absolutamente seguro, de no haber hecho ningún movimiento en mi sueño profundo y doloroso.

Recurrí entonces a ardides para convencerme de que no era yo quien cometía aquellos actos inconscientes. Una noche puse junto a la jarra una botella de viejo burdeos, una taza de leche por la que siento horror, y pastas de chocolate que adoro.

El vino y las pastas permanecieron intactos. La leche y el agua desaparecieron. Entonces cambié todas las noches las bebidas y los alimentos. Nunca tocó *nadie* las cosas sólidas, compactas, y nunca bebió *nadie*, en materia de líquidos, otra cosa que leche fresca y agua sobre todo.

Pero en mi alma seguía aquella duda punzante. ¿Era yo quien se levantaba sin tener conciencia de ello y quien bebía incluso las cosas odiadas, porque mis sentidos abotargados por el sueño sonambúlico podían modificarse, haber perdido sus repugnancias ordinarias y adquirido gustos diferentes?

Me serví entonces de un nuevo ardid contra mí mismo. Envolví todos los objetos que inevitablemente había que tocar con vendas de muselina blanca y las recubrí además con una servilleta de batista.

Luego, en el momento de meterme en la cama, me embadurné las manos, los labios y el bigote con mina de plomo.

Al despertar, todos los objetos seguían inmaculados aunque los habían tocado, porque la servilleta no estaba colocada como yo la había dejado;

además, se habían bebido el agua y la leche. Mi puerta cerrada con una llave de seguridad y mis persianas cerradas con candado por prudencia no habían podido dejar entrar a nadie.

Me planteé entonces esta temible pregunta. ¿Quién estaba allí, todas las noches, a mi lado?

»Me doy cuenta, señores, de que estoy relatándoles todo esto demasiado deprisa. Sonríen ustedes, ya tienen formada su opinión: «Es un loco». Hubiera debido describirles de modo más amplio la emoción de un hombre que, encerrado en su cuarto, y de mente sana, mira, a través del cristal de una jarra, un poco de agua que ha desaparecido mientras él dormía. Hubiera debido hacerles comprender la renovada tortura de cada noche y cada mañana, y ese sueño invencible, y ese despertar más espantoso todavía.

Pero sigo.

De pronto, el milagro cesó. Nadie tocaba ya nada en mi cuarto. Se había acabado. Además, empecé a mejorar. Volvió a mí la alegría al saber que uno de mis vecinos, el señor Legite, se hallaba exactamente en el estado en que yo mismo me había encontrado. De nuevo creí en una influencia febril en la región. Mi cochero me había abandonado hacía un mes, muy enfermo.

Había pasado el invierno, empezaba la primavera. Pero una mañana, cuando paseaba junto a mi parterre de rosales, vi, vi con toda claridad, a mi lado, el tallo de una de las rosas más bellas romperse como si una mano invisible lo hubiera cortado; la flor siguió luego la curva que habría descrito un brazo al llevarla hacia una boca, y quedó suspendida en el aire transparente, completamente sola, inmóvil, terrible, a tres pasos de mis ojos.

Dominado por un espanto loco, me arrojé sobre ella para cogerla. No encontré nada. Había desaparecido. Entonces me vi dominado por una ira furiosa contra mí mismo. ¡No le está permitido a un hombre razonable y serio tener alucinaciones semejantes!

Pero ¿era una alucinación? Busqué el tallo. Lo encontré inmediatamente sobre el arbusto, recién cortado, entre otras dos rosas que seguían en la rama; porque eran tres, que yo había visto perfectamente.

Entonces volví a casa con el alma turbada. Escúchenme, señores, estoy tranquilo; yo no creía en lo sobrenatural, incluso hoy sigo sin creer; pero a partir de ese momento estuve seguro, seguro como del día y de la noche, de que a mi lado existía un ser invisible que me había acosado primero, luego me había abandonado y ahora volvía.

Tuve prueba de ello algo más tarde.

En primer lugar, todos los días estallaban entre mis criados disputas furiosas por mil causas fútiles en apariencia, pero desde entonces cargadas de sentido para mí.

Un jarrón, un hermoso jarrón de Venecia se rompió solo, en pleno día, sobre el aparador del comedor.

El ayuda de cámara acusó a la cocinera, que acusó a la costurera, que acusó a no sé quién.

Puertas cerradas por la noche aparecían abiertas por la mañana. Todas las noches robaban leche en la despensa. ¡Ah!

¿Quién era? ¿De qué naturaleza? Una curiosidad exasperada, mezclada a la cólera y al espanto, me mantenía noche y día en un estado de extrema agitación.

Pero la casa volvió a quedar tranquila una vez más; y de nuevo creía que se trataba de sueños cuando ocurrió lo siguiente:

Eran las nueve de la noche del 20 de julio. Hacía mucho calor; había dejado mi ventana abierta de par en par, mi lámpara estaba encendida encima de la mesa, alumbrando un volumen de Musset abierto por «La noche de mayo»[286]; y yo me había echado en un gran sillón donde me dormí.

Cuando llevaba unos cuarenta minutos dormido, volví a abrir los ojos, sin hacer movimiento alguno, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. Al principio no vi nada, y luego, de golpe, me pareció que una página del libro acababa de volverse completamente sola. Ningún soplo de brisa había entrado por la ventana. Me quedé pasmado; y me puse a esperar. Al cabo de unos cuatro minutos, vi, sí, vi, vi, señores, con mis propios ojos, cómo otra página se levantaba y volvía a caer sobre la anterior como si un dedo la hubiera pasado. Mi sillón parecía vacío, ¡pero comprendí que él estaba allí, *él*! Crucé el cuarto de un salto para cogerlo, para tocarlo, para agarrarlo, si es que era posible. Pero antes de llegar hasta el sillón, cayó por los suelos como si alguien huyera delante de mí; también cayó mi lámpara, que, roto el cristal, se apagó; y la ventana, bruscamente empujada como si un malhechor la hubiese agarrado en su huida, fue a golpear contra su tope… ¡Ah!

Me lancé sobre la campanilla y llamé. Cuando apareció mi ayuda de cámara, le dije:

«He tirado todo y lo he roto todo. Traiga luz.»

No volví a dormirme esa noche. Y sin embargo, podía haber sido juguete de una ilusión. Cuando despiertan, los sentidos permanecen turbados. ¿No

había sido yo el que había derribado el sillón y la lámpara al precipitarme como un loco?

¡No, no había sido yo! Lo sabía sin ningún género de dudas. Y sin embargo quería creerlo.

Esperen. ¡El Ser! ¿Cómo lo nombraría? ¡El Invisible! No, eso no basta. Lo he bautizado el Horla[287]. ¿Por qué? No lo sé. Así pues, el Horla apenas me abandonaba a partir de ese momento. Día y noche yo tenía la sensación, la certidumbre de la presencia de aquel inasequible vecino, y también la certidumbre de que él se llevaba mi vida, hora a hora, minuto a minuto.

La imposibilidad de verlo me exasperaba, y por eso encendía todas las luces de mi piso como si, en esa claridad, pudiera descubrirlo.

Por fin, lo vi.

Ustedes no me creen. Sin embargo, lo vi.

Estaba yo sentado delante de un libro cualquiera, sin leer, al acecho, con todos mis órganos sobreexcitados, acechando a quien sentía cerca de mí. Desde luego estaba allí. Pero ¿dónde? ¿Qué hacía? ¿Cómo alcanzarlo?

Delante de mí tenía yo la cama, una vieja cama de roble con columnas. A la derecha la chimenea. A la izquierda, la puerta, que había cerrado cuidadosamente. A mi espalda, un gran armario de espejo, que me servía cada día para afeitarme y vestirme, y en el que solía mirarme de la cabeza a los pies cada vez que pasaba por delante.

Así pues, fingía estar leyendo; para engañarle, porque también él me espiaba; y de pronto sentí, estuve seguro de que leía por encima de mi hombro, que estaba allí, rozándome la oreja.

Me incorporé volviéndome tan deprisa que estuve a punto de caerme. Y… allí se veía como en pleno día… ¡y no me vi en el espejo! Estaba vacío, claro, lleno de luz. Mi imagen no estaba dentro… Y yo me encontraba enfrente… ¡Delante de mí tenía el gran cristal límpido de arriba abajo! Y yo miraba aquello con ojos enloquecidos, sin atreverme a seguir avanzando, comprendiendo que entre nosotros se encontraba él, y que volvería a escapárseme, pero que su cuerpo imperceptible estaba absorbido por mi reflejo.

¡Qué miedo pasé! Luego, de pronto, empecé a vislumbrarme en medio de una bruma, en el fondo del espejo, en una bruma como a través de una capa de agua; y me parecía que esa agua fluía de izquierda a derecha, lentamente, volviendo más nítida mi imagen segundo a segundo. Era como el final de un eclipse. Lo que me tapaba no parecía poseer contornos netamente definidos, sino una especie de transparencia opaca que iba aclarándose poco a poco.

Al fin pude distinguirme por completo, tal y como me veo cada día al mirarme.

Lo había visto. Me quedó un espanto que todavía me hace estremecerme.

Al día siguiente vine aquí, donde rogué que me retuviesen.

Ahora, caballeros, concluyo.

El doctor Marrande, después de haber dudado mucho tiempo, se decidió a viajar, él solo, a mi tierra.

En la actualidad, tres de mis vecinos están atacados por la misma enfermedad que yo. ¿No es verdad?

El médico respondió: «¡Verdad!»

Usted les aconsejó que dejasen agua y leche todas las noches en su cuarto para ver si esos líquidos desaparecían. Y han desaparecido. ¿No han desaparecido esos líquidos igual que en mi casa?

El médico respondió con solemne gravedad:

«¡Han desaparecido!»

¡Así pues, caballeros, un Ser, un Ser nuevo, que sin duda no tardará en multiplicarse como nosotros nos hemos multiplicado, acaba de aparecer sobre la tierra!

¡Ah! ¿Sonríen ustedes? ¿Por qué? Porque ese Ser sigue siendo invisible. Pero nuestro ojo, señores, es un órgano tan elemental que apenas puede distinguir otra cosa que lo indispensable para nuestra existencia. Lo que es demasiado pequeño se le escapa, lo que es demasiado grande se le escapa, lo que está demasiado lejos se le escapa. Ignora los millares de pequeños animalillos que viven en una gota de agua. Desconoce los habitantes, las plantas y el suelo de las estrellas vecinas; ni siquiera ve lo transparente.

Coloquen delante de nuestros ojos un espejo falto de un azogue perfecto, no lo distinguirá y ellos mismos nos lanzarán contra él, como el pájaro enjaulado en una casa, que se rompe la cabeza contra los cristales. Por lo tanto, no ve los cuerpos sólidos y transparentes, que sin embargo existen, no ve el aire del que nos alimentamos, no ve el viento que es la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba hombres, abate edificios, desarraiga árboles, alza el mar en montañas de agua que hacen desmoronarse acantilados de granito.

¿Qué tiene de sorprendente que no vean un cuerpo nuevo, al que sin duda le falta la única propiedad de detener los rayos luminosos?

¿Distinguen ustedes la electricidad? Y sin embargo existe.

Ese ser, que yo he llamado el Horla, también existe.

¿Quién es? Señores, ¡es el que la tierra espera después del hombre! El que viene a destronarnos, a someternos, a domarnos, y tal vez a alimentarse de

nosotros igual que nosotros nos alimentamos de los bueyes y de los jabalíes.

¡Se lo presiente, se lo teme y se le anuncia desde hace siglos! El miedo a lo Invisible siempre ha acosado a nuestros padres.

Ha llegado.

Todas las leyendas de hadas, de gnomos, de vagabundos del aire inasequibles y malhechores hablaban de él; de él, presentido por el hombre inquieto y ya estremecido.

Y todo lo que ustedes mismos, caballeros, hacen desde hace algunos años, eso que ustedes llaman hipnotismo, sugestión y magnetismo… ¡es a él a quien ustedes anuncian, a quien ustedes profetizan![288]

Yo les digo que ha llegado ya. Que merodea inquieto a su vez como los primeros hombres, ignorante todavía de su fuerza y su poder, que conocerá pronto, demasiado pronto.

Y, para terminar, caballeros, he aquí un fragmento de periódico que ha caído por casualidad en mis manos y que procede de Río de Janeiro[289]. Leo: «Una especie de epidemia de locura parece causar estragos desde hace algún tiempo en la provincia de Sao Paulo. Los habitantes de varios pueblos han huido abandonando sus tierras y casas, y diciéndose perseguidos y devorados por vampiros invisibles que se alimentan de su aliento durante su sueño y que, además, no beben más que agua y algunas veces leche.»

Y yo añado que pocos días antes del primer ataque de la enfermedad que ha estado a punto de matarme, recuerdo perfectamente haber visto pasar un gran barco brasileño de tres palos con las banderas desplegadas… Ya les he dicho que mi casa estaba a orillas del agua… completamente blanca… No cabe duda de que él venía escondido en ese barco…

No tengo nada más que decir, caballeros.

*

El doctor Marrande se incorporó y susurró:

«Yo tampoco. No sé si este hombre está loco y si lo estamos los dos… o si… si nuestro sucesor ha llegado realmente…»

La poza[290]

Golpes y heridas, que habían ocasionado la muerte. Éste era el cargo de acusación por el que comparecía en la sala de lo criminal el señor Léopold Renard, tapicero.

A su alrededor, los principales testigos, la señora Flamèche, viuda de la víctima, y los llamados Louis Ladureau, obrero ebanista, y Jean Durdent, fontanero.

Cerca del criminal, su mujer, de negro, pequeña, fea, una especie de adefesio vestido de señora.

Y he aquí como Renard (Léopold) contó el drama:

*

¡Dios mío!, es una desgracia cuya primera víctima fui yo todo el tiempo, y en la que mi voluntad no tiene nada que ver. Los hechos se comentan por sí mismos, señor presidente. Soy un hombre honrado, trabajador, tapicero en la misma calle desde hace dieciséis años, conocido, querido, respetado, considerado por todos, como han atestiguado los vecinos, incluso la portera, que no suele estar para bromas. Amo el trabajo, amo el ahorro, amo a las personas honradas y las diversiones honestas. Eso es lo que me ha perdido, para mi desgracia; como mi voluntad no intervino, sigo teniéndome por persona respetable.

Hace ya cinco años, todos los domingos, mi esposa aquí presente y yo vamos a pasar el día a Poissy. Así tomamos el aire, además de que nos gusta pescar con caña, ¡oh!, sí, nos gusta con locura. Fue Mélie, la muy malvada, la que me aficionó a esa pasión, que la excita más que a mí; un mal bicho, dado que en este asunto todo el mal viene de ella, como van a ver a continuación.

Yo soy fuerte y buenazo, nada malo en absoluto. Pero ella, ¡oh, ella!, parece que no hace nada, es pequeña, es delgada; pues bien, es peor que una garduña. No niego que tenga cualidades; las tiene, e importantes para un

comerciante. Pero ¡qué carácter! Pregunten a los vecinos, e incluso a la portera que hace un rato me ha exculpado… ella les contará muchas cosas.

Todos los días me reprochaba mi carácter bonachón: «¡Yo no permitiría que me hicieran esto! ¡Yo no permitiría que me hicieran lo otro!» Si le hubiera hecho caso, señor presidente, habría tenido tres peleas a puñetazos al mes…

La señora Renard le interrumpió:
«Sigue hablando, quien ríe el último ríe mejor.»
Él se volvió hacia ella con dulzura:
«Bueno, puedo inculparte porque tú no estás procesada…»
Luego, volviéndose de nuevo hacia el presidente:

Continúo. Íbamos, pues, a Poissy todos los sábados por la tarde para pescar desde el amanecer del día siguiente. Para nosotros es una costumbre que se ha convertido en una segunda naturaleza, como suele decirse. Este verano hará tres años que descubrí un sitio, ¡y qué sitio! ¡Oh!, a la sombra, de ocho pies de agua por lo menos, quizá diez, una poza, con cuevas bajo la orilla, un verdadero criadero de peces, un paraíso para el pescador. Esa poza, señor presidente, podía considerarla como mía, dado que yo era su Cristóbal Colón. Todo el mundo lo sabía en la comarca, todos sin discusión. Decían: «Ése es el sitio de Renard»; y nadie habría ido allí, ni siquiera el señor Plumeau, que es conocido, dicho sea sin ánimo de ofenderlo, por birlar los sitios a los demás.

Así pues, seguro de mi sitio, volvía allí como un propietario. Nada más llegar, los sábados subía a bordo de la *Dalila*, con mi esposa. —La *Dalila* es mi noruega[291], un bote que hice construir en Fournaise[292], algo ligero y seguro—. Digo que embarcábamos en la *Dalila* y nos íbamos a poner los cebos. Para cebar no hay nadie como yo, y los compañeros lo saben bien. —Me preguntará usted que con qué cebo. No puedo responder. No tiene nada que ver con el accidente; no puedo responder, es mi secreto. — Son más de doscientos los que me lo han preguntado. ¡Me han invitado a copas, a fritadas y a calderetas para hacerme hablar! ¡Van aviados si lo consiguen! ¡Ah, sí, me han dado palmaditas para conocer mi receta… Sólo mi mujer la sabe, ¡pero no la dirá más que yo!… ¿Verdad, Mélie?…

El presidente lo interrumpió.
«Vaya al grano lo antes posible.»

El acusado prosiguió: Ya voy, ya voy. Así pues, el sábado 8 de julio, tras salir en el tren de las cinco y veinticinco, fuimos, antes de cenar, a echar el cebo como todos los sábados. El tiempo parecía bueno. Le decía a Mélie: «¡Qué bien, qué bien para mañana!» Y ella respondía: «Sí, promete.» No solemos hablar más cuando estamos juntos.

Y luego volvimos para cenar. Yo estaba contento, tenía sed. Es la causa de todo, señor presidente. Le digo a Mélie: «Mira, Mélie, para celebrarlo podía beberme una botella de *casque à mèche*[293].» Es un vinito blanco que habíamos bautizado así porque, si se bebe demasiado, nos impide dormir y sustituye al gorro de dormir. Usted ya me comprende.

Ella me responde: «Puedes pensar lo que quieras, pero te sentará mal y mañana no podrás levantarte.» — Lo que me decía era cierto, era sensato, era prudente, era perspicaz, lo confieso. Pero no pude contenerme. Y me bebí mi botella. Todo vino de ahí.

Así pues, no pude dormirme. ¡Por Cristo!, aquel gorro de dormir de zumo de uva me duró hasta las dos de la mañana. Y luego, paf, me duermo, pero me duermo tan profundamente que no habría oído al ángel anunciando el Juicio Final.

En resumen, mi mujer me despierta a las seis. Salto de la cama, me pongo a toda prisa el pantalón y la marinera; me echo cuatro gotas de agua en la cara y saltamos a la *Dalila*. Demasiado tarde. Cuando llego a mi poza, ¡estaba cogida! Aquello no había ocurrido nunca, señor presidente, ¡nunca desde hacía tres años! Me hizo el mismo efecto que si me hubieran desvalijado en mis narices. Digo: «¡Caramba, caramba, caramba!» Y mi mujer que empieza a hostigarme. «¡Ya ves, el gorro de dormir! ¡Ya lo ves, borrachón! ¿Estás contento, estúpido?»

Yo no decía nada; todo aquello era cierto.

Desembarco, pese a todo, cerca del lugar para tratar de aprovechar las sobras. Quizá aquel hombre no pescaría nada y se iría.

Era un hombrecillo flaco, de dril blanco, con un gran sombrero de paja. También tenía a su mujer, una gorda que hacía calceta detrás de él.

Cuando ella nos vio instalarnos cerca del sitio, va y murmura:

«¿Es que no hay otro sitio en el río?»

Y la mía, que estaba rabiando, responde:

«La gente que sabe comportarse se informa de las costumbres de una región antes de ocupar los sitios reservados.»

Como yo no quería líos, le digo:

«Cállate, Mélie. Déjalo, déjalo estar. Ya veremos qué pasa.»

Así pues, habíamos amarrado la *Dalila* bajo los sauces, habíamos desembarcado, y Mélie y yo, codo con codo, pescábamos justo al lado de aquellos dos.

Aquí, señor presidente, debo entrar en detalles.

Hacía cinco minutos que estábamos allí cuando la caña del vecino se hunde dos veces, tres veces; y luego he aquí que saca uno, un gobio, tan gordo como mi muslo, tal vez un poco menos, ¡pero casi! A mí el corazón me palpita; las sienes me sudaban, y Mélie que me dice: «¡Eh!, borracho, ¿has visto eso?»

En esto, el señor Bru, el tendero de Poissy, muy aficionado a los gobios, pasa en su barca y me grita: «¿Le han quitado el sitio, señor Renard?» Yo le respondo: «Sí, señor Bru, en este mundo hay gente poco delicada que no conoce las costumbres.»

El hombrecillo de dril de al lado fingía no oír, y su mujer, la gorda de su mujer, gorda como una becerra, lo mismo.

El presidente le interrumpió por segunda vez: «¡Tenga cuidado! Está usted insultando a la señora viuda de Flamèche, aquí presente.»

Renard se disculpó: «Perdón, perdón, es que la pasión me arrastra.»

Así pues, no había pasado un cuarto de hora cuando el hombrecillo de dril volvió a coger otro gobio — y otro casi al momento, y otros cinco minutos más tarde.

Yo tenía lágrimas en los ojos. Y además sentía que la señora Renard estaba que trinaba; me atormentaba sin cesar: «¡Ah, maldita sea! ¿No crees que te roba tus peces? ¿No lo crees? Tú no pescarás nada, ni una rana, nada de nada. Mira, me arden las manos sólo de pensarlo.»

Yo me decía: «Esperaremos a mediodía. Este pescador furtivo se irá a almorzar y yo recuperaré mi sitio.» Porque yo, señor presidente, almuerzo allí mismo todos los domingos. Llevamos las provisiones en la *Dalila*.

Pues no. Dan la doce. Aquel malhechor traía un pollo en un periódico, y mientras está comiendo ¡va y pesca otro gobio!

Mélie y yo también tomábamos un bocado, poca cosa, casi nada, no teníamos la cabeza para comer.

Entonces, para hacer la digestión, cojo mi periódico. Es lo que hago todos los domingos, leo el *Gil Blas*, a la sombra, a la orilla del agua. Es el día de Colombine[294], ya sabe usted, Colombine, que escribe artículos en el *Gil Blas*. Yo solía hacer rabiar a la señora Renard pretendiendo que conocía a esa Colombine. No es cierto, no la conozco, no la he visto nunca, pero no

importa, escribe bien; y además dice cosas muy descaradas para una mujer. A mí me gusta, no hay muchas como ella.

Y empiezo a chinchar a mi esposa, pero se enfadó mucho, y además violentamente. Por lo tanto, me callo.

Es en ese momento cuando, al otro lado del río, llegan nuestros dos testigos, el señor Ladureau y el señor Durdent, aquí presentes. Nos conocíamos de vista.

El hombrecillo se había puesto a pescar de nuevo. Pescaba tanto que yo temblaba. Y su mujer se pone a decir: «El sitio es muy bueno, volveremos siempre aquí, Désiré.»

Yo siento que un escalofrío me recorre la espalda, Y la señora Renard repetía: «No eres hombre, no eres hombre. Tienes sangre de gallina en las venas.»

De repente le digo: «Mira, prefiero irme, porque si no terminaré haciendo alguna tontería.»

Y me sopla, como si me hubiera puesto un hierro candente bajo las narices: «No eres hombre. Ahora huyes, y rindes la plaza. ¡Vete, Bazaine[295]!»

Esto me hizo mella. Pero no rechisté.

En ese momento el otro saca una brema, ¡oh, nunca había visto yo otra igual! ¡Nunca!

Y mi mujer que se pone a hablar en voz alta, como si estuviera pensando. Vea usted la malicia de sus palabras. Decía: «Es lo que se puede llamar el pez robado, dado que nosotros mismos hemos cebado el sitio. Por lo menos habría que devolver el dinero gastado en el cebo.»

Entonces la gorda del hombrecillo de dril se puso a decir a su vez: «¿Se refiere usted nosotros, señora?

—Me refiero a los ladrones de peces que se aprovechan del dinero gastado por otros.»

Y entonces se ponen a discutir y luego pasan a los insultos. ¡Por Cristo, qué bien los conocen las muy bribonas, y cómo los sueltan! Berreaban de tal modo que nuestros dos testigos, que estaban en la otra orilla, empiezan a gritar en son de burla: «¡Eh!, las de ahí, un poco de silencio. ¡Que no van a dejar pescar a sus maridos!»

Lo cierto es que el hombrecillo de dril y yo no nos movíamos más que dos tocones. Permanecíamos allí, con los ojos fijos en el agua, como si no hubiéramos oído.

Pero ¡por todos los demonios, bien que oíamos! «No es usted más que una embustera — Y usted no es más que una perdida. — No es usted más que una golfa. — No es usted más que una depravada.» Y así sucesivamente. Un marinero no los conoce peores.

De repente oigo un ruido a mi espalda. Me vuelvo. Era la otra, la gorda, que se precipitaba contra mi mujer a golpes de sombrilla. ¡Pan, pan! Mélie recibe dos. Pero se cabrea, y cuando ella se cabrea, pega. Agarra a la gorda por el pelo, y luego, ¡paf, paf, paf!, llovían bofetones como ciruelas.

De haber sido por mí, les habría dejado pegarse. Las mujeres con las mujeres, los hombres con los hombres. No hay que mezclar los golpes. Pero el hombrecillo de dril se levanta como un diablo y quiere saltar sobre mi mujer. ¡Ah, eso no!, ¡ah, eso sí que no!, de eso nada, compañero. Recibo al pajarraco con la punta de mi puño. Un puñetazo y luego otro. Uno en la nariz, otro en el estómago. Él levanta los brazos, levanta la pierna, y cae de espaldas en pleno río, justo en la poza.

Seguro que lo habría repescado, señor presidente, si hubiera tenido tiempo en ese momento. Pero, para colmo, la gorda se había impuesto y aporreaba a Mélie de lo lindo. Sé que no habría debido ir en su ayuda mientras el otro tragaba agua. Pero no pensaba que se ahogaría. Me decía: «¡Bah!, así se refrescará.»

Corro, pues, a separar a las dos mujeres. Y recibo puñetazos, arañazos y mordiscos. ¡Diablos, qué brujas!

En resumen, necesité cinco minutos, quizá diez, para separar a estas dos, enganchadas como grapas.

Me vuelvo. Y nada. El agua en calma como un lago. Y los otros, en la otra orilla, gritando: «¡Sáquelo, sáquelo!»

Es muy fácil decirlo, pero yo tampoco sé nadar, y zambullirme menos todavía, se lo aseguro.

Por fin llegó el de la presa y dos señores con bicheros, tardaron un cuarto de hora largo. Lo encontraron en el fondo de la poza, bajo ocho pies de agua, como yo había dicho, sí, allí estaba el hombrecillo de dril.

Así ocurrieron los hechos, se lo juro. Soy inocente, palabra de honor.

*

Como los testigos declararon en el mismo sentido, el acusado fue absuelto.

Amor[296]

Tres páginas del «Libro de un cazador»

… Acabo de leer en una noticia de periódico un drama pasional. La mató, luego se mató, por lo tanto la quería. ¿Qué importan Él y Ella? Sólo importa su amor; y no me interesa porque me enternezca, o porque me sorprenda, o porque me emocione, o porque me haga pensar, sino porque me trae a la memoria un recuerdo de juventud, un extraño recuerdo de una cacería ¡en la que se me apareció el Amor como se les aparecían a los primeros cristianos cruces en medio del cielo!

Nací con todos los instintos y los sentidos del hombre primitivo templados por razonamientos y emociones de civilizado. Amo la caza con pasión; y el animal sanguinolento, la sangre en las plumas, la sangre en mis manos, me crispan el corazón hasta hacerlo desfallecer.

Aquel año, hacia finales del otoño, los fríos llegaron bruscamente, y fui invitado por uno de mis primos, Karl de Rauville, a ir con él a cazar patos en las marismas, al amanecer.

Mi primo, un mocetón de cuarenta años, colorado, muy fuerte y muy barbudo, gentilhombre de aldea, semibruto amable, de carácter alegre, dotado de ese espíritu galo que vuelve agradable la medianía, vivía en una especie de granja-castillo en un amplio valle por el que corría un río. Los bosques cubrían las colinas a derecha e izquierda, viejos bosques señoriales donde quedaban árboles magníficos y donde se encontraban las piezas de pluma más raras de toda esa parte de Francia. A veces se mataban águilas; y las aves de paso, las que casi nunca llegan a nuestras regiones demasiado pobladas, se detenían casi infaliblemente en aquellas ramas seculares como si hubieran conocido o reconocido un rinconcito de bosque de los tiempos antiguos, que pervivía allí para servirles de refugio en su breve etapa nocturna.

En el valle había grandes pastizales regados por acequias y separados por setos; luego, más allá, el río, canalizado hasta aquel punto, derramaba sus aguas en una vasta marisma. Esa marisma, la región más admirable de caza

que jamás he visto, era toda la preocupación de mi primo, que la mantenía como un parque. A través de los inmensos cañaverales que lo cubrían, vivificándolo, volviéndolo rumoroso y agitado, se habían trazado estrechos canales donde las barcas de fondo plano, llevadas y guiadas con pértigas, pasaban mudas sobre el agua muerta, rozaban los juncos, hacían huir a los raudos peces entre las hierbas y sumergirse a las pollas salvajes cuya cabeza negra y puntiaguda desaparecía bruscamente.

Amo el agua con una pasión inmoderada; el mar, aunque demasiado grande, demasiado agitado, imposible de poseer, los ríos tan hermosos, pero que pasan, que huyen, que se van, y sobre todo las marismas, donde palpita toda la existencia desconocida de los animales acuáticos. La marisma es un mundo entero en la tierra, mundo diferente, que tiene su vida propia, sus habitantes sedentarios, y sus viajeros de paso, sus voces, sus ruidos y, sobre todo, su misterio. Nada es más turbador, más inquietante, más espantoso, a veces, que una ciénaga. ¿Por qué ese miedo que planea sobre esas llanuras bajas cubiertas de agua? ¿Son los vagos rumores de los cañaverales, los extraños fuegos fatuos, el silencio profundo que los envuelve en las noches tranquilas, o bien las brumas extrañas que arrastran sobre los juncos una especie de vestidos de muertas, o bien el imperceptible chapoteo, tan ligero, tan suave, y más terrorífico a veces que el cañón de los hombres o el trueno del cielo, los que hacen que las marismas se parezcan a regiones de ensueño, a regiones temibles que ocultan un secreto incognoscible y peligroso?

No. De ellas se desprende otra cosa, otro misterio, más profundo, más grave, flota en las espesas nieblas, ¡quizá el misterio mismo de la creación! Pues ¿no es en el agua estancada y fangosa, en la pesada humedad de las tierras mojadas bajo el calor del sol, donde se agitó, vibró, se abrió a la luz el primer germen de vida?

Llegué al atardecer a casa de mi primo. Helaba como para partir las peñas.

Durante la cena, en el espacioso salón cuyos aparadores, paredes y techo estaban cubiertos de aves disecadas con las alas extendidas, o colgadas sobre ramas fijadas con clavos: gavilanes, garzas, búhos, chotacabras, cernícalos, torzuelos, buitres y halcones, mi primo, que parecía un extraño animal de los países fríos vestido con un chaquetón de piel de foca, me contaba las disposiciones que había tomado para aquella misma noche.

Debíamos ponernos en marcha a las tres y media de la mañana para llegar hacia las cuatro y media al punto elegido para nuestro acecho. Se había construido en aquel lugar una cabaña con trozos de hielo para resguardarnos un poco del viento terrible que precede al día, ese viento cargado de frío que

desgarra la carne como sierras, la corta como cuchillos, la punza como aguijones envenenados, la retuerce como unas tenazas y la quema como el fuego.

Mi primo se frotaba las manos: «Nunca he visto una helada parecida, decía, teníamos doce grados bajo cero a las seis de la tarde.»

Fui a echarme en la cama en cuanto terminamos de cenar, y me dormí al resplandor de una gran llama que ardía en mi chimenea.

Al dar las tres me despertaron. Me puse también una piel de cordero y encontré a mi primo Karl envuelto en una piel de oso. Después de beber cada uno dos tazas de café hirviendo, seguidas por dos copas de excelente champán, partimos acompañados de un guarda y de nuestros perros: *Plongeon* y *Pierrot*.

En cuanto dimos los primeros pasos fuera, me sentí helado hasta los huesos. Era una de esas noches en que la tierra parece muerta de frío. El aire helado se vuelve resistente, palpable, del daño que hace; no lo agita la menor brisa; está fijo, inmóvil; muerde, atraviesa, reseca, mata los árboles, las plantas, los insectos, los pajarillos mismos que caen de las ramas al duro suelo y se ponen duros también, como él, bajo el abrazo del frío.

La luna, en su cuarto menguante, inclinada sobre un costado, muy pálida, parecía desfallecer en medio del espacio, y tan débil que no podía seguir adelante y permanecía allá arriba, sobrecogida también, paralizada por el rigor del cielo. Difundía una luz seca y triste sobre el mundo, ese resplandor moribundo y macilento que arroja sobre nosotros al final de su resurrección.

Karl y yo avanzábamos juntos, con la espalda encorvada, las manos en los bolsillos y la escopeta bajo el brazo. Nuestras botas, envueltas en lana para poder caminar sin resbalar sobre el río helado, no hacían el menor ruido; y yo miraba el humo blanco que formaba el aliento de nuestros perros.

No tardamos en llegar a la orilla de la marisma, y nos adentramos por uno de los canales de juncos secos que avanzaba a través de aquel bosque bajo.

Nuestros codos, que rozaban las largas hojas con apariencia de cintas, dejaban a nuestra espalda un leve ruido; y me sentí sobrecogido, como nunca lo había estado, por la poderosa y singular emoción que provocan en mí las ciénagas. Aquélla estaba muerta, muerta de frío, porque caminábamos por encima en medio de su pueblo de juncos secos.

De repente, en el recodo de uno de los canales, vi la cabaña de hielo que se había construido para resguardarnos. Entré en ella, y como aún teníamos casi una hora para esperar el despertar de las aves errantes, me envolví en mi manta para tratar de calentarme.

Entonces, tumbado boca arriba, me puse a mirar la luna deformada, que tenía cuatro cuernos a través de las paredes vagamente transparentes de aquella casa polar.

Pero el frío de la marisma helada, el frío de aquellas paredes, el frío que caía del firmamento no tardó en penetrarme de una forma tan terrible que me puse a toser.

Mi primo Karl se inquietó: «Qué le vamos a hacer si hoy no matamos gran cosa, dijo, no quiero que te acatarres; vamos a hacer un fuego.» Y dio orden al guarda de cortar unas cañas.

Hicieron con ellas un montón en el centro de la cabaña, en cuyo techo se practicó un agujero para dejar escapar el humo; y cuando la llama roja subió a lo largo de los tabiques claros de cristal, empezaron a fundirse, dulcemente, apenas, como si aquellas piedras de hielo sudaran. Karl, que se había quedado fuera, me gritó: «¡Ven a verlo!» Salí y me quedé estupefacto de sorpresa. Nuestra cabaña, en forma de cono, parecía un monstruoso diamante de corazón de fuego brotado de repente sobre el agua helada de la marisma. Y dentro se veían dos formas fantásticas, las de nuestros perros calentándose.

Pero un grito extraño, un grito perdido, un grito errante, pasó sobre nuestras cabezas. El resplandor de nuestro fuego despertaba a las aves silvestres.

Nada me conmueve tanto como ese primer clamor de vida que todavía no se ve y corre en el aire oscuro, tan deprisa, tan lejos, antes de que aparezca en el horizonte la primera claridad de los días de invierno. En esa hora glacial del alba, ¡esa gritería huidiza llevada por las plumas de un animal me parece un suspiro del alma del mundo!

Karl decía: «Apagad el fuego. Está amaneciendo.»

En efecto, el cielo empezaba a palidecer, y las bandadas de patos arrastraban largas manchas rápidas, pronto borradas, por el firmamento.

Un resplandor estalló en la oscuridad. Karl acaba de disparar; y los dos perros echaron a correr.

Entonces, de minuto en minuto, tan pronto él como yo, disparábamos rápidamente en cuanto la sombra de una tribu volante aparecía por encima de las cañas. Y *Pierrot* y *Plongeon*, jadeantes y contentos, nos traían unas aves ensangrentadas cuyos ojos todavía nos miraban a veces.

Ya era de día, un día claro y azul; el sol aparecía en el fondo del valle y estábamos pensando en marcharnos cuando dos pájaros, el cuello recto y las alas extendidas, pasaron bruscamente sobre nuestras cabezas. Yo disparé. Uno de ellos cayó a mis pies. Era una cerceta de vientre plateado. Entonces,

en el espacio por encima de mí, una voz, una voz de pájaro chilló. Fue una queja breve, repetida, desgarradora; y el animal, el pequeño animal salvado se puso a dar vueltas en el azul del cielo encima de nosotros mirando a su compañera muerta que yo tenía entre las manos.

Karl, de rodillas, con la escopeta al hombro, la mirada encendida, la acechaba, esperaba que estuviera bastante cerca.

«Has matado a la hembra, dijo, el macho no se irá.»

Cierto, no se iba; seguía dando vueltas y lloraba a nuestro alrededor. Nunca un gemido de sufrimiento me desgarró el corazón como aquella llamada desolada, como el lamentable reproche de aquel pobre animal perdido en el espacio.

A veces huía bajo la amenaza de la escopeta, que seguía su vuelo; parecía dispuesto a seguir su ruta solo, a través del cielo. Pero no podía decidirse, y pronto volvía para buscar a su hembra.

«Déjala en el suelo, me dijo Karl, se acercará enseguida.»

Y en efecto, se acercaba despreciando el peligro, enloquecido por su amor de animal por el otro animal que yo había matado.

Karl disparó; fue como si hubieran cortado la cuerda que mantenía suspendida al ave. Vi una cosa negra que caía; oí en las cañas el ruido del golpe. Y *Pierrot* me lo trajo.

Fríos ya, los puse en el mismo morral… y ese mismo día regresé a París.

Madame Hermet[297]

Me atraen los locos. Esas gentes viven en un país misterioso de sueños extraños, en esa nube impenetrable de la demencia donde todo lo que han visto en la tierra, todo lo que han amado, todo lo que han hecho, empieza de nuevo para ellos en una existencia imaginada al margen de todas las leyes que gobiernan las cosas y rigen el pensamiento humano.

Para ellos no existe lo imposible, lo inverosímil desaparece, lo mágico se vuelve constante y lo sobrenatural familiar. Esa vieja barrera, la lógica, esa vieja muralla, la razón, esa vieja rampa de las ideas, el buen sentido, se rompen, se abaten, se desmoronan ante su imaginación dejada en libertad, escapada al país ilimitado de la fantasía y que va dando brincos fabulosos sin que nada la detenga. Para ellos todo ocurre y todo puede ocurrir. No se esfuerzan por vencer los acontecimientos, dominar las resistencias, derribar los obstáculos. ¡Basta un capricho de su voluntad llena de ilusión para que sean príncipes, emperadores o dioses, para que posean todas las riquezas del mundo, todas las cosas sabrosas de la vida, para que gocen de todos los placeres, para que sean siempre fuertes, siempre jóvenes, siempre queridos! Sólo ellos pueden ser felices en la tierra, porque, para ellos, la Realidad ya no existe. Me gusta inclinarme sobre su espíritu vagabundo, como nos inclinamos sobre un abismo en cuyo fondo burbujea un torrente desconocido, que viene de no se sabe dónde y va a no se sabe dónde.

Pero no sirve de nada inclinarse sobre estas grietas, porque nunca se podrá saber de dónde viene esa agua, adónde va esa agua. Después de todo, no es más que agua parecida a la que corre a plena luz, y verla no nos enseñaría gran cosa.

De nada sirve tampoco inclinarse sobre la mente de los locos, porque sus ideas más extravagantes no son, en suma, más que ideas ya conocidas, extrañas sólo porque ya no están encadenadas por la Razón. Su fuente caprichosa nos confunde y sorprende porque no se la ve brotar. Ha bastado probablemente una piedrecilla caída en su curso para producir esos burbujeos.

Sin embargo, los locos siguen atrayéndome, y siempre vuelvo hacia ellos, arrastrado a pesar mío por ese misterio trivial de la demencia.

Pero un día, cuando visitaba uno de sus asilos, el médico que me acompañaba me dijo:

«Mire, voy a mostrarle un caso interesante».

Y mandó abrir una celda donde una mujer de unos cuarenta años, hermosa todavía, sentada en una gran butaca, miraba obstinadamente su cara en un pequeño espejo de mano.

Se levantó nada más vernos, corrió al fondo de la estancia en busca de un velo que había en una silla, se envolvió el rostro con mucho cuidado y luego regresó, respondiendo con un movimiento de cabeza a nuestros saludos.

«Bueno, dijo el doctor, ¿cómo se encuentra usted esta mañana?»

Ella lanzó un profundo suspiro.

«¡Oh!, mal, muy mal, señor, las marcas aumentan cada día.»

Él respondió en tono convencido.

«No, claro que no, le aseguro que se equivoca.»

Ella se acercó a él para murmurar:

«No. Estoy segura. He contado diez agujeros más esta mañana, tres en la mejilla derecha, cuatro en la mejilla izquierda y tres también en la frente. ¡Es horrible, horrible! Ya no me atreveré a dejarme ver de nadie, ni siquiera de mi hijo, ¡no, ni siquiera de él! Estoy perdida, estoy desfigurada para siempre».

Se dejó caer de nuevo en su butaca y se puso a sollozar.

El médico cogió una silla, se sentó a su lado, y con una voz dulce, consoladora:

«Veamos, enséñemelo, le aseguro que no es nada. Con una pequeña cauterización haré desaparecer todo».

Respondió «no» con la cabeza, sin una palabra. Él quiso tocar su velo, pero ella lo agarró con tanta fuerza con ambas manos que sus dedos lo rompieron.

Él empezó de nuevo a exhortarla y a tranquilizarla.

«Veamos, sabe usted muy bien que siempre le quito esos feos agujeros y que cuando se los curo ya no se ven. Si no me los enseña, no podré curarla.»

Ella murmuró:

«A usted, sí, no me importaría, pero no conozco a ese señor que lo acompaña.

—Es también un médico, que la curará todavía mejor que yo».

Entonces se dejó descubrir el rostro, pero su miedo, su emoción, su vergüenza a ser vista la enrojecían hasta la carne del cuello, que se hundía en

su vestido. Bajaba los ojos, volvía el rostro, unas veces a la derecha, otras a la izquierda, para evitar nuestras miradas, y balbucía:

«¡Oh! ¡Sufro horriblemente por dejarme ver así! Es horrible, ¿verdad? Es horrible».

Yo la contemplaba muy sorprendido, porque no tenía nada en la cara, ni una marca, ni una mancha, ni una señal, ni una cicatriz.

Se volvió hacia mí, con los ojos siempre bajos, y me dijo:

«Fue curando a mi hijo como adquirí esta horrible enfermedad, señor. Lo salvé, pero he quedado desfigurada. Le di mi belleza a mi pobre hijo. En fin, he cumplido con mi deber, mi conciencia está tranquila. Lo que yo sufro, sólo Dios lo sabe».

El doctor había sacado de su bolsillo un delgado pincel de acuarelista.

«Déjeme a mí, dijo, voy a arreglarle todo esto.»

Ella ofreció su mejilla derecha y él empezó a tocarla con golpes ligeros, como si hubiera puesto encima pequeños puntos de color. Hizo otro tanto en la mejilla izquierda, luego en el mentón, luego en la frente; después exclamó:

«Mire, ¡ya no tiene nada, nada!»

Ella cogió el espejo, se contempló largo rato con profunda atención, con una atención aguda, con un esfuerzo violento de toda su mente, para descubrir algo; luego suspiró:

«No. Eso ya no se ve mucho. Se lo agradezco infinito».

El médico se había levantado. La saludó, me hizo salir y luego me siguió; y, nada más cerrar la puerta, me dijo:

«Escuche ahora la atroz historia de esta desdichada».

Se llama Mme. Hermet. Fue bellísima, muy coqueta, muy amada y muy dichosa de vivir.

Era una de esas mujeres que no tienen en el mundo más que su belleza y su deseo de agradar para sostenerlas, gobernarlas o consolarlas en la existencia. La constante preocupación por su lozanía, los cuidados de su cara, de sus manos, de sus dientes, de todas las parcelas de su cuerpo que podía mostrar ocupaban todas sus horas y toda su atención.

Se quedó viuda, con un hijo. El niño se crió como se crían todos los hijos de las mujeres de mundo muy admiradas. Sin embargo, ella lo quiso.

Él creció; y ella envejeció. Si vio llegar la crisis fatal, no lo sé. ¿Miró, como tantas otras, todas las mañanas durante horas y horas, aquella piel tan fina en el pasado, tan transparente y tan clara, que ahora se plegaba un poco bajo los ojos, se arrugaba con mil surcos todavía imperceptibles, pero que se ahondarán más día tras día, mes tras mes? ¿Vio agrandarse también,

continuamente, de una forma lenta y segura, las largas arrugas de la frente, esas delgadas serpientes que nada detiene? ¿Sufrió la tortura, la abominable tortura del espejo, del espejito con mango de plata que tanto trabajo cuesta dejar en la mesa, que después se tira con rabia y enseguida se recoge para volver a ver, muy de cerca, más de cerca, el odioso y tranquilo estrago de la vejez que avanza? ¿Se encerró diez, veinte veces al día, abandonando sin motivo el salón donde charlan unos amigos, para subir a su cuarto y, protegida por cerrojos y cerraduras, mirar de nuevo el trabajo de destrucción de la carne madura que se marchita, para constatar con desesperación el ligero progreso del mal que todavía nadie parece ver, pero que ella conoce perfectamente? Sabe dónde están los ataques más graves, las mordeduras más profundas de la edad. Y el espejo, el espejito redondo en su marco de plata cincelado, le dice cosas abominables porque habla, parece reír, se burla y le anuncia todo lo que queda por venir, todas las miserias de su cuerpo, y el atroz suplicio de su pensamiento hasta el día de su muerte, que será el de su liberación.

¿Lloró, enloquecida, de rodillas, con la frente en el suelo, y rezó, rezó, rezó a Aquel que mata así a los seres y sólo les da la juventud para volverles más dura la vejez, y no les presta la belleza más que para quitársela enseguida; le rezó, le suplicó que hiciera por ella lo que nunca ha hecho por nadie, conservarle hasta su último día el encanto, la lozanía y la gracia? Luego, comprendiendo que imploraba en vano al inflexible Desconocido que empuja a los años uno tras otro, ¿se revolcó, retorciéndose los brazos, sobre las alfombras de su cuarto, se golpeó la frente contra los muebles conteniendo en su garganta horribles gritos de desesperación?

Probablemente sufrió esas torturas. Porque escuche lo que ocurrió:

Un día (tenía entonces treinta y cinco años), su hijo, de quince, cayó enfermo.

Guardó cama sin que todavía pudiera determinarse de dónde provenía su sufrimiento y cuál era su naturaleza.

Un abate, preceptor suyo, velaba a su lado y apenas se apartaba de su lecho, mientras que Mme. Hermet acudía, por la mañana y por la noche, a recibir noticias.

Por la mañana entraba en bata de noche, sonriente, muy perfumada ya, y preguntaba desde la puerta:

«¿Qué tal, Georget, vamos mejor?»

Aquel muchachote, rojo, con la cara hinchada y consumido por la fiebre, respondía:

«Sí, mamaíta, un poco mejor».

Permanecía unos instantes en el cuarto, miraba los frascos de medicina haciendo «¡puah!» con un movimiento de labios y luego, de pronto, exclamaba: «¡Ah!, se me olvidaba una cosa muy urgente»; y escapaba corriendo dejando a su espalda finos aromas de aseo.

Por la noche aparecía con un vestido escotado, con más prisa todavía, ya que siempre iba con retraso; y sólo tenía tiempo de preguntar:

«Bueno, ¿qué ha dicho el médico?»

El abate respondía:

«Todavía no está seguro, señora».

Pero una noche el abate contestó: «Señora, su hijo tiene la viruela[298]».

Ella lanzó un gran grito de miedo y echó a correr.

Cuando su doncella entró en su alcoba al día siguiente, lo primero que sintió en el cuarto fue un penetrante olor a azúcar quemado, y encontró a su ama con los ojos abiertos, la cara pálida de insomnio y tiritando de angustia en su cama.

Cuando estuvieron abiertas las contraventanas, Mme. Hermet preguntó:

«¿Cómo está Georges?

—¡Oh!, no demasiado bien hoy, señora».

No se levantó hasta mediodía, comió dos huevos con una taza de té, como si ella misma hubiera estado enferma, luego salió y se informó en una farmacia de los medios que preservaban del contagio de la viruela.

No volvió hasta la hora de la cena, cargada de frascos, y se encerró inmediatamente en su cuarto, donde se impregnó de desinfectantes.

El abate la esperaba en el comedor.

En cuanto lo vio, exclamó, con voz muy emocionada:

«¿Cómo está?

—¡Oh!, nada bien. El doctor está muy preocupado».

Ella se echó a llorar, y se sentía tan atormentada que no pudo probar bocado.

Al día siguiente, desde el amanecer, mandó en busca de noticias, que no fueron mejores, y pasó todo el día en su cuarto, donde humeaban unos braseritos que despedían fuertes olores.

Su criada afirmó, además, que se la oyó gemir durante toda la velada.

Así transcurrió una semana entera sin que ella hiciera otra cosa que salir una hora o dos para tomar el aire a media tarde.

Ahora pedía noticias a todas horas, y sollozaba cuando eran peores. El undécimo día por la mañana, el abate, después de anunciarse, entró en su

aposento, con cara grave y pálida, y dijo, rechazando el asiento que ella le ofrecía:

«Señora, su hijo está muy mal, y desea verla».

Ella se postró de rodillas exclamando:

«¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡No me atreveré nunca! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Socórreme!»

El sacerdote prosiguió:

«El médico tiene pocas esperanzas, señora, ¡y Georges la espera!»

Luego salió.

Dos horas más tarde, cuando el joven, sintiéndose morir, reclamaba de nuevo a su madre, el abate volvió a entrar en su aposento: ella seguía de rodillas, llorando y repitiendo:

«No puedo… no puedo… Tengo demasiado miedo… No puedo…»

Él intentó decidirla, animarla, arrastrarla. Sólo consiguió provocarle una crisis de nervios que duró largo rato y la hizo dar alaridos.

Cuando el médico volvió hacia el final de la tarde, fue informado de aquella cobardía y declaró que, de grado o por fuerza, él se encargaría de llevarla.

Pero después de haber agotado todos los argumentos, cuando la levantaba por el talle para arrastrarla al lado de su hijo, ella se aferró a la puerta agarrándose con tal energía que no se la pudo arrancar de allí.

Luego, cuando consiguieron que se soltara, se postró a los pies del médico pidiendo perdón, acusándose de ser una miserable. Y gritaba: «¡Oh!, no se va a morir, dígame que no va a morirse, se lo ruego, dígale que lo quiero, que lo adoro…»

El joven agonizaba. Viéndose en sus últimos momentos, suplicó que convenciesen a su madre para que fuera a despedirse.

Con esa especie de presentimiento que a veces tienen los moribundos, lo había comprendido todo, lo había adivinado todo, y decía: «Si no se atreve a entrar, díganle únicamente que venga por el balcón hasta mi ventana para que por lo menos la vea, para decirle adiós con una mirada ya que no puedo abrazarla».

El médico y el abate volvieron de nuevo al aposento de la mujer: «No correrá ningún riesgo, afirmaban, puesto que entre usted y él habrá un cristal».

Consintió, se cubrió la cabeza, cogió un frasco de sales, dio tres pasos en el balcón, y luego, de repente, ocultándose la cara entre las manos, gimió:

«No… no… no me atreveré nunca a verlo… nunca… siento demasiada vergüenza… demasiado miedo… no, no puedo».

Quisieron arrastrarla, pero se había aferrado a los barrotes con las dos manos y lanzaba tales gemidos que los transeúntes, en la calle, levantaban la cabeza.

Y el moribundo esperaba, con los ojos vueltos hacia aquella ventana, esperaba, para morir, ver una última vez la cara dulce y bienamada, el rostro sagrado de su madre.

Esperó mucho tiempo, y llegó la noche. Entonces se volvió hacia la pared y ya no pronunció una sola palabra.

Cuando se hizo de día, había muerto.

Al día siguiente, ella había enloquecido.

Los Reyes[299]

¡Ah!, dijo el capitán, conde de Garens, ¡claro que recuerdo esa cena de Reyes, durante la guerra!

Yo era entonces sargento de húsares, desde hacía quince días merodeaba como explorador frente a una vanguardia alemana. La víspera habíamos acuchillado a varios ulanos y perdido a tres hombres, entre ellos el pobrecito Vaudeville. Seguro que ustedes se acuerdan, Joseph de Vaudeville.

Ese día, mi capitán me ordenó coger diez jinetes e ir a ocupar y vigilar toda la noche el pueblo de Porterin[300], donde nos habíamos batido cinco veces en tres semanas. No quedaban veinte casas en pie ni doce habitantes en aquel avispero.

Cogí, pues, diez jinetes y partí hacia las cuatro. A las cinco, en plena oscuridad, llegamos a los primeros muros de Porterin. Hice alto y ordené a Marchas, ya saben, Pierre de Marchas, el que luego se casó con la pequeña Martel-Auvelin, la hija del marqués de Martel-Auvelin, que entrara solo en el pueblo y me trajera noticias.

Había elegido sólo voluntarios, todos de buena familia. En el ejército no gusta tener que tratar con patanes. Marchas era espabilado como nadie, astuto como un zorro y ágil como una serpiente. Sabía husmear prusianos lo mismo que un perro husmea una liebre, encontrar víveres allí donde sin él nos habríamos muerto de hambre, y obtenía información de todo el mundo, información siempre segura, con una habilidad inimaginable.

Volvió al cabo de diez minutos:

«Todo va bien, dijo; por aquí no ha pasado ningún prusiano desde hace tres días. Este pueblo es siniestro. He hablado con una monja que cuida de cuatro o cinco enfermos en un convento abandonado.»

Ordené avanzar, y penetramos en la calle mayor. A derecha e izquierda se percibían vagamente paredes sin techo, apenas visibles en la profunda oscuridad. De trecho en trecho brillaba una luz detrás de un cristal: una familia se había quedado para guardar su vivienda casi en pie, una familia de valientes o de pobres. La lluvia empezaba a caer, una lluvia menuda, helada,

que nos helaba antes de habernos mojado, con sólo tocar los capotes. Los caballos tropezaban en piedras, en vigas, en muebles. Marchas nos guiaba a pie, delante de nosotros, llevando su animal de la brida.

«¿Adónde nos llevas?», le pregunté.

Respondió.

«Tengo un buen alojamiento.»

Y no tardó en detenerse ante una casita burguesa que permanecía entera, bien cerrada, que daba a la calle, con una huerta detrás.

Con un guijarro grande cogido cerca de la verja, Marchas hizo saltar la cerradura, luego subió la escalinata, echó abajo la puerta de entrada a patadas y empujones, encendió un cabo de vela que siempre llevaba en el bolsillo y nos precedió en un buen aposento confortable de particular rico, guiándonos con seguridad, con una seguridad admirable, como si hubiera vivido en aquella casa que veía por primera vez.

Dos hombres que se habían quedado fuera guardaban nuestros caballos.

Marchas dijo al gordo Ponderel, que lo seguía:

«Las cuadras deben de estar a la izquierda; lo he visto al entrar; vete y aloja a los animales que no necesitamos.»

Luego, volviéndose hacia mí:

«¡Da órdenes, recristo!»

Aquel mocetón siempre me sorprendía. Respondí riendo:

«Voy a disponer centinelas alrededor del pueblo. Volveré a encontrarte aquí.»

Preguntó:

«¿Cuántos hombres te llevas?

—Cinco. Los otros los relevarán a las diez de la noche.

—Bueno. Me dejas cuatro para reunir víveres, hacer la cena y poner la mesa. Ya encontraré yo el escondite del vino.»

Y me marché para reconocer las calles desiertas hasta la salida al llano, para apostar allí a mis centinelas.

Media hora más tarde estaba de vuelta. Encontré a Marchas echado en un gran sillón Voltaire cuya funda había quitado, por amor al lujo, decía. Se calentaba los pies al fuego y fumaba un excelente puro cuyo aroma inundaba la habitación. Estaba solo, con los codos sobre los brazos del sillón, la cabeza entre los hombros, las mejillas encendidas, mirada brillante y aire satisfecho.

En el cuarto vecino oía yo un ruido de vajilla. Marchas me dijo sonriendo, con aire beatífico:

«Las cosas marchan, he encontrado el burdeos en el gallinero, el champán debajo de los peldaños de la escalinata, el aguardiente —cincuenta botellas del mejor— en el huerto, entre las raíces de un peral que, visto a la luz de la linterna, no me ha parecido derecho. En la parte sólida, tenemos dos gallinas, una oca, un pato, tres palomos y un mirlo que había en una jaula, sólo carne de pluma, como ves. Todo eso se cuece en un momento. Este pueblo es excelente.»

Me había sentado frente a él. La llama de la chimenea me abrasaba la nariz y las mejillas.

«¿Dónde has encontrado esta madera?», pregunté.

Murmuró:

«Madera magnífica, carruaje de señor, cupé. Es la pintura la que da esa llamarada, un ponche de bencina y de barniz. ¡Buena casa!»

Yo me reía porque el muy animal me parecía divertido. Continuó:

«¡Y pensar que es noche de Reyes! He mandado meter un haba en la oca; pero no tenemos reina, y eso es una lata.»

Yo repetí, como un eco:

«Es una lata, pero ¿qué quieres que haga yo?

—¡Que las encuentres, pardiez!

—¿Qué?

—Mujeres.

—¿Mujeres?… ¡Estás loco!

—Yo bien que he encontrado el aguardiente debajo de un peral, y el champán bajo los peldaños de la escalinata; y eso que nada podía ayudarme. — Para ti, en cambio, una falda es un indicio seguro. Busca, compañero.

Parecía tan grave, tan serio, tan convencido que yo ya no sabía si estaba bromeando.

Respondí:

«Venga, Marchas, ¿estás de broma?

—Durante el servicio nunca bromeo.

—Pero ¿dónde diablos quieres que encuentre mujeres?

—Donde prefieras. Deben de quedar dos o tres en el pueblo. Descúbrelas y tráelas.»

Me levanté. Hacía demasiado calor ante aquel fuego. Marchas continuó:

«¿Quieres una idea?

—Sí.

—Busca al cura.

—¿Al cura? ¿Para qué?

—Invítale a cenar y ruégale que traiga a una mujer.

—¡El cura! ¡Una mujer! ¡Ja, ja, ja!»

Marchas continuó con una seriedad extraordinaria:

«Yo no me río. Vete a buscar al cura, cuéntale nuestra situación. Debe de aburrirse espantosamente; vendrá. Pero dile que necesitamos una mujer como mínimo, una mujer como es debido, por supuesto, porque todos somos hombres de mundo. Debe de conocer a sus feligresas al dedillo. Si hay alguna posible para nosotros, y te las apañas bien, te la indicará.

—¡Vamos, Marchas! ¿En qué estás pensado?

—Mi querido Garens, puedes hacer eso muy bien. Hasta sería muy divertido. Nosotros sabemos vivir, ¡pardiez! Y nos comportaremos con una distinción perfecta, con una elegancia extremada. Dile nuestros nombres al cura, hazle reír, ablándalo, sedúcelo y decídelo.

—No, es imposible.»

Acercó su sillón y, como conocía mis puntos flacos, el muy granuja continuó:

«¡Imagínate lo estupendo que sería hacerlo y lo divertido que sería contarlo! Se hablaría de ello en todo el ejército. Te ganarías una buena reputación.»

Tentado por la aventura, yo dudaba. Él insistió:

«Vamos, querido Garens. Eres jefe de destacamento, y el único que puede ir en busca del jefe de la Iglesia en este pueblo. Vete, te lo ruego. Yo contaré el lance en verso en la *Revue des Deux Mondes*, después de la guerra, te lo prometo. Se lo debes a tus hombres. Los haces marchar desde hace un mes.»

Me levanté preguntando:

«¿Dónde está la casa del cura?

—Coge la segunda calle a la izquierda. Al final encontrarás una alameda, y, al final de la alameda, la iglesia. La casa del cura está al lado.»

Cuando yo salía me gritó:

«¡Dile el menú para que le entre hambre!»

No me costó mucho descubrir la casita del eclesiástico, al lado de una grande y fea iglesia de ladrillos. Llamé con el puño en la puerta, que no tenía campanilla ni aldaba, y una voz recia preguntó desde dentro:

«¿Quién va?»

Respondí:

«Un sargento de húsares.»

Oí un ruido de cerrojos y de llave que giraba, y me encontré frente a un sacerdote alto, de vientre grueso, pecho de luchador, manos formidables que

salían de unas mangas remangadas, tez encendida y aspecto de buena persona.

Hice el saludo militar.

«Buenos días, señor cura.»

Él había temido una sorpresa, una emboscada de merodeadores, y sonrió al responder:

«Buenas noches, amigo; entre.»

Le seguí a una pequeña habitación de baldosas rojas, donde ardía un fuego escaso, muy diferente del brasero de Marchas.

Me indicó una silla y luego me dijo:

«¿En qué puedo servirle?

—Señor abad, permítame primero presentarme.»

Y le tendí mi tarjeta.

La recibió y leyó a media voz:

«El conde de Garens.»

Continué:

«Aquí estamos once, señor cura, cinco de guardia y seis instalados en casa de un vecino desconocido. Esos seis se llaman Garens, aquí presente, Pierre de Marchas, Ludovic de Ponderel, el barón d'Étreillis, Karl Massouligny, el hijo del pintor, y Joseph Herbon, un joven músico. Vengo, en su nombre y el mío, a rogarle que nos haga el honor de cenar con nosotros. Es una cena de Reyes, señor cura, y querríamos que fuera algo alegre.»

El sacerdote sonreía. Murmuró:

«No me parece que sea ocasión de divertirse.»

Respondí:

«Nos batimos todos los días, padre. Catorce camaradas nuestros han muerto desde hace un mes, y ayer mismo cayeron otros tres. Es la guerra. Nos jugamos la vida en todo momento, ¿no tenemos derecho a jugárnosla alegremente? Somos franceses, nos gusta reír, sabemos reírnos en cualquier parte. ¡Hasta en el cadalso se reían nuestros padres! Esta noche querríamos alegrarnos un poco, como personas bien educadas, y no como soldados, ya me entiende. ¿Hacemos mal?»

Replicó vivamente:

«Tiene razón, amigo mío, y acepto encantado su invitación.»

Gritó:

«¡Hermance!»

Una vieja campesina, retorcida, arrugada, horrible, apareció y preguntó:

«¿Qué hay?

—No ceno aquí, hija mía.

—¿Dónde cena entonces?

—Con los señores húsares.»

Tuve ganas de decir: «Traiga a su criada», para ver la cabeza de Marchas, pero no me atreví.

Continué:

«Entre sus feligreses que siguen en el pueblo, ¿ve usted alguno o alguna a la que pueda invitar también?»

Vaciló, pensó y declaró:

«¡No, nadie!»

Insistí:

«¡Nadie!… Veamos, señor cura, piense. Sería delicioso tener alguna señora. Quiero decir, matrimonios. ¡Yo qué sé! El panadero con su mujer, el tendero, el… el… el… el relojero… el… el zapatero… el… el farmacéutico con la farmacéutica… Tenemos una buena comida, vino, y estaríamos encantados de dejar un buen recuerdo a la gente de aquí.»

El cura meditó un buen rato todavía, luego dijo con resolución:

«No, nadie.»

Me eché a reír:

«¡Caramba!, señor cura, es molesto no tener una reina, porque tenemos un haba. Vamos, piense. ¿No hay un alcalde casado, un teniente de alcalde casado, un consejero municipal casado, un maestro casado?…

—No, todas las señoras se han ido.

—¿Cómo?, ¿no hay en todo el pueblo una buena burguesa con su burgués marido a quien poder ofrecer ese placer, pues para ellos sería un placer, y grande, en las presentes circunstancias?»

Pero de pronto el cura se echó a reír con una risa violenta que lo agitaba por entero, y exclamó:

«¡Ja, ja, ja!, ya sé lo que quieren, ¡Jesús, María y José!, ¡ya sé lo que quieren! ¡Ja, ja, ja!, vamos a reírnos, hijos míos, vamos a reírnos. Y ellas estarán encantadas, sí, encantadísimas, ¡ja, ja!… ¿Dónde se alojan ustedes?»

Le describí la casa para explicárselo. Comprendió:

«Muy bien. Es la finca del señor Bertin-Lavaille. ¡Estaré allí dentro de media hora con cuatro damas!… ¡Ja, ja, ja! ¡¡¡cuatro damas!!!…»

Salió conmigo sin dejar de reírse, y se despidió repitiéndome:

«Muy bien; dentro de media hora, en casa Bertin-Lavaille.»

Regresé deprisa, muy sorprendido, muy intrigado.

«¿Cuántos cubiertos?, preguntó Marchas al verme.

—Once. Somos seis húsares, además del señor cura y cuatro damas.»

Se quedó estupefacto. Yo saboreaba mi triunfo.

Él repetía:

«¡Cuatro damas! ¿Dices: cuatro damas?

—Digo: cuatro damas.

—¿Mujeres de verdad?

—Mujeres de verdad.

—¡Caray! ¡Enhorabuena!

—La acepto. La merezco.»

Se levantó del sillón, abrió la puerta y vi un hermoso mantel blanco puesto sobre una larga mesa en torno a la cual tres húsares con delantal azul disponían platos y copas.

«¡Habrá mujeres!», gritó Marchas.

Y los tres hombres se pusieron a bailar aplaudiendo con todas sus fuerzas.

Todo estaba listo. Esperábamos. Esperamos cerca de una hora. Un aroma delicioso de aves asadas flotaba en toda la casa.

Un golpe dado contra el postigo nos levantó a todos al mismo tiempo. El gordo Ponderel corrió a abrir y, al cabo de apenas un minuto, una monjita apareció en el marco de la puerta. Era flaca, arrugada, tímida, y saludaba uno tras otro a los cuatro húsares asustados que la miraban entrar. Detrás de ella, un ruido de bastones martilleaba el suelo del vestíbulo, y en cuanto ella hubo penetrado en el salón, vi, una tras otra, tres viejas cabezas de cofia blanca, que venían balanceándose con distintos movimientos, una inclinándose hacia la derecha mientras la otra se inclinaba hacia la izquierda. Y las tres buenas mujeres se presentaron, cojeando, arrastrando la pierna, tullidas por las enfermedades y deformadas por la vejez, tres achacosas inservibles, las únicas tres pensionistas capaces de andar todavía en el establecimiento hospitalario que dirigía la hermana Saint-Benoît.

La monja se había vuelto hacia sus inválidas, llena de solicitud con ellas; luego, viendo mis galones de sargento, me dijo:

«Le agradezco mucho, señor oficial, que haya pensado en estas pobres mujeres. Tienen muy pocos placeres en la vida, y para ellas es al mismo tiempo una gran felicidad y un gran honor lo que ustedes les hacen.»

Vi al cura, que se había quedado en la sombra del pasillo y que reía de buena gana. También yo me eché a reír, sobre todo al ver la cabeza de Marchas. Luego, señalando unas sillas a la monja;

«Siéntese, hermana; estamos muy orgullosos y muy felices de que hayan aceptado ustedes nuestra modesta invitación»

Cogió tres sillas pegadas a la pared, las alineó delante de la chimenea, guió a ellas a sus tres buenas mujeres, las colocó encima, les quitó los bastones y las toquillas, que fue a dejar en un rincón; luego, señalando a la primera, una flaca de vientre enorme, una hidrópica seguramente:

«Esta es la Paumelle, cuyo marido se mató al caer de un tejado, y cuyo hijo murió en África. Tiene sesenta y dos años.»

Luego designó a la segunda, una alta cuya cabeza temblaba sin cesar:

«Ésta es la Jean-Jean, de setenta y siete años. Ya casi no ve, porque en un incendio se le abrasó la cara y la pierna derecha se le quemó a medias.»

Nos señaló por último a la tercera, una especie de enana, de ojos saltones, que giraban hacia todas partes, redondos y estúpidos.

«Es la Putois, una simple. Sólo tiene cuarenta y cuatro años.»

Yo había saludado a las tres mujeres como si me hubieran presentado a altezas reales, y, volviéndome hacia el cura:

«Es usted, padre, un hombre valiosísimo, a quien todos debemos aquí gratitud.

Todo el mundo se reía, en efecto, menos Marchas, que parecía furioso.

«¡Nuestra hermana Saint-Benoît está servida!», gritó de pronto Karl Massouligny.

La hice pasar delante con el cura, luego levanté a la Paumelle, a la que cogí del brazo y arrastré hasta la habitación contigua, no sin esfuerzo, porque su vientre hinchado parecía más pesado que el hierro.

El gordo Ponderel levantó a la Jean-Jean, que gemía para conseguir su muleta; y el pequeño Joseph Herbon dirigía a la idiota, la Putois, hacia el comedor, lleno de aromas de viandas.

En cuanto estuvimos frente a nuestros platos, la monja dio tres palmadas y las mujeres hicieron, con la precisión de soldados que presentan armas, una gran señal de la cruz rápida. Luego el sacerdote pronunció, lentamente, las palabras latinas del *Benedicite*.

Nos sentamos, y aparecieron las dos gallinas, traídas por Marchas, que quería servir para no asistir de comensal a aquella ridícula cena.

Pero yo grité: «¡Pronto, el champán!» Saltó un tapón con un ruido de pistoletazo, y, a pesar de la resistencia y de la hermana, los tres húsares sentados al lado de las tres lisiadas les derramaron a la fuerza en la boca sus tres vasos llenos.

Massouligny, que en cualquier parte tenía la facultad de estar en su casa y a gusto con todo el mundo, galanteaba a la Paumelle de la forma más graciosa. La hidrópica, cuyo humor seguía siendo alegre a pesar de sus

desgracias, le respondía bromeando con una voz atiplada que parecía fingida, y reía tan estrepitosamente las bromas de su vecino que su gorda barriga daba la impresión de estar a punto de saltar a la mesa y rodar por ella. El pequeño Herbon había emprendido seriamente la tarea de emborrachar a la idiota, y el barón d'Étreillis, que no era de mente muy espabilada, preguntaba a la Jean-Jean sobre la vida, las costumbres y el reglamento del asilo.

La monja, asustada, le gritaba a Massouligny:

«¡Oh, oh!, va usted a ponerla enferma; no la haga reír así, se lo ruego, señor. ¡Oh!, señor…»

Luego se levantaba y se lanzaba sobre Herbon para arrancarle de las manos un vaso lleno que él vaciaba rápidamente entre los labios de la Putois.

Y el cura se retorcía de risa y repetía a la hermana:

«Déjelas por una vez, no les hace ningún mal. Deje.»

Después de las dos gallinas habíamos comido el pato, flaqueado por los tres pichones y el mirlo; y apareció la oca, humeante, dorada, difundiendo un cálido aroma de carne tostada y grasa.

La Paumelle, que se animaba, aplaudió; la Jean-Jean dejó de responder a las numerosas preguntas del barón, y la Putois lanzó gruñidos de alegría, mitad gritos y mitad suspiros, como hacen los niños pequeños cuando les enseñan caramelos.

«¿Me permiten, dijo el cura, encargarme de ese animal? Entiendo como nadie en este tipo de operaciones.

—No faltaría más, padre.»

- la monja dijo:

«¿Y si abriéramos un poco la ventana? Tienen demasiado calor. Estoy seguro de que se pondrán enfermas.»

Me volví hacia Marchas:

«Abre la ventana un minuto.»

La abrió, y el aire frío del exterior entró, hizo vacilar las llamas de las velas y arremolinarse el humo de la oca, cuyas alas levantaba con arte, servilleta al cuello, el sacerdote.

Nosotros lo mirábamos trinchar, ahora sin decir nada, interesados por el tentador trabajo de sus manos, dominados por un renovado apetito a la vista de aquel gordo animal dorado cuyos miembros caían, uno tras otro, en la salsa oscura, en el fondo de la fuente.

Y de pronto, en medio de aquel silencio glotón que nos mantenía concentrados, entró por la ventana abierta el ruido lejano de un disparo.

Me levanté tan deprisa que mi silla rodó a mi espalda, y grité:

«¡Todo el mundo a caballo! Tú, Marchas, coge dos hombres y vete a informarte. Te espero aquí dentro de cinco minutos.»

Y cuando los tres jinetes se alejaban al galope en la noche, monté a caballo con mis otros dos húsares, delante de la escalinata de la villa, mientras el cura, la hermana y las tres buenas mujeres dejaron ver en la ventana sus rostros despavoridos.

Ya no se oía otra cosa que un ladrido de perro en el campo. Había dejado de llover; hacía frío, mucho frío. Y pronto distinguí de nuevo el galope de un caballo, de un solo caballo que volvía.

Era Marchas. Le grité:

«¿Qué pasa?»

Respondió:

«Nada en absoluto, François ha herido a un viejo campesino que se negaba a contestar al "¿Quién vive?" y seguía avanzando a pesar de la orden de alejarse. Ya lo traen. Veremos de qué se trata.»

Ordené meter de nuevo los caballos en la cuadra y envié a mis dos soldados al encuentro de los otros, luego entré en la casa.

Entonces el cura, Marchas y yo bajamos un colchón al salón para depositar en él al herido; la monja, desgarrando una servilleta, empezó a hacer hilas mientras las tres mujeres, trastornadas, permanecían sentadas en un rincón.

No tardé en distinguir un ruido de sables arrastrados en el camino; cogí una bujía para alumbrar a los hombres que volvían; y aparecieron trayendo esa cosa inerte, blanda, larga y siniestra que se vuelve un cuerpo humano cuando la vida ya no lo sostiene.

Depositaron al herido sobre el colchón preparado para él; y a la primera ojeada vi que era un moribundo.

Tenía estertores y escupía sangre que corría por las comisuras de sus labios, expulsada de su boca en cada uno de sus hipos. ¡Estaba cubierto de sangre! Sus mejillas, su barba, sus cabellos, su cuello, sus ropas, parecían haber sido frotados, bañados en una cuba roja. Y aquella sangre se había coagulado sobre él, se había quedado sin brillo al mezclarse con barro, era horrible de ver.

El viejo, envuelto en un gran capote de pastor, entreabría por momentos sus ojos tristes, apagados, sin pensamiento, que parecían estúpidos de asombro, como los de los animales que el cazador mata y que, caídos a sus

pies, lo miran, muertos ya en sus tres cuartas partes, embrutecidos por la sorpresa y el espanto.

El cura exclamó:

«¡Ah!, es el tío Placide, el viejo pastor de los Moulins. Es sordo, el pobre, y no ha oído nada. ¡Ay, Dios mío!, han matado ustedes a este infeliz.»

La monja había apartado la blusa y la camisa, y miraba en medio del pecho un pequeño agujero violeta que ya no sangraba.

«No hay nada que hacer», dijo.

El pastor, jadeando de un modo espantoso, seguía escupiendo sangre en cada uno de sus últimos alientos, y en su pecho se oía, hasta el fondo de sus pulmones, un gorgoteo siniestro y continuo.

De pie, el cura alzó sobre él su mano derecha, trazó el signo de la cruz y pronunció, con voz lenta y solemne, las palabras latinas que lavan las almas.

Antes de que las hubiera terminado, el viejo fue agitado por una breve sacudida, como si algo acabara de romperse en él. Ya no respiraba. Estaba muerto.

Cuando me volví, vi un espectáculo más espantoso que la agonía de aquel miserable: las tres viejas, de pie, apretadas unas contra otras, horribles, hacían muecas de angustia y horror.

Me acerqué a ellas, y se pusieron a lanzar gritos agudos tratando de escapar, como si yo fuera a matarlas también.

La Jean-Jean, a quien su pierna quemada ya no sostenía, cayó cuan larga era al suelo.

La hermana Saint-Benoît, abandonando al muerto, corrió hacia sus inválidas y, sin decirme una palabra, sin una mirada siquiera, las cubrió con sus toquillas, les dio sus muletas, las empujó hacia la puerta, las hizo salir y desapareció con ellas en la noche profunda, tan negra.

Comprendí que ni siquiera podía hacer que las acompañase húsar, pues bastaba el ruido del sable para asustarlas.

El cura seguía mirando al muerto.

Por fin, volviéndose hacia mí, dijo:

«¡Ah!, ¡qué horrible!»

El Horla[301]

8 de mayo. — ¡Delicioso día! He pasado toda la mañana tumbado en la hierba, delante de mi casa, bajo el enorme plátano que la cubre, abriga y sombrea por completo. Me gusta esta comarca, y me gusta vivir en ella porque aquí tengo mis raíces, esas profundas y delicadas raíces que unen a un hombre a la tierra en que han nacido y muerto sus abuelos, que lo unen a lo que se piensa y se come, tanto a las costumbres como a los alimentos, a las locuciones locales, a las entonaciones de los campesinos y a los olores del suelo, de los pueblos y del aire mismo.

Me gusta la casa donde he crecido. Desde mis ventanas veo el Sena que corre a lo largo de mi jardín, detrás de la carretera, casi dentro de mi casa, el grande y anchuroso Sena que va de Ruán al Havre cubierto de barcos que pasan.

A la izquierda, a lo lejos, Ruán, la espaciosa ciudad de tejados azules bajo la puntiaguda muchedumbre de campanarios góticos. Son innumerables, frágiles o amplios, dominados por la aguja de hierro de la catedral, y llenos de campanas que suenan en el aire azul de las mañanas claras lanzando hasta mí su dulce y lejano zumbido de hierro, su canto de bronce que la brisa me trae, unas veces fuerte, otras más debilitado, según que la brisa despierte o se adormezca.

¡Qué buen tiempo hacía esta mañana!

A eso de las once, delante de mi verja desfiló un largo convoy de navíos, arrastrados por un remolcador del tamaño de una mosca, que jadeaba del esfuerzo vomitando una espesa humareda.

Detrás de dos goletas inglesas, cuyo pabellón rojo ondeaba en el cielo, venía un soberbio buque brasileño de tres palos, muy blanco, admirablemente limpio y reluciente. Sin saber por qué, le he enviado un saludo; tanto ha sido lo que me ha gustado verlo.

12 de mayo. — Desde hace unos días tengo algo de fiebre; me encuentro doliente, o mejor dicho me siento triste.

¿De dónde vienen esas influencias misteriosas que truecan en desánimo nuestra felicidad y en angustia nuestra confianza? Diríase que el aire, el invisible aire está lleno de incognoscibles Potencias cuya misteriosa proximidad sufrimos. Me despierto lleno de gozo, con ganas de cantar en la garganta. —¿Por qué?— Bajo a la orilla del agua y, de pronto, tras un breve paseo, regreso desolado, como si una desgracia me esperase en casa. —¿Por qué?— ¿Es un escalofrío que, estremeciéndome la piel, ha desquiciado mis nervios y ensombrecido mi alma? ¿Es la forma de las nubes, o el color del día, o el color de las cosas, tan variable, los que, pasando por mis ojos, han turbado mi pensamiento? ¿Puede saberlo alguien? Cuanto nos rodea, cuanto vemos sin mirar, cuanto rozamos sin conocer, cuanto tocamos sin palpar, cuanto tropezamos sin distinguir, ¿tiene sobre nosotros, sobre nuestros órganos, y a través de ellos sobre nuestras ideas y sobre nuestro corazón mismo, efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables?

¡Qué profundo es este misterio de lo Invisible! No podemos sondarlo con nuestros miserables sentidos, con nuestros ojos que no saben percibir ni lo demasiado pequeño ni lo demasiado grande, ni lo demasiado cercano ni lo demasiado lejano, ni los habitantes de una estrella ni los habitantes de una gota de agua… con nuestros oídos que nos engañan porque nos transmiten las vibraciones del aire como notas sonoras. Notas que son hadas que hacen el milagro de cambiar en ruido ese movimiento y, por esa metamorfosis, dan nacimiento a la música, que vuelve cántico la agitación muda de la naturaleza… con nuestro olfato, más débil que el de los perros… con nuestro gusto, que apenas puede discernir la edad de un vino.

¡Ay, si tuviésemos unos órganos distintos que hicieran en nuestro provecho otros milagros! ¡Cuántas cosas más podríamos descubrir a nuestro alrededor!

16 de mayo. — No hay duda: estoy enfermo. Me encontraba tan bien el mes pasado… Tengo fiebre, una fiebre atroz, o mejor dicho un enervamiento febril que vuelve a mi alma tan doliente como mi cuerpo. Tengo sin cesar la horrible sensación de un peligro amenazador, la aprensión de una desgracia que se avecina o de la muerte que se acerca, ese presentimiento que es sin duda el ataque de un mal todavía desconocido que germina en la sangre y en la carne.

18 de mayo. — Vengo de consultar a mi médico, porque ya no podía dormir. Me ha encontrado el pulso alterado, dilatada la pupila, los nervios estremecidos, pero sin ningún síntoma alarmante. Debo someterme a duchas y beber bromuro de potasio.

25 de mayo. — ¡No hay cambios! Realmente mi estado es raro. A medida que se acerca la noche, me invade una inquietud incomprensible, como si la oscuridad guardase para mí una amenaza terrible. Ceno deprisa y luego intento leer; pero no comprendo las palabras, apenas si distingo las letras. Camino entonces de acá para allá por el salón, bajo la opresión de un temor confuso e irresistible, el temor al sueño y el temor a la cama.

A eso de las diez, subo a mi cuarto. Nada más entrar, cierro la puerta con doble vuelta de llave y echo los cerrojos; tengo miedo… ¿de qué?… Hasta ahora no temía nada… abro mis armarios, miro debajo de la cama; escucho… escucho… ¿qué? ¿Es extraño que un simple malestar, tal vez una alteración circulatoria, la irritación de un nerviecillo, un poco de congestión, una perturbación minúscula en el funcionamiento tan imperfecto y tan delicado de nuestra máquina viviente pueda convertir en melancólico al más alegre de los hombres y en cobarde al más valiente? Luego me acuesto, y espero el sueño como se esperaría al verdugo. Lo espero con el espanto de su llegada; mi corazón palpita y mis piernas tiemblan; y todo mi cuerpo se estremece en el calor de las sábanas, hasta el momento en que de pronto me sumerjo en el descanso como quien se sumerge para ahogarse en un abismo de agua estancada. No siento llegar, como antes, ese sueño pérfido, oculto cerca de mí, que me acecha, que va agarrándome por la cabeza, cerrándome los ojos, aniquilándome.

Duermo mucho tiempo, dos o tres horas, y luego un sueño —no, una pesadilla— se apodera de mí. Noto perfectamente que estoy acostado y que duermo… lo siento y lo sé… y sé también que alguien se me acerca, me mira, me palpa, se sube a la cama, se arrodilla sobre mi pecho, me agarra del cuello con las dos manos y aprieta… aprieta… con todas sus fuerzas para estrangularme.

Yo me debato, atado por esa impotencia atroz que nos paraliza en los sueños; quiero gritar, no puedo; quiero moverme, no puedo; con esfuerzos horrorosos, y jadeante, trato de volverme, de rechazar a ese ser que me aplasta y me ahoga, ¡no puedo!

Y de pronto me despierto enloquecido, bañado en sudor. Enciendo una vela. Estoy solo.

Pasada esa crisis, que se renueva cada noche, termino durmiendo tranquilamente hasta la aurora.

2 de junio. — Mi estado sigue agravándose. ¿Qué es lo que tengo? De nada sirve el bromuro, de nada las duchas. Hace un rato, para agotar mi cuerpo, tan cansado sin embargo, he ido a dar una vuelta por el bosque de Roumare[302]. Al principio creí que el aire fresco, ligero y suave, lleno de olor a hierbas y a hojas, derramaba en mis venas una sangre nueva y una nueva energía en el corazón. Seguí una ancha trocha de caza, luego torcí hacia La Bouille[303] por un camino estrecho, entre dos ejércitos de árboles desmesuradamente altos que interponían un techo de verdor, espeso y casi negro, entre el cielo y yo.

De pronto me asaltó un estremecimiento, no un estremecimiento de frío, sino un raro estremecimiento de angustia.

Apresuré el paso, inquieto de encontrarme solo en aquel bosque, atemorizado sin razón, estúpidamente, por la profunda soledad. De pronto me pareció que alguien me seguía, que me pisaban los talones, cerca, muy cerca, tocándome.

Me volví de forma brusca. Estaba solo. A mis espaldas únicamente vi la recta y amplia avenida, vacía, alta, espantosamente vacía; y por el otro lado, también se extendía hasta perderse de vista, toda igual, espantosa.

Cerré los ojos. ¿Por qué? Y me puse a dar vueltas sobre un talón, muy deprisa, como un trompo. Estuve a punto de caerme; volví a abrir los ojos; los árboles bailaban, la tierra flotaba; tuve que sentarme. Luego, ay, ya no sabía por dónde había llegado hasta allí. ¡Extraña idea! ¡Extraña! ¡Extraña idea! Ya no sabía nada. Eché a andar por el lado que se encontraba a mi derecha, y volví a la avenida que me había llevado al centro del bosque.

3 de junio. — La noche ha sido horrible. Voy a ausentarme unas cuantas semanas. Un breve viaje me repondrá, sin duda.

2 de julio. — Vuelvo. Estoy curado. Además, la excursión ha sido deliciosa. He visitado el Monte Saint-Michel que no conocía.

¡Qué visión cuando, como yo, se llega a Avranches a la caída de la tarde! La ciudad se encuentra sobre una colina; y me llevaron al jardín público, en el extremo de la población. Lancé un grito de asombro. Ante mí se extendía una bahía desmesurada, hasta perderse de vista, entre dos costas separadas que desaparecían a lo lejos en medio de las brumas; y en medio de aquella inmensa bahía amarilla, bajo un cielo de oro y claridad, se alzaba sombrío y

puntiagudo un monte extraño, en medio de las arenas. Acababa de desaparecer el sol, y sobre el horizonte todavía llameante se dibujaba el perfil de esa fantástica roca que lleva sobre su cumbre un fantástico monumento.

Al amanecer me encaminé hacia él. La marea estaba baja, como la víspera por la tarde, y a medida que me acercaba veía alzarse ante mí la sorprendente abadía. Tras varias horas de marcha, llegué al enorme bloque de piedras que soporta la pequeña población dominada por la gran iglesia. Después de subir la calle estrecha y empinada, entré en la más admirable morada gótica construida por Dios sobre la tierra, tan vasta como una ciudad, llena de salas bajas aplastadas bajo las bóvedas y de altas galerías que sostienen frágiles columnas. Entré en esa gigantesca joya de granito, tan ligera como un encaje, cubierta de torres, de esbeltos pináculos a los que ascienden retorcidas escaleras, y que lanzan al cielo azul de los días y al cielo negro de las noches sus extrañas cabezas erizadas de quimeras, de diablos, de bestias fantásticas, de flores monstruosas, y que enlazan entre sí tenues arcos labrados.

Cuando me encontré en la cumbre, le dije al monje que me acompañaba: «Padre, ¡qué a gusto deben de encontrarse ustedes aquí!»

Respondió: «Hace mucho viento, caballero»; y nos pusimos a charlar mientras veíamos subir la marea, que corría por la arena y la cubría con una coraza de acero.

El monje me contó historias, todas las viejas historias del lugar, leyendas, siempre leyendas.

Una de ellas me impresionó mucho. La gente de la región, la del monte, pretende que de noche se oye hablar en las arenas, luego que se oye balar a dos cabras, una con voz fuerte, otra con voz débil. Afirman los incrédulos que son los gritos de las aves marinas, que unas veces se parecen a balidos y otras a quejidos humanos; pero los pescadores rezagados juran haber encontrado, merodeando por las dunas, entre dos mareas, en torno al pequeño pueblo así arrojado lejos del mundo, a un viejo pastor, cuya cabeza cubierta con su capa nunca se ve, y que guía, andando por delante de ellos, a un chivo con cara de hombre y a una cabra con cara de mujer, los dos con largos cabellos blancos y hablando sin cesar, discutiendo en una lengua desconocida y cesando de pronto de gritar para balar con todas sus fuerzas.

Le dije al monje: «¿Lo cree usted?»

Él murmuró: «No sé».

Yo añadí: «Si existiesen sobre la tierra seres distintos a nosotros, ¿cómo no íbamos a conocerlos desde hace tanto tiempo? ¿Cómo no iba a haberlos visto usted? ¿Cómo no habría de haberlos visto yo?»

Respondió: «¿Vemos acaso la cienmillonésima parte de lo que existe? Mire, ahí tiene el viento, que es la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba hombres, abate edificios, desarraiga árboles, levanta el mar en montañas de agua, destruye acantilados y arroja contra los rompientes a los grandes navíos, el viento que mata, que silba, que gime, que muge… ¿lo ha visto usted, puede usted verlo? Y sin embargo, existe».

Me callé ante este razonamiento tan simple. Aquel hombre era un sabio o tal vez un necio. No hubiera podido asegurarlo con precisión; pero me callé. Lo que él decía, yo lo había pensado a menudo.

3 de julio. — He dormido mal; sin duda hay aquí una influencia febril, porque mi cochero sufre el mismo mal que yo. Ayer, al regresar, ya me fijé en su singular palidez. Le pregunté:

«¿Qué le pasa, Jean?

—Me pasa que no puedo descansar, señor, son las noches las que se comen mis días. Desde que el señor se marchó, tengo una especie de maleficio.»

Sin embargo, los demás criados están bien; pero tengo mucho miedo a que vuelva a darme a mí.

4 de julio. — No hay duda, ha vuelto a darme. Vuelven mis antiguas pesadillas. Esta noche he sentido acurrucado contra mí a alguien que, con su boca pegada a la mía, bebía mi vida de entre mis labios. Sí, la extraía de mi garganta, como habría hecho una sanguijuela. Luego, ahíto, se ha levantado, y yo me he despertado tan quebrantado, roto y aniquilado que no podía moverme siquiera. Si esto continúa unos días más, volveré a irme.

5 de julio. — ¿He perdido la razón? Lo que ha ocurrido, lo que vi la noche pasada es tan extraño que la cabeza se me extravía cuando pienso en ello.

Como suelo hacer ahora todas las noches, había cerrado mi puerta con llave; luego, como tenía sed, bebí medio vaso de agua, y por casualidad me fijé en que mi jarra estaba llena hasta el tapón de cristal.

Me acosté enseguida y me sumí en uno de mis sueños espantosos, de los que una sacudida más horrible todavía me arrancó al cabo de unas dos horas.

Figúrense un hombre dormido al que están asesinando y se despierta con un cuchillo en los pulmones, y que, cubierto de sangre, lanza estertores y ya no puede siquiera respirar, y que va a morir, y que no comprende nada… eso.

Una vez recobrado el juicio, sentí de nuevo sed; encendí una vela y me dirigí a la mesa donde estaba depositada la jarra. La levanté inclinándola

sobre el vaso; no cayó nada. ¡Estaba vacía! ¡Estaba completamente vacía! Al principio, no entendí nada; luego, de pronto, sentí una emoción tan terrible que hube de sentarme, o mejor dicho caí sobre una silla; luego me incorporé de un salto para mirar a mi alrededor; volví a sentarme, enloquecido de estupefacción y miedo, delante del cristal transparente. Lo contemplaba con los ojos fijos, tratando de adivinar. ¡Mis manos temblaban! ¡Conque se habían bebido el agua! ¿Quién? ¿Yo? ¡Yo, no había duda! Sólo yo podía haber sido. Entonces era sonámbulo, sin saberlo vivía esa doble vida misteriosa que hace dudar de si hay dos seres en nosotros, o si un ser extraño, incognoscible e invisible, anima a veces, cuando nuestra alma está abotargada, nuestro cuerpo cautivo, que obedece a ese otro lo mismo que a nosotros mismos, más que a nosotros mismos.

¡Ay! ¿Quién comprenderá mi abominable angustia? ¿Quién comprenderá la emoción de un hombre, sano de mente, totalmente despierto, lleno de razón, que mira asustado, a través del cristal de una jarra, un poco de agua desaparecida mientras estaba dormido? Y me quedé allí hasta el alba, sin atreverme a volver a la cama.

6 de julio. — Estoy volviéndome loco. Esta noche han vuelto a beberse toda mi jarra; o mejor dicho, ¡me la he bebido yo!

Pero ¿soy yo? ¿Soy yo? ¿Quién puede ser? ¿Quién? ¡Oh, Dios mío! ¿Me estoy volviendo loco? ¿Quién me salvará?

10 de julio. — Acabo de hacer pruebas sorprendentes.

No cabe duda, estoy loco.

El 6 de julio, antes de acostarme, dejé sobre mi mesa vino, leche, agua, pan y fresas.

Se bebieron —me bebí— toda el agua, y un poco de leche. No tocaron ni el vino, ni el pan, ni las fresas.

El 7 de julio repetí la misma prueba, que tuvo el mismo resultado.

El 8 de julio suprimí el agua y la leche. No tocaron nada.

Finalmente, el 9 de julio volví a poner sobre la mesa agua y leche únicamente, teniendo cuidado de envolver las jarras en paños de muselina blanca y de atar con una guita los tapones. Luego me unté los labios, la barba y las manos con mina de plomo, y me acosté.

Se apoderó de mí el invencible sueño, seguido pronto del atroz despertar. No me había movido; ninguna mancha había en las sábanas. Me abalancé hacia la mesa. Los paños que cubrían las botellas seguían inmaculados.

Desaté las cuerdas palpitando de miedo. ¡Se habían bebido toda el agua! ¡Se habían bebido toda la leche! ¡Ay, Dios mío!…

Salgo para París inmediatamente.

12 de julio. — París. ¡Así que perdí días atrás el juicio! He debido de ser juguete de mi imaginación debilitada, a menos que realmente sea sonámbulo, o que haya sufrido una de esas influencias comprobadas, pero inexplicables hasta ahora, que se llaman sugestiones. En cualquier caso, mi extravío rayaba en la demencia, y veinticuatro horas de París han bastado para devolverme mi aplomo.

Ayer, después de unas diligencias y unas visitas, que refrescaron mi alma con aire nuevo y vivificador, acabé la noche en el Théâtre Français. Representaban una obra de Alexandre Dumas hijo[304]; y ese ingenio alerta y poderoso acabó de curarme. No hay duda, la soledad es peligrosa para las inteligencias que trabajan. Necesitamos a nuestro alrededor hombres que piensen y que hablen. Cuando estamos solos mucho tiempo, poblamos el vacío de fantasmas.

Volví al hotel muy contento, por los bulevares. Mientras me codeaba con la muchedumbre, pensaba, no sin ironía, en mis terrores, en mis suposiciones de la semana anterior, por haber creído, sí, por haber creído que un ser invisible habitaba bajo mi techo. ¡Qué débil es nuestra mente, y cómo se asusta y desvaría enseguida en cuanto un minúsculo suceso incomprensible nos impresiona!

En vez de razonar sencillamente: «No comprendo porque desconozco la causa», al punto imaginamos misterios espantosos y poderes sobrenaturales.

14 de julio. — Fiesta de la República[305]. He paseado por las calles. Los petardos y las banderas me divertían como a un niño. Sin embargo, es una necedad ponerse contento a fecha fija, por decreto del gobierno. El pueblo es un rebaño imbécil, unas veces estúpidamente paciente y otras ferozmente rebelde. Le dicen: «Diviértete». Y se divierte. Le dicen: «Ve a luchar con el vecino». Y va a luchar. Le dicen: «Vota por el Emperador». Y vota por el Emperador. Luego le dicen: «Vota por la República». Y vota por la República.

Quienes lo dirigen son igual de necios; pero en vez de obedecer a hombres, obedecen a principios, que no pueden ser sino necios, estériles y falsos, por el solo hecho de ser principios, es decir ideas reputadas ciertas e inmutables, en este mundo donde no se está seguro de nada, puesto que la luz es una ilusión, puesto que el ruido es una ilusión.

16 de julio. — Ayer vi cosas que me han perturbado mucho.

Cenaba en casa de mi prima, la señora Sablé, cuyo marido está al mando del 76º regimiento de cazadores en Limoges. Me encontraba en su casa con dos mujeres jóvenes, una casada con un médico, el doctor Parent, que se ocupa mucho de las enfermedades nerviosas y de las manifestaciones extraordinarias a que dan lugar en este momento las experiencias sobre el hipnotismo y la sugestión.

Él nos habló largo y tendido de los prodigiosos resultados obtenidos por sabios ingleses y por los médicos de la escuela de Nancy[306].

Los hechos que expuso me parecieron tan extraños que me declaré totalmente incrédulo.

«Estamos a punto de descubrir —afirmaba— uno de los secretos más importantes de la naturaleza, quiero decir uno de sus secretos más importantes sobre esta tierra; porque tiene, desde luego, otros mucho más importantes allá lejos, en las estrellas. Desde que el hombre piensa, desde que sabe decir y poner por escrito su pensamiento, se siente rozado por un misterio impenetrable para sus sentidos groseros e imperfectos, y trata de suplir, mediante el esfuerzo de su inteligencia, la impotencia de sus órganos. Mientras esa inteligencia se encontraba en estado rudimentario, esa obsesión por los fenómenos invisibles adoptó formas trivialmente espantosas. De ahí nacieron las creencias populares en lo sobrenatural, las leyendas de los espíritus vagabundos, de las hadas, los gnomos, los aparecidos, incluso diría que la leyenda de Dios, porque nuestras concepciones del obrero-creador, vengan de la religión que vengan, son los inventos más mediocres, más estúpidos y más inaceptables salidos del cerebro atemorizado de las criaturas. Nada más cierto que esta frase de Voltaire: “Dios hizo al hombre a su imagen, pero el hombre se la ha devuelto con creces”[307].

«Pero, desde hace poco más de un siglo, parece presentirse algo nuevo. Mesmer y algunos más nos han abierto una senda inesperada, y verdaderamente hemos llegado, desde hace cuatro o cinco años sobre todo, a resultados sorprendentes».

Mi prima, también muy incrédula, sonreía. El doctor Parent le dijo: «¿Quiere que pruebe a dormirla, señora?»

—«Sí, no tengo inconveniente.»

Ella se sentó en un sillón y él empezó a mirarla fijamente fascinándola. Yo me sentí de pronto un poco turbado, el corazón me palpitaba y tenía un nudo en la garganta. Veía que a la señora Sable le pesaban los párpados, que la boca se le crispaba y le jadeaba el pecho.

Al cabo de diez minutos, estaba dormida.

«Póngase usted detrás», dijo el médico.

Y me senté detrás de ella. Él le puso entre las manos una tarjeta de visita diciéndole: «Esto es un espejo. ¿Qué ve en él?»

Ella respondió:

«Veo a mi primo.

—¿Qué está haciendo?

—Se retuerce el bigote.

—¿Y ahora?

—Saca del bolsillo una fotografía.

—¿Qué fotografía?

—La suya».

¡Era verdad! Aquella fotografía acababan de entregármela, esa misma noche, en el hotel.

«¿Cómo está en ese retrato?

—De pie con el sombrero en la mano.»

Es decir, que veía en aquella tarjeta, en aquel cartón blanco, lo mismo que hubiera visto en un espejo.

Las jóvenes, asustadas, decían: «¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!»

Pero el doctor le ordenó: «Mañana se levantará usted a las ocho; luego irá al hotel a buscar a su primo, y le suplicará que le preste cinco mil francos que su marido le pide y que le reclamará a usted en su próximo viaje».

Luego la despertó.

De regreso al hotel, iba pensando en aquella curiosa sesión y me asaltaron dudas, no sobre la absoluta, la indudable buena fe de mi prima, a la que conocía como a una hermana desde la infancia, sino sobre una posible superchería del doctor. ¿No disimulaba en la mano un espejo que mostraba a la joven dormida al mismo tiempo que la tarjeta de visita? Los prestidigitadores profesionales hacen cosas mucho más singulares.

Así pues, regresé y me acosté.

Pero esta mañana, a eso de las ocho y media, me despertó mi ayuda de cámara, que me dijo:

«Ha llegado la señora Sable, que quiere hablar ahora mismo con el señor.»

Me vestí a toda prisa y la recibí.

Se sentó muy alterada, con los ojos bajos, y, sin alzarse el velo, me dijo:

«Querido primo, tengo que pedirle un gran favor.

—¿Cuál es, prima?

—Me molesta mucho decírselo, pero tengo que hacerlo. Necesito, necesito inexorablemente cinco mil francos.

—¿Cómo? ¿Usted?

—Sí, yo, o mejor dicho mi marido, que me ha encargado que los consiga.»

Me hallaba tan atónito que balbuceaba las respuestas. Me preguntaba si realmente no se había burlado de mí de acuerdo con el doctor Parent, si aquello no era una simple farsa preparada de antemano y muy bien representada.

Pero mirándola con atención se disiparon todas mis dudas. Temblaba de angustia porque aquel paso le resultaba muy doloroso, y comprendí que estaba conteniendo el llanto en la garganta.

Sabía que era muy rica y repliqué:

«Pero ¿no tiene su marido cinco mil francos a su disposición? Vamos, reflexione. ¿Está segura de que le ha encargado que me los pida?»

Vaciló unos segundos, como si hiciese un gran esfuerzo para buscar en su memoria, y luego respondió:

«Sí… sí… estoy segura.

—¿Le ha escrito?»

Volvió a vacilar mientras pensaba. Adiviné el trabajo torturador de su pensamiento. Ella no sabía. Sólo sabía que debía pedirme prestados cinco mil francos para su marido. Por lo que decidió mentir.

«Sí, me ha escrito.

—¿Cuándo? Ayer no me dijo usted nada.

—He recibido su carta esta mañana.

—¿Puede enseñármela?

—No… no… no… contenía cosas demasiado íntimas… demasiado personales… la he… la he quemado.

—Entonces es que su marido tiene deudas.»

Dudó de nuevo, luego susurró:

«No sé.»

De forma brusca le dije:

«Es que en este momento, querida prima, no puedo disponer de cinco mil francos.»

Soltó una especie de grito de dolor.

«¡Oh, se lo suplico, se lo suplico, búsquelos!…»

Estaba exaltada, unía las manos como si me estuviera suplicando. Yo oía su voz cambiar de tono; lloraba y tartamudeaba, acosada, dominada por la

orden irresistible que había recibido.

«¡Oh, se lo suplico!… Si supiera usted cómo sufro… los necesita hoy mismo.»

Me compadecí de ella.

«Los tendrá usted enseguida, se lo juro.»

Ella exclamó:

«¡Oh, gracias, gracias! ¡Qué bueno es usted!»

Yo continué: «¿Recuerda lo que pasó ayer noche en su casa?

«Sí.

—¿Recuerda usted que el doctor Parent la durmió?

—Sí.

—Pues verá, le ordenó venir esta mañana a pedirme prestados cinco mil francos, y usted obedece en este momento a esa sugestión».

Reflexionó unos segundos y respondió:

«Pero es mi marido el que los pide.»

Durante una hora traté de convencerla, pero no lo conseguí.

Cuando se marchó, corrí a casa del doctor. Estaba a punto de salir, y me escuchó sonriendo. Luego dijo:

«¿Cree usted ahora?

—Sí, tengo que creer.

—Vamos a casa de su pariente.»

Ya estaba dormitando en una *chaise longue*, abrumada por el cansancio. El médico le tomó el pulso, la miró cierto tiempo, con una mano levantada hacia sus ojos que ella cerró poco a poco bajo el esfuerzo insostenible de aquel poder magnético.

Cuando estuvo dormida, él dijo:

«Su marido ya no necesita cinco mil francos. Por tanto, olvide que le ha pedido a su primo que se los preste, y, si él le habla de ellos, usted no entenderá nada.»

Luego la despertó. Yo saqué de mi bolsillo una cartera:

«Aquí tiene, querida prima, lo que me ha pedido esta mañana.»

Quedó tan sorprendida que no me atreví a insistir. Traté sin embargo de reanimar su memoria, pero negaba con fuerza, creyó que me burlaba de ella, y a punto estuvo de terminar enfadándose.

¡Eso es todo! Acabo de volver, y no he podido almorzar de lo mucho que me ha trastornado esta experiencia.

19 de julio. — Muchas personas a las que he referido esta aventura se han burlado de mí. Ya no sé qué pensar. El prudente dice: Tal vez.

21 de julio. — He ido a cenar a Bougival, luego he pasado la velada en el baile de los remeros. Decididamente, todo depende del lugar y del medio. Creer en lo sobrenatural en la isla de la Grenouillère sería el colmo de la locura… pero ¡en la cumbre del Monte Saint-Michel!… ¡Y en la India! Sufrimos de un modo espantoso la influencia de lo que nos rodea. Volveré a casa la semana próxima.

30 de julio. — He vuelto a casa ayer. Todo va bien.

2 de agosto. — Nada nuevo; hace un tiempo soberbio. Paso los días mirando correr el Sena.

4 de agosto. — Peleas entre los criados. Pretenden que alguien rompe los vasos, de noche, en los armarios. El ayuda de cámara acusa a la cocinera, que acusa a la costurera, que acusa a los otros dos. ¿Quién es el culpable? ¡Vaya usted a saber!

6 de agosto. — Esta vez no estoy loco. ¡He visto… he visto… he visto!… Ya no puedo dudar… ¡he visto!… Todavía tengo frío hasta en las uñas… todavía tengo miedo hasta en la médula… ¡he visto!

Me paseaba a las dos, a pleno sol, por mi parterre de rosales… por el camino de rosales de otoño que empiezan a florecer.

Cuando me detenía para mirar un *gigante de las batallas* que tenía tres flores magníficas, vi, vi con toda claridad muy cerca de mí, el tallo de una de esas rosas doblarse, como si una mano invisible la torciese, y luego romperse como si esa mano la hubiera cortado. Después la flor se alzó, siguiendo la curva que habría descrito un brazo al llevarla hacia una boca, y permaneció suspendida en el aire transparente, completamente sola, inmóvil, pavorosa mancha roja a tres pasos de mi vista.

Enloquecido, me abalancé sobre ella para cogerla. No encontré nada; había desaparecido. Entonces me acometió una cólera furiosa contra mí mismo, porque un hombre razonable y serio no puede tener alucinaciones de esa clase.

Pero ¿era una alucinación? Me volví en busca del tallo, y lo encontré enseguida sobre el arbusto, recién cortado, entre las otras dos rosas que seguían estando en la rama.

Entonces regresé a la casa con el alma turbada, porque ahora estoy seguro, tan seguro como de la alternancia de los días y las noches, de que a mi lado existe un ser invisible que se alimenta de leche y agua, que puede tocar las cosas, cogerlas y cambiarlas de sitio, dotado por consiguiente de una naturaleza material, aunque imperceptible para nuestros sentidos, y que habita como yo bajo mi techo…

7 de agosto. — He dormido tranquilo. Él ha bebido agua de mi jarra, pero no ha turbado mi sueño.

Me pregunto si estoy loco. Cuando paseaba, hace un rato, a pleno sol, por la orilla del río, me han asaltado dudas sobre mi razón, no dudas vagas como las que hasta ahora tenía, sino dudas precisas, absolutas. He visto locos; he conocido algunos que seguían siendo inteligentes, lúcidos, clarividentes incluso, para todas las cosas de la vida salvo en un punto. Hablaban de todo con claridad, con agilidad, con profundidad, y de pronto su pensamiento, al tocar el escollo de su locura, se desgarraba en él en mil pedazos, se dispersaba y zozobraba en ese océano pavoroso y furioso, lleno de olas que saltaban, de brumas y borrascas, que se llama «demencia».

Me creería loco desde luego, absolutamente loco, si no fuera consciente, si no conociese perfectamente mi estado, si no lo sondase analizándolo con lucidez completa. No sería, en suma, más que un alucinado razonante. En mi cerebro se habría producido un trastorno desconocido, uno de esos trastornos que hoy tratan de observar y precisar los fisiólogos; y ese trastorno habría determinado en mi mente, en el orden y la lógica de mis ideas, una grieta profunda. Fenómenos semejantes ocurren en el sueño que nos pasea por las fantasmagorías más inverosímiles, sin que nos sorprendamos por ello, porque el aparato verificador y el sentido del control están adormecidos, mientras que la facultad imaginativa vela y trabaja. ¿No podría ocurrir que una de esas imperceptibles teclas del cerebro se encuentre paralizada? Hay hombres que, a consecuencia de accidentes, pierden la memoria de los nombres propios, o de los verbos, o de las cifras, o solamente de las fechas. Hoy están comprobadas las localizaciones de todas las parcelas del pensamiento. Ahora bien, no puede sorprender que mi facultad de control de la irrealidad de ciertas alucinaciones se halle embotada en mí en este momento.

Iba pensando en todo esto mientras seguía la ribera del agua. El sol cubría de luz el río, volvía la tierra deliciosa, llenaba mi mirada de amor por la vida, por las golondrinas, cuya agilidad es alegría para mi vista, por las hierbas de la orilla, cuyo estremecimiento es felicidad para mis oídos.

Sin embargo, poco a poco iba invadiéndome un malestar inexplicable. Me parecía que una fuerza, una fuerza oculta, me embotaba, me paralizaba, me impedía seguir adelante, me llamaba hacia atrás. Sentí esa necesidad dolorosa de regresar que te oprime cuando has dejado en el hogar un enfermo amado, y te asalta el presentimiento de un agravamiento de su mal.

Así pues, regresé a pesar mío, seguro de que en casa iba a encontrar una mala noticia, una carta o un despacho. No había nada; y me quedé más sorprendido y más preocupado que si hubiera tenido de nuevo alguna visión fantástica.

8 de agosto. — Ayer pasé una noche horrible. Ya no se manifiesta, pero lo siento a mi lado, espiándome, mirándome, penetrándome, dominándome, y más temible, por ocultarse así, que si señalase con fenómenos sobrenaturales su presencia invisible y constante.

Sin embargo, conseguí dormir.

9 de agosto. — Nada; pero tengo miedo.

10 de agosto. — Nada; ¿qué ocurrirá mañana?

11 de agosto. — Sigue sin pasar nada; no puedo permanecer en casa con este temor y esa idea que han entrado en mi alma; voy a marcharme.

12 de agosto, 10 de la noche. — Durante todo el día he querido marcharme; no he podido. He querido realizar ese acto de libertad tan fácil, tan sencillo — salir—, subir a mi coche para ir a Ruán; no he podido. ¿Por qué?

13 de agosto. — Cuando sufrimos ciertas enfermedades, todos los resortes del ser físico parecen rotos, aniquiladas todas las energías, laxos todos los músculos, y los huesos se vuelven blandos como la carne y la carne líquida como el agua. Siento eso en mi ser moral de un modo extraño y desolador. Ya no tengo fuerza alguna, ni coraje, ni dominio sobre mí, ni poder siquiera para poner en movimiento mi voluntad. Ya no puedo querer; pero alguien quiere por mí; y yo obedezco.

14 de agosto. — ¡Estoy perdido! Alguien posee mi alma y la gobierna. Alguien ordena todos mis actos, todos mis movimientos, todos mis pensamientos. Yo ya no soy nada en mí, nada más que un espectador esclavo y aterrorizado por todas las cosas que hago. Deseo salir. No puedo. Él no

quiere; y me quedo, enloquecido y tembloroso, en el sillón donde él me mantiene sentado. Sólo deseo levantarme, incorporarme para seguir creyéndome dueño de mí. ¡No puedo! Estoy clavado en mi asiento; y mi asiento se adhiere al suelo de tal modo que ninguna fuerza nos levantaría.

Luego, de pronto, es preciso, absolutamente preciso, que vaya al fondo de mi jardín a coger fresas y comerlas. Y voy. Cojo fresas y me las como. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío, Dios mío! ¿Hay un Dios? Si lo hay, ¡libérame, sálvame, socórreme! ¡Perdón! ¡Piedad! ¡Gracia! ¡Sálvame! ¡Oh, qué sufrimiento! ¡Qué tortura! ¡Qué horror!

15 de agosto. — Sí, así estaba poseída y dominada mi pobre prima cuando vino a pedirme prestados cinco mil francos. Sufría una voluntad extraña que había entrado en ella, una especie de otra alma, una especie de otra alma parásita y dominadora. ¿Va, acaso, a terminarse el mundo?

Pero ¿quién es el que me gobierna?, ¿ese invisible? ¿Ese incognoscible, ese merodeador de una raza sobrenatural?

¡Por tanto los Invisibles existen! Entonces, ¿cómo no se han manifestado, desde el origen del mundo, de una forma más precisa, como hoy lo hacen para mí? Nunca he leído nada que se parezca a lo que ha ocurrido en mi casa. ¡Ay, si pudiera dejarla, si pudiera irme, huir y no volver! Estaría salvado, pero no puedo.

16 de agosto. — Hoy he podido escaparme durante dos horas, como un prisionero que por casualidad encuentra abierta la puerta de su calabozo. De pronto me he sentido libre y que él estaba lejos. He mandado enganchar al punto y he ido a Ruán. ¡Qué alegría poder decir a un hombre que obedece: «¡Vamos a Ruán!»

He mandado parar delante de la biblioteca y he pedido prestado el gran tratado del doctor Hermann Herestauss[308] sobre los habitantes desconocidos del mundo antiguo y moderno.

Luego, cuando de nuevo subía a mi cupé, he querido decir: «¡A la estación!», y he gritado —no dicho, gritado—, con una voz tan fuerte que los transeúntes se han vuelto: «A casa», y he caído enloquecido de angustia sobre el cojín de mi coche. Él me había encontrado y poseído.

17 de agosto. — ¡Ah, qué noche! ¡Qué noche! Y sin embargo, me parece que debería alegrarme. ¡He leído hasta la una de la mañana! Herman Herestauss, doctor en filosofía y en teogonía, ha escrito la historia y las manifestaciones de todos los seres invisibles que merodean alrededor del

hombre o que éste ha soñado. Describe sus orígenes, sus dominios, su poder. Pero ninguno de ellos se parece al que a mí me acosa. Se diría que, desde que piensa, el hombre ha presentido y temido a un ser nuevo, más fuerte que él, sucesor suyo en este mundo, y que, sintiéndolo próximo y no pudiendo prever la naturaleza de este maestro, ha creado, en su terror, toda la población fantástica de seres ocultos, fantasmas vagos nacidos del miedo.

Así pues, después de leer hasta la una de la mañana, fui a sentarme junto a la ventana abierta para refrescar mi frente y mi pensamiento con la brisa tranquila de la oscuridad.

¡Qué buen tiempo hacía, qué tibieza! ¡Cuánto me habría gustado esta noche en otro tiempo!

No había luna. En el fondo del cielo negro, las estrellas centelleaban trémulas. ¿Quién habita esos mundos? ¿Qué formas, qué seres vivos, qué animales, qué plantas hay allí? ¿Qué saben que no sepamos nosotros quienes piensan en esos universos lejanos? ¿Qué pueden que nosotros no podamos? ¿Qué ven que no conozcamos nosotros? ¿No aparecerá en nuestra tierra uno de ellos, un día u otro, cuando cruce el espacio, para conquistarla, como los normandos cruzaban en otro tiempo el mar para someter a pueblos más débiles?

¡Somos tan achacosos, estamos tan inermes, somos tan ignorantes, tan pequeños en esta pella de barro que gira disuelta en una gota de agua!…

Me adormecí soñando de ese modo en medio de la brisa fresca de la noche.

Pero, después de dormir unos cuarenta minutos, abrí los ojos sin moverme, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. Al principio no vi nada; luego, de repente, me pareció que una página del libro que había quedado abierto sobre mi mesa acababa de volverse sola. Por la ventana no había entrado ningún soplo de brisa. Quedé sorprendido y esperé. Al cabo de unos cuatro minutos, vi, vi, sí, vi con mis propios ojos otra página levantarse y caer sobre la anterior, como si un dedo la hubiera pasado. Mi sillón estaba vacío, parecía vacío; pero comprendí que él estaba allí, él, sentado en mi sitio, y leyendo. ¡De un brinco furioso, de un brinco de bestia sublevada que va a destripar a su domador, crucé el cuarto para agarrarlo, para estrujarlo, para matarlo!… Pero antes de llegar a mi asiento, éste cayó derribado como si alguien huyera de mí… la mesa osciló, cayó la lámpara, que se apagó, y mi ventana se cerró como si un malhechor sorprendido se hubiera lanzado a la oscuridad, agarrándose con ambas manos en los batientes.

Así pues, había escapado; ¡él había tenido miedo, miedo de mí!

Entonces… entonces… mañana… o después… o un día cualquiera… podría tenerlo bajo mis puños y aplastarlo contra el suelo. A veces, ¿no muerden y estrangulan los perros a sus amos?

18 de agosto. — He estado pensando todo el día. Sí, voy a obedecerle, a seguir sus impulsos, a cumplir todas sus voluntades, a mostrarme humilde, sometido y cobarde. Él es el más fuerte. Pero llegará un día…

19 de agosto. — ¡Sé… sé… lo sé todo! Acabo de leerlo en la *Revue du Monde Scientifique*: «De Río de Janeiro nos llega una noticia bastante curiosa. Una locura, una epidemia de locura, comparable a las demencias contagiosas que alcanzaron a los pueblos de Europa en la Edad Media, asola en este momento la provincia de Sao Paulo. Los habitantes, enloquecidos, dejan sus casas, se van de sus aldeas, abandonan sus cultivos diciéndose perseguidos, poseídos, gobernados como un rebaño humano por seres invisibles, aunque tangibles, una especie de vampiros que se alimentan de su vida, durante su sueño, y que además beben agua y leche sin que, al parecer, toquen ningún otro alimento.

»El profesor don Pedro Henríquez, acompañado por varios sabios médicos, ha salido en dirección a la provincia de Sao Paulo, a fin de estudiar sobre el terreno los orígenes y manifestaciones de esta sorprendente locura, y de proponer al Emperador las medidas que le parezcan más adecuadas para hacer entrar en razón a estas poblaciones que deliran».

¡Ay! ¡Ay! ¡Recuerdo, sí, recuerdo el hermoso barco de tres palos brasileño que pasó bajo mis ventanas remontando el Sena el pasado 8 de mayo! ¡Me pareció tan bonito, tan blanco, tan alegre! ¡En él venía el Ser, procedente de allá lejos, donde su raza ha nacido! ¡Y me vio! Vio mi morada también blanca; y saltó del navío a la orilla. ¡Oh, Dios mío!

Ahora, sé, adivino. El reino del hombre ha acabado.

Ha venido Aquel que temían los primeros terrores de los pueblos ingenuos, Aquel que exorcizaban los sacerdotes inquietos, que evocaban los brujos en las noches oscuras, sin verlo aparecer todavía, a quien los presentimientos de los amos pasajeros del mundo prestaron todas las formas monstruosas o graciosas de los gnomos, de los espíritus, de los genios, de las hadas, de los trasgos. Tras las burdas concepciones del primitivo espanto, hombres más perspicaces lo presintieron con mayor claridad. Mesmer lo adivinó y los médicos han descubierto de manera precisa, hace ya diez años, la naturaleza de su poder antes de que la hubiese ejercitado. Han jugado con esa arma del nuevo Señor, la dominación de una misteriosa voluntad sobre el

alma humana convertida en esclava. Han llamado a eso magnetismo, hipnotismo, sugestión… ¡yo qué sé! Los he visto divertirse como niños imprudentes con ese horrible poder. ¡Ay de nosotros! ¡Ay del hombre! Ha venido, el… el… ¿cómo se llama?… el… el… me parece que grita mi nombre, y que yo no lo oigo… el… sí… lo grita… Escucho… no puedo… repito… el… Horla… He oído… el Horla… es él… el Horla… ¡ha llegado!

¡Ay! El buitre se ha comido a la paloma, el lobo se ha comido al cordero; el león ha devorado al búfalo de cuernos puntiagudos; el hombre ha matado al león con flechas, con espadas, con pólvora; pero el Horla va a hacer del hombre lo que nosotros hemos hecho del caballo y del buey: su cosa, su servidor y su alimento, por el solo poder de su voluntad. ¡Ay de nosotros!

Sin embargo, algunas veces el animal se rebela y mata a quien lo ha domado… también yo quiero… yo podría… ¡pero hay que conocerlo, tocarlo, verlo! Dicen los sabios que el ojo del animal, diferente del nuestro, no distingue como el nuestro… Y mi vista no puede distinguir al recién llegado que me oprime.

¿Por qué? ¡Oh! Me acuerdo ahora de las palabras del monje de Saint-Michel: «¿Vemos acaso la cienmillonésima parte de lo que existe? Mire, ahí tiene el viento, que es la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba hombres, abate edificios, desarraiga árboles, levanta el mar en montañas de agua, destruye acantilados y arroja contra los rompientes a los grandes navíos, el viento que mata, que silba, que gime, que muge… ¿lo ha visto usted, puede usted verlo? ¡Y sin embargo existe!»

Y yo seguía pensando: mi ojo es tan débil, tan imperfecto, que no distingue siquiera los cuerpos duros si son transparentes como el vidrio… ¡Que un espejo sin azogue se ponga en mi camino, y me abalanzaré sobre él lo mismo que el pájaro que ha entrado en un cuarto se rompe la cabeza contra los cristales! Mil cosas más lo engañan y extravían. ¿Por qué sorprenderme entonces de que no sepa percibir un cuerpo nuevo que la luz atraviesa?

¡Un ser nuevo! ¿Por qué no? Con toda seguridad tenía que venir; ¿habíamos de ser nosotros los últimos? No lo distinguimos, igual que no distinguimos a las demás criaturas creadas antes de nosotros. Es porque su naturaleza es más perfecta, más sutil y acabado su cuerpo que el nuestro, que nuestro cuerpo tan débil, tan torpemente ideado, atestado de órganos siempre fatigados, siempre forzados como resortes demasiado complejos, como nuestro cuerpo, que vive como una planta y como una bestia, alimentándose penosamente de aire, de hierbas y de carne, máquina animal presa de enfermedades, de deformaciones, de putrefacciones, asmático, mal regulado,

ingenuo y raro, ingeniosamente mal hecho, obra burda y delicada, esbozo de ser que podría volverse inteligente y soberbio.

Somos unos cuantos, tan poco sobre este mundo, desde la ostra hasta el hombre. ¿Por qué no uno más, una vez acabado el periodo que separa las sucesivas apariciones de todas las diversas especies?

¿Por qué no uno más? ¿Por qué no también otros árboles de flores inmensas y resplandecientes y que perfuman regiones enteras? ¿Por qué no otros elementos además del fuego, el aire, la tierra y el agua? Son cuatro, sólo cuatro, esos padres nutricios de los seres. ¡Qué lástima! ¿Por qué no cuarenta, cuatrocientos, cuatro mil? ¡Qué pobre, mezquino y miserable! ¡Qué avariciosamente dado, qué secamente inventado, qué pesadamente hecho! ¡Ah, el elefante, el hipopótamo! ¡Cuánta gracia! ¡Cuánta elegancia en el camello!

Pero, me dirán, ¡y la mariposa! ¡Y una flor que vuela! Sueño con algo que sea grande como cien universos, con alas cuya forma, belleza, color y movimiento no puedo siquiera expresar. Pero estoy viéndolo… va de estrella en estrella, refrescándolas y aromándolas con el soplo armonioso y ligero de su carrera… ¡Y los pueblos de allá arriba lo miran pasar, extasiados y encantados!

¿Qué me ocurre? Es él, él, el Horla, quien me acosa, quien me hace pensar estas locuras. Está en mí, se convierte en mi alma; ¡lo mataré!

19 de agosto. — Lo mataré. ¡Le he visto! Ayer noche me senté delante de mi mesa; y fingí que estaba escribiendo muy concentrado. Sabía de sobra que vendría a merodear a mi alrededor, muy cerca, tan cerca que tal vez podría tocarlo, cogerlo. Y entonces… entonces yo tendría la fuerza de los desesperados; tendría mis manos, mis rodillas, mi pecho, mi frente y mis dientes para estrangularlo, aplastarlo, morderlo, desgarrarlo.

Y lo acechaba con todos mis órganos sobreexcitados.

Había encendido mis dos lámparas y las ocho velas de una chimenea, como si en aquella claridad hubiera podido descubrirlo.

Delante de mí, la cama, una vieja cama de roble con columnas; a la derecha, mi chimenea; a la izquierda, mi puerta, cuidadosamente cerrada, después de haberla dejado mucho tiempo abierta, a fin de atraerlo; a mi espalda, un armario altísimo de espejo, que me servía todos los días para

afeitarme y vestirme, y en el que solía mirarme, de la cabeza a los pies, siempre que pasaba delante.

Así pues, fingía escribir, para engañarlo, porque también él me espiaba; y de pronto sentí, estuve seguro de que él leía por encima de mi hombro, que estaba allí, rozándome la oreja.

Me incorporé con las manos tendidas, volviéndome a tal velocidad que estuve a punto de caer. Y entonces… ¡se veía como en pleno día, pero no me vi en el espejo!… ¡Estaba vacío, claro, profundo, lleno de luz! ¡Mi imagen no estaba dentro… y yo estaba enfrente! Veía el gran cristal limpio de arriba abajo. Y yo lo miraba con ojos enloquecidos; no me atrevía a seguir avanzando, no me atrevía a hacer un solo movimiento, notando de sobra sin embargo que él estaba allí, pero que volvería a escapárseme, él, cuyo cuerpo imperceptible había devorado mi reflejo.

¡Qué miedo pasé! Luego, de pronto, empecé a vislumbrarme en medio de una bruma, en el fondo del espejo, en una bruma como a través de una capa de agua; y me parecía que esa agua fluía de izquierda a derecha, lentamente, volviendo más precisa mi imagen segundo a segundo. Era como el final de un eclipse. Lo que me tapaba no parecía poseer contornos nítidamente definidos, sino una especie de transparencia opaca, que iba aclarándose poco a poco.

Al fin pude distinguirme por completo, igual que hago cada día cuando me miro.

¡Le había visto! Me ha quedado su espanto, que todavía me hace temblar.

20 de agosto. — ¿Matarlo? ¿Cómo, si no puedo ni alcanzarlo? ¿Con veneno? Pero me vería mezclarlo con agua; además, ¿tienen nuestros venenos algún efecto sobre su cuerpo imperceptible? No… no… sin ninguna duda… ¿Entonces?… ¿Entonces?…

21 de agosto. — He mandado llamar a un cerrajero de Ruán, y le he encargado para mi cuarto persianas de hierro, como tienen en París ciertos palacetes particulares, en la planta baja, por miedo a los ladrones. Me hará, además, una puerta igual. ¡He pasado por cobarde, pero me trae sin cuidado!…

---

10 de septiembre. — Ruán, Hotel Continental. Ya está… ya está… ¿pero está muerto? Lo que he visto me ha alterado el alma.

Ayer, después de que el cerrajero colocase mi persiana y mi puerta de hierro, dejé todo abierto hasta medianoche, aunque empezaba a hacer frío.

De pronto sentí que estaba allí, y de mí se apoderó la alegría, una alegría loca. Me levanté despacio, y caminé de acá para allá largo rato para que no adivinase nada; luego me quité los botines y me puse las zapatillas con indiferencia; cerré la persiana de hierro y, volviendo a paso tranquilo hacia la puerta, cerré también la puerta con doble llave. Volviendo entonces a la ventana, la fijé con un candado, cuya llave me guardé en el bolsillo.

De repente comprendí que se agitaba a mi alrededor, que también él tenía miedo, que me ordenaba abrirle. Estuve a punto de ceder; no cedí, sino que, pegado a la puerta, la entreabrí lo justo para pasar yo andando hacia atrás; y, como soy muy alto, mi cabeza daba en el dintel. Estaba seguro de que él no había podido escapar y lo encerré ¡solo, completamente solo! ¡Qué alegría! ¡Lo tenía pillado! Bajé entonces corriendo; en mi salón, justo debajo de mi cuarto, cogí mis dos lámparas y derramé todo el aceite sobre la alfombra, sobre los muebles, por todas partes; luego le prendí fuego y escapé, después de haber cerrado bien, con doble vuelta de llave, la gran puerta principal.

Y fui a esconderme en el fondo del jardín, en un macizo de laureles. ¡Qué largo fue, qué largo! Todo estaba oscuro, mudo e inmóvil; ni un soplo de brisa, ni una estrella, montañas de nubes que no se veían, pero que pesaban muchísimo sobre mi alma.

Yo miraba la casa y esperaba. ¡Qué largo fue! Ya creía que el fuego se había apagado por sí solo, o que él lo había apagado, Él, cuando una de las ventanas de abajo reventó ante el empuje del incendio, y una llamarada, una gran llamarada roja y amarilla, larga, blanca, acariciadora, subió a lo largo de la pared blanca y la lamió hasta el tejado. Un resplandor corrió entre los árboles, por las ramas, por las hojas, ¡y también un escalofrío, un escalofrío de miedo! Los pájaros se despertaban; un perro empezó a aullar; me pareció que la aurora apuntaba. Inmediatamente después estallaron otras dos ventanas, y vi que toda la planta baja de mi morada no era otra cosa que un espantoso brasero. Y un grito, un grito horrible, agudísimo, desgarrador, un grito de mujer cruzó la oscuridad, ¡y se abrieron dos buhardillas! ¡Me había olvidado de mis criados! ¡Vi sus caras enloquecidas, y sus brazos que se agitaban!…

Entonces, enloquecido de horror, eché a correr hacia el pueblo gritando: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Fuego! ¡Fuego!» Topé con gente que ya acudía y volví con ellos, para ver.

Ahora la casa no era más que una pira horrible y magnífica, una pira monstruosa, que iluminaba toda la tierra, una pira donde se quemaban

hombres, y donde también Él, Él, mi prisionero, el Ser nuevo, el nuevo amo, el Horla, ¡se quemaba!

De repente el tejado entero se desmoronó entre las paredes, y un volcán de llamas brotó hasta el cielo. Por todas las ventanas abiertas sobre el horno veía la cuba de fuego, y pensé que él estaba allí, en aquel horno, muerto…

«¿Muerto? Tal vez… ¿Su cuerpo? Su cuerpo, que la luz atravesaba, ¿no era indestructible por medios que matan los nuestros?

»¿Y si no estuviera muerto?… acaso sólo el tiempo tiene poder sobre el Ser Invisible y Temible. ¿Para qué ese cuerpo transparente, ese cuerpo incognoscible, ese cuerpo de Espíritu, si también debe temer los males, las heridas, los achaques y la destrucción prematura?

»¿La destrucción prematura? Todo el espanto humano procede de ella. Después del hombre, el Horla. Después de aquel que puede morir todos los días, a todas las horas, en cualquier minuto, por cualquier accidente, ha llegado aquel que sólo debe morir en su día, en su hora, en su minuto, ¡porque ha alcanzado el límite de su existencia!

»No… no… sin duda… sin ninguna duda… no está muerto… Entonces… entonces… voy a tener que matarme yo.

La muerta[309]

¡La había amado con locura! ¿Por qué se ama? Es sorprendente no ver en el mundo más que un ser, no tener en la mente más que un pensamiento, sólo un deseo en el corazón y en la boca un nombre: un nombre que sube de manera incesante, que sube como el agua de un manantial de las profundidades del alma, que sube a los labios y que uno dice y repite, que uno murmura sin cesar, en todas partes, como una plegaria.

No contaré nuestra historia. El amor sólo tiene una, siempre la misma. La había conocido y amado. Eso es todo. Y durante un año viví en su ternura, en sus brazos, en su caricia, en su mirada, en sus ropas, en su palabra, envuelto, atado, aprisionado en todo lo que venía de ella, de una forma tan completa que no sabía ya si era de día o de noche, si estaba muerto o vivo, sobre la vieja tierra o en otra parte.

Y he aquí que se murió. ¿Cómo? No sé, ya no sé.

Volvió a casa empapada, una noche de lluvia, y al día siguiente tosía. Tosió más o menos durante una semana y se metió en cama.

¿Qué sucedió? Ya no lo sé.

Venían médicos, recetaban y se iban. Se trajeron remedios; una mujer se los hacía beber. Sus manos estaban calientes, tenía ardiente y húmeda la frente, brillante y triste la mirada. Yo le hablaba, ella me respondía. ¿Qué nos dijimos? Ya no lo sé. ¡Lo he olvidado todo, todo! Murió, recuerdo muy bien su breve suspiro, su breve suspiro tan débil, el último. La mujer que la cuidaba dijo: «¡Ah!» ¡Y yo comprendí, comprendí!

No supe nada más. Nada. Vi un sacerdote que pronunció esa frase: «Su querida». Me pareció que la insultaba. Si estaba muerta ya nadie tenía derecho a saber eso. Lo eché. Vino otro que fue muy bueno, muy dulce. Lloré cuando me habló de ella.

Me consultaron mil cosas sobre el entierro. No sé más. Recuerdo muy bien sin embargo el ataúd, el ruido de los martillazos cuando la clavaron dentro. ¡Ay, Dios mío!

¡Enterrada! ¡Enterrada! ¡Ella! ¡En aquel agujero! Habían venido varias personas, amigas. Yo escapé. Corrí. Caminé mucho tiempo por las calles. Luego volví a casa. Al día siguiente salí de viaje.

Ayer regresé a París.

Cuando volví a ver mi dormitorio, nuestro dormitorio, nuestra cama, nuestros muebles, toda aquella casa donde había quedado cuanto queda de la vida de un ser después de su muerte, me sentí dominado por un acceso de pesar tan violento que a punto estuve de abrir la ventana y tirarme a la calle. Como no podía seguir estando en medio de aquellas cosas, de aquellas paredes que la habían encerrado y abrigado, y que en sus imperceptibles fisuras debían de conservar mil átomos de ella, de su carne y de su aliento, cogí el sombrero para escapar. De pronto, en el momento de alcanzar la puerta, pasé delante del espejo del vestíbulo que ella había mandado colocar allí para verse, de arriba abajo, todos los días, al salir, para ver si iba bien arreglada, si salía correcta y guapa, de las botinas al sombrero.

Y me paré en seco frente a aquel espejo que la había reflejado tan a menudo. Tan a menudo, tan a menudo que también debía de haber guardado su imagen.

Estaba allí, de pie, temblando, con los ojos clavados en el espejo, en el espejo liso, profundo, vacío, pero que la había contenido entera, que la había poseído tanto como yo, tanto como mi mirada apasionada. Me pareció que amaba ese espejo —lo toqué—, ¡estaba frío! ¡Oh, el recuerdo, el recuerdo! ¡Espejo doloroso, espejo ardiente, espejo vivo, espejo horrible, que hace padecer todas las torturas! ¡Felices los hombres cuyo corazón, como un espejo por el que se deslizan y borran los reflejos, olvida cuanto ha contenido, cuanto ha pasado por delante de él, cuanto se ha contemplado y reflejado en su amor! ¡Cuánto sufro!

Salí de casa y, a mi pesar, sin darme cuenta, sin querer, fui hacia el cementerio. Encontré su tumba muy sencilla, una cruz de mármol con estas pocas palabras: «Amó, fue amada, y murió».

¡Estaba allí, debajo, podrida! ¡Qué horror! Me puse a sollozar, con la frente sobre el suelo.

Allí permanecí mucho, mucho tiempo. Luego me di cuenta de que llegaba la noche. Entonces un deseo extraño, enloquecido, un deseo de amante desesperado se apoderó de mí. Quise pasar la noche a su lado, una última noche, llorando sobre su tumba. Pero me verían y me echarían. ¿Qué hacer? Fui astuto. Me levanté y eché a andar por aquella ciudad de desaparecidos. Andaba y andaba. ¡Qué pequeña es esa ciudad al lado de la otra, de la ciudad

donde se vive! Y sin embargo, ¡cuánto más numerosos son esos muertos que los vivos! ¡Necesitamos casas altas, calles y tanto espacio para que las cuatro generaciones que miran la luz al mismo tiempo beban el agua de las fuentes, el vino de las viñas y coman el pan de las llanuras!

Y para todas las generaciones de muertos, para toda la escala de la humanidad descendida hasta nosotros, casi nada, un campo, casi nada. La tierra los recoge, el olvido los borra. ¡Adiós!

Al final del cementerio habitado, vi de pronto el cementerio abandonado, ése donde los viejos difuntos acaban de mezclarse con la tierra, donde hasta las cruces se pudren, donde mañana pondrán a los recién llegados. Está lleno de rosas silvestres, de cipreses vigorosos y negros, jardín triste y soberbio nutrido con carne humana.

Me encontraba solo, completamente solo. Me acurruqué contra un árbol joven, y en él me escondí completamente, entre aquellas ramas tupidas y oscuras.

Y esperé, aferrado al tronco como un náufrago a una tabla.

Vagué mucho tiempo, mucho, mucho tiempo. No la encontraba. Con los brazos extendidos y los ojos abiertos, tropezando en las tumbas con mis manos, con mis pies, con mis rodillas, con mi pecho, con mi cabeza incluso, caminaba sin encontrarla. Tocaba, palpaba como un ciego que busca su camino, palpaba piedras, cruces, verjas de hierro, coronas de cristal, coronas de flores marchitas. Leía los nombres con los dedos, paseándolos sobre las letras. ¡Qué noche! ¡Qué noche! ¡No la encontré!

¡No había luna! ¡Qué noche! Tenía miedo, un miedo horrible en aquellos senderos estrechos, entre dos hileras de tumbas. ¡Tumbas, tumbas, tumbas! ¡Nada más que tumbas! A derecha, a izquierda, delante de mí, a mi alrededor, por todas partes, ¡tumbas! Me senté en una, porque ya no podía caminar; las rodillas se me doblaban. ¡Oía palpitar mi corazón! ¡Y también oía otra cosa! ¿Qué? ¡Un rumor confuso e innombrable! ¿Estaba aquel ruido en mi cabeza enloquecida, en la noche impenetrable, o bajo la tierra misteriosa, bajo la tierra sembrada de cadáveres humanos? ¡Miré a mi alrededor!

¿Cuánto tiempo permanecí allí? No sé. Estaba paralizado de terror, ebrio de espanto, a punto de aullar, a punto de morir.

Y de pronto me pareció que la losa de mármol sobre la que estaba sentado se movía. Sí, se movía, como si alguien la levantase. De un salto me lancé sobre la tumba vecina, y vi, sí, vi la piedra que acababa de abandonar alzarse recta; y apareció el muerto, un esqueleto desnudo que la apartaba con su

espalda. Yo veía, veía perfectamente, aunque la oscuridad era profunda. Sobre la cruz pude leer:

«Aquí reposa Jacques Olivant, muerto a la edad de cincuenta y un años. Amaba a su familia, fue honrado y bueno, y murió en la paz del Señor».

También el muerto estaba leyendo las cosas escritas sobre su tumba. Luego cogió una piedra del camino, una piedrecilla afilada, y empezó a rascar aquellas cosas con cuidado. Las borró del todo, despacio, mirando con sus ojos vacíos el sitio donde hacía un momento estaban grabadas; y con la punta del hueso que había sido su índice, escribió en letras luminosas como esas líneas que se trazan en las paredes con la cabeza de una cerilla:

«Aquí reposa Jacques Olivant, muerto a la edad de cincuenta y un años. Adelantó con palabras desagradables la muerte de su padre a quien deseaba heredar, torturó a su mujer, atormentó a sus hijos, engañó a sus vecinos, murió cuando pudo y murió de forma miserable».

Cuando hubo acabado de escribir, el muerto contempló inmóvil su obra. Y al volverme me di cuenta de que todas las tumbas estaban abiertas, que todos los cadáveres habían salido, que todos habían borrado las mentiras inscritas por los parientes sobre la losa sepulcral para poner en ella la verdad.

Y veía que todos habían sido los verdugos de sus familiares, odiosos, deshonestos, hipócritas, mentirosos, granujas, calumniadores, envidiosos, que habían robado, engañado y hecho todos los actos infamantes, todos los actos abominables, aquellos buenos padres, aquellos esposos fíeles, aquellos hijos abnegados, aquellas hijas castas, aquellos comerciantes probos, aquellos hombres y aquellas mujeres tenidos por irreprochables.

Escribían todos al mismo tiempo, en el umbral de su morada eterna, la cruel, la terrible y santa verdad que todo el mundo ignora o finge ignorar sobre la tierra.

Pensé que *ella* también había debido de escribirla sobre su tumba. Y sin miedo ya, corriendo entre los ataúdes entreabiertos, en medio de los cadáveres, en medio de los esqueletos, fui hacia ella, seguro de que pronto la encontraría.

La reconocí de lejos, sin ver el rostro envuelto en el sudario.

Y sobre la cruz de mármol donde hacía un momento yo había leído:

«Amó, fue amada, y murió»,

distinguí:

«Habiendo salido un día para engañar a su amante, cogió frío bajo la lluvia, y murió».

Parece que me recogieron, inanimado, al amanecer, junto a una tumba.

La noche[310]

Pesadilla

Amo la noche apasionadamente. La amo como se ama a la tierra natal o a la amante, con un amor instintivo, profundo e invencible. La amo con todos mis sentidos, con mis ojos que la ven, con mi olfato que la respira, con mis oídos que escuchan su silencio, con toda mi carne que las tinieblas acarician. Las alondras cantan al sol, en el aire azul, en el aire cálido, en el aire ligero de las mañanas claras. El búho huye en la noche, mancha negra que pasa a través del espacio negro y, lleno de gozo, embriagado por la negra inmensidad, lanza su grito vibrante y siniestro.

El día me fatiga y aburre. Es brutal y ruidoso. Me levanto con esfuerzo, me visto sin ganas, salgo a la calle con pesar, y cada paso, cada movimiento, cada gesto, cada palabra y cada pensamiento me cansan como si levantase un fardo abrumador.

Pero cuando el sol baja, me invade una alegría confusa, una alegría de todo mi cuerpo. Me despierto, me animo. A medida que aumenta la sombra me siento otro, más joven, más fuerte, más alerta, más feliz. Veo espesarse la gran sombra dulce caída del cielo: inunda la ciudad, como una ola inasequible e impenetrable, oculta, borra y destruye los colores, las formas, abraza las casas, los seres y los monumentos con su contacto imperceptible.

Entonces tengo ganas de gritar de placer como las lechuzas, de correr por los tejados como los gatos; y en mis venas se enciende un impetuoso, un invencible deseo de amar.

Me pongo en marcha y camino, unas veces por los sombríos arrabales, otras por los bosques cercanos a París, donde oigo merodear a mis hermanas las bestias y a mis hermanos los cazadores furtivos.

Lo que se ama con violencia siempre acaba por mataros. Pero ¿cómo explicar lo que me ocurre? ¿Cómo, incluso, hacer comprender que pueda contarlo? No sé, ya no sé, sólo sé que es así. Eso es todo.

Así pues, ayer —¿fue ayer?—, sí, no cabe duda, a menos que haya sido antes, otro día, otro mes, otro año, no sé. Debió de ser ayer sin embargo, porque la aurora no ha salido ni el sol ha vuelto a aparecer. Pero ¿desde hace cuánto dura la noche? ¿Desde cuándo?… ¿Quién puede decirlo? ¿Quién lo sabrá jamás?

Así pues, ayer salí como hago todas las noches, después de cenar. Hacía un tiempo espléndido, muy bello, muy suave, muy cálido. Bajando hacia los bulevares, veía por encima de mi cabeza el río negro y lleno de estrellas recortado en el cielo por los tejados de la calle que giraba y hacía ondular como un auténtico río ese arroyuelo móvil de los astros.

Todo era claro en el aire sutil, desde los planetas hasta los mecheros de gas. Allá arriba y en la ciudad brillaban tantos fuegos que las tinieblas parecían luminosas. Las noches resplandecientes son más gozosas que los grandes días de sol.

En el bulevar relucían los cafés; la gente reía, paseaba, bebía. Entré en el teatro un momento; ¿en qué teatro? Tampoco lo sé. Había en él tanta luz que me entristeció y salí con el corazón algo ensombrecido por aquel choque de la luz brutal en los oros de la balconada, por el centelleo ficticio del enorme lustro de cristal, por la batería de fuego de las candilejas, por la melancolía de aquella claridad falsa y cruda. Llegué a los Campos Elíseos, donde los cafés-concierto parecían focos de incendio entre el ramaje. Los castaños rozados por la luz amarilla parecían pintados y tenían un aspecto de árboles fosforescentes. Y los globos eléctricos, semejantes a lunas resplandecientes y pálidas, a huevos de luna caídos del cielo, a perlas monstruosas y vivas, hacían palidecer bajo su claridad nacarada, misteriosa y regia los hilillos de gas, de un despreciable gas sucio, y las guirnaldas de cristales de colores.

Me detuve bajo el Arco de Triunfo para mirar la avenida, la larga y admirable avenida estrellada que va hacia París entre dos hileras de farolas y de astros. ¡Los astros arriba, los astros desconocidos arrojados al azar en la inmensidad donde dibujan esas figuras extrañas, que hacen soñar tanto, que hacen pensar tanto!

Entré en el Bosque de Bolonia y allí permanecí mucho, mucho tiempo. Sentí un escalofrío singular, una emoción imprevista y poderosa, una exaltación de mi pensamiento rayana en la locura.

Caminé mucho, mucho tiempo. Luego regresé.

¿Qué hora sería cuando volví a pasar bajo el Arco de Triunfo? No sé. La ciudad dormitaba, y las nubes, unas grandes nubes negras, invadían lentamente el cielo.

Por primera vez sentí que iba a ocurrir algo extraño, nuevo. Me pareció que hacía frío, que el aire se espesaba, que la noche, mi bienamada noche, pesaba sobre mi corazón. Ahora la avenida estaba desierta. Sólo dos alguaciles paseaban junto a la parada de coches de punto, y en la calzada, iluminada apenas por los mecheros de gas que parecían moribundos, una fila de carros de verduras iban a los Halles. Avanzaban despacio, cargados de zanahorias, de nabos y de coles. Los conductores dormían, invisibles, los caballos andaban con paso monótono, siguiendo al coche anterior, sin ruido, sobre el pavimento de madera. Delante de cada farola de la acera, las zanahorias encendían su color rojo, los nabos el blanco, y las coles el verde; y uno tras otro pasaban aquellos carros rojos, de un rojo de fuego, blancos de un blanco de plata, y verdes de un verde de esmeralda. Los seguí, luego torcí por la calle Royale y regresé a los bulevares. No había nadie, ni cafés iluminados, sólo algunos rezagados con prisa. Nunca había visto París tan muerto, tan desierto. Saqué mi reloj. Eran las dos.

Me impulsaba una fuerza, la necesidad de caminar. Fui pues hasta la Bastilla. Allí me di cuenta de que nunca había visto una noche tan oscura, porque no distinguía siquiera la columna de Julio, cuyo Genio de oro estaba perdido en la oscuridad impenetrable. Una bóveda de nubes, espesa como la inmensidad, había ahogado las estrellas, y parecía caer sobre la tierra para aniquilarla.

Retrocedí. A mi alrededor no había nadie. En la plaza del Château-d'Eau, sin embargo, un borracho estuvo a punto de tropezar conmigo, luego desapareció. Oí un rato su paso desigual y sonoro. Seguí caminando. A la altura del barrio de Montmartre pasó un coche de punto bajando hacia el Sena. Lo llamé. No respondió el cochero. Una mujer que vagabundeaba junto a la calle Drouot me dijo: «Oiga, caballero». Apreté el paso para evitar su mano tendida. Luego nada más. Delante del Vaudeville, un trapero hurgaba en el arroyo. Su farolillo flotaba a ras del suelo. Le pregunté: «¿Qué hora es, buen hombre?»

Gruñó: «¡Si lo supiera! No tengo reloj».

De pronto observé que los mecheros de gas estaban apagados. Sé que los apagan muy pronto, antes del alba, en esta estación, por economía; ¡pero la aurora todavía estaba lejos, muy lejos!

«Vamos a los Halles —pensé—, ahí al menos encontraré vida».

Me puse en marcha, pero ya no veía siquiera para guiarme. Caminaba muy despacio, como se hace en un bosque, y reconocía las calles contándolas.

Delante del Crédit Lyonnais[311] ladró un perro. Torcí por la calle de Grammont, me perdí; anduve errante, luego reconocí la Bolsa por las verjas de hierro que la rodean. Todo París dormía con un sueño profundo y espantoso. A lo lejos, sin embargo, rodaba un coche de punto, un solo coche de punto, tal vez el que hacía un rato había pasado delante de mí. Traté de ir a su encuentro, dirigiéndome hacia el ruido de sus ruedas por calles solitarias y negras, negras, negras como la muerte.

Volví a perderme. ¿Dónde me encontraba? ¡Qué locura apagar tan pronto el gas! Ni un transeúnte, ni un rezagado, ni un vagabundo, ni un maullido de gato enamorado. Nada.

¿Dónde estaban los guardias? Me dije: «Si grito, vendrán». Grité. No respondió nadie.

Llamé más fuerte. Mi voz echó a volar sin eco, débil, ahogada, aplastada por la noche, por aquella noche impenetrable.

Me puse a aullar: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!»

Mi llamada desesperada quedó sin respuesta. ¿Qué hora era? Saqué mi reloj, pero no tenía cerillas. Escuché el ligero tictac de la pequeña máquina con una alegría desconocida y extraña. Parecía estar viva. Me encontraba menos solo. ¡Qué misterio! Volví a ponerme en marcha como un ciego, tanteando las paredes con mi bastón; alzaba en todo momento los ojos hacia el cielo, esperando que por fin saliese la aurora; pero el espacio estaba negro, completamente negro, más profundamente negro que la víspera.

¿Qué hora podía ser? Me parecía que llevaba un tiempo infinito andando, porque las piernas se me doblaban, mi pecho jadeaba y sentía un hambre horrible.

Me decidí a llamar en la primera puerta cochera. Tiré del botón de cobre, y el timbre se dejó oír en la casa resonante; se dejó oír de un modo extraño, como si aquel ruido vibrante estuviera solo en aquella casa.

Aguardé; no me respondieron, nadie abrió la puerta. Volví a llamar; seguí esperando; ¡nada!

¡Sentí miedo! Corrí a la vivienda siguiente, e hice sonar veinte veces seguidas la campanilla en el corredor oscuro donde debía dormir el portero. Pero no se despertó; y seguí adelante, tirando con todas mis fuerzas de los anillos o los botones, golpeando con mis pies, con el bastón y las manos las puertas obstinadamente cerradas.

Y de pronto me di cuenta de que llegaba a los Halles. Los Halles estaban desiertos, ni un ruido, ni un movimiento, ni un coche, ni un hombre, ni un cesto de verduras ni de flores. ¡Estaban vacíos, yertos, abandonados, muertos!

Se apoderó de mí el espanto; horrible. ¿Qué ocurría? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué estaba ocurriendo?

De nuevo me puse en marcha. Pero ¿qué hora era? ¿Qué hora? ¿Quién podía decirme la hora? Ningún reloj sonaba en los campanarios ni en los monumentos. Pensé: «Abriré el cristal de mi reloj y tantearé la aguja con los dedos». Saqué el reloj… no andaba… se había parado. Nada, nada, ni un escalofrío en la ciudad, ni un resplandor, ni un roce de sonido en el aire. ¡Nada! ¡Nada de nada! ¡Ni siquiera el rodar lejano de un coche de punto! ¡Nada!

Me encontraba en los muelles, y del río subía un frío glacial.

¿Seguía corriendo el Sena?

Quise averiguarlo, encontré la escalera, bajé… No se oía pasar la corriente bajo los arcos del puente… Más escalones… luego la arena… el cieno… luego el agua… metí en ella mi brazo… corría… corría… fría… fría… casi helada… casi seca… casi muerta.

Y entonces comprendí que jamás tendría fuerzas para subir… y que iba a morir allí… también yo, de hambre, de fatiga y de frío.

El ordenanza[312]

El cementerio lleno de oficiales parecía un campo florido. Los quepis y los pantalones rojos, los galones y los botones dorados, los sables, los cordones del Estado Mayor, los alamares de los cazadores y de los húsares, pasaban en medio de las tumbas cuyas cruces blancas o negras abrían sus brazos lamentables, sus brazos de hierro, de mármol o de madera, sobre el desaparecido pueblo de los muertos.

Acababan de enterrar a la mujer del coronel de Limousin. Se había ahogado dos días antes cuando tomaba un baño.

Todo había acabado, el clero se había ido ya, pero el coronel, sostenido por dos oficiales, permanecía de pie ante el agujero en cuyo fondo aún se veía la caja de madera que ocultaba, ya descompuesto, el cuerpo de su joven esposa.

Era casi un anciano, alto, flaco, de bigotes blancos que, tres años antes, se había casado con la hija de un camarada, huérfana tras la muerte de su padre, el coronel Sortis.

El capitán y el teniente en quienes se apoyaba su jefe trataban de llevárselo. Él se resistía con los ojos llenos de lágrimas, que no dejaba correr, por heroísmo, y murmuraba muy bajo: «No, no, un poco más», se obstinaba en quedarse allí, con las piernas temblando, al borde de aquel agujero que le parecía sin fondo, un abismo en el que habían caído su corazón y su vida, todo lo que quedaba en el mundo.

De pronto el general Ormont se acercó, cogió por el brazo al coronel y, arrastrándolo casi a la fuerza: «Vamos, vamos, mi viejo camarada, no hay que quedarse aquí.» El coronel obedeció entonces, y volvió a su casa.

Cuando abría la puerta de su gabinete vio una carta sobre su mesa de trabajo. Al cogerla, a punto estuvo de desplomarse de sorpresa y de emoción, había reconocido la letra de su mujer. Y la carta llevaba el sello de correos con la fecha de aquel mismo día. Desgarró el sobre y leyó:

«Padre mío,

«Permítame que siga llamándole padre, como antes. Cuando reciba usted esta carta, yo estaré muerta y bajo tierra. Quizá entonces pueda perdonarme.

»No quiero tratar de conmoverlo ni de atenuar mi culpa. Quiero decir únicamente, con toda la sinceridad de una mujer que va a matarse, la verdad entera y completa.

»Cuando usted se casó conmigo por generosidad, me entregué a usted por gratitud y lo amé con todo mi corazón de niña. Lo amé como amaba a papá, casi tanto; y un día, estando en sus rodillas y cuando usted me besaba, le llamé "padre" a pesar mío. Fue un grito del corazón, instintivo, espontáneo. Realmente para mí era usted un padre, nada más que un padre. Usted se rió, y me dijo: "Llámeme siempre así, hija mía, eso me agrada."

»Vinimos a esta ciudad y —perdóneme, padre— me enamoré. ¡Oh!, resistí mucho tiempo, casi dos años, lee usted bien, casi dos años, y luego cedí, me volví culpable, me convertí en una mujer perdida.

»¿Quién era él? — No conseguirá adivinarlo. En ese punto estoy muy tranquila, porque siempre había doce oficiales a mi alrededor y conmigo, a los que usted llamaba mis doce constelaciones.

»No trate, padre, de conocerlo, y no lo odie. Hizo lo que cualquiera habría hecho en su lugar, y además, estoy segura de que también él me amaba con toda su alma.

»Pero escuche, — un día nos habíamos citado en la isla de las becadas, ya sabe, la islita que hay pasado el molino. Yo debía llegar nadando, y él esperarme entre la espesura, y luego quedarse allí hasta la noche para que no lo vieran salir. Acababa de reunirme con él cuando se abren las ramas y vemos a Philippe, su ordenanza, que nos había sorprendido. Me di cuenta de que estábamos perdidos y lancé un fuerte grito; entonces él me dijo —¡él, mi amigo!—: "Váyase a nado muy despacio, querida, y déjeme a mí con este hombre."

»Me marché, tan conmocionada que a punto estuve de ahogarme, y volví con usted, esperándome algo espantoso.

»Una hora después, Philippe me decía en voz baja, en el pasillo del salón donde lo encontré: "Estoy a las órdenes de la señora, si quiere darme alguna carta." Entonces comprendí que se había vendido, y que mi amigo lo había comprado.

»Le di cartas, en efecto, —todas mis cartas. Las llevaba y me traía las respuestas.

»Esto duró unos dos meses. Teníamos confianza en él, igual que usted confiaba en él.

»Pero ocurrió lo siguiente, padre: un día, en la misma isla a la que había ido a nado, pero esa vez sola, encontré a su ordenanza. Aquel hombre me esperaba y me advirtió que iba a denunciarnos a usted y a entregarle cartas que había guardado, cartas robadas, si yo no cedía a sus deseos.

»¡Oh!, padre, padre mío, tuve miedo, un miedo cobarde, indigno, miedo de usted sobre todo, de usted, tan bueno, y engañado por mí, miedo por él también —usted lo habría matado—, por mí también quizá, ¿lo sé acaso?, estaba enloquecida, desesperada, pensé en comprar una vez más a aquel miserable que también me amaba, ¡qué vergüenza!

»Las mujeres somos tan débiles que perdemos la cabeza mucho más que los hombres. Y luego, una vez que hemos caído, seguimos cayendo cada vez más bajo, más bajo. ¿Sé lo que hice? Sólo comprendí que uno de ustedes dos y yo íbamos a morir —y me entregué a ese bruto.

»Como ve, padre, no trato de excusarme.

»Entonces, entonces — entonces lo que habría debido prever ocurrió: me tomó y volvió a tomar cuando quiso aterrorizándome. Fue también mi amante, como el otro, todos los días. ¿No es abominable? ¡Y qué castigo, padre!…

»Entonces me dije: Es preciso morir. Viva, no habría podido confesarle a usted un crimen semejante. Muerta, me atrevo a todo. No podía hacer otra cosa más que morir, nada me habría lavado, estaba demasiado manchada. Ya no podía amar, ni ser amada; me parecía que ensuciaba a todo el mundo con solo dar la mano.

»Dentro de poco iré a tomar mi baño y no volveré.

»Esta carta para usted irá a casa de mi amante. Él la recibirá después de mi muerte, y, sin comprender nada, se la hará llegar a usted cumpliendo mi último deseo. Y usted la leerá al volver del cementerio.

»Adiós, padre, no tengo nada más que decirle. Haga lo que quiera, y perdóneme.»

El coronel se enjugó la frente cubierta de sudor. Su sangre fría, la sangre fría de los días de batalla le había vuelto de golpe.

Llamó.

Apareció un criado.

«Mande venir a Philippe», dijo.

Luego entreabrió el cajón de su mesa.

El hombre entró casi enseguida, un soldado alto de bigote rojizo, aire malicioso y mirada astuta.

El coronel lo miró directamente a los ojos.

«Vas a decirme ahora mismo el nombre del amante de mi mujer.

—Pero, mi coronel…»

El coronel cogió su revólver del cajón entreabierto.

«Venga, y deprisa, sabes que no bromeo.

—Bueno… mi coronel… es el capitán Saint-Albert.»

Apenas había pronunciado ese nombre cuando una llamarada le abrasó los ojos y se desplomó de bruces con una bala en medio de la frente.

Moiron[313]

Como aún se hablaba de Pranzini[314], el señor Maloureau, que había sido fiscal del Supremo con el Imperio, nos dijo:

«¡Oh!, yo intervine, hace muchos años, es un caso muy curioso, curioso por varios conceptos, como ustedes van a ver».

*

En aquel momento yo era fiscal imperial en provincias, y estaba muy bien visto en los tribunales, gracias a mi padre, presidente de Audiencia en París. Y tuve que tomar la palabra en un proceso que se hizo célebre con el nombre de Caso del maestro Moiron.

El señor Moiron, maestro en el norte de Francia, gozaba en toda la comarca de una reputación excelente. Hombre inteligente, reflexivo, muy religioso, algo taciturno, se había casado en el municipio de Boislinot, donde ejercía su profesión. Había tenido tres hijos, muertos sucesivamente del pecho. A partir de ese instante, pareció dedicar a la chiquillería confiada a sus cuidados toda la ternura escondida en su corazón. De su propio dinero compraba juguetes para sus mejores alumnos, para los más prudentes y los más amables; hacía que les diesen de merendar, atracándolos de golosinas, dulces y pasteles. Todo el mundo quería y alababa a aquel hombre de tan buen corazón, cuando, uno tras otro, cinco de sus alumnos murieron de una forma extraña. Se pensó en una epidemia procedente del agua corrompida por la sequía; se buscaron las causas sin descubrirlas, tanto más cuanto que los síntomas parecían muy raros. Los niños parecían enfermos de languidez, dejaban de comer, se quejaban de dolores de vientre, aguantaban durante un tiempo y luego expiraban en medio de sufrimientos abominables.

Se hizo la autopsia del último muerto sin encontrar nada. Las vísceras enviadas a París se analizaron, pero no revelaron la presencia de ninguna sustancia tóxica.

Durante un año no pasó nada, luego dos niños pequeños, los mejores alumnos de la clase, los preferidos del viejo Moiron, expiraron con un intervalo de cuatro días. De nuevo se ordenó el examen de los cuerpos y se descubrió, tanto en uno como en otro, fragmentos de vidrio machacado incrustados en los órganos. Se llegó a la conclusión de que aquellos dos críos habían debido de comer imprudentemente algún alimento mal limpiado. Bastaba con que un vaso se hubiera roto encima de una jarra de leche para producir aquel espantoso accidente, y el asunto habría quedado ahí si la criada de Moiron no hubiera caído enferma en ese momento. El médico llamado constató los mismos signos mórbidos que en los niños anteriormente afectados, la interrogó y obtuvo la confesión de que había robado y comido unos caramelos comprados por el maestro para sus alumnos.

Por una orden del tribunal, la casa-escuela fue registrada y se descubrió un armario lleno de juguetes y de golosinas destinados a los niños. Y casi todos aquellos alimentos contenían fragmentos de vidrio o trozos de agujas rotas.

Moiron, detenido de inmediato, pareció tan indignado y estupefacto por las sospechas que sobre él pesaban que estuvieron a punto de soltarlo. Sin embargo, los indicios de su culpabilidad resultaban evidentes y venían a combatir en mi ánimo mi convicción inicial, basada en su excelente reputación, en toda su vida y en la inverosimilitud, en la ausencia absoluta de motivos determinantes de semejante crimen.

¿Por qué aquel hombre bueno, sencillo, religioso, habría matado a unos niños, y a los niños que más parecía querer, a los que mimaba, a los que atiborraba de golosinas, para los que gastaba en juguetes y en caramelos la mitad de su sueldo?

Para admitir aquel acto ¡había que pensar en la locura! Pero Moiron parecía tan razonable, tan tranquilo, tan lleno de juicio y de buen sentido, que resultaba imposible demostrar la locura en su caso.

¡Pero las pruebas se acumulaban! Se comprobó que bombones, pasteles, melcochas y demás golosinas recogidos en los productores de los que se proveía el maestro de escuela no contenían ningún fragmento sospechoso.

Él pretendió entonces que algún enemigo desconocido había debido de abrir su armario con una llave falsa para introducir el vidrio y las agujas en las golosinas. Y supuso toda una historia de herencia dependiente de la muerte de un niño decidida y buscada por un campesino cualquiera y conseguida así, haciendo recaer las sospechas sobre el maestro. Aquel animal, decía, no se había preocupado de los otros miserables chiquillos que debían morir también.

Era posible. El hombre parecía tan seguro de sí y tan afligido que lo hubieran absuelto sin duda alguna, a pesar de los cargos existentes contra él, de no haberse hecho, uno tras otro, dos descubrimientos abrumadores.

El primero, ¡una petaca llena de vidrio machacado! ¡Su petaca, en un cajón oculto del escritorio donde guardaba el dinero!

Y explicaba este hallazgo de una forma casi aceptable, como una última estratagema del verdadero culpable desconocido, cuando un mercero de Saint-Marlouf se presentó ante el juez de instrucción contando que un caballero había comprado en su tienda agujas en varias ocasiones, las agujas más finas que había podido encontrar, rompiéndolas para ver si le gustaban.

Ante una docena de personas, el mercero reconoció a la primera a Moiron. Y la investigación reveló que, en efecto, el maestro se había dirigido a Saint-Marlouf en los días señalados por el tendero.

Paso por alto las terribles declaraciones de los niños sobre la elección de las golosinas y la precaución de hacérselas comer en su presencia y eliminar los menores rastros.

La opinión pública, exasperada, exigía un castigo capital, y adquiría una fuerza de terror creciente que acaba con todas las resistencias y vacilaciones.

Moiron fue condenado a muerte. Luego la apelación fue rechazada. No le quedaba más recurso que la gracia. Supe por mi padre que no se le otorgaría el perdón.

Pero, una mañana, estaba trabajando yo en mi gabinete cuando me anunciaron la visita del capellán de la prisión.

Era un viejo sacerdote que tenía un gran conocimiento de los hombres y estaba habituado a los criminales. Parecía alterado, molesto, inquieto. Después de haber hablado unos minutos de unas cosas y otras, me dijo bruscamente, levantándose:

«Si Moiron es decapitado, señor fiscal imperial, habrá dejado usted ejecutar a un inocente».

Luego salió, sin despedirse, dejándome profundamente impresionado por esas palabras. Las había pronunciado de una forma emocionante y solemne, entreabriendo, para salvar una vida, sus labios cerrados y sellados por el secreto de confesión.

Una hora después salía yo hacia París, y mi padre, advertido por mí, solicitó inmediatamente audiencia al emperador.

Fue recibido al día siguiente. Su Majestad trabajaba en un saloncito cuando fuimos introducidos. Expuse todo el caso hasta la visita del sacerdote, y me disponía a contarla cuando, detrás del sillón del soberano, se abrió una

puerta, y la emperatriz, que lo creía solo, apareció. S. M. Napoleón la consultó. En cuanto estuvo al corriente de los hechos, exclamó:

«¡Hay que indultar a ese hombre! Es preciso, ¡porque es inocente!»

¿Por qué aquella repentina convicción de una mujer tan piadosa sembró en mi espíritu una duda terrible?

Hasta ese momento había deseado ardientemente que le fuera conmutada la pena. Y de repente me sentí el juguete, la víctima de un criminal taimado que había empleado al sacerdote y la confesión como último recurso de defensa.

Expuse mis dudas a Sus Majestades. El emperador estaba indeciso, incitado por su bondad natural y retenido por el temor a dejarse engañar por un miserable; pero la emperatriz, convencida de que el sacerdote había obedecido a un ruego divino, repetía: «¡Qué importa! ¡Más vale perdonar a un culpable que matar a un inocente!» Esta opinión la decidió. La pena de muerte fue conmutada por la de trabajos forzados.

Y unos años después supe que Moiron, cuya conducta ejemplar en el presidio de Tolón había sido notificada al emperador, trabajaba como criado para el director del establecimiento penitenciario.

Después no volví a oír hablar de aquel hombre durante mucho tiempo.

Pero hará unos dos años, cuando pasaba el verano en Lille, en casa de mi primo De Larielle, una noche me avisaron, en el momento de sentarme a la mesa para cenar, de que un joven sacerdote deseaba hablarme.

Ordené que lo hicieran pasar, y él me rogó que fuera a la cabecera de un moribundo que deseaba verme imperiosamente. Me había ocurrido a menudo en mi larga carrera de magistrado, y, aunque apartado por la República, aún seguían llamándome de vez en cuando en circunstancias parecidas.

Seguí, pues, al eclesiástico que me hizo subir a un alojamiento pequeño y miserable, bajo los tejados de una alta casa obrera.

Allí encontré sobre un jergón a un extraño que agonizaba sentado, con la espalda contra la pared, para respirar.

Era una especie de esqueleto gesticulante, con unos ojos profundos que brillaban.

En cuanto me vio, murmuró:

«¿No me reconoce?

—No.

—Soy Moiron».

Sentí un escalofrío, y pregunté:

«¿El maestro?

—Sí.

—¿Cómo ha llegado aquí?

—Sería demasiado largo. No tengo tiempo… Iba a morir… me han traído a este cura… y como sabía que estaba usted aquí, he mandado a buscarlo… Es a usted a quien quiero confesarme… porque me salvó la vida… hace mucho».

Aferraba con sus manos crispadas la paja de su jergón a través de la tela. Y continuó con una voz ronca, enérgica y baja:

«Verá… a usted le debo la verdad… a usted… porque hay que decírsela a alguien antes de dejar este mundo.

»Fui yo el que mató a los niños., a todos… Fui yo… ¡por venganza!

»Escuche. Yo era un hombre honrado, honradísimo, muy honrado… muy puro… — que adoraba a Dios — a ese buen Dios — al Dios que nos enseñan a amar, y no al Dios falso, al verdugo, al ladrón, al asesino que gobierna la tierra. Nunca había hecho el mal, nunca cometí un acto infame. Era puro como ya no los hay, señor.

«Una vez casado, tuve hijos, y empecé a amarlos como ningún padre o madre amó nunca a los suyos. Sólo vivía para ellos. Los quería hasta la locura. ¡Los tres murieron! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué había hecho yo? Me rebelé, pero me rebelé furiosamente, y luego, de repente, abrí los ojos como cuando nos despertamos; y comprendí que Dios es malvado. ¿Por qué había matado a mis hijos? Abrí los ojos, y vi que le gusta matar. Eso lo único que le gusta, señor. ¡Hace vivir sólo para destruir! Dios, señor, es un asesino. Todos los días necesita muertos. Y los mata de todas las maneras para divertirse más. Ha inventado las enfermedades, los accidentes, para entretenerse tranquilamente a lo largo de los meses y los años; y luego, cuando se aburre, tiene las epidemias, la peste, el cólera, las anginas, las viruelas; ¿sé acaso todo lo que ha inventado ese monstruo? Y no se conformaba con eso, ¡todos esos malvados se parecen!, y se permite guerras de vez en cuando para tener doscientos mil soldados en tierra, aplastados en la sangre y en el barro, reventados, con los brazos y las piernas arrancados, las cabezas rotas por balas como huevos que caen sobre una carretera.

«Eso no es todo. Ha hecho que los hombres se devoren entre sí. Y luego, como los hombres se vuelven mejores que él, ha hecho a los animales para ver cómo los hombres los cazan, los degüellan y se alimentan con ellos. Eso no es todo. Ha hecho a esos animalillos muy pequeños que viven un día, las moscas que mueren por miles de millones en una hora, las hormigas que se aplastan, y muchos otros, tantos, tantos que no podemos siquiera imaginarlos.

Y todos estos se matan entre sí, se cazan unos a otros, se devoran y mueren sin cesar. Y el buen Dios mira y se divierte, porque lo ve todo, tanto a los más grandes como a los más pequeños, a los que están en las gotas de agua y a los de otras estrellas. Los mira y se divierte. ¡Qué canalla![315]

»Entonces, señor, también yo maté, sí, a niños. Le hice esa jugarreta. A aquéllos no los mató él. No fue él, fui yo. Y habría seguido matando a muchos otros; pero usted me cogió. ¡Ya ve!

»Iba a morir en la guillotina. ¡Yo! ¡Cómo se habría reído ese reptil! Entonces pedí un sacerdote y mentí. Me confesé. Mentí; y viví.

»Ahora se acabó. Ya no puedo escapar de él. Pero no le tengo miedo, señor, lo desprecio demasiado».

Era espantoso ver al miserable que jadeaba, hablaba entre hipos, abriendo una boca enorme para escupir a veces palabras que apenas se entendían, y sufría estertores, y arrancaba la tela de su jergón, y agitaba, bajo una manta casi negra, sus piernas delgadas como para escapar.

¡Oh! ¡Qué horrible ser y qué horrible recuerdo!

Le pregunté:

«¿No tiene usted nada más que decir?

—No, señor.

—Entonces, adiós.

—Adiós, señor, un día u otro…».

Me volví hacia el sacerdote, que estaba lívido y pegaba a la pared su alta silueta sombría:

«¿Se queda usted, señor abate?

—Me quedo».

Entonces el moribundo se rió burlón:

«Sí, sí, él envía sus cuervos sobre los cadáveres».

Yo ya tenía bastante; abrí la puerta y escapé.

El asesino[316]

El culpable era defendido por un abogado jovencísimo, un debutante que habló así:

*

Es imposible negar los hechos, señores del jurado. Mi cliente, un hombre honrado, un empleado irreprochable, bondadoso y tímido, asesinó a su patrón en un arranque de cólera que parece incomprensible. ¿Quieren permitirme que explique la psicología de este crimen, si puedo hablar así, sin atenuaciones ni excusas? Luego, ustedes juzgarán.

Jean-Nicolas Lougère es hijo de una familia muy honorable que hizo de él un hombre sencillo y respetuoso.

Ahí está su crimen: ¡el respeto! Es ése, señores, un sentimiento que en la actualidad apenas conocemos, del que sólo el nombre parece seguir existiendo y cuyo poder ha desaparecido por completo. Hay que penetrar en ciertas familias atrasadas y modestas para encontrar esa tradición severa, esa religión de las cosas o del hombre, del sentimiento o de la creencia revestidos de un carácter sagrado, esa fe que no tolera ni la duda ni la sonrisa, ni el roce siquiera de una sospecha.

No se puede ser un hombre honrado, un hombre honrado de verdad, en toda la extensión de este término, sin ser respetuoso. El hombre que respeta tiene los ojos cerrados. Cree. Nosotros, que tenemos los ojos abiertos de par en par al mundo, que vivimos aquí, en este palacio de la justicia que es la cloaca de la sociedad adonde vienen a parar todas las infamias, nosotros, que somos los confidentes de todas las vergüenzas, los defensores de todas las maldades humanas, los sostenes, por no decir sostenedores, de todos los picaros y de todas las picaras, desde los príncipes hasta los merodeadores de cercados, nosotros, que acogemos con indulgencia, con gusto, con una benevolencia risueña a todos los culpables para defenderlos ante ustedes,

nosotros, que, si amamos realmente nuestro oficio, medimos nuestra simpatía de abogados por la importancia de la fechoría, ya no podemos tener respetuosa el alma. Vemos demasiado bien este río de corrupción que va desde los jefes del Poder hasta los últimos mendigos, sabemos demasiado bien cómo ocurre todo, cómo se da todo, cómo se vende todo. Cargos, funciones, honores, brutalmente a cambio de un poco de oro, hábilmente a cambio de títulos y de participaciones en las empresas industriales, o, más sencillamente, a cambio de un beso de mujer[317]. Nuestro deber y nuestra profesión nos obligan a no ignorar nada, a sospechar de todo el mundo, porque todo el mundo es sospechoso; y nos quedamos sorprendidos cuando nos encontramos frente a un hombre que, como el asesino sentado ante ustedes, tiene la religión del respeto lo bastante poderosa para convertirse en mártir.

Nosotros, señores, tenemos el honor como se tienen los cuidados de limpieza, por lo sucio de la humillación, por un sentimiento de dignidad personal y de orgullo; pero no llevamos al fondo del corazón la fe ciega, innata, brutal, como ese hombre.

Déjenme que les cuente su vida.

Fue educado como en el pasado se educaba a los niños, haciendo dos partes de todas las acciones humanas: lo que está bien y lo que está mal. Le mostraron el bien con una autoridad irresistible que se lo hizo distinguir del mal, como se distingue el día de la noche. Su padre no pertenecía a la raza de los espíritus superiores que, mirando desde muy arriba, ven las fuentes de las creencias y reconocen las necesidades sociales de donde han nacido tales distinciones.

Creció, pues, religioso y confiado, entusiasta y limitado.

A los veintidós años se casó. Lo hicieron casarse con una prima, educada como él, simple como él, pura como él. Le cupo esa suerte inestimable de tener por compañera a una mujer honesta de corazón recto, es decir, lo que hay de más raro y más respetable en el mundo. Sentía por su madre la veneración que rodea a las madres en las familias patriarcales, ese culto profundo que se reserva a las divinidades. Volvió hacia su mujer un poco de esa religión, apenas atenuada por las familiaridades conyugales. Y vivió en una ignorancia absoluta de la maldad, en un estado de rectitud obstinada y de felicidad tranquila que hizo de él un ser aparte. Como no engañaba a nadie, no sospechaba que se le pudiera engañar.

Poco tiempo antes de su matrimonio, había entrado como cajero en casa del señor Langlais, asesinado por él recientemente.

Sabemos, señores del jurado, por los testimonios de la señora Langlais, de su hermano el señor Perthuis, socio del marido, de toda la familia y de todos los empleados superiores de ese banco, que Lougère fue un empleado modelo de probidad, de sumisión, de amabilidad, de deferencia hacia sus jefes y de regularidad.

Se le trataba, por otra parte, con la consideración merecida por su ejemplar conducta. Estaba acostumbrado a ese homenaje y a la especie de veneración testimoniada a la señora Lougère, cuyo elogio estaba en todas las bocas.

Ella murió de una fiebre tifoidea en pocos días.

Él sintió con toda seguridad un dolor profundo, pero un dolor frío y tranquilo de corazón metódico. Sólo por su palidez y por la alteración de sus rasgos se vio hasta qué punto había sido herido.

Entonces, señores, ocurrió una cosa muy natural.

Aquel hombre estaba casado hacía diez años. Desde hacía diez años tenía el hábito de sentir una mujer a su lado, siempre. Se había acostumbrado a sus atenciones, a esa voz familiar cuando uno vuelve a casa, al adiós de la noche, al buenos días de la mañana, a ese dulce rumor de vestido tan querido por los aficionados a la mujer, a esa caricia unas veces amorosa, otras maternal, que vuelve ligera la existencia, a esa presencia amada que hace menos lento el paso de las horas. También, quizá, estaba acostumbrado a las golosinas materiales de la mesa, a todas las atenciones que no se sienten y que poco a poco se nos vuelven indispensables. No podía seguir viviendo solo. Entonces, para pasar las interminables veladas, se habituó a ir a sentarse una o dos horas a una cervecería vecina. Bebía una jarra y permanecía allí, inmóvil, siguiendo con mirada distraída las bolas de billar que corren una tras otra bajo el humo de las pipas, escuchando sin pensar en ellas las disputas de los jugadores, las discusiones de sus vecinos sobre política y las carcajadas que a veces provocaba una pesada burla en el otro extremo de la sala. A menudo terminaba por dormirse de cansancio y aburrimiento. Pero, en el fondo del corazón y en el fondo de la carne, estaba la irresistible necesidad de un corazón y de una carne de mujer; y, sin pensar en ello, cada noche se acercaba un poco más al mostrador donde reinaba la cajera, una rubita, atraído invenciblemente hacia ella porque era mujer.

No tardaron en hablar, y él tomó la costumbre, que le resultaba muy dulce, de pasar todas las veladas a su lado. Era una mujer simpática y atenta, como conviene en esos establecimientos de sonrisas, y se complacía renovando su consumición con la mayor frecuencia posible, cosa que hace

prosperar ese tipo de negocios. Pero Lougère se aficionaba más y más a aquella mujer a la que no conocía, cuya existencia entera ignoraba y a la que amó únicamente porque no veía a ninguna otra.

La pequeña, que era taimada, no tardó en darse cuenta de que podría sacar partido de aquel ingenuo y caviló la mejor manera de explotarlo. La más sutil era, desde luego, casarse con él.

Lo consiguió sin ningún esfuerzo.

¿Necesito decirles, señores del jurado, que el comportamiento de aquella mujer era de los más irregulares, y que el matrimonio, lejos de poner un freno a sus extravíos, pareció por contra volverlos más desvergonzados?

Por un juego natural de la astucia femenina, dio la impresión de complacerse en engañar a ese hombre honrado con todos los empleados de su oficina. Lo repito: con todos. Tenemos cartas, señores. No tardó en ser un escándalo público, que sólo el marido, como siempre, ignoraba.

Por último, aquella granuja, con un interés fácil de imaginar, sedujo al propio hijo del patrón, joven de diecinueve años, sobre cuya mente y sentidos no tardó en ejercer una influencia deplorable. El señor Langlais, que hasta entonces había cerrado los ojos por bondad, por amistad hacia su empleado, sintió una ira muy legítima al ver a su hijo entre las manos, mejor dicho, entre los brazos de aquella peligrosa criatura.

Cometió el error de llamar inmediatamente a Lougère y de hablar con él, dominado por la indignación paterna.

Sólo me queda, señores, leerles el relato del crimen, hecho por los labios mismos del moribundo, y recogido por la instrucción.

«Acababa de enterarme de que mi hijo había dado, la misma víspera, diez mil francos a aquella mujer, y mi cólera fue más fuerte que mi razón. Cierto, nunca sospeché de la honorabilidad de Lougère, pero algunas cegueras son más peligrosas que faltas.

»Así pues, lo hice llamar a mi despacho y le dije que me veía obligado a privarme de sus servicios.

»Él permanecía de pie ante mí, estupefacto, sin comprender. Terminó por pedirme explicaciones con cierta viveza.

»Me negué a dárselas, afirmando que mis razones eran de orden completamente privado. Debió de pensar que lo acusaba de alguna indelicadeza y, muy pálido, me conjuró, me conminó a explicarme. Seguro de no haber hecho nada, se exaltaba y se arrogaba el derecho a subir la voz.

»Como yo seguía callado, me injurió, me insultó, llegando a tal grado de exasperación que temí que llegara a las vías de hecho.

»Y de repente, ante una palabra hiriente que me alcanzó en pleno corazón, le solté a la cara la verdad.

»Permaneció de pie unos segundos, mirándome con ojos extraviados; después lo vi coger de mi mesa las largas tijeras que utilizo para cortar ciertos talones, luego lo vi precipitarse sobre mí con el brazo levantado y sentí que algo penetraba en mi garganta, en la parte superior del pecho, sin que sintiese ningún dolor.»

Éste es, señores del jurado, el relato simple de ese delito. ¿Qué añadir en su defensa? Respetó a su segunda esposa con ceguera porque había respetado a la primera con razón.

*

Tras una breve deliberación, el acusado fue absuelto.

El hombre de Marte[318]

Estaba trabajando cuando mi criado anunció: «Señor, hay un caballero que pide hablar con el señor.

—Hazlo pasar».

Vi a un hombrecillo que saludaba. Tenía el aspecto de un enclenque jefe de estudios con gafas, cuyo cuerpo endeble no se adhería por ninguna parte a sus ropas demasiado amplias.

Balbució:

«Le pido perdón, señor, le pido mil perdones por molestarlo».

Yo dije:

«Siéntese, señor».

Se sentó y prosiguió:

«Válgame Dios, señor, estoy muy alterado por el paso que doy. Pero era absolutamente preciso que acudiese a alguien, y sólo usted… sólo usted… En fin, me he armado de valor… pero realmente… ya no me atrevo.

—Atrévase, pues, señor.

—Verá, señor, es que, en cuanto haya empezado a hablar, va a tomarme por loco.

—Válgame Dios, señor, eso depende de lo que vaya a decirme.

—Precisamente, señor, lo que voy a decirle es una cosa extravagante. Pero le ruego que considere que no estoy loco, precisamente porque me doy cuenta de lo extraño de mi confidencia.

—Pues bien, señor, adelante.

—No, señor, no estoy loco, pero tengo la apariencia loca de los hombres que han reflexionado más que los demás y han franqueado un poco, muy poco, las barreras del pensamiento medio. Piense, pues, señor, que nadie medita en nada en este mundo. Cada uno se ocupa de sus asuntos, de su fortuna, de sus placeres, en fin, de su vida, o de pequeñas tonterías entretenidas como el teatro, la pintura, la música, o de la política, la mayor de las necedades, o de cuestiones industriales. Pero entonces, ¿quién piensa?

¿Quién? ¡Nadie! ¡Oh!, estoy yendo demasiado deprisa. Perdón, vuelvo a mi asunto.

»Hace cinco años que vengo aquí, señor. Usted no me conoce, pero yo lo conozco muy bien… Nunca me mezclo con el público de su playa o de su casino. Vivo en los acantilados, adoro realmente estos acantilados de Étretat. No conozco otros más hermosos ni más saludables. Quiero decir saludables para el espíritu. Es una ruta admirable entre el cielo y el mar, una ruta de césped, que corre por encima de esa gran muralla de peñascos blancos y que te pasea por el borde del mundo, por el borde de la tierra, por encima del Océano. Mis mejores días son los que he pasado tumbado en una pendiente de hierba, a pleno sol, a cien metros sobre las olas, soñando. ¿Me comprende usted?

—Sí, señor, perfectamente.

—Ahora, ¿me permite que le haga una pregunta?

—Hágala, señor.

—¿Cree usted que los restantes planetas están habitados?»

Respondí sin vacilar y sin dar la impresión de sorprendido.

«Pues claro que lo creo.»

Se emocionó con una alegría vehemente, se levantó, volvió a sentarse, presa del deseo evidente de estrecharme entre sus brazos, y exclamó:

«¡Ah, ah! ¡Qué suerte! ¡Qué felicidad! ¡Al fin respiro! Pero ¿cómo he podido dudar de usted? Un hombre no sería inteligente si no creyese habitados los mundos. Hay que ser un necio, un cretino, un idiota, un animal, para suponer que los millones de universos brillan y giran únicamente para divertir y asombrar al hombre, ese insecto imbécil, para no comprender que la Tierra no es más que un polvo invisible en el polvo de los mundos, que nuestro sistema entero no es nada más que unas cuantas moléculas de vida sideral que no tardarán en morir. Contemple la Vía Láctea, ese río de estrellas, y piense que no es más que una mancha en la extensión, que es infinita. Basta que piense en ello diez minutos para comprender por qué no sabemos nada, ni adivinamos nada, ni comprendemos nada. Sólo conocemos un punto, no sabemos nada más allá de él, nada del exterior, nada de ninguna parte, y creemos, y afirmamos. ¡¡¡Ja, ja, ja!!! Si de repente nos fuera revelado ese secreto de la gran vida ultraterrestre, ¡qué sorpresa! Pero no… no… también yo soy idiota, no lo comprenderíamos, porque nuestro espíritu está hecho únicamente para comprender las cosas de este mundo; no puede ir más lejos, es limitado, como nuestra vida, encadenado en esta pequeña bola que nos lleva, y juzga todo por comparación. Vea, pues, señor, cómo todo el

mundo es necio, estrecho, y está convencido del poder de nuestra inteligencia, que apenas supera el instinto de los animales. No tenemos siquiera la facultad de percibir nuestra debilidad, estamos hechos para saber el precio de la manteca y del trigo, y, a lo sumo, para discutir sobre el valor de dos caballos, de dos barcos, de dos ministros o de dos artistas.

»Eso es todo. Somos aptos exactamente para cultivar la tierra y servirnos torpemente de lo que hay encima. En cuanto empezamos a construir máquinas que andan, nos asombramos como niños a cada descubrimiento que habríamos debido hacer hace siglos si hubiéramos sido seres superiores. Seguimos rodeados de lo desconocido, incluso en este momento en que se han necesitado miles de años de vida inteligente para sospechar la electricidad[319]. ¿Estamos de acuerdo?»

Respondí riendo:

«Sí, señor.

—Perfecto, entonces. Pues bien, señor, ¿se ha preocupado alguna vez de Marte?

—¿De Marte?

—Sí, del planeta Marte.

—No, señor.

—¿No lo conoce en absoluto?

—No, señor.

—¿Me permitiría decirle unas palabras?

—Pues claro, señor, con mucho gusto.

—Sabrá usted, sin duda, que los mundos de nuestro sistema, de nuestra pequeña familia, se formaron por la condensación en globos de anillos gaseosos primitivos, desprendidos uno tras otro de la nebulosa solar.

—Sí, señor.

—De ello resulta que los planetas más alejados son los más viejos, y por consiguiente deben de ser los más civilizados. Y éste es el orden de su nacimiento: Urano, Saturno, Júpiter, Marte, la Tierra, Venus, Mercurio. ¿Quiere admitir usted que estos planetas están habitados lo mismo que la Tierra?

—Desde luego. ¿Por qué creer que la Tierra es una excepción?

—Perfecto. El hombre de Marte sería más antiguo que el hombre de la Tierra… Pero voy demasiado deprisa. Antes quiero probarle que Marte está habitado. A nuestros ojos, Marte presenta poco más o menos el aspecto que la Tierra debe presentar a los observadores marcianos. Allí los océanos ocupan menos espacio y están más desperdigados. Se reconocen por su color negro,

ya que el agua absorbe la luz, mientras que los continentes la reflejan. En ese planeta son frecuentes las modificaciones geográficas y demuestran la actividad de su vida. Tiene estaciones semejantes a las nuestras, nieves en los polos que se ven crecer y menguar según las épocas. Su año es larguísimo, seiscientos ochenta y siete días terrestres, es decir, seiscientos sesenta y ocho días marcianos, descompuestos de la siguiente manera: ciento noventa y uno para la primavera, ciento ochenta y uno para el verano, ciento cuarenta y nueve para el otoño y ciento cuarenta y siete para el invierno. Se ven menos nubes que en nosotros. Por consiguiente, debe de hacer más frío y más calor[320]».

Yo lo interrumpí.

«Perdón, señor, si Marte está mucho más lejos que nosotros del Sol, allí siempre debe de hacer más frío, en mi opinión.»

Mi extraño visitante exclamó con gran vehemencia:

«¡Error, señor! ¡Error, error absoluto! Nosotros estamos más lejos del Sol en verano que en invierno. Hace más frío en la cumbre del Mont Blanc que a sus pies. Le remito, por lo demás, a la teoría mecánica del calor de Helmholtz y de Schiaparelli[321]. El calor del suelo depende principalmente de la cantidad de vapor de agua que contiene la atmósfera. Por lo siguiente: el poder absorbente de una molécula de vapor acuosa es dieciséis mil veces superior al de una molécula de aire seco, es decir que el vapor de agua es nuestro almacén de calor; y como Marte tiene menos nubes, debe ser al mismo tiempo mucho más cálido y mucho más frío que la Tierra.

—No se lo discuto.

—Muy bien. Ahora, señor, présteme mucha atención. Se lo ruego.

—Es lo que hago, señor.

—¿Ha oído hablar de los famosos canales descubiertos en 1884 por el señor Schiaparelli?

—Muy poco.

—¿Es posible? Pues sepa usted que en 1884, encontrándose Marte en oposición y separado de nosotros por una distancia de veinticuatro millones de leguas solamente, el señor Schiaparelli, uno de los astrónomos más eminentes de nuestro siglo y uno de los observadores más seguros, descubrió de pronto una gran cantidad de líneas negras rectas o quebradas que seguían formas geométricas constantes y que unían, a través de los continentes, los mares de Marte. Sí, sí, señor, canales rectilíneos, canales geométricos, de igual anchura en todo su recorrido, ¡canales construidos por seres! Sí, señor, es la prueba de que Marte está habitado, de que allí hay vida, de que allí se

piensa, de que allí se trabaja, de que nos miran; ¿comprende usted, comprende?

»Veintiséis meses más tarde, durante la oposición siguiente, volvieron a verse esos canales, más numerosos, sí, señor. Y son gigantescos, de una anchura que no baja de los cien kilómetros».

Sonreí al responder:

«¡Cien kilómetros de anchura! Se habrán necesitado obreros muy vigorosos para excavarlos.

—¡Oh!, señor, ¿por qué dice eso? Ignora entonces que ese trabajo es infinitamente más fácil en Marte que en la Tierra, ¡porque la densidad de sus materiales constitutivos no supera la sesenta y nueveava parte de los nuestros! La intensidad de la gravedad apenas alcanza allí la treinta y sieteava parte de la nuestra.

»Un kilogramo de agua allí sólo pesa ¡trescientos setenta gramos!»

Me lanzaba estas cifras con tal seguridad, con tal confianza de comerciante que conoce el valor de un número, que no pude menos de reírme con ganas, y me entraron deseos de preguntarle qué pesan en Marte el azúcar y la mantequilla.

Movió de un lado a otro la cabeza.

«Se ríe usted, señor, me toma por un imbécil después de haberme tomado por un loco. Pero las cifras que le cito son las que encontrará en todas las obras especializadas de astronomía. El diámetro es casi la mitad más pequeño que el nuestro; su superficie sólo alcanza la vigesimosexta parte de la de nuestro globo; su volumen es seis veces y media más pequeño que el de la Tierra, y la velocidad de sus dos satélites prueba que pesa diez veces menos que nosotros. Ahora bien, señor, como la intensidad de la gravedad depende de la masa y del volumen, es decir, del peso y de la distancia de la superficie al centro, resulta sin género de dudas que sobre ese planeta existe un estado de ligereza que vuelve la vida totalmente distinta, que regula de una forma desconocida para nosotros las acciones mecánicas y debe de hacer que predominen las especies aladas. Sí, señor, el Ser Rey de Marte tiene alas.

»Vuela, pasa de un continente a otro, se pasea, como un espíritu, alrededor de su universo, al que lo une, sin embargo, la atmósfera que no puede franquear, aunque…

»Por último, señor, ¿se figura usted ese planeta cubierto de plantas, de árboles y de animales cuyas formas no podemos siquiera sospechar, y habitado por grandes seres alados como nos han pintado a los ángeles? Yo los veo revoloteando por encima de las llanuras y de las ciudades en el aire

dorado que allí tienen. Porque antaño se creyó que la atmósfera de Marte era roja como la nuestra es azul, señor, de un hermoso amarillo dorado.

»¿Se asombra usted ahora de que esas criaturas hayan podido excavar canales de cien kilómetros de ancho? Además, piense tan sólo en lo que la ciencia ha hecho entre nosotros desde hace un siglo… desde hace un siglo… y piense que los habitantes de Marte tal vez son muy superiores a nosotros…»

Se calló bruscamente, bajó los ojos, luego murmuró en voz muy baja:

«Ahora es cuando va a tomarme usted por loco… cuando le diga que he estado a punto de verlos… sí, yo… la otra noche. Como usted sabe, o no sabe, estamos en la estación de las estrellas fugaces. En la noche del 18 al 19 especialmente se ven todos los años innumerables cantidades de ellas; es probable que en este momento estemos pasando a través de los restos de un cometa.

»Así pues, estaba yo sentando en la Mane-Porte[322], en esa enorme jamba de acantilado que adelanta un paso en el mar, y miraba esa lluvia de pequeños mundos sobre mi cabeza. Es más divertido y más bonito que un fuego artificial, señor. De repente vi encima de mí, muy cerca, un globo luminoso, transparente, rodeado por alas inmensas y palpitantes, o al menos yo creí ver alas en las semitinieblas de la noche. Daba vueltas como un pájaro herido, giraba sobre sí mismo con un gran ruido misterioso, parecía jadeante, moribundo, perdido. Pasó delante de mí. Se hubiera dicho un monstruoso globo de cristal, lleno de seres enloquecidos, apenas distintos, pero agitados como la tripulación de un barco en peligro que ya no se gobierna y rueda de ola en ola. Y el extraño globo, después de haber descrito una curva inmensa, fue a caer allá lejos, en el mar, donde oí su caída profunda semejante al ruido de un cañonazo.

»Por lo demás, todo el mundo en la comarca oyó ese choque formidable que tomaron por un estallido de trueno. Sólo yo lo vi… sólo yo… si hubiera caído en la costa, a mi lado, habríamos conocido a los habitantes de Marte. No diga una palabra, señor, medite, reflexione mucho tiempo y luego, si usted quiere, cuéntelo un día. Sí, yo he visto… he visto… la primera nave aérea, la primera nave sideral lanzada al infinito por seres pensantes… salvo que yo haya asistido simplemente a la muerte de una estrella fugaz capturada por la Tierra. Porque usted no ignora, caballero, que los planetas expulsan del espacio a los mundos errantes, de la misma forma que nosotros perseguimos aquí abajo a los vagabundos. La Tierra, que es ligera y débil, sólo puede detener en su ruta a pequeños transeúntes de la inmensidad».

Se había levantado, presa de la exaltación, delirando, abriendo los brazos para representar la marcha de los astros.

«Los cometas, señor, que merodean en las fronteras de la gran nebulosa de la que nosotros somos condensaciones, los cometas, pájaros libres y luminosos, van hacia el Sol desde las profundidades del Infinito.

»Van, arrastrando su inmensa cola de luz hacia el astro radiante; van, acelerando tan fuerte su frenética carrera que no pueden juntarse al que los llama; después de no haber hecho más que rozarlo, son rechazados a través del espacio por la velocidad misma de su caída.

»Pero si, en el curso de sus prodigiosos viajes, han pasado cerca de un planeta poderoso; si, desviados de su ruta, han sentido su influencia irresistible, vuelven entonces a ese nuevo amo que en adelante los mantiene cautivos. Su parábola ilimitada se transforma en una curva cerrada, y de esta manera nosotros podemos calcular el retorno de los cometas periódicos. Júpiter tiene ocho esclavos, Saturno uno, Neptuno también tiene uno, y su planeta exterior uno asimismo, además de un ejército de estrellas fugaces… Entonces… Entonces… tal vez lo único que haya visto ha sido a la Tierra detener a un pequeño mundo errante…

»Adiós, caballero, no me responda nada, medite, reflexione, y si quiere cuente todo esto un día…»

Ya lo he hecho. Aquel chiflado me pareció menos estúpido que un simple rentista.

El ahogado[323]

I

Todo el mundo conocía en Fécamp la historia de la comadre Patin. Desde luego, la tía Patin no había sido feliz con su hombre, porque su hombre, cuando vivía, la apaleaba lo mismo que se apalea el trigo en los graneros.

Él era patrón de una barca de pesca, y se había casado tiempo atrás con ella porque era una mujer amable aunque fuese pobre.

Patin, buen marinero, pero brutal, frecuentaba la taberna del tío Auban, donde los días normales solía beber de cuatro a cinco vasos de aguardiente y, los días de suerte en el mar, ocho o diez, e incluso más, según la alegría de corazón, decía.

A los parroquianos les servía el aguardiente[324] la hija del tío Auban, una morena de buen ver y que atraía clientela a la casa sólo por su buena apariencia, porque nunca habían corrido rumores sobre ella.

Cuando entraba en la taberna, a Patin le gustaba mirarla y le decía piropos corteses, palabras tranquilas de muchacho formal. Cuando había bebido el primer vaso de aguardiente, ya la encontraba más amable; al segundo le guiñaba el ojo; al tercero decía; «Si usted quisiera, señorita Désirée…», sin acabar nunca la frase; al cuarto trataba de retenerla por la falda para darle un beso; y cuando llegaba hasta el décimo, era el tío Auban quien servía a los otros.

El viejo tabernero, que conocía todos los trucos, hacía circular a Désirée entre las mesas, para activar el consumo; y Désirée, que no por nada era hija del tío Auban, paseaba la falda alrededor de los bebedores y bromeaba con ellos, con una sonrisa en la boca y picardía en los ojos.

A fuerza de beber vasos de aguardiente, Patin se acostumbró tanto a la cara de Désirée que hasta pensaba en ella en el mar cuando echaba sus redes al agua, lejos de la costa, en las noches de viento o en las noches de calma, en las noches de luna o en las noches de tinieblas. Pensaba en ella sosteniendo el

timón de popa de su barco, mientras sus cuatro compañeros dormitaban, con la cabeza sobre los brazos. Siempre la veía sonriéndole, sirviéndole el aguardiente amarillo con un movimiento del hombro, y luego diciendo al irse:

«¡Ahí tiene! ¿Está satisfecho?»

Y a fuerza de conservarla así en sus ojos y en su mente le entraron tantas ganas de casarse con ella que, no pudiendo dominarse, la pidió en matrimonio.

Era rico, propietario de su embarcación, de sus redes y de una casa al pie de la costa en la Retenue[325], mientras que el tío Auban no tenía nada. Así pues, fue acogido con solicitud, y la boda se celebró cuanto antes, ya que ambas partes tenían prisa porque se celebrase por diferentes razones.

Pero, a los tres días de la boda, Patin ya no comprendía en absoluto cómo había podido creer a Désirée distinta de las demás mujeres. ¡Había que ser idiota para cargar con una que no tenía un céntimo y que lo había embaucado con su aguardiente, seguro, con el aguardiente en el que había echado, para él, alguna sucia droga!

Y siempre que estaba en el mar lanzaba juramentos, rompía la pipa entre los dientes, maltrataba a su tripulación; y, después de blasfemar a pleno pulmón en todos los términos conocidos y contra todo lo que conocía, escupía la cólera que le quedaba en el vientre sobre los peces y los bogavantes sacados uno a uno de las redes, y ya sólo los echaba en las canastas acompañándolos de insultos y términos indecentes.

Luego, al volver a casa, como tenía al alcance de la boca y de la mano a su mujer, la hija del tío Auban, tardó poco en tratarla como a la mujer más arrastrada. Y como ella, acostumbrada a la violencia paterna, lo escuchaba resignada, a él lo irritó aquella calma; y una noche la pegó. En su casa la vida fue desde entonces terrible.

Durante diez años, en la Retenue no se habló de otra cosa que de las palizas que Patin le daba a su mujer y de su forma de insultarla, por cualquier cosa, al dirigirle la palabra. En efecto, insultaba de una forma particular, con una riqueza de vocabulario y una sonoridad de órgano que ningún otro hombre poseía en Fécamp. En cuanto su barco se presentaba en la entrada del puerto, de vuelta de la pesca, todos esperaban la primera andanada que iba a lanzar, desde su puente a la escollera, en cuanto hubiera visto el gorro blanco de su esposa.

Los días de mar gruesa, de pie en la popa, maniobraba con la vista puesta en la proa y en la vela, y, pese a la preocupación del paso estrecho y difícil, pese a las olas de fondo que entraban como montañas en el estrecho corredor,

trataba de reconocer, entre las mujeres que esperaban a los marineros, bajo la espuma de las olas, a la suya, a la hija del tío Auban, ¡la muy zorra!

Entonces, en cuanto la había visto, a pesar del fragor de las olas y del viento, le lanzaba una andanada con tal fuerza de gaznate que todos se reían aunque sintieran mucha lástima por ella. Luego, cuando el barco llegaba al muelle, tenía una manera de descargar su lastre de cortesía, como decía él, mientras desembarcaba su pescado, que reunía alrededor de sus amarras a todos los chiquillos y desocupados del puerto.

Aquello le salía de la boca, unas veces como cañonazos terribles y cortos, otras como truenos que retumbaban durante cinco minutos: era tal el huracán de palabrotas que parecía tener en sus pulmones todas las tormentas del Padre Eterno.

Luego, una vez que había dejado su barco y se encontraba frente a ella en medio de los curiosos y las sardineras, repescaba del fondo de la cala todo un nuevo cargamento de injurias y de durezas, y así la llevaba hasta su hogar, ella delante y él detrás, ella llorando y él gritando.

Entonces, a solas con ella, una vez cerradas las puertas, le pegaba con el menor pretexto. Cualquier cosa le bastaba para levantar la mano, y, en cuanto empezaba, ya no se detenía, escupiéndole entonces al rostro las verdaderas razones de su odio. A cada bofetada, a cada golpe, vociferaba: «¡Ah!, pobretona, zarrapastrosa, muerta de hambre, sí que la hice buena el día que me enjuagué la boca con el matagusanos del sinvergüenza de tu padre».

La pobre mujer vivía ahora en medio de un espanto incesante, de un continuo temblor del alma y del cuerpo, en una espera desesperada de ultrajes y palizas.

Y esto duró diez años. Tenía tanto miedo que palidecía al hablar de cualquier cosa, y ya no pensaba más que en los golpes con que la amenazaban, y se había vuelto más flaca, amarilla y seca que un pescado ahumado.

II

¡Una noche, estando en el mar su hombre, la despertó de golpe ese gruñido de fiera que hace el viento cuando llega como un perro al que sueltan contra una presa! Se sentó en la cama, conmocionada, luego, al no oír nada más, volvió a acostarse; pero, casi al punto, en la chimenea se produjo un mugido que sacudía toda la casa, y aquello se extendió por todo el cielo como

si un rebaño de animales furiosos hubiera atravesado el espacio resoplando y mugiendo.

Entonces se levantó y corrió al puerto. Otras mujeres llegaban de todas partes con linternas. Los hombres acudían y todos miraban encenderse en la noche, sobre el mar, la espuma en la cresta de las olas.

La tempestad duró quince horas. Once marineros no volvieron, y uno de ellos fue Patin.

En la costa de Dieppe se encontraron restos de la *Jeune Amélie*, su barco. Cerca de Saint-Valéry se recogieron los cuerpos de sus marineros, pero el suyo nunca se encontró. Como el casco de la embarcación al parecer se había partido en dos, su mujer esperó mucho tiempo temiendo su regreso; pero, en caso de haberse producido un abordaje, podía ocurrir que el navío que lo abordó lo hubiera recogido, sólo a él, y llevado lejos.

Luego, poco a poco, se habituó a la idea de que era viuda, sin por ello dejar de estremecerse cada vez que una vecina, un pobre o un vendedor ambulante entraban bruscamente en su casa.

Y una tarde, unos cuatro años después de la desaparición de su hombre, se detuvo, cuando seguía la calle de los Judíos[326], ante la casa de un viejo capitán recientemente fallecido, y cuyos muebles se vendían.

Justo en ese momento subastaban un loro[327], un loro verde de cabeza azul, que miraba a toda aquella gente con aire descontento e inquieto.

«¡Tres francos!, gritaba el vendedor; un pájaro que habla como un abogado, ¡tres francos!»

Una amiga de la Patin le dio con el codo:

«Usted que es rica debería comprarlo, le dijo. Le haría compañía; ese pájaro vale más de treinta francos. ¡Siempre puede revenderlo entre veinte y veinticinco!

—¡Cuatro francos! Señoras, ¡cuatro francos!, repetía el hombre. Canta vísperas y predica como el señor cura. ¡Es un fenómeno… un milagro!»

La Patin añadió cincuenta céntimos y le entregaron en una pequeña jaula el animal de nariz ganchuda, que se llevó.

Luego lo instaló en su casa y, cuando abría la puerta de alambre para dar de beber al animal, recibió en el dedo un picotazo que le cortó la piel y la hizo sangrar.

«¡Ah, qué malvado es!», dijo.

Sin embargo, le ofreció cañamones y maíz, y luego él consintió que le alisase las plumas examinando con aire receloso su nueva casa y a su nueva ama.

Al día siguiente, cuando la luz empezaba a clarear, la Patin oyó, de la forma más nítida, una voz, una voz fuerte, sonora, retumbante, la voz de Patin, que chillaba:

«¿No te vas a levantar, mala pécora?»

Fue tal su espanto que escondió la cabeza debajo de las sábanas, porque antes, todas las mañanas, en cuanto él había abierto los ojos, su difunto le gritaba al oído las mismas palabras que tan bien conocía.

Temblando, hecha un ovillo, con la espalda ofrecida a la paliza que ya esperaba, murmuraba, con la cara escondida entre las mantas:

«¡Señor Dios, ya está ahí! ¡Señor Dios, ya está ahí! ¡Ha vuelto, Señor Dios!»

Pasaban los minutos; ningún ruido turbaba ya el silencio del cuarto. Entonces, estremeciéndose, sacó su cabeza de la cama, segura de que él estaba allí, acechando, dispuesto a zurrarla.

No vio nada, sólo un rayo de sol atravesando el cristal, y pensó:

«Seguro que está escondido».

Esperó largo rato, luego, algo más calmada, pensó:

«Tendré que creer que he soñado, ya que no aparece».

Cerraba los ojos algo tranquilizada cuando muy cerca estalló la voz furiosa, la voz de trueno del ahogado vociferando:

«¡Maldita sea, maldita, maldita, maldita, ¿no te vas a levantar, mala pécora?!»

Dio un salto fuera de la cama, levantada por la obediencia, por su pasiva obediencia de mujer molida a golpes que, después de cuatro años, todavía se acuerda, y que se acordará siempre, ¡y que obedecerá siempre a esa voz! Y dijo:

«¡Aquí estoy, Patin! ¿Qué quieres?»

Pero Patin no respondió.

Entonces, desesperada, miró a su alrededor, luego buscó por todas partes, en los armarios, en la chimenea, debajo de la cama, sin encontrar a nadie, y por fin se dejó caer en una silla, enloquecida de angustia, convencida de que sólo el alma de Patin estaba allí, a su lado, y que había vuelto para torturarla.

De repente se acordó del desván, al que se podía subir desde fuera por una escalera. Seguro que se había escondido allí para sorprenderla. Guardado por salvajes en alguna costa, había debido de escaparse, y había regresado, más malvado que nunca. No podía dudarlo después de oír el timbre de aquella voz.

Preguntó, con la cabeza levantada hacia el techo: «¿Estás ahí arriba, Patin?»

Patin no respondió.

Entonces salió y, con un miedo horrible que le aceleraba el corazón, subió por la escalera, abrió la lucera, miró, no vio nada, entró, buscó y no encontró.

Sentada sobre un haz de paja, se echó a llorar; pero mientras sollozaba, traspasada por un terror punzante y sobrenatural, oyó en su cuarto, debajo de ella, a Patin que contaba cosas. Parecía menos furioso, más tranquilo, y decía:

«¡Cochino tiempo! — ¡Qué vendaval! — ¡Cochino tiempo! — ¡No he desayunado, maldita sea!»

Ella gritó a través del techo:

«Aquí estoy, Patin; ahora mismo te hago la sopa. No te enfades, ya voy».

Y volvió a bajar corriendo.

En la casa no había nadie.

Sintió que se desmayaba como si la tocase la Muerte, e iba a echar a correr para pedir socorro a los vecinos cuando la voz gritó muy cerca de su oreja: «¡No he desayunado, maldita sea!»

Y el loro, en su jaula, la miraba con su ojo redondo, astuto y malvado.

También ella lo miró, enloquecida, murmurando:

«¡Ah, eres tú!»

Y prosiguió agitando la cabeza:

«¡Espera, espera, espera, voy a enseñarte a ser un holgazán!»

¿Qué le ocurrió? Sintió, comprendió que era él, el muerto, que volvía, que se había escondido en las plumas de aquel animal para empezar de nuevo a atormentarla, que iba a insultarla, como en el pasado, todo el día, y a morderla, y a gritarle insultos para congregar a los vecinos y hacerles reír. Entonces se abalanzó, abrió la jaula, cogió al pájaro que, defendiéndose, le arrancaba la piel con su pico y las garras. Pero lo tenía cogido con toda su fuerza, con las dos manos, y, tirándose al suelo, rodó por encima de él con un frenesí de posesa, lo aplastó, lo convirtió en una piltrafa de carne, una cosa blanca, verde, que ya no se movía, que ya no hablaba, y que colgaba; luego, después de haberlo envuelto en un trapo de cocina como en un sudario, salió, en camisa, descalza, cruzó el muelle que el mar batía con cortas olas y, sacudiendo el trapo, dejó caer en el agua aquella pequeña cosa muerta que parecía un manojo de hierba; luego volvió a casa, se arrodilló delante de la jaula vacía y, perturbada por lo que había hecho, pidió perdón a Dios, sollozando, como si acabara de cometer un crimen horrible.

Hautot padre e hijo[328]

I

Delante de la puerta de la casa, a medias granja y a medias casa solariega, una de esas viviendas rurales mixtas que fueron casi señoriales y que en la actualidad ocupan ricos agricultores, los perros, atados a los manzanos del patio, ladraban y aullaban al ver los morrales traídos por el guarda y unos chiquillos. En la gran sala que servía de cocina y comedor, Hautot padre, Hautot hijo, el señor Bermont, el recaudador, y el señor Mondaru, el notario, tomaban un bocado y un vaso de vino antes de salir de caza, pues era el día en que se levantaba la veda.

Hautot padre, orgulloso de cuanto poseía, elogiaba por adelantado la caza que los invitados iban a encontrar en sus tierras. Era un normando alto, uno de esos hombres fuertes, sanguíneos y huesudos que cargan a la espalda carretadas de manzanas. Medio campesino y medio caballero, rico, respetado, influyente, autoritario, había hecho estudiar hasta tercero a su hijo César Hautot para que tuviera instrucción, y ahí había interrumpido sus estudios por miedo a que se convirtiera en un señorito indiferente a la tierra.

César Hautot, casi tan alto como su padre, pero más delgado, era un buen hijo, dócil, satisfecho con todo, lleno de admiración, respeto y deferencia para con las voluntades y opiniones de Hautot padre.

El señor Bermont, el recaudador, un hombrecillo regordete que mostraba en sus rojas mejillas delgadas unas redes de venas moradas parecidas a los afluentes y a los cursos tortuosos de los ríos en los mapas de geografía, preguntaba:

«¿Y la liebre… — hay liebres?…»

Hautot padre respondió:

«Todas las que quiera, sobre todo en los fondos del Puysatier.

—¿Por dónde empezamos?», preguntó el notario, hombre de carácter simpático, gordo y pálido, además de tripudo, embutido en un traje de caza

completamente nuevo, comprado en Ruán la semana anterior.

«Pues por allí, por los fondos. Levantaremos las perdices en el llano y luego caeremos sobre ellas.»

Y Hautot padre se puso en pie. Todos lo imitaron, cogieron sus escopetas en los rincones, examinaron las municiones y patearon el suelo para ajustarse bien las botas algo duras, que el calor de la sangre aún no había ablandado; luego salieron; y los perros, alzándose en el extremo de sus correas, lanzaron agudos chillidos batiendo el aire con las patas.

Se pusieron en camino hacia los fondos. Era un pequeño valle, o más bien una gran ondulación de tierras de mala calidad, que por esa razón habían quedado en barbecho, surcadas por cubiertas de helechos, excelente reserva de caza.

Los cazadores se espaciaron, Hautot padre a la derecha, Hautot hijo a la izquierda, y los dos invitados en medio. El guarda y los que llevaban los morrales detrás. Era el solemne instante en que se espera el primer disparo de escopeta, en que el corazón late un poco mientras el dedo nervioso tienta en todo momento los gatillos.

¡De repente ese disparo salió! Había disparado Hautot padre. Todos se detuvieron y vieron a una perdiz que, separándose de un grupo, huía volando rápidamente para caer en un barranco, bajo una espesa maleza. Excitado, el cazador echó a correr, pasando por encima y arrancando las zarzas que lo retenían, y desapareció a su vez en la espesura, en busca de su pieza.

Casi al instante resonó un segundo disparo.

«¡Ah, ah, qué tunante!, exclamó el señor Bermont, habrá dado con una liebre ahí abajo.»

Todos aguardaban, con los ojos clavados en aquel montón de ramas impenetrables a la mirada.

El notario, haciendo bocina con las manos, chilló: «¿Las tiene?» Hautot padre no respondió; entonces, César, volviéndose hacia el guarda, le dijo: «Vete a ayudarle, Joseph. Hay que avanzar en línea. Esperaremos.»

Y Joseph, un viejo tronco de hombre seco, nudoso, con todas las articulaciones con protuberancias, se fue a paso tranquilo y bajó al barranco, buscando los agujeros practicables con precauciones de zorro. Luego, enseguida, gritó:

«¡Oh! ¡Vengan, vengan! Ha ocurrido una desgracia.»

Todos acudieron corriendo y se hundieron entre las zarzas. Hautot padre, caído de costado, desmayado, se sujetaba con las dos manos el vientre, del que, a través de su chaqueta de tela desgarrada por el plomo, corrían lagos

hilillos de sangre sobre la hierba. Al soltar la escopeta para coger la perdiz muerta al alcance de la mano, había dejado caer el arma, cuyo segundo disparo, saliendo por el impacto, le había reventado las entrañas. Lo sacaron de la zanja, lo desvistieron y vieron una herida horrible por la que salían los intestinos. Después de hacerle como pudieron un vendaje, lo llevaron a su casa y aguardaron al médico, al que habían ido a buscar, junto con un sacerdote.

Cuando el doctor llegó, movió la cabeza gravemente y, volviéndose hacia Hautot hijo, que sollozaba en una silla:

«Esto no tiene buena pinta, hijo.»

Pero una vez terminada la cura, el herido movió los dedos, abrió la boca, luego los ojos, lanzó ante él unas miradas alteradas, extraviadas, y pareció buscar en su memoria, recordar, comprender, y murmuró:

«¡Maldita sea, esto se acabó!»

El médico le sujetaba la mano.

«No, qué va, sólo unos días de reposo, no será nada.»

Hautot continuó:

«¡Se acabó! ¡Tengo el vientre reventado! Lo sé bien.»

Luego, de repente:

«Quiero hablar con mi hijo, si tengo tiempo.»

A su pesar, Hautot hijo lloriqueaba y repetía como un niño pequeño:

«¡Papa, papaíto, pobre papá!»

Pero el padre, en un tono más firme:

«Vamos, no llores, no es el momento. Tengo que hablarte. Ven aquí, más cerca, será rápido, y me quedaré más tranquilo. Ustedes, un minuto, por favor.»

Todos salieron dejando al hijo frente al padre.

En cuanto estuvieron solos:

«Escucha, hijo mío, tienes veinticuatro años, se te pueden decir las cosas. Además, en esto no hay tanto misterio como nosotros le echamos. Sabes que tu madre murió hace siete años, ¿verdad?, y que yo no tengo más de cuarenta y cinco, dado que me casé a los diecinueve. ¿No es cierto?»

El hijo balbució:

«Sí, cierto.

—Así pues, tu madre murió hace siete años y yo me quedé viudo. Bueno, un hombre como yo no puede quedarse viudo a los treinta y siete años, ¿no es cierto?»

El hijo respondió:

«Sí, cierto.»

El padre, jadeando, muy pálido y con el rostro crispado, continuó:

«¡Dios, cuánto me duele! Bien, ya entiendes. El hombre no está hecho para vivir solo, pero yo no quería tomar otra mujer, porque así se lo prometí a tu madre. Entonces… ¿comprendes?

—Sí, padre.

—Así que tomé a una chiquilla en Ruán, en la calle del Éperlan[329], en el número 18, tercero, la segunda puerta —te digo todo esto para que no lo olvides—, pero una chiquilla que ha sido muy amable conmigo, amorosa, abnegada, una verdadera mujer, ¿eh? ¿Comprendes, muchacho?

—Sí, padre.

—Entonces, si me voy, le debo algo, pero algo serio que la libre de la miseria. ¿Comprendes?

—Sí, padre.

—Te digo que es una buena chica, buena de verdad, y que, de no ser por ti y por el recuerdo de tu madre, y además por la casa en que hemos vivido los tres, la habría traído aquí, y luego me hubiera casado con ella, seguro… escucha… escucha…, hijo… habría podido hacer testamento… ¡no lo he hecho! No he querido… porque no hay que escribir las cosas… esas cosas… hacen demasiado daño a los hijos legítimos… y además lo complica todo… ¡arruina a todo el mundo! ¿Sabes?, el papel timbrado no hace falta, no lo utilices nunca. Si soy rico, es porque no me he servido de él en mi vida. ¿Comprendes, hijo?

—Sí, padre.

—Escucha todavía… Escucha bien… Así que no he hecho testamento… no he querido…, y además te conozco, tienes buen corazón, no eres tacaño ni roñoso. Pensé que, cuando yo muriera, te contaría las cosas y te rogaría que no olvidases a la chiquilla: — Carolina Donet, calle del Éperlan, 18, tercero, la segunda puerta, no lo olvides. — Y escucha un poco todavía. Cuando yo me haya ido, vete allí enseguida — y arréglatelas para que no tenga mal recuerdo de mí. — Tienes de sobra. — Puedes, — te dejo bastante… Escucha… Entre semana no la encuentras. Trabaja en casa de la señora Moreau, en la calle Beauvoisine. Vete el jueves. Ese día me espera. Es mi día, desde hace seis años. ¡Pobre pequeña, cuánto va a llorar! … Te digo todo esto porque te conozco bien, hijo. Estas cosas no se le cuentan a la gente, ni al notario, ni al cura. Se hacen, todo el mundo lo sabe, pero no se dice, salvo que sea totalmente necesario. Entonces, ningún extraño en el secreto, nadie más que la familia, porque la familia son todos en uno solo. ¿Comprendes?

—Sí, padre.
—¿Me lo prometes?
—Sí, padre.
—¿Lo juras?
—Sí, padre.
—Te lo ruego, te lo suplico, hijo, no lo olvides.
—No, padre.
—Irás en persona. Quiero que te asegures de todo.
—Sí, padre.
—Y luego verás… verás lo que ella te explique. Yo no puedo decirte más. ¿Lo juras?
—Sí, padre.
—Está bien, hijo mío. Bésame. Adiós. Voy a palmarla, estoy seguro. Diles que entren.»

Hautot hijo besó a su padre gimiendo, luego, siempre dócil, abrió la puerta, y apareció el sacerdote, con sobrepelliz blanca y los santos óleos.

Pero el moribundo había cerrado los ojos, y se negó a abrirlos de nuevo, se negó a responder, se negó a mostrar, ni siquiera mediante un signo, que comprendía.

Aquel hombre había hablado bastante, y no podía más. Además, ahora sentía tranquilo su corazón, quería morir en paz. ¿Qué necesidad tenía de confesarse con el delegado de Dios si acababa de confesarse con su hijo, que era de la familia?

Fue sacramentado, purificado, absuelto, en medio de sus amigos y de sus servidores arrodillados, sin que un solo movimiento de su cara revelase que aún vivía.

Murió hacia medianoche, tras cuatro horas de estremecimientos que indicaban dolores atroces.

II

Lo enterraron el martes, pues la veda se había abierto el domingo. Al volver a casa, tras haber llevado a su padre al cementerio, César Hautot pasó el resto del día llorando. Apenas durmió la noche siguiente, y se sintió tan triste al despertarse que se preguntaba cómo podía seguir viviendo.

De todos modos, hasta la noche estuvo pensando que, para respetar la última voluntad paterna, debía dirigirse a Ruán al día siguiente y ver a aquella

chica, Carolina Donet, que vivía en la calle del Éperlan, 18, tercer piso, segunda puerta. Había repetido muy bajo, igual que se murmura una plegaria, ese nombre y esa dirección, un número incalculable de veces, para no olvidarlos, y terminaba balbuciéndolos indefinidamente, sin poder parar ni pensar en nada, de tanto como su lengua y su mente estaban poseídos por aquella frase.

Así pues, al día siguiente, hacia las ocho, ordenó enganchar a Graindorge al tílburi y partió al trote largo del pesado caballo normando por la carretera de Ainville[330] a Ruán. Llevaba puesta la levita negra, en la cabeza su gran sombrero de seda y en las piernas sus pantalones de trabillas, y no había querido, dada las circunstancias, ponerse encima de su bonito traje la blusa azul que se hincha con el viento, protege la tela del polvo y las manchas, y que uno se quita nada más llegar, en cuanto ha saltado del coche.

Entró en Ruán cuando daban las diez, se apeó como siempre en el hotel des Bons-Enfants, en la calle des Trois-Mares[331], soportó los abrazos del dueño, de la dueña y de sus cinco hijos, porque ya se conocía la triste noticia; luego, hubo de dar detalles sobre el accidente, cosa que provocó lágrimas, rechazar los servicios de toda aquella gente solícita porque lo sabían rico, y no aceptar incluso su invitación a comer, lo cual les molestó.

Después de haberse quitado el polvo del sombrero, cepillado la levita y secado los botines, se dedicó a buscar la calle del Éperlan, sin atreverse a pedir información a nadie, por miedo a ser reconocido y despertar sospechas.

Al final, cuando no la encontraba, vio a un cura, y, fiándose de la discreción profesional de los hombres de Iglesia, le preguntó a él.

No tenía más que dar cien pasos, era precisamente la segunda calle a la derecha.

Entonces le entraron dudas. Hasta ese momento había obedecido como un bruto la voluntad del muerto. Ahora se sentía muy agitado, confuso, humillado ante la idea de encontrarse él, el hijo, frente a aquella mujer que había sido la amante de su padre. Toda la moral que subyace en nosotros, amontonada en el fondo de nuestros sentimientos por siglos de enseñanza hereditaria, todo lo que había aprendido desde el catecismo sobre las criaturas de mala vida, el desprecio instintivo que todo hombre siente contra ellas, incluso si se casa con una, toda su honestidad limitada de campesino, todo esto se agitaba en él, lo retenía, le hacía sentir vergüenza y lo sonrojaba.

Pero pensó: «Se lo he prometido al padre. No puedo dejar de hacerlo.» Entonces empujó la puerta entreabierta de la casa marcada con el número 18,

descubrió una escalera oscura, subió tres pisos, vio una puerta, luego una segunda, encontró un cordel de campanilla y tiró de él.

El din-don que resonó en la habitación vecina provocó un escalofrío en su cuerpo. Se abrió la puerta y se encontró frente a una joven muy bien vestida, morena, de tez colorada, que lo miraba con ojos estupefactos.

Él no sabía qué decirle, y ella, que no sospechaba nada, y que esperaba al otro, no lo invitaba a entrar. Se contemplaron así durante cerca de medio minuto. Al final ella preguntó:

«¿Qué desea, señor?»

Él murmuró.

«Soy Hautot hijo.»

Ella tuvo un sobresalto, se puso pálida, y balbució como si lo conociese desde hacía mucho:

«¿El señor César?

—Sí.

—¿Pasa algo?…

—Tengo que hablarle de parte del padre.»

Ella dijo: «¡Oh, Dios mío!», y retrocedió para dejarle paso. Él cerró la puerta y la siguió.

Entonces vio un crío de cuatro o cinco años, que jugaba con un gato, sentado en el suelo, delante de un fogón del que subía un humo de platos mantenidos calientes.

«Siéntese», decía ella.

Él se sentó… Ella preguntó:

«¿Y bien?»

Él ya no se atrevía a hablar, con los ojos fijos en la mesa puesta en medio del piso, y en la que había tres cubiertos, uno de niño. Miraba la silla vuelta de espaldas al fuego, el plato, la servilleta, los vasos, la botella de vino tinto empezada y la botella de vino blanco intacta. ¡Era el sitio de su padre, de espaldas al fuego! Lo esperaban. Era su pan el que veía, el que reconocía junto al tenedor, porque se le había quitado la corteza dada la mala dentadura de Hautot. Luego, levantando la vista, vio, en la pared, su retrato, la gran fotografía hecha en París el año de la Exposición[332], la misma que había estado clavada encima de la cama del dormitorio de Ainville.

La mujer prosiguió:

«¿Y bien, señor César?»

La miró. Una angustia la había vuelto lívida y aguardaba, con las manos temblando de miedo.

Entonces él se atrevió.

«Bueno, señorita, papá murió el domingo cuando se levantó la veda.»

Se alteró tanto que no se movió. Tras unos instantes de silencio, murmuró con una voz casi imperceptible.

«¡Oh, no es posible!»

Luego, de repente, en sus ojos aparecieron las lágrimas, y, alzando las manos, se cubrió la cara y empezó a sollozar.

Entonces el niño volvió la cabeza y, al ver llorar a su madre, chilló. Después, comprendiendo que aquel dolor súbito procedía de aquel desconocido, se precipitó contra César, agarró con una mano su pantalón mientras con la otra le golpeaba en el muslo con todas sus fuerzas. Y César permanecía desconcertado, enternecido, entre aquella mujer que lloraba a su padre y aquel niño que defendía a su madre. Él mismo se sentía ganado por la emoción, con los ojos hinchados por el dolor; y para recobrar su aplomo, se puso a hablar.

«Sí, decía, la desgracia ocurrió el domingo por la mañana, hacia las ocho…» Y seguía contando, como si ella le escuchara, sin olvidar ningún detalle, refiriendo las menores cosas con una minuciosidad de campesino. Y el pequeño continuaba golpeando, lanzándole ahora patadas en los tobillos.

Cuando llegó al momento en que Hautot padre había hablado de la joven, al oír su nombre ella descubrió su rostro y preguntó:

«Perdón, no le seguía, querría saber… Si no le importase volver a empezar.»

Él volvió a empezar en los mismos términos. «La desgracia ocurrió el domingo por la mañana, hacia las ocho…»

Contó todo detalladamente, con interrupciones, pausas y reflexiones que se le ocurrían, de vez en cuando. Ella lo escuchaba con avidez, percibiendo con su sensibilidad nerviosa de mujer todas las peripecias que contaba, y estremeciéndose de horror, diciendo: «¡Oh, Dios mío!» a veces. El pequeño, creyéndola calmada, había dejado de pegar a César para coger la mano de su madre, y también atendía, como si hubiera comprendido.

Cuando el relato hubo terminado, Hautot hijo prosiguió:

«Ahora, vamos a arreglar las cosas entre usted y yo siguiendo su deseo. Escuche, mi posición es desahogada, me ha dejado bienes. No quiero que usted tenga motivos de queja…

Pero ella le interrumpió vivamente.

«¡Oh, señor César, señor César, hoy no! Tengo el corazón partido… Otra vez, otro día… No, hoy no… Si acepto, escuche… no es por mí… no, no, no,

se lo juro. Es por el pequeño. Además, lo pondremos a su nombre.»

Entonces César, asustado, adivinó, y balbuciendo:

«Conque… ¿es suyo… el pequeño?

—Claro», dijo ella.

Y Hautot hijo miró a su hermano con una emoción confusa, fuerte, penosa.

Tras un largo silencio, porque ella volvía a llorar, César, muy incómodo, continuó:

«Bueno, entonces, señorita Donet, voy a irme. ¿Cuándo quiere que hablemos de esto?»

Ella exclamó:

«¡Oh!, no, no se vaya, no se vaya, no me deje totalmente sola con Émile. Me moriría de pena. No tengo a nadie, a nadie más que a mi pequeño. ¡Oh, qué miseria, qué miseria, señor César! Mire, siéntese. Tiene que seguir hablándome. Dígame que hacía él allí, toda la semana.»

Y César, habituado a obedecer, se sentó.

La joven acercó para ella otra silla a la suya, delante del horno donde los platos seguían cociéndose a fuego lento, puso a Émile en sus rodillas y preguntó a César mil cosas sobre su padre, cosas íntimas en las que se veía, en las que se sentía, sin razonar, que había amado a Hautot con todo su pobre corazón de mujer.

Y por el encadenamiento natural de sus ideas, poco numerosas, volvió al accidente y empezó a contarlo con todos los mismos detalles.

Cuando dijo: «Tenía un agujero en la tripa en el que habrían cabido los dos puños», ella lanzó una especie de grito y de nuevo brotaron las lágrimas de sus ojos. Entonces, presa del contagio, también César se puso a llorar, y como las lágrimas seguían enterneciendo las fibras del corazón, se inclinó hacia Émile, cuya frente se encontraba al alcance de su boca, y lo besó.

La madre, recobrando el aliento, murmuraba:

«Pobre niño, se ha quedado huérfano.

—Yo también», dijo César.

Y no volvieron a hablar.

Pero, de repente, el instinto práctico de ama de casa, acostumbrada a pensar en todo, se despertó en la joven.

«Quizá no haya comido nada desde esta mañana, señor César.

—No, señorita.

—¡Oh!, debe usted de tener hambre. Comerá un bocado.

—Gracias, dijo él, no tengo hambre, sufro demasiado.»

Ella respondió:

«A pesar del dolor, hay que vivir, ¡no puede decirme que no! Además, tiene que quedarse un poco más. Cuando usted se haya ido, no sé qué será de mí.»

Él cedió, tras cierta resistencia todavía, y, sentándose de espaldas al fuego, frente a ella, comió un plato de callos que crepitaban en el fogón y bebió un vaso de vino tinto. Pero no permitió que ella descorchara el vino blanco.

Varias veces limpió la boca del pequeño, que se había manchado de salsa toda la barbilla.

Cuando se levantaba para irse, preguntó:

«¿Cuándo quiere que vuelva para hablar del asunto, señorita Donet?

—Si no tiene usted inconveniente, el próximo jueves, señor César. Así yo no perdería tiempo. Tengo libres todos los jueves.

—Me va bien el jueves próximo.

—Vendrá usted a comer, ¿verdad?

—¡Oh!, eso no puedo prometérselo.

—Es que se habla mejor comiendo. Y se tiene más tiempo.

—Bien, de acuerdo. A mediodía entonces.»

Y se marchó después de haber vuelto a besar el pequeño Émile y de estrechar la mano de la señorita Donet.

III

La semana se le hizo larga a César Hautot. Nunca se había encontrado solo y el aislamiento le parecía insoportable. Hasta entonces vivía al lado de su padre, como su sombra, lo seguía al campo, vigilaba la ejecución de sus órdenes, y cuando se había separado de él durante un tiempo volvía a encontrarlo en la cena. Pasaban las veladas fumando en pipa uno frente al otro, hablando de caballos, vacas o corderos; y el apretón de manos que se daban al despertar parecía el intercambio de un cariño familiar y profundo.

Ahora César estaba solo. Vagaba por las labranzas de otoño, esperando en todo momento ver erguirse al final de un llano la gran silueta gesticulante del padre. Para matar las horas entraba en las casas de los vecinos, contaba el accidente a todos los que no lo habían oído, lo repetía en ocasiones a los otros. Luego, sin nada que hacer ni qué pensar, se sentaba al borde de una carretera preguntándose si aquella vida iba a durar mucho tiempo.

Pensó a menudo en la señorita Donet. Le había gustado. Le había parecido formal, dulce y buena chica, como había dicho el padre. Sí, en cuanto a buena chica, seguro que lo era. Estaba dispuesto a hacer las cosas a lo grande y a darle dos mil francos de renta asegurándole el capital al niño. Hasta sentía cierto placer pensando que iba a volver a verla el jueves siguiente y arreglar las cosas con ella. Además, la idea de aquel hermano, de aquel hombrecito de cinco años, que era hijo de su padre, lo atormentaba, le molestaba un poco y al mismo tiempo lo animaba. Era una especie de familia lo que tenía en aquel crío clandestino que nunca se apellidaría Hautot, una familia que podía tomar o dejar a su antojo, pero que le recordaba al padre.

Por eso, cuando el jueves por la mañana se vio en la carretera de Ruán, llevado por el trote sonoro de *Graindorge*, sintió su corazón más ligero, más reposado de lo que lo había tenido desde su desgracia.

Al entrar en el piso de la señorita Donet, vio la mesa puesta como el jueves anterior, con la única diferencia de que al pan no le habían quitado la corteza.

Estrechó la mano de la joven, besó a Émile en las mejillas y se sentó, un poco como en su casa, aunque con el corazón oprimido. La señorita Donet le pareció un poco delgada, un poco pálida. Había debido de llorar mucho. Ahora tenía un aire incómodo ante él, como si hubiera comprendido lo que no había sentido la semana pasada bajo el primer golpe de su desgracia, y lo trataba con miramientos excesivos, con una humildad dolorosa y unos cuidados conmovedores, como para pagarle en deferencias y atenciones las bondades que tenía hacia ella. Almorzaron largamente, hablando del asunto que lo llevaba allí. Ella no quería tanto dinero. Era demasiado, excesivo. Ganaba lo suficiente para vivir, sólo deseaba que Émile encontrase algún dinero ante él cuando fuera mayor. César se mantuvo firme, y añadió incluso un regalo de mil francos para ella, para el luto.

Cuando él había tomado el café, ella preguntó:

«¿Fuma usted?

—Sí… Tengo mi pipa.»

Se palpó el bolsillo. ¡Caramba, se le había olvidado! Iba a lamentarlo cuando ella le ofreció una pipa del padre, guardada en un armario. Él aceptó, la cogió, la reconoció, la olfateó, proclamó su calidad con una emoción en la voz, la llenó de tabaco y la encendió. Luego puso a Émile a caballo en su pierna y le hizo jugar al jinete mientras ella retiraba la mesa y guardaba, en la bajera del aparador, la vajilla sucia para lavarla cuando él se hubiera ido.

Hacia las tres, él se levantó de mala gana, muy molesto por la idea de tener que irse.

«Bueno, señorita Donet, dijo, que tenga una buena tarde, y encantado de haberla encontrado así.»

Ella permanecía ante él, colorado, muy emocionado, y lo miraba pensando en el otro.

«¿Es que no volveremos avernos?», dijo ella.

Él respondió sencillamente.

«Pues claro que sí, señorita, si eso le agrada.

—Por supuesto, señor César. Entonces, el próximo jueves, ¿le iría bien?

—Sí, señorita Donet.

—Vendrá a comer, ¿verdad?

—Pues… si le parece bien, no digo que no.

—De acuerdo entonces, señor César, el próximo jueves a mediodía, como hoy.

—El jueves a mediodía, señorita Donet.»

La máscara[333]

Esa noche había un baile de disfraces en el Élysée-Montmartre[334]. Era con ocasión de la Mi-Carême[335], y la multitud entraba, como el agua en una compuerta de esclusa, en el pasillo iluminado que lleva a la sala de baile. La formidable llamada de la orquesta, estallando como una tempestad de música, reventaba las paredes y el techo, se desparramaba por el barrio, iba a despertar, por las calles y hasta el fondo de las casas vecinas, aquel irresistible deseo de saltar, de acalorarse, de divertirse que dormita en el fondo del animal humano.

Y los habituales del lugar llegaban también desde las cuatro esquinas de París, gentes de todas clases, aficionados al placer de sal gorda y bullicioso, algo crápula y un tanto libertino. Eran empleados, chulos, chicas, mujeres vestidas con toda clase de ropa, desde el vulgar algodón hasta la más fina batista, mujeres ricas, viejas y cubiertas de diamantes, y chicas pobres, llenas de ganas de ir de juerga, de estar con hombres, de gastar dinero. Elegantes trajes de etiqueta en busca de carne fresca, de primicias desfloradas, pero sabrosas, merodeaban alrededor de aquella multitud caldeada, buscaban, daban la impresión de olfatear, mientras que las máscaras parecían agitadas sobre todo por el deseo de divertirse. Y famosas cuadrillas agrupaban en torno a sus saltos una espesa corona de público. La ondulante hilera, la pasta móvil de mujeres y hombres que rodeaba a los cuatro bailarines, se anudaba a su alrededor como una serpiente, acercándose o apartándose según las evoluciones de los artistas. Las dos mujeres, cuyos muslos parecían unidos al cuerpo por resortes de caucho, hacían sorprendentes movimientos con las piernas. Las lanzaban al aire con tanto vigor que el miembro parecía volar hacia las nubes, y luego, de pronto, apartándolas como si se hubieran abierto hasta la mitad del vientre, deslizando una hacia delante, otra hacia atrás, tocaban el suelo con su centro mediante un gran écart rápido, repugnante y divertido.

Sus caballeros saltaban, movían muy deprisa los pies, se agitaban, con los brazos estremecidos y levantados como muñones de alas sin plumas, y bajo

sus máscaras se adivinaba su respiración jadeante.

Uno de ellos, que había ocupado un puesto en la más reputada de las cuadrillas para sustituir a una celebridad ausente, el guapo «Songe-au-Gosse», y que se esforzaba por estar a la altura del infatigable «Aréte-de-Veau», ejecutaba unos originales solos que provocaban la alegría y la ironía del público.

Era delgado, iba vestido de gomoso[336], con una bonita máscara barnizada sobre el rostro, una máscara con bigotes rubios rizados que remataba una peluca con tirabuzones.

Parecía una figura de cera del museo Grévin[337], una extraña y fantástica caricatura del encantador galán de los grabados de modas, y bailaba con un esfuerzo voluntarioso, pero torpe, con cómico arrebato. Parecía enmohecido al lado de los otros, al tratar de imitar sus piruetas; parecía tullido, pesado como un gozque jugando con lebreles. Unos bravos burlones lo animaban. Y él, ebrio de ardor, pataleaba con tal frenesí que, de pronto, arrastrado por un furioso impulso, fue a dar con la cabeza en la muralla del público, que se abrió ante él para dejarle paso y volvió luego a cerrarse en torno al cuerpo inerte, tendido boca abajo, del bailarín inanimado.

Unos hombres lo recogieron, se lo llevaron. Gritaban: «Un médico». Se presentó un caballero joven, muy elegante, en traje de etiqueta con gruesas perlas que abotonaban su camisa de baile. «Soy profesor en la Facultad», dijo con voz modesta. Lo dejaron pasar, y se reunió, en una salita llena de carpetas como un despacho de agente de negocios, con el joven, que seguía sin conocimiento y al que extendían sobre unas sillas. El doctor quiso ante todo quitarle la máscara y vio que estaba atada de una manera complicada con multitud de menudos hilos de metal que la unían hábilmente a los bordes de la peluca y encerraban la cabeza entera en una ligadura sólida cuyo secreto había que conocer. El cuello mismo estaba aprisionado en una falsa piel que prolongaba la barbilla, y esa piel de guante, pintada como carne, llegaba hasta el cuello de la camisa.

Hubo que cortar todo aquello con fuertes tijeras; y cuando el médico hubo hecho, en aquel sorprendente conjunto, un corte que iba del hombro a la sien, entreabrió aquel caparazón y allí encontró una vieja cara de hombre gastado, pálido, flaco y arrugado. Fue tal el sobrecogimiento de quienes habían transportado a la joven máscara rizada, que nadie se rió, ni nadie dijo una palabra.

Contemplaban, acostado sobre unas sillas de paja, aquel triste rostro de ojos cerrados, embadurnado de pelos blancos, unos largos, que caían desde la

frente a la cara, otros cortos, crecidos en las mejillas y el mentón, y, al lado de aquella pobre cabeza, la pequeña, la bonita máscara barnizada, aquella máscara fresca que seguía sonriendo.

El hombre volvió en sí tras haber permanecido largo rato sin conocimiento, pero aún parecía tan débil, tan enfermo, que el médico temía alguna complicación peligrosa.

«¿Dónde vive usted?», dijo.

El viejo bailarín pareció buscar en su memoria, luego acordarse, y dijo un nombre de calle que nadie conocía. Hubo, pues, que seguir pidiéndole detalles sobre el barrio. Los proporcionaba con un esfuerzo infinito, con una lentitud y una indecisión que revelaban el trastorno de su pensamiento.

El médico prosiguió:

«Yo mismo lo acompañaré.»

Lo dominaba la curiosidad de saber quién era aquel extraño bufón, de ver dónde habitaba aquel fenómeno saltarín.

Y un simón no tardó en llevar a ambos al otro lado de las colinas de Montmartre.

Era una alta casa de aspecto pobre en la que ascendía una escalera pringosa, una de esas casas siempre inacabadas, acribilladas de ventanas, de pie entre dos solares, nichos mugrientos donde habita una multitud de seres harapientos y miserables.

Agarrado a la barandilla, sinuosa barra de madera donde la mano se quedaba pegada, sostuvo hasta el cuarto piso al aturdido anciano que recuperaba sus fuerzas.

La puerta en la que habían llamado se abrió y apareció una mujer, también anciana, limpia, con un gorro de dormir muy blanco enmarcando una cabeza huesuda, de rasgos marcados, una de esas grandes cabezas bondadosas y rudas de mujeres de obrero, laboriosas y fieles. Exclamó:

«¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado?»

Cuando se lo hubieron contado en veinte palabras, se tranquilizó, y tranquilizó al propio médico diciéndole que el mismo episodio ya había ocurrido con frecuencia.

«Hay que acostarlo, señor, nada más, dormirá; y mañana ya no parecerá el mismo.»

El doctor replicó:

«Pero si apenas puede hablar.

—¡Oh!, no es nada, unas cuantas copas, nada más. No quiso cenar para estar ágil, y luego se bebió dos ajenjos, para animarse. El ajenjo, ya ve usted,

le reafirma las piernas, pero le corta las ideas y las palabras. Ya no está en edad de bailar como hace. No, de veras, ¡es como para perder toda esperanza de que alguna vez siente la cabeza!»

El médico, sorprendido, insistió:

«Pero ¿por qué baila de esa forma, con lo viejo que es?»

Ella se encogió de hombros; había enrojecido con la cólera que poco a poco la excitaba.

«¡Ah, sí! ¿Por qué? Pues para que lo crean joven debajo de su máscara, para que las mujeres sigan tomándolo por un niño bonito y le digan guarradas al oído, para frotarse contra su piel, contra todas sus sucias pieles llenas de olores y polvos y pomadas… ¡Ay, buena la ha hecho! Verá, señor, yo sí que he tenido una vida, desde hace cuarenta años que esto dura… Pero lo primero es acostarlo para que no le pase nada. ¿Le importaría ayudarme? Cuando está así, yo sola no acabo nunca.»

El viejo estaba sentado en la cama, con pinta de borracho, con sus largos cabellos blancos caídos sobre el rostro.

Su compañera lo miraba con ojos tiernos y furiosos. Continuó:

«Mire qué cabeza tan hermosa tiene para su edad; ¿por qué ha de disfrazarse de crío para que lo crean joven? ¡Qué lástima! ¿Verdad, señor, que tiene una hermosa cabeza? Espere, voy a enseñársela antes de acostarlo».

Fue hacia una mesa donde estaba la palangana, la jarra de agua, el jabón, el peine y el cepillo. Cogió el cepillo, luego volvió hacia la cama y, echando hacia atrás toda la cabellera enmarañada del borracho, le dio, en unos instantes, una cara de modelo de pintar, con grandes rizos que caían sobre el cuello. Después, retrocediendo para contemplarlo:

«¿Verdad que está bien para su edad?

—Muy bien», afirmó el doctor, que empezaba a divertirse mucho.

Ella agregó:

«¡Y si lo hubiera conocido cuando tenía veinticinco años! Pero hay que meterlo en la cama; si no, el ajenjo se le revolverá en la tripa. Tenga, señor, ¿quiere tirar de la manga?… Más arriba… así… bueno… ahora el pantalón… espere, voy a quitarle los zapatos… está bien. — Ahora, sosténgalo de pie mientras abro la cama… así… acostémoslo… si cree usted que dentro de un rato va a molestarse para hacerme sitio, se equivoca. Tendré que buscarme un rincón en cualquier parte. Eso no le preocupa. ¡Ah, egoísta!»

En cuanto se sintió tendido entre sus sábanas, el hombre cerró los ojos, volvió a abrirlos, los cerró de nuevo, y en todo su rostro satisfecho aparecía la enérgica resolución de dormir.

El doctor, examinándolo con un interés cada vez mayor, preguntó:

«Entonces, ¿va a dárselas de joven a los bailes de disfraces?

—A todos, señor, y me vuelve al alba en un estado imposible de imaginar. Ya ve, es la nostalgia la que lo lleva a ellos y la que le hace ponerse una cara de cartón encima de la suya. Sí, la nostalgia de no ser ya lo que fue, ¡y, además, la de no tener ya sus éxitos!»

Ahora él dormía y empezaba a roncar. Ella lo contemplaba con aire compasivo, y prosiguió:

«¡Ah!, ¡cuántos éxitos tuvo este hombre! Más de los que se podría creer, señor, más que los guapos señores de la buena sociedad y que todos los tenores y todos los generales.

—¿De verdad? ¿Y qué hacía?

—¡Oh!, al principio le sorprenderá, dado que usted no lo conoció en sus buenos tiempos. Yo, cuando lo conocí, también estaba en un baile, pues siempre los frecuentó. A mí me pescó nada más verlo, pero me pescó como a un pez con una caña. Era gentil, señor, gentil como para llorar cuando una lo miraba, moreno como un cuervo, y rizado, con unos ojos negros tan grandes como ventanas. ¡Ah!, sí, qué muchacho tan guapo. Me llevó con él esa misma noche, y nunca me he separado de él, ¡ni un solo día, pese a todo! ¡Oh!, sí, ¡me las ha hecho pasar moradas!»

El doctor preguntó:

—¿Están ustedes casados?

Ella respondió simplemente:

«Sí, caballero… en caso contrario me habría dejado como a las otras. He sido su mujer y su criada, todo, todo lo que él ha querido… y me ha hecho llorar… ¡lágrimas que yo no le mostraba! Porque me contaba sus aventuras, a mí…, a mí… señor… sin comprender el daño que me hacía escucharlas…

—¿Pero qué oficio tenía?

—Es cierto… he olvidado decírselo. Era oficial de primera en casa Martel, pero un oficial como nunca lo habían tenido… un artista a diez francos la hora, de media…

—¿Martel?… ¿Quién es ese Martel?

—El peluquero, señor, el gran peluquero de la Ópera, que tenía toda la clientela de las actrices. Sí, a todas las actrices más encopetadas las peinaba Ambroise, y le daban gratificaciones con las que hizo una fortuna. ¡Ah!, señor, todas las mujeres son iguales, sí, todas. Cuando les gusta un hombre, se ofrecen a él. Es tan fácil… y hace tanto daño saberlo. Porque me lo decía

todo… no podía callarse… no, no podía. ¡Les dan tanto placer esas cosas a los hombres! Quizá más placer contarlas que hacerlas.

»Cuando lo veía volver por la noche, un poco paliducho, con cara satisfecha y la mirada brillante, yo me decía: “Una más. Estoy segura de que ha vuelto a levantar una”. Entonces me daban ganas de preguntárselo, unas ganas que me quemaban el corazón, y también ganas de no saber, de impedirle hablar si empezaba. Y nos mirábamos.

»Sabía de sobra que no se callaría, que terminaría hablando del asunto. Lo notaba por su aspecto, por su aspecto risueño, para dármelo a entender: “Hoy tengo una buena noticia, Madeleine”. Yo fingía no ver, no adivinar; y ponía la mesa; traía la sopa; me sentaba frente a él.

»En esos momentos, señor, era como si me hubieran aplastado mi amor por él dentro del cuerpo con una piedra. Hace mucho daño, sí, un daño terrible. Pero él no se daba cuenta, no lo sabía; necesitaba contárselo a alguien, presumir, mostrar cuánto lo querían… y sólo me tenía a mí para contarlo… ¿Comprende?… sólo a mí… Entonces… tenía que escucharlo y tomármelo como veneno.

»Empezaba a comer la sopa y luego decía:

»“Una más, Madeleine”.

»Yo pensaba: “Ya estamos. ¡Dios mío, qué hombre! ¡Y tenía que tocarme a mí!”.

»Entonces arrancaba: “Una más, y encima estupenda…”. Y era una chiquilla del Vaudeville o una chica de las Varietés, y además también las grandes, las más conocidas de esas señoras de teatro. Me decía sus nombres, su mobiliario, y todo, todo, sí, todo, señor… Detalles que me desgarraban el corazón. Y volvía sobre el asunto, volvía a empezar su historia de punta a cabo, tan satisfecho que yo fingía reír para que no se enfadara conmigo.

»¡Quizá todo aquello no era cierto! ¡Le gustaba tanto jactarse que era muy capaz de inventar cosas parecidas! ¡Pero quizá era cierto también! Esas noches fingía estar cansado, querer acostarse después de cenar. Cenábamos a las once, señor, porque nunca volvía antes, por culpa de los peinados de gala.

»Cuando había terminado su aventura, fumaba cigarrillos paseándose por el cuarto, y estaba tan guapo con su bigote y su pelo rizado que yo pensaba: “De todos modos, es cierto lo que cuenta. Si yo estoy loca por este hombre, ¿por qué no iba a enloquecer también a las otras?”. ¡Ah!, he tenido ganas de llorar, y de gritar, y de escapar, y de tirarme por la ventana, mientras yo quitaba la mesa y él seguía fumando. Bostezaba, abriendo la boca, para

demostrarme lo cansado que estaba, y decía dos o tres veces antes de meterse en la cama: “Dios, ¡qué bien voy a dormir esta noche!”.

»No le guardo rencor, porque él no sabía cuánto me apenaba. No, no podía saberlo. Le gustaba presumir de mujeres como a un pavo real hacer la rueda. Había llegado a creer que todas lo miraban y lo deseaban.

»Eso fue duro cuando envejeció.

»¡Oh!, señor, cuando vi su primera cana sentí un escalofrío que me dejó sin aliento, y acto seguido una alegría —una alegría malvada—, pero tan grande, ¡¡¡tan grande!!! Me dije: “Es el fin… es el fin…” Tuve la impresión de que iban a sacarme de la cárcel. Lo tendría para mí, sólo para mí, cuando las otras dejaran de desearlo.

»Fue una mañana, en nuestra cama. — Él aún dormía, y me inclinaba sobre él para despertarlo con un beso cuando vi entre sus rizos, en la sien, un hilillo que brillaba como plata. ¡Qué sorpresa! ¡No lo creía posible! Al principio pensé en arrancarla para que él no la viese, pero, fijándome mejor, vi otra más arriba. ¡Canas! ¡Iba a tener canas! Me palpitaba el corazón y notaba la piel húmeda: sin embargo, ¡en el fondo estaba muy contenta!

»Es feo pensar así, pero esa mañana hice la casa con el corazón lleno de gozo, sin despertarlo todavía; y cuando abrió los ojos por sí solo, le dije:

“¿Sabes lo que he descubierto mientras dormías?

—No.

—He descubierto que tienes canas”.

»Tuvo una sacudida de despecho que lo hizo sentarse como si le hubiera hecho cosquillas, y me dijo con aire malvado:

“¡No es cierto!

—Sí, en la sien izquierda. Hay cuatro”.

»Saltó de la cama para correr al espejo.

»No se las encontraba. Entonces le mostré la primera, la más baja, muy rizada, y le dije:

“No es extraño con la vida que llevas. Dentro de dos años estarás acabado”.

»Pues bien, señor, le había dicho la verdad, dos años después era imposible reconocerlo. ¡Qué deprisa cambia eso a un hombre! Seguía siendo un hombre guapo, pero perdía su lozanía, y las mujeres ya no lo buscaban. ¡Ah!, ¡qué dura fue mi vida en esa época! ¡Me las hizo pasar moradas! Nada le gustaba, nada de nada. Dejó su oficio por la sombrerería, en la cual se comió su dinero. Y después quiso ser actor sin conseguirlo, y luego le dio por frecuentar los bailes públicos. En fin, tuvo el buen sentido de guardar algo de

dinero, del que vivimos. ¡Es suficiente, pero no gran cosa! ¡Y pensar que casi tuvo una fortuna en cierto momento!

»Ahora, ya ve usted lo que hace. Es como un frenesí lo que le da. Tiene que ser joven, tiene que bailar con mujeres que huelen a perfumes y a pomada. ¡Pobre viejo querido!»

Emocionada y a punto de llorar, miraba a su viejo marido que roncaba. Luego, acercándose a él con paso ligero, puso un beso en su pelo. El médico se había levantado y se disponía a irse, por no encontrar nada que decir ante aquella extravagante pareja.

Entonces, cuando se marchaba, ella preguntó:

«De cualquier modo, ¿quiere darme usted su dirección? Si enfermase más, yo iría a buscarlo a usted».

La dormilona[338]

El Sena se desplegaba delante de mi casa, sin una arruga y barnizado por el sol de la mañana. Era una bella, ancha, lenta, larga corriente de plata, teñida de púrpura en ciertos lugares; y al otro lado del río, grandes árboles alineados extendían sobre toda la ribera una inmensa muralla de verdor.

La sensación de la vida que recomienza cada día, de la vida fresca, alegre, amorosa, se estremecía en las hojas, palpitaba en el aire, espejeaba en el agua.

Me entregaron los periódicos que el cartero acababa de traer y me fui hacia la orilla, con pasos tranquilos, para leerlos.

En el primero que abrí, vi estas palabras: «Estadísticas de suicidas», y supe que, este año, más de ocho mil quinientos seres humanos se han matado[339].

Instantáneamente ¡los vi! Vi aquella carnicería, horrible y voluntaria, de los desesperados hartos de vivir. Vi gente que sangraba, con la mandíbula rota, el cráneo partido, el pecho agujereado por una bala, agonizando lentamente, solos en un pequeño cuarto de hotel, y sin pensar en su herida, pensando siempre en su desgracia.

Vi a otros con la garganta abierta o el vientre rajado, sosteniendo todavía en su mano el cuchillo de cocina o la navaja de afeitar.

Vi a otros sentados unas veces delante de un vaso donde empapaban cerillas, otras delante de un frasquito que llevaba una etiqueta roja.

Miraban aquello con ojos fijos, sin moverse; después bebían, luego esperaban; después, una mueca pasaba por sus mejillas, crispaba sus labios; el pavor extraviaba sus ojos, porque no sabían que se sufría tanto antes del final.

Se levantaban, se detenían, caían y, con las dos manos sobre el vientre, sentían sus órganos quemados, sus entrañas roídas por el fuego del líquido, antes de que su pensamiento se hubiera sólo oscurecido.

Vi a otros colgados del clavo de una pared, de la falleba de la ventana, del gancho del techo, de la viga del desván, de la rama de un árbol bajo la lluvia de la noche. Y adivinaba todo lo que habían hecho antes de quedarse allí, con la lengua fuera, inmóviles. Adivinaba la angustia de su corazón, sus

vacilaciones últimas, sus movimientos para atar la cuerda, comprobar que resistía, pasársela al cuello y dejarse caer.

Vi a otros acostados en lechos miserables, madres con sus hijitos, viejos muriéndose de hambre, jóvenes destrozadas por angustias de amor, todos rígidos, ahogados, asfixiados, mientras en medio de la habitación seguía humeando el hornillo de carbón.

Y vislumbré a los que paseaban de noche por los puentes desiertos. Eran los más siniestros. El agua corría bajo los arcos con un rumor blando. No la veían… ¡la adivinaban aspirando su olor frío! Tenían ganas y tenían miedo. ¡No se atrevían! Y sin embargo, era preciso. A lo lejos daba la hora algún campanario lejano, y de pronto, en el amplio silencio de las tinieblas, pasaban, rápidamente sofocados, el chapoteo de un cuerpo cayendo al río, algunos gritos, un chapoteo de agua agitada con las manos. A veces no era otra cosa que el plaf de su caída, después de haberse atado los brazos o una piedra a los pies.

¡Oh!, pobres gentes, pobres gentes, pobres gentes, ¡cómo he sentido sus angustias!, ¡cómo he muerto de su muerte! He pasado por todas sus miserias; en una hora he sufrido todas sus torturas. He sabido todas las penas que los llevaron a eso; porque siento la infamia engañadora de la vida como nadie más que yo la ha sentido.

¡Cómo he comprendido a los que, débiles, acosados por la mala suerte, tras haber perdido a los seres amados, despertados del sueño de una recompensa tardía, de la ilusión de una existencia distinta donde al fin Dios sería justo después de haber sido feroz, y desengañados de los espejismos de la felicidad, se han hartado y quieren poner fin a este drama sin tregua o a esta vergonzosa comedia!

¡El suicidio! ¡Pero si es la fuerza de los que ya no la tienen, si es la esperanza de los que ya no creen, si es el sublime coraje de los vencidos! Sí, en esta vida hay por lo menos una puerta, siempre podemos abrirla y pasar al otro lado. La naturaleza ha tenido un impulso compasivo; no nos ha aprisionado. ¡Gracias, en nombre de los desesperados!

En cuanto a los simples desengañados, que caminen todo recto con el alma libre y el corazón tranquilo. No tienen nada que temer, puesto que pueden irse; puesto que a sus espaldas siempre está esa puerta que los dioses soñados ni siquiera pueden cerrar, yo pensaba en esa multitud de muertos voluntarios: más de ocho mil quinientos en un año. Y me parecía que se habían reunido para lanzar al mundo una plegaria, para gritar un deseo, para pedir algo, realizable más tarde, cuando se comprenda mejor. Me parecía que

todos aquellos ajusticiados, aquellos degollados, aquellos envenenados, aquellos ahorcados, aquellos asfixiados, aquellos ahogados venían, horda espantosa, como ciudadanos que votan, a decir a la sociedad: «¡Concedednos al menos una muerte dulce! ¡Ayudadnos a morir, vosotros que no nos habéis ayudado a vivir! Mirad, somos muchos, tenemos derecho a hablar en estos días de libertad, de independencia filosófica y de sufragio popular. A quienes renuncian a vivir, dadles la limosna de una muerte que no sea repugnante o espantosa».

Me puse a soñar despierto, dejando que mi pensamiento vagara sobre este tema con ensoñaciones extravagantes y misteriosas.

En cierto momento me creí en una ciudad hermosa. Era París; pero ¿en qué época? Caminaba por las calles, mirando las casas, los teatros, los establecimientos públicos, y, de pronto, en una plaza vi un gran edificio, muy elegante, coqueto y bonito.

Me quedé sorprendido porque en la fachada se leía, en letras de oro: «¡Obra de la muerte voluntaria!» ¡Oh singularidad de los sueños despiertos en los que el espíritu vuela en un mundo irreal y posible! Nada asombra en ellos; nada choca; y la fantasía desenfrenada ya no distingue lo cómico de lo lúgubre.

Me acerqué a ese edificio, donde unos lacayos en calzón corto estaban sentados en un vestíbulo, delante de un guardarropa, como a la entrada de un club.

Entré para ver. Uno de ellos, levantándose, me dijo:

«¿Qué desea el señor?

—Deseo saber qué es este lugar.

—¿Nada más?

—No, por supuesto.

—Entonces, ¿quiere el señor que lo lleve ante el secretario de la Obra?»

Dudé. Seguí preguntando:

«Pero ¿no lo molestará?

—Oh, no, señor, está aquí para recibir a las personas que deseen informarse.

—Adelante entonces, le sigo».

Me hizo atravesar varios corredores donde charlaban unos viejos caballeros; luego me introdujo en un hermoso gabinete, algo sombrío, todo él

amueblado de madera negra. Un joven grueso, tripudo, escribía una carta mientras fumaba un puro cuyo aroma me reveló su calidad superior.

Se levantó. Nos saludamos, y cuando el lacayo se hubo ido preguntó:

«¿Qué puedo hacer por usted?

—Señor, le respondí, perdone mi indiscreción. Nunca había visto este establecimiento. Las pocas palabras inscritas en la fachada me han sorprendido mucho; y deseaba saber qué se hace en él».

Sonrió antes de responder; luego, a media voz, con aire satisfecho:

«¡Dios mío, señor! Aquí se mata con limpieza y dulcemente, no me atrevo a decir agradablemente, a la gente que desea morir».

No me sentí muy emocionado, porque en última instancia aquello me pareció natural y justo. Me sorprendía sobre todo que, en este planeta de ideas bajas, utilitarias, humanitarias, egoístas y coercitivas de cualquier libertad real, alguien hubiera podido atreverse a semejante empresa, digna de una humanidad emancipada.

Proseguí:

«¿Cómo han llegado ustedes a esto?»

Respondió:

«Señor, la cifra de suicidios aumentó tanto en los cinco años que siguieron a la Exposición Universal de 1889[340] que se reveló urgente tomar medidas. Se mataban en las calles, en las fiestas, en los restaurantes, en el teatro, en los vagones, en las recepciones del presidente de la República, en todas partes.

»No sólo era un desagradable espectáculo para aquellos que, como a mí, les gusta vivir bien, sino también un mal ejemplo para los niños. Entonces hubo que centralizar los suicidios.

—¿De dónde venía esa recrudescencia?

—No lo sé. En el fondo creo que el mundo envejece. Se empieza a ver claro, y nadie se resigna. En la actualidad ocurre con el destino como con el gobierno; se sabe lo que es; se constata que el timo está en todas partes, y uno se marcha. Cuando se ha reconocido que la Providencia miente, hace trampas, roba, engaña a los humanos como un simple diputado a sus electores, uno se enfada, y como no se puede nombrar otra cada tres meses, como hacemos con nuestros representantes concusionarios, abandonamos el lugar, que es decididamente malo.

—Desde luego.

—¡Oh!, lo que es yo, no me quejo.

—¿Quiere decirme cómo funciona su Obra?

—Con mucho gusto. Además, puede formar parte de ella cuando guste. Es un club.

—¡¡¡Un club!!!…

—Sí, caballero, fundado por los hombres más eminentes del país, por los mayores espíritus y las inteligencias más claras.»

Y añadió, riendo de todo corazón:

«Y le juro que se está muy a gusto.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

—Me sorprende usted.

—¡Dios mío! Se está a gusto porque los miembros del club no tienen ese miedo a la muerte que es el gran fullero de las alegrías en este mundo.

—Pero entonces, ¿por qué son miembros de este club, por qué no se matan?

—Se puede ser miembro del club sin estar por ello en la obligación de matarse.

—¿Pero entonces?…

—Me explico. Ante el número desmesuradamente creciente de suicidios, ante los horribles espectáculos que nos daban, se formó una sociedad de pura beneficencia, protectora de los desesperados, que puso a su disposición una muerte tranquila e insensible, ya que no imprevista.

—¿Quién pudo autorizar semejante obra?

—El general Boulanger[341], durante su breve paso por el poder. No **sabía** negar nada. Por otra parte, es lo único bueno que hizo. Así pues, se formó una sociedad de hombres clarividentes, desengañados, escépticos, que quieren elevar en pleno París una especie de templo del desprecio a la muerte. Al principio esta casa fue un lugar temido al que nadie se acercaba. Entonces, los fundadores, que se reunían en ella, dieron una gran velada de inauguración con las señoras Sarah Bernhardt, Judie, Théo, Garnier y veinte más; los señores de Reszké, Coquelin, Mounet-Sully, Paulus, etc.; luego, conciertos, comedias de Dumas, de Meilhac, de Halévy, de Sardou. Sólo tuvimos un fracaso, una obra de teatro del señor Becque[342], que pareció triste, pero que luego consiguió un grandísimo éxito en la Comédie-Française. En fin, acudió todo París. La empresa estaba lanzada.

—¡En medio de las fiestas! ¡Qué broma tan macabra!

—Nada de eso. No es necesario que la muerte sea triste, tiene que ser indiferente. Nosotros hemos alegrado la muerte, la hemos hecho florecer, la

hemos perfumado, la hemos hecho fácil. Se aprende a socorrer con el ejemplo; se puede ver, eso no supone nada.

—Comprendo muy bien que hayan venido para las fiestas; pero ¿han venido por… Ella?

—No inmediatamente, desconfiaban.

—¿Y más tarde?

—Vinieron.

—¿Muchos?

—En masa. Tenemos más de cuarenta al día. Ya casi no se encuentran ahogados en el Sena.

—¿Quién empezó?

—Un miembro del club.

—¿Un adepto?

—No lo creo. Algún desesperado, algún arruinado que había sufrido enormes pérdidas en el bacarrá durante tres meses.

—¿De veras?

—El segundo fue un inglés, un excéntrico. Entonces pusimos anuncios en los periódicos, contamos nuestra forma de actuar, inventamos muertos capaces de atraer. Pero el gran impulso lo dio la gente pobre.

—¿Cómo actúan ustedes?

—¿Quiere hacer una visita? Se lo explicaré al mismo tiempo.

—Por supuesto».

Cogió el sombrero, abrió la puerta, me hizo pasar y entrar luego en una sala de juego donde unos hombres jugaban como se juega en todos los garitos. Después recorría diversos salones. Se hablaba en ellos con vivacidad, alegremente. Rara vez había visto yo un club tan vivo, tan animado, tan reidor.

Como yo estaba asombrado, el secretario continuó:

«¡Oh!, la Obra tiene una fama inaudita. Toda la gente chic del universo entero forma parte de ella para aparentar que desprecian la muerte. Después, una vez que están aquí, se creen obligados a mostrarse alegres a fin de no parecer asustados. Por eso bromean, ríen, se burlan, muestran ingenio y aprenden a tenerlo. Hoy día es, desde luego, el lugar más frecuentado y más divertido de París. En este momento, hasta las mujeres se dedican a crear un anexo para ellas.

—Y a pesar de eso, ¿tienen ustedes muchos suicidas en la casa?

—Como le he dicho, unos cuarenta o cincuenta al día. Son pocas las gentes de mundo; pero los pobres diablos abundan. También la clase media da

muchos.

—¿Y cómo… se hace?

—Asfixiamos… muy suavemente.

—¿Con qué procedimiento?

—Un gas inventado por nosotros. Lo hemos patentado. Al otro lado del edificio están las puertas del público. Tres puertecitas que dan a unas callejas. Cuando un hombre o una mujer se presenta, empezamos por interrogarlo; luego se le ofrece un socorro, una ayuda, protecciones. Si el cliente acepta, se hace una investigación y a menudo lo hemos salvado.

—¿De dónde sacan el dinero?

—Tenemos mucho. La cotización de los miembros es muy alta. Además, es de buen tono dar dinero a la Obra. Los nombres de todos los donantes aparecen impresos en el *Figaro*[343]. Además, todo suicidio de hombre rico cuesta mil francos. Y mueren en la pose que quieren. Los de los pobres son gratuitos.

—¿Cómo reconocen a los pobres?

—¡Oh, oh!, señor, ¡los adivinamos! Y, además, deben aportar un certificado de indigencia del comisario de Policía de su barrio. ¡Si usted supiera lo siniestra que es su entrada! Sólo una vez he visitado esa parte de nuestro establecimiento, no volveré nunca. Como local, está tan bien como éste, casi igual de magnífico y confortable; pero ellos… ¡¡¡Ellos!!! Si viera llegar a los viejos harapientos que vienen a morir; gente que revienta de miseria desde hace meses, alimentada en la esquina de los guardacantones, como los perros callejeros; mujeres andrajosas, flacas, que están enfermas, paralíticas, incapaces de ganarse la vida y que nos dicen, después de haber contado su caso: “Ya ven ustedes que esto no puede continuar, porque por mí misma no puedo hacer nada ni ganar nada”.

»He visto llegar a una de ochenta y siete años, que había perdido a todos sus hijos y sus nietos, y que desde hacía seis semanas dormía al aire libre. Me puse enfermo de emoción.

»Además, tenemos tantos casos diferentes, sin contar la gente que no dice nada y que se limita a preguntar: “¿Dónde es?”. A éstos se les hace pasar, y se acaba enseguida».

Yo repetí, con el corazón crispado:

«Y… ¿dónde es?

—Aquí».

Abrió una puerta, añadiendo:

«Pase, es la parte especialmente reservada a los miembros del club, y la que menos funciona. Aquí aún sólo hemos tenido once aniquilaciones…

—¡Ah!, ¿ustedes llaman a eso una… aniquilación?

—Sí, señor. Vamos, pase».

Yo dudaba. Finalmente entré. Era una deliciosa galería, una especie de invernadero que unas vidrieras de un azul pálido, de un rosa tierno, de un verde ligero, rodeaban poéticamente de paisajes de tapicerías. En aquel bonito salón había divanes, magníficas palmeras, flores, sobre todo rosas, que embalsamaban el aire, libros sobre las mesas, la *Revue des Deux Mondes*[344], o puros en cajas de la Tabacalera y, cosa que me sorprendió, pastillas de Vichy en una bombonera.

Como yo estaba sorprendido, mi guía dijo:

«¡Oh!, vienen aquí con frecuencia para charlar».

Continuó:

«Las salas del público son parecidas, aunque amuebladas con más sencillez».

Pregunté:

«¿Cómo se hace?»

Indicó con el dedo una tumbona, cubierta de crespón de China color crema, con encajes blancos, bajo un gran arbusto desconocido, al pie del cual se redondeaba un arriate de reseda.

El secretario añadió en voz más baja.

«Se cambia a voluntad la flor y el perfume, porque nuestro gas, totalmente imperceptible, da a la muerte el olor de la flor que más agrade. Lo volatilizamos con esencias. ¿Quiere que se lo haga aspirar un segundo?

—Gracias, le dije vivamente, todavía no…»

Se echó a reír.

—«¡Oh!, señor, no hay ningún peligro. Yo mismo lo he comprobado varias veces.»

Tuve miedo a parecerle cobarde. Continué:

«De acuerdo.

—Échese en la Dormilona».

Algo inquieto, me senté en la silla baja de crespón de China, luego me estiré, y casi al punto quedé envuelto por un olor delicioso a reseda. Abrí la boca para aspirarlo mejor, porque mi alma se había embotado, olvidaba, saboreaba, en el primer trastorno de la asfixia, la hechicera embriaguez de un opio delicioso y fulminante.

Me vi sacudido por el brazo.

«¡Oh, oh!, señor, decía riendo el secretario, me parece que está usted dejándose enganchar.»

Pero una voz, una voz de verdad, y no la de los ensueños, me saludaba con un timbre campesino:

«Güenos días, señor, ¿ta to bien?»

Mi sueño echó a volar. Vi el Sena claro bajo el sol y, llegando por un sendero, al guarda rural del pueblo, que se llevaba la mano derecha a su quepis negro galoneado de plata. Respondí:

«¿Qué tal, Marinel? ¿Adónde va?

—Voy a reconocer a un ahogado que han repescado cerca de los Morillons. Otro más que se ha tirado a la caldera. Hasta se había quitado los pantalones para atarse las piernas con ellos».

El campo de olivos[345]

I

Cuando los hombres del puerto, del pequeño puerto provenzal de Garandouy[346], al fondo de la bahía de Pisca, entre Marsella y Tolón, divisaron la barca del abate Vilbois que volvía de pesca, bajaron a la playa para ayudar a sacar la embarcación.

El abate venía solo en ella, y remaba como un auténtico marinero, con una energía rara a pesar de sus cincuenta y ocho años. Con las mangas recogidas sobre unos brazos musculosos, la sotana levantada por abajo y enlazada entre las rodillas, algo desabotonada en el pecho, la teja en el banco, a su lado, y la cabeza cubierta por un sombrero acampanado de corcho recubierto de tela blanca, parecía un sólido y extravagante eclesiástico de los países cálidos, más hecho para las aventuras que para decir misa.

De vez en cuando miraba a su espalda para fijar bien el punto de atraque, y luego volvía a remar de forma rítmica, metódica y fuerte, para demostrar una vez más, a aquellos malos marineros del Sur, cómo bogan los hombres del Norte.

La barca, lanzada, tocó la arena y se deslizó por encima como si fuera a subir toda la playa hundiendo en ella la quilla; después se detuvo en seco, y los cinco hombres que contemplaban la llegada del cura se acercaron, afables, contentos, simpáticos con el sacerdote.

«¿Y qué?, dijo uno con su fuerte acento provenzal, ¿buena pesca, señor cura?»

El abate Vilbois metió los remos, se quitó el sombrero acampanado para cubrirse con la teja, se bajó las mangas sobre los brazos, se abotonó la sotana y luego, una vez recuperado su aspecto y su prestancia de párroco del pueblo, respondió con orgullo:

«Sí, sí, muy buena, tres lubinas, dos morenas y unos cuantos jureles».

Los cinco pescadores se habían acercado a la barca e, inclinados sobre la borda, examinaban, con aire entendido, los animales muertos, las grasas lubinas, las morenas de cabeza plana, repugnantes serpientes de mar, y los jureles violetas, estriados en zigzag por franjas doradas del color de pieles de naranjas.

Uno de ellos dijo:

«Le ayudaré a llevar todo eso a su quinta, señor cura.

—Gracias, muchacho».

Después de estrechar las manos, el sacerdote se puso en camino, seguido por un hombre y dejando a los otros ocupados en cuidar de su embarcación.

Caminaba a zancadas lentas, con aire de fuerza y dignidad. Como aún estaba acalorado por haber remado con tanto vigor, se quitaba de vez en cuando el sombrero al pasar bajo la sombra ligera de los olivos, para ofrecer al aire de la tarde, siempre tibio, pero algo templado por una vaga brisa del mar abierto, su frente cuadrada, cubierta de pelo blanco, tieso y corto, una frente de oficial mucho más que una frente de cura. El pueblo se alzaba sobre una loma, en medio de un ancho valle que descendía en llanura hacia el mar.

Era una tarde de julio. Un sol deslumbrador, a punto de alcanzar la dentada cresta de unas colinas lejanas, alargaba oblicuamente sobre la blanca carretera, sepultada bajo un sudario de polvo, la interminable sombra del eclesiástico, cuya desmesurada teja paseaba por el campo vecino una ancha mancha oscura que parecía jugar a trepar ágilmente por todos los troncos de olivos que encontraba para volver a caer enseguida al suelo, donde reptaba entre los árboles.

Bajo los pies del abate Vilbois, una nube de polvo fino, de esa harina impalpable con que en verano están cubiertos los caminos provenzales, se elevaba humeando alrededor de su sotana, que se velaba y cubría por abajo con un tinte gris cada vez más claro. Refrescado ahora, y con las manos en los bolsillos, caminaba con la marcha lenta y poderosa de un montañés en medio de una ascensión. Sus ojos serenos miraban el pueblo, su pueblo, del que era párroco desde hacía veinte años, pueblo elegido por él, obtenido con gran favor, y en el que esperaba morir. La iglesia, su iglesia, coronaba el ancho cono de las casas apelotonadas a su alrededor, con sus dos torres de piedra parda, desiguales y cuadradas, que erguían en aquel hermoso valle meridional sus antiguas siluetas más parecidas a defensas de fortaleza que a campanarios de monumento sagrado.

El abate estaba contento porque había pescado tres lubinas, dos morenas y unos cuantos jureles.

Tendría este nuevo y pequeño triunfo ante sus feligreses, él, a quien sobre todo respetaban porque quizá era, pese a su edad, el hombre más musculoso de la comarca. Estas ligeras vanidades inocentes eran su mayor placer. Con la pistola en la mano era capaz de cortar tallos de flores, a veces practicaba la esgrima con el vendedor de tabaco, vecino suyo, que había sido ayudante de maestro de esgrima de regimiento, y nadaba mejor que nadie en la costa.

Era, además, un antiguo hombre de mundo, muy conocido tiempo atrás, muy elegante, el barón de Vilbois, que a los treinta y dos años se había hecho cura a raíz de un desengaño amoroso.

Descendiente de una antigua familia picarda, monárquica y religiosa, que desde hacía varios siglos venía dando sus hijos al ejército, a la magistratura o al clero, primero pensó en tomar los hábitos por consejo de su madre, luego, a instancias de su padre, se decidió a trasladarse simplemente a París para estudiar derecho y buscar luego algún cargo importante en la curia.

Pero, mientras concluía sus estudios, su padre sucumbió a una neumonía a consecuencia de unas cacerías en los pantanos, y su madre, embargada de dolor, murió poco después. Por lo tanto, al haber heredado de improviso una enorme fortuna, renunció a sus proyectos de seguir una carrera para contentarse con vivir como hombre rico.

Guapo, inteligente, aunque de un espíritu limitado por creencias, tradiciones y principios tan hereditarios como sus músculos de hidalgo picardo, agradó, tuvo éxito entre la gente seria, y saboreó la vida como hombre joven, rígido, opulento y considerado.

Pero, a raíz de algunos encuentros en casa de un amigo, se enamoró de una joven actriz, de una jovencísima alumna del Conservatorio que debutaba brillantemente en el Odéon.

Se enamoró con toda la violencia, con todo el arrebato de un hombre nacido para creer en ideas absolutas. Se enamoró viéndola a través del novelesco papel en el que había obtenido, el mismo día en que se presentó por primera vez al público, un gran éxito.

Era preciosa, perversa por naturaleza, con un aire de niña ingenua que él calificaba de angelical. Supo conquistarlo por completo, hacer de él uno de esos locos delirantes, uno de esos dementes extasiados a los que una mirada o una falda de mujer abrasa en la hoguera de las Pasiones Mortales. Así pues, la convirtió en su amante, la obligó a dejar el teatro y la amó, durante cuatro años, con un ardor siempre creciente. A pesar de su apellido y las tradiciones de honor de su familia, probablemente habría terminado casándose con ella de

no haber descubierto un día que lo engañaba desde hacía mucho tiempo con el amigo que se la había presentado.

El drama fue tanto más terrible cuanto que estaba encinta, y que él esperaba el nacimiento del niño para decidirse al matrimonio.

Cuando tuvo entre sus manos las pruebas, unas cartas, halladas casualmente en un cajón, le reprochó su infidelidad, su perfidia, su ignominia, con toda la brutalidad del semisalvaje que era.

Mas ella, hija de las aceras de París, tan impudente como impúdica, tan segura del otro hombre como de éste, atrevida además como esas hijas del pueblo que se encaraman a las barricadas por simple chulería, le hizo frente y lo insultó; y cuando él alzaba la mano, ella le mostró su vientre.

Él se detuvo, empalideció, pensó que allí, en aquella carne mancillada, en aquel cuerpo vil, en aquella criatura inmunda, había un descendiente suyo, ¡un hijo suyo! Entonces se lanzó sobre ella para aplastarlos a los dos, para aniquilar aquella doble vergüenza. Ella tuvo miedo, sintiéndose perdida, y, cuando rodaba por tierra de un puñetazo, al ver su pie dispuesto a golpear en el suelo el seno hinchado donde ya vivía un embrión de hombre, le gritó, con las manos tendidas hacia él para detener los golpes:

«No me mates. No es tuyo, es de él».

Dio un salto hacia atrás tan estupefacto, tan desconcertado que su furia permaneció en suspenso como su talón, y balbució:

«¿Qué… qué dices?»

Loca de miedo de pronto ante la muerte entrevista en los ojos y en el gesto aterradores de aquel hombre, repitió:

«No es tuyo, es de él».

Él murmuró, apretando los dientes, anonadado:

«¿El niño?

—Sí.

—Mientes».

Y de nuevo inició el gesto del pie que va a aplastar a alguien, mientras su amante, incorporada de rodillas, tratando de retroceder, seguía balbuciendo:

«Pero si te digo que es suyo. Si fuera tuyo, ¿no lo habría tenido ya hace mucho tiempo?»

Este argumento lo impresionó como la verdad misma. En uno de esos relámpagos del cerebro donde todos los razonamientos aparecen al mismo tiempo con iluminadora claridad, precisos, irrefutables, concluyentes, irresistibles, quedó convencido, estuvo seguro de que no era él el padre del

miserable hijo de zorra que llevaba en su seno; y aliviado, liberado, casi aplacado de pronto, renunció a destruir a aquella infame criatura.

Entonces le dijo con voz más serena:

«Levántate, vete, y que no te vuelva a ver nunca».

Ella obedeció, vencida, y se marchó.

No volvió a verla nunca.

También él se marchó. Bajó hacia el Sur, hacia el sol, y se detuvo en un pueblo levantado en medio de un valle, a orillas del Mediterráneo. Una fonda que miraba al mar le gustó; alquiló una habitación y se quedó. Permaneció allí dieciocho meses, con su pena, en medio de la desesperación, en total aislamiento. Vivió con el recuerdo devorador de la mujer traidora, de su encanto, de su fingimiento, de su inconfesable hechizo, y con la nostalgia de su presencia y sus caricias.

Vagaba por los valles provenzales, paseando al sol tamizado por las grisáceas hojitas de los olivos su pobre cabeza enferma donde vivía una obsesión.

Pero sus antiguas ideas piadosas y el ardor algo calmado de su fe primera volvieron muy suavemente a su corazón en aquella dolorosa soledad. La religión, que en otro tiempo se le había aparecido como un refugio contra la vida desconocida, se le aparecía ahora como un refugio contra la vida engañosa y torturadora. Había conservado el hábito del rezo. En su desengaño se aferró a él, y con frecuencia, al crepúsculo, iba a arrodillarse en la iglesia llena de sombras en la que sólo brillaba, al fondo del coro, el punto luminoso de la lámpara, guardiana sagrada del santuario, símbolo de la presencia divina.

Confió su pena a aquel Dios, a su Dios, y le contó toda su miseria. Le pedía consejo, compasión, ayuda, protección, consuelo, y en su oración, repetida cada día con más fervor, ponía siempre una emoción más profunda.

Su corazón destrozado, roído por el amor de una mujer, seguía estando abierto y palpitante, ávido de ternura; y poco a poco, a fuerza de orar, de vivir como ermitaño con hábitos de piedad crecientes, de abandonarse a esa comunicación secreta de las almas devotas con el Salvador que consuela y atrae a los miserables, entró en él el amor místico de Dios, que venció al otro.

Entonces reanudó sus primeros proyectos, y decidió ofrecer a la Iglesia una vida rota que había estado a punto de entregarle virgen.

Se hizo, pues, sacerdote. Gracias a su familia, a sus relaciones, consiguió ser nombrado párroco de aquel pueblo provenzal donde lo había lanzado el azar, y, tras dedicar a obras de beneficencia una gran parte de su fortuna,

quedándose sólo con lo que le permitiría permanecer hasta su muerte útil y compasivo con los pobres, se refugió en una existencia tranquila de prácticas piadosas y de entrega a sus semejantes.

Fue un sacerdote de miras estrechas, pero bueno, una especie de guía religioso con temperamento de soldado, un guía de la Iglesia que conducía a la fuerza por el camino recto a la humanidad errante, ciega, perdida en esa selva de la vida donde todos nuestros instintos, nuestros gustos, nuestros deseos, son senderos que extravían. Pero en él seguía viviendo mucho del hombre de otro tiempo. No dejó de seguir amando los ejercicios violentos, los deportes nobles, las armas, y detestaba a las mujeres, a todas, con un miedo de niño ante un misterioso peligro.

II

El marinero que seguía al sacerdote sentía en la lengua unas ganas muy meridionales de hablar. No se atrevía, pues el sacerdote gozaba entre sus ovejas de un gran prestigio. Pero terminó aventurándose:

«Entonces, dijo, ¿se encuentra usted a gusto en su alquería, señor cura?»

Aquella alquería era una de esas casas microscópicas donde los provenzales de ciudades y pueblos van a vivir en verano para tomar el aire. El abate había alquilado aquella casucha en un campo, a cinco minutos de la casa parroquial, demasiado pequeña y aprisionada en el centro de la parroquia, pegada a la iglesia.

No vivía con regularidad, ni siquiera en verano, en aquel campo; sólo iba a pasar unos días de vez en cuando, para vivir en plena vegetación y ejercitarse a pistola.

«Sí, amigo mío, dijo el sacerdote, me encuentro muy a gusto».

La vivienda era baja y estaba construida en medio de los árboles, pintada de rosa, listada, taraceada, cortada en trocitos por las ramas y las hojas de los olivos plantados en un campo sin cerca, donde la casa parecía haber crecido como una seta de Provenza.

Se veía también a una mujer alta que iba y venía delante de la puerta preparando una mesita para la cena, donde colocaba en cada viaje, con lentitud metódica, un solo cubierto, un plato, una servilleta, un trozo de pan, un vaso. Llevaba el gorrito de las arlesianas, puntiagudo cono de seda o de terciopelo negro sobre el que florece una seta blanca.

Cuando estuvo al tiro de voz, el cura gritó:

«¡Eh, Marguerite!»

La mujer se detuvo para mirar, y al reconocer a su amo:

«¿Es usté, señor cura?

—Sí. Le traigo una buena pesca, ahora mismo me va a asar usted una lubina, una lubina con mantequilla, sólo con mantequilla, ¿entiende?»

La sirvienta, que había salido al encuentro de los hombres, examinaba con ojo de experto los peces que traía el marinero.

«Es que ya tenemos gallina con arroz, dijo.

—Pues lo siento, el pescado de un día no es lo mismo que el pescado recién sacado del agua. Me daré una fiestecita de goloso, cosa que no ocurre todos los días; además, el pez no es demasiado grande».

La mujer escogía la lubina, y, cuando se iba con ella, se volvió:

«¡Ah!, ha venido un hombre a buscarle tres veces, señor cura».

Él preguntó con indiferencia:

«¡Un hombre! ¿Qué clase de hombre?

—Pues un hombre que no se recomienda por sí solo.

—¿Cómo? ¿Un mendigo?

—Quizá sí, no digo que no. Yo más bien diría un *maoufatan*».

El abate Vilbois se echó a reír de esa palabra provenzal que significa maleante, merodeador de caminos, porque conocía el alma timorata de Marguerite, que no podía quedarse en la alquería sin imaginar durante todo el día y sobre todo de noche que iban a ser asesinados.

Dio algunas monedas al marinero, que se marchó, y mientras decía, porque había conservado todos los hábitos de cuidados y aspecto de antiguo hombre de mundo: «Voy a echarme un poco de agua en la nariz y en las manos», Marguerite le gritó desde la cocina, donde rascaba a contrapelo, con un cuchillo, el lomo de la lubina cuyas escamas un poco manchadas de sangre se despegaban como ínfimas moneditas de plata:

«¡Ahí lo tiene!»

El abate se volvió hacia la carretera y vio en efecto a un hombre, que de lejos le pareció muy mal vestido y que, caminando muy despacio, se acercaba a la casa. Lo esperó, riéndose aún del terror de su criada, y pensando: «A fe que tiene razón, desde luego tiene toda la pinta de un *maoufatan*».

El desconocido se acercaba con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en el sacerdote, sin apresurarse. Era joven, llevaba toda la barba rubia y rizada; y unos mechones de pelo se rizaban en bucles al salir de un sombrero de fieltro blando, tan sucio y roto que nadie habría podido adivinar el color y sus formas primeras. Llevaba un largo gabán marrón, pantalones

deshilachados alrededor de los tobillos, y calzaba alpargatas, lo cual le prestaba un andar suave, mudo, inquietante, un paso imperceptible de merodeador.

Cuando estuvo a unas cuantas zancadas del eclesiástico, se quitó la gorra que le abrigaba la frente, descubriéndose con un aire algo teatral y mostrando una cabeza ajada, crapulosa y bonita, calva en la cima del cráneo, señal de cansancio o de libertinaje precoz, porque aquel hombre no tenía probablemente más de veinticinco años.

El sacerdote se descubrió también al punto, adivinando y sintiendo que no era el vagabundo ordinario, el obrero sin trabajo o el delincuente con antecedentes penales que vaga entre dos prisiones y que ya apenas sabe hablar otra cosa que el lenguaje misterioso de las cárceles.

«Buenos días, señor cura», dijo el hombre. El cura respondió simplemente: «¡Hola!», por no querer llamar «señor» a aquel transeúnte sospechoso y desharrapado. Se miraban fijamente, y el abate Vilbois, ante la mirada de aquel merodeador, se sentía turbado, emocionado, como frente a un enemigo desconocido, invadido por una de esas inquietudes extrañas que se deslizan como escalofríos en la carne y en la sangre.

Al final, el vagabundo prosiguió:

«Y bien, ¿me reconoce?»

El sacerdote, muy sorprendido, respondió:

«No, en absoluto, no le conozco.

—¡Ah!, conque no me conoce de nada. Míreme más.

—Por mucho que lo mire, no lo he visto nunca.

—Eso es cierto, replicó el otro, irónico, pero voy a enseñarle a alguien que conoce mejor».

Se puso de nuevo el sombrero y se desabrochó el gabán. Debajo, su pecho estaba desnudo. Un cinturón rojo, enrollado alrededor de su flaco vientre, le sujetaba el pantalón por encima de las caderas.

Se sacó del bolsillo un sobre, uno de esos sobres inverosímiles que todas las manchas posibles han jaspeado, uno de esos sobres que guardan, en los forros de los mendigos errantes, unos cuantos papeles, verdaderos o falsos, robados o legítimos, preciosos defensores de la libertad frente al gendarme que encuentran. Sacó una fotografía, una de esas cartulinas del tamaño de una carta, que antaño se hacían a menudo, amarillenta, gastada, arrastrada mucho tiempo por todas partes, calentada contra la carne de aquel hombre y empañada por su calor.

Entonces, levantándola junto a su cara, preguntó:

«Y a éste, ¿lo conoce?»

El abate dio dos pasos para ver mejor y se quedó pálido, trastornado, porque era su propio retrato, hecho para Ella, en la época lejana de su amor.

No respondió nada, porque no comprendía.

El vagabundo repitió:

«¿Reconoce a éste?»

Y el sacerdote balbució.

«Claro que sí.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Seguro que es usted?

—Pues claro.

—Bien, entonces mírenos ahora a los dos, a su retrato y a mí».

Ya había visto a aquel hombre desdichado, ya había visto que aquellos dos seres, el de la cartulina y el que se reía al lado, se parecían como dos hermanos, pero seguía sin comprender, y balbució:

«En fin, ¿qué quiere usted de mí?»

Entonces el mendigo, con voz perversa:

«¿Qué quiero? Pues lo que quiero es que, en primer lugar, usted me reconozca.

—¿Quién es usted?

—¿Quién soy? Pregúnteselo a cualquiera que pase por el camino, pregúnteselo a su criada, vamos a preguntárselo al alcalde del pueblo si quiere, enseñándole esto; y se reirá mucho, se lo aseguro. ¡Ah!, ¿no quiere reconocer que soy su hijo, papá cura?»

Entonces el viejo, alzando los brazos con gesto bíblico y desesperado, gimió:

«Eso no es cierto».

El joven se acercó mucho a él, frente a frente.

«¡Ay!, conque no es cierto. ¡Ay!, abate, tiene que dejar de mentir, ¿me entiende?»

Tenía una cara amenazadora y los puños cerrados, y hablaba con una convicción tan violenta que el sacerdote, siempre retrocediendo, se preguntaba cuál de los dos se engañaba en aquel momento.

Una vez más, sin embargo, afirmó:

«Nunca he tenido un hijo».

El otro replicó:

«¿Y tampoco una amante quizá?»

El anciano pronunció resueltamente una sola palabra, una confesión llena de orgullo:

«Sí.

—¿Y esa amante no estaba embarazada cuando usted la abandonó?»

De repente, la antigua cólera, ahogada veinticinco años antes, no ahogada, sino emparedada en el fondo del corazón del amante, rompió las bóvedas de fe, de devoción resignada, de renuncia a todo, que había construido sobre ella, y, fuera de sí, gritó:

«La abandoné porque me había engañado y llevaba en su seno al hijo de otro; si no, la habría matado, señor, y a usted con ella».

El joven vaciló, sorprendido a su vez por el sincero arrebato del cura, luego replicó en tono más suave:

«¿Quién le dijo eso de que aquello era el hijo de otro?

—Pues ella, ella misma, desafiándome».

Entonces el vagabundo, sin discutir aquella afirmación, concluyó con un tono indiferente de golfo que juzga una causa:

«Bueno, fue mamá la que se equivocó al provocarle, nada más».

Volviendo también a ser más dueño de sí tras aquel impulso de rabia, el abate preguntó a su vez:

«¿Y quién le ha dicho a usted que era mi hijo?

—Ella, al morir, señor cura… ¡Y además esto!»

Y tendía, ante las narices del cura, la pequeña fotografía.

El anciano la cogió y lenta, largamente, con el corazón oprimido de angustia, comparó al transeúnte desconocido con su antigua imagen, y ya no dudó más, era desde luego su hijo.

Una angustia dominó su alma, una emoción inefable, horriblemente penosa, como el remordimiento de un crimen antiguo. Comprendía algo, adivinaba el resto, volvía a ver la brutal escena de la separación. Para salvar su vida, amenazada por el hombre ultrajado, la mujer, la engañadora y pérfida hembra le había lanzado aquella mentira. Y la mentira había triunfado. Y un hijo suyo había nacido, había crecido, se había convertido en aquel sórdido trotacaminos que apestaba a vicio como un macho cabrío a bestialidad.

Murmuró:

«¿Quiere dar algunos pasos conmigo, para seguir explicándonos?»

El otro se echó a reír burlonamente.

«¡Pues claro! Para eso he venido».

Echaron a caminar juntos, uno al lado del otro, por el campo de olivos. El sol había desaparecido. El gran frescor de los crepúsculos del Sur extendía

sobre el campo un invisible manto frío. El abate temblaba y levantando de pronto los ojos, en un movimiento habitual de oficiante, vio por todas partes a su alrededor, tembloroso en el cielo, el pequeño follaje grisáceo del árbol sagrado que había albergado bajo su frágil sombra el mayor dolor, el único desfallecimiento de Cristo.

Una plegaria brotó de su interior, breve y desesperada, hecha con esa voz interior que no pasa por la boca y con la que los creyentes imploran al Salvador: «Dios mío, ayúdame».

Luego, volviéndose hacia su hijo:

«Entonces, ¿su madre ha muerto?»

Un nuevo dolor se despertaba en él al pronunciar esas palabras: «Su madre ha muerto» y crispaba su corazón, una extraña miseria de la carne del hombre que nunca acabó de olvidar, y un cruel eco de la tortura que había sufrido, pero quizá todavía más, puesto que ella había muerto, un estremecimiento de aquella delirante y breve felicidad de juventud de la que ahora sólo quedaba la llaga de su recuerdo.

El joven respondió:

«Sí, señor cura, mi madre ha muerto.

—¿Hace mucho?

—Sí, hace ya tres años».

Una duda nueva invadió al sacerdote.

«¿Y cómo no vino a buscarme antes?»

El otro vaciló.

«No he podido. He tenido problemas… Pero perdóneme por interrumpir estas confidencias que le haré más tarde, todo lo detalladas que guste, para decirle que no he comido nada desde ayer por la mañana».

Una sacudida de piedad sacudió de arriba abajo al anciano, y, tendiendo bruscamente las dos manos, dijo:

«¡Oh!, pobre hijo mío».

El joven recibió aquellas grandes manos tendidas, que envolvieron sus dedos, más delgados, tibios y febriles.

Luego respondió con aquel aire de burla que apenas dejaba sus labios:

«Bueno, de veras, empiezo a creer que acabaremos por entendernos».

El cura echó a andar.

«Vamos a cenar», dijo.

De pronto pensaba, con una pequeña alegría instintiva, confusa y rara, en el hermoso pez que había pescado y que, unido a la gallina con arroz, sería, ese día, una buena comida para aquel miserable muchacho.

La arlesiana, inquieta y ya gruñona, esperaba ante la puerta.

«Marguerite, exclamó el abate, quite la mesa y llévela a la sala, deprisa, deprisa, y ponga dos cubiertos, pero a toda prisa».

La criada estaba estupefacta ante la idea de que su amo fuera a cenar con aquel maleante.

Entonces, el abate Vilbois se puso a recoger él mismo y a transportar, a la única sala de la planta baja, el cubierto preparado para él.

Cinco minutos después estaba sentado frente al vagabundo, ante una sopera llena de sopa de coles, que hacía subir, entre sus rostros, una pequeña nube de vapor hirviente.

III

Cuando los platos estuvieron llenos, el vagabundo empezó a tragar su sopa ávidamente con rápidas cucharadas. El abate ya no tenía hambre, y únicamente aspiraba con lentitud el sabroso caldo de las coles, dejando el pan en el fondo del plato.

De pronto preguntó:

«¿Cómo se llama usted?»

El hombre rió, satisfecho de aplacar su hambre.

«Padre desconocido, dijo, sin más apellido que el de mi madre, que probablemente usted aún no habrá olvidado. Tengo, en cambio, dos nombres de pila, que no me van mucho, dicho sea entre paréntesis, Philippe-Auguste».

El abate palideció y preguntó, con un nudo en la garganta:

«¿Por qué le pusieron esos nombres?»

El vagabundo se encogió de hombros.

«Debería usted adivinarlo. Después de separarse de usted, mamá quiso hacer creer a su rival que yo era suyo, y él lo creyó poco más o menos hasta que tuve quince años. Y es que, en ese momento, empecé a parecerme demasiado a usted. Y el muy canalla renegó de mí. Me habían puesto sus dos nombres, Philippe-Auguste; y de haber tenido la suerte de no parecerme a nadie o de ser simplemente el hijo de un tercero en discordia que no hubiese aparecido, hoy me llamaría vizconde Philippe-Auguste de Pravallon, hijo tardíamente reconocido del conde del mismo nombre, senador. Yo me he bautizado “Malapata”.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Porque hubo explicaciones en mi presencia, diablos, y explicaciones bastante duras. ¡Ah!, eso enseña lo que es la vida».

Algo más penoso y más martirizador que todo lo que había sentido y sufrido desde hacía media hora oprimía al sacerdote. Sentía una especie de ahogo que empezaba, que iba a crecer y que acabaría matándolo, y eso le venía no tanto de las cosas que oía sino de la forma en que eran dichas y de la cara de crápula del granuja que las subrayaba. Entre aquel hombre y él, entre su hijo y él, empezaba a sentir ahora esa cloaca de suciedades morales que para ciertas almas son venenos mortales. ¿Era aquello su hijo? Aún no podía creerlo. Quería todas las pruebas, todas; saber todo, oír todo, escuchar todo, sufrir todo. Pensó de nuevo en los olivos que rodeaban su pequeña alquería, y murmuró por segunda vez: «¡Oh, Dios mío! Ayúdame».

Philippe-Auguste había terminado su sopa. Preguntó:

«¿No se come más, abate?»

Como la cocina se encontraba fuera de la casa, en una edificación aneja, y Marguerite no podía oír la voz de su cura, éste la avisaba de sus necesidades dando unos cuantos golpes en un gong chino colgado cerca de la pared, a su espalda.

Cogió pues el mazo de cuero y golpeó varias veces la placa redonda de metal. Escapó un sonido, débil al principio, que luego creció, se acentuó, vibrante, agudo, sobreagudo, desgarrador, horrible queja del cobre golpeado.

Apareció la criada. Traía una cara crispada y lanzaba miradas furiosas sobre el *maoufatan* como si hubiera presentido, con su instinto de perro fiel, el drama abatido sobre su amo. En sus manos llevaba la lubina asada, que despedía un sabroso olor a mantequilla derretida. El abate, con una cuchara, abrió el pescado de un extremo al otro, y ofreciendo el filete del lomo al hijo de su juventud:

«Acabo de pescarlo yo mismo hace un rato», dijo con un resto de orgullo que subsistía en su desamparo.

Marguerite no se iba.

El sacerdote prosiguió:

«Traiga vino, del bueno, el vino blanco del Cabo Corso».

Ella casi hizo un gesto de rebeldía, y él hubo de repetir, adoptando un aire severo: «Vaya, dos botellas». Porque, cuando ofrecía vino a alguien, placer raro, siempre se obsequiaba a sí mismo con una botella.

Radiante, Philippe-Auguste murmuró:

«Estupendo. Qué buena idea. Hace mucho tiempo que no he comido así».

La sirvienta volvió al cabo de dos minutos. Al abate le parecieron largos como dos eternidades, porque una necesidad de saber le quemaba ahora la sangre, tan devoradora como un fuego infernal.

Las botellas estaban descorchadas, pero la criada seguía allí, con los ojos clavados en el hombre.

«Déjenos», dijo el cura.

Ella fingió no oír.

Él repitió casi con dureza:

«Le he ordenado que nos deje solos».

Entonces se marchó.

Philippe-Auguste comía el pescado con una precipitación voraz; y su padre lo miraba, cada vez más sorprendido y afligido por toda la bajeza que descubría sobre aquella cara que se le parecía tanto. Los pequeños trozos que el abate Vilbois llevaba a sus labios se le quedaban en la boca, porque su garganta encogida se negaba a dejarlos pasar; y los masticaba largo rato, buscando, entre todas las preguntas que le venían a la mente, aquella cuya respuesta deseaba antes.

Terminó por murmurar:

«¿De qué murió?

—Del pecho.

—¿Estuvo mucho tiempo enferma?

—Dieciocho meses, más o menos.

—¿De qué le vino?

—No se sabe».

Se callaron. El abate pensaba. Eran tantas las cosas que lo angustiaban y que habría querido conocer enseguida…, pues desde el día de la ruptura, desde el día en que había estado a punto de matarla, no había sabido nada de ella. Cierto que tampoco había deseado saber más, porque la había arrojado resueltamente a una fosa de olvido, a ella, y a sus días de felicidad; pero ahora sentía nacer dentro de sí, de repente, ahora que estaba muerta, un ardiente deseo de saber, un deseo celoso, casi un deseo de amante.

Prosiguió:

«No estaba sola, ¿verdad?

—No, seguía viviendo con él».

El anciano se estremeció.

«¡Con él! ¿Con Pravallon?

—Pues claro».

Y el hombre traicionado en otro tiempo calculó que aquella misma mujer que lo había engañado había convivido más de treinta años con su rival.

Y casi a pesar suyo balbució:

«¿Fueron felices juntos?»

Riendo burlonamente, el joven respondió:

«Pues claro, ¡con altibajos! Habría sido mucho mejor sin mí. Yo siempre lo estropeo todo.

—¿Cómo, y por qué?», dijo el sacerdote.

«Ya se lo he contado. Porque creyó que era hijo suyo hasta que tuve unos quince años. Pero el viejo no era idiota, descubrió por sí solo el parecido, y entonces hubo ciertas escenas. Yo escuchaba detrás de las puertas. Acusaba a mamá de haberlo engañado. Mamá replicaba: "¿Es culpa mía? Sabías de sobra, cuando me hiciste tuya, que era la amante del otro". El otro era usted.

—¡Ah!, entonces ¿hablaban de mí alguna vez?

—Sí, pero nunca dijeron su nombre delante de mí, salvo al final, muy al final, en los últimos días, cuando mamá se sintió perdida. Después de todo, desconfiaban.

—Y usted… ¿usted se enteró pronto que su madre vivía en situación irregular?

—¡Naturalmente! No soy ningún ingenuo, créame, ni lo he sido nunca. Esas cosas se adivinan enseguida, en cuanto uno empieza a conocer el mundo».

Philippe-Auguste se servía vino vaso tras vaso. Sus ojos se encendían, el largo ayuno le proporcionaba una embriaguez rápida.

El sacerdote se dio cuenta; estuvo a punto de detenerlo, pero por su cerebro cruzó la idea de que la embriaguez lo volvería imprudente y charlatán y, cogiendo la botella, llenó de nuevo el vaso del joven.

Marguerite traía la gallina con arroz. Tras dejarla sobre la mesa, volvió a clavar sus ojos en el vagabundo, luego dijo a su amo con aire indignado:

«¿No ve que está borracho, señor cura?

—Déjanos en paz, replicó el sacerdote, y vete».

Ella salió dando un portazo.

Él preguntó:

«¿Qué es lo que su madre decía de mí?

—Pues lo que suele decirse de un hombre al que se ha dejado; que era un hombre difícil, un pelmazo para una mujer, y que le habría hecho la vida imposible con sus ideas.

—¿Dijo eso a menudo?

—Sí, algunas veces con subterfugios, para que yo no comprendiese, pero lo adivinaba todo.

—¿Y a usted cómo lo trataban en aquella casa?

—¿A mí? Muy bien al principio, y muy mal después. Cuando mamá vio que le echaba a perder el negocio, me dejó en la estacada.

—¿Cómo?

—¿Que cómo? Pues muy sencillo. Hice algunas calaveradas hacia los seis años; entonces, esos granujas me metieron en un correccional para desembarazarse de mí».

Puso los codos sobre la mesa, apoyó las dos mejillas en sus dos manos y, totalmente borracho, con la mente ahogada en el vino, fue presa de pronto de una de esas irresistibles ganas de hablar de uno mismo que hace divagar a los borrachos sobre fantásticas jactancias.

Y sonreía amablemente, con una gracia femenina en los labios, una gracia perversa que el sacerdote reconoció. No sólo la reconoció, sino que la sintió, odiada y acariciadora, aquella gracia que le había conquistado y perdido en tiempos pasados. Era a su madre a quien el hijo se parecía más ahora, no por los rasgos del rostro, sino por la mirada cautivadora y falsa y, sobre todo, por la seducción de la sonrisa engañosa que parecía abrir la puerta de la boca a todas las infamias del interior.

Philippe-Auguste contó:

«¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una vida la mía!, desde el correccional, una vida tan singular que un gran novelista pagaría mucho por ella. De veras, el viejo Dumas, con su Montecristo, no inventó cosas tan chuscas como las que a mí me han ocurrido».

Se calló con la gravedad filosófica del borracho que medita, y después, lentamente:

«Cuando se quiere que un chico salga bien, no habría que enviarlo nunca a un correccional, debido a las amistades de allá dentro, sea lo que fuere lo que haya hecho. Yo había hecho una buena, pero me salió mal. Paseaba con tres amigos, un poco achispados los cuatro, una noche, hacia las nueve, por la carretera, cerca del vado de Folac, y encuentro un coche en el que todo el mundo dormía, el conductor y su familia, gente de Martinon que regresaba de cenar en la ciudad. Cogí al caballo de la brida, lo hice subir al transbordador y empujé la barca al centro del río. Al ruido que aquello hizo, el tipo que conducía se despierta, no ve nada y da latigazos a su cabalgadura. El caballo echa a correr y salta al agua con el carruaje. ¡Todos ahogados! Me denunciaron mis amigos. Y eso que al principio se habían reído mucho con

mi broma. De veras, no habíamos pensado que saldría tan mal. Sólo esperábamos un baño, lo suficiente para reírnos un rato.

»Después de aquello, las hice peores para vengarme de la primera, que no merecía ningún castigo, palabra. Pero no vale la pena contarlas. Sólo le diré la última, porque seguro que ésta le gusta. Le he vengado, papá».

El abate miraba a su hijo con ojos aterrorizados, y había dejado de comer.

Philippe-Auguste iba a seguir hablando.

«No, dijo el sacerdote, ahora no, dentro de un rato».

Volviéndose, golpeó e hizo resonar el estridente címbalo chino.

Marguerite no tardó en entrar.

- su amo ordenó, con una voz tan dura que ella agachó la cabeza, asustada y dócil:

«Tráenos la lámpara y todo lo que te quede por sacar a la mesa, y luego no aparezcas hasta que yo no haya golpeado el gong».

La mujer salió, volvió y depositó sobre el mantel una lámpara de porcelana blanca rematada por una pantalla verde, un gran trozo de queso, fruta, y luego se marchó.

Y el abate dijo con resolución:

«Ahora le escucho».

Philippe-Auguste llenó tranquilamente su plato de postre y su vaso de vino. La segunda botella estaba casi vacía, aunque el cura apenas la hubiera tocado.

El joven prosiguió, tartamudeando, con la boca pastosa de comida y borrachera.

«Ahí va la última. Y es gorda. Había vuelto a casa… y allí seguía viviendo pese a ellos porque me temían… me tenían miedo… ¡Ah!, a mí que no me fastidien… cuando me fastidian soy capaz de todo… Ya sabe usted… vivían juntos y no vivían juntos. Él tenía dos domicilios, un domicilio de senador y un domicilio de amante. Pero vivía con mamá más a menudo que en su casa, porque no podía prescindir de ella. ¡Ah!…, mamá sí que era astuta, y hábil… ¡ella sí que sabía enganchar a un hombre! Lo tenía cogido en cuerpo y alma, y lo conservó hasta el final. ¡Son tan idiotas los hombres! Así pues, yo había vuelto a casa y los tenía dominados por el miedo. Cuando es necesario, soy muy espabilado, y en malicia, en triquiñuelas, y también con los puños, no temo a nadie. Resulta que mamá cae enferma y él la instala en una hermosa finca cerca de Meulan, en medio de un parque tan grande como un bosque. Esto dura unos dieciocho meses… como le he dicho. Después

sentimos acercarse el final. Él venía todos los días desde París, y sufría, pero esta vez de verdad.

»Y una mañana habían estado charlando cerca de una hora, y yo me preguntaba de qué podían cotorrear tanto tiempo cuando me llamaron. Y mamá me dijo:

»“Estoy a punto de morir y hay algo que quiero revelarte, a pesar de la opinión del conde”. — Al referirse a él, ella siempre lo llamaba “El conde”. — “Y es el nombre de tu padre, que todavía vive”.

«Yo se lo había preguntado más de cien veces… más de cien veces… el nombre de mi padre… más de cien veces… y ella siempre se había negado a decirlo… Creo, incluso, que un día le solté unas bofetadas para hacerla cantar, pero no sirvió de nada. Y después, para librarse de mí, me anunció que usted había muerto sin un céntimo, que no era usted gran cosa, un error de su juventud, una metedura de pata de virgen, vamos. Me lo contó tan bien que me tragué el anzuelo del todo y le di a usted por muerto.

»Conque me dijo:

»“Ése es el nombre de tu padre”.

»El otro, que estaba sentado en un sillón, replica así tres veces:

»“Es un error, es un error, es un error, Rosette”.

»Mamá se sienta en la cama. Aún estoy viéndola con los pómulos rojos y los ojos brillantes; porque a pesar de todo me quería mucho; y le dijo:

»“¡Entonces haga algo por él, Philippe!”

»Cuando le hablaba, le llamaba “Philippe” y a mí “Auguste”.

»Él se puso a chillar como un loco:

»“¡Por este crápula, nunca!, por este granuja, por este delincuente habitual, por este… este… este…”

»Y encontró calificativos para mí como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

»Yo estaba a punto de enfadarme, pero mamá me manda callar, y le dice:

»“Entonces lo que usted pretende es que se muera de hambre, porque yo no tengo nada”.

»Él replicó sin inmutarse:

»“Rosette, le he dado a usted treinta mil francos al año, desde hace treinta, eso suma más de un millón. Gracias a mí ha vivido usted como mujer rica, como mujer amada, y, me atrevo a decirlo, como mujer feliz. No debo nada a este mendigo que ha echado a perder nuestros últimos años; y no tendrá nada de mí. Es inútil que insista. Dígale el nombre del otro si usted quiere. Lo siento, pero me lavo las manos”.

»Entonces mamá se vuelve hacia mí. Yo me decía: “Bueno, al fin voy a saber quién es mi verdadero padre… si tiene pasta, estoy salvado…”

»Ella continuó:

»“Tu padre, el barón de Vilbois, se llama hoy abate Vilbois, cura de Garandouy, cerca de Toulon. Era mi amante cuando lo dejé por éste”.

»Y por fin me cuenta todo, salvo que lo engañó también a él en lo de su embarazo. Pero las mujeres, como usted sabe, nunca dicen la verdad».

Y reía burlón, inconsciente, dejando salir libremente todo el fango que llevaba dentro. Volvió a beber y, siempre con cara de hilaridad, continuó:

«Mamá murió dos días… dos días después. Él y yo seguimos su ataúd hasta el cementerio… es gracioso… él y yo… y tres criados… nada más. Él berreaba llorando como una vaca… íbamos uno al lado del otro… se hubiera dicho el papá y su hijo.

«Luego volvimos a casa. Sólo nosotros dos. Yo me decía: “Tendré que largarme sin un céntimo”. ¿Qué se me podría ocurrir para vengarme?

»Él me toca el brazo y me dice:

»“Tengo que hablarle”.

»Lo sigo a su gabinete. Se sienta ante su mesa y luego, farfullando entre lágrimas, me cuenta que no quiere ser conmigo tan malo como le decía a mamá; me ruega que no le moleste a usted… “Esto… esto nos afecta a usted y a mí…” — Me ofrece un billete de mil… mil… mil… ¿qué podía hacer yo con mil francos… yo… un hombre como yo? Vi que tenía más en el cajón, un auténtico montón. La vista de aquel dinero me da ganas de acuchillarlo. Alargo la mano para coger lo que me ofrecía, pero en lugar de recibir su limosna, salto sobre él, lo derribo, le aprieto el cuello hasta que los ojos se le ponen en blanco; luego, cuando vi que iba a morir, lo amordazo, lo ato, lo desnudo, le doy la vuelta y luego… ¡ja, ja, ja!… ¡De qué forma tan divertida lo vengué a usted!…»

Philippe-Auguste tosía, ahogándose de risa, y el abate Vilbois volvía a encontrar en el labio que levantaba un pliegue feroz y alegre la antigua sonrisa de la mujer que le había hecho perder la cabeza.

«¿Y después?», dijo.

«Después… ¡Ja, ja, ja!… Había un buen fuego en la chimenea… era diciembre… con los grandes fríos… cuando murió… mamá… un buen fuego de carbón… Cogí el atizador… lo pongo al rojo… y, zas, empiezo a hacerle cruces en la espalda, ocho, diez, no sé cuántas, luego le doy la vuelta y le hago otras tantas en el vientre. Divertido, ¿verdad, papá? Así se marcaba a los forzados en otros tiempos. Él se retorcía como una anguila… pero yo lo había

amordazado bien y no podía gritar. Luego cogí los billetes —doce—, con el mío eran trece… no me dio buena suerte. Y escapé diciendo a los criados que no molestasen al señor conde hasta la hora de la cena, porque estaba durmiendo.

«Pensaba que no diría nada, por miedo al escándalo, dado que es senador. Me equivoqué. Cuatro días después me echaban el guante en un restaurante de París. Por eso no he podido venir a verlo antes».

Volvió a beber, y farfullaba de manera que apenas pronunciaba las palabras:

«Ahora… ¡papá… papá cura!… ¡Qué divertido tener por papá a un cura!… ¡Ja, ja!, hay que ser amable, muy amable con mi menda, porque mi menda no es un cualquiera… y que le jugó una buena… ¿verdad?… una buena… al viejo…»

La misma cólera que tiempo atrás había enloquecido al abate Vilbois ante la amante traidora lo sublevaba en ese momento frente a aquel hombre abominable.

Él, que tanto había perdonado, en nombre de Dios, los infames secretos susurrados en el misterio de los confesionarios, se sentía sin piedad, sin clemencia en su propio nombre, y ahora ya no llamaba en su ayuda al Dios benigno y misericordioso, porque comprendía que ninguna protección celestial o terrena puede salvar en este mundo a aquellos sobre quienes caen tales desgracias.

Todo el ardor de su corazón apasionado y de su sangre violenta, apagado por el sacerdocio, despertaba en una rebelión irresistible contra aquel miserable que era hijo suyo, contra aquél parecido a él, y también a la madre, la madre indigna que lo había concebido semejante a ella, y contra la fatalidad que remachaba aquel pordiosero a su pie paterno como una bola de presidiario.

Veía, preveía todo con una lucidez súbita, despertado de sus veinticinco años de piadoso sueño y de tranquilidad por aquel choque.

Convencido de pronto de que tenía que hablar con firmeza para ser temido por aquel maleante y aterrorizarlo desde el principio, le dijo, con los dientes apretados de furia, y sin pensar ya en su embriaguez:

«Ahora que me ha contado todo, escúcheme. Se marchará usted mañana por la mañana. Vivirá en un pueblo que le indicaré y del que nunca saldrá a no ser por orden mía. Le pasaré una pensión que le bastará para vivir, pero pequeña, porque no tengo dinero. Si desobedece una sola vez, se habrá acabado todo y tendrá que vérselas conmigo…»

Aunque embrutecido por el vino, Philippe-Auguste comprendió la amenaza; y el criminal que había en él surgió de golpe. Escupió entre hipos estas palabras:

«¡Ah!, papá, no me la juegues… Eres cura… te tengo cogido… ¡y pasarás por el aro, como los otros!»

El cura se sobresaltó; y en sus músculos de viejo hércules hubo una invencible necesidad de agarrar a aquel monstruo, de doblarlo como una varilla y de demostrarle que tendría que ceder.

Le gritó, sacudiendo la mesa y lanzándosela al pecho:

«¡Ah!, tenga cuidado, tenga cuidado… yo sí que no tengo miedo de nadie…»

El borracho, perdiendo el equilibrio, se bamboleaba en su silla. Sintiendo que iba a caerse y que estaba en poder del sacerdote, estiró la mano, con mirada de asesino, hacia uno de los cuchillos que había sobre el mantel. El abate Vilbois vio el gesto y dio a la mesa tal empujón que su hijo cayó de espaldas y quedó tendido en el suelo. La lámpara rodó también y se apagó.

Durante unos segundos, un delicado tintineo de vasos que chocan entre sí cantó en la sombra; después se produjo una especie de deslizamiento de cuerpo blando sobre el pavimento, luego nada más.

Una vez rota la lámpara, la oscuridad súbita los envolvió tan repentina, inesperada y profundamente que se quedaron estupefactos como ante un suceso espantoso. El borracho, acurrucado contra la pared, había dejado de moverse; y el sacerdote seguía en su silla, sumido en aquellas tinieblas que ahogaban su cólera. Aquel velo de sombra arrojado sobre él que contenía su arrebato inmovilizó también el impulso furioso de su alma; y otras ideas lo asaltaron, negras y tristes como la oscuridad.

Se hizo el silencio, un silencio espeso de tumba cerrada, donde ya nada parecía vivir y respirar. Nada tampoco llegaba del exterior, ni el rodar lejano de un carruaje, ni un ladrido de perro, ni siquiera un leve soplo de viento deslizándose entre las ramas o sobre las paredes.

Aquello duró mucho, muchísimo tiempo, quizá una hora. Después, de repente, ¡resonó el gong! Resonó herido por un solo golpe duro, seco y fuerte, al que siguió un gran ruido extraño de caída y de silla volcada.

Marguerite, al acecho, acudió; pero nada más abrir la puerta retrocedió espantada ante la oscuridad impenetrable. Luego, temblando, con el corazón acelerado y la voz jadeante y baja, llamó:

«Señor cura, señor cura».

Nadie respondió, nada se movió.

«Dios mío, Dios mío, pensó, ¿qué han hecho, qué ha ocurrido?»

Pero de pronto, a pesar de su miedo, un deseo instintivo de auxiliar a su amo y una de esas valentías de mujer que a veces las vuelven heroicas llenaron su alma de aterrada audacia y, corriendo a su cocina, volvió con su quinqué.

Se detuvo en la puerta de la sala. Primero vio al vagabundo, tendido junto a la pared, y que dormía o parecía dormir; después, la lámpara rota; luego, debajo de la mesa, los dos pies negros y las piernas de medias negras del abate Vilbois, que había debido de caerse de espaldas y golpear el gong con la cabeza.

Palpitante de espanto, con las manos trémulas, repetía:

«Dios mío, Dios mío, ¿qué es esto?»

Y cuando avanzaba a pasitos cortos, con lentitud, resbaló en algo grasiento y estuvo a punto de caer. Adivinó que era sangre.

Enloquecida, huyó arrojando su luz para no ver nada, y se precipitó en el campo, en dirección al pueblo. Caminaba chocando contra los árboles, con los ojos clavados en las luces lejanas y chillando.

Su voz aguda volaba en la noche como un siniestro grito de lechuza y clamaba sin cesar: «El *maoufatan*… el *maoufatan*… el *maoufatan*…»

Cuando alcanzó las primeras casas, unos hombres asustados salieron y la rodearon; pero ella se debatía sin responder, porque había perdido la cabeza.

Terminaron comprendiendo que en el campo del cura acababa de ocurrir una desgracia, y se armó un grupo para correr en su ayuda.

En medio del campo de olivos, la pequeña alquería pintada de rosa se había vuelto invisible y negra en la oscuridad profunda y muda. Desde que la luz única de su ventana iluminada se había apagado como un ojo cerrado, permanecía anegada en la sombra, perdida en las tinieblas, inencontrable para quien no fuese natural del pueblo.

No tardaron en correr a ras de tierra, a través de los árboles, unas luces dirigiéndose hacia ella. Paseaban sobre la hierba quemada largas claridades amarillas; y, bajo su errante resplandor, los troncos atormentados de los olivos parecían a veces monstruos, serpientes infernales enlazadas y retorcidas. Los reflejos proyectados a lo lejos hicieron surgir de pronto en la oscuridad una cosa blanquecina y vaga, luego la pared baja y cuadrada de la pequeña casa no tardó en volverse rosa ante las linternas. Las llevaban algunos aldeanos, escoltando a dos gendarmes con el revólver empuñado, al guarda rural, al alcalde y a Marguerite, a quien unos hombres sostenían porque desfallecía.

Ante la puerta que seguía abierta, espantosa, hubo un momento de vacilación. Pero el sargento, cogiendo un farol, entró seguido por los otros.

La sirvienta no había mentido. La sangre, ahora coagulada, cubría el pavimento como una alfombra. Había corrido hasta el vagabundo, bañando una de sus piernas y una de sus manos.

Padre e hijo dormían, el uno con el cuello degollado, el sueño eterno, el otro el sueño de los borrachos. Los dos gendarmes se arrojaron sobre éste, y antes de que hubiera despertado tenía encadenadas las muñecas. Se frotó los ojos, estupefacto, embrutecido por el vino; y cuando vio el cadáver del sacerdote, pareció aterrado y no comprender nada.

«¿Cómo no se ha escapado?», dijo el alcalde.

«Estaba demasiado borracho», replicó el sargento.

Y todos fueron de su opinión, porque a nadie se le ocurrió que tal vez el abate Vilbois había podido poner fin a su vida.

¿Quién sabe?[347]

I

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Así que por fin voy a escribir lo que me ha ocurrido! Pero ¿podré? ¿Me atreveré? ¡Es tan extravagante, tan inexplicable, tan incomprensible, tan loco!

Si no estuviera seguro de lo que he visto, seguro de que en mis razonamientos no ha habido ningún fallo, ningún error en mis comprobaciones, ninguna laguna en la inflexible sucesión de mis observaciones, me creería un simple alucinado, el juguete de una extraña visión. Después de todo, ¿quién sabe?

En la actualidad estoy en una casa de salud; pero ingresé en ella voluntariamente, por prudencia, ¡por miedo! Solo una persona conoce mi historia. El médico de aquí. Voy a escribirla. No sé muy bien por qué. Para librarme de ella, porque la siento dentro de mí como una pesadilla intolerable.

Es ésta:

Siempre he sido un solitario, un soñador, una especie de filósofo aislado, bondadoso, que se conformaba con poco, sin acritud contra los hombres ni rencor contra el cielo. He vivido solo, sin cesar, a consecuencia de una especie de molestia que la presencia de los otros insinúa en mí. ¿Cómo explicarlo? No podría. No es que me niegue a ver a la gente, a hablar, a cenar con amigos, pero en cuanto los siento cerca de mí mucho rato, hasta los más íntimos me hartan, me fatigan, me enervan, y siento unas ganas crecientes, agobiantes, de verlos marcharse o de irme yo, de estar solo.

Esas ganas son más que una necesidad, es una obligación irresistible. Y si la presencia de las personas con las que me encuentro continuase, si debiera, no escuchar, sino seguir oyendo largo rato sus conversaciones, me daría con toda seguridad un ataque. ¿De qué clase? ¡Ah!, ¿quién sabe? ¿Un simple síncope acaso? ¡Sí, probablemente!

Me gusta tanto estar solo que ni siquiera puedo soportar la vecindad de otros seres durmiendo bajo mi techo; no puedo vivir en París porque para mí sería una perpetua agonía. Muero moralmente, y también me martiriza el cuerpo y los nervios esa inmensa muchedumbre que bulle, que vive a mi alrededor, incluso cuando duerme. ¡Ah!, el sueño de los otros me resulta más penoso todavía que su conversación. Y nunca puedo descansar cuando sé, cuando siento, detrás de una pared, unas existencias interrumpidas por esos regulares eclipses de la razón.

¿Por qué soy así? ¿Quién sabe? La causa quizá sea muy simple: todo lo que no ocurre dentro de mí me fatiga muy pronto. Y son muchos los que están en mi mismo caso.

En la tierra existimos dos razas. Aquellos que necesitan a los demás, a quienes los demás distraen, ocupan, descansan, y a los que la soledad abruma, agota y aniquila, como la ascensión de un terrible glaciar o la travesía del desierto, y aquellos otros a quienes los demás, por el contrario, cansan, aburren, molestan, producen agujetas, mientras que el aislamiento los calma, los baña de reposo en la independencia y la fantasía de sus pensamientos.

En resumen, se trata de un fenómeno psíquico normal. Los unos están dotados para vivir hacia afuera, los otros para vivir hacia adentro. En mí, la atención exterior es breve y se agota pronto, y desde el momento en que alcanza su límite, siento, en todo mi cuerpo y en toda mi inteligencia, un malestar intolerable.

De donde resulta que me apego, que me había apegado mucho a los objetos inanimados que para mí asumen una importancia de seres, y que mi casa se ha convertido, se había convertido, en un mundo donde vivía una existencia solitaria y activa, en medio de cosas, de muebles, de viejos objetos familiares, simpáticos a mis ojos como rostros. Había ido llenándola poco a poco, la había engalanado, y dentro me sentía contentó, satisfecho, tan feliz como entre los brazos de una mujer adorable cuyas caricias habituales se han convertido en una sosegada y dulce necesidad.

Había mandado construir aquella casa en un bello jardín que la aislaba de las rutas, y a las puertas de una ciudad donde podía encontrar, llegado el caso, los recursos de la vida social cuyo deseo sentía por momentos. Todos mis criados dormían en un pabellón alejado, al fondo de la huerta, rodeada por una alta tapia. La envoltura oscura de las noches, en el silencio de mi morada perdida, escondida, ahogada bajo las hojas de los grandes árboles, era para mí tan descansada y agradable que todas las noches vacilaba, durante varias horas, en meterme en la cama para saborearla más tiempo.

Aquel día habían representado Sigurd[348] en el teatro de la ciudad. Era la primera vez que oía yo ese bello drama musical y mágico, y me había producido un vivo placer.

Volvía a pie, con paso alegre, la cabeza llena de frases sonoras y la mirada frecuentada por bonitas visiones. Era noche cerrada, tan cerrada que apenas distinguía la carretera y a punto estuve, varias veces, de caer de cabeza en la cuneta. Del fielato a mi casa hay un kilómetro aproximadamente, quizá algo más, es decir, veinte minutos de marcha lenta. Era la una de la madrugada, la una o la una y media; el cielo se aclaró un poco delante de mí y apareció la media luna, la triste media luna del último cuarto de la luna. La media luna del primer cuarto, la que se levanta a las cuatro o cinco de la tarde, es clara, alegre, con un barniz de plata, pero la que se levanta después de medianoche es rojiza, sombría, inquietante: es la verdadera media luna del Sabbat[349]. Todos los noctámbulos han debido de hacer esa observación. El primero, aunque sea delgado como un hilo, arroja una lucecita gozosa que alegra el corazón y dibuja sobre la tierra sombras netas; el último apenas difunde una luz moribunda, tan apagada que casi no hace sombras.

Vi a lo lejos la masa sombría de mi jardín, y no sé de dónde me vino una especie de malestar ante la idea de adentrarme en él. Acorté el paso. Hacía muy buen tiempo. El gran montón de árboles parecía una tumba en la que estaba sepultada mi casa.

Abrí mi cancela y me adentré por la larga alameda de sicómoros que se dirigía hacia la casa, arqueada en forma de bóveda como un alto túnel, atravesando unos macizos opacos y bordeando los céspedes donde los arriates de flores plantaban, bajo las empalidecidas tinieblas, manchas ovales de matices indistintos.

Al acercarme a la casa, una singular turbación se apoderó de mí. No se oía nada. No corría entre las hojas el menor soplo de aire. «¿Qué es lo que me pasa?», pensé. Hacía diez años que volvía de aquella manera sin que nunca me hubiera rozado la menor inquietud. No tenía miedo. Nunca he tenido miedo de noche. La vista de un hombre, de un merodeador, de un ladrón, habría sacudido de rabia mi cuerpo y habría saltado sobre él sin vacilar. Además, iba armado. Llevaba mi revólver. Pero no lo toqué, porque quería resistirme a aquella influencia de miedo que germinaba dentro de mí.

¿Qué era? ¿Un presentimiento? ¿El presentimiento misterioso que se apodera de los sentidos de los hombres cuando van a ver lo inexplicable? Quizá. ¿Quién sabe?

A medida que avanzaba, me corrían escalofríos por la piel, y cuando estuve frente al muro, con las contraventanas cerradas, de mi enorme mansión, sentí que necesitaría esperar unos minutos antes de abrir la puerta y entrar. Entonces me senté en un banco, bajo las ventanas de mi salón. Me quedé allí, un poco vibrante, con la cabeza apoyada contra la pared, los ojos abiertos sobre las sombras del follaje. Durante esos primeros instantes no observé nada insólito a mi alrededor. Me zumbaban un poco los oídos; pero eso me ocurre a menudo. A veces me parece que oigo pasar trenes, que oigo sonar campanas, que oigo caminar a una muchedumbre.

Pero muy pronto aquellos zumbidos se volvieron más nítidos, más precisos, más reconocibles. Me había engañado. No era el zumbido ordinario de mis arterias el que ponía en mis oídos aquellos rumores, sino un ruido muy singular, aunque muy confuso, que procedía, sin posibilidad de duda, del interior de mi casa.

Distinguía a través de la pared aquel ruido continuo, más agitación que ruido, una agitación vaga de un montón de cosas, como si estuvieran sacudiendo, desplazando, arrastrando suavemente todos mis muebles.

¡Oh!, durante un rato bastante largo seguí sin dar crédito a mis oídos. Pero, al pegar la oreja en una contraventana para percibir mejor aquella turbación extraña de mi casa, quedé convencido, seguro, de que algo anormal e incomprensible ocurría en ella. No tenía miedo, pero estaba… ¿cómo explicarlo?… asustado de asombro. No monté mi revólver, mi intuición me aseguraba que no me haría la menor falta. Esperé.

Esperé mucho rato, sin poder decidirme a nada, con la mente lúcida, pero locamente ansiosa. Esperé de pie, sin dejar de escuchar el ruido que crecía, que por momentos adquiría una intensidad violenta, que parecía convertirse en un gruñido de impaciencia, de cólera, de misteriosa revuelta.

Luego, de repente, avergonzado de mi cobardía, cogí mi manojo de llaves, elegí la que necesitaba, la hundí en la cerradura, le di dos vueltas y, empujando la puerta con todas mis fuerzas, envié su batiente a chocar contra el tabique.

El golpe sonó como una detonación de fusil, y resulta que a ese ruido de explosión respondió, de arriba abajo de mi casa, un formidable alboroto. Fue tan súbito, tan terrible, tan ensordecedor que retrocedí unos pasos y, aunque seguía sabiendo que era inútil, saqué mi revólver de su funda.

Esperé todavía, aunque poco tiempo. Ahora percibía un extraordinario pisoteo en los peldaños de mi escalera, en el entarimado, en las alfombras, un pisoteo no de calzado ni de zapatos humanos, sino de muletas de madera y de

muletas de hierro que vibraban como címbalos. Y he aquí que de repente vi, en el umbral de la puerta, un sillón, mi gran sillón de lectura, que salía contoneándose. Se fue por el jardín. Otros lo siguieron, los de mi salón, luego los canapés bajos arrastrándose como cocodrilos sobre sus cortas patas, luego todas mis sillas, con brincos de cabras, y los pequeños taburetes que trotaban como conejos.

¡Oh, qué emoción! Me metí en un macizo donde permanecí agazapado mientras contemplaba aquel desfile de mis muebles, pues se marchaban todos, unos tras otros, deprisa o despacio, según su tamaño y su peso. Mi piano, mi gran piano de cola, pasó con un galope de caballo desbocado y un murmullo de música en el costado, los menores objetos se deslizaban sobre la arena como hormigas, los cepillos, los cristales, las copas en las que la luz de la luna prendía fosforescencias de luciérnagas. Las telas reptaban, se desplegaban en charcos igual que los pulpos del mar. Vi aparecer mi escritorio, un valioso mueble del siglo anterior, que contenía todas las cartas que he recibido, toda la historia de mi corazón, ¡una vieja historia que tanto me hizo sufrir! Y dentro también había fotografías.

De repente dejé de tener miedo, me lancé sobre él y lo agarré como se agarra a un ladrón, como se agarra a una mujer que huye; pero llevaba una marcha irresistible y, a pesar de mis esfuerzos, a pesar de mi cólera, no pude siquiera aminorar su marcha. Cuando me resistía como un desesperado frente a aquella fuerza espantosa, caí al suelo luchando contra él. Entonces me arrolló, me arrastró por la arena, y los muebles, que lo seguían, ya empezaban a caminar sobre mí, pisándome las piernas y magullándolas; luego, una vez que lo hube soltado, los demás pasaron sobre mi cuerpo lo mismo que una carga de caballería sobre un soldado desmontado.

Loco de espanto, pude al fin arrastrarme fuera de la gran alameda y esconderme de nuevo entre los árboles, para ver desaparecer los objetos más ínfimos, los más pequeños, los más modestos, los más ignorados por mí, que me habían pertenecido.

Después oí a lo lejos, en mi hogar, sonoro ahora como las casas vacías, un formidable ruido de puertas que se cierran. Resonaron portazos de arriba abajo de la morada, hasta que la del vestíbulo, que yo mismo, insensato, había abierto para aquella salida, terminó por cerrarse, la última.

También yo huí, corriendo hacia la ciudad, y solo recobré mi sangre fría en las calles, al encontrarme con gente rezagada. Fui a llamar a la puerta de un hotel donde me conocían. Había sacudido mis ropas con las manos para quitarme el polvo, y conté que había perdido mi manojo de llaves, que incluía

también la de la huerta, donde dormían mis criados en una casa aislada, detrás de la cerca que preservaba mis frutas y mis verduras de la visita de los merodeadores.

Me tapé hasta los ojos en la cama que me dieron. Pero no pude dormir, y esperé la llegada del día escuchando los brincos de mi corazón. Había ordenado que avisaran a mis criados en cuanto amaneciese, y mi ayuda de cámara llamó a mi puerta a las siete de la mañana.

Su rostro parecía alterado.

«Esta noche ha ocurrido una gran desgracia, señor, dijo.

—¿Qué ha sido?

—Han robado todo el mobiliario del señor, todo, todo, hasta los objetos más pequeños.»

Aquella noticia me agradó. ¿Por qué? ¿Quién sabe? Yo era dueño de mí, estaba seguro de disimular, de no decir a nadie nada de lo que había visto, de ocultarlo, de enterrarlo en mi conciencia como un secreto espantoso. Respondí:

«Entonces son las mismas personas que me robaron las llaves. Hay que avisar enseguida a la policía. Voy a levantarme y dentro de unos instantes me reúno con usted».

La investigación duró cinco meses. No se descubrió nada, no se encontró ni el más pequeño de mis objetos antiguos, ni el más ligero rastro de los ladrones. ¡Pardiez! Si hubiera contado lo que sabía… Si lo hubiera contado… me habrían encerrado a mí, no a los ladrones, sino al hombre que había podido ver una cosa como aquélla.

¡Oh!, supe callarme. Pero no volví a amueblar mi casa. Era perfectamente inútil. Todo aquello se habría repetido. No quería entrar de nuevo en ella. Y no volví. No volví a verla.

Me vine a París, a un hotel, y consulté a los médicos sobre el estado de mis nervios, que me preocupaba mucho desde aquella noche deplorable.

Ellos me animaron a viajar. Seguí su consejo.

II

Empecé por una excursión a Italia. El sol me hizo bien. Durante seis meses vagué de Génova a Venecia, de Venecia a Florencia, de Florencia a Roma, de Roma a Nápoles. Luego recorrí Sicilia, tierra admirable por su naturaleza y sus monumentos, reliquias dejadas por los griegos y los

normandos. Pasé a África, crucé pacíficamente ese gran desierto amarillo y calmo por el que andan errantes camellos, gacelas y árabes vagabundos, donde, en el aire ligero y transparente, no flota ninguna obsesión ni de día ni de noche[350].

Regresé a Francia por Marsella, y, a pesar de la alegría provenzal, me entristeció la luz menguada del cielo. Al volver al continente sentí la extraña impresión de un enfermo que se cree curado y al que un dolor sordo avisa de que no se ha apagado el foco del mal.

Luego volví a París. Al cabo de un mes, me aburrí. Era otoño, y quise hacer, antes del invierno, una excursión a través de Normandía, que no conocía.

Empecé por Ruán, por supuesto, y durante ocho días vagué distraído, arrobado, entusiasmado por esa ciudad de la Edad Media, por ese sorprendente museo de extraordinarios monumentos góticos.

Pero una tarde, hacia las cuatro, cuando me metía por una calle inverosímil por donde corre un río negro como la tinta llamada «Eau-de-Robec»[351], mi atención, totalmente fija en la fisionomía extraña y antigua de las casas, se vio desviada de repente hacia la vista de una serie de tiendas de chamarileros que se sucedían de puerta en puerta.

Al fondo de los negros comercios se veían amontonados arcones tallados, lozas de Ruán, de Nevers, de Moustiers, estatuas pintadas, otras de roble, cristos, vírgenes, santos, ornamentos de iglesia, casullas, capas pluviales, e incluso vasos sagrados y un viejo tabernáculo de madera dorada del que Dios se había mudado. ¡Oh, qué singulares cavernas en aquellas altas casas, en aquellas grandes casas, llenas, desde los sótanos a los desvanes, de objetos de cualquier especie, cuya existencia parecía acabada, que sobrevivían a sus naturales propietarios, a su siglo, a su época, a sus modas, para ser comprados, como curiosidades, por las nuevas generaciones!

Mi enternecimiento por los objetos viejos volvía a despertar en aquella ciudad de anticuarios. Iba de tienda en tienda, cruzando de dos zancadas los puentes de cuatro tablas podridas tendidas sobre la nauseabunda corriente del Eau-de-Robec.

¡Misericordia! ¡Qué sacudida! Uno de mis armarios más hermosos se me apareció en el borde de una bóveda atestada de objetos y que parecía la entrada de las catacumbas de un cementerio de muebles antiguos. Al acercarme temblaban todos mis miembros, temblaban tanto que no me atrevía a tocarlo. Alargaba la mano, vacilaba. Sin embargo, era él: un armario Luis XIII único, reconocible por todo el que hubiera podido verlo una sola vez.

Dirigiendo de repente la vista algo más lejos, hacia las profundidades más sombrías de aquella galería, vi tres de mis sillones tapizados de petit-point, luego, más lejos todavía, mis dos mesas Enrique II[352], tan raras que venían a verlas desde París.

¡Imaginen! ¡Imagínense el estado de mi alma!

Y avancé, atónito, agonizante de emoción, pero avancé, porque soy valiente, avancé de la misma forma que un caballero de las épocas tenebrosas penetraba en una morada de sortilegios. Paso a paso volvía a encontrar todo lo que me había pertenecido, mis arañas, mis libros, mis cuadros, mis telas, mis armas, todo, salvo el escritorio que contenía todas mis cartas, y que no vi.

Caminaba, descendiendo a oscuras galerías para remontar luego a los pisos superiores. Estaba solo. Llamaba, nadie respondía. Estaba solo; no había nadie en aquella casa enorme y tortuosa como un laberinto.

Llegó la noche, y hube de sentarme, en medio de las tinieblas, en una de mis sillas, porque no quería marcharme de ningún modo. De vez en cuando gritaba: «¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien?»

Seguramente, hacía más de una hora que estaba allí cuando oí pasos, unos pasos ligeros, lentos, no sé dónde. Estuve a punto de echar a correr; pero, envarándome rígido, llamé de nuevo, y distinguí un resplandor en la habitación contigua.

«¿Quién anda ahí?», dijo una voz.

Yo respondí:

«Un comprador».

Replicaron:

«Es muy tarde para entrar así en las tiendas».

Yo continué:

«Le espero desde hace más de una hora.

—Podía usted volver mañana.

—Mañana me habré ido de Ruán».

No me atrevía a avanzar, y él no venía. Yo seguía viendo el resplandor de su luz iluminando un tapiz donde dos ángeles volaban sobre los muertos de un campo de batalla. También me pertenecía. Dije:

«Bueno, ¿viene o no?»

Él respondió.

«Lo estoy esperando.»

Me levanté y fui hacia él.

En el centro de un gran salón había un hombrecillo muy pequeño, muy pequeño y muy gordo, gordo como un fenómeno, como un repugnante

fenómeno.

Tenía una barba extravagante, de pelos desiguales, ralos y amarillentos, ¡y ni un pelo en la cabeza! ¿Ni un pelo? Como sostenía su vela alzada hasta donde le daba el brazo para verme, su cráneo me pareció una pequeña luna en aquella amplia habitación atestada de viejos muebles. La cara era arrugada y abotargada, y los ojos, imperceptibles.

Regateé el precio de tres sillas que eran mías, y pagué por ellas en el acto una fuerte suma, limitándome a dar el número de mi habitación en el hotel. Debían entregarse al día siguiente antes de las nueve.

Luego salí. Me acompañó hasta su puerta con mucha cortesía.

Me dirigí enseguida a la comisaría central de Policía donde relaté al comisario el robo de mi mobiliario y el descubrimiento que acababa de hacer.

Él, acto seguido, pidió informes por telégrafo al juzgado que había instruido el caso de aquel robo, rogándome que esperase la respuesta. Al cabo de una hora le llegó, plenamente satisfactoria para mí.

«Ahora mismo voy a mandar que detengan a ese hombre y a interrogarlo enseguida, me dijo, porque podría haber concebido alguna sospecha y hacer desaparecer lo que le pertenece a usted. Vaya a cenar y vuelva dentro de dos horas, lo tendré aquí y le haré sufrir un nuevo interrogatorio en su presencia.

—Encantado, señor. Se lo agradezco de todo corazón.»

Fui a cenar a mi hotel, y comí mejor de lo que me había imaginado. De cualquier modo, estaba bastante contento. Lo teníamos.

Dos horas más tarde volví al despacho del funcionario de Policía, que me esperaba.

«¡Bueno, señor!, me dijo al verme. No hemos encontrado a su hombre. Mis agentes no han podido echarle el guante.»

¡Ay! Me sentí desfallecer.

«Pero… ¿han encontrado ustedes la casa?, pregunté.

—Desde luego. Y será vigilada y custodiada hasta que regrese. Pero él ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Desaparecido. Suele pasar las veladas en casa de su vecina, chamarilera también, una especie de bruja, la viuda Bidoin. No le ha visto esta tarde y no puede dar ningún informe sobre él. Hay que esperar a mañana.»

Me marché. ¡Ay, qué siniestras, turbadoras y frecuentadas por aparecidos me parecieron las calles de Ruán!

Dormí muy mal, con pesadillas que interrumpían mi sueño.

Como no quería parecer demasiado inquieto o precipitado, al día siguiente esperé a las diez para dirigirme a la Policía.

El comerciante no había reaparecido. Su tienda seguía cerrada.

El comisario me dijo:

«He hecho todas las gestiones necesarias. El juzgado está al corriente del asunto; iremos juntos a esa tienda, haré que la abran y usted me indicará todo lo que es suyo».

Un cupé nos llevó. Había unos agentes estacionados, con un cerrajero, delante de la puerta de la tienda, que fue abierta.

Al entrar no vi ni mi armario, ni mis sillones, ni mis mesas, ni nada, nada de cuanto había amueblado mi casa, pero nada, mientras que la noche anterior no podía dar un paso sin encontrar alguno de mis objetos.

El comisario jefe, sorprendido, me miró al principio con desconfianza.

«Dios mío, señor, le dije, la desaparición de estos muebles coincide extrañamente con la del comerciante.»

Sonrió.

«¡Es cierto! Hizo usted mal ayer comprando y pagando esos objetos de su propiedad. Eso lo alertó.»

Proseguí:

«Lo que me parece incomprensible es que todos los lugares ocupados por mis muebles están ahora ocupados por otros.

—¡Oh!, respondió el comisario, ha tenido toda la noche, y cómplices probablemente. Esta casa debe de comunicarse con las vecinas. Descuide, señor, voy a ocuparme con gran interés de este caso. Ese ladrón no andará suelto mucho tiempo, ya que vigilamos su madriguera».

¡Ay! Mi corazón, mi corazón, mi pobre corazón, ¡cómo latía!

Permanecí quince días en Ruán. Nuestro hombre no volvió. ¡Pardiez! ¡Pardiez! ¿Quién habría podido pescar a aquel hombre o sorprenderlo?

Pero el decimosexto día, por la mañana, recibí de mi jardinero, guardián de mi casa saqueada y que seguía vacía, la extraña carta que sigue:

«Señor,

Tengo el honor de informar al señor de que la noche pasada ha ocurrido algo que nadie comprende, y la policía menos que nosotros. Todos los muebles han vuelto, todos sin excepción, todos, hasta los objetos más pequeños. La casa está ahora exactamente igual a como estaba la víspera del robo. Es para volverse loco. Ocurrió la noche del viernes al sábado. Los

senderos están llenos de baches como si todo lo hubieran arrastrado desde la verja a la puerta. Eso ocurrió también el día de la desaparición.

Quedamos en espera del señor, del quien soy su muy humilde servidor.

Raudin, Philippe».

¡Ah, no! ¡Ah, eso sí que no! ¡No! ¡No volveré allí!

Llevé la carta al comisario de Ruán.

«Es una restitución muy hábil. Hagámonos los muertos. Ya pescaremos a nuestro hombre uno de estos días.»

Pero no lo pescaron. No. No lo han pescado, y yo le tengo miedo ahora, como si fuera un animal feroz suelto tras mis pasos.

¡Inencontrable! Ese monstruo con cráneo de luna ¡es inencontrable! No lo cogerán nunca. No volverá más a su tienda. ¡Qué le importa a él! Sólo yo puedo encontrarlo, y no quiero.

¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

Y si vuelve, si regresa a su tienda, ¿quién podrá probar que mis muebles estaban allí? Contra él sólo existe mi testimonio; y me doy perfecta cuenta de que se vuelve sospechoso.

¡Ah, no y no! Aquella existencia resultaba ya imposible. Y no podía guardar el secreto de lo que había visto. No podía continuar viviendo como todo el mundo con el temor a que cosas semejantes volvieran a repetirse.

Vine a ver al médico que dirige esta casa de salud y se lo conté todo.

Después de haberme interrogado largo rato, me dijo:

«¿Tendría usted inconveniente, caballero, en quedarse aquí un tiempo?

—Lo haré encantado, señor.

—¿Tiene usted fortuna?

—Sí, señor.

—¿Quiere un pabellón aislado?

—Sí, señor.

—¿Querrá recibir a amigos?

—No, señor, no, a nadie. El hombre de Ruán podría atreverse a perseguirme hasta aquí para vengarse».

Y estoy solo, solo, completamente solo desde hace tres meses. Estoy casi tranquilo. Sólo tengo un temor… Si el anticuario se volviera loco… y si lo trajeran a este asilo… ¡Ni las mismas cárceles son seguras!

Las tumbales[353]

Los cinco amigos acababan de cenar, cinco hombres de mundo, maduros, ricos, tres casados, dos solteros. Se reunían así todos los meses en recuerdo de su juventud, y, después de haber cenado, hablaban hasta las dos de la madrugada. Como seguían siendo amigos íntimos y disfrutaban juntos, aquellas noches tal vez les parecían las mejores de su vida. Charlaban de todo, de todo lo que ocupa y entretiene a los parisienses; había entre ellos, como por lo demás en la mayoría de los salones, una especie de repaso hablado de la lectura de los periódicos de la mañana.

Uno de los más alegres era Joseph de Bardon, soltero, que vivía la vida parisiense de la forma más completa y fantasiosa. No era en absoluto un libertino ni un depravado, sino un curioso, un hombre feliz todavía joven; porque apenas tenía cuarenta años. Hombre de mundo en el sentido más amplio y más benévolo que pueda merecer esa palabra, dotado de mucho ingenio sin gran profundidad, de un saber vario sin verdadera ambición, de una comprensión ágil sin penetración seria, extraía de sus observaciones, de sus aventuras, de todo lo que veía, encontraba y hallaba, anécdotas de novela cómica y filosófica a la vez, y observaciones humorísticas que en la ciudad le daban gran reputación de ingenio.

Era el orador de la cena. Cada vez tenía una historia, con la que los demás contaban; empezó a narrarla sin que nadie se lo hubiera rogado.

Fumando, de codos sobre la mesa, con una copa de *fine-champagne* a medias llena delante del dueño, embotado por aquella atmósfera de tabaco aromatizado por el café caliente, parecía encontrarse en su elemento, como ciertos seres están absolutamente en su casa en ciertos lugares y en ciertos momentos, como una devota en una capilla, como un pez de colores en su globo de cristal.

Dijo entre dos bocanadas de humo:

«Hace un tiempo me ocurrió una singular aventura».

Todas las bocas pidieron casi al unísono: «Cuente».

Él prosiguió.

*

Encantado. Saben ustedes que paseo mucho por París, como los coleccionistas de antigüedades que rebuscan en los escaparates. Acecho los espectáculos, la gente, todo lo que pasa y todo lo que ocurre.

Y hacia mediados de septiembre, con tiempo muy bueno en ese momento, salí de casa una tarde sin saber adónde iría. Siempre tiene uno el vago deseo de visitar a cualquier mujer bonita. Escogemos en nuestra galería, las comparamos con el pensamiento, sopesamos el interés que nos inspiran, el encanto que nos imponen, y terminamos decidiendo según el atractivo del día. Pero cuando el sol es muy hermoso y el aire tibio, nos quitan a menudo toda gana de visitas.

El sol era hermoso y el aire tibio; encendí un puro y eché a caminar tontamente por el bulevar exterior. Después, mientras callejeaba, me asaltó la idea de llegar hasta el cementerio de Montmartre y entrar.

Me gustan mucho los cementerios, eso me tranquiliza y me pone melancólico: lo necesito. Y además, también hay en ellos buenos amigos, de esos a los que ya no se va a ver; y yo todavía voy de vez en cuando.

Precisamente en ese cementerio de Montmartre tengo una historia de amor, una amante que me tenía muy pillado, que me emocionaba mucho, una deliciosa mujercita cuyo recuerdo, al mismo tiempo que me apena enormemente, me da añoranzas… unas añoranzas de todo tipo… Y suelo ir a soñar sobre su tumba… Para ella se acabó.

Y, además, me gustan los cementerios porque son ciudades monstruosas, prodigiosamente habitadas. Piensen en la cantidad de muertos que hay en ese pequeño espacio, en todas las generaciones de parisienses que están alojadas allí, para siempre, trogloditas definitivos encerrados en sus pequeños panteones, en sus pequeños agujeros cubiertos con una piedra o marcados con una cruz, mientras que los vivos, esos imbéciles, ocupan tanto sitio y hacen tanto ruido.

Además, en los cementerios también hay monumentos casi tan interesantes como en los museos. La tumba de Cavaignac[354] me hace pensar, lo confieso, aunque sin compararla, en esa obra maestra de Jean Goujon: el cuerpo de Louis de Brézé, tendido en la capilla subterránea de la catedral de Ruán[355]; todo el arte llamado moderno y realista ha salido de ahí, caballeros. Este muerto, Louis de Brézé, es más auténtico, más terrible, está más hecho de carne inanimada, convulsionada aún por la agonía, que todos los cadáveres atormentados que se torturan hoy sobre las tumbas.

Pero en el cementerio de Montmartre también puede admirarse el monumento de Baudin, que tiene grandeza[356]; el de Gautier[357], el de Mürger[358], donde el otro día vi una sola y pobre corona de siemprevivas amarillas, ¿llevadas por quién? Acaso por la última modistilla, viejísima, y portera de los alrededores. Es una preciosa estatuilla de Millet, pero destruida por el abandono y la suciedad. ¡Para que luego cantes a la juventud, oh, Mürger!

Entré, pues, en el cementerio de Montmartre, y de repente me sentí impregnado de tristeza, de una tristeza que, por otra parte, no hacía demasiado daño, una de esas tristezas que cuando tenemos buena salud nos hacen pensar: «No es muy divertido este lugar, pero para mí aún no ha llegado la hora…»

La impresión del otoño, de esa humedad tibia que huele a la muerte de las hojas y al sol debilitado, fatigado, anémico, agravaba, poetizándola, la sensación de soledad y de fin definitivo que flota sobre ese lugar, que huele a la muerte de los hombres.

Caminaba a paso lento por esas calles de tumbas donde los vecinos no se avecinan, ya no se acuestan juntos y no leen los periódicos. Y me puse a leer los epitafios. Es, se lo aseguro, la cosa más divertida del mundo. Nunca Labiche[359] ni Meilhac[360] me han hecho reír tanto como la comicidad de la prosa sepulcral. ¡Ah, qué libros tan superiores a los de Paul de Kock[361]! ¡Son como para desternillarse de risa esas placas de mármol y esas cruces donde los parientes de los muertos dan rienda suelta a sus dolores, a sus votos por la felicidad del desaparecido en el otro mundo, y a su esperanza de reunirse con él! — ¡Vaya bromistas!

Pero en este cementerio adoro sobre todo la parte abandonada, solitaria, llena de grandes tejos y cipreses, viejo barrio de los antiguos muertos que pronto llegará a ser un barrio nuevo, cuyos árboles verdes, alimentados de cadáveres humanos, serán abatidos para alinear a los difuntos recientes bajo pequeñas lápidas de mármol.

Cuando hube vagado el tiempo suficiente para refrescar mi espíritu, comprendí que iba a aburrirme y que era preciso llevar al postrer lecho de mi amiguita el homenaje fiel de mi recuerdo. Tenía el corazón algo encogido al llegar junto a su tumba. Pobre querida, era tan amable, y tan amorosa, y tan blanca, y tan lozana… y ahora… si abrieran eso…

Inclinado sobre la reja de hierro le dije en voz baja mi pena, que sin duda no oyó, y ya me iba a marchar cuando vi a una mujer de negro, de riguroso luto, que se arrodillaba en la tumba vecina. Su velo de crespón alzado

permitía ver una preciosa cabeza rubia, cuyos cabellos, en bandos, parecían iluminados por una luz de aurora bajo la noche de su tocado. Me quedé.

Desde luego, debía de sufrir un dolor profundo. Había hundido los ojos en sus manos, y rígida, con una meditación de estatua, llevada por sus pesares, desgranando en la sombra de los ojos tapados y cerrados el rosario torturador de los recuerdos, ella misma parecía una muerta que pensara en un muerto. Después, de repente, adiviné que iba a echarse a llorar, lo adiviné por un leve movimiento de la espalda semejante a un temblor de viento en un sauce. Lloró suavemente al principio, luego más fuerte, con movimientos rápidos del cuello y de los hombros. De pronto se destapó los ojos. Estaban llenos de lágrimas y eran encantadores, unos ojos de loca que paseó a su alrededor, en una especie de despertar de pesadilla. Me vio mirarla, pareció avergonzada, y volvió a esconder la cara en sus manos. Entonces sus sollozos se volvieron convulsos, y su cabeza se inclinó lentamente hacia el mármol. Posó en él la frente, y su velo, derramándose alrededor, cubrió las esquinas blancas de la sepultura amada, como un luto nuevo. La oí gemir, luego se desplomó, con la mejilla en la losa, sin conocimiento.

Me precipité hacia ella, le di golpecitos en las manos, soplé sobre sus párpados a la vez que leía el epitafio muy simple: «Aquí reposa Louis-Théodore Carrel, capitán de infantería de marina, muerto por el enemigo, en el Tonquín[362]. Rogad por él».

Aquella muerte se remontaba a unos meses atrás. Me enternecí hasta las lágrimas, y redoblé mis atenciones. Tuvieron éxito; volvió en sí. Yo parecía muy emocionado —no estoy demasiado mal, aún no tengo cuarenta años—. Por su primera mirada comprendí que sería cortés y agradecida. Lo fue, con más lágrimas, y contó su historia, que salió a retazos de su pecho jadeante, la muerte del oficial caído en el Tonquín, al cabo de un año de matrimonio, después de haberse casado con ella por amor, pues, huérfana de padre y de madre, apenas si tenía la dote reglamentaria[363].

La consolé, la reconforté, la levanté, la incorporé.

Luego le dije:

«No se quede ahí. Venga».

Murmuró:

«Soy incapaz de caminar.

—Yo la sostendré.

—Gracias, caballero, qué bueno es usted. ¿También viene a llorar a un muerto?

—Sí, señora.

—¿Una muerta?

—Sí, señora.

—¿Su esposa?

—Una amiga.

—Se puede amar a una amiga tanto como a una esposa, la pasión no tiene ley.

—Sí, señora».

Y nos marchamos juntos, ella apoyada en mí, yo llevándola casi por los caminos del cementerio. Cuando hubimos salido, murmuró, desfallecida:

«Creo que voy a marearme.

—¿Quiere entrar en algún sitio, tomar algo?

—Sí, caballero».

Vi un restaurante, uno de esos restaurantes donde los amigos de los muertos van a celebrar la tarea cumplida. Entramos en él. Y la hice beber una taza de té bien caliente que pareció reanimarla. Una vaga sonrisa asomó a sus labios. Y me habló de ella. Era tan triste, tan triste, estar completamente sola en la vida, completamente sola en casa, noche y día, no tener ya a nadie a quien dar cariño, confianza, intimidad.

Esto parecía sincero. Era gentil en su boca. Me estaba enterneciendo. Ella era muy joven, quizá veinte años. Le hice unos cumplidos que aceptó muy bien. Después, como pasaba el tiempo, le propuse llevarla a su casa con un coche. Aceptó; y en el simón estábamos tan juntos uno y otro, hombro con hombro, que nuestros calores se mezclaban a través de la ropa, lo cual es, desde luego, la cosa más turbadora del mundo.

Cuando el coche se hubo detenido ante su casa, murmuró: «Me siento incapaz de subir sola mi escalera, porque vivo en el cuarto. Ha sido usted tan bueno, ¿quiere seguir dándome el brazo hasta mi casa?»

Me apresuré a aceptar. Subió lentamente, resoplando mucho. Luego, delante de su puerta, añadió:

«Pase usted un momento para que pueda darle las gracias».

¡Y vaya si entré!

Era un interior modesto, casi un poco pobre, pero sencillo y muy ordenado.

Nos sentamos uno al lado del otro en un pequeño sofá, y volvió a hablarme de su soledad.

Llamó a su criada, para ofrecerme algo de beber. La criada no vino. Quedé encantado, suponiendo que tendría a la criada sólo por las mañanas: lo que se llama una asistenta.

Se había quitado el sombrero. Era realmente encantadora con sus ojos claros fijos en mí, tan fijos, tan claros que sentí una tentación terrible y cedí. La estreché en mis brazos, y sobre sus párpados, que se cerraron de pronto, puse besos… besos… besos… y más besos todavía.

Ella se debatía, rechazándome y repitiendo: «Acabe… acabe… acabe ya».

¿Qué sentido daba ella a esas palabras? En casos semejantes, «acabar» puede tener dos por lo menos. Para que se callase, pasé de los ojos a la boca, y di a la palabra «acabar» la conclusión que yo prefería. No se resistió demasiado, y cuando nos miramos de nuevo, tras aquel ultraje a la memoria del capitán muerto en el Tonquín, ella tenía un aire lánguido, enternecido y resignado que disipó mis inquietudes.

Entonces fui galante, solícito y agradecido. Y después de una nueva charla de cerca de una hora, le pregunté:

«¿Dónde cena usted?

—En un pequeño restaurante cerca de aquí.

—¿Completamente sola?

—Pues sí.

—¿Quiere cenar conmigo?

—¿Dónde?

—En un buen restaurante del bulevar».

Se resistió un poco. Yo insistí: ella cedió, dándose a sí misma este argumento: «Me aburro tanto… tanto»; después añadió: «Tengo que ponerme un vestido algo menos oscuro».

Y entró en su dormitorio. Cuando salió, iba con luto de alivio, encantadora, fina y esbelta, en un vestido gris y muy sencillo. Evidentemente tenía ropa de cementerio y ropa de ciudad.

Esa relación trabada sobre las tumbas duró cerca de tres semanas. Pero uno se cansa de todo, y principalmente de las mujeres. La abandoné con el pretexto de un viaje indispensable. Me despedí con mucha generosidad, y ella me lo agradeció mucho. Y me hizo prometer, me hizo jurar que volvería a mi regreso, porque parecía realmente algo unida a mí.

Corrí en busca de otros amores, y pasó cerca de un mes sin que el pensamiento de volver a ver a mi enamoradita funeraria fuera lo bastante fuerte para ceder a ella. Pero no la olvidaba… Su recuerdo me acosaba como un misterio, como un problema de psicología, como una de estas cuestiones inexplicables cuya solución nos obsesiona.

No sé por qué, un día me imaginé que volvería a encontrarla en el cementerio de Montmartre, y allá fui.

Paseé largo rato sin encontrar más personas que los visitantes habituales de ese lugar, esos que aún no han roto todas las relaciones con sus muertos.

La tumba del capitán muerto en el Tonquín no tenía plañidera sobre su mármol, ni flores, ni coronas.

Pero cuando me perdía por otro barrio de esa gran ciudad de fallecidos, distinguí de pronto, al final de una estrecha avenida de cruces, viniendo hacia mí, a una pareja de riguroso luto, el hombre y la mujer. ¡Oh, estupor! Cuando se acercaron la reconocí. ¡Era ella!

Me vio, se ruborizó y, cuando la rocé al cruzarme con ella, me hizo un pequeño gesto, un pequeñísimo guiño que significaba: «No me reconozca», pero que también parecía decir: «Vuelva a verme, querido».

Su acompañante era un caballero distinguido, elegante, oficial de la Legión de Honor, de unos cincuenta años.

Y la sostenía como yo mismo la había sostenido al salir del cementerio.

Me marché estupefacto, preguntándome por lo que acababa de ver, a qué raza de criaturas pertenecía aquella sepulcral cazadora. ¿Era una simple puta, una prostituta inspirada que iba a recoger sobre las tumbas a los hombres tristes, obsesionados por una mujer, esposa o amante, y aún torturados por el recuerdo de las caricias desaparecidas? ¿Era la única? ¿Son varias? ¿Se trata de una profesión? ¿Se hace el cementerio como se hace la calle? ¡Las Tumbales! ¿O sólo a ella se le había ocurrido esa idea admirable, de una filosofía profunda, de explotar las penas de amor que se reaniman en esos parajes fúnebres?

¡Y cuánto me habría gustado saber de quién era viuda ese día!

Notas

[1] El *Estudio sobre la novela*, que publicó como preámbulo a la primera edición de su novela *Pedro y Juan* (1888); no es tanto un prólogo como una profesión de fe literaria. <<

[2] Fueron tres los cuentos a los que Maupassant dio ese mismo título, sin que las tramas tengan más relación entre sí que la presencia de lo desconocido. Para diferenciarlos, el titulo va seguido aquí del año de publicación. <<

[3] Honoré de Balzac, *Melmoth reconciliado y otros cuentos fantásticos*, trad, de M. Armiño, Valdemar, 1997 <<

[4] «Adieu mystères», *Le Gaulois*, 8 de noviembre de 1881. <<

[5] *La main d'écorché*. — Fue el primer relato publicado por Maupassant; lo editó en el *Almanach lorrain de Pont-à-Mousson* en 1875. Iba firmado con un nombre que Maupassant utilizaba en su grupo de remeros, Joseph Prunier, primero de los pseudónimos que empleó. No volvió a aparecer en vida del autor, aunque la misma anécdota, reelaborada de forma diferente, constituye el eje de "La mano" (pág. 331, *Le Gaulois*, diciembre de 1883).

Maupassant tenía en su cuarto una mano disecada, que fue propiedad del poeta inglés Swinburne; la vio por primera vez en la casa de ese poeta, llamado el «Inglés de Étretat» en una de sus crónicas (*Le Gaulois*, 29 de noviembre de 1882), y la compró tras la muerte de esc escritor en la subasta del mobiliario, si es que no fue regalo de Swinburne. Siendo todavía adolescente, Maupassant salvó de ahogarse al poeta; Swinburne vivía con su amante, Powell, en una villa llamada «La chaumière de Dolmancé», nombre de un personaje de *La filosofía en el tocador*, novela del marqués de Sade. <<

[6] Local de baile fundado en 1840 por el bailarín Mabille, que se convirtió en uno de los lugares de diversión más frecuentados de París. Estaba situado en la avenida des Veuves (la actual avenida Montaigne), y desapareció en 1875. <<

[7] Alusión al Monte de Piedad, o casa de empeños, que en el argot francés se conoce como *tante*, «tía». <<

[8] San Antonio tuvo en el desierto por compañero a un cerdo. <<

[9] *SUR L'EAU.* — Con el título "En canot" ("En canoa") se publicó el 10 de marzo de 1876 en *Le Bulletin françáis*, firmado con el pseudónimo de Guy de Valmont; fue recogido en el volumen de relatos *La Maison Tellier (1881)* con su actual título; Maupassant utilizaría este mismo título para un largo diario de viaje y de humor publicado en 1888.

El marco del cuento es autobiográfico; durante su etapa de funcionario, Maupassant, que a partir de 1873 había alquilado junto a su amigo Léon Fontaine una habitación en Argenteuil, pasaba la mayor parte de su tiempo navegando en canoa por el río con sus amigos. Como el protagonista del relato, Maupassant también era aficionado a navegar de noche. Estos grupos de jóvenes remeros tenían fama de llevar una vida licenciosa con muchachas de «escasa virtud», como relata el cuento "La mujer de Paul".

En el cuento aparecen medidas antiguas, que también sirven para el resto del volumen: el pie equivale a 0,324 m; la legua, a unos 4 km. <<

[10] «¡Oh olas, cuánto sabéis de lúgubres historias! / Vosotras, olas profundas, temidas por las madres arrodilladas, / os las contáis cuando suben las mareas, / y eso os provoca las desesperadas voces / que tenéis, de noche, cuando venís hacia nosotros» (Victor Hugo, «Oceano Nox», del poemario *Les Rayons et les Ombres*, 1840). En el poema, Hugo evoca a los marineros muertos en el mar. <<

[11] Un *océan* es una embarcación de remo o vela, de no excesiva longitud (unos 3,88 m), pero bastante ancha, que se empleaba sobre todo en ríos. <<

[12] *Le donneur d'eau bénite*. —Publicado el 10 de noviembre de 1877 en *La Mosaïque*, revista semanal «pintoresca ilustrada de todos los tiempos y de todos los países», apareció firmado con el pseudónimo de Guy de Valmont. <<

[13] En la Francia del siglo XIX, empleados subalternos del clero se encargaban de ofrecer agua bendita en un hisopo a los que entraban y salían de las iglesias. <<

[14] *«COCO, COCO, COCO FRESCO!»* — Aparecido en *La Mosaïque* el 14 de septiembre de 1878, no fue recogido en volumen en vida de Maupassant. <<

[15] El vendedor de coco es un tipo pintoresco de las calles de París, ya en decadencia a finales de siglo, descrito por periodistas y novelistas como Balzac o Gautier; iban armados de una campanilla, un cubilete de estaño, un depósito de hojalata donde llevaba la mezcla de agua y malvavisco, calificada por un cronista de la época como «el champán del pobre». <<

[16] *SUICIDES.* —Relato aparecido sin dedicatoria en *Gil Blas el* 17 de abril de 1883 y firmado con el pseudónimo de Maufrigneuse; fue recogido en el volumen *Les Sœurs Rondoli* (1884). En 1880 había aparecido en *Le Gaulois* una primera versión bastante distinta. <<

[17] Georges Legrand, periodista y amigo de Maupassant, presentó a éste en el salón de la condesa Potocka; en 1885 hicieron juntos un viaje a Italia. <<

[18] *HISTOIRE D'UN CHIEN*. — Publicado en *Le Gaulois* el 2 de junio de 1881, no fue recogido en volumen en vida de Maupassant, quien rehízo la idea de este cuento en «Mademoiselle Cocotte» (*Gil Blas*, 29 de marzo de 1883). <<

[19] El tema de la vivisección reaparecía en esos momentos en la prensa, sirviendo de plataforma a la Sociedad protectora de animales francesa, creada en 1845 y declarada de utilidad pública en 1860. El relato fue escrito con motivo de la fundación de un refugio de esa Sociedad. <<

[20] En francés, *cocotte* significa entre otras cosas «mujer galante». <<

[21] *UN REVELLON*. — Publicado en *Gil Blas* el 5 de enero de 1882, con la firma de Maufrigneuse, fue recogido en el volumen *Mademoiselle Fifi* (1882). <<

[22] *MADEMOISELLE FIFI.* — Se publicó en *Gil Blas* el 23 de marzo de 1882 con la firma de Maufrigneuse; pocas semanas más tarde, con numerosas e importantes correcciones, daba título a un conjunto de relatos que se reeditaba al año siguiente. Esas correcciones afectan, además de al apodo del protagonista, al desenlace, declaradamente burlón. El Téâtre-Libre de Antoine fue el primero en llevar el relato a un escenario, en una adaptación en un acto en la que no participó Maupassant y que se editó en 1896. En 1944, el norteamericano Robert Wise convirtió el cuento en película, adaptado por Stanley Rubin, con Simone Simon como protagonista. <<

[23] Los nombres propios son imaginarios, lo mismo que el castillo normando de Uville. <<

[24] El Andelle es un río de Normandía que desemboca en el Sena por encima de Pont— de-l’Arche. <<

[25] Alusión a la guerra entre Austria y Prusia que terminó en 1866 con la victoria prusiana en Sadowa. <<

[26] Tipo de porcelana china, creada a principios del siglo XVII, durante la dinastía Qing, de delicada calidad y brillante color sencillo al principio para pintar flores, nubes y dragones; a finales del siglo, incorporó otros colores, como el amarillo, el azul, el púrpura. <<

[27] Tanto Belfort como Estrasburgo opusieron una resistencia encarnizada a las tropas prusianas; Belfort resistió de noviembre de 1870 a febrero de 1871. Y Estrasburgo se rindió tras treinta y nueve días de bombardeos desde el 9 de agosto al 28 de septiembre de 1870. <<

[28] Augusta de Sajonia-Weimar (1811-1890), hija de Federico-Carlos de Sajonia y de María Pavlovna de Rusia, se casó con Federico Guillermo, rey de Prusia y, desde 1871, emperador de Alemania con el nombre de Guillermo I. Trató de imponer sin mucho éxito cierto liberalismo frente al conservadurismo y al autoritarismo de su marido. <<

[29] *L'Aveugle*. — Publicado en *Le Gaulois* el 31 de marzo de 1882, será recogido en el volumen póstumo *Le Père Milon* (1899). Su tema, la invalidez, la vejez, con el sadismo del entorno, reaparecerá en cuentos como "El burro", "El Diablo", "Coco", "Una familia", etc. <<

[30] *MAGNÉTISME*. — Publicado en la revista *Gil Blas* el 5 de abril de 1882, fue recogido en el volumen *Le Père Milon* (1899).

En el último tercio del siglo XIX, y en 1870-1880 sobre todo, se produce en la sociedad francesa un vivo interés por el magnetismo, así como por otras experiencias hipnóticas. Sin creer en un científico como Charcot —al que en el artículo «Una mujer» (6 de agosto de 1882) Maupassant había aludido con ironía diciendo que en su hospital trataba a locas para convertirlas rápidamente en endemoniadas—, en este cuento Maupassant hace que el protagonista sólo pueda explicar lo que le ocurre mediante un proceso inconsciente. En el artículo acusaba a Charcot de haber puesto de moda la histeria para justificar cualquier tipo de excesos. <<

[31] El magnetizador belga Alfred Dhont, conocido como Donato, realizaba «estados de sugestión» en los salones de la mejor aristocracia, con Mlle. Lucile como médium. Fue denunciado ante los tribunales por su esposa, que lo acusaba de mantener relaciones amorosas con Mlle. Lucile; el defensor de ésta adujo que su cliente no había podido defenderse de las «sugestiones» del magnetizador. <<

[32] Jean-Martin Charcot (1825-1893), médico francés que trabajó sobre la hipnosis y la histeria. Sus descubrimientos en el campo de las enfermedades nerviosas le permitieron fundar la neurología moderna. Practicó en la Salpêtrière la «gran hipnosis», que incluía, además del sueño, letargias, catalepsias y sonambulismos provocados, frente a la «pequeña hipnosis» de Donato o de la escuela de Nancy de los doctores Liébault y Bernheim, que se limitaba a provocar un sueño durante el que podían sugerirse actos al paciente. Sigmund Freud, alumno de Charcot durante su etapa parisiense (octubre de 1885 a febrero de 1886), tradujo al alemán su libro *Leçons sur les maladies du système nerveux (Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso)*, que apareció un año antes que la edición francesa (1887). <<

[33] Edgar Allan Poe (1809-1849), poeta y narrador estadounidense, que murió de *delirium tremens*. Gracias a la traducción que de sus cuentos hizo Charles Baudelaire con el titulo dr *Histoires extraordinaires*, gozó de gran prestigio en Francia en ese final de siglo. <<

[34] Étretat, en la costa del país de Caux (Seine-Maritime), era en la época una de las estaciones balnearias y veraniegas más frecuentadas por la aristocracia francesa. A esa localidad se había retirado la madre de Maupassant tras separarse de su marido. El escritor pasaría allí sus vacaciones, y, posteriormente, se construyó una casa. <<

[35] La primera versión decía «telefónico»; en Maupassant, que lo corrige por «telepático» en la recopilación de *Le Père Milon*, parece producirse un encabalgamiento de ideas: la telepatía coincidía como progreso científico con la telefonía, instalada en París solo tres años antes de la aparición de este cuento, en 1879. <<

[36] *Un fils*. — Aparecido en *Gil Blas* el 19 de abril de 1882 con el título de «Pire inconnu» («Padre desconocido»), fue recogido en el volumen *Contes de la bécasse* (1883), donde figura por primera vez la dedicatoria. <<

[37] René Maizeroy, pseudónimo de René-Jean Toussaint (1856-1918), era, además de escritor, compañero de Maupassant en andanzas de placer en Sartrouville y especialista en temas militares. Colaborador de *Le Gaulois, Figaro, Gil Blas*, etc., Maupassant había de prologarle dos de sus libros de *nouvelles: Celles qui osent* (1883) y *Le Mal d'aimer* (1888). Uno de sus relatos, "Les Deux Amies", en el que abordaba la homosexualidad femenina, fue condenado en los tribunales, tachado de pornográfico. Maizeroy será uno de los modelos que utilizó Maupassant para el personaje de Georges Duroy en *Bel-Ami*. <<

[38] El día anterior a la publicación de «Un hijo», en *Gil Blas* había aparecido un artículo, «Los mártires de la primera infancia», recordando dos procesos de la época en los que dos mujeres habían sido condenadas por haber abandonado a su hijo una, y por haberlo matado otra. La preocupación social por este problema llegó al Senado durante la III República. <<

[39] En 1847 y 1879, Maupassant había hecho el viaje a Bretaña a pie con Flaubert y con Máxime du Camp respectivamente. <<

[40] Douarnenez, cantón de Francia, en el distrito de Quimper, departamento del Finistère. Llevan ese nombre tanto la cabeza del distrito como su bahía. Lugar de gran pintoresquismo, se halla no lejos de la Punta de Penmarch, cabo rodeado de arrecifes peligrosos. Enfrente tiene otro cabo, el Raz (término que significa «paso, estrecho»), en la Baie des Trépassés (Bahía de los Muertos). <<

[41] Cabeza de cantón del Finistère, en la Bretaña, Pont-l'Abbé se encuentra a quince kilómetros de Quimper y tenía en la época unos 45.000 habitantes, famosos sobre todo por sus viejos usos y costumbres y su atraso. <<

[42] El asunto apasionaba a la opinión pública, sobre todo a raíz de dos procesos recientes. El día anterior, en una crónica en *Gil Blas* («Los Mártires de baja edad»), E. Villemot se preguntaba por el futuro de los hijos de las jóvenes seducidas, y pedía que se restablecieran los tornos en los hospicios para que en ellos quienes no quisieran darse a conocer depositaran a los hijos que abandonaban. <<

[43] *Un Bandit corse.* — Publicado en *Gil Blas* el 25 de mayo de 1882, con la firma de Maufrigneuse, fue recogido en el volumen *Le Père Milon* (1899). <<

[44] Región del centro de Córcega, algo más al este del bosque de Aïtone. Una de sus poblaciones más importantes es Albertacce, citada más adelante. <<

[45] O Santa-Luccia, personaje real que ya había entrado en la literatura gracias a un relato de Albert Glatigny, *La venganza de Santa-Luccia*. <<

[46] *RÊves*. — Publicado el 8 de junio de 1882 en *Le Gaulois*, fue recogido en el volumen titulado *Le Père Milon* (1899).

El retrato está considerado como confesión autobiográfica. Maupassant sufría fuertes neuralgias que combatió con éter. En la crónica «L'Orient» (*Le Gaulois*, 13 de septiembre de 1883) ofrecía sus impresiones de opiómano: «No es una felicidad física; es mejor, es más. Me encuentro a menudo triste; detesto la vida, que me hiere todos los días con todas sus esquinas, con todas sus durezas. El opio consuela de todo, hace tomar una decisión sobre todo. ¿Conoces ese estado de alma que podría llamar la *irritación agobiante*? Vivo de ordinario en ese estado. Dos cosas pueden curarme de ella; el opio o el Oriente». Y dos o tres días después de la ingestión del opio, confiesa: «poco a poco tengo la extraña y deliciosa sensación de la desaparición de mis miembros. Me parece que me los quitan. Y eso avanza, sube, me invade por entero. Ya no tengo cuerpo. Sólo me queda una especie de recuerdo agradable. Sólo mi cabeza está ahí, trabajando. Pienso. Pienso con una alegría material infinita, con una lucidez sin par, con una clarividencia sorprendente… y saboreo la incomparable embriaguez de la sola inteligencia… Sólo amo el sueño. Sólo él es bueno, sólo él es dulce. La realidad implacable me llevaría al suicidio si el sueño no me permitiese aguardar». <<

[47] Baudelaire había publicado en 1860 *Los paraísos artificiales*, ensayo en el que analiza las drogas de la época. <<

[48] *Confessions d'une femme*. — Publicado en *Gil Blas* el 28 de junio de 1882, y firmado con el pseudónimo habitual de Maufrigneuse, fue recogido en el volumen postumo *Le Père Milon* (1899). <<

[49] El 18 de mayo de 1882, Martin Feynarou, farmacéutico, había obligado a su esposa Gabrielle a atraer a su amante Aubert, también farmacéutico, a una casa de Chatou, donde lo asesinó. Ambos asesinos terminaron siendo condenados a trabajos forzados a perpetuidad. En agosto de ese año Maupassant publicaría en *Gil Blas* una crónica sobre el suceso, con una consideración interesante para la lectura de «Confesiones de una mujer»: «Mató al amante. Esto se explica, pero ¿no habría debido matar primero a su mujer? Aubert era amigo suyo, de acuerdo. Pero no le había jurado fidelidad delante del alcalde ni delante del cura». <<

[50] *L'Enfant*.— [«Tras haber jurado mucho tiempo…] Publicado el 24 de julio de 1882 en *Le Gaulois*, fue recogido en el volumen *Claire de lune* (1888). Una adaptación teatral de este relato se estrenó en el Gymnase el 4 de marzo de 1891 con el título de *Musotte*. Aunque Jacques Normand se encargó de la adaptación, fue revisada por Maupassant. <<

[51] La cursiva quiere subrayar la alusión a *Une vieille maîtresse* (1851), novela de Barbey d'Aurevilly. <<

[52] *UN DRAME VRAI*. — Publicado en *Le Gaulois* el 6 de agosto de 1881, no fue recogido en volumen por Maupassant, debido probablemente a su carácter de crónica más que de cuento; por otra parte, “Un drama verdadero” no deja de ser un esbozo de “L’aveu” [“La confesión”], publicado en el mismo periódico el 21 de octubre de 1883. <<

[53] «A veces lo verdadero puede no ser verosímil», verso de Boileau (*Art poétique*, III, 48) que también citará Maupassant al frente de otro relato titulado “Un condenado a muerte”. <<

[54] Alusión a la crónica «Los bajos fondos», publicada por Maupassant en *Le Gaulois* (28 de julio de 1882), en la que defendía sus ideas sobre la novela contemporánea de los ataques de Aubert Wolf contra «las tendencias de la joven escuela literaria». <<

[55] Xavier de Montépin (1823-1902), prolífico autor de folletines y de dramas populares, famoso por *La Porteuse de pain* (1884-1889), llevado al teatro, al cine y a la televisión, y por *Les Filies de plâtre* (1855), por el que fue condenado a tres meses de cárcel. Y Fortuné du Boisgobey (1821-1891), autor de numerosas novelas policíacas y de ficciones históricas que gozaron de gran difusión; a su novela-folletín más difundida, *El forzado coronel*, hay que unir títulos como *Los misterios del nuevo París*, *Las noches de Constantinopla*, *El grito de la sangre*, *La mano fría*, de gran éxito en la época. <<

[56] *FOU?* — Publicado en *Gil Blas* el 23 de agosto de 1882, fue recogido en el volumen *Mademoiselle Fifi* (1882).

Hay una anotación final que aparece en la publicación periodística y que no recoge el volumen: «Copiado del manuscrito de un alienado por Maufrigneuse». El relato responde a un ambiente creado en ese momento por un suceso que conmocionó a la opinión pública: el proceso de Gabrielle Fenayrou, que había impulsado a su marido a matar a su amante (véase la nota 1 de “Confesiones de una mujer”, pág. 121). La semana anterior, en el mismo periódico, con el artículo «Una mujer» Maupassant se enfrentaba al debate que habían abierto las feministas sobre el caso de Fenayrou. <<

[57] *La rempailleuse*. — Aparecido en *Le Gaulois* el 17 de septiembre de 882, fue recogido en el volumen *Contes de la bécasse* (1883). <<

[58] Léon Hennique (1851-1935), novelista y dramaturgo francés, amigo de Maupassant, que formó parte del círculo de Médan. Mientras en sus novelas históricas siguió las pautas románticas, en el teatro trató de hacer triunfar el realismo; se inició en las tablas con *Jacques Damour* (1887), drama sacado de una novela de Zola. A partir de 1900 se dedicó a la fundación y dirección de la Academia Goncourt. <<

[59] *Un parricide*. — Publicado en *Le Gaulois* el 25 de septiembre en 1882, con el pseudónimo de Maufrigneuse, fue recogido en *Contes du jour et de la nuit* (1885). En el momento en que Maupassant escribe este relato, está a punto de ser padre (23 de febrero de 1883) de Lucien, el primero de sus hijos no reconocidos. <<

[60] En 1879, Guesde fundó el Partido Obrero Francés; al año siguiente se concede la amnistía a los *communards*, que regresan a Francia y alimentan las actividades políticas de la izquierda. No tardaron los partidos obreros en ser tres por lo menos: los guesdistas, los blanquistas (Blanqui, 1805-1881, había sido elegido diputado por Burdeos ese año), y los posibilistas, facción encabezada en 1882 por Paul Brousse, producto de una escisión del partido de Jules Guesde (1845-1922), que había introducido en su partido las tesis marxistas. <<

[61] En líneas generales, los blanquistas; la República de Thiers los había condenado en 1871; tras la amnistía de 1880, reaparecieron en la vida francesa, dirigidos a partir de 1881 por Édouard Vaillant, con un sustrato de pensamiento revolucionario teñido de ideas marxistas. <<

[62] A su regreso del exilio en Inglaterra, Jules Vallès (1832-1885), representante de la Commune, atacó desde el periódico *Le Cri du Peuple* con virulencia y no menor repercusión, antes de proclamarse la amnistía, tanto a Gambetta (1832-1882), presidente del Consejo de noviembre de 1881 a enero de 1882, como a Grévy (1807-1881), presidente de la República de 1879 a 1887. <<

[63] *Une ruse*. — Publicado el 25 de septiembre de 1882 en *Gil Blas*, fue recogido en volumen en 1883, en la segunda edición de *Mademoiselle Fifi*. <<

[64] Agua de colonia célebre en la época. <<

[65] *La peur*. — [«Subimos de nuevo al puente…»]. Publicado en *Le Gaulois* el 23 de octubre de 1882, fue recogido en el volumen *Contes de la bécasse* (1883). <<

[66] Joris-Karl Huysmans (1848-1907), novelista y ensayista francés, se afilió al naturalismo tras un primer libro refinado y decadente; seguidor de Zola, ambientó sus tramas en los aspectos más sórdidos de la vida, para luego volverse hacia un esteticismo fin de siglo con *A Rebours* (1884), donde creó el personaje clave del periodo: Des Esseintes, encarnación del dandy, que tanta repercusión tuvo entre los decadentes, sobre todo en Oscar Wilde. Aunque de gustos literarios distintos, Huysmans y Maupassant fueron amigos desde las primeras publicaciones de ambos. <<

[67] *Le loup*. — Aparecido en *Le Gaulois* el 14 de noviembre de 1882, fue recogido en el volumen *Clair de lune* (1884). <<

[68] Rabelais, *Pantagruel*, II, 3: «Y, mientras decía esto, lloraba como una vaca, y de repente se echaba a reír como un becerro». <<

[69] *MADAME BAPTISTE*. — Aparecido en *Gil Blas* el 28 de noviembre de 1882, fue recogido en la segunda edición del volumen *Mademoiselle Fifi* (1883). <<

[70] Nombre de lugar imaginario, como el resto de los que aparecen en el relato. <<

[71] *MENUET*. —Publicado en *Le Gaulois* el 20 de noviembre de 1882, fue recogido en los *Contes de la bécasse* (1883). <<

[72] Novelista y ensayista, Paul Bourget (1852-1935) empezó dedicándose a la lírica con varios volúmenes recogidos en *Poésies* (1885-1887). A partir de ese momento se volcó en el género narrativo con gran éxito de lectores hasta el final de la Primera Guerra Mundial: en sus novelas pintaba la burguesía y el mundo aristocrático de los salones que frecuentó desde la última década del siglo, creando situaciones sentimentales que rozaban lo dramático y resolvían los problemas mediante los compromisos convencionales, pero sin llegar nunca a la sátira de ese mundo; ni sus tesis ni su forma de escribir encontraron eco tras la Primera Guerra Mundial. Su mayor aportación fueron los *Essais de psychologie contemporaine* (1883) y *Nouveaux essais* (1886), con visiones, novedosas para la época, sobre Baudelaire, Taine, Stendhal, etc., que más tarde Bourget modificó; y sobre todo, *Physiologie de l'amour moderne* (1890), que supuso para Proust (por ejemplo, en varios relatos cortos: "El final de los celos", "Antes de la noche") una reflexión sobre los celos, que pueden nacer de los sentidos, del corazón o de la cabeza; Proust también tomó rasgos de Bourget para su personaje de Bergotte en *A la busca del tiempo perdido*. <<

[73] La Pépinière du Luxembourg se hallaba en la actual calle Guynemer, prolongación de la calle Bonaparte; fue suprimida en 1867. Maupassant, como otros escritores, escribió un artículo contra el decreto de destrucción de un vivero «calmo y tranquilo en las horas cálidas del estío como un nido de provincias, el soñador y el enamorado iba a acariciar en el silencio su amor, su sueño» (*Évenement*, 2 de diciembre de 1865). <<

[74] Aunque la escena de este relato tiene lugar en 1865, Maupassant mezcla intencionadamente la cronología: el conde de Clermont, bisnieto del Gran Condé, había muerto en 1771. <<

[75] Castris es un nombre imaginario, que Maupassant forma a partir de Vestris, apellido de una famosa familia de bailarines florentinos instalada en Francia en el siglo XVIII, que pervivió durante el XIX, hasta Auguste Vestris (1760-1842). Por la cronología narrativa, Maupassant parece combinar la sílaba inicial del apellido de Marie-Anne de Camargo (1710-1770), bailarina que fue amante del conde de Clermont —que llegó a secuestrarla para que abandonase la escena—, con el apellido de Gaëtan Vestris (1729-1808), padre de Aguste. <<

[76] *La Folle*. — Publicado el 5 de diciembre de 1882 en *Le Gaulois*, fue recogido en el volumen *Contes de la bécasse* (1883). <<

[77] Robert de Bonnières (1850-1905), poeta, narrador, periodista y crítico de arte y literario; se le recuerda por unos *Contes de fées* (1881) que renuevan en parte la tradición del cuento maravilloso al estilo de Perrault, y sobre todo por *Mémoires d'aujourd'hui* (3 vols., 1883-1888), donde fue recogiendo sus artículos, que ofrecen gran cantidad de información sobre la vida literaria de la época. <<

[78] Entre Bolbec y Fécamp, región bien conocida por Maupassant; en el castillo de Grainville-Ymauville había nacido Hervé, hermano del novelista. <<

[79] *La Légende du Mont-Saint-Michel*. —Publicado en *Gil Blas* el 19 de diciembre de 882 con el pseudónimo de Maufrigneuse, file recogido en el volumen *Claire de lune* (1884).

El paisaje de la isla del Monte Saint-Michel, que Maupassant descubre en septiembre de 1879 y 1882, dejó honda huella en la mente del narrador, que lo evoca en “El Horla” y en su última novela, *Notre cœur* (1890). <<

[80] Cancale y Avranches se encuentran frente a frente en la bahía; Cancale pertenece a la Bretaña, mientras que la segunda población se encuentra en la Baja Normandía; desde el Jardín des Plantes de Avranches hay un panorama del Monte Saint-Michel, que está a casi treinta kilómetros de distancia. <<

[81] El pensamiento procede de los *Carnets de* Voltaire (*Le Sottisier*, 32), que Maupassant podía leer en las *Œuvres complètes de* ese «escéptico genial»; en “El Horla”, vuelve a repetir Maupassant esta frase volteriana. <<

[82] Mortain se encuentra en la «Suiza normanda», a más de 40 km del Monte Saint-Michel, donde hay una capilla dedicada a san Miguel; entre sus parajes admirables, que Corot pintó durante sus estancias de 1845 y 1855, figura una cascada rematada por el «puente del Diablo» y otro lugar llamado «el paso del Diablo». <<

[83] *Conte de Noël*. — Publicado en *Le Gaulois* el 25 de diciembre de 1882, fue recogido en el volumen *Claire de lune* (1884).

Según la ciencia médica de la época, la histeria estaba relacionada con el útero; en la protagonista de “Cuento de Navidad” los síntomas histéricos vienen provocados por un huevo, símbolo de la fecundidad uterina. <<

[84] Es la frase con la que, en el *Tartufo* de Molière, Orgón trata de convencer a su madre de que el protagonista ha intentado seducir a Elmira (*Tartufo, o el Impostor*, V, III, vv. 1676-1677). <<

[85] La localidad de Rolleville se encuentra en el país de Caux (Seine-Maritime), entre Le Havre y Étretat. <<

[86] La aldea de Épivent está a cinco kilómetros de Étretat. <<

[87] Antiguo instrumento de viento, empleado a menudo en las iglesias rurales. <<

[88] Canto latino de alabanza al Dios cristiano. <<

[89] *Auprès d'un mort.* — Se publicó en *Gil Blas* el 30 de enero de 1883, firmado con el pseudónimo habitual de Maufrigneuse. No se recogió en volumen en vida de Maupassant.

Tanto sobre Maupassant como sobre su madre y sus contemporáneos, el filósofo alemán Schopenhauer (1788-1860) ejerció una influencia profunda que llegó a difundirse a través de las reuniones sociales; su pesimismo no acabó al desaparecer la generación romántica, sino que recorrió todo el siglo XIX.

En la época, los médicos recomendaban la Costa Azul a los tuberculosos; sólo más tarde se descubrió que no era el mar, sino la montaña, lo recomendable para esa enfermedad. En uno de sus artículos (*Le Gaulois*, 8 de mayo de 1882), Maupassant, que llega a titularlo «Chez la Morte» («En casa de la Muerte»), califica la región de «hospital y cementerio de Europa […]. En todas partes, a lo largo de esta admirable costa, estamos en casa de la Muerte». <<

[90] En el poema de Musset *Rolla*, el protagonista, que presta su nombre al título, protesta contra un Dios ausente que ha privado de esperanzas a su generación, y decide agotarse en los placeres hasta la extenuación y luego matarse. Maupassant parece compartir su desprecio hacia los *rollaques* con Rimbaud (*Un corazón bajo una sotana*, ed. M. Armiño, Ediciones Forcola, 2010). Su creador, Alfred de Musset (1810-1857), era ya célebre a los veinte años por su primer libro de versos; en los últimos dieciséis años de su vida apenas escribió nada. Empezó relacionándose con los románticos —Victor Hugo, Vigny y Nodier—, a los que abandonó para frecuentar los círculos elegantes y aristocráticos. En 1832 se volvió hacia el teatro, que lo acogió como a un genio por *Les Caprices de Marianne*, *On ne badine pas avec 1'amour* y *Lorenzaccio*; mantuvo famosas relaciones amorosas con George Sand durante cerca de un año (1833-1834), y con figuras como la actriz Rachel y Louise Colet, la confidente de Flaubert; de hecho, apenas volvió a escribir, y llevó una vida de excesos entrecortados por enfermedades. A finales de los cuarenta, la Academia Francesa le concedió un premio para poetas indigentes, que ya sirvió de poco a un Musset que había vivido en la contradicción permanente y en la duda: esos movimientos anímicos le dictaron los mejores instantes de una lírica desigual, con excesos oratorios, pero que no deja de preguntarse por el fenómeno de la creación poética. <<

[91] «¿Duermes contento, Voltaire, y tu horrible sonrisa / sigue revoloteando sobre tus huesos descarnados?» (*Rolla*, IV parte). Voltaire (1694-1778), el mayor representante de la filosofía de las Luces, atacó el fanatismo religioso en todo tipo de géneros: cuento, poesía, ensayo… Schopenhauer cita a menudo esa brutal sátira del optimismo que es su cuento *Cándido* (Voltaire, *Cuentos completos en prosa y verso*, trad, de M. Armiño, Siruela, 2006). <<

[92] Parece aludirse a Challemel-Lacour (1827-1896), republicano doctrinario que, en la oposición durante el Imperio, pasó a ser diputado y senador con la República. Con el término «doctrinario» se definía el pensamiento político basado en la historia y su lento desarrollo hacia el progreso, excluyendo tanto la revolución violenta como el reaccionarismo conservador. Challemel-Lacour visitó a Schopenhauer en 1859; más tarde le dedicaría el artículo «Un boudhiste contemporain en Allemagne» (*Revue des Deux Mondes*, marzo de 1870), donde lo describe como alguien capaz de provocar gran malestar en quienes lo visitan. <<

[93] Schopenhauer murió el 23 de septiembre de 1860. <<

[94] En Francia, Schopenhauer era conocido sobre todo por sus aforismos; en 1870 aparecieron dos volúmenes traducidos: *Pensées, Maximes et Fragments y Aphorismes sur la sagesse dans la vie*. Maupassant fue amigo de J. Bourdeau, traductor y prologuista de *El mundo como voluntad y representación* (1888); en uno de sus prólogos encontró Maupassant la anécdota de este relato, si es que no lo hizo en la biografía del filósofo escrita por Gwinner. <<

[95] *Le Père Judas*. — Publicado en *Le Gaulois* del 28 de febrero de 1883, no fue recogido en volumen en vida de Maupassant.

El relato sufre la contaminación de dos leyendas: la del Judío errante y la de Judas, apóstol de Cristo. Curiosamente, ninguno de los dos estaría interesado, debido a su religión que les prohibía comer esa carne, en criar cerdos. <<

[96] *SAINT-ANTOINE*. — Publicado en *Gil Blas* el 3 de abril de 1883, con la firma de Maufrigneuse, fue recogido en el volumen *Contes de la bécasse* (1887). <<

[97] Xavier Charmes (1849-1919), jefe de gabinete en el ministerio de Instrucción pública (1887) y posteriormente secretario y director del ministerio. Por recomendación de Flaubert, ayudó a Maupassant a entrar como funcionario en el ministerio de Instrucción Pública (1878). <<

[98] Nombre imaginario, creado a imitación de otros reales: Manneville y Routot, localizados entre Bourg-Achard y Pont-Audemer. <<

[99] Aguardiente de taberna, muy fuerte y de mejor calidad que otro llamado *fil-en— quatre*. <<

[100] *MADEMOISELLE COCOTTE*. — Publicado en *Gil Blas* el 20 de marzo de 1883 con el pseudónimo habitual de Maufrigneuse, fue recogido en el volumen *Claire de lune* (1884). El novelista ya había contado la anécdota en “Historia de un perro”, que ofrece no como fruto de la ficción sino como auténtica realidad. <<

[101] *Cocotte* designa familiarmente en francés «mujer galante». <<

[102] Población a tres kilómetros de Croisset. <<

[103] *APPARITION.* — Publicado por primera vez el 4 de abril de 1883 en *Le Gaulois*, fue recogido en el volumen *Claire de lune* (1884). De las varias veces que apareció en la prensa, en su última publicación, (*Les Armales politiques et littéraires*, 20 de diciembre de 1891), iba precedido de una noticia: «Esta semana han corrido rumores alarmantes, felizmente desmentidos, sobre la salud del señor Guy de Maupassant. Un periódico anunciaba que el gran escritor, trastornado por crisis nerviosas, acababa de ser encerrado en una casa de salud. No es cierto… El señor de Maupassant se encuentra en este momento en Cannes, donde prosigue sus trabajos… A decir verdad, el señor de Maupassant está dotado de una imaginación poderosa; no detesta las ciencias ocultas, y se complace gustoso en el dominio de lo fantástico y lo extraño. La novela corta siguiente, que extraemos de uno de sus últimos volúmenes, pone de manifiesto este aspecto de su talento. Edgar Poe no escribió nada más turbador».

La anécdota se inspira en un «Courrier de Paris» publicado en *L'lndépendance belge* el 17 de enero de 1852 y firmado por Jules Lecomte. <<

[104] Alusión a un acontecimiento que despertó gran eco y curiosidad en la prensa y en la opinión pública: el proceso contra el hermano de Fidelia de Monasterio, que había conseguido internar en 1875 a ésta a la fuerza en el sanatorio para enfermos mentales de Charenton a fin de apoderarse de su fortuna. Tras un primer proceso, la familia volvió a intentar encerrarla, dando lugar a una nueva acción judicial en marzo de 1883. <<

[105] La calle Crenelle se encuentra en el 15º *arrondissement* de París. <<

[106] El dolmán era una chaqueta que llevaban el cuerpo de cazadores a caballo del Ejército francés. <<

[107] *La Reine Hortense*. — Publicado en *Gil Blas* el 24 de abril de 1883, fue recogido en el volumen *Claire de lune* (1884). <<

[108] *Le père Milon.* — Publicado en *Le Gaulois* del 22 de mayo de 1883, no fue editado en volumen hasta 1899, en una recopilación póstuma de 21 relatos a los que daba título. <<

[109] El general Louis Léon César Faidherbe (1818-1889), que había sido gobernador del Senegal siete años entre 1854 y 1863, se hizo cargo del ejército del Norte (45.000 hombres) tras la derrota de Sedán, el 23 de noviembre de 1870, y consiguió echar a las tropas prusianas de varias plazas, obteniendo victorias en Noyelles (1870) y Bapaume (1871). Aunque fue derrotado en enero de este último año en Saint-Quentin, sus esfuerzos consiguieron detener el avance prusiano en los departamentos del Norte de Francia. <<

[110] *La Mère aux monstres*. —Se publicó en la revista *Gil Blas* el 12 de junio de 1883, y fue recogido en el volumen titulado *Toine* (1885).

En la época, se exhibían por las ferias «fenómenos» o «monstruos» humanos, como siameses, enanos, hombres lobo o perro y criaturas deformes. Si eran menores de edad, el «alquilador» se encargaba de su manutención y vestuario, además de pagar más de doscientos francos mensuales a sus padres, según cuenta Jules Vallès en su *Tableau de Paris*. <<

[111] *L'Orphelin*. — Publicado en *Le Gaulois* del 15 de junio de 1883, *fue* recogido en el volumen *Le Père Milon* (1889). <<

[112] *Denis.* —Publicado en *Le Gaulois* el 28 de junio de 1883, fue recogido en el volumen de relatos *Miss Harriet (1884).* <<

[113] Léon Chapron (1840-1884), autor de diversas obras sobre la vida parisiense, colaboraba como Maupassant en *Gil Blas*. <<

[114] El coáltar es un alquitrán antiséptico, que en la segunda mitad del siglo XIX logró mejorarse con la saponina, un derivado de glucosa extraído de vegetales. <<

[115] *LUI?*— Publicado en *Gil Blas el* 3 de julio de 1883 con el pseudónimo de Maufrigneuse, fue recogido en el volumen *Les Sœurs Rondoli* (1884). <<

[116] Pierre Decourcelle (1856-1926), hijo del polígrafo y dramaturgo Adrien Decourcelle, que había muerto en Étretat en 1892, escribió romanzas y melodramas como *Les Deux Gosses* o *Grain de beauté*; a partir de 1884 publicó en *Le Gaulois* folletines, críticas de teatro y novelas río. En colaboración con Tarbé consiguió su mayor éxito escénico en 1885 con *Gigolette*. <<

[117] Los reverberos o farolas utilizaban gas en la época. <<

[118] Tanto el *faubourg de* la Madeleine como el Poissonnière eran barrios dotados de bulevares muy frecuentados y bulliciosos. <<

[119] *L'Âne.* — Aparecido en *Le Gaulois* el 15 de julio de 1883, fue recogido en el volumen *Miss Harriet* (1884). <<

[120] Louis le Poittevin (1847-1909), primo de Maupassant, cuñado y amigo de Flaubert, fue pintor de cierto renombre como paisajista; Maupassant, sin embargo, en una carta a su madre de 1878, ironiza sobre su pintura. <<

[121] La Frette, a orillas del Sena, podía verse desde Sartrouville, donde Maupassant alquiló una casa durante tres meses en 1881. <<

[122] La isla de Herblay, frente a la aldea del Val. <<

[123] Champioux se encuentra entre Argenteuil y Sartrouville. <<

[124] La muralla, en la orilla izquierda del Sena, llega hasta el río, y se encuentra a medio camino entre La Frette y Sartrouville. <<

[125] *Tombouctou*. — Aparecido en *Le Gaulois* el 21 de agosto de 1883, se publicó en el volumen *Contes du jour et de la nuit* (1885).

El nombre de Tombuctú actualizaba en el imaginario francés la conquista de África y las expediciones coloniales en esa zona africana, iniciadas por René Caillié en 1828. <<

[126] Nombre imaginario. <<

[127] Durante la campaña de Crimea los rusos dieron este nombre de turcos, debido a su indumentaria, a los regimientos de tropas argelinas del ejército francés. <<

[128] *Le petit*. — Aparecido en *Le Gaulois* el 19 de agosto de 1883, fue incluido en el volumen *Contes du jour et de la nuit* (1883). La anécdota inicial servirá, ampliada, para el relato “El señor Parent”. <<

[129] *L'ENFANT*. — Publicado en *Gil Blas* del 18 de septiembre de 1883 con la firma de Maufrigneuse, no fue recogido en volumen. Quince días antes, el mismo periódico publicaba la desaparición de una joven tras haber alquilado una habitación de posada; al investigarse el hecho se encontró en la chimenea del cuarto alquilado un paquete con los restos de un recién nacido. <<

[130] La emperatriz romana Valeria Mesalina (15-48), esposa del emperador Claudio y madre de Británico, ha pasado a la posteridad como símbolo de la depravación y la crueldad femeninas. El segundo nombre parece aludir a Catalina de Rusia (1729-1796), que desde su matrimonio con el zar Pablo mantuvo numerosas relaciones amorosas. <<

[131] El ajenjo y el azafrán, que pueden provocar contracciones en el útero, solían emplearse, como otras sustancias más fuertes, en los intentos de aborto. <<

[132] *UNE VENDETTA.* —Publicado en *Le Gaulois* el 14 de octubre de 1883, fue recogido en el volumen *Contes du jour et de la nuit* (1885). <<

[133] Bonifacio, pequeño pueblo del sur de Córcega, frente a Cerdeña, de la que está separada por un canal de 15 km. En la época del relato contaba con unos 500 habitantes. <<

[134] *La confession*. [«Marguerite de Thérelles iba a morir…»] — Publicado en *Le Gaulois* del 21 de octubre de 1885, fue recogido en el volumen *Contes du jour et de la nuit* (1885). Maupassant, que volverá a utilizar ese mismo título al año siguiente para otros dos relatos, emplea los elementos que ya le habían servido para la crónica-cuento titulada *Un drama verdadero*. <<

[135] *L'Attente* —Publicado en *Le Gaulois* el 11 de noviembre de 1883. No fue recogido en volumen hasta después de la muerte del autor, en *Le Colporteur* (1900). <<

[136] *La main*. — Aparecido en *Le Gaulois* el 23 de diciembre de 1883, fue recogido en *Contes du jour et de la nuit* (1885).

El relato reescribe la misma anécdota de “La mano disecada” (véase pág. 37). <<

[137] No se han encontrado rastros de un crimen semejante en Saint-Cloud. Forestier localizó en Saint-Oucn un crimen parecido, cuyo culpable nunca fue encontrado (*Contes et Nouvelles*, ed. cit., I, prig. 1612). <<

[138] Maupassant visitó esta ciudad de Córcega y la isla de Beauté en 1880, como corresponsal de *Le Gaulois*. <<

[139] Este inglés recuerda a Powell, el compañero de Swinburne en Étretat. <<

[140] *Garçon, un bock!*— Aparecido en *Gil Blas* el 1 de enero de 1884, fue recogido en el volumen *Miss Harriet* (1884). <<

[141] José María de Heredia (1842-1905) había nacido en Cuba, de padre español. Instalado en París y deslumbrado por Leconte de Lisie, en su célebre salón literario de los sábados puso en contacto a los poetas jóvenes con la generación parnasiana, de la que es considerado uno de los maestros. Autor de un solo título, *Les Trophées* (1893), que fue ampliando en sucesivas ediciones, sus primeros versos aparecieron en 1862; lo revisó y pulió hasta conseguir sonetos de una perfección que rehúye lo anecdótico y la «elocuencia». Maupassant lo conoció hacia 1878 en casa de Flaubert. <<

[142] La sede del banco Crédit Lyonnais se encontraba en el número 19 del bulevar des Italiens. <<

[143] La calle de Médicis bordea el Luxembourg y forma parte del Barrio Latino. <<

[144] La alusión señala alguna enfermedad venérea, posible causa de la caída del pelo, que el propio Maupassant sufrió a consecuencia de la sífilis contraída en 1876-1877. <<

[145] *Lettre trouvée sur un noyé*. — Relato publicado en *Gil Blas el* 8 de enero de 1884, fue recogido en el volumen *Le Colporteur* (1900). <<

[146] Louis Bouilhet (1822-1869), poeta y autor dramático, amigo de infancia de Flaubert, quien se encargó de recoger, a la muerte de Bouilhet, los poemas que había dejado sin publicar. Escritor concienzudo, pero carente de originalidad, habría caído en el olvido de no ser por la correspondencia de Flaubert, que lo recordaba a menudo. <<

[147] «Odio sobre todo a ese vate llorón / que musitando un nombre contempla una estrella / y para quien está vacía la naturaleza inmensa / si en la grupa no lleva a Lisette o a Ninon. // ¡Qué gentes tan graciosas las que se molestan / en interesarse por este pobre universo, / en atar faldas en los árboles de la ribera / y tocas blancas frente a las colinas verdes! // Nada han comprendido de las divinas músicas, / eterna naturaleza de estremecidas voces, / quienes no van solos por barrancos y cañadas / y piensan en mujeres con el rumor del bosque» (*Festons et Astragales*, 1858). <<

[148] *Coco*. — Publicado en *Le Gaulois* del 21 de enero de 1884, fue recogido en el volumen *Contes du jour el de la nuit* (1885). <<

[149] *Misti.* —Aparecido en *Gil Blas* el 22 de enero de 1884, fue recogido en las *Œuvres Complètes* (1907-1908), formando parte del título *Yvette*. <<

[150] El texto utiliza el término familiar «caboulots» para designar tabernas populares, que Emile Zola había puesto de moda en *L'Asommoir* (1877); la narrativa de la época (Zola, Anatole Erance) da cuenta también del gusto de la buena sociedad por «encanallarse» y adentrarse por ambientes sórdidos y populares; la tendencia parece haberse producido con el advenimiento de Grévy (1807-1881) a la presidencia de la República (1879 a 1887). <<

[151] Desde la Comuna, Belleville se había convertido en un barrio maldito. <<

[152] *La Mère Sauvage*. — Aparecido en *Le Gauloise* el 3 de marzo de 1884, fue publicado en el volumen *Mis Harriet* (1884). No es inútil saber que el adjetivo *sauvage* significa en francés «salvaje». Aunque el lugar geográfico Virelogne no existe, el texto utiliza palabras dialectales de Normandía. <<

[153] Georges Poucher (1833-1894), profesor de anatomía comparada en el Museo de Historia Natural, era amigo de Flaubert; se relacionó a menudo con los ambientes literarios, y Maupassant lc dedicó una trónica el 23 de marzo de 1881 en *Le Gaulois*, titulada «Au Museum d'histoire naturelle». <<

[154] *Piéton* («peatón»): nombre de la época para designar al cartero rural, que hacía su trabajo a pie. <<

[155] *Le Gueux*. — Aparecido en *Le Gaulois* del 9 de marzo de 1884, fue recogido en el volumen *Contes du jour et de la nuit* (1885). <<

[156] Los nombres de los lugares geográficos no tienen otra finalidad que situar un ambiente bretón, pues o no existen o no se corresponden con puntos precisos. <<

[157] *Le Bonheur.* — Aparecido en *Le Gaulois* el 16 de marzo de 1884, fue recogido en el volumen *Contes du jour et de la nuit* (1885).

Un viaje de Maupassant a Córcega en 1880 no parece haber influido en este cuento que describe una Córcega imaginaria, marcada por el tópico de la pasión mediterránea. En 1888 el novelista incluirá el relato en *Sur l'eau*, como recuerdo de viaje, pero situando la acción en la Provence, en los alrededores de Saint-Tropez, con un final distinto:

«Supe que desde hacía treinta años, el hombre, el viejo, el sordo, tenía una amante en el pueblo vecino, y que su esposa, tras haberse enterado casualmente por un carretero que pasaba y que habló, sin conocerla, de aquello, había huido trastornada y chillando al granero y luego se había tirado por la ventana, quizá no por reflexión, sino enloquecida por el horrible dolor de aquella sorpresa que la empujaba hacia delante con un impulso irresistible, como un látigo que golpea y desgarra.» <<

[158] *SOLITUDE*. —Publicado en *Le Gaulois* el 31 de marzo de 1884, fue recogido en el volumen *Monsieur Parent* (1884).

En el capítulo IV de la novela *Bel-Ami*, que Maupassant estaba escribiendo en ese año de 1884, se repiten las ideas de *Soledad*: un viejo poeta, Norbert de Varenne, expone al protagonista, Georges Duroy, el desengaño de las ilusiones del amor y de la muerte mientras pasean desde el bulevar Malesherbes a la calle de Bourgogne. <<

[159] Es el principio del sermón de la montaña (Mateo 5, 3; Lucas 6, 20), pero Maupassant lee el texto para subrayar que los intelectuales y los sensitivos sufren más que el resto de los hombres las miserias de la condición humana. <<

[160] «¿Quién viene? ¿Quién me llama? Nadie. / Estoy solo. - Un reloj da la hora. / ¡Oh soledad! ¡Oh pobreza!» Estos versos proceden del poema «La noche de mayo», la más desesperada de las *Nuits* (1835-1837) de Musset. <<

[161] La frase pertenece probablemente a una carta de Flaubert a Mme. Brainne, a quien Maupassant dedicó su novela *Une vie*, y cuyo hijo fue su compañero y amigo. <<

[162] «Las caricias son sólo inquietos arrebatos, / infructuosos impulsos del pobre amor que intenta / la imposible unión de las almas por los cuerpos…» Los versos proceden de «Les Caresses» (*Les Solitudes*, 1869), de Sully-Prudhomme (1836-1907). <<

[163] Alusión al obelisco de Luxor, traído de Egipto por los ejércitos napoleónicos y levantado en la plaza de la Concordia de París en 1836. <<

[164] *Le petit fût:* — Aparecido en *Le Gaulois* del 7 de abril de 1884, fue recogido en el volumen *Les Sœurs Rondoli* (1884). <<

[165] Adolphe Tavernier, nacido en 1854, amigo de Maupassant, fue periodista y crítico de arte (*Gil Blas*, *L'Écho de París*, etc.), pero se le conoció sobre todo por sus tratados teóricos de esgrima, entre ellos *L'Art du duel* (1884). <<

[166] A medio camino entre Fécamp y Goderville. <<

[167] El jarro *(pot)* de la época equivalía a dos litros aproximadamente. <<

[168] Véase la nota 3 a “San Antonio”, pág. 215. <<

[169] *CHÂLI.* — Aparecido en *Gil Blas* el 15 de abril de 1884, se publicó en el volumen *Les Sœurs Rondoli*, de ese mismo año. En el periódico iba precedido por la descripción de una reunión social en la que los invitados hablan de libros recientes centrados en el tema amoroso y discuten sobre la posibilidad de la profundidad moral del amor mundano. <<

[170] Jean Béraud (1849-1935), pintor de la vida burguesa, colaboraba en *La Vie moderne*, como Maupassant, que lo cita en varias ocasiones a lo largo de su obra. A una primera etapa de retratos y estudios parisinos siguió otra que le dio más fama, en la que pintaba estampas del Evangelio vistas desde la modernidad: Cristo subido en una locomotora, por ejemplo. <<

[171] Maupassant parece aludir a un verso de la tragedia *Ruy Blas* (acto III, IV), de Victor Hugo: «Este ángel, que de rodillas contemplo y nombro, / con una palabra me transfigura y me hace más que un hombre. / ¡Y yo marcho viviendo en mi sueño estrellado!» <<

[172] Los lugares geográficos citados son imaginarios, aunque el autor utiliza consonancias reales de la India. Tampoco existe ningún diamante que se llame Estrella de Delhi. <<

[173] *L'IVROGNE*. — Aparecido el 20 de abril de 1884 en *Le Gaulois*, fue recogido en *Contes du jour et de la nuit* (1885). <<

[174] Pequeño puerto de pesca, a unos kilómetros de Étretat; era también estación balnearia. <<

[175] El dominó figura en la literatura de la época como el pasatiempo preferido de las clases populares, pasatiempo de «fracasados o pequeños rentistas mediocres» (*Contes et Nouvelles*, ed. cit., I, n. 2, pág. 196). <<

[176] El síndico es la principal figura en los barrios de los pueblos de mar y juega el papel de máxima autoridad; de ahí que en el dominó equivaliese probablemente al seis doble. <<

[177] *La Chevelure*. —Publicado en *Gil Blas* el 13 de mayo de 1884 con el pseudónimo de Maufrigneuse, fue recogido en el volumen *Toine* (1885).

La necrofilia empezaba a ser estudiada en Francia; el término aparece como neologismo en 1860, en las *Leçons orales sur les phrénopaties (Lecciones orales sobre las frenopatías)*, del alienista Guislain. A mediados de siglo XIX el tratamiento de la locura había pasado del encierro y del aislamiento total del paciente a su conversión en testigo y testimonio: en 1850, el famoso doctor Blanche —en cuya clínica será tratado Maupassant durante sus dos últimos años— ya había inducido al poeta Gérard de Nerval a escribir el relato de sus visiones, tarea de la que saldrá su título más misterioso: *Aurélia*. Y un alumno del doctor Charcot, el doctor Max Simon, mucho más avanzado que el médico presentado por este relato, publicaría en 1888 una selección de dibujos y escritos de sus pacientes. <<

[178] En Venecia llevaron este apellido algunos políticos; ningún artista de la época así llamado fue ebanista. <<

[179] El texto francés respeta las grafías utilizadas por Maupassant: «Decidme, ¿dónde, en qué país / Está Flora la bella romana? / ¿Arquipíades, o Thais, / Que fue su prima hermana? / ¿O Eco, la que responde desde las aguas / De los ríos y lagos, si te escucha, / Cuya belleza era más que humana? / ¿Pero dónde están las nieves de antaño? […] La reina Blanca como una flor de lis / Que cantaba con voz de sirena, / Berta la del gran pie, Beatriz, Alís, / Haremburgis la señora del Maine, / y Juana, la buena lorenesa / Que los ingleses quemaron en Ruán; / ¿Dónde están, oh Virgen soberana? / ¿Pero dónde están las nieves de antaño?» (François Villon, «Balada de las damas de ayer», *EL legado y el testamento*, traducción de José María Álvarez, Pretextos, Valencia, 2001).

Villon utiliza nombres de personajes de gran prestigio literario en la Antigüedad y en la historia francesa inmediata: Flora es una cortesana de la que habla el poeta latino Juvenal en sus *Sátiras* (II, 49). Arquipíades no es otro que Alcibíades, muchacho de gran belleza al que en la Edad Media se tenía por mujer pues era descrito como modelo de hermosura por los griegos; de él habla Platón en uno de sus diálogos por boca de Sócrates; Thais fue otra cortesana que vivió en el siglo IV en Alejandría y que terminó haciéndose cristiana. Eco es el nombre de la ninfa que se enamoró desesperadamente de Narciso y que, convertida en roca, sólo podía utilizar la voz. La reina Blanca es Blanca de Castilla, madre del rey francés san Luis. Alís remite al lector a una canción de gesta, *Hervi de Metz*, en la que ese personaje casa a su hijo con Biautrix, uno de cuyos hermanos es padre de Berta, esposa del rey francés Pipino el Breve y madre de Carlomagno. Haremburgis es el nombre latinizado de Erembur, hija y heredera de Hélie, conde del Maine, muerta en 1220. La «buena lorenesa» no es otra que Juana de Arco. <<

[180] Protagonista de un caso de necrofilia, François Bertrand, conocido en las crónicas sociales como el «Vampiro», había nacido en 1824; convertido en símbolo de la necrofilia, este sargento fue procesado en 1849 en medio de una gran expectación popular y fuerte polémica que pervivió durante décadas. Después de haber estudiado filosofía en el seminario de Langres, sirvió en el ejército, donde consiguió cierto prestigio como hombre culto y elegante. Atraído de forma irresistible por los cadáveres, se dedicó al principio a las carroñas animales, para pasar luego a los cadáveres humanos, hombres o mujeres, que desenterraba, para arrancarles los miembros y las entrañas, alcanzando entonces el goce sexual. Sus accesos de vampirismo iban precedidos de fuertes crisis de agitación, que él mismo describió en una confesión pública, editada por el Doctor Ambroise Tardieu bajo el título de *Extrait d'un manuscrit autographe du nommé Bertrand, déterreur de cadavres*. La ley francesa de la época sólo condenaba a los violadores de tumbas a un año de cárcel. Por otro lado, el interés de fin de siglo por la necrofilia llevó a algunos prostíbulos, según refiere Léo Taxil en *La Corruption fin de siècle* (1891), a disponer de una cámara mortuoria donde la mujer contratada hacía el papel de muerta a petición de algunos clientes. <<

[181] *L'Horrible*. — Aparecido en *Le Gaulois* el 18 de mayo de 1884, se publicó en el volumen póstumo *Le Colporteur* (1900). <<

[182] La misión del teniente coronel Flatters (1832-1881) tenía por objetivo abrir una vía para el transahariano hasta el Sudán; iniciada en 1879, acabó dos años más tarde en las circunstancias que Maupassant cuenta: traicionados por sus guías de la tribu de Uargla (oasis del Sáhara argelino), todos los soldados franceses de la misión, con su jefe al frente, resultaron muertos. <<

[183] *PROMENADE*. — Publicado en *Gil Blas* el 27 de mayo de 1884, fue recogido en el volumen *Yvette* (1885). <<

[184] Esa cantidad supone un salario más bien modesto. <<

[185] La libra es una antigua moneda de cuenta, equivalente en peso a una libra de plata; a partir de 1801 su equivalencia era de menos de cinco gramos. <<

[186] Pierna de cordero en salsa blanca *(poulette)*, a base de mantequilla, yema de huevo, sal, pimienta y un chorrito de vinagre. <<

[187] Aguardiente de gran calidad, a cuyo nombre de *fine-champagne* sólo tenían derecho los licores destilados a partir de viñedos de las tierras de Champaña, alrededor de la ciudad de Cognac, al sur del Charente. <<

[188] No se ha identificado este aire popular. <<

[189] *Le Crime au père Boniface*. — Aparecido el 24 de junio de 1884 en *Gil Blas*, se publicó en el volumen *Contes du jour et de la nuit* (1885). <<

[190] *Le Tic.* — Aparecido en *Le Gauloise* el 14 de julio de 1884, no fue publicado en volumen en vida de su autor. <<

[191] Esta alusión a Edgar Allan Poe, cuyo relato *El hundimiento de la casa Usher* influye directamente sobre este cuento, es un claro homenaje al padre del relato de misterio y terror. <<

[192] Maupassant pasó algún tiempo, en 1883 y 1885, en Châtelguyon, balneario que servirá de marco a la acción de su novela *Mont-Oriol* (1887). Sus aguas se recomendaban sobre todo para el tratamiento de enfermedades estomacales, a las que Maupassant atribuía sus males. <<

[193] Hijo de Poseidón y Tetis, Proteo es el dios que puede cambiar de forma y apariencia a voluntad. <<

[194] *La peur.* [«El tren corría, a todo vapor…»] — Relato publicado en *Le Figaro* el 25 de julio de 1884, no fue recogido en volumen en vida de Maupassant. El título ya había sido utilizado para otro cuento (pág. 163). <<

[195] Una epidemia de cólera, traída a Toulon por la tripulación de un navio a finales de junio de 1844, y que luego brotó en Marsella, en Arles y en París (en julio), había provocado 23 muertos en Toulon, 48 en Marsella y 8 en Arles, dando lugar a reacciones excesivas provocadas por el miedo. <<

[196] En 1876, Maupassant había conocido a Iván Turguéniev (1818-1883), por quien sentía gran respeto, en casa de Flaubert, a la que el escritor ruso acudió los domingos durante años. Maupassant dedicó a la narrativa y a la personalidad de Turguéniev varios artículos, como el titulado “Lo fantástico”. <<

[197] Turguéniev se había dado a conocer en 1852 con un libro titulado *Memorias de un cazador*. <<

[198] *Le rétour.* — Aparecido en *Le Gaulois* del 28 de julio de 1884, fue publicado en el volumen *Yvette* (1884-1885). Maupassant aborda el tema del regreso del marido soldado o marino, que ya había tratado Balzac en *El coronel Chabert*; en ese mismo año de 1884, Zola había publicado *Jacques Damour*, en la que un antiguo *communard* regresa a París para encontrarse con que su mujer se ha casado de nuevo. <<

[199] Épreville, a seis kilómetros de Fécamp; Auzebosc, a cuatro kilómetros de Yvetot. <<

[200] Maupassant emplea un dialectalismo normando para aguardiente: le *fil*, sacado del orujo de uva que podía ser «fil en deux», «en quatre», «en six», según las vueltas de hilo *(fil)* alrededor del gollete de la botella, con las que se marcaban los grados: 25, 36 o 40. Si alcanzaba diez vueltas, el aguardiente era de calidad superior, cercana al coñac. <<

[201] *La tombe*. — Publicado por *Gil Blas el* 29 de julio de 1884 y firmado con el pseudónimo habitual de Maufrigneuse, no fue recogido en volumen en vida del autor. <<

[202] Sobre el necrófilo François Bertrand, véase la nota 3 a “La cabellera”, pág. 424. <<

[203] *LA CONFESSION.* [«Cuando el capitán Hector-Marie de Fontenne…»] — Aparecido en *Gil Blas* del 12 de agosto de 1884, fue publicado en el volumen *Le Rosier de Mme. Husson* (1888). Fueron tres los cuentos que Maupassant publicó con ese título de “Confession”; el primero [«Marguerite de Thérelles iba a morir»] (pág. 319) es una historia criminal basada en un hecho verídico; el segundo, éste, una aventura conyugal; y el tercero [«Todo Véziers-le-Réthe había asistido…»] (pág. 511) aborda un infanticidio; el tema del hijo ilegítimo rechazado por el padre es frecuente en la obra de Maupassant, por ejemplo en otros dos de los cuentos recogidos en este volumen, “El hijo” y “Un parricida”. <<

[204] *Un Fou?* — Aparecido en *Le Figaro* el 1 de septiembre de 1884, no fue recogido en volumen en vida de Maupassant. <<

[205] Sobre el doctor Charcot y sus experiencias, véase más atrás el relato “Magnetismo” y su nota 2 en la pág. 95. <<

[206] *MOHAMMED-FRIPOUILLE*. — Publicado en *Le Gaulois* del 20 de septiembre de 1884, fue recogido en el volumen *Yvette* (1884-1885). <<

[207] Población situada a unos 80 kilómetros al sur de Medeah, de unos setecientos habitantes en la época, llamada efectivamente el balcón del Sur. <<

[208] *Joyeux*, o *zéphyrs* («céfiros»), tal era el nombre que recibían las tropas de infantería ligera en África. <<

[209] Nombre dado al soldado irregular del ejército turco. <<

[210] Palabra turca que significa «grande», y en ciertos países musulmanes se emplea como título honorífico. <<

[211] *Le Garde*— Publicado en *Le Gaulois* el 8 de octubre de 1883, fue recogido en el volumen póstumo *Yvette* (1884-1885). <<

[212] La historia se localiza no lejos de Jumièges, en el Seine-Maritime, región donde no aparece este nombre: sí existe un Écorcheville en el Calvados. <<

[213] Bosque cercano a Ruán, como Canteleu, que también figura en *El Horla*. <<

[214] *Berthe*. — Publicado en *Le Figaro* el 20 de octubre de 1884, fue recogido en el volumen póstumo *Yvette* (1884-1885). <<

[215] Los auverneses, cuyo sombrero típico se describe, se encargaban en París de vender y subir a las casas leña y carbón. <<

[216] Riom fue la antigua capital del dutado de Auvernia. <<

[217] Durante la Revolución, la estatua de la Virgen de la iglesia Notre-Dame du Marthuret fue salvada de la destrucción por la corporación de los carniceros. <<

[218] Sobre Châtelguyon, véase la nota 2 de *El tic* (pág. 447). <<

[219] Término normando, derivado del antiguo francés: «nada». <<

[220] Ciudad de Auvernia. <<

[221] En el sentido médico del término «imbécil»: carente de inteligencia por insuficiencia mental. <<

[222] Vehículo ligero de dos o cuatro plazas y por lo general de dos ruedas, tirado por un caballo. <<

[223] *CONFESSION.* [«Tout Véziers-le-Réthel…»] — Publicado en *Le Figaro* el 10 de noviembre de 1884, fue recogido en el volumen *Toine* (1885/1886). Véase la nota de la pág. 319 al cuento del mismo título. <<

[224] Los lugares, aunque imaginarios, tienen sonoridades cercanas a las de Réthel y Vouziers; en los alrededores de esta última se sitúa “El cuarto 11”, mientras la primera es citada en otro cuento de Maupassant titulado “Los prisioneros”. <<

[225] *La Chambre 11*. — Publicado el 9 de diciembre de 1884 en *Gil Blas*, fue recogido en 1885 en el volumen *Toine* (1885/1886). <<

[226] Perthuis-le-Long es un nombre de localidad imaginario, como más adelante el título del periódico *Tablettes de Perthuis*. <<

[227] *À VENDRE*— Publicado en *Le Figaro* el 5 de enero de 1885, fue recogido en el volumen *Monsieur Parent* (1886). <<

[228] Lugar imaginario, no existe en Bretaña ninguna población con ese nombre, pero sí Quimperlé, citado más arriba. <<

[229] Además de designar la secta herética del siglo XIV de los beguinos, el término se usaba de forma general para «toda religiosa o hija de comunidad, de cualquier orden o congregación que sea»; tiene además cierto sentido despectivo porque familiarmente también designa en Francia desde el siglo XVIII a una mujer tonta, pueril o gazmoña. <<

[230] *Le Baptême*. — [«Vamos, doctor, un poco de coñac…] Publicado en *Gil Blas* el 13 de enero de 1885, fue recogido en el volumen *Monsieur Parent* (1886). El año anterior, Maupassant había publicado otro cuento con el mismo título. <<

[231] Émile Zola había publicado *L'Asomnoir* en el folletón de *La République des lettres* antes de convertirse en obra maestra del nuevo estilo literario, el naturalismo, al aparecer en volumen en 1877. <<

[232] *L'INCONNUE*. — Publicado el 27 de enero de 1885 en *GilBlas*, fue recogido en diciembre de 1885 en el volumen *Monsieur Parent* (1886). <<

[233] El episodio de la reina de Saba procede del Corán, Azora XXVII, 44, y había sido difundida por varios escritores, entre ellos Flaubert en *La tentación de san Antonio*: La reina de Saba visita a Salomón, que la invita a entrar en su palacio: «Cuando [ella] lo vio, creyó que era un estanque, y puso sus piernas al descubierto. Salomón dijo: «Es un palacio enlosado de cristal» (*El Corán*, ed. Juan Vernet, 1983, pág. 394). <<

[234] *LETTRE D'UN FOU.* — Publicado en *Gil Blas* el 17 de febrero de 1885, con el pseudónimo de Maufrigneuse, no fue recogido en vida del autor. <<

[235] Estas líneas pertenecen al inicio del *Essai sur le goût*, texto preparado por Montesquieu para la Enciclopedia, y que se publicó en 1783. <<

[236] *FINI.* — Publicado en *Le Gaulois* el 27 de julio de 1885. Fue recogido en el volumen póstumo *Le Colporteur* (1900). <<

[237] *Un fou.* — Publicado en *Le Gauloise* el 2 de septiembre de 1885, Fue recogido en el volumen *Monsieur Parent* (1886). <<

[238] *IMPRUDENCE*. — Publicado en *Gil Blas* el 15 de septiembre de 1885, bajo el pseudónimo habitual de Maufrigneuse, que aparece por última vez, fue recogido en el volumen *Monsieur Parent* (1886). <<

[239] Entiéndase «tisana de champán», vino más ligero que el champán. En cuanto al pollo a la diabla, era un pollo asado con una salsa con pimienta de Cayena. <<

[240] *Les Bécasses.* — Publicado en *Gil Blas* el 20 de octubre de 1885, fue recogido en el volumen *Monsieur Parent* (1886). <<

[241] Población inexistente cerca de Fécamp, aunque hay otra de nombre parecido, Vattetot, entre Fécamp y Etretat. <<

[242] Burgo a trece kilómetros de Fécamp y a dieciséis de Étretat, donde transcurre la acción del relato *La Ficelle*. <<

[243] *Monsieur Parent*. — Apareció en folletón en el *Journal des Débats* los días 10-14, 17-18 y 20-21 de noviembre de 1885, y a finales de ese año dio título a un volumen de relatos. <<

[244] Un luis equivalía en la época a 20 francos. <<

[245] La Terraza de Saint-Germain-en-Laye fue construida por Le Nôtre (1672) a veinte kilómetros de París; con una longitud de más de dos kilómetros, forma parte del castillo de Saint-Germain, en el que dejaron su huella varias generaciones: la capilla pertenece al siglo XIX, el estilo Renacimiento se ve en un cuerpo de edificio y Enrique IV da su nombre a un pabellón, en el que todavía existe un restaurante. <<

[246] La yola es una embarcación alargada, ligera y rápida, que manejaban de dos a seis remeros. <<

[247] Sigue existiendo en Saint-Germain el pabellón Henri-IV (calle Thiers, 2), en el que en septiembre de 1877 había muerto un personaje histórico, el mariscal Thiers. <<

[248] En la calle Saint-Lazare de Saint-Germain existía un Hôtel du Continent. <<

[249] *LA PETITE ROQUE*. — Publicada en folletón en *Gil Blas* del 18 al 23 de septiembre de 1885, dio título a un volumen de relatos publicado en 1886. <<

[250] Los nombres no se corresponden con lugares geográficos reales. <<

[251] *Renard* significa en francés «zorro». <<

[252] En el siglo XVIII era frecuente el uso de lunares postizos en el maquillaje femenino. En francés, *mouche*, además de «mosca», significa «lunar». <<

[253] Hasta ahora Maupassant ha hablado de «sillón.» <<

[254] *MADEMOISELLE PERLE*. — Aparecido en el suplemento literario de *Le Figaro* el 16 de septiembre de 1886, fue recogido en el volumen *La Petite Roque* (1886). La geografía de la novela se desarrolla en la región preferida de Maupassant: en Grasse vivía Hervé, hermano del novelista, tras su matrimonio en 1885; Yvetot había sido escenario de los años colegiales de Maupassant, que había publicado su primer cuento en *L'Almanach lorrain*, de Pont-à-Mousson. <<

[255] La guerra colonial del Tonquín duró un año; en junio de 1885 se firmó el tratado de Tien-tsin, que la concluía diplomáticamente en principio adjudicando a Francia el protectorado del Annam. No terminaron sin embargo las escaramuzas en una especie de guerra no confesada ni declarada, como se percibe en el relato “Las tumbales”. Maupassant se había opuesto vivamente a la política colonial francesa en una crónica aparecida en *Gil Blas* el 7 de abril de 1885. <<

[256] Roüy-le-Tors: Población imaginaria, que también aparece en otro relato de Maupassant: “La pequeña Roque". <<

[257] *L'Ermite*. — Aparecido en *Gil Blas* el 26 de enero de 1886, fue recogido en el volumen *La Petite Roque* (1886). <<

[258] La moda de las cervecerías atendidas por mujeres se difundió tanto en el último cuarto del siglo XIX que en París se contaban en 1882 ciento ochenta y un establecimientos atendidos por ochocientas jóvenes; para la policía suponían un verdadero «foco de infección moral y física». De hecho, eran la fachada de casas de juego y de prostitución. <<

[259] Daguerre inventó el procedimiento fotográfico al que dio su nombre en 1838, y fue empleado hasta mediados de siglo. El negativo y las pruebas fotográficas sacadas a partir de él no se emplearon hasta 1870 aproximadamente. <<

[260] Eran frecuentes los delitos de este tipo en una ciudad en la que, según *Gil Blas* (21 de enero de 1886), cada noche dormían sin techo 3.500 personas. <<

[261] *Sur les chats.* — Publicado en *Gil Blas* el 9 de febrero de 1886, fue recogido en el volumen *La Petite Roque* (1886). <<

[262] Maupassant se hallaba en la villa del señor Muterse en Antibes, en la fecha de escritura de esta crónica-cuento. <<

[263] Georges J. Duval (1847-1919), periodista y novelista, publicó *Le Tonnelier*, tomo perteneciente a la serie *Le Carnaval parisien*, el mismo día en que aparecía este cuento en *Gil Blas*. <<

[264] «Los amantes fervientes y los sabios austeros / aman igualmente, en sus años maduros, / los gatos fuertes y suaves, orgullo de la casa, / que son como ellos frioleros, y como ellos sedentarios. // Amigos de la ciencia y de la voluptuosidad, / buscan el silencio y el horror de las tinieblas. / El Erebo los hubiera tomado por sus fúnebres corceles / si a yugo alguno pudieran someter su orgullo». <<

[265] «Cuando piensan, adoptan las nobles actitudes / de las grandes esfinges tendidas en el fondo de las soledades / que parecen dormirse en un sueño sin fin. // Sus fecundos flancos están llenos de chispas mágicas. // Y parcelas de oro, cual una arena fina, / constelan vagamente sus místicas pupilas.» Poema titulado «Les Chats», de *Les Fleurs du mal* (LXVI). Corrijo en el texto de Maupassant el cierre interrogativo en el verso octavo, inexistente en el original. <<

[266] Thorenc está situado al noroeste de Grasse, a 40 kilómetros. En sus alrededores se encuentra una antigua encomienda de Templarios. En septiembre-octubre de 1885, la esposa de Maupassant, que se hallaba en Étretat, pasó una quincena de días en el castillo de Quatre-Tours; ella le proporcionó probablemente algunos datos de este pasaje. <<

[267] «Me gusta veros en vuestros cuadros ovales, / retratos amarillos de las bellas del tiempo pasado, / llevando en la mano unas rosas algo pálidas / ¡cual conviene a flores de cien años!» Primer cuarteto del poema «Pastel», de *Poésies diverses*, de Théophile Gautier. <<

[268] Victor Hugo había muerto el 22 de mayo de 1885. <<

[269] «Es el espíritu familiar de la casa, / juzga, preside, inspira / todas las cosas en su imperio: / ¿es quizás hada, es dios?» Poema «Le Chat», de *Les Fleurs du mal* (I.I, vv. 29-32). <<

[270] *ROSALIE PRUDENT.* — Publicado en *Gil Blas* el 2 de marzo de 1886, fue recogido en el volumen *La Petite Roque* (1886). <<

[271] El infanticidio, tema frecuente en la novela naturalista y en Maupasssant —en novelas como *Une Vie*, *Mont-Oriol*, y en cuentos como “La Martine”, “La confesión”, “El hijo”, “El ahogado”—, se castigaba en Francia en esa época con la pena de muerte. <<

[272] *Une famile*. — Aparecido en *Gil Blas* el 3 de agosto de 1886, fue recogido en el volumen *Le Horla* (1887). <<

[273] *Le Diable*— Aparecido en *Le Gaulois* el 4 de agosto de 1886, fue recogido en el volumen *Le Horla* (1887). <<

[274] Preparación a base de índigo. <<

[275] UN CAS DE DIVORCE. — Publicado en *Gil Blas* el 31 de agosto de 1886, fue recogido en el volumen *L'Inutile Beauté* (1890), con abundantes variantes y añadidos. <<

[276] Alusión a Luis II de Baviera (1845-1886); con la razón afectada por la locura, y tras distintos reveses políticos, el 12 de junio de 1886 fue apartado de sus funciones e internado en el castillo de Berg, donde murió ahogado al día siguiente; junto al suyo, apareció también el cadáver de su único acompañante del paseo, que era su médico. Durante su reinado, ayudó como mecenas a las artes —en especial a Wagner— y construyó castillos fantasiosos y delirantes como los de Linderhof, Neuschwanstein y Herrenschiemsee. La vida y los excesos de Luis II recorrieron Europa, causando fuerte impacto sobre sus contemporáneos. La anécdota con la cantante Malvina Schnorr von Karolsfeld, aludida líneas más adelante, trascendió a Francia, donde se convirtió en lugar común de las gacetas escandalosas. Maupassant, sin embargo, idealiza el hecho, dado que Luis II parece que obró de ese modo, no por locura poética y repugnancia a todo contacto carnal —se le llamó «el rey virgen»—, sino por reacción homosexual frente a la mujer. <<

[277] Este verso, que ha quedado como frase hecha en la memoria colectiva de los franceses, pertenece al canto I de los *Les Fastes ou les Usages de l'année* (1779) —evocación de la vida cotidiana de París y del campo— del poeta Antoine Lemierre (1723-1793); Maupassant pudo haberlo leído en el *Gil Blas* el 1 de agosto de 1886, citado en una crónica de un periodista llamado Grimsel. <<

[278] *L'A'AUBERGE*. — Aparecido en *Les Lettres et les arts* el 1 de septiembre de 1886, fue recogido al año siguiente en el volumen *Le Horla* (1887). <<

[279] El col y paso de la Gemmi es un puerto de los Alpes del Valais, en Suiza, que domina la estación termal de Loeche-les-Bains, a 2.314 m de altitud; Maupassant, que había realizado una cura en agosto de 1877 en esta estación termal, había descrito la zona en su crónica «Aux eaux» (*Le Gaulois*, 24 de julio de 1883). <<

[280] Sería excesivo achacar a coincidencia los nombres de Jean Hauser y Gaspard Hari; parecen derivar de Gaspard Hauser, joven alemán de origen misterioso, aparecido en Nuremberg en 1828, sin saber otra cosa que caminar y escribir su nombre y declarando 17 años de edad; murió asesinado; llamado «el huérfano de Europa», provocó la curiosidad de la opinión pública. Según las hipótesis más recientes, habría vivido en una mazmorra del castillo de Beuggen, cerca de Rheinfelden, donde en el año 2000 se encontró un dibujo de caballo a lápiz, idéntico a otro encontrado en el castillo de Pilsach, cerca de Nuremberg, hoy conocido como «Castillo Kaspar Hauser». El personaje ha inspirado a varios autores, desde Paul Verlaine a Peter Handke, pasando por Jakob Wassermann, Georg Trakl, etc. El cineasta Werner Herzog lo llevó a la pantalla en *El enigma de Kaspar Hauser* (1974). <<

[281] En el tute (en francés *brisque*) juegan dos personas; parecido al juego de la guerrilla, presenta dos modalidades, según su mayor o menor dificultad; la «pequeña» *brisque*, a la que aquí se alude, está considerada como un «verdadero juego infantil». <<

[282] Son tres los hijos que figuran en el quinto párrafo de «El albergue». <<

[283] *L'Horla (première version).* — Aparecido en *Gil Blas* el 26 de octubre de 1886, no sería recogido en volumen en vida de Maupassant. Aunque recibe ese subtítulo, no se trata de un esbozo de *El Horla*, publicado al año siguiente titulando un conjunto de relatos, sino de una obra totalmente distinta que trata de contrastar dos interpretaciones del caso que centra el cuento: la primera hunde sus raíces en la psicopatología; de acuerdo con la segunda, el enfermo sería un hombre normal cuyos sufrimientos son provocados por una causa externa. <<

[284] Este nombre no corresponde a ningún alienista conocido. <<

[285] Biessard es una localidad cercana a Croisset. <<

[286] Poema célebre de Alfred de Musset (1810-1857), escrito en 1835, tras su ruptura de relaciones (1833-1834) con la novelista George Sand. Es el poema inicial de cuatro noches, que completan «Noche de diciembre» (1835), «Noche de agosto» (1836) y «Noche de octubre» (1837). «La noche de mayo» escenifica un diálogo entre la musa y el poeta, que se niega a cantar por considerar la tarea superior a sus fuerzas, hundido como está en el dolor sentimental. <<

[287] Para el nombre «Horla», véase la nota introductoria a la versión de 1887, en la página 771. <<

[288] El más allá estaba de moda en aquellos años: en 1886 había aparecido *Posession*, de Charles Epheyre, que abordaba el tema de la sugestión; a principios de 1887, Gilíes de la Tourette protestaba contra la utilización del magnetismo en los salones en su libro *L'Hypnotisme et les états analogues au point de vue médico-légal*; y Charcot y Richer habían editado en esa misma fecha *Les Démoniaques dans l'art*. <<

[289] El texto de ese supuesto periódico es inventado. <<

[290] *Le Trou*. — Publicado en *Gil Blase* 19 de noviembre de 1886, fue recogido en el volumen L*e Horla* (1887). <<

[291] Embarcación ligera, de recreo y de servicio que se utiliza en el bajo Sena; su proa, elevada y redondeada, facilitaba su atraque en la orilla. <<

[292] Célebre restaurante situado debajo del puente de Chatou, en la orilla derecha del Sena, lugar de cita de jóvenes y artistas. A su propietario, Alphonse Hercule Fournaise, lo había descrito Maupassant en el relato “la femme de Paul”. <<

[293] *Casque à mèche*: nombre vulgar de un gorro de algodón utilizado para dormir por la noche. <<

[294] En *Le Figaro* semanal utilizaba el pseudónimo de Colombine el periodista Arthur de Boissieu (1835-1873), en la sección de *Lettres*; y en *Gil Blas*, lo empleaba Henry Fouquier, que utilizaba otros en distintas publicaciones e incluso en esa misma, donde también era utilizado ocasionalmente por distintos redactores. <<

[295] François Achille Bazaine (1811-1888), mariscal francés, que luchó en México y durante la guerra franco-prusiana de 1870; comandante en jefe del ejército del Rhin, llevó una campaña dubitativa mientras ganaba tiempo para intentar restaurar el Segundo Imperio. Tras la caída de Sedán, se rindió a los prusianos por no estar dispuesto a defender al gobierno republicano, dejando libre el camino de París a los invasores. Liberado en 1873 por los alemanes, fue juzgado y condenado a muerte por traición; la pena le fue conmutada por el presidente y militar Mac-Mahon; enviado al presidio de la isla Marguerite, se le facilitó la fuga y huyó a España en 1874; en abril de 1887, fue atacado en Madrid por un comerciante francés; sobrevivió a la puñalada recibida en el rostro, pero no a los problemas de salud que le provocó y que lo llevaron a la tumba en septiembre de 1888. <<

[296] *Amour*. — Publicado en *Gil Blas el* 7 de diciembre de 1886, recogido en el volumen *Le Horla* (1887). <<

[297] *MADAME HERMET*. — Aparecido en *Gil Blas* el 18 de enero de 1887, no fue recogido en volumen en vida de Maupassant. <<

[298] A principios de 1887 París fue víctima de una epidemia de viruela, tema de un artículo del doctor Monin en *Gil Blas* publicado tres días antes de aparecer este relato, el 15 de enero. La vacunación contra epidemias era recomendada, pero no obligatoria, en la época. <<

[299] *Les Rois.* — Publicado en *Le Gaulois* el 23 de enero de 1887, apareció recogido en el volumen *Le Horla* (1887). <<

[300] Lugar geográfico, al parecer imaginario. <<

[301] *L'HORLA.* — La primera edición de este relato no se produjo en ninguna publicación periódica, a diferencia de la mayoría de los cuentos de Maupassant, sino en un volumen al que precisamente daba título, y que salió de las prensas parisinas de Ollendorff el 25 de mayo de 1887. Posteriormente apareció en publicaciones periódicas, en su integridad o en fragmentos que relacionaban la situación descrita por el relato con el estado alucinatorio que en 1892 sufría el autor.

Así, en *L'Écho de la semaine* del 17 de enero de 1892, la siguiente entradilla precedía a dos amplios fragmentos de *El Horla*: «Nuestro desventurado colega Guy de Maupassant, internado hoy en una casa de salud, era víctima desde hacía tiempo de alucinaciones. Tenía la alucinación del miedo, que es el tema de varios de sus relatos; también tenía alucinaciones *autoscópicas*, en las que se veía a sí mismo doble. Cuando publicó *El Horla* —del que aquí damos algunas páginas—, los médicos vieron en él el pronóstico seguro de su futura alienación mental».

En cuanto al nombre «Horla», ha suscitado distintas interpretaciones: se le han buscado referentes en anagramas, en dialectos y lenguas diversas, en pseudónimos, etc. Para Forestier (*Contes et nouvelles*, ed. cit., II, pág. 1621), y para Antonia Fonyi (*Le Horla*, Garnier Flammarion, 1984, págs. 197-198), habría que retener la interpretación más sencilla: *hors là!* («fuera»); palabras que tienen, además de esa referencia al exterior, «una significación inconsciente que permite considerar el nombre como un representante de lo principal rechazado: *"hors là!"*, hay que salir de ahí, del claustro materno obsesivo, o, por inversión, hay que librarse del perseguidor interiorizado».

El relato fue llevado al cine en un cortometraje dirigido por Jean Daniel Pollet, e interpretado por un gran actor de cine y teatro, Laurent Terzieff (1935-2010). <<

[302] Bosque al sudoeste de Ruán que domina Croisset. <<

[303] Población al oeste de Croisset. <<

[304] En su drama más reciente, *Denise* (1885), Dumas hijo había defendido de los desprecios de la sociedad a la mujer que ha cometido un «desliz». <<

[305] El 14 de julio fue declarado fiesta nacional en 1880. En las celebraciones de 1886 hubo desfile militar en Longchamp, tradición que se había interrumpido durante varios años, y que en esa fecha se caracterizó por el triunfo del general Boulanger (véase “La dormilona”, nota 3, pág. 869) en medio de grandes festejos populares. La ironía del párrafo señala la hostilidad de Maupassant hacia el general y sus partidarios. <<

[306] Maupassant se interesó vivamente por las experiencias hipnóticas. En Francia, la escuela de Nancy, fundada por el doctor Liébault, estaba dirigida en esa época por el doctor Bernheim, y practicaba la «pequeña hipnosis», consistente en provocar un sueño durante el que podían sugerirse actos al paciente; este tipo de hipnosis había puesto de moda en los salones parisinos a los «magnetizadores». El profesor Charcot practicaba en la Salpétriére la «gran hipnosis», que incluía, además del sueño, letargías, catalepsias y sonambulismos provocados. <<

[307] Véase nota 2 a “La leyenda del Monte Saint-Michel”. <<

[308] Nombre inventado, basado al parecer en las palabras alemanas *Her(r)*, «señor, amo», y *aus*, «fuera de». De donde *Horla* sería aquel que está «en otra parte». <<

[309] *La Morte* — Relato publicado por primera vez en *Gil Blas* el 31 de mayo de 1887 e incluido en el volumen *La Main gauche* (1889). <<

[310] *La nuit:* — Publicado en *Gil Blas*, el 14 de junio de 1887, fue recogido en el volumen *Claire de lune* (París, 1888). <<

[311] La sede central del banco, en el Boulevard des Italiens, nº 19. <<

[312] *L'ORDONNANCE.* — Aparecido en *Gil Blas* el 23 de agosto de 1887, fue recogido en el volumen *La Main gauche* (1889). <<

[313] *MOIRON*. — Publicado en *Gil Blas* el 27 de septiembre de 1887, fue recogido en el volumen *Claire de lune* (1888). <<

[314] El 3 de septiembre, tres semanas antes de la aparición de este cuento, en Marsella había sido ejecutado Pranzini, que el 18 de marzo de 1887 había asesinado en París a una mujer galante, a su criada y a la hijita de ésta. El caso conmocionó a la opinión pública, alentada por el rumor de que el subjefe de la policía había preparado y conservado la piel del condenado. <<

[315] Forestier recuerda (*Contes et nouvelles*, ed. cit., II, pág. 1651) la notable relación existente entre este discurso y la apología del crimen que Dolmancé hace en la novela del marqués de Sade *La filosofía en el tocador* (ed. M. Armiño, Valdemar, 1998, p. tgs. 89-90). <<

[316] *L'Assassin*. — Aparecido en *Gil Blas* el de noviembre de 1887, fue recogido en el volumen *Le Rosier de Mme. Husson* (1888). <<

[317] Para el lector de la época, el texto contiene alusiones inmediatas: por ejemplo, una semana después de la aparición de este relato se celebraba el juicio contra los protagonistas de un escándalo reciente de corrupción, el llamado escándalo de las condecoraciones, en el que estaban acusados el general Louis Charles Caffarel (1829-1907), antiguo ministro del golpista Boulanger, el diputado Daniel Wilson, yerno de Jules Grévy, presidente de la República, y dos señoras apellidadas Limouzin y Rattazi. Wilson utilizó su influencia para conseguir participaciones en empresas de hombres de negocios a cambio de condecoraciones. Fueron condenados, y la prensa y la clase política consiguió que el presidente Grévy dimitiera el 2 de diciembre. <<

[318] *L'Homme de Mars*.— Aparecido en el número de *Paris-Noël* de 1887-1888, no fue recogido en volumen en vida de Maupassant.

El tema de la existencia de otros mundos estaba de actualidad, a raíz, sobre todo, de la publicación por Camille Flammarion (1842-1925) de varios libros: *La Pluralité des mondes habités* (1862), *Astronomie populaire* (1880), *Les Terres du ciel* (1887). Las tesis de Flammarion, fundador en ese año de 1887 de la Sociedad Astronómica francesa, defendían la existencia de otros seres superiores en el universo aparte del hombre. Y los viajes interplanetarios eran tema literario desde la *Historia verdadera*, de Luciano de Samosata, hasta *Los Estados e Imperios de la Luna*, de Cyrano de Bergerac, y el cuento de Voltaire *Micromegas*, entre otros textos. Un viaje fantástico con miras utópicas y visión crítica del desorden del mundo y la sociedad había sido también el tema de *Los viajes de Gulliver* (1726), de Swift.

En el terreno personal, Maupassant realizó una ascensión en globo el 8 de julio de 1887. Por otro lado, en la actualidad, tras los viajes de la sonda *Viking* en julio de 1976 y diversos robots, parece demostrada la improbabilidad en Marte de vida tal como la conocemos. <<

[319] La electricidad acababa ser aplicada en ese final del siglo XIX a usos industriales y domésticos. <<

[320] Estas cifras figuran en la obra de Flammarión *Les Terres du ciel*. <<

[321] Hermann von Helmholtz (1821-1894), físico alemán que discurrió *Sobre la conservación de la energía*, título del libro que dedicó a ese tema en 1847 para explicar la transformación del trabajo en calor.

El astrónomo italiano Giovanni Schiaparelli (1835-1910) llevó a cabo polémicas observaciones sobre los canales de Marte. Schiaparelli utiliza el término italiano *canato*, que no comporta la idea de canal hecho por la mano del hombre, sino de una formación producida por la naturaleza. También enunció el trayecto de ciertos enjambres de meteoros. <<

[322] Nombre de uno de los arcos que forman los acantilados de Étretat. <<

[323] *Le Noyé*. — Publicado en *Le Gaulois* el 16 de agosto de 1688, fue editado en el volumen *L'Inutile Beauté* (1890). <<

[324] Sobre el aguardiente para el que Maupassant emplea el término dialectal normando *fil*, véase nota 2 de “El regreso” (pág. 465). <<

[325] En esa calle de la Retenue, cercana a la de Sous-le-Bois (en la actualidad quai Guy— de-Maupassant), vivían los abuelos Le Poittevin. <<

[326] En la rue des Juifs de Fécamp vivió la comunidad judía en la Edad Media. <<

[327] Este loro de Maupassant desempeña un papel casi humano; otro loro literariamente más famoso, el de Flaubert, en “Un corazón simple” (*Tres cuentos*, trad. M. Armiño, Alianza Editorial, 1998), terminará encarnando al Espíritu Santo. Eran animales poco conocidos en la época; Flaubert, que había visto un ejemplar en casa de su amigo Pierre Barbey, llegó a pedir en préstamo al Museo de Historia Natural de Ruán un loro disecado para documentarse. <<

[328] *Hautot Père et Fils.* — Publicado en *L'Écho de Paris* el 5 de enero de 1889, fue recogido en el volumen *La Main gauche* (1889). <<

[329] No existe calle con este nombre en Ruán, pero si la citada más adelante, Beauvoisine. <<

[330] No existe población de este nombre en los alrededores de Ruán. <<

[331] Existen en Ruán varias calles con ese prefijo de Trois, así como la calle Bons-Enfants. <<

[332] La Exposición que tuvo lugar en París en 1878. La famosa de 1889, que Maupassant odiaba, se inauguraría cuatro meses justos después de la publicación de este relato. <<

[333] *Le Masque*. — Publicado en *L'Echo de Paris* el 10 de mayo de 1889, fue recogido en el volumen *L'Inutile Beauté* (1890). <<

[334] El Elysée-Montmartre era un baile público fundado en 1807, en el que había nacido un nuevo género musical: el cancán; frecuentado por personajes turbios y conocido por su suciedad y sus frecuentes peleas, sirvió al pintor Toulouse-Lautrec (1864-1901) para lienzos famosos como *En el Elysée-Montmartre*, *El baile del Elysée-Montmartre*… En la fecha del relato, mayo de 1889, estaba en su apogeo, con cuatro días de apertura a la semana y baile de máscaras en Cuaresma; sin embargo, en octubre de ese mismo año, el empresario Joseph Oiler inauguraba en sus cercanías un nuevo baile que, decorado por Willette, le arrebataría el favor del público, tras eliminar los aspectos más groseros del esquema del Elysée-Montmartre, que impedían a la «buena sociedad» parisiense acudir; no dudó para ello en aprovechar artistas famosos, como La Goulue, que procedían del Elysée-Montmartre. <<

[335] El jueves de la tercera semana de Cuaresma. <<

[336] El término *gommeux*, corriente en la época, se empleaba en sentido peyorativo para designar al joven elegante y ocioso que sólo se dedica a divertirse, y al joven ridículo por su elegancia excesiva y aire pretencioso. <<

[337] Alfred Grévin (1827-1892) inauguró su conocido museo de figuras de cera en 1882, en el número 10 del bulevar Montmartre. <<

[338] *L'ENDORMEUSE*. — Publicado en *L'Écho de Paris* el 16 de septiembre de 1889, no fue recogido en volumen en vida del autor.

La anécdota del cuento tiene antecedentes: desde una crónica publicada en 1867 en *La Liberté*, sobre un «club de suicidas» inaugurado en Londres, en el que a quien le tocaba la sorpresa del roscón de Reyes debía morir porque la sorpresa está envenenada, hasta *El club de los suicidas* (1885), de Stevenson. <<

[339] En 1887 se registraron 8.202 suicidios en Francia; Maupassant había dedicado ya un cuento concreto al tema, “Suicidas" (pág. 59). <<

[340] La Exposición Universal, inaugurada el 5 de mayo de 1889 en París, no contó con el beneplácito de la mayoría de los intelectuales; Maupassant veía en ella propaganda política del Estado y no creía que supusiera ningún progreso; antes de huir al Magreb para no soportarla, arremetió contra la construcción de la Torre Eiffel por parecerle estéticamente horrible. <<

[341] El general Boulanger (1837-1891), ministro de la Guerra en 1886, se convirtió, tras ser apartado del poder, en símbolo de una oposición capaz de derrocar a la República y dar un golpe de Estado, cosa que hizo en enero de 1889 para imponer una dictadura. Sus vacilaciones permitieron al Gobierno recuperar el control; Boulanger huyó al extranjero, donde terminó suicidándose. <<

[342] Entre los personajes citados hay figuras de gran prestigio en la época, empezando por la actriz Sarah Bernhardt (1844-1923); Judie, Mme. Théo y Jeanne Garnier (1852— 1939) triunfaban en la opereta, sobre todo en las de Offenbach; los dos hermanos Reszké eran artistas líricos; Constant Coquelin (1841-1909) fue un actor que consagró su fama en el papel protagonista de *Cyrano de Bergerac*, obra que su autor, Edmond Rostand, terminó dedicándole; Mounet-Sully (1841-1916) íue otro gran trágico que trabajó en la Comédie Française; Paulus fue autor de una canción: «En r'venant d'la r'vue», en favor del general Boulanger; Alexandre Dumas hijo (1824-1895) había logrado un gran éxito en 1887 con una obra de teatro, *Faucillon*; Victorien Sardou (1831-1908) había estrenado ese año *La Tosca*. En cuanto a Henri Meilhac (1831-1897) y Ludovic Halévy (1834-1908), eran célebres por sus libretos para las operetas de Offenbach. Henri Becque (1837-1899), dramaturgo, había estrenado en 1882 *Les Corbeaux*, pieza considerada al principio demasiado «negra», pero que luego lo consagró, y por la que hoy pervive su nombre. <<

[343] Algunos periódicos publicaban listas con los nombres de benefactores de obras de caridad. <<

[344] Fundada en 1829 por Ségur-Dupeyron, *La Revue de Deux Mondes*, pese a su marchamo republicano, era a finales de siglo una revista conservadora tanto en política —con colaboradores cercanos a la ideología ultraderechista del partido L'Action Française de Charles Maurras— como en literatura —con defensores del más rígido academicismo, que tomaron por blanco de sus críticas toda clase de corrientes, desde Balzac al Romanticismo, el Naturalismo y el Simbolismo. Dirigida en ese final de siglo por Ferdinand Brunetiére (1849-1906), tenía un tono filocatólico que la enfrentó a todos los movimientos renovadores. Sin embargo, Maupassant publicó en sus páginas crónicas de viajes y en 1889 la novela *Notre cœur*. <<

[345] *Le Champ d'Oliviers.* —Publicado en *Le Figaro* del 19 al 23 de febrero de 1890, fue recogido en *L'Inutile Beauté* (1890). Entre ambos textos hay diferencias notables, sobre todo en el desenlace del relato; en el del periódico se habría producido, según todas las apariencias, un asesinato que lleva al joven protagonista ante los jueces y finalmente a la guillotina. La versión recogida en volumen mitiga esa idea de asesinato hasta ponerlo en duda. <<

[346] Nombre imaginario. <<

[347] *Qui sait?*— Publicado en *L'Écho de Paris* el 6 de abril de 1890, fue recogido en el volumen *L'Inutile Beauté* (1890). Cuando reapareció en los *Annales potinques et líttéraires* del 19 de febrero de 1893, iba precedido de un aviso: «Esta semana han corrido rumores siniestros sobre el estado de salud de Guy de Maupassant. Nos satisface ofrecer a nuestros lectores una de las últimas páginas que haya escrito. En este extraño relato tal vez se encuentre la primera influencia del mal que hoy derriba al eminente y desdichado escritor». <<

[348] Ópera de Ernest Rever (1827-1909), en cuatro actos y siete cuadros, estrenada en Bruselas y presentada en París el 12 de junio de 1885. Se inspiraba en los *Edda* escandinavos, y fue uno de los primeros ejemplos del wagnerismo en Francia. <<

[349] Asamblea nocturna de brujos y brujas bajo la presidencia de Satán. <<

[350] El recorrido de este viaje repite uno de Maupassant, que también lo relata en *La Vie errante* (1890). <<

[351] La calle Eau-de-Robec, una de las más antiguas de Ruán, cuenta con edificios que datan de los siglos XVI y XVII. En la época de Maupassant, un riachuelo, el Robec, corría entre las casas, a las que se accedía por medio de escalones y pequeños puentes. <<

[352] El estilo Enrique II se plasmó sobre todo en el mobiliario durante la segunda mitad del siglo XVI. <<

[353] *Les Tombales.* — Aparecido el 9 de enero de 1891 en *Gil Blas*, fue recogido en el volumen *La Maison Tellier* (edición de 1891). Son varios los testimonios literarios y gráficos de la época que dan fe del ejercicio de la «profesión» en los cementerios; por ejemplo, una serie de dibujos de Guillaume, bajo el título de «duelos eternos» en la revista *Gil Blas illustré* (6 de noviembre de 1892). <<

[354] François Rude (1784-1855) esculpió sobre la sepultura de Godefroy Cavaignac (1801-1845) un yacente en bronce. Cavaginac, periodista y líder del partido republicano al advenimiento de la Monarquía de Julio. <<

[355] Jean Goujon (hacia 1510-después de 1564) esculpió hacia 1540 la tumba de Louis de Brézé (hacia 1460-1531), último gran senescal de Normandía (1494-1499), nieto de Carlos VII y esposo de Diana de Poitiers, la favorita de Enrique II durante veinte años. Su sepulcro se halla en la catedral de Ruán. <<

[356] La estatua de la tumba del diputado Alphonse Baudin (1811-1851), el «mártir de la Ley», se debe al escultor Aimé Millet, (1819-1891), igual que la alegoría de la juventud para el sepulcro de Mürger (véase nota 4). <<

[357] Théophile Gautier (1811-1872), cuyo monumento funerario es un sarcófago con estatua, empezó estudios pictóricos que abandonó por el cenáculo de los poetas románticos. Además de un volumen clave para la evolución de la poesía en el siglo, *Esmaltes y camafeos*, se le deben libros de viajes (a España, por ejemplo), novelas como *Le capitaine Fracasse*, *Mademoiselle de Maupin*, *Le Roman de une momie*, y relatos de trama fantástica y misteriosa. Su sarcófago, con una estatua a la Musa Calíope (1875), se debe al escultor Cyprian Godebski (1835-1909). <<

[358] Henri Mürger (1822-1861) fue secretario del agregado cultural —el conde P. A. Tolstoi— de la embajada rusa en París hasta 1848; en esta fecha, al morir sus padres, abandonó ese trabajo para dedicarse a escribir; sin dinero, sobrevivió en una buhardilla helada en la que hizo el aprendizaje de la vida bohemia, de la que salió su libro más conocido, *Escenas de la vida bohemia* (1848), el único que ha perdurado de su labor literaria. <<

[359] Eugène-Marin Labiche (1815-1888) empezó publicando novelas para seguir la carrera de los escenarios con más de un centenar de comedias y vodeviles, algunos de cuyos títulos son obras maestras del género (*Un chapeau de paille d'Italie*, 1851; *Le voyage de M. Perrichon*, I860), que escribió solo o en colaboración; sin pretensiones, lograban arrancar la risa de los espectadores gracias a la habilidad de las situaciones protagonizadas por una burguesía de gusto vulgar. <<

[360] Henri Meilhac (1831-1897) fue autor de libretos para numerosas operetas, en especial de Offenbach —*La Belle Hélène*, *La Périchole*, *La Vie parisienne*, etc.—, escritos en su mayoría en colaboración con Ludovic Halévy (1834-1908). <<

[361] Paul de Kock (1793-1871), novelista francés, autor de numerosos vodeviles y de sesenta y cuatro títulos narrativos, cuyos personajes se repiten hasta la saciedad; su vulgaridad de tono y de imaginación no ha hecho perdurable su nombre pese a la popularidad de que gozó en la época, que llegó hasta Rusia: Dostoyevski, que lo conocía desde sus dieciséis años, hace que Aglaya, personaje de *El idiota*, lea dos de sus novelas. <<

[362] Sobre la guerra del Tonquín, véase nota 1 (pág. 655) del relato “Mademoiselle Perla". <<

[363] En la vida militar de la época, los oficiales no podían casarse con una joven que no aportara determinada dote al matrimonio. <<